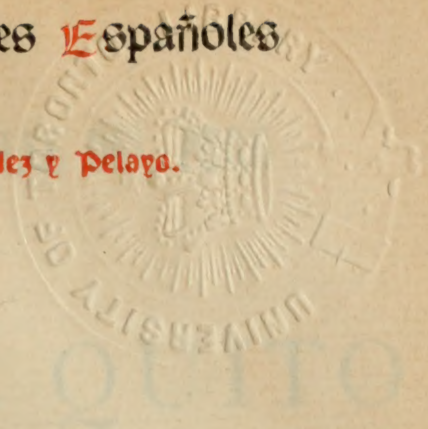

3 1761 08168403 7

Historiadores de Indias

Tomo II

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
15





Historiadores de Indias

Tomo II

Guerra de Quito, de Pedro de Cieza de León.
Jornada del Río Marañón, de Toribio de Ortiguera.
Jornada de Omagua y Dorado.
Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata
y Chile, de Fr. Reginaldo de Lizárraga.

Por

M. Serrano y Sanz



Madrid
Bailly//Bailliére é Hijos, Editores
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1909

TERCERO LIBRO DE LAS GUERRAS CEVILES DEL PERÚ

EL CUAL SE LLAMA

LA GUERRA DE QUITO

HECHO POR

PEDRO DE CIEZA DE LEON

CORONISTA DE LAS COSAS DE LAS INDIAS

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela salió de Sant Lúcar, y lo que le sucedió hasta ser llegado á la cibdad de Panamá, que es en el reino de Tierra Firme.

Pues como el visorrey Blasco Nuñez hobiese mandado aderezar las naves para salir de España é proseguir su viaje á los reinos del Perú, despues de estar todo aderezado, con los caballeros que le iban acompañando salió de aquel puerto sábado á [1] tres dias del mes de noviembre, año de nuestra reparacion de mill y quinientos y cuarenta y tres años, y navegando con gran velocidad por el gran mar Océano [2], anduvo hasta ser llegado en la Gran Canaria, adonde, despues de haberse proveido de las cosas necesarias para la mar, entrado en la nave el licenciado Cepeda, que iba por Oidor, salidos de aquella isla prosiguieron su viaje, enderezando al Nombre de Dios, y pasaron algunas cosas en él que no tocan á nuestra escritura. Allegó al Nombre de Dios el visorrey dos dias despues de la Pascua de los Reyes del año de mill y quinientos é cuarenta é cuatro años, adonde estuvo quince ó diez y seis dias, los cuales pasados, acompañado de los que venían con él se partió á la cibdad de Panamá.

[1] Tachado: *dos*. Mientras no se indique lo contrario, todas las notas que van al pie son palabras ó líneas tachadas en el manuscrito original.—[2] tuvo alguna tormenta en el golfo que llaman de las Yeguas, y pasado el naufragio.

En gran manera me congojo en ver que un varon tan acabado como fué el visorrey, fuese á meterse en las manos de varones tan inícuos y perversos: porque ya que en él faltó consejo, y en alguna manera no se hobo con prudencia en las cosas de la gobernacion, no merecia que se le diera muerte tan cruel como hoy lo testifica Añaquito, tan vecina á la equinocial. Las cosas que han de ser no las podemos excusar, pues mana todo de la voluntad del altísimo Dios.

Allegado el visorrey á la cibdad de Panamá sin aguardar á los Oidores, que por algunas causas no salieron con él, antes quedaron en el puerto de Nombre de Dios, halló en aquella ciudad al licenciado Pedro Ramirez de Quiñones, Oidor qu' es agora de Los Confines, tomando residencia al doctor Villalobos y al licenciado Paez, Oidores que habian sido en la Audiencia que habia estado asentada en aquel reino. Luego tomó el sello real y fué puesto en un cofre con la veneracion que convenía; y sin considerar más de hacer lo que le habia mandado S. M., é trayendo como traya diversos capítulos de las Ordenanzas para ejecutallas en toda parte que se hallare, entendió luego en la ejecucion dellas, queriendo que todos los indios é indias del Perú fuesen enviados á aquel reino, cada uno á su tierra é naturaleza, á costa de las personas que los tenian, pues la voluntad del rey era que fuesen libres como súbditos vasallos suyos. Y no embargante que era cosa santa é justa lo que se mandaba, algunos dellos habia que eran casados, y otros que querian bien á sus señores y estaban media-

namente industriados en las cosas de nuestra santa fé católica; y aun destos que mandaban que fuesen se huyeron no pocos dellos á partes secretas, por no ir á donde les mandaban, y otros se iban á las iglesias, de donde por mandado del visorrey los sacaban; y metidos en las naves fueron la vuelta del Perú, y en el camino murieron muchos dellos en la mar, de manera que llegaron muy pocos á sus pátrias, é los que llegaron volvian á sus ritos é idolatrías como antes solian; de manera que ningun provecho resurtó *de* querer cumplir esta ordenanza. Y algunos conquistadores que se iban á España é de muchos años tenian indias de su servicio en las quales habian habido hijos, queriéndolas llevar consigo, se las mandaba quitar para enviallas á sus tierras á costa de sus amos; y si sobre ello altercaban ó hablaban algo, les mandaba pagar doblado en flete ó matalotaje; é como algunos tuviesen los hijos pequeños é quisiesen suplicarle no permitiese que muriesen por no tener madres, mandaba que pagasen mayor suma, usando en este caso como los jueces portugueses del toston.

Llegados los Oidores á Panamá se hicieron algunas fiestas, y cuentan que los Oidores y el visorrey no estaban muy conformes, antes en secreto ni él trataba bien dellos, á lo que dicen, ni ellos dél. E como se tratase del rigor de las nuevas leyes, y la dificultad que traya ejecutallas en el Perú, por haberse alterado los de aquel reino en tanta manera, los Oidores hablaron al visorrey sobre que no debia mostrar voluntad de la ejecucion de las leyes por entonces, hasta que se viere apoderado en el reino del Perú, y el Audiencia asentada, *que* seria más fácil hacer lo que S. M. mandaba. Y el visorrey tuvo aviso de las cosas que habian pasado en el Perú é la mucha gente que habia en aquel reino; de lo que habia hecho el gobernador Vaca de Castro é como estaban muchos tiros de artillería é arcabuces é pólvora en las ciudades del Cuzco é Lima; é le avisaron muchos que entrase con sufrimiento é modestia en el Perú, porque si entraba de otra manera podria ser levantarse contra él; porque demás de las armas y gentes que habia en aquel reino, cada dia pasaban muchas y agora de nuevo iban. Mas él, no mirando á estos dichos, dicen que respondia: quél solo con una capa y una espada bastaba para todo el Perú. Y muchos, oyendo sus dichos, adevinaban en lo que habia de parar; porque viendo que las Ordenanzas eran ásperas para gente que tan libremente habia vivido como los que estaban en el Perú, y cuán duro les habia de parecer el yugo tan grande dellas, entendian que se ponian en arma, pues estaban ya acostumbrados por cosas livianas á contender en guerra.

CAPÍTULO II

De las cosas que más pasaron en Panamá; de lo que le dijeron al visorrey el gobernador Rodrigo Contreras y los Oidores sobre las Ordenanzas.

No habia menos bullicio y alboroto en la Tierra Firme que en el Perú, oyendo al visorrey que decia que luego habia de ejecutar las Ordenanzas y tener el reino en tanta retitud y justicia, que ninguno se desmandase á vivir con tanta soltura como hasta allí habia sido. Rodrigo de Contreras, gobernador que habia sido de la provincia de Nicaragua, estaba en aquel tiempo en Panamá, y mirando que el visorrey no queria retener en su pecho cosa alguna de lo que habia de hacer, antes públicamente, que por todos era oido, afirmaba con juramento que no seria desembarcado en el puerto de Tumbez, cuando los indios habian de conocer que eran vasallos y súbditos del Emperador nuestro señor, y que los encomenderos no habian de tener con ellos en qué entender en más que en cobrar los tributos que eran obligados á les dar, y que luego las Ordenanzas reales se habian de ejecutar como el rey mandaba, se fué á su posada y le dijo: La alteracion que hobo en este nuevo imperio de Indias desde las islas á esta parte, en saber los españoles que en ellas vivian venir las nuevas Ordenanzas, vuestra señoría no creo que lo inora, pues si las orejas no tiene sordas, el tomulto no siendo acabado, podrá oir el clamor que sobre ello tienen. No me quejo yo ni los de acá de que S. M. haya enviado las nuevas leyes; mas como sea príncipe tan cristianísimo, desea que con retitud las cosas de acá sean gobernadas é con moderacion; y teniamos por cierto que viniendo á las ejecutar sus ministros, celosos de su servicio real, mirarian que la expedicion de los negocios no requiere llevarlas á ejecucion; y viendo que vuestra señoria públicamente da á entender que no habrá llegado á la Nueva Castilla cuando han de ser cumplidas y ejecutadas en uno mismo, me congojo [1]. Y las Ordenanzas que trae no sólo no las publique, mas vaya al reino y esté un año y

[1] y no tenga en poco mis palabras, antes las oya con atencion.

más en él, y despues de ver asentadas las provincias y que en ellas no hay alboroto, en tal caso, el tiempo, que es maestro de acaescimientos, dirá lo que haya de hacer; y si se cumplen, yo desde aquí me hago adivino de grandes males que han de rescrecer, porque los que viven en aquel reino no son de baja suerte [1] como en España decian, sino todos los más hijosdalgo, y vienen de padres magníficos, y han de permitir antes morir que venir á tener por bien el cumplimiento de las Ordenanzas; y como haya cabeza [2] principal [3], prometo que no falten dicinciones ni guerras, pues ya el alboroto de allá es tan grande.

Esto dicen que Contreras dijo al visorrey, el cual dicen tambien que le respondió en esta manera: Si es que la maldad de todo punto precede á la bondad, y la tirania á la lealtad, y el rey con estos reinos no tiene más parte que aquella que los que en él estan le quieren dar, yo creeré que lo que decís será ansí; pero si afirmais que no les ha alterado la intencion de S. M., ¿cómo no querrán que se cumpla su voluntad real? Con la pobreza que nuestros padres vinieron á descubrir este imperio, bien lo sabeis, pues no ha tantos años que Colon salió de España, y háse ido la cobdicia en tanto metiendo en las voluntades de los de acá, que por adquirir dineros han hecho grandes males y casi destruido totalmente las provincias; y si agora estas leyes no vinieran, de aquí á diez años no hubiera otra cosa que en ellas ver que los edeficios arruinados, los collados y rios de la tierra. Y pensar ninguno que los ministros del rey hemos de guiarnos á los apetitos de acá, no lo creais [4]; y ninguno se desvergüenzará que yo no le quite la cabeza de los hombros, en señal de su traicion. Y diciendo esto se metió en su retraimiento, y el gobernador Rodrigo de Contreras se salió de allí; no tardando mucho que el licenciado Zárate [5], pesándole de que el visorrey dijese que luego habia de ejecutar las nuevas leyes, paresciéndole que no era cordura hablar sobre cosa que tan enojosa era de oir á todos, y entrándose á donde el visorrey estaba, le dijo: que oyendo las cosas que oia sobre lo tocante á las Ordenanzas, le parescia que para entender cómo se habian de ejecutar, que era cosa decente por entonces no hablar en ellas nada, antes las debia echar en el fondon de una caja, fasta verse en la tierra del Perú y entender si se podian cómodamente ejecutar. Y á esto y á lo que le dijeron los Oidores Cepeda, Alvarez, *y* Tejada, respondió quél se entendia y haria lo que le paresciese. Y porque el contador Juan de Cáceres le afirmaba que por la noticia que tenia de la gente del Perú, colegia que si luego mandaba ejecutar las Ordenanzas, se pornian en arma, antes que obedescerle, respondió ásperamente, diciendo que sino fuera criado del rey, le mandara ahorcar.

Y pasando estas cosas y otras, el visorrey se aprestaba para se ir al Perú, y los Oidores le tornaron á hablar sobre las Ordenanzas, aconsejándole que primero que se publicasen diese lugar asentar el Audiencia, y que despues de formada se haria lo que S. M. mandaba, con maduro consejo. Y el visorrey, teniendo en poco sus amonestaciones, les respondia que habia de hacer lo que le era mandadó, y que para hacello, él solo bastaba. Y crecia la sospecha entre los Oidores y él.

CAPÍTULO III

De cómo Francisco de Carvajal allegó á la cibdad de Los Reyes con gran deseo de se ir á España, y de cómo el visorrey se embarcó en Panamá para el Perú.

Ya hemos dicho en lo de atrás cómo Francisco de Carvajal, deseando salir del reino habia procurado el favor del gobernador Vaca de Castro para ello y de los del cabildo del Cuzco; y ansí, con la ayuda que le hicieron salió de aquella cibdad con todo el más dinero que pudo, deseando verse en España para tener alguna quietud. Y de su ida no perdieran nada Antonio de Altamirano y Lope de Mendoza y otros muchos; pero estaba ya por Dios determinado, por nuestros muy grandes pecados, que este fuese azote tan cruel como presto la escritura dará á entender. Y salido de la cibdad del Cuzco anduvo hasta que llegó á la cibdad de Los Reyes, y se fué á apear á las casas del tesorero Alonso Riquelme; el cual, como supo su venida, temió no le viniese á matar por mandado de Vaca de Castro, por la enemistad que con él tenía; y luego otro dia, por todas las vías exquisitas que pudo procuró no tener tal huésped en su casa; mas como Francisco Carvajal era tan mañoso, demás de entender al tesorero se aposentó de más reposo en su casa. Y á cabo de algunos dias que habia que llegó á Los Reyes dió las cartas que traia de Vaca de Castro, y cuenta á los del

[1] ni gente suez.—[2] y abtor.—[3] yo.—[4] porque la espada terná atravesada mi corazon; y si la voz yo pudiere formar, lanzaré de mi pecho palabras en que por ellas dé á entender que tengo de ser secutor de las leyes.—[5] como fuese varon tan entendido y de tan claro juicio.

cabildo de su viaje á España, y de la utilidad y provecho que al reino se recrescia con su ida, y que por su parte habia S. M. de ser bien informado de las cosas de la provincia y del agravio que se les hacia á los conquistadores si por entero las nuevas leyes se hubiesen de cumplir; lo mismo decia Vaca de Castro por sus cartas, y que diesen poder á Carvajal para que negociase en España lo que convenia al reino. Los del cabildo, vista la carta de Vaca de Castro y lo que decia Francisco Carvajal, respondiéronle equívocamente, que pues el gobernador por sus cartas les avisaba su venida á Los Reyes seria breve, que se estuviese en la cibdad hasta que viniese, y venido, se haria lo que mandaba como gobernador que era del rey; y esta respuesta se le dió dentro en su cabildo y ayuntamiento, estando en su congregacion. Y Carvajal, paresciéndole que por le tener en poco los del cabildo de Los Reyes le habian dado respuesta tan frívola, se salió dél muy sentido, y los del regimiento quedaron riendo, haciendo burla dél, teniendo por cierto que cuando Vaca de Castro viniese del Cuzco estaria ya en la tierra el visorrey y no seria parte para les hacer ninguna molestia por no haber querido enviar á Francisco de Carvajal á la España.

En este tiempo, el visorrey Blasco Nuñez Vela deseaba en gran manera salir de Tierra Firme, y embarcado en la mar austral en naves, navegar para con presteza allegar al reino de Perú, porque en gran manera deseaba asentar el Audiencia en Los Reyes, teniendo por fácil cosa ejecutar las Ordenanzas, oyendo enojosamente y con dificultad á los que otra cosa le hablaban. Y dejando en Panamá á los Oidores, llevando consigo el sello real se embarcó en la cibdad de Panamá á diez dias andados del mes de febrero del mismo año, y allegó al puerto de Tumbez en nueve dias, viaje no visto ni oido que con tanta presteza ni velocidad haya allegado ningun navío. Y desde Tumbez escribió sus cartas á la cibdad de San Francisco del Quito, é Puerto Viejo é Guayaquil, para hacelles saber de su venida al reino y del cargo que en él traia por mandado del Emperador nuestro señor, y que su deseo era de hacer á todos bien y tenellas en justicia, y que por eso lo habia aceptado; y que en llegando á la cibdad de Los Reyes se fundaria el Audiencia y chancillería real, adonde oiria y haria justicia á los que caresciesen della. Y aunque les envió á decir esto, proveyó algunos mandamientos para la nueva gobernacion y sobre el tratamiento de los indios, los cuales se tuvieron por enojosos y pesados, porque hasta aquel tiempo la justicia habia sido, como dice el pueblo, de entre compadres; y murmuraban del visorrey, y á donde llegaba la fama de su venida pesaba no poco, y de todos los más era su nombre aborrecido, y todos por temor de la tasacion no entendian en otra cosa que en sacar la más cantidad de oro que podian á los indios y caciques.

CAPÍTULO IV

Cómo el gobernador Vaca de Castro escribió desde la cibdad del Cuzco al capitan Gonzalo Pizarro, y de su salida del Cuzco.

Pasadas en la cibdad de Cuzco las cosas que hemos contado en los capítulos pasados, no cesando el alboroto y tomulto que cabsó las nuevas de las Ordenanzas, antes se practicaba lo mismo; y aun cuentan que Hernando Bachicao, Juan Velez de Guevara, Gaspar Rodriguez de Camporredondo, Cermeño con otros, hablaron á Vaca de Castro, diciéndole que pues era gobernador del rey, que se estuviese en su mando y cargo, pues sabia que todos le habian de servir y dar favor en lo que les mandase. A lo cual dicen que Vaca de Castro les respondió como quien entendia cuán mutables eran las voluntades de los hombres del Perú y cuán inconstantes, y que para hacer sus hechos desean tener cabeza á quien despues, saliéndose ellos á fuera, echen la culpa de lo que subcediese. Y en esto no se engañaba Vaca de Castro, porque los que mueven sediciones é pendencias locas y guerras coloreadas con justificaciones, tomando cabdillo y quien tome la voz del negocio, aunque ellos le sean cómplices en la demanda, cuando ven tiempo sálense á fuera, publicando conciencia y afirmando con grandes juramentos que por fuerza sirvieron al tirano, y alegan otras cosas que al fin les vale.

Entendiendo esto Vaca de Castro les respondió que habia tenido la provincia á su cargo por mandado del rey, y que no haria otra cosa que irse á la cibdad de Los Reyes á aguardar al que por mandado de S. M. venia por visorrey. Y diciendo esto mandó al secretario Pero Lopez que aderezase las escrituras y testimonios, porque queria luego salir del Cuzco.

Quieren algunos decir, y aun hombres de vista me lo han á mí afirmado, que el gobernador Vaca de Castro escribió á Gonzalo Pizarro que viniese con toda presteza y se mostrase procurador del reino y su defensor, y que casándose con una hija suya, él iria á España á negociar la gobernacion del Nuevo To-

ledo para él, y otras cosas, persuadiéndole á que se moviese á ello. Estando yo en la cibdad de Los Reyes me dijo don Antonio de Ribera. que entre las cartas que Gonzalo Pizarro allí tenia, que yo me acuerdo eran tantas que tres secretarios continamente las leyeron al presidente de la Gasca y no acabaron en cuatro dias [habia una de Vaca de Castro á Gonzalo Pizarro] y que en ella decia que sabiendo que muchos le habian escrito incitándole á que viniese á responder por ellos, que no lo hiciese, sino que se estuviese en su casa, porque S. M. habia enviado á su visorrey, el cual, entrado en la tierra, haria lo que viese que á su real servicio convenia; y otras cosas que no eran escritas con intencion tan mala como algunos han querido decir. Bien podria ser que entrambas cartas fuesen escritas por él. E desde á pocos dias salió del Cuzco acompañado de Gaspar Rodriguez de Comporredondo y de Antonio de Quiñones y Diego Maldonado y el licenciado Carvajal, Antonio de Altamirano, Gaspar Gil, Pedro de los Rios, Hernando Bachicao y otros principales y algunos soldados, y con ellos comenzó de caminar hácia la cibdad de Los Reyes.

CAPÍTULO V

Como el visorrey partió de Tumbez para la cibdad de Sant Miguel, yendo ejecutando las Ordenanzas, por lo cual mostraban los del Perú gran sentimiento.

Allegado, pues, el visorrey Blasco Nuñez Vela al puerto de Tumbez acompañado de Francisco Velazquez Vela Nuñez, su hermano, y del capitan Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, y de otros caballeros y criados suyos, entendio luego, como hemos dicho, en la ejecucion de las Ordenanzas, enviando sus mandamientos, sin estar recibido por visorey, para que todos le toviesen por tal, pues S. M. era dello servido; mandándoles que no sacasen ningun tributo demasiado á los indios, ni les hiciesen ninguna fuerza ni mal tratamiento, y otras cosas que aunque eran justas, se habian de mandar ejecutar con gran órden y templanza, é no tan severamente ni con tanta aceleridad; no embargante que no era causa equivalente para que los del Perú se levantasen.

En Tumbez, Diego Alvarez de Cueto y otros de los que venian con él y de los que residian en el Perú le aconsejaban por entonces no ejecutase las leyes, ni entendiese en más que asentar el Audencia y verse apoderado en el reino; pero jamás quiso tomar en este caso parescer, por donde me parece que Dios, por los pecados grandes de los hombres que vivian en Perú, fué servido que se guiase desta manera para despues castigallos con su poderosa justicia; porque cierto la soberbia dellos y su gran soltura y disoluciones de algunos en pecar públicamente merescian que Dios los hiriese con su mano, y que por la graveza de sus pecados tan grandes pasasen por las calamidades y trabajos excesivos que por ellos vino. El visorrey respondia lo que siempre: que habia de hacer lo que el rey le mandase, aunque supiese perder la vida.

En Tumbez estuvo quince dias entendiendo en estos proveimientos. los cuales pasados determinó de salir de allí y partirse para la cibdad de Sant Miguel, é por sus jornadas anduvo hasta llegar á aquella cibdad, adonde fué rescibido alegremente, á lo que mostraban en lo público, no embargante que *en* lo interior de sus ánimos verdaderamente á todos pesaba de verlo, por traer las leyes. Mas al fin fué rescibido por visorrey, y luego entendió en la ejecucion de las Ordenanzas, mandando tomar copia de los repartimientos que habia en los términos de Sant Miguel, preguntando á los caciques lo que daban y á los encomenderos lo que recibian, para conforme á esto tasar los tributos que habian de dar á los principales; y á los indios naturales hacia entender cómo S. M. era servido que fuesen libres y tratados como súbdictos vasallos suyos.

Los del cabildo de aquella cibdad, viendo al visorrey cómo ejecutaba las Ordenanzas, suplicáronle con toda humildad no lo hiciese por entonces y diese lugar á quel Emperador fuese informado generalmente de todo el reino, para que constándole los grandes servicios que le habian hecho, fuese servido de facerles mercedes en no consentir que por entero las Ordenanzas sean cumplidas. Mas aunque con grandes lloros se lo suplicaban, alzando sus manos derechas en testimonio de que siempre servirian al rey con toda lealtad, no aprovechó sus ruegos ni apelaciones, requerimientos, protestaciones que sobre ello hicieron; antes suspendió luego los indios á Diego Palomino, porque habia sido teniente de gobernador, y á todos los indios puso en gran libertad, mandándoles que á ningun español diesen cosa alguna sin que primero lo pagasen, y que usasen de pesos y medidas con ellos.

De todas estas cosas que pasaban iban á las cibdades de Trujillo y Los Reyes nuevas, y aun se contaban con mayor extremo que ello pasaba, haciendo más grave y dificultoso

el rigor del visorrey, como suele acontecer en los semejantes casos. Y sin la gente que iba por tierra, allegó al Callao, ques el puerto de la marítima cibdad de Los Reyes, una nave de un Juan Vazquez de Avila, y el maestre que en ella venia dijo quedar el visorrey Blasco Nuñez en Tumbez. Con esta nueva hubo grande alboroto en la cibdad, sabiendo lo que pasaba adonde el visorrey estaba, creyendo que luego habia de mandar ejecutar las leyes; é juntos en su cabildo é ayuntamiento los regidores y oficiales y los demás que solian juntarse en semejantes congregaciones, praticaron [1] sobre la venida del visorrey y el alboroto que andaba en el reino, y lo que les convenia hacer; y despues de altercado, se resumieron en que saliesen de su cibdad algunos varones doctos y de autoridad á encontrarse con el visorrey y dalle la norabuena de su venida, y á que le informasen de lo que pasaba en el reino, y de cómo todos, el pecho por tierra, harian lo que su rey y señor natural les mandaba.

CAPÍTULO VI

Cómo en la cibdad de Los Reyes salieron algunos caballeros á rescibir al visorrey, y de su salida de Sant Miguel para Trujillo.

Determinados, pues, los del cabildo de Los Reyes de inviar personas de su cibdad para que se encontrasen con el visorrey, señalaron para ello al factor Illan Xuarez de Carvajal, y al capitan Diego de Agüero, regidores, y á Juan de Barbaran, procurador de la cibdad, con los cuales salieron Pablo de Meneses, Llorenzo de Estopiñan, Sebastian de Coca, Hernando de Vargas, Rodrigo Nuñez de Prado y otros, entre los cuales iba fray Esidro, de la órden de los dominicos, que salia por mandado del reverendísimo don Jerónimo de Loaisa, obispo de Los Reyes. Y dejando ir caminando á los que digo, volveremos á Blasco Nuñez, que despues de haber hecho en la cibdad de Sant Miguel y sus términos lo que contamos en el capítulo precedente, determinó de se partir para Trujillo, y ansí, acompañado de los suyos salió de aquella cibdad.

El factor con los que salieron de Los Reyes anduvieron hasta que llegaron á unos aposentos que se nombran de Las Perdices, que están diez leguas de Los Reyes, con voluntad de no parar hasta encontrarse con el visorrey, y vieron venir á gran priesa un español, el cual, llegado junto á ellos, supieron llamarse Ochoa, y dijo venia con despachos del visorrey para el cabildo de Los Reyes y el gobernador Vaca de Castro, lo cual era verdad, porque el visorrey lo envió desde el camino. El factor Illan Xuarez de Carvajal, y el capitan Diego de Agüero, como regidores, y Juan de Barbaran, como procurador, abrieron el pliego y hallaron que venia un traslado de la provision que S. M. dió á Blasco Nuñez de su virrey, y una carta para Vaca de Castro, en que le mandaba que no usase más el cargo de gobernador y que se viniese á Los Reyes, y otras cosas que en la carta se contenian. Para el cabildo de la cibdad de Los Reyes venia otra carta, y por ella les mandaba que le recibiesen por visorrey por virtud de traslado de la provision que les inviaba, teniendo los alcaldes la justicia, sin tener más tiempo á Vaca de Castro por gobernador. Dícese quel visorrey, desde que entró en el reino, tuvo por odiosas las cosas de Vaca de Castro, é que tuvo por muy acetos á los que siguieron la parte de don Diego de Almagro. Dichos vulgares son, é yo no sé lo cierto dello.

Vistos estos despachos por el factor y por los otros, muy alegres, por la enemistad que con Vaca de Castro tenian, determinaron que fuese con la nueva Juan de Barbaran, como procurador; el cual á toda furia revolvió á Los Reyes, y allegado á la cibdad entró corriendo por las calles como si la tierra estuviera rebelada del servicio de S. M., diciendo: ¡Libertad! que el señor visorrey viene: veis aquí sus despachos. Y con esta nueva entraron en su cabildo el tesorero Alonso Riquelme y el veedor García de Saucedo, y Juan de Leon, Francisco de Ampuero, Niculás de Ribera el Mozo, regidores; Alonso Palomino, Niculás de Ribera el Viejo, alcaldes. La provision real de S. M. mandaba que por virtud della rescibiesen á Blasco Nuñez por visorrey, y aquel diz que era un traslado simple, con el cual achaque pudieran por entonces no rescibir á Blasco Nuñez por visorrey. Y entraron tres veces en cabildo sin se concordar, y al fin, por las pasiones públicas que con Vaca de Castro tenian, más que por otra cosa, el visorrey fué rescibido en la cibdad de Los Reyes como S. M. lo mandaba; habiendo enviado á llamar al cabildo donde estaban en su congregacion al licenciado Esquivel, natural de la cibdad de Badajoz, el cual, deseando el servicio del emperador, dió voto que rescibiesen por su visorrey á Blasco Nuñez: y hecho esto, fué este licenciado hasta Trujillo á juntarse con el visorrey y á ofrecerse á su servi-

[1] En el Ms.: *y praticaron.*

cio. A Vaca de Castro se envió el trasunto de todo ello y la carta que el visorrey le enviaba. El licenciado de la Gama, que era allí su teniente, no embargante que el visorrey le escribió alegremente, se salió de la cibdad para se ir á encontrar con Vaca de Castro, quedando el gobierno en los alcaldes; y dieron la vara de alguacil mayor á Juan de Barbaran, y fueron apregonadas las provisiones del visorrey públicamente, el tenor de las cuales es éste que se sigue:

DON CÁRLOS, por la divina clemencia Emperador semper augusto, rey de Alemania; Doña Juana, su madre, y el mismo Don Cárlos, por la misma gracia reyes de Castilla, de Aragon, de Leon, de las dos Cecilias, de Jeruselem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdenia, de Córdoba, de Córcega, de Múrcia, de Jaen, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Islas, Indias y Tierra Firme del mar Occéano, condes de Barcelona, señores de Vizcaya é de Molina, duques de Aténas y de Neopatria, condes de Flandes y de Tirol, etc. Por cuanto nos, viendo ser cumplidero á nuestro servicio, bien y noblecimiento de la provincia de la Nueva Castilla, llamada Perú, habemos acordado de nombrar persona que en nuestro nombre y como nuestro visorrey la gobierne y haga y provea todas las cosas concernientes al servicio de Dios Nuestro Señor y aumento de nuestra santa fé católica, y á la instruccion y conversion de los indios naturales de la dicha tierra, y ansimismo haga y provea las cosas que convengan á la sustentacion, perpetuidad y poblacion y noblecimiento de la dicha Nueva Castilla y sus provincias; por ende, confiando de vos Blasco Nuñez Vela, y porque entendemos que ansí cumple á nuestro servicio y al bien de la dicha provincia de la Nueva Castilla, y que usareis del dicho cargo de nuestro visorrey y gobernador della con aquella prudencia y fedilidad que de vos confiamos, por la presente vos nombramos por nuestro visorrey y gobernador de la dicha Nueva Castilla y sus provincias, por el tiempo que nuestra merced é voluntad fuere, y como tal visorrey y gobernador proveais, ansí en lo que toca á la instruccion y conversion de los dichos indios á nuestra santa fé católica, como á la perpetuidad y poblacion y noblecimiento de la dicha tierra y sus provincias, lo que viéredes que conviene. Y por esta nuestra carta mandamos al licenciado Vaca de Castro, nuestro gobernador que al presente es de la dicha provincia, y al nuestro Presidente é Oidores de la Audiencia real que hemos mandado proveer en Los Reyes, y al nuestro capitan general y capitanes de la dicha tierra, y á los consejos, justicias é regidores, caballeros, escuderos, oficiales é homes buenos de todas las cibdades, villas y logares de la dicha Nueva Castilla que al presente están pobladas y se poblaren de aquí adelante, y á cada uno de ellos, que sin otra larga ni tardanza alguna, sin nos más requerir ni consultar, esperar ni atender otra nuestra carta ni mandamiento, segunda ni tercera jusion, vos hagan, resciban y tengan por nuestro visorrey y gobernador en la dicha Nueva Castilla, llamada Perú, y sus provincias, y vos dejen y consientan libremente usar y ejercer los dichos oficios por el tiempo que, como dicho es, nuestra merced y voluntad fuere, en todas aquellas cosas y cada una de ellas que entendais que á nuestro servicio y buena gobernacion, perpetuidad y noblecimiento de la dicha tierra, é instruccion de los naturales della viéredes que conviene; y para usar y ejercer los dichos oficios, todos se conformen con vos y vos obedezcan y cumplan vuestros mandamientos, y con sus personas y gentes vos den y fagan dar todo el favor é ayuda que les pidiéredes y menester hobiéredes, y en todo vos acaten y obedezcan, y que en ello ni en parte alguna dello embargo ni contrario alguno vos no pongan ni consientan poner; ca nos por la presente vos rescibimos y habemos por rescibido á los dichos oficios y al uso y ejercicio de ellos, y vos damos poder y facultad para los usar y ejercer, caso que por ellos ó por alguno dellos á ellos no seais rescibido. Y otrosí es nuestra merced que si vos el dicho Blasco Nuñez Vela entendierdes ser cumplidero á nuestro servicio y á la ejecucion de la nuestra justicia que cualesquier personas que agora están y estuvieren en la dicha provincia de la Nueva Castilla y tierras y provincias della se salgan y no entren ni estén en ella, vos les podais de nuestra parte mandar y los hagais della salir conforme á la premática que sobre esto habla, dando á la persona que así desterráredes la causa por que lo desterrais; y si os paresciere que conviene que sea secreta, dársela heis cerrada y sellada, y vos por otra parte nos enviareis otra tal, por manera que seamos informado dello; para lo cual todo que dicho es y para cada cosa y parte dello, por la presente vos mandamos poder cumplido con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades; y mandamos que hagais y lleveis de salario en cada un año con los dichos oficios de nuestro

visorrey é gobernador de la dicha tierra cinco mill ducados, contados desde el dia que os hiciéredes á la vela en el puerto de San Lúcar de Barrameda, para seguir vuestro viaje á la dicha nuestra provincia de Perú, todo el tiempo que por vos toviéredes los dichos oficios; los cuales mandamos á los nuestros oficiales de la dicha provincia del Perú que os den y paguen de los derechos que en cualquier manera tuviéremos en la dicha tierra, y que tomen vuestra carta de pago, con la cual y con el traslado de esta nuestra provision mandamos que les sean recibidos y pasados en cuenta los dichos maravedís, siendo tomada la razon desta nuestra carta por los nuestros oficiales que residen en la cibdad de Sevilla en la casa de la Contratacion de las Indias. Dada en la villa de Madrid á primero dia de mes de Marzo de mill y quinientos y cuarenta y tres años.—Yo el Rey.—Yo, Juan de Samano, el secretario de sus cesárea y católicas majestades la fice escrebir por su mandado.—Y en las espaldas de la dicha provision real de S. M. estaban las firmas y nombres siguientes: *Frater Garcia*, *Cardinalis* Hispalen*sis*. *Sebastianus, episcopus* Conchen*sis*. El doctor Bernal, el licenciado Gutierrez Velazquez, el licenciado Gregorio Lopez, el licenciado Salmeron.—Registrada, Johan de Loyando.—Por chanciller, Blas de Sayavedra.

CAPÍTULO VII

De cómo el gobernador Vaca de Castro venia del Cuzco, y lo que le subcedió al factor Illan Xuarez y á los demás que se iban á encontrar con el visorrey.

Ya contamos en los capítulos de atrás cómo el gobernador Vaca de Castro queria salir de la cibdad del Cuzco para se venir á Los Reyes, con voluntad de se ver con el visorrey Blasco Nuñez Vela, no ostante que muchos de sus amigos le aconsejaban y amonestaban se fuese al puerto de Quilca, á donde se podia embarcar en un navío para irse, sin ver al visorrey, á Tierra Firme; mas él, no teniendo por cordura hacello ansí, salió de la cibdad del Cuzco llevando alguna gente y armas y artillería para guarda de su persona, ó segun otros quieren decir para con ella suplicar por el bien comun del reino. Otros afirman, y ansí es cierto, que la sacó por no dejalla en el Cuzco, adivinando lo que habia de ser; y como de aquella cibdad saliesen siempre los nublados para derramarse por todas partes, parescióle cordura sacar el artillería y armas, como lo hizo. Salido, pues, del Cuzco, anduvo hasta que llegó á la cibdad de Goamanga, adonde tambien se le allegaron algunas personas, y de allí fué á la provincia de Xauxa, en la cual se encontró con el licenciado de La Gama y supo dél lo que habia pasado; y despues de haber praticado con sus amigos algunas cosas acerca de las Ordenanzas y de lo que se decia del visorrey, acordó de inviar á su secretario Pero Lopez á que se fuese á encontrar con él y á que de su parte le diese la norabuena de su venida, certificándole que le sirviria en todo como aquel que venia en nombre del rey nuestro señor, y ansí se partió Pero Lopez á lo que digo.

Pues como los del cabildo de la cibdad de Los Reyes supiesen que Vaca de Castro venia acompañado ó traia mucha gente consigo, le escribieron que deshiciese la gente y dejase las armas y entrase en Los Reyes privadamente sin se nombrar más gobernador del reino, pues ya no lo era, y que venido, le guardarian su honor por ser del Consejo real y haber sido su gobernador y capitan general.

Despues de haber vuelto á la cibdad de Los Reyes Juan de Barbaran, el factor Illan Xuarez de Carvajal y el capitan Diego de Agüero con los demás caminaron acercándose hácia la cibdad de Trujillo, y anduvieron jueves y viernes sancto y llegaron á un pueblo de indios que ha por nombre Guaura, que es diez y ocho leguas de la cibdad de Los Reyes, de donde el viernes, ya tarde, partieron para ir otro dia á otro que ha por nombre de La Barranca; y el sábado, víspera de Pascua de Resurrecion del año de mill y quinientos y cuarenta y cuatro, encontraron con un Ruiloba, que era criado del gobernador Vaca de Castro, que no poca turbacion causó su venida, porque preguntado si habia visto al visorrey, respondió quedar cerca de Trujillo y que venia quitando indios; y en Sant Miguel que ya estaban sin ellos el teniente Palomino y otras personas; y aún que decia que en todas partes habia de hacer lo mismo, no dejando afuera á los oficiales de la real hacienda. Y diciendo esto Ruiloba se partió á dar aviso á Vaca de Castro.

El factor Illan Xuarez, cansado del camino y enojado con las nuevas se recostó sobre un pilar del aposento, no pudiendo fácilmente oir lo que decian, y el capitan Diego de Agüero á grandes voces dijo: Yo no quiero parar hasta encontrar con el visorrey, y si me ha de quitar los indios, quítemelos luego, que á mi hijo no le ha de faltar de comer,

pues tiene hacienda con que vivirá. Y diciendo esto se partió luego para Trujillo. Con él fué Rodrigo Nuñez, vecino de Guánuco, que tambien estaba mal con Vaca de Castro por le haber quitado los indios de repartimiento, por haber seguido á don Diego de Almagro el Mozo.

Ya hicimos mencion cómo el visorrey habia partido de la cibdad de Sant Miguel acompañado de algunos vecinos y de otros soldados, dando oido, á lo que dicen, cuando le decian algun mal de Vaca de Castro, porque desde que entró en Perú se allegó á la parte de los Almagros, y ellos, sin refrenarse, hablaban lo que querian del mismo Vaca de Castro. Ya tengo otras veces dicho cómo el antiguo nombre de Sant Miguel es Piúra, y el de Trujillo, Chimo, y el de Los Reyes, Lima; aunque olvidados de los nombres unas veces los pongamos de una manera y otras de otra, todo es uno, y el lector sabrá tener entrambos nombres. Yendo, pues, el visorrey caminando por el real camino de Los Llanos mirando los grandes desiertos que habia y arruinados edificios que daban á entender haber habido gran poblado, le pesaba, diciendo que por el mal gobierno vinieron aquellas gentes á tanta diminucion, admirado de ver los grandes y antiquísimos edificios que con tanta sontuosidad habia por los caminos hechos. Y en los valles adonde habian quedado algunos indios, hacia entender á los señores y caciques ser vasallos del rey de España, diciéndoles que desde entonces habian de tener gran libertad y los tributos que daban á los encomenderos serian moderados, y lo mismo el bastimento y cosas necesarias, y que si más quisiesen, que se lo habian de pagar. Llegado á la cibdad de Trujillo le hicieron grande recibimiento, aunque con ánimos llorosos y rostros muy pensativos, y le recibieron en ordenanza, como insinia de guerra, que fué harto ruin y triste agüero, si decirse puede, pues viniendo á poner paz le recibian con órden de guerra; y fué metido con palio, vestidos de púrpura los regidores, y lo recibieron por visorrey como S. M. lo mandaba. El factor Illan Xuarez de Carvajal y los otros caballeros se volvieron á Los Reyes, y dicen quel factor puso un mote en La Barranca, que decia: *Cada uno mire lo que hace y no quite su hacienda á otro, porque podia ser quedarse burlado y costarle la vida.* Otros afirman queste mote puso Francisco Descolar [1], y ansí se tiene por cierto, el cual es vecino de Los Reyes.

[1] Así dice el ms. en vez *del Solar*.

CAPÍTULO VIII

De cómo el gobernador Cristóbal Vaca de Castro, vista la carta de visorrey y cómo ya estaba rescibido en Los Reyes, deshizo la gente y envió el artilleria á la cibdad de Sant Juan de la Frontera de Goamanga.

Grande admiracion ha de ser oir las cosas quel discurso de nuestra obra ha de ir prosiguiendo; y verdaderamente fueron muchas las alteraciones que hobo en estos reinos, y ansí como la riqueza dél es tan grande que los collados y cordilleras de sierras, rios, arroyos estén tan abastados de metales de plata y oro, no puede sustentarse en paz tanta grandeza. Y no quieran los más que vivian en él dorar sus iniquidades y grandes traiciones echando la culpa al capitan Gonzalo Pizarro, que sin comparacion eran muchas las cartas que le iban de todas partes, persuadiéndole á que viniese de donde estaba, que todos le sirvirian y acudirian con sus haciendas y personas. En esto, aunque algunos han querido culpar á los del Cuzco, son los que menos culpa tuvieron, como adelante dará la escritura á entender y yo lo mostraré con toda claridad.

Llegada que le fué al gobernador Vaca de Castro la nueva entrada del visorrey en el reino, y vista la carta que le escribia, y como ya le habian recibido por visorrey, rescibió grande alteracion, ansí por las cosas que Ruiloba su criado le habia dicho como por el recibimiento que se le habia hecho; porqu' él quisiera, segun dicen, entrar en Los Reyes como superior, y al tiempo del recibimento suplicar de las Ordenanzas, y deseaba que su secretario Pero Lopez se encontrase con brevedad con el visorrey, para que fuese informado de las cosas que por él habian sido hechas. Y estuvo perplejo pensando lo que haria, viéndose por todas partes cercado de grandes cuidados, qu' es para los ánimos generosos fatiga muy grande, y que en los principios de semejantes casos requiere mirar con gran prudencia lo que se ha de hacer; porque despues, si se yerran, es la culpa de los que bien no lo miran, y si se acierta, son tenidos por prudentes. Y en los casos grandes más requiere determinacion que consejo, porque cuando han parado las alteraciones y los alborotos convertidos en guerras, más me aterné á seguir á un hombre osado que no á un letrado avisado, porque por éstos se dijo que por dorar un yerro hacen ciento. Vaca de Castro miraba en sí mismo que si entraba en Los Reyes acompa-

ñado con artillería, armas, arcabuces, que sonaria mal y no lo ternian á lealtad, y que si entraba privadamente, que se obligaba á quel visorrey hiciese dél á su voluntad, sin querer guardar el decoro de su persona ni tener atencion á lo mucho que habia servido al rey, por venir mal con él, como era público; mas, no obstante estas cosas, derramó la gente, y el artillería mandó que fuese llevada á Sant Juan de la Victoria de Goamanga, y que allí donde esta nueva le tomó, que es en el valle de Guadacheri, diez y ocho leguas de Los Reyes, quedasen las picas con las otras armas que tenia.

El licenciado Benito Xuarez de Carvajal estaba con Vaca de Castro, y vínole una carta del fator su hermano, en que por ella le hacia saber el visorrey le quitaria los indios como habia hecho á los demás que habian sido tenientes, y lo mismo á él por ser oficial; por tanto, que convenia que vista aquella carta volviese á donde tenia los repartimientos de indios y sacase todo el más dinero que pudiese, para ser ir á España, inviando una dejacion al fator, de sus indios, en Rodrigo de Carvajal y Jerónimo de Carvajal y Juan Vazquez de Tapia. Vista esta carta por el licenciado de Carvajal, la leyó públicamente, y negociado con Vaca de Castro la dejacion, aunque ya no era gobernador, se partió á hacer lo que por el fator le era escrito. Y este fué un principio por donde el visorrey estuvo mal con el fator, porque fué avisado desta carta que escribió por Antonio y Juan de Leon, cuando le salieron á rescibir.

En este tiempo, Vaca de Castro, despues de haber deshechado la gente venia acompañado de muy pocos á la cibdad de Los Reyes, no dejando de procurar con todas sus mañas nuevas amistades y en las que tenia fijas arraigarse de nuevo.

CAPÍTULO IX

Cómo el gobernador Vaca de Castro entró en Los Reyes, y de lo que más pasó.

No podemos negar que Vaca de Castro fué un varon avisado, y que si la codicia no le subjetara, verdaderamente él gobernó el reino prudentemente; mas no embargante que habia deshecho la gente y no venia sino con algunos caballeros vecinos del Cuzco, con ellos trataba la manera que ternia para entrar en la cibdad; porque, sabido por él que los del cabildo habian recibido al visorrey por un traslado simple, deseaba que ellos mismos le tornasen á ofrecer el gobierno para que pudiese responder al visorrey. Y mandó al licenciado de La Gama, su teniente que habia sido, que se partiese para la cibdad y tornase á tomar la vara de su teniente, y escribió cartas á muchas personas, muy graciosas y llenas de favores y de esperanzas, y á algunos que dél estaban quejosos hacia nuevos proveimientos. Y en esto de dar cédulas y provisiones, Vaca de Castro nunca lo dejó de hacer hasta que entró en Los Reyes; si la fecha de las cédulas y despachos quél daba decia de entonces ó de antes, él y sus escribanos lo saben, que yo no lo puedo saber; aunque lo que fué y cómo pasó no lo inoro, ni el letor lo dejará de entender. Y ansí sabemos que Vaca de Castro en este camino repartió muchos indios de los que estaban puestos en su cabeza, y de los del marqués don Francisco Pizarro. Y el licenciado de La Gama era vuelto á tomar la vara de teniente, porque en la cibdad, cuando vino Juan de Barbaran con los despachos, nunca quiso entrar en los cabildos, ni se halló al recibimiento del visorrey.

¡Oh, Dios mio, y cuántas muertes, cuántos robos, desvergüenzas, insultos, destruicion de los naturales se apareja por las invidias destos hombres y por querer conseguir mandos! ¡Pluguiera á tu divina bondad que Vaca de Castro se sumiera en aquellas nieves de Pariacaca donde jamás paresciera, y al visorrey le diera un tal dolor que en Trujillo, adonde estaba, fuera su fin, pues lo hobo de ser en Quito con harta afrenta suya; y á Pizarro y á Carvajal se abriera otra cueva como la que en Roma aparesció, y los tragara y sorbiera! Siquiera, faltando estas cabezas no rescrecieran en esta miserable tierra tantos males, pues bastaba las dolorosas batallas de las Salinas y Chupas. Los pecados de los hombres eran tan inormes y la caridad entre ellos tan poca, que fué Dios servido que pasasen por tan grandes calamidades como el letor presto verá.

El licenciado de La Gama se partió para la cibdad de Los Reyes á lo que vamos contando, y Vaca de Castro, por saber que estaba mal con el tesorero Alonso Riquelme, y quél y los otros regidores habian recibido al visorrey por el traslado simple de la provision, habló con Lorenzo de Estopiñan, que allí habia venido á le informar de las cosas que pasaban y á ver si podia negociar con él que le diesen algunos indios, que pues era amigo del tesorero, que lo confederase con él, que le daria mejores indios que los que le habia quitado. Estopiñan se volvió á la cibdad, y el tesorero le respondió á lo que de parte de Vaca de Castro dijo, que ¿qué

amistad habia él de tener con Vaca de Castro, pues le habia quitado los indios, y sobre todo vendria y le cortaria la cabeza? Era este tesorero muy sábio y entendido y cauteloso para hacer sus hechos; en todos los negocios arduos y de calidad metió las manos y despues sabia salirse afuera.

El licenciado de La Gama, llegado á Los Reyes fué á la posada del tesorero Riquelme, y le persuadia, como á hombre más principal, que hiciese cabildo, y quél tornaria á tomar la vara de tiniente, porque al tiempo que salió de la cibdad no la habia dejado ni partido mano della con las solenidades y hábitos que se requerian; y que sin esto, el visorrey le habia escrito que se estuviese en la cibdad como se estaba y hiciesen que le rescibiesen como S. M. lo mandaba; y aunque esto fué verdad y el visorrey lo escribió, la intencion del licenciado de La Gama y su deseo no era sino de volver á tomar la vara en cabildo, para que venido Vaca de Castro entrase de nuevo en el gobierno á ser gobernador, recelándose que por haber sido teniente de los gobernadores pasados le serian quitados sus indios, y no pudo negociar cosa alguna.

Vaca de Castro se vino caminando hasta que llegó á la cibdad de Los Reyes, y aunque en ella supieron su venida no se le hizo gran recibimiento, ni salieron al camino sino algunos criados y amigos suyos; y con ellos entró en la cibdad y se fué á aposentar en casa del obispo don Jerónimo de Loaysa, y allí le vinieron á visitar todos los vecinos, hablando en las cosas quel visorrey hacia y de la reguridad de las nuevas leyes.

CAPÍTULO X

Del gran alboroto que hobo en la cibdad de Arequipa cuando supieron las nuevas de las leyes, y de cómo Francisco de Carvajal se fué de Los Reyes.

Al tiempo que fueron á la cibdad del Cuzco Alonso Palomino y don Antonio [1] de Ribera con la nueva de las Ordenanzas, el gobernador Vaca de Castro habia mandado á un Tomás Vazquez que fuese con toda la presteza que pudiese á la cibdad de Arequipa llevando una carta de creencia, y dijese á los de aquella cibdad que no se alterasen ni ficiesen alboroto ninguno con saber la nueva del visorrey y de las Ordenanzas que traia, porque S. M., siendo informado de que no convenia á su servicio real que se ejecutasen, proveeria sobre ello con gran brevedad, y que enviasen sus procuradores á Los Reyes para la suplicacion que se habia de hacer. Tomás Vazquez se partió del Cuzco y llegó al cabo de siete días, y en la iglesia halló á los más de los vecinos de aquella cibdad, y despues que hobieron visto la carta de creencia les dijo á lo que venia y les mostró un traslado de las Ordenanzas, el cual, como por ellos fué visto, grande fué el alboroto que se hizo y sentimiento que se mostró, tocando la campana como si fuera pregon de guerra. Tomó las Ordenanzas en la mano un vecino de aquella cibdad, llamado Miguel Cornejo, con las cuales subió en el púlpito donde se suelen poner los pedricadores para hacer sus sermones; y al repique de la campana se habia llegado lo más del pueblo, y delante de todos comenzó á leer las leyes, y llegando á donde el rey mandaba que muertos los encomenderos, los repartimientos se pusiesen en su cabeza real, decia á grandes voces que no lo habian de consentir, sino perder las vidas antes que vello ejecutado; y lo mismo decia sobre las otras Ordenanzas que le parescian regurosas. Y entre los que allí estaban no hobo menos ruido y tumulto que en Los Reyes, y andaban como asombrados, discurriendo por una y por otra parte, llamándose desdichados y faltos de ventura, pues habiendo con tanto trabajo y fatigas descubierto la provincia, les era pagado tan mal. El capitan Alonso de Cáceres, por su parte, procuraba quel alboroto cesase, pues no aprovechaban nada aquellas palabras. Y dejando esto, concluyamos con la venida de Carvajal.

Pues contamos habia sido con voluntad de se ir á España, conosciendo por la espirencia que de la guerra tenia que no podia estar el reino en paz ni dejar de haber alborotos en las más provincias dél con la venida del visorrey, y aunque por su parte lo procuró mucho, los del cabildo de Los Reyes no le quisieron dar nada, ni despacho, como hicieron los del Cuzco; y queriendo meterse en alguna nave no pudo conseguir su deseo á causa de que las justicias no querian dar lugar á que ningun navio saliese del puerto hasta que el visorrey viniese. Y visto el poco remedio que allí tenia, acordó de se ir á la cibdad de Arequipa, creyendo en el puerto de Quilca podria hallar nave en que pudiese cumplir su deseo, y con toda priesa se salió de la cibdad de Los Reyes, llevando los dineros que tenia y adevinando la gran calamidad que habia de venir por todo el reino. Mas tampoco halló aparejo en el puerto de Quilca, como en el de Los Reyes, porque Dios era servido que no saliese

[1] El ms. dice *Alonso*.

de la tierra, sino que fuese azote suyo y castigo de muchos, como lo fué, pues tantos y tantos murieron por su mandado, que es harto dolor pensarlo.

CAPÌTULO XI

De las cosas que subcedieron en la cibdad de Los Reyes despues que entró el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, y de lo que hacia el visorrey en Trujillo.

Ya era tiempo que contáramos la salida de Los Charcas del capitan Gonzalo Pizarro, pero conviene que tratemos tambien lo que subcedió en la cibdad de Los Reyes con la entrada del licenciado Vaca de Castro; escrito esto, volveremos á lo demás. Aposentado, pues, el licenciado Vaca de Castro en las casas del obispo don Jerónimo de Loaysa, venian siempre nuevas á Los Reyes de las cosas hechas por el visorrey en la cibdad de Sant Miguel y las que de nuevo hacia en Trujillo en cumplimiento de las Ordenanzas y cómo las ejecutaba en las cosas de los indios y en otras cosas. En gran manera les pesaba ya á los del cabildo por le haber recibido, pues sin llegar á Los Reyes y fundar el Audiencia, ni sin acuerdo de los Oidores, hacía las cosas que contaban; y decian unos á otros que habia sido mal acuerdo recibille hasta quél personalmente entrase en la cibdad, pues lo podían bien hacer; y que Su Majestad no mandaba que lo rescibiesen por traslados simples, sino por las provisiones oreginales, y que tambien lo pudieran dilatar hasta que viniera Vaca de Castro, pues era gobernador del reino. Vaca de Castro dicen que habló á los regidores de la cibdad disculpándose de la gente que traia y armas del Cuzco; qne no lo hizo sino por saber que las Ordenanzas venian, y era, si se cumplian, en el daño comun; y tambien porque con el aparejo de armas no subcediese algun alboroto en el Cuzco y en las provincias de arriba, pues conocian la gente del Perú cuán exenta y mal sufrida es; é que visto su voluntad dellos, con paciencia y buen ánimo, sin se acordar de sus cargos y dignidades pasadas, mas que por la carta del visorrey, habia deshecho la gente y retenido las armas y entrado en la cibdad, como todos vian, privado de gobernador é con poca compañía; y que si mal les viniese, de quél no dubdaba, que á sí y á sus súpitos consejos echasen la culpa, que en lo que á él habia competido siempre habia hecho lo que convenia al servicio del rey nuestro señor.

Oidas estas cosas por los vecinos y regidores, conosciendo la voluntad de Vaca de Castro deseaban volvelle al gobierno de la provincia y que siendo gobernador mirase por el bien comun, y que S. M. fuese informado de cómo á su servicio real no convenia que las nuevas leyes se ejecutasen ni cumpliesen; y para aquesto poder concluir entraron en sus cabildos, enviando á suplicar á Vaca de Castro viniese á se hallar en ellos presente, para que se concordasen en lo que todos deseaban, y quél volviese á tomar á cargo el gobierno del reino, pues no le dieron parte del recibimiento del visorrey. Vaca de Castro, teniendo en más su abtoridad que su deseo, respondió graves palabras: que viniesen ellos á hacer el cabildo y ayuntamiento á donde él estaba, pues era más razón que no ir él con su persona á donde ellos querian; y de una parte á otra fueron y vinieron algunos mensajeros, sin que Vaca de Castro quisiese venir al cabildo ni el cabildo ir á donde él estaba, teniendo, á lo que yo creo, Vaca de Castro sospecha del cabildo y el cabildo de Vaca de Castro, porque en los tiempos pasados siempre se quisieron mal. La resolucion destos negocios fué quel cabildo ordenó ciertos capítulos para que Vaca de Castro los firmase, que por ser cosa que de secreto pasó entrellos no se supo por entero.

El obispo don Jerónimo de Loaysa entrevenía en estas cosas, é hizo amigos á Alonso Riquelme, el tesorero, y al fator Illan Xuarez con Vaca de Castro. Y despues de hechos los capítulos, el tesorero Alonso Riquelme los dió á Lorenzo de Estopiñan para que los llevase á Vaca de Castro que los firmase; y despues que los hubo visto y leido dijo que no firmaría tal cosa, porque dellos era menester quitar y á otros añadir. Estopiñan importunó quél mismo hiciese la enmienda dello y los firmase; Vaca de Castro respondió que no haria, porque conoscia que no eran hombres de constancia y no habia él de fiar su honor dellos. Y pasadas otras cosas entre Vaca de Castro y los del cabildo, no se concordaron en nada; ni tenemos ninguna cosa que decir por agora de Vaca de Castro, porque no se concluyó nada de lo que querian; y él se estuvo en Los Reyes, y aun dicen que no mostraba pesalle con las cosas que decian del visorrey.

El cual muy de reposo se estaba á todo esto en Trujillo, entendiendo en cosas tan livianas que despues de fundada el Audiencia bastaba á las hacer cumplir un mandamiento quél inviara con un alguacil. Todos los que tuvieren cargo de regir reinos y gobernar provincias, que sin consejo se guiaren, ellos cairán como han muchos hecho; y

si el visorrey con priesa dejara los arrabales y se viniera á las cibdades y con prudencia entrara en ellas, no vinieran los escándalos y grandes daños que hobo, que no fueron pocos. Todo lo que en Trujillo hacia era que los indios supiesen lo que habian de dar y imponelles en lo que dejaba impuesto á los de Sant Miguel; y quitó los indios de repartimientos al capitan Diego de Mora, porque era teniente de gobernador, y á Alonso Holguin, porque lo habia sido. En esta cibdad de Trujillo estaban su hermano Francisco Velazquez Vela Nuñez, caballero muy noble y de grandes virtudes, y Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, varon muy cuerdo y asentado y que se preció siempre de dar buenos consejos al visorrey, y los que más dijimos que salieron con el visorrey de Tumbez. En la cibdad de Los Reyes, Hernando Bachicao, Diego Maldonado, Gaspar Rodriguez, Pedro de los Rios y otros, como entendian lo que pasaba en Trujillo y cómo el visorrey ejecutaba las nuevas leyes, platicaron muchas cosas entre ellos mismos, determinando de volver al Cuzco sin aguardar á quel visorrey entrase en Lima, para ver lo que habian de hacer en lo tocante á las Ordenanzas.

CAPÍTULO XII

De cómo estando en Los Charcas el capitan Gonzalo Pizarro le fueron cartas de muchas personas, y con ellas Bustillo, para que viniese á procurar por el reino.

Bien se acordará el letor cómo el capitan Gonzalo Pizarro habia salido de la cibdad del Cuzco y ido á la villa de Plata, que es en la region de Los Charcas, adonde él tenia repartimientos de indios muy ricos, y estando en un pueblo que se llama Chaqui enviando recabdo á las minas de Potusí, que en aquel tiempo se empezaban á descubrir, para sacar plata, allegó á él un criado del comendador Hernando Pizarro, llamado Bustillo, el cual lo envió don Antonio de Ribera, é Alonso Palomino, y Villacorta y otros muchos con cartas. Y ansimismo, en este tiempo me dijo á mí Luis de Almao, criado de Gonzalo Pizarro, que Vaca de Castro le escribió se estuviese quedo sin se alterar, aunque las cosas no llevaban buenos términos con las Ordenanzas, y que S. M. seria informado de la verdad y mandaria lo que más á su servicio real conviniese. Las de don Antonio, é Palomino, é Villacorta y Alonso de Toro y otros escribian que viniese luego á los librar y redimir de tan gran mal como era el que se esperaba, y tambien le llevaron las Ordenanzas. Y allegó este mensajero á tiempo que estaba cazando ocho leguas de allí en una estancia ó hacienda suya que ha por nombre Palcócon, sus criados bien descuidados de tal cosa. Pues como allegó este Bustillo al pueblo, halló á Luis de Almao y le rogó que fuese en persona á donde estaba Gonzalo Pizarro y le dijese que luego con toda presteza viniese, porque le convenia mucho, que le querian cortar la cabeza. Allegado Luis de Almao donde estaba Gonzalo Pizarro á la segunda vigilia de la noche, alteróse mucho pensando que era otra cosa, y pidiendo lumbre Gonzalo Pizarro, le dijo: ¿Qué venida tan de priesa es esta? Respondióle Almao: Levantaos, ques venido Bustillo y trae despachos y avisos que os guardeis, porque os quieren cortar la cabeza. Creyendo Gonzalo Pizarro que lo decia por Vaca de Castro, respondió: ¡Juro á Nuestra Señora que yo se la corte á él primero! Y levantóse luego de su lecho sin preguntar cosa alguna, y antes quel resplandor del día viniese cabalgó en un caballo, y con mucha priesa anduvo hasta que llegó al pueblo de Chaqui, adonde halló al mensajero, y tomando los despachos estuvo oyendo las cartas todo aquel dia y hasta la media noche, y como vido las Ordenanzas mostró rescebir gran alteracion, y sin las acabar de leer salió fuera diciendo á los que con él estaban que unas nuevas tan malas le habian venido, que ni ellos las entenderian ni él sabria decírselo; y como esto habló, les arrojó las cartas con las Ordenanzas para que las leyesen, y despachó luego á Juan Ramirez á la cibdad de Arequipa para que ciertos dineros quél habia enviado para que fuesen enviados á España que los detuviese. Y holgó allí un dia, el cual pasado se partió y fué á dormir en el camino de Porco, mostrando mucha tristeza; y aun afirman que muchas veces lloró, casi adinando los grandes males que habian de rescrecer en el reino. No sé yo si eran [lágrimas] fingidas ó no, porque los que quieren levantarse y ser tiranos, muchas son las disimulaciones con que engañan á los que les siguen. En pocos dias fué á las minas de Porco, donde allegó el más dinero que pudo.

CAPÍTULO XIII

De las cosas que pasaron en la villa de Plata, é de los procuradores que salieron para ir á Lima.

Despues quel gobernador Vaca de Castro hobo desbaratado en Chupas á don Diego de

Almagro, proveyó y nombró por su teniente de gobernador de aquella villa á Luis de Ribera, caballero muy principal, natural de la cibdad de Sevilla; y estando la villa quieta y pacífica, sin señal de ningun alboroto, llegó á noticia de todos las nuevas Ordenanzas y leyes que S. M. del rey nuestro señor enviaba, y de la venida de Blasco Nuñez por visorrey.

Sin estas nuevas, fueron cartas del cabildo de la cibdad del Cuzco y del gobernador Vaca de Castro que lo afirmaban, amonestando que inviasen procuradores para que con los más que fuesen del reino suplicasen de las Ordenanzas.

No dejó de causar grande alboroto en sus ánimos estas nuevas, como habian hecho en todas partes que fueron oidas, y pasado aquel tomulto entraron en su cabildo el teniente Luis de Ribera y Diego Centeno, y Antonio Alvarez, alcaldes; y Lope de Mendieta y Francisco de Retamoso y Francisco de Tapia, regidores perpétuos; y consultado entre ellos de la manera que ternian para rescebir aquellas Ordenanzas y capítulos, despues de bien pensado sobrello acordaron que no embargante quel rey nuestro señor hobiese proveido las Ordenanzas, que no seria cordura que con punta de rebelion ni de desacato las reprobasen ni dejasen de obedescer, antes que como obedientes vasallos con grande humildad le suplicasen las suspendiese todas ó algunas dellas, é que para este efeto la suplicacion habia de ser general; que inviasen de su villa personas que en voz de su república suplicasen al visorrey no las ejecutase hasta que S. M., siendo avisado de la verdad, proveyese lo que más á su servicio conviniese. Y mirando á quién señalarian por sus procuradores, despues de bien pensado se nombraron á Diego Centeno, alcalde, y á Pero Alonso de Hinojosa, regidor que tambien era en la villa, y les dieron poder cumplido para que pudiesen juntarse con los demás procuradores que fuesen de las demás cibdades y villas á la suplicacion, y obligar las haciendas y personas de su villa para lo que se ofreciere en aquel negocio, con tanto que la suplicacion fuese con toda humildad. Y Luis de Ribera graciosamente hablaba á todos los vecinos, diciéndoles que no se congojasen ni fatigasen en oir las Ordenanzas, que S. M. seria servido de mandarlas revocar.

Diego Centeno y Pedro de Hinojosa se partieron de la villa para ir á la cibdad de Los Reyes, habiéndose visto primero Pedro de Hinojosa con Gonzalo Pizarro en el pueblo de Chaqui.

CAPÍTULO XIV

De las cosas que más fueron hechas por el capitan Gonzalo Pizarro, y de cómo eran muchas las cartas que de todas partes le venian.

Muy congojado estaba el ánimo del capitan Gonzalo Pizarro en oir las cosas que se decian, y como era hombre de poco saber no miraba con prudencia los acaecimientos que en lo foturo se podian rescrecer. Pensaba unas veces de se estar en su casa y no mostrarse, como dicen, cabeza de lobo por el pueblo, pues despues, en viendo que sus cosas se hacian prósperas, le negarian y dejarian dentro en el lazo; otras veces pensaba que seria falta de ánimo, y que pues los ojos en él todos ponian, no serian tan ingratos que no conosciesen el bien que les venia de querer él por su persona mostrarse abtor de aquel negocio. Tambien consideraba que habia ido al descubrimiento de la Canela, donde salió desbaratado y tan gastado que con cincuenta mil pesos no pagaria sus debdas, y que fuera justo S. M. le nombrara gobernador, que era todo su pró, alegando que por el testamento del Marqués y por su provision real, él lo habia sido ya en el Quito. Esto le daba más deseo de ir al Cuzco y hacer junta de gente y oponerse contra el visorrey. Dañó el negocio tambien cartas que no dejaban de venir de todas partes, incitándole á que con brevedad saliese de allí, provocándole á mayor ira, diciendo que tomase la empresa por suya, pues era por libertar la provincia, y los amparase y tuviese debajo de su favor como patron suyo y persona que juntamente con el Marqués habia sido en descubrir el reino, y que se condoliese de la miseria y subsidio tan grande que S. M. les queria echar; y para que con más voluntad lo hiciere, escribíanle que á el mismo Gonzalo Pizarro y á todos los que se habian hallado en las alteraciones pasadas les mandaba cortar las cabezas y quitar sus haciendas.

Pues vistas todas estas cosas y que Gonzalo Pizarro, como ya dije, era hombre de poco saber, sin mirar que era locura y gran desvarío oponerse contra los ministros del rey, concibe en su pecho de se acercar á la cibdad del Cuzco, adonde él tenia amigos muy fieles, y con ellos haria *lo* que viese que más le convenia para este negocio, escribiendo á todas partes alegres cartas que iria y haria lo que le inviaban á mandar y aventuraria su vida por les hacer placer. Y recogida toda la plata, que tanta cantidad de ella habia que le sacaban cada dia cien marcos

y más, determinó de se partir para la gran cibdad del Cuzco, dejando mandado que la que le sacasen se le llevase con gran recabdo. Saldrian con él de aquel lugar hasta catorce hombres, todos criados suyos, y un su hermano que habia por nombre Blas de Soto. Y yendo hácia el Cuzco le venian muchas cartas de Lima y de todas partes, y él, llevando en su pecho concebido lo que habia de hacer, callaba, mostrando con el silencio que tenia que haria lo que por ellos le era escrito.

CAPÍTULO XV

Cómo Gonzalo Pizarro envió una espía para que fuese á Arequipa é más adelante á saber nuevas del visorrey, y de cómo se le allegaban algunos soldados.

En gran manera deseaba saber el capitan Gonzalo Pizarro si el visorrey Blasco Nuñez Vela habia entrado en el reino y en la parte que dél estaba; y para con brevedad salir de esta dubda llamó en secreto á un soldado que habia por nombre Bazan, muy diligente y que conocia muy bien la tierra y sabia los caminos, al cual rogó se partiese luego para la cibdad de Arequipa y procurase saber en ella el visorrey adónde estaba y lo que dél se decia, teniendo grande aviso de que no entendiesen que iba por su mandado, antes, si el visorrey estuviese en alguna provincia del reino, volviese con gran disimulacion á toda furia á le avisar; y si no hallase que el visorrey habia entrado en Perú, allegase á la cibdad de Los Reyes, adonde sabria cierto dónde estaba y lo que haria. Bazan, con ánimo pronto y aparejado para complacer á Pizarro, se obligó de facer lo que por él le era mandado; y ansí, llevando cartas del mismo Pizarro para muchas personas que eran vecinos de Arequipa y de Los Reyes, se partió, y andadas algunas jornadas dió la vuelta porque supo ciertamente el visorrey estar cerca de Trujillo.

En esto, Gonzalo Pizarro llegaba al lago de Titicaca, que es en la provincia del Collao, adonde se encontró con el capitan Francisco de Almendras, el cual, juntamente con dos mancebos sobrinos suyos llamados Diego de Almendras y Martin de Almendras, venia á juntarse con Pizarro, entendido lo que pasaba y de su ida al Cuzco; y ansí, desde que se vieron Gonzalo Pizarro y él mostraron gran contento, porque tenian grande amistad desde el tiempo que anduvieron en la conquista del reino.

Prosiguiendo su camino iban praticando entre ellos muchas cosas; y como por todas partes se dijese que el capitan Gonzalo Pizarro venia al Cuzco y esta fama se hobiese extendido, salieron algunos vecinos de las cibdades á encontrarse con él, y ansí en el pueblo de Ilabe, ques del rey nuestro señor, se vieron con él Gomez de Leon y Noguerol de Ulloa, Hernando de Torres, vecinos de Arequipa, y un soldado que se decia Francisco de Leon. Y ansí, cuentan que despues de que hobieron holgádose unos con otros, todas sus práticas y congregaciones era tratar sobre la aspereza de las Ordenanzas y rigor tan grave con que el visorrey las ejecutaba, y la poca benivolencia que mostraba para oir la suplicacion que los vecinos querian hacer para adelante el acatamiento de rey, como á su soberano y natural señor. Sin éstos acudian muchos soldados á juntarse con Pizarro de los que andaban derramados por aquella provincia; y el primero que con él se juntó ha por nombre Martin Monje, y siguió la guerra harto tiempo y agora es vecino de la villa de Plata. Los soldados juntábanse con Pizarro porque barruntaban la guerra y aborrescian la paz, por poder robar á su voluntad y usar de lo ajeno como suyo propio, y porque por ispirencia que todos tenian sabian que con la mudanza son aprovechados unos y otros perdidos; de manera que faltando la paz y el sosiego y tranquilidad en el reino, de soldados pobres remanecen vecinos prósperos, y de señores de grandes repartimientos se hallan pobres y aun sin las vidas, que es lo peor. Y ansí, muy alegres se ofrecian á Pizarro, mostrando ánimos prontos y aparejados para todo lo que por él les fuese mandado; y él, que neciamente se queria oponer por la comunidad, les respondia graciosamente, agradesciéndoles la voluntad que le mostraban.

Pues yendo caminando Gonzalo Pizarro de la suerte que vamos relatando, le llegaron nuevas cartas que le inviaban Alonso de Toro, Francisco de Villacastin y otros vecinos del Cuzco, en las cuales le daban aviso de lo que pasaba; y todos los más de los vecinos del Cuzco y otras partes del Perú, aunque mostrasen los sentimientos que hemos dicho por la venida de las Ordenanzas, no se les olvidaba el robar á los indios y sacarles todo el más haber que podian, recelándose de la tasacion, la cual habia de poner freno á su cobdicia. Andando Gonzalo Pizarro por sus jornadas allegó al pueblo de Ayavide, ques fin de los términos de los Collas por aquella parte, y en él halló que lo estaba aguardando el encomendero deste pueblo, ques Francisco de Villacastin, el que dijimos haberle escrito, y á un Tomé Vazquez, vecino del

Cuzco, que salió para ir á ciertas minas suyas, al rio de Carabaya, y como viese á Gonzalo Pizarro alegre como los demás, dejando la ida á Carabaya se volvió con él á la cibdad del Cuzco.

Gonzalo Pizarro, viendo que las obras y voluntades de todos conformaban con las promesas y ofertas que le habian hecho en las cartas que le habian escrito, estaba muy alegre y contento, deseando verse ya en la cibdad del Cuzco. Por poderlo hacer con más brevedad dejó el bagax en un pueblo que ha por nombre Quiquixana, desde donde doblando las jornadas caminaba la vuelta del Cuzco, habiendo primero díchole un soldado que habia por nombre Espinosa que tuviese por tan cierto estar el visorrey en Los Reyes como Jesucristo en el cielo. Y cuentan que muchas veces en aquel camino le oyeron decir á Gonzalo Pizarro, que si Blasco Nuñez no ponia remedio en las Ordenanzas, que le habia de hacer un juego que para siempre tuviese que contar, pues ninguno habia querido salir de España á ejecutallas sino él; y que S. M. del Emperador nuestro señor lo miraba mal en no enviarle título de gobernador del reino, pues sus hermanos y él lo habian descubierto á su costa; y que juraba á Nuestra Señora que las Ordenanzas se habian de revocar ó él habia primero de perder la vida.

Yendo más adelante encontró á Francisco Sanchez, vecino del Cuzco, el cual, con muy gran desenvoltura, á voces altas le dijo: que fuese bien venido y que se diese toda priesa á andar, porque seria muy justo ir á encontrarse con Blasco Nuñez á pagalle el bien que traia con sus Ordenanzas; y aun sin esto dicen que habló palabras feas en deservicio del poderoso Emperador nuestro señor, que no poca lástima es pensar en ello. A Juan Ortiz de Zárate encontró Gonzalo Pizarro en la provincia de Collao y le persuadió fuese con él al Cuzco; Juan Ortiz avisadamente le respondia, sin querer seguirle, conociendo por las sueltas y desvergonzadas palabras que hablaban él y los que le seguian, no llevar buena intencion ni leal propósito.

CAPÍTULO XVI

De cómo el capitan Gonzalo Pizarro entró en la cibdad del Cuzco, en la cual halló en muchos de los vecinos mucha tibieza y poca voluntad, y de lo que hacía el visorrey en Trujillo.

En el tiempo que estas cosas pasaban era teniente de gobernador por Vaca de Castro García de Montalvo, el cual juntamente con los alcaldes y regidores de aquella cibdad supieron la venida de Gonzalo Pizarro y cómo ya estaba junto á su cibdad; y despues de haber tratado en su congregacion lo que harian, acordaron de le salir á recibir con ánimos alegres, creyendo que no pretendia ni queria más que ser procurador general del reino; y ansí salieron todos á encontrarse con él y le hicieron alegre recibimiento, y él se fué aposentar á sus casas ó palacios, adonde muchos de los vecinos le visitaban poco y no mostraban que deseaban quél con mano armada respondiese por todos, y otros, al contrario, le hacian grandes ofrecimientos, animándole para que sin mirar dificultades estuviese fuerte para salir adelante con lo comenzado.

Primero que hiciéramos narracion de la entrada de Gonzalo Pizarro en la cibdad del Cuzco, habia de contar nuestro cuento la del visorrey en la cibdad de Los Reyes; por llevar con órden el curso de nuestra historia no se puso al tiempo que se habia de poner; pero basta que entienda el letor que fué descuido mío, y que el visorrey entró en Los Reyes primero que Pizarro en el Cuzco. Tambien contamos en lo de atrás cómo el visorrey estaba en la cibdad de Trujillo ordenando algunas cosas tocantes al buen tratamiento de los naturales y poniendo órden en la tasacion, y que los indios supiesen la libertad que tenian; lo mismo decimos agora, que todavía entendia en estas cosas y en otras que despues se pudieran hacer por su mandado. Y antes que digamos su venida á Los Reyes contaremos la salida que hicieron della ciertos vecinos del Cuzco.

CAPÍTULO XVII

Cómo algunos vecinos de la cibdad del Cuzco se fueron de Los Reyes sin aguardar al visorrey, y cómo tuvo de ello aviso.

Todavía era grande el alboroto que habia en la cibdad de Los Reyes en saber las nuevas que siempre del visorrey venian y de la gran reguridad que mostraba en cumplimiento de las nuevas leyes, y la demasiada órden que mandaba á los indios que tuviesen para con los encomenderos. Vaca de Castro no se holgaba poco en oir lo que del visorrey decian, á lo que cuentan, y cuán mal quisto venia; y fingidamente, de industria, en lo público lo aplacaba, diciendo algun bien para en viendo tiempo venir á decir más mal, poniendo por delante á todas las provincias cuán pacíficas estaban y cuán en servicio de Dios Nuestro Señor y de S. M., antes

que el visorrey entrase en ellas, y que era mal aconsejado en entrar en el reino con tanta reguridad. Y los vecinos del Cuzco, Hernando Bachicao y Gaspar Rodriguez, con los más que habia, tambien hablaban lo mismo, mostrando tener voluntad de irse de Los Reyes sin aguardar al visorrey. Y como practicasen estas cosas en muchas partes, Santillana [1], mayordomo del visorrey, tuvo aviso dello, el cual á gran priesa le hizo un mensajero, avisándole cuánto convenia que con brevedad viniese á ella, y no estar en Trujillo entendiendo en cosas livianas y muy menudas, y que no convenia á su abtoridad y gravedad de su persona; en fin, le dió cuenta de lo que pasaba y del gran tomulto que habia en la cibdad y en otras partes. Y ansí, un Mendieta, criado tambien del visorrey, tomó la carta y con mucha presteza salió de Los Reyes y en pocos dias allegó á la cibdad de Trujillo, adonde ya el visorrey habia sido informado por Diego de Agüero de algunas cosas de las que habian pasado. Y á Los Reyes fué nueva que el visorrey le tenia preso, lo cual no era cierto ni él jamás pensó de lo prender.

Llegado, pues, Mendieta, alguna turbacion mostró rescibir el visorrey, no ostante quél no creia quel reino abiertamente se levantaria contra él; é decia que si en su compañía toviera cincuenta avileses, que con ellos bastara á la pacificacion de todo el Perú aunque quisieran tirar coces contra las Ordenanzas. Y luego dió órden en su venida á la cibdad de Los Reyes, no embargante estar Vela Nuñez su hermano enfermo, y con él salieron de Trujillo el capitan Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, y el mismo Vela Nuñez y los demás caballeros con algunos vecinos de Trujillo y de Piura.

Pasadas en la cibdad de Los Reyes las cosas que hemos dicho, visto por los vecinos del Cuzco que en ella estaban cómo no hobo efeto lo que se trataba entrel licenciado Vaca de Castro y el cabildo, y quel visorrey seria salido ya de Trujillo, paresciéndoles ya que era gran dificultad para ellos el cumplimiento de las leyes y que fácilmente les seria oponerse contra el visorrey y constreñirle á salir del reino y volver á colocar en el gobierno dél al licenciado Vaca de Castro, con quien todos tenian grande amistad y le eran muy amigos, especialmente Gaspar Rodriguez de Camporredondo, con el cual quieren decir y afirman por verdad quel licenciado Vaca de Castro habló en gran secreto que fuese á la cibdad del Cuzco, y si hobiese á ella venido el capitan Gonzalo Pizarro, se conformase con él, y si no, que se hiciese rescibir por teniente de gobernador, pues el visorrey en ella no estaba rescibido; y que hobo cierta trama entre Vaca de Castro y los vecinos para que mostrándose abtor Gonzalo Pizarro se opusiese contra el visorrey, creyendo que despues fácil cosa les seria el facer volver á su casa á Gonzalo Pizarro y que se desistiese de lo comenzado, tornando á rescibir de nuevo todos los cabildos á Vaca de Castro por gobernador. Estas cosas y otras muchas cuentan que pasaron entre unos y otros, que yo holgara de saber para las escrebir, no embargante que me dieron la razon dello varones de autoridad y que no saldrian de la verdad por cosa ninguna. Ansí que praticado entre unos y otros lo que decimos, Gaspar Rodriguez de Camporredondo salió á la plaza y mirando á los que en ella estaban conosció á Santillana, criado del visorrey, y á grandes voces le dijo como él se iba á la cibdad del Cuzco á defender su hacienda, y lo mismo harian todos, pues el visorrey tan cruelmente se queria haber con ellos; y como esto dijo, despidiéndose de Vaca de Castro salió él y Hernando de Bachicao y Beltran del Conde para se ir á la cibdad del Cuzco. Diego Maldonado y Pedro de los Rios hicieron lo mismo, tomando el camino marétimo de Los Llanos con voluntad de se ir á meter en la provincia de Andaguáilas y no hallarse en los movimientos que creian que se habian de levantar, pues ya los nublados estaban tan congelados que por via ninguna podia dejar de venir en el reino gran trabajo y calamidad.

Allegados á la provincia de Guadocheri Gaspar Rodriguez y Bachicao y los demás que con ellos iban, quemaron las picas que alli habia dejado Vaca de Castro, y los arcabuces y tiros de campo pequeños llevaron á la ciudad del Cuzco, encomendándolos al padre Loaysa, que con toda priesa los fuese siguiendo. Despues de idos estos vecinos salió de la cibdad el licenciado de la Gama, yendo con él un soldado llamado Olea.

CAPÍTULO XVIII

De cómo Gonzalo Pizarro envió por espía á Mézcua á la cibdad de Los Reyes, y de cómo no hallando el aparejo que él pensó en la cibdad, se quería della salir.

Aposentado el capitan Gonzalo Pizarro en la cibdad del Cuzco, como en los capítulos de atrás contamos, viniéronle á visitar algunos de los vecinos, y no todos tenian el

[1] El ms. dice *Santillan.*

pensamiento de seguir á Pizarro en su deseo; el cual, por ganar la gracia de ellos les decia que habia de poner todas sus fuerzas por el bien comun, como por sus propios hermanos y compañeros, sin decir palabras que diesen á entender su mala intencion y tiránico pensamiento, que era de haber el reino como él pudiese. Los vecinos, como ya tuviesen nuevas el visorrey venir de Trujillo para la cibdad de Los Reyes, adonde ya le habrian recebido, pues lo mismo habian hecho en todas las más de las cibdades y villas del reino, mirando cuerdamente que en lo foturo no les recreciese algun daño el levantamiento de Gonzalo Pizarro, no solamente acuerdan de no le dar favor, mas pocas veces le visitaban; y él, conociendo cuán frios estaban los ánimos de aquellos que le habian inviado á llamar, entristecióse, diciendo que cosa de comunidad no podia ser menos que aquello, y quél se queria volver á Los Charcas; y llamando á Mézcua, criado suyo, le mandó que con toda diligencia fuese á la cibdad de Los Reyes y supiese lo que habia, y si el visorrey entraria en ella presto. Mézcua lo hizo ansí, y Gonzalo Pizarro quiso aguardar á ver su respuesta é si entretanto los vecinos del Cuzco le quisiesen rescibir por su defensor y dalle nombre de procurador general.

En este tiempo allegó al Cuzco el licenciado Benito Xuarez de Carvajal, tratando mal de las cosas del visorrey, y cómo se mostraba riguroso en la ejecucion de las nuevas leyes, y con su venida se alegró en gran manera Gonzalo Pizarro. El licenciado de La Gama venia caminando la vuelta del Cuzco, muy alegre por haber salido de aquella cibdad antes quel visorrey en ella entrase, viniendo muy enojado por las cosas que dél decian, hablando á todos los que encontraba que se volviesen á la cibdad del Cuzco y dejasen de ir á Los Reyes, porque la crueldad del visorrey era grande. El licenciado Leon, sabido quel visorrey venia cerca de Los Reyes, se salió de aquella cibdad por el camino marítimo de Los Llanos hácia la cibdad de Arequipa, dejando escrita una carta al visorrey, diciendo en ella quél no iba á hallarse en ninguna alteracion, ni en deservicio del rey nuestro señor ni de su señoría, sino á sus pueblos de repartimientos; que por aquella escrita de su mano afirmaba nunca se juntaria con ninguno que no fuese servidor del rey. Mas no lo cumplió ni guardó más tiempo de cuanto tardó en escribir la carta, porque luego se fué al Cuzco, adonde mostró holgarse de la estada en aquella cibdad de Gonzalo Pizarro; y no solamente le siguió, pero afirmaba y decia que por leyes y derechos podia Gonzalo Pizarro con título de procurador general ir á suplicar las Ordenanzas, aunque fuese con mano armada, para defender á sí y á los que con él fuesen, si el visorrey los quisiese prender ó hacer algun mal; y con los dichos deste letrado y de otros que no faltaron á afirmar lo quél decia, muchos simples siguieron á Pizarro y no les costó despues más de las vidas y haciendas y quedar por traidores.

Una cosa quiero afirmar, que los vecinos ansí del Cuzco como de Los Reyes no deseaban, ni era su voluntad otra, más que Su Majestad el rey nuestro señor suspendiese las nuevas leyes, porque decian que les venia mucho daño con ellas; y si como escojeron á Pizarro para procurador nombraran á tres ó cuatro conquistadores cuerdos, para que con su abtoridad fueran al visorrey á la suplicacion, y la pidieran con grande humildad, nunca pararan en lo que pararon; mas siendo ellos las ovejas, escojeron al lobo para ser su guardia.

Los que de tiranos se han procurado hacer reyes, no ha sido sino por repúblicas necias fiarse dellos: los de la isla de Calis, que con sus desafueros movieron guerra á los andaluces turdetanos, y constreñidos por necesidad enviaron á Cartago por ayuda y les vino, no solamente quedaron despues por su loco juicio vasallos de sus fingidos amigos, mas toda su república perdida. Y dejando de hablar en cosas muy antiguas, que no hobiera pocos enjemplos en ellas ansí en los tiranos de Cecilia como de Grecia, todas las cibdades de Itália que en poder de señorío estaban, libres y exentas eran; y si agora sirven y tienen señores, ellas y sus regimientos fueron cabsa de perder su libertad; cómo y por qué, los que son curiosos lo saben y claro pueden ver. En son de libertad peleaba Pompeyo; César decia lo mismo, y Octaviano y Marco Antonio; y quedaron ellos señores, y quien les dió favor, los unos muertos y los otros vasallos. Si los de Cartago no dieran á Asdrúbal é Annibal su cuñado mando y poder sobre su cibdad, aun sus cosas iban adelante.

Y querian los del Cuzco y Lima que Pizarro fuese su procurador y que habia de aventurar él la vida y honra por su libertad dellos, no se acordando de su abtoridad y que era hermano de Hernando Pizarro, el otro movedor de las guerras pasadas, y que era público que despues que salió de la Canela muchos le oyeron decir el rey nuestro señor lo miraba mal con él por no le haber dado el gobierno de la provincia por la muer-

te del Marqués, y otras muchas veces dijo que habia de gobernar aunque pesase á todo el mundo. Y desque Gonzalo Pizarro supo la entrada del visorrey, y que le escribian cartas que tomase la empresa, desde entónces se tuvo por gobernador aunque industriosamente lo disimulaba, diciendo él no desear más que el bien comun de todos é su descanso, que para sí harto tenía con que poder vivir.

CAPÍTULO XIX

De cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela venia acercándose á la cibdad de Los Reyes, y de cómo don Alonso de Montemayor se fué á encontrar con él, y lo mismo hizo el secretario Pero Lopez y otros algunos.

Salido, pues, de la cibdad de Trujillo el visorrey Blasco Nuñez Vela, se venia acercando á la cibdad de Los Reyes con gran deseo de verse en ella, teniendo por cierto que con su presencia se amansarian los bollicios que por todas partes habia. De la cibdad de Los Reyes salieron, sabida la venida del visorrey, dos hombres bien cautelosos, llamado el uno Anton de Leon y el otro Juan de Leon, que estaban agraviados de Vaca de Castro, y por ganar el favor del visorrey salian al camino para le dar cuenta de lo que pasaba. Caminando, pues, el visorrey, allegó al pueblo que nombran de La Barranca, adonde se encontró con el secretario Pero Lopez. que de la provincia de Xauxa se habia adelantado y dió cuenta al visorrey de lo quel licenciado Vaca de Castro le mandó; y dicen quel visorey oia no muy bien las cosas de Vaca de Castro, notándolo de hombre de mucha cobdicia.

Don Alonso de Montemayor habia venido de la cibdad del Cuzco con el licenciado Vaca de Castro, y como supiese quel visorrey llegaba cerca de Los Reyes, le salió al camino; y el visorrey, por ser don Alonso caballero tan principal, se holgó que hobiese venido á verse con él y le rescibió muy bien, y supo de la salida que habian hecho de Los Reyes los vecinos del Cuzco, y áun de lo que habia hablado en la plaza Gaspar Rodriguez de Camporredondo, y sintiólo grandemente, pesándole por que tan fácilmente se hobiesen movido á aclararse contra lo que S. M. mandaba, temiendo no fuesen parte de causar algun alboroto ó escándalo, de manera que haya dificultad para lo amansar; y esto, porque él ya tenia aviso de las cartas que le habian escrito de todas partes al capitan Gonzalo Pizarro. E yendo acercándose á la cibdad de Los Reyes salieron della otros caballeros á le rescibir, y por algunos fué aconsejado no debia ejecutar las nuevas leyes, porque gran daño venia al reino dello y S. M. seria deservido. El respondia quél no habia de dejar de complir lo que por su rey [1] le habia sido mandado. Si él [2] quisiera, desde que entró en el Perú é vido las provincias alborotadas, é que quitando á las mujeres viudas sus indios de repartimiento tuvieran trabajo (y la honra con necesidad mal se sustenta), otorgar la suplicacion para [3] el emperador [4], como hizo [5] don Antonio de Mendoza y otros gobernadores [6], tuviérase por servido y estuviera este reino sin pasar por tan grande miseria y calamidad [7]. Mas, ¿qué digo? [8] quel proveimiento del emperador [9] y venida del visorrey no era sino lo que muchas veces he dicho, azote que Dios inviaba á castigar la soberbia desta tierra y otras cosas demasiadas. Sinó, díganlo los vecinos del Quito, cuánta fué su prosperidad en aquel tiempo, pues en los banquetes y fiestas, alguno [10] dellos ponia en sus tablas saleros llenos de oro molido, en lugar de sal, y todos tenian á treinta mill y cuarenta mill pesos, y otros menos y otros más, los cuales en breve tiempo habian sacado de las minas. Ellos mismos fueron por el visorrey y le trajeron á su cibdad, adonde en los campos de Añaquito fué su muerte y de muchos dellos. No eche nadie la culpa, no, de las cosas que en el Perú pasaron [11] á la venida del visorrey, sino á los grandes pecados que cometian las gentes que en él estaban, pues yo conocí algunos vecinos que en sus mancebas [12] tenian pasados de quince hijos, y muchos dejan á sus mujeres en España quince y veinte años y se están amancebados con una india, haciendo la cumbleza de su natural mujer. Y ansí como los cristianos é indios pecaban grandemente, ansí el castigo y fortuna fué general.

CAPÍTULO XX

Cómo en la cibdad de Los Reyes se supo el visorrey estar cerca della, y de cómo salió á le recibir el obispo don Jerónimo de Loaysa y el gobernador Vaca de Castro, con otros caballeros y vecinos.

En la cibdad de Los Reyes, sabido que el visorrey venia cerca habia grande alboroto y tomulto y toda la cibdad se queria poner

[1] y señor.—[2] visorrey.—[3] delante del acatamiento de.—[4] nuestro señor.—[5] el presidente.—[6] S. M. se.—[7] como por él vinieron.—[8] yo.—[9] nuestro señor.—[10] muchos.—[11] é tiranos.—[12] y concubinas.

en armas. Los del cabildo se juntaron para determinar lo que debrian de hacer, hablando á los vecinos de su cibdad que no se alborotasen ni mostrasen grave sintimiento con la venida del visorrey, hasta que entrado en la cibdad se viese si todavía queria ejecutar las leyes; las cuales, como á todos fuesen tan aborrecibles, dicen que en las juntas y congregaciones que tenian hablaban sobre el no obedecellas aunque el visorrey quisiese cumplirlas. Y aun el arzobispo de Los Reyes me dijo á mí que el alcalde Alonso Palomino y el tesorero Alonso Riquelme y el veedor García de Saucedo le fueron á hablar para que saliese con ellos á recibir al visorrey y á requerille no ejecutase las Ordenanzas; á lo cual dicen que respondió que á recibille que sí saldría, pero que no le requiriria nada; que ellos viesen en aquel caso lo que más les conviniese. Y aun tambien afirman que hablaron al arzobispo sobre que querian á campana repicada hacer llamamiento para tratar lo tocante al recibimiento, y afirman que el arzobispo lo afeó, diciendo que más paresceria campana de aldea que otra cosa. Y aun tambien dicen que los del regimiento pensaron de prender en el cabildo al visorrey, y aun otros cuentan que en la posada del obispo de Los Reyes se trató entre Vaca de Castro y otros de dar hierbas al visorrey para matarlo; lo cual me contó á mí el padre Baltasar de Loaysa, que lo supo de cierto. Tratando yo esto no ha muchos dias con el reverendo fray Domingo, de la órden de Santo Domingo, varon de gran dotrina y santidad, me juró que nunca de tal cosa fué avisado el arzobispo en aquel tiempo ni fué participante en ello. Y aun el mismo arzobispo me ha dicho esto propio, diciendo que bien podria ser en su casa praticarse entre los que estaban en ella, pero quél no supo nada. Soy largo en esto porque anda derramado por el vulgo, é lo cierto es que se praticó entre algunos, más con ánimos airados y que el nombre de visorrey les era aborrecible, que por tener deseo de deservir al rey; mas no se puede averiguar quel obispo ni Vaca de Castro lo entendiesen.

Pasados estos furores y tomultos fué elegido y nombrado por procurador el licenciado Rodrigo Niño, y ordenaron tres requirimientos para requirirle que suspendiese de presente las nuevas leyes hasta que S. M. otra cosa mandase y fuese informado del agravio notable que se hacia al reino si se hobiesen de cumplir. Por el un requirimiento se lo pedian con grande humildad; por el segundo le daban á entender los grandes daños que se siguirian si se ejecutasen y cumpliesen, porque todo el reino estaba alborotado, y los vecinos de la cibdad del Cuzco se habian salido de Los Reyes sin le querer aguardar en ella; que era público Gonzalo Pizarro haber recibido cartas de muchos llenas de alteraciones y otras cosas, para persuadille se nombrase procurador y defensor de todos. El tercero era para le protestar los daños y muertes que se rescreciesen. El capitan Diego de Agüero se habia levantado por mandado del visorrey, y llegado á donde el cabildo se hacia, dijo á los regidores que recibiesen al visorrey con toda voluntad, y que no tenian necesidad de ningun requirimiento: y ansí, por el dicho de Diego de Agüero se alegraron algo y dieron órden para el recibimiento.

En este tiempo, don Jerónimo de Loaysa, obispo de Los Reyes, que tambien lo habia sido de Cartagena, y el licenciado Vaca de Castro y el fator Illan Xuarez y el capitan Juan de Saavedra, Pablo de Meneses y el fator Juan de Salas y otros caballeros vecinos, sabido quel visorrey ya estaria cerca de la cibdad salieron á le recibir y anduvieron hasta que se encontraron con él, y se rescibieron muy bien, mostrando holgarse el visorrey de ver al obispo, y pasaron entrel visorrey y el obispo ciertas práticas sobre lo de Vaca de Castro, al cual el visorrey mostró gran voluntad. Y pasadas otras de buena crianza, el obispo le dijo que pluguiera á Dios hubiera llegado con más brevedad á la cibdad de Los Reyes, porque con su presencia hubiera cesado la ida de los vecinos que se fueron al Cuzco; y que le parescia seria cosa provechosa y de buena cristiandad suspender las leyes y avisar á S. M. del alboroto y escándalo que habia causado el sonido dellas; y que supiese que para todo lo que conviniese al servicio del rey estaba muy aparejado. A lo cual respondió el visorrey, que tal confianza tenia S. M. de su señoría y no ménos él, y que pensaba con su favor cobrar ánimo para cumplir lo que por el rey le había sido mandado; y en cuanto á las Ordenanzas, que se vería lo mejor y más acertado, que eso se haria. Y en esto allegó el fator Illan Xuarez de Carvajal diciendo: déme vuestra señoría las manos. El visorrey se holgó con él y le abrazó, porque le conocia de la corte de España, y le respondió, segun dicen: No me pesa sino que no os puedo hacer bien ninguno. El fator se demudó en oir tal palabra. Y vueltos con el visorrey llegaron á donde dicen el Xagüey, donde el obispo y Vaca de Castro y el fator y los demás caballeros le suplicaron que aquella noche allí durmiese, que aunque fuese temprano no era inconveniente, que

por la mañana se partiria á la cibdad de Los Reyes. El visorrey alegremente respondió que era contento.

Muchos vecinos y caballeros salieron luego á ver al visorrey y á le besar las manos, el cual los rescibia á todos muy bien; y dijo al arzobispo, apartados, que ninguno lo pudo oir, que estando él en España sin cuidado de venir á estas partes, ni conocer el Perú, ni tratar con la gente dél, le habia mandado S. M. que viniese por su visorrey y á ejecutar las nuevas leyes; y que harto le pesaba á él venir á quitar lo que otros habian dado, aunque tenia por cierto S. M. seria servido de revocar las leyes y hacer más mercedes á los conquistadores; y que le suplicaba le avisase de lo que habia pasado, porque le habian informado que ciertos vecinos del Cuzco iban alborotando la tierra. A lo cual le respondió el obispo cómo muchos dias habia que se tenia nueva de las Ordenanzas, las cuales habian causado grande alboroto en todo el reino, y que debía prudentemente haberse en la ejecucion dellas, y otras cosas de las que habian pasado. Estas pláticas pasaron aquella noche el visorrey y el obispo, habiendo tambien hablado otras personas con Vaca de Castro y con los más caballeros que allí estaban.

Lorenzo Estopiñan habia salido á recibir al visorrey, y viendo en él voluntad para no ejecutar las leyes hasta que los Oidores viniesen, adelantóse á les dar la nueva, y lo mismo hicieron otros; mas, aunque lo afirmaban, no dejaba de haber gran tristeza en los ánimos de todos, adevinando que habia de causar grandes males la entrada en Perú del visorrey, y la guerra se habia de encender de nuevo y habia de ser peor y más larga que la pasada, porque se levantaba por causa más importante y pesada que las otras.

CAPÍTULO XXI

Cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela entró en la cibdad de Los Reyes.

Los del cabildo de la cibdad, como con la venida del visorrey no se holgasen, ni les diese ningun contento lo que traia, no habian entendido en aderezar el recibimiento que se le debia al cargo tan preminente que por mandado del rey traia; y como Estopiñan llegó y les dijo el visorrey no venir con voluntad de ejecutar las leyes hasta quel Audiencia fuese asentada, trujeron del templo el palio con que dél es sacado el Santísimo Sacramento cuerpo de Nuestro Dios, cuando va á visitar algun enfermo, y se juntaron los alcaldes Niculás de Ribera y Alonso Palomino y el capitan Diego de Agüero, y Francisco de Ampuero, y el veedor García de Saucedo y el fator Illan Xuarez de Carvajal, y Niculás de Ribera el Mozo y Juan de Leon, regidores, y el procurador Rodrigo Niño. El tesorero, con su gota no salió. Toda la cibdad estaba triste, llorosa, con saber cuán en breve las leyes habian de ser ejecutadas. Los regidores estaban vestidos de ropas rozagantes y tenian en un palio puesto el paño que decimos, que era de carmesí, porque como les pesaba de su venida ningun recibimiento le tenian ordenado, sino era los tres requerimientos que no le presentaron por consejo de Diego de Agüero. Los regidores y alcaldes llevaban las varas del palio; acompañados de mucha gente allegaron hasta el rio, mostrando en lo público todo regocijo con su venida.

El visorrey, luego por la mañana se partió de allí donde durmió, y en breve espacio llegó á donde le estaban aguardando; habló á los del cabildo con mucho amor, y ellos á él lo mismo, y fué metido debajo del palio, yendo en un caballo morcillo con la estradiota de terciopelo negro con clavazon dorada. El fator Illan Xuarez de Carvajal dijo con voz alta: Vuestra señoría como visorrey, pues entra en esta cibdad, le suplicamos con toda humildad á la cibdad confirme sus previllejos y libertades como es justo. El visorrey miró al pecho, y no viendo la cruz de la encomienda respondió: Por el hábito de Santiago prometo de guardar é complir los previllejos que piden conforme al servicio de Su Majestad. Lleváronle á la iglesia adonde estaban dos estrados quel obispo habia mandado poner; en el uno estuvo el visorrey y en el otro el obispo y Vaca de Castro; y díjose misa, y acabada le llevaron á las casas del marqués don Francisco Pizarro. Los bárbaros, visto quel visorrey entraba con palio, honor quellos no veian á ningun capitan ni español se hacia, sinó era cuando el Santísimo Sacramento salia de la iglesia, decian unos á otros, y lo preguntaron á algunos cristianos, si era hijo de Dios aquel á quien tanta honra hacian. Avisáronles lo que era, y ellos se mostraban muy alegres con su venida. Entrando en el aposento, le habian puesto unas letras por cima de la puerta de la cámara donde habia de dormir, que decian: SPIRITUS SANTISSIMUS SUPERVENIAT IN TE; y en la puerta de la sala decian otras: VELOCITER ME EXAUDI DOMINE, QUIA DEFECIT SPIRITUS MEUS. Dejándole en su aposento fueron los alcaldes y regidores á hacer su cabildo para tratar en él lo que habian de hacer.

El visorrey, como el secretario Pero Lopez fuese bien quisto en el reino, habíale man-

dado en el camino que se aparejase para ir con las provisiones reales á la cibdad del Cuzco, para notificallas al cabildo y vecinos della.

CAPÍTULO XXII

Cómo los del cabildo de la cibdad de Los Reyes trataron de inviar mensajeros á la cibdad del Cuzco para que en ella no hobiese ningun alboroto, y de cómo viniendo Pedro de Hinojosa y Diego Centeno y Lope Martin á Los Reyes se volvió Hinojosa del camino, y de lo que pasó con el visorrey el tesorero Alonso Riquelme.

Quedando aposentado, como hemos dicho, el visorrey Blasco Nuñez Vela, los regidores y alcaldes acordaron entrar en su cabildo, adonde trataron en su ayuntamiento y congregacion que seria cosa decente que pues el tesorero Alonso Riquelme era tan docto, que en nombre de todos hablase al visorrey para que, sabida su voluntad, hiciesen mensajero á la cibdad de Cuzco; y ansí, venido el tesorero en una silla, que por la enfermedad de la gota que tenia no podia andar, le dijeron su intencion, y él fué á hacerlo con gran voluntad. Y llegado á donde estaba el visorrey se holgó mucho de vello y lo abrazó, y el tesorero le dijo: Muy ilustre señor, vuestra señoría sea muy bien venido como aquel que viene por mandado de nuestro rey y señor natural; pluguiera á Dios que vuestra señoría hobiese venido con más brevedad, pues el cabildo con sus cartas le avisó del daño que resultaba de su detenida y del provecho que rescrecia venir aquí. Ninguno que á ninguna provincia va á negocios nuevos conviene tratallos con los arrabales, sino derecho venirse á las cibdades principales, pues al fin las fuentes y rios pequeños se consumen en los mayores. Vuestra señoría se ha fatigado en gran manera; descanse y huelgue algunos dias; tiempo tendrá despues para hacer lo que fuere servido, que nosotros lealmente le serviremos, é yo en nombre del cabildo é vecinos desta cibdad ansí lo prometo. El visorrey alegremente respondió que no dudaba en la lealtad que debian á su rey tantos caballeros como en aquella cibdad estaban; que fuese en buen hora á reposar, pues su mala disposicion lo permitia, quél aguardaria á los Oidores y se fundaria el Audiencia y se daria órden en lo que más al servicio de S. M. conviniese y al bien y paz de las provincias. El tesorero se partió muy alegre con la buena respuesta, y dió cuenta á los del cabildo, y todos se holgaron y praticaron que seria bien inviar á la cibdad del Cuzco para que no hobiese algun alboroto, y hacer saber las buenas nuevas del visorrey, del deseo que mostraba de hacer por todos.

El alcalde Diego Centeno é Pedro de Hinojosa, regidor de la villa de Plata, que es en el riñon de Los Charcas, venian acercándose á la cibdad de Los Reyes para dar órden en hacer lo que les habia sido mandado de parte de su villa. Con ellos venia Lope Martin, vecino de la cibdad del Cuzco; y como hobiesen salido de Los Reyes Gaspar Rodriguez de Camporredondo, y Bachicao y los demás que hemos receptado, y contasen del visorrey cosas que, por cierto, no era justo decirse en un tal varon, contando que las Ordenanzas las ejecutaba y cumplia y quitaba por donde quiera que venia los indios á los que habian sido tenientes; pues como aquello fuese oido por Pedro de Hinojosa y Diego Centeno, como ya se hobiesen visto con el capitan Gonzalo Pizarro é supiesen que habia de venir al Cuzco, acuerdan de que Pedro de Hinojosa se volviese y le diese aviso de todo, y Diego Centeno que prosiguiese su camino á la cibdad de Los Reyes, yendo tambien Lope Martin, y ansí se hizo. E allegado Diego Centeno á la cibdad de Los Reyes fué muy bien recibido del visorrey y le mostró grande amor.

Los del cabildo de la cibdad de Los Reyes, estando en su ayuntamiento les paresció que seria cosa decente que luego hiciesen mensajeros á la cibdad del Cuzco para que no se moviesen fácilmente con la ida de Gaspar Rodriguez é los demás, é que no diesen lugar á movimientos, ni que hobiese ningun alboroto, pues vian la gran dificultad que venia si se hiciese; y hablaron al tesorero Alonso Riquelme y al veedor García de Saucedo para que de parte de todos ellos rogasen á Lorenzo de Estopiñan que fuese con la carta de creencia para este efeto. Estopiñan se ofreció á hacer aquello que le decian, é ya que se queria apercibir entraron en su cabildo y consulta, adonde acordaron de nuevo de que los negocios se guiarian mejor con que Diego Centeno, pues habia de volver á su villa, los llevase é hiciese entender á los del Cuzco la voluntad que tenia el visorrey de hacer por el reino; y ansí, dieron parte dello á Diego Centeno, el cual habia ya pedido licencia al visorrey para se volver á Los Charcas. El cual fué luego á donde estaba y le dijo cómo él habia venido á aquella cibdad como procurador de la villa de Plata, de lo cual él estaba muy alegre por le haber visto y conocido, porque entendía que á todos en nombre del rey haria mercedes, y que los del cabildo de aquella cibdad le habian

hablado sobre que llevase ciertos despachos al Cuzco; que su señoría viese lo que mandaba y seria dello servido. A lo cual respondió el visorrey que no tenia menos confianza de su persona, pues era hijodalgo, y que se holgaba que llevase las cartas que los del cabildo le diesen, sin las cuales él le daria el trasunto de las provisiones reales que de S. M. traia, para que por virtud dellas le recibiesen por visorrey en la cibdad de Goamanga y en el Cuzco; diciéndole más, que le rogaba hablase á todos los vecinos de aquellas cibdades no entendiesen en ningun mudamiento, ni su venida, pues era en nombre del rey, fuese parte para los alborotar. Diego Centeno prometió de lo hacer ansí, el cual, despues de haber praticado otras cosas con el visorrey se despidió dél y le fueron dados los despachos y provisiones.

E porque en lo de adelante hemos de hacer gran mincion de este Diego Centeno, por las cosas altas que emprendió, aunque las más acabó infelicemente y con desgracia, por algun secreto juicio de Dios, diremos aquí en esta parte su naturaleza y padres quiénes eran. Y ansí, digo que Diego Centeno era natural de Cibdad Rodrigo; su padre se llamó Hernando Carveo, su madre Marina de Vera; hijodalgo, no de muy alto cuerpo, blanco, el rostro alegre, la barba rubia, nobles condiciones; no le tuvieron por liberal de su hacienda, y de la del rey que gastó muy largo, notándole de algunos vicios generales que los hombres de Indias con el vicio y soltura dellas tienen; y tambien le podrian agraviar algunos afectos naturales, aunque los malos y envidiosos nunca dejan de hallar que notar de los buenos y virtuosos. Pasó á estas partes de las Indias de edad de veinte años; tuvo grande afinidad con el capitan Peranzules y con otros caballeros deste reino.

Tomadas las provisiones y despachos se partió para la cibdad del Cuzco; Lope Martin, lo mismo. Llegado á Goamanga fueron las provisiones del virrey obedecidas como S. M. lo mandaba. Y diremos agora de cómo fué rescibido en el Cuzco Gonzalo Pizarro por justicia mayor y procurador.

CAPÍTULO XXIII

De cómo estando Gonzalo Pizarro muy triste porque los del Cuzco no le acudian como él creyó, vino Mezcua, que habia ido por espía, y trujo cartas de algunos, y lo que más pasó.

En lo de atrás ha hecho la historia mincion cómo allegado á la cibdad del Cuzco el capitan Gonzalo Pizarro, no embargante que le visitaban Alonso de Toro, Villacastin y Tomás Vazquez con otros algunos, los cuales le mostraban gran voluntad, diciendo ser sus amigos fieles, habia en todos una rimision grande para no cumplir lo que él deseaba; la causa era saber cómo era público el visorrey estaba ya en Los Reyes é no les parecia que seria cordura oponerse contra el mandado real. Y como Pizarro aquello viese, muy triste y algo enojado decia quél habia sido necio y falto de conocimiento en moverse por cartas ni palabras de comunidad, y mandó que luego fuesen venidos indios para salir del Cuzco; y ansí cuentan que todo su fardaje salió. Y estando ya su persona para hacer lo mismo allegó Gomez de Mezcua, que es el que dijimos que por su mandado habia salido del Cuzco á ser informado de lo que habia en la cibdad de Los Reyes; el cual, yendo á hacer lo que le fué mandado encontró en Goamanga con Gaspar Rodriguez de Camporredondo, y con Bachicao y con los otros que venian abrasando la tierra y echando de sí palabras feísimas contra el visorrey y sus Ordenanzas; los cuales, como de Mezcua supieron estar el capitan Gonzalo Pizarro en la cibdad del Cuzco, grandísimo fué el placer que rescibieron, diciéndole que luego se volviese y le avisase de su ida, dándole cartas que le traian de algunos vecinos de Los Reyes, que por ellas daban á entender el odio que tenian con el visorrey, y que con todas sus fuerzas habian de procurar por le echar del reino si no quisiese suspender las Ordenanzas hasta que S. M. del rey nuestro señor fuese informado del agravio grande que se les hacia. Mezcua, con mucha presteza, por llevar tan alegres nuevas, anduvo hasta que llegó al Cuzco á tiempo que, como decimos, Gonzalo Pizarro se queria salir dél.

Pues como fué entendido en la cibdad la venida de los vecinos y las cosas que se decian del visorrey, alteráronse en gran manera, diciendo que no habian de sufrir tan gran mal; é Pizarro, llamando á Alonso de Toro é Villacastin y á los otros amigos suyos, les mostró las cartas que de la cibdad de Los Reyes le escribian, y ansímismo mandó á Mezcua que dijese lo que habia oido á Gaspar Rodriguez y á los demás; por las cuales nuevas, cesando ya su querer ir á Los Charcas, incitaba los ánimos de los vecinos para que le eligiesen por procurador general para defender que las leyes no se cumpliesen y suplicar para ante S. M.

Por aquí puede ver el lector este mundo cuán frágil y deleznable es, pues tantos movimientos hay en cada hora que en él vivi-

mos, pues estando Gonzalo Pizarro con voluntad de se volver é los del Cuzco sin ninguna de le rescibir por procurador ni dalle otro ningun cargo, hubieron de venir los vecinos que de Lima salieron para alterar su cibdad, é quel otro con la cobdicia del mandar desease se ver metido en tal mando que pudiese como superior de todos ir á la cibdad de Los Reyes á echar al visorrey della, y despues, por virtud de la cláusola del testamento del marqués su hermano, hacerse rescibir por gobernador. El gran Pompeyo, pasado Julio César el Rubicon, fué recibido por capitan general contra él, y estando en la Grecia, por parecer del cónsul Lentulio le fué dada comision para poder hacer gente y nombrar capitanes y despachar flotas contra aquel que ya tenian por enemigo y se habia nombrado contra su cibdad. Los simples y gentes de todas naciones, como vieron el mandamiento del senado romano y quel gran Pompeyo era nombrado por defensor de la república y capitan general, fácilmente se movian á seguir aquella opinion, creyendo que Pompeyo solamente peleaba por el bien comun, lo cual sabe Dios, si como fué vencido venciera, ques lo que hiciera.

Y ansí, en el reino del Perú, extendida la fama de que los del cabildo y más vecinos habian nombrado á Gonzalo Pizarro por procurador, creyendo quél no quisiera más de mostrarse por todos, alegráronse y acudian los que le acudieron, y teniendo más tiempo que tuvo Pompeyo para aclarar la intencion que en el tiránico pecho tenia, lo mostró. ¡Dichosos aquellos que estaban en el reino y pudieron con industria dejar de seguir las banderas deste tirano! Mas, ¿qué hablo yo, pues estando metidos en los espesos cañaverales de Quimbayá hubo este furor de extenderse hasta allá y darnos á entender las guerras civiles cuán crueles son?

CAPÍTULO XXIV

De cómo allegaron á la cibdad del Cuzco Gaspar Rodriguez y los otros vecinos, y de cómo Gonzalo Pizarro fué rescibido por capitan contra el Inga.

Ya es tiempo, cibdad del Cuzco, que contemos los movimientos que en ti se levantaron, que de no pocos lloros y clamoreos fueste causa; pero no te alabarás dello, pues las obsequias de los cibdadanos se hicieron con grande derramamiento de sangre, pues la guerra que tú emprencipiaste consumió á todos los más de tus confines, como la triste batalla de Guarina dará dello testimonio. Encendidos en grande ira los vecinos de Cuzco en haber oido lo que decian del visorrey, allegó Gaspar Rodriguez y Hernando Bachicao con los demás, los cuales, como Gonzalo Pizarro estaba allí, muy alegres fueron á le ver luego, dándole cuenta de lo que pasaba en la cibdad de Los Reyes, y de cómo el visorrey habia quitado los indios á Diego de Mora y Alonso Holguin y Diego Palomino y á otras personas, y que lo mismo decia habia de hacer en todas partes y cumplir las leyes sin que ninguna quedase; de lo cual todos entendian el grande agravio que á todos se hacia. Y como aquello fué oido, claramente acuerdan de tomar á Gonzalo Pizarro por su defensor, é juntamente con él ir á suplicar las nuevas leyes no fuesen en todo cumplidas. Gaspar Rodriguez, Hernando Bachicao afirmaban que los de Lima habian de prender al visorrey si todavia quisiese ejecutar las nuevas leyes. Con aquestas cosas que se praticaban y altercaban habia gran rumor en el Cuzco, mostrando los vecinos que de oillas rescibian pena gravísima, y entre todos andaba una variedad de pensamientos, teniendo los más los ánimos airados y aparejados para cometer cualquiera hecho sobre el no obedescer las leyes.

Pasado, pues, el tomulto que rescreció con la venida destos, acordaron de buscar manera para que Gonzalo Pizarro pudiese en nombre de todos ir á responder por ellos, aunque no les parescia que seria cosa acertada estando ya Blasco Nuñez dentro en la cibdad de Los Reyes y en ella recibido por visorrey, de dar poder á Gonzalo Pizarro. Por otra parte, dejar de dárselo decian que era locura y que les vendría gran daño; y como no dejasen de venir de Los Reyes cartas y lo mismo de la provincia de Andaguáilas, de Pedro de los Rios y de Diego Maldonado, entreviniendo en ello Francisco Maldonado é Hernando Bachicao y Juan Velez de Guevara y otros, segun dicen, conciertan con el pueblo é con los de su cabildo que nombren á Gonzalo Pizarro por capitan contra el Inga, que segun entonces hobo nueva se decia tener voluntad de venir contra la cibdad. Y como la abtoridad destos fuese mucha y Gonzalo Pizarro de sí diese grande esperanza, fácilmente se pudo aquello acabar con los vecinos de la cibdad, y por todos ellos acordado, juntos en su cabildo lo nombraron y elijeron por capitan contra Mango Inga si viniese á les dar guerra; y para que pudiese hacer gente y buscar armas le dieron poder cumplido en nombre de su cibdad, lo cual fué debajo de industria, para que con

aquel color Gonzalo Pizarro pudiese allegar gente y ponerse á punto de guerra para la resistencia del Inga.

Pues como su deseo de Pizarro no parase aquí y desease verse recibido por justicia mayor y procurador general, con la cual abtoridad podria conseguir su deseo, escribió á la provincia de Andaguáilas á Diego Maldonado, regidor perpétuo del cabildo, para que luego viniese á la cibdad, y tambien se escribió á Pedro de los Rios para que viniese al Cuzco; y no embargante que ellos deseasen de se estar en aquella provincia y no hallarse presentes en cosa de las que se levantaban, no aprovechó su deseo, porque tantas cartas les fueron que hubieron de venir al Cuzco. Y sabido que Gonzalo Pizarro era nombrado capitan contra el Inga, de todas partes se allegaban soldados bien proveidos de arcabuces y pólvora para le seguir, deseando que ya los bullicios se convirtiesen en guerra para salir de la probeza que con la paz tenian.

CAPÍTULO XXV

Cómo Gonzalo Pizarro procuraba con sus amigos quel cabildo de la cibdad del Cuzco le nombrase por justicia mayor, lo cual se hobo de hacer contra la voluntad de muchos.

Como el capitan Gonzalo Pizarro se viese ya nombrado por capitan contra el Inga, en gran manera se alegró, porque le paresció era un escalon para subir á donde él deseaba; é hablando con los más principales del Cuzco, sobre que pues ya sabian el visorrey Blasco Nuñez Vela queria ejecutar las Ordenanzas y él se habia movido á salir de Los Charcas por los servir, que todos juntos le nombrasen por su procurador para poder ir á responder y suplicar dellas. Y como de la cibdad de Los Reyes y de otras muchas partes viniesen siempre cartas para que con brevedad saliese del Cuzco, entraron en su cabildo y ayuntamiento, y despues de haber altercado sobre aquel negocio muchas práticas que acerca dél tuvieron, acordaron todos juntos en su congregacion, como estaban con ánimos prontos y de lo sustentar, de dar á Gonzalo Pizarro poder complido en nombre de su cibdad para que pudiese ir á la cibdad de Los Reyes á suplicar de las Ordenanzas para ante S. M. el rey nuestro señor, obligando para este efecto sus personas, bienes é haciendas.

Hecho esto, Gonzalo Pizarro andaba acompañado de gente de guerra y mostraba ya por las palabras que de su pecho lanzaba extenderse su deseo á más que ser procurador. El licenciado Leon habia ya llegado á la cibdad del Cuzco y holgábase grandemente, á lo que cuentan, con lo que pasaba; y el licenciado de la Gama había escrito sus cartas tratando en ellas mucho mal de las cosas del visorrey, segun dicen.

Luego, pues, que Gonzalo Pizarro se vió nombrado por procurador, habló con Gaspar Rodriguez de Camporredondo y con Cermeño y Alonso de Toro, Tomás Vazquez y otros amigos suyos, para que moviesen los ánimos de los vecinos á que le rescibiesen por justicia mayor, y esto hizo por tener enteramente mando sobre todo. Y como los del cabildo aquello vieron alteráronse en gran manera, paresciéndoles que Gonzalo Pizarro, con su favor, sin tener ellos voluntad, se queria alzar con el reino y oponerse contra el visorrey; y paresciéndoles mal su intencion no acordaron de lo hacer, antes mormuraban algunos dellos, diciendo: ¿Por ventura no veis con la calor que quiere éste abajar á contender contra el visorrey? Y maldecian muchas veces á los que de Lima habian escrito, pues creyéndose Gonzalo Pizarro fácilmente de sus cartas, dejó de se volver á la villa de donde él era vecino.

Pizarro, como entendió las voluntades de algunos, de industria decia quél no queria ser procurador ni tener nombre de capitan de cibdad tan ingrata, no dejando de andar acompañado de arcabuceros y escopeteros. Y juntos de nuevo en cabildo los señores dél, propuso lo siguiente, á la letra sacado del original que yo vi en poder de un notario, y dice ansí:

«En la cibdad del Cuzco, veinte y siete dias del mes de Junio de mill y quinientos y cuarenta y cuatro años, en presencia de mí, Gomez de Chaves, escribano público, paresció el capitan Gonzalo Pizarro é dijo: quél se desistia y apartaria del cargo de capitan general y procurador desta cibdad, por cuanto para lo que conviene á proveer en esta cibdad, los señores justicias y regimiento della no le quieren proveer del cargo de justicia mayor; que si le proveyeren de tal cargo de justicia mayor, que no se da por desistido ni apartado del cargo, sino que lo usará y ejercerá como se lo tienen encargado; y porque conviene á la pacificacion de la gente de guerra, y porque se lo han pedido, quiere que le elijan de tal cargo; y que esta es su voluntad, y firmólo de su nombre. Testigos: El capitan Francisco de Almendras y el capitan Cermeño».

Luego que Gonzalo Pizarro esto dijo turbáronse en gran manera algunos de los que estaban en el cabildo, porque vieron que por una parte Gonzalo Pizarro decía que se desistia del cargo de capitan é procurador, y por otra parte alegaba que la gente de guerra que consigo tenia pedia que le elijesen y nombrasen por justicia mayor, y no se osaban determinar á lo que harian. Los arcabuceros que estaban fuera de allí disparaban algunas pelotas, dando á entender que *si* no lo hacian, que lo mismo harian con ellos si no le obedeciesen. En conclusion, pasadas algunas práticas é cosas que intervinieron, se dieron los votos en esta manera:

Juan Velez de Guevara, alcalde ordinario por S. M., dijo: quél vota y da por su parescer que sea capitan general y justicia mayor el capitan Gonzalo Pizarro, y questo le parece, y firmólo de su nombre.

E luego dijo Antonio de Altamirano, alcalde ordinario: que daba por su voto y parecer que sea justicia mayor Gonzalo Pizarro, y firmólo de su nombre.

E luego el capitan Diego Maldonado el Rico dijo: que por cuanto su deseo es acertar en aquello que conviene al servicio de Su Majestad, pide á sus mercedes le den licencia para quél se informe de un letrado, y quél está presto y aparejado de responder, y firmólo de su nombre.

Como pendió el negocio de Pizarro de este proveimiento, quiero ser largo para que en lo foturo se pueda entender, é para que en lo presente se conozca quién fueron los que le nombraron por justicia mayor. Y prosiguiendo lo comenzado, segun que lo voy sacando de los oreginales que en aquellos tiempos se hicieron, dice así:

Hernando Bachicao, regidor, dijo: que su voto y parescer es que sea justicia mayor el capitan Gonzalo Pizarro para todo lo necesario, hasta tanto que S. M. provea, y lo firmó de su nombre.

E luego Francisco Maldonado dijo: que su voto y parescer es, que porque los alcaldes ordinarios están ocupados en pleitos civiles y criminales y hay mucha suma de gente de guerra en esta cibdad, y de cada dia se recojen más, y que porque los alcaldes no pueden entender en los pleitos criminales, que es su voto y parecer que sea justicia mayor, por la mucha gente que hay, y que mande el capitan Gonzalo Pizarro y sea teniente general, porque ansí conviene para la pacificacion desta cibdad, y firmólo de su nombre.

E luego Diego Maldonado de Alamos dijo: que su voto y parecer es quél querria acertar en el servicio de Dios Nuestro Señor y de S. M. y bien y servicio desta cibdad y vecinos della; que no es letrado para poder acertar en lo pedido por el capitan Gonzalo Pizarro, ni sabe si de derecho él puede al dicho Gonzalo Pizarro hacer justicia mayor, y que todo lo que puede hacer de justicia mayor como regidor desta cibdad, aquello hace é da por su parecer y voto, y firmólo de su nombre.

E luego Juan Jullio de Hojeda dijo: que se arrimaba al voto y parecer de Diego Maldonado de Alamos, y que ello es su parecer, y firmólo de su nombre.

Y luego aparece un abto en pos de otro que á la letra dice así:

«E luego incontinenti, vistos los votos por los señores justicias y regimiento, dijeron que nombraban y nombraron al capitan Gonzalo Pizarro por justicia mayor, é le daban poder complido cual de derecho en tal caso se requiere, y recibieron dél juramento en forma debida de derecho, el cual prometió de lo usar y ejercer segund dicho es, y firmaron de sus nombres Gonzalo Pizarro, Juan Velez de Guevara, Francisco Maldonado, Diego Maldonado de Alamos, Hernando Bachicao, Juan Jullio de Hojeda».

Dicen que en este tiempo, tratando estas cosas el licenciado de la Gama, el licenciado Carvajal, el licenciado Leon, el licenciado Barba, el bachiller Guevara, dieron votos y paresceres sobre que Gonzalo Pizarro podia con mano armada ir á suplicar de las Ordenanzas, diciendo, segund dicen, que lo mostrarian por leyes y derechos. Y otras cosas cuentan aún más feas déstos, que yo por alguna cabsa dejo; basta que los votos sabemos que los dieron, y aún que no redundaron poco daño, pues muchos simples, creyendo que lo que afirmaban era ansí, siguieron al tirano en sus desatinos.

CAPÍTULO XXVI

Cómo el alcalde Antonio Altamirano se salió del cabildo, y lo mismo el capitan Diego Maldonado el Rico, y al fin hobieron de firmar; y cómo el procurador Pero Alonso Carrasco no quiso en nombre de la cibdad dar peticion sobre el proveimiento.

Al tiempo que daban los votos é paresceres dentro en el cabildo donde tenian sus congregaciones, Antonio Altamirano, alcalde, viendo que la intencion de Gonzalo Pizarro era tiránica y malvada salióse del ca-

bildo por no firmar, y lo mismo hizo Diego Maldonado el Rico. Gonzalo Pizarro salió de allí con vara y por todos fué obedecido por justicia mayor. Y estando Diego Maldonado en su casa fué el capitan Cermeño acompañado de arcabuceros á le traer á las casas de Gonzalo Pizarro, que muy enojado estaba porque no habia querido firmar; y como allegase á donde estaba Gonzalo Pizarro, con rostro airado le mandó que pues tenia el primer voto en el cabildo, firmase sin se eximir de quedar fuera, pues via que su deseo era mostrarse por todos; donde no, fué avisado Diego Maldonado que le seria quitada la vida; y firmó una firma falsa y diferente de la que hacia. Antonio de Altamirano tambien firmó, y Diego Maldonado lo pidió todo por testimonio, habiendo hecho él y Pedro de los Rios una exclamacion secreta en que protestaban de no juntarse con Gonzalo Pizarro ni hallarse en deservicio de S. M.

No obstante las cosas que han pasado, segun que el curso de nuestra historia lo ha receptado, aconsejáronle á Gonzalo los que le habian metido en la danza, que para que más firmeza hobiese en el rescibimiento y nombramiento de justicia mayor, que se hablase á Pero Alonso Carrasco, procurador de la cibdad, sobre que diese en el cabildo una peticion en que por ella alegase el pueblo holgarse de la eleccion, é que ansí convenia al bien comun. Pero Alonso, habiéndose cuerdamente, viendo que lo que le mandaban no era justo ni S. M. lo ternia en servicio, ni quiso hacer la peticion ni dalla en el cabildo, por lo cual Gonzalo Pizarro, indignándose contra él, dió luego un mandamiento en que le mandaba confiscar los bienes; lo cual sabido por Pero Alonso Carrasco, temiendo no le matasen se fué á retraer á la iglesia, adonde no teniéndose por seguro se fué á las casas de Alonso de Mesa, vecino del Cuzco, en las cuales estuvo escondido dos dias y dos noches.

Gonzalo Pizarro estaba tan airado porque Pero Alonso Carrasco no quiso pedir el nombre de la cibdad, lo cual decimos que afirman algunos que mandó á ciertos criados suyos que le matasen. E una noche salió Pero Alonso Carrasco para ir á visitar su casa, é fué de los que le aguardaban herido malamente de tres heridas, que pensaron que dellas quedara muerto.

E por esta causa no fué este Pero Alonso Carrasco con Garcilaso y Graviel de Rojas cuando desta cibdad fueron á juntarse con el visorrey, como el curso de nuestra historia irá prosiguiendo.

CAPÍTULO XXVII

De cómo de la cibdad de Los Reyes vino una carta del factor Illan Xuarez de Carvajal en cifras, é de cómo le fué pedido su voto al capitan Garcilaso de la Vega para el nombramiento.

Dice el bienaventurado Gregorio que gran premio no se puede conseguir sin gran trabajo; grandes letras, ciencia y saber, sin grandes vigilias, desvelándose muchos dias y noches en ellas. Salomon dice que muchas riquezas ninguno las hobo ni alcanzó sin grandes cuidados é mayores trabajos del espíritu; por lo cual, evidente ejemplo é notable será para mí, pues poniendo yo las manos en escribir obra tan difícil como es la que relatamos, por via ninguna ni manera puedo dejar de pasar grandes vigilias, mirar que las relaciones unas con otras concuerden y que en cosa alguna nos apartemos de la verdad. Y ansí como yo conozco que la obra que con el auxilio divino he puesto en escritura es digna de que yo padezca los trabajos arriba dichos, en ninguna parte della me vi tan congojado como en este punto, porque mi débil juicio no bastaba á declarar cosas tan grandes, y estuve por hacer fin en mi oracion, dejando el campo abierto para que otro más sábio lo prosiguiera. La persuasion y induccion que he tenido en ella me da ánimo para que la lleve adelante.

Recibido en la cibdad de Los Reyes el visorrey Blasco Nuñez Vela, y habiendo pasado con el tesorero lo que ya hemos dicho, el fator Illan Xuarez de Carvajal, servidor del rey derechamente, escribió una carta en cifra, que yo en mi poder tuve, al licenciado Benito Xuarez de Carvajal, su hermano, en que por ella le amonestaba sirviese lealmente al rey, y si en las provincias de arriba hobiese movimientos no se hallase en ellos ni prestase consentimiento; antes, pudiendo salirse fuese á la cibdad de Los Reyes, á donde hallaría al visorrey Blasco Nuñez Vela, y otras amonestaciones sobre este efecto. Vista esta carta por el licenciado, respondió en cifras al mismo fator que él haria lo que le escribia sin salir un punto dello, y al visorrey escribió lo que pasaba en el Cuzco.

Pues volviendo á Gonzalo Pizarro, viendo que no habia aprobado su eleccion el capitan García Lasso de la Vega, regidor qu'era de la cibdad, le envió á notificar que diese su voto, y respondió quél no era letrado ni entendia si lo podia dar para que fuese nombrado por justicia mayor. Respondió desta manera por no firmar ni votar en lo que via

claramente no ser servicio de S. M. Gonzalo Pizarro envió al licenciado Carvajal á décir que dijese si García Lasso podia con justicia dar su voto en aquello. Carvajal dijo que sí podia darlo de justicia. García Lasso, con industria habia dado aquella respuesta, y aún, por evadirse, fué al cabildo, en donde propuso en presencia de los del regimiento que estaban tratando en su congregacion lo que se habia hecho, quél era regidor, no por voto del cabildo, sino por ausencia de un vecino de la misma cibdad que estaba ausente, y que no embargante quél lo habia usado hasta entonces, que lo dejaba en ellos é lo deponia con protestacion de más no lo ser. E diciendo esto se salió.

Pasadas, pues, estas cosas, Gonzalo Pizarro y los del cabildo mandaron á Pedro de Hinojosa que fuese á la cibdad de Arequipa á hacer venir á Francisco de Carvajal, el que fué sargento mayor en la de Chupas, y á traer las armas y gente que hobiere en aquella cibdad. Pedro de Hinojosa se partió á ello para Arequipa adonde estaba Francisco de Carvajal harto deseoso de ir á los reinos de España y jamás pudo hallar aparejo para ello. E como supo el proveimiento de Gonzalo Pizarro y que le llamaban, quieren decir que le pesó y que deseara estar fuera de aquellos negocios; mas como hombre ejercitado en la guerra y que siempre en ella se habia criado, dijo: Harto me recelaba yo de meter mis manos en la urdimbre desta tela; mas ya que así es, yo prometo de ser el principal tejedor en ella. Y luego se aderezó para venir al Cuzco, diciendo palabras feas contra el proveimiento de las Ordenanzas, y quél habia sido como el gato, que tanto le pueden acosar y herir, que contra su mismo señor se vuelva á le rascuñar; y S. M., enviando aquellas leyes, decente cosa era oponerse contra ellas. Y despachado Pedro de Hinojosa con lo que pudo haber, se volvió á la cibdad del Cuzco, habiéndose absentado el teniente ó corregidor de Arequipa, no embargante que de Hinojosa no recibieron ningun agravio ni mal tratamiento, porque no se ocupó en más que sacar la gente y armas que pudo haber.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo el capitan Lorenzo de Aldana escribió al visorrey las cosas que iban los vecinos del Cuzco diciendo, y cómo en la cibdad de Los Reyes se rugia que Pizarro estaba nombrado por gobernador del Cuzco.

El capitan Lorenzo de Aldana estaba en la provincia de Xauxa, adonde tenia indios en encomienda, y á los vecinos del Cuzco que venian de Los Reyes oyó las cosas que iban diciendo y cuán fácilmente se habian movido á tratar dello; y sin esto tenía nuevas cómo Gonzalo Pizarro habia abajado de Los Charcas y metídose en la cibdad del Cuzco, adonde pretendia ser recebido por procurador, para oponerse contra el visorrey. Y deseando que no hobiese en la provincia alborotos ni ninguna guerra, y que el visorrey se hobiese cuerdamente, pues el negocio que tenia entre manos era dificultoso y requeria gran consejo, le escribió que estando él en la provincia de Xauxa le habia escrito dándole la norabuena de su venida, y que agora tornaba á hacer lo mismo, pues para ello tenia tan gran causa: que supiese cómo Gaspar Rodriguez de Camporredondo y Bachicao y los otros vecinos del Cuzco iban contando la gran severidad con que entraba en el reino y la poca benivolencia que mostraba, y cómo mostraba holgarse en venir á ejecutar las Ordenanzas, publicando más los indios que habia quitado en Sant Miguel y Trujillo; con las cuales nuevas rescrecia grande alboroto. Y para que no pasase adelante, ni por entero se creyese en los dichos de aquellos que iban alborotando la tierra, que debria de hacer con gran consejo lo que S. M. le mandaba, porqu' él, como muy antiguo en el reino, conocia por ispiriencia la soltura de los que en él vivian y el mucho deseo que tenian de ver guerra para usar de sus deseos sensuales y afectos desordenados. Sin estas cosas escribió más Lorenzo de Aldana al visorrey, cómo se decia entre algunos estar Gonzalo Pizarro en el Cuzco con intencion de que le nombren por procurador, y otras razones de las quél habia oido. Y luego dende á pocos dias que Aldana escribió esta carta al visorrey, se partió de la provincia de Xauxa para se ir á ver con él á la cibdad de Los Reyes, y el visorrey mostró holgarse con su venida. El capitan Juan de Saavedra, en este tiempo le pidió licencia para se ir á Guánuco, y el visorrey se la dió.

No tardaron muchos dias cuando en la cibdad claramente se entendió y supo por cosa cierta cómo en el Cuzco habia sido Gonzalo Pizarro recibido por procurador para venir á suplicar de las Ordenanzas; y esto fácil cosa era de entender, porque en todo tiempo se carteaban los vecinos de Lima con él, enviando sus postas, las cuales en breve iban y venian. La nueva cierta tenian ya los vecinos y unos á otros alegremente se hablaban diciendo, segun dicen: ¿Por ventura no sabeis la alegre nueva que hay?

Pues ya está nombrado Gonzalo Pizarro por procurador para venir contra este temerario del visorrey. Otros, que ya lo sabian, dándose de hombro se apretaban las manos, no podiendo tener la risa que por la boca les salia. En conclusion, grandísima era el alegría que todos tenian.

E generalmente resmaneció nueva que decian estar Pizarro en el Cuzco haciendo gente de guerra; y como aquello oyese el visorrey sintiólo grandemente, pero no dió á entender ni decia otra cosa sino que siendo Gonzalo Pizarro caballero servidor del rey y hermano del marqués que descubrió las provincias, no querria conseguir renombre de traidor; y deseaba que viniesen los Oidores para asentar el Audiencia, y muchas veces estuvo determinado para ir al Cuzco á la ligera, llevando solamente en su compañía á su hermano y al capitan Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, y algunos vecinos. Poníanle tantos inconvenientes que no fué parte para meterse en el Cuzco, adonde ciertamente si él fuera los alborotos cesaran y la guerra no se comenzara. Mas es hablar en estas cosas al adevinar, pues Dios tenia determinado de castigar generalmente á aquel reino, y aún me parece por los relámpagos que nuevamente se levantan, si no se enmiendan, que han de pasar por más calamidades y miserias, aunque segun dice Plutarco en la vida de Lúcullo, alegando cierta pregunta que los sirineos hicieron al divino Platon, que no hay cosa más árdua que sujetar debajo de ciertas leyes á los hombres que poseen muchas riquezas, porque están como embriagados, fuera de su sentido natural, trasportados por el favor de la próspera fortuna. Y aun tambien dice el mismo Plutarco en esta parte que, por el contrario, no hay cosa más fácil de domar que los ánimos de semejantes hombres como estén abatidos y con muchos reveses de fortuna atormentados, porque tienen ya con mucha continuacion de tristes casos humanos abajados los sentidos de sus orgullosos y levantados pensamientos [1]. Y en verdad que es notable sentencia, porque al tiempo que el mal afortunado visorrey entró en Perú halló los ánimos de los hombres prontos y aparejados con su riqueza á no solamente suplicar de las leyes, mas á oponerse contra él, como se opusieron; y despues, habiendo el mismo tirano atormentádolos y fatigádolos en tanta manera que pudo Gasca, no solamente mandar cumplir las leyes, mas aún se han ordenado otros proveimientos que ellos tenian por más graves, y aún á su desplacer se ha cumplido la voluntad del emperador nuestro señor, y está tan poderoso en aquellas partes y tan temido como lo estuvo príncipe en otra provincia del mundo, aunque su persona no carezca della. He dicho esto porque entiendan que S. M. pudo, como soberano señor, perdonar, mas que al fin y al cabo se ha de hacer lo quél manda, aunque hay desde España á los fines del Perú más de cuatro mil leguas de mar y tierra.

[1] *Nihil est enim homine rebus elato secundis regi difficilius, neque parentius imperio rebus adversis dejecto.*

CAPÍTULO XXIX

Cómo S. M. envió una cédula real al Adelantado don Sabastian de Belalcázar, mandándole que ejecutase las nuevas leyes, y cómo se juntaron en la cibdad de Popayan los procuradores y se otorgó la suplicacion.

Despues de la muerte del capitan Francisco García de Tobar y de la ida del belicoso Juan Cabrera á la villa de Timaná, y pasados los montes y cordillera que atraviesa entre unas regiones y otras, el Adelantado Belalcázar se vino á la cibdad de Popayan, adonde estuvo algunos dias, en el cual tiempo, estando en la cibdad de Cali habia venido la nueva de las Ordenanzas reales y de la ida al Perú de Blasco Nuñez Vela á las ejecutar. Con esta nueva hubo algun alboroto en la provincia, pero siempre creyeron que los del Perú, sus vecinos, habian de tirar coces y no obedescer las Ordenanzas, y decian que pluguiese á Dios los pusiese en voluntad que ansí lo hiciesen, pues el agravio era tan grande. Y dende á poco tiempo vino nueva cómo estaba recibido en la cibdad de Los Reyes, la cual desplugo á muchos, paresciéndoles que habian tenido los del Perú poco ánimo. Y aportó al puerto de la Buena Ventura un navío que trujo el trasunto de las nuevas leyes é una carta del esclarecido y muy alto príncipe y señor nuestro don Felipe, en la cual decia al Adelantado Belalcázar que luego hiciese ejecutar las ordenanzas y nuevas leyes que para la gobernacion de las Indias se habian hecho, y que en ello le haria servicio grande. Venida esta cédula real todos los vecinos se alteraron, diciendo que no se habia de consentir que tan grande agravio se les hiciese, pues los servicios que habian hecho no lo merecian. Belalcázar, habiéndose cuerdamente los hablaba que no se alterasen, porque S. M. volveria á hacerles mercedes, é mandó que de todas las cibdades y villas

de la provincia se juntasen procuradores para ver lo que se podia hacer sobre lo tocante á las Ordenanzas. Y llegados á la cibdad de Popayan el Adelantado quiso ejecutar las nuevas leyes, habiendo primero puesto gran suma de indios en cabeza de sus hijos, porque al tiempo del complir no hobiesen á él que le tirar. Los procuradores, como vieron que queria ejecutarlas, reclamaron y en nombre de toda la provincia le pidieron que otorgase la suplicacion, y ansí fué hecho y se dejaron de ejecutar y nombraron á un Francisco de Rodas para que fuese por procurador á España, donde ya S. M. habia nombrado por comisario general y juez de residencia al licenciado Miguel Diaz Armendáriz, segun que el curso de nuestra obra dirá adelante; y desta manera se asosegó aquella provincia é no hobo en ella ningun alboroto.

CAPÍTULO XXX

De cómo despues de ser recibido Gonzalo Pizarro en el Cuzco por procurador é justicia mayor, nombró capitanes, y de cómo allegó Diego Centeno al Cuzco y dió á Pizarro los despachos que traia.

Recibido en la cibdad del Cuzco por justicia mayor Gonzalo Pizarro, grande priesa se daba á hacer junta de gente, y que se hiciese pólvora y se aderezasen arcabuces, y siempre le venian cartas de diferentes letras, las más en cifra, todas escritas á efecto que con brevedad bajase á Los Reyes, é diciendo no poco mal del visorrey. Y como ya tuviese el mando quél deseaba, acordó de que seria bien de que se nombrasen capitanes y oficiales de la guerra y pensó de dar el cargo de alferez general á Diego Maldonado el Rico, el cual con vias exquisitas se apartó de recibillo, dando razones que parecian evidentes, por donde seria cosa más acertada dejallo en la cibdad; y los del mismo cabildo hablaron á Pizarro sobrello para que quedase por alcalde é capitan della. Y veniendo Gonzalo Pizarro en ello nombró por maese de campo á Alonso de Toro, natural de la cibdad de Trujillo; por alferez general señaló Antonio de Altamirano, natural de Hontiveros; capitanes de infantería eran Diego Gumiel, natural de Villadiego; el capitan Juan Velez de Guevara, natural de Málaga; capitan de arcabuceros Cermeño, natural de San Lúcar de Barrameda; del artillería fué nombrado por capitan Hernando Bachicao; á don Pedro de Puertocarrero se nombró por capitan de gente de caballo.

Dende á pocos dias, hecho este nombramiento por el nocente Gonzalo Pizarro salian á la plaza las nefandas banderas é las campeaban los alferez que querian seguir aquella tan malvada é atroce guerra; y ansí los atambores echaban bando y los pífanos publicaban la maldita guerra. ¡Oh, qué alegre se mostraba el tirano de Gonzalo Pizarro con ver que ya tenia pujanza para oponerse contra el visorrey, paresciéndole que despues cosa fácil le seria haber el gobierno del reino!

Lope Martin allegó á la cibdad publicando del visorrey lo que todos; tambien allegó Diego Centeno con los despachos y provisiones que traia del visorrey, y algunos cuentan que él de voluntad los entregó en manos de Gonzalo Pizarro sin hacer ninguna diligencia, y dicen que visto por él los despachos, muy alegre por los tener en su poder mandó á Centeno que so pena de muerte no hablase á ningun vecino ni otra persona lo que traia.

Y se daban gran priesa á se aderezar de armas y peltrecharse de las cosas necesarias, determinando de inviar á la cibdad de Goamanga por el artillería á Francisco de Almendras, gran secaz suyo.

CAPÍTULO XXXI

De cómo Gonzalo Pizarro mandó al capitan Francisco de Almendras que fuese á la cibdad de Sant Juan de Victoria, que es en Goamanga, á traer el artillería que allí habian llevado por mandado del licenciado Vaca de Castro.

Este proveimiento que queremos decir de enviar por el artillería, luego fué de que se eligieron capitanes; mas porque el curso de nuestra historia se ponga con órden, no se ha podido narrar hasta agora. Pues como ya Gonzalo Pizarro tuviese el intento tan malo como hemos dicho, acordándose de que en Goamanga estaba el artillería con que el tirano pasado dió la batalla en Chupas á Vaca de Castro, teniendo toda confianza en Francisco de Almendras, vecino de la villa de Plata, le mandó que con treinta arcabuceros se partiese para allá y trujese el artillería sin consentir que ningun daño se hiciese en aquella cibdad, antes que de su parte hablase á los vecinos de aquella cibdad é su cabildo cómo él habia tomado á su cargo el responder por todos sobre lo tocante á las Ordenanzas, y que pues ellos tantas veces le habian escrito é incitado á ello, se aparejasen para le ayudar.

Francisco de Almendras, con los que habian de ir con él, se partió á la cibdad del Cuzco y anduvo hasta que llegó á Goamanga, adonde en aquella sazon estaba por alcalde del rey nuestro señor Vasco Suarez; y sabido á lo que venia el capitan Francisco de Almendras, juntáronse él y los regidores platicando la órden que ternian para que la artillería no fuese sacada de allí. Vasco Suarez dijo que la queria defender y oponerse contra Almendras y los suyos; Juan de Bérrio, regidor, vino en ello, diciendo que con su persona, armas y caballos y criados que tenia ayudaria á quel alcalde saliese con su intencion tan leal; Diego Gavilan dijo lo mismo; el capitan Vasco de Guevara, de industria fingió tener mala disposicion, y que en aquel dia tanto le agraviaba que no pudo dejar de estar en su lecho. Francisco de Almendras con grandes voces decia que ¿á cuándo aguardaban á le entregar el artilleria? los de Goamanga le respondian equívocamente, sin querer dar razon de dónde estaba; Almendras se hobo atentadamente, porque los soldados le decian: Poca necesidad teneis de cumplimientos con éstos, pues con sus cartas Gonzalo Pizarro se movió, dejando su casa y hacienda, á responder por todos ellos, y agora fingen no saber el artillería adónde está. Almendras fué á la posada del capitan Vasco de Guevara, en cuyo poder el artillería estaba y la habia mandado esconder en parte que fuera dificultoso de hallar.

Y algunos quisieron decir que Vasco de Guevara dijo á Francisco de Almendras dónde el artilleria se habia hallado, lo cual es falso; y la verdad es que con las mejores palabras que pudo, Vasco de Guevara se isimió [1] de Francisco de Almendras, y venida la noche, acompañado de sus tinieblas cabalgó en un caballo y se fué á meter á los Soras, donde él indios de repartimiento tenia, con voluntad de acudir al visorrey y le servir.

Pues como el capitan Almendras supo la ida de Vasco de Guevara, por poco estuvo de destruir el pueblo, y con grande ira se fué á sus casas y con tormentos que dió á algunos indios supo el artillería dónde estaba y la trujo muy alegre, diciendo á los vecinos de la cibdad que poco tenia que les agradecer en ello, que se queria volver á la cibdad del Cuzco, que viesen qué es lo que para allá mandaban.

Esto hecho, cargando el artillería en los hombros de los bárbaros, fué llevada la vía de la cibdad del Cuzco.

[1] Así en el ms. por *eximió*.

CAPÍTULO XXXII

Cómo se supo en la cibdad de Los Reyes claramente lo que pasaba en el Cuzco y de la llevada del artillería, de lo cual mucho al visorrey pesó.

En este tiempo ya empezaba á haber mudanzas en Los Reyes; el demonio andaba suelto, poniendo malos pensamientos en muchos que los tenian buenos; los vecinos en secreto hablaban sus cosas, diciendo unos á otros el visorrey habia de ejecutar las nuevas leyes; otros decian: Andá, dejadlo, que Pizarro está en el Cuzco; dello ya nueva cierta tenemos que vendrá con gente de guerra y responderá por todos. Por toda la cibdad se se devulgó lo mismo, y el visorrey ya no inoraba lo que sabia cierto y dábase con la mano en la frente diciendo:

¿Es posible quel gran Cárlos, nuestro señor, sea temido en todas las provincias que hay en Europa [1] y quel Turco, señor de lo más Oriente, no se ose mostrar con él enemigo, y que un bastardo quiera forzar su voluntad real á que no se cumpla su mandamiento?

Deseaba que los Oidores acabasen de llegar, para fundar el Audiencia, y estaba el ánimo deste leal varon muy congojado porque via no ser parte para que la voluntad real se cumpliese.

Tenia grande odio con Vaca de Castro y hallaba razon muy equivalente para le tener, haber salido de la cibdad Gaspar Rodriguez de Camporredondo, Hernando Bachicao y los demás quél sabia tenian grande afinidad con él, creyendo que por su consejo se habian movido á ir á la cibdad del Cuzco, y pensó de en llegando los Oidores tomarle residencia y castigarle conforme á justicia.

No tardaron muchos dias que no vino á la cibdad nueva de la llevada del artillería de Goamanga, y díjose que Vasco de Guevara la habia entregado á Francisco de Almendras.

Ninguna nueva de las pasadas dió tanta congoja al visorrey como ésta, y de su pecho lanzaba palabras muy airadas contra Vasco de Guevara, diciendo que habia de hacer sobre aquella fea hazaña gran castigo. Y tenia gran sospecha de los vecinos, no fiándose dellos ni creyendo cosa alguna de lo que le dijesen; y ellos, por el consiguiente, temian grandemente no les hiciese algun daño.

[1] En el ms. *Uropa*.

CAPÍTULO XXXIII

De cómo el visorrey, viendo que los Oidores no venian mandó apregonar las Ordenanzas públicamente, y de la prision de Vaca de Castro.

Por las cosas que vamos relatando tendrá el letor noticia de cómo allegado á Los Reyes Blasco Nuñez Vela habló á la cibdad alegremente, diciendo quél no ejecutaria las leyes hasta quel Audiencia fuese fundada, y lo que más pasó con el tesorero; mas como él fuese nuevamente venido de las Españas, adonde la majestad de nuestro rey es obedecida en tanta manera que cualquier provision ó mando aunque más riguroso parezca y sea llevado por cualquiera persona, se ejecuta y cumple sin excusa alguna, y no conosciese cuán doblada es la gente que en este reino vivian, y la gran soltura que habian tenido en lo pasado, no obstante las nuevas que habian venido del alboroto que habia en la cibdad del Cuzco y de la llevada del artillería, hizo una cosa muy acelerada y que para pensalla requeria gran consejo, que fué, olvidando lo que habia prometido y no mirando cuán enconosas y dificultosas estaban las cosas del reino, y que los ánimos de los más dél estaban dañados, y le habian cobrado ódio grandísimo, improvisamente mandó llamar á Juan Enriquez, pregonero, y que las nuevas leyes fuesen pregonadas públicamente para que ninguno no inorase y á todos fuese público.

Tambien será cosa decente que la intencion suya se mire y no se escurezca, porque yo bien creo él entendia los movimientos que habia ser grandes, y todos los que hoy viven saben nuestro César le mandó que propuesto todo caso, aunque fuese dificultoso, las leyes fuesen publicadas y ejecutadas; y pudo ser el visorrey de industria querer luego ejecutarlas para en el tiempo presente ni en lo futuro no se dijese que causado de temor dejó de cumplir el mando real. El grande Alexandre, constituidor de la tercera monarquía, rey potentísimo de la Grecia, dicen Quinto Curcio Rufo y Arriano que pasó con él en Asia un excelente capitan llamado Parmenio, con tres nobles hijos llamados Filotas y Héctor y Nicanor, y estando por prefecto en la Mesopontania, parescieron ciertas cartas suyas que tocaban en deservicio del rey, y por sospecha que se tuvo de Filotas, su hijo, porque habiendo contra el rey cierta conjuracion, la cual por causa de Dimno se supo, y á él como muy allegado al rey le avisaron para que se lo dijese, no quiso comunicar con Alexandre el negocio, que no menos que la vida le iba; y por esto y por las cartas que de su padre fueron halladas fué muerto muy cruelmente. Y Alexandre, llamando á un Polidamas, varon osado, le mandó que fuese con ciertas cartas á donde estaba Parmenio y le matase, y despues de muerto mostrase una provision quél le dió á los capitanes para que los del ejército no se alterasen. Polidamas, no embargante que habia recibido de Parmenio grandes honras y bienes, fué á donde estaba y poniéndole en las manos una carta, aunque en ver su persona tan venerable le causó gran compasion, mas teniendo solamente atencion á lo quel rey le mandó, le dió de puñaladas y puso su persona en gran trabajo [1]. Y ansí, el visorrey, queriendo que S. M. supiese que con toda voluntad y fedilidad complió lo por él mandado, sin se acordar de los escándalos que se habian de seguir apregonó las leyes. Y esto que digo lo recitamos no por más de por lo que toca á la intencion suya, no dejando de decir que fué caso temerario é que al servicio del rey más conviniera que se suspendieran, que no se apregonaran.

Los vecinos de la cibdad, como oyeron el pregon tan triste, fué grande su desasosiego: muy turbados decian unos á otros: ¿Qué es esto? ¿Por qué S. M., siendo príncipe tan cristianísimo, ansí nos quiere destruir, habiendo ganado nosotros la provincia á costa de nuestra hacienda con muerte de tanctos compañeros? Nuestros hijos y mujeres, ¿qué serán dellos? Y andaban muchos ya sin sentido y desde entonces les parescia no tener indios ni otra ninguna hacienda; y como estaban airados escribian cartas á Gonzalo Pizarro, avisándole lo que pasaba y de cómo se habian ya apregonado las leyes.

CAPÍTULO XXXIV

En que se concluye el pasado hasta quel licenciado Vaca de Castro fué preso.

No inoraba el visorrey lo que pasaba en la cibdad, y por el tomulto grande que habia entendia cuán desasosegados andaban los vecinos, y salió á la sala diciendo que á cualquiera que dijere que Gonzalo Pizarro se queria alzar, que le fuesen luego dados cien azotes públicamente. Vaca de Castro, en es-

[1] *De rebus gestis Alex. Mag.*, libs. VI y VII.—*De expeditione Alex. Mag.*, lib. III, al fin.

tos dias siempre iba á visitar al visorrey, y como ya estuviese tan mal con sus cosas le mandó prender y le trajeron á el cuarto viejo de las casas del Marqués, donde él posaba, y estuvo allí preso ocho dias, mostrando sentimiento muy grave porque ansí el visorrey le hubiese preso y tratado tan ásperamente, y pesóle por no se haber ido á dar cuenta al rey de las cosas por él hechas en la provincia.

El obispo don Jerónimo de Loaysa, pesándole de quel visorrey hobiese preso á Vaca de Castro, le suplicó con toda humildad le soltase, y él lo hizo por su ruego, mandando apregonar que cualquiera que se tuviera por agraviado del mismo Vaca de Castro le pusiese demandas, para que si se viere que hizo sinjusticia, sea castigado. Y dende á pocos dias se tornó á prender Vaca de Castro y lo llevaron á un navío, mandando que lo tuviesen en él á recaudo. Y esta prision fué, según se publicó, por sospecha que de su persona el visorrey tuvo.

Lorenzo de Aldana habia venido de la provincia de Xauxa á ver al visorrey, y como primero contamos hobiese escrito aquella carta y el visorrey supiese que habia sacado della treslado, se enojó grandemente; y por esto y porque su abtoridad era mucha y siempre se habia mostrado amigo de los Pizarros, le mandó prender, teniendo dél, segun dicen, sospechas, y enviar á otra nave adonde le tuvieron algunos dias; mas despues le mandó soltar, dando causas por qué lo habia mandado llevar al navío. Y en este tiempo ordenó el visorrey que en la mar hobiese armada, y por capitan general della Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, y por capitan Jerónimo Zurbano.

CAPÍTULO XXXV

Cómo el obispo don Jerónimo de Loaysa, pesándole que se levantasen los movimientos que decian, habló al visorrey sobre que queria ir al Cuzco, y lo que sobrello pasó.

Ya era cosa muy entendida por todos los que estaban en la cibdad de Los Reyes Gonzalo Pizarro estar ya en el Cuzco recibido por procurador é justicia mayor. Don Jerónimo de Loaysa era obispo en esta cibdad de Los Reyes, la cual es la cabeza de su obispado, y deseando que no se levantase alguna guerra en el reino que fuese parte para que la paz se perturbase, con voluntad de servir á Dios y á S. M. quiso por su persona ir á tratar sobrello á donde Gonzalo Pizarro estuviese; y ansí habló con el visorrey, representándole los grandes movimientos que sabian habia en el Cuzco, donde tambien decian estar Gonzalo Pizarro nombrado por procurador y justicia mayor, el cual no entendia sino en aderezar armas, hacer pólvora y proveerse de otras cosas más pertenecientes á guerra que no convinientes á suplicacion; y que para que no pasase adelante la desvergüenza seria cosa provechosa ir algunos varones cuerdos y modestos para que encaminándole en lo que conviene, se saliese á fuera de tan loca y necia demanda; y que pues para en tiempos semejantes quiere el rey sus vasallos, quél, por ello, y principalmente por servir á Dios, queria tomar trabajo y llegarse al Cuzco para persuadir á Pizarro en lo que convenia. Esto dicen que pasó el obispo con el visorrey, y aun otras práticas más y mayores sobre este caso; á lo cual el visorrey mostró gran contento, diciendo que en la ida hacia á Dios y á S. M. gran servicio y á él mercedes. Y cuentan que se determinó quel obispo saliese luego con toda brevedad, porque lo mismo habian de hacer ciertos notarios con las provisiones reales para requerir con ellas á Gonzalo Pizarro y á los demás no se moviesen inconsideradamente, antes las obedesciesen como de su rey y señor natural; y que procurase de tener forma cómo Pizarro no abajase á Los Reyes con junta de gente ni con la desvergüenza que decia. Y para tratar con él algun honesto concierto dió el visorrey palabra al obispo de que pasaria por lo quél ordenase é hiciese; y no se le dió poder por algunas causas, las cuáles yo las pondré al tiempo quel obispo y Gonzalo Pizarro se vieron, porque es gran trabajo una cosa escrebirla muchas veces, y más que en aquel paso se ha por fuerza de reiterar [1], porque conviene ansí. Y seré largo en esta ida del obispo porque pasaron cosas muy delicadas y de noctar, y yo las supe de personas que se hallaron con Pizarro de los que fueron con el mismo obispo, y aun él mismo me lo afirmó pasar como yo lo cuento. Y algunos trataron desta ida del obispo afirmando que eran cautelas y que iba más por el bien de Pizarro y por su provecho que no por el servicio del rey; mas no quiero parar en dichos vulgares, pues es una confusion varia y nunca cierta, pues sabemos que nunca dan en el blanco de la verdad aunque parezcan no alejarse mucho de ella.

Determinada, pues, la ida por el obispo, salió de la cibdad de Los Reyes yendo con él un compañero suyo llamado fray Esidro de

[1] En el ms., *retirar*.

San Vicente, á veinte dias del mes de junio del mesmo año. Salieron para le acompañar en aquella jornada don Juan de Sandoval, Luis de Céspedes, Pero Ordoñez de Peñalosa y dos clérigos, llamado el uno Alonso Marquez y el otro Juan de Sosa. Y tomando, pues, el camino marétimo de Los Llanos, anduvo hasta llegar á un pueblo llamado Ica, á donde encontró con un Rodrigo de Pineda, el cual venia del Cuzco y afirmó ser ya salido dél Gonzalo Pizarro, y que si el obispo fuese por Los Llanos, que lo erraria. Con el dicho determinó el obispo de subirse á la sierra para salir al pueblo de Gualle, repartimiento de Francisco de Cárdenas, vecino de Goamanga.

Pues como el visorrey entendiese que ya era pública la alteracion de las provincias de arriba y que Gonzalo Pizarro y los que con él se juntaban, no obstante las muchas palabras feas que en desacato del rey decian, se aparejaban para venir con mano armada á obrar y estorbar que no se cumpliese su mandamiento real, despues de haber tomado su parecer con Francisco Velazquez Vela Nuñez, su hermano, y con Diego Alvarez de Cueto, don Alonso de Montemayor y otros caballeros de los principales que estaban en Los Reyes, determinó de hacer el llamamiento general en el reino: y ansí, á gran priesa mandó despachar provisiones para todas las cibdades y villas dél, por las cuales mandaba que acudiesen todos los vecinos y estantes á servir á S. M. á la corte de Los Reyes con sus armas y caballos, sin ser osados de dar favor ninguno á Gonzalo Pizarro ni á otro que se nombrase deservidor de la corona real de Castilla, so pena de traidores y de perdimiento de todos sus bienes. Hecho esto mandó al secretario Pero Lopez que se apercibiese, porque habia de ir al Cuzco con las provisiones reales á requerir á Gonzalo Pizarro y á los demás que estaban en aquella cibdad las obedesciesen llanamente, el pecho por tierra, como sus sudictos y vasallos leales. Pero Lopez, no ostante el peligro grande que se le rescrecia, viendo que tocaba al servicio real respondió que lo haria con tanto que no mandase apregonar la guerra hasta quél volviese, porque no le matasen. El visorrey se lo prometió, mas si él no tuvo las orejas sordas, antes que saliese del ámbito de la cibdad pudo entender el son de los atambores y de los pífanos. Para que pudiese ir más seguro Pero Lopez mandó el visorrey á Francisco de Ampuero, criado que habia sido del marqués don Francisco Pizarro, que fuese con él; y ansí salieron de Los Reyes, yendo tambien Ximon de Alzate, notario público, con los despachos y provisiones, que eran para que deshiciese la gente y acudiesen al servicio del rey, so pena de traidores, y para que donde quiera que llegasen les diesen todo favor é ayuda.

CAPÍTULO XXXVI

De cómo los Oidores llegaron á la cibdad de Los Reyes y se fundó el Audiencia real.

En lo de atrás dimos noticia de cómo desde la cibdad de Panamá se adelantó el visorrey Blasco Nuñez Vela y los Oidores quedaron para luego salir; y ansí, desde á pocos dias, embarcados en naves con sus mujeres se partieron para el Perú. Llegados al puerto de Tumbez fueron caminando hácia la cibdad de Los Reyes, y eran grandes las quejas que generalmente les daban del visorrey, diciendo que por su proveimiento habian sido muertos más de cuarenta españoles de hambre por los caminos, por no querer los indios proveerlos de cosa alguna. Respondian que era un temerario, y que idos á Los Reyes se fundaria el Audiencia, adonde le irian á la mano para que no hiciese tan grandes desatinos como habia hecho desde que entró en el reino; y hablando estas cosas y otras, segun dicen, llegaron á la cibdad de Los Reyes, adonde la hallaron puesta en armas porque el visorrey empezaba ya á apregonar la guerra contra Gonzalo Pizarro. Llegados, fueron bien recibidos y aposentados en casas de vecinos de la cibdad y andaban muy acompañados y eran bien visitados.

Idos á verse con el visorrey, les dijo cómo toda la provincia estaba alterada y que se habian huido de Los Reyes Gaspar Rodriguez de Camporredondo, Bachicao y otros, los cuales habian alterado los vecinos de la cibdad del Cuzco, adonde con poco temor de Dios y del rey habian nombrado por procurador á Gonzalo Pizarro, el cual habia enviado por el artillería que estaba en Goamanga, para con ella y la junta de gente que hacia, venir á la cibdad de Los Reyes contra ellos. Los Oidores les desplugo oir aquella nueva. Y el sello real fué metido debajo de un palio, llevando los regidores las varas, y el Audiencia fué fundada y se despachaban provisiones á todas partes; y el visorrey escribió á la real majestad de nuestro señor el rey las cosas subcedidas en el Perú desde que entró en él, cómo se habian alterado con las ordenanzas que habia mandado quél trujese, y lo mismo escribió á los del su muy alto Consejo.

CAPÍTULO XXXVII

De cómo viendo algunos vecinos del Cuzco la mala intencion de Pizarro escribieron al visorrey para que los perdonase y que le acudirian.

Cosa muy cierta es cuando hay escándalo y se escomienzan guerras, pasado aquel furor impetuoso que tuvieron para levantallas, la razon, usando su uso da á entender el yerro que acomenten; y aun muchos de los que habian sido en que Gonzalo Pizarro tomase aquella empresa y fuese con mano armada contra el visorrey, les pesaba ya dello y decian: ¿Quién fué el que nos engañó á querer oponernos contra el rey? ¿Qué suplicacion podemos hacer con arcabuces y tiros gruesos? Demás desto vemos á Pizarro inclinado á querer mandar. Otros decian: Hayámonos cuerdamente é acudamos á nuestro rey antes que la cosa pase adelante. De manera que con un clérigo llamado [1] *Baltasar* de Loaysa acuerdan Diego Centeno, Gaspar Rodriguez de Camporredondo y el maese de campo Alonso de Toro, Diego Maldonado el Rico, Pedro de los Rios y otros algunos de escribir al visorrey para que les inviase perdon de lo que habian inventado, sin les dar pena ninguna por ello, afirmando quellos con sus personas, armas y caballos le acudirian y sirvirian lealmente. Y para que Loaysa pudiese ir debajo de disimulacion, sin que le impidiesen la ida, platicaron con Gonzalo Pizarro sobre que seria cosa decente de que Loaysa el clérigo fuese á la cibdad de Los Reyes por espía y supiese lo que pasaba y volviese á le avisar con toda presteza. Gonzalo Pizarro, creyendo que le decian verdad vino en ello y dió licencia al padre Loaysa para lo que decimos. Y ansí, llevando cartas de muchas personas partió del Cuzco para Los Reyes. En este tiempo, el obispo don Jerónimo de Loaysa venia camino hácia el Cuzco, y lo mismo los que llevaban las provisiones, como iremos relatando.

CAPÍTULO XXXVIII

De cómo el secretario Pero Lopez y Francisco de Ampuero y los otros venian camino del Cuzco, y de cómo llegaron á Goamanga, y lo que subcedió al obispo hasta llegar á aquella cibdad.

En el trascurso de nuestra historia contamos cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela mandó á Francisco de Ampuero y á Pero Lopez, secretario, que fuesen á notificar las provisiones reales, creyendo que por ser bien quisto Pero Lopez iria seguramente, y lo mismo Francisco de Ampuero, porque Pizarro le tenia por su amigo por haber sido criado del marqués su hermano. Partidos de la cibdad con las provisiones y despachos que llevaban, se dieron mucha priesa á andar y alcanzaron al obispo, y despues de le haber dado la cuenta de á lo que iban y tomado su bendicion se partieron de allí dándose grande priesa, con voluntad entera de hacer lo que por el visorrey les era mandado; y por sus jornadas allegaron á la cibdad de Goamanga, adonde, sabido á lo que venian, como ya supiesen la pujanza que tenia Gonzalo Pizarro, les pesó y quisieran no vellos en su cibdad. Y al fin, despues de haber entrado en cabildo tuvieron sus práticas y acuerdos y acordaron de hacer lo que S. M. les mandaba y tener á Blasco Nuñez Vela por su visorrey como él lo mandaba; lo cual determinado fué recibido por tal, y habiéndoles notificado la provision por la cual se mandaba que acudiesen con sus armas y caballos á la cibdad de Los Reyes, les pidieron que señalasen vecinos que fuesen en acompañamiento de las reales provisiones. Estaban tan temerosos que no se atrevieron á nombrar, antes con toda instancia rogaron al secretario Pero Lopez que señalase los quél quisiese que fuesen con las provisiones, y se nombraron á Juan de Berrio y á Antonio de Aurelio y á otros, con los cuales se partieron de la cibdad de Goamanga, habiendo llegado primero el obispo don Jerónimo de Loaysa, con el cual comunicaron lo que se habia hecho y de su ida al Cuzco; y él les respondió que aguardasen á que fuesen todos juntos, porque se notificarian las provisiones con más abtoridad; mas no quisieron, paresciéndoles que irian con más brevedad, y ansí caminaron la vuelta del Cuzco.

El obispo habiá recibido cartas del visorrey en las cuales le avisaba de algunas cosas y de cómo podria juntar ochocientos hombres de guerra, con los cuales pensaba salir de la cibdad á encontrarse con Gonzalo Pizarro si supiese que todavia se desvergonzaba á venir; á lo cual le respondió el obispo que debia no hacer gente, sino continuar su Audiencia y despachar en ella lo que conviniese y aguardar á Gonzalo Pizarro y á los demás en su casa acompañado de los Oidores. Estas cartas se dieron á Francisco de Cárdenas, vecino de aquella cibdad, las cuales dicen que no las quiso enviar al visorrey. Esto hecho, el obispo salió de Goamanga la vuelta del Cuzco.

[1] Tachado: *Bartolomé.*

CAPÍTULO XXXIX

Cómo el visorrey trató con los Oidores que se sacasen los dineros que estaban en la nave para inviar á España, y de cómo se revocaron las nuevas leyes.

Muy acongojado se mostraba estar el visorrey por ver las grandes desvergüenzas de la gente del reino, pues tenian atrevimiento á se mover contra el mando real. Muchos pensamientos le venian, unas veces dél mismo ir al Cuzco á la ligera, otras de hacer gente de guerra; al fin, mandando llamar á los Oidores, que ya hemos dicho ser el licenciado Cepeda y el doctor Tejada y el licenciado Alvarez y el licenciado Zárate, el cual no habia llegado ni vino en muchos dias adelante, y entrando con ellos en acuerdo les dijo que tan notorio era á ellos como á él la voluntad de S. M. ser que las Ordenanzas se cumpliesen y se mandasen en todos aquellos reinos guardar; y si él de suyo se moviera á algunos mudamientos ó en mandar cosa otra de lo que su príncipe le mandó, que ciertamente tuviera á los del Perú por hombres sabios y avisados, pues por defender sus haciendas se ponian en armas; mas pues que ya les constaba S. M. del Emperador nuestro señor ser de lo que en aquel caso hicieron servido, que sin temor se ponian en armas y aun mostraban voluntad de venir contra ellos, como si por ventura no fueran enviados por él; y que la pena quél sentia de aquello por la mucha que ellos merescian, que seria de parescer que entendiesen en que ellos quedando castigados, los bullicios hobiesen fin; y que no pensasen quél no sabia lo que aquella gente querian, y que los que viviesen verian cómo pendia de otro deseo la salida de Pizarro que no solamente ser procurador de las nuevas leyes, y que aunque ellas se suspendiesen, creia no serian parte para apagar fuego tan cruel, aunque tambien no inoraba que si no las suspendian despues serian achaque con el cual pudiesen dar color á su traicion, y que les parescia las debian suspender; sin lo cual, tambien seria necesario comenzar adrezarse y sacar los dineros que estaban en el navío, para con ellos y con los que más pudiesen haber é S. M. tuviese en su real caja hacer gente de guerra, porque despues anduviesen los traidores buscando movimientos, que al fin al fin, todo lo que se gastase, ellos con sus personas y haciendas lo habian de pagar.

Suspensos estaban los Oidores oyendo al visorrey cuando esto hablaba; los ojos en el suelo, con su silencio mostraban gran pesar por las cosas que se levantaban, aunque no todos tres tenian un pensamiento ni deseaban los negocios como sus oficios requerian. El pesar que ellos mostraban, segun dicen, era pensar que el visorrey hacia junta de gente para resistir á Pizarro, y habiendo batalla, el Audiencia quedaria deshecha si Pizarro venciese, y si fuese vencido, el honor se atribuiria al visorrey. Sus intereses propios particularmente mirando, el licenciado Cepeda habló primero porque tenia el primer voto, y respondió á la prática quel visorrey habia hecho lo siguiente: que S. M. lo habia á él nombrado por visorrey y á ellos señalado por Oidores, y que á él como á más principal, pues venia por presidente é gobernador, le mandó ejecutase las Ordenanzas, tomando en todo parescer con el Audiencia, pues él era la cabeza y ellos eran los miembros, lo cual todo junto era un cuerpo que representaba el nombre del rey é S. M.; que bien sabia lo que en Panamá pasó y aun lo que el licenciado Zárate sobre su venida le dijo, y que las cosas que habia con ellos comunicado él mismo lo sabia, pues desde que entró en aquel reino no quiso aguardarlos y que gastó en Trujillo y en Piura el tiempo que todos sabian, sin aprovechar mucho, antes se enconaron las cosas; y que los que desleales se quieren hacer tiranos no buscaban otro sonido sino libertad, pues todos los que se habian levantado con aquel nombre hacian sus hechos; y que él no inoraba cuán doblada y mal corregida era la gente de aquella tierra, pues lo alcanzaba; mas que muchas veces los príncipes disimulan con los súbditos hasta ver tiempo convenible para ejecutar el castigo y punicion, sin lo cual era cierto el nombre de Pizarro estar dentro en los ánimos de mucha de la gente de aquella cibdad, y que ciertamente tan poca confianza se habia de tener en ellos como en los que con él estaban en el Cuzco; y que gastar el rey su dinero es pérdida y daño, que pues habia ido el obispo á tratar la paz y el regente, debian de aguardar á ver la respuesta y lo que decian á las provisiones que Pero Lopez llevó; y que las Ordenanzas las debia mandar revocar, que quizá podria ser hacer provecho, aunque más hiciera si se apregonaran en Tumbez. Los otros Oidores en ello vinieron. E sin estas práticas pasaron otras muchas, porque los Oidores antes desto se habian concertado y ordenado hacer un requerimiento al visorrey sobre que no ejecutase las leyes, y no lo presentaron porque no se atrevieron. Y allegaron á tener palabras de punta el visorrey y Cepeda, diciendo el visorrey que hasta entonces que la Abdien-

cia se habia fundado no tenia para qué tomar consejo con ellos, y que pluguiese á Dios que lo que Cepeda decia tuviese en pensamiento.

Y pasado esto, despues de haber tenido otras práticas mayores se determinó de sacar los dineros que estaban en la nave, para con ellos hacer gente con la cual se resistiese á Pizarro en la traicion que comenzaba. Y ansí los ciento y tantos mill pesos se sacaron y los trujeron á casa del tesorero, y el visorrey, con ánimo valeroso comenzó á tener en poco á Pizarro y á su gente, animando á todos los que estaban en Los Reyes, y mandó revocar las nuevas leyes hasta que S. M. otra cosa mandase, ecepto en lo tocante á los gobernadores y oficiales reales. Quieren decir que antes de la suspension hizo una exclamacion que protestaba que no lo hacia con voluntad firme, sino porque los bullicios toviesen fin. Y públicamente se apregonaron y por todo el reino se divulgó. Si quisieran no más de verlas suspendidas, bien las vieron. No fueron dignos de tal beneficio, pues despues por sus locos movimientos tantos perdieron las vidas por el quellos eligieron por su defensor, que ciertamente más derramamiento de sangre ha costado y haciendas que se han perdido, que montaban sus repartimientos, que no es poco dolor pensar en ello. Los pensamientos de los hombres que buscan principio sin mirar qué tal será el fin, para en lo que éstos pararon. Diógenes Laertio, entre las sentencias del sabio Platon pone ésta: «que todos miren primero el fin de aquello que quieren hacer, porque no hagan cosa reprehensible y de vituperar». Dionisio Halicarnasio, en el octavo libro de las antigüedades romanas dice: «nunca hallarás que haya habido algun hombre al cual todas las cosas le hayan siempre subcedido prósperamente y á su voluntad, sin que alguna vez le fuese contraria la fortuna; y por esto, los que son de mejor providencia que otros, la cual se alcanza por luenga vida y espirencia, dicen que cuando se ha de hacer alguna cosa, antes que la comiencen miren primero el fin». Los tiranos de la cibdad de Jerusalem, Simon [1] y Juan [2], segun Josepo *De bello judaico* [3], que eligió por sus defensores, ¿qué más daño pudieran los romanos en ellos hacer que ellos mismos hicieron, ni tanto ni ninguno que con ellos se igualara? Los de Milan, por tomar por su capitan á Gualpaggo, conde de Angleria, de capitan se tornó tirano, é la opulenta cibdad de Milan destruida hasta los cimientos fué por Federico. No hay otra libertad, no, sino las repúblicas vivir debajo del gobierno real; y si no es bueno, pregúntenlo á Arequipa cómo le fué en Guarina y á Quito en Añaquito; y si les fuera mejor no conocer á Pizarro y tener los unos y los otros por soberano señor al rey, y no con colores relucientes por de fuera y por dentro sucias y llenas de hollin oponerse contra sus ministros y á los que enviaba por sus delegados y lugares tenientes.

[1] Hijo de Giora.—[2] Hijo de Levias.—[3] Flavio Josepho, lib. IV á VII.

CAPÍTULO XL

De cómo el visorrey nombró capitanes y se hizo junta de gente.

Bien conozco que me detuve en el capítulo pasado, mas no pude menos por la materia que llevaba; no me quieran roer los que causados de emulacion en viendo quel autor es largo en los capítulos ó prolijo en recontar los acaescimientos, arrojan el libro por los bancos, tratando no bien del escritor. Y para esto diré yo lo que dice el glorioso doctor señor Sant Jerónimo en su tratado de la instruicion de las vírgenes: «refrena tu lengua de mal hablar y pon á tu boca ley y freno de razon, y si entonces hobieres de hablar cuando es pecado callar, guárdate no digas cosa que pueda venir en reprehinsion». Dejando de más tratar sobre esto, prosigamos el curso de nuestra historia.

El visorrey, teniendo ya noticia de las cosas que pasaban en la cibdad del Cuzco nombró por capitan de gente de á caballo á don Alonso de Montemayor, lealísimo caballero natural de Sevilla, y á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, tambien nombró por capitan de gente de á caballo, natural de Avila; de arcabuceros señaló por capitan á Diego de Urbina, natural de Vizcaya; despues lo nombró por maestre de campo, dando la capitanía á Gonzalo Diaz de Pineda, natural de la Montaña; de infantería nombró que lo fuese Pablo de Meneses, natural de Talavera, y á Martin de Robles, natural de Melgar de Herramental; capitan de la guardia, Juan Velazquez Vela Nuñez, natural de Avila. Despues de que tuvieron los títulos de las capitanías, les habló diciendo quél les elegia por capitanes del rey nuestro señor para que si algun tirano se levantase, con sus esfuerzos se diesen tal maña que quedando castigado el movedor, la provincia quedase asentada; é pues él en ellos los ojos puesto habia, tomándolos por compañeros y amigos singulares, su persona y honra les

encomendaba; porque como hombre que viene de España y se halla en reino nuevo, no sabe de quién se fie. El capitan don Alonso respondió que habia acertado de poner la honra de su persona debajo de la de aquellos caballeros, porque colgando de la suya la de todos, él, por su parte, moriria en su servicio porque en un punto no fuese menoscabada. Lo mismo dijeron los capitanes, mostrando gran deseo de le servir, y se comenzaron á tocar atambores y desplegar banderas y juntar gente. De todas estas cosas dicen que enviaban aviso á Gonzalo Pizarro don Antonio de Ribera y Alonso Palomino y otros vecinos de Lima, enviando las cartas metidas en pequeños calabazos porque no fuesen vistas por alguno, y aun afirman que cuando el don Antonio no podia, lo hacia su mujer. Sargento mayor se nombró á Sayavedra. Y al son de los tambores se hizo junta de gente de más de quinientos hombres, dando pagas de á trescientos y á cuatrocientos pesos, mercando muchos caballos y valiendo á quinientos y á seiscientos y más cada uno. En fin, se gastaron pasados de cien mill pesos.

Vasco de Guevara, el vecino de Goamanga, allegó á Los Reyes á purgarse de lo que decian dél en lo tocante al artillería, y el visorrey le mostró airado semblante, pero oida su escusa, fácilmente le volvió en su gracia. Francisco de Cárdenas estaba en Guáitara, y de todo lo que pasaba y él sabia lo enviaba por aviso á Gonzalo Pizarro. Segun dicen, el clérigo Juan de Sosa, que fué con el obispo, allegado á Goamanga, con indios de Sosa, el vecino, despachó cartas á Pizarro, en las cuales afirman que le persuadia mostrase ánimo en lo comenzado y quel visorrey estaba mal quisto, y otras cosas no conformes á su profesion. Y si yo hobiese de contar las bellaquerías que frailes y clérigos hicieron, seria nunca acabar, y que las orejas cristianas en las oir recibirian pena. Tambien escribió el Sosa que no consintiesen entrar al obispo entre ellos, porque los iba á engañar, y quél se daria toda priesa para les avisar de las más cosas que les convenia. Y diremos agora de Pizarro.

CAPÍTULO XLI

Cómo Gonzalo Pizarro se aderezaba para salir de la cibdad del Cuzco, y cómo mandó al capitan Francisco de Almendras que fuese á tomar los despachos que venian.

Muy gran priesa se daba Gonzalo Pizarro en la cibdad del Cuzco, adonde estaba, en aderezarse de armas con las otras cosas que para la guerra son necesarias, deseando salir della brevemente; y como siempre le viniesen cartas de Los Reyes y Goamanga, de avisos, dándole cuenta de lo que pasaba, entendió la venida del obispo y cómo tambien venian Francisco de Ampuero, Pero Lopez y los más, con las reales provisiones, lo cual todo por él entendido, mandó á Francisco de Almendras, que despues que salió de Goamanga con el artillería anduvo hasta ponerla en Abancay, desde donde fué á ver á Pizarro; y como digo, le mandó volver á mirar por ella y á que saliese á quitar las provisiones á quien las traia, y para que entendiese el obispo con qué voluntad venia para sus cosas.

Y ansí, salió Almendras y anduvo hasta donde Gonzalo Pizarro le mandó que con algunos arcabuceros estuviese en guarda de la artillería y á se encontrar con los que venian con las provisiones, porque no entrasen con ellas en el Cuzco, porque seria alborotar los ánimos de aquellos que tanta voluntad mostraban á le seguir.

Pasado esto Gonzalo Pizarro envió sus cartas á Pedro de Puelles, que era corregidor en Goánuco y habia venido á Los Reyes y recibido del visorrey toda la honra y buen tratamiento y confirmado en el cargo que se tenia desde el tiempo de Vaca de Castro. Envió Pizarro las cartas con un Vicente Pablo, deligente andador.

Por ellas le enviaba á rogar se viniese á juntar con él con los más que pudiese, porque la cibdad del Cuzco le habia elegido por procurador y justicia mayor y queria ir á la cibdad de Los Reyes á suplicar de las Ordenanzas.

Pedro de Puelles, visto el mensajero, respondió con el mismo que trujo las cartas á Gonzalo Pizarro, quél siempre tuvo en mucho las cosas de los Pizarros, por lo quél, no embargante quel visorrey le habia mandado que fuese corregidor de la cibdad de Goánuco, hacia lo que le rogaba; mas que le tornase á escrebir cómo y de qué manera los del Cuzco le habian recibido por justicia y nombrado por procurador, para quél se determinase. Gonzalo Pizarro le tornó á escrebir, y el Puelles trataba mal de las cosas del visorrey.

Gonzalo Pizarro, en este tiempo, con sus banderas desplegadas daba á entender la guerra, aderezando armas, haciendo picas, pólvora, arcabuces; muy alegre, teniéndose ya por señor de la tierra, decia que Dios le encaminaba, pues sus hermanos no hicieron servicios para que, aun no siendo

muerto, S. M. proveyera en otro el gobierno; y que siendo él vivo no habia ninguno que mejor lo mereciese que él. Y llegó cantidad de trescientos cincuenta españoles de guerra, de pie y de caballo, vecinos y soldados, y ansí daba muy gran priesa para salir del Cuzco.

Francisco de Ampuero y el secretario Pero Lopez con los que más de Goamanga salieron con las provisiones del visorrey anduvieron hasta llegar á la puente de Viicas, á donde no hallaron á nadie; y de allí anduvieron su camino adelante, teniendo nueva cómo Francisco de Almendras estaba no muy lejos de allí, y andando hasta los Lucumaes, habiendo pasado una puente pequeña salió el capitan Francisco de Almendras con los que consigo tenia y preguntó con muy gran soberbia que ¿quién traia las provisiones? Y fuéle dicho que Pero Lopez, y él le llamó con voluntad de le matar y le metió por unas quebradas ásperas. No pudieron ponerse en resistencia porque Almendras tenia más de treinta hombres con arcabuces. Y como se vido con Pero Lopez, le dijo que por qué había tenido atrevimiento y movídose tan fácilmente á venir un camino tan dificultoso como aquél. Pero Lopez le respondió quel visorrey le habia mandado venir con aquellos despachos, y que por ninguna manera se pudo excusar para no traellos; y diciendo otras palabras sobre este caso, Almendras, mirando que en el tiempo pasado Pero Lopez le habia hecho alguna buena obra, determinó de por entonces no le matar, ni hizo más que preguntar por los papeles; y quitándoselos del seno, no sin gran dolor, se subieron ambos despues de haber tenido algunas práticas, y llamando á Francisco de Ampuero le dijo que mucho se maravillaba de él venir con aquellas cosas, pues sabia que no le acarreaba ningun bien á Gonzalo Pizarro; y que si no mirara al amor quel mismo Pizarro le tenia, que luego allí le matara; y preguntóle por lo que pasaba en Los Reyes.

CAPÍTULO XLII

De lo que más pasó entre Francisco de Almendras y los que llevaban las provisiones reales.

Pasadas las cosas que hemos contado en el capítulo precedente, el capitan Francisco de Almendras y todos los que allí estaban se volvieron una jornada más hácia Guamanga, pensando Almendras en sí mismo que no convenia dejar con la vida á Pero Lopez porque no pudiera dar testimonio de lo que habia pasado; é por otra parte, mandallo matar él propio parescíale gran crueldad, y al fin acordó de decirle que se fuese él y Ximon de Alzate solos, y que no volviese Ampuero, y que desta manera los bárbaros andaguaylas y otros, viéndolos solos los matarian. Y aun les mandó que luego partiesen de allí, con tanto que Ampuero se quedase hasta que Gonzalo Pizarro viniese.

Pero Lopez, que bien entendió la intencion de Almendras, le dijo que tenia el caballo fatigado y tan cansado que no se atrevia á ir en él; que los dejase reposar dos ó tres dias y que luego darian la vuelta. Francisco de Ampuero, haciéndolo virtuosamente dijo que no irian Pero Lopez ni Alzate sin él, ni tampoco quedaria si no era por fuerza, porque seria mal contado. Almendras, con grande ira dijo que no creia en Dios, si allí dormian, si no los mataba; y con esto fué á su tienda. Ampuero, viendo el gran peligro en que Pero Lopez estaba, fué á donde estaba Almendras y hablándole amorosamente le rogaba que lo dejase volver; y él estaba muy enojado y amenazaba con sus palabras á Pero Lopez, que ciertamente no se puede negar sino que fué notable el servicio que en esta jornada hizo, porque su vida estuvo en gran riesgo. Y al fin, aquella noche, temiendo no le matasen la pasó sin dormir sueño alguno, diciendo á Alzate y á los que con él estaban que hiciesen lo mismo.

Pues como Ampuero tuviese tanta amistad con los Pizarros, venida la mañana hobo de acabar con Almendras que les diese á todos licencia para se volver; y al fin se acabó con él, y muy alegres, alabando á Dios que les habia librado de las manos de Almendras, se partieron.

Dende á poco tiempo se encontraron con Diego Martin, el clérigo, y con el padre provincial frey Tomás de San Martin, el cual les dijo la mala intencion que Pizarro tenia y cómo habia nombrado capitanes y se aparejaba para venir contra el visorrey. Este provincial es el regente que habia ido al Cuzco desde Lima con gran deseo de aprovechar y evitar que Pizarro no saliese con tan loca demanda; mas no bastó su buen propósito aunque por todas las vías procuró de apartar á muchos nobles de los que querian seguir á Pizarro, de aquella facinerosa demanda; y porque se entendió, ayna fuera ahorcado un Juan de Ribas, natural de Zaragoza, que iba de unos á otros con el mensaje del regente.

CAPÍTULO XLIII

De cómo Gonzalo Pizarro se aparejaba para salir del Cuzco, y de cómo se sacó para gasto de la guerra los dineros que estaban en la caja del rey.

Mucho se holgó Gonzalo Pizarro cuando vido la carta que segund dicen le escribió el padre Sosa, de Goamanga, y tenia ya aviso de la venida del obispo y daba mucha priesa á salir de la cibdad, haciendo sus alardes y reseñas. Bachicao andaba en unas andas pequeñas, porque disparando un tiro le llevó un pedazo del muslo; y para pagar los soldados que se les habian llegado, los vecinos ayudaron con algunos dineros. Como ya el ánimo de Pizarro estuviese dañado, dijo que los dineros que hobiese en la caja del rey fuesen sacados para pagar la gente de guerra. Los vecinos de la cibdad, pareciéndoles cosa fea dijeron que ellos querian obligar sus personas y bienes á la paga dello, porque no era justo que la hacienda del rey nuestro señor fuese gastada sin su mandato; y al fin, lo que montó lo pagaron los vecinos, porque no embargante que deseasen ir la suplicacion, por ver las leyes revocadas, pocos tenian deseo en aquel tiempo de deservir al rey, ni con mano armada ponerse contra su mandado, no embargante que todos fuesen á punto de guerra, á lo cual alegaban que los letrados y hombres sabios decian que lo podian hacer sin que les fuese atrebuido á traicion.

De Condesuyo vinieron algunos soldados y con ellos Navarro, vecino del Cuzco, los cuales traian algunos arcabuces. Tambien allegó en este tiempo al Cuzco Felipe Gutierrez con los otros que contamos que salieron de la entrada, y se huyó Serna á la cibdad de Arequipa con voluntad de se juntar con el visorrey, el cual, llegado á esta cibdad, habló con el capitan Alonso de Cáceres, hombre valeroso y que en la gobernacion de Cartagena fué capitan general y tuvo otros honores y cargos; de lo cual yo soy buen testigo, pues en el descubrimiento de Urute melité debajo de su bandera y pasamos muchos trabajos, hambres, miserias, como verán los lectores en un libro que yo tengo comenzado de las cosas subcedidas en las provincias que confinan con el mar Océano; y despues de venidos nosotros con el licenciado Juan de Vadillo en la jornada que hizo, segun atrás conté, pasó á estas provincias. Y llegado Serna á Arequipa y sabido por el capitan Alonso de Cáceres la dañada intencion de Gonzalo Pizarro, acuerdan de tomando dos naves que habia en el puerto de aquella cibdad, de se ir á la de Los Reyes á juntar con el visorrey; lo cual hecho se dieron priesa y llegados á Los Reyes fueron del visorrey bien recibidos. En el ínterin que esto pasó se huyó un mancebo llamado Martin de Vadillo, en el Cuzco, el cual fué ahorcado por Alonso de Toro.

Y despues que Gonzalo Pizarro todas las cosas tuvo aparejadas, mandó á los capitanes Juan Velez de Guevara, Pedro Cermeño, que saliesen de Xaquixaguana; Alonso de Toro, don Pedro Puertocarrero hobieron algunas palabras y porfías; al fin salieron del Cuzco todos los capitanes y vecinos de aquella cibdad, entre los cuales iban don Pedro Puertocarrero, Juan Alonso Palomino, Lope Martin, Tomás Vazquez y otros que no hay para qué contar. Gabriel de Rojas y Garci Laso y Jerónimo Costilla, con palabras se habian excusado de no ir con Gonzalo Pizarro. El licenciado Carvajal, contra su voluntad hobo de salir con él del Cuzco. E desde Xaquixaguana mandó que fuesen algunos capitanes á sentar real en los Lucumaes.

CAPÍTULO XLIV

De cómo el obispo llegó á donde estaba Francisco de Almendras, lo que pasó con él y las cartas que Pizarro le escribió y lo que le respondió el obispo.

Despues que el obispo don Jerónimo de Loaysa estuvo en Goamanga algunos dias se partió con voluntad de llegar al Cuzco antes que Gonzalo Pizarro saliese dél, y andadas algunas jornadas encontró en un pueblo de indios, llamado Cochacaxa, con Pero Lopez, Francisco de Ampuero, Ximon de Alzate y los otros que habian ido á notificar las provisiones reales; y tambien halló allí al reverendo fray Tomás de San Martin, provincial de los dominicos, y á un clérigo llamado Diego Martin, los cuales, con los que venian con las provisiones, le aconsejaban con mucha instancia luego sin más pasar adelante se volviese á la cibdad de Los Reyes, porque las cosas del Cuzco y los que en él estaban iban mal guiadas y peor encaminadas, sin lo cual Gonzalo Pizarro tenia puesto en la puente de Abancay á su capitan Francisco de Almendras, no para otro efecto sino para no dejallo pasar, como veria por una carta que le traia del mismo Almendras, en la cual decia que diese la vuelta, porque Gonzalo Pizarro le habia manda-

do guardar la puente sin consentir que pasase por ella.

Mas aunque sobre el pasar adelante ó volver atrás tuvieron algunas práticas y consideraciones, el obispo se determinó de proseguir su camino y anduvo hasta que llegó adonde Francisco de Almendras estaba, el cual no le recibió con aquella crianza y comedimiento que merescia su dignidad. Aunque el obispo lo sintiese, pasó por ello, teniendo algunas práticas Almendras que va poco en contarlas. Otro dia el obispo le habló complidamente sobre su venida y cuánto deseaba verse en el Cuzco para aconsejar á Gonzalo Pizarro las cosas que más le conviniesen, á las cuales palabras Almendras respondió que por ninguna manera pasaria de allí, ni él le daria lugar que lo hiciese. Pues como el obispo viese la voluntad de Almendras y cuán poco bastaban sus ruegos para que lo dejase pasar, le dijo que lo miraba mal en ser contumaz con él y que caia en grave descomunion en hacerle aquella fuerza violablemente. A lo cual el tirano, con gran soberbia y poco temor de Dios Nuestro Señor, respondió: No es tiempo de descomuniones; no hay más dios ni rey que Gonzalo Pizarro. El obispo, templadamente le tornó á decir que lo dejase pasar á él sólo, sin que fuese con él la compañía que traía; mas como estuviese Francisco de Almendras endurecido, porque á la verdad se lo habia mandado Gonzalo Pizarro, tornó á responder diciendo que le tomaria la mula para que si queria ir fuese á pié y no en ella.

Pasadas estas cosas, el obispo escribió á Gonzalo Pizarro haciéndole saber la fuerza que le habia hecho su capitan Francisco de Almendras; y pues conocia dél que su ida al Cuzco era á procurar el bien é paz del reino para que estando en sosiego é tranquilidad todos se gozasen y alegrasen, por tanto, que le aconsejaba debia mandar derramar la gente que tenia hecha y apartarse de lo que decian. Cuando allegó esta carta estaba ya Gonzalo Pizarro, como dijimos en el capítulo precedente, en el valle de Xaquixaguana, y respondió al obispo diciéndole que no tomase trabajo de pasar adelante, porque saldria presto de aquel lugar para Los Reyes, y en el camino se podian ver. Diciendo más en la carta: que cuando en el Cuzco supo su venida se habia holgado, teniendo por cierto que era por el bien de todos, por lo cual, con ánimo alegre le estuvo aguardando para le hacer todo servicio, y que estando acordado esto, algunos caballeros de los que con él se habian juntado y frailes de hábitos blancos y aun negros, le habian dicho que por via ninguna lo dejase entrar en el Cuzco, y que por algunos inconvenientes que allí no decia, como aquel negocio no era sólo suyo, sino de todos, le convino conformarse con su voluntad. Con esta carta vino otra para Francisco de Almendras, en que Gonzalo Pizarro le escribia que con industria y disimulacion procurase de entender el obispo qué corazon tenia para con él.

Y pasadas algunas cosas y escritas otras cartas el obispo á Pizarro y Pizarro al obispo, se volvió á Curamba, habiéndole amonestado en las cartas que mirase los servicios que habian hecho al rey él y sus hermanos, que no los escureciese ni amancillase con tener atrevimiento de venir con mano armada á querer forzar la voluntad del rey. A las cuales razones respondió Gonzalo Pizarro quél no deseaba el deservicio del rey, sino procurar la libertad del reino, en lo cual pondria toda su fuerza, sin salirse afuera hasta lo último de potencia.

De Curamba se volvió el obispo á la provincia de Andaguáylas, donde estaba por mandado de Gonzalo Pizarro el capitan Juan Alonso Palomino con algunos soldados; y por no oir las desvergüenzas que los soldados decian caminó hasta Uramarca, adonde estuvo hasta siete de Septiembre, escribiendo siempre que habia mensajeros al visorrey, avisándole de lo que pasaba y de lo que más convenia, y en el ínter deste tiempo que estuvo en Uramarca el obispo rescibió algunas cartas de Pizarro, todas amonestándole diese la vuelta á Lima.

CAPÍTULO XLV

De cómo el visorrey se aderezaba, animando á los que con él estaban, para si Gonzalo Pizarro viniese.

Pues como las cosas que pasaban en el Cuzco se publicasen y cada dia avivase más la nueva de Pizarro, el visorrey dijo á Diego de Urbina: Capitan, esto ya no se puede disimular; echemos las chamarras y capas y tomemos los cueros y picas al hombro, que es lo que conviene. Diego de Urbina respondió que era muy bien é que desde luego dejaba la suya, y fué nombrado por maese de campo. De tablas de cedro hacian grandes picas, recogendo metal para hacer arcabuces, porque un artillero maestro se obligó cada un dia dar hechos cuatro dellos, y por no haber tanto metal cuanto fuera menester, una campana que estaba en la iglesia mayor, quel marqués Pizarro en ella puso para servicio

del culto divino, y aun cuando ella se forjaba, con mucha alegria él mismo sonaba los fuelles, fué traida y llevada á donde se hicieron arcabuces della. ¡Oh miserable tierra! ¡Grandes fueron tus pecados, pues tantos males te cercan! Próspera y con gran majestad, llevando buenos tiempos, me parece navegas por el tempestuoso mar, y al mejor tiempo la cruel fortuna su rueda contra ti vuelve los vientos tristes y furiosos, de manera que por el ancho mar tus haberes dejas, é pocos de tus hijos de tal fortuna escapan que con su sangre el mar no se riega, y los que escaparon de tal tormenta, asombrados, trasfigurados, tristes, pensativos, mudos, sordos los veo andar. En el Cuzco hacen armas; en Los Reyes deshacen la campana para hacerlas; en toda la provincia no se entiende sino en buscar cotas, aderezar corazas y otros instrumentos para que presto la final tormenta venga.

El padre Sosa, que como dijimos salió de Lima con el obispo, anduvo hasta que llegó á la puente de Abancay, adonde estaba el artillería y por guarda della Francisco de Almendras, desde donde partió hasta que llegó donde estaba Pizarro y fué dél y de sus capitanes recibido muy bien, diciéndole Pizarro que se habia holgado mucho de verlo y gradeciéndole los avisos que le habia dado de sus cartas, sin lo cual le rogaba de nuevo le avisase de las cosas que pasaban en Los Reyes, y de la intencion que tenia Blasco Nuñez en lo tocante á las Ordenanzas. A lo cual respondió el clérigo Sosa, segun dicen, que pues él y aquellos capitanes eran todos caballeros debian procurar con ánimos prontos y valerosos por su libertad, teniendo atencion cuánta honra perdian si las Ordenanzas se cumplian enteramente, mirando tambien cuánto ganarian si por ellos se revocaban. Y ansí, prosiguiendo su prática Sosa, dijo más, que para ánimos fuertes como eran los suyos no eran menester muchas razones; por tanto, que allegasen la más gente que pudiesen, recogiendo las armas que hobiese, sin dejar para los gastos dello un solo peso de oro en la tierra, y que supiesen que el visorrey no tenia cabales trecientos hombres y pocos dellos le eran amigos. Esto dijo el clérigo, que no poco daño hizo, porque muchos de los que iban con Pizarro, como ya habia dias que su locura y furor era pasado, pesábales de le haber recibido por su procurador. Y ansí, cuentan algunos dellos se decian unos á otros: ¿Dónde vamos? ¿Qué queremos? ¿Hémonos, por ventura, de tomar con el rey á fuerza de brazos? Y otras cosas á esto conformes.

CAPÍTULO XLVI

De cómo el visorrey envió á Hernando de Alvarado á Trujillo, y á Jerónimo de Villegas á Guánuco, y á Arequipa al tesorero, y lo que pasó.

Gran priesa se daba el visorrey á juntar gente, y aunqu' él habia suspendido las Ordenanzas no dejaba de hablar en ellas sobre que se habian de cumplir, que lo que el rey mandaba en ninguna cosa forzaba la voluntad. Muy grandes cosas y práticas se pasaron en estos tiempos en la cibdad de Los Reyes entre los Oidores unos con otros, teniéndose por perdidos, y quel visorrey, toda la gente que hacia era para que con ella Gonzalo Pizarro le hiciese la guerra.

El visorrey, no embargante las provisiones que habia despachado á todas las cibdades del reino, acordó enviar de nuevo personas de confianza para que se hiciese en ellas llamamiento de gente, para que viniesen con sus armas y caballos á juntar con él; y aun mandó que fuese á la cibdad de Trujillo el capitan Hernando de Alvarado, hermano de Alonso de Alvarado, el que fué á España, el cual se ofreció por su persona y traer gente y armas, porque él dejó allí algunas compradas. Si su plática fuera con intención leal, bien pudiera, siquiera por su persona ser tenido en mucho, y por la del capitan Alonso de Alvarado su hermano; mas como Hernando de Alvarado oyese al visorrey que decia que en viendo tiempo oportuno habia de ejecutar las Ordenanzas, no via la hora que apartarse dél, y tomada su licencia, habiéndose obligado de traer la gente y armas, luego se le olvidó. Pues si al malafortunado visorrey los caballeros le andan en cautelas, ¿de quién se ha de fiar, si ellos por el nombre de tales no le guardan lealtad, pues la deben á su rey, cuyo criado él era? Y partido, pues, de Los Reyes Hernando de Alvarado, allegó alguna gente y armas y con ellos se fué por el camino de la sierra.

El visorrey mandó que fuese á la cibdad de Arequipa el tesorero Manuel de Espinal, dándole provision para hacer gente con título de capitan para venir con ella, y allegado á Arequipa entraron en cabildo los del regimiento. La carta del visorrey por ellos vista y las provisiones que del Audiencia llevó el tesorero fueron obedecidas; mas, por causas que dieron, no las cumplieron, respondiendo equívocamente que ellos estaban mal con el tesorero y por eso no querian por su persona hacer nada ni recibille por capi-

tan; que ellos con toda brevedad se irian á Lima á le servir. Y el tesorero se volvió solo y tras él partieron de Arequipa Francisco Noguerol de Ulloa, alcalde que entonces era, Hernando de Torres, Juan de Arvés y otros á la cibdad de Leon, qu'es en Guánuco, donde estaba por corregidor Pedro de Puelles, natural de Sevilla, que en ella fué alguacil de los veinte, é hombre astuto en la guerra de los indios, y buen republicano y que mucho bien los sabia gobernar y habia sido teniente de gobernador en el Quito y tenido otros cargos. Habíase carteado con Gonzalo Pizarro y sabia ya su venida, y tambien habia recibido cartas del visorrey y habia enviado un alguacil á recoger bastimento para seguir el camino del Cuzco ó Lima, porque hasta entonces muchos estaban neutrales sin se querer aclarar por amigos de Pizarro ni por servidores del rey. El mensajero de Pizarro volvió y le tornó á escribir graciosamente con grandes promesas. El visorrey, queriendo que de todas partes acudiesen á servir al rey, mandó á Jerónimo de Villegas, no poco amigo suyo é de Pizarro, que fuese á Guánuco y dijese á Pedro de Puelles que con todas las armas, caballos que pudiese haber abajase á la cibdad de Los Reyes, porque ansí convenia al servicio del rey nuestro señor, y pues su lealtad siempre habia sido mucha, como agora él no dudaba la sería, con toda brevedad se despachase. Villegas no via la hora que ya verse ido para poder irse á Pizarro; de manera que el visorrey enviaba buenos embajadores. Los negocios que se han de borrar, ellos mismos se dan á entender. Con mucha voluntad prometió Villegas al visorrey de le servir en la ida, y que Pedro de Puelles y él volverian con la gente que más pudiesen, y ansí se partió de Los Reyes con mucha alegría para de presto hacer lo que hizo.

Allegado á la cibdad de Leon habló á Pedro de Puelles y á los demás que oirlo quisieron, su venida ser para que todos á Los Reyes fuesen; mas esto, ya que públicamente ansí lo dijo á Pedro de Puelles y á los demás que vió tener voluntad dañada á las cosas del visorrey, deshacia, diciendo que era mal sufrido y riguroso, que á todos venia á quitar sus haciendas; decíales más, que se fuesen á Pizarro, pues voz de libertad habia tomado. Pedro de Puelles no lo tenía *en* poca gana, y se acordaron de salir de la cibdad hasta cantidad de veinte y tantos españoles, lo mejor armados que pudieron, entre los cuales fué el mensajero Villegas, habiendo praticado su deseo en Los Reyes, antes que de allí viniese, segun dicen, con Gonzalo Diaz de Pineda, capitan del visorrey, que tambien no deseaba poco ver tiempo para desamparalle y servir á Pizarro, como presto hizo; y ansí afirman que quedó concertado de que ellos huyesen desde Guánuco y que lo mismo haria él cuando pudiese. A Juan de Sayavedra habló Pedro de Puelles amonestándole que se fuese á juntar con Gonzalo Pizarro, porque al fin habia de prevalecer, y que le convenia por haber seguido la opinion de Chile. Juan de Sayavedra, no queriendo fácilmente moverse á lo que Pedro de Puelles le decia, le respondió frívolamente é se quedó. Y Pedro de Puelles y Villegas salieron, y Rodrigo Tinoco, natural de Badajoz, Francisco de Espinosa, natural de Campos, García Hernandez, natural de Salteras, Grado y otros hasta la cantidad dicha.

CAPÍTULO XLVII

De cómo el visorrey supo la huida de Pedro de Puelles é Villegas, y lo que sobrello hizo.

Ya contamos atrás cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela envío á Guánuco á Jerónimo de Villegas á que llevase á Pedro de Puelles el despacho que le dió para que viniese con los más españoles que pudiese á servir á S. M., y lo que más pasó hasta que salieron de Guánuco á juntarse con Gonzalo Pizarro; y como quedase en aquella cibdad don Antonio de Garay, que en ella era vecino, escribió al visorrey dándole cuenta de lo que pasaba, y tambien envió este aviso un criado del mismo visorrey, que habia por nombre Félix, el cual estaba por su mandado haciendo picas en la provincia de Xauxa.

Pues como estas nuevas fuesen á Los Reyes, sabidas por el visorrey fué grande el sentimiento que mostró, aunque en lo público daba á entender tenerlo en poco, no dejando de quejarse de la deslealtad de Pedro de Puelles y poca verdad de Villegas, suplicando á Nuestro Señor mostrase su justicia contra ellos de manera que no queden sin castigo. Juntos los Oidores y capitanes se entraron á tener su consulta, oyendo todos al visorrey con silencio, porque con la triste nueva no poco tenian. El cual dijo cómo los dias pasados habia enviado á Villegas, teniendo dél más concepto que fuera justo, pues la amistad que siempre mostró tener no permitia creer otra cosa dél más de lo que habia hecho; y que, cierto, estaba muy sentido dello, y más de que estando Pedro de Puelles por corregidor y capitan del rey ho-

biese tenido atrevimiento para dejar de acudir á su real servicio é ir en busca de Gonzalo Pizarro; por tanto, que ellos, como á quien tocaba castigar tan gran traicion y tan grave delito, le aconsejasen lo que se haria para los poder tomar antes que se pudiesen juntar con Pizarro. Diciendo más: que habia enviado á Hernando de Alvarado á la cibdad de Trujillo, habiéndose él propio ofrecido á ello, y que habia hecho lo que ellos sabian; que tambien fué con su mandado á la cibdad de Arequipa el tesorero del Nuevo Toledo, en la cual tampoco le quisieron obedescer, por lo cual mostraba el sentimiento que era justo en ver la poca lealtad de la gente de aquella tierra. Y quél sabia que Pizarro con la gente que habia juntado no era parte para hacelles ningun enojo, y que si la que estaba junta en la cibdad de Los Reyes fuese leal, eran bastantes para castigallo á él y á los traidores que con él se habian juntado. Y que áun no tanto por lo que tocaba al castigo de Jerónimo de Villegas y Pedro de Puelles, cuanto por el temor que pondria en los suyos y desmayo de los enemigos, convenia ir al camino para procurar de los prender.

Y dichas otras razones por el visorrey, los Oidores y capitanes que allí estaban congregados en la junta, despues de haber praticado sobrello les paresció que luego con gran presteza convenia inviar soldados arcabuceros y con ellos al capitan Gonzalo Diaz de Pineda, para que fuesen á la puente del rio que pasa por Xauxa, adonde sin falta les tomarian y prenderian ó matarian; acordando tambien que, para que la ida tuviese más efecto saliese el general Vela Nuñez con algunas lanzas y andar sin parar hasta llegar al rio Xauxa; diciéndole primero el visorrey que procurase poner gran diligencia en aquello á que iba, porque aquellos traidores no saliesen con su malvado propósito, y afirmando que lo dejaba cercado de mill cuidados, porque acordándose haberlo inviado el rey al Perú á tenelle en justicia y á ejecutar la leyes, y que sin su mandado las habia suspendido y habia el reino revuelto y lleno de grandes miserias, las cuales convenia tirar, si fuese posible, con castigar á los que se hobiesen movido inconsideradamente á tan loca demanda como la que traia Pizarro; y que pensando en ello no se acordaba de doña Brianda, su mujer, ni de sus hijos, ni creia que más los habia de ver. Vela Nuñez le rogó no prosiguiese más en aquella pratica, afirmándole que pondria en él toda diligencia que fuere posible en el mundo.

Esto pasado, el visorrey llamó á Gonzalo Diaz, al cual, despues de haberle abrazado le dijo que hiciese como buen caballero y capitan, y que su hermano iba por su soldado; que procurase darse maña para que los que se iban á juntar con Pizarro fuesen muertos ó presos. Gonzalo Diaz le respondió bien, mas su deseo era ya de verse en tal parte que pudiese de presto estar junto con Pizarro y en su servicio. Porque dicen que Villegas y él habian comunicado tener este deseo en Los Reyes.

Salidos de la cibdad caminaron hácia la provincia de Guayacheri, y en el camino, Gonzalo Diaz y Juan de la Torre, Cristóbal de Torres, Piedrafita, Alonso de Avilla y otros iban tratando cuándo y en qué tiempo seria bien pasarse á Pizarro, porque veais la lealtad que se guardaba en el Perú á los capitanes.

CAPÍTULO XLVIII

De cómo el capitan Garcilaso de la Vega y Grabiel de Rojas, con otros, se huyeron, viendo que los hechos de Pizarro no iban bien encaminados.

En los capítulos de atrás contamos cómo Gonzalo Pizarro salió de la cibdad del Cuzco con toda su gente, é de cómo asentó su real en el valle de Xaquixaguana. Pues como él saliese de la cibdad, en la cual quedaba Grabiel de Rojas é Garcilaso de la Vega con otros que no habian querido seguir á Gonzalo Pizarro, antes, con palabras, se habian quedado en el Cuzco, los cuales, despues de unos con otros tener sus práticas y congregaciones, mirando cuán mal guiado iba el negocio y cómo Pizarro no llevaba buen camino, concertáronse Grabiel de Rojas, el capitan Garcilaso de la Vega, Gomez de Rojas, Jerónimo Costilla, Soria, Manjarres, Pantoja, Alonso Perez Esquivel, con otros, hasta catorce vecinos y soldados, de se ir la vuelta de Arequipa, desde donde con toda brevedad irian á juntarse con el visorrey para le servir. Y ansí, dejando sus casas, con voluntades prontas é lealísimas para el servicio del rey se partieron de la cibdad del Cuzco y anduvieron hasta llegar á Arequipa, adonde con ellos se juntaron Luis de Leon y Ramirez, y fuéronse al puerto de la mar, que catorce leguas es de Arequipa, en un valle de indios que ha por nombre Quilca, adonde con los indios procuraron que los diesen balsas para ir á Los Reyes, porque no se atrevieron caminar por tierra por recelo que tuvieron de Pizarro, é por otro cabo no podian ir porque no hay más del camino marítimo ó el de la sierra, por

donde iba el mismo Gonzalo Pizarro, que son ambos caminos hechos por los antiguos reyes destas provincias, y para ir por la cordillera, sin camino, es frigidísima, provista de grandes nieves, y no pudieran por ninguna manera por ella salir.

Tres veces entraron en las balsas; la tempestuosa mar no daba lugar su tormenta á que en ella bonanza hobiese para poder ir su viaje; al fin, salidos en tierra, por el mar no les dar lugar ó el ruin aparejo para navegar por él, en sus caballos la vuelta de Los Reyes fueron, enviando al virrey caitas de su ida.

Diego Centeno, Gaspar Rodriguez fueron á Xaquixaguana, adonde avisaron á Pizarro de la ida de Grabiel de Rojas y Garcilaso y los demás; el cual, como lo supo recibió muy gran congoja, diciendo que si los tomaba, que juraba que los habia de matar. Y no poco le alteró aquella nueva su campo, y aun afirman que muchos de los que en él estaban quisieran ir en compañía de los capitanes Grabiel de Rojas, Garcilaso de la Vega, más que no quedar con Pizarro.

CAPÍTULO XLIX

De cómo Gonzalo Pizarro nombró por su maese de campo á Francisco de Carvajal, y de cómo le avisaron que Gaspar Rodriguez le queria matar, y lo que más pasó.

Despues de haber estado en el valle de Xaquixaguana algunos dias, Gonzalo Pizarro determinó de proseguir su camino á Los Reyes, mandando alzar las tiendas. Caminaron por el real camino hasta llegar al asiento que dicen de los Lucumas, adonde, conociendo cuán sabio y entendido era en las cosas de la guerra Francisco de Carvajal, determinó de lo nombrar por maese de campo; por esto y porque, á la verdad, no llevaba mucha confianza en Alonso de Toro, por las cuales causas despues de haber praticado sobre ello con los capitanes y más principales que iban con él, se le dió el cargo de maese de campo al capitan Francisco de Carvajal.

En el ínter de este tiempo, como Gaspar Rodriguez de Camporredondo, Alonso de Mendoza, Alonso de Toro, Villacastin, Diego Centeno y los otros que contamos habian enviado á Baltasar de Loaysa por el perdon al visorrey, y de lo cual, como suele acontecer en semejantes casos, unos lo decian á otros y otros por las señales de sus rostros lo daban á entender; de manera que Gonzalo Pizarro tuvo aviso de que andaban en aquellos tratos y aun le afirmaron que intentaban de le matar, siendo el abtor de la conjuracion Gaspar Rodriguez. E entendido por Pizarro lo que decimos recibió gran turbacion, habiendo mayor temor; y á la hora, sin aguardar más mandó llamar al maese de campo Francisco de Carvajal y le dió cuenta muy por extenso de lo que le habian dicho, pidiéndole parecer sobre negocio tan importante. Y despues que el maese de campo Francisco de Carvajal hobo un poco pensado lo que Gonzalo Pizarro habia dicho, le respondió que aún no habia bien llegado Blasco Nuñez á la Tierra Firme cuando entendió que queriendo ejecutar las nuevas leyes que se habian de levantar grandes alborotos y movimientos, que son armazones con que la guerra se arma; y quél, barruntando lo que decia, procuró por todas las vias posibles de salir del reino, porque conjeturó que habia dos grandes extremos en aquel negocio, el uno de los cuales halló allegado á razon y el otro á justicia; y el de la razon era la mucha que los del Perú tenian en procurar á defender sus haciendas, y el de la justicia era obedescer el mandado del rey, como de señor natural, y quél holgara de no acostarse á uno ni seguir á otro. mas que no pudo por no hallar navío en Lima y en Arequipa, que son los puertos de aquella tierra, y queste deseo le duró no más tiempo de cuanto tardó no darse él por su amigo; y que supiese que si la demanda que llevaba se convertia en guerra, que seria muy cruel y su furor se extenderia por todo el reino como pestilencia muy contagiosa, porque aunque viniese á batalla con el visorrey y le venciese, sin falta habia luego de venir otro de España, y si eran vencidos eran poca parte para se rehacer. Para lo cual hallaria un medio en aquel negocio, que era irse el visorrey á España y dejar asentada el Audiencia para que gobernase el reino, perdonando primero lo pasado y no tirando á ninguno su hacienda, y despues los tiempos podrian encaminar mejor los subcesos. Mas que sin mirar nada de aquello, ya que habia tomado á pecho aquella demanda, que mostrase ánimo generoso, pues lo tenia á él por servidor y á otros por esforzados capitanes, y que al fin, como dijo Lentulio á Pompeyo, la muerte era fin de los males. Y en lo tocante á Gaspar Rodriguez, que no era tiempo de mostrarse cruel, que bastaba mirar por sí, y que con secreto se mire la persona del mismo Gaspar Rodriguez para que no se fuese sin que lo sintiese, y que mostrase grande esfuerzo hasta ver si venia

Pedro de Puelles, y qué *era* lo que decian de Lima y contaban del visorrey. Oido Pizarro lo que Carvajal le habia dicho, mandó á sus amigos que tuviesen cuidado de mirar por Gaspar Rodriguez no se pudiese huir, y ansí se hizo desde entonces.

En este tiempo eran tantos los acaecimientos que pasaban en todas partes del Perú que me veo metido en un gran trabajo poderlos escrebir que distintamente se entiendan como pasaron, porque llevamos el discurso de la historia á todo ello. Y entra aquí la venida de Pedro de Puelles, y Villegas, y Gonzalo Diaz, capitan del visorrey, que aun no hemos contado de qué arte se juntó con Pedro de Puelles, y otras cosas que pasaron. Menester será quel curioso lector se acuerde de lo pasado porque comprenda lo que se sigue, y por el trabajo que yo llevo en lo recoger y escrebir pido agora esta atencion porque, forzado, dejado uno, tengo que volver á otro; lo cual haré con la mejor órden que yo pudiere. Y pues suelen prestar algunos aviso y atencion para oir novelas fingidas y otras de que no pequeño daño traen con sus avisos, profanias y deshonestidades á las verdaderas, tengan atencion á la que leen, pues en ella, si buscan guerra ó acaecimientos ó mudanzas que siempre suelen aplacer, no hallarán pocas.

CAPÍTULO L

Cómo Gonzalo Pizarro anduvo todavia muy recatado, y de cómo en el Cuzco hobo algunos movimientos.

Muy recatado andaba Gonzalo Pizarro y con mucho temor no embargante la nueva que tenia de Pedro de Puelles. De una parte á otra le parescia andar navegando con gran tormenta, pues no era menor en la quél se via, y afirman que tuvo pensamientos de volver huyendo á Los Charcas ó irse á meter en las manos del visorrey privadamente, porque su ánimo en su maldad dejase de estar firme. Mas la gente daba muestra por su palabra, y aun por sus rostros se vian señales, no todos ir con ganas á aquel negocio, mirando que era mal caso por fuerza de armas querer negociar con el rey lo que más ligeramente se acabaria con humildad; creyendo tambien quel visorrey tenia mucha gente junta, con la cual no solamente se defenderia, pero que en todos tomaria gran venganza. Los vecinos, ya tarde aunque no sin tiempo, decian algunos dellos: Gran desatino es el que llevamos, pues vamos en tan mala demanda, porque no embargante que la empresa tenga color de justa, el sonido feísimo é pésimo á todos parescerá, sin lo cual vemos en Pizarro que no solamente pratica en las Ordenanzas, mas en cosas de gobernacion nunca deja de hablar; no sea esto el diablo que en ello ande el visorrey; de creer es que si vamos en son de batalla, como no se excusa, y nos vence, pocos de nosotros quedarán con las vidas, y todos sin los indios é sin esperanza de misericordia; y si Gonzalo Pizarro y nosotros damos batalla, recrecerán tantos males que en las guerras nos consumiremos. Los soldados no dejaban de praticar, teniéndose por inorantes en moverse por los vecinos á guerra contra su rey.

Gaspar Rodriguez era tambien justo que si en aquel tiempo tuviera ánimo para mostrar el deseo que dicen tenia de matar á Pizarro, fácilmente lo podia hacer no embargante Gonzalo Pizarro estar avisado. Y era muy mirado de Pedro de Hinojosa, su capitan de la guardia, y hablando con Alonso de Mendoza sobre aquel negocio, le aconsejaba lo efectuase y quél seria el primero que con su espada haria camino por el cuerpo de Pizarro, por donde con su muerte pagase la traicion que en su pecho llevaba forjada. Y dicen que Gaspar Rodriguez y Alonso de Mendoza y otros fueron á la tienda de Gonzalo Pizarro, y que estando en su lecho descubrió la ropa mostrando estar armado y dar á entender que no inoraba el pensamiento de Gaspar Rodriguez. Pero al fin, las cosas estaban en tales términos que si la nueva de Pedro Puelles no viniera, ellos se desbarataran y Pizarro fuera muerto ó preso; y con ella se aseguró, escribiéndolo luego á la gran cibdad del Cuzco para que lo supiesen.

Despues de salido Gonzalo Pizarro de aquella cibdad, dende á pocos dias parescieron ciertas provisiones quel visorrey enviaba para que le acudiesen todos, ansí á pie como á caballo, so pena de traidores; y algunas destas hobo Gonzalo Pizarro y otras vinieron á poder de un clérigo llamado Hortun Sanchez de Olave, el cual, despues de ser pasados algunos dias las fijó en las puertas de la iglesia. Diego Maldonado, alcalde del rey, y á quien Gonzalo Pizarro dejó con el cargo de la justicia y por su lugar, no le habia parescido bien el intento de Gonzalo Pizarro, lo cual se mostró bien claro desde el tiempo que dió su voto en cabildo, por lo cual estaba impuesto y con voluntad de mostrarse servidor del rey, no embargante que temiese grandemente al visorrey por haber seguido al marqués Pizarro

en las diferencias y debates que tuvo con el Adelantado Diego de Almagro, y porque decian que por su causa se habia alzado Mango Inga, y temia por estas causas no le viniese algun daño, aunque en lo del Inga siempre mostró no haber sido culpado en su rebelion. Mas sin mirar consideraciones, con ánimo leal y pronto para el servicio del rey mandó dar un pregon para que todos los que quisiesen ir á la cibdad de Los Reyes á servir al visorrey lo pudiesen hacer libremente.

Estaba en la cibdad del Cuzco un escribano llamado Gomez de Chaves, el cual era muy cabteloso, y éste dicen que habló con un vecino de aquella cibdad llamado Alonso de Mesa, ensistiéndole que alzase bandera por el rey, lo cual oyó alegremente Alonso de Mesa porque creyó que tuviera favor bastante para salir con aquella empresa; y algunos soldados que allí estaban prometieron de le ayudar, mas como no tenia fundamento el negocio no aprovechó cosa alguna. Dos soldados que estaban en el Cuzco, llamado el uno Rabdona y el otro Santa Cruz, praticaban sobre ello y teniéndolo por cosa hecha decian que habian de tomar para sí las mujeres de Alonso de Toro y Tomás Vazquez, los cuales habian ido con Gonzalo Pizarro.

Pues el bueno de Gomez de Chaves afirman que fué á Diego de Maldonado á decille lo que pasaba, y como Alonso de Mesa tuviese en propósito de alzar la bandera, salió á la plaza diciendo: ¡Viva el rey! Mas no le acudieron los que pensó, por donde aína se viera en punto de perder la vida; y el Rabdona y Santa Cruz fueron presos y Diego Maldonado estuvo por les ahorcar. Pasado esto, Diego Maldonado, creyendo quel visorrey tenia pujanza y Gonzalo Pizarro no seria poderoso para que se dejase de cumplir el mandamiento real, y tambien porque su deseo no era otro, salió á la plaza diciendo á grandes voces: ¡Viva el rey, é yo alzo esta bandera por el rey! Y dió licencia de nuevo para que fuesen á servir al visorrey todos los que quisiesen.

CAPÍTULO LI

De cómo el rey Mango Inga Yupangue, viendo las disinciones que habia entre los cristianos, convocó toda la más gente que pudo para venir sobre el Cuzco, y de su muerte.

Como ya el fuego tan cruel fuese cundiendo por todas partes, y el demonio, enemigo del género humano, se holgase de ver la guerra tan cruel que andaba entre los cristianos y con cuánta crueldad los padres mataban á los hijos y los hijos á sus mismos padres, y que entre todos habia perturbacion, puso voluntad en el ánimo del rey Mango Inga que fuese contra la cibdad del Cuzco y la destruyese, porque ya habia tenido aviso que en ella quedaban pocos cristianos por haber ido con Gonzalo Pizarro á la cibdad de Los Reyes. Inducido por el demonio, sin que los cristianos que con él estaban lo entendiesen, mandó algunos de sus capitanes que con la más gente que pudiesen fuesen hácia el Cuzco y matasen todos los cristianos que pudiesen, y lo mismo á los indios sus amigos, quemando y destruyendo sus pueblos. Y ansí, salieron de la provincia de Viticos lo mejor aderezados que pudieron y allegaron á los pueblos que están comarcanos al Cuzco, haciendo todo el más daño que podian; de lo cual en breve espacio fué la nueva á la cibdad del Çuzco, y sabida por Diego Maldonado mandó á un criado suyo que fuese á ver si era verdad, el cual, llegado cerca de donde venian los capitanes del Inga fué muerto por ellos; los cuales, con mucha crueldad mataban á los moradores de las provincias donde ellos eran naturales. Y como en la cibdad del Cuzco se supo la nueva cierta, temieron grandemente el poder de Mango Inga, y el capitan Diego Maldonado, por haber llevado Gonzalo Pizarro todos los caballos mandó recoger todas las yeguas que hobiese, porque no hay otra fortaleza para resistir el índico furor que es los españoles en los caballos. Pues como los indios viniesen robando y asolando las provincias, allegaron hasta seis leguas del Cuzco, de donde no osaron pasar adelante, temiendo el esfuerzo de los españoles é con el denuedo que suelen pelear. El capitan Diego Maldonado mandó que todos los españoles que hobiese, hasta los clérigos, saliesen en sus caballos y sus lanzas en las manos á la plaza, para que la nueva fuese á los indios del cuidado que tenia; y ansímismo mandó al licenciado Antonio de la Gama que fuese con algunos españoles hasta la puente de Apurima á ver los indios si venian, y á resistir el daño que venian haciendo. El licenciado de la Gama se partió á hacer lo que digo.

En este tiempo el rey Mango Inga estaba en Viticos, donde tenia nuevas de sus capitanes de lo que pasaba, y estaban con él Diego Mendez, Francisco Barba, Gomez Perez, Cornejo, Monroy, los cuales habian seguido á don Diego de Almagro é halládose en la batalla de Chupas, y por huir de la crueldad de Vaca de Castro se fueron á

meter entre los bárbaros, donde estuvieron todo este discurso de tiempo, y eran bien tratados de Mango Inga y mirados que no se pudiesen huir, los cuales con no poco trabajo pasaron sus vidas. Pues como viniesen al rey Mango Inga las nuevas de lo que pasaba en el reino y cómo todas las provincias estaban solevantadas, deseaban en gran manera salir de aquel cruel aunque voluntario destierro que tenian. El rey Mango Inga, tomando aparte á Diego Mendez le interrogó le informase clara y abiertamente y sin cautela quién era aquel capitan tan grande y poderoso que habia llegado á Los Reyes, y si seria bastante á se defender de Gonzalo Pizarro, y si habia de quedar por universal gobernador del reino. El cristiano español le respondió que aquel capitan quél decia venia por mandado y en nombre del grande y muy poderoso rey de España, por lo cual creyese que le seria muy fácil, no solamente defenderse de Pizarro, mas que podria castigallo á él y á todos los que le iban siguiendo, y que sólo él seria el principal en todo el reino.

Este cuento supe yo de un clérigo llamado Hortun Sanchez, que teniendo á cargo á Paulo Inga, hermano deste Mango Inga, supo toda la historia; porque luego como pasó lo vinieron á contar á Paulo el Inga muchos de los indios que se hallaron presentes á ello, los cuales dijeron que Mango Inga habló á Diego Mendez y á sus compañeros para que fuesen por parte que Gonzalo Pizarro ni sus capitanes no los pudiesen ver hasta llegar donde estaba el visorrey y procurasen de le poner en su gracia, de manera que no le fuese hecho ningun daño por la rebelion pasada. A lo cual los cristianos alegremente le respondieron que harian lo quél decia con entera voluntad. Y pasadas otras práticas entre el rey bárbaro y los cristianos, dicen algunos indios que allí se hallaron presentes que despues desto concertado, ya que tenian ensillados sus caballos hobo práticas entre el Inga y ellos, las cuales vinieron á dar lugar quel Inga mandase á sus gentes que los matasen; y los cristianos, como eran valientes, hicieron mucho daño en los indios, y el uno dellos, qu' era Diego Perez, arremetió contra el Inga Mango y con un puñal le dió tantas de puñaladas que cayó muerto en tierra. Y hecho esto quisieron tomar sus caballos para salir dentre sus enemigos, y allegando en aquel instante un capitan de los bárbaros con mucha gente, fueron muertos ellos y sus caballos. E los indios que andaban haciendo daño en los términos del Cuzco se volvieron á Viticos, y el licenciado de La Gama supo lo que pasaba de algunos indios que tomó, por lo cual dió vuelta á la cibdad del Cuzco.

CAPÍTULO LII

De lo que sucedió al general Vela Nuñez, y del peligro en que se vió, y de cómo Gonzalo Diaz con otros se pasaron á Pizarro.

Ya se acordará el letor cómo en los capítulos precedentes hicimos mincion quel visorrey mandó á Vela Nuñez y al capitan Gonzalo Diaz de Pineda que fuesen á la puente de Xauxa y procurasen de prender ó matar al capitan Pedro de Puelles y á Jerónimo de Villegas y á los otros que salieron de Guánuco para se juntar con Gonzalo Pizarro, yendo, pues, caminando, llevando el general Vela Nuñez voluntad de llegar á la puente de Xauxa, porque tomado aquel paso é la puente no se podian escapar; mas Gonzalo Diaz no llevaba aquel propósito, antes deseaba que los otros hobiesen pasado la puente y él estar ya con Pizarro: cosa mal hecha y de gran traicion, pues bastaba para no lo hacer haberse fiado dél el visorrey y haberle nombrado por su capitan, y la mucha nobleza de Vela Nuñez, en cuya compañía iba. Mas no estaba él en tal propósito, y presto diremos cómo con su fin tan miserable acabó su vida y pagó lo que aquí usó. Yendo caminando allegaron á una iglesia que está en Guayacheri, adonde despues de haber hecho oracion, Gonzalo Diaz tuvo intencion de matar á Vela Nuñez, habiéndose concertado con Juan de la Torre y Cristóbal de Torres, Piedrahita, Alonso de Avila, Jorge Griego, é por no hallar coyuntura en Guayacheri no efetuaron su pensamiento, porque Alonso de Barrionuevo, natural de Soria, hombre osado y determinado y que servia con firme voluntad al rey, por lo cual pasó muchos trabajos, como diremos adelante, no se partia de Vela Nuñez, haciendo lo mismo Sabastian de Coca y Hernan Vela y los otros que pensaban volver á Los Reyes é no irse á juntar con Gonzalo Pizarro. Gonzalo Diaz y los demás que tengo dichos, dicen que siempre iban entre sí tratando cómo se irían, y aun de matar á Vela Nuñez, y como en Guayacheri no hallasen aparejo, no lo efectuaron. Y salieron prosiguiendo su camino y anduvieron hasta entrar en las nieves de Pariacaca, donde prosiguieron en sus práticas deseando matar al inocente é huir al tirano.

Vela Nuñez iba siempre acompañado de Barrionuevo y de otros escuderos leales, é

yendo desta suerte encontraron con el regente fray Tomas de San Martin y con el secretario Pero Lopez y con otros que venian de lo quel discurso de la obra ha recontado, los cuales habian encontrado en el valle de Xauxa con el capitan Pedro de Puelles y con Jerónimo de Villegas, que juntamente con los que más salieron de Guánuco iban con gran priesa para juntarse con Pizarro, con los cuales tuvieron algunas práticas. Pues como el provincial viese que Vela Nuñez iba á encontrarse con Pedro de Puelles, le apartó y le dijo en secreto que se volviese sin pasar adelante, y que mirase por su persona, porque los que llevaba consigo le habian de matar: lo cual dijo por palabras que oyó á Gonzalo Diaz; sin lo cual, le dijo cómo Pedro de Puelles habia ya pasado la puente de Xauxa. El general, turbado y muy temeroso se reparó, diciendo á Gonzalo Diaz y á los demás que pues Pero de Puelles era ya partido de Xauxa, que no habia para qué ir tras él; que mejor seria volverse á juntar con el visorrey. Y ansí, diciendo esto volvió las riendas á su caballo, sin querer pasar adelante no embargante que supo Gomez de Solís con otros hasta diez ó doce españoles venian á salir á Xauxa para se juntar con Gonzalo Pizarro. Y dándose mucha priesa volvieron á dormir á Guayacheri con gran temor de traicion y que no le matasen sus fingidos amigos.

Gonzalo Diaz, llegado á Guayacheri ya tarde, quel sol era puesto, como quien traia ya la maldad concebida no vió la hora que su traicion hobiese fin, con los demás que eran autores, é hicieron alto con alguna manera de descuido, diciendo que estaban muy fatigados del camino. Vela Nuñez, con aquellos sus amigos se dió toda priesa hasta llegar á la cibdad de Los Reyes. Gonzalo Diaz é sus cómplices hablaron á los que más allí habia, amonestándoles quisiesen irse con ellos á donde estaba Gonzalo Pizarro, porque serian dél bien tratados, y el visorrey era cruel y venia á quitar á todos sus haciendas. Algunos, oidas estas práticas mostraron sentimiento, diciendo quellos al visorrey querian servir y no pasarian de allí aunque supiesen perder las vidas. Como aquello oyó Gonzalo Diaz mucho le pesó, y acordó él y sus amigos de desarmar á los que no querian con ellos ir, y quitarlos los caballos, y aun lo hicieron; y desta suerte se volvieron á Los Reyes Rivadeneira y Sabastian de Coca, Rodrigo Niño y otros. Gonzalo Diaz y los demás se fueron camino de Goamanga, adonde entraron en la cibdad y hobo algun alboroto creyendo Pedro de Puelles que venian tras ellos desde Lima; mas entendiendo lo que era se holgaron, diciendo unos á otros que Pizarro habia de ser gobernador y desde luego le habian de llamar señoría. Y mandaron á Cristóbal de Torres que fuese con la nueva de todo ello á Gonzalo Pizarro, el cual ya venia junto á la provincia de Andaguaylas y se holgó en saber que Gonzalo Diaz estuviese en Goamanga.

CAPÍTULO LIII

Cómo el visorrey, sabida la nueva de haberse Gonzalo Diaz huido, recibió grande enojo, y lo que más pasó.

Contado habemos cómo Vela Nuñez se volvió desde la nevada sierra de Pariacaca con harto temor por la gran traicion que Gonzalo Diaz habia hecho, temiendo no volviese sobre él para le matar; y abajado al valle de Lima, mucho se acuitaba consigo propio, creyendo que los males que en esta tierra habian de venir causados por las guerras no habian de ser pocos. Y cierto él quisiera que el visorrey, pues por las isignias lo habia conocido desde que entró en el Perú, desde luego hobiera las Ordenanzas suspendido por excusar los alborotos tan grandes que por todas partes habia. Por otra parte, *vista* la maldad de la gente y poca verdad della, le parescia que aunque las suspendiera desde el principio no cesaran los movimientos, porque como otras veces he dicho, tierra tan rica y tan próspera no da lugar á tener paz. Estas cosas y otras me dijo á mi Vela Nuñez en la cibdad de Cali, queriendo yo informarme deste negocio que hemos escrito. Y ansí llegó á Los Reyes ya noche, adonde dió al visorrey cuenta por extenso de lo que pasaba y de la gran traicion del capitan Gonzalo Diaz y cuán mal mirado habia la honra que le habia hecho.

En gran manera se aceleró el visorrey, no pudiendo dejar de mostrar por su rostro la pena que lo interior de su ánima tenia, diciendo: ¡Esta tierra es el diablo! Grandes son los males que la han de cercar; nunca han de estar en paz unos con otros los que en ella vivieren. Hasta agora que lo veo no creyera cuán sin mesura, sin temor de Dios é poca verdad y vergüenza negasen la lealtad á su rey. ¿De quién me fiaré, pues de aquellos que yo escogí para capitanes, á quien tanta honra hacia, ansí me niegan y dejan de ser leales por vivir como traidores? Diciendo esto salió fuera, mostrando que no recibia pena de la ida de Gonzalo Diaz, é

dijo que traidores mejor estarian fuera de la cibdad que no dentro.

Muy grande fué el alboroto que hobo en la cibdad sabida la huida de Gonzalo Diaz de Pineda, y no embargante que algunos les pesase, en gran manera se holgaban otros, ansí vecinos como soldados, porque ya no vian la hora que ver venir á Gonzalo Pizarro con sus banderas. Hablaban unos con otros é por sus palabras mostraban su alegría, diciendo: Agora verná Pizarro y desta vez será gobernador y no tendremos Audiencia ni tasamiento en nuestros indios, ni Ordenanzas, é volverse ha Blasco Nuñez Vela á España.

El visorrey, despues de haberse bien informado del general su hermano, mandó juntar los Oidores y capitanes y más principales, y despues que se hobieron juntado les dijo: Parésceme que se ha escapado de buena Vela Nuñez. ¿Qué os parece de la burla que Gonzalo Diaz nos ha hecho? Porque ayer me habian dado cartas de los principales del Cuzco que vienen huyendo por la via de Arequipa, los cuales serán aquí muy breve; y creed que yo soy cierto que en el mismo campo de Pizarro hay desconformidad, y ansí, muchos, arrepentidos del yerro en que se han metido, desean perdon; aunque con la ida destos traidores me recelo no haya alguna mudanza, y será necesario que todos pongan mucho ánimo á los soldados, porque en los capitanes suele estar la mayor fuerza de la guerra. Y no mostreis demasiado sentimiento con estas nuevas, que Dios Nuestro Señor porná su mano en sucesos que se piensa que ya estan perdidos y se ganan. Dichas estas cosas por el visorrey, y otras, á los capitanes, respondieron que todos harian lo que él mandaba.

Habíase apercibido á Diego Alvarez de Cueto para que con alguna gente ligera de á caballo fuese hasta Chincha á dar favor á Garcilaso de la Vega y al capitan Grabiel de Rojas y á los otros que venian huyendo, y no embargante quel capitan Cueto estaba aparejado para ir, por temor de que algunos no se huyesen mandaron que no fuese. Luego se hizo alarde general y solamente de infantes habia más de quinientos. Señalaron por capitan de la compañía de Gonzalo Diaz á Jerónimo de la Serna, y dello se sintió en gran manera Manuel de Estacio, alférez de Gonzalo Diaz, que la bandera habia sacado á la plaza, diciendo que ya que Gonzalo Diaz como traidor negó al rey la lealtad que le debia y al visorrey la amistad que en él habia puesto, que siendo él su alférez habia de suceder en el cargo de capitan, pues su persona no era de tan poco ser que no le mereciese. Y con grande enojo, diciendo que bandera de traidor no habia de estar en campo leal, la arrastró por la plaza. Era de color negra y una cruz colorada atravesada de punta á punta. Y así se arrastró la bandera y á Gonzalo Diaz dieron por traidor públicamente, diciendo el pregon la causa por qué y nombrando sus padres y naturaleza. El visorrey dijo á Manuel de Estacio que no se sintiese por haber nombrado á Serna por capitan, que hecha más gente, lo seria; mas todavía mostró Estacio quedar sentido. En casa del fator Illan Xuarez de Carvajal tenian muchas práticas secretas, y habia enviado un esclavo suyo con cartas para el licenciado Benito Xuarez de Carvajal; aunquel fator, cuanto á enviar el mensajero poco deservicio hizo al rey nuestro señor, porque despues de muerto el licenciado Carvajal vi yo esta carta en cifras en la cibdad del Cuzco, en la cual otra cosa no se contenia que exortaciones para que el licenciado dejase de estar en compañía de Gonzalo Pizarro y viniese á se juntar con el visorrey y á le servir.

CAPÍTULO LIV

Cómo el clérigo Baltasar de Loaysa llegó á la cibdad de Los Reyes, y del despacho que lleró.

Despues que se hubo hecho alarde en la cibdad de Los Reyes por mandado del visorrey Blasco Nuñez Vela, y dando la compañía de Gonzalo Diaz el traidor á Jerónimo de la Serna, el visorrey fué avisado de cómo en el aposento del licenciado Cepeda se trataban cosas no convinientes al servicio del rey, y aun que los oficiales reales tambien le eran contrarios, y aunque esto supo [1] no entendió en más de barrear la cibdad por algunas partes; y el que solia enviar avisos á Gonzalo Pizarro lo hacia con todo secreto. En este tiempo allegó Baltasar de Loaysa y dijo al visorrey las cosas que pasaban y á lo que habia salido del Cuzco, y cómo Gaspar Rodriguez, Diego Centeno, é Villacastin, Alonso de Toro, Alonso de Mendoza y otros muchos pedian perdon de lo pasado, pues hasta entonces no habian hecho notable deservicio, obligándose de matar ó prender á Gonzalo Pizarro. Pero con esta nueva el visorrey se alegró en manera, y despues de haber sido informado bastantemente del clérigo Loaysa y agradecídole el servicio que al rey

[1] En el ms.: *sulo*.

nuestro señor habia hecho, teniendo por fácil cosa el ser desbaratado Gonzalo Pizarro mandó aposentarlo muy bien, teniendo determinacion de conceder todo lo que pedia en nombre de Gaspar Rodriguez y de los otros, y dió desta nueva parte á los Oidores y á los capitanes, y dende á pocos dias por todos los más de los vecinos de la cibdad de Los Reyes se entendió, por la alegría que mostraba el visorrey Blasco Nuñez Vela, que Baltasar de Loaysa, el clérigo, habia traido alguna nueva alegre y provechosa para él; y como no embargante que habian hecho la suspension de las leyes *lo* tuviesen por odioso, creyeron [1] que fuerza y no voluntad le constriñian á la suspension dellas, lo cual entendieron más por entero cuando *vino* Loaysa, por que dicen que estando el visorrey acompañado de mucha gente en su casa, dijo Loaysa que las Ordenanzas que traia eran santas y justas y provechosas para los naturales y que las debian de ejecutar, y que el visorrey, mirándole á la cara, dijo: *Yo os lo prometo y que ellas se ejecuten;* lo cual oido por los vecinos dijeron unos á otros: *Mejor estuviera aquello por decir;* y entendiendo cómo Loaysa queria volver al real de Gonzalo Pizarro, algunos hubo que le hablaron sobre que se dejase de aquellas idas y venidas, y aun sobre ello le amenazaron fuertemente; lo cual oido por el padre Loaysa habló con el capitan Diego Alvarez de Cueto, cuñado del visorrey, y le dijo que mejor guiados y encaminados irian los negocios si otra persona de confianza fuese con ellos que no la suya, porque se temia los de Lima no fuesen contra él y por se los quitar le matasen. Cueto habló al visorrey sobre ello, sin le querer decir los temores que ponian á Loaysa; el visorrey estuvo en que fuese Loaysa y no otro. Los Oidores, como vieron á Loaysa entendieron de los vecinos la sospecha que tenian, y el licenciado Alvarez, porque no saliese Loaysa decia al visorrey que no convenia que volviese al Cuzco, porque eran tramas y cautelas que se tenian para que á Pizarro le fuese gente; el visorrey le dijo al Oidor Alvarez cómo Gaspar Rodriguez de Camporredondo con otros pedian perdon y se obligaban de matar á Gonzalo Pizarro; y diciéndole esto, antes que saliese de allí le mandó firmase la provision que Loaysa habia de llevar, viniendo Pero Lopez á la ordenar, y se hizo el despacho que Baltasar de Loaysa, clérigo, llevó, el cual era una provision para que por virtud della fuese Gaspar Rodriguez de Camporredondo capitan y pudiese matar ó prender á Gonzalo Pizarro, *y* un perdon general para todos los que venian en su campo, salvo algunos que habian sido notablemente culpados. Estos fueron eceptados para que no pudiesen gozar del perdon, sino que en podiendo ser habidos fuesen castigados conforme á justicia. Los nombres de los cuales eran el licenciado de La Gama y el licenciado Leon, porque fueron alborotando los caminos y dieron votos para que los del Cuzco nombrasen por procurador á Gonzalo Pizarro; y á Hernando Bachicao y á Francisco Sanchez, por muchas palabras feas que habian hablado en desacato de la real majestad de César; y á Francisco de Cárdenas, porque desde Guaytara inviaba avisos á Gonzalo Pizarro de lo que pasaba, y por otras cosas; al capitan Francisco de Almendras, porque fué el principal movedor de la trama que se habia hecho y vino por el artillería á Guamanga. A éstos supe yo quel visorrey ebcetó [1], como digo; no sé si fueron mas; despues que esto se hubo hecho con todo secreto, porque el visorrey ansi lo mandó, escribió cartas para algunos de los que venian en el campo de Pizarro. Luego que Loaysa tuvo en su poder las cartas y despacho se partió de la cibdad de Los Reyes dejando dicho á Diego Alvarez de Cueto, capitan de gente de á caballo, que saliese con algunas lanzas por el camino que llevaba para ver si alguno iba en su seguimiento.

[1] En el ms.: *creyendo.*

[1] En el ms.: *abcetó.*

CAPÍTULO LV

De las cosas que más fueron hechas por Gonzalo Pizarro, y de cómo sabido por él la estada de don Jerónimo de Loaysa, obispo de Los Reyes, en Viamarca, le escribió para que viniese á verse con él.

Por llevar con órden la historia escrebí la ida del regente fray Tomas de San Martin, y hasta agora no he podido hacer mincion de la del obispo, por lo cual lo pondré en esta parte y el letor lo podrá comprender, porque ciertamente yo no puedo con más claridad contar estos subcesos, por ser tantos y todos en un tiempo. Muy alegre venia Gonzalo Pizarro en saber la venida de Pedro de Puelles y Jerónimo de Villegas, y como supo lo que en el Cuzco habia pasado mandó á su sargento mayor Francisco Sanchez que fuese y procurase prender á los que habian sido causa de aquel alboroto, y este Francisco Sanchez llegó á la cibdad antes que el

capitan Diego Maldonado alzase la bandera por el rey, y llegado prendió á Santa Cruz y á otro de aquellos que con Alonso de Mesa habian querido alzar la bandera, y viéronse en trabajo, porque como fuese Alonso de Toro mucha parte en el campo de Pizarro y supiese que habian tratado de tomar á su mujer, ensistian en que fuesen muertos, y cierto, si no fuera por otros capitanes que por ellos rogaron, quedaran colgados de algunos de los árboles que cerca de allí estaban. Tambien prendió en el Cuzco el sargento mayor Francisco Sanchez á Arias Maldonado, que por no querer seguir á Pizarro se habia quedado. Mas no bastó su deseo, porque, como digo, fué preso. Gonzalo Pizarro anduvo con su gente hasta que llegó á la puente de Avancay, y como Gaspar Rodriguez y Diego Centeno, Alonso de Toro, Alonso de Mendoza, con los demas que sabian la ida de Loaysa, le aguardasen y siempre unos con otros sobrello hablasen, dicen que estando en este rio, despues de ser pasada gran parte de la noche vino á la tienda de Gonzalo Pizarro el capitan Francisco de Almendras y le habló á él sin ser visto de ninguna persona, si no fué de Hinojosa, que como era capitan de la guardia de Gonzalo Pizarro estaba allí, y le dijo que supiese ciertamente que Gaspar Rodriguez de Camporredondo andaba por le matar; por tanto, que mirase lo que le convenia sobre ello hacer. Gonzalo Pizarro, aunque rescibió alguna alteracion, por entonces determinó de no matar á Gaspar Rodriguez y mandó á Francisco de Almendras que se volviese á su tienda y que no tratase con nadie lo que le habia dicho. Luego quel siguiente dia fué venido, Gonzalo Pizarro y su maestre de campo Francisco de Caravajal praticaron sobre lo que debian de hacer en lo tocante á lo que Almendras dijo de Gaspar Rodriguez de Camporredondo, y despues de haber pensado aquel negocio, por entonces no proveyeron mas de mandar á soldados de confianza que tuviesen ojo en Gaspar Rodriguez y mirasen con quién hablaba, y entendidas algunas palabras avisasen á Pizarro lo que significaban. Gaspar Rodriguez, á cabo de algunos dias, por conjeturas ó por aviso que tuvo entendió Pizarro estar mal con él y haberle cobrado odio. Mas como todo ello, lo uno y lo otro, fuesen sospechas, tampoco tenia temor, y por disimular lo que decimos fué á su tienda y le dijo que pues en el Cuzco le prometió una compañia de gente de á caballo, que la señalase y se la entregase. Gonzalo Pizarro respondiole con la misma industria que él le hablaba; le afirmó que era contento y que ya le tenia hecha la bandera, y por entonces no trataron más en aquello é anduvieron hasta la provincia de Andaguaylas, adonde hallaron á Luis de Chaves y se ofreció de servir á Gonzalo Pizarro, y ansimismo vino Cristóbal de Torres y ofreció de hacer otro tanto y contó cómo ya Gonzalo Diaz de Pineda quedaba en Goamanga, y allegó Francisco Sanchez, sargento mayor, que venia del Cuzco. En el inter estas cosas pasaban estaba el obispo de Los Reyes, don Jerónimo de Loaysa, en el pueblo de Viamarca, y como por él fuese entendido estar ya Gonzalo Pizarro en la provincia de Andaguaylas, le escribió sobre que queria ir á verse con él, teniendo todavía gran deseo de procurar que Pizarro no llevase adelante su propósito; el cual, como viese las cartas del obispo le respondió que no tomase trabajo de venir hasta Andaguaylas, porque él saldria hasta la mitad del camino, adonde se podrian ver; mas como el obispo determinase su salida de Viamarca, acompañado de los que con él estaban volvió hácia Andaguaylas y en el camino encontró con un soldado llamado Grado, el cual le dijo que Gonzalo Pizarro mandaba que no pasase adelante, y dende á un rato allegó Mescua, caballerizo de Pizarro, que por su mandado salia á ver si era cierto que el obispo venia, y como lo viese dió la vuelta al real. Gonzalo Pizarro y los capitanes con otros caballeros salieron á rescebir al obispo, al cual pidieron las manos, y despues de pasadas algunas práticas de comedimientos tornaron á cabalgar, mostrando algunos mucha alegría en ver al obispo, y llegados que fueron á Andaguaylas salieron los capitanes de infantería con sus soldados campeando las banderas, lo cual era mañeado por Pizarro para quel obispo viese la gente. Aquella noche cenaron en la tienda de Pizarro, y despues de ser pasada alguna parte della, estando el obispo en su tienda entraron en ella Gonzalo Pizarro y su capitan de la guardia Pedro de Hinojosa, y los capitanes Diego Gumiel, Cermeño y Alonso de Toro y Jerónimo de Villegas, que ya se habia juntado con Pizarro, y tambien se halló en aquella congregacion el licenciado Leon y el maese de campo Francisco de Caravajal, el cual propuso la prática al obispo, diciendo cómo el general Gonzalo Pizarro, con más todos los capitanes y caballeros que había en aquel venturoso campo, se habian holgado infinito con su venida, y que con acuerdo de todos habian aquella hora querido verle y saber qué es lo que mandaba, y si traia algunas cosas que comunicar con ellos de parte de Blasco Nuñez.

A estas razones respondió el obispo diciendo que el fin de su venida ya lo habia escripto, sin lo cual era público querer tractar la paz para que el reino estuviese en quietud, sosiego y tranquilidad, y excusar que no se hiciesen juntas de gentes, sin las cuales, teniendo á Dios por delante, se podria mejor hacer lo que pretendian y publicaban sobre la suplicacion, y que se aclarasen con él en decirle lo que querian que el visorrey y Audiencia hiciesen, y que él diria lo que traia entendido del visorrey. Oida esta razon por los que estaban en la tienda, se estuvieron un poco perplejos mirándose unos á otros, y al fin, despues de pasado el silencio, Caravajal prosiguiendo el razonamiento dijo al obispo el fin del General, y que todos los que seguian su opinion era con ánimos prontos y libres suplicar de las Ordenanzas y enviar á Su Majestad con la suplicacion personas de autoridad y valor, tales que le puedan informar de lo que á su real servicio convenia. Respondió el obispo que aquella suplicacion se pudiera mejor hacer estándose en el Cuzco y no habiendo hecho ninguna gente, porque yendo como iban más parescia querer resestir que no suplicar, y que se aclarasen más, porque por ventura sin pasar adelante se daria órden como se hiciese; á lo cual tornó á replicar Caravajal y dijo que el general Gonzalo Pizarro y todos aquellos caballeros querian cuatro cosas del visorrey: La una, que se suspendiesen las leyes y diesen lugar á que fuesen procuradores en nombre del reino á dar cuenta á Su Majestad, y que para esto habia de dar término de dos años. La segunda era sobre que confirmase al reino todas las mercedes que Su Majestad habia hecho á los vecinos conquistadores, y que se fuese Blasco Nuñez con los procuradores á España á suplicar á Su Majestad lo tocante á las Ordenanzas, para lo cual le darian cantidad de dineros para sus gastos. Lo tercero que querian era que en el entretanto que los procuradores iban y volvian, Gonzalo Pizarro pudiese estar en el Cuzco con la gente que le pareciese nescesaria para la guarda de su persona, y que no hobiese otro visorrey ni gobernador hasta que Su Majestad respondiese á los procuradores. La última era que no se procediese contra ninguna de las personas que se habian juntado con Gonzalo Pizarro á voz de la suplicacion, ni por otra cosa alguna subcedida despues que se comenzó á hacer la junta de gente. Concluido Caravajal, quisieron saber del obispo si tenia poderes del visorrey para tratar en negocio tan importante, al cual dijeron que los mostrase, porque Pizarro tenia aviso que el visorrey habia dicho al tiempo que él queria partir de Lima, que no iba con su voluntad. El obispo respondió que era verdad que se dijo en Lima un dia ó dos antes que él partiese, que el visorrey habia dicho: *el obispo no va á verse con Gonzalo Pizarro con mi voluntad, sino de suyo se mueve á ello;* y que sabido por él envió á fray Esidro de San Vicente, su compañero, á decir que le habian dicho que publicaba que él no venia por su voluntad á verse con Gonzalo Pizarro; por lo cual si le parescia que de su ida no se podria seguir provecho, que la dejaria, porque no le movia otra cosa sino servir á Dios y al rey, y excusar, si pudiese, no se hiciese junta de gente, y que, lo quel decia, iria corriendo sangre al Cuzco y seria ocasion que Gonzalo Pizarro no diese crédito á sus amonestaciones; y que el visorrey respondió que era verdad haberlo dicho, pero no porque la ida fuese contra su voluntad, sino de industria porque ni en Lima ni en el Cuzco no se presumiese que lo hacia de flaqueza, porque no convenia á la autoridad del rey, en cuyo lugar él estaba, y que el visorrey publicó aquello porque no paresciese que enviaba rogadores ni terceros, pero que en lo secreto supiesen que él venía por su ruego y voluntad y traia palabra y seguridad para no salirse afuera de lo que él concertase con Gonzalo Pizarro y con ellos; cuanto á lo del poder, que no lo traia por escrito porque al visorrey le paresció, por las razones ya dichas, que no convenia publicar que él le habia rogado que viniese, y tambien hasta ver lo que pretendian, no convenia de parte del rey fuesen personas con poderes á tratar con sus vasallos, cuanto más siendo obispo y persona de autoridad y tan conocido de todos. En haber hablado lo que hemos recitado se pasó gran parte de la noche, y deseando el obispo la concordia y paz del reino tornó á la prática diciendo á Gonzalo Pizarro y á los que más estaban con él, cuanto á lo que pedian en lo tocante á la suspension de las Ordenanzas y dar lugar á que fuesen procuradores á España con el término de los dos años, que él en nombre del visorrey lo aseguraba, y tambien á que no se procederia contra ninguno de los que se habian juntado con Gonzalo Pizarro á voz de la suplicacion, con tanto que la junta se deshiciese y cada uno se fuese á su casa; y que en lo tocante á estar Gonzalo Pizarro en el Cuzco con gente, no se sufria ni era cosa para hablar, porque parescia que era hacer resistencia al rey y á sus ministros, sin lo cual la tierra estaria alterada y los ánimos de los hombres inquietos; y cuanto

á lo que decian que el visorrey fuese á España á informar á Su Majestad, no era cosa decente hablar en ello, porque habiéndolo el rey enviado por su visorrey del reino, no daria buena cuenta en dejarlo sin su licencia é irse. Oido por Gonzalo Pizarro y por los capitanes que alli estaban lo que el obispo habia dicho, hablaron algunas palabras, y el maese de campo dijo que mañana juntase á todos los capitanes y más principales que venian con él, para que despues de habelles dado parte de aquellas cosas respondiesen al obispo con acuerdo y parecer de todos; y ansí salieron, y venido el dia se juntaron Gonzalo Pizarro y todos los capitanes y más principales y tractaron en su congregacion aquellos negocios, y hobo muchas porfías y debates, aprobando unos uno y afirmando otros otro, y como las cosas que van fundadas sobre débil y flaco cimiento se caen sin aprovechar lo que se ha trabajado en ello, y la humana sabiduría valga poco y pueda menos si no implora el favor de Dios para que mediante su gracia acierten y no yerren, éstos con una furia desenfrenada y una osadía llena de gran temeridad se resumieron en proseguir su obstinada porfia, que era ir á la suplicacion con mano armada; y ansí, ya que era tarde y el dia queria concluir su curso, Gonzalo Pizarro acompañado de algunos de sus consortes fué á la tienda del obispo y le dijo cómo aquellos caballeros y él, á quien aquel negocio tocaba, habian praticado en lo que habian hablado la noche pasada, y que les parescia á todos por el presente no tractar de medios, sino proseguir su camino á Los Reyes á hacer la suplicacion, y que no obstante que por entonces no tuviesen otro propósito, que si yendo su camino acordaren otra cosa, que ellos recibirian de su mano el favor. Pues como el obispo viese la final determinacion de Pizarro le habló persuadiéndole sobre que diese la vuelta al Cuzco, ó que deshiciese la gente y enviase á la cibdad de Los Reyes algunos varones á tratar con el visorrey, y si no hiciese la ida dellos fruto, que en tal caso proseguirian su camino ó harian lo que mejor les pareciese, porque no podia tener buena salida publicar que iban á suplicar y hacer tanta junta de gente y armas. Uno de los que estaban con Gonzalo Pizarro, que era, segun dicen, el licenciado Leon, mirando contra el obispo dijo que conforme á derecho y leyes podian los vasallos ir á suplicar á su rey, y no teniéndose por seguros ir poderosos. A lo cual respondió el obispo, riéndose, que aquellas leyes no se usaban en España. Como hobiese pasado lo que ha contado el discurso de nuestra obra, el obispo se entró en su tienda y á cabo de un rato entró en ella Francisco de Almendras y habló muy secreto con Gonzalo Pizarro, que todavía estaba con el obispo, el cual muy acelerado se levantó y fué adonde estaba fray Esidro, compañero del obispo, al cual con gran soberbia le dijo: *¡Don frailecillo, si no estoy por haceros pedazos!* como el obispo entendiese aquellas palabras preguntó lo que era, y supo cómo Francisco de Almendras habia dicho á Gonzalo Pizarro que fray Esidro le alborotaba el campo, y como lo oyó salió diciendo que no se creyese tal, porque el fraile no era hombre liviano, cuanto más que sabia á los negocios quél venia. Gonzalo Pizarro se aguró algun tanto y dijo al obispo que un clérigo llamado Sosa afirmaba que fray Esidro praticaba con muchos de los que estaban en su campo, y el obispo le rogó le mandase parescer allí para que se aclarase la verdad. Gonzalo Pizarro dijo que no habia nescesidad y mandó que veinte arcabuceros estuviesen á la redonda de la tienda del obispo para que viesen si algunos entraban ó salian en ella. Otro dia por la mañana, que fué á ocho dias de Septiembre, el obispo, despues de haber oido misa se partió, diciendo á Pizarro que en Goamanga le aguardaria, porque todavía tenia esperanza en Dios que miraria aquel negocio y se daria algun medio. Gonzalo Pizarro respondió que fuese en buena hora y hiciese lo que fuese servido; y ansí partió el obispo del campo de Pizarro. Algunos hobo que dijeron que no se hobo fielmente con el visorrey. Lo que tengo dicho afirmo, y de eso otro no hallo auctor; demas que dicen yo quiero escrebir lo que pasa y que nunca se diga que afirmo lo uno y dejo de contar lo otro.

CAPÍTULO LVI

De cómo Gonzalo Pizarro anduro hasta que llegó á Goamanga y en ella fué recebido por procurador é le dieron poder para responder por su cibdad, y de cómo se trató de enviar procuradores a la Audiencia.

Pasadas las cosas que hemos contado, Gonzalo Pizarro con su gente iba caminando para se acercar á la cibdad de San Juan de la Vitoria de Goamanga, y antes desto, teniendo sospecha Gonzalo Pizarro y Francisco de Almendras y los otros sus capitanes que Baltasar de Loaysa no iba con buena intencion para lo tocante al deseo dellos, el capitan Francisco de Almendras desde la puente de

Avancay habia mandado á dos soldados, que el uno habia por nombre Francisco de Leon y el otro Castañeda, que dándose toda la priesa posible fuesen á salir al camino de Los Llanos y procurasen de prender á Loaysa para que no pudiese llegar á Los Reyes, y éstos, que para acometer maldades no eran poco osados, se partieron para lo hacer ansí, é yendo que iban caminando, á los que topaban decian que se iban huyendo de Pizarro para el visorrey; y por se haber dado toda priesa Loaysa á andar no pudo ser topado por éstos, y allegaron hasta Yca, adonde hallaron á Francisco Alonso de Orihuela que venia por mandado del visorrey con unas provisiones para que todos acudiesen á servir al rey con sus armas y caballos á la cibdad de Los Reyes, y los dos soldados prendieron á Orihuela y lo trujeron á la cibdad de Goamanga, adonde despues le fué dado tormento muy grande, creyendo que venia con alguna cautela y no siendo creido de la verdad, aunque él la decia. Por sus jornadas allegó Gonzalo Pizarro á los reales aposentos de Vilcas, y estando allí allegaron Juan de la Torre y Juan de Piedrahita, vecino que es agora de la cibdad del Cuzco, con otros de los que habiendo recibido pagas del visorrey le desampararon y se vinieron con Gonzalo Diaz, y fueron muy bien recebidos dél, holgándose mucho de tener en su campo á Juan de la Torre, porque era hombre valiente, muy determinado, y preguntábale por el visorrey y por sus condiciones; Juan de la Torre respondia que era un temerario, acelerado, sin juicio y no nada allegado á razon, y otras fealdades, que no poco dolor es ver que un traidor tuviese atrevimiento de vituperar la persona del visorrey estando ausente, pues cuando estuvo en su presencia le hizo no poca honra. Desde que Juan de la Torre se juntó con Pizarro fué uno de los mayores secaces suyos que más persiguieron á los del rey nuestro señor, y lo que ganó de se mostrar por tan su amigo fué ser dado por traidor, de lo cual es testigo su cabeza, que en la picota de la plaza pública de la cibdad de Los Reyes está puesta; y andando más adelante allegó á las llanadas de Chupas, adonde en los años pasados se habia dado la cruel batalla, y gloriábase mucho Gonzalo Pizarro en ver que tanta sangre fué allí derramada en pago de la muerte que se dió al marqués su hermano, y mandaba á Caravajal que por órden le contase de la arte que aquello pasó, y pensaba con pensamiento profundo la alta empresa que llevaba y cómo si salia con aquel negocio sería muy nombrado en la region d'España, sin lo cual todos los que habitaban en las Indias é las tenian por pátrias, ternian á singular beneficio la hazaña suya; y como la conciencia que esté dañada fatigue al hombre interiormente, tambien pensaba que si la fortuna se le mostraba adversa, que perdia reputacion y todo lo que tenia en el reino. Y como los vecinos de Goamanga supieron que Gonzalo Pizarro tan cerca estaba de su cibdad, los más dellos se holgaron con su venida, principalmente un Pero Diaz, que luego que supo que estaba allí le envió muchos refrescos, é otro Ontiveros, criado que fué del comendador Hernando Pizarro, y tambien Francisco de Cárdenas y otros algunos que por no hacer confusion, mas que por ecepcion, de ninguno dellos yo no los nombro; y estando en el asiento de Chupas, Gonzalo Pizarro, fueron estos vecinos y otros que digo á le recebir, y con ellos los traidores de Gonzalo Diaz y Pedro de Puelles y los otros que con ellos habian venido, adonde todos le hicieron reverencia, llamándole unos gobernador y otros libertador del reino, y ansí le daban los honores que á cada uno se le antojaba, congratulándole como querian, y lo que decian del visorrey seria hacer proceso largo si por órden se hobiese de contar. Para Gonzalo Pizarro y para todos los que con él venian llevaron mucho refresco, é fácilmente todos los más se movian á seguir al tirano, viendo que los principales y señores del cabildo lo hacian. Otro dia mandó que fuesen acercándose á Goamanga la gente puesta en órden como que hobieran de pelear, y dando una vuelta por la cibdad se volvió á salir della, y en el campo pusieron sus tiendas, y como el obispo estuviese allí y lo mismo el provincial de los dominicos, fray Miguel de Orenes, y el comendador de la Merced, persuadian á Gonzalo Pizarro no pasase adelante y que enviase procuradores al visorrey, que seria mejor negocio que no ir con las lanzas en las manos; y tornando á tener su consejo, juntó los más principales que allí estaban. Despues de haber altercado sobre ello determinaron enviar procuradores á Lima, donde sabian que el visorrey tenia gran junta de gente, de que no poco temor llevaban, para que se tratase de medio provechoso á los que estaban en la junta, y nombraron por procurador al capitan Pedro de Hinojosa y otro de los más principales dellos que no sé quién fué. Y ansí, con esta determinacion se comenzaron á hacer los poderes y á ordenar las instruciones que habian de llevar; mas como muchos deseasen más que ver la suspension de las Ordenanzas, tornaron á turbar el negocio con palabras que decian llenas de mill

maldades coloreadas con sus falsedades, y tanta parte fueron que se dió por ninguno el primer parescer, sin lo cual pasaron otras cosas, ansí sobre de qué manera podrian ir los procuradores seguros, y ellos, que no se determinaban á ir por miedo de que el visorrey los prenderia ó mataria, por lo cual cesó la ida de los procuradores, y el obispo, despues de haber tenido otras práticas con Gonzalo Pizarro, y conocido dél que pretendia ser gobernador más que procurador, se fué de Goamanga á cabo de algunos dias y en el pueblo llamado Gualle halló en una casa de un indio un pliego de cartas que Alonso Palomino enviaba á Pizarro, en que se contenia la muerte del factor y prision del visorrey y otras cosas de las que adelante pasaron, y entendido por él se fué á Chincha,[1] donde estuvo algunos dias, los cuales pasados prosiguió su camino derecho á la cibdad de Los Reyes y allegó á ella á doce de Otubre, por donde se ve que tardó en la ida y vuelta hartos dias. Vueltos, pues, á nuestra historia, como Gonzalo Pizarro no acordase de enviar procuradores, volvió á la cibdad, adonde los del Cabildo, alcaldes y regidores, en nombre de su cibdad le dieron poder complido para que pudiese suplicar de las Ordenanzas con mano armada de gente de guerra hasta echar al visorrey del reino, y para ello obligaron sus personas é haciendas. Yo vi este poder en el libro del cabildo, y aun hablando con algunos sobre cómo habian sido tan necios en dar tal poder, me respondieron que era por fuerza, y esto es cosa comun los que se han hallado en facion. Sabido que Blasco Nuñez Vela venia por visorrey despacharon de su villa á Diego Centeno, alcalde, é á Pedro de Hinojosa, regidor, para que fuesen como procuradores á la cibdad de Los Reyes á se hallar en la suplicacion de las Ordenanzas, é como éstos no volviesen é Pizarro con los que le siguieron se partieron para la cibdad de Los Reyes, escribio á la villa de Plata, haciéndoles saber á los del cabildo della cómo él iba elegido por capitan é nombrado por justicia mayor de la cibdad del Cuzco para procurar por el bien comun é ser procurador general del reino; que les rogaba le quisiesen favorescer é ayudar, é otras cosas, persuadiéndoles á que siguiesen su opinion; mas no estaban en aquel propósito los de la villa [2], sino muy sobre aviso de no hacer otra cosa que lo que al servicio del rey [1] tocase, porque ya habian tenido nueva de la intincion de Pizarro, por cartas que tuvieron de los Carangues, enviadas por Juan Ortiz de Zárate, y en alguna manera estaban sentidos de Pedro de Hinojosa é Diego Centeno, porque no se habian puesto á todo peligro por venir á darles cuenta de lo que se les encargó; y estando con deseo de saber nuevas de Los Reyes allegó una provision sellada con el real sello, en que por ella se mandaba que sin dilacion ninguna, armados de sus armas, encima de sus caballos, fuesen á la cibdad de Los Reyes á se hallar en ayuda é servicio de su visorrey, é de verla se holgaron mucho, no embargante que antes que fuese, ni el mensajero de Pizarro llegase, acordaron de alzar públicamente una bandera por el rey. tratando lo primero sobre que otros del cabildo, que eran el capitan Luis de Rivera, teniente que allí habia sido por Vaca de Castro, natural de Sevilla, y Antonio Alvarez, alcalde del rey, natural de la cibdad de Astorga, el cual es el que atrás contamos que fué preso por Diego Mendez, secaz del mozo don Diego de Almagro, é Lope de Mendieta, natural de la cibdad de Orduña, é Francisco de Retamoso, natural de la villa de Talavera, regidores perpetuos; los cuales cuatro, despues de lo haber pensado, estando en la iglesia con la otra demás gente, por auto de escribano juraron por Dios é por Santa Maria é por las palabras de los santos cuatro Evangelios de jamás ser *directe* ni *indirecte* inobidientes é rebeldes al servicio del rey, sino siempre servirle con toda lealtad como sus vasallos leales, y que en señal de que ansí lo mantendrian alzaban la bandera que allí tenian, en su real nombre, é que nunca se juntarian con Pizarro, aunque supiesen sobre tal caso quedar en el campo muertos; é hecho esto salieron á la plaza y se apregonó públicamente, y á ciertos vecinos que allí estaban, que no eran

[1] Nota marginal: 12 de Otubre.—[2] E bien podré yo afirmar que la lealtad estuvo en ella para con el rey, como los saguntinos la tuvieron con los romanos, porque si ellos por el guerreador Africano fueron combatidos é puestos á tanta nescesidad que tomaron por sepoltura el fuego, por no hacerse amigos del que era enemigo de Roma, y ansí no menos en la villa de Plata se vieron sus vecinos por los tiranos, é por no querer conseguir su amistad, viviendo desterrados por los montes como los brutos; robados de sus haciendas, desposeidos de la encomienda que tenian de indios, muertos muchos dellos, de lo cual pueden ser testigos los campos de Guarina é Pocona, pues allí los cuerpos dellos fueron sepultados é su sangre derramada. En conclusion, si alguna lealtad en el Pirú hobo en tiempo de los tiranos Almagro y Pizarro, en Chuquisaca se halló, é por cierto ella es digna de que los escriptores en nuestras escripturas la sublimemos en alguna parte de lo que merece, y el gran César la honre con favores, favoresciendo con mercedes á sus vecinos, de tal suerte que en lo futuro declare la hazaña que hicieron. E volviendo á nuestro cuento, los del regimiento de la villa estaban....—[1] nuestro señor.

poco aficionados á Pizarro, les pesó, mas por entonces no entendieron en movimientos ningunos, é como supiesen que el mensajero que Pizarro envió desde el Cuzco ya venia cerca de su villa, salió el alcalde Antonio Alvarez á le prender, é despues de preso le tomó todos los despachos, que eran cartas para todo el cabildo é vecinos, tratando de su ida é persuadiéndolos á su amistad; é se mandó poner el mensajero en parte que ninguno pudiese comunicar con él, y en poco estuvieron de le ahorcar por haber tenido atrevimiento de venir con tal embajada, é dejóse de hacer porque los mensajeros y embajadores, aunque sean de tiranos, no son dignos de muerte. Los del cabildo é principales de la villa, despues de haber visto las cartas de Gonzalo Pizarro, parescióles que seria cosa acertada responderle y amonestarle que no intentase cosa que fuese en deservicio del rey, no tanto por él como por la honra de su villa, que no se dijese en los tiempos que han de venir que era della vecino el que fué tirano; y ansí se despachó el mismo mensajero, escribiendo sus letras, diciendo por ellas que ellos eran vasallos é criados del esclarecido é muy alto príncipe don Carlos, é que á él y á los que tuvieren su voz estaban prestos de seguir con sus armas é caballos, lo cual no harian á él, pues era hombre privado é particular é que no tenia autoridad para hacer lo que hacia, ni los del Cuzco se la pudieron dar, y que por el amor que tuvieron al marqués su hermano y á él le amonestaban no llevase adelante el propósito que decian, escarmentando en el mozo don Diego; antes, si pensase ir á la suplicacion fuese con toda humildad, é que haciéndolo ansí hallaria en ellos toda voluntad; é que para en lo demás ya ellos habian enviado sus procuradores, que eran Pedro de Hinojosa é Diego Centeno, y no sabian de algun tirano echarle la culpa por salvarse ellos. Lo cual en todo no se ha de creer, ni tener la excusa por justa, porque yo no oí que en Guamanga, cuando le dieron este poder, Pizarro forzó á ninguno, ni que estando encastillados en sus casas los sacase dellas para los ahorcar, ni que tampoco forzaba á sus mujeres; por donde al principio no lo doren, que todos los más del Pirú se pueden tener por culpados; Gonzalo Diaz, é Pedro de Puelles, é Villegas, le nombraban gobernador, llamándole señoría, y él riéndose daba á entender no pesarle; é Villegas decia: *non bene pro toto libertas venditur auro;* Felipe Gutierrez, gobernador que habia sido de Veragua, habia salido del Rio de la Plata, como en nuestra obra hemos escripto, é viendo las alteraciones que habia en el reino, le pesaba é deseaba grandemente poder irse á juntar con el visorrey para le servir, é tenia en la cibdad de Guamanga por aposentos las casas de Francisco de Cárdenas, que estaba casado con una hija del capitan Diego de Rojas, su compañero; y este Francisco de Cárdenas tenia creido que habia sido en dar la muerte á Diego de Rojas, su suegro, é por esto le tenia grande odio, é Pizarro tenia sospecha de Felipe Gutierrez, lo cual se presumió seria por algunas cosas que le dirian algunos, é pensó de lo prender; é dejaremos agora de hablar de Pizarro é volveremos al visorrey.

CAPÍTULO LVII

Cómo de la cibdad de Los Reyes se huyeron don Baltasar de Castilla é Pero Martin de Secilia é los Caravajales y otros, de lo cual redundó totalmente la destruicion del reino.

No pasaba cosa en la cibdad de Los Reyes que Gonzalo Pizarro no tuviese avisos, segun dicen, de don Antonio de Ribera é de Francisco de Ampuero y del tesorero Alonso Riquelme, Cristóbal de Burgos y el contador Juan de Cáceres, é de otros vecinos della que secretamente con indios sirvientes suyos lo enviaban; é como supiesen que ya venia cerca de la cibdad, holgábanse alegrándose, pareciéndoles que con su venida estarian seguros de que el visorrey les pudiese molestar ni quitar sus haciendas, porque los ánimos de todos los más estaban puestos en el amor y servicio de Pizarro, é grandemente desamaban al visorrey; é no piensen los que esto leyeren que *en* las gentes del Pirú las Ordenanzas fuesen toda la parte para que se alterasen ni temiesen, porque á la verdad habian sido disolutos é demasiados en robar, é tenian las provincias despojadas é casi destruidas, y habian dado á muchos señores principales dellas muertes crueles, sepultándolos en los vientres de los perros, y á otros consumian en vivo fuego por sacarles sus haciendas é que les diesen las sepolturas de sus mayores; que cierto gran dolor es ver lo que en el Pirú, por el mal gobierno de los gobernadores, se ha destruido é perdido. Tambien tenian muchos recelos de ser castigados por las alteraciones pasadas, é porque por sus malos consejos los gobernadores se perdieron y entre ellos hobo las guerras y debates. Estas, pues, eran causas muy principales por donde se temian los del Pirú y echaban la culpa á las demás Ordenanzas,

porque en la una mandaba Su Majestad que fuesen castigados los culpados en este efecto. Pues como el visorrey tuviese aviso de lo que pasaba en el campo de Gonzalo Pizarro y hobiese despachado á Baltasar de Loaysa, el clérigo, con la provision é cartas que llevaba, estaba muy alegre creyendo que si Gaspar Rodriguez tuviese ánimo y Loaysa llegase allá, que fácilmente seria deshecho Pizarro é su atrocidad no pasaria adelante, y estaba tan alegre é contento que todos conocieron las buenas nuevas que tenia, de que no poco pesó á muchos. Echando luego juicios de lo que era, dicen que don Antonio de Ribera, en una cartita larga, sin firma, envió aviso á Gonzalo Pizarro de lo que pasaba é de la ida de Loaysa el clérigo, é de los despachos que llevaba, é cuántos é quién eran los que habian enviado á pedir perdon, é que le convenia quitar la vida á Gaspar Rodriguez de Camporredondo; y el licenciado Cepeda deseaba que se huyese alguna gente á Gonzalo Pizarro, y el licenciado Alvarez y él lo tramaban, amonestando á los que veian que los oian de gana, para que se fuesen á Pizarro; tambien quieren decir que con un Gaspar Mejia, que posaba en casa de María de Escobar, aposento del mismo licenciado Cepeda, escribió á Gonzalo Pizarro ofreciéndole su amistad. Bien se puede creer que le escribió, ó que de palabra se lo envió á decir. Estaba en la cibdad de Los Reyes el licenciado Rodrigo Niño, natural de Toledo. A éste se descubrieron los dos mal mirados Oidores, para que moviese á que se huyesen algunos de la cibdad, é ansí dicen que decia: *Ea, señores, que este es tiempo á caballeros; por eso no quedéis aquí, antes id á encontraros con el capitan Gonzalo Pizarro;* é otras cosas á estas tocantes, y que con tanto hervor lo procuraba, que una noche que salieron para se huir les sacaba las sillas de los caballos para que no fuesen sentidos; en conclusion, en Lima se acordaron para ir á juntarse con Pizarro don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, é Diego de Caravajal, é Guillermo de Caravajal, y Escovedo, naturales de Talavera. El Diego de Caravajal era natural de Plasencia; Gaspar Mejia, natural de Mérida; Pero Martin de Çecilia, natural de Don Benito; Juan de Barrios, natural de Sevilla; Rodrigo de Salazar, natural de Toledo; Juan de Valladolid, natural de Burgos; Marchena, de Villagarcía de Campos; Duran é otros dos hombres de poca autoridad, los cuales he querido contar por sus nombres porque por esta tan fea hazaña que hicieron recrecieron muy grandes males, que fueron la destruicion del reino é prision del visorrey é muerte del fator Illan Suarez de Caravajal, é pusieron no poco ánimo en los que venian con Gonzalo Pizarro. Pues como éstos unos con otros se hobiesen hablado, salieron de la cibdad á la primera vigilia de la noche, muy alegres é con gran deseo de se juntar con Gonzalo Pizarro y con ánimo de quitar al clérigo Baltasar de Loaysa los despachos y llevarlos á Gonzalo Pizarro y ponérselos en sus manos.

CAPÍTULO LVIII

Cómo sabida la ida de los que se huyeron se alborotó toda la cibdad y el fator Illan Suarez de Caravajal fué muerto, y el visorrey mandó al capitan don Alonso de Montemayor que fuese tras ellos é los prendiese.

Al tiempo que se huyeron de la cibdad los ya nombrados en el capítulo pasado, posaban en casa del fator Illan Suarez de Caravajal Pero Suarez de Escovedo é Jerónimo de Caravajal, sus sobrinos, é Diego de Caravajal. E para poder salir sin ser sentidos aguardaron á que el fator se retrajiese á dormir, é despues que vieron que estaba en su lecho saliéronse de casa á juntar con los demás, é al tiempo que salian encontraron á un loco llamado Mosquita, al cual persuadieron quisiese irse con ellos y no pudieron acabarlo con él, y luego que los vido ir, Mosquita el loco se fué á la posada del visorrey, adonde con voz alta le dijo que toda la gente de la cibdad se le huia. El general Vela Nuñez que aquello entendió, tomando sus armas se juntó con el capitan [1] Diego Alvarez de Cueto y con otros amigos que allí tenian, y el visorrey se levantó á gran priesa de su cama y dijo: *¡Válame Dios, y qué será esto!* y Vela Nuñez mandó tocar al arma y acudieron los capitanes y Alonso de Barrionuevo Montalvo y Lorenzo de Estopiñan y Sebastian de Coca é otros muchos, y entendido cómo se habia huido gente de la cibdad se mandó que por las listas que los capitanes tenian se mirase los que faltaban, y el arma se tornó á tocar con más ruido, y andaban todos turbados y pocos sabian por qué, y como se dijese que don Baltasar y los Caravajales se habian huido con otros que eran de la compañía de Diego Alvarez de Cueto, el general Vela Nuñez fué luego á las casas del fator, el cual, como hombre desavisado esta-

[1] Francisco.

ba en su lecho durmiendo á buen sueño, y como sus criados vieron á Vela Nuñez le despertaron y tomando una ropa se levantó á ver Vela Nuñez lo que queria; el cual con grandes voces le dijo que ¿cómo habia consentido que de su casa saliesen los alborotadores? El fator respondió que él no entendia lo que decia y que estaba ignocente de saber que se hobiesen de su casa huido algunos; é pasadas estas pláticas, Vela Nuñez se fué á donde estaba el visorrey, llevando consigo al fator. Grande era el tomulto é ruido que habia en aquel tiempo en Los Reyes. Unos creian que Gonzalo Pizarro con sus banderas estaba junto al rio que corre por la cibdad. Otros les parescia que Pizarro habia entrado en ella y queria prender al visorrey. En conclusion, habia una confusion de pensamientos. Muchos salieron al ruido con sus armas. Los Oidores estaban temerosos, con otros de la cibdad, temiendo no se entendiese que por ellos fué sabida la ida de don Baltasar y de los otros. Vela Nuñez entró con el fator donde estaba el visorrey é luego fué á la plaza á sosegar la gente. Aquí ha de entrar la muerte del fator Illan Suarez de Caravajal, é fué un caso acelerado, y las causas ó indicios que el visorrey tuvo para matarle fueron subceder haberse huido de su casa los que faltaban, porque se creyó que fueron enviados por su mandado, y estar el visorrey desabrido por el mote que puso en La Barranca é por la carta que escribió al licenciado Caravajal, su hermano, cuando venia con Vaca de Castro; las cuales no eran bastantes para matar á un hombre como aquel, y que era criado del rey. Su muerte pasó en esta manera: que como el visorrey lo vido ante sí, sin poder forzar la ira que tenia le dijo: *¿por qué, fator, me sois traidor y han salido de vuestra casa los traidores y me han puesto en condicion de perder y que el rey sea deservido?* El fator, como hombre limpio y que nunca supo de la huida, respondió con ánimo, aunque su respuesta fué desacatada, y dijo al visorrey, alzando los dedos, que él no era traidor, sino tan leal como él; lo cual oido por el visorrey le respondió que mentía, y con un súpito aceleramiento dijo: *Mátenle, mátenle á este bellaco;* y echó mano á su daga y fué á herirle, y los criados desenvainaron las espadas; Diego Alvarez de Cueto con grandes voces dijo al visorrey ¿qué hacia? y quiso defender al fator; mas cuando volvió con una espada que habia pedido á un criado suyo, ya el visorrey habia dádole dos ó tres heridas, y los criados tantas, que el pobre fator cayó casi muerto junto á la cama de Cueto sin haber defendídose porque no llevaba espada ni otra ninguna arma, y ansí diciendo: *¡Dios sea conmigo y su Madre, válgame Dios!* cayó dando arcadas. Su cuerpo se le arrancaba el alma, y el visorrey, con gran crueldad, mandó que lo echasen de los corredores abajo. Alonso de Castro y Sebastian de Coca le tomaron en un repostero, sin tener ningun sentido, y le decian que se acordase de Dios, y luego murió é le llevaron unos negros á la iglesia, donde fué enterrado. No fué pequeño el temor y espanto que recibieron muchos de los vecinos de la cibdad en ver que habia el visorrey muerto un hombre de tanto ser como el fator, y criado del rey, y sin saber por qué, y temian no hiciese lo mismo de algunos dellos, é andaban asombrados preguntándose de unos en otros que por qué se habia dado aquella muerte, y como no lo supiesen adevinaban entre ellos mismos lo que seria; luego vino el Oidor Alvarez á hacer la informacion y lo condenó ser digno de aquella muerte, y esto no porque hobiese testigo que lo condenase, porque yo si lo escribiese no diria la verdad, mas al Oidor le convino sentenciar así. Todos los más de los vecinos de la cibdad deseaban ya ver á Pizarro en ella para que los librase de aquellos temores en que estaban, é los tres Oidores Alvarez, Cepeda é Tejada, en presencia de los que querian oirlo decian grandes males del visorrey. Pues como el visorrey viese el daño grande que venia si don Baltasar y los Caravajales é los otros que con ellos iban alcanzasen á Loaysa y le quitasen los despachos que llevaba, mandó al capitan don Alonso de Montemayor que con treinta lanzas fuese luego tras ellos y los procurase de prender. Don Alonso se partió luego con gran voluntad de hacer lo que por el visorrey era mandado, yendo con él Rivadeneyra, é Juan de Guzman, é Sebastian de Coca, é Lorenzo de Estopiñan é otros hasta la cantidad ya dicha; é con parescer de los capitanes el visorrey mandó que fuesen llevados á la mar los hijos del marqués don Francisco Pizarro, queriendo tenerlos casi como rehenes, y á Diego Alvarez de Cueto nombró por capitan general de la mar y le mandó que todas las naves que hobiese en el puerto las recogiese é mirase no pudiese irse ninguna, y ansí se partió Cueto llevando á los hijos del marqués, y porque doña Francisca estuviese con toda honestidad mandó el visorrey que fuesen á la acompañar don Antonio de Ribera é doña Inés su mujer, los cuales tenian á cargo á la doña Francisca, y fueron metidos en una nao, y Cueto hizo almirante á Jerónimo Zurbano.

CAPÍTULO LIX

De cómo Gonzalo Pizarro salió de Goamanga y desde el camino mandó á Pedro de Puelles que volviese á ella, é de la muerte que se dió á Felipe Gutierrez é Arias Maldonado[1].

Estaba en la cibdad de Goamanga Francisco de Orihuela preso, y el cruel de Caravajal por mandado de Gonzalo Pizarro le dió grandes tormentos sobre que dijese lo que habia en la cibdad de Los Reyes, y él confesó lo que pasaba y cómo el visorrey tenia mil hombres consigo. A lo cual Gonzalo Pizarro respondió: *mientras más moros más ganancias;* é acordaron de salir á Guamanga, mandando á Pedro de Hinojosa é á Hernando Machicao é á otros que tuviesen cuidado de velar á Gaspar Rodriguez para que no se pudiese huir, é ya que estaban una jornada de la cibdad se mandó á Pedro de Puelles que volviese á matar á Felipe Gutierrez y á Arias Maldonado. La ocasion que hobo para dar estas muertes fué que ellos tenian por aposento, como atrás dije, las casas de Francisco de Cárdenas, en las cuales ansímismo posaba un Juan de Larriñaga, vizcaino, el cual me contó á mí que saliendo de allí para ir á donde estaba Gonzalo Pizarro, Francisco de Cárdenas le dió una carta para que la diese á Pizarro, lo cual entendido por Felipe Gutierrez, adevinando lo que era habló á Juan de Larriñaga, rogándole que antes que diese la carta á quien iba la leyese, porque se temia que por causa della le habian de matar; y prometiéndole Juan de Larriñaga de la ver, la abrió, y en un capítulo decia que *¿para qué le dejaba los enemigos dentro de su casa, pues no estaba tan seguro dellos? que no pensasen que se habian de alzar con la cibdad*, é otras pláticas; y como en los capítulos precedentes yo dije, Cárdenas debria de tener odio á Felipe Gutierrez creyendo que fué en la muerte del capitan Diego de Rojas; pudo ser que escribiese por esto esta carta, ó por temerse dellos, creyendo que sin dificultad podrian matarle á él y á los que allí se mostraban amigos de Pizarro, y fácilmente podrian alzar bandera en nombre del rey. En fin, por lo que fué ó por lo que no, él escribió la carta, é como Juan de Larriñaga la viese la rompió, y llegado al campo de Pizarro halló que Cárdenas habia enviado otra con un indio, teniendo recelo de que la otra no iria á manos de Pizarro. Por ver esta carta, ó porque parescić convenir así, despues de haber tomado su consejo Gonzalo Pizarro con los capitanes é más principales de sus amigos mandó al capitan Pedro de Puelles que volviese á la cibdad de Guamanga é matase á Felipe Gutierrez y á Arias Maldonado, é Pedro de Puelles se partió para lo hacer; y llegado á Guamanga temieron algunos vecinos no los viniese á matar, y dicen que Diego Gavilan avisó á Felipe Gutierrez diciéndole que se pusiese en alguna parte secreta adonde no lo pudiesen ver, porque Pedro de Puelles no habia venido á otra cosa que á le matar. Felipe Gutierrez respondia diciendo que porque no pudiese ir á dar cuenta á Su Majestad y á pedirle mercedes le querian matar, y sin quererse esconder, Pedro de Puelles los prendió é con gran crueldad mandó darles garrote, é dicen que Felipe Gutierrez é Arias Maldonado murieron hablando é diciendo muchas lástimas. Despues de muertos los sacaron al pie del rollo, publicando que aquella muerte les habia dado por alborotadores. Todos los más de los que estaban en Guamanga recibieron grande espanto en ver que habian sido muertos aquellos dos sin culpa ninguna, y Pedro de Puelles é los que con él habian venido se volvieron al real de Gonzalo Pizarro, é por todos los que en él estaban se supo de cómo quedaban muertos Felipe Gutierrez é Arias Maldonado.

[1] No crei cuando comencé á escribir las cosas subcedidas en Pirú que fuera proceso tan largo, porque ciertamente yo rehuyera de mí trabajo tan excesivo, porque conociendo mi humildad y llaneza, como otras veces he referido, no ignoro mi escambrosa pluma no era digna de escribir materias tan grandes, é si quiero correr con ella é abreviarlas, será confusion y no se podrán entender. E si prosigo esparciendo los acaescimientos de tal arte que se entiendan, no sé si será bastante para salir con lo comenzado; á Dios con toda humildad suplico favorezca este mi deseo, pues otra cosa que servir á mi rey é satisfacer á los curiosos y dar noticia á mi pátria de las cosas de acá no me movió á pasar tantos trabajos y caminar caminos tan largos como he andado, pues saliendo de la villa de Arma, donde yo soy vecino, tengo hoy los piés en la nueva cibdad de La Paz, que más hay de setecientas leguas de una parte á otra, y conociendo esto el lector supla mis faltas y no detrate de mí; y volviendo á nuestro cuento.

CAPÍTULO LX

De cómo los que se huyeron de la cibdad de Los Reyes se iban á juntar con Pizarro, con gran deseo de alcanzar á Loaysa para le tomar los despachos que llevaba.

Ya hecimos mincion cómo se huyeron de la cibdad de Los Reyes don Baltasar de Castilla é Gaspar Mejia é los otros, y tambien

cómo el visorrey habia despachado á Baltasar de Loaysa, el clérigo, y con él enviado los despachos á Gaspar Rodriguez, el cual puso mucha diligencia por allegar á tiempo que pudiese aprovechar que el campo de Pizarro fuese deshecho y él muerto ó preso. Pues como los desleales y mal mirados salieron de la cibdad, diéronse mucha priesa á caminar, é con gran deseo de verse ya con Pizarro para darle priesa en su venida. Tambien hecimos mincion cómo el visorrey habia mandado al capitan don Alonso de Montemayor que con treinta lanzas fuese á toda furia por los alcanzar é los prendiese. Don Alonso gran voluntad tenia al servicio del rey é con todo hervor hacia lo que por el visorrey le era mandado, é salió con gran deseo de prender é matar á los que digo que se habian huido, los cuales á toda priesa iban á salir á Guamanga, porque ya se creia que Gonzalo Pizarro estaria en ella. Uno dellos, que era Jerónimo de Caravajal, se le cansó el caballo de tal manera que no pudo atener con sus compañeros, que á toda priesa anduvieron hasta que encontraron con el clérigo Loaysa, al cual trataron mal de palabra é le quitaron parte de los despachos que llevaba, y no todos, porque como Baltasar de Loaysa sintió la burla é viendo que no aprovechaban ruegos ni buenas palabras, mirando el gran dapno que venia á Gaspar Rodriguez y á Diego Centeno é á Villacastin é á los otros que con él habian escrito al visorrey, pudo salvar una carta, la cual dicen que se comió, y entre los bastos de la mula la provision que de capitan el visorrey enviaba á Gaspar Rodriguez. Los demás despachos le fueron quitados por don Baltasar de Castilla é Gaspar Mejia é Rodrigo de Caravajal é los otros que con ellos iban, entre los cuales se halló una memoria de todos los que habian enviado á pedir el perdon; é desta suerte se partieron por unos despoblados á salir al real camino de la Sierra. El capitan don Alonso de Montemayor, que venia tras ellos, por los alcanzar se daba toda priesa á andar, y en el camino encontró con él, que por falta del caballo no pudo tener con sus compañeros, é lo prendió, é preso mandó al contador Juan de Guzman y á Alonso Ramirez de Sosa que con algunos volviesen á la cibdad de Los Reyes á lo entregar al visorrey. Tambien dejimos cómo de la cibdad de Los Reyes don Antonio de Ribera y otros enviaron á Gonzalo Pizarro aviso de la trama en que andaba Loaysa, é cómo Gaspar Rodriguez é sus amigos le andaban por matar, é lo que más ya referimos. Esta carta vido Pizarro é llamó á consulta al maese de campo y á los capitanes, é les dió parte dello, é acordaron de que Gaspar Rodriguez fuese muerto, é porque no se pudiese huir se tenia gran cuidado de mirar por su persona. Los que venian de Lima encomendaron la guardia de Loaysa á Pero Martin de Secilia é á un su hijo, y adelantáronse para con brevedad entregar á Gonzalo Pizarro los despachos é ofrecerles sus personas para le servir. Desde Guamanga siempre con indios escribió Gonzalo Pizarro á los de Lima, y lo mismo hacia á los Oidores, dándoles esperanzas en las cartas de que no queria más de responder por el reino y que el visorrey se fuese á España y el Audiencia gobernase con la autoridad real que tenia.

CAPÍTULO LXI

En que se da á entender las opiniones que algunos tuvieron de estar los Oidores mal con el visorrey y el visorrey con ellos, lo cual, aunque con trabajo, el autor procuró de saberlo muy de raiz.

Ya nos vamos acercando á querer contar la mayor maldad é fea hazaña que se ha hecho en estas Indias desde que el nombre español en ellas fué conocido, y adonde algunos, mostrando la traicion que tenian concibida en sus pechos, por sus personas la acometieron sin vergüenza, ni temor de Dios ni del rey. Otros hobo tan leales que no bastó cosa alguna á que dejasen de dar á entender el deseo que tenian de servir al emperador nuestro señor; y es lo que quiero contar la prision del comendador Blasco Nuñez Vela, visorrey del Pirú é presidente en el Audiencia que en la cibdad de Los Reyes estaba asentada; é para que se pueda contar de manera que se entienda qué fué la causa que movió á los Oidores, siendo ellos los que le habian de guardar, para que le procurasen su destruicion, diremos sobre esto las opiniones que hay. Unos dicen que los Oidores, movidos con cobdicia de mandar el reino y poder repartir las Indias como lo hacian los gobernadores, á lo cual les daba ocasion la venida de Gonzalo Pizarro y una carta que suya recibieron, en que en efeto les decia haberse levantado con sola pretension de defender las haciendas de los vecinos conquistadores deste reino y para sólo suplicar de las Ordenanzas, é que hecho esto y admitida la suplicacion desharia luego la gente, con condicion que el visorrey Blasco Nuñez Vela se fuese á España á informar á Su Majestad de los negocios deste reino, porque de otra manera ninguna seguridad podrian tener con

su presencia, y que en tanto que Su Majestad nombraba gobernadores, el Audiencia proveeria en el reino. Esta opinion tienen algunas personas graves y de autoridad, porque dicen haberlo comunicado con los mismos Oidores é haberles oido decir que si no hobiera visorrey podian hacer en el reino mucho más que hacian habiéndolo. Pero paresce disparate que unas personas tan cuerdas y de tan buen entendimiento como se presume que serian siendo letrados, se fundasen en razón tan débil é flaca para hacer un desvarío tan grande y de donde tantos se esperaban que habian de subceder; aunque podria ser que el tener las casas de los vecinos por posadas y comer á su costa, como lo hacian, y la mucha conversacion que tenian con los soldados, y como todos pretendian la revocacion de las Ordenanzas, que alguna vez se tratase entre ellos lo sobredicho. Otros quieren decir que desde que Su Majestad mandó á Blasco Nuñez Vela que viniese por visorrey pretendió nombrar los Oidores, y aun de entrar en el reino sin ninguno, y que como con cosa destas no pudiese salir, cobró alguna enemistad con los que fueron nombrados, aunque esto no se sabe ni se tiene por averiguado; mas de que se dice haberlo oido platicar á algunos de los Oidores, queriendo fundar no haber sido su intincion hacer mal al visorrey, sino solamente temor que le tenian por la mala intincion é voluntad que veian siempre mostraba á sus cosas. Otros quieren decir que al tiempo que el visorrey hizo la gente en esta cibdad, que fué contra la voluntad de los Oidores, y que como los Oidores habian sido de parecer contrario en aquel caso, siempre desde aquel dia anduvieron en diferencias, tanto que otros afirman haber estado el visorrey con pensamiento de embarcarlos; y aun caso que todas estas razones fuesen verdaderas, lo cual no se sabe por cierto ni se puede hacer entera averiguacion dello, parece que no eran bastantes para que los Oidores se atreviesen á hacer lo que hicieron, pues está claro que el principal fundamento que habian de tener era complir con Su Majestad y tener razones excusitivas para cuando se les pidiese cuenta. La razon que ellos daban despues de preso el visorrey, era decir que considerado que Gonzalo Pizarro venia del Cuzco con gente de guerra, y tan desvergonzado como era notorio, y que lo mismo que él pretendia era averiguado pretender todos los soldados é vecinos, y que pretendiendo lo mismo la gente que tenia el visorrey al tiempo de la nescesidad le dejarian y se irian á Pizarro, y para esto traian enjemplo la huida de Pedro de Puelles, é Gonzalo Diaz, é Jerónimo de Villegas, é don Baltasar, é los otros que más se habian huido de la cibdad, y que todas las cibdades acudian á Pizarro, y que llevando el negocio por rigor era ocasion que Gonzalo Pizarro no se reduciese al servicio de Su Majestad, teniendo ellos por cierto que la carta que les escribió seria cierta, é que para evitar esto y para que no hobiese muertes y prisiones convenia hacerse lo que se hizo; é otras razones desta condicion decian para fundar su intincion, que no hacen al propósito. Lo cierto é lo que yo creo que es verdad es que, como quiera que sea, el visorrey despues que salió de Sevilla no vino muy bien con los Oidores ni ellos con él, no para que se mostrase la enemistad, pero en palabras que en el camino se oyeron á los unos y á los otros parecia venir desabridos. Algunos dicen que esto procedia de tenerlos en poco, y otros, de palabras que él dijo que vinieron á noticia dellos, las cuales tambien pudo ser no las decir el visorrey por via de enemistad. Especialmente he oido decir á testigos de vista que afirman que estando el visorrey en Panamá en un tablado para mirar unas fiestas que se hicieron, subiendo el Oidor Cepeda y el Oidor Alvarez por una escalera postiza, dijo el visorrey: *no parescen éstos mal en el escalera;* y que ellos despues platicaron mucho sobre esto. Tambien se dice que al tiempo que se embarcó en Panamá para estos reinos, como ya está dicho, vino delante, sin querer traer en su compañía ninguno de los Oidores, aunque le suplicaron quisiese traerlos consigo. Y aun afirman por cierto haber dicho el visorrey que pensaba tener ejecutadas las Ordenanzas cuando ellos llegasen, para que se entendiese que sin ellos lo podia hacer; y dicen que los Oidores decian que de derecho el visorrey no podia ejecutar las Ordenanzas sin ellos, por razon de una dellas, la cual decia: *para ejecucion de las cuales dichas Ordenanzas enviamos un Visorrey y cuatro Oidores reales.* Y aun me paresce á mí, segun lo que he oido decir á personas que oyeron lo que venian publicando los Oidores despues que el visorrey les dejó, hizo gran dapno mostrar desconformidad entre él y ellos, por las cuales razones, segun que yo he colegido, estaban los Oidores mal con el visorrey, lo cual se pareció más claro á cabo de algunos dias que la Audiencia se asentó. El visorrey dió dos oficios de procuradores á su hermano, ó los dió con su favor á dos personas que es lo más cierto. Y estando en acuerdo los Oidores y el visorrey, el visorrey les dijo que parecia mal vivir en casas de los vecinos y comer á costa dellos,

pues estaba claro ser prohibido y el andar muy acompañados, y sobre esto hobo entre ellos palabras mayores, tanto que vino á decir el licenciado Alvarez que tambien Vela Nuñez, siendo su hermano, habia vendido dos procuradorías; de lo cual maravillándose mucho el visorrey mandó luego llamar á los procuradores, é tomando juramento á uno dellos si habia dado algo á Vela Nuñez por el oficio, juró que no, é que ya sobre aquello habia declarado en casa del licenciado Alvarez; lo cual oido por el visorrey se aceleró, diciendo que ¿qué informaciones secretas se tomaban contra su hermano? Así que con estas cosas andaban desabridos é sospechosos é venian al Audiencia armados secretamente, é aun tenian amigos avisados que los socorriesen si algo viesen. E ya que he contado lo que muncho he procurado saber, tratemos la prision é digamos cómo pasó, la cual por pasar muchas particularidades y acaescimientos la pondremos en tres capítulos, yendo el uno prosiguiendo al otro.

CAPÍTULO LXII

Que trata sobre la prision del visorrey, y de la provision que los Oidores dieron para pedir favor á los capitanes é vecinos y más gentes.

Muerto por la manera que habemos contado el fator Illan Suarez de Caravajal, los Oidores Cepeda, Alvarez é Tejada trataban por caso feo aquella muerte, diciendo que por ser el visorrey levantado y tan acelerado se habian todos de perder, é los vecinos acudian á sus casas é con ellos tenian su consejo para lo que les convenia hacer, é deseaban unos y otros que Pizarro allegase con su gente. Los vecinos, por ser librados del temor que tenian al visorrey, é porque las leyes no volviesen á ser cumplidas; los Oidores, por mandar sin tener al visorrey entre ellos, creyendo que fácilmente acabarian con Pizarro que se volviese al Cuzco, pues les habia escripto no pretender más de la suplicacion de las Ordenanzas; y de todas las cosas que subcedian é pasaban le iban avisos, los cuales llevaban indios. Como ya se hobiese pasado un dia despues de muerto el fator, y el visorrey hobiese caido en el yerro que hizo en le matar de aquella manera, estaba algo triste, y mirando la poca amistad que habia entre los Oidores y él, y cómo los vecinos le eran contrarios, y que cada dia se le huian los que dél habian recibido pagas é otras honras, determinó de se abajar á la cibdad de Trujillo é llevar el sello real y á los Oidores, para que el Audiencia se asentase por donde quiera que fuesen, pareciéndole que Pizarro, aunque más poderoso viniese, como entrase en la cibdad de Los Reyes se iria mitigando el furor de la guerra, é los más que le seguian volverian en sí, mirando cuánto mejor era la paz, é quiriendo vivir en ella y no deservir al rey, lo dejarian y habria formas é maneras cómo los escándalos é alborotos é junta de gente cesase; é como esto pensase lo determinó é dió parte dello á algunos amigos suyos, y en acuerdo, juntos los Oidores y él, sospechosos los unos de los otros, el visorrey les dijo lo que tenia determinado, é hobo algunas pláticas é alteraciones, é por entonces concedieron que harian lo que á él le paresciese; mas salidos del acuerdo no determinaron de seguir al visorrey ni salir de Los Reyes, donde decian el rey habia mandado estar la Corte y Chancillería Real, y como los vecinos y ellos estuviesen conformes, teniendo los pensamientos que hemos dicho, los unos é los otros de noche se hablaban. Los Oidores se juntaban en la posada del licenciado Cepeda é allí platicaban lo que les seria mejor hacer, é con parecer de muchos de los vecinos é de otros soldados que tenian sus casas por aposentos, determinaron de hacer un requirimiento al visorrey para que no quisiese que el Audiencia dejase de estar en Los Reyes, y no llevase consigo á los Oidores, porque Su Majestad no lo mandaba ni dello era servido, y aunque se platicó de hacer no vino á efeto, é con grande agonía trataban de procurar que el visorrey se fuese solo y ellos quedar en sus sillas, y á todo esto el visorrey estaba ignocente de saber que habia aquellas juntas. Aparejándose para salir de la cibdad, los Oidores Cepeda, é Alvarez, é Tejada, é Zárate se juntaron todos cuatro á hablar sobre que no convenia que fuese sacado el sello real de la cibdad de Los Reyes ni deshacer el Audiencia. Algunos quisieron decir que el licenciado Zárate no se halló en este acuerdo. Yo he oido afirmar por cierto á hombres que bien lo saben que sí *se* halló, mas que no entendió las otras tramas de los Oidores, é que ido el licenciado Zárate tuvieron sus pláticas con el capitan Martin de Robles y con Antonio de Robles y con Ramirez, alferez de su compañía, y los alcaldes Alonso Palomino é Niculás de Ribera el Viejo, y el contador Juan de Cáceres, y el veedor García de Saucedo, y aun dicen que tambien participó del negocio el tesorero Alonso Riquelme, no embargante que estaba en su casa malo, y Cristóbal de

Burgos, regidor, y Juan de Salas, y el capitan Diego de Agüero, Pero Navarro, Pero Gutierrez, Juan de Barbaran, Barrientos, el licenciado Rodrigo Niño, Martin Pizarro, Francisco de Ampuero, Hernan Gonzalez, Jerónimo de Aliaga, el cual unos dicen que se ofrecia de ir con el visorrey, otros cuentan que hacia el mismo ofrecimiento de servir á los Oidores, y Pedro de Isasaga, Juan de Cepeda, Ventura Beltran, Diego de Silva, vecino del Cuzco; Bernaldino de Valderrama, vecino de Trujillo; don Juan de Mendoza, y aun Diego de Urbina, maese de campo del visorrey, y entendió en el negocio, el cual fué que los Oidores determinadamente acordaron de no ir de la cibdad de Los Reyes, é si el visorrey los quisiese llevar por fuerza, tener de su parte por valedores á éstos é á otros no pocos que no se cuentan, é compeler al visorrey á que saliese del reino y que fuese á dar cuenta á Su Majestad, y ellos quedarse en su tribunal oyendo de justicia, y que harian que Gonzalo Pizarro derramase la gente, y Su Majestad, siendo avisado, proveeria de persona grave é de claro entendimiento para que fuese visorrey en el reino, y que en el entretanto el licenciado Cepeda seria presidente; y para que la gente de guerra que estaba en la cibdad les diese favor é ayuda acordaron de hacer una provision, de la cual no dieron parte al licenciado Zárate, ni tampoco al secretario, ni regidor, ni chanciller, porque para sellarla quitaron de otra provision un sello é lo pusieron en ella. El capitan Martin de Robles no paraba, hallando amigos para lo que se ofreciese, y éste fué el que siendo capitan, al visorrey lo prendió sin tener mandamiento ni más que haberle notificado la provision que se dió, la cual sacada del original á la letra dice así:

«Don Cárlos, por la divina clemencia emperador de los romanos, augusto rey de Alemania; Doña Joana su madre, y el mismo Don Cárlos, por la misma gracia reyes de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Secilias, de Jerusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Gallicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Múrcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano; archiduques de Austria, condes de Flandes é de Tirol, etcétera. A vos los Consejos, Justicias y regidores, caballeros, escuderos, capitanes é gente de guerra, oficiales é hombres buenos vecinos é moradores, estantes y habitantes, ansí de la cibdad de Los Reyes como de todas las cibdades, villas é lugares destos nuestros reinos é provincias del Pirú; á cada uno é cualquier de vos á quien esta nuestra carta fuese mostrada, ó della supiéredes en cualquier manera, salud é gracia.

»Bien sabeis, ó debeis saber, cómo Nos, entendiendo que convenia á nuestro servicio y á la buena gobernacion destos nuestros reinos, enviamos por nuestro visorrey é gobernador dellos á Blasco Nuñez Vela, é para la administracion de la nuestra justicia enviamos nuestra Audiencia é Chancillería con nuestro sello real é Oidores, la cual está é reside en la dicha cibdad de Los Reyes, é habemos sido é somos informados que todos los vecinos y moradores destos nuestros reinos, á lo menos la mayor parte dellos, han tomado gran odio y aborrescimiento con el dicho Blasco Nuñez Vela nuestro visorrey, y en la cibdad del Cuzco se ha hecho muy gran ayuntamiento de gente que vienen con mano armada á echarle destos nuestros reinos, é munchas personas de los que el dicho nuestro visorrey tenia para la defensa de su persona é para resistir á los susodichos, se le han pasado y cada dia se le pasan con los que vienen del Cuzco, á los ayudar é favorescer; é aunque el dicho nuestro visorrey ha tenido mucha diligencia é cuidado de los contentar, no lo ha podido hacer, y el dicho nuestro visorrey, visto que los susodichos vienen con mano armada para que se vaya destos nuestros reinos é deje la gobernacion dellos, diz que para nos venir á dar cuenta é razon de lo susodicho quiere llevar consigo á los dichos Oidores de la dicha nuestra Audiencia, de que Nos en manera seríamos deservidos; é porque el dicho ayuntamiento de gente é alteracion diz que principalmente ha sido y es por el odio y aborrescimiento que tienen á la persona del dicho nuestro visorrey, é queriendo proveer é remediar lo susodicho, para que estos nuestros reinos estén en paz é sosiego y justicia, y por evitar los alborotos y escándalos y muertes é robos que entre los vecinos y gente de guerra podrian subceder, lo cual no se podria evitar si los dichos nuestros Oidores se fuesen, y estos nuestros reinos se perderian é destruirian, porque no habria quien en nuestro nombre los tuviese en justicia, con acuerdo de los dichos nuestros Oidores mandamos dar esta nuestra carta en la dicha razon, por la cual mandamos á los dichos nuestros Oidores que estén é residan en la dicha cibdad de Los Reyes con nuestro sello real, como fasta aquí lo han fecho, é tengan en justicia estos nuestros reinos é los pongan en paz é sosiego, é no hagan mu-

danza ninguna sin nuestra licencia: é mando é mandamos al dicho Blasco Nuñez Vela, nuestro visorrey, que si hobiere de venir á nos informar de lo susodicho, que no traiga consigo á los dichos nuestros Oidores ni á ninguno dellos, sino que libremente los deje estar con nuestro sello real para que hagan y cumplan lo que por esta nuestra carta les mandamos é tenemos mandado por las provisiones que de Nos tienen, porque ansí conviene á nuestro servicio é al bien é pacificacion destos nuestros reinos; é porque el dicho nuestro visorrey de hecho no traiga ni embarque consigo los dichos nuestros Oidores, si por su parte vos fuere pedido favor é ayuda, por la presente mandamos á vos los dichos Consejos, Justicias é Regidores, caballeros y escuderos, capitanes é gente de guerra que el dicho nuestro visorrey tenia é tiene para la guarda é defensa de su persona, é á todos los vecinos é moradores, estantes é habitantes, ansí de la dicha cibdad de Los Reyes como de todas las cibdades, villas é lugares destos nuestros reinos, que se lo deis é fagais dar aquel que pidieren é menester hobieren, é vos junteis con ellos é los ayudeis é favorezcais con vuestras armas é caballos, é fagais é cumplais lo que por ello vos fuere mandado cerca de resistir é evitar que el dicho nuestro visorrey no traiga ni embarque consigo á los dichos nuestros Oidores; lo cual vos mandamos que ansí hagais é cumplais, so pena de la nuestra merced é de ser habidos por traidores, é de perdimiento de todos vuestros bienes é indios para la nuestra Cámara é fisco á cada uno que lo contrario hiciere. Dada en la cibdad de Los Reyes á diez é siete dias del mes de Setiembre de mill é quinientos y cuarenta é cuatro años».

Libráronla los señores licenciado Cepeda, é Alvarez, y el doctor Lison de Tejada. El secretario fué un escribano llamado Francisco de Talavera, y el regidor otro escribano que se decia Pedro de Acevedo.

Por donde hay razon para crer que Aliaga no estaba de parte de los Oidores, pues si lo estuviera él ordenara como secretario la provision.

CAPÍTULO LXIII

Que va prosiguiendo al primero sobre lo tocante á la prision del visorrey Blasco Nuñez Vela.

Como ya se hobiese ordenado la provision y estuviesen apercebidos los ya nombrados y mirasen que el visorrey habia enviado al capitan don Alonso de Montemayor y á otros de los más principales de sus amigos en seguimiento de los que se habian huido, acordaron de poner en efeto su propósito, que era el que ya hemos dicho, é los Oidores, fingiendo estar temerosos, pedian al visorrey les diese algunos arcabuceros para guarda de sus personas, y él, no embargante que conocia la enemistad que le tenian, no pensando que acometieran tan gran maldad, mandaba al maese de campo que les proveyese de algunos soldados arcabuceros, é todos los vecinos con sus amigos tenian aparejadas sus armas para hacer lo que los Oidores les mandasen. Los cuales todos tres, Cepeda, Alvarez é Tejada, se juntaron un dia, antes que amanesciese, que fué á diez é ocho de Setiembre de mill é quinientos é cuarenta é cuatro años, en las casas de Maria *de* Escobar, mujer que es agora de don Pedro Puerto Carrero, é habiendo requerido con la provision al capitan Martin de Robles, andaba llegando los soldados para traer su bandera á donde el licenciado Cepeda estaba, con determinacion de que si el visorrey los quisiese hacer ir á Trujillo, encastillarse é aguardar á Pizarro, ó con todas sus fuerzas procurar de embarcar al visorrey y echarle del reino; é pasando aquel dia por la puerta de la casa de Cepeda, donde se hacia la junta, un soldado que habia por nombre Cajero, le llamaron para que entrase dentro, y él, adivinando lo que era, á toda priesa fué á las casas del visorrey, y encontrando con el capitan Serna le contó lo que pasaba, é juntos entraron en el aposento del visorrey y le hallaron durmiendo, y sabido quién llamaba mandó que entrasen, y como Cajero le contó que se hacia junta en la posada de Cepeda, se armó á toda priesa é mandó al capitan Pablo de Meneses que fuese por su bandera é allegase toda la gente, porque le parescia mal que se hobiesen desvergonzado aquellos bachilleres, lo cual dijo por los Oidores; y entrando en aquel instante el sargento mayor Blas de Sayavedra, oido lo que pasaba, sin se lo mandar fué á la iglesia é tocó al arma con toda priesa, lo cual oido, pública é descubiertamente Martin de Robles puso su bandera en lo alto de la casa de María de Escobar, y recreció con el sonido del arma grande alboroto en la cibdad, é unos é otros descurrian por toda ella é no decian más de *¡viva el Rey!* A las casas del visorrey acudieron pocos, el cual estaba armado y con él el capitan Pablo de Meneses, que ya iba por su bandera, y el capitan Serna; Alonso de Castro, alguacil mayor; el capitan Alonso de

Cáceres; Rodrigo Nuñez de Prado, maese de campo que fué del adelantado don Diego de Almagro; el sargento mayor Sayavedra; don Pedro de Portugal; Luis de Tapia; Bernaldino de San Pedro, secretario; Pero Lopez, Niculás de Almazan é otros criados del visorrey é hombres de su guardia, y á mucha priesa tomaron sus armas. La plaza estaba toda barricada por temor de la venida de Pizarro, y á las bocas de las calles estaban Cristóbal de Burgos, regidor; Niculás de Rivera el Viejo, alcalde, é Juan de Cepeda, hermano del Oidor Cepeda, e como el ruido fuese grande y el toque del arma no cesase, acudian muchos soldados para ir á juntarse con el visorrey, y como allegaban á donde estaban estos que digo, decíanles: ¡al Rey, al Rey! ¡Señores, á la posada del licenciado Cepeda, donde están los Oidores! y como no entendiesen el trato íbanse allá é luego eran por Martin de Robles detenidos é puestos á punto de guerra; y á todo esto no entendian lo que hacian, ni se habian determinado á salir de las casas en que estaban los Oidores, y el visorrey quiso ir á combatirlos, y el capitan Pablo de Meneses estaba ya con su bandera fuera de la casa del visorrey, aunque no muy acompañada de soldados, y el general Vela Nuñez puesto á la puerta; Rodrigo Nuñez á grandes voces decia al visorrey que saliese, é ya que queria con todos ellos salir para ir á donde estaban los Oidores, don Juan de Mendoza, y el alcalde Alonso Palomino, é Diego de Urbina, y Hernando Sarmiento, vecino de Quito, é otros, por fuerza é contra su voluntad le hicieron volver arriba, diciendo que se recreceria gran daño é muchas muertes si salia de su casa, y que aguardase á ver los Oidores qué querian, lo cual hacia más por la salud de los Oidores que no por la del visorrey, ni por su servicio, y subido á lo alto de su aposento el visorrey, le dijeron que se metiese adentro porque algun arcabucero no le matase, que los Oidores no querian más de que se embarcase. En esto, los Oidores, creyendo que el visorrey venia para ellos, turbados y muy temerosos se quisieron hacer fuertes en una torre que está en aquellas casas, y á mucha priesa mandaron que se peltrechase é proveyese de bastimento, é ya que lo querian hacer entró Antonio de Robles, hermano del capitan Martin de Robles, é mirando contra su hermano le dijo: *fuerte os quereis hacer, Robles; pues yo os prometo que antes de muchas horas vuestra cabeza esté en la picota, pues comenzais necedades é agora os quereis encastillar. ¡A la plaza, á la plaza! que es lo que hace al caso;* y como aquello oyó Robles y los Oidores, salieron de donde estaban, apellidando el nombre del rey, y fueron por una calle abajo que va á salir á la plaza, é como el alcalde Niculás de Ribera el Viejo y Cristóbal de Burgos hobiesen estado á las bocas de las calles, habian encaminado á los soldados que al ruido del arma salian á la plaza, adonde estaban los Oidores, é ansí estaban bien acompañados; é yendo para ellos un fraile del Orden de Santo Domingo, llamado fray Gaspar de Caravajal, le rogaron que fuese al visorrey é le dijese que se embarcase é fuese á España, que es lo que querian.

Fray Gaspar fué á las casas del visorrey, el cual estaba dentro de una recámara, la puerta cerrada, y llamando el fraile le abrieron y le dijo á lo que venia, y entró tras él Lorenzo de Aldana y habló algunas palabras al visorrey. Unos dicen que de ofrescimiento é otros cuentan que no, sino sobre decirle que se embarcase, porque de otra manera corria su persona riesgo. La primera opinion tengo por más cierta; y el visorrey estaba atónito é quisiera, si le dieran lugar, salir á la plaza. Los Oidores, allegados á un canton della, mandaron apregonar públicamente la provision ya dicha, para que todos los soldados sin temor hiciesen lo que por ellos les fuese mandado.

CAPÍTULO LXIV

En que se concluye la prision del visorrey, é de cómo fué llevado por el capitan Martin de Robles á la presencia de los Oidores, é de allí á la posada del licenciado Cepeda.

Por toda la cibdad de Los Reyes se entendia ya *que* los Oidores, no solamente determinaban de que la Corte no saliese della, mas de hacer embarcar en una nave al visorrey y echarle de todo el reino. Los vecinos, no embargante que todos los que he dicho estaban confederados con ellos, tenian fuera de la cibdad caballos ligeros para poder huir al real de Pizarro si viesen que los Oidores no salian con su intincion, y algunas dueñas se ponian á las ventanas y decian á los soldados que vian pasar que tuviesen ánimo y fuesen hombres para prender al tirano de Blasco Nuñez, y ansí, quiriendo imitar á sus maridos, decian otras fealdades. Llegada que fué la bandera de Martin de Robles á aquella esquina, la cual traia un Ramirez, que despues fué muerto en la cibdad de Quito, el capitan Serna, *que* estaba con el

visorrey, soltó dos veces su arcabuz, y entrambas dió por encima de los soldados en una pared, y aun dicen que creen que si acertara con alguno, que huyeran. El capitan Pablo de Meneses estaba con su bandera, la cual tenia su alférez Grabiel de Pernía, y como viesen la gente que allegaba al esquina quisieron ir á afrontarse con ellos, y el general Vela Nuñez, *que* quedaba á la puerta con algunos soldados que *se* le habian allegado, queria ir á hacer lo mismo, y como la condicion de la gente desta tierra sea, como muchas veces he dicho, los pocos no querer contender con los muchos y sin tener respeto á su capitan pasarse al otro, como si ya estuvieran hechos de concierto, los unos é los otros tiraban los tiros de los arcabuces por alto, y así como allegaron cerca de la bandera de Martin de Robles, todos los más con un tropel se pasaron á ellos, diciendo: *¡todos somos unos!* de manera que sin poder mostrar Pablo de Meneses é su alférez Pernía sino sus personas, ni tener poder para se resistir, fueron desarmados, é lo mismo el sargento mayor Sayavedra, é Alonso de Barrionuevo Montalvo é otros algunos. E como esto subcediese desta manera, los Oidores se acercaron á las gradas de la iglesia mayor, desde donde dicen que dieron un mandamiento á Niculás de Ribera el Viejo, alcalde, para que fuese y trajiese delante de su presencia al visorrey, é mandando llamar al secretario Jerónimo de Aliaga le mandaron que fuese ansímismo á donde estaba el visorrey y le dijese de su parte que le suplicaban quisiese embarcarse é ir á dar cuenta á Su Majestad, pues vía cuán odioso era á todas las gentes del Pirú y cuántos dapnos se excusarian con salir su persona del reino. Aliaga fué y entró dentro y halló en una cuadra al visorrey y le dijo á lo que venia, y el visorrey respondió: *Matarme han si salgo*. Aliaga dijo: *Primero me matarán á mí*. Diego de Urbina, puesto en los corredores, dicen que hacia seña que viniesen; otros dicen que para otro fin. En conclusion, estando el visorrey bien fatigado é congojado, sin saber lo que haria, porque para defenderse estaba mal acompañado é los más de sus amigos ausentes, é *de* salir fuera temia la muerte, los soldados que estaban con Vela Nuñez, sin vergüenza ninguna, todos los más dellos, abajadas las picas se fueron á juntar con el golpe de la gente, diciendo el mismo apellido de *¡todos somos unos!* Antonio de Robles se acercó hácia las casas del visorrey é á grandes voces decia que se embarcase, que los Oidores no querian otra cosa. El visorrey salió á ver lo que decia, y aun no se hobo bien puesto en los corredores cuando un soldado soltó un arcabuz é dió por encima dél, y metiéndose adentro dijo á Antonio de Robles que subiese, el cual lo hizo así. El alcalde Niculás de Ribera, armado é con una lanza en la mano entró en casa del visorrey, y el capitan Martin de Robles, sin mandarle, más de haberle notificado la provision, pareciéndole que era bien abreviar el negocio y que el visorrey fuese preso, entró de rendon con su gente y encontrando con Vela Nuñez le llamaban de traidor y que su hermano era muerto é que presto lo seria él; lo cual oido por Vela Nuñez, viendo que todos seguian á los Oidores é temiendo la muerte, saltando por unas paredes á toda priesa se fué al monesterio de Santo Domingo. El capitan Robles no paró hasta entrar adonde el visorrey estaba, mandando prender á los que allí hallaban. Como el visorrey lo vido, dijo: *Esa esperanza se habia de tener de vos; é bien complistes la palabra qae me distes.* Robles le respondió: *La palabra ¿cuántas veces se ha de dar?* Dijo el visorrey: *En ley de caballero, una.* Respondió Robles: *Pues ya yo tengo dada esa á los Oidores.* Otros dicen que dijo á Pizarro. En fin, fué preso el visorrey é pasaron otras pláticas entre él y Robles que con el estruendo que traian no se pudieron entender. Y llegando el alcalde é los otros armados lo abajaron por las escaleras para allevarlo á la presencia de los Oidores, y el visorrey iba con buen ánimo, aunque mostraba llevar pena por miedo que no matasen á los que con él habian estado, y salió por las puertas á paso largo, y los soldados decian: *¡Viva el rey! ¡viva el rey!* y él decia: *¡Viva! por cierto; ¿quién lo mata?* y uno de aquellos nefarios soldados le apuntó con un arcabuz, diciéndole palabras feas. Lo llevaron á donde los Oidores estaban. El Oidor Zárate allegó al canton de la Plaza, é como estuviese ignocente de lo que pasaba é viese á una parte estar los Oidores y por otra venir el visorrey en són de preso, espantábase é andaba como hombre fuera de seso, preguntando que qué era aquello, é se juntó con los Oidores, reprenhendiéndoles lo que hacian. Como llegase el visorrey junto á la iglesia, un Aguirre, criado del licenciado Caravajal, hermano del fator Illan Suarez, con grandes voces dijo: *Miren por él, no se entre en la iglesia, que será más trabajo sacarlo della que no de su casa.* Los Oidores abajaron hácia el visorrey y le dijeron que á su misma persona convenia lo que se hacia, y él puso el dedo en la frente é no dijo más de decir: *¿Dónde se vido que el sacristan prenda al obispo, ni el alguacil al corregidor?*

y con un tropel muy grande lo llevaron á las casas de María de Escobar, aposento del licenciado Cepeda, y entrando los Oidores dentro dijo el licenciado Zárate: *¡Desdichados de nosotros, que quedamos sin sombra!* é oida esta palabra por el visorrey respondió, mirándolo á la cara: *No le cortárades vos las ramas;* Zárate dijo: *¿Yo, yo? nunca tal hice, y quien lo dijere miente, que á mi rey hasta que muera le tengo de ser leal.* El visorrey supo luego cómo el Oidor Zárate no habia sido en lo hecho, é se holgó. El licenciado Cepeda le mandó que se fuese á su casa. En esto, Estacio, alférez que había sido del traidor de Gonzalo Diaz, sacó la bandera que se habia arrastrado los dias pasados, é habiendo los muchachos llevádola en pedazos remaneció cosida é puesta como si estuviera sana, y tendiéndola por la plaza decia á grandes voces: *¡Viva el capitan Gonzalo Diaz de Pineda!* Otros dijeron: *¡Pizarro, Pizarro, viva Pizarro!* é no se hizo mincion del rey. Diego de Agüero, que muy galano andaba aquel dia, fué á Santo Domingo é trujo á Vela Nuñez é llevólo á su casa preso. Los Robles fueron á matar á Melchor Verdugo, por sus pasiones ó por otra causa, porque él no se halló de la parte del visorrey ni de los Oidores, aunque dicen armarse é querer salir é hallar la puerta cerrada. Llegados los Robles lo mataran si Lorenzo de Aldana con otros no le socorrieran. Todo lo más de la recámara del visorrey fué robada, é á las puertas de los vecinos y aun de los mercaderes estaban grandes colaciones é mucho vino para los soldados que pasaban, mostrando todos grande alegria con la presion del visorrey. Sebastian Sanchez de Merlo, vecino de Los Reyes, salió en un caballo dando carreras, diciendo: *¡Ea, caballeros! que los criados y amigos de Vaca de Castro hemos ganado la joya; vamos á la mar y sacaremos á aquel buen viejo del navio y volverá á ser gobernador.* Los vecinos estaban tan alegres que era cosa extraña; abrazábanse; contaban los unos á los otros lo que habian hecho; loábanlo por gran hazaña, y todos tenian un contento tan grande, que no así ligeramente se puede ponderar. Los Oidores mandaron poner guardas al visorrey, y llegando Aguirre dijo que era un traidor alborotador, y que habia muerto á un hombre mejor é más leal que no él; lo cual dijo por el fator, y entendido por el visorrey, preguntando á los que le guardaban que ¿quién era el que por la boca osaba decir palabras tan feas? é como lo supo, mandó que lo echasen de allí. Ventura Beltran entró donde estaba el visorrey, con una ropa suya, que la hobo de alguno é le cupo del robo, y como el visorrey viese el habito de Santiago, le dijo: *Veis aquí, Ventura Beltran, que no bastaron cuantos grandes hobo en España á haceros comendador, é pude yo siendo solo.* Lo cual dijo porque el doctor Beltran é Ventura su hijo trabajaron no poco por este hábito, é por alguno defeto Su Majestad no fué servido de se lo dar. Pardavel, que despues fué capitan de la parte del rey en la última batalla que se dió entre el presidente Gasca é Gonzalo Pizarro el tirano, dicen que yendo adonde estaba preso el visorrey le apuntó con el arcabuz, é que entrando dentro le dijo que era un traidor é que si no estuviera preso que él lo matara; tambien cuentan que Antonio de Robles le dijo palabras feas, é que se empuñó en el espada para él; porque veais el triste visorrey qué tal estaba.

CAPÍTULO LXV

De cómo el licenciado Cepeda fué apregonado por presidente del Audiencia, é Martin de Robles por capitan general, é de la prision del capitan don Alonso de Montemayor é de otros.

Pasado lo que habemos contado, como la cobdicia ensaciable é deseo que Cepeda tenia de mandar fuese mucha, luego como el visorrey fué preso é le hobiesen puesto guardas, juntos los Oidores les hizo una plática diciéndoles que muy grande era el servicio que se habia hecho á Su Majestad del rey nuestro Señor con la prision del visorrey, pues ya ellos habian visto su liviandad é poco sosiego é cuántos males causara si aquella prision no hobiera sido, é que convenia que mirasen prudentemente lo que se debia hacer, y enviar á mandar á Gonzalo Pizarro que deshiciese la junta de gente y entrase acompañado de solamente hasta doce de sus amigos. Dichas estas palabras é otras por Cepeda, se determinó por todos cuatro Oidores de tener en los negocios la órden que aquí diremos. El licenciado Alvarez habia de entender en hacer las informaciones é tomar testigos para las probanzas que hacian sobre lo tocante al visorrey, é para su descargo, las cuales habian de ser llevadas á España. El doctor Tejada y el licenciado Zárate habian de oir justicia y entender en el despidiente de los negocios. El mismo licenciado Cepeda habia de ser presidente y entender en las cosas de la guerra; é no embargante que esto por ellos se habia ordenado, el licenciado Cepe-

da lo mandaba y todo por su consejo era hecho. E salidos del consistorio donde tuvieron el acuerdo se fueron á la plaza, y en ella públicamente, con voz alta de pregonero, fué nombrado el licenciado Cepeda por presidente, holgándose de que le llamasen señoría, é ansí todos alegremente le saludaban. Hecho esto, el licenciado Cepeda nombró por capitan general á Martin de Robles, é por maese de campo á su hermano Antonio de Robles, y se mandó poner recaudo en el capitan Pablo de Meneses y en el sargento mayor Sayavedra y en los otros que estaban presos, é que por lista se asentasen todos los que habia en la cibdad. El capitan don Alonso de Montemayor, habiendo salido, como atrás contamos, para prender á los que se habian huido, é viendo que no los podia alcanzar, se volvió á la cibdad, á la cual llegó otro dia despues de ser el visorrey preso, á donde ansí don Alonso como los otros supieron la prision del visorrey y les pesó grandemente, no pudiendo ser parte para nada. Fueron presos don Alonso y el contador Juan de Guzman, é Sebastian de Coca, é otros, que fueron llevados adonde el capitan Martin de Robles estaba, el cual les mandó poner guardias. Luego que el visorrey fué preso, un vizcaino que habia por nombre Martin de Arauco, con mucha priesa fué á la marina é llamando á una barca de las naves con grandes voces, á las cuales acudió un batel é supo Diego Alvarez de Cueto, general de la mar, lo que pasaba, y de la prision del visorrey, de lo cual recibió grandísima pena é mandó recoger los bateles de las naos é ponerlos por la popa de la en que él estaba, é ansímismo mandó al capitan Jerónimo Zurbano que aparejase un batel y puestos en él dos ó tres versos fuese al pueblo y aguardase en él, á donde podria ser aportaria el visorrey é algunos de sus criados, ó para tener aviso cierto de lo que pasaba; y Jerónimo Zurbano fué, y estando en la marina supo cómo el visorrey estaba preso en las casas de María de Escobar, aposento del licenciado Cepeda, é mirando que no convenia dejar allí los barcos de pescadores que estaban, les puso fuego é despues de quemados se volvió á donde estaba Cueto. Los Oidores habian tenido sus pláticas é consejos, é por parescer de los más de los vecinos determinaron de llevar al visorrey á la mar, para que mandase á Cueto, su cuñado, que entregase á los hijos del Marqués y diese *los* navíos, de los cuales se entregaria uno para que el visorrey pudiese ir en él á dar cuenta á Su Majestad; y como le dijesen lo que tenian acordado y estuviese en su poder, dijo que fuese como decian, y nunca le desarmaron ni desnudaron la cota que tenia, y como estuviese enflaquecido y tan congojado, casi se desmayó, lo cual visto por Antonio de Robles, con grandes risas dijo: *Cuando yo queria hacer del bellaco me ponia como está aquél;* palabra tan fea que no era digna de escriptura, mas no conviene dejar de contar las cosas como pasaron. El contador mayor Agustin de Zárate, armado é con una lanza en la mano habia ya acudido á las casas del licenciado Cepeda, é como supiesen por la cibdad que querian llevar al visorrey á la mar acudieron muchos para verlo ir. Fray Gaspar de Caravajal y otros religiosos vinieron á le hablar y consolar, é cabalgando en un caballo de Diego de Agüero fueron camino de la marina, é viendo el visorrey al licenciado Polo le preguntó ¿si habia visto ley que hablase sobre que el sacristan tuviese poder de prender al obispo? Polo le respondió que si él estuviera en Valladolid ó en Madrid que se lo dijera, pero que alli no sabia nada de leyes. En este tiempo Cueto tenia gran recaudo en las naos é aguardaba á ver lo que los Oidores harian del visorrey, é como ya allegasen junto á la mar mandó al capitan Jerónimo de Zurbano que llegase á tierra é supiese qué gente era aquélla que venia, porque podria ser estar el visorrey entrellos. En esto ya se habian apeado, teniendo cargo de mirar por el visorrey el capitan Diego de Agüero é los alcaldes é más vecinos de Los Reyes, é como el visorrey viese que le convenia no hacer más de lo que le pedian los Oidores, dijo á su hermano Vela Nuñez que metiéndose en una balsa de enea que allí estaba fuese á las naos é de su parte dijese á Diego Alvarez de Cueto que le rogaba entregase los hijos del marques y los navíos, porque de otra manera corria su persona riesgo. Vela Nuñez se metió en la balsilla é fué á hacer lo que el visorrey le mandaba. Llegado Vela Nuñez é oido por Cueto lo que decia, respondió que el visorrey estaba muy engañado, porque los Oidores, despues de tener en su poder á los hijos del marqués y á los navíos, le matarian, y que le parecia que no debia de volver á tierra.

Vela Nuñez, teniéndose por bien aconsejado se quedó en los navíos, y como los Oidores y sus cómplices los Robles viesen la tardanza de Vela Nuñez, sospechando lo que era dijeron al visorrey que escribiese de su propia mano á Cueto para que entregase lo que le habian pedido, y como hombre preso y sin libertad, ninguna cosa pedian que hiciese que osase decir de no, temiendo no le matasen, y tomando la pluma escribió á

Diego Alvarez de Cueto las palabras siguientes: *No me va sino la vida que las naos, con los hijos del marqués, se entreguen, porque si no se entregan, aquí me cortarán la cabeza;* y llevando esta carta un criado suyo la dió á Cueto, el cual respondió al visorrey por otra carta, diciendo que cuando él le habia mandado venir á la mar y tener las naos era visorrey y gobernador del reino, y que despues le habian dicho que estaba preso, é que si tenia libertad haria lo que le mandaba é si estaba preso lo que convenia y era obligado al servicio del rey. Como los Oidores y los Robles é más vecinos de la cibdad de Los Reyes viesen la respuesta, decian que eran todas mañas, y con mucha desvergüenza, cada uno, sin refrenar su lengua, decia lo que se le antojaba. Es cierto que el visorrey se holgaba de que Cueto no entregase las naos, teniendo esperanza que habria mudanza en las cosas, y porque le daban priesa que entregase el armada tornó á escribir á Cueto y le dijo que más tiempo era de mirar por su vida que de tener tanto pundonor de honra; y como esta carta viese Cueto mandó á Jerónimo de Zurbano que fuese en el batel y que procurase hablar á solas al visorrey y que supiese dél lo que mandaba, y si no, que se volviese. Jerónimo Zurbano fué y á grandes voces, desde la barca, dijo al visorrey que el general Cueto le mandaba que hablase ciertos palabras. Los que le guardaban respondieron que si algo queria hablar que habia de ser delante de todos y no con él á solas. Zurbano, como aquello oyó comenzó á hablar, afeándoles lo que habian hecho, y prosiguiendo su plática, el secretario Jerónimo de Aliaga le dijo: *Muy largas pláticas son esas para vizcaino;* y tirando de tierra un arcabuz, Jerónimo Zurbano mandó poner fuego á los versos, tirando por alto por amor del visorrey. Todos se abajaron oyendo el estruendo, si no fué él, que muy serenamente se estuvo como de antes, é un vecino de la cibdad de Los Reyes, llamado Hernan Gonzalez, natural de la Fuente el Arco, dicen unos que á grandes voces, mirando contra el visorrey, dijo: *¡Teneldo, teneldo, pésete Dios! no se eche á la mar, que sabe nadar como un peje.* Otros dicen que se lo levantan. A mí me han afirmado que el mismo visorrey dijo haberlo hablado, y que él le respondió riendo: *Hernan Gonzalez, ¿dónde sabeis vos que sé yo nadar, pues me crié más de cien leguas de la mar?* Visto por los Oidores cómo no habian podido haber el armada, con mucha ira se volvieron á la cibdad y el capitan Zurbano hizo lo mismo á las naves.

CAPÍTULO LXVI

De cómo los Oidores mandaron confesar al visorrey, y cómo volvieron segunda vez á la mar y fueron echados en tierra los hijos del marqués, y don Antonio de Ribera y su mujer, y lo que acordaron de hacer Cueto, y Zurbano, y Vela Nuñez, y Vaca de Castro.

Como los Oidores Cepeda, Alvarez y Tejada viesen en su poder al visorrey y no entendiesen en más que en procurar que saliese del reino, andaban las cosas de la justicia con harta adolencia, porque todos hablaban y obraban y ninguno era castigado, y aunque el pensamiento de los Oidores era que la corte estaria en Los Reyes y ellos como presidente é Oidores, representando la persona real de César, ternian las provincias en justicia y harian con Pizarro que derramada la gente se volviese á la Villa de Plata, donde era vecino, los vecinos y gente de guerra no pensaban esto, sino hacer lo que Pizarro quisiese, y ansí le enviaban avisos de todo lo que subcedia, animándole á que con presteza allegase á Los Reyes, y aquel que no le escribia pensaba que cometia algun gran yerro; y otros soldados, en sus caballos, sin pedir licencia á los Oidores se iban á le buscar, y como ya hobiesen llegado á la cibdad, muy airados y llenos de enojo porque Cueto no habia entregado el armada tuvieron su acuerdo los Oidores con los principales que allí estaban, que ya les era tan odioso el visorrey y le aborrescian en tanta manera que deseaban verle muerto ó en parte donde nunca pareciese, y llamado á aquel acuerdo fray Gaspar de Caravajal le mandaron que fuese á confesar al visorrey, lo cual oido por el fraile se turbó y les dijo que pensasen bien lo que mandaban. Los Oidores le dijeron: *Id, padre, y decid al visorrey que se confiese, porque están todos tan mal con él que creemos le matará alguno.* Y ellos no querian que el visorrey muriese, mas mandaban aquello por ponerle temor y que hiciese á Cueto que entregase los navios y los hijos del marqués. Fray Gaspar fué adonde estaba el visorrey y lo halló paseando por una sala ó corredores, é mostrando mucha pena y agonía con las nuevas que le traia le dijo á lo que venía, y el visorrey sin perder su ánimo, ni la color del rostro, respondió al fraile diciendo: *¿Es cierto que esos bachilleres mandan que me confiese?* El fraile le dijo que sí, y el visorrey y él estuvieron en algunas pláticas, y al fin, como ca-

tólico cristiano, dijo que se confesaría, mas que para que los Oidores ni los que seguian su partido creyesen que se confesaba, que se fuesen paseando mano á mano y que iria diciendo sus culpas é creerian los que los mirasen que hablaban; todo esto me contó á mí fray Gaspar de Caravajal, y más me dijo que antes que el visorrey comenzase la confision le dijo: *Yo, yo, ¿de qué me tengo de acusar? Yo os prometo, padre, que si algun pecado tengo delante el acatamiento de Dios es la muerte que dí al fator*. Hecho esto, andándose paseando como decimos se confesó y el fraile volvió á los Oidores y les dijo cómo el visorrey no queria confesarse, y tornaron á tratar de volver á la mar, afirmando que si no entregaba Diego Alvarez de Cueto los navios y á los hijos del marqués, que matarian al visorrey, lo cual oido por él, dijo que volviesen á la mar y que él enviaria á fray Gaspar de Caravajal á los navios con tal seña que Cueto entregase los hijos del marqués y las naos, y ansí volvieron á la mar y el visorrey dió á fray Gaspar una sortija de una turquesa, bien conocida, y le rogó que fuese al navío donde estaba Cueto y le dijese en el punto que habia estado y que luego entregase lo que pedia. El fraile se metió en una balsilla y allegado á donde estaba Cueto, despues de le haber dado la sortija le habló de muchas cosas sobre que entregase los navios, y respondió que no daria el armada y que la mayor honra que al visorrey y á su linaje podian hacer era que traidores le matasen por servir á su rey, pues le quitaban pocos dias de vida y le daban muchos años de inmortal fama; y como el fraile tornase á decir cuánto convenía á la salud del visorrey hacer lo que los Oidores mandaban, Cueto tornó á responder y dijo que él entregaria los hijos del marqués, y con las naos se iria á un ancon que cerca de allí estaba, adonde poniendo en libertad al visorrey él entregaria las naos, y así mandó echar en tierra á los hijos del marqués é á don Antonio y su mujer y al fraile que habia venido. Mas como se tardase, los Oidores se habian vuelto á la cibdad con el visorrey, con más enojo que el dia pasado, y allegado don Antonio con los muchachos contaron lo que habia pasado. Luego que esto hobo pasado, Diego Alvarez de Cueto, tomando parecer con Vela Nuñez y con Jerónimo de Zurbano sobre lo que harian, pues ya habian vuelto al visorrey á la cibdad, se determinó de dar parte de todo lo que pasaba al licenciado Vaca de Castro, é tenerlo por principal, pues era del Consejo del rey y habia sido su gobernador en el reino, y ansí fueron y le hablaron diciendo que todos querian meterse debajo de su mano é guiarse por su parecer, pues dello el rey seria servido, é otras pláticas que le dijeron, á las cuales el licenciado Vaca de Castro respondió graciosamente é aceptó el cargo é dijo que en Panamá tenia dineros y que con ellos podrian bastecer las naos, y que pues para llevar las seis naos que allí estaban no habia marineros ni pilotos, que debrian de echar á fondo las tres, é con las otras irse la costa abajo hasta tener nuevas del visorrey y saber en lo que quedaba, y pareciendo á todos bien lo que el licenciado Vaca de Castro decia, saltó en un batel Jerónimo Zurbano y puso fuego á los tres navios, sacando primero la gente que estaba, y repartiendo ciertas barras de plata entre los marinos y pilotos se hicieron á la vela la costa abajo hácia Gaura, habiendo primero Diego Alvarez de Cueto escripto una carta para el visorrey, en la cual le decia cómo se iban á Gaura. desde donde despacharian á Jerónimo Zurbano para que fuese á España y diese á Su Majestad cuenta de lo que pasaba, y que no saldrian de aquel puerto hasta saber si le ponian en libertad. Esta carta la dió á uno de quien mucho se fiaba, natural de Arévalo, rogándole que la diese al visorrey, y que si por acaso le hobiesen muerto, que fuese á Gaura y desde cierta parte pusiese en el espada un paño negro, é si fuese vivo y estuviese en su libertad pusiese un paño blanco. Y este que recibió la carta dijo que lo haria con muy gran voluntad y diligencia, é ido á Los Reyes, los Oidores hobieron de saber por su boca, ó por la carta que tomarian, lo que pasaba y la ida á Gaura de Vaca de Castro y de los capitanes. Recibieron mucho enojo de ver que habian quemado los tres navios y mandaron que se tuviese muy gran recaudo en la persona del visorrey y de los otros que estaban presos, y que se fuese á la marina y se procurase de los navios quemados y de los barcos hacer algunos esquifes ó barquetas con que pudiesen ir tras los navios, pues iban faltos de vitualla y desproveidos de otras cosas, y ansí fué hecho, y como mejor pudieron se adrezaron algunas velas y con ellas se determinó que fuese por capitan Juan de Mendoza con los arcabuceros nescesarios para este efeto, y él holgó dello é anduvieron hasta que llegaron á Gaura, é por tierra fueron algunos vecinos con otros soldados; y los unos y los otros allegaron una noche al puerto de Gaura sin ser sentidos de los que estaban en las naos, y en amaneciendo el dia siguiente que allí llegaron pusieron una seña blanca en la parte que Cueto habia

dicho, y como la vieron los de las naos, pensando que era el que llevó la carta se metió Vela Nuñez en un barco con alguna gente, habiendo antes desto despachado en una de las naos á Jerónimo de Zurbano para que fuese á España á dar cuenta á Su Majestad de lo que habia subcedido. E yendo Vela Nuñez allegándose á tierra, salieron los que estaban en los barcos y tomáronle sin que pudiese defenderse, y don Juan de Mendoza y Ventura Beltran con los demás vecinos que allí estaban enviaron una cédula firmada de sus nombres á Diego Alvarez de Cueto, en la cual le hacian plèito homenaje ser su deseo de no hacerle daño, y el visorrey estaba libre y seria allí muy presto y le darian una nao con que pudiese salir del reino él y sus hermanos; por tanto, que viniese á juntarse con ellos. Cueto y Vaca de Castro, viendo que estaban solos y no tenian remedio para ir á ninguna parte, por haber ido la gente de los navios con Vela Nuñez, acordaron de hacer lo que decian don Juan de Mendoza y los otros, y ansí les entregó las naos. Vela Nuñez fué bien tratado y lo dejaron en su libertad, y vueltos á la cibdad algunos de los que allí habian venido, contaron lo que pasaba en guarda de las naos, y de las personas de Cueto y Vaca de Castro quedó don Juan de Mendoza.

CAPÍTULO LXVII

De cómo los Oidores determinaron de enviar á España al visorrey, y porque no estaban aún hechas las informaciones mandaron que el visorrey fuese llevado á una isla que está dentro en la mar y no muy lejos del puerto de Lima.

Pasadas las cosas que habemos contado en los capítulos precedentes, habiendo los Oidores sido informados de cómo los navios estaban en Gaura, acordaron de enviar con toda la brevedad posible al visorrey á España y á que Su Majestad por parte dellos fuese informado de lo subcedido en el reino, y se acordó por todos que el licenciado Alonso Alvarez llevase á su cargo al visorrey y los despachos que iban para el rey nuestro señor, y dieron desto parte á los vecinos é regimiento de la cibdad para que proveyesen de algunos dineros al licenciado Alvarez para el viaje, é como les fuese el visorrey tan odioso y en tanta manera deseasen verlo fuera del reino, no fué menester muchos ruegos para sacarles los dineros, é luego dieron nueve mil pesos de oro; los seis mill para el licenciado, y los tres mill para dar á soldados que le habian de mirar, é porque las informaciones aun no estaban acabadas de hacer, con parecer de los de la cibdad se acordó que el visorrey fuese llevado á una isla que estará aun no una legua del puerto, poblada de no otra cosa que algunas rocas *abrasadas* del caluroso sol que siempre por ellas se esparce, y llena de grandes secadales é no otra agua que la que la mar con sus olas echa; y como lo determinaron lo sacaron luego de la cibdad, mandando al licenciado Rodrigo Niño que se aparejase para que con los soldados que fuesen nescesarios lo tuviese en guarda, y ansí salieron de la cibdad llevando tiendas para poner en las islas, y estaba tan altivo é mostrábase tan presuntuoso el licenciado Cepeda, que ninguno le osaba hablar, y aunque este es muy loado de gran letrado é muy docto en las letras griegas é latinas, é muy leido é grande humanista, jamás desde que entró en el reino hizo cosa acertada, y aquel tendré yo por sabio que usare bien de su arte. Allegado á la costa de la mar, como no habia barcos, por estar en Gaura, para en que el visorrey pudiese atravesar á la isla, despues de bien pensado usaron de otra mayor maldad, que fué mandar al visorrey que entre dos pequeños haces de paja se metiese para que un indio le llevase á aquella isla. El afligido hombre, temiendo no ser sorbido en el mar, blandamente les rogaba no quisiesen que se pusiese á peligro tan grande; mas no embargante sus dichos, el leal caballero fué puesto en aquella paja, pidiendo primero un testimonio á Simon de Alzater, escribano, que allí estaba, de cómo pedia y requiria al licenciado Cepeda no permitiese que así fuese llevado, y tambien le pidió otro testimonio de todos los que habian venido de Los Reyes con los Oidores. Simon de Alzater los dió é yo los he visto y aun los tengo en mi poder, y por ser ésta la sustancia no los pongo á la letra. Entrado en la balsilla el visorrey, dos indios le llevaron á la isla que ya hemos dicho, partiéndose luego el licenciado Rodrigo Niño con los otros que iban á guardar al visorrey en otras balsillas como en la que él habia ido, y allegados á la isla, el visorrey fué puesto en una tienda á todo el resistedero del sol, que no es poco en aquella region, pues jamás las nubes aunque más agua congelen derraman con qué la tierra pueda ser rociada, y allí oyó hartas feas palabras de los que le guardaban, y á cabo de algunos dias mandaron al licenciado Rodrigo Niño que se fuese á Gaura é que llevase al visorrey é que le tuviese á buen recaudo hasta que fuese el licenciado Alvarez, y ansí

lo hizo é anduvieron con el visorrey hasta llegar á aquel puerto, y saltados en tierra halló el visorrey al licenciado Vaca de Castro, y como le vido le dijo: *Tales fuisteis*[1] *como nos, tales somos como vos;* y despues de haber tenido otras pláticas entrambos comendadores, comieron allí con mucha probeza, que casi no tenian platos para poner la vianda; porque veais la poca firmeza deste mundo y cómo sustenta poco lo que promete, pues vimos al licenciado Vaca de Castro habia pocos dias tan acompañado de criados y servidores, tan bien proveido de adrezos ricos, cuán llena su casa de blandones de plata sacadas de las entrañas de las minas de Porco. Cuántos aparadores poblados de tantas vajillas tan ricas y preciosas que eran convinientes para el servicio de cualquiera príncipe, é que siendo él y el visorrey gobernadores de tan opulente é rico reino no tuviesen solamente en qué comer. Secretos y juicios son de Dios y azotes que da á los hombres para que entiendan que todas las cosas mundanales tienen fin y duran poco, y las escripturas para esto son hechas y que los hombres en viéndolas tomen enjemplos y avisos é vivan atentadamente. En este tiempo allegaron á la cibdad de Los Reyes los capitanes Garcilaso de la Vega, Grabiel de Rojas, Jerónimo Costilla, Jerónimo de Soria, Gomez de Rojas, con los otros que venian huyendo del Cuzco para se juntar con el visorrey, y cierto si no le hallaran preso y se juntaran con sus amigos, los Oidores no salieran con lo que hicieron. Los cuales daban priesa á los notarios que sacasen los procesos en limpio, y despues que todo estuvo hecho dijeron al licenciado Alvarez que se partiese, el cual ya deseaba verse con el visorrey para ponerlo en libertad, que muy arrepentido estaba de lo hecho, y diéronle los Oidores un mandamiento para que enviase á Vela Nuñez y á Cueto á Los Reyes, y lo mismo á Vaca de Castro.

CAPÍTULO LXVIII

De cómo el Oidor Alvarez allegó á Gaura y se confederó con el visorrey y lo puso en libertad, y de cómo se juntaron con ellos Cueto é Vela Nuñez.

Luego que los Oidores hobieron dado todo despacho al licenciado Alvarez, le dijeron que luego se partiese y procurase de llegar á España con toda brevedad, porque convenia que Su Majestad fuese informado de las cosas que habian pasado, y Alvarez, dando esperanza que haria lo que por ellos le era mandado, con toda voluntad se partió para el puerto de Gaura, donde el visorrey estaba y era mirado por el licenciado Rodrigo Niño y por otros que para aquel efeto allí estaban, y porque el visorrey no comiese solo dió licencia Rodrigo Niño para que Vela Nuñez, su hermano, é Cueto, su *cuñado*[1], pudiesen ir al navío donde estaba á comer con él; é como se dijese en la venida del licenciado Alvarez, el visorrey creyó que venia á matarlo con yerbas, y ansí lo dijo á Diego Alvarez de Cueto, el cual habló con el visorrey para que procurase negociar con el licenciado Rodrigo Niño, el alcalde que los miraba, que lo dejase saltar en tierra para poder hablar con el licenciado Alvarez antes que se viese con él, y pareciéndole bien al visorrey lo rogó á Rodrigo Niño y fué dello contento, y ansí saltó en tierra Diego Alvarez de Cueto, é ya era llegado el licenciado Alvarez é le pudo hablar é decirle que mirase que tenia tiempo para mostrarse en el servicio del rey, é pues era letrado y sabio, que gozase dél, y otras cosas desta suerte. El Oidor Alvarez respondió á Cueto que á eso y no á otra cosa venia, é que con todo secreto lo hiciese saber al visorrey, porque no lo recibiese ásperamente, é como aquello oyó Cueto, muy alegre fué al navío donde el visorrey estaba é le contó lo que con el Oidor Alvarez habia pasado, y aquella noche Alvarez fué al navío donde el visorrey estaba é delante los que le pareció que guardarian secreto hizo un auto en el cual se contenia que no embargante que los Oidores sus compañeros le habian encargado y mandado que llevase al visorrey preso á España y con él se presentase delante la presencia de Su Majestad, que él, viendo el yerro grande que se habia hecho é delito tan notorio en lo haber prendido, que no solamente no queria cumplir el mandamiento de los Oidores, mas que él le ponia en su libertad como visorrey que era, para que pudiese hacer lo que fuese servido; y como esto hobo hecho, habló con el visorrey, suplicándole quisiese perdonar lo que contra él habia hecho en lo tocante á su prision, pues con tiempo y no tarde se habia arrepentido y procurado salir de Los Reyes para le servir, y que allí traía ciertos dineros con los cuales podria comenzar á hacer gente de guerra para volver á ser obedescido por visorrey y tenido por tal, pues Su Majestad lo habia nombrado y señalado; lo cual oido por el visorrey mostró buen rostro al licenciado Alvarez, loando su propósito y prome-

[1] Ms. *fustas*.

[1] En el ms., *amado*.

tiéndole de no se acordar más de lo pasado. Como esto hobiese hecho el licenciado Alvarez, mandó luego que llevasen preso á la cibdad de Los Reyes al licenciado Vaca de Castro, porque así lo habian mandado los Oidores, y habló con Vela Nuñez y con Cueto que procurasen alzarse con el navío adonde iban, é irse camino de Paita, porque luego iria en su seguimiento acabadas algunas cosas que alli habia de proveer. Vela Nuñez é Cueto le respondieron que lo procurarian de hacer ansí, é iban con ellos en el navío tres deudos suyos, llamados Luis de Tapia y Hernando Mejia y Alonso de Vera, y entre todos tan solamente llevaban una espada, porque no les habian dejado más armas, y llevábalos á cargo un Bernaldo Ruiz, vecino de Los Reyes, con doce arcabuceros para cuando mandase el licenciado Alvarez volverlos á Lima presos; y dicen que dieron aviso al Bernaldo Ruiz que mirase por sí, porque Cueto é Vela Nuñez habian de alzarse con el navío, é yendo avisado él y los otros que iban con él dello, alzaron las velas é comenzaron de caminar, y Cueto é Vela Nuñez con los otros concertaron de otro dia por la mañana subirse en la popa del navio é procurarse tomar algunas lanzas de las que alli habia é de matar á los que los guardaban y alzarse con el navío, y como lo quisiese poner en efeto, Bernaldo Ruiz les dijo que se estuviesen quedos y no subiesen en la popa, porque ya los entendia, y como esto le oyó Cueto, dijo: *Pues nos entendeis, sabed que el visorrey está puesto en libertad y que va la vuelta de Paita, y que nosotros habemos de seguirle ó morir sobre ello.* Uno de los arcabuceros dijo que ¿cómo querian ser muertos de aquella manera? Cueto respondió que más queria morir peleando con ellos que no ir á Los Reyes á estar preso en poder de traidores, y que no los habian de matar tan fácilmente que primero no hobiesen de morir todos los más dellos; é como oyeron que el visorrey estaba libre acordaron de volver al puerto de Guaura para saber lo cierto dello, é ya que llegaban cerca del puerto salia el visorrey, é como vido el navío, conociólo, é dijo que creia que habian muerto á sus hermanos, porque de otra manera ellos fueran al puerto de Paita, é mandó que volviese el navio al puerto á juntarse con el que venia y saber si eran vivos, y allegaron á entrar entrambos navíos á una en el puerto, y el licenciado Alvarez con el batel fué al navío donde venia*n* Cueto é Vela Nuñez, é mandó á Bernaldo Ruiz é á los soldados que saltasen en tierra y que Vela Nuñez é Cueto se fuesen en el navío siguiendo al visorrey, y ansí fué hecho, y otro dia se juntaron los navios y entraron en el del visorrey Cueto y Vela Nuñez y algunos soldados de los que habian venido á guardarlo, *y* sin les hacer otro daño más que quitarles las armas, los mandó echar en tierra é prosiguió su camino hácia Tumbez, é como los Oidores supieron la confederacion del visorrey é Alvarez recibieron mucha pena y decian mucho mal de Alvarez, afeándole lo que habia hecho.

CAPÍTULO LXIX

Cómo en la cibdad de Los Reyes los capitanes don Alonso de Montemayor é Pablo de Meneses intentaban con algunos servidores del rey de amotinarse contra los Oidores é libertar al visorrey.

En las casas del capitan Martin de Robles estaban presos los capitanes Pablo de Meneses y don Alonso de Montemayor [1] á quien no poco pesaba la prision del visorrey; pensaban [2] qué modo se ternia para dar órden en libertarle, y parecíales que seria bien juntar alguna gente de la que con [3] entera fee le habian seguido [4] y que luego fácilmente podrian prender á los Oidores y apoderarse de la cibdad, y á constreñirles enviasen por el visorrey, que en este tiempo se creia estar en Gaura, é luego hablaron con el alférez Pernía, y Barrionuevo Montalvo, y con un Aguirre, para que estos provocasen á lo que más pudiesen para que se hiciese aquel hecho, é cierto si con él salieran fuera notable; y estos tres hablaron á Juan Velazquez y al sargento Sayavedra y á Sebastian de Coca, y á Estopiñan de Figueroa, y á Alcázar, y al contador Juan de Guzman, y á Talavera, vecino de Los Reyes, y á Jerónimo de Soria, vecino del Cuzco, y á Jerónimo Costilla, y á otros buenos soldados que con no poca voluntad lo oyeron, y se concertaban unos con otros de lo hacer ansí, y dicen que se dió parte desto al capitan Garcilaso de la Vega é que se mostró muy remiso en ello, é ya que todos estaban aparejados para hacer lo que digo, el capitan Pablo de Meneses habló con don Hernando de Cárdenas para lo atraer á que se hallase en el motin, é don Hernando dió aviso á Ventura Beltran [5] que andaba en servicio de los Oidores, é un camarero del visorrey, llamado Rojas, dió tambien cuenta dello á Juan de Barbarán el Viejo, creyendo, segun dicen, que quisiera ser en ello; mas no lo hobieron

[1] é como estos fuesen de casta tan magnifica y ellos en sí fuesen varones de tanto ser y.—[2] profundamente.—[3] fee.—[4] al visorrey.—[5] que no poco listo.

sabido Ventura Beltran y él cuando dieron parte dello al licenciado Cepeda muy por extenso, aunque tambien dicen que un clérigo llamado Lugones le avisó, y por nuestros pecados ninguna maldad se ha hecho en este reino que deje de haber clérigo ó fraile, porque la soltura de los más dellos y cobdicia es muy grande. No lo hobo bien sabido el licenciado Cepeda cuando mandó tocar al arma y que toda la gente fuese junta, y al són del bando que los atambores echaban se juntaron con las banderas á ver qué era lo que les mandaba el licenciado Cepeda, á quien tenian por presidente, y juntos les dijo cómo en la cibdad habia muy gran traicion y maldad entre algunos que pensaban alzarse con ella, é que era nescesario que fuesen presos los autores de tan gran maldad; y luego fueron presos el tesorero Manuel de Espinar, y Alonso de Lerma, y Barrionuevo Montalvo, al cual se mandó que en tomándolo fuese muerto, y prendieron tambien á Jerónimo de Soria, y á Pernía é á otros muchos, y algunos, sintiendo lo que era huyeron de la cibdad, y los presos fueron llevados á la cárcel pública, á donde tambien fué traido el capitan don Alonso de Montemayor, y Cepeda mandó que fuese dado tormento á todos hasta que confesasen los que participaron de aquello que se queria hacer, é no embargante que él conocia el valor é lealtad de los presos, traido el burro y los más instrumentos fué puesto en él Alonso de Lerma, é confesó alguna parte de lo que querian, y tambien se dió tormento á Barrionuevo Montalvo, y á don Alonso de Montemayor lo desnudaron para se lo dar, mas no se dió, sí á solos Lerma y Barrionuevo, y mandaron que se tuviese gran recaudo en la cibdad y se mirase mucho por los presos, é como los Oidores tuviesen por muy culpado á Alonso de Barrionuevo Montalvo, acordaron, por poner temor á los demás, darle la muerte, é ansí lo sentenciaron que fuese hecho cuartos y en perdimiento de todos sus bienes, é ídole á notificar la sentencia apeló della, mas no aprovechó, porque se mandó ejecutar, é como este Barrionuevo fuese buen soldado é de gentil presencia é dispusicion, pesaba á todos con su muerte, y el capitan Ramirez, acompañado de muchos de sus soldados fué á Cepeda é con grande [1] ruego le pidieron su vida, é importunado por ellos [2] se la otorgó é mandó que fuese sacado por las calles [3] é llevado hasta la picota pública, adonde con voz de pregonero que contaba el delicto le fué cortada la mano derecha, sin la cual hoy está, de que no poco pesa á todos; porque siempre fué buen servidor [1] del rey le fueron quitados los indios é hacienda, y estuvo desposeido dello hasta que respiraron las guerras ceviles é Gonzalo Pizarro [2] fué muerto y el rey restituido en el reino que le tenian opresado. Dende á pocos dias el capitan don Alonso de Montemayor, deseoso de no quedar entre gente traidora, tan malvada, tuvo tales mañas que se salió de la cibdad de Los Reyes y se fué en busca del visorrey y despues le siguió y sirvió hasta que fué en Quito muerto; é sin don Alonso salieron otros algunos en seguimiento del visorrey, y llevaban gran voluntad de le alcanzar para le servir; é diremos agora la muerte que Gonzalo Pizarro dió á Gaspar Rodriguez de Camporredondo.

¹ humildad.—² de sus ruegos.—³ públicas.

CAPÍTULO LXX

Cómo habiendo determinado Gonzalo Pizarro de matar al capitan Gaspar Rodriguez de Camporredondo fué muerto en la Loma de Parcos.

No terná olvidado el letor de cómo contamos en lo de atrás de que Gonzalo Pizarro, por avisos que tuvo de don Antonio de Ribera, supo la ida de Baltasar de Loaysa á Los Reyes, é de los tratos que traía Gaspar Rodriguez de Camporredondo, é lo demás que ya hemos recitado. E cómo despues de haber enviado al capitan Pedro de Puelles á la cibdad de Guamanga, determinó, con consejo é parecer de sus capitanes é cómplices, de le matar, é allegado al rio de Parcos, que es donde conté en mis libros de las conquistas el capitan Morgovejo de Quiñones, despues de haber tenido la batalla con los bárbaros vino á pasar la puente que en los padrones deste rio está armada; de aquí caminó Gonzalo Pizarro hasta que habiendo subido el incumbrado cerro bajó por la loma hasta que fué llegado su campo á unas laderas donde fueron las tiendas puestas, y allí se mandó prender á Gaspar Rodriguez, é Alonso de Mendoza, é Diego Centeno, para darles la muerte, sin querer aguardar á que llegase Pero Martin de Cicilia con Baltasar de Loaysa que traía preso, é ya que los amigos de Pizarro estaban avisados se mandó á Francisco Maldonado, alguacil mayor del campo, que prendiese á Gaspar Rodriguez, y al sargento mayor Francisco Sanchez que prendiese á Alonso de Mendoza. Y yendo Francisco Maldonado halló á Gaspar Rodriguez

¹ derechamente.—² el tirano.

que estaba hablando cosas de burlas con algunos sus conocidos, é como á él llegase Francisco Maldonado, despues de haber pasado algunas pláticas le dijo que Gonzalo Pizarro lo mandaba prender; lo cual oido por Gaspar Rodriguez lo echó á pasatiempo, pensando que Maldonado queria reir con él. Pues como la cosa era de veras y el tirano habia de sustentar su traicion con derramar sangre, Gaspar Rodriguez fué preso é llevado á una tienda, é hizo un yerro muy grande al tiempo que le prendian en no echar mano á su espada y apellidar [1] el nombre del rey é llamar en su favor á sus amigos, que eran tales é tantos que verdaderamente si una sola espada paresciera desnuda, todo el campo se revolviera é Pizarro se viera en trabajo, porque los más principales temian el castigo que á Gaspar Rodriguez se daba. Francisco Sanchez, el sargento mayor, fué á prender á Alonso de Mendoza. El maese de campo Caravajal, despues de haber preso á Diego Centeno, venia á hacer lo mismo á Alonso de Mendoza, el cual, no queriendo dejarse prender de Francisco Sanchez, sargento mayor, vido venir hácia él á Caravajal, é haciendo los piés ligeros se fué á donde estaba Gonzalo Pizarro, é llegado á su presencia, mostrando grande ignoscencia decia que ¿por qué le habia mandado prender? que él nunca habia hecho por dónde lo meresciese, y otras palabras. Gonzalo Pizarro mandó que no lo prendiesen; en esto habia muy gran temor en el campo, porque, como dije, los más principales eran culpados de aquel crimen porque querian matar á Gaspar Rodriguez; é Francisco de Caravajal, el maese de campo, habia mandado armar muchos soldados é que con los arcabuces estuviesen junto á Gonzalo Pizarro, é mandaron á Gaspar Rodriguez que se confesase é ordenase su ánima, é viendo los que estaban con Pizarro la muerte que le queria dar á Gaspar Rodriguez, se atrevieron á suplicarle [2] quisiese darle la vida, y el que con más hervor é voluntad lo trataba era Alonso de Mendoza, por la amistad que habia entre ellos. Este rogaba á Pizarro no lo matase hasta ser allegado Baltasar de Loaysa é ver si merescia la muerte ó que lo desterrase. Mas aunque Mendoza é otros se lo rogaron mucho no aprovechó que dejase de morir, é confesóse é hizo su testamento. Murió como generalmente mueren los hombres en este Perú, con grande ánimo. Diéronle la muerte con cordel é garrote. En su tienda sintióse mucho su muerte, é si no fué algunos de los de Chile que allí venian, á los demás á todos pesó. Su cuerpo llevó su amigo Alonso de Mendoza á enterrar á la cibdad de Guamanga. Este fué el fin de Gaspar Rodriguez de Camporredondo, natural de Sahagún, hermano, como hemos dicho, del capitan Pero Anzurez. Gaspar Rodriguez era liberal y hombre de buena manera, aunque muy indeterminable en sus cosas é falto de prudencia. Creíase de todos hombres. Deseaba la venganza de sus enemigos, y al fin su muerte hobo de ser en Parcos, adonde se acabaron sus galas é fiestas, á que era muy dado. Fué uno de los que al principio más aborrescible le fué el visorrey y que más insistió á Pizarro en la ida á la suplicacion. Allegado el clérigo Loaysa, en poco estuvieron de le mandar matar, y estaba Diego Centeno muy temeroso de morir; Pizarro é sus consortes, paresciéndoles que bastaba haber muerto á Gaspar Rodriguez, determinaron de por entonces no matar ni prender á más, y soltaron á Diego Centeno, é Antonio de Quiñones é á los otros que habian preso.

CAPÍTULO LXXI

Cómo los Oidores enviaron á mandar á Gonzalo Pizarro, con el contador Agustin de Zárate, que deshiciese la gente, é de cómo Pizarro antes desto supo la muerte del fator é la prision del visorrey, é pensó de haber el gobierno de la provincia por virtud del testamento del marqués su hermano.

Entregado que fué el visorrey al licenciado Alvarez para que lo llevasen á España, como nuestra historia contó, el licenciado Cepeda con los otros Oidores trataron sobre que seria cosa acertada enviar una provision del Audiencia á Gonzalo Pizarro para que deshiciese la gente y entrase con hasta treinta amigos suyos en la cibdad, con grandes penas que en ella le pusiesen. Los Oidores vinieron en ello é ansí la mandaron despachar, y estando en su acuerdo acordaron de enviar á Agustin de Zárate, contador de cuentas, por ser, como era, criado del rey, é dádole parte dello, el cual se ofreció á ir; é conociendo que habia mucha amistad entre Gonzalo Pizarro é don Antonio de Ribera, les paresció que aprovecharia mucho enviarle con Agustin de Zárate para que aconsejase á Pizarro que hiciese lo que le era mandado, é sin la provision escribieron á Gonzalo Pizarro diciéndole que otra cosa no hiciese que aquello que le mandaban,

[1] En el ms. *apedillar*.—[2] con toda humildad.

pues claramente via su perdicion, y otras cosas de amonestaciones; y ansí se partieron de la cibdad de Los Reyes el contador mayor Agustin de Zárate é don Antonio de Ribera, é recibidas las cartas se partieron é caminaron á se encontrar con Gonzalo Pizarro, el cual despues de haber muerto al capitan Gaspar Rodriguez de Camporredondo mandó alzar las tiendas de su real para se acercar á Los Reyes, é por cartas de sus amigos supo cómo el visorrey, teniendo sospecha que el fator Illan Suarez de Caravajal supo la huida de Escovedo y los Caravajales é los más que de la cibdad salieron, y aun que por su consejo lo habian hecho, no embargante que contra el fator no hobo informacion bastante, ni tampoco quien entendiese que él supo de aquella huida, el visorrey con grande aceleramiento le mandó dar de puñaladas dentro de su cámara, siendo él el primero que con su daga sacó sangre de su cuerpo; é sin esto tuvo aviso de los temores que habia en la cibdad, é cómo el visorrey tenia poca confianza de su gente y entre él y los Oidores habia sospechas grandes, á tanto que los Oidores traian cotas secretas é con ellas entraban en el Audiencia. Sabido por Gonzalo Pizarro aquellas cosas mucho se holgó porque hobiese subcedido de aquella suerte, no embargante que mostraba pesarle con la muerte del fator; mas no era así, sino como arriba digo, y en su campo hobo gran tumulto entre la gente sabido lo que pasaba, é todos á grandes voces decian que moviesen para la cibdad de Los Reyes. En este tiempo acabaron de llegar todos los que de Lima se habian huido, y estando una pequeña legua de donde Gaspar Rodriguez de Camporredondo fué preso, allegaron dos mensajeros con nuevas que el visorrey habia sido preso en la cibdad de Los Reyes por los Oidores, porque se temian de su ira y por tener determinado de salir de la cibdad é llevar consigo en las naves los vecinos é sus mujeres; pues como aquesto por Gonzalo Pizarro é su gente fué sabido, hobieron mayor placer, é aquí perdió Gonzalo Pizarro los temores que llevaba de que la más de la gente que sacó del Cuzco le habia de faltar, é con grande alegría é placer fueron las trompetas tocadas, é las nuevas entendidas por todos los que estaban en el campo, é acudieron los más dellos á la tienda donde Gonzalo Pizarro estaba, diciéndole palabras adulosas y ensalzando su renombre hasta las nubes, diciendo que Dios hacia sus cosas, y que habia de allegar á ser príncipe, é otras palabras que en semejantes actos se suelen decir, y él se reia, no holgándose poco con aquellos loores; é mandó luego juntar á sus capitanes para tratar sobre aquellos negocios y dar en ellos la mejor órden que se pudiese, é ansí en su tienda fueron todos juntos y se platicó gran rato sobre ello, diciendo que pues el visorrey habia sido preso por los Oidores y entre ellos y él habia habido desconformidades, que no podia ser el reino bien gobernado por ellos, pues ya unos de otros tenian sospecha y estaban mal, é que Su Majestad habia dado comision é poder al marqués don Francisco Pizarro para que pudiese nombrar despues de sus dias subcesor que gobernase en su nombre la provincia, é que sigun parecia en la cláusula de su testamento estaba nombrado Gonzalo Pizarro por tal gobernador, é que Su Majestad de justicia habia de sustentar aquello que habia mandado; é que por entonces se disolvió la consulta, é otro dia, yendo caminando se tornó á tratar sobre ello é todos dijeron que Gonzalo Pizarro tenia justicia para que por aquella via hobiese el gobierno del reino aunque los Oidores no quisiesen, é deseaban tener respuesta de las cartas que llevaron el provincial fray Tomás de San Martin y el comendador fray Miguel de Orenes, é sabido cómo en Lima habian nombrado capitanes y el licenciado Cepeda tenia hecha junta de gente, se mandó poner gran cuidado en el campo y que no hobiese descuido en las velas y rondas, con pensar que el visorrey estaba preso. E como hobiesen salido de la cibdad de Los Reyes el contador mayor Agustin de Zárate é don Antonio de Ribera, luego con postas de indios fué el aviso á Gonzalo Pizarro dello é á lo que iban, avisándole siempre de lo que pasaba, é sabido por él mandó á Jerónimo de Villegas que fuese á la provincia de Xauxa con quince ó veinte arcabuceros á que en ella se hiciesen picas é pólvora, é con ayuda del vecino Caravantes, que era señor de cierta parte de la provincia de Xauxa, fueron hechas muchas, é pólvora, é tambien se mandó á Jerónimo de Villegas que fuese hasta donde encontrase al contador Agustin de Zárate é lo prendiese é tomase los despachos, é que á don Antonio de Ribera que lo dejase pasar, pues era tan amigo de todos que no habia por qué tener sospecha dél. E yendo Villegas á hacerlo ansí se partió Gonzalo Pizarro con su campo é salióle al camino Gomez de Solís, é Villalobos, é un Bonifaz que despues fué muerto por Pedro de Puelles en el Quito, con otros soldados hasta quince que de Las Chachapoyas habian salido con deseo de servirle, é llegados á su presencia fueron dél bien reci-

bidos, no embargante que su venida recreció algun alboroto, porque pensando que eran enemigos se tocó al arma, é aun dicen que algunos mostraron flaqueza en aquel dia de los que con Pizarro iban; é siguiendo sus jornadas allegó á la provincia de Xauxa, adonde en aquella sazon era llegado Lorenzo de Aldana, del cual diremos aquí su venida, porque atrás no hemos tenido lugar convenible para lo contar; y es que luego que el visorrey fué preso, como los Oidores tuviesen entendido el amistad que siempre hobo entre Lorenzo de Aldana é Gonzalo Pizarro, le rogaron que saliese de la cibdad á juntarse con él é á persuadirle deshiciese la gente y entrase acompañado de algunos amigos suyos, é para esto le dieron una carta para que la entregase en manos de Gonzalo Pizarro, é Aldana salió de la cibdad de Los Reyes á lo hacer así, é llegado á la provincia de Xauxa se vió en gran peligro, porque Caravajal, que iba delante, le encontró é le quiso cortar la cabeza, é dicen que la carta que traía de los Oidores hecha pedazos se la comió, é como Pizarro supo el aprieto en que Aldana estaba envió á mandar á Caravajal que no le hiciese ningun dapno, é á tiempo que envió este mensajero vino nueva cómo le habian muerto, é todos recibieron grande espanto en oirlo, é Pizarro tornó segunda vez á mandar que no le hiciesen ningun dapno, é Caravajal contra su voluntad le dió la vida, diciendo: *No pasarán muchos años* [*sin*] *que Pizarro no entienda que Aldana ni es bueno para amigo ni para temelle por que sea enemigo:* é pasado este trance en que Lorenzo de Aldana se vido, fué llevado delante la presencia de Gonzalo Pizarro, adonde por él fué bien recibido é informado de lo que pasaba en la cibdad de Los Reyes, é de la manera que el visorrey habia sido preso; é despues que Gonzalo Pizarro lo supo se partió de allí, quedándose Lorenzo de Aldana en aquella provincia á proveer en sus indios algunas cosas que le fué mandado.

CAPÍTULO LXXII

Cómo sabido en la villa de Plata la nueva de la ida de Pizarro á Los Reyes, Luis de Ribera é los que más allí estaban alzaron bandera por el rey, con determinación de se ir á juntar con su visorrey.

Bien via que iba contando [1] lo que [2] Gonzalo Pizarro hizo despues de haber llegado á Xauxa y [1] lo que ordenaban los Oidores y hacia el visorrey; [2] mas como yo [3] generalmente haya de dar noticia de todos los acaescimientos, hame de perdonar el letor, porque forzado tengo de llevar la escriptura como en un peso, y de tal manera que ni lo uno enhastíe ni lo otro se deje de saber; por tanto, pues el hecho de la Villa de la Plata vino á este tiempo, será razon [4] tratar un poco dello [5], y así digo, como en lo de atrás hicimos mincion, en [6] ella era teniente de gobernador por el licenciado Vaca de Castro Luis de Ribera, é como..... [7] lo que habian hecho. Esta respuesta es la que enviaron los de la villa de Chuquisaca, é despues de partido acordaron de estar apercebidos para que si Pizarro se airase contra ellos, poderse defender de la persona á quien él enviase, é por entonces no tenian por qué concibir temor, pues el planto é triste dia habia de ser junto al arroyo que por los campos de Guarina pasa.

CAPÍTULO LXXIII

Cómo los de la Villa de Plata, pasados algunos dias, se acordaron de ir á la cibdad de Los Reyes á se hellar [8] con el visorrey, y de cómo Luis de Ribera y los que con él iban supieron de la prision del visorrey.

Pues como los de la Villa de Plata hobiesen por sus cartas dado á entender á Pizarro su voluntad, y ansimismo hobiesen visto la provision real que de la Chancillería que en Los Reyes residia vino, con la cual habian mostrado la alegría que hemos dicho, y aun dieron, de albricias, al que la trujo, pasados de mill pesos de oro, mandáronla apregonar é que todos los que la oyesen, pues veian lo que en ella se contenia, se aparejasen dentro de tercero dia, armados de sus armas y en sus caballos, para ir á la cibdad de Los Reyes á se juntar con el visorrey é hacer lo que por él les fuese mandado; é luego que el pregon se dió, poniendo en él pena de muerte al que no lo cumpliese, é ser habido por traidor, se aparejaron para ir á servir á Su Majestad y acompañar la bandera que ansí se habia alzado hasta veinte é ocho hombres, vecinos y soldados, porque en aquel tiempo habia poca gente é fué nescesario que

[1] llevábamos enhilado el discurso de nuestra obra á. —[2] hizo.

[1] á.—[2] é.—[3] haya general.—[4] muy equivalente será que tratemos.—[5] é ya el letor se acordará cómo en nuestro proceso.—[6] en la villa de Plata.—[7] falta una hoja en el manuscrito; debióse de perder antes de encuadernarlo, porque ahora no hay vestigio de ella —[8] En el ms. *hablar*.

quedase alguna para que los indios no se rebelasen. Los que se movieron para ir á hacer el servicio ya dicho eran Luis de Ribera, justicia mayor que ya era por el Cabildo de aquella villa; el alcalde Antonio Alvarez; Lope de Mendieta, regidor perpetuo; Francisco de Retamoso; Hernando de Castillo, el cual iba por alférez; Lope de Mendoza, Diego Lopez de Zúñiga, Alonso Perez de Castillejo, Francisco Negral, Alonso de Camargo, Francisco de Tapia, don Gomez de Luna, Juan de Villanueva, Pedro de Vivanco, Hernando de Aldana. Todos éstos eran vecinos de la ya nombrada Villa de Plata. Los demás eran soldados; é ansí, teniendo en poco sus casas é haciendas, las dejaron sin ir adornados de otra cosa que buenas armas é caballos. Se dispidieron de los que en la villa quedaron, dejando por justicia mayor á Luis Perdomo, y en saliendo de la villa tendieron la bandera. Se dieron toda priesa á andar, recogiendo algunos soldados si habia por los caminos, y allegados á la provincia de los Carangues se juntó con ellos Juan Ortiz de Zárate con otros cuatro soldados, y ansí todos juntos seguían su viaje muy alegres en haber salido de su villa con tal propósito como llevaban, é deseaban grandemente salir ya á los arenales para ir con brevedad á Los Reyes é presentarse ante el acatamiento del visorrey Blasco Nuñez Vela, é dándose toda priesa á caminar allegaron á un pueblo que ha por nombre Hilabe, repartimiento del rey nuestro señor, el cual está en la provincia de Collao. Vieron venir á grande priesa un español que de la cibdad de Arequipa habia partido con cartas, é como llevasen gran deseo de saber nuevas del visorrey, el capitan Luis de Ribera mandó que fuesen abiertas é vieron que en ellas se contenia que los Oidores, favorescidos de muchos amigos suyos, habian preso al visorrey, é que Gonzalo Pizarro se iba acercando hácia la cibdad de Los Reyes, desde donde los Oidores le enviaron á hacer grandes ofrescimientos por que derramase la gente. Pues como esta nueva fuese oida por Luis de Ribera é los que con él estaban, grande é no pequeño fué el pesar que rescibieron viendo que se habian mostrado en servicio del rey é contra Gonzalo Pizarro, el cual, si entraba en Los Reyes como gobernador, para escaparse de sus manos otro remedio no tenian que irse á meter por los montes á estar en compañía de los brutos, y estando perplejos é indeterminables en lo que harian, acordaron de proseguir su viaje hasta Arequipa, adonde ternian certidumbre de la verdad, no dando fee entera á lo que en aquellas cartas venia, y ansí el capitan Luis de Ribera se partió, no dejando de llevar su alférez la bandera tendida, y anduvieron hasta que llegaron á la cibdad de Arequipa, é como los vecinos de aquella cibdad tuviesen ya mensajero con nuevas de la prision del visorrey é de cómo los Oidores se concertaban con Gonzalo Pizarro, estaban alegres é muy contentos, como si por ventura todos los más dellos no hobieran de hacer fin en Guarina, é como llegaron Luis de Ribera é sus compañeros á Arequipa, viendo con la intincion que de su villa habian salido, *y* el deseo que traían de se juntar con el visorrey, cobráronles grandísimo odio, mostrándoles rostros tristes, teniendo su venida por odiosa, y olvidados cuán amigos habian sido en los tiempos pasados no los querian en sus casas acoger, ni darles el hospedamiento que por ser prójimos eran obligados, antes con temores que les ponian procuraban de deshacer aquella noble compaña, que no poco aflegidos estaban de ver que habia salido verdad la nueva, y rescibieron muy grande espanto en oir que habian sido con tanta crueldad muertos Felipe Gutierrez, é Arias Maldonado, é Gaspar Rodriguez de Camporredondo, é del peligro que corrieron Alonso de Mendoza é Diego Centeno y otros.

CAPÍTULO LXXIV

Cómo Jerónimo de Villegas prendió al contador mayor Agustin de Zárate, é cómo don Antonio fué á encontrarse con Gonzalo Pizarro.

Grande aparejo tuvo el capitan Gonzalo Pizarro para que dél quedara memoria y el rey se tuviera por servido en ir á Los Reyes é procurar de volver al visorrey á la gobernacion, ya que por todos fuera obedescido por tal; mas la cobdicia priva el juicio para no hacer cosa acertada, especialmente cuando se sigue mando sobre alguna provincia; quien la puede haber, tiene por dificultad dejarla. El visorrey algunas veces habló en esto, deseando que Pizarro lo hiciera, mas muy desviado lo tenia de su pensamiento; el cual, despues de haberse proveido de picas é pólvora se partió de la provincia de Jauja para se acercar á la cibdad de Los Reyes. Jerónimo de Villegas se habia por su mandado partido adelante, y estando en la nevada sierra de Pariacaca el contador Agustin de Zárate é don Antonio de Ribera apeados de los caballos junto á un rio que allí estaba allegó Villegas con sus arcabuces é mandó á Agustin de Zárate que se detuviese sin más

pasar adelante. Don Antonio, como Gonzalo Pizarro habia mandado que lo dejasen ir á él, pasó adelante, y el contador fué allí detenido, tomándole la carta y provision, la cual enviaron á Gonzalo Pizarro, é de verla recibió mucho enojo, diciendo que los Oidores le querian con cautela engañar; é dándose don Antonio la más priesa que pudo allegó á se encontrar con él é le dió cuenta por extenso de lo que pasaba, é Pizarro mostró cartas que le habian enviado, de avisos, el licenciado Rodrigo Niño é Martin Pizarro, é luego entraron en consulta él y sus capitanes, adonde se trató del negocio, diciendo que ya que el licenciado Cepeda habia preso al visorrey, que ¿para qué habia hecho junta de gente é nombrado general e maese de campo? Don Antonio respondió que por estar seguro lo hizo, é Gonzalo Pizarro le preguntó si tenia á Cepeda por enemigo del visorrey, é díjole que sí, de lo cual se holgó no poco, diciendo que habia de tener al licenciado Cepeda encima de su cabeza; é pasadas otras cosas allegaron á Pariacaca, adonde estaba el contador mayor Agustin de Zárate muy temeroso de que Pizarro no le mandase matar, porque como era recien venido de España, adonde no se usa dejar de cumplir el mandado del rey, tenia el temor que digo; no obstante que este Agustin de Zárate es tenido por sabio y leido en las letras latinas, que era causa por donde él habia de mostrar ánimo libre, é por sus palabras, pues era avisado, darles á entender el yerro en que andaban, se mostró pusilánimo y el miedo é temor tenia metido ya en lo interior de su ánimo, y llegado Gonzalo Pizarro donde él estaba se anduvieron entrambos un espacio de tiempo paseando, diciéndole Pizarro que le contase por extenso la causa de su venida, é sabida por él le dijo que no le alborotase el campo ni dijese que traía provisión. Zárate le respondió que haria en aquel caso lo que le mandase, é que le rogaba no consintiese que se le fuese hecho ningun mal tratamiento, porque forzado de los Oidores vino con aquella embajada. Gonzalo Pizarro le aseguró y volviéndose á una tienda mandó que se juntasen los capitanes, los cuales venidos les contó lo que habia pasado con Agustin de Zárate, é que venido en su presencia lo tornasen á saber de nuevo é le respondiesen la respuesta que ellos viesen que convenia, y ansí mandaron á ocho arcabuceros que fuesen á le llamar é traerle de una tienda donde habia quedado, y él, como vido los arcabuces é las mechas encendidas, verdaderamente creyó que le querian matar, é con mucho temor fué allá, adonde Pizarro le dijo que contase allí delante los capitanes lo que á él le habia dicho, y Agustin de Zárate estaba tan temeroso de verse entre aquella gente, que habló poco é no bien ordenado, y le mandaron salir fuera, quedando platicando entre ellos la respuesta que darian á los Oidores, é si les enviarian carta, y al fin, llamado Agustin de Zárate, le dijeron que se volviese á los Oidores y les dijese que ellos habian salido de la cibdad del Cuzco acompañando al capitan Gonzalo Pizarro é que no era cosa justa dejarlo solo, ni que el campo se deshiciese, é que él y ellos irian á la cibdad de Los Reyes y dejadas asentadas las cosas del reino se volverian á sus casas, porque su intento no era otro que ver la supension de las nuevas leyes E al tiempo que salieron de Los Reyes Agustin de Zárate é don Antonio, dieron comision al contador para que ofresciese á Pizarro el gobierno de las provincias de Guamanga para arriba hacia el Cuzco, y que les quedase á ellos lo demás. A esto no quisieron responder cosa alguna, antes con lo que digo se partio el contador á la cibdad de Los Reyes, é Francisco de Caravajal salio á los soldados, diciéndoles: *Señores, los Oidores envian á mandar que Gonzalo Pizarro vaya acompañado tan solamente de treinta hombres, lo cual se entiende que ha de ser por hilera, por hilera, buenos caballeros, mis señores.*

CAPÍTULO LXXV

Cómo en la provincia de los Cañares se descubrieron grandes mineros de oro, é cómo por todas partes hasta el mar Oceano fué la nueva de la prision del visorrey.

Aunque yo quiera proseguir mucho tiempo una materia no puedo, á causa de las grandes cosas que subcedian en este reino, y por eso, pues mi historia es universal, general cuenta tengo de dar de todo lo que en él subcedia; é dejando de tratar de las cosas de Gonzalo Pizarro hasta que el discurso de la obra vuelva á ello, diremos agora que cincuenta leguas de la cibdad del Quito está la provincia de los Cañares, adondo estaban tan sumptuosos edificios en el asiento de Tomebamba como en mi libro de las fundaciones de las cibdades tengo dicho; y andando, pues, por esta provincia buscando minas, se hallaron unas tan grandes que en tiempo de un año se sacaron pasados de un millon y doscientos mill ducados, y eran tan bravas que en muchas bateas de la tierra que sacaban de los rios salian seiscientos y setecien-

tos pesos, y con la grandeza que aquí hobo, en poco tiempo todos los más de los vecinos de aquella cibdad se vieron ricos y prósperos; mas poco les duró el contento de sus riquezas. Al tiempo que el visorrey entró en los reinos del Perú, era gobernador en la provincia de Popayan el adelantado don Sebastian de Belalcazar, y en el nuevo reino de Granada, provincias de Bogotá, lo era el adelantado don Alonso de Lugo; la gobernacion de Cartagena, provincia que está situada en la costa del mar Oceano, gobernaba el adelantado don Pedro de Heredia, y como en estas provincias y regiones se divulgase la venida del visorrey, pesóles á todos los más de los españoles que en ellas vivian, en saber las nuevas Ordenanzas que traia, é tenian gran deseo de ver si los vecinos y señores de indios del Perú las obedescian, teniendo por cosa dificultosa el rigor dellas. Mas como los indios de Cartagena sean de poco precio, no tenian pensamiento los encomenderos de ponerse en ningun trabajo por ellos, y tambien habia nueva cómo Su Majestad del Emperador nuestro señor, con acuerdo de los del su Consejo y por las diferencias que habia habido entre los adelantados don Sabastian [1] de Belalcazar y don Pascual de Andagoya y el mariscal don Jorge Robledo, se proveia con poderes bastantes y muy amplísimos de juez de residencia y comisario general, universal gobernador, al licenciado Miguel Diaz Almendariz, del cual trataré adelante cuando el discurso de la obra diere lugar; y no obstante que se tenia esta nueva, sin lo dar á entender deseaban que el visorrey no fuese recebido en la cibdad de Los Reyes, y aun que los del Perú no obedesciesen las Ordenanzas, y estando aguardando á ver el fin destas cosas, no se pasó muchos dias cuando vino nueva á la cibdad de Cali cómo Blasco Nuñez habia sido recebido en la cibdad de Los Reyes por visorrey. Con esta nueva, aunque no la tuvieron por alegre, todo se asosegó y el adelantado don Alonso de Lugo, despues de haber hecho grandes insultos y recogido como pudo, á lo que dicen, mucha cantidad de oro y ricas esmeraldas, y aun afirman que lo más del nuevo reino quedó revuelto, teniendo atencion á solo su interese, se partió para los reinos d'España; la hacienda real que llevó de la caja de Su Majestad la entregó, segun dicen, á sus oficiales, que residen en la cibdad de Sevilla; y ansí pasaron alguna calamidad en aquel reino, y á cabo de algunos dias, estando yo en la cibdad de Cali allegó otra nueva que decia que habia grandes congregaciones y movimientos en las provincias del Cuzco, é que Gonzalo Pizarro con título de procurador general venia á responder por todo el reino é á suplicar de las Ordenanzas, é que el visorrey habia muerto al fator Illan Suarez de Caravajal, é que aguardaba que volviese el obispo de Los Reyes, y el regente, que habian ido á hablar á Pizarro sobre aquellos negocios; como esto se decia, todos deseaban que las Ordenanzas no fuesen obedescidas, é aunque los del Perú se pusiesen en arma, é como la prision del visorrey fuese en aquellos tiempos, la nueva tambien llegó á aquellas gobernaciones, é denostando al visorrey decian: *Tomá la gente del Perú que tal es, é vereis cómo os va con ella;* y á la verdad, como no sabian lo que habia de suceder, no me espanto que se holgasen, pues tiempo vino que lloraron y de veras, y aun con entrambos ojos.

CAPÍTULO LXXVI

De cómo el contador Agustin de Zárate allegó á la cibdad de Los Reyes, é de lo que pasó con los Oidores, é de cómo se entendió [*que*] *Gonzalo Pizarro queria ser gobernador.*

No terná el letor olvidado de cómo los Oidores habian enviado con embajada á Gonzalo Pizarro al contador mayor Agustin de Zárate, é lo que pasó con Gonzalo Pizarro en Pariacaca, desde donde volvió á la cibdad de Los Reyes, é aunque atrás dije que no le dieron carta en el campo de Gonzalo Pizarro, engañéme, porque él trujo una firmada de los capitanes, que eran Francisco de Caravajal, Hernando Bachicao, Juan Velez de Guevara, don Pedro de Puertocarrero, Pedro de Hinojosa, Pedro Cermeño, Pedro de Puelles, Jerónimo de Villegas, Gonzalo Diaz de Pineda, Diego de Gumiel *y* Francisco Maldonado, la cual era de creencia, diciendo en ella á los Oidores que allá iba con el mensaje Agustin de Zárate, con el cual ellos habian hablado y comunicado lo que más al servicio de Dios Nuestro Señor convenia y de Su Majestad; que diese entero crédito á lo que él dijese, sin salir un punto dello. En este tiempo ya habia llegado á la cibdad de Los Reyes el obispo don Jerónimo de Loaysa y fué avisado de todo lo que pasaba; pues como el contador allegase á los Reyes é los Oidores supiesen de su venida, acordaron de ir á las casas del licenciado Zárate, que era uno de los Oidores, á tener ayuntamiento, porque estaba enfermo, y ansí se fizo, é lla-

[1] Así se halla este nombre la mayor parte de las veces en el manuscrito.

mado á la consulta, al contador le mandaron que dijese lo que habia pasado con Gonzalo Pizarro é sus capitanes, el cual respondió: Lo que yo tengo entendido que Gonzalo Pizarro quiere, é sus capitanes, es ser gobernador absolutamente en todo el Perú, desde Quito hasta Las Charcas, sin que en él haya otro que sea su igual, y si se lo contradijeren, matar á vosotros y poner la cibdad á saco; y esto es lo que yo entiendo, lo cual digo en tan breves palabras. Los Oidores le mandaron que asentase aquella respuesta en el libro de acuerdo é lo firmase de su nombre, é respondió que no lo haria en ninguna manera, porque despues, siendo sabido por Gonzalo Pizarro, le mataria, é que él era ley viva, é que siempre que le fuese mandado daria cuenta de lo que allí decia. Los Oidores, visto que Gonzalo Pizarro llegaba ya cerca y que no les era siguro compeler Agustin de Zárate, pasaron por su respuesta, é como ya hobiese llegado al puerto de la cibdad de Los Reyes la nave en que estaba el licenciado Vaca de Castro, paresciójes que seria cosa provechosa para ellos ir á tomar su parescer, pues era del Consejo Real del rey nuestro señor é habia sido su gobernador é capitan general de todo el Perú; é así fué el doctor Tejada, que era uno de los Oidores, con el secretario Pero Lopez, adonde estaba, é le habló sobre aquel negocio, pidiéndole en nombre de todos parèscer si seria cosa acertada, por excusar los daños que podia*n* resultar *de* dar la gobernacion á Gonzalo Pizarro. Vaca de Castro, habiéndose cuerdamente, respondió palabras graves y breves, diciendo quel negocio era pesado é que para pensallo era menester tiempo. Que él se miraria en ello y daria la respuesta, y ansí estuvo firme sin se querer entremeter en aquello que los Oidores querian facer, y aunqu'el mismo licenciado Cepeda fué á hablarle sobre lo mismo, respondió equivocadamente, sin querer dar parescer en que era bien fecho, antes por sus palabras se colegia lo contrario. En este tiempo allegaron al pueblo de Pachacama el licenciado Benito Suarez de Carvajal é Pedro de los Rios, que venian á se juntar con el visorrey, é como supieron lo que pasaba, no poca pena recibieron é temieron ser muertos por Gonzalo Pizarro. E Pedro de los Rios habló á Gonzalo Martel de la Puente, su cuñado, para que fuese á encontrarse con él é procurase el perdon, é llegado Gonzalo Martel fácil cosa fué de acabar, porque tenia grande amistad con Pedro de los Rios por la antigüedad, é *la* cerca del Cuzco, adonde entrambos se hallaron.

CAPÍTULO LXXVII

Cómo de la cibdad de Los Reyes salieron algunos vecinos é otras personas á recebir á Gonzalo Pizarro, el cual iba con buena ordenanza caminando hácia ella.

Por la manera que hemos contado allegó Gonzalo Pizarro hasta la [1] sierra de Pariacaca, y estaba muy contento en ver que sus negocios se hacian tan prósperos, que creia que sin dificultad podria haber el gobierno de las provincias, é qu' estando apoderado dellas, que seria fácil cosa de acabar con el rey que aprobando le inviase provisiones para que le rescibiese*n* por su gobernador; é siempre tomaba su parescer con el capitan Francisco de Caravajal, soldado muy antiguo en Italia y en otras partes, é muy entendido é de juicio muy vivo é de memoria muy clara, é que si tomara otro camino que fuera más derecho, cierto se contara por muy excelente varon; mas como de suyo fuese cruel é vicioso é mal cristiano, como el tiempo le diese ya aparejo deseaba el sanguinario empezar á derramar sangre é que por ser cruel su nombre en todas partes fuese temido. Este le aconsejaba que ya no era tiempo de piedad; antes, que si no le fuese enviada la provision de gobernador, matase á todos los que lo estorbasen é se apoderase del reino de la manera que pudiese, trayéndole muchos ejemplos de hombres poderosos que por fuerza de armas comprehendieron gobernaciones é se quedaron con estados é reinos; é ansi, por consejo de Caravajal, Gonzalo Pizarro, dejando el real camino que va del valle de Jauja á Los Reyes, mandó marchar el campo por otro que se hacia á la mano siniestra, que iba á salir al valle de Pachacama, para por él allegar á la cibdad de Los Reyes, de donde como supiesen estar tan cerca salieron algunos vecinos é otras personas á le rescibir, é le facian grandes ofertas para le servir, prometiendo para ello sus personas é haciendas, dándole cuenta de lo que habia pasado é de cómo el visorrey era ido con Alvarez: y ansí, con buena órden que mandaba llevar abajaron al valle de Pachacama, é todo el carruaje que venia en su bagaje era *llevado* encima de los hombros de los tristes indios, que no pocos dellos murieron de cansados é quebrantados. Martin de Robles é su hermano Antonio de Robles tambien salieron á hacer reverencia á Gonzalo Pizarro y hicieron las ofertas y ofrescimientos que los demás, con toda instancia.

[1] blanca.

CAPÍTULO LXXVIII

Cómo el maese de campo Francisco de Caravajal, por mandado de Gonzalo Pizarro fué á la cibdad de Los Reyes á prender y matar á los vecinos que del Cuzco habian venido.

En alguna manera podriamos compadescer el escrebir de las guerras ceviles pasadas, porque no obstante que en el reino, despues de la rota de las Salinas é desbarate de Abancay subcediese la muerte del [1] marqués, y don Diego usurpase el reino, eran todas pasiones particulares que rescrecieron de las [2] que hobo entre los dos gobernadores, é despues, aunqu' el reino estuvo tiranizado é se rescrecieron algunas muertes hasta que se dió la cruel batalla en Chupas, no fueron tantas ni tan lamentables como serán de aquí adelante, de lo cual no rescibo poca pena en lo escrebir. Mario y el cruel Sila é Dionisio con otros tiranos fueron crueles con solamente sus enemigos; mas éste, ni daba la vida al enemigo ni perdonaba al amigo aunque el yerro fuese fácil é la culpa no grande [3], y cierto se rescibió en la cibdad de Los Reyes gran temor en ver que Francisco de Caravajal, sin culpa ni razon ninguna, de los ramos de un árbol fuesen por él ahorcados Martin de Florencia é Pedro del Barco é Pedro de Saavedra, como luego diré [4] ó daré á entender [5] con toda claridad; é lo que pasó es que como todos los que venian de la cibdad de Los Reyes, holgándose de ver á Gonzalo Pizarro junto á su cibdad, le nombraban gobernador, llamándole señoría, é como él otra cosa no desease, é ya desde Goamanga todos lo mismo le llamasen, deseaba que sin dilacion ni poner inconvinientes, los Oidores por via de Audiencia hiciesen el mismo nombramiento é le diesen provision para que lo pudiese ser, é como le avisasen que los Oidores no tenian tal propósito, aconsejado de su maestre de campo Francisco de Caravajal é de otros capitanes suyos, acuerda que con temores que rescibian de ver muertos á algunos de los qu' ellos tenian por odiosos, viniesen á complir su deseo, é como al tiempo que Gonzalo Pizarro saliese de la gran cibdad del Cuzco con la facinerosa empresa que traian, se huyesen della Gabriel de Rojas, é Garcilaso de la Vega, é Jerónimo de Sória, é Jerónimo Costilla, é de la cibdad de Arequipa Luis de Leon, é despues el licenciado Caravajal, é Martin de Florencia con otros, acuerda que Francisco de Caravajal vaya con otros á la cibdad de Los Reyes y entrando en ella á la primera vigilia de la noche los prenda á todos los más que pudiere haber é los mate sin tener misericordia ni piedad, é qu' el capitan Pedro de Puelles con algunas lanzas fuese á correr el campo, hasta entrar dentro en la cibdad, é mirando cómo estaba la gente della se volviese á le dar aviso; é porque acertase Caravajal á dónde posaban todos los que habia de prender, llevó por guia á Antonio de Robles, porque desto queria servir; mas Dios, como es tan justo, le dió el pago con ser muerto como la historia dirá adelante. Quieren tambien decir que Martin de Robles, su hermano, fué á lo mismo, é yendo el cruel de Caravajal acompañado de algunos arcabuceros fué para la cibdad, y entrando en ella con la escuridad de la noche, que otra claridad no habia que la que mostraban el claro y muy sereno cielo que en aquella region jamás las nubes no engrosan con su escuridad, antes está sereno é tan hermoso que hasta agora en el mundo no se sabe que en ninguna region sea tan excelente. Allegado á la cibdad, Caravajal, fué á prender al capitan Garcilaso é á Gabriel de Rojas, é por aviso que tuvieron huyeron, é yendo donde estaba*n* Machin de Florencia, é Pedro del Barco, vecino del Cuzco, fueron presos, é lo mismo Luis de Leon, vecino de Arequipa; é Jerónimo Costilla salió huyendo de la cibdad con pensamiento de *se* ir á juntar con el visorrey, é tambien huyó Jerónimo de Sória é Gaspar Gil, é como Caravajal no los pudiese haber á la mano, le fueron robados todos sus dineros é haciendas, é á Garcilaso é á ellos le fué quitada la encomienda que tenian de indios, é pasaron por grandes trabajos; é toda la cibdad andaba alborotada é los vecinos estaban temerosos no fuese robada la cibdad é sus mujeres forzadas, aunque yo no sé el pensamiento de todos qué tal era. Tambien se prendió el capitan Vasco de Guevara y otros algunos, entre los cuales fué Manjarrés.

[1] viejo.—[2] domésticas.—[3] Despues de la muerte del famoso tirano Cayo Jullio Cesar, concordados Otaviano Augusto, y Marco Antonio, é Lépido, é repartido entre ellos el mundo por la forma del triunvirato, usaron de aquella tan gran crueldad de la proscricion, adonde fueron muertos tantos varones consulares, y entrellos aquella lengua de sabiduría Marco Tullio Ciceron, é dice Suetonio y otros autores que traido á la cibdad de Roma é puesta en el Foro della su cabeza é mano derecha, fué grande el espanto que recibieron los romanos de lo ver, é no menos se.—[4] mas, é yo proseguiré, dejando aparte mi aflicion, lo comenzado.—[5] lo que subcedia.

CAPÍTULO LXXIX

De cómo fueron ahorcados Machin de Florencia é Pedro del Barco é Pedro de Saavedra, é de cómo el capitan Pedro de Puelles, allegado á la cibdad, dió la vuelta á juntarse con Gonzalo Pizarro.

Por la manera que habemos contado fueron presos Machin de Florencia é Pedro del Barco, hombres que mucho habian servido en conquistas y en otras guerras al rey nuestro señor é que no eran dignos de ser muertos tan cruelmente; mas en tiempo de tiranos los buenos é virtuosos padescen é los inquietos é de ruines mañas se sustentan, hasta que Dios con su castigo les da el pago que los facinerosos merescen. Tambien fué preso Pedro de Saavedra, é despues que Caravajal, ansí á ellos como á los que se huyeron hubo robado lo que tenian, que no era poco, fué á la cárcel y llamando á Pedro del Barco, y á Machin de Florencia, y á Manjarrés, y á Luis de Leon, para que los llevasen á matar, despues de haber usado con ellos de una gran liberalidad, que fué, sabido que habian de morir, dar lugar que fuesen confesados, Manjarrés, mirando agudamente que para salvar la vida no tenia otro remedio sino cebar con el dinero, qu'es anzuelo para coger á los codiciosos, y la cobdicia insiaciable de Caravajal no era poca, llamólo con grande humildad y metiéndole por debajo la ropa dos pedazos de oro que valian poco menos de dos mill pesos, le dijo: *Señor capitan, sea eso para guantes, y vuestra merced se acuerde de mí.* Caravajal, como sintió lo que era, sin pensar ni más oir dijo: *Metan allá al señor Manjarrés y saquen á Pedro de Sayavedra,* el cual hasta entonces no lo pensaba matar, y el oro de Manjarrés fué parte para dalle á él la vida y al otro la muerte; y ansí, sin más pensar salió con ellos fuera de la cibdad á ponerse junto á un árbol que cerca della estaba, donde tenia pensado que los tristes hobiesen fin, é cuando allegó al árbol ya el dia habia salido y Pedro de Puelles venia, el cual, como emparejase con el maestre de campo, con grandes risas dijo: *Ea, buenos caballeros, corred el campo é no pareis aquí, que embarazais á estos caballeros en el camino que han de llevar*; y ellos, que la misma intencion tenian que él, pasaron sin nada les decir, é despues de haber confesado los hombres sin culpa, mandó el verdugo que todos cuatro, de cuatro sogas quedasen allí sepultados. Luis de Leon tenia un hermano que andaba en servicio de Gonzalo Pizarro, y por intercision deste se le dió la vida, é los demas, dadas á sus gargantas las vueltas de las sogas, fueron muertos, é la nueva fué á la cibdad de Los Reyes y puso tan grande espanto que causó tanto temor que algunos quisieron desamparar la cibdad, é sin tiento se preguntaban unos á otros ¿qué crímen habian cometido por donde meresciesen ser muertos? y en conclusion, aquel dia fué de juicio y de grande aflicion. Pedro de Puelles con sus compañeros entró en la cibdad, diciendo él y ellos muchas veces: *¡Viva por muchos años, viva el gobernador Gonzalo Pizarro!* é andando paseando por la cibdad, allegados á las casas de Maria d'Escobar, aposento del licenciado Cepeda, viéronlo estar armado con una cota, pensativo y el rostro muy triste, porque no poco estaba arrepentido de lo pasado. Pedro de Puelles se volvió adonde estaba Gonzalo Pizarro. E Caravajal mandó poner en los cuerpos de los muertos rétulos que decian: *Por amotinadores*; y Gonzalo Pizarro envió al Cuzco á mandar que le inviasen la hacienda de Pedro del Barco y la de Martin de Florencia, que no era poca, aunque despues se fizo en Paria almoneda de los bienes de Pedro del Barco, la cual valió pasados de cient mill escudos.

CAPÍTULO LXXX

Cómo los Oidores, con parescer de los obispos de Lima é Quito é de otras personas, acordaron de nombrar á Gonzalo Pizarro por gobernador é le dieron provision dello.

Público era en la cibdad de Los Reyes por todos los que en ella estaban Gonzalo Pizarro querer la gobernacion con achaque que le pertenescia por la cláusula del testamento del marqués su hermano. El licenciado Cepeda é los Oidores, al tiempo quel visorrey fué preso creyeron quel campo suyo luego fuera deshecho é que todas las provincias del reino fueran gobernadas por el Audiencia, é Cepeda siendo Presidente lo ordenaria todo á su voluntad; é como las cosas hobiesen subcedido de otro arte qu' ellos pensaron, é viesen que Gonzalo Pizarro con tanta desvergüenza hobiese llegado á la cibdad de Los Reyes é sin justicia muertos aquellos vecinos, é que los qu'estaban en la misma cibdad salian á le servir no haciendo caso dellos, é que si se querian poner en resistencia no eran bastantes, é que ya Pizarro por ninguna via queria dejar de haber el gobierno, é no embargante que el licenciado Vaca de Castro no quiso dalles sobrello su parescer, acordaron de tomallo de los obispos

é oficiales del rey y facer lo qu'estos les aconsejasen, é así, á pedimiento de los Oidores se juntaron el obispo de Los Reyes don Jerónimo de Loaysa, é don Juan Solano, obispo del Cuzco, é don Garci Diaz, electo obispo del Quito, é fray Tomas de Sant Martin, provincial de los dominicos, é Agustin de Zárate, contador [1] de cuentas, y Alonso Riquelme, tesorero de Su Majestad, é García de Saucedo, su veedor, é Juan de Cáceres, su contador; é juntos todos estos perlados é oficiales é los Oidores Tejada é Zárate, Cepeda habló en esta manera: que por ser negocio que tanto importaba al servicio de Su Majestad, habia con toda humildad interrogado quisiesen juntarse con él y con los demás Oidores para tratar lo que se habia de hacer sobre lo que Gonzalo Pizarro pedia, pues los negocios estaban en términos muy diferentes de lo que al principio se creyó, é Gonzalo Pizarro buscaba ocasion para tiranizar las provincias; que cada uno dijese su parescer é despues se escogiese el mejor camino é por donde Su Majestad no fuese deservido; é dichas estas palabras por el licenciado Cepeda, trataron sobre aquel negocio, é no embargante que se habló en la desvergüenza con que Gonzalo Pizarro venia, é las muertes é prisiones que habia hecho, é que para poner freno á su osadia era nescesario darle la gobernacion, si yo tengo de decir la verdad, lo deseaban é le favorescian, é ansí por votos se vino á resumir el acuerdo en que se le diese la gobernacion con que hiciese pleito homenaje de la dejar siempre y en todo tiempo que por Su Majestad le fuese mandado, y en el libro del acuerdo se asentaron los votos y paresceres de los perlados y oficiales, los cuales fueron, dejando aparte las causas é inconvinientes que ponian, que fuese gobernador, é lo firmaron de sus nombres; é yendo á firmar el licenciado Zárate delante del secretario Pero Lopez é Simon de Alzate, escribano, dijo mirando contra los que estaban en la congregacion: *Escribanos, dadme por testimonio cómo juro á Dios y á esta cruz ✠ que firmo esta provision de miedo é porque no me maten, porque yo no tengo poder para echar tal firma, é todos me sean testigos de lo que digo.* Lo cual oido por el doctor Lison de Tejada, dicen que dijo: *Dalda acá, que yo no la firmaré de miedo;* y firmó, y cuando iba á firmar el licenciado Cepeda, dicen tambien que dijo que lo firmaba tambien de miedo; lo cual acabado, la consulta se deshizo y cada uno se fué á su casa.

[1] mayor.

CAPÍTULO LXXXI

En que se contiene la provision que dieron los Oidores á Gonzalo Pizarro de gobernador del Perú, la cual se apregonó despues de le haber recibido por tal.

Como se hobiese determinado de dar título de gobernador á Gonzalo Pizarro, no embargante que á los Oidores y á los más que se hallaron en las juntas y congregaciones les pesase y viesen que era añidir maldad á maldad, é que Su Majestad no les dió poder para que elegiesen gobernador, sino para que quitando los que habia la tierra estuviese libre, y ellos como Oidores é Presidente, siendo número de cuatro, representase un cuerpo el cual tuviese un sonido que era su nombre y apellido real, de tal manera que ninguno osase, sin temor de Dios ni suyo, irse á rienda suelta tras su cobdicia para que mediante la gran insaciabilidad della fuesen hechos tanctos insultos y muertos tantos indios por roballes lo suyo, é si lo hiciesen que lo castigasen con toda severidad; mas viendo cuán poca parte eran, hobieron de conformarse con la voluntad del tirano, aunque fué gran menoscabo dellos, porque en lo que toca al rey, en la hora que tuvieron atrevimiento para prender á su visorrey no tuvo en nada su hecho, ni su autoridad real rescibió deservicio, pues está claro si como estaba en Alemania gozando de sus trofeos estuviera en Lima, ni Gonzalo Pizarro fuera gobernador ni aun se levantara su ánimo á ser más que un particular; y al fin, visto que se habia de hacer, despues de haber dado una peticion algunos procuradores, diz que en nombre de las cibdades ordenaron la provision que aquí se pone, la cual ni tuvo vigor ni fué sino para engañar el tirano á los simples; el tenor de la cual es este que se sigue:

DON CARLOS, por la divina clemencia emperador semper augusto, rey de Alemania; Doña Juana su madre, y el mismo Don Cárlos, por la misma gracia reyes de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Cecilias, de Jerusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Múrcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias, islas é tierra firme del mar Oceano; condes de Barcelona, señores de Vizcaya é de Molina, duques de Aténas y de Neopatria, condes de Ruisellon é de Cerdania, marqués de Oristan é de Go-

ciano, archiduque de Austria, duque de Borgoña é de Brabante, conde de Flandes é de Tirol; por cuanto por parte de los procuradores de las cibdades y villas destos reinos, contenidos en una peticion que ante el nuestro presidente é Oidores de la Audiencia Real que reside en los dichos reinos del Perú fué presentada, nos fué hecha relacion que bien sabiamos la junta de gente y alteracion que en los dichos reinos ha habido ansí despues que Blasco Nuñez Vela vino por visorrey á ellos, y que no se podia refrenar la disolucion de la dicha gente, por ser belicosa, si no hobiese persona que la tuviese debajo de órden y regla y á quien tuviesen respeto é acatamiento, de lo cual se sigueria que la dicha nuestra Real Audiencia no fuese tenida en la veneracion que se requiere, ni nuestra justicia fuese ejecutada, ni *las* personas y haciendas de los vecinos destos reinos tuviesen la seguridad que se requiere; por todo lo cual y por otras muchas razones contenidas en la dicha peticion, convenia proveer gente é capitan general que hiciese y ejecutase lo susodicho é todo lo demás que los otros gobernadores que han sido destos reinos suelen y acostumbran ejercer y ejecutar, por lo cual ninguna persona de presente ocurria que mejor y más fácilmente y con mayor contentamiento destos dichos reinos pudiese administrar el dicho cargo que era Gonzalo Pizarro, que al presente es procurador general dellos, ansí porque por haber sido conquistador es muy amado generalmente de todos los vecinos y gente de guerra y siempre ha mostrado muy gran celo á nuestro servicio y á la ejecucion de la nuestra real justicia y acrescentamiento de nuestra real hacienda; de como por el respecto y veneracion que comunmente se le tiene por ser hermano del marqués don Francisco Pizarro, que con su buena industria y ventura descubrió é conquistó esta tierra, de cuya riqueza hemos sido tantas veces socorrido *en* las nuestras nescesidades; por ende, que nos suplicaban é pedian por merced mandásemos proveer el dicho cargo de gobernador y capitan general al dicho Gonzalo Pizarro hasta tanto que siendo yo el rey consultado sobrello provea é mande lo que á nuestro servicio convenga, porque si se hobiese d' esperar la dicha provision sin proveerlo, en el entretanto subcederian muy grandes inconvinientes y toctal destruicion destos reinos; ó que sobrellos proveyésemos como la nuestra merced fuese servido; lo cual, visto por los dichos nuestro presidente é Oidores, é comunicado é praticado con los perlados destos reinos y con otras personas de letras y conciencia, y con los oficiales de nuestra real hacienda y otros criados nuestros que se presume que ternán á nuestro servicio el celo y respecto que nos tienen jurado y prometido, fué acordado que debiamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razon, y nos tovímoslo por bien, é por la presente, acatando, demás de lo susodicho, los buenos y leales servicios hechos á nuestra corona real por el marqués don Francisco Pizarro, ya difunto, primer descubridor é conquistador desta tierra, y quel dicho Gonzalo Pizarro nos ha servido en ella, y esperando que así lo continuará de aquí adelante, le hacemos é nombramos nuestro gobernador é capitan general para que lo use segun é de la manera que lo usó y ejerció é pudo usar y ejercer el dicho marqués don Francisco Pizarro su hermano y los otros nuestros gobernadores que han sido en estos dichos nuestros reinos, hasta tancto que siendo yo el rey informado del estado dellos provea é mande lo que á nuestro servicio convenga; y mandamos á todos los Consejos, alcaldes, regidores, caballeros, escuderos, oficiales, homes buenos, y á los capitanes é gente de guerra destos dichos reinos, que hecho por el dicho Gonzalo Pizarro el juramento é solenidad que por los otros nuestros gobernadores se suele y acostumbra hacer, le hayan y reciban y tengan por tal nuestro gobernador y capitan general dellos hasta tancto que otra cosa proveamos y mandemos, segund dicho es, y le guarden y hagan guardar todas las honras, gracias y mercedes, franquezas, libertades, prerrogativas é inmunidades que por razon del dicho oficio le deben ser guardadas, y mandamos al dicho Gonzalo Pizarro que guarde y haga guardar todas las cédulas é instruciones é otros mandactos nuestros, particulares é generales, dirigidos por nós al dicho marqués su hermano y á los otros gobernadores que han sido destos dichos reinos, cerca de la conservacion de los naturales y de la administracion de la justicia é de la buena gobernacion dellos, bien ansí como si á él fueran dirigidas; para lo cual y para todo lo que dicho es, por esta nuestra carta le damos poder complido con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades, y los unos ni los otros no fagades ni fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merced é de cada diez mill pesos de buen oro para la nuestra Cámara é fisco. Dada en la cibdad de Los Reyes á veinte é un dia del mes de Noviembre de mill é quinientos é cuarenta é cuatro años. Yo, Pero Lopez, escribano de Cámara de sus cesáreas católicas majestades,

la fice escribir por su mandado, con acuerdo de sus Oidores. Y en las espaldas de la dicha provision estaban las señales é firmas siguientes: el licenciado Cepeda, el doctor Lison de Tejada, el licenciado Zárate. Registrada, Pero Lopez. Por chanciller, Hernando de San Pedro.

CAPÍTULO LXXXII

De cómo los Oidores con otros de la cibdad salieron á rescibir á Gonzalo Pizarro, el cual entró en la cibdad y en ella por el [1] *cabildo fué recibido por gobernador.*

Muy cerca de la cibdad de Los Reyes tenia situado su campo Gonzalo Pizarro y enviaba muchos mensajeros á ella para que con brevedad le fuese dado el nombre de gobernador, y como ya estuviese la provision ordenada y aun firmada, en breve le fué el aviso, de que no poca alegría él y sus cómplices rescibieron, y este dia los obispos salieron á le ver, y aun los Oidores Cepeda y Tejada ficieron lo mismo, los cuales despues de haber hecho con él sus conciertos é tenido sus práticas se volvieron á la cibdad, dándole todos los más que salian y con él venian la norabuena de la señoría, á lo cual dicen que dijo: *Ahora bien, vosotros me habeis fecho gobernador no lo procurando yo, y habeisme quitado de mi reposo; tened pecho, que yo juro que lo he de sustentar:* é mandó que toda la gente se armase, é poner á punto toda el artellería y que fuesen todos en escuadron como si hobieran de dar batalla, é con esta órden entró en la cibdad, é llegados en mitad de la plaza se asentó el artilleria, é Bachicao, el capitan della, la disparó con gran ruido, é Gonzalo Pizarro mandó que los regidores entrasen en cabildo, é por virtud de una provision que los Oidores le dieron en que le nombraban gobernador, le rescibieron por tal con las condiciones é formas ya dichas, y él de que haria justicia. Dió por fiadores á Juan Alonso Palomino, é Lope Martin, é Tomás Vazquez con otros vecinos del Cuzco, los cuales con sus personas é haciendas se obligaron á pagar los daños é desafueros que por él fuesen fechos, lo cual no podrian, segun fueron tantos, si la señoría de Venecia no les diese para ello los redictos de su cibdad; pues como le hobieron nombrado gobernador, fueron sonadas en señal de alegria muchas trompetas é otros instrumentos musicales y en toda la cibdad se mostraba contento, y el nuevo gobernador dió buena esperanza de sí, haciendo una breve habla amonestando á que todos le fuesen amigos, pues sabian que el gobierno en nombre del rey pertenescía á él y de justicia no se lo podian quitar; é pasado este acto se fué á apear, habiendo sido todo hecho ante Diego Gutierrez, escribano del cabildo. Algunos hobo que aconsejaban á Gonzalo Pizarro que prendiese á los Oidores y los enviase al visorrey; mas él no lo quiso hacer, antes lo avisó á Cepeda, asegurándole que no rescibiria dél ningun daño, antes le ternia por muy singular amigo; Grabriel de Rojas y Diego de Silva con otros fueron presos, y tambien lo fué el licenciado Benito Suarez de Caravajal, por ciertas cartas que se *le* hallaron; Gonzalo Pizarro mandaba que fuesen muertos, y en poco estuvo que no lo fuesen, especialmente el licenciado Caravajal, por aquellas cartas; mas al fin tanctos rogaron á Gonzalo Pizarro por ellos, que los hobo de perdonar y les fueron dadas sus casas por cárcel, y en breve tiempo fué la nueva á todas partes. Tambien fué preso el capitan Alonso de Cáceres, vecino de Arequipa, é pasó harto riesgo su vida. En el puerto tan solamente estaba un navio, en el cual tenia preso al licenciado Vaca de Castro, é como Gonzalo Pizarro supiese no haber querido dar parescer para que le fuese dada la gobernacion, tomóle grande odio é mandó que fuese mirado con todo cuidado y no se huyese, y ansí lo fué algunos dias, y no faltó de sus amigos quien le avisó que procurase de se huir, porque cierto, si no lo hacia, le matarian, é yendo á la nave Garcia de Montalvo, el que fué su teniente de gobernador de la cibdad del Cuzco, y estando en tierra Almendras, que le miraba, Vaca de Castro se alzó con el navío é compelió al maestre é marineros que fuesen á Panamá, aunque contra su voluntad, y ansí se salió de el puerto el licenciado Vaca de Castro, llevándose el artillería que habia en el navío, é como en la cibdad se supiese de su ida hubo grande alboroto y Gonzalo Pizarro lo sintió mucho, porque pensaba inviar en aquel navio á Martin de Robles para que fuese á saber qué habia sido del visorrey. En breve tiempo fué la nueva á la cibdad del Cuzco y á la de Trujillo y á otras partes de cómo Gonzalo Pizarro estaba rescibido por gobernador en la cibdad de Los Reyes, é Diego Maldonado, que en la cibdad del Cuzco habia quedado por teniente é justicia, temiendo no le enviasen á matar por la bandera que allí alzó, tomó por cosa más segura irse á presentar delante de Gonzalo Pizarro; y Caravajal, que no le tenia poco odio, habia en

[1] En el ms. *del*.

muchas partes de los valles mandado poner soldados que bastasen á le prender, creyendo que con su muerte heredaria á Diego Maldonado, que en aquellos tiempos por su riqueza en todo el Perú era llamado Diego Maldonado el rico. Gonzalo Pizarro, despues de haber tenido algunos dias presos al capitan Vasco de Guevara, y Alonso Perez d'Esquibel, y á Luis de Leon, los desterró y mandó que se fuesen á Las Charcas á cumplir el destierro, y á otros de los presos quitó la encomienda de indios, de manera que ya se comenzaba á mostrar tirano.

CAPÍTULO LXXXIII

Cómo en la cibdad de Los Reyes fué muerto el capitan Diego Gumiel por mandado de Gonzalo Pizarro, y lo mismo Rodrigo Nuñez, maestre de campo que fué del adelantado don Diego de Almagro.

Bien habrá el letor entendido cómo Gonzalo Pizarro fué enviado por gobernador, y cómo usaba de tal cargo, y tambien de la ida de Vaca de Castro, juntamente las más cosas que la historia ha tratado, y estando Gonzalo Pizarro en gran trunfo, obedescido de todos, y que ninguno entendia sino en cómo le poder mejor servir, dándose á pasatiempos, sus capitanes y él estaban con deseo de saber nuevas del subceso del visorrey y á qué parte habia ido aportar; subcedió la muerte de Diego Gumiel, su capitan, la cual para dársela no se hallan bastantes causas, mas de que estando una noche en las casas del capitan Martin de Robles arrepentido de haber metídose con Gonzalo Pizarro en aquella demanda, temiendo el castigo que por mandado del rey le habia de venir, é por otras causas, habló algunas palabras no convinientes al partido de Gonzalo Pizarro, las cuales oidas por Martin de Robles dicen que aun no hubo bien salido de sus casas el capitan Gumiel, cuando fué á donde estaba Gonzalo Pizarro, y cuentan que en secreto habló con él un poco de tiempo dándole cuenta de lo que habia oido el capitan Diego Gumiel. Pizarro, algo turbado mandó llamar á su maestre de campo Francisco de Caravajal, é praticado con él fué Bustillo, su secretario, á tomar el dicho á la mujer del mismo Robles, é conformando con lo del marido, volvieron á Gonzalo Pizarro, el cual, tomando su consejo con el maestre de campo acuerdan de matar al capitan Gumiel, é porque no se pudiese escapar hicieron una memoria de todos los capitanes, y á uno á uno los enviaban á llamar y entrando á donde Gonzalo Pizarro estaba los detenian en práticas, guardando la puerta con arcabuceros el capitan Cermeño; pues yendo á llamar al capitan Gumiel, temiéndose no le viniese daño de la ida, tomó consejo con algunos de sus amigos, los cuales, poniéndole ánimo le aconsejaban que fuese, que no tenia de qué temer, y ansí determinado á ir se armó secretamente y tomando una rodela de acero en las manos, con su espada é daga, se partió á donde estaba Gonzalo Pizarro. Llamando á la puerta de la cámara, Gonzalo Pizarro le mandó entrar, é quedándose con él solo dijo á los otros capitanes que se fuesen á sus casas, é quedando Gumiel solo, Gonzalo Pizarro le dijo: *Aguárdame un poco, que luego vengo;* y no hobo él bien salido cuando entró Caravajal é llegándose á Gumiel le dijo: *Capitan, dadme el espada;* y él se la dió, diciéndole: *¿qu' es esto, maestre de campo?* é con ayuda de Mescua, criado de Gonzalo Pizarro, fué desarmado, é muy turbado Gumiel, decia: *¿Pues á un capitan como yo se ha de tratar ansí? ¿Qu' es lo que yo he hecho?* Caravajal, con gran disimulacion, le respondia: *Vuestra merced lo sabe si ha hecho por qué; é si no, no hay de qué temer;* é diciendo esto mandó llamar un escribano para que hiciese el testamento, avisándole que habia de morir. Gumiel con grandes voces decia que le mataban sin ninguna razon, é que renunciaba la parte que tenia en paraiso si no se lo levantaban. Gonzalo Pizarro mandó que viniese á la plaza alguna gente armada para que los amigos de Gumiel no se pusiesen en defenderle, quedándose él en la sala acompañado de su capitan de la guardia Pedro de Hinojosa. Gumiel, viéndose tan vecino á la muerte, rogó á un camarero de Pizarro que fuese de su parte á le suplicar le quisiese ver, y Pizarro respondió que no queria, y Gumiel con grandes clamores decia que ¿por qué le mataban? Caravajal muy de reposo respondia: *Espántome yo de un caballero y capitan tan valeroso como vos mostrar tanta flaqueza;* y entrando un clérigo lo confesó, y puesta la soga á la garganta dieron la vuelta al garrote y hobo fin el capitan Gumiel, porque veais el premio que dan los tiranos qué tal es, y él que hasta que llegó á la cibdad de Los Reyes no fué poco su secaz. Muerto que fué el capitan Diego Gumiel, su cuerpo fué sacado á la plaza y puesto al pie del rollo, donde estuvo aquella noche, é otro dia fué enterrado en el monasterio de Sancto Domingo. Estaba retraido Rodrigo Nuñez, maestre de campo que habia sido de don Diego de Almagro el Viejo, y le sacaron del monasterio, porqu' esta gente ni tenia reverencia ni

acatamiento á los templos, ni temor á Dios ni al rey, y fué muerto.

CAPÍTULO LXXXIV

De cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela, con su hermano, llegó al puerto de Túmbez, y de lo que allí acordó de hacer.

En los capítulos precedentes hecimos mincion cómo el licenciado Alvarez humildosamente pidió perdon al visorrey, y de cómo en la nave que iba se fué la costa abajo, y ansimismo de la juntada del otro navío en que iba Francisco Velazquez Vela Nuñez su hermano, é Diego Alvarez de Cueto. Pues dice la historia que salidos del puerto de Guaura anduvieron hasta allegar cerca de la cibdad de Trujillo, adonde teniendo por muy odiosos á ciertos soldados que con el licenciado Rodrigo Niño le miraban, despues de les haber quitado las armas los mandó echar en tierra, y de alli fué prosiguiendo su camino hasta ser llegados al puerto de Túmbez, yendo con la aflicion é tristura quel lector puede sentir *en* un varon que siendo tan estimado y Su Majestad del Emperador nuestro señor lo enviase acá, é que por complir su mandado real hobiese sido preso por los mismos que le habian de guardar, é pesábale ver que tan aviltadamente le habian tratado, é con el trabajo grande que iba y en el que sus amigos é los que se habian mostrado servidores del rey estarian, é que le convenia restituirse en su honra y castigar la desvergüenza tan grande que habia entre los que se levantaron; pensando estas cosas y otras no poco tristes, desembarcó en el puerto de Túmbez algo fatigado de la mar, é lo mismo hicieron los capitanes Vela Nuñez y Cueto, y estando en Túmbez el visorrey pensaba, y aun lo tuvo determinado de hacer, de ir á la Tierra Firme y hacer llamamiento de gente y enviar por socorro á las provincias de Nicaragua, Guatimala y Nueva España y á la Isla Española, y como en aquel tiempo la riqueza de Quito fuese tancta y tuviese por vecina la gobernacion de Popayan y el Nuevo Reino de Granada, provincias de Bogotá, aconsejábanle que se fuese allá y que seria servido y favorecido de los vecinos de Quito, con que podria juntar gente de la que hobiesen en aquellas regiones, y esto le decia con todo hervor un vecino del Quito que venia con él, llamado Hernando Sarmiento, y al fin, como las cosas le fuesen contrarias y muy infelices, hobo de dejar la ida á la Tierra Firme, que cierto si él se viera apoderado de la cibdad de Panamá, con los favores qne le vinieran pudiera verse presto con gran pujanza; y ansí mandó á un Hulano de San Pedro que fuese á la cibdad del Quito á dar nueva de su llegada, sin lo cual despachó con cartas para el cabildo é otras personas á Hernando Sarmiento, vecino della, amonestándoles que mirasen que en semejantes tiempos se han los hombres de mostrar para tener en poco la vida por el servicio del rey; quél habia sido preso en la cibdad de Los Reyes por los Oidores en tiempo que tenia gran junta de gente para la resistencia de Gonzalo Pizarro y de los que con él se habian levantado, é quél se estaria en Túmbez hasta ver con la voluntad que sus cartas por ellos serian recibidas. E desta suerte se partió Hernando Sarmiento al Quito, adonde habian estado sentidos de las Ordenanzas porque se habian mandado sacar los indios que en la minas cogian el metal, y estaban muy desabridos del visorrey porque al tiempo que iba á la cibdad de Los Reyes, con gran rigor mandó que fuesen ejecutadas, é Sancho de la Carrera, natural de Toro, alcalde en aquella sazon, las habia apregonado, é si no fuera por Rodrigo d'Ocampo, natural de Madrid, que allí era teniente de gobernador por Vaca de Castro, fueran del todo complidas; mas este con buenas palabras entretuvo que no fuesen las cuadrillas sacadas de las minas, é ya se sabia la nueva de la prision del visorrey é deseaban saber en qué habian parado los Oidores, é lo que habia hecho Gonzalo Pizarro en este tiempo; de las reliquias del visorrey venian algunos á le buscar con no poco trabajo á Túmbez: el capitan don Alonso de Montemayor y el capitan Serna, é Lerma, con otros algunos, con los cuales el visorrey en gran manera se alegró é supo dellos la muerte que Gonzalo Pizarro dió á Gaspar Rodriguez de Camporredondo, é de los vecinos que le venian del Cuzco á servir, y estaba con algun temor no fuesen muertos por Gonzalo Pizarro.

CAPÍTULO LXXXV

Cómo Hernando Sarmiento allegó á la cibdad del Quito é los del cabildo é vecinos oyeron alegremente la embajada del visorrey y se aparejaron para le ir á servir con la bandera de su cibdad.

Despues que Hernando Sarmiento hobo rescibido las cartas é despacho del visorrey para llevar á la cibdad del Quito, se partió é dandose toda priesa llegó allá, adonde enteramente les dió cuenta de la iniquidad é gran maldad de los Oidores, é cómo habian preso

al visorrey, y todas las cosas que pasaron desde entonces hasta que el visorrey llegó al marítimo puerto de Túmbez, desde donde tenia pensado de se ir á la Tierra Firme á facer junta de gente, é que conociendo la lealtad de los vecinos de aquella cibdad por algunos efectos, é porque ansí fué aconsejado, queria antes que á ninguna parte se moviese dalles cuenta de su trabajo é fortuna; é dichas estas cosas por Hernando Sarmiento dió el despacho que llevaba, é visto por los del cabildo é vecinos de aquella cibdad, se condolieron mucho del visorrey, de cuán mal lo habian mirado los Oidores, é diciendo que con sus personas é haciendas le servirían [1] con toda voluntad; y aunque esto los más tuviesen en pensamiento de hacer, otros habia que se holgaban de aquellas mudanzas, porque regla cierta es cuando las hay, especialmente en estados y en cosa de gobierno, dar contento, porque siempre se tiene esperanza del que viene é se aborrece el qu' estaba; mas no hobo por entonces ningun movimiento porque no se sabia la certidumbre de Gonzalo Pizarro, é sacada la bandera de la cibdad, el capitan Rodrigo d'Ocampo, y Diego d'Ocampo, y Diego de Torres, é Sancho de la Carrera, é Martin de la Calle, é Londoño, é Alonso de Castellanos, con otros, que por todos serian treinta lanzas, se partió el capitan Rodrigo d'Ocampo á Túmbez á se juntar con el visorrey, el cual tambien habia enviado sus mensajeros á La Culata é Puerto Viejo, para que supiesen su estada allí, é Gomez d'Estacio, como lo supo, de La Culata ó Guayaquil vino con algunos á se juntar con el visorrey, é de Puerto Viejo salió en una nave por la mar á hacer lo mismo Bartolomé Perez. Llegado, pues, que fué el capitan Rodrigo *de O*campo con las treinta lanzas, fué muy bien rescibido del visorrey, y ansí él como los demás vecinos del Quito le interrogaron se fuese á su cibdad, que con las prósperas minas no poco rica estaba y bien proveida y abastada de mantenimientos. El visorrey algun tancto estaba alegre en ver que la lealtad en todo punto no habia quebrado ni faltado, pues ya hallaba aquellos ofrescimientos, é venido de La Culata Gomez d'Estacio, tambien lo honrró mucho; en este tiempo se supo en la gobernacion de Popayan la estada del visorrey en Túmbez, é pocos mostraban pesarles sus infortunios, antes mofábanse dél, diciendo que era un loco é que no tenia ser para gobernar tan gran reino. Yo me hallé en este tiempo en la cibdad de Cali, adonde tambien estaba el adelantado Belalcazar, é como supo el suceso del visorrey daba priesa á un capitan que inviaba á descubrir las juntas de los rios que fuese con la gente, lo cual lo hacia porque no pudiesen ir adonde estaba el visorrey, y el mismo Adelantado se comenzó aderezar para alejarse de allí é ir á las cibdades de Cartago é Arma.

[1] En el ms. *servirán*.

CAPÍTULO LXXXVI

De cómo se deshizo el Audiencia que estaba en la cibdad de Los Reyes, é de cómo acordaron Gonzalo Pizarro é los Oidores de enviar al Oidor Tejada á España, y lo mismo á Francisco Maldonado, y á Bachicao á que fuese á Panamá.

Despues de la muerte del capitan Diego Gumiel é dado la encomienda de indios que tenia en el Cuzco al capitan Martin de Robles que le causó la muerte, el Audiencia estaba todavía asentada en Los Reyes; mas mal se puede el cuerpo sustentar si le falta la cabeza, é como ya fuese aire ó cosa de burla lo que allí se proveia, duró poco é se resolvió, é como Gonzalo Pizarro tuviese el mando enteramente, platicó con los Oidores, por consejo de sus capitanes, que seria cosa muy acertada enviar uno dellos á España y dar cuenta á Su Majestad del rey nuestro señor de las cosas que habian pasado en el reino desde que Blasco Nuñez en él habia entrado; cómo las provincias estaban quietas é bien gobernadas, é otras excusas que á ellos les parescian justas, é pensado algun tanto en ello, se acordó que fuese el doctor Tejada, é para los gastos se le dieron algunos dineros; quieren decir que Tejada iba contra su voluntad y que fué más por fuerza que con ella. Al fin él se hobo de aderezar, é lo que hay que decir dél es que fué en compañía del capitan Bachicao é pudo bien ver los insultos é maldades que fizo é cometió, é desde el puerto del Nombre de Dios se embarcó, é yendo navegando por el mar Oceano, de tristeza ó de pensamiento por haber hecho lo que hizo, murió. Con Gonzalo Pizarro salió del Cuzco Francisco Maldonado é fué en su campo alguacil mayor. A este pensó de lo enviar á España para que presentándose antel acatamiento del rey nuestro señor se purgase con disculpas la atrocidad en que estaba. Maldonado se ofresció á ir é le fueron dadas cartas en que Gonzalo Pizarro escrebia á Su Majestad cómo siempre le habia servido con toda lealtad en los descubrimientos é conquistas que hobo en el reino, é que viniendo Blasco Nuñez con las Ordenanzas,

todos los más de los vecinos del Perú le forzaron que se mostrase su defensor, é que viniendo á la suplicacion dellas halló que los Oidores le habian preso é le nombraron por gobernador, é que porque no resereciesen escándalos y guerras habia abcetado el cargo, lo cual usaria muy rectamente y en todo sirviria á Su Majestad como leal vasallo. Estas cosas y otras escribió el tirano á Su Majestad, queriendo dorar sus traiciones, pensando que allá no se las habian de entender [1]. Tambien se escribió al comendador Hernando Pizarro é á otras personas, é hizo qu'escribiesen los oficiales del rey y el Cabildo de Los Reyes, enviando tambien á España los poderes que le dieron las cibdades del Cuzco é Goamanga; é ordenado esto vino nueva á Los Reyes cómo Alvarez se habia concertado con el visorrey é habia desembarcado en Túmbez é procuraba rehacerse. Sabida esta nueva entraron en consulta Gonzalo Pizarro y sus capitanes, é el licenciado Cepeda, que desde entonces se metió bien de rondon en los negocios, é platicado lo que se habia de hacer, se acordó de inviar al capitan Hernando Bachicao á Panamá á ocupar aquella cibdad y á que prendiese y desbaratase al visorrey, y acordado esto no habia en el puerto navio ninguno para en que pudiese ir, é como la cosa de inviar á España tuviesen por tan importante, se acordó de crecer con madera un barco de pescadores que allí estaba, en el cual se podria ir con alguna gente, é por la mar, topado el primer navio, tomarlo é proseguir en él su viaje.

CAPÍTULO LXXXVII

De cómo vino Arequipa un bergantin y en él y con el barco salió Bachicao de Pachacama, é de cómo Caravajal quiso matar á Diego Maldonado el capitan, é á Mesa, vecinos del Cuzco.

Pues como se hobiese determinado de inviar al capitan Hernando Bachicao á Panamá, como en el capítulo de arriba hemos dicho, no poco se holgaba de ir con aquella empresa el mismo Bachicao, é daba grande priesa en quel pequeño barco fuese adobado, y estando entendiendo en ello vieron por la mar venir una vela y se dió al arma creyendo que era el visorrey que venia con armada á meterse en Los Reyes, é Bachicao con algunos soldados entró en el barco llevando ciertas piezas de artillería, *y* fué para él, adonde despues de haberse juntado un barco con otro supo que venia de Arequipa con cierto oro para gastos de un vecino della que estaba en Los Reyes, llamado Lucas Martin, é ansimismo venian hasta veinte é treinta hombres; é los soldados de Bachicao, como fuesen con más ganas de robar que de pelear, hobieron su parte de aquel dinero, y dada la nueva á Gonzalo Pizarro de la venida de aquel bergantin, se acordó que con toda priesa saliese de Lima el tirano Bachicao y el doctor Tejada é Francisco Maldonado, y ansí se fiso, poniendo Bachicao por capitan del bergantin á un tal Morales, e con treinta hombres salió de Los Reyes, llevando tres ó cuatro tiros de artillería, é hizo la destruicion que diremos adelante. Ya dijimos atrás cómo el capitan Diego Maldonado salió del Cuzco con recelo que tuvo de que Francisco de Caravajal le inviaria á matar, y acompañado de tres ó cuatro hombres bien armados se vino á la cibdad de Los Reyes por la marétima costa, haciendo de la noche dia y del dia noche; con grand aviso que tuvo en el caminar allegó á Lima sin que le pudiesen prender los que para ello tenia puestos el maestre de campo, é como llegó á la cibdad, acompañado de los más principales que en ella estaban fué á ponerse á los pies de Pizarro. Caravajal, pidiendo una soga, sabida su venida, fué tras él diciendo que era un traidor é que merescia la muerte é que no habia de quedar con la vida aunque más rogadores tuviese, y se vido en muy gran aprieto Diego Maldonado. Como en aquel tiempo fuese dia de Pascua de la bendictísima Natividad de Nuestro Señor, cargaron tanctos de Gonzalo Pizarro pidiéndosele en aguinaldo, que lo hobo de perdonar. Alonso de Mesa, que tambien era vecino del Cuzco, fué preso en la cibdad de Los Reyes é puesto en tales términos que se vido confesado y con una soga á la garganta, y ya que le querian ahorcar, sobornado Caravajal por ciertos tejos de oro que le dió, no le mató. Dende á pocos dias vino de la cibdad de Trujillo el capitan Diego de Mora é fué á hacer reverencia á Gonzalo Pizarro, diciendo quél y no otro habia de ser el que los habia de poner en libertad, é de todos los pueblos é cibdades venian á hacer los mismos ofrescimientos, adulando con lisonjas el hecho de Gonzalo Pizarro, que despues de haber inviado al capitan Hernando Bachicao estaba á muy gran servicio en la cibdad de Los Reyes, donde se hicieron muy grandes y costosos juegos é regocijos, é Gonzalo Pizarro casó á un hermano suyo con una fija del licenciado Zárate, Oidor, é ansí él como todos no entendian sino en como sir-

[1] En el ms. *destender*.

virian á Gonzalo Pizarro y le ternian contento, y dicen que casó Zárate su hija por fuerza y contra su voluntad.

CAPÍTULO LXXXVIII

De cómo Gonzalo Pizarro nombró tenientes á las provincias y quién eran.

Bien habrá entendido el lector todo lo que subcedió á Gonzalo Pizarro en la cibdad de Los Reyes, é lo que estando en ella proveyó, é de cuán servido y reverenciado era de todos los que en Los Reyes estaban. En la cibdad de Guánuco, llamada por otro nombre Leon, era vecino el capitan Juan de Sayavedra, é [1] teniendo cartas del obispo de Los Reyes é de otras personas que le convenia [2] venir á verse con Gonzalo Pizarro, lo hobo de hacer, é llegó á Los Reyes é fué bien recibido, y estando de la manera que hemos contado, despues de haber comido el tirano, en menosprecio del acatamiento de nuestro rey, príncipe tan grande que en lo ocidental, de docientos y cuarenta años á esta parte no lo habido su igual, y monarca tan poderoso que hace temblar el mundo, y el turco Soliman, gran rey de Asia y señor de Grecia, no se tiene por bastante, ni muestra tener potencia á osar compitir con él, y que un hombrecillo de tan poco ser y vasallo suyo osase hablar de la Majestad real no pocas desvergüenzas, y decir este dia que digo: *creo que me tomará allá en España lo que tengo Su Majestad, pero yo me pagaré acá*. Lo cual dijo por cierto tesoro que habia inviado á España, dando á entender que si se lo tomase, que á su desplacer, de los quintos reales seria pagado y lo aplicaria á sí; Ventura Beltran, hijo del doctor Beltran, que fué del Consejo de las Indias, dicen que dijo riéndose: *Yo tengo en España cient mill ducados de mi patrimonio: tomésclos el rey, que ya yo he renunciado la ida allá, pero sus quintos los pagarán acá*. El capitan Alonso Mercadillo, que allí estaba en servicio de Gonzalo Pizarro, mirando á Ventura Beltran dijo: *A Su Majestad hémosle de inviar lo suyo y lo nuestro y suplicalle nos haga mercedes*. El bastardo de Gonzalo Pizarro respondió con mucha furia y dijo: *Ni llevará lo suyo ni lo nuestro. Veamos quién me lo demandará*. E ansí pasaban otras pláticas de la suerte destas, y entró en la cibdad un fraile de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, llamado fray Pedro Muñoz; sin mirar su profision, dejando el Breviario, dentro del hábito traía un arcabuz con que sirvió á Gonzalo Pizarro, y era tan certero que por todos era llamado fray Pedro el arcabucero; é llegado á la presencia de Gonzalo Pizarro dijo cómo á Trujillo habia venido nueva que el visorrey se rehacia en Túmbez y queria revolver sobre Lima, é oida por Gonzalo Pizarro aquella nueva acordó de enviar algunos capitanes para que le resistiesen, é fuesen por tenientes é capitanes á todas las cibdades personas de confianza é que supiese que le eran fieles amigos, y ansí despachó é nombró por teniente de la cibdad del Quito á Gonzalo Diaz de Pineda, qu' es el que siendo capitan del visorrey se le pasó á él; y á Jerónimo de Villegas, que hizo lo mismo, nombró por teniente é capitan de la cibdad de Sant Miguel; á estos mandó que fuesen juntos, é con la más gente que pudiesen allegar resistiesen al visorrey, que decian rehacerse en el puerto de Túmbez; é á la cibdad de Trujillo proveyó por su teniente é capitan á Hernando de Alvarado, hermano del capitan Alonso de Alvarado el que fué á España: Alonso de Toro se proveyó para el Cuzco, é á Francisco de Almendras á la villa de Plata, qu' es en Las Charcas, é á Arequipa proveyó á Pedro de Fuentes, é á Guamanga nombró que lo fuese Francisco de Cárdenas, é á la cibdad de Leon en Guánuco á Diego de Caravajal, é á Los Chachapoyas á Gomez de Alvarado; y hechos estos proveimientos é dádoles sus condutas y provisiones, los mandó ir cada uno á donde le habia sido asignado, diciéndoles que tuviesen en gran cuidado de mirar por sí é sin consentir que ninguno que anduviese en bullicio dejase de ser castigado, y al capitan Francisco de Almendras le mandó que llegado que fuese á la villa de Plata cortase la cabeza á Luis de Ribera é á los que con él se levantaron y fueron en alzar la bandera en aquella villa, y lo mismo hiciese de Juan Ortiz de Zárate porque se habia juntado con ellos y no querido venir con él al Cuzco; y ansí salieron estos tenientes é capitanes á todas las cibdades, yendo Gonzalo Diaz de Pineda é Jerónimo de Villegas con deseo de perturbar é molestar al visorrey en todo lo á ellos posible.

CAPÍTULO LXXXIX

De cómo Diego Centeno con licencia de Gonzalo Pizarro se volvió á la villa de Plata, y en lo que pararon el capitan Luis de Ribera y los otros que habian allegado á la cibdad de Arequipa.

Como tuviese Gonzalo Pizarro la nueva que en el capítulo de arriba dijimos del vi-

[1] En el ms. *ó*.—[2] En el ms. *convenian*.

sorrey, y estuviesen encarcelados los capitanes Grabiel de Rojas é Garcilaso de la Vega y Alonso de Cáceres y el licenciado Benito Suarez de Caravajal é otros, acordó de hacer amigos dellos, pues eran tan principales y tan ricos, y ansí lo hizo y ellos se ofrescieron de le servir y ir con él á donde quiera qu' él fuese. Diego Centeno habia venido de la cibdad del Cuzco, como en nuestro proceso hemos hecho relacion, y como viese las cosas cuán violables iban y en deservicio de Su Majestad, deseoso de se salir de entre gente que ya á la clara se ponian contra el rey, industriosamente echaba personas que hablasen á Pizarro para que le diese licencia para poder ir á la provincia de Las Charcas por dineros para gastar en la guerra, y [1] teniendo sus maneras, Gonzalo Pizarro se la hobo de dar, despendiendo su hacienda y caballos con algunos que eran sus privados, y ansí salió Diego Centeno de la cibdad de Los Reyes, y con él fué Rivadeneyra, qu' escondido habia estado por miedo de Gonzalo Pizarro. Tambien se fué á la cibdad del Cuzco don Pedro de Portugal, no embargante que rescibió muchas cartas de Gonzalo Pizarro para que viniese á se juntar con él. Sin esto se acordará el lector, como contamos, que el capitan Luis de Ribera, acompañado de Antonio Alvarez, é de Lope Mendieta, é Francisco de Retamoso, é Francisco de Tapia é los otros de que atrás hemos hecho mincion, allegó á la cibdad de Arequipa, adonde tuvo por nueva cierta ser el visorrey preso é Gonzalo Pizarro recibido por gobernador. Recibieron con la tal nueva no poca tristeza é pasion, é dende á pocos dias vino otra de cómo habia nombrado por su teniente de la villa de Plata al capitan Francisco de Almendras é mandádole que en pudiendo haberá las manos al capitan Luis de Ribera y al alcalde Antonio Alvarez y á Lope de Mendieta, regidor, los matase juntamente con Francisco de Retamoso y otros, y con esta nueva fué muy grande el temor que recibieron, quejándose de su ventura, pues tan corta habia sido, é de los Oidores porque tan presto se despusieron á prender al visorrey, porque si ellos á tiempo que lo pudieran ver libre no fueran parte para acometer tan gran maldad, é juntos todos miraban con prudencia lo que más les convenia hacer para poder salvar las vidas, que de las haciendas y encomiendas de indios ningun caudal hacian, é profundamente pensaban si por alguna parte, aunque más remota y desviada fuese, serian bastantes á poder ir á juntarse con el visorrey; mas los tristes y aflitos hombres no hallaban remedio, porque como *en* estos reinos la tierra dellos sea inhabitable, y por la montaña de los Andes no se puedan andar, y por la sierra no hay más del real camino de los Ingas, por mí tan memorado, y éste atraviese por tantas cordilleras y sierras que de la nieve tan albísima estan bien proveidas, é que por via ninguna, aunque se arriscasen á todo peligro, no podian hender por ellas, ni allegar á donde estaba el visorrey sin primero ser muertos ó presos, é su trabajo sería sin fruto, é si quisiesen proseguir el camino marétimo que por los espesos cerros de arena atraviesa, y andar por los frutíferos valles, era tambien imposible, si gracia de Dios para ello no tuviesen, porque no solamente yendo todos juntos no podrian escaparse ni dejar de ser muertos, pues uno á uno que fuera corriera el peligro que yendo todos; é así, lo que determinaron viendo el poco remedio que tenian, fué de que unos se metiesen por los montes hasta ser pasada aquella furia, y que otros se fuesen á disculpar con Gonzalo Pizarro de aquel hecho ó aguardar al capitan Francisco de Almendras para se juntar con él; y así el capitan Luis de Ribera y Antonio Alvarez se fueron por una parte á meterse entre los bárbaros, ó en los montes, como decimos; Juan Ortiz de Zárate se fué por otro camino, é Lope de Mendieta su hermano hizo lo mismo, arredrados unos de otros, que no es poco dolor sentir la malinidad [1] de aquel tiempo, é que mereciendo aquellos varones ser honorificados é bien tratados por haberse puesto en lo que habian hecho por servir al rey, no tuviesen otro lugar más siguro [2] que los helados campos é cuevas de peñas que en ellos están, é los montes tan espesos que no hay otra cosa que ver que fieras. Francisco de Tapia é Alonso de Camargo é Francisco Retamoso é Pedro de Vivanco acordaron de ir á Los Reyes á dar alguna disculpa á Gonzalo Pizarro, ó á volverse con el capitan Francisco de Almendras, como lo hicieron los demás. Unos se quedaron allí; otros se volvieron á la villa de Plata, é desta arte se deshizo aquella noble compaña, escondiendo la bandera que habian traido. El capitan Francisco de Almendras, como encontrase con algunos de los que iban á Los Reyes los hacia volver consigo, asegurándolos de que no rescibirian ningun daño; mas como éste era cruel é mal cristiano temían de fiarse en su palabra, mas al fin hobieron de le seguir. Diego Cen-

[1] ansí.

[1] En el ms. *calinidad*.—[2] En el ms *siguros*.

teno venia con él, porque eran muy conjuntos en amistad é habia recibido de Francisco de Almendras buenas obras é le debia en esto mucho por el amistad tan grande que tuvieron, y despues, por justo juicio de Dios fué muerto á sus manos, como diremos.

CAPÍTULO XC

De las cosas que fueron hechas por el capitan Hernando Bachicao, é de lo que hacia el visorrey en Túmbez.

En los capítulos precidentes hecimos mincion de cómo Gonzalo Pizarro con los Oidores despacharon para que fuese á España el doctor Tejada é á Francisco Maldonado, y tambien cómo Gonzalo Pizarro nombró por su capitan de la mar al facineroso Bachicao, hombre que carescia de ninguna virtud, é abundaba de grandes vicios é maldades, é tan cobarde é de poco ánimo que jamás quiso ser de los delanteros en ninguna de las batallas donde se halló, como en la narracion de nuestro proceso diremos, y en esta salida de Los Reyes le sucedió prósprerамente, más por los temores que la fama echa que por su diligencia ni poder, pues tan solamente sacó del puerto de Lima treinta hombres mal adereszados; mas Dios por sus secretos juicios era servido de que prevalesciesen Gonzalo Pizarro é los que seguian su opinion, y despues lo curó todo sin muertes de hombres é quedaron castigados los tiranos é su nombre deshecho, como diremos adelante, en la última guerra de Xaquixaguana; pues como el capitan Hernando Bachicao tuvo su gente metida en los bergantines, pequeños barcos, corrió la costa abajo hasta llegar á la marétima cibdad de Trujillo, adonde en aquel puerto halló una nave de mercancía que la justicia de aquella cibdad tenia embargada porque no fuese á se juntar con el visorrey, y Bachicao, muy alegre del haberse apoderado della, y tomó lo que quiso de lo que dentro venia, é saltando en tierra envió un mensajero á la cibdad que le proveyesen de alguna gente, é le inviaron quince españoles sin armas ningunas, y recogiéndose á los barcos é navíos fué discurriendo por la costa hasta llegar al puerto de Paita, adonde supo cómo el visorrey estaba en Túmbez, el cual despues de haber allegado Rodrigo d'Ocampo é los demás vecinos é soldados que vinieron del Quito, pareciéndoles que seria cosa decente [1] que Su Majestad del rey nuestro señor supiese lo que pasaba en el Perú é lo que le habia subcedido despues que se fundó el Audiencia de la cibdad de Los Reyes, acordó de inviar al capitan Diego Alvarez de Cueto, varon noble é muy servidor del rey é que no poco le pesaba los mudamientos que via y en muchos aconsejó al visorrey prudentemente. Mas Dios, á los hombres que se han de perder, lo primero que hace es cegalles el entendimiento de manera que ni sean dignos de recibir consejo ni de acertar en cosa alguna, é ansí escribiendo largamente todo lo precedido, é los que en Los Reyes se le huyeron, é quién venia con Gonzalo Pizarro, é las muertes que habia hecho. é lo mucho que se habia gastado, lo cual hecho mandó á Cueto que se partiese con toda la priesa que fuese posible é llegase á España á lo que digo. Partido Diego Alvarez de Cueto, el visorrey tornó á nombrar por su general á Vela Nuñez Vela, su hermano, é con acuerdo de los que con él estaban le mandó que con alguna gente de á pie é de á caballo fuese á la cibdad de San Miguel, que ya habia tomado la voz de Gonzalo Pizarro, y la ocupase, é ansí se partió de Túmbez, Vela Nuñez, vísperas de Nuestra Señora de Setiembre del año de nuestra reparacion de mill é quinientos é quarenta é cinco; é despues de partido Vela Nuñez, dende á pocos dias vino al visorrey nueva de la salida de Bachicao, afirmando algunos, sin tener abtores, que venia pujante é que por la costa venian pasados de cuatrocientos hombres, é sabido por el visorrey mandó Alonso de Castellanos, vecino del Quito, que fuese á llamar al general Vela Nuñez, con pensamiento de dejarlo en el Quito y en aquellas provincias, y en una nave que allí estaba meterse con algunos amigos suyos á ir á Tierra Firme ó á Nicaragua á hacer llamamiento de gente; al Oidor Alvarez habia enviado á Guayaquil á hacer algunos proveimientos. En este tiempo tambien habia llegado á Túmbez, que venia de la Nueva España el capitan Juan Perez de Vergara, é siempre desde entonces se mostró bien en servicio del rey.

CAPÍTULO XCI

De cómo siendo el visorrey mal aconsejado desamparó á Túmbez para retirarse á Quito, teniendo mucha más gente que el capitan Bachicao, el cual llegó á Túmbez, é lo que mas pasó.

Estando el visorrey en el puerto de Túmbez habia escrito sus cartas á la villa de Pasto al capitan Francisco Hernandez, é á Cepeda, é á

[1] Ms.: *diante.*

otros que allí estaban, é lo mismo hizo al adelantado don Sebastian de Belalcazar é al capitan Juan Cabrera, é como en aquella gobernacion supiesen el estado del Perú é cómo el visorrey estaba en Túmbez, algunos se movian para le ir á servir, é de la cibdad de Popayan salió Hernan Sanchez Morillo, bien aderezado de armas, antiguo conquistador que era de aquellas regiones. Este fué á Túmbez é avisó al visorrey de cómo en la gobernacion habia alguna gente; habiendo allegado á aquel puerto el capitan Juan Ruiz, le mandó que fuese á la cibdad de Cali[1] con cartas suyas para que siendo vistas por el Adelantado él le enviase de aquella gente, é llegado á la cibdad de Cali no se hizo ningun caso al visorrey, ni de su mandamiento, é por complir se dió un pregon que el que quisiese ir á juntarse con él, le seria dado recaudo bastante, é por entonces no salió ningun soldado de la gobernacion, y el capitan Juan Ruiz volvió á donde estaba el visorrey, que no embargante tener pensamiento de irse á Panamá, los vecinos del Quito le importunaron tancto que le hicieron mudar propósito, é aun que se retirase á Quito; sabido que Bachicao venia, haciéndoles entender que traía mucha gente é que por la costa venian banderas de á caballos é arcabuceros con los capitanes Gonzalo Diaz é Jerónimo de Villegas, el visorrey no quisiera salir de Túmbez sin ver el enemigo si venia tan pujante como se decia, mas no pudo dejar de hacer lo que todos le aconsejaban, porque ya se parescian las velas de Bachicao, é mandando meter en unas balsas su fardaje é alguna plata que le habia quedado, con los diez mill pesos que le dió el licenciado Alvarez, se entregaron á unos indios que eran de Francisco de Olmos, y éstos, segun opinion de algunos, trastornaron las balsas, de suerte que se perdió lo que en ellas iba, y quieren decir que despues se vido alguna parte dello en poder de Francisco de Olmos, lo cual yo no afirmo, porque no sé más de lo haber oido é no querria que por via ninguna en mi escritura se hallase cosa que no fuese cierta; é volviendo á nuestro cuento, antes qu' esto pasase el capitan Bachicao salió de Paita e anduvo hasta que llegó á un pueblo de indios, en el cual estaba el capitan Vela Nuñez con quince de á caballo para tener nueva de lo que pasase, é como allegase en aquel paraje Bachicao saltó en una barca con solamente quince arcabuceros, y de noche fué por la tierra adentro, é porque si algunos los viese*n*, mandó aquellos quince que con él iban encendiesen muchas mechas, é tuvo aviso de una centinela que tomó *de* lo que pasaba, y la estada del visorrey en Túmbez, y que tenia pocos menos de trescientos hombres, é sabido esto se volvió á meter en sus bergantines, é Vela Nuñez, que tambien supo de su allegada allí, se fué á Túmbez, á donde el visorrey, contra su voluntad, hobo de partir de allí, mandando que todos fuesen sobre el aviso, y en un navio que estaba en aquel puerto mandó á Bartolomé Perez que estuviese en él hasta ver Bachicao si venia, é como en este tiempo el capitan Bachicao llegase junto al puerto de Túmbez, vido estar el navio y ya era tarde y la noche queria venir; pues como Bartolomé Perez y los qu' estaban en aquella nave por mandado del visorrey, viesen los bergantines é que la noche venia, creyendo que pasarian de largo alzaron sus anclas é navegaron dos leguas la costa abajo, á donde tornaron á surgir, é habiendo primero Bachicao enviado los bergantines para ver si le podrian tomar, é como ya la escuridad de la noche hobiese robado la claridad del dia, Bachicao con un tiro hizo señas á los bergantines que se volviesen, estando toda aquella noche en vela, é aun no vino bien el dia cuando Bachicao fué á tomar el navio, é aunque quisiera huir, el viento no les daba lugar, por hacer calma, é los bergantines con los remos allegaron á la nave, é como no tuviese artillería ni otra defensa, fácil fué de tomar, y entrando Bachicao dentro, él é sus soldados robaron todo lo que habia en el navio, como piratas cosarios, é á uno llamado San Pedro, tomándole un cofre que tenia nueve ó diez mil ducados lamentaba é con suplicaciones suplicaba le diesen alguna parte dello, é Bachicao dijo que si tomara allí á San Pedro el del cielo, que hiciera lo mismo que dél habia hecho, y mandó luego que se confesase Bartolomé Perez para que fuese muerto, é ya que querian darle garrote, el doctor Tejada é Francisco Maldonado le ganaron la vida; y el visorrey y toda su gente sin tiento y mal aconsejados iban huyendo á toda furia de Bachicao, que solamente cuarenta hombres traía consigo, el cual despues de haber robado todo lo que venia en la nave y haberlo tomado, con quince arcabuceros fué á Túmbez con un bergantin, á donde tambien afrentó á un hombre que allí estaba, é si solamente quedaran veinte de á caballo encubiertos, sin ninguna dificultad fuera Bachicao preso ó muerto. El visorrey, pareciéndole que era poquedad huir sin ver por qué, ni volvelle las espaldas al enemigo sin primero velle el rostro, decia á los que con él iban que se re-

[1] En el ms. *Cala*.

tuviesen é sabrian por entero lo que pasaba, é mandó á Estacio que fuese hácia Túmbez á ver lo que habia, é yendo encontró con un mercader é le dijo cómo Bachicao venia perdido, que no traia sino veinte ó treinta hombres; que se volviesen á Túmbez, que fácilmente los desbaratarian ó matarian. El traidor d'Estacio volvió al visorrey y dicen que le dijo: *No teneis para qué parar, porque en Túmbez está Bachicao con más de cuatrocientos hombres;* é como aquello oyó, dando fee á sus palabras, sin llevar mantenimientos ni tiendas comenzaron todos de huir camino de Quito, donde no poco trabajo é hambre pasaron, que lo pudieran excusar si no quisieran tenerse por tan ligeros. Diego de Ocampo se quedó allí sin mandárselo el visorrey, y despues que Bachicao hobo estado en Túmbez pasó adelante y encontrando con Diego do Campo le tractó mal porque debia de tener algun odio con él.

CAPÍTULO XCII

De las cosas que más fueron hechas por el cosario Bachicao, é de cómo el capitan don Alonso de Montemayor hacia gente en Quito.

Entendido por el capitan Hernando Bachicao la huida del visorrey, decia palabras en muy gran desacato del rey y en oprobio suyo, y despues que hobo ultrajado de palabra á Diego de Ocampo é á otros, se volvió á embarcar en sus bergantines y navios, y llevando la derrota de Panamá encontró un navio en que venia el bachiller Perez. Lo prendió é robó él é sus nefarios compañeros todo lo que habia dentro, é aquí pasó una cosa que aunque sea comun é muy menuda la pondré, no más de para quel lector entienda que de todo punto tenian perdido el temor de Dios y del rey los que andaban en aquellas tiranías, é fué que Bachicao habia tomado para pagar á un hombre de muy poco caudal ciertas vasijas de vino, y pidiéndole la paga se la libró en el cambio que tenia en el infierno, la cual decía así: *Bercebú, príncipe de los demonios: de los dineros que soy á cargo al capitan Hernando Bachicao pagad á Francisco de Amores, ó al negro de Trigueros, seis arrobas de vino, porque yo lo quiero ansí;* y firmólo de su nombre, y escrita esta cédula la dió al otro pobre, riéndose y haciendo burla, como si no hobiera de ser muerto, como lo fué en el pueblo de Xulibe á manos de Caravajal. El, prosiguiendo su camino llevando alguna copia de gente, vido venir un navio en el cual venia Juan de Illanes y fué con deseo de le tomar. Juan de Illanes, que era diestro, no queriendo tener batalla naval con tantas naves, metia todas velas para escaparse, é tirando algunos tiros Bachicao lo fué siguiendo; mas tal maña se dió Juan de Illanes que se alejó del cosario, el cual tomó puerto en Calango é mandó á su capitan Marmolejo que con algunos arcabuceros fuese á Puerto Viejo é robase todo lo que pudiese, y él entonces[1] se partió para lo hacer ansí, y llegado aquella cibdad prendió á Santillana, corregidor que era del visorrey, y soltó á Martin de Olmos é á Juan de Olmos é á Diego Pizarro que tenia presos, é robado é saqueado el pueblo se volvieron á presentarse ant' el acatamiento de su capitan, el cual, viendo á Santillana mandó que lo ahorcasen, é por ruego de sus soldados le dió la vida: é tenido nueva cómo el Oidor Alvarez estaba en La Culata, despachó á un Francisco Hernandez copia de gente, y idos á La Culata le robó gran parte de lo que en ella habia, é Alvarez, por aviso que tuvo de un su criado escapó huyendo é se fué camino de Quito, á donde ya en aquel tiempo habia llegado el capitan don Alonso de Montemayor con provisiones suyas é daba órden en que saliese de aquella cibdad toda la más gente que ser pudiese para ir en socorro del visorrey, y escribió sus cartas al adelantado Belalcazar haciéndole saber lo que subcedia, y tomáronle al adelantado estas cartas en la provincia de Carrapa, términos de la villa de Arma, haciendo la guerra á los[2] indios, los cuales se habian rebelado por malos tratamientos que se les hacia, é por querer roballos é hacer en ellos otros daños, que yo, como testigo de vista, pues me hallé presente á todo ello, sé que les hacian; y estando en esta region Belalcazar, viendo las cartas de don Alonso é sabido quel visorrey queria venirse al Quito, recelándose que Pizarro é sus capitanes le darian tales alcances que le constriñerian á que se entrase en su gobernacion, decia que no le recibiria como á visorrey, sino como á Blasco Vela, é por entonces tampoco se movió á le inviar socorro alguno.

CAPÍTULO XCIII

De cómo determinado por el visorrey de ir á la cibdad del Quito, envió á mandar al general Vela Nuñez que viniese á juntarse con él.

Pues como ya determinadamente se acordase de qu' el visorrey fuese á Quito tan

[1] Ms.: *atroçe.*—[2] bárbaros.

desatinadamente é sin ninguno bastimento é por parte qu' estaban de guerra todas las más de las provincias, envió un mensajero á su hermano Vela Nuñez, que por su mandado habia ido á un pueblo que se llama Motape, qu' está veinte leguas de la cibdad de San Miguel, para ver si algunos de los que en ella estaban le querian acudir, y habia enviado sus mensajeros é venido Alonso Rengel, natural de Almendralejo, tesorero, é habia traido alguna cantidad de oro de la hacienda que allí habia del rey; tambien acudió Gaspar de Montoya é Pedro Gutierre de los Rios, é como Vela Nuñez supiese la intencion de su hermano, en muy breve tiempo se juntó con él é caminaron la vuelta del Quito haciendo tiempo muy recio de aguas é no comiendo otra cosa sino yerbas silvestres del campo é la carne de algun caballo que se moria, que verdaderamente para ser el visorrey nuevo en aquellas provincias, é que en España fué traido en regalos, se mostró para mucho trabajo, é jamás el cansancio le causó descuido, ni perdió su denuedo ni autoridad; siempre esforzaba á los suyos y los animaba no embargante que ya empezaba á tener dellos sospecha, é Gomez de Estacio se quedó atrás é la tuvo dél muy grande. A Rodrigo de Campo habia nombrado por su maestre de campo é hacíale grande honra é tomábale su consejo en todas las cosas, aunque á la verdad ninguno le dió provechoso ni que acertase, porqu' el visorrey no quisiera dejar la marítima costa, sino con ella rehacerse é aguardar á que el capitan don Alonso de Montemayor viniese del Quito con socorro, el cual con la gente que pudo allegar y con dineros venia á juntarse con el visorrey. En grandísima manera pasó trabajo él é los que le seguian por aquellos caminos poblados de muchos cienagales é grandes, é como *de* las nubes otra cosa qu' estropadas de agua no cayese, iban con el trabajo y fatiga que decimos, é ansí allegó el visorrey á la provincia de Tomebamba, repartimiento que entonces era del capitan don Alonso de Montemayor, adonde los señores é principales della le recibieron bien, proveyéndole abastadamente de las cosas que tenian en su provincia, y allí algun tanto se concertaron é rehicieron, porque venian enflaquecidos de la cruel hambre que habian pasado. E yendo más adelante, en el pueblo de Tiçicanbi encontró el visorrey con el capitan don Alonso de Montemayor, y todos juntos allegaron fasta la cibdad del Quito, adonde el visorrey fué recibido honorablemente y el Audiencia se fundó allí, despachando los proveimientos por su mano é del Oidor Alvarez, y desde allí escribió sus cartas á todas las cibdades de la gobernacion de Popayan, y en la cibdad de Los Reyes se supo cómo por miedo de Bachicao, que poco antes della habia salido con quince hombres, el visorrey desde Túmbez se habia retirado al Quito, dejando en las manos de un tan flaco enemigo el despojo que tenia, é con esta nueva hobo gran regocijo.

CAPÍTULO XCIV

De cómo el cosario de Bachicao iba acercándose á Panamá, en la cual estaban haciendo gente para el visorrey el capitan Juan de Illanes y Juan de Guzman, el contador.

Muy descuidados estaban los vecinos de Tierra Firme de las alteraciones que habia en el Perú, porque no habia allegado ninguna nave al puerto de la cibdad de Panamá de quien pudiesen tener aviso de la prision del visorrey, é como el capitan Jerónimo Zurbano viese que ya el visorrey estaba preso y no tenia pujanza para restituirse en su primero mando, se fué á Panamá en un navio é despues de haber dicho todo lo subcedido en el Perú y la prision del visorrey, se partió para el puerto del Nombre de Dios, desde donde navegando por el mar Océano fué la vuelta d' España. No tardó muchos dias que no allegó á Panamá el capitan Diego Alvarez de Cueto é dijo cómo el visorrey estaba en Túmbez y tenia hasta docientos hombres de guerra, mal apercebidos de armas, é que no sabia si iria al Quito ó vernia á rehacerse á aquella cibdad, é que le parescia [1] que deberian [2] prudentemente mirar por sí é por sus haciendas, pues eran tan ricas, porque creia que Gonzalo Pizarro inviaria algun capitan á apoderarse en su cibdad, é que si con tiempo se apercibian, que despues no se verian robados ni despojados de sus haciendas; y dicho esto se partió para el Nombre de Dios é se fué á España con el despacho quel visorrey le dió para Su Majestad del Emperador nuestro señor.

No dejó de causar alguna turbacion estas nuevas en la Tierra Firme, temiéndose no le rescreciese algun daño, porque á la verdad es buena escala la de Panamá, adonde entran más suma de moneda de oro é plata que hay en ninguna parte del mundo, y al Nombre de Dios no tenemos por qué decir sino qu' es tan rica, pues entran tan grandes flotas llenas de mercancías de todo género, qu' es muy grande admiracion pensar lo que

[1] En el ms., *parescian*.—[2] En el ms., *debebian*.

allí se desembarca; é como aquellas dos cibdades fuesen tan prósperas, tenian el temor que digo, no embargante que algunos de aquellos ricos mercaderes en lo secreto se holgaban de que el Perú anduviese revuelto, pues al fin y al cabo ellos se habian de llevar toda la moneda, y ansí aparejaban armas para vender á los del Perú secretamente, sin lo dar á entender, antes entraron en su cabildo é ayuntamiento é acordaron de hacer junta de gente para resistir á cualquier capitan que de Pizarro viniese, y estando en esto allegó el licenciado Vaca de Castro con el artillería, y tambien les dijo cómo los Oidores habian recibido por gobernador á Gonzalo Pizarro, y que no dudasen sino quél habia de inviar algun capitan á que tuviese la cibdad por él, y que procurasen de se defender y enviar todo el más socorro que pudiesen al visorrey; y dicho esto á los de Panamá, el licenciado Vaca de Castro se partió para España, é los de Panamá nombraron por capitan á un Juan Vendrel [1], natural de Barcelona, y tenian gran temor no les viniese el daño que hemos dicho. Tambien allegó á Panamá el contador Juan de Guzman, para [2] hacer alguna gente, é habian los de Panamá determinado de armar un galeon con gente de guerra é poner en él toda el artillería que tenian é la que trujo Vaca de Castro, para los navios que viniesen echallos á hondo, é ya qu' estaba ordenado é la gente dentro, el doctor Villalobos, como tenia con Pizarro dos hermanos de su mujer, mostraba favorescer su partido debajo de palabras disimuladas, segun dicen. En este tiempo habia llegado á la cibdad de Panamá el capitan Cristóbal Peña, teniente que habia sido del adelantado don Pascual de Andagoya en la bahía de San Mateos, é por subcesos que pasaron entr' él é un don Juan, hijo de Andagoya, que no hacen al caso contarlos, se despobló aquella cibdad, é como este fuese soldado viejo de Italia y que mucho habia á Su Majestad servido en muchas partes donde se halló, daba priesa al contador Juan de Guzman que se hiciese con toda presteza alguna gente de guerra para llevar al visorrey, porque desde Túmbez dió comision á él y á Juan de Illanes para que la pudiesen hacer, y vino nueva por Juan de Illanes *de* cómo Bachicao venia á aquella cibdad, el cual despues de haber salido de los puertos del Perú anduvo hasta que llegó cerca de las islas de las Perlas, y de un bergantin que allí tomó supo cómo en Panamá hacian gente para el visorrey.

[1] En el ms., *Mendrel*.—[2] En el ms., *é para*.

CAPÍTULO XCV

Cómo en Panamá se supo venir navios cerca de la cibdad, y de la salida de Luis Sanchez d' Albo por mandado del cabildo.

Estando la cibdad de Panamá tan temerosa como habemos dicho, no embargante que algunos no les pesaba que hubiese mudanzas, pues con ellas ternian mejor despacho para vender sus mercaderías é haciendas que no en tiempo de tranquilidad y sosiego, y un día, que fué á diez y ocho de Enero de mill é quinientos é cuarenta é cinco años, entró en la cibdad un maestre ó piloto de un pequeño navio, llamado Gaspar Alvarez, el cual contó al gobernador Pedro de Casaos cómo entre las islas de las Perlas habia visto ciertas naves que debian de venir del Perú, é como se tenia el temor é sospecha ya dicha, el gobernador ó alcalde mayor Pedro de Casaos mandó que se juntasen los regidores y alcaldes con las otras personas más principales del pueblo para tratar lo que *se* haria, y así luego se fueron á las casas que estaban establecidas para tener sus cabildos é congregaciones, é allí altercaron muchas cosas sobre si seria Bachicao el que venia en las naves ó qué podria ser, y lo que les seria más provechoso hacer, y despues de haber praticado sobrello se determinó de que saliesen dos personas de las de más autoridad del pueblo á ver los navios y saber lo que eran, para que volviesen con toda presteza á dar aviso de lo que fuese, y así se mandó á Luis Sanchez de Albo, vecino de aquella cibdad, natural de Trigueros, que fuese á lo que decimos, teniendo de su persona gran confianza, el cual se ofresció á ello para servir á Su Majestad, y con acuerdo de todos se le dió una carta de creencia para el capitan que viniese en las naves. En este tiempo Bachicao se acercaba á Panamá, y como vido venir el barco en que venia Luis Sanchez se holgó creyendo que los de Panamá le enviaban á ofrescer su cibdad para que pudiese sin dificultad ni peligro entrar en ella. Llegado, pues, el barco, Luis Sanchez entró, é tenido con él algunas práticas, mirando la carta, pareciéndole poca la cortesía que en ella iba, se alteró. Luis Sanchez, que entendió su pena, le habló blandamente y el Bachicao dijo que su venida no era para más de que la mar estuviese segura, é que todos supiesen ser gobernador del Perú Gonzalo Pizarro, é para quel doctor Tejada é Francisco Maldonado pudiese*n* libremente ir á España á dar cuenta á Su Majestad de las

cosas subcedidas en Perú; mas que si los de Panamá fuesen locos é se pusiesen en resistencia, que los mataria á todos é pondria á saco la cibdad. Luis Sanchez le respondió que para cuanto informar á Su Majestad, ninguno le contradiria ni dejaria de dar todo favor é ayuda. E tratando estas cosas y otras, el capitan Bachicao é Luis Sanchez de Albo se concertaron de que Bachicao no entrase en la cibdad hasta que della saliese á tornar á hablar con él despues que supiesen su ida é lo que pretendia. Bachicao habia mandado que toda la gente que venia en el navio se pusiesen en lo alto dél para quel número paresciese más y Luis Sanchez no pudiese afirmar cuán poca era, é como se quisiese volver Luis Sanchez, le dió una carta suya para los de Panamá y otra de Gonzalo Pizarro con una provision que los Oidores le dieron, la cual era tambien manera de negociar para reir los que lo viesen, pues siendo la Tierra Firme sufragana á la Audiencia qu' está asentada en los Confines, y cayendo en su destrito, proveyesen ellos provision para Panamá; mas al fin, desde que Cepeda é los otros violentamente prendieron al visorrey, todos sus proveimientos fueron flacos y sin vigor. La carta de Gonzalo Pizarro pondremos aquí, y la provision por algunas consideraciones la dejaremos. Luis Sanchez volvió á Panamá y dió cuenta á los vecinos della lo que pasaba y la gente que trairia Bachicao, é que de su parescer se debia resestille la entrada en la cibdad, porque habia colegido no traer buena intencion, y sobresto altercaron y dijeron muchos que los más de los soldados qu' estaban en Panamá pretendian pasar al Perú y que mostraban holgarse con la venida de Bachicao, por lo cual se habia de tener dellos poca confianza, y que para armar los navios era tarde; é pasadas [1] otras razones, Luis Sanchez de Albo lo pidió por testimonio é se lo dió Francisco de Santander, escribano, lo cual yo vi firmado de su firma y signado de su signo y hecho á primero dia de abril del año de [2] quarenta é cinco, lo cual digo porque muchos quisieron decir que Luis Sanchez habia publicado traer el capitan Bachicao pasados de trecientos hombres bien armados, todo á fin de encoger los ánimos de los de Panamá para que le recibiesen, y otras cosas. La carta de Bachicao y la de Pizarro se leyó, é tambien la provision. Todos estaban aguardando el fin de lo que Bachicao haria. La carta de Gonzalo Pizarro es deste tenor:

[1] En el ms., *pasado*.—[2] treinta.

Magníficos señores: Por el capitan Hernando Bachicao, que yo envio en un bergantin, sabrán vuestras mercedes muy particularmente las cosas acaescidas en esta tierra; como testigo de vista las dirá, y ansimismo las entenderán por las provisiones que lleva; aquí no diré más de remitirme en todo á él. El va á amparar y defender los mercaderes é tratantes é otras personas que en esta tierra vinieren, para que libremente puedan tratar é contratar é sus haciendas les sean seguras como hasta aquí lo han hecho, y á restituir los daños é agravios que Blasco Nuñez Vela piensa hacer. Vuestras mercedes me la harán que en todo favorescan é avisen al capitan para qu' él mejor y más libremente pueda facer lo que al servicio de Su Majestad convenga, y para que esa cibdad y todas las demás y nosotros vivamos en paz; y porque como digo en todo me remito al capitan Bachicao que de mi parte hablará á vuestras mercedes, le den entero crédito; cuyas magníficas personas nuestro Señor guarde como desean. De Los Reyes, veinte é dos de Noviembre de mill é quinientos cuarenta é cuatro años, á servicio de vuestras mercedes.— GONZALO PIZARRO.

Y la de Bachicao, del que se sigue:

Muy magníficos señores: No creo vuestras mercedes ternán noticia verdadera del reino é provincia del Perú é de mi señor Gonzalo Pizarro, gobernador é capitan general de los reinos del Perú por Su Majestad: porque algunos caballeros que á esa cibdad han ido por parte de Blasco Nuñez Vela, sé que habrán dicho muchas cosas en contrario de la verdad, y para ello mi señor el gobernador y el reino me despachó en esta armada y trecientos caballeros de guerra para abrir las puertas de aquel reino y desta provincia, porque Blasco Nuñez Vela robaba ansí en la mar como en la tierra, naos é mercaderias, en el reino de Túmbez, lo cual, siendo Nuestro Señor servido yo le he desbaratado y le tengo tomada toda su armada de la mar, é como le tengo tomada toda su armada de la mar, é se me huyó á la provincia de gobernacion de Belalcazar para salir huyendo por la de Cartagena, porque ha destruido á Su Majestad toda su hacienda que en estas partes tenia, é visto por el Audiencia Real el servicio que á Dios Nuestro Señor é á Su Majestad se hacia en no le consentir en los reinos del Perú, le echaron de la tierra y recibieron por gobernador de todos ellos al gobernador mi señor, el cual me invia con esta armada á favorescer á vuestras mercedes para [que] todos los que en el reino del Perú tuvieren sus haciendas las contraten libremente sin que por Blasco Nuñez Vela ni por otra persona les sea hecho enojo, y mi venida, como dicho tengo, es para amparar los navios y no para hacelles enojo ninguno. Así qu' esto en-

tiendan vuestras mercedes y todos los demás caballeros, no embargante que les hayan informado al contrario, y porque conviene mucho para la honra de todo el reino y de mi señor el gobernador, y sosiego de Su Majestad, conviene que vuestras mercedes se junten y me prendan á Zurbano [1], *porque vino de alterar aquel reino y trujo hurtado un navio é dos mill pesos de Su Majestad é siete negros, é á Juan de Guzman, porque ha sido uno de los alborotadores de todo aquel reino y trujo grandes maldades para enviar á Su Majestad en contrario á toda verdad, y á Vaca de Castro ansimismo prendan, porque hurtó un navio é más de cinco mill pesos de oro que he á cargo de Su Majestad, é ha de volver á dar cuenta á la misma tierra; y ansimismo á Cueto, porque va á alterar á Su Majestad con relaciones falsas é contra todos estos reinos, porque ayudando vuestras mercedes á prendellos, hacen gran servicio á Su Majestad é les excusan grandes alteraciones, y ansimismo al reino del Perú, porque la Audiencia Real que Su Majestad tiene en la cibdad de Los Reyes y el gobernador mi señor envian á informar á Su Majestad de todo lo acaescido en aquellos reinos, y para ello va aquí en esta armada el doctor Tejada, Oidor de Su Majestad, y ansimismo Francisco Maldonado, regidor del Cuzco: y vuestras mercedes lo comuniquen con esos señores principales, porque yo he sabido que todas vuestras mercedes le han favorescido y dado* [2] *sus armas, y le han consentido hacer gente sin ser informados de mi señor el gobernador é todo el reino, y si perseveran todavia en ello y desasosegar esta tierra y á Su Majestad y alteralle los reinos d' España, digo que les haré la guerra cruelmente como á hombres deservidos de Su Majestad, porque ansí conviene para excusar mayores daños y gastos que con colores falsos han gastado de las cajas reales de Su Majestad los que á estos reinos ha enviado, que fueron Blasco Nuñez Vela con su mal juicio é Vaca de Castro con su falsa cobdicia, haciendo otras cosas de las que Su Majestad no les mandó; hágoles saber á vuestras mercedes porque lo comuniquen con todos esos señores, porque despues no pretendan inorancia. Nuestro Señor las muy magníficas personas de vuestras mercedes guarde con aquella prosperidad que desean. De la isla de las Perlas, catorce leguas de Panamá, quince dias de Enero de mill é quinientos é cuarenta é cinco años. Ahí envio á vuestras mercedes una provision de Su Majestad é otra carta del gobernador mi señor. Besa las muy magníficas manos de vuestras mercedes,* HERNANDO BACHICAO.

[1] En el ms., *Serranö*.—[2] En el ms., *dados*.

Leidas las cartas tornaron á decir que seria bien hacer cuerpo de gente é defender la entrada á Bachicao, y otros deseaban, sin mostrarlo, verlo ya en su cibdad, y no creian que trujese tan poca gente como se habia dicho, y tornóse á mandar al capitan Juan Vendrel, natural de Barcelona, que tuviese cargo de hacer gente.

CAPÍTULO XCVI

Que trata [de] la entrada en Panamá de Bachicao, é de cómo con industria allegó á si los que estaban en las naves, para hacer cuerpo de gente porque los de Panamá creyesen que venia bien acompañado.

Paréceme que cuando esta mi escritura sea leida en las Españas, que algunas cosas della darán que reir, lo cual digo por parescerles que siendo Gonzalo Pizarro hombre nacido de bastardía é tan humilde, y lo mismo Bachicao é otros de sus capitanes, que diran que fué gran simpleza y falta de juicio querer ser mandados por ellos; mas si esto pensaren, contemplen en las Comunidades y debates que en tiempo de nuestros padres rescrecieron en Castilla, é veran cuántos é magníficos seguian á los boneteros é cuchilleros é otros hombres harto más viles, é que la guerra cevil es una confusion d' estados, é que no se mira linaje ni antigüedad, ni otra cosa quel deseo de verse vengados; pues sabido por el facineroso capitan Bachicao que en la cibdad de Panamá se hacia ayuntamiento de gente, no mostró recebir ninguna turbacion, acordándose de que salió del puerto de Lima con dos barcos é quince hombres, é que el visorrey, con tener docientos no lo osó aguardar en Túmbez, é que ya llevaba navios é buena copia de gente con que podia sin dificultad ni temor acometer á las naves qu' estuviesen en el puerto de Panamá, é animando á los que con él iban dió priesa á que navegasen, é andando por entre aquellas islas vido estar un navio surto é un bergantin, é yendo para allá los tomó é robó él é sus soldados todo lo que terian, de manera que ya el cosario tenia cuatro naves é tres bergantines, é allegando á vista de Panamá vido hacer á la vela un navio qu' estaba en el puerto, y Bachicao dijo á sus navios que le siguiesen, é yendo en pos del navio, aunque hizo harto por escapar de no ser tomado, Bachicao lo alcanzó habiendo primero tirado unos tiros y muerto un español qu' estaba en la gavia, é habido la nao en su poder, como ya no temiesen á Dios ni al rey,

mandó Bachicao que al piloto ó señor della, porque no quiso amainar las velas fuese colgado del entena, é sin bastar ruegos de sus soldados fué ahorcado, é volvió hasta el puerto, adonde viendo los maestres é pilotos de los navios al hombre que venia colgado de la entena, recibieron grande espanto, é Bachicao les mandó que todos quitasen las velas é timones ó gobernalles de los navios é los trujesen adonde él estaba, é le obedescieron creyendo que traía gran potencia de gente de guerra, é que si no le obedesciesen que haria dellos lo que hizo al que traía colgado. Pues como en la cibdad de Panamá viesen las velas é que ya habian tomado tierra é su puerto, tornaron algunos á hablar á Pedro de Casaos que no recibiesen á Bachicao sin primero ver por qué, porque no era cordura fiarse de tiranos. En esta sazon estaba en aquella cibdad don Pedro de Cabrera é su yerno Hernan Mejia, que habian sido desterrados de Los Reyes por mandado del visorrey, é cuando allegaron allí el contador Juan de Guzman é Juan de Illanes, trataron ellos y el capitan Cristóbal de Peña de ir con la gente en socorro del visorrey, é por querer Juan de Illanes hacerlo todo por su autoridad é Juan de Guzman gastar poco, no salieron con la gente antes qne en la cibdad entrase Bachicao, é como algunos de los principales de la cibdad deseasen la entrada en ella de Bachicao, é los demás creyesen que traía cuatrocientos hombres, temian de oponerse [1] contra él; Pedro de Casaos é Andrés de Ariza é otros fueron á los navios á ver á Bachicao y le hicieron grandes ofrescimientos, y él lo mismo á ellos, y les habló que le inviasen nueve tiros de artilleria de los que trujo Vaca de Castro en el navio, y vueltos á la cibdad los enviaron, y Bachicao habló á todos los maestres é marineros qu' estaban en todos los navios que habia en aquel puerto, para que dende á dos dias se juntasen con él y le fuesen acompañando hasta que entrase en la cibdad, y tanto temor le tenian que sin prudencia, ni mirar que con ellos queria hacer muestra para engañar á los otros, que á la hora quél mandó estaban todos juntos, que eran más de ciento y veinte, é con ochenta quél podria traer caminó para la cibdad, y bien habia dentro más de setecientos españoles, y llegados á la costa saltó en tierra y puso la gente en órden é fué á la cibdad, é como los que en ella estaban viesen el engaño é que no habia traido casi gente, y que con la qu' estaban en sus navios habia hecho muestra para los engañar, estaban muy pesantes de haber mostrádose tan flojos en no querer haber hecho lo que debian, pues era afrenta muy grande que un tirano cosario desacompañado entrase adonde habia tanta gente; mas ya no tenian remedio sus pensamientos aunque más considerados fuesen, y Bachicao, dada una vuelta con sus marineros y gente tan suez por la cibdad, se fué aposentar á las casas de Andrés de Ariza, donde todos no entendieron sino en servirlo, y él en acometer maldades, insultos y robos muy grandes.

[1] Ms., *oporne.*

CAPÍTULO XCVII

De cómo los capitanes Hernando de Alvarado, Gonzalo Diaz de Pineda y Jerónimo de Villegas salieron de Los Reyes, é lo que hicieron.

Cosa de gran admiracion es ver la mudanza que en tan breve tiempo hobo en el Perú, en mostrarse todos por tan fieles amigos de Gonzalo Pizarro, y aun lo que más se ha de notar era que en mil leguas de tierra no entendiesen sino en servillo todos los más; verdad es que algunos conoscian la atrocidad é tiranía en que andaba, y dejaron de le seguir y aun se fueron á los montes, y otros, constreñidos de nescesidad hacian lo que por él les era mandado; al fin, universalmente era obesdecido; y luego que hobo hecho el nombramiento de sus tenientes, se partió Pedro de Fuentes á la cibdad de Arequipa, y Hernando de Alvarado, y Gonzalo Diaz de Pineda, y Jerónimo de Villegas salieron á hacer lo mismo, diciéndoles Gonzalo Pizarro que pues sabian quel visorrey iba desacompañado y sin gente, que le procurasen de dar algun alcance para lo prender ó matar, é como saliesen de la cibdad é supiesen quel visorrey se habia retirado al Quito, paresciéndoles que desde allí podria allegar alguna gente é venir contra la cibdad de San Miguel, é como por todos ellos era tan desamado y aborrescido, acuerdan de se ir acercando hácia San Miguel, sacando de Trujillo la más gente que pudieron. El visorrey, habiéndose retirado de Túmbez, como dejimos atrás, y encontrádose con el capitan don Alonso, é allegado á la cibdad de el Quito, no embargante que mostraron los vecinos holgarse con su venida, á muchos hobo que les pesó tanto que no lo podian encobrir. El visorrey disimulaba con todos y procuraba de los atraer á sí, y á los soldados que habian venido desde Túmbez dió socorro de dinero é favorescia en todo lo qu' él podia. Francisco Hernan-

dez, vecino que era de la villa de Pasto, hombre determinado y muy acorrido y que fué uno de los que más se señalaron en el servicio del rey desde este tiempo hasta la entrada del mariscal Robledo, porqu' él fué parte para que le matasen, pues por su consejo Belalcazar inconsideradamente le quitó la vida, acudió al visorrey y llegado al Quito fué por él muy bien recibido, holgándose de su venida, y despues de haber estado el visorrey en la cibdad algunos dias acordó de hacer copia de la gente de guerra que en ella habia, y se hallaron por todos docientos y sesenta españoles de pie y de caballo, y llegaron á Quito tres soldados llamados Iñigo Castro y Pero Anton y Alonso Yellon y Rosa, los cuales con gran riesgo se huyeron y salieron de la cibdad de Los Reyes en un barco de pescadores, é pasado mucho trabajo, ansí por la mar como por la tierra, habian allegado allí, y dijeron al visorrey cómo Gonzalo Pizarro quedaba rescibido por gobernador, deshecha el Audiencia, y aun que se hacian grandes fiestas por le servir, y del nombramiento que habia hecho de capitanes y tenientes para todas las cibdades, y de cómo todos habian salido á hacer lo que por él les habia sido mandado. Pues como el visorrey supiese quel capitan Juan Cabrera, lugarteniente de capitan general que habia sido en la gobernacion de Popayan por el adelantado Belalcazar, tenia alguna copia de gente para ir á descubrir las provincias del Dorado, que por fama decian los bárbaros grandes maravillas de riquezas que en ella habia, como atrás hemos contado en nuestro proceso, acordó de le escrebir para que viniese á se juntar con él, pues en ello á Su Majestad haria tan gran servicio, y ansí despachó á Suer de Cangas con la embajada, escribiendo de nuevo al adelantado Belalcazar sobre lo mismo, el cual estaba en la provincia de Carrapa haciendo la guerra á los naturales della, porqu' el principal señor, llamado Irrua, con todo su tesoro é gente se habia retirado á unas montañas bravas é muy espesas. Yo me hallé en esta guerra con el Adelantado; no pasaron cosas notables ni que podamos escrebir, mas de que *en* la mayor parte de aquella provincia se destruyó los mantenimientos é casas, para los atraer á la paz, mas siempre estuvieron rebeldes é que no quisieron ofrescerla. El Adelantado no mostraba pesarle en saber los subcesos del Perú, mas no embargante esto proveyó por entonces de mandar que todos los que quisiesen ir á servir al visorrey lo pudiesen hacer, é que si fuesen vecinos les serian los repartimientos sustentados, sin se los quitar, y mandado esto, á pesar de todos los moradores de la cibdad de Antiocha determinó de inviar al bachiller Madroñero por su teniente é capitan della; y porque fueron varios los subcesos de aquella cibdad los quise poner en suma, porque no me quiero alargar á los recontar por entero, y para lo hacer será nescesario que dejemos por un poco al visorrey y á los otros que andaban tan envueltos en sus guerras y locuras.

CAPÍTULO XCVIII

De las cosas que subcedieron en la cibdad de Antiocha desde su fundacion hasta que esta vez fué á ella el capitan Madroñero.

Bien quisiera yo no hallarme tan cansado y fatigado como con escrebir la narracion desta obra estoy, pues ya deseo velle el fin y voy por ella corriendo, por ser tan gran proceso como el lector habrá visto, é para claridad de los subcesos de Antiocha, que cierto fueron muy varios, habré de contar una breve suma de lo más sustancial, porque vinieron á ella capitanes de la provincia de Cartagena, y es fuera de nuestro propósito tratar dellos; y entenderá el lector que la gobernacion de Cartagena está entremedia de la de Sancta Marta y Tierra Firme, llamada por otro nombre Castilla del Oro, de donde siendo gobernador Pedro Arias de Avila y residiendo en la cibdad qu' estuvo poblada junto al rio del Darie*n*, envió algunos capitanes á que entrasen por aquella provincia, y en el pueblo de Turbaco mataron á un capitan con más de docientos hombres, é yendo otro que por nombre habia Becerra, por el rio del Cenú, allegó aquellas llanadas y campos tan espaciosos donde habia aquella riqueza de los enterramientos, y lo mataron á él y á los suyos; y por traer el discurso de la obra lugar, contaré de la arte que era aquél Cenú, pues me hallé en él en tiempo que estaba más próspero. Sesenta leguas de la mar estaban unos campos rasos y muy espaciosos, cercados por todas partes de grandes y ásperas sierras montañosas, y en aquel llano estaba una casa que tenia docientos pies de largo y no muy ancha, con una puerta al Oriente y otra al Ocidente, y en mitad della dos ídolos ó figuras del demonio, tan grandes como dos crecidos hombres, bien entallados y hechos. Delante destos hacian sus supersticiones y hechicerías, y el demonio dicen que visiblemente se les parescia, y estaba en aquella casa ó templo gran cantidad de oro de muchas maneras y joyas, y tenian por cierto todos los naturales

de aquellas provincias que enterrados sus cuerpos en triángulo de una legua á la redonda, de que sus ánimas iban á parte alegre, y ansí habia unas sepulturas llanas, pero muy hondas, y otras hechas á manera de pequeños cerros, y ansí como un señor era muerto, era traido por sus vasallos *á* aquel campo qu' ellos tenian por sancto como nosotros los cristianos tenemos al de Jerusalen, y llegado allí hacian una sepultura en cuadra, ancha y muy honda, y á una parte ponian el cuerpo y á la redonda dél sus armas é tesoro. Juncto á aquella sepultura hacian otras siete ó ocho, adonde metian más de ochenta indias muy hermosas y mochachos vivos, é ansí lo dejaban, é yo no sé *de* dónde vino tan pernicioso é detestable uso que un muerto quisiese llevar en su compañía cient vivos; costumbre es que se usa en toda la más parte destas Indias, pero no tanto como allí; el demonio les hacia entender que todos juntos habian de salir á otros Campos Elíseos, como les hacia entender á los gentiles, é por esta mala costumbre é porque al tiempo que mataron á los cristianos, queriendo henchir sus vientres de la carne española, les sobrevino enfermedad de cámaras que toda la mayor parte murieron de los que habian á la ribera del rio del Cenú, y como por aquellos llanos; y como Pedro Arias viese el mal subceso, no envió más capitanes, sino fué á Francisco Pizarro, gobernador que despues fué del Perú, que lo envió por su teniente adonde agora es Urabá, y tenian sus contrataciones con los indios de aquella costa y por rescates se habia mucha suma de oro; y habiendo subcedido la muerte de Palomino, gobernador de Santa Marta, fué á negocios de un Vadillo, Pedro de Heredia, qu' es agora gobernador de Cartagena, é por cosas varias que pasaron, el Vadillo y una gran bocta ó pipa de oro que llevaba fué anegado en el puerto de Sanlucar de Barrameda; y Pedro de Heredia pidió que le ficiesen gobernador de la provincia de Cartagena, que se extiende en el ámbito que hobiere entre los dos famosos rios de Santa Marta y el Darien, y como fuese tan antiguo en estas Indias se le dió el cargo y vino á Cartagena é fundó la principal cibdad que hay en aquella gobernacion, que ha por nombre Cartagena, en un pueblo de indios llamado Calamar. No puedo dejar de contar algo de Cartagena, aunque breve, para que se entienda*n* los subcesos de Antiocha, y es que Pedro de Heredia y sus capitanes, entrando por las provincias tovieron grandes recuentros y batallas con los naturales, y como fuese el gobernador Heredia excelente capitan para las conquistas, en breve tiempo los superó á todos los más, y hecha amistad con ellos se partió á descubrir, é yendo caminando él y su gente dieron en aquella grandeza del Cenú, adonde supieron la riqueza que habia, y pasados adelante allegaron á las montañas que llaman de Abreba, las cuales por ser tan ásperas no las pudieron pasar y dieron la vuelta al Cenú, y por el mal gobierno de Heredia y por su demasiada cobdicia no fueron todos ricos, pretendiendo él solo haber lo que allí habia. Envió pasados algunos dias con el capitan Alonso de Cáceres copia de más de setecientos españoles á descubrir y murieron de hambre más de los quinientos. En el Cenú se pobló un pueblo de cristianos y se sacó de aquellas sepulturas más de dos millones de ducados sin lo que los indios escondieron, porque sacaron, pasados los españoles adelante, más de cient sepulturas, y es de creer que no serian las más pobres, pues por dichos de sus padres conoscian cuáles eran las más ricas. De aquí salió Heredia á descubrir otra riqueza é esta semejable, que llaman el Dabaybe, y por quejas que dél fueron á la cibdad de Sancto Domingo, el Audiencia que allí residia nombró por juez al licenciado Vadillo, y éste vino á Cartagena y fué tan cobdicioso como Heredia, y pasados trances é acaescimientos en aquella gobernacion, habiendo descubierto un capitan que se llamaba Francisco Cesar la provincia del Guaca, é sacado de una sepultura treinta mill pesos de oro, Vadillo, sacando de Cartagena buena copia de' españoles fué á descubrir en nombre del rey aquellas provincias y descubrió lo que yo atrás tengo contado, é por haber sido descubiertas por capitanes de Cartagena pretendieron que la cibdad de Antiocha caía en sus términos é límites.

CAPÍTULO XCIX

En que se concluye[1] *el pasado hasta que Madroñero entró en Antiocha.*

Pues como el capitan Jorge Robledo fundase la cibdad de Antiocha en aquellas provincias que descubrimos el licenciado Juan de Vadillo y los que veniamos con él, y tuviese el pensamiento en la ida d' España, despues de haber tomado posesion en nombre del rey se partió á ir á salir al mar Oceano con solamente dos españoles que íbamos con él. Llegados al puerto de Urabá estaba en él Alonso de Heredia, hermano del

[1] En el ms., *cuncluye*.

adelantado don Pedro de Heredia, que estaba haciendo junta de gente para ir á poblar las provincias donde ya quedaba asentada la cibdad de Antiocha, y fué allí detenido Robledo y los que con él íbamos hasta que llegado el Adelantado lo prendió y envió á España preso, é yo por intercesion de Robledo me partí para la cibdad de Panamá á dar cuenta á los Oidores é Presidente del Audiencia Real que en aquel tiempo allí estaba, y luego pasé á la gobernacion y hallé al adelantado Belalcazar en la cibdad de Cali, muy sentido por la ida del capitan Robledo á España, recelándose no viniese por gobernador de las cibdades que habia fundado en la provincia de Antiocha. Habia quedado por lugarteniente de Robledo el capitan Alvaro de Mendoza y procuraba las cosas nescesarias para el proveimiento de la nueva cibdad, y de hacer con todo rigor la guerra á los bárbaros que no querian dar la obidiencia y reconoscer por señor y rey natural al Emperador don Carlos nuestro señor. Ido, pues, Robledo preso á España, don Pedro de Heredia con la más gente que pudo salió del puerto de Urabá y allegado á la cibdad de Antiocha salió Antonio Pimentel, que en ella era alcalde por Su Majestad, é le requirió que por cuanto ellos estaban quietos y pacíficos y habian en nombre de Su Majestad fundado la cibdad de Antiocha y no tenian por gobernador si no era al adelantado Belalcazar, que le requerian se volviese á Cartagena, donde era su gobernacion. Pasadas otras práticas, procurando el gobernador Pedro de Heredia que por mañas que él tuvo le rescibiesen, despues de haber preso al alcalde Pimentel y á otros regidores, entró en la cibdad y en ella fué rescibido, y el capitan Alvaro de Mendoza no aprobando el rescibimiento, acompañado de algunos vecinos della salió y se encontró en el pueblo Llano, que es entre esta cibdad y la villa de Ancerma, con Juan Cabrera, que entonces era general en aquella provincia del adelantado Belalcazar y por su mandado iba á ver si por ventura pudiese haber á las manos al capitan Jorge Robledo, con quien tenian grande odio por la sospecha de que queria ir á España á pedir en gobernacion aquellas cibdades, y como Alvaro de Mendoza allegó á él é supo lo que pasaba en la cibdad nuevamente poblada de Antiocha, dió priesa en ir allá y allegó á tiempo quel adelantado don Pedro de Heredia habia enviado un capitan con parte de su gente á pacificar la provincia que junto á la cibdad estaba, é como supo la venida del capitan Juan Cabrera se puso en resistencia é hobo una manera de recuentro en que algunos fueron heridos y el Adelantado preso y restituido el gobernador Belalcazar en la posesion de la cibdad, y por parecerle al capitan Juan Cabrera que no estaba bien entre aquellas ásperas sierras donde le habíamos fundado, la pasó junto á un rio que pasaba por el valle de Nore, donde agora está, y dejando en ella por teniente de gobernador á un Esidro de Tapia dió la vuelta á la cibdad de Cali, de donde el adelantado Belalcazar habia salido é ido á la cibdad de Cartago, á donde por tener, segun dicen, odio con el capitan Melchor Suer de Nava, porque seguia el partido de Robledo, mandó que fuese á castigar un pueblo suyo de indios, llamado el Señor del Pindana, con achaque de que con brevedad no fué limpio un camino que él le mandó limpiar. Yo estaba en Cartago en este tiempo y vi que los españoles con los hambrientos canes fueron allá y mataron con las ballestas muchos indios, y los perros con sus crueles dientes hicieron lo mismo, y aun trujeron presas muchas indias y mochachos, que cierto era gran dolor de verlos, y Dios les dará el castigo é punicion que merece tan gran delito; y siendo allí teniente Miguel Muñoz, que es el que ya otras veces hemos nombrado, salió por mandado de Belalcazar á hacer un castigo, que para que entendais sobre qué era, porque los tristes no querian dar la cantidad de oro que se les pedia, habiendo habido gran desórden por ser allí capitan este cruel carnicero de Miguel Muñoz, el cual, como le fuese cometido hacer el castigo, de un árbol muy grande mandó colgar tantos indios é indias de todo sexo que los pobres y el árbol con las más ramas de él vinieron á tierra; y estando haciendo estos buenos hechos Belalcazar y sus capitanes, venia el capitan Juan Cabrera por las ricas provincias de Arma robando todo lo que podia, aunque los señores de los pueblos hobiesen ofrescido la paz á los españoles, é desenterrando los muertos por sacar el oro que en las sepulturas habia, haciendo crueldades no pequeñas en los [1] indios, *que* no así ligeramente se podrian contar, el cual llegó á la cibdad de Cartago con el preso Adelantado. Hecha contra él su probanza lo enviaron por la mar del Sur á que se presentase ante el Audiencia Real, que en aquellos tiempos residia en la cibdad de Panamá, y por los males que el capitan Juan Cabrera cometió en la provincia de Arma fué allí preso por demandas que le pusieron, y visto por el adelantado Belalcazar que no pudian sojuz-

[1] bárbaros que.

gar á los indios de las provincias de Arma é las confinantes á ella, acordó de que se fundase un pueblo de cristianos; ansí, por los vecinos que en ella habian de residir se partió el capitan Miguel Muñoz á fundar la villa que por nombre tuvo de Arma; é volviendo á lo de Antiocha, allegando el Adelantado á Panamá, despues de haberse purgado antel acatamiento de los señores del Audiencia, fué á su gobernacion con deseo de se vengar y aun tornarse de nuevo á apoderar en la cibdad de Antiocha; allegó alguna gente de pie y de á caballo y con ella se fué para allá, adonde con tratos que tuvo con Isidro de Tapia fué rescibido por gobernador, y repartiendo los pueblos de los indios entre las personas que le parescieron, salió de allí y fué por el rio grande abajo, y pasada la admirable puente de Bremico fué en demanda de la junta de los rios. Lo que le subcedió no me he yo obligado á escribirlo, y por eso en nuestra narracion no diremos más de que allegó á unos valles donde habia alguna copia de gente, é tuvo noticia de que adelante habia mucha más é que poseian gran cantidad de oro, lo cual sabido dió la vuelta por llevar pocos caballos, y en este medio tiempo Belalcazar habia enviado por su teniente é capitan de la cibdad de Antiocha al bachiller Madroñero, hombre inclinado á crueldad y vengativo y que no tenia capacidad para gobernar provincias qu' estaban revueltas, el cual como allegase á Antiocha tornó por su mano á repartir las provincias y quitalles á quien las [1] tenia, de manera que ya se habia hecho tres repartimientos: uno por el fundador Robledo, y otro por Pedro de Heredia, y otro por él. Mirad qué concierto y órden habria en los indios, pues que cada hora conoscian un señor, y por quedar malquisto Madroñero con los vecinos de aquella cibdad, é porque supo que iban muchas quejas dél al gobernador Belalcazar, acordó de se ir á ver con él, y haciéndolo ansí se partió de Antiocha y fué á la cibdad de Cali, donde en aquella sazon residia el adelantado Belalcazar, y no obstante que Madroñero hobiese agraviado á todos los más de los descubridores y conquistadores que con Robledo se hallaron en la fundacion de aquella cibdad, y haber en la provincia de Cartama echado en cadenas muchos indios de los que estaban confederados con los españoles, é que fueron por los crescidos canes muertos no pocos dellos, Belalcazar, no solamente *no* le castigó, mas confirmóle los poderes é cargos que primero le habia dado. Cosa mal hecha y que á todos paresció mal; mas en ninguna provincia que hobiese gobernador la justicia andará recta, ni los que en ella habitaren [1] dejaran de ser molestados, é hasta agora por las muertes que han habido los gobernadores que han gobernado en este nuevo imperio de Indias se podrá colegir qué tales fueron sus vidas, porque jamás hobo en ellos templanza, ni se moderaron cosa alguna, ni conoscieron las mercedes que de mano del invitísimo César nuestro señor rescibieron, para serville como era justo. En conclusion, los gobernadores de Indias más se han tenido por reyes dellas que no por prefectos, y agora si hay retitud y órden en todo, es la causa de las Reales Audiencias é visorreyes y presidentes que presiden en gran parte destas Indias; y hago esta digresion para que si alguno hobiere vivo, que son pocos, que mire con atencion que le conviene vivir rectamente y amar la justicia, y ansí será de Dios [2] servido y la voladora fama no lo terná en olvido. En el inter quel capitan Madroñero vino á purgarse antel gobernador Belalcazar, el adelantado don Pedro de Heredia dió la vuelta de aquel descubrimiento que queria hacer, y llegado á la cibdad de Antiocha la tornó á ocupar é repartió otra vez las provincias entre las personas que le eran amigos, y prendió á algunos de quien tuvo sospecha, y por tener nueva que en aquel tiempo habia llegado á la provincia de Cartagena por juez de residencia el licenciado Miguel Diaz Almendariz, se partió dejando por su teniente y capitan al licenciado Gallegos, y súpose en la gobernacion de Popayan todo lo que Antiocha habia hecho el gobernador Pedro de Heredia, y como se supiese de su ida á Cartagena, Madroñero se fué Antiocha con los que iban con él, y entrando en ella de noche haciendo gran ruido, prendió al licenciado Gallegos y le quebró la vara, diciendo quél no venia á hacer justicia sino á vengar injurias; é haciendo otros desatinos y liviandades se apoderó de la cibdad y envió al licenciado Gallegos y á otros presos adonde estaba el gobernador Belalcazar, y tornó á confirmar el repartimiento que habia hecho, y despues lo prendieron á él, como diremos; por donde brevemente habrá el lector entendido las mudanzas de aquella cibdad. Acuérdome al tiempo que la fundamos, que me dijo Robledo que le queria poner por nombre Antiocha, y yo les respondí: *no le faltarán guerras como á la de Siria;* y porque conviene que volvamos á tratar de lo que pasaba en la cibdad vecina á la

[1] En el ms., *lo.*

[1] En el ms , *habituaren.*—[2] favorecido.

Equinocial, dejemos lo de Antiocha hasta quel discurso de la obra dé lugar á hablar en ella.

CAPÍTULO C

De cómo el visorrey nombró capitanes en la cibdad del Quito y determinó de ir sobre la cibdad de San Miguel.

Ya contamos en los capítulos de atrás cómo desde la cibdad del Quito el visorrey habia enviado á llamar al capitan Juan Cabrera, que en este tiempo queria entrar á descubrir las provincias del Dorado, é ya le habian acudido Gaspar Gil y Sayavedra [1] y otros, y como se viese con la copia de gente que hemos escrito, acordó de nombrar capitanes, lo cual luego fué hecho y se nombró Francisco Velazquez Vela Nuñez por general, y á Rodrigo do Campo por maestre de campo, y á don Alonso de Montemayor por capitan de gente de á caballo, y Diego do Campo se nombró por capitan de la guardia, y á Francisco Hernandez y á Juan Perez de Vergara por capitanes de infantería de piqueros, y á Jerónimo de la Serna y á Gaspar Gil se les dió cargo de compañías de arcabuceros. A Blas de Saavedra se nombró por sargento mayor, y hecho este nombramiento de capitanes, el visorrey mandó que todos se juntasen para entrar en consulta y tratar del arte que se haria la guerra, diciéndoles que á él le parescia que seria cosa acertada ir á la cibdad de Puerto Viejo y ver si Bachicao ó su gente cuando volviesen tomaban allí puerto, y dar en ellos y desbaratallos, diciendo que se fuesen adelante. El maestre de campo y el capitan Francisco Hernandez, en la consulta no concordaron con el visorrey, antes dijeron que seria gran yerro salir del Quito, sino estarse en él hasta ver si el capitan Juan Cabrera venia, ó de aquella gobernacion acudirian á servir al rey algunos de los que en ella estaban, y que en viéndose con copia de quinientos españoles podria empezar la guerra por *la* parte que quisiese. El visorrey todavía estaba impuesto de salir del Quito, y se trató que se fuese á ocupar la cibdad de San Miguel, pues era más importante que Puerto Viejo, y estando en ella tenia lo á ella comarcano, y ansí despues de haber altercado en la congregacion que estaban, se acordó de hacerlo. Habiase enviado al capitan Heredia á los Bracamoros á sacar la gente que en ella habia, y fué preso por el capitan Gonzalo Diaz de Pineda y muerto él y un Mesa, y los españoles que salieron fueron recogidos por Gonzalo Diaz, *que* juntamente con el capitan Hernando de Alvarado estaba ya en los términos de la cibdad de San Miguel, y como el visorrey hobiese determinado de salir del Quito, pidió á los vecinos de aquella cibdad que le hiciesen algun socorro, y le dieron pasados de cincuenta mill pesos de oro, sin otros socorros particulares que á soldados habian hecho, y con este dinero y con lo que más tenia el rey de sus redictos, se aderezaron los soldados que tenia el visorrey, el cual en este tiempo hizo proceso contra muchos de los que seguian á Pizarro, los [1] cuales á son de trompeta fueron dados y apregonados por traidores; y hecho esto despachó otro mensajero enviando á mandar á los oficiales de la Real Hacienda de la gobernacion de Popayan, que de los quintos que el rey allí toviere diese*n* á Juan Cabrera quince mill pesos de oro para que pudiesen aderezar á los soldados que con él saliesen de la entrada donde iba, escribiéndole que con brevedad se viniese á juntar con él. En este tiempo el general Vela Nuñez no estaba en Quito, sino en la provincia de los Puruaes, en los asientos del rio Bamba, y como se determinase por el visorrey y por todos los capitanes de ir á la cibdad de San Miguel, el visorrey mandó al maestre de campo Rodrigo do Campo y al capitan Francisco Hernandez que saliesen del Quito con sus compañías á se juntar con él. El visorrey tenia alguna sospecha del maese de campo porque al tiempo que le fué á ver á Túmbez le habia pedido grandes cosas, las cuales eran que le confirmase los indios y negociase con Su Majestad cómo se los diese perpetuos, con el hábito de Santiago, y otras cosas, que quieren decir quel visorrey habló en secreto con el capitan Francisco Hernandez para que mirase de el arte que se habia el maese de campo en el servicio del rey; mas por entonces nunca él pensó de deservir al rey, y el daño que acarreó fué su remision y *ser* amigo de interese, como adelante parescerá, y cierto no era hombre de capacidad, ni que él habia de usar aquel cargo mas, porque andaba el reino lleno de traiciones y maldades que por lo que dél se podia presumir; como el visorrey le mandase á él y á Francisco Hernandez ir á Rio Bamba, salieron del Quito y anduvieron hasta que se juntaron con el general, y el visorrey les invió luego á mandar que se fuesen á los arruinados edificios de Tomebamba á le aguardar, y él salió luego tras ellos y anduvo hasta que llegó

[1] En el ms., *Sayabreda.*

[1] En el ms., *á los.*

allá, adonde todos juntos le aguardaban. En este tiempo fué nueva de la cibdad de San Miguel cómo el visorrey habia de ir sobre ella, la cual se creyó que la inviarian algunos vecinos del Quito por estar mal con el visorrey, ó por querer ganar la gracia de Pizarro; los capitanes Hernando de Alvarado é Gonzalo Diaz de Pineda con alguna copia de gente estaban en un pueblo que ha por nombre Chinchichara, qu' está de la cibdad de San Miguel nueve leguas, desde donde pensaban resistir al visorrey, no sin contradicion de Jerónimo de Villegas, capitan y teniente que era de la cibdad de San Miguel, el cual, ó por ser dado á mirar en agüeros y señales ó por otra causa, era de opinion que no hiciese aquella jornada, porque se perderia.

CAPÍTULO CI

De cómo el visorrey salió de la cibdad del Quito y llegó á la provincia de Tomebamba, y lo que más hizo.

Despues de haber mandado el visorrey salir de Quito al maestre de campo y al capitan Francisco Hernandez, quedó proveyendo en la cibdad algunas cosas que convenian y mandó al capitan don Alonso de Montemayor que tuviese bastimento en Tomebamba, pues la mayor parte de la provincia estaba á él encomendada, y llegado don Alonso á Tomebamba hobo algunas porfías y palabras entre él y Rodrigo do Campo, y allegó á tanto la cosa que aina lo averiguaran con los soldados y sus compañías, y fué esta pasion porque ciertos indios que en aquella provincia tenia el maese de campo los pretendia el capitan don Alonso, diciendo ser suyos, y no queria obedescer en nada el mando superior de ser Rodrigo do Campo maese de campo. Al fin fueron puestos en paz y el visorrey salió del Quito á cuatro dias andados del mes de marzo, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y cinco años, con toda la resta de la gente que habia en el Quito, y juntos todos en Tomebamba se huyeron dos esclavos la vuelta de Túmbez, y no se dió tal maña el maestre de campo como fuera justo para los mandar prender, pues siendo suyos parte de los indios de aquella provincia, fácilmente los pudieran haber á las manos. Estos dijeron á Gonzalo Diaz cómo el visorrey queria ir á la cibdad de San Miguel, mas no le supieron dar bastante relación por qué camino pensaba ir. El visorrey llegó á Tomebamba á quince de marzo con no poco deseo de salir de allí, y por las diferencias que habia habido entrel maese de campo y el capitan don Alonso no estaban las cosas tan prestas como él quisiera, porque ninguna cosa de lo quél mandó hicieron, y con haber que habia dos dias salido con alguna gente el general Vela Nuñez, el visorrey le envió á mandar que se volviese, diciendo que se queria ir á España y dejar el reino, pues por cosas tan livianas unos con otros tenian competencia, y como el capitan Francisco Hernandez viese la determinacion del visorrey, le dijo que no quisiesen pagarle sus servicios con ingratitud, pues via con la voluntad que todos le venian sirviendo, y que demás desto á su autoridad no convenia dejar el reino tan revuelto, y otras cosas le dijo Francisco Hernandez, y que si de alguno se tenia por deservido, que le mandase cortar la cabeza, y llevase su propósito adelante y no hiciese otra cosa, porque se ternia por flaqueza muy grande; y el visorrey proveyó que su hermano se estuviese, y mandó luego que saliesen las compañías con sus capitanes y que se quedase el maestre de campo en Tomebamba á hacer salir toda la gente y á traer las municiones de la guerra y parte del bagax que se quedaba, y salido el visorrey de Tomebamba por el camino que mejor y más seguro le paresció, anduvo siete ó ocho dias, con muy gran trabajo, por los rios y crecidas sierras que hay por aquella parte, porque no tenian aparejo de adobar los caminos á causa de quedarse en Tomebamba los picos y barras y los otros peltrechos para ellos convinientes; quejábase de la remision del maese de campo, cuán espacioso era en lo que habia de hacer, diciendo quel capitan ó soldado que militase en la milicia de la guerra que no fuere diligente é presto, que causará grandes males y que no hará cosa bien hecha ni acertada; y con el trabajo y fatiga que digo caminó el visorrey por un camino muy espeso y lleno de sierras y rios y en tiempo que por ser invierno echaban de sí las altas nubes gran cantidad de agua, y habia por él falta de bastimentos por estar las provincias de los indios arredradas á una é á otra parte del camino, y á cabo de algunos dias allegó muy cerca de la provincia de Ayabaca, adonde procuró de tomar lengua para saber en qué parte estaba el capitan Gonzalo Diaz de Pineda, porque Iñigo Cardo y los otros tres soldados que de Lima salieron con el barco de pescadores, dijeron cómo los indios les habian dicho que estaba en Caxas ó en Chinchichara. A este Iñigo Cardo, natural de Portogalete, habia mandado el visorrey que guiase el campo como hombre que bien sabía la tierra, é guió al visorrey como buen

adalid. En estos pueblos se tomó un español, del cual supo el visorrey adonde estaban los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda, y sabido por él, luego se partió de Ayabaca y anduvo hasta allegar á los aposentos de Caxas, desde donde mandó á Francisco Hurtado, natural de Murcia, que con algunas lanzas fuese al aposento de Guancabamba, adonde se decia que habia ciertos españoles, y procurase de los prender. Hurtado se partió luego á hacerlo.

CAPÍTULO CII

De cómo Gonzalo Pizarro, sabido quel visorrey se rehacia en el Quito, se apresió con su gente para salir de la cibdad de Los Reyes.

Yo quisiera concluir el subceso de Chinchichara y la huida de los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda, y tambien lo quel tirano de Bachicao hacia en Panamá, é la conjuracion que contra él allí se ordenó, y lo mismo la venida del capitan Juan Cabrera á la cibdad de Cali, y la muerte que Diego Centeno dió al capitan Francisco de Almendras. Todos estos acaescimientos pasaron en un tiempo, y con ellos la salida de Gonzalo Pizarro de la cibdad de Los Reyes, é como yo otras veces he dicho que es á mi cargo en la narracion desta obra contar por extenso lo que pasaba, dejado lo uno volveremos á lo otro. El trabajo y la fatiga para mí ha sido, quel lector por la órden de los capítulos hallará lo que quisiere, pues todo se incluye en lo que escribo: y como el visorrey desde Túmbez, acompañado del capitan Rodrigo do Campo y de los otros que con él vinieron, fuese á la cibdad del Quito y allí procurase favor de todas partes para se rehacer, no faltó quien con toda diligencia invió la nueva á Gonzalo Pizarro, que en Los Reyes entonces estaba, y sabida por él se juntaron sus capitanes y amigos para mirar lo que les convenia hacer sobre aquella nueva. El licenciado Cepeda en aquella consulta dió á entender á los capitanes que convenia ir en seguimiento del visorrey hasta ponerlo en tal estado que sea muerto ó preso, porque habiendo sido tan maltratado, si se viese con pujanza y tal potencia que pudiese tornar á ser restituido en el mando primero, á todos los más principales cortaría las cabezas, porque de un hombre vengativo ninguna esperanza de que usara de clemencia se ha de tener. Francisco de Caravajal, el maestre de campo, bien entendia que Cepeda con recelo del delito que habia cometido y por no ser castigado por mano del visorrey insistía en la ida contra él; mas como Gonzalo Pizarro en aquella cibdad ya fuese recibido por gobernador, y él desease la guerra como hombre que en ella tanto se habia ejercitado, aprobó el parescer de Cepeda, diciendo que era á todos muy provechoso ir en el alcance del visorrey, y aunque fuese seguillo hasta el mar Océano, porque no era justo que ellos fuesen gobernados por un hombre tan temerario como era él, é que despues de muerto ó preso ternian sus formas y maneras para que Su Majestad los perdonase. Pasadas otras práticas en aquella consulta é congregacion que tuvieron, se determinó de que luego se saliese de la cibdad, y ansí Caravajal dijo que todos los soldados que quisieren seguir á Gonzalo Pizarro en aquella jornada que queria facer al Quito contra el traidor de Blasco Nuñez, que andaba hecho tirano, fuesen asentarse, é que á todos se les daria paga, é como en tiempo de paz los soldados no pueden ser disolutos en robos ni insultos, antes son castigados y la justicia tiene el poder entero para ello, y con la guerra hagan tan grandes delitos y acometan maldades tan pésimas como hemos visto que en este reino han hecho, pues han destruido la mayor parte dél, alegres muchos de los que estaban en la cibdad de Los Reyes en saber la ida que queria Gonzalo Pizarro hacer al Quito, á donde ya sabian que habia tan gran riqueza, echando de sí las capas se adornaban de cueros é plumas y se fueron asentar á donde recibian las pagas cada uno conforme á su calidad: á docientos y noventa soldados se les dió paga á trecientos y á cuatrocientos ducados cada uno, y á quinientos á muchos, y á otros, que eran de más calidad y no querian recibir pagas, pretendiendo repartimientos, les ayudaban con caballos y armas, asentándose por lista los que habian de ir, y es cierto que en el aquel tiempo estaba en la cibdad de Los Reyes la flor de todo el Perú, y no mostraban poco deseo de servir á Gonzalo Pizarro. Adelante, cuando trataremos de la batalla que se dió en el Quito, pondré algunos de los más principales que con él allí se hallaron. El contador Agustin de Zárate, demás de aprooado el parescer de que Gonzalo Pizarro fuese gobernador, é haberlo ansí firmado, le hacia todo servicio con palabras muy adulosas y que en oillas muchos le culpaban por ser tenido por hombre sabio. A don Antonio de Ribera se le dió cargo de que fuese alferez general á la provincia de las Chachapoyas. Se escribió al capitan Gomez de Alvarado

para que con la más gente que pudiese saliese á se juntar con él á la cibdad de Trujillo. Algunos hobo que quisieron decir que cuando le llegó este mandado de Gonzalo Pizarro á Gomez de Alvarado, que tenia intencion de se ir á juntar con el visorrey, lo cual yo no afirmaré, ni tengo por cierto, porque si quisiera bien pudiera irse á juntar con él á tiempo que acababa de desbaratar á los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda; mas, como en algunas digriciones tengo apuntado, siempre con colores quieren salirse afuera los bulliciosos, echando la culpa al tirano; y á la verdad, cosa es cierta quel capitan sin gente es como la nave sin velas ni gobernalle. Alonso de Mendoza se quedó en la cibdad de Los Reyes, fingendo mala dispusicion, é vino á la cibdad del Cuzco, donde juntado con Alonso de Toro hizo lo que diremos.

CAPÍTULO CIII

De cómo Gonzalo Pizarro salió con toda su gente de la cibdad de Los Reyes, dejando en ella por su teniente al capitan Lorenzo de Aldana.

Ordenado por Gonzalo Pizarro á sus capitanes la salida de la cibdad de Los Reyes, como en el capítulo precedente hemos hecho mincion, entraron en acuerdo para determinar á quién dejarian encomendada la guarde de aquella cibdad, pues era la llave principal del reino. En los acuerdos que hacian siempre se hallaba presente el licenciado Benito Suarez de Caravajal, que grande odio tenia á las cosas del visorrey desde el tiempo que supo la muerte del factor su hermano, afirmando muchas veces que si podia, con su muerte habia de quedar vengado dándosela por sus propias manos. Andando el tiempo fué Dios servido por sus secretos juicios que hobiese de ser ansí. El licenciado Cepeda ya estaba tan metido en las armas, que poco tiempo ocupaba en el estudio de las letras, y como tratasen en quién quedaria allí por teniente, despues de haber nombrado en el acuerdo algunas personas se acordaron en que no habia ninguno que mejor usase aquel cargo que era Lorenzo de Aldana, ansí por la estimacion de su persona é gravedad, como por ser natural de la patria de Gonzalo Pizarro y haberse mostrado grande amigo de sus hermanos é suyo; é acordado esto por ellos y dádole parte á Lorenzo de Aldana, lo abcetó, y despues de haber Gonzalo Pizarro escrito sus cartas á todas las cibdades de las provincias de Goamanga, Guánuco, Arequipa, Cuzco é Charcas, haciéndoles saber su embajada hácia las provincias del Quito á echar dellas al tirano Blasco Nuñez, que otro nombre no le sabian llamar, é rogándoles quisiesen tenerse siempre por sus amigos y avisalle de lo que en las cibdades que ellos gobernaban pasaba, y ansimismo que siempre tuviese*n* dineros habidos de los redictos de los repartimientos, pues los encomenderos de todos ellos tenian obligacion de sustentar la guerra y proveer para los gastos della, pues se habia movido principalmente para lo que á ellos convenia; y escritas estas cartas y dejado mandado al capitan Lorenzo de Aldana lo que habia de hacer, en dos naves, acompañados de algunos amigos é criados suyos, se partió para la cibdad de Trujillo, mandando primero que todos hiciesen lo mismo, y salidos los alferez con las banderas, los soldados hicieron lo mismo, y en breve tiempo allegó á la cibdad de Trujillo, adonde fué bien recibido de los señoradores della y todos les hacian grandes servicios, ofresciéndoles sus personas y haciendas, y como supiesen que los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda estaban en Caxas ó en la provincia de Chinchichara, escribió al capitan Gomez de Alvarado que recogiese la gente que venia por el real camino de la Sierra y se viniese á juntar con él, ó se fuese á le aguardar donde estaban los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda, y él en Trujillo engrosó su ejército con gente que allí pudo haber, y los vecinos de aquella cibdad le ofrescian caballos y armas é otras cosas convinientes para la guerra. Aqui murió Francisco Sanchez, su sargento mayor, que era natural de Zamora, nacido de padres muy humildes; y este era mal cristiano, el cual dijo palabras muy desacatadas contra el rey, y agora al tiempo qu' estaba muy vecino á la muerte y se acercase en el que habia de dar *de* sus pecados y maldades á Dios cuenta, decia que le pesaba de morir en tiempo que Pizarro dél tenia nescesidad, porque le sirviera con toda fidelidad, y que pues por tomarle la muerte allí no podia pasar adelante, quél queria dar un aviso, y era que los arcabuceros despues de haber cargado con la pelota y pólvora los arcabuces, echasen en cada uno tres ó cuatro pares de perdigones porque no errasen el tiro; y diciendo estas oraciones y otros derreniegos murió con menos contricion que yo querria llevar cuando en semejante tiempo como aquel me viese, y de su muerte le pesó grandemente á Pizarro y á sus capitanes.

CAPÍTULO CIV

De cómo estando en Panamá el capitan Hernando Bachicao eran hechos por él é por sus soldados grandes robos y otras no pequeñas maldades.

Bien será que tratemos un poquito del subceso del capitan Hernando Bachicao, que despues de haber llegado á Panamá y aposentádose sus soldados, despachó á Francisco Maldonado y al doctor Tejada para que fuesen á España, y á los vecinos de Panamá mandó que luego sin dilacion ninguna adobasen la nave en que vino el licenciado Vaca de Castro, porque era de Pizarro, y el artillería mandó que se recogiese para la volver al Perú, y no vian los tratantes y mercaderes sino cómo sirvirian á este tirano; y al capitan Juan Vendrel y á otros hizo grandes daños, rescatando por dineros á los que iban en naves á la gobernacion de Popayan. Siempre andaba con unas cuentas en la mano, no para que diese testimonio de vivir bien, moral ni de otra manera, sino para engañar á los hombres, diciendo que por aquellas cuentas contaba los arcabuces y gente de guerra que tenia; y de Su Majestad decia palabras inormes y tan feas que yo al tiempo que las oia temblaba de que un hombre cobarde y tan suez tuviese atrevimiento tan loco, y aun dicen que con el doctor Tejada escribió una carta de desatinos para Su Majestad, la cual el doctor rompió. Pues como se viese apoderado de la cibdad de Panamá, dando rienda suelta á los vicios no entendia sino en lujurias y deshonestidades con sus mancebas, y en comer bien espléndidamente á costa de los pobres mercaderes. E andaba todo tan revuelto en Panamá, que ninguna justicia ni órden habia. Los facinerosos soldados suyos, viéndose en cibdad tan próspera é poblada de mercaderes, juntábanse por cuadrillas, é con amenazas que les hacian eran proveidos á costa de sus fieros de buenas granas y piezas de seda y otras cosas, y comian á su sabor, y como desde la cibdad del Nombre de Dios y Panamá viniesen tan grandes recuas cargadas de las mercaderias que en aquel puerto se descargan, juntados algunos destos soldados salian á los caminos y descargaban las acémilas que les parescian, tomándose lo que en ellas venia, y ansí se hacian grandes robos y insultos. Bachicao por su parte con cautela sacaba á los mercaderes todo lo que queria, diciendo que aguardaba dineros del gobernador Gonzalo Pizarro para pagar lo que allí hobiese gastado, y tanto fué lo que robaron que muchos mercaderes quedaron perdidos; y como supiese quel contador Juan de Guzman habia estado allí haciendo gente para el visorrey, lo mandó prender, mas él se habia *ido* huyendo en un pequeño barco quel capitan Juan Vendrel le dió, y como su principal intento de Bachicao fuese recoger gente y artillería para volverse en las naves al Perú, echaba bando con los atambores para que se allegasen á sentar todos los que quisiesen ir al Perú, é á Martin de Olmos y á Bartolomé Perez dió condutas de capitanes, y lo mismo hizo á Marmolejo. Algunos de los vecinos andaban por la mar huyendo, y otros estaban en Natá, y Bachicao supo que no querian venir adonde él estaba, que habian tenido aviso de los frailes de San Francisco, y como esto supo se fué al monesterio é topa*n*do con un religioso llamado fray Luis le preguntó por su compañero, y el fraile le respondió que no estaba allí, que era ido á una estancia; y el cruel tirano, con poco temor de Dios, alzando su violenta mano dió al fraile una gran bofetada, diciendo: *Mentís, que á dar algun aviso debe de ser ido;* y saliéndose de la iglesia fué á casa de Juan Vendrel y le robó todo lo más de lo que en ella halló, porque se habia ausentado, y lo mismo hizo á Pero Nuñez, secretario. Juan de Illanes andaba huyendo tambien de Bachicao, y como los soldados viesen la largueza que daba para que pudiesen robar, deseando pasar al Perú, adonde habia mayor riqueza, muchos se allegaron á Bachicao, prometiendo de le servir y pasar con él al Perú, y en poco tiempo allegó poco menos de quinientos hombres, dándoles pagas de lo que robaba á mercaderes, y como hasta allí todo le hobiese subcedido prósperamente, acordó de enviar un pequeño navío á Gonzalo Pizarro, en el cual envió cartas haciéndole saber todo lo que por él habia pasado despues que salió de la cibdad de Los Reyes. Hasta entonces no he sabido en qué parte le tomó esta carta Gonzalo Pizarro, mas de que sé quél invió traslado á todas las cibdades deste reino, y yo vi de una en el Cuzco, que habia enviado al capitan Alonso de Toro.

CAPÍTULO CV

Cómo estando el traidor de Bachicao en la cibdad de Panamá haciendo grandes males, se ordenó de le matar, y de cómo descubierta la conjuracion dió algunas muertes en los que supo que trataban de se la dar á él.

Cosa muy lamentable es oir las maldades qu' este tirano hacia en Panamá, y que sien-

do varon tan detestable y vicioso, y sobre todo tan cobarde que siempre volvia las espaldas al rostro del enemigo, hallase tanto aparejo para ejecutar sus crueldades, y á la verdad, de pocos tiranos he leido que siendo cobardes no fuesen crueles y quisiesen ser temidos, y digo esto porque ya habrá el lector entendido cómo salió de la cibdad de Los Reyes con solamente quince soldados, y que con estar en Panamá más de mil hombres con los que tenian en sus mismas naves, los hobo de engañar, y ya que se tratase de le matar no faltase quien le diese aviso de la muerte que le querian dar; y como Bachicao se viese con tanta gente, mandó á los capitanes que sacasen las banderas y se hiciese alarde de todos los que habia en Panamá para ir con él al Perú, y dada una pavonada por la cibdad se recogieron en sus aposentos. Estaba en esta sazon en Panamá el capitan Cristóbal Peña, qu' es el que dijimos que el adelantado don Pascual de Andagoya dió la conquista del rio de San Juan, é poder para fundar un pueblo de cristianos en la bahía de San Mateos, y tambien estaba en Panamá don Pedro Luis Cabrera y Hernan Mejia, y como por ellos fuesen vistas las atrocidades é insultos que por Bachicao y sus capitanes habian sido hechas y se hacian, y quel tirano robaria la cibdad antes que se partiese, y sin aquel daño rescrecia otro mayor, que era que con la gente que Bachicao llevase é peltrechos de guerra, podria Gonzalo Pizarro bastantemente engrosar su ejército é ir á dar la batalla al visorrey, pensaron que para excusar aquellos daños seria cosa muy acertada quitar la vida al cosario, pues por su muerte respiraban aquellos daños, y meterse luego en naves é ir con todo el artillería que Bachicao tenia y soldados á buscar al visorrey, y con ellos se concertó tambien Andrés de Ariza, en cuyas casas el Bachicao posaba, y estos fácilmente pudieran matar al Bachicao, mas porque no rescreciese algun tomulto en la cibdad y con verlo muerto no se pusiesen ningunos en armas, acordaron que don Pedro de Cabrera hablase con Pedro de Casaos, natural de la cibdad de Sevilla, que era corregidor en aquel reino, para que despues de muerto Bachicao saliese con la vara del rey en la mano y apellidando [1] su real nombre aprobase la muerte. Dos dias estuvo don Pedro en acabar con él que lo haria, porque estaba muy duro, ó por temor de Bachicao ó porque no creyó que saldrian [2] con ello; y ordenado, pues, entre éstos la conjuracion contra Bachicao, parescióles que seria bien dar parte dello á Bartolomé Perez, capitan de Bachicao, porque tenia en su compañía muchos soldados de los que habian sido tomados en Túmbez al visorrey, y éste sabia de cierto que aborrescia las tiranias de Pizarro, y aun las de Bachicao, y que deseaba el servicio del rey; y como el capitan Bartolomé Perez les hobiese respondido graciosamente quel haria lo que ellos querian, con nescia presuncion quiso hacer cabeza de sí propio y no dar lugar á que don Pedro, ni Hernan Mejia, ni el capitan Peña fuesen participantes en lo que concertaron, y saliendo Bachicao á tomar placer con sus mancebas, salir ellos y matarle, y para que si fuera acompañado de algunos de sus cómplices, que Bartolomé Perez con los de su compañía se opusiese contra ellos, el cual pensó de no hacello ansí, sino dar parte al capitan Antonio Hernandez y á un soldado osado, llamado Orduña, y á otros amigos suyos, y matar á Bachicao y luego nombrarse por general de todos ellos y ir en busca del visorrey, é hecho esto, ya que los otros pensaban que en breve Bachicao seria muerto, Bartolomé Perez, dado parte á éstos que digo, haciéndose autores principales, conjuran contra la perniciosa cabeza de Bachicao, concertando de le matar de á dos dias, y aquel soldado llamado Orduña, tomando aparte á Francisco de Marmolejo, natural de Sevilla, alferez general de toda la armada de Bachicao, le contó en gran secreto lo que pasaba, diciéndole que por tenerse por tan su amigo le avisaba dello porque pudiese procurar de ser capitan general del armada. El malvado de Marmolejo, fingiendo holgarse con saber aquellas nuevas, le preguntó que quién eran los autores, y el vizcaino le dijo que eran los capitanes Bartolomé Perez y Antonio Hernandez, y Santillana y el alferez Cajero con otros algunos soldados, y no dijo nada del capitan Peña, ni de don Pedro, ni de los demás que lo habian ordido, porqu' el Bartolomé Perez dió á entender quél sólo era el que muchos dias habia deseado que Bachicao fuese muerto; y en la verdad, provechosa cosa fué para don Pedro y el capitan Peña y Hernan Mejia y Andrés de Ariza que no los nombrase el Bartolomé Perez, porque no podian dejar de ser muertos. Marmolejo dijo al Orduña que se habia holgado con que le hobiese avisado de aquella tan buena hazaña que se queria hacer, y quél ayudaria como los demás para que Bachicao fuese muerto; y partido Orduña de Marmolejo, contó á los capitanes Bartolomé Perez y Antonio Hernandez lo que le habia pasado con el Marmolejo, y recibieron grandísima pena, porque

[1] En el ms., *apedillando*.—[2] En el ms., *sarlian*.

creyeron que lo habia de descubrir, con el cual temor acordaron luego determinadamente de ir luego á le matar, y por inconvinientes que pusieron lo dejaron, y tambien porque su fin no habia de ser en Panamá, sino *en* Xuli, qu' es no muy lejos de Chuquito.

CAPÍTULO CVI

En que se concluye el pasado hasta la muerte de los capitanes Bartolomé Perez y Antonio Hernandez [1].

Por la manera que habemos contado se ordenó la muerte de Bachicao, é cierto sin dificultad se la pudieran dar si no fuera tan necio é incipiente Bartolomé Perez como fué, pues ya estaban determinados Hernan Mejia y el capitan Cristóbal Peña con otros de arriscar sus personas á todo peligro por se la dar; pues como Marmolejo hobo entendido las palabras de Orduña, pensando lo que haria sobre aquel tan importante negocio, acordó de lo descubrir á Bachicao, y aun no fué bien venida la claridad del dia cuando levantándose de su lecho se fué al aposento de Bachicao y vido que entraba en él desarmado, con solamente una ropa larga así como salió de donde habia estado aquella noche envuelto en sus lujurias, y metiéndose con él en el más secreto aposento le contó muy por extenso lo que pasaba, y de la muerte que le querian dar, y quién y cuántos eran los autores, con todo lo que más habia oido decir [2] *á* Orduña, y el capitan Bachicao, oyendo lo que Marmolejo le habia dicho, despues de haber estado un poco pensando dijo: *No puedo yo creer que quieran acometer tan gran maldad Bartolomé Perez y Antonio Hernandez, pues de soldados que eran los he hecho yo capitanes.* Marmolejo tornó á decille: Yo cumplo con avisaros lo que debo al servicio del gobernador Gonzalo Pizarro. Bachicao, creyendo que seria ansí verdad y que no le iba en ello sino la vida, despidio á Marmolejo diciéndole quél pornia recaudo en su persona y castigaria hazaña tan fea como aquellos querian cometer; y partido Marmolejo, el capitan Bachicao se vistió una cota, y con su espada y daga lo más disimuladamente que pudo abajó á la calle y fué adonde posaba el capitan Bartolomé Perez, que en aquel tiempo se estaba armando para salir á matar á Bachicao, el cual así como llegó adonde estaba el capitan Bartolomé Perez, industriosamente y con gran disimulacion le dijo: *Mandado he al capitan Martin de Olmos que mande tocar el atambor para recoger la gente y no lo ha querido hacer, y voy tan enojado que le tengo al rapaz de sacudir. Por eso, andad acá, íos conmigo.* Estaba mal este Bartolomé Perez con Martin d'Olmos, y creyendo que Bachicao le decia la verdad, alegremente le siguió, y yendo por la calle allegó adonde tenia por aposento el capitan Antonio Hernandez, y dando voces le llamó diciendo que saliese á ir con él, porque iba á castigar al rapaz de Martin d'Olmos que se andaba burlando dél; y desde aquí envió un amigo suyo muy singular á que avisase á Martin d'Olmos de *lo* que se estaba ordenado, y que tuviese allegados á sí los más de los soldados de su compañía, y yendo Bachicao á las casas de Gomez de Tapia, aposento de Martin d'Olmos, el capitan Antonio Hernandez, temiendo la muerte que se le iba á dar, se empuñó en el espada tres veces para matar á Bachicao; faltándole el ánimo lo dejó de hacer, y ciertamente si él y Bartolomé Perez fueran osados y determinados, sin mucha dificultad pudieran aun entonces dalle la muerte; y allegado adonde estaba el capitan Martin d'Olmos, con alguna copia de gente, fueron presos entrambos capitanes, y ellos muy turbados preguntaban que ¿por qué se hacia aquella prision? Bachicao llamó al capitan de artillería, que era Francisco de Morales, y mandóle que trujese preso á Cajero, alferez de Bartolomé Perez, y ansimismo mando á Delgadillo que mirase por él. Tambien fué preso un hermano de Bartolomé Perez y se envió á prender al necio viscaino de Orduña, y á Santillana, y por aviso que tuvieron huyeron, y lo mismo hicieron algunos soldados que eran participantes en ello, y como el capitan Cristóbal Peña y Hernan Mejia supieron la prision de aquellos capitanes, temieron de ser muertos á manos de Bachicao, creyendo que Bartolomé Perez diria cómo ellos habian procurado la muerte suya, y pensaron de se huir de Panamá, y á la verdad estaba tan turbado Bartolomé Perez que no tuvo aviso para anteponer á su culpa la que tenian los ya nombrados, por haber sido los principales autores. Sabiendo Bachicao que muchos soldados se habian ausentado de la cibdad, acordó, porque no se siguiese algun escándalo, que fuesen muertos los que estaban presos, lo cual mandó que fuesen luego confesados sin quedar ninguno, é como la justicia y vecinos de Panamá viesen que Bachicao queria matar aquellos, suplicábanle con todo hervor que usando con ellos de clemencia los

[1] En el ms., *Fernandez*.—[2] de.

desterrase y no diese violentas muertes. Mas no aprovechó sus ruegos para quel tirano dejase de los matar, aunquel provisor con toda la cleresia tambien se lo suplicaron. El capitan Antonio Hernandez no se habia querido confesar, y entró Bachicao dentro y preguntóle que por qué no se confesaba, y dijo que no merescia la muerte y que siempre le habia sido buen amigo, y otras excusas. Bachicao mandó á un negro que le diese garrote, y él, viendo que ya la muerte venia sobrél, y su ánima en breve tiempo saldria de su cuerpo, con grandes voces dijo que le dejasen confesar. Bachicao mandó dar la vuelta al garrote y murió, y lo mismo hicieron los otros que estaban presos, y despues de muertos, los soldados con las nefandas banderas vinieron allí y leváronlas puestas [1] encima de los cuerpos, los cuales fueron llevados á la iglesia á enterrar. E hizo capitan de arcabuceros á Delgadillo, y la resta de la gente mandó que estuviese en la compañía de Martin d'Olmos. Hecho esto, todos tenian gran miedo de Bachicao, el cual, entrado en las casas de Juan Alvarez, mercader, vido estar al capitan Cristóbal Peña y á don Luis de Toledo, y díjole á Juan Alvarez: *¿Qué hace aqui el capitan Peña? Decilde que se vaya y que en ello acertará.* Peña y Santillana se partieron á la cibdad del Nombre de Dios, adonde despues de haber estado algunos dias el capitan Peña se partió para la Isla Española, y Bachicao se estaba en Panamá haciendo robos y cohechos todos los más que podia; donde lo dejaremos y diremos lo que sucedio al visorrey.

CAPÍTULO CVII

De cómo el visorrey allegó á Chinchichara y desbarató á los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda, y el fin dellos.

Ya se acordará el lector cómo hecimos en los capítulos de atrás mincion quel visorrey, acompañado de sus capitanes y gente de guerra, venia con intencion de tomar la cibdad de San Miguel, llamada por otro nombre Piúra, la cual tenia la voz de Pizarro, y estaba por su teniente é capitan en ella Jerónimo de Villegas, y cómo allegado á la provincia de Ayabaca despachó á Francisco Hurtado para que fuese á la provincia de Gua*n*cabamba y prendiese á ciertos españoles que decian los indios estar allí; y este mismo dia, ya algo tarde, las velas del visorrey tocaron al arma con gran ruido, y todos en breve tiempo fueron armados y mostraron ánimo para acometer á quien contra ellos viniese, y sabido por qué habia habido aquel alboroto, supieron que del real de Gonzalo Diaz decian habian salido seis de á caballo para ir á Guancabamba y que dieron súpitamente con Hurtado é los que con él iban, é siendo presos contaron cómo Gonzalo Diaz y Hernando de Alvarado estaban en Chinchichara muy descuidados de la venida del visorrey, y como Hurtado con ellos se volviese al visorrey y creyendo ser enemigos, se habia tocado al arma. El cual, como supiese el descuido de los capitanes que seguian la opinion de Pizarro, mandó á los alferez que sacadas las banderas marchasen con sus capitanes con toda priesa para dar de sobresalto en los que estaban en Chinchichara, que solamente nueve leguas habia desde allí adonde ellos estaban, y para que más fácilmente pudiesen ir mandó que se quedasen en aquellos aposentos todo el bagaje y fardaje, sin llevar otra cosa que las armas y lanzas y los arcabuces y mechas encendidas, y ansí como él lo mandó fué hecho, y caminaron toda aquella noche con gran trabajo por ser aquella tierra áspera de sierras y los caminos tan fragosos que con gran dificultad podian por ellos andar; y tanta priesa se dieron que cuando vino otro dia, á tiempo quel sol salia y se mostraba por aquellos hondos valles y altos collados, estaban juntos á los enemigos, que encima de un cerro que señoreaba el camino por donde el visorrey venia tenian asentadas sus tiendas, y Gonzalo Diaz, con deseo de saber si el visorrey venia cerca, porque ya tenian nueva cómo era partido de Tomebamba, queria con ocho ó diez lanzas subir á la provincia de Ayabaca para tomar en ella lengua de los indios. El visorrey, creyendo que eran sentidos, mandó que se tocase un tambor y la gente puesta en órden diese en ellos. Dicen que en este tiempo una esclava de Gonzalo Diaz, mirando por dónde venian dió voces que se pusiesen en arma; pues como los capitanes viesen que los enemigos estaban encima dellos, con gran temor, mostrando mucha flaqueza, cabalgaron en sus caballos sin querer hacer rostro al enemigo y volvieron las espaldas dando toda priesa á sus caballos en huir. Los suyos, como vieron á sus capitanes que los habian desamparado, los siguieron, y ansí dejando sus tiendas con lo que en ellas habia, todos procuraban de huir del visorrey temiendo su ira. Algunos de los que habian salido de los Bracamoros, mostrando que deseaban jun-

[1] En el ms., *llevándolas*.

tarse con él, no quisieron seguir á los que huian, sino aguardallo para hacerlo, y desta manera fueron desbaratados los capitanes Gonzalo Diaz de Pineda y Hernando de Alvarado, sin golpe d' espada ni de lanza. Gomez d' Estacio, que allí estaba, huyó tambien; Gomez de Rojas fué preso con otros. El visorrey los mandó soltar é mostró buen rostro á Gomez de Rojas. Todo lo que allí se halló de los huidos fué robado por los soldados, y la nueva en breve tiempo allegó á la cibdad de San Miguel, é sabida, Jerónimo de Villegas con su mujer huyó á la sierra, y lo mismo hicieron algunos vecinos, é despues quel visorrey hobo desbaratado en Chinchichara los capitanes ya dichos, con toda su gente caminó hasta meterse en la cibdad de San Miguel, y se dió saco en las casas de Diego Palomino y Bartolomé de Aguilar y Francisco Albarran y Juan Rubio y á las de Villegas, diciendo que eran bienes de traidores é que habian de ser robados por los que lealmente servian. A las demás casas de vecinos ni habitantes no se hizo ningun daño. En esta cibdad fué el visorrey muy servido de una dueña natural de Llerena, llamada María de Paz, que era mujer de Francisco Bernaldo de Quirós. Pues volvamos á los capitanes que huyeron. Partidos, pues, de allí, anduvieron hasta meterse en unos montes de algarrobales muy espesos, y pasaron [1] muy gran trabajo, hambres y malaventura. El Hernando de Alvarado murió de hambre ó á manos de los indios, é Gonzalo Diaz dicen que aportó al aposento de Motape, adonde veniendo desambrido comió ciertas raíces ponzoñosas, las cuales le causaron la muerte, y ansí dicen que se le salió el ánima rabiando. Aviso y ducumento muy grande es para que los hombres que esto vieren y leyeren tomen enjemplo de no querer hacer cosa fea, ni dejar de seguir la guerra que fuere justa por la que no lo es. Pues estando en la cibdad de Los Reyes fué Gonzalo Diaz tan favorescido del visorrey y lo hizo su capitan y le dió otros honores, acrescentándolo siempre en honras, y dejó de servillo á él y ser leal, por servir á Pizarro y la facinerosa empresa que traia, y hubo de venir á morir muerte tan desastrada, y que la fama que á todas partes vuela no olvide la traicion que hizo. Y dejando de tratar esta materia, diremos la venida que hizo el capitan Juan Cabrera á la cibdad de Cali, y de la guerra quel adelantado don Sebastian de Belalcazar hacia á los bárbaros en las provincias de Arma y Picara.

[1] En el ms., *pasado*.

CAPÍTULO CVIII

Que trata de algunas cosas tocantes al capitan Juan Cabrera y de su vuelta á la gobernación y juntarse con el visorrey.

Ya terná noticia el lector de lo que escribimos al tiempo quel adelantado Belalcazar fué á la temida provincia de los Paez é los Yalcones, y la guerra que con ellos tuvo, y cómo siendo su teniente general en toda la gobernacion de Popayán, Juan Cabrera, teniendo uno con otro sus tratos y formas, Belalcazar tuvo por bien de que fuese á descubrir todas las provincias que estan á la parte del poniente de la cibdad de Popayán, pasada la trabajosa cordillera de los Coconucos, y que pudiese poblar y repartir, para despues inviar á Su Majestad del rey nuestro señor á suplicalle le hiciese gobernador de lo que descubriese; y partido el capitan Juan Cabrera de aquellas regiones, fué á la cibdad de Timaña, adonde tuvo nueva de cómo estaba en la provincia de Cartagena el licenciado Miguel Diaz Almendariz, que venia por juez de residencia de las provincias que otras veces hemos dicho, y como Juan Cabrera temiese la entrada que hizo en Antiocha, é la prision del adelantado don Pedro de Heredia, y las disoluciones y exerciones que tuvo todo el tiempo que fué general en la gobernacion, y que ansimismo estando en el nuevo reino é provincia de Bogata, siendo en él justicia mayor Hernan Perez de Quesada, viniendo, por mandado del Audiencia Real que reside en la Isla Española, Jerónimo Lebron por gobernador de aquel reino, por su consejo é parecer fué preso por mano de Hernan Perez de Quesada, y maltratado, y qu' estas cosas venian á que Miguel Diaz lo entendiese y hiciese sobrello justicia, é como ya entendiese estar en la gobernacion de Cartagena, deseaba meterse en lo interior de las provincias y en tal parte que no pudiese tomarle residencia.

El dicho licenciado Almendariz tambien supo del subceso del visorrey, y de cómo habia allegado á Túmbez y venia á meterse en el Quito, y con un soldado que desde allí se partió para le servir, llamado Cárlos de Salazar, le escribió ofresciéndole su persona é otras cosas de cortesía; pues como allegase á la cibdad de Timaña, desde donde queria empezar á descubrir por un valle que llaman de La Plata, acordó de inviar al nuevo reino al capitan Maldonado y á Diego Diaz de Herrera para que fuesen á él

y tratasen con Montalvo de Lugo [1], á quien dejó al tiempo que se partió por justicia mayor el adelantado don Alonso de Lugo, y hiciese*n* con él compañía hermanable y le pidiesen facultad para poder entrar en las cibdades que estan en aquel reino fundadas, para hacer gente y sacar caballos y servicio para ir bien proveido en la jornada del Dorado, de que tan gran noticia de haber en él mucha riqueza se tenia [2]. Allegados á Bogotá estos mensajeros, fueron á los principios oidos con alguna aspereza, porque le parescíó á Montalvo de Lugo quel capitan Juan Cabrera con mañas se le queria meter en el reino y poblar en la jurisdiccion dél, y que viéndole tan cerca, algunos que dél estaban descontentos se pasaran á su real, y que seria causa de que se rescreciese algun alboroto. Estas consideraciones tuvo algunos dias Montalvo, hasta que sabido ciertamente la venida del comisario general Miguel Diaz, por aviso que tuvo del adelantado don Alonso de Lugo, acordó de no solamente hacer la compañía hermanable con el capitan Juan Cabrera, mas persuadille todos juntos resistiesen al licenciado Almendariz; y para poderlo mejor hacer convocó á algunos vecinos y estantes del reino con palabras temerosas; fingiendo grandes miedos les decia que mirasen que el licenciado Miguel Diaz venia á hacer general castigo y tomar estrecha cuenta de los robos é insultos que habian hecho, y quemas de tantos indios y caciques, y el no querer recibir á Jerónimo Lebron, y otros muchos delictos que habian cometido, y que para remedio de todo ello era menester gozar del tiempo, pues el Perú se aprovechaba dél con la revolucion de Gonzalo Pizarro. Que él queria aliarse con Juan Cabrera, que en el valle espacioso de Neiba estaba con cien hombres de pie é de á caballo, y que entrado con ellos en el reino no seria ninguno parte para les enojar, por la dificultad de los caminos, y que en el entretanto el adelantado don Alonso ternia con Su Majestad tales formas que le enviase la gobernacion, confirmada para el mismo Montalvo. Estas cosas dicen que pasaron en el Reino, adonde para tratar dellas habia congregaciones, y Montalvo, segun dicen, *hacía* lo que hemos referido. Otras muchas cosas pasaban en el Nuevo Reino que yo no escribo porque no tocan á mi historia, y las que aquí recitamos es porque siendo Juan Cabrera capitan del Perú, tengo forzado de dar noticia de la manera que entró y salió á juntarse con el visorrey; el cual, despues de haber despachado á los mensajeros salió de Timaña y vino por el valle de Neiba y provincia de los Pijaos, y se murieron gran cantidad de indios que traian en su bagax cargados con cargas del fardax, y murieron tantos por ser aquella region muy cálida, y por los excesivos trabajos que pasaban y por andar los tristes bárbaros en cadenas. Montalvo diz que volvió á inviar á Diego Diaz de Herrera y al capitan Maldonado para que tratasen con Juan Cabrera su venida al reino, y halláronlo en las lomas que llaman de la Inca, y contado lo que pasaba, como Juan Cabrera fuese varon entendido no quiso creerse ligeramente de las palabras de Montalvo, teniéndole por hombre cabteloso, porque con sus manos y industria que tuvo pocos dias habia fué preso por don Alonso el virtuoso Hernan Perez de Quesada, y molestado y maltratado, y temíase entrado en el reino no se apoderase de su gente Montalvo y lo prendiese á él, y estando indeterminable allegó Suero de Cangas, que es el mensajero que desde el Quito envió el visorrey, escribiendo sus cartas á Juan Cabrera haciéndole saber el subceso del Perú y las cosas que por él habian pasado, amonestándole que con toda la gente que tenia se volviese á la gobernacion y se viniese juntar con él, y quél mandaba á los oficiales de la Real Hacienda que le proveyesen de nueve mill pesos de oro con que pudiesen aderezarse los soldados, y como Suero de Cangas allegase, los soldados qu' estaban con Juan Cabrera, como viesen que la tierra por donde habian andado era pobre, y como la gente de guerra no pretende sino gastar, luego con ánimos prontos, todos los más, por esto, ó porque á la verdad era gente noble y que tenian deseo de servir al rey, dijeron que fuese adonde el visorrey mandaba, y antes que Juan Cabrera se determinase lo que haria, Francisco Nuñez, y Montalvo, y Luis de Vargas y otros soldados de calidad le dijeron que se determinase y se aparejasen para luego ir á servir al rey; y ansí, tocado un atambor, con mucha alegría se echó bando *de* la vuelta que habian de dar á servir al rey, y despues de acordado por el capitan Juan Cabrera estuvo alli ocho dias y en allegar á Popayán tardó más de cuarenta, adonde halló á Cárlos de Salazar que venia con segundo mensaje del visorrey para que con toda presteza se fuesen á juntar con él, y traian comision para que fuesen quince mill pesos de oro los que los oficiales reales diesen á Juan Cabrera para el aviamiento de los soldados, y como vino este mandato, Juan Ca-

[1] Montalvo de ... queda en lugar del Adelantado ..., en el Nuevo Reino. *(Nota marginal, mutilada al encuadernar el manuscrito.)* — [2] En el ms., *tenian.*

brera fué á la cibdad de Cali y los soldados con él, y se vistieron y aderezaron de ropas y no se proveyeron de armas por haber falta dellas y no hallarlas á comprar, y si habia algunas cotas bastas y ruines, se pagaban á cuatrocientos y á quinientos ducados, y corazas viejas valian al mismo precio; y despues que Juan Cabrera hobo estado en Cali algunos dias, se partió para la cibdad de Popayán, desde donde habia de ir en busca del visorrey.

CAPÍTULO CIX

De cómo despues de haber hecho tala la mayor parte de la provincia de Carrapa, el adelantado Belalcazar se partió á Picara á hacer la guerra á los bárbaros.

Ya se acordará el lector cómo dijimos en los capítulos precedentes que el adelantado don Sebastian de Belalcazar salió de la cibdad de Cali, y de lo que hacia en la provincia de Carrapa, desde donde invió por su teniente, como en la narracion de nuestro proceso dijimos, á la cibdad de Antiocha, al capitan Madroñero. No embargante que muchos de los españoles que estaban con el adelantado eran expertos y entendidos en la guerra de los indios, estaban tan rebeldes que no bastaba*n* embajadas á quel principal señor de aquella region, llamado Yrrua, quisiese venir á ofrescer la paz ni á dar la obediencia á Su Majestad, y como Belalcazar viese la dureza de los bárbaros mandó que fuesen talados los mantenimientos y cortados á espada los maizales, y aunque se hizo en esto gran daño y fueron arruinadas muchas casas y pueblos, no bastó á que Yrrua quisiese salir de paz, no embargante que sabido por sus confines y vecinos la tala de los maizales y destruicion de los mantenimientos, rescibió gran pena; mas tenia por tan odioso el imperio de los españoles y el mandar que sobrellos querian tener, que determinó de antes morir ó andar por los montes como fiera que no salir á tener con ellos confederacion, y envió sus mensajeros á los señores de la provincia de Picara rogándoles que estuviesen firmes en no ofrecerse por amigos á los crueles cristianos, pues habiéndolos dejado en libertad sus padres, querian tenellos como por esclavos y hacer los daños y vejaciones tan violentas. Como sabian *que* los de Picara no estaban de otro propósito, antes habian alzado [1] los mantenimientos y hechos grandes sacrificios al demonio y tenian intencion de dar cruel guerra á los cristianos si viniesen á entrar en su provincia, y por los caminos hacian hondos hoyos, puesto en lo bajo dellos estacas muy agudas, por encima atapábanlos sotilmente con yerbas, para que entrados los españoles, como irian descuidados cairian en ellos, ó sus caballos, é serian muertos. Sin esto, por todas partes hincaban estacas y aderezaban lanzas y dardos. Pues como el Adelantado viese que no podian traer á su amistad al señor Yrrua, acordó de se partir á la provincia de Picara y entrar por la tierra del señor de [1] Opirama, el cual con otro su comarcano se me dió á mí en encomienda en la reparticion que de aquellas regiones se hizo, y antes quel Adelantado partiese de Carrapa, invió sus mensajeros á los valientes é muy temidos indios de la provincia de Pozo, los cuales, como fuesen tan amigos de guerra, no sabian sustentarse en paz. Alegrábanse de ver que los cristianos anduviesen arruinando las regiones y poniendo en mucha nescesidad á los moradores dellas, paresciéndoles que idos adelante los cristianos, fácilmente podian traer presos gran cantidad dellos para henchir sus malditos vientres, y como llegasen los mensajeros del Adelantado, vieron que decia que se partiesen dos mill dellos con sus capitanes para andar con los cristianos en la guerra, y ellos, tomando sus armas fueron contentos con tanto que todos los indios é indias que tomasen en la guerra pudiesen comer sin que ningun cristiano se los tomase, y ansí se juntaron con los cristianos. Yo me hallé en esta guerra, como tengo dicho, y entramos en Picara y estaban los bárbaros tan desvergonzados, que sin ningun pavor de los fuertes caballos ni de los perros, ni tampoco de las amoladas lanzas que llevábamos, se nos ponian por lo alto de los collados y laderas, vestidos no de otras cosas que sus lanzas y dardos, y adornados de bocinas y atambores, con lo cual hacian gran ruido, y al bajar por una loma de sierra que abajaba á lo llano de Picara, dieron en nuestra retaguardia y corrió peligro, y *el* bagax y gente de servicio. Los Pozos, como entendian la guerra de sus comarcanos, aguardábanlos por algunas partes y prendieron aqueste dia más de cincuenta personas, y como la Pascua de Resurreccion sacrosantísima quiere venir, que los carniceros, amolados sus navajones degüellan á los inútiles carneros, ansí estos indios, con gran gana de comer de sus tan confines en parentesco y allegados á su patria, pues no hay más de una legua de una

[1] En el ms., *alzados*.

[1] En el ms., *á*.

provincia á otra, con cuchillos de pedernal los hacian piezas. Y una cosa noté, porque infinitas veces lo vi por mis propios ojos: que ansí que eran presos los malaventurados por sus enemigos, sin hablar palabra se abajaban hasta que con un baston, dado en la cabeza un gran golpe, era aturdido, y aunque de la burla no quedase muerto, *y* con el cuchillo le cortasen la cabeza, no hablaba ni le pidia misericordia, por donde se verifica y colige la gran crueldad de aquellas nasciones. Luego hacian pedazos todos aquellos humanos cuerpos y hasta las inmundicias dellos las metian en grandes ollas, y sin aguardar á que estuviese bien cocido era por ellos comido, y la sanguaza se bebian, comiéndose los corazones y asaduras crudas. Las cabezas inviaban á sus provincias, que era como señal de triunfo. Esta perniciosísima costumbre tienen aquellos diabólicos hombres. Dios nos libre del índico furor, porque en todas las naciones del mundo se usó alguna clemencia y bondad, y entrellos no hay sino maldades é vendicaturas, que no se puede innumerar la mucha cantidad y falta de gente por se haber comido unos á otros. El Adelantado mandó asentar el real, desde donde salió el capitan Rodrigo de Sória é fué á dar guerra al señor Chambiricua. Los indios aguardaban desde lo alto, dando grandes voces, haciendo mucha alharaca, y ansí, yendo que íbamos cerca, huian luego; los capitanes de la provincia de Pozo, con sus indios, destruian todo lo que podian, quemando las casas, talando los mantenimientos, *é* hicieron infinito daño en aquella guerra, comiendo todos los que podian haber. Dos dias estuvimos en esta entrada con el capitan Rodrigo de Sória, y no bastó á que los bárbaros quisiesen confederarse con los cristianos ver que eran sus parientes y hijos presos é comidos por sus crueles enemigos los del Pozo, y sus mantenimientos arrancados, destruidos, y sus pueblos quemados y muy arruinados; antes, endurecidos en la rebelion determinaban de continuar la guerra, teniendo por dichosos á los que en ella morian, pues era por la libertad de su patria, *y* hacian grandes sacrificios al demonio. Juntados los señores y otros de los principales de los bárbaros, acordaron de inviar la mayor cantidad que pudiesen de sus vasallos para que poniéndose encima de las tiendas de los cristianos les diesen grita, como si ellos con su silencio no supiesen fatigar á los voceadores con las veloces saetas, que con las ballestas no pocas lanzaban para ellos; y una mañana amaneció en un pequeño collado que encima de nuestro real estaba, más de mill y quinientos indios que con su acostumbrada grita y vocerío nos denostaban, lo cual visto por dos mancebos determinados y muy osados, quel uno habia por nombre Diego Gonzalez, natural de Valverde, y el otro no quiero nombrar, tomadas sus rodelas y espadas hicieron una notable hazaña, que fué que saliendo del real sin ser vistos por los españoles ni sentidos por los bárbaros, dándose priesa con sus ligeros pies, por debajo de una pequeña montaña fueron á dar aquel cerro adonde los indios estaban haciendo grandes visajes, y caminando por él arriba allegaron á donde estaba el mayor poder dellos; llamando á grandes voces en su ayuda al apóstol Santiago comenzaron á herir en los indios, *que* espantados de ver tan gran bonidad, temerosos, faciendo grandísimo ruido, volvieron los cobardes las espaldas á los rostros valientes de los dos mozos, los cuales viendo el paso libre y que los indios habian desamparado el cerro, se volvieron á su real, donde fueron muy bien recibidos del Adelantado y de todos los cristianos. Pasado esto, viendo el Adelantado que no querian los indios salir de paz, acordó con determinacion de no volver á Cali hasta que fuesen acabados de conquistar, *y* mandó al capitan Rodrigo de Sória que no se aprestase para ir á la jornada de Los Rios hasta que la provincia de Arma quedase asentada y los bárbaros pacíficos, y acordó de mudar de allí el real y que se les hiciese la guerra con todo rigor hasta que constreñidos en nescesidad, ellos mismos se moviesen á pedir la paz; donde por agora lo dejaremos y tratará la historia de la salida que hizo el tirano de Bachicao de la cibdad de Panamá.

CAPÍTULO CX

De cómo despues que Hernando Bachicao hobo hecho la gente que quiso en Panamá, salió della con grand flota para ir al Perú.

Ya me acuerdo que tengo escritos los desafueros, insultos y maldades tan atroces que por el capitan Hernando Bachicao y sus cómplices eran hechas en Panamá, y la muerte que dió á los capitanes Bartolomé Perez y Antonio Hernandez, como el letor habrá visto en los capítulos pasados. Agora será bien que nuestro proceso trate su salida de allí, y pasa ansí: que despues de haber dado aquellas muertes, estaban muy temerosos no pocos de los que habitaban en la marítima cibdad de Panamá, temiendo Bachicao no les levantase algun alzapié para despues de les haber robado sus haciendas y

desposeidos de lo que tenian, quitarles las vidas, y cabsados deste temor no entendian en otra cosa sino en agradalle haciéndole grandes presentes, y el traidor, no contento con esto, pedia á muchos gran valor de sus mercaderias y enviábales cédulas firmadas de su nombre, diciendo por ellas que del Perú le seria enviada la paga. Sus soldados, por amenazas ó por otras vias, se proveyeron de todo lo que querian, y despues quel tirano, con la opresion que tenia en Panamá, se hobo adrezado y peltrechado, proveidas sus naves de vituallas y mantenimiento y en ellas metida la mayor parte de artillería que habia en el reino de Tierra Firme, mandó á sus capitanes que llevasen las banderas á las naves y que todos se fuesen á embarcar para seguir el viaje del Perú, y echado bando por los atambores, se iban á embarcar los soldados que tenia juntos, que pasaban de quinientos, y porque Gomez de Tapia no quiso dar un pequeño barco que tenia, para que ayudase á meter los soldados en las naves, invió á su casa para le prender con intencion de le mandar luego ahorcar; por avisos que tuvo se puso en recabdo. Bachicao, no lo pudiendo haber á las manos se partió para la costa, donde estaban en el puerto los bateles y barquetes con que se habian de ir, adonde todos, aunque con fingimiento, se le ofrescian y él respondia que con brevedad daria la vuelta á aquella cibdad y los ternia á todos por singulares amigos; y entrado en los navios salieron pasadas de veinte y seis velas, todas grandes naves, que llevaban á Bachicao y su gente, y que iban las demas cargadas de mercadurías, de que no poco pensaban los contratantes ganar, como es la verdad que quien ha en tiempo de guerras, digo las que habido en este reino, más provecho, son los mercaderes, que mucho s' enriquecieron con lo que ganaron en ellas. Despues que todos estuvieron en las naves, alzadas las áncoras y tendidas las velas comenzaron de caminar la vuelta del Perú, quedando los vecinos de Panamá muy alegres con su ida, volviéndose á ella los que andaban desterrados, é las naos qu' estaban en el puerto del Nombre de Dios que salieron para ir á España; allegados á ella dieron nuevas del alzamiento del Perú y de la venida de Bachicao á la Tierra Firme, y de los grandes daños, robos é insultos que en él hizo, y los mercaderes de Sevilla recibieron gran pesar, por ser aquellas haciendas todas suyas, y Su Majestad del Emperador nuestro Señor con los grandes de su alto é muy poderoso Consejo sintieron grandemente la prision del visorrey. Francisco Maldonado pasó al condado de Flandes, adonde el rey estaba, á darle los despachos que de parte de Pizarro llevaba, y lo mismo habia hecho Diego Alvarez de Cueto, y por entonces no se proveia cosa alguna en España para lo de acá hasta tener nuevas de lo que habia sido hecho por el visorrey; y Bachicao, navegando con sus navios vino hasta el puerto de Manta, donde tuvo alguna necesidad de bastimento, y de allí caminó por la mar adelante hácia Túmbez.

CAPÍTULO CXI

De cómo estando Gonzalo Pizarro en la cibdad de Trujillo supo la nueva del desbarate de Chinchichara, y de lo que hacia el visorrey en San Miguel.

Pues como Gonzalo Pizarro hobiese llegado á la cibdad de Trujillo y en ella fuese muy bien recibido de los moradores y habitantes que en ella estaban, holgábase dándose á todo contento, teniendo en poco al visorrey, porque le parescia que ya que quisiese rehacerse en el Quito y revolver hácia la cibdad de San Miguel, fácilmente le seria á sus capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda de lo desbaratar, y estando en Trujillo apercibiéndose para salir y ir en busca de su enemigo, allegó un secuaz suyo y muy diligente, llamado Diego Vazquez, que como supo quel visorrey venia á meterse en Piúra, dándose gran priesa á caminar y dejando de acudir al que siguia al partido del rey, fué á dar aviso al tirano de cómo el visorrey habia dado la vuelta y dió de sobresalto en los capitanes Alvarado y Gonzalo Diaz y los habia desbaratado y preso á mucha gente de los que con ellos estaba, y que sabido por el capitan Villegas y por otros que se temian del visorrey el desbarate de los capitanes, se habian huido á los montes. Llegado á Trujillo este Vazquez, Gonzalo Pizarro sintió la pérdida de sus capitanes, mas no mostró tener en nada al visorrey. Luego mandó á Francisco de Caravajal, su maestre de campo, que con presteza diese órden de que la gente de guerra saliese de Trujillo, y tambien vino á encontrarse con él Gonzalo Hernandez de Heredia, vecino de los Chachapoyas, y Villegas tambien se fué á encontrar con él, al cual Gonzalo Pizarro le dió en la provincia del Collao la encomienda de un pueblo de indios llamado Capachica; é ya que salia de Trujillo habló con un hombrecillo de poco ser y muy suez, llamado Alonso García de Triana, y para los que leyeren esta escritura

tomen aviso que teniendo lo nescesario no han de querer haber más, y si lo procuran y se pierden, que sea el daño suyo y la culpa no ajena, sabrán qu' este Alonso García era un probecito mercader, y estando en la cibdad de Cali por gobernador el adelantado don Pascual de Andagoya, casaron á una hermana del doctor Robles, llamada doña Catalina, con este Alonso García, y fué á Panamá, y traida su[1] mujer, pedia la encomienda de ciertos indios que tenia en el valle de Crus, qu' es donde está situada la villa de Pasto, y como Belalcazar entonces gobernaba aquellas provincias y viese que no convenia que Alonso García fuese señor de aquel valle, por[2] intercicion del doctor Robles su cuñado, Oidor que habia sido de la Audiencia qu' estuvo en Panamá, le dió en la villa de Ancerma dos pueblos excelentes y muy ricos, con los cuales podia vivir otro hombre de más calidad que Alonso Garcia, el cual neciamente se oponia contra el capitan que allí estaba, teniendo con él tantas porfias que lo hobo de afrontar de palabra, y dejando su mujer, hacienda y repartimiento de indios dijo que queria ir á pedir juez y allegó á Lima, adonde viendo quel Audiencia era deshecha y que Gonzalo Pizarro venia poderoso, ofrece su persona á su servicio. Pues como Gonzalo Pizarro viese la voluntad de Alonso García, dióle cartas para los capitanes Rodrigo d' Ocampo y Francisco Hernandez y otros vecinos del Quito y Pasto, para que le acudiesen y hiciesen traicion al visorrey, y Alonso García de Triana se ofresció de hacer en ello notable servicio, y tomadas las cartas y despachos se partió para Piúra, adonde no pudo ser tan secreta su bellaquería que no fuese descubierta, y el visorrey, despues de haberle tomado su confision mandó que fuese ahorcado por traidor, y ansí fué hecho. Mirá si le fuera mejor estar en Ancerma con dos mill indios de repartimiento, que no morir muerte tan fea é quél tan bien la merescia. Y volviendo al hilo de nuestra historia, como Gonzalo Pizarro supiese el desbarate de los capitanes mandó que toda la gente de guerra que venia por la Sierra abajase á se juntar con él á los Llanos. Y vínole otra nueva, quel visorrey desde la cibdad de San Miguel tomaba el camino real de la Sierra para por él irse á meter en la gran cibdad del Cuzco. Gonzalo Pizarro escribió sus cartas á los que tenia puestos por tenientes y guardas de las cibdades de arriba, que mirasen por sí y estuviesen á recaudo para que si el visorrey caminase hácia allá no los tomase desapercibidos, y de Cajamalca abajaron Gomez de Alvarado con hasta ochenta soldados y se juntaron con Gonzalo Pizarro en el pueblo de Tucume, el cual antes que saliese de Trujillo hizo su alferez general á Francisco de Ampuero, y don Antonio de Ribera se volvió á Los Reyes, adonde quedó, como contamos, por capitan y justicia mayor de Gonzalo Pizarro, Lorenzo de Aldana; por los aposentos donde iba era Gonzalo Pizarro muy servido y proveido abastadamente, y llevaria hasta quinientos españoles. Habia hecho capitan á su hermano Blas de Soto, é con buena órden iba caminando para acercarse al visorrey, el cual ya hecimos mincion de su llegada á la cibdad de San Miguel, adonde ya tambien estaba su maestre de campo Rodrigo d' Ocampo, y vinieron nuevas de cómo Gonzalo Pizarro era salido de la cibdad de Trujillo y venia contra él, y sabido esto mandó al general Vela Nuñez, su hermano, que fuese con veinte y cinco españoles arcabuceros hasta el pueblo ó valle que llaman de Motupe, qu' está veinte y dos leguas de Piúra, para ver si venia gente, y tomar lengua de lo que pasaba. El general lo hizo así con algun riesgo, y caminó por aquel ancho y seco arenal, tan falto de aguas como otras veces hemos dicho, y como Vela Nuñez con todo hervor hiciese lo que le era mandado por el visorrey su hermano, anduvo hasta llegar á Motupe y dió en los aposentos á la segunda vigilia de la noche, y fué preso un soldado de Pizarro llamado Arguello y otro que tenia cargo de los indios, y al Arguello mandó que fuese ahorcado por traidor, y del otro supo cómo Gonzalo Pizarro estaria hasta doce leguas de allí, y viendo el general que no convenia pasar adelante, dió la vuelta á dar aviso al visorrey su hermano de lo que sabia de Pizarro. Dicen algunos que desde este aposento ó pueblo de Motupe escribió Vela Nuñez á Gonzalo Pizarro una carta de desafío de persona á persona, con las armas quél quisiese, diciendo que en aquella manera se ivitarian las muertes de hombres que se rescrecerian si viniesen á darse batalla un campo con otro, y que Gonzalo Pizarro, haciendo burla y mostrando tener en poco á Vela Nuñez, se reyó cuando vido la carta.

CAPÍTULO CXII

Cómo el general Vela Nuñez volvió á Piúra, y de lo quel visorrey acordó de hacer.

Pues como el general Vela Nuñez viese que Gonzalo Pizarro venia tan cerca, acordó

[1] En el ms., *á su.*—[2] En el ms., *y por.*

de no pasar adelante sin dar la vuelta á donde quedaba el visorrey, y ansí lo hizo. En este tiempo Bachicao venia por la mar y habia tomado un navio que venia de la Nueva España, en el cual venian algunos soldados y caballos buenos, lo cual todo venia por servicio del visorrey, y Bachicao tuvo aviso de un Miguel Ibañez de la estada del visorrey en San Miguel, y de la venida de Gonzalo Pizarro, y sabida esta nueva por él pensó de ir á Quito y dar al visorrey por las espaldas y desbaratarle, y despues robar á Quito, para ir bien rico á juntarse con Pizarro. El visorrey tuvo aviso cómo le era este Miguel Ibañez traidor, por lo cual le mandó ahorcar, y envió un mensajero á Juan de Delgadillo, alferez que era del capitan don Alonso de Montemayor, soldado que sirvió con gran constancia al rey nuestro señor en estos debates, que se viniese para él, porque pocos dias habia que fué por su mandado á la provincia de Guancabamba á ver si venia gente de guerra de los enemigos por el camino de la Sierra, el cual, luego como vido el mandado del visorrey, abajó á se juntar con él, y habia llegado á Piúra el general Vela Nuñez y dió aviso al visorrey de lo que por él habia sido hecho, y de la venida de Gonzalo Pizarro, y cómo ya no podia estar muy lejos de allí. Muy fatigado estaba el ánimo del anciano visorrey en ver que tan presto se *ho*biese levantado en el reino fuego tan tiránico, pues via que por una parte venia el tirano tan acompañado de caballeros y gente de tanto valor y á quien el rey nuestro señor habia honrado y dádoles grandes rentas con la encomienda de indios que tenian, y que olvidados tan grandes beneficios se moviesen á seguir las atroces banderas del desleal; y por otra parte via que venia el cosario de Bachicao, y en conclusion el reino y todas las provincias dél estaban puestos en arma y ardian en guerra; pensaba profundamente cuán fatigados estaban los pobres indios y cuántas vejaciones rescibian de los nefarios soldados, y cómo les destruian todas sus provincias, trayéndolos á ellos como si fueran bestias, ensartados en cadenas, cargados con el hato y comida de sus mancebas; y que si queria dejar el reino y irse á España, que le seria mal contado, pues no llevaba consigo ninguna reliquia de las que resultan de la guerra, y que si queria oponerse contra los tiranos, que su potencia no era tanta que pudiese darles batalla, é pensó d' escrebir á Bachicao sus cartas graciosas y favorables con perdon de todo lo que por él habia sido hecho, prometiéndole de acrecentar su repartimiento con más indios, y aun de le hacer muy principal en todo su campo; y no embargante que Bachicao vido estas cartas del visorrey y el gran provecho que le resultaria de se ir á juntar con él, estaba el ribaldo tan endurecido que no quiso venir en nada, y á la verdad, Dios Nuestro Señor lo dijo que su justicia no quebraria y un malo seria por otro más malo castigado. Y como este facineroso de Bachicao hobiese con tan poco temor suyo dado el palo ó bofeton al fraile, y hechos muchos insultos y ecesos abominables y muy feos, no quiso que conosciendo su yerro gozase de la coyuntura tan favorable quel tiempo le prometia; y á la verdad, no se engañe ninguno con pensar que siendo malo ha de hallar, si no se arrepiente, misericordia, porque Dios cuando quiere hacer algun castigo en éstos que digo, lo primero que hace es cegalle el entendimiento y privalle de la razon natural, lo cual se paresció cierto en Bachicao, porque siendo uno de los principales secaces de Pizarro vino á morir á manos de otro que le precedia en maldades, como adelante dará á entender la narracion de nuestro proceso. Y volviendo á nuestra historia, el visorrey no se determinaba en lo que haria, y holgaba quel capitan Juan Cabrera se hobiera dado priesa, porque tenia entendido que viniera con cincuenta lanzas é cien soldados, é con ellos y con los que con él estaban pudiera resistir al tiránico furor de Bachicao ó al traidor de Pizarro; y estando suspenso en lo que haria, dióse una arma y salió la gente que con él estaba, con ánimo determinado de herir en los rostros de los enemigos antes que con cobardia volver las espaldas. Mas tiempo vino que fuera menester este esfuerzo y en muchos faltó, aunque no en el capitan Blasco Nuñez, como es buen testigo el espacioso campo de Anaquito. Dicen que al tiempo quel visorrey iba á tomar sus armas le habian hurtado la lanza y una celada de acero con que su blanca cabeza amparaba del daño qu' estando desarmada con los golpes que le dieran *pudiesen* hacer. No se supo quién lo hizo el hurto pensado, ni tampoco hallo yo qué ocasion pudo haber para que esta arma se hobiese de dar, sino que los corredores debrian de ver á los de Pizarro, que no muy lejos ya unos de otros estaban, y aun tambien trujeron un indio, que era de Juan Rubio, vecino de San Miguel, el cual andaba en servicio de Pizarro, é huyéndose dél, lo tomaron los corredores del visorrey y supieron Gonzalo Pizarro venir tan cerca. Y á la verdad habíase dado toda la priesa posible con sus banderas hasta llegar al valle de Serran, adonde se hizo

alarde con demostracion que cada uno hacia de las armas que tenia, y teniendo nueva cierta de cómo el visorrey estaba en Pibia, é mandó que se diese toda priesa á andar para le dar la batalla, y ansí iban todos los que le siguian con gran gana de quel visorrey fuese preso ó muerto.

CAPÍTULO CXIII

De cómo el visorrey, despues de haber tenido muchos acuerdos, acordó de se retirar á la cibdad del Quito, y de cómo antes que se partiese allegó el traidor Olivera.

Aunqu' el visorrey Blasco Nuñez Vela tuviese nueva cierta de la venida de Gonzalo Pizarro y de la estada en la costa del capitan Bachicao, no se habia determinado lo que le convenia hacer, porque le parescia que volver huyendo sin ver el rostro al enemigo que seria cosa vergonzosa, y mandó al general Vela Nuñez, y al capitan don Alonso de Montemayor, y al maese de campo Rodrigo d' Ocampo, y al capitan Francisco Hernandez, y al capitan Juan Perez de Vergara, y al sargento mayor Sayavedra, con los más principales, que se juntasen para entrar en consulta y consejo de guerra, y despues que todos estuvieron allí, se trató sobre la calamidad tan triste en quel reino estaba y de cuán encendida andaba la guerra, y de la venida de Pizarro y de lo que les convenia hacer.

Hobo en esta consulta muchas opiniones y votos diferentes, porque á unos parescia que seria cosa muy acertada sobirse á la provincia de Guancabamba y á toda priesa caminar por el real camino de la Sierra, por mí tantas veces memorado, y doblando las jornadas, aunque supiesen dejar los caballos y rosines cansados, *ir* hácia la rica y opulenta cibdad del Cuzco, desde donde haciendo llamamiento de gente podrian volver á buscar al enemigo, destruyendo por donde volviesen todas sus reliquias. A otros les paresciaque siendo tan pocos era cosa muy dañosa ir al Cuzco, pues todas las cibdades orientales tenian la voz y apellido de Pizarro, y que seria cosa muy decente retirarse á la cibdad del Quito, adonde ya llegado seria el capitan Juan Cabrera, y llamando en su ayuda al adelantado Belalcazar con los capitanes del Nuevo Reino podria engrosar su ejército para no rehusar de dar la batalla al enemigo. Pasadas estas práticas en la congregacion, y otras que alli se altercaron, el visorrey determinó de se volver al Quito, no embargante que deseaba grandemente ser informado de la gente y ejército que Gonzalo Pizarro traia. En este tiempo allegó á la cibdad de San Miguel un mancebo portugués llamado Olivera, nacido en la villa de Zafra, de edad de veinte é cinco años, el cual, llegado adonde el visorrey estaba, publicó con gran disimulacion venir huyendo de Pizarro y con mucho deseo de servirle. Pues como este atrevido mozo llegase al visorrey, le causó sospecha su venida, temiéndose de traicion, y aun no sin gran razon, porque éste, confiado de su ánimo, ó engañado, por mejor decir, del demonio, se ofresció á Pizarro cuando venia por aquellos tan lindos valles subjetos á la cibdad de Trujillo, de venir adonde el visorrey estaba y dalle de puñaladas, y como el tirano tuviese por acabada la guerra con faltarle la vida al visorrey, agradeciendo el hecho que por muy famoso tenia, le prometió más de cuarenta mill pesos si lo hiciese. Con esta cobdicia el malaventurado venia á hacer un caso tan temerario que solamente para pensallo era grande atrevimiento, cuanto más para lo acometer.

Teniendo el visorrey el recelo que decimos, mandó al maestre de campo que le prendiese y aun le diese tormento hasta que confesase á lo que venia. Rodrigo d' Ocampo mostróse tan remiso en esto, que no solamente no dió tormento al traidor, mas tampoco lo prendió, excusándose lo más que podia de no hacer justicia de ningun delincuente, y mostraba estar mal con el general Vela Nuñez y intentó formar bandos entre los capitanes, mostrándose en ello parcial. El visorrey, visto el gran descuido de Rodrigo d' Ocampo, por entonces disimuló, y llamando ante sí á Olivera le preguntó: ¿Qué gente trairia Pizarro? y respondió que traia docientos arcabuceros y ciento y veinte infantes y docientas lanzas, que antes eran más que menos. Pues como ya por las espías y corredores qu' estaban por el camino de Los Llanos supiese el visorrey que Pizarro venia muy cerca, y se hobiese determinado de revolver al Quito, mandó que se recogiesen para se ir, y estaba tan mal ordenado el campo del visorrey y tan derramados los españoles, que no podian juntarse todos á tiempo de salir luego. Y ya Pizarro no estaba sino seis leguas de San Miguel y venia con voluntad de amanescer sobre la cibdad y dar la batalla al enemigo y procurar de le desbaratar.

El visorrey mandó tocar al arma para que si los enemigos viniesen, arrostrar con ellos ó retirarse al Quito.

CAPÍTULO CXIV

De cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela salió de San Miguel á toda priesa huyendo él y los suyos la via del Quito, y Pizarro le dió el mayor y más largo alcance que ningun capitan ha dado á otro en la mayor parte del mundo.

Bien sé que en este tiempo el capitan Diego Centeno dió la muerte á Francisco de Almendras, justicia mayor por Gonzalo Pizarro de la villa de Plata, y que fuera bien que tratara la historia dello; mas como llevamos nuestra narracion en esto del visorrey, proseguirémoslo hasta su entrada en el Quito, y luego en el discurso de la obra volverá á tratar lo demás. Y verdaderamente yo estoy tan cansado y fatigado del continuo trabajo y vigillas que he tomado por dar fin á tan grande escritura, que más estaba para darme algun poco de contento y gastar mi tiempo en leer los que otros han escrito que no en proseguir cosa tan grande y tan prolija. Dios es el que da esfuerzo para que yo pase adelante y prosiga estas guerras ceviles hasta quel Presidente en nombre del rey funde el Audiencia en la cibdad de Los Reyes. Y agora hemos de contar esta retirada del visorrey y el seguimiento que le hacia Gonzalo Pizarro, porque le dió de alcance más de docientas leguas, cosa de admiracion y que ninguno habia leido que alcance tan grande en el mundo se haya dado por tierra bien proveida de encumbrados cerros, de valles tan hondos que quitan la vista, é rios y ciénegas é paludes no pocas. Como el visorrey viese que ya el enemigo estaba tan cerca y hobiese mandado armar su gente, delante della y de los capitanes les dijo: Bien sabeis cómo los enemigos estan tan cerca de nosotros, que segun dicen nuestros corredores no hay seis leguas. Yo creí que Bachicao se hobiera pasado al servicio del rey, ó que lo mismo hobiera hecho algun capitan de los que con el tirano vienen. Estan tan endurecidos en sus desvergüenzas, que no piensan sino en nuestra muerte. Y á la verdad, enjemplo nos dan para que, pues ellos por seguir su opinion quieren morir ó vencer, siendo tan inica y perversa, que nosotros, pues la tenemos buena y leal en servicio de Dios y del rey, que no espantados de la potencia suya, si vinieren antes que podamos salir de aquí, que afrontemos con ellos y procuremos de vencer, ó que quedando en el campo muertos se entienda para siempre nuestra lealtad, que con las vidas pagamos la obligacion que al servicio del rey debemos. Diciendo estas práticas y otras amonestaciones exhortando á los soldados que le siguiesen, salió de San Miguel, viernes por la mañana, habiendo visto muy mala voluntad en el capitan Serna, porque diciéndole el visorrey que sacase al campo su compañía, respondió con alguna soberbia que no tenia más de seis soldados. Y su alferez Chacon, que oyó aquello, sacó toda la resta y quedó en falta Serna; y porque dende á pocos dias fué su muerte, quiero contar aquí algunas ocasiones por donde el visorrey, segun dicen, se la dió, dejando la principal hasta que tratemos su fin; y es qu' este Serna deseaba grandemente el honor de Vaca de Castro y quisiera que volviera á la gobernacion del reino. Y no embargante que en Los Reyes al tiempo quel visorrey fué preso se mostró grandemente bien, y aunque despues fuese en seguimiento del visorrey y diese á entender tener deseo de le servir, debióse de arrepentir, por andar con él ó teniendo otros fines; al tiempo que desde Túmbez el visorrey lo envió con el general, tuvieron una arma, y creyendo ser Bachicao con su gente, se mostró muy pusilámino, tanto quel general le trató ásperamente. Y despues, yendo á salir á la provincia de los Pastos [1] le oyeron algunas flaquezas y que deseara [2] no andar con el visorrey. Y dicen qu' estuvo Vela Nuñez por le mandar cortar la cabeza si no fuera por lo que sirvió en la cibdad de Los Reyes. La gente de su compañía le tenia en poco, tanto que su alferez, que entonces era llamado Luis de Figueroa, dejó la bandera, y el visorrey, al tiempo que salió de San Miguel, mirando lo que Serna habia hecho le tomó odio y le dijo que se pusiese con su gente en la una ala de la batalla al tiempo del romper. Y el visorrey dijo á la gente de guerra que en unas angosturas que se hacian junto al camino de Cenan ó de Caxas habian de dar en los enemigos. En este tiempo Gonzalo Pizarro venia caminando, el cual tuvo aviso de la salida del visorrey, mas no supo la certenidad del camino que llevaba. Y dejando el que iba á salir á Caxas, vinieron á la cibdad, por lo cual el visorrey tuvo lugar de ir por el que fué, dándose con su gente toda priesa á andar hasta tomar el principio del valle, porque los enemigos no le hobiesen tomado la delantera. Y ansí, despues de haber aquel dia caminado mucho, durmieron en el valle para otro dia subir á la sierra. Gonzalo Pizarro, estando ya cerca de San Miguel, ordenó sus escuadrones, en lo cual

[1] En el ms., *Pastas*.—[2] En el ms., *desearan*.

no poca diligencia ponia el sabio y muy entendido capitan Francisco de Caravajal, su maestre de campo, y llevando las banderas delante caminaban con toda priesa, pensando de alcanzar al visorrey, porque no embargante que ya tenian aviso de su salida de la cibdad, no lo creian, y ya qu' estarian tres leguas della salieron algunos de los que habian quedado á le rescibir y dar la nueva de la ida del visorrey. Sabido ser cierto pesó mucho á todos, y más á Gonzalo Pizarro, que quisiera que la guerra se concluyera allí, y mandó que solamente algunos corredores entrasen en la cibdad, y que todo el campo marchase, porque queria seguir al visorrey, no embargante que la jornada de aquel dia habia sido grande. Todos hicieron lo que Gonzalo Pizarro mandó y siguieron al visorrey, al cual se le quedaron en la cibdad algunos soldados, y entre ellos Gomez de Rojas, y se juntaron con Gonzalo Pizarro. Francisco de Caravajal daba mucha priesa á que la gente caminase, diciendo: *No es tiempo, señores, de reposar, sino que con toda diligencia sigamos á estos traidores que van huyendo, porque la presteza es la que acaba la guerra, y el que fuere remiso y perezoso no la siga, porque se perderá;* y ansí caminaban con la priesa que digo. Los corredores de Gonzalo Pizarro dieron en el bagax del visorrey y tomaron algun fardax y prendieron Alonso Rengel, contador que era de la cibdad de San Miguel, y á otros soldados, aunque á la verdad bien se puede creer que algunos dellos se quedaban de su voluntad. Francisco de Caravajal mandó que Rengel fuese luego ahorcado. Algunos dicen que por mill pesos de oro que le ofresció para ayuda á los gastos le dió la vida. Otro dia por la mañana, sabiendo el visorrey que los enemigos estaban casi mezclados con los suyos, habló á los capitanes, amonestándoles que animasen á los soldados y que sacadas las banderas le siguiesen con toda presteza para que fuesen á salir á Caxas, porqu' el enemigo no les tomase la delantera por la provincia de Guancabamba ó Ayabaca. Todos respondieron que lo harian ansí y caminaron todo aquel dia mucho, no haciendo cuenta del fardaje. El traidor de Olivera siempre iba siguiendo al visorrey, el cual como fuese tan recatado y no nada descuidado, no pudo efectuar su mal propósito, y aguardaba á quel tiempo le diese lugar para lo poner por obra. El visorrey anduvo hasta que le tomó la noche despues de haber subido por una sierra hasta una legua; desde allí á todo lo alto y cumbre della habia cinco; acordaron de dar maiz á los caballos y desque estuviesen alentados caminar adelante, y por ser angosto el camino iba con mala órden la gente de guerra. Al capitan Gaspar Gil mandó el visorrey que quedase en la retaguarda. Mas iban todos tan cansados y fatigados y con nescesidad de comidas, que no bastaban amonestaciones del visorrey, ni de capitanes, para que dejasen de se recostar por aquella crecida sierra. En la parte qu' estaban, el capitan Francisco Hernandez siempre iba junto al visorrey y le servia con toda voluntad. Visto por el visorrey que Gaspar Gil habia venido y que muchos soldados se quedaban atrás, cansados, como digo, le pesó de la mala órden que habia.

CAPÍTULO CXV

Cómo el visorrey mandó al maestre de campo que pusiese cintinelas y enviase algunos arcabuceros á recoger la gente que quedaba atrás, y de cómo Gonzalo Pizarro le venia siguiendo.

Aquesta noche quel visorrey durmió en esta sierra hacia la luna muy clara, y como viese que toda la mayor parte de su gente no habia llegado, temiendo Francisco de Caravajal y Gonzalo Pizarro no viniesen á dar alguna arma, dijo al maestre de campo que mandase abajar algunos soldados con sus arcabuces, para que diesen priesa á que la gente acabase de subir á lo alto. Estaba tan desganado Rodrigo d' Ocampo y con tanta remision hacia lo que le era mandado y cumplia al oficio militar de la guerra, que no solamente dejó de inviar los soldados, mas aunqu' el visorrey le mandó que pusiesen centinelas para que los enemigos no diesen en ellos de sobresalto, no las puso. Quieren decir que demás de no andar contento en compañía del visorrey, recibió cartas de Pizarro. Y aun dicen tambien que le envió entrellas un mandamiento para que pudiese prender la persona del visorrey, y ser verdad que Pizarro envió este mensaje á Rodrigo d' Ocampo no lo dude el lector, mas á la verdad no fué tan breve, sino algunas jornadas más adelante. Gaspar Gil y el capitan Serna habian estado con alguna punta de enemistad y habianse conformado y hecho amigos singulares. Quedado el campo del visorrey sin cintinelas ni velas, fuera causa de que fuera muerto ó preso, porque despues de haber andado Gonzalo Pizarro y sus capitanes tres leguas más adelante de la cibdad de San Miguel, situaron sus tiendas, habiéndose informado de Rengel y de los demás que se ha-

bian perdido, el camino quel visorrey llevaba, y luego sin detenimiento entraron en consulta Gonzalo Pizarro y Francisco de Caravajal y el licenciado Cepeda y el licenciado Benito Suarez de Caravajal y el capitan Martin de Robles, Pedro de Hinojosa, Juan de Acosta y el sargento mayor Silveira y el capitan Pedro de Puelles con otros de los más principales para determinar lo que debrian de hacer, teniendo por muy dificultosa la guerra si el visorrey pudiese llegar á Quito y meterse en la gobernacion de Popayan, por ser tierra poblada de muchos rios y desproveida de mantenimientos, por lo cual seria cosa muy acertada, pues no podia ir lejos dellos, procurar de le prender ó matar, y despues que hobieron platicado sobre lo que seria mejor hacer, acordaron de que luego se partiese el maestre de campo con algunas lanzas y arcabuceros y con su acostumbrada presteza *y* diligencia diese en el real del visorrey y lo desbaratase, pues seria fácil cosa de hacer. Andaba en el campo de Gonzalo Pizarro un fraile de la órden de Nuestra Señora de la Merced, que habia por nombre fray Pero Muñoz, ques el que atrás contamos que fué á la cibdad de Los Reyes á dar mandado á Gonzalo Pizarro de cómo el visorrey se rehacia en Túmbez. Y como supo que Caravajal queria ir en seguimiento del visorrey, poniendo encima de su corona una acerada celada y armado con su cota, se aparejaba para ir en el alcance que se queria hacer, y algunos varones virtuosos y honrados, paresciéndoles gran fealdad la que hacia el fraile inregular, suplicaron á Pizarro no consintiese que fuese con ellos, y contra su voluntad el fraile se quedó en el campo, y Caravajal se partió con los que habian de ir con él; y caminando á más andar toda aquella noche, de tal manera que llegó al principio de aquella incumbrada sierra por donde el visorrey habia subido, y es cierto que hay en ella pasos tan dificultosos que con aguardar una hora los pudieran romper con barras y azadones de tal manera que por ninguna via pudieran pasar por ellos. Yendo más adelante Caravajal topó á un soldado del visorrey, llamado Costilla, natural de Zamora, mancebo mal inclinado, de costumbres perversas. Deste supo cuán cerca de allí estaba el visorrey, lo cual oido le mandó que fuese al campo de Pizarro y le diese relacion de todo. Pasando adelante, subiendo por la cuesta arriba comenzó Caravajal y los suyos á dar en el fardaje del visorrey y á robar todo lo que podian, abriendo los cofres y lias para ver si en ellos habia algun oro ó plata, y se prendieron algunos soldados de los del visorrey, el cual, no embargante que estuviese muy cansado habia tomado aquella noche poco reposo, aunqu' estaba descuidado de que los enemigos estuviesen tan cerca dél, porque como el maese de campo se olvidó de poner velas ni rondas, no habia quien pudiese dar aviso, y teniendo el visorrey recelo de la venida de los enemigos, antes que la noche hobiese acabado de hacer su curso, tomando sus armas, á gran priesa cabalgó en su caballo, llamando á grandes voces á los que con él estaban, para caminar. A este tiempo no estaba Caravajal dellos hasta un tiro de arcabuz. Ya iban delante los capitanes Gil y Serna, y Olivera el traidor no se apartaba un punto del visorrey, teniendo la intencion que ya hemos receptado, mas via en el visorrey tan poco descuido que no pudo salir con lo que deseaba; pues como los enemigos estuviesen tan cerca, un soldado dellos, llamado Luis de Figueroa, dió al arma, y al ruido se tocó un atambor y juntáronse con el visorrey ochenta españoles, los cuarenta piqueros y nueve arcabuceros, los demás de á caballo, los cuales se apearon tomando sus lanzas, y el visorrey mostró grande ánimo, porque con estar con él tan pocos, quiso volver á los enemigos, y los capitanes que se hallaron allí eran el general y el maese de campo y el capitan de la guardia Diego d' Ocampo y el capitan Francisco Hernandez; pero como el maese de campo Caravajal viese que tan cerca estaban, mandó tocar una trompeta; algunos de los que con él iban no lo notaron, porque quieren decir quel sonido desta trompeta fué antes que en el real del visorrey se tocase el atambor, y que fué deseño para que con oilla se pudiesen partir. Bien podria ser, mas Caravajal, aunque sus émulos quisieron notalle de cobarde, cierto se engañaron, porque jamás entró en batalla que no fuese en la delantera, y aun las cosas de la guerra las entendia tan bien como muchos de los antiguos capitanes que hobo en Italia. Pues como ya fuesen sentidos unos de otros y se viesen, jugaban los arcabuces, y el visorrey, que pudo reconocer los que eran, no embargante que le amonestaron que se retirase, no lo quiso hacer, antes mandó al capitan Francisco Hernandez que le siguiesen con los piqueros, llevando delante de sí los nueve arcabuceros. Francisco Hernandez tambien le dijo que pues tenia lo alto ganado y el mejor sitio, que aguardase á los enemigos, y no quiso, sino abajó á ellos. El general Vela Nuñez vino adonde el visorrey estaba y le dijo que se volviese arriba y no quisiese oponerse contra los enemigos, pues eran tan-

tos. A lo cual no le respondieron nada, y con ánimo sosegado y pronto, mostrando en su denuedo grande ardimiento, abajaba á correr [1] á los enemigos. Viendo, pues, el maestre de campo Francisco de Caravajal la determinacion con que los del visorrey abajaban, se retiró, creyendo que habia emboscada, á juntarse con Pizarro, que ya habia llegado al pie de la alta sierra donde habian asentado sus tiendas. Y como lo pensó, á gran priesa tanta se retiró que á un soldado de los suyos se le cayó de las manos el arcabuz *con* que habia de pelear, y no osando abajar por él lo tomaron los del visorrey, el cual, visto que los enemigos se habian retirado, se volvió arriba. El maese de campo Rodrigo d' Ocampo habia dicho que queria ir á recoger la gente, que ya estaba en todo lo alto, y el visorrey bien conocia sus excusas y no lo quiso detener, y tenia en sí mismo gran sentimiento porque la noche pasada, por su causa aina hobieran todos sido muertos por no querer poner las velas y cintinelas quél le mandó, y dando de las espuelas á su caballo, con mucha congoja anduvo con los que seguirle pudieron hasta llegar á la cumbre de la grande y peligrosa sierra, y yendo el pobre viejo muy fatigado y cansado, sin comer ni tomar otro ningun descanso, allí se juntaron él y el general Vela Nuñez y el maestre de campo y el capitan Juan Perez de Vergara y el capitan de la guardia Diego d' Ocampo y los capitanes Serna y Gaspar Gil y el sargento mayor Sayavedra, para determinar lo que harian, porque no embargante que en la cibdad de San Miguel se habia acordado de retirar al Quito, el visorrey deseaba ir á Guancabamba y desde allí con toda la más presteza que pudiese caminar al Cuzco, cosa que si él la hiciera restaurara su honor y volviera á tener la gobernacion del reino; sino era el capitan Francisco Hernandez y Juan Perez de Vergara, todos los demás no aprobaban aquel consejo, antes ponian grandes inconvinientes, y como el visorrey viese que le siguirian de mala gana, determinó todavía de irse á la cibdad del Quito. Y como muchos de los que allí habian llegado estuviesen enfermos y muy fatigados, les dijo que se quedasen, pues por su mala dispusicion no le podian seguir, y á los demás amonestó con todo hervor no le desamparasen, pues vian con la crueldad que le habian tratado los del reino. Sin esto les decia que mirasen que era cosa de grande valor ser fieles al servicio del rey, y que *en* ser contra él amancillaban sus linajes y estirpes, y que la muerte era cosa natural y deuda que los hombres habian por fuerza de pagar. Por tanto, que si viniese al hombre haciendo lo que debia, era vivir para siempre su fama, y si no, que tambien se podria notar al contrario; y dichas estas palabras y otras por el visorrey, se partió de allí, derramando muchas lágrimas los que se quedaban de vello ir. Y en esto allegó el capitan Francisco Hernandez, que habia quedado algo atrás. Pero Muñoz, vecino de la cibdad del Quito, paresciéndole quel visorrey iba de caida y Pizarro traia tan gran potencia, se le quedó para juntarse con él, paresciéndole camino más seguro.

[1] En el ms., *comer*.

CAPÍTULO CXVI

De las cosas que sucedieron al capitan Hernando Bachicao, y de cómo se ordenaba de le matar y alzarse con el armada para ir á acudir al visorrey.

Por fuerza ha de hacer el curso de nuestra historia mincion de lo que subcedia á Hernando Bachicao, porque de otra manera no podriamos llevar órden y el letor se veria en confusion en poder comprehender la escritura, por lo cual dejaremos al visorrey, que [1] como en el capítulo precedente contamos ya iba camino del Quito, y Gonzalo Pizarro estaba al pie de la Sierra aguardando á que volviese su maestre de campo Caravajal. Pues como atrás dijimos, el capitan Hernando Bachicao hobiese tomado la nave que venia de la Nueva España, y en ella alguna gente, caballos y armas, escribió sus cartas á Gonzalo Pizarro, dándole cuenta de lo que por él habia sido hecho, y de la mucha gente y artillería quél traia. Entendido por Pizarro el aceso de Bachicao, le escribió sus cartas graciosas, temiéndose no se le alzase con aquella gente y armas que traia y se fuese á juntar con el visorrey, por lo cual, con parescer de sus capitanes, acordó de inviar adonde él estaba á Pedro de Hinojosa y á Martin de Robles. Bachicao en este tiempo *se* estaba aderezando para se partir con intencion de ir la vuelta del Quito, y supo cómo en Puerto Viejo estaba Gomez d'Estacio allegando alguna gente, lo cual sabido por Bachicao llamó á un capitan llamado Ojeda y le mandó que fuese á Puerto Viejo con cuarenta arcabuceros y procurase de prender á Gomez d'Estacio y asegurar los movimientos en que andaba. Ojeda se partió, y como Estacio era hombre mañoso y supiese de su

[1] En el ms., *y*.

venida y que era llegado á Puerto Viejo, con ayuda de algunos amigos suyos pudo prender al Ojeda, y con algunos de los que con él habian venido y con ellos se fué hácia la cibdad del Quito. Uno de los que habian venido con Ojeda se pudo volver al real donde quedó Bachicao, y sabido por él lo que habia subcedido, tomando algunos de á caballo se dió toda priesa á andar hasta que llego á Puerto Viejo, desde donde tambien partió y anduvo dos jornadas, y viendo que no podia alcanzarlos se volvió. Habia dejado en guarda de su campo á Martin de Olmos, su capitan, y en el pueblo de Picoaca habria bien cien lanzas, y como supieron la ida de Bachicao á Puerto Viejo, paresciéndoles algunos de los que allí estaban quel tiempo les daba lugar y se ofrescia gran coyuntura para empleándose en el servicio del rey y haciendo un hecho notable, que era alzarse con el armada y aun matar á Bachicao y acudir con toda la gente della al visorrey. Cierto, si ellos con ello salieran fuera una cosa muy acertada, y queriendo ponello en efeto fué descubierto y entendido por Bachicao, y poniendo diligencia prendió á ciertos de los que eran en el trato; despues de les haber robado todo lo que tenian, y metidos en un nave, mandó que se confesasen para los ahorcar, y subcedió que venia un navio y dentro dél don Juan de Mendoza, y á intercision suya y de otros que se lo rogaron, Bachicao les dió la vida, desterrándolos del reino. Pasado este movimiento, el capitan Bachicao, recogiéndose á las naves con toda su gente navegó hasta el puerto del Calango, y de alli se dió priesa á andar hasta llegar á Túmbez, y estando una noche con sueño muy profundo, soñaba que le querian matar, y recordó con gran sobresalto, y yendo por la mar acertó que un galeon en que venia el capitan Martin d'Olmos, por ser pesado y por no ir con aviso el piloto se encontró con la nao en que iba Bachicao, y como Bachicao vido aquello dijo á grandes voces que aquello era lo que habia soñado, y mandó que echasen á fondo la nave. Y ansí le tiraban muchos tiros sin querer tener misericordia de la gente que dentro venia, los cuales, echando á la mar las barcas se metian los que podian, con algunas mujeres que dentro venian, en ellas, suplicando con grandes clamores á Bachicao que no quisiese que todos fuesen muertos y sorbidos en el mar. Y el tirano con gran crueldad mandó que ahorcasen del entena á un Pero Lopez. que era sargento de Martin d'Olmos, y al piloto y al maestre que venia en el navio, no más de porque no le apartaron de presto de manera que no tocara en el en quél iba. Martin d'Olmos, su capitan, derramaba muchas lágrimas temiendo que tambien se le habia de dar á él la muerte. Bachicao mandó que no se tirasen más tiros al navio, y los tres, que siendo sin culpa, por el pirata fueron ahorcados de la entena del navio, los llevaron así hasta ser llegados al puerto de Túmbez, adonde Bachicao mandó sacar toda él artillería y armas de las naves, las cuales con las mercaderias que tenian se partieron para la cibdad de Los Reyes. Bachicao supo allí de Pizarro y de la ida del visorrey al Quito, y acordó, como antes lo tenia pensado, de irse con su gente hácia allá, escribiendo primero sus cartas al Gonzalo Pizarro de lo que por él habia sido hecho.

CAPÍTULO CXVII

De cómo el maese de campo Francisco de Caravajal volvió adonde estaba Gonzalo Pizarro, y de cómo tornaron á subir la sierra de Caxas, desde donde ya el visorrey habia salido.

En los capítulos de atrás contamos de cómo el maese de campo Francisco de Caravajal habia subido la incumbrada sierra de Caxas, y de cómo allegó á estar del visorrey no más de un tiro de arcabuz, y creyendo que habia emboscada se retiró con su gente dando vuelta la cuesta abajo, y en el principio della halló á Gonzalo Pizarro con todo su campo, el cual, como supo cuán cerca estuvieron los unos de los otros, hobiera [1] holgado quel visorrey hobiera sido muerto ó preso, porque la guerra se hobiera acabado. Luego, entrados en consulta los capitanes y más principales, acordaron de que las tiendas fuesen alzadas y el campo levantado y caminasen á toda furia, pues el visorrey iba desbaratado, para procurar de le prender ó matar, recelándose no quisiese ir por el camino de Guancabamba para desde allí revolver la vuelta del Cuzco. Y tambien porque ya que quisiese ir hácia el Quito, era provecho muy grande tomarle toda *la* gente que quedaba rezagada, porque como se viese en el Quito sin gente, ni socorro, ni esperanza que lo ternia en ninguna parte, forzado le seria irse á España por la via del mar Océano ó por el puerto de la Buena Ventura Y ansí se acordó de hacer pies siendo pasado el resistero del sol, *y* con el fresco de la tarde, Gonzalo Pizarro con su gente salieron

[1] En el ms., *hobieran.*

de allí donde habian tenido situado su real, dejando alguna guarda en el bagax y fardaje; caminaron por aquella crecida loma á salir al valle de Caxas. El visorrey ya habia llegado aquel valle, donde se quedó Jerónimo Costilla, ques el que dijimos que salió de la cibdad del Cuzco huyendo por no seguir la demanda de Pizarro, y llegado á Los Reyes á tiempo quel sanguinario de Caravajal dió la muerte á Martin de Florencia y á los otros, se vió en grandísimo riesgo de perder la vida. Y despues que le hobieron robado su hacienda salió de la cibdad huyendo y vino á juntarse con el visorrey en Túmbez, desde donde le siguió y sirvió lealmente hasta que se quedó en Caxas por causas justas, á lo que dicen. El visorrey mandó al capitan Francisco Hernandez que se quedase para llevar la retaguarda, y al capitan Serna que con sus arcabuceros se quedase ansimismo con él. Y andaba Serna tan temeroso y habia cobrado tanto miedo al nombre de Pizarro, que todos tenian que ver en ello, porqu' el capitan Francisco Hernandez queria aguardar hasta que venida la noche se pudiese volver con toda la gente que hobiese allegado; Serna decia que luego sin detenimiento seria más acertado que se fuesen. Francisco Hernandez no lo quiso hacer, sino que aguardó á que llegasen los soldados, y luego con toda priesa iban caminando receIándose de los enemigos, creyendo que vendrian dándoles caza. Y todo el fardaje que traian se les quedaba. En esto Gonzalo Pizarro se dió tanta priesa á andar hasta que llegó al aposento de Caxas, adonde halló á Jerónimo de Costilla, y Luis de Moscoso, y don Lope de Urrea, con otros que se habian quedado, de los cuales supieron con la priesa quel visorrey iba caminando. Gonzalo Pizarro y los suyos allegaron allí muy fatigados y cansados por ser la sierra tan áspera, y con el calor y peso de las armas iban con el cansancio que digo. Y entraron luego en consulta para acordar lo que debrian de hacer, porque unos decian que fuese*n* en seguimiento del visorrey, sin descansar ni parar, y otros, que reposasen allí un dia y que luego lo siguirian, pues ya iba desbaratado, y por parescer de los más se acordó quel maestre de campo Francisco de Caravajal y el licenciado Benito Suarez de Caravajal, con ciento y cincuenta lanzas y arcabuceros partiesen luego otro dia en seguimiento del visorrey hasta que totalmente le acabasen de desbaratar. Luego se aprestaron para lo hacer, y de lo que el visorrey y á los suyos quedaba por el camino se proveían los de Pizarro, porque verdaderamente en este alcance se hobo gran despojo de caballos, mulas, yeguas, negros y otros aderezos de que algunos de los que andaban con el visorrey estaban bien proveidos. Pues como el maestre de campo Francisco de Caravajal, y el capitan Juan de Acosta, y el licenciado Benito Suarez de Caravajal fuesen siguiendo al visorrey con gran celeridad y presteza y con mayor voluntad de lo prender ó matar, el cual iba huyendo [1] le daba*n* grandes y muy bravos alcances, adonde tomaban de la gente que quedaba rezagada y todo lo que hallaban en los lios. Y si los que iban huyendo pasaban increible trabajo, porque no comian sino algun poco de maiz crudo ó yerbas, sin dormir ni reposar, *y* andaban con toda priesa, los que les iban siguiendo iban de la misma manera; tanta era la cobdicia que llevaban en el robar y de haber en sus manos al visorrey. Juan de Acosta con algunos que le siguieron llegó hasta Calva. Antes desto habia pedido licencia al visorrey Cristóbal de Mosquera, diciendo que tenia algunas cosas que comunicar con el capitan Gomez de Alvarado, su hermano, que venia en servicio de Gonzalo Pizarro, y el visorrey, viendo sus excusas se la dió, y dicen que como el capitan Serna supiese de su quedada, le rogó con toda instancia de su parte hablase á Gonzalo Pizarro que le procurase de alcanzar perdon, y por lo que dijo este Mosquera á Francisco Hernandez se colige que fué de verdad, porque ya que se queria quedar, tomándole por la mano le dijo: *No me voy por el deseo que tengo de ver á mi hermano, ni tampoco por apartarme del visorrey, sino por no me hallar entre vosotros, por la muy gran traicion y maldad que sé que habrá ante de mucho tiempo.* El capitan Francisco Hernandez le rogó le dijese quién era el autor principal de aquel negocio. Mosquera no quiso hablar, más de que ya que se querian despartir, tomarle la palabra que hasta quel fuese ido no dijese cosa alguna de lo que con él allí praticase, y entonces le contó lo de Serna. Francisco Hernandez se partió dél. Tambien dicen que con aquel mozo llamado Costilla que dijimos atrás que salió á Caravajal, que dicen que era criado del maese de campo Rodrigo d' Ocampo, escribio á Pizarro, Serna, ó de palabra se le invió á ofrescer, y quel mismo Gonzalo Pizarro le escribió graciosamente con amonestaciones, que dejase de seguir al visorrey, pues sabia que habia venido á quitar á todos sus haciendas, y que por virtud de un mandamiento que inviaba le

[1] En el ms., *y le*.

prendiese, con lo cual se ivitarian muchas muertes y grandes males que siendo vivo y estando en su libertad no se podian excusar. Tambien dicen que habia grande confederacion entre él y el capitan Gaspar Gil y el maese de campo Rodrigo d' Ocampo. Y aun dicen que si Serna no temiera que Pizarro le mandara matar por haber huídose de él en el Cuzco, que se le pasara, y que aguardaba á hacelle algun servicio señalado para lo poner por obra; y el visorrey, despues de haber partido del aposento de Caxas y andado no poco camino aquel dia, Rodrigo d' Ocampo apercibiendo algunos vecinos del Quito amigos suyos, dijo al visorrey que se quedase allí aquella noche reposando y quél se adelantaria á ganar la puente, porque los indios ó algunos cristianos no la quebrasen. Vela Nuñez con grandes voces dijo al visorrey que aquello era traicion y que anduviese á más andar, porque si allí se quedaba, los enemigos, que no venian lejos, darian en él y lo matarian ó prenderian. Y el visorrey, que tampoco se descuidaba en cosa alguna, dió priesa á su partida y preguntando por el capitan de la guardia Diego d' Ocampo, supieron que ya era ido adelante con el maese de campo. Saber esto causó gran sospecha, creyendo que habria entre ellos alguna traicion ordenada, y á la verdad entonces no era llegado Costilla ni tampoco Rodrigo d' Ocampo deseaba prender ni matar al visorrey, ni más que procurar el amistad de Pizarro para no temerse ni que le seria quitada su hacienda. Es verdad que era tan remiso en todo lo que convenia á la guerra y á su oficio, que no me espanto que se presumiese dél lo que decimos; y ya que se querian partir, el general Vela Nuñez tomó aparte al capitan Francisco Hernandez y le dijo: Que pues siempre habia mostrado con gran hervor voluntad firme y bastante al servicio del rey y de su hermano, que agora se arraigase en su corazon aquel deseo, porqu' él tenia sospecha que los mismos de su campo habian de matar ó prender al visorrey, y que para que no saliesen ligeramente con ello, que le rogaba quisiese andar siempre junto con él con sus amigos. Francisco Hernandez respondió que lo haria y que su deseo no era otro sino servir al visorrey. Despues de haber pasado estas cosas anduvieron tanto que llegaron á unos antiguos aunque muy arruinados aposentos que para servicio de los reyes Ingas se habian hecho, adonde hallaron al maese de campo y al capitan Juan Perez de Vergara, y estando allí no parescia Olivera, y como el visorrey tuviese dél la sospecha que hemos dicho, le mandó buscar, porque creyó que se habia quedado para juntarse con los enemigos, y halláronle que vencido del sueño estaba dormiendo en aquellos grandes edeficios, y el capitan Francisco Hernandez, apartando aparte al visorrey le contó todo lo que Mosquera le habia dicho. Y acaesció que pasando por allí Serna pudo oir la mayor parte de la prática, á la cual no dió excusa ninguna ni mostró haberlo entendido. En este tiempo venia Juan de Acosta con algunas lanzas y arcabuceros muy cerca del visorrey, y el maese de campo mandó al capitan don Alonso de Montemayor y al capitan Francisco Hernandez que quedasen para llevar la retaguarda. El general Vela Nuñez estaba grandemente mal con el maese de campo, teniendo por cierto que ordia alguna traicion, y llamándole le quiso dar de puñaladas. El visorrey se lo estorbó diciendo que caminasen, porque los enemigos venian cerca, y ansí se hizo. Quedaron en la retaguarda los capitanes don Alonso *y* Francisco Hernandez, gran rato, al cabo del cual Francisco Hernandez fué siguiendo al visorrey y lo alcanzó allí, *y* al licenciado Alvarez y al capitan Juan Perez de Vergara que aguardaban á don Alonso, que esperando que llegase un criado suyo con una acémila se habia quedado al tiempo que Francisco Hernandez se partió, lo cual le hobiera de costar la vida, porque los enemigos allegaron junto á él y venian siguiendo el alcance. Llegado adonde estaba el visorrey, le dijo cómo los contrarios estaban ya con él. El visorrey estaba temeroso y fiábase de pocos de los que con él andaban, porque le decian que se trataba traicion, y no dejaba de andar bien apercibido y muy recatado; pues como llegase don Alonso, se partió de allí luego dende á un poco cabalgando; el maese de campo preguntó á los capitanes don Alonso, Juan Perez de Vergara, Francisco Hernandez, Diego d' Ocampo, por el visorrey, y como le dijeron que ya era partido, se paró muy triste. Y Francisco Hernandez le dijo quel visorrey mostraba bien á la clara no fiarse de ninguno dellos, y quel no lo entendia ni sabia dónde nacia [1] aquella desconfianza; y como aquello oyó el maestre de campo, se turbó, y hablando un poco con el capitan de la guardia Diego d' Ocampo dijo que se queria quedar á quebrar una puente que allí estaba, porque fuese estorbo para los enemigos. Los capitanes don Alonso y Francisco Hernandez y Juan Perez de Vergara caminaron á toda priesa hasta

[1] Ms., *nada*.

que llegaron adonde habia un valle pequeño, y en él estaba el visorrey con algunos que le siguian, muy fatigados de la hambre y cansancio que llevaban.

CAPÍTULO CXVIII

De cómo Gonzalo Pizarro mandó á los capitanes Pedro de Hinojosa y Martin de Robles que fuesen adonde estaba Bachicao, para que pudiese entrar en Quito, y de lo demás que pasó en su campo y en el del visorrey.

Atrás hicimos mincion de cómo Gonzalo Pizarro tuvo aviso de Bachicao su venida de Panamá, y de la gente y artillería que traia; y como Bachicao fuese tenido por hombre inconstante y pusilánimo, temíanse no se quisiese alzar con la gente y armada que traia y pasarse al visorrey. Y entrados en consulta Gonzalo Pizarro y el licenciado Cepeda y el licenciado Caravajal y los capitanes y otros oficiales de la guerra, se acordó de que se debria de inviar á mandar al capitan Bachicao que ya que queria salir al Quito, que se diese toda priesa y tomando la delantera al visorrey procurase de lo matar ó prender, y que desta manera seria asegurar á Bachicao la sospecha que dél se tenia, pues no podian por fuerza constreñirle á hacer otra cosa, por estar apoderado en la gente y della se nombraba general. Tambien se determinó de que fuesen adonde él estaba los capitanes Pedro de Hinojosa y Martin de Robles para que si el visorrey hobiese ya pasado adelante, que no le consintiesen entrar en el Quito hasta que todos se juntasen. Tambien envió desde Caxas, Gonzalo Pizarro, al capitan Zaballos para que yendo por otro camino desviado del que llevaba el visorrey, anduviese con toda priesa hasta meterse en el Quito y diese ciertas cartas quél le dió á vecinos de aquella cibdad, en las cuales escribia que matasen al visorrey ó le prendiesen, y se ivitaria con su muerte los daños y guerras que andaban tan encendidas en el reino. Este Zaballos se partió á lo hacer y encontrado con el capitan Bachicao lo detuvo diciendo que seria alborotar al Quito, y dando otras excusas le mandó que fuese con él sin se adelantar. Gonzalo Pizarro, con parescer de sus capitanes acordó de inviar sus mensajeros á todas las cibdades del reino para hacerles saber cuán favorable se le mostraba la fortuna, y *que* no volveria á la cibdad de Los Reyes hasta que la guerra fuese acabada, y de cómo el visorrey iba huyendo con la más velocidad que podia, habiendo dejado la mayor parte de su bagax y de la gente que le seguia. El un mensajero destos fué Manjarrés, y proveidas estas cosas, Gonzalo Pizarro acordó de se partir de los aposentos de Ayabaca con los que le quisieron seguir, yendo muy desproveidos de mantenimiento y faltos de otras cosas y por camino tan malo y despoblado como otras veces hemos dicho, y bien abastado de ciénegas y arroyos, y cierto, si los que huian pasaban trabajos, no menos los pasaban los que los seguian. Y verdaderamente fué aquel un camino donde se afinaron los buenos soldados y hombres de guerra, los cuales dieron muestras de los quilates que tenian, porque en muchos que sobraba la presuncion faltó el ser y el ánimo, y en otros de quien se presumia lo contrario, se vió constancia y gran denuedo y esfuerzo muy maravilloso. Gonzalo Pizarro iba siguiendo al visorrey con el trabajo y fatiga que digo, el cual, allegado aquel vallecete, como fuese tan cansado y quebrantado del largo camino y de la hambre que pasaba, se recostó mirando á los que habian llegado, de los cuales se confiaba de pocos, porque Vela Nuñez y Sancho Sanchez le amonestaban con todo hervor mirase por sí, porque los suyos trataban traicion, y preguntó por el maestre de campo, el cual se habia quedado en la puente de atrás y con él algunos amigos suyos, y dicen que recibió allí las cartas y mandamiento que Gonzalo Pizarro inviaba con Costilla; despues que allí hobo estado lo quél quiso, se partió á toda priesa y anduvo hasta alcanzar al visorrey, y apeándose de su caballo fué adonde estaba recostado y *le* habló al oido ciertas palabras, las cuales no se supieron, aunque dello se puede colegir por la presteza y celeridad con quel visorrey tornó á caminar. Seria que le diria la venida de los enemigos y cuán cerca dél estaban. Ninguna razon habia de culpar la traicion á Rodrigo d' Ocampo, y si él retuvo en sí las cartas y mandamiento, fué por las causas por mí ya recetadas, no embargante que no tienen excusa para que dejase por ellas y por su remision de merescer la muerte que en los antiguos edificios de Tomebamba se le dió. Pues como Blasco Nuñez hobiese oido á su maestre de campo, poniéndose la celada en su cabeza, tomando su lanza en las manos, cabalgó sin decir cosa alguna, y tras él fueron luego los capitanes don Alonso de Montemayor, Serna, Gaspar Gil, Juan Perez de Vergara, el sargento mayor Sayavedra, el capitan de la guardia Diego d' Ocampo, el esforzado mancebo Sancho Sanchez de Avila,

con otros, y metidos por el despoblado iban caminando la vuelta del Quito sin hacer diferencia de la noche al dia, pues en todo tiempo andaban sin llevar otras camas que las cotas y lanzas, ni otra comida que algunas yerbas que en las celadas cocian cuando paraban á dar aliento á los caballos. Y esto pocas veces se hacia, porque era en el mes de Mayo, que en estos reinos es tiempo de invierno, y cayendo de las ciertas nubes estropadas de agua, no les daba lugar á que pudiesen adrezar cosa alguna para comer, que de los caballos que de cansados se caian muertos podian comer á su voluntad, y no podian por ser el tiempo recio, y si alguno asaban ó cocian era tan poco que no lo habian bien cortado cuando salia la sangre. Mas á la verdad, en tiempo de nescesidad todavía se come aunque la materia del fuego en ella haya hecho poca impresion. El visorrey, al tiempo que se partió dijo á Francisco Hernandez: *Quedaos, capitan, con los amigos que quisiéredes, en la retaguarda, y procurad que venga en mi seguimiento toda la más gente que ser pudiere, y mirad por vuestra persona, quel campo del enemigo está sobre nosotros con una voluntad tiránica y muy rabiosa de habernos á las manos.* Dicho esto dió de las espuelas á su caballo. Francisco Hernandez se quedó mandando á su alferez Alonso de Sosa, natural de Santa Olalla, que siguiese al visorrey, el cual, yendo caminando por aquel valle, allegó al remate dél, adonde se hacia una angostura por enmedio de la cual corria un arroyo, y tanta era la priesa que llevaban los que iban huyendo, que unos se derribaban sobre los otros por verse más presto fuera de la angostura, y hacian tan gran ruido y tomulto que no se entendian unos á otros, y de oillo era gran lástima mirar que iban allí varones tan osados y determinados y que habian ejercitádose en la guerra muchos años, y que fuesen tan atemorizados que no parescia sino que estaban los enemigos mezclados con ellos con sus lanzas, *que* abriendo sus cuerpos, hacian camino por donde el ánima pudiese salir. Francisco Hernandez con los que quedaron en la retaguarda allegaron á la angostura, y ya la gente tan temerosa la pasaba y ahilados comenzaban á caminar; y no nos espantemos del temor de los soldados, pues en los capitanes no habia más esfuerzo que en ellos; y en este lugar allegó Serna y habló con el capitan Francisco Hernandez, diciéndole con voz triste: *¿qu'es lo que haremos?* Respondióle Francisco Hernandez: *seguir al visorrey.* El dia antes le habia interrogado, si Pizarro los hobiese á las manos, que le fuese buen amigo. Francisco Hernandez con semblante iracundo le dijo: *Cuando venga ese tiempo cada uno haga lo que debe, porque yo no tengo de faltar* [á] *la lealtad que debo al servicio del rey;* y pasada aquella angostura se dieron toda priesa andar, y dicen que Serna habló á sus soldados que se reparasen para que quedándose todos juntos se podrian juntar con Pizarro, y ellos le suplicarian que lo perdonase. Francisco Hernandez cuenta esto en una su relacion. Yo no lo sé, y por eso no quiero condenar al Serna en un caso tan feo. Ya el visorrey habia andado hasta llegar á una puente que encima un rio estaba hecha, y vencido del sueño se recostó entre unas matas, y con él hasta cuarenta de los suyos, y solamente estaban allí el general y los capitanes Francisco Hernandez y Juan Perez de Vergara, porque los demás capitanes unos iban adelante y otros no habian allegado por haber perdido el camino. Habiendo, pues, estado un poco de tiempo y comido algun maíz crudo ó yerbas del campo, sintieron estruendo como que se disparaban arcabuces, y recelándose, como era verdad, que los enemigos estaban sobrellos, á grande priesa caminaron, habiéndolo ya hecho el visorrey, que nunca se cansaba ni dejaba de caminar temiendo de no ser preso ó muerto por sus enemigos, y en *el* pueblo que llaman de los Lucumaes aguardó á que se juntasen.

CAPÍTULO CXIX

De cómo el visorrey mandó que se diesen priesa á andar hasta que llegasen á una junta que hacian los caminos de Caxas y Ayabaca, y de cómo Gonzalo Pizarro lo venia siguiendo.

Por fuerza tengo de contar largo esta retirada del visorrey y el alcance que Gonzalo Pizarro le dió, aunque mi escritura va tan atentada que no la terná el letor por prolija, y tampoco no quiero que sea tan breve que se tenga por cosa confusa y sin entendimiento. Pues como el visorrey fuese con tanta priesa huyendo de la furia del espurio de Pizarro, y caminase*n* con tanto trabajo él y los que le seguian, fatigados de la hambre y del no poder dar lugar á quel cuerpo pudiese tomar algun tanto de sueño, pues es la cosa que más fatiga á los hombres, y por ser el trabajo tan intolerable, se le habian quedado la mayor parte de sus soldados. Y como estuviese en aquel pueblo de los Lucamaes y hobiese adelante dos caminos que salian de

los pueblos de Caxas y Ayabaca, temiéndose quel enemigo, pues caminaba con tanta velocidad en su seguimiento, no le hubiese tomado el paso, mandó que anduviesen todos los que allí estaban, y ansí se hizo. Y ya que habian andado cuanto media legua, vino al visorrey un sargento del capitan Serna y á grandes voces le dijo cómo ciertos soldados de la compañía de su capitan se quedaban, y que creia que era no á otro fin sino aguardar á los enemigos para juntarse con ellos. Oido esto por el visorrey hizo alto, temiendo los que así se quedaban no matasen ó prendiesen al general Vela Nuñez, que por venir indispuesto se habia quedado atrás, y mandó al capitan Francisco Hernandez que anduviese á toda priesa é hiciese retener la gente que iba delante, la cual habia dado arma, y cuando llegó Francisco Hernandez halló que habian reparado el maese de campo y el capitan Serna en la junta de los dos caminos, con algunas lanzas y soldados. Y como se dió en el arma, creyendo Serna que Gonzalo Pizarro habia dado en el visorrey y lo habia preso ó muerto, allegándose al maese de campo le dijo quél se ponia en sus manos, y pues llevaban los caballos alentados, que se fuese á meter en Quito, que por escapar la vida algo se habia de hacer. Rodrigo d' Ocampo le respondió: *¡qué buen dicho de capitan! si así se ficiese, ¿qué cuenta dariades de vuestro visorrey?* Y como esto dijo, sacó aquel mandamiento ó provision que Pizarro le envió para que prendiese al visorrey y al general y al licenciado Alvarez. Y estando leyéndolo allegó Francisco Hernandez y avisó de lo que pasaba. Muchos hay que quieren salvar á Rodrigo d' Ocampo en lo tocante á estos despachos que Pizarro le invió, porqu' él lo platicó con el visorrey y dijo lo que le habian escrito; mas no embargante que esto sea así, otros le condenan porque no los entregó luego en manos del visorrey, y porque lo publicó á muchos de sus amigos. Su intencion Dios lo sabe. Al que los trujo, que era su criado Costilla, dejólo volver al real de Pizarro. El visorrey, en este tiempo venia caminando y andaba muy recatado, ansí del maestre de campo como de todos los capitanes que con él iban, y como emparejó con ellos, mirando contra Francisco Hernandez le dijo: *capitan, caminá y vamos adelante;* y ansí lo hizo. Y en esto allegó Sosa, alferez de Francisco Hernandez, y dijo cómo los enemigos venian muy cerca, que se diesen toda priesa á andar; y ansí se hizo, no embargante que algunos de los que iban con el visorrey se mostraron tan acobardados que huyeron por fuera de camino porque los enemigos no los tomasen, ó por no pelear con ellos, qu' es lo más cierto, y el visorrey sintió mucho la flaqueza que en los suyos via y dióse priesa á andar, y como el camino fuese áspero y tan proveido de ciénegas y derrumbaderos, el general Vela Nuñez cayó, y el caballo, tomándole un brazo debajo, se lo fatigó en tanta manera que andaba con muy gran trabajo, y el visorrey y los que con él iban sintieron mucho el mal ó caida de Vela Nuñez, por su gran nobleza, y como el visorrey tuviese mal conceto de su maestre de campo y de los capitanes Gaspar Gil y Serna, teniendo por cierto que se habian aliado con Pizarro, y aun que deseaban matarlo ó prenderlo, pensó de los matar á todos tres en dándole el tiempo lugar para ello. Las cuales muertes, aunque hobo algunas ocasiones, no fueron justas. A lo que algunos dicen habia por allí algunos maizales, y como fuesen desproveidos de mantenimiento, el maestre de campo dijo al visorrey que debia de parar allí para que pudiesen los que le seguian tomar algunas mazorcas; dicen quel maese de campo, con aquel achaque se queria quedar y no ir adelante. El visorrey, mirando que no era tiempo de comer, sino de huir, dijo que no pararia allí por ninguna cosa. Rodrigo d' Ocampo respondió que no pasaria adelante sin llevar de comer, y que si era contento, que moviese partido á Pizarro para que dándole ochenta mill pesos que habia gastado del rey, y pagándole otros cincuenta mill que podia valer su hacienda y la de su hermano, se iria á España á dar cuenta á Su Majestad del estado de la tierra. El visorrey dicen que vino en este despacho con industria porque Pizarro se detuviese en lo determinar, ó Rodrigo d' Ocampo, creyendo que vernian en aquellos medios, volveria á él, y así se quedase, y fueron á lo tratar Montoya y Pero Gutierrez, vecino de San Miguel. Dende á un poco, el visorrey dicen que tuvo intencion de llamar á Rodrigo d' Ocampo y de le matar, y que lo dejó de hacer porque estaba acompañado de muchos de sus amigos. Y al fin, tomando su caballo, con los que seguirle quisieron volvió á su acostumbrado huir, con más priesa que hasta allí. En este tiempo Gonzalo Pizarro con toda su gente venia siguiendo el alcance, adonde ya poco quedaba de robar del fardaje de los que huian, pues les habian tomado la mayor parte del bagax. Y acordaron quel maese de campo y Francisco de Caravajal, varon tan entendido en las cosas de la guerra como muchas veces hemos narrado, fuese siguiendo el alcance hasta los aposentos de Ayabaca.

CAPÍTULO CXX

De cómo en el puerto de Ayabaca fueron muertos cinco españoles por Francisco de Caravajal, y de cómo iban siguiendo al visorrey.

Cuando Gonzalo Pizarro mandó quel licenciado Benito Suarez de Caravajal y el capitan Juan de Acosta y su maestre de campo Francisco de Caravajal viniesen siguiendo el alcance, llegaron [1] hasta Ayabaca, y de allí Juan de Acosta anduvo hasta Calva; Francisco de Caravajal prendió allí Alonso de Sosa y Antonio Carrillo, y á Montoya y Pero Gutierrez, los que habian vuelto con aquel mensaje que dijimos, y otros huyeron y se fueron á los montes; y despues de haber*les* robado todo lo que tenian y *ser* maltratados, como Caravajal fuese tan cruel, mirando un árbol que cerca dél estaba, sin dar lugar á que confesasen, fueron ahorcados de las ramas dél Gaspar de Montoya, y Briceño, y Valcazar, y Rafael Vela, y Salmeron. Y dicen quel bastardo de Gonzalo Pizarro habia ya llegado y que en su presencia fué ahorcado Briceño, vecino de Puerto Viejo, hombre que no tenia ninguna culpa; pero falta de juicio es creer que en las guerras ceviles solamente matan á los que son culpados. Rodrigo d' Ocampo, y Serna, y Gaspar Gil y otros de sus amigos se habian quedado, y los de Pizarro venian siempre siguiendo el alcance. Un soldado de los del visorrey fué á parar adonde estaba*n* Rodrigo d' Ocampo y el capitan de la guardia y los demás, y les dijo cómo los enemigos estaban junto á ellos, y como lo oyeron se fueron huyendo á un monte adonde estuvieron tres dias, al fin de los cuales salieron al camino y fueron siguiendo al visorrey. Serna y Gaspar Gil se dieron tanta priesa á andar que iban delante del visorrey un buen trecho. Una confusion muy grande veo en esto de Rodrigo d' Ocampo y destos capitanes, porqu'el visorrey decia que le querian desamparar ó pasarse á Pizarro, y ellos huian tanto cuanto sus caballos podian, y Rodrigo d' Ocampo estuvo tres dias escondido por no venir á parar á sus manos. Yo no entiendo estas causas por qué murieron, salvo la remision del maese de campo, y querer, á lo que yo creo, que Pizarro, sin su ayuda, hobiese á las manos al visorrey, que cierto era mal deseo y grave delito para los que militan en la milicia de la guerra, y más siendo capitanes ó principales della.

[1] En el ms., *y llegaron.*

CAPÍTULO CXXI

De cómo el visorrey mandó matar á los capitanes Serna y Gaspar Gil, é cómo caminaba con toda priesa.

Yendo el visorrey caminando á toda priesa con deseo de meterse en el Quito y ver si el capitan Juan Cabrera habia allegado aquella cibdad, mandó que todos los capitanes y gente que con él iba fuesen juntos sin ninguno se osar adelantar; el maese de campo Rodrigo d' Ocampo y el capitan de la guardia Diego d' Ocampo se habian quedado atrás rezagados, y Gaspar Gil, y Serna, no quisieron obedescer el mandamiento del visorrey, antes poniendo las piernas á sus caballos se dieron toda priesa á andar; dicen que llevaban intención de cortar los pasos para que siendo difíciles al visorrey, Gonzalo Pizarro pudiese prenderle ó desbaratarle, y quellos con hacer aquel hecho ganarian su gracia, y quel visorrey fué avisado de la hazaña que á hacer iban; ansí que por esto, como porque ya venia mal con estos capitanes y tenia dellos gran sospecha, y porque supo cierto que algunos soldados de los de la compañía del capitan Serna se habian quedado para juntarse con los enemigos, por estas causas, que fueron las principales, y por la sospecha que dellos tenia, determinó de los matar. Á todo esto el traidor de Olivera un punto no se partia del visorrey, el cual, tomando uno de los caballos que consigo llevaba que le paresció estar más alentado, armado de sus armas y su lanza en la mano fué en seguimiento de los capitanes para les dar la muerte, y yéndolo á hacer encontró con el capitan Francisco Hernandez, que por llevar el caballo muy cansado iba á pie, y le dijo: *¿Qué os parece, capitan, que haremos? que me dicen que va Serna á cortarnos los pasos.* Respondió Francisco Hernandez: *Acortárselos á él primero;* y yendo el visorrey á toda furia, anduvo tanto que alcanzó á Serna á tiempo que estaba fatigado de unas coces que su caballo le dió, y mirándole al rostro le dijo: *Ya vuestra intencion es descubierta; no conviene que dejeis de ser castigado, pues tan mal habeis conoscido la honra que yo os he hecho. Poned vuestra ánima con Dios, porque vuestro fin es llegado.* Serna se cortó y mostró tan poco ánimo que casi no lo tuvo para responder al visorrey, y si algunas palabras le dijo, que fueron pocas, era amonestalle que con brevedad le matase; y ansí Serna hobo allí fin, muriendo por mandado del visorrey, y perdió con su flaqueza lo que con ella pensó guardar, que fué la vida, y

en él se cumplió el proverbio: *No huye la muerte al cobarde*. Muerto Serna, el visorrey anduvo á todo andar hasta que encontró con el capitan Gaspar Gil, y emparejado con él mandó que se apease é hincase de rodillas y se encomendase á Dios, porque habia de morir. Gaspar Gil, temiendo la muerte, le suplicaba con todo hervor le perdonase y fuesen partes los pasados servicios para soldar el yerro presente si lo habia. El visorrey, como de suyo era acelerado y ya hobiese llegado el dia final de Gaspar Gil, le respondió que no era tiempo de perdonar traiciones. Gaspar Gil tornó á replicar sobre que le fuese dada la vida, y viendo que no habia remedio, y como sea de tanta estimacion, y que por la alargar un breve espacio de tiempo no hay cosa, por más estimada y preciada que sea, que los mortales no la den, el afligido Gaspar Gil dijo al visorrey con palabras muy lacrimosas que no se apresurase tanto en le mandar matar, que retuviese un poco en sí la sentencia tan rigurosa y le daria aviso dónde estaban cuarenta mill pesos de oro que dejaba. Siempre se presumió que este Gaspar Gil dejaba enterrado gran tesoro del licenciado Vaca de Castro é suyo; no se ha podido descubrir nada dello, y el visorrey no quiso saber la parte en que estaba ni darle oido á que más le hablase, y á un negro dispuesto que junto á él estaba, mandó que dado un golpe por abajo del colodrillo en el pescuezo de Gaspar Gil cayese la cabeza, y el cuerpo destroncado dé testimonio que por querer cometer traicion fué muerto. Ansí se hizo. Las ocasiones para que estos capitanes muriesen ya las hemos receptadas. Muchos hobo que los quisieron desculpar y condenar al visorrey de cruel, y aun que esto que decian de los pasos que nunca pensaron de lo hacer. Plega á Dios les haya perdonado sus ánimas, porque á la verdad mejor seria para ellas no tener culpa que ir con ella. Despues de muerto el capitan Gaspar Gil, el visorrey no reposó, antes se dió toda priesa á andar hasta llegar á unas angusturas y malos pasos que por él fueron adobados cuando venia del Quito á ir á Chinchichara, y creyó que algun [1] soldado de los que iban adelante les hobieran rompido por mandado de los capitanes que quedaban ya muertos, y lo pudiera fácilmente hacer, y si los hallara rompidos fuera su caminar con dificultad; mas él allegó á ellos y los halló enteros como los dejaban. La hambre y trabajo que pasaba él y los que le siguian era grande, y muchos soldados se quedaban á pie por les haber faltado los caballos, y llorando los tristes, que gran compasion era de los ver quedar de aquella manera en tierra que á una suerte y á otra estaban las provincias de guerra, é que ya que los bárbaros no los matasen, venian tan cerca los enemigos; y del arte que son tratados los vencidos por los vencedores en las guerras ceviles, pregúntenlo á los que en el Quito se hallaron con el visorrey. No hay captiverio en el mundo mayor, ni más cruel tratamiento, qu' es el que rescibe un vencido en la guerra que tratan los de una nacion unos con otros, y estímolo [1] tanto que como el vencedor fuese tirano, yo más querria recibir la muerte que no verme en su poder; y como los que venian atrás vian los cuerpos de los pobres capitanes, espantábanse, y ansí muchos iban como casi asombrados, y el visorrey se fiaba de tan pocos dellos que aina mostrara tener en su mismo hermano la sospecha que de los otros mostraba tener, y esto, como por algunos era visto y entendido, mostraban gran sentimiento, pues vian la poca razon quel visorrey tenia; y no nos espantemos dello, porque verdaderamente gran lealtad habia en algunos que le seguian con fee entera, y dicen que de sus capitanes fué allí amonestado no quisiese dejar de tener entera confianza dellos, porque si Gaspar Gil, y Serna, y Rodrigo d' Ocampo habian enviado á pedir perdon á Pizarro y tenido intencion de irse al Quito, ó quebrar los pasos, que ya con sus vidas lo habian pagado; que se mostrase afable y alegre por los que ansí le seguian; y el visorrey iba tan trabajado y fatigado, sobre todo, tan lleno de cuidados penosos y pensamientos profundos, que les respondió en pocas palabras, y creyendo que los enemigos venian cerca dellos, se dieron toda priesa á andar.

CAPÍTULO CXXII

De cómo el visorrey con sus capitanes y gente fué caminando por la montaña y despoblado que está adelante de los Paltas, con muy gran trabajo.

Muchas veces hemos hecho mincion cómo yendo hácia el Quito, antes de allegar á las provincias de Tomebamba, hay un despoblado muy trabajoso de rios, ciénegas y malos pasos, y que si el poderoso rey Topa Inga Yupangui é Guaynacapa su fijo no mandaran hacer por allí el camino real, era imposible poderlo andar. Los Ingas emprendieron cosas

[1] En el ms., *de algun*.

[1] En el ms., *entimolo*.

y hicieron caminos é otras fuerzas tan admirables que los romanos con todo su poder no lo hicieron tan ecelente, y quien esto no creyere salga del Quito hasta la villa de Plata, que hay más de seiscientas leguas, y verá el camino que yo digo, que en el mundo hasta agora no se ha visto su igual. Es verdad que en algunas sierras y laderas no va para los caballos bien desechado, no porque deje de ir ancho y bien hecho. Y no era la culpa de los Ingas, ni faltalles habilidad, sino que como ellos no tuvieron caballos ni los usaron, tenian por cosa no muy dificultosa la aspereza de las sierras, y esta materia en mi segundo libro he tratado largamente y el lector que quisiere la podrá ver. Y volviendo á nuestro propósito, como el visorrey con los que le iban siguiendo deseasen en tanta manera llegar al Quito, no reposaban ni paraban, ni dejaban de andar con su acostumbrada presteza sin aguardar á ninguno que se quedase, y como allegasen á aquel despoblado tan lleno de ciénegas, adonde atollando los caballos, como iban cansados, aunque más los que encima dellos estaban les hiriesen de las espuelas no aprovechaba ni bastaba á que saliesen, y ansí se quedaban, algunos españoles murieron de frio y de mala ventura. El visorrey era de tener gran lástima velle pasar tan grandes trabajos siendo ya varon illustre y que representaba la persona del esclarecido y muy alto Emperador nuestro señor, y que era ya viejo, y estando cansado fuese caminando por aquella tierra tan fria, y que para ampararse algun tanto de las aguas no tenia otra cobertura quel cielo ni otra cama que la dura tierra, y aun cuando algun tanto de conhorte quisiese recibir, era meterse debajo de la barriga de su caballo, ó enterrarse en el estiércol dellos; y aunqu' el anciano varon iba desta suerte y sin comer sino algunas yerbas ó hojas de árboles, ó algun pedazo de hígado de los caballos muertos, hidiondo y casi crudo, mostraba tan alegre semblante como si estuviera en la cibdad de Avila en compañía de la virtuosa dueña doña Brianda su mujer, y servido de sus hijos y criados; pues tampoco será justo echar en olvido el estado en que se vió el noble caballero Vela Nuñez, su hermano, que como aquella region era tan fria, y para ataparse del sereno el brazo que llevaba quebrado no tuviese otro tejado que la ala del sombrero, del cual siempre caia agua, agravióle tanto el mal que le recreció calenturas; para la cura dello no habia otra cosa que agua de los arroyos, ni otros regalos que carne de caballo ó algun maiz. Como el aflegido hombre *se* viese de aquella suerte, aborresciendo la vida, deseando la muerte infinitas veces, rogó al visorrey que lo dejase en unos arruinados aposentos que en el medio de aquellas montañas estaban, y desde la region de los Cañares le enviara indios que lo pudiesen llevar; y el visorrey, habiendo gran compasion de su hermano, aceptó su ruego, más de lástima que hobo y por no vello morir que por otra cosa, y quedó tan enfermo que creyeron que allí hobiera de hacer fin. Con el general Vela Nuñez quedaron algunos españoles con sus caballos, los que estaban más flacos y cansados, y los demás fueron siguiendo al visorrey con el trabajo, hambre, fatiga *y* necesidad ya receptada, hasta salir de aquellas montañas, yendo siempre siguiendo al visorrey los capitanes Juan Perez de Vergara y Francisco Hernandez y don Alonso de Montemayor, y el esforzado mancebo Sancho Sanchez Dávila y el sargento mayor Sayavedra, Hernando Mejía, Hernan Sanchez Morillo, Juan Rodriguez, vecino que fué agora de la cibdad de la Paz, y el licenciado Alvarez y algunos vecinos del Quito y otros. Como el visorrey viese con la gran constancia que estos servian al rey y seguian á él, pensó de les gratificar en alguna parte de sus servicios con hacellos encomenderos de algunos repartimientos que poseian los que venian acompañando á Pizarro, é ya que estaban casi fuera del despoblado, delante de todos los más que con él iban lo puso en prática, diciendo que pues qu' ellos se habian mostrado tan á la clara servidores del rey, quél queria darles cédulas de indios, y aunque oyeron esto al visorrey, no se entendió que era á fin de les hacer bien y pagarles sus servicios, sino que era industria para afirmar voluntades y para que no mudasen el propósito que tenian. Yo creyera que si el visorrey viviera que no dejara de sustentar lo que diera, porque algunos émulos suyos dicen que no encomendara un tan solo indio en estos reinos ni tenia poder para ello de Su Majestad. Yo vi al contrario dello en la instrucion que le dió el rey. Y volviendo á nuestro cuento, dicen que mirando contra el capitan Francisco Hernandez, le dijo que le queria dar en repartimiento los indios que habian sido del capitan Gaspar Rodriguez de Camporredondo. Francisco Hernandez respondió qu' él no queria por entonces rescibir merced ninguna, porque no dijesen que la nescesidad le hacia á él hacello, y á los que los rescibian perder la vergüenza para lo tomar. Despues dió á Francisco Hernandez otros indios, y á muchos de los que allí iban les dió cédulas para el Cuzco y Lima y todas

las cibdades del reino. Es verdad questo parescia entonces muy claro que no á pocos de los que daba estas cédulas era por complir con ellos y porque le siguiesen, y ansí, como ellas se dieron con esta intencion, aprovecharon á pocos ó á no ningunos. El maese de campo y el capitan de la guardia Diego d' Ocampo se habian quedado atrás, como dijimos, y despues de haber estado escondidos tres dias en el monte, salieron y iban en seguimiento del visorrey.

CAPÍTULO CXXIII

De cómo el visorrey llegó á la provincia de Tomebamba, y de la muerte que allí dió á su maese de campo Rodrigo d' Ocampo.

Salido de la montaña el visorrey y los que le seguian, algun tanto se conhortaron, é iban tan flacos y descoloridos que parescian ya difuntos; los caballos tan lasos y trasijados que era compasion ver á todos cuál salian, y ansí anduvieron hasta llegar á los reales aposentos de Tomebamba, adonde fueron proveídos por los señores de aquellos valles de mantenimientos, ansí para ellos como para los caballos, y el visorrey acordó de reposar allí dos ó tres dias á aguardar á los que quedaban atrás, inviando recaudo para que su hermano viniese, y mostró tener grande odio y aborrescimiento al maese de campo, por las cosas pasadas, é ayudó á esto tener émulos y muchos contrarios Rodrigo d' Ocampo, y las muchas sospechas que contra él ponian. Tambien se quejaba el visorrey de su capitan de la guardia, porque habiéndolo él honrado y favorescido se hobiese quedado en tiempo de la mayor nescesidad, y juraba que no serian allegados cuando luego fuesen muertos. Era el visorrey, como todos saben, hombre arrebatado y muy iracundo, y que cuando se enojaba se encendia grandemente sin retener en su pecho lo que pensaba, que era causa los enemigos hiciesen más á su salvo sus cosas y los amigos anduviesen muy descontentos. Y digo esto porque estando el visorrey tan mal acompañado, no habia de poner en plática públicamente tener deseo de matar á los capitanes ya dichos, porque pudiera ser que les dieran aviso y rescreciera gran daño. Pues como allegase alguna gente de los que venian atrás y dijesen cómo el maestre de campo y el capitan de la guardia venian, el visorrey se admiró, porque tenia creido que de su voluntad se habian quedado para se juntar con Pizarro. Pues como tuviese la sospecha que ya hemos dicho, creyó que venian á efectuar su propósito, que segun él creyó era de lo matar ó prender, de lo cual venian bien quitados, á lo que yo creo, porque nunca los vian acaudillar amigos, ni hablar las pláticas que decian Serna y Gaspar Gil, ni esperar tener vida de mano del contrario, puesto caso que los descuidos y remision del maese de campo fueron muchos y que era digno de muerte por ellos, porque privacion de cargo en semejante trance no se sufre. Entendida la venida de Rodrigo y Diego d' Ocampo por el visorrey, habló con los capitanes diciéndoles que venian y que mirasen por sí si quisiesen intentar alguna traicion. El general Vela Nuñez venia con su indispusicion caminando, y como lo alcanzase Rodrigo d' Ocampo, el general le dijo que se fuese con él, porqu' el visorrey iba grandemente sentido dél é creeria que le mataria si le tomaba, lo cual se ivitaria yendo todos juntos, porque ternia en él buen tercero. El capitan de la guardia se adelantó para purgarse ante el visorrey, y como llegó á Tomebamba, el visorrey mandó que fuese preso y puesto á recaudo, sin querer oir ninguna excusa de las que daba, y despachó á Cristóbal de Funes, natural de Guadalajara, y Alonso Cerdán, natural de Córdoba, para que partiéndose luego, adonde quiera que encontrasen al maestre de campo le diesen de puñaladas é le matasen. Rodrigo d' Ocampo, no embargante quel general le avisase de lo que le convenia, se pasó luego de largo y anduvo hasta que llegó al aposento de Tomebamba, y como Funes y Cerdá*n* le vieron tan cerca determinaron de se volver con él á donde estaba el visorrey, y queriendo ir á le besar las manos, el visorrey le mandó prender sin dar lugar á que le viese ni hablase, diciendo al licenciado Alvarez que mirase las culpas y remision de Rodrigo d' Ocampo, y haberse quedado atrás y dar lugar á que Costilla, el que trujo el mandamiento y despacho de Pizarro para él, se volviese, y dejar en la sierra de Ayabaca el campo sin cintenelas. Estas eran las causas porque le mataban. El licenciado Alvarez fué luego, acompañado de algunos, á donde estaba Rodrigo d' Ocampo, el cual, como sintiese el juego que le querian hacer, quiso ponerse en defensa, pero ya era tarde, é metido en un aposento entró luego fray Bartolomé Montesino, de la órden de Nuestra Señora de la Merced, que en compañía del visorrey andaba, á le confesar. Viendo el anciano capitan de Rodrigo d' Ocampo que la cosa iba puesta con todo rigor y quel fin de su vida se allegaba, dijo que ¿por qué le mataban? fuéle respondido quel visorrey era informado que le era traidor, á

lo cual respondió que todos los pecados le perdonase Dios, ya qu' él no; dicen que preguntado que por qué se habia quedado atrás y dejado el campo sin velas en la sierra de Ayabaca, respondió que fué descuido, y visto que no bastaba ninguna salva para ser creido, se confesó y encomendó á Dios Nuestro Señor, y dándole un garrote murió mostrando ánimo sosegado y reportado al tiempo de la muerte. Desta manera fenesció el pobre viejo, en edad de casi setenta años. Tenia tanta fuerza y vigor como si hobiera cuarenta. Esto hecho, el visorrey mandó que se confesase su capitan de la guardia Diego d' Ocampo, porque le habia dejado y quedádose con el maese de campo, y por otras cosas, que cierto el crimen dellos no era de muerte. Como los capitanes viesen la muerte que le querian dar, especialmente el capitan Francisco Hernandez, tanto rogaron al visorrey, que condoliéndose de el mozo Diego d' Ocampo le dió la vida, mas no el cargo.

CAPITULO CXXIV

Cómo Gonzalo Pizarro venia siguiendo al visorrey, y lo mismo Bachicao, y de lo que hizo en Quito Gomez de Estacio.

Caminando venia Gonzalo Pizarro en seguimiento del visorrey y con gran presteza y mayor deseo de haberle á las manos para que la guerra hiciese fin, y engañábase, porque la agilidad no se habia de acabar hasta que siendo él muerto, su cabeza destroncada del cuerpo diese testimonio *d*el famoso castigo que por sus traiciones se habia de tomar, que no es pequeño caso para los hombres tener avisos y regla cierta para vivir con temor de Dios y en servicio del rey, pues veemos que siendo Gonzalo Pizarro hombre de poco saber, sin cimiento, hobiese emprendido la hazaña que llevaba entre manos, y que todos los caballeros famosos y más principales se moviesen á seguir sus banderas, y que despues ellos mismos se mostraron sus enemigos y le pusieron en el trance de la muerte, como diremos adelante; despues quel sanguinario cruel de Caravajal hobo muerto en Ayabaca á los que contamos, se partieron en seguimiento de los que iban huyendo, llevando no menos trabajo que ellos. Pues como fuesen caminando, tomando siempre en el alcance el fardaje que habia quedado á sus enemigos, y algunos soldados, supieron la muerte quel visorrey habia dado á los capitanes Serna y Gaspar Gil, y la sospecha que llevaba de su maese de campo, y sin estos dichos se hicieron testigos de haber pasado ansí [1] los cuerpos sin cabezas que hallaron en el lugar adonde fueron muertos. Y Pizarro y los que le siguian ultrajaban al visorrey, llamándole de cobarde y que huia como liebre de los canes; diciendo más, que pues á sus mismos capitanes mataba, que ¿qué confianza habian de tener otros ningunos dél? y ansí, diciendo estas cosas y otros donaires que Caravajal hablaba, se metieron por la montaña siguiéndolos con gran celeridad. Bachicao con su gente venia caminando por otro camino la vuelta del Quito con deseo de en*con*trarse con el visorrey antes que Pizarro se hobiese con él afrontado. Ya se acordará el letor cómo en los capítulos de atrás hecimos mincion que Gomez d' Estacio en Guayaquil prendió á los que Bachicao allí habia enviado, y cómo se fué la vuelta del Quito, adonde en aquella sazon era corregidor Hernando Sarmiento, natural de Sanlúcar de Barrameda, cuñado deste Gomez d' Estacio. Ya habia en Quito gran competencia entre éste y Diego de Torres, alcalde, natural de Oropesa. La ocasion era porque á todos pesaba la venida del visorrey, de Piúra, porque se temian de que su cibdad, que en aquel tiempo estaba próspera por los grandes mineros, fuese saqueada por Pizarro si entrase viturioso. Mostraban sentimiento y gran querella contra Sarmiento porque con sus palabras, desde Túmbez se movió el visorrey á venir al Quito, y habia porfias, sustentando los unos el partido del visorrey y los otros, dando á entender el provecho general que resultaba de la venida de Pizarro, deseaban que ya estuviese dentro de la cibdad, y algunos se mostraban neutrales hasta ver la nueva que habia de los unos y de los otros, porque no se sabia entonces nada; y estando las cosas en este estado allegó al Quito Gomez d' Estacio, publicando venir huyendo de Bachicao, el cual como hobiese entreoido de algunos indios quel visorrey venia desbaratado, deseaba alzarse con la cibdad y apellidar el nombre de Pizarro, y de industria pedia gente y armas, diciendo que queria ir á socorrer al visorrey, porque avivando la nueva, los indios decian que venia huyendo con los suyos de la furia de Pizarro. Diego de Torres entendia la malicia de Estacio y evitaba que no se le diese gente, porque no tenia deseo leal, y escribieron él y otros á la cibdad de Popayán, al capitan Juan Cabrera, que con su gente se diese toda priesa andar para meterse en el Quito y aguardar al visorrey, que los indios decian venir desbaratado.

[1] En el ms., *en si*.

CAPÍTULO CXXV

De cómo el visorrey partió de Tomebamba para se acercar al Quito, é cómo en Tiquicambi supo de los bollicios de Estacio y mandó al capitan Francisco Hernandez que con dos españoles fuese á ver la cibdad de qué arte estaba, y de cómo Pizarro llegó á Tomebamba.

Despues que el licenciado Alvarez, Oidor, hobo hecho por mandado del visorrey justicia del maese de campo Rodrigo d' Ocampo, é ser llegado aquella provincia el general Vela Nuñez con otros que atrás se habian quedado, el visorrey mandó que se aparejasen para salir de allí é ir al Quito, y ansí lo hicieron todos y anduvieron hasta llegar á la provincia de Tiquicambi, qu' es veinte leguas de los aposentos de Tomebamba, adond' el visorrey supo de la estada de Gomez de Estacio en el Quito, y con *esto* el alboroto de Caravajal, natural de Trujillo, y Ojeda, capitan*es* que habian sido de Bachicao. Juntamente con esto supo de los bullicios que traian y movimientos, lo cual oido por el visorrey, deseando saber ciertamente el estado en que estaba el Quito, temiéndose no tomase la voz de Pizarro en ver quél iba desbaratado, mandó al capitan Francisco Hernandez que llevando consigo Alonso de Lerma y á Castellanos se partiese á toda furia á la cibdad del Quito, y de su parte hablase á los moradores y vecinos della que no recibiesen ningun desmayo y pena en saber que volvia desbaratado, porqu' él confiaba en Dios Nuestro Señor encaminaria sus hechos como fuesen prósperos; y ansí se partió el capitan Francisco Hernandez á la cibdad del Quito, que treinta y cinco leguas está de Tiquicambi, y dándose toda priesa á andar llegó á ella en tres dias, encontrando primero en el aposento de Pançaleo ciertos vecinos que salian de la cibdad á ver qué gente era la que venia, porque los indios habian dado mandado de la estada del visorrey en Tomebamba y no habian aún sabido la muerte que allí se dió á Rodrigo d' Ocampo Y para ver con sus ojos si era verdad lo que los indios decian, habian salido, y encontraron, como digo, en el aposento de Pançaleo á Francisco Hernandez, el cual les contó lo que habia pasado, y oido por el uno dellos, que habia por nombre Juan Marques, que tambien era casado con otra hermana de Estacio, se volvió á todo andar al Quito, publicando venir el visorrey desbaratado con muy poca gente, y Estacio quisiera efetuar su intencion y propósito, que era, á lo que dicen, alzarse con Quito en nombre de Pizarro; mas Francisco Hernandez, dándose priesa á andar, allegó á la cibdad y procuró de asosegar á los que dentro estaban, diciéndole á Gomez de Estacio que el visorrey le tenia por muy amigo y allegado á su servicio, y que habia muerto á Gaspar Gil y á Serna y al maese de campo por causas muy justas que para ello hobo. Gomez de Estacio y los que se habian mostrado sus amigos quisieron ausentarse de la cibdad, temiendo la ira del visorrey, y al fin lo dejaron de hacer por las palabras que Francisco Hernandez les dijo. Sarmiento *y* Diego de Torres, con otros vecinos de aquella cibdad, salieron á se encontrar con el visorrey, el cual en alguna manera venia mal con ellos por ciertas cartas que se tomaron en el real de Chinchichara al tiempo que fueron desbaratados los capitanes Hernando de Alvarado y Gonzalo Diaz de Pineda, y por entonces disimuló, recibiendo graciosamente á todos ellos, y nombró por su capitan de la guardia á Pedro de Heredia, del cual fué informado de las tramas en que anduvo Gomez de Estacio y de los bandos que habia en Quito, y mandó que se moviesen para entrar en la cibdad, la cual aunque en aquel tiempo estaba tan próspera como en otras veces hemos receptado, por los grandes mineros de oro que tenian, todos sus vecinos y moradores estaban tristes, pensativos, llenos de mucha aflicion, adevinando la total perdicion y triste caida que por los más dellos habian de venir. Procuraban de esconder sus tesoros y haciendas en partes secretas, paresciéndoles que ya el enemigo que venia venturoso tenia sentadas las banderas en la plaza de su cibdad. Pues como ya el visorrey hobiese partido de los aposentos de Tiquicambi y supiesen que allegaban cerca del Quito, salieron algunos á le rescibir, con ánimos tristes, aunque en los semblantes mostrasen alguna alegría. Cerca del Quito fué preso Estacio, é Caravajal, con Ojeda y otros de los participantes, que la traicion que dicen querian hacer *era* levantarse con la cibdad; y entrando en el Quito el visorrey, le paresció que estaba toda la más della desierta, y el aflegido hombre, como viniese tan cansado y quebrantado del camino y desvelado del no dormir, no embargante que entendió que los ánimos de muchos de los del Quito estaban puestos en la fortuna de Pizarro, y que otros se querian mostrar neutrales, no quiso que entendiesen quél lo inoraba, aunque no entendió por entonces más de quel licenciado Alvarez, Oidor del rey, visto el crimen que habia cometido Estacio y los otros, se hiciese justicia confor-

me á derecho. El licenciado Alvarez, hechas las informaciones, condepnó á muerte á Gomez de Estacio, y á Caravajal y á Ojeda y á otros tres ó cuatro se castigaron sin les dar muerte. El visorrey se aposentó en las casas de Diego de Torres, y conociendo que convenia rehacerse y peltrecharse de armas y las otras cosas convinientes, mandó que se hiciesen picas y arcabuces y se recogesen todas las armas que se pudiesen haber. En este tiempo Gonzalo Pizarro, habiéndose metido en la montaña, andaba con toda priesa en seguimiento de su enemigo, y pasaron él y los suyos hartos trabajos; siempre hallaban en el alcance que daban qué robar, y soldados del visorrey que se quedaban, hasta que llegaron á los reales aposentos de Tomebamba, adonde supieron la muerte que allí se le dió al capitan Rodrigo d' Ocampo, lo cual sabido decian grandes blasfemias contra el visorrey, diciendo que era muy fácil su condicion para matar, y que bien lo daba á entender su poco ánimo y el huir que llevaba, porque era cosa muy cierta todo hombre cobarde ser cruel. Poníales mucha lástima que Rodrigo d' Ocampo á cabo de tanto haber servido, siendo varon tan anciano, le tomase el visorrey de aquella suerte. Caravajal, el maestre de campo, decia que la endustria con que quiso vivir Rodrigo d' Ocampo le habia muerto; que si él se pasara cuando con Costilla se lo escribieron, que estuviera vivo y á su placer; y desde aquí determinó Gonzalo Pizarro de inviar al real de Bachicao á los capitanes Pedro de Hinojosa y Martin de Robles, por las causas ya por mí receptadas y por temor que tuvieron no se pasase al visorrey, y ansí fueron á ello. En este tiempo el capitan Juan Cabrera, despues de haber salido de Popayán y andando por más espacio que convenia, allegó á la villa de Pasto, adonde se juntaron con él algunos soldados, y supo por nuevas, antes de allegar allí, cómo el visorrey habia desbaratado en Chinchichara á los capitanes Gonzalo Diaz de Pineda y Hernando de Alvarado, y extendiéndose esta nueva por la gobernacion de Popayán, creyendo algunos quel visorrey estaba viturioso y le subcederian sus cosas prósperamente, se movian para le ir á servir, y como despues se entendiese venir desbaratado, mudaron propósito, no embargante que Juan Cabrera y los suyos fuesen caminando á toda priesa hasta llegar á Otavalo, donde se encontraron con el visorrey; y dejará la historia de tratar desto y contará lo que subcedió en la villa de Plata, porque conviene para la claridad de la obra que ansí se haga.

CAPITULO CXXVI

De cómo el tirano Francisco de Almendras allegó á la villa de Plata, adonde en ella era teniente y justicia mayor por Gonzalo Pizarro, é de las cosas que hizo.

Ya se acordará el letor cómo al tiempo que Gonzalo Pizarro estaba en la cibdad de Los Reyes despachó por su teniente á la cibdad de Arequipa á Pedro de Fuente, y de la cibdad del Cuzco al capitan Francisco de Toro, y de la villa de Plata al capitan Francisco de Almendras, los cuales cada uno se fué á gobernar la cibdad y provincia que le estaba asinada. En todas las partes del reino subcedian cosas notables y acaecimientos. Yo no puedo escrebirlos todos juntos, porque seria una confusion ciega y quel letor con gran dificultad lo entenderia, por lo cual usaré de lo que acostumbro en mi narracion, que es contar lo uno y despues lo otro; por lo cual, dejando al visorrey en el Quito y á Gonzalo Pizarro en los reales aposentos de Tomebamba, y tambien lo que le subcedió á Alonso de Toro en la cibdad del Cuzco, contaremos un poco de la villa de Plata, adonde en el transcurso de nuestra obra contamos cómo habia della salido el capitan Luis de Ribera, y Antonio Alvarez, Lope de Mendieta, Francisco de Tapia Retamoso y los demás que con la leal bandera salieron para se juntar con el visorrey con ánimos prontos y aparejados para le servir en todo lo que les mandase; de cómo sabiendo su prision y venida de Francisco de Almendras, temiéndose del tiránico furor se habian ido á los montes Luis de Ribera y el alcalde Antonio Alvarez, Lope de Mendieta, regidor, Juan Ortiz de Zárate, su hermano, con otros [1]. Pues como Francisco de Almendras llegase á la cibdad de Arequipa, desimulaba con los que alli halló, dando con sus palabras esperanza que dél no recibirian ningun mal tratamiento, y ansí con este fingimiente le siguieron algunos, con los cuales se partió y anduvo hasta llegar á la villa de Plata, adonde dende á pocos dias que en ella se vió, desposeyó de la encomienda que tenia de indios al lealísimo y virtuoso varon el capitan Luis de Ribera, y á Lope de Mendieta, regidor perpétuo de aquella villa, y Antonio Alvarez, alcalde del rey que en ella era, y á otros, los cuales mandó poner en cabeza de Gonzalo Pizarro y que los tributos y réditos dellos se guardasen para gastos de

[1] muchos.

la guerra; y como Gonzalo Pizarro tuviese grande odio con el capitan Lope de Mendoza, natural de la cibdad de Mérida, habia mandado á este Almendras que le quitasen los indios y aun la vida, y él, como llegase y ellos fuesen tan prósperos y ricos, luego los quitó á Lope de Mendoza, y se tenia cuenta en los réditos y provechos que daban, para acudir con ellos á Juan de Acosta, que ya empezaba á tener estimacion y ser muy privado de Gonzalo Pizarro, y por ruego de Diego Centeno, á quien queria mucho Francisco de Almendras, y otros, no fué muerto el mesmo Lope de Mendoza; mas salió desterrado de la villa sin haber otra ocasion de que como caballero se habia siempre mostrado leal servidor del rey, sin querer seguir la facinerosa demanda que Pizarro traia, y desterrado Lope de Mendoza, Francisco de Almendras estaba en la villa mostrándose muy altivo é presuntuoso y haciendo bien lo que convenia á la sustentacion en el reino de Pizarro, y por malas informaciones que un Ramirez le dió de don Gomez de Luna, que fueron que habiendo el mismo Ramirez prestado en la cibdad de Arequipa al capitan Francisco de Almendras ciertos pesos de oro, y quedando de hacer la paga en la villa de Plata y no cumpliéndola, fué á pedir consejo á don Gomez de Luna, el cual le dijo que con brevedad debria de cobrar sus dineros, porque forzado Su Majestad del Emperador nuestro señor habia de proveer cómo los que hubiesen delinquido fuesen castigados. Pues como el Ramirez oyó estas palabras á don Gomez, luego en aquel punto, apartando aparte á Francisco de Almendras, le contó lo que pasaba, é que debria tener por sospechoso á don Gomez. Y ansí como el cruel de Almendras oyó aquello, determinó de quitarle la vida al sin culpa caballero. Mas cosa cierta es que *en* las guerras ceviles no perdona buena intencion, ni salva á ninguno su buen deseo.

CAPÍTULO CXXVII

De cómo el capitan Francisco de Almendras mandó prender á don Gomez de Luna, al cual por su mandado le fuè cortada la cabeza, de que rescibieron grande alteracion los vecinos de la villa y tenian sus consejos secretos para hacer de manera que no fuesen muertos sin culpa, como lo era don Gomez.

La mayor fatiga quel hombre puede tener es ver que anda errado y tiene la conciencia dañada, y es un continuo tormento y una sospecha tan grande, quel padre no se fía del hijo ni el hijo del padre; y esto entiéndese por los que quieren ocupar reinos y provincias ajenas, que estan tan sobresaltados que les parece que siempre tienen un puñal en derecho de su corazon. Dice Marcelino que siendo emperador de los romanos Felipo, subcesor de Gordiano, estaba en Gito por su capitan un singular y excelente varon, y éste, constreñido de nescesidad y por fuerza hobo de alzarse contra Felipo y nombrarse emperador, aunque antes que aquel abto se ficiese dijo á todas las legiones una pensada oracion, concluyendo con decir que hasta allí él habia comido y dormido seguramente, y que desde entonces le parescia que á donde quiera que iba llevaba encima de su cabeza una tajante espada que colgaba solamente de una cerda de caballo; queriendo decir que habia de pasar una vida trabajosa, llena de fatigas; regla muy cierta, porqu' el que posee lo suyo propio no tiené de qué temer, y por el contrario, si ha habido lo ajeno, siempre le parece que por se lo quitar ha de perder la vida. Ansí, Almendras y aun todos los demás que tenian á cargo el gobierno de las cibdades en nombre del tirano y contra el rey, les parescia tener otra espada encima de sus cabezas, sospechando que todos les procuraban la muerte, y por sustentar la vida hicieron grandes crueldades, porque por casos muy fáciles mataban y robaban, porque con este miedo los temiesen; y ansí, por no más de haber dicho don Gomez de Luna quel rey habia de castigar á los que intentaron la rebelion, pareciéndole Almendras que don Gomez no le era amigo, sin tener otra informacion le mandó prender, y venido un religioso le confesó, y aunque don Gomez de Luna queria mostrar su inocencia, afirmando que no habia cometido delito por donde mereciese la muerte, no se le dió lugar, porque aún no habia acabado bien de confesar cuando echado á su pescuezo un cordel dieron vueltas con un garrote hasta que siendo el cuerpo difunto el ánima salió dél, y Almendras el cruel mandó llevar el cuerpo á la picota pública de la plaza; al pié della mandó que le fuese cortada la cabeza, diciendo que se hacia aquel castigo por amotinador. Muy grande fué la lástima que rescibieron todos los vecinos y moradores de la villa de Plata de ver la repentina muerte de don Gomez de Luna. Algunos dellos temian que Francisco de Almendras no los matase; mas como la villa de Plata no sufria ser gobernada por tirano, é ya su lealtad hobiese dado muestras de que siempre con ella sus vecinos habian de seguir el partido y voz de su

rey y señor natural, no embargante que no tenian nuevas ciertas del suceso del visorrey, hablaban entre ellos secretamente que no convenia á sus honras y pundonor ser mandados por Francisco de Almendras, por lo cual seria cosa muy acertada conjurar contra él y quitarle la vida, y platicaban esto con Diego Centeno, que era alcalde, y sabian desear el servicio del rey, no embargante que habia ido con Pizarro á la cibdad del Cuzco á la suplicacion. Y era Diego Centeno muy confin en amistad de Francisco de Almendras, y que siempre rescibió dél buenas obras, y por tenerle este amor siempre Almendras le oia alegremente. Como fuese muerto don Gomez de Luna y entre los que estaban en la villa de Plata se tratase en sus secretas congregaciones sobre dar la muerte á Francisco de Almendras y apellidar el nombre real del rey nuestro señor, aguardaban á quel tiempo diese lugar á que lo pudiesen hacer. Lope de Mendoza habia ido desterrado, como hemos receptado, y estaba en la provincia de Chuquiabo cumpliendo su destierro, y al tiempo quel capitan Luis de Ribera, y Antonio Alvarez, Francisco de Retamoso, Lope de Mendieta, con los demás por mí ya nombrados, salieron de la villa de Plata con su bandera para ir en busca del visorrey, temiendo el mal suceso acordaron d' esconder la mayor parte del tesoro quel rey en su caja tenia de los quintos pertenecientes á su corona, y ansí sacando las barras de plata que les paresció lo enterraron en parte secreta, dejando en la caja hasta cantidad de diez é ocho mil pesos de oro, poco más ó menos; y como al tiempo que Gonzalo Pizarro saliese de la marétima cibdad de Los Reyes en seguimiento del visorrey, enviase despachos y escribiese cartas á todas las cibdades y villas del reino para que los que en su nombre las gobernaban inviasen dineros de las cajas y de los réditos de los repartimientos, para los gastos de la guerra, Francisco de Almendras, despues de haber habido los más dineros que pudo de los vecinos de la villa, acuerda de mandar descerrajar la caja de las tres llaves. Alonso Perez de Castillejo, alcalde, lo contradijo con gran prontitud, requiriendo al capitan Francisco de Almendras que no quisiese sacar el oro y la plata que en la caja habia; mas no bastó á que se dejase violentamente de hacer, y aun quiso sobrello Almendras maltratar al notario Luis de Soto, porque le dijese adonde estaba la otra moneda enterrada; el cual. despues que hobo recogido todo el más dinero que pudo, lo envió con Martin de Almendras á Gonzalo Pizarro.

CAPÍTULO CXXVIII

Cómo se conjuraba contra Francisco de Almendras, y de cómo salió Diego Centeno á la provincia de Paria y allí se acabó de determinar lo que se habia de hacer.

Pasadas las cosas que habemos contado en la villa de Plata, secretamente Diego Centeno, con algunos que deseaban el servicio del rey, platicaban la órden que ternian para dar la muerte á Francisco de Almendras y alzar bandera en su real nombre, aunque no embargante que esto se platicaba y Almendras tuviese sospecha de que no era bien quisto de los moradores de la villa, ningun recelo tenia de Diego Centeno, porque como hemos dicho le tenia por singular amigo, y ansí tenia por cierto y creia que en todo tiempo arriscara su vida por lo que á él tocase. Mas como él gobernase la villa en nombre de tirano, cosa ridiculosa *es* creer que Centeno habia de anteponer su amistad al servicio real, porque tocando á él ninguno ha de tener ley si no fuere con solo Dios, el cual en sus preceptos manda que obedescamos al rey, pues él lo eligió por su gobernador; y toco esto porque muchos culpan á Diego Centeno por haber conspirado contra Almendras; en lo que á mi ver tuvo culpa, adelante en nuestra narracion lo daré á entender. Y estando las cosas en este estado, vino nueva á la villa de Plata de cómo yendo el visorrey por la mar habia aportado al puerto de Túmbez, adonde le habia acudido la cibdad de Quito con su bandera y le venian de otras partes favores con los cuales entendia revolver por el camino de la Sierra y venir á ocupar la cibdad del Cuzco para en ella hacer llamamiento de gente y revolver en busca de Pizarro. Pues como esta nueva viniese, deseaban los que lo habian tratado que Francisco de Almendras fuese muerto, y subcedió que en este tiempo él queria salir á la provincia de Paria á hacer cierta almoneda de Pedro del Barco, ques el que mató el cruel sanguinario de Caravajal junto á la cibdad de Los Reyes, y Diego Centeno le dijo que se quedase en la villa, quél iria á lo hacer. Almendras respondió que era contento, y ansí el alcalde Diego Centeno salió de la villa con determinacion de ir á Paria; y ya que se queria partir rogó con toda instancia á Francisco de Almendras que diese licencia á Lope de Mendoza para que viniese á Paria á verse con él. Almendras, no solamente fué contento dello, mas dió facultad á Diego Centeno para que des-

pues de haberse visto con él le señalase el lugar quél quisiese para que en él cumpliese su destierro sin ser osado de venir á la villa, y ansí salió della Diego Centeno yendo con él Alonso Perez d' Esquivel, y Hernando de Aldana, Rivadeneira y otros algunos. Allegado á la provincia de Paria inquiria por todas vias saber el subceso del visorrey y de Gonzalo Pizarro, aclarándose con algunos de los que con él allí estaban que no sabian su voluntad, y escribiendo sus cartas á Lope de Mendoza, varon de gran ser y que es justo que la voladora fama no lo tenga en olvido, diciéndole en ellas que con toda brevedad viniese á juntarse con él, lo cual fué luego hecho por Lope de Mendoza, y venido á Paria se recibieron con grande alegría, adonde trataron Diego Centeno y Lope de Mendoza, y Camargo, y Alonso Perez de Esquivel, y Rivadeneira, de no aguardar á más tiempo, sino que con toda brevedad volviesen á la villa y diesen la muerte á Francisco de Almendras y juntar á sí toda la más gente que pudiesen para irse acercando á la cibdad del Cuzco para dar todo favor al visorrey, que según razon, por las nuevas que habian venido, no muy lejos estaria della. Y ha de entender el letor que la principal causa que hobo para moverse éstos á lo que querian hacer era creer quel visorrey estaba ya junto al Cuzco, porque por las nuevas que sabian, que hemos contado, lo tenian por cosa cierta; praticado entrellos este concierto delante el notario Luis de Soto, acordaron de se volver á la villa, inviando por un camino que á ella iba á salir algunos de los que con ellos estaban. Y Diego Centeno y el capitan Lope de Mendoza, acompañados de Rivadeneira y de Alonso Perez d' Esquivel y de otros, se fueron al valle que llaman de la Canela, repartimiento que era de Lope de Mendoza y de Diego Centeno, para desde allí revolver á la villa y efetuar lo que tenian pensado é frustar el cargo á Francisco de Almendras y alzar luego bandera por el rey.

CAPÍTULO CXXIX

Cómo Lope de Mendoza y Diego Centeno fueron [á] *la villa de Plata, adonde Francisco de Almendras fué preso.*

No podemos negar sino que Lope de Mendoza fué varon de gran ser y que jamás temor de la muerte ni pena de verse despojado de la encomienda que tenia de indios, y que no le acudian con los réditos de los tributos que ellos daban, fuese causa para que aflojase, ni dejase de servir al rey nuestro señor, ni que quisiese allegarse á seguir la atrocidad en que andaban los que seguian al tirano; y bien se pareció su constancia al tiempo quel facineroso de Caravajal le dió la muerte en los pueblos de Pocona, pues su denuedo dió á entender tenerla en poco, pues jamás de su pecho lanzó palabra por donde se conociese que sus enemigos habian triunfado dél, segun que la narracion de nuestro proceso lo dirá adelante. Este caballero, pues, fué el que dió color bastante para que se concluyese con la vida de Almendras, y si él quisiera hacerse principal autor é general capitan, no habia ninguno que le osara contradecir. Mas por ser Diego Centeno varon noble y alcalde del rey y quitado de vicios, fué escogido por todos para ser capitan, y ciertamente con gran razon en toda mi escritura yo loaré la gran lealtad de la famosa villa de Plata, porque no embargante que por secretos juicios de Dios algunos capitanes que della salieron fueron desdichados y la fortuna se les mostró infelice, las reliquias de Guarina fueron harta parte para que la tiranía se acabase y Pizarro hobiese fin. Francisco de Almendras tuvo nueva de la venida de Diego Centeno y de los demás que con él venian, aunque no de la conjuracion que contra él venia ordenada, y deseaba que Centeno fuese llegado á la villa, porque le tenia tan grande amor como otras veces hemos referido. Pues como Diego Centeno allegase á sus pueblos escribió una carta muy graciosa al capitan Francisco de Almendras, rogándole con toda instancia quisiese dar lugar para que Lope de Mendoza, su compañero, pudiese ir á la villa á holgarse algunos dias, y de ahí podria volver á complir su destierro adonde por él le fuese mandado. Vista por el capitan Francisco de Almendras la carta de Diego Centeno, le respondió que por el amor que le tenia era contento de dar lugar á que Lope de Mendoza viniese á la villa, lo cual Almendras escribió inorando la conspiracion que contra él se habia ordenado; y como por Diego Centeno y los demás conjurados fué vista la carta, recibieron mucha alegria, paresciéndoles que Dios guiaba aquel negocio, condoliéndose de la miseria y trabajo que padescian los que andaban desterrados por los montes, y holgaran de tener allí con ellos al capitan Luis de Ribera y al alcalde Antonio Alvarez y á Lope de Mendieta y á los demás que estaban metidos en cuevas y entre los bárbaros temiendo el tiránico furor, y pensaron que en concluyendo el hazaña notable, luego les escribirian sus cartas para que se viniesen á

la villa á juntar con ellos; y así, con esta determinacion se partieron de aquel lugar yendo armados secretamente y llevando sus arcabuces de caza en las manos. Ya que llegaban cerca de la villa, sabido por Francisco de Almendras su venida salió á los rescibir un pequeño trecho, acompañado de todos los más que en ella estaban, y ya que llegaban unos á juntarse con otros y viese Lope de Mendoza y Diego Centeno y sus compañeros cuán acompañado venia Francisco de Almendras, temieron no le hobiese sido descubierto la conjuracion que contra él venía hecha, y que por los prender habia salido de aquella suerte, y tanta turbacion mostraron que si Almendras en ello entrara ó tuviera alguna sospecha, fácilmente entendiera lo que traian ordenado; mas como él estuviese inocente de que su cabeza habia de ser cortada en breve tiempo, no miró en más de rescibir con toda alegría y buenas palabras á todos los que allí venian, mostrando mucho contento con ellos, y habló graciosamente á Lope de Mendoza, rogándole quisiese perdonarle por haberle desterrado, pues habiéndolo mandado Gonzalo Pizarro no habia sido más en su mano. Lope de Mendoza le respondió atentadamente y todos juntos anduvieron hasta llegar á la villa, adonde fueron todos apeados en la casa de Francisco de Almendras, y despues de haber comido se regocijaron todo aquel dia; mas no todos tenian un pensamiento. Luego otro dia dieron parte algunos de los que estaban en la villa de lo que querian hacer, hablando á Luis de Leon, vecino de la cibdad de Arequipa y natural de Plasencia, hombre prudente y de muy afable conversacion y que en el ornato de sus palabras daba á entender lo que queria, y era oido de todos porque era varon bastante para proponer práticas y parlamentos y dar medios en lo que querian. Este es á quien Francisco de Caravajal quiso ahorcar junto á la marétima cibdad de Los Reyes, y dá*n*dole la vida Gonzalo Pizarro lo desterró despues de le haber quitado la encomienda de indios. Por ser Almendras de su patria se vino con él, adonde con sus palabras dulces y retóricas atrajo algunos á que siguiesen á Lope de Mendoza y á Diego Centeno en aquel hecho famoso que querian hacer; dicen que de la provincia de Chuquiabo, qu' es donde agora está situada la cibdad de Nuestra Señora de la Paz, escribieron á Francisco de Almendras un Alejo Rodriguez y otros, que mirase por su persona, no le subcediese algun desastre por haberse juntado Diego Centeno y Lope de Mendoza, y que tambien le escribió Pedro de Sória, de las ricas minas de Porco, avisándole lo mismo; con las cuales cartas Francisco de Almendras se alteró algo, y aun que habló en secreto con Diego Centeno, el cual lo aseguró fingiendo no tener otro deseo, él y los que allí estaban, sino serville. Pues como Francisco de Almendras estuviese tan confiado de la amistad de Diego Centeno, rehuyó de sí el favor y sospecha que tenia, si alguna era. Otro dia en la junta y congregacion que tenian, con ánimos prontos y aparejados para llevar adelante su propósito, platicaron para que aquella noche todos saliesen para ir á las casas de Francisco de Almendras, y si se defendiere, matarle. E ya quel dia era pasado y con él la primera vigilia de la noche y entraba la segunda, el determinado caballero Lope de Mendoza se levantó, y lo mismo Diego Centeno, y acuerdan que Diego Centeno fuese á las casas de Francisco de Almendras y que con achaques de decir que habia tenido nuevas de que Gonzalo Pizarro se habia afrontado con el visorrey y vencídole y muerto, podrian entrar los demás, adonde sin mucha dificultad le podian prender, porque queriéndolo hacer de otra manera se rescreceria gran tomulto en la villa, y venidos Camargo, y Alonso Perez d'Esquivel, y Rivadeneira, Francisco de Tapia, y Alderete, Maza y los otros que ya lo sabian, fueron á hacer el hecho pensado, y ansí salieron yendo derechos á las casas de Francisco de Almendras.

CAPÍTULO CXXX

En que se concluye el pasado hasta ser preso el capitan Francisco de Almendras, y de la muerte que se le dió.

Por la manera que habemos contado se aparejaron Diego Centeno, Lope de Mendoza y los demas para ir á dar la muerte al que estando seguro en su lecho, debajo de la cobertura dél estaba durmiendo á todo sabor, y ansí con la cautela que Centeno dijo allegó á la puerta y luego le fué abierta, y yendo al aposento de Francisco de Almendras hallólo recordado, porque ya habia sabido de su venida, y como le vido, con alegre semblante le dijo: *Hermano mio, ¿qué venida es esta á tal hora? ¿qué nuevas tenemos?* En este tiempo ya habian entrado Alonso Perez de Castillejo y Lope de Mendoza y Alonso de Camargo y Francisco Negral, Rivadeneira, Alderete y otros. Diego Centeno habia respondido á Almendras que tenian buenas nuevas, y como ya Centeno

viese que estaban allí los que *se* habian de reunir, arremetió á Francisco de Almendras y con grandes voces le dijo: *¡Sed preso por el rey!* Grande y no pequeño fué el temor y espanto que rescibió Francisco de Almendras en oir aquellas palabras, y más siendo dichas por hombre á quien él tanto queria, y no tuvo remedio para se poner en resistencia, por estar solo y desnudo, y habiendo ya entrado los demás conjurados le mandaron vestir, y él mirando contra Diego Centeno le dijo que ¿qué causa le había movido para prenderle y querer matar, pues jamas él deseó descomplacelle? Lope de Mendoza dijo: *tocando al servicio del rey y por deshacer las tiranias, no ha de haber amistad.* Almendras fué vestido y ansí lo llevaron á las casas de Diego Centeno, diciendo algunos por la villa á grandes voces: *¡Viva el rey! ¡mueran los tiranos!* Con el cual apellido salieron á la plaza todos los más. Venido el dia, sabido lo que pasaba se holgaron, é si algunos dellos recibian pena no se tenian por bastantes para procurar la libertad de Almendras; y mandóse asimismo prender á un Diego Hernandez, criado que era de Gonzalo Pizarro, el cual luego otro dia fué ahorcado por haber inviado socorro de dinero para que pudiese sustentar su tirania, y por palabras desacatadas que habia dicho; y paresciendo á [1] Lope de Mendoza y Alonso Perez de Castillejo, y á Esquivel y á Francisco Negral y á Rivadeneira y á los otros que allí estaban que convenia dar la muerte á Francisco de Almendras, pues sin justicia habia muerto á don Gomez de Luna y descerrajado la real caja del rey nuestro señor, y haber ido por el artillería á Goamanga y hechos otros delitos no pequeños, lo cual pensado y por ellos determinado mandaron que se confesase. Francisco de Almendras, como entendió estar tan vecino de la muerte y que no tenía lugar para hacer penitencia de sus pecados, con grandes suplicaciones imploraba el amistad que con Centeno habia tenido, diciendo que pues con su muerte era poca la venganza que se tomaba, que les rogaba que no mirando á él ni á sus peticiones, sino habiendo lástima de doce hijos que tenia en tierna edad, le diesen la vida, cortando de su persona cualquier miembro que quisiesen, y así lisiado le desterrasen ó le tuviesen consigo en prisiones si se recelaban que habia de intentar algun movimiento. Estas cosas y otras de mucha lástima decia Francisco de Almendras. mas como ya el fin de su vida se llegase, poco aprovechaban sus suplicaciones, y los que quieren, como en lo de atrás dije, culpar á Diego Centeno de cruel por dar lugar á que muriese, en ley de amistad yo conozco que fuera justo dar la vida á Francisco de Almendras; mas si fué justicia matarle, no tienen de qué condenarle, pues tenemos enjemplo de muchos de los antiguos que por no quebrar la justicia la ejecutaron en deudos muy propincos, como fué Torcato, que mandó matar á su hijo; é Bruto, cónsul primero que fué de Roma, mató á sus hijos y á los hermanos de su mujer porque supo que con otros mancebos de Roma querian meter en ella á Tarquino el Superbo á que volviese á tomar el gobierno de la cibdad de Roma. Y otros muchos mataron amigos suyos singulares; por donde si Francisco de Almendras merescia la muerte é se sustentaba con la vida en deservicio de Dios y de nuestro rey, retamente se le dió la sentencia, bien que pudiera Diego Centeno privalle de la vista corporal y cortarle la mano derecha, como le pedia, ó desterralle. Mas al fin, crean que Dios ejecuta su justicia y que en ninguna parte del mundo se ha visto como en estos reinos este castigo, como claramente verá el letor por lo que fuere leyendo. Viendo, pues, Francisco de Almendras que no tenia remedio, se confesó é hizo su testamento por ante el notario Luis de Soto, y se mandó fulminar proceso contra él, y visto los crímenes y delitos que habia cometido fué condenado á muerte, la cual se le dió en aquel mismo lugar quél la mandó dar á don Gomez de Luna, y sacado por la villa en medio del dia y con pregon alto qué publicaba sus delitos, diciendo que por traidor se le daba la muerte. Lo cual pasó mártes, diez y seis dias del mes de Junio del año del Señor de mil y quinientos y cuarenta é cinco años.

CAPÍTULO CXXXI

De cómo se ayuntaron la justicia y regimiento de la villa de Plata para determinar quién seria nombrado por capitan.

Con muy gran trabajo procuro siempre de buscar y envestiguir en los libros de los cabildos de las cibdades, y en otros procesos y testimonios, lo que pasaba. porque demás de ser relacion cierta y quel letor se satisfará de que pasó ansí, yo lo tengo por singular beneficio, y pues es costumbre mia poner en esta narracion provisiones y testimonios á la letra, sacados de los oreginales, decente cosa será que pongamos uno que pasó en la villa

[1] y

de Plata luego que fué muerto Francisco de Almendras, el cual yo saqué de los registros de Luis de Soto el teniente, del cual es éste:

«*IHS.* En la villa de Plata, dentro de las casas de Diego Centeno, alcalde ordinario desta villa, en mártes, diez y seis dias del mes de Junio, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y cinco años, estando la justicia y regidores de la villa ayuntados en su cabildo é ayuntamiento, segun que lo han de uso é costumbre, dentro de las casas de Lope de Mendoza y Diego Centeno, conviene á saber: Alonso Perez de Castillejo y Diego Centeno, alcaldes del rey nuestro señor, y Alonso de Camargo y Francisco de Tapia é Luis Perdomo y Diego Lopez de Zúñiga, regidores, especial y expresamente ayuntados para hacer y ordenar lo que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y al bien y pacificacion desta villa y sus provincias y de todos estos reinos del Perú, despues de haber tratado y platicado muchas cosas tocantes á ello, dijeron: que por cuanto esta villa de Plata ha sido siempre lealísima á Su Majestad del emperador y rey nuestro señor, y ellos han visto las notorias alteraciones y escándalos que en estos reinos del Perú ha habido contra el servicio de Dios y del rey nuestro señor, especialmente que habiendo inviado á estos reinos al comendador Blasco Nuñez Vela por su visorrey, con número de Oidores que habian de residir en su Real Audiencia para tener en justicia las provincias. Y Gonzalo Pizarro, vecino desta villa, con mano armada fué con mucha copia de gente de pie y de á caballo y con artillería y banderas desplegadas á la cibdad de Los Reyes, donde el visorrey y Audiencia estaba, y tuvo formas y maneras con los Oidores, los cuales prendieron al visorrey y despues de preso, tiránicamente, contra la voluntad de Su Majestad, proveyeron por gobernador destos reinos á Gonzalo Pizarro, no lo pudiendo hacer, el cual se apoderó en las provincias del reino, haciendo en ellas muy grandes sinjusticias, mandando ahorcar y cortar muchas cabezas de caballeros y personas servidores del rey, y quitado las haciendas á otros, y no contento con esto, teniendo aviso cómo el visorrey se habia desembarcado en Túmbez tornó á juntar más número de gente y fué contra él para lo matar ó echar totalmente de la tierra, mandando echar grandes pechos y subsidios forciblemente á los vecinos de las más cibdades del reino, para pagar la gente que ansí llevaba. Y que Francisco de Almendras, vecino que fué desta villa, que envió por su teniente y capitan, ha hecho muchas grandes sinjusticias y tiranias, quitando las haciendas y posesiones injustamente á los vecinos caballeros della, por haber servido á Su Majestad como leales y no haber querido seguir la tiranía de Gonzalo Pizarro, y por la misma causa ha desterrado á otros y muerto. Y visto que Francisco de Almendras llevaba término de acabar y de destruir á los vecinos desta villa, y publicaba que al que hallase que se mostraba deservidor de Gonzalo Pizarro, que lo mataria sin dar lugar á que se pudiese confesar. Y visto que los señores alcaldes y regidores, cabildo y consejo desta villa, han prendido á Francisco de Almendras, y por sus notorias culpas y traiciones y por haber sido principal movedor del alzamiento que Gonzalo Pizarro hizo, y haberse mostrado traidor y deservidor de Su Majestad, se ha hecho justicia dél y quitádole la cabeza de los hombros en la plaza pública y picota desta villa. Lo cual han hecho como buenos y leales jueces y caballeros celosos del servicio del rey. Y agora conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de Sus Majestades que este cabildo vuelva por la honra de su rey como son obligados, y visto que por estar el dicho visorrey opreso é retraido é perseguido de Gonzalo Pizarro y sus secaces, no hay pueblo ni cibdad que le acuda ni envie socorro, ni ose ir contra Gonzalo Pizarro y sus adherentes, sino esta villa, que con el celo que siempre ha tenido al servicio de Su Majestad, agora, que le ha parescido quel visorrey tiene nescesidad de socorro, se ha movido á poner las vidas y haciendas por le servir y hacer toda su posibilidad hasta último de potencia en ir á resistir tan gran desacato é tiranía como han cometido Gonzalo Pizarro y sus valedores y capitanes, y restituir al visorrey é Audiencia Real en su trebunal, posesion, uso y ejercicio de sus reales cargos, para que libremente usen dellos y gobiernen las provincias como el rey nuestro señor lo manda, é oyan de justicia á todas las cibdades y villas que están situadas en las provincias dél, y para que informado Su Majestad, como católico cristianísimo príncipe provea *el* remedio nescesario para la buena gobernacion y conservacion destos reinos, para que en la tierra que los conquistadores vecinos dellas han ganado con tantos trabajos y fatigas é derramamientos de sangre y peligros, se puedan sustentar é se haga fruto en la conversion de los naturales, como Su Majestad lo manda; y para lo susodicho y para defender la juresdicion real y desarraigar la tiranía de Gonzalo Pizarro y sus secaces, y otras cualesquier personas ó tiranos que fue-

ren ó vinieren contra el servicio de Su Majestad, conviene para ir en busca del visorrey elegir é nombrar capitan general que en nombre de Su Majestad rija y gobierne esta villa y todos estos reinos. Por tanto, que en la mejor via que pueden los señores justicias y regidores todos, como cabildo y á pedimiento y voz de los vecinos y habitantes de la villa, trataron toda la mayor copia de los vecinos, estantes, caballeros y gentiles hombres que en ella habia, para ver á cuál dellos darian el tal cargo, y despues de bien pensado y altercado se nombró el alcalde Diego Centeno, porque demás de ser caballero y celoso del servicio de Dios y de Su Majestad es persona calificada y de toda confianza para el tal cargo, y más poderoso en esta villa para lo sustentar en servicio de la corona real; el cual, siendo presente absetó el cargo de capitan general é hizo el juramento é solenidad que en tal caso se requiere, jurando por Dios y por Santa Maria y por la señal de la cruz y por las palabras de los santos cuatro Evangelios, de bien y fielmente usar el cargo que le daban, mirando el servicio de Dios y de Su Majestad y defensas destos reinos, y restituir al visorrey y Audiencia en el tribunal, y ser contra Gonzalo Pizarro; y para más siguranza que lo haria, se asentó el juramento y dió las fianzas, y pasado este auto lo firmaron de sus nombres los que presentes se hallaron».

Es verdad que Diego Centeno con palabras y buena crianza interrogó *á* Alonso Perez de Castillejo que usase de aquel cargo, y que Lope de Mendoza tuvo sus formas para que lo fuese Centeno y no otro ninguno, no queriendo él serlo, porque ciertamente si él quisiera, entre todos no habia ninguno á quien más justamente se debiese dar que era él, por su gran valor y esfuerzo. Y ordenado en el cabildo lo que hemos contado, Diego Centeno salió con la vara y por todos fué obedescido por tal capitan é justicia mayor.

CAPÍTULO CXXXII

De cómo el capitan Diego Centeno alzó bandera en nombre del rey, é de cómo se determinó de ir á Porco.

Por la manera que habemos contado fué elegido Diego Centeno por capitan en nombre del rey, por el cabildo é vecinos de la villa de Plata, é se le dió provision bastante para que usase del tal cargo, la cual yo pondré á la letra, porque conviene ansí para claridad de la escritura. Pues como en las ricas minas de Porco estuviese Pedro de Sória, criado del comendador Hernando Pizarro, acordó el capitan Diego Centeno de ir á le prender y tomar los dineros que allí hobiese, para gastos de la guerra, y ansí, compañado de algunos de los que estaban en la villa se aderezó para la partida, escribiendo sus cartas al capitan Luis de Ribera, y á Lope de Mendieta, y Antonio Alvarez, y á Francisco Retamoso, y á Juan Ortiz de Zárate, y á los demás que andaban por los montes huidos y desterrados, para que viniesen á se juntar con él, y se entenderia en las cosas que más al servicio de Dios y del rey conviniesen. Partido de la villa allegó á Porco, adonde supo que por aviso que tuvo Pedro de Sória se habia ausentado de Porco. Despues de haber hecho algunas cosas, Diego Centeno y los que más con él se hallaron en Porco, con el ánimo dispuesto y aparejado para llevar adelante su leal propósito, acordaron en sus congregaciones que se debia de apregonar la provision, y ansí se mandó hacer públicamente, la cual, como arriba dije, pondré aquí á la letra, sacada del original, porque con ella emprendió Centeno grandes cosas, aunque en las más fué infelice y desdichado, y el tenor della es este:

«Nos, el concejo, justicia y regimiento de la muy noble y muy leal villa de Plata, provincia de las Charcas, destos reinos del Perú, conviene á saber, Alonso Perez de Castillejo, alcalde, y Alonso de Camargo, y Francisco de Tapia, y Luis Perdomo, y Diego Lopez de Zúñiga, regidores, estando juntos en nuestro cabildo é ayuntamiento segun que lo habemos de uso é costumbre, unánimes, especial y expresamente para hacer y proveer lo que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, bien y pacificacion destos reinos, decimos que por cuanto, como es notorio, en ellos ha habido muchas revuluciones, escándalos y desasosiegos, juntas de gentes escandalosas, y batallas, muertes de hombres, fuerzas y robos, violencias y extorsiones, ansí entre algunos de los gobernadores dellos, sobre los límites de las gobernaciones, como despues que vino el visorrey Blasco Nuñez Vela con copia de Oidores é Audiencia Real en nombre de Su Majestad á los gobernar y tener en justicia, y estando *en* la tal Abdiencia obedescidos en estos reinos y usando de sus reales cargos, Gonzalo Pizarro tuvo formas y maneras con el cabildo de la cibdad del Cuzco y con otros cabildos de algunas cibdades que estan firmadas en estas provincias, para que le hiciesen capitan general para ir con mano armada á resistir é obrar que no se cumpliesen

las provisiones y Ordenanzas reales quel visorrey traia; é ansí es que Gonzalo Pizarro salió de la cibdad del Cuzco con mucha gente de pié y de á caballo, con armas, artillería, banderas tendidas, á la cibdad de Los Reyes para so color suplicar de las Ordenanzas echar al visorrey destos reinos, por quedarse él tiránicamente con la gobernacion de todos ellos, y antes quel Audiencia se deshiciese trató con los Oidores le diesen y despachasen provision de gobernador dellos, como se la dieron sellada con el sello real sin la poder dar ni empedir. Y ansí Gonzalo Pizarro, tiránicamente llamándose gobernador y capitan general, *ha* hecho por sí y por sus capitanes muy grandes crueldades y fuerzas, violencias y robos y extorsiones, quitando á muchos caballeros las vidas por sólo ser servidores del rey, degollando á unos y ahorcando á otros y atormentándo*los* y quitándoles sus posesiones y haciendas, y á otros echando muy grandes subsidios de dineros y armas y caballos para sustentar su mal propósito é opinion, tiránicamente, usurpando estos reinos contra el servicio real y voluntad de Su Majestad. Y no contento con esto, sabido que fué el visorrey por la costa y tomado puerto en Túmbez, y que se iba á rehacer á la cibdad del Quito, tornó de nuevo á hacer mayor ejército para ir en su seguimiento y echarlo de todo el reino y alzarse con él, diciendo *con* palabras desacatadas quél haria quel Emperador nuestro señor se acordase dél, y otras palabras feas. Y antes que se partiese envió á esta villa por su teniente á Francisco de Almendras, é se hizo rescibir y ha hecho crueldades, fuerzas y robos, quitando la posesion de indios á muchos y haciendas, des*cerrajando la caja real y tomando la plata y oro quel rey nuestro señor en ella tenia, y lo envió á Gonzalo Pizarro, echando ansimismo pechos y subsidios á los vecinos de la villa para sustentar la tirania y opinion y rebelion de Gonzalo Pizarro, por lo cual la justicia desta villa condenó á muerte á Francisco de Almendras é cortádole la cabeza en la picota pública; y visto que Gonzalo Pizarro públicamente tiene usurpada la jurisdicion real y opresos estos reinos, y que por estar el visorrey dél é de sus secaces perseguido é retraido en lo último dellos, y que no hay cabeza que en nombre de Su Majestad le resista[1] á Gonzalo Pizarro tan gran daño como hace, é quel visorrey no puede ni le dejan usar de su poder, y que la Real Audiencia y corte está deshecha, y que esta villa siempre ha tenido por costumbre de acudir á Su Majestad y mirar por su servicio y honra de su corona real todas las veces que ha sido nescesario, como es notorio é como sus leales vasallos. Y agora que hemos visto la nescesidad é oprision en quel visorrey y Audiencia Real está, hemos propuesto de poner las vidas y haciendas para obrar y resistir tan gran desacato *é* inobediencia, y defender la juresdicion real, de Gonzalo Pizarro y de otros cualesquier que lo perturbaren. Y con todas nuestras fuerzas hacer todo lo posible por volver á restituir al visorrey é Audiencia en su tribunal, para que libre y pacíficamente puedan usar y ejercer sus cargos y gobernar estos reinos y administrar en ellos justicia como Su Majestad lo manda; y para que ello haya efeto conviene elegir é nombrar un capitan general y justicia. Por tanto, acatando que vos, Diego Centeno, alcalde del rey nuestro señor, sois celoso del servicio de Dios é suyo, y que en todo lo que se ha ofrecido en estos reinos os habeis mostrado muy leal servidor de su real corona, é que sois persona en quien concurren todas las calidades que para los tales cargos se requieren, y que bien y fielmente haréis todo aquello que por este cabildo en nombre de Su Majestad vos fuere encargado, acordamos de vos cometer y encargar y encomendar lo susodicho. Y por la presente, en nombre de Su Majestad, é hasta tanto quel visorrey é Oidores en su real nombre provean de justicia como fueren servidos en estas provincias, vos elegimos y nombramos y constituimos, como tal cabildo, concejo, justicia y regimiento que somos, por capitan general y justicia mayor desta villa de Plata y sus provincias y términos é juredicion destos reinos, hasta tanto quel visorrey y Audiencia sean restituidos en su mando, é vos damos en nombre de Su Majestad poder complido, tancto cuanto de derecho se requiere para usar y ejercer los cargos, y podais regir y gobernar esta villa y sus términos y provincias, y defender y defendais todos estos reinos de Gonzalo Pizarro y sus secaces é capitanes é aliados, é de otras cualesquier persona*s* de cualquier estado, condicion, preeminencia ó dignidad que sean, que en deservicio de Su Majestad han tenido y los tienen ó tuvieren ó quisieren tener usurpados é tiranizados contra la real voluntad, y en la defensa dellos y de su juresdicion real, hacer y hagais toda la junta, ejército de gente de pie y de á caballo, armas y municion que para los defender y amparar y restituir y poner debajo del yugo y dominio real conviniere, y para ello podais ir y vais, inviar y envieis á cualesquier cibdades, villas y lugares, pueblos

[1] En el ms., *resistra.*

y provincias destos reinos, llevando el estandarte real desta villa, y de parte de Su Majestad é nuestra en su real nombre, requerir á todas las justicias é vecinos dellas que vos den favor é ayuda é socorro, y gente, armas y caballos y bastimentos y municion y otras cosas nescesarias para proseguir tan sancta é justa y buena demanda, y con prosecucion della podais ir y vais en busca del visorrey á do quiera que estuviere, á os juntar con él y le dar *la* obidencia que á Su Majestad del emperador y rey nuestro señor debemos, ansí en nuestro nombre é desta villa, como generalmente de todos estos reinos, y los reduzcais á su real servicio hasta poner, como hemos dicho, al visorrey é Audiencia en su tribunal, é oyan de justicia á todos los cabildos, vecinos y moradores dellos, y ansimismo podais conocer y conozcais de cualesquier pleitos civiles y criminales, en primera y segunda instancia, é fenescer y proseguir los que halláredes comenzados, é los unos y los otros determinar y sentenciar, y podais dar por ningunos los procesos y autos que Gonzalo Pizarro y sus tenientes mandaron é hicieron, así lo*s* que hizo Francisco de Almendras en esta villa como otros cualesquier tenientes de las cibdades destos reinos. Y ansimismo las cédulas de depósitos y encomiendas de indios que haya dado y suspensiones que haya*n* hecho Gonzalo Pizarro y Francisco de Almendras y los demás tenientes, por cuanto de derecho fue*ron* en sí ningunos y de ningun valor y efecto, como cosas que fueron hechas violentamente por su propia autoridad debajo de poder quel Audiencia, estando opresa, sin acuerdo de*l* presidente, é habiendo prendido al visorrey, dió á Gonzalo Pizarro contra todo derecho; ansimismo podais á las personas que por haber sido servidores del rey nuestro señor les han quitados los indios, restituir en sus posesiones y haciendas, haciéndoles entero complimiento de justicia. Otrosí, podais repartir cualesquier indios qu' estuvieren vacos y vacaren, y ponellos en depósito en las personas servidores de Su Majestad, hasta quel visorrey é Oidores provean en ello lo que sean servidos, y podais proceder y procedais contra cualesquier personas que han sido ó fueren rebeldes y traidores en cualquier manera contra el servicio del rey nuestro señor, é hobieren dado favor é ayuda para ellos, y los castigar conforme á derecho é confiscar sus bienes y posesiones conforme á justicia, y removelles los indios, y podais en el campo y en poblado elegir capitan é cuadrillero y alguaciles y maestre de campo y otros cualesquier oficiales y ministros que para ordenar vuestras haces y ejércitos de gente que para en pró y ejecucion desta jornada hiciéredes fueren nescesarios, y como á persona que primero que otro alguno, juntamente con este cabildo y vecinos desta villa de Plata os movistes á volver por la honra de la corona real. De nuestra parte exhortamos y pedimos por merced, y de parte del rey nuestro señor requerimos en su real nombre, como tal cabildo, justicia y regimiento desta villa que somos, mandamos á todas las justicias, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos, vecinos y moradores de todas las cibdades, villas y lugares de todos estos reinos, que hasta tanto quel visorrey é Audiencia sean puestos y restituidos en su mando, uso y exercion de sus cargos, é Su Majestad otra cosa provea, vos hayan y tengan y reciban y acaten y obedezcan por tal capitan general y justicia mayor, é vengan á vuestros llamamientos y cumplan y obedezcan vuestros mandamientos so las penas que de parte del rey nuestro señor les pusiéredes; y para todo lo que dicho es é cada una cosa y parte dello, en nombre de Su Majestad vos damos poder complido, con todas sus incidencias é dependencias, y mandamos vos den el favor é ayuda que de parte de Su Majestad pidiéredes y hobiéredes menester, é que vos acudan y se pongan debajo del estandarte real que llevais, cada que los llamáredes para servir á Su Majestad en la defensa destos reinos y juresdicion real y restitucion dellos, so pena de ser habidos por traidores, y perdimiento de indios é de bienes, para los gastos de la justísima guerra y demanda que llevais; en testimonio de lo cual mandamos dar y dimos la presente, firmada de nuestros nombres y refrendada del secretario deste nuestro leal ayuntamiento. Dada dentro deste cabildo de la villa de Plata á diez é seis dias del mes de Junio, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y cinco años. *Alonso de Camargo, Francisco de Tapia, Luis Perdomo, Diego Lopez de Zúñiga, Diego Centeno, Alonso Perez Castillejo;* é yo, Luis de Soto, escribano público y del cabildo, fuí presente á todo lo que dicho es, lo corregí con el libro del cabildo, oreginal, y en él hice mi signo por mandado de los señores justicias y regidores».

Esta, pues, fué la provision que la villa de Plata dió al capitan Diego Centeno, varon, cierto, de no echar en olvido, aunque desdichado, é que si no fué en la entrada del Cuzco, en lo demás siempre fué infelice, y él y sus gentes no entendieron sino en huir de la tiránica furia de sus contrarios, y no podemos negar lo que en los capítulos de atrás

he dicho, para donde lo dejo quel letor lo pueda ver.

Pues como en el asiento de Porco se oyese la provision que ansí se habia pregonado, muchos se ofrescieron de seguir la demanda leal contra la facinerosa impresa de Pizarro, pidiendo á Centeno, como á capitan, que les diese indios para echar en las minas de algunos de los que fueron con Gonzalo Pizarro. Centeno, por hacer la más junta de gente que pudiese, concedia lo que pedian; donde por agora lo dejaremos y tratará la historia de la llegada al Cuzco del capitan Alonso de Toro.

CAPÍTULO CXXXIII

Cómo Alonso de Toro llegó á la cibdad del Cuzco y en ella fué rescibido por teniente de Gonzalo Pizarro.

Ya se acordará el letor cómo hecimos mincion que estando Gonzalo Pizarro en la cibdad de Los Reyes aderezando su partido para ir en seguimiento del visorrey, despachó á todas las cibdades y villas del reino personas que en su nombre las gobernasen, y cómo entre ellos fué nombrado para ser su teniente de gobernador en la cibdad del Cuzco, Alonso de Toro, de quien Gonzalo Pizarro tenia gran confianza, por ser, como eran todos ellos, naturales de la cibdad de Trujillo; y despues de haber Alonso de Toro recibido los despachos y provisiones, tomando licencia de Gonzalo Pizarro se partió para el Cuzco, yendo con él Alonso de Mendoza, Tomas Vazquez y otros algunos. Llegado á ella, como ya supieron de su venida le salieron á recebir, y fué de allí adelante tenido por justicia mayor y teniente de Gonzalo Pizarro, á quien en aquel tiempo en todo el reino llamaban gobernador. Pues como Alonso de Toro se viese en el mando, procuraba que todos firmemente y sin doblez pusiesen sus voluntades en el servicio de Gonzalo Pizarro, afirmando con grandes juramentos que si de otra arte lo hacian que moririan. Como este Alonso de Toro fuese belicoso y estuviese tan metido en la tirania, luego allegó á sí amigos para que si alguna conjuracion contra su persona se levantase, ó si se intentaba algun motin, tener dellos favor para los resistir. Los vecinos le vinieron á congratular luego que al Cuzco allegó, y si conocia que algunos dellos ó de los que habitaban en la misma cibdad no tenian fee entera con las cosas de Gonzalo Pizarro, les cobraba odio, tratándolos ásperamente de palabra, de tal manera quel nombre del rey no se osaba nombrar, ni ninguno se tenia por bastante para decir desear su servicio; y así, como Toro se mostraba asoluto señor en el mando y tratase ásperamente á los que via que se inclinaban al servicio del rey nuestro señor, luego comenzó á ser aborrescido de muchos, y conjuraban contra él tratándole la muerte, siendo el autor principal un clérigo vizcaino llamado Domingo Ruiz, con otros vizcainos, los cuales determinadamente se concordaron en dar la muerte al capitan Alonso de Toro; y porque vian que andaba siempre muy acompañado no se tuvieron por bastantes de ponerlo en obra al descubierto, sino aguardar á que fuese á visitar á la mujer del Inga Paulo, que estaba enferma, é quel padre Domingo Ruiz y Joanes de Cortaza, con los demás, estuviesen en parte que lo viesen entrar, y con una ballesta le tirasen una jara ó harpon de tal manera quel golpe no saliendo en vacio hiciese camino por sus entrañas y corazon, para que quedando muerto, libremente se pudiese apedillar el nombre real del rey nuestro señor. E ya que ellos estaban en la parte que habian buscado y Toro viniese á hacer la visitacion, subcedió que al tiempo que el golpe certero se habia de hacer y la saeta estuviese metida en la nuez, púsose delante de Toro uno llamado Francisco Hernandez Haldon, por cuya causa el tiro se hobo de hacer en una arruinada pared, é no en el cuerpo del tirano, como pensaron, de que no poco lastimados quedaron, y por entonces no se supo del peligro que Toro corria, antes se fué á su posada alegre é muy contento, y Domingo Ruiz y Joanes de Cortaza con los otros se fueron á sus aposentos, muy sentidos de que no se pudiese efetuar lo que deseaban.

CAPÍTULO CXXXIV

De cómo Domingo Ruiz fué desterrado de la cibdad del Cuzco, y de cómo allegó á ella don Pedro de Puertocarrero, y lo que más pasó.

Como ya estuviesen determinados Joanes de Cortaza, vizcaino, hombre valiente que con gran constancia sirvió al invictísimo César nuestro señor en las guerras ceviles debajo de la bandera de Diego Centeno y de otros capitanes, juntamente con el clérigo Domingo Ruiz, que no menos determinado era quel Cortaza, de dar la muerte á Alonso de Toro, y viesen que por andar tan acompañado no podian al descubierto ponerlo en obra, y aun que cuando fué á visitar á la mujer del Inga Paulo, por ponerse delante dél aquel Francisco Hernandez Haldon, no se

pudo concluir con su vida, tornaron á determinar de arriscar sus personas á todo peligro por la efectuar, y acuerdan d' estar aparejados, y al tiempo que Toro estuviese oyendo misa, descargar sus brazos con dagas bien afiladas en su cuerpo, de tal manera que aunque el templo fuese violado con su muerte, hiciesen fin las tiranias que hacia; mas como todas las más veces que se ordenan estas conjuraciones son descubiertas, ansí lo fué ésta á Toro, que no embargante que fué avisado por alguno de los autores de todo lo que pasó, no hizo sobrello más de desterrar al clérigo Domingo Ruiz y á Joanes de Cortaza. Estaba en este tiempo en el Cuzco un mancebo llamado Luis Alvarez, que era criado de don Pedro Puertocarrero, y viniendo nueva que don Pedro venia de Los Reyes, echaba fama este Luis Alvarez que traia poder del Audiencia y de Gonzalo Pizarro para ser justicia mayor en el Cuzco, y otras cosas de que Toro se sintió é invió á mandar á Luis Alvarez muchas veces que no se derramase en palabras, porque le castigaria; y no aprovechando las amonestaciones de Toro para que quisiese callar, fué preso por su mandado, é sin querer saber por cuyo consejo se indució á hablar aquellas cosas, le mandó dar un garrote, de que fué muerto. Dende á pocos dias llegó á la cibdad del Cuzco don Pedro de Puertocarrero, el cual con licencia y voluntad de Gonzalo Pizarro se habia quedado en Los Reyes para se venir al Cuzco, donde era vecino. Y como Pizarro le tuviese por su amigo singular, habiale dado una cédula ó provision para que si llegado á la cibdad del Cuzco se intentasen en ella algunos motines, que pudiese juntamente con Toro hacer las informaciones y castigar los culpados. Y de aquí se vino á pensar ó publicar en el Cuzco que don Pedro venia por justicia mayor della. Alonso de Mendoza se habia quedado en la cibdad de Los Reyes al tiempo que Gonzalo Pizarro y sus cómplices querian della salir, y venido á la cibdad del Cuzco tenia grande amistad con Alonso de Toro. Y como este Mendoza fuese varon entendido y que conocia los tiempos, por los subcesos pasados colegia los presentes no podia*n* parar en bien, *y* habló en grande secreto con un Luis García Samamés, consejero del mismo Toro, para que le induciese al servicio del rey. Y dicen que hablaron en grande secreto todos tres, y que Toro dijo que si el visorrey viniese por el camino real de la sierra, que saldria á servirle con toda la más gente que pudiese, y que para entonces nombraria por su maestre de campo al mismo Alonso de Mendoza, é que si esto no fuese y Su Majestad no quisiese dar la gobernacion á Gonzalo Pizarro, que él seria el primero que le echaria la lanza. Pasadas estas práticas, Alonso de Mendoza se fué al Collao y dende á pocos dias allegó aquella cibdad don Pedro de Puertocarrero, é como se hobiese dicho que traia provisiones de Gonzalo Pizarro para ser su teniente é justicia mayor, creyendo Toro que debria de ser verdad estaba muy desganado y cobró odio al don Pedro, diciéndole luego que en la cibdad entró que presentase en el cabildo el despacho que traia de Pizarro, para que fuese obedescido. Don Pedro respondió que por las cartas que de Pizarro traia entenderia venia á le servir y no á dar enojo. Mas no embargante que esso ansí fuese, habia grandes sospechas, é dicen que Alonsó de Toro fué avisado por un Miguel de Vidagua, vecino de la cibdad del Cuzco, que Martin de Andia, demás de haber sido pârticipante con el padre Domingo Ruiz y con Joanes de Cortaza en la conjuracion que tuvieron ordenada, trataban mal de las cosas de Gonzalo Pizarro y suyas, y que se juntaba con don Pedro tratando deste negocio. Y que oidas estas palabras por el capitan Alonso de Toro, llamando al Martin de Andia le mandó dar tormento muy grave y confesó algunas cosas, é luego con gran crueldad le fué dada la muerte por Alonso de Toro, al cual, paresciéndole que no le era seguro la estada de don Pedro en la cibdad, le mandó salir luego della, mandándole que se fuese como desterrado á residir en los pueblos quél tenia por encomienda.

CAPÍTULO CXXXV

De cómo vinieron cartas al Cuzco de Gonzalo Pizarro, y de cómo Toro envió por espia á Lope Martin á Goamanga, y de su salida á la puente de Apurima.

Al tiempo que Gonzalo Pizarro allegó á la cibdad de San Miguel, que ya otras veces he dicho llamarse por otro nombre Piúra, *de* donde salió con gran celeridad dando al visorrey el alcance que hemos contado, por aquella incumbrada y pedregosa sierra de Ayabaca, envió sus mensajeros á Lima, avisando con cartas á Lorenzo de Aldana, que en ella era su teniente y justicia mayor, de cómo habia llegado allí y el visorrey iba huyendo, é que se creia que tomaria el camino real para revolver sobre la cibdad del Cuzco, por lo cual convenia tener aviso; y escribió ansimismo *á* Alonso de Toro y á Francisco de Cárdenas. Pues como llegasen al Cuzco é supiesen estas

nuevas, Alonso de Toro, como era orgulloso y muy bollicioso, comienza luego de mandar adrezar armas, y haciendo junta de gente para salir del Cuzco, y *aun* si fuese menester ir á quebrar las puentes de Apurima y Abancay, porque los rios, como son furiosos, puédense pasar á vado con gran dificultad, y escribió luego sus cartas á Alonso de Mendoza para que se viniese del Collao, donde estaba. á juntar con él, mandando ansimismo á Lope Martin, portugués, vecino del Cuzco, y á Diego Aleman, natural del Condado, que fuesen por espias á la cibdad de San Juan de la Vitoria de Goamanga, y en ella supiesen las nuevas que habia del visorrey, porque ciertamente se creyó que no estaria muy lejos del Cuzco. Despachado Lope Martin, Toro sacó la más gente que pudo y vecinos de la cibdad, entre los cuales iban Diego de Silva, Tomás Vazquez, Pero Alonso Carrasco, Juan Jullio de Ojeda, Mazuelas, con otros. Juan de Pancorbo andaba ausentado de la cibdad y pasó grandes trabajos procurando siempre ser leal al servicio del rey nuestro señor, y le puso Toro en harto aprieto, como adelante diremos. Y ansí como contamos salió el capitan Alonso de Toro del Cuzco con cantidad de ciento y treinta españoles de pie y de caballo. Con ellos [1] anduvo hasta que llegó á la puente de Apurima, adonde á cabo de pocos dias allegó Alonso de Mendoza, y dicen, y ansí es la verdad, que comunicó con él que si el visorrey Blasco Nuñez Vela viniese, que saldria el mismo Alonso de Mendoza á se encontrar con él y á que tratase de haber perdon para el mismo Toro y para Tomás Vazquez su cuñado, y que le entregaria la cibdad del Cuzco con toda aquella gente que allí tenia, con la cual le serviria lealmente. Mas como el visorrey no vino, no tuvieron efeto estos conciertos. Y tambien dicen que Toro publicaba de cortar la puente, y él por las cabezadas del rio ir á dar en el visorrey. Todos son ardides de guerra, porque segun á mí me parece, Toro queria abroquelarse para lo uno y para lo otro. Pues como ya fuesen pasados ocho dias que Alonso de Toro habia que estaba sobre el rio de Apurima, le llegaron cartas hechas de la provincia de Chuquiabo, enviadas por Alejo Rodriguez, que allí estaba cobrando los tributos y créditos que los indios daban, por las cuales le hacian saber cómo juntos Lope de Mendoza, Diego Centeno, Rivadeneira, Francisco Negral, con otros, conspiraron contra Francisco de Almendras, al cual prendieron en la villa de Plata, adonde despues de le haber cortado la cabeza hacian junta de gente para venir á ocupar la cibdad del Cuzco y dar favor al visorrey. Pues como esta carta fué vista por Alonso de Toro, grandemente le pesó, y estando perplejo con esta nueva no sabia por dónde serian sus cosas mejor guiadas, y al fin se determinó de despachar luego cartas por las postas á Lope Martin y á Diego Aleman para que llegasen algunos soldados y todas las más cabalgaduras que pudiesen, y con ello se viniesen para él. Y en este tiempo allegaron cartas de Gonzalo Pizarro, que son las que contamos que despachó de los aposentos de Ayabaca con Manjarrés y con los otros, las cuales como Lope Martin las viese, muy alegre, dándose toda priesa á andar llegaron á la Puente de *Apurima*, donde hallaron Alonso de Toro [1], y como él y los que con él estaban supiesen cuán próspera le era la fortuna á Gonzalo Pizarro, y de cómo el visorrey iba huyendo desbaratado, mostraron grande alegria y regocijo. Tambien vieron con la pujanza quel facineroso de Bachicao venia y la mucha gente que traia con adrezos de armas. Con estas nuevas se volvieron á la antigua [2] cibdad del Cuzco, con voluntad de se aparejar para ir á resistir á Centeno y vengar la muerte de Almendras.

[1] Ms., *ellas.*

CAPÍTULO CXXXVI

De cómo el capitan Diego Centeno nombró por maese de campo al esforzado capitan Lope de Mendoza y por alferez general Alonso de Camargo, y de cómo volvió á la villa, y á Hernan Nuñez de Segura se nombró por sargento mayor del campo de [*Pizarro*].

Ya se acordará el lector cómo en los capítulos de atrás hecimos mincion que despues de muerto el capitan Francisco de Almendras y el cabildo de aquella villa hobiese elegido á Diego Centeno por capitan, se partieron al rico cerro de Porco, adonde fué apregonada la provision quel cabildo dió á Diego Centeno, adonde se le allegaron algunos soldados con voluntad de servir al rey nuestro señor, é despues de haber estado allí algunos dias, con parescer del alcalde Alonso Perez de Castillejo, é de Francisco de Tapia, Diego Lopez de Zúñiga, Luis Perdomo, regidores, se acordó de que se le diese la vara del rey nuestro señor á Lope de Mendoza, nombrándolo primero maese de campo. Como ya otras veces he dicho, era natural de la an-

[1] *Y teniendo por.* Sigue un párrafo tachado, ilegible.—[2] *Y opulente.*

tigua cibdad de Mérida. Y que ansimismo se le entregase el estandarte real del águila imperial de Cesar nuestro señor, *á* Alonso de Camargo, para que usase el cargo de alferez general, y á Hernan Nuñez de Segura se mandó que fuese sargento mayor; y ordenadas, pues, estas cosas, pasados los autos dellas antel fiel notario Luis de Soto, determinaron de se volver á la villa de Plata y quel maese de campo Lope de Mendoza se partiese á la provincia del Collao, llevando veinte lanzas consigo, y que recogiese todos los españoles que pudiesen haber, haciendo lo mismo de los caballos y armas, y con todo ello se volviese á la villa ó le aguardase en la provincia de Chucuito, que es junto á la famosa laguna ó palude del Collao, tan grande como el letor podrá ver en mi libro de fundaciones y costumbres índicas, pues hago dello capítulo particular. Y mandado al maese de campo Lope de Mendoza que fuese á la provincia del Collao, el capitan Diego Centeno con los soldados que habia juntado se partió para la villa, adonde al son de los atambores se allegó alguna gente, y con la demás que tenia se partió para ir á la provincia de Chucuito, donde ya le estaba aguardando su maese de campo Lope de Mendoza con las cabalgaduras y gente que pudo recoger, mandando á los bárbaros moradores de aquellas provincias que le trujesen bastimento perteneciente, ansí para ellos como para sus caballos.

CAPÍTULO CXXXVII

De cómo Alonso de Toro despues de ser llegado á la cibdad del Cuzco se aderezaba de armas para ir á encontrarse con Diego Centeno, y de cómo le escribieron los del cabildo del Cuzco.

En los capítulos pasados hecimos mincion de cómo Alonso de Toro salió de la cibdad del Cuzco para ir á quebrar las puentes y resistir al visorrey, segun unos dicen, ó entregarle sus banderas, segun otros afirman; é contamos cómo Lope Martin fué por espia á la cibdad de Goamanga, el cual le dió aviso cómo el visorrey iba huyendo, y las demás cosas que hemos recitado, y agora dice nuestro cuento que como supiese ciertamente la muerte que Diego Centeno y Lope de Mendoza con los otros dieron al capitan Francisco de Almendras, despachó sus cartas con mensajeros propios para que por ellos Gonzalo Pizarro supiese lo que pasaba. Enviado las cartas, mandó luego que se aderezasen las armas que hobiese, y de plata y cobre y otros metales se hiciesen las más que se pudiesen, ayudando á ello Diego de Silva, hijo de Feliciano de Silva, hombre de grande ingenio; y allegados todos los más soldados que Toro pudo juntar se aderezaba para ir á buscar á Diego Centeno, que como viniese nueva de que estaba en la provincia del Collao acordaron los del cabildo del Cuzco de escrebirle que no entrase en los términos de su cibdad, afeándole lo mucho que habia errado en matar á Almendras, y otras cosas que por la respuesta que Centeno y el cabildo de la villa de Plata inviaron se podria colegir; y en [1] el libro del cabildo de la villa de Plata procuré haber esta carta para la poner á la letra, pues es ya costumbre nuestra poner en mi narracion las que hallo, sin mudar sentencia, pues mi escritura no se hace solamente para dar contento á los presentes, sino para sastifacer á los que han de nacer en el tiempo foturo; cuando las escrituras se hacen, muchas cosas los escritores dejan de poner por les parescer menudas; mas despues, andando los tiempos se tienen por grandes, lo cual por mí mirado, en el curso de nuestra historia no busco estilo subido ni adornado de ornacto, pues conozco mi facundia cuán poca es y mi mano ser muy escambrosa; pero á lo menos preciéme de decir la verdad, con la cual satisfago bastantemente á mi honor, allegándome á la sentencia de Tulio, que dice que para escrebir no es menester orar, ni más que componer la escritura cierta y verdadera. Pues como Alonso de Toro y los del cabildo del Cuzco hobiesen determinado de escrebir á Centeno y á los del regimiento la carta que decimos, rogaron á un clérigo que habia por nombre Hortun Sanchez de Olavi que la llevase, diciéndole que no parase hasta encontrarse con Diego Centeno y se la diese en sus manos. El clérigo Hortun Sanchez se partió del Cuzco para lo hacer, el cual anduvo hasta que llegó al pueblo de Chucuito, que es repartimiento del rey nuestro señor, y dió á Centeno y á los que con él estaban la carta, lo cual hecho se volvió á toda priesa no osando aguardar la respuesta.

CAPÍTULO CXXXVIII

De cómo el capitan Diego Centeno y los que con él estaban sintieron grandemente ver la carta que del Cuzco les vino, y la respuesta que inviaron.

Allegado á la provincia de Chucuito el padre Hortun Sanchez con la carta que de-

[1] En el ms., *iden.*

cimos, vista por Diego Centeno y por Lope de Mendoza y por Alonso Perez Castillejo, Francisco de Tapia, Diego Lopez de Zúñiga y los demás que allí estaban, les pesó grandemente, y ansí, luego por ante el notario Luis de Soto se acordó inviar la respuesta, la cual yo saqué del libro del cabildo de la villa de Plata, estando en *el* famoso y rico cerro de Potosi, adonde en aquella sazon era justicia mayor del rey nuestro señor el licenciado Polo, y el tenor de la carta es éste:

«Magníficos señores: Rescibimos la carta de vuestras mercedes que nos dió el capitan Lope de Mendoza, despues de ido el padre Hortun Sanchez, portador della, y por no haber aguardado á que llegásemos todos, no escribimos con él, por lo cual despachamos al padre Hidalgo, que la presente lleva; y por nueva que tuvimos que Gonzalo Pizarro con mano armada y ejército de gente, por mar y por tierra iba á prender ó matar ó echar destos reinos del Perú al ilustre señor Blasco Nuñez Vela, visorrey dellos, visto por este cabildo de la muy noble y muy leal villa de Plata tan gran desacato é inobediencia en servicio de Dios y de nuestro príncipe, como celosos servidores de la corona real nos movimos á volver por la honra de Su Majestad, é á poner las vidas é haciendas por obrar *é* resistir que en oprobio del rey nuestro señor se hiciese tan gran vituperio á su visorrey, echándolo de la tierra que en su nombre habia venido á gobernar, regir y tener en justicia, á donde, como vuestras mercedes saben, fué recibido; cuanto más que como es notorio, Gonzalo Pizarro antes desto, ya que indibididamente contra todo derecho tomo la gobernacion en estos reinos, ha hecho en ellos por sí y por sus tenientes muy grandes crueldades y tiranías, matando á muchos servidores del rey nuestro señor sin causa alguna más que porque no querian seguir su tiránico propósito, entre los cuales tenientes fué uno de los que cruelmente gobernaron Francisco de Almendras, que vino por su mandado á la villa de Plata, en la cual hizo tan grandes tiranías que por la menor dellas merescia la muerte, y ansí por sus crímines y ecesos, la justicia della, en conformidad de doscientos hombres que en ella se hallaron presentes, hizo dél justicia en la plaza pública en medio del dia, sin que hobiese persona que lo contradijese ni por él rogase, é que no aprobase ser digno de aquella muerte é de otra más oprobiosa que se le diera; é visto que los Oidores del Audiencia Real, sin acuerdo é consentimiento del señor visorrey é presidente no pudieron despachar ni dar provision de gobernador á Gonzalo Pizarro, ni él tomarla, ni serlo, hemos tenido por ninguno todo lo que Francisco de Almendras, llamándose su teniente, hizo, porque puesto caso que lo recibimos fué por evitar escándalos, muertes de hombres que por ventura si por el presente, cuando llegó á la villa le contradijéramos la entrada, hobiera. Porque vino muy acompañado de gente y amigos suyos, y Dios y Su Majestad fueran deservidos si ansí se hiciese, hasta quel tiempo diese lugar quel visorrey desta villa fuese socorrido é servido sin que los vecinos della causasen escándalo ni muertes, como se ha hecho; y espantámonos mucho de que vuestras mercedes, siendo caballeros y personas sabias é discreptas, no mirar que lo de hasta aquí ha sido sin fundamento y contra toda justicia de derecho divino y humano, y que con voz de libertad Gonzalo Pizarro ha hecho la tierra más pechera y subjeta que otro reino del mundo; porque no solamente ha echado subsidio de las cabezas que ha quitado de los hombros á muchos caballeros, pero ha quitado las posesiones *é* haciendas á otros, y lo peor de todo, á Su Majestad la suya, gastándolo todo, más por sustentar y entretener que Su Majestad en lo remoto de Castilla no haga justicia de su hermano Hernando Pizarro, que por otra cosa, y tambien porque falsamente le informaron al mismo Gonzalo Pizarro que habia provision de Su Majestad en estos reinos para le cortar la cabeza, como por carta firmada de su nombre hemos visto, que no por defender la libertad de la tierra y haciendas de los vecinos que vuestras mercedes dicen; y el favor que vuestras mercedes dicen nos daran contra los que han deservido á Gonzalo Pizarro, no es promesa que se debe admitir, ni de semejantes caballeros que vuestras mercedes dar; antes, como sabios nos parece deben mudar consejo y mostrarse, como leales servidores del rey nuestro señor, muy firmes en le obedescer, suplicándole sea servido de oir á todos estos reinos más suplicaciones y otorgarnos lo que sea justo para que nos podamos sustentar en servicio de Dios y suyo, pues esta suplicacion nunca se le ha hecho hasta agora, y este es el camino derecho y lo que ha de permanescer; demás que en ello imitan los caballeros hijosdalgo á la virtud, nobleza de sus antepasados, de que queda perpétua memoria. Y de otra manera pierden la vida é la honra é hacienda y escurecen los servicios que han hecho en la potencia de tan poderosísimo monarca del mundo como es nuestro invitísimo Cesar, en quien todos los príncipes turcos, paganos y reyes cristianos hallan in-

vencible resistencia. Y haciendo vuestras mercedes en esta coyuntura servicio al rey, acatando á su visorrey y honrándole y restituyéndole en su tribunal, juntando este señalado servicio con los demás que vuestras mercedes han hecho en esa cibdad y en otras partes, se restaurará á sí mismos vidas, honras y haciendas, y la gente y armas que por su carta dicen que tienen, será muy bien emplealla en servicio de Su Majestad y en reducir á su visorrey, y no echarlo de la tierra, ni matarlo, como Gonzalo Pizarro intenta y publica, deshonrándole y llamándole tirano, como quien dice: *antes que digas, digas;* y nos paresce que vuestras mercedes con todos esos caballeros que quisieren seguir lealmente el servicio de Dios y del rey, puramente, sin apellidar otro varon ni gobernador, pues no lo hay que jurídicamente lo sea sino el visorrey, vuestras mercedes lo deben servir con humilde y clara voluntad, pues es el que representa la persona real, y nosotros vamos á lo mismo y á darle la obidencia en nombre de Su Majestad los caballeros y gentiles hombres que debajo deste estandarte real se han querido juntar, los cuales verán vuestras mercedes en breve, que con ánimos y voluntades, acompañados de toda la divina y humana justicia, les parescerán dos mill, haciendo tan señalado servicio á Dios y al rey; los que han hasta agora andado errados asegurarán sus vidas, honras y haciendas, y quedarán por buenos y leales y habrá perpétua paz y quietud é sosiego en el reino, con que Dios nuestro señor y Su Majestad se sirvan y la fée de Cristo se siembre entre estos bárbaros, que es el cargo con que los tenemos encomendados.—*Diego Centeno*, *Hernando de Aldana*, *Francisco de Tapia, Diego Lopez de Zúñiga*, *Francisco Retamoso;* y fué refrendada por Luis de Soto, notario del rey».

CAPÍTULO CXXXIX

De cómo el capitan Alonso de Toro salió de la cibdad del Cuzco con toda [la] más gente que pudo, para se ir á encontrar con Centeno y con los que con él se habian juntado, y de cómo el maese de campo Lope de Mendoza fué á la cibdad de Arequipa.

Despues de haber inviado al padre Hortun Sanchez de Olave con la carta para los que habian salido de la villa de Plata, Alonso de Toro acordó de salir del Cuzco con toda la más gente que pudo, que serian al pie de docientos españoles, y con él salió Francisco de Villacastin, Juan Julio de Ojeda, y fué por su alferez Pero Alonso Carrasco, Tomás Vasquez, Diego de Silva y otros vecinos de la cibdad, los cuales muy indignados contra Centeno, con ánimos prontos y deseosos de le destruir, haciendo burla de la empresa tan leal que el buen capitan tenia entre manos, salian deseando de verse ya con él para con gran celeridad deshacer la leal compañía ó quedar muertos en el campo. Alonso de Toro nombró por capitan de infantería á don Martin de Guzman, y dejado en el Cuzco el recaudo que le paresció que bastaba, anduvo hasta llegar á los antiguos aposentos de Hurcos [1], adonde estando allí rescibió la respuesta de la carta que llevó Hortun Sanchez, la cual llevó otro clérigo llamado el padre Hidalgo, la cual como por ellos fué vista se enojaron demasiadamente, tratando mal de palabra al portador, y aun afirman que *sin* mirar su perficion le prendieron y supieron ciertamente estar Diego Centeno en Chucuito, desde donde con parecer de los principales que estaban con él se envió al maese de campo Lope de Mendoza á la cibdad de Arequipa para que procurase traer della toda la más gente, armas *y* caballos que pudiese. Y ansí se partió Lope de Mendoza acompañado de los que habian de ir con él, y anduvo hasta llegar á Arequipa, adonde era teniente por Gonzalo Pizarro Pedro de Fuentes, el cual ya sabía la muerte de Almendras y la venida de Lope de Mendoza, y salió de la cibdad con hasta treinta hombres, y metiéndose por el despoblado caminó la vuelta del Cuzco para se juntar con Alonso de Toro, y llegado, pues, *á* Arequipa, Lope de Mendoza, y recogidos algunos caballos y armas é la gente que pudo, dió la vuelta á Chucuito á juntarse con Diego Centeno, adonde habia muchos dias que estaba Alonso de Toro. Llegado, pues, á Hurcos, mandó situar su real y que en los aposentos y tiendas se alojase *la* gente de guerra, y estuvo allí treinta dias qu' él ni salió á buscar á Centeno, ni Centeno vino á buscarlo á él. Grande era la calamidad en que el [2] afligido reino del Perú en aquellos tiempos estaba, pues en todas partes habia guerra. Los desventurados indios rescibian grandes vejaciones de los nefarios soldados, pues los ataban llevando en ellos sus cargas como si fueran bestias; tomábanles sus mujeres; servíanse de sus hijos, sus ganados, haciendas; el que más les podia robar, aquél se tenia por más valiente. No es poca lástima pensar en esto, por lo cual no quiero tratar dello. Estando Alonso de Toro

[1] En el ms., *Harcos*.—[2] Ms. *en aquel*.

en el pueblo de Hurcos, como decimos, tuvo nuevas de lo que habia pasado en Arequipa y aun de cómo Pedro de Fuentes se venía á juntar con él, y deseaba que hobiese allegado, y acordó de volver al Cuzco para sacar más gente para con ella engrosar su ejército, y ansí, acompañado con solamente cuatro de caballo volvió allá, adonde estuvo pocos dias, y dando la vuelta á Hurcos, como no hobiese llegado Pedro de Fuentes, mandó á Luis García Samamés y á Tomás Vazquez que con alguna *gente* se partiesen camino de Arequipa hasta encontrarse con él, y éstos fueron á hacerlo ansí y toparon á Lope Martin con otros que andaban corriendo el campo, y supieron dellos cómo los indios les habian afirmado que Pedro de Fuentes llegaba ya cerca de allí, porque estaba desta otra parte del despoblado. Mas no embargante oir esto, Luis García Samamés y Tomás Vazquez y los otros anduvieron hasta que encontraron con Pedro de Fuentes, que venia con treinta lanzas y una bandera, y ansí todos juntos se volvieron á Hurcos, donde fueron bien recibidos de Alonso de Toro. Luego ordenó de todos los arcabuceros que habia hacer una compañia, de la cual se nombró por capitan Pedro de Fuentes, y de los infantes lo era, como hemos dicho, don Martin de Guzman. Don Pedro de Puertocarrero tambien iba con Alonso de Toro, el cual despues de haber estado el tiempo que digo en Hurcos, se partió con su gente camino de la provincia de los Canches, é yendo caminando, por ciertos dichos que dijeron *á* Alonso de Toro fué preso don *Pedro de* Puertocarrero y Alonso Alvarez de Hinojosa, y mandó Toro que don Pedro fuese muerto, el cual ciertamente lo fuera si no rogaran por él todos los más principales del campo, y con dificultad le ganaron la vida, mandándole Toro salir del real y que se fuese á la cibdad del Cuzco, y ansí lo hizo. A Hinojosa perdonó, lo cual pasado prosiguió su camino y anduvo hasta que llegó al arruinado pueblo de Ayavire.

CAPÍTULO CXL

Cómo estando Diego Centeno en el pueblo de Chucuito tuvo nuevas de la venida de Alonso de Toro contra él, y de cómo huyó con los suyos la vuelta de la villa de Plata.

Bien terná entendido el lector las cosas que han pasado segun que nuestra historia lo ha recitado, y de cómo el capitan Diego Centeno habia enviado á su maestro de campo Lope de Mendoza á la cibdad de Arequipa, de donde con alguna gente, caballos y armas vino, y en el inter qu' él fué aquel viaje, Diego Centeno despachó cartas al rico y muy nombrado rio de Caravia para que los españoles que en sus riberas sacaban metal de oro dejasen por entonces aquel oficio y viniesen á servir al rey, usando el militar, y ansí le acudieron algunos de allí y de otras partes; y estando en Chucuito Diego Centeno tuvo alguna indispusicion, de que á todos pesó, y como tuviese sus corredores por todas partes, supo cómo ya Alonso de Toro con sus banderas estaba en la provincia del Collao. Y habiendo convalecido de su enfermedad mandó que se hiciese alarde para ver la gente que ternian, y ordenándolo el sargento mayor Hernan Nuñez de Segura, se hallaron ciento y setenta españoles. Los veinte dellos no estaban para seguir la guerra, por estar enfermos, y entre los otros habria veinte arcabuceros, y los demás eran lanzas é infantes. E supo Diego Centeno que en su campo habia algunos traidores que se carteaban con Alonso de Toro, y procurando de saber lo cierto fué informado que eran dos clérigos, el uno llamado el licenciado Barba y el otro el padre Sosa. Y á la verdad, ya es plaga y adolencia general en estos infelices reinos del Perú no haber traicion, ni motin, ni se piensa cometer otra cualquier maldad que no se hallen en ellas por autores ó consejeros clérigos ó frailes, lo cual ha procedido que debajo de su observancia quieren ser tenidos y reverenciados como á dioses, y ha sido su soltura grande y á rienda suelta han corrido sin que hallen quien les impidan, porque ni los obispos, ni priores, ni custodios, les han castigado ni reprehendido. Y esto no entienda el lector que es generalmente en todos, porque seria cosa ridiculosa creerlo, pues sabemos que hay algunos de muy buen enjemplo y bondad é que han mostrado notable sintimiento por las cosas que viamos; no embargante que Diego Centeno, Lope de Mendoza y los demás entendieron ser esto ansí, hicieron muestra con inorancia que no sabian nada y se juntaron á consejo de guerra y trataron en su ayuntamiento y congregacion sobre si aguardarian á Toro para afrontarse con él ó si se retirarian, por saber la potencia suya ser grande, y aunque hobo diferentes voctos y opiniones, se concordaron de revolver á la villa para ver si pudiesen allegar más gente de la que tenian, para que aguardando en algunos ásperos y dificultosos pasos á los enemigos, podrian afrontarse con ellos, y con la tal ventaja, aunque fuesen más que ellos, como lo eran, ternian esperanza en Dios y en su justa demanda que los favores-

ceria contra ellos; y ansí, como acordasen de se retirar, ó huir, por decirlo más claro, luego al son de los atambores todos los que estaban en Chucuito con Diego Centeno se juntaron y se echó bando para salir de allí; sacando Alonso de Camargo el estandarte partieron de Chucuito alargando las jornadas lo más que podian, caminando por los ricos pueblos de Xule, Ilave *y* Pomata hasta llegar á los aposentos de Cepita, siendo proveidos por los caciques y señores de aquellos pueblos, que son del repartimiento que el rey nuestro señor tiene en ellos, abastadamente; salieron de Cepita y caminaron hasta llegar á la puente que sin ramas ni madera es armada, para por ella pasar el famoso Desaguadero de la gran laguna ó palude de Titecaca, por mí tantas veces memorada, y antes de pasar el Desaguadero se le quedaron á Diego Centeno algunos soldados, entre los cuales fueron Juan Martinez de Valenzuela é un Chinchilla [1], los cuales unos y otros, no embargante que habian recibido de Diego Centeno buenas obras y crecidas pagas, le negaron por ver que ya se retiraba y el enemigo venia poderoso, y se pasaron á él. Costumbre es deste reino, muchas veces lo tengo referido, que ninguno ponga su honra ni estado en los brazos de los soldados, porque lo que hoy prometen niegan mañana, no teniendo otro fin que sus intereses; mas no se quedan sin castigo, porque pocos se han logrado. Y estos dos, ansí como fueron ingratos á Centeno, ansí murieron muertes crueles, porque dende á pocos dias mandó Toro matar á Juan Martinez de Valenzuela, y el Chinchilla, premitió Dios, andando los tiempos, que un Sierra, secaz de Gonzalo Pizarro, mandándole atar á un árbol le dió crueles y muchos azotes. Diego Centeno, pasada la puente de paja que en el Desaguadero está, se tornó á hacer alarde y halló no más de ciento y treinta y cinco españoles, porque los demás ya se le habian quedado. Teniendo aviso que algunos tenian el mismo deseo, los mandó juntar á todos y les dijo la siguiente plática: Caballeros y amigos míos singulares que aquí estais y habeis venido en servicio del rey y debajo de su estandarte real: no creo que ninguno de vosotros inora, ni deja de saber cómo todas las provincias deste reino estan declaradas por Gonzalo Pizarro y le sirven y obedescen, y Dios y el rey son menospreciados y desobedescidos de los tiranos que se han levantado para seguir la demanda tan atroce que Pizarro ha emprendido, é si solamente tuviésemos por contrarios á los que agora nos vienen siguiendo con Alonso de Toro, no seria mucho aguardarlos y afrontarnos unos con otros, aunque sabemos que son en número más que nosotros, é que vienen bien proveidos de armas y caballos. Pero es cosa muy lamentable que en todos estos reinos desde el Quito hasta esta parte no tenga el rey más de ciento y veinte hombres que se han declarado en servicio de su corona real, por donde me parece razon muy equivalente que debemos retirarnos con la mejor órden que pudiéremos á la villa de Plata y buscar un fuerte donde nos podamos guarescer hasta que entendamos que tenemos socorro y ayuda, que no puede mucho tardar. Yo doy mi palabra de no salir de los términos de la villa, adonde ya todos sabeis las muchas partes que hay donde nos podamos meter que no sean parte todo el Perú á nos enojar. Y ansí, prosiguiendo su plática dijo que les rogaba que los que tuviesen voluntad de le seguir, que se aclarasen con él, y que si algunos habia que la tenian de se quedar, que lo dijesen, quél los dejaria libremente con sus caballos y armas y gente de servicio, con tanto que le diesen la palabra de no ser contra el servicio del rey. Dichas estas cosas por Diego Centeno, oidas por todos los que allí estaban, hasta cuarenta dellos dijeron que se querian quedar, con achaque que unos ponian de estar enfermos y otros de que se les quedaba su fardaje atrás, y con él quedarian hasta noventa y cinco españoles, entre los cuales estarian hasta veinte arcabuceros; y vueltos aquellos cuarenta, Diego Centeno mandó deshacer la puente y que caminasen camino de Viacha. Dos hermanos que iban con él, llamados los Vivancos, se le quedaron y fueron á Toro, los cuales dél fueron bien recibidos.

CAPÍTULO CXLI

Cómo el capitan Alonso de Toro partió del pueblo de Ayavire y tuvo nueva de cómo Centeno le aguardaba en Chucuito para le dar la batalla, y de cómo allegado al pueblo de Nicasio, supo haberse retirado á las Charcas.

En los capítulos precedentes hecimos mincion de cómo Alonso de Toro con su gente venia caminando, y de cómo allegó al pueblo de Ayavire, adonde antiguamente tenian los reyes Ingas muy suntuosos edeficios con templo del Sol, adonde eran sus dioses muy reverenciados, el cual tenian bien abastado de riquezas, llenos de muchas

[1] En el ms., *Chinchillo.*

señoras mamaconas que estaban dedicadas por su servicio, segun que más copiosamente lo tengo escrito en mi libro que hice particular de todos los reyes Ingas que pasaron desde Mangocapa, fundador de aquel imperio, hasta Guascar Inga, que fué el último que dellos hobo y á donde su señorio se acabó, transportándose á los españoles. Dejando esto, despues que Toro estuvo allí un dia ó dos se partió para acercarse á Diego Centeno, teniendo nueva de algunos de los que á Centeno se habian quedado, cómo estaban en Chucuito con su gente, aguardando á que llegase para le dar la batalla, y Toro y sus capitanes se holgaban dello y deseaban que Centeno no mudase propósito; mas despues que hobieron por sus jornadas andado hasta allegar á un pueblo de la misma provincia del Collao, llamado Nicasio, supo ciertamente de la retirada de Diego Centeno y de los suyos, de lo cual mostró que le pesaba, y mandó luego que se diesen toda priesa á andar, y ansí se hizo, y llegado que allegó á otro pueblo que ha por nombre Paucarcolla, cuatro leguas de Chucuito, mandó que desde allí se volviese Tomás Vazquez á la cibdad del Cuzco y que en ella estuviese por justicia, teniendo cuidado de mirar no se recreciese en ella algun escándalo ó motin en verlo ausente. Tomás Vazquez se partió; tambien se volvieron al Cuzco desde allí el capitan Vasco de Guevara y el factor Juan de Salas y otros. Toro con los demás se dió á andar con gran deseo de haber á las manos á Diego Centeno, el cual iba caminando á las mayores jornadas que podia, dándose tanta priesa á andar que dejaba parte del fardaje y alguna gente. El capitan Pedro de Fuentes, con acuerdo y parescer de Toro, acompañado de algunos de sus amigos dió la vuelta á poner recaudo en la cibdad de Arequipa.

CAPÍTULO CXLII

De cómo Diego Centeno y su gente iba caminando á toda priesa la vuelta de la villa de Plata, y de cómo llegó al pueblo de Chayanta.

Pues como Diego Centeno con los suyos partiesen del Desaguadero despues de haber deshecho la puente de paja que en él está, anduvieron alargando las jornadas lo más que podian con gran celeridad, porque Toro y sus cómplices no los pudiesen alcanzar, y ansí anduvieron hasta que llegaron al pueblo de Chayanta, á donde fueron proveidos de los indios naturales dél bien cumplidamente de bastimento, y llegando el capitan Diego Centeno á este pueblo de Chayanta mandó á Martin de Arbieto, que en esta guerra siempre le siguió, y á Rodrigo Pantoja, y al notario Luis de Soto, que se quedasen allí, porqu' él con la gente se iria derecho á la villa, y que vueltos á una jornada atrás, mirasen si podían ver á los corredores de los enemigos, lo cual hecho se volviesen á toda priesa á le dar aviso. Algunos quieren decir que viendo Centeno y los suyos en el espacioso campo ciertos guanacos silvestres, que ya otras veces tengo dicho qué es, y el lector que quisiere lo podrá ver en el primer libro que yo hago de fundaciones de cibdades y costumbres índicas, creyendo que eran los enemigos se dieron gran priesa en huir. La verdad deste negocio es que partido el capitan Diego Centeno con su gente la vuelta de la riquísima villa de Plata, Martin de Arbieto y Rodrigo Pantoja y el notario Luis de Soto fueron á correr el campo otro dia siguiente, y encontraron un indio natural del pueblo de Pocona, el cual dijo haber visto en Paria diez de á caballo, y como oyeron estos tres esta nueva estuvieron muy sobre aviso, y otro dia por la mañana vieron desde lejos venir una manada de carneros con indios de los Aullagas, repartimiento que en aquel tiempo era de Pedro de Hinojosa, y los indios dieron mandado de como eran gente de á caballo, y creyendo que era ansí la verdad, hirieron de las espuelas á sus caballos y volvieron á toda furia, y aun dicen que tambien le fué la nueva á Centeno y que hizo lo mismo. Como quiera que sea ellos hayan huido, sabemos que Luis de Soto, el notario, reconoció lo que era y avisó á sus compañeros dello y se partieron para la villa llevando gran priesa, á donde ya era llegado Diego Centeno con su gente, el cual mandó que volviesen á correr y ver si venian los enemigos el mismo Rodrigo Pantoja y Alonso de Peñaranda y Alonso Ruiz, los cuales allegaron hasta un pueblo que ha por nombre Caracara, que es nueve leguas de la villa. En este tiempo Alonso de Toro venia siguiendo á Centeno y dábase toda priesa á andar para le haber á las manos, y habia mandado á Juan Vazquez de Tapia y á otros que fuesen descubriendo el campo á ver si podrian saber en qué parte estaban los enemigos, y subcedió que habian allegado á este pueblo de Caracara antes que Rodrigo Pantoja y los otros que habia inviado Centeno, y como dieron de súpito en ellos corrieron riesgo de perder las vidas ó ser presos, y por llevar Peñaranda y Pantoja ligeros caballos se escaparon de sus manos, é

fué preso el Alonso Ruiz; y Pantoja, y Peñaranda anduvieron hasta que llegaron á la villa, á donde avisaron á Diego Centeno de lo que pasaba, diciéndole de cómo los enemigos estaban tan cerca de allí; donde por agora los dejaremos por un poco, porque conviene tratar de los subcesos de la gobernacion y de otras cosas convinientes á la narracion de nuestro proceso.

CAPÍTULO CXLIII

Cómo el adelantado don Sebastian de Belalcazar hacía la guerra á los naturales de la provincia de Picara, y de cómo se aparejaba para ir á la provincia de Paucara.

Ya terná el lector noticia de cómo en los capítulos de atrás hecimos mincion *que* el adelantado don Sabastian de Belalcazar entró en la provincia de Picara [1], y de cómo los bárbaros estaban tan endurecidos en su rebelion que no abastó amonestaciones que los cristianos les hiciesen para que les hiciesen dejar las armas, y visto que convenia hacelles la guerra con toda reguridad, mandó el Adelantado que saliesen capitanes por todas partes á hacerla. Los indios naturales de la provincia de Pozo arruinaban los pueblos, quemando las casas, destruyendo los mantenimientos, hinchendo sus vientres de la carne de los que prendian. Tanta es crueldad que no daban la vida á ninguna mujer, aunque más hermosa fuese, ni á viejo, ni mochacho. Los señores de la provincia, viendo que eran tan fatigados é perseguidos por los cristianos, hicieron grandes sacrificios á sus dioses ó demonios, implorando su ayuda y favor para prevalecer contra los cristianos. Y hecho esto se juntaron en los aposentos del señor Sanguitama, Aupirama, y Picara, Chuzcurucua, Chanvirincua, Ancora, con otros de los más principales de los bárbaros, y tuvieron su consejo sobre lo que les seria mejor hacer, y determinaron, despues de haber tenido muchas consideraciones, de morir antes que tornarse á ofrescer por amigos de los cristianos, pues con tanta crueldad eran por ellos tratados, y ansí cada uno se volvió á su tierra, mandando que toda la gente de guerrra se aderezase para la seguir, y sus mujeres y ropas y mantenimientos escondian en las partes más secretas que ellos podian. El Adelantado habíales inviado muchas embajadas amonestándoles que quisiesen tener confederacion con los españoles y reconocer por señor al invitísimo Cesar nuestro emperador, y como ya estuviesen determinados de proseguir la guerra, por entretener á los cristianos respondian respuestas generales que se haria llamamiento en la provincia, y que juntos los señores dellas se trataria, sobre otras respuestas equívocas; mas como el Adelantadó los entendiese, mandó continuar la guerra, la cual se les hizo asentando el real en la tierra del señor Sanguitama, á donde se juntaron muchos indios naturales de toda la provincia, y de noche se nos pusieron en un collado que estaba encima del real, desde donde hacian grandísimo ruido; encendiendo muchos hachos nos llamaban mujeres, diciendo que fuésemos, para que usasen con nosotros, y otras palabras de gran vituperio, y como los españoles tengan por costumbre de obrar con las manos y callar con sus bocas, á la segunda vigilia de la noche nos concordamos cuarenta mancebos, y tomadas nuestras rodellas y espadas, con licencia del Adelantado fuimos á ganar lo alto, dejando dicho que en dando el alba testimonio de la claridad del dia que habia [1] de venir, fuesen algunos de á caballo á hacernos espaldas. Ordenado desta suerte, caminamos por un cerro arriba, que iba á dar al otro donde los indios estaban haciendo ruido, y como los cobardes temiesen en tanta manera los golpes de las espadas que con los fuertes brazos los españoles tiraban en sus desnudos cuerpos, y á los dientes de los perros, tenian sus velas y centinelas no muy lejos del real de los cristianos, y como sintiesen su subida por el cerro dieron al arma con grandes voces, y como la fuerza y poder de los bárbaros estaba en la cumbre de todo el collado *y* oyesen las voces y entendieron sus crueles enemigos estar tan cerca dellos, huyeron, con ser más de tres mill y los cristianos cuarenta, y allegamos ya que amanescia á lo alto y á sus estancias, si *bien* no se pudo tomar ni prender ninguno por la aspereza de las sierras, y no tardó mucho que vinieron los de á caballo, porque si no vinieran todavía corriéramos riesgo, porque como nos vieran sin ellos se atrevieran á darnos cruel guerra, cercándonos por todas partes, que lo podian muy bien hacer, y andaban por los quebrados y pequeños cerros hablándonos con grandes voces que ¿para qué habíamos entrado en su provincia y los destruíamos totalmente por los robar? pues sus padres los habian dejado en libertad, que ¿por qué los queríamos tener por siervos y esclavos? Amenazaban á los Pozos, diciendo que tomarian

[1] En el ms., *Quipara.*

[1] En el ms., *habian.*

dellos tal venganza que se ternían por satisfechos. Los Pozos, no curando de aquellas fieras, robaban todo lo que podian, y llevando el bastimento que quisimos nos volvimos al real. Pues como estuviesen tan endurecidos en la rebelion los naturales de la provincia de Picara, é hobiesen determinado de continuar la guerra hasta que todos en ella fuesen consumidos, viendo que los cristianos les destruian sus comidas y que de dia no podian cultivar sus tierras ni sembrarlas, hacian grandes hachos de noche; al resplandor dellos sembraban en sus maizales é yucales y decian á los cristianos que la guerra la continuasen todo el tiempo que ellos quisiesen y que no destruyesen los mantenimientos, sino que comiendo á discrecion dellos dejasen los demás para que ellos hiciesen lo mismo, pues lo sembraban. Con pasar todas estas cosas no dejaban de hacer grandes sacrificios á sus dioses ó demonios, y enviaron sus mensajeros á la provincia de Paucora, al señor principal della, que habia por nombre Pimana, para que estuviese apercibido para se defender de los cristianos, que segun decian, presto irian á destruir su provincia como en las demás que habian estado. Despues que volvimos de aquel cerro donde los indios se habian puesto, no tornaron más á él ni nos llamaban mujeres, y el Adelantado mandó mudar el real á la tierra del señor Picara, para que fuese destruido un crecido cerro muy poblado y lleno de arboledas é de maizales, que por ser tan bien labrado le posimos por nombre Morro Hermoso, mandando primero al alcalde Antonio Pimentel que se partiese á la villa y tuviese recaudo en ella, procurando de inviar mensajeros á todos los señores de la provincia de Arma para que viniesen á dar la obediencia al rey nuestro señor, y á tener confederacion con los españoles. Antonio Pimentel se partió luego para la villa como el Adelantado lo mandaba, y envió mensajeros á todas las provincias que viniesen sin armas á ofrecer la paz; donde no, que con todo rigor se les haria la guerra; y como tuviesen ya noticia del gran daño que se hacia en la provincia de Picara, determinaron algunos de venir á la villa, y otros dijeron que llegando á ella el Adelantado harian lo mismo, el cual en este tiempo estaba en los pueblos del señor Picara y mandaba que cada dia saliesen los españoles y cortasen á espada todos los maizales que hallasen, para que los indios, con el temor de no verse sin mantenimientos, viniesen á ofrescer la paz y á dar la obidencia al rey; y haciendo la guerra á toda aquella comarca estuvo algunos dias en Picara, pero jamás ningun señor de toda la provincia quiso salir á paz aunque claramente vian y entendian su total destruicion y perdimiento; tan endurescidos estaban, y nosotros teniamos cuidado, llevando en nuestra retaguardia á los valientes indios de Pozo, de atalar los maizales y arrancar los yucales y cortar las palmas, haciendo todo el más daño que podiamos.

CAPÍTULO CXLIV

De cómo viniendo de la villa de Arma ciertos españoles adonde estaba el Adelantado, fué muerto por los indios uno dellos que por nombre habia Antonio Quintero, y de cómo el Adelantado se partió para la provincia de Paucora.

No quiera el letor culparme, ni dectrate ninguno en ver que devierto las materias de mi escritura en muchas historias, ni me calunie, ni tenga por inorante porque siendo esta mi última parte, intitulada *Guerras ceviles* de los nuestros españoles, se entremete en ella algunos descubrimientos, como fué el de los Chunchos y entrada de la Canela, y otras conquistas, lo cual yo no he podido dejar d' escrebir para dar noticia generalmente de las cosas que pasaron en el Perú, y porque subcedieron todas en un tiempo; con atencion miro que nada se me olvide, porque de todo quiero que en lo foturo mi escritura se tenga por testigo; é como en el tiempo que subcedian los alcances de Toro y Centeno, Pizarro y el visorrey, subcediesen los que vamos contando, me pareció ser justo no dejallo en olvido, porque con ello, con digriciones breves no seria bien entendido, pues yo tengo facultad para dar entera noticia de las cosas de acá con la humildad y estilo tan llano que llevo; digo, pues, que estuvimos algunos dias en Morro Hermoso arruinando todos los pueblos á él comarcanos, talando los mantenimientos. Los Pozos no holgaban, antes andaban por los altos y laderas ansí como andan los cazadores buscando la *res* herida, para ahenchir sus vientres de la carne de sus parientes, y enviaban todas las cabezas de los muertos á su provincia y en ella las ponian en lo alto de unas crecidas cañas; para qué, *y* por qué tenian á las puertas de sus casas grandes tablados dellas hechos, en mi primer libro de las nuevas cibdades y costumbres bárbaras lo tengo escrito. Los perros con sus crueles dientes tambien despedazaron algunos indios. Ningun cristiano murió en esta guerra é pocos fueron heridos. Yo no dejaré de decir

que los malos tratamientos que habian recibido en los tiempos pasados fué causa evidente para levantarse generalmente todas las provincias subjetas á la villa de Arma, é que *segun* Belalcazar ninguna órden se habia de tener para los atraer de paz, porque queria llevar las cosas por rigor, y esto entiéndese que conviniera á los principios, porque despues no aprovecha con estos indios ninguna razon; aunque la más principal causa por que yo hablo que fuesen tan molestados, era azotes que Dios les enviaba, y queria que por otros más malos que ellos fuesen castigados por los vicios abominables que tenian y costumbres tan perniciosísimas. Como en la villa se supiese quel Adelantado estaba en la provincia de Picara con su gente, un Francisco Moyano y Antonio Quintero con otros dos españoles pidieron licencia al alcalde Antonio Pimentel para irse á ver con él, el cual la dió, y dada salieron de la villa y vinieron hasta la loma de Pozo, la cual está enfrente de la provincia de Picara, y sin mirar que estaba toda puesta en arma, inconsideradamente abajaron en medio del dia por la sierra de Pozo, que viene á dar á un pequeño rio, y pasádose su via por otra no poco [1] áspera hasta que se llegaba adonde tenian los españoles situado su real. Pues como los bárbaros por todas partes tuvieron sus velas y atalayas para ver quién venia, tuvieron aviso de cómo abajaban aquellos cristianos, lo cual sabido aguardaron en todo lo alto del cerro, y llegados que allí llegaron dieron en ellos y con una crecida piedra derribaron malamente herido al Quintero. Los otros se pudieron con gran dificultad é riesgo escapar. Los indios, con grande alarido abajaron donde estaba el cristiano herido, que natural era del Condado, y acabándolo de matar lo hicieron piezas é fué por ellos comido, y una yegua en que habia venido se la llevaron. Como en el real fué sabida la muerte del Quintero, le pesó al Adelantado, y entendíase en cortar á espada los maizales, que todos estaban en berza [2] por ser el otoño. Los indios, ya que de dia seguian la guerra, de noche entendian en cultivar sus tierras y las sembrar, porque despues no fuese mayor la que la hambre [3] les hiciese. Visto por el Adelantado que no podia atraer á sí ningun señor de aquella provincia, determinó con toda su gente de se partir della é ir á la provincia de Paucora, donde era señor principal, como dijimos, Pimana, el cual, como tuviesen confederacion y amistad con los de Picara, estaban puestos en arma al tiempo que entramos en la provincia, y con grande estruendo de atambores y bocinas salieron á recibirnos; los Pozos, acordándose del daño que hicieron éstos en su provincia al tiempo quel capitan Jorge Robledo envió á su alferez Suero de Navas á los castigar por ciertos puercos que dijeron haber hurtado, regañando los dientes, tomando sus macanas, ó bastones, á dos manos, derribaban cuantos podian. Una cosa vi allí por mis propios ojos, de que no poco me espanté, de cuán aborrescidos éramos de aquellos indios, y fué que yendo por una ladera abajo fué delante de mí un Rodrigo Alonso, vecino de la cibdad de Cali, y venia huyendo una india de edad de quince ó diez y seis años, y como viese al cristiano, dió grandísimos gritos, y venian tras della diez ó doce de los Pozos nuestros amigos, y el cristiano Rodrigo Alonso llamóla diciendo que se viniese á él, que la defenderia de las manos de los Pozos, y la bárbara, aborresciendo el vivir por la mano del cristiano, hablando no sé que palabras en su maldita lengua, con mucha furia se volvió á los Pozos, y allegada á ellos, cerrando los ojos abajó la cabeza, y aunqu'el Rodrigo Alonso diese voces que no le hiciesen mal, no bastó, porque le habian dado en la cabeza tan gran golpe que cayó atordida, y sin hablar palabra ni quejarse fué degollada. Yo allegué á tiempo que la habian hecho cuartos y se estaban bebiendo la sangraza, comiéndose la asadura y corazon crudo; partiéndose *de* allí los Pozos tenian hasta veinte ó treinta cabezas de los que habian muerto, y enviáronlas á su provincia, y los cuerpos hechos piezas tenian, haciendo dende á poco grandes candelas adonde mal asados y peor cocidos se comieron toda aquella humana carne, que cierto era cosa de admiracion verlo. No se les perdia cosa ninguna de las inmundicias, que todo no era por ellos comido. Y no piense quien esto leyere que tardaban mucho tiempo en lo lavar. No es gente nada asquerosa. Llegado el Adelantado á esta provincia, de los indios que se prendieron mandó soltar algunos que fuesen adonde estaba el señor Pimana y de su parte le dijesen á él y á los demás señores de la provincia que dejasen las armas y se viniesen para él, porque los recibiria por amigos y les guardaria la paz que con ellos pusiese, y se quedarian en sus tierras y vivirian quietos y pacíficos y gozarian del dón de la paz; donde no, que supiesen que á todos destruiria sin perdonar la vida á ninguno de los que viniesen á sus manos. Idos estos mensajeros, Pimana y sus confines estaban junto al rio Grande, metidos en una espesura

[1] En el ms., *poca*.—[2] En el ms., *versa*.—[3] En el ms., *cumbre*.

que allí estaba, y no embargante que vieron la embajada, despues de haber entrellos mucho tratado la entrada de los cristianos en su tierra, no quisieron tener con ellos confederacion, sino continuar la guerra, pues de libres los querian hacer subjetos y tener en ellos el [1] mando superior, y delante de sus ídolos ó demonios hicieron grandes sacrificios al uso de su patria, pidiendo favor para contra los cristianos. El diablo, cosa es cierta que se les aparece á estos malaventurados, y lo veen visiblemente, no todos, sino los que están dedicados y por ellos señalados para hacer los sacrificios y pedir las respuestas, las cuales es de creer que serian como de quien las daba, aunque todas las más veces respondia equívocamente, dando esperanza á lo que por ellos le era preguntado; y de la provincia de Picara les venian cada dia mensajeros exhortándolos á la guerra y que no hiciesen paz con los cristianos. Y visto por el Adelantado que no volvian los embajadores, mandó que se les hiciese la guerra con todo rigor. Y despues quel Adelantado hobo estado algunos dias en Paucora, viendo que no bastaba remedio para que viniese Pimana de paz, acordó de se partir á la villa de Arma, donde por agora lo dejaremos y volveremos á hablar un poco de Centeno é de Alonso de Toro.

CAPÍTULO CXLV

De cómo estando en la villa de Plata el capitan Diego Centeno supo de cuán cerca dél estaban los del Cuzco sus enemigos, y de cómo Alonso de Toro se iba acercando á él.

Ya me acuerdo que tengo escrito que Diego Centeno con los suyos allegó á la villa de Plata, y de cómo envió á Pantoja y á otros dos á correr el campo, y tambien cómo en el pueblo de Caracara fué preso el uno dellos, que habia por nombre Alonso Ruiz. Los otros volvieron á la villa y avisaron á Diego Centeno y á su maese de campo Lope de Mendoza de cuán cerca los enemigos estaban dellos. En el ínterin desto Alonso de Toro, sabido que Juan Vazquez de Tapia y Alonso Alvarez de Hinojosa con los otros que por su mandado habian ido á correr el campo habian preso á Alonso Ruiz, corredor de Diego Centeno, lo mandó traer ante sí y lo perdonó fácilmente, del cual supo cómo Centeno estaba en la villa rehaciéndose de la más gente y armas que podia para esperarle en algun paso áspero y dificultoso. Sabida, pues, esta nueva, Toro dió priesa á andar para se acercar á él. Pues como el capitan Diego Centeno entendiese la venida de los corredores, mandó apercibir á todos los que en la villa estaban para que si los enemigos llegasen no los tomasen descuidados, en la cual halló que habria hasta noventa y seis españoles de pie y de á caballo; mandó ansimismo que saliesen veinte lanzas á correr el campo, sin parar hasta llegar á donde estuviese el enemigo ó sus corredores, lo cual reconocido á toda priesa volviesen á le dar mandado. Y como Alonso de Toro viniese caminando con su gente, allegó á un pueblo que *ha* por nombre Moromoro, que seis leguas de la villa está. Y volvieron á dar dello aviso á Diego Centeno, el cual, como lo supo, se juntaron él y los más principales para determinar lo que debrian de hacer. Y visto que si querian aguardar en la villa, que seria perderse por tener tan poca gente como tenian y venir el enemigo tan poderoso, y que seria mejor retirarse á la provincia de los Chichas hasta ver el estado en quel visorrey estaba, ó si respondia algun socorro de España; y praticado esto entrellos, se aparejaron para lo hacer, mandando que fuesen á correr el campo y viesen qué tan cerca estarian los enemigos de allí, y volvieron diciendo que no estaban casi tres leguas. Luego que llegó esta segunda nueva se tocó á la arma y se juntaron en la plaza junto al estandarte el capitan Diego Centeno, y el maestre de campo Lope de Mendoza, y los capitanes Alonso Perez de Castillejo, Rivadeneira, con la justicia y regimiento de la villa, é Hernan Nuñez de Segura, sargento mayor. Y estando ansí puestos, tornaron á hablar sobre su ida, y los leales varones, aunque desdichados é infelices, desampararon su villa con las haciendas que en ella tenian, y como mejor pudieron se salieron della para ir caminando hácia la provincia de los Chichas; fueron por el rio de Pilcomayo. Francisco Retamoso, vecino de la villa y regidor, viendo que Centeno iba huyendo y casi desbaratado, mirando tambien que Toro venia poderoso, se quedó en una quebrada, media legua de la villa, escondido. Despues se juntó con Toro y lo siguió y sirvió hartos dias. Alonso de Toro fué avisado de la salida de Centeno y cómo habia desamparado la villa de Plata, y no se descuidó con aquella nueva cosa alguna, antes estuvo aquella noche en un fuerte bien á punto de guerra para que si los enemigos se revolviesen, no los tomasen descuidados. Mas bien seguros estaban de que Centeno no

[1] En el ms., *en el.*

revolveria con ningun ardid de guerra, porque no llevaba tal pensamiento. Y otro dia Alonso de Toro mandó que se aparejasen los más principales que con él venian, para ir siguiendo á Centeno, y dándole alcance, pues iba ya el mismo desbaratado, lo prendiesen; haciéndolo ansí se partieron de donde él estaba y encontraron con Francisco Retamoso, el cual les dijo que se volviesen, porque Centeno podria revolver sobrellos y se verian en peligro. Y ansí revolvieron á juntarse con Alonso de Toro, el cual recibió graciosamente á Francisco Retamoso, y partiéndose para la villa entró en ella. Diego Centeno habia ido por el rio de Pilcomayo para salir al camino de los Chichas. Aquella noche llegó á su real Alonso Ruiz, que es el que tomaron en Caracara los de Toro, y éste habíase ofrecido de que con achaque de decir que se habia soltado, se iba para ellos, y mirado la órden que llevaba podria revolver á darles aviso, como lo hizo. Y no embargante que llegado al real de Centeno y ser bien recibido de todos, amanesció buen rato dellos y volvió á dar mandado á Alonso de Toro de lo que habia visto, Centeno, como lo echó menos se quejó y le pesaba grandemente de la poca lealtad que habia en el Perú entre todos los más que en él estaban. Partiéndose de allí á toda priesa allegó á unos pueblos pequeños de los Imparaes, adonde hicieron noche. Alonso de Toro estuvo en la villa de Plata cinco ó seis dias, durante el cual tiempo hobo muchos consejos sobre lo que se debria de hacer, paresciendo á unos que debrian seguir los enemigos y á otros que se volviesen á la villa. Otros decian que enviase mensajeros para que se tratase alguna concordia, pues todos eran amigos, que fuese provechosa al servicio de Gonzalo Pizarro, á quien ellos llamaban gobernador. Y al fin, despues de haber altercado, se acordó de inviar á Diego de Silva y al vicario don Miguel Pisano para que tratasen algunos medios.

CAPÍTULO CXLVI

De cómo por mandado del capitan Alonso de Toro fueron á tratar medios con Centeno Diego de Silva y don Miguel Pisano, y lo que se concluyó.

Diego Centeno no dejó de sentir la quedada de Francisco Retamoso, aunque disimulaba hartas cosas viendo la poca parte que era para lo remediar. Llegado, pues, que fué aquellos pueblezuelos de los Imparaes [1], queriendo partir dellos le vino nueva de la venida de don Miguel Pisano y de Diego de Silva, lo cual por él sabido, con parescer de los señores del cabildo y de su maestre de campo Lope de Mendoza, acordó de aguardar á ver qué es lo que querian. Como ya desde la villa los hobiese despachado el capitan Alonso de Toro, dándose priesa á andar llegaron ya tarde, á donde hallaron á Centeno y á los suyos, los cuales no estaban nada descuidados, recelándose no hobiese traicion, y como llegaron fueron bien recibidos y explicaron su embajada, la cual, despues de dadas las cartas que traian para Centeno y para otros de los que con él iban, la resolucion dello era que pues vian el trabajo que llevaban y la fatiga, que no procurasen de proseguir adelante lo comenzado, sino que se volviesen á la villa y que deshiciese Diego Centeno la gente que tenia, y que en ella estuviesen dos alcaldes, el uno por el rey y el otro por Gonzalo Pizarro, á quien ellos llamaban gobernador, y que se presentasen ante Alonso de Toro los participantes y culpados en la muerte del capitan Francisco de Almendras, para quél hiciese justicia, la cual seria allegada á clemencia; lo cual hecho, Toro dejaria libre la villa y á los que en ella estaban y se volveria con su gente á la cibdad del Cuzco. Diego Centeno y los que con él estaban no dejaron de sentir que Toro quisiese que la justicia quedase [1] igualmente por el rey nuestro señor y por el tirano, é que sin ninguna vergüenza enviase á decir que se fuesen á presentar antél los que habian sido en la muerte de Francisco de Almendras. Y despues de haber tenido sus consejos y pláticas de lo que harian, viendo la calamidad en quel reino estaba y cuánto se le mostraba favorable la fortuna á Pizarro y á los que le siguian, acordaron de responder á Toro con los mismos mensajeros y con Diego Lopez de Zúñiga, natural de Talavera, que despues siendo capitan murió en la rota de Guarina, para que libremente Toro dejase la villa y la desamparase y se volviese con su gente al Cuzco ó á donde él quisiese, como no fuese en la juresdicion é términos della, y que se pusiesen treguas para que no pudiesen ir unos contra otros hasta tanto quel emperador nuestro señor proveyese lo que más á servicio de su corona real conviniese, y bien y tranquilidad de los reinos. Acordado esto mandaron á Diego Lopez de Zúñiga que hablase largamente con Alonso de Toro sobrel negocio á que iba. Estando Diego Centeno en su tienda con su maestre de campo Lope de Mendoza y con

[1] En el ms., *Yamparaes.*

[1] En el ms., *quisiese.*

otros de los que allí estaban, praticaron con Diego de Silva, diciéndole que mucho se maravillaban dél siendo caballero y tan prudente, dejar de servir al rey por servir á Pizarro y á Toro, y que los que no se enmendasen, en breve tiempo habian de ser pagados de sus traiciones y maldades, y aun que los que otra cosa pensasen, carecian de razon natural; y en esto engañóse Diego Centeno, porque los que más altos y crecidos premios sacaron del fin de la guerra fueron los principales movedores dellas. Secretos son de Dios, y no tratemos más desto. Diego de Silva estaba tan metido en los negocios, que respondió, segun dicen, que yo no se lo oí, que tan gobernador del rey era Gonzalo Pizarro como lo fué el marqués su hermano. Y que no le dijesen mal dél, ni de Alonso de Toro, porque á Dios dejaria de servir y no á ellos. Palabra nefanda y que yo no la quisiera escrebir. Luis de Soto se halló presente á todas las cosas pasadas en lo tocante á Diego Centeno; con sus testimonios y relaciones de hombres prudentes he hecho yo lo que toca á la narracion dello; y ciertamente, aunque Diego Centeno estaba tan atribulado é iba ya casi desbaratado, si no fuera por guardar la preminencia de los embajadores, cuentan que le cortara la cabeza. Disimulando con Diego de Silva le dijo que con la respuesta de su embajada que ya le tenian dada, se podian volver Alonso de Toro, él y el vicario don Miguel Pisano, diciendo más, que con ellos habia de ir Diego Lopez de Zúñiga. Ansí salieron de su real todos tres, lo cual pasado, Diego Centeno y los suyos acordaron de no aguardar la respuesta, sino partirse á toda priesa camino de los Chichas, y ansí salió Alonso de Camargo con el estandarte real y todos le fueron siguiendo. Diego de Silva, don Miguel Pisano y Diego Lopez de Zúñiga anduvieron hasta llegar á la villa de Plata, adonde dieron cuenta á Alonso de Toro de la respuesta que Diego Centeno habia dado, el cual, sin querer oirla enteramente mandó á Diego Lopez de Zúñiga que se volviese y hasta que lo hallase no dejase de andar, é le dijese que se conformase con su voluntad; donde no, que le habia de seguir hasta el rio de Maule, afirmándole que no perdonaria la vida á ninguno de los que á las manos pudiese haber. Diego Centeno en este tiempo iba caminando y habia allegado á una provincia que está una jornada antes de Suipache, donde á cabo de cinco dias allegó Diego Lopez de Zúñiga, el cual contó lo que con Toro le habia pasado y dió cuenta de la mucha gente que tenian y de la voluntad que habia en ellos para servir á Gonzalo Pizarro, y que mirasen bien lo que les convenia hacer, porque Toro afirmaba con juramento que los habia de seguir hasta el Maulonte rio, ó hasta el de Socanche, que no es muy lejos del famoso y gran rio de la Plata, tan nombrado en este imperio de Indias por todos los que dél tienen noticias, é que para seguir Toro cualquier alcance que quisiese dar, aunque fuese muy largo, por tener grande aparajo de cabalgaduras lo podia hacer. Oido por Diego Centeno y por el regimiento de la villa lo que Diego Lopez de Zuñiga habia dicho, entrando en su acuerdo pensaron bien en lo que les convenia hacer sobre lo que Alonso de Toro pedia de la justicia, que queria qu' estuviese por Gonzalo Pizarro. Y despues de bien pensado, miraron que palabra que se diese á tirano y que estaba en deservicio del rey no les quedaba obligacion á la complir; que seria cosa provechosa para no perderse, venir en aprobacion de algo de lo que ellos querian, hasta haber tomado posesion en la villa, y que despues con mañas que ternian se desharia todo. Y ansí se mandó volver al mismo Diego Lopez de Zúñiga para que tratase con Toro que dejase la villa y que pudiese en ella poner uno de los alcaldes para que tuviese la voz de Gonzalo Pizarro, y el otro ternia la del rey. Y que en lo tocante á la muerte de Francisco de Almendras no curase de tratar sobre ello nada, pues ya era hecho. Y con esto se volvió Diego Lopez de Zúñiga, mandando Diego Centeno á un Alonso de la Cueva que fuese juntamente con él, y si por caso fuesen salidos de la villa Alonso de Toro y su gente, pudiesen volvelle á dar aviso.

CAPÍTULO CXLVII

De cómo Diego Lopez de Zúñiga allegó á la villa de Plata con la embajada que de Diego Centeno traia, y de cómo Alonso de Toro con algunas lanzas y arcabuceros se partió á seguir á Centeno, y de lo que más pasó.

Luego que Diego Centeno hobo despachado á Diego Lopez de Zúñiga á lo que habemos contado, acordaron él y los suyos de no dejar de caminar, sino andar lo más que pudiesen hasta meterse en lo interior de la provincia de los Chichas, donde ternian facultad para poder estar sin recibir ningun daño. Es la poblacion de las Chichas muy derramada; los moradores della belicosos, los cuales usan del arco y la flecha. Bien en mi primer libro he tratado dellos, adonde lo habrá visto quien quisiere, adonde trato del arte que está esta provincia y los vecinos que tiene de un cabo y de otro. Diego Lopez

de Zúñiga no hizo sino andar hasta ser llegado á la villa de Plata, adonde por entero contó á Toro la respuesta que traia de Diego Centeno, y cómo venia en hacer algunas cosas de lo por él pedido. Toro se indignó contra Centeno en gran manera, diciendo que si él lo tenia *en* gana, que ¿por qué no se venia á la villa con su gente? por donde entendia que todo era cautela en lo que andaba con él: por poder huir y entretenello á que no le fuese siguiendo, gastaba el tiempo en inviar embajadas. Habiendo dicho esto mandó á su maestre de campo Villacastin que luego los caballos y rocines qu' estuviesen más descansados se mirasen, y se aparejasen hasta ciento y cincuenta lanzas y arcabuceros, para ir con él en seguimiento de Centeno, que iba huyendo, el cual ya estaba en Casavindo, qu' es de la villa de Plata cerca de ochenta leguas hacia el Oriente, y estaba aguardando allí á Martin de Arbieto y Joanes de Cortaza y á otros soldados que habia mandado que aguardasen cinco ó seis dias á ver si volvia Diego Lopez de Zúñiga, para que seguramente pudiesen todos venir sin ser molestados ni enojados de los bárbaros, y como viesen que no venia, fueron en busca de Centeno, al cual hallaron, como digo, en la provincia de Casavindo, que es ya salido de los Chichas, hácia el camino que va á las provincias de Chile. Alonso de Toro salió con su gente de la villa para ir siguiendo á Diego Centeno, y dicen que Diego Lopez de Zúñiga, deseando quedarse en la villa, trató con Toro para que no le diese lugar para volver al real de Centeno. Otros dicen que por temor de los indios no le matasen, se quedó. Verdad es que cuatro soldados arcabuceros que salieron del real de Toro para se ir á juntar con Centeno, fueron muertos por los Chichas. Pues dándose toda priesa Alonso de Toro llegó al valle de Totora, desde donde mandó *á* Alonso de Mendoza que con algunos fuese siguiendo á Diego Centeno. Lo cual hecho por él allegó hasta cerca. Y junto á la provincia de Casavindo, no pudiendo ver á Centeno dió la vuelta á juntarse con Toro, el cual le paresció que Centeno andando siempre huyendo no podria hacerles ningun enojo, y que no habia para qué más seguillo, sino dar la vuelta á la villa y en ella dejar recaudo bastante y volverse á la cibdad del Cuzco, y ansí lo acordaron de hacer. Y dieron luego la vuelta á la villa, adonde habia quedado por guarda della el maestre de campo Villacastin. Y como nunca debe de haber en campo ni en real que estuviese formado, aunque sea de poca gente, motines y conjuraciones, siendo Toro ausente de la villa conspiraron contra él hasta quince ó diez y seis soldados para le matar y procurar de alzar bandera por el rey, ó de irse á juntar con Diego Centeno. Y ansí, llegado Toro á la villa, le fué revelado por alguno de los conjurados ó por otro que yo no sé, el cual como lo supo mandó ahorcar á uno llamado Temiño, natural de Cibdad Real, y los otros huyeron, que muy pocos se pudieron prender, á los cuales dejó sin les dar ningun castigo, mandando luego al maestre de campo Villacastin que con alguna de la gente y el bagaje se fuese camino del Cuzco y lo aguardase en Ayavire ó adonde le pareciese. Y hecho esto, Alonso de Toro acordó de dejar en la villa por justicia *á* Alonso de Mendoza. Y dicen que trataron entrellos que si Su Majestad no fuese servido de dar la gobernacion á Gonzalo Pizarro y enviase otro mando al reino, quel mismo Alonso de Toro alzase bandera en su nombre en la cibdad del Cuzco y que él la alzaria allí. Y que quedarian con el capitan Alonso de Mendoza hasta cien lanzas y arcabuces y algunas picas entrellos, y á Pedro de Soria mandó Alonso de Toro residiese en las ricas minas de Porco, el cual luego se partió con la demás gente que le quedaba la via del Cuzco, y anduvo hasta llegar al pueblo de Viacha, adonde mandó ahorcar á un Juan Martinez, natural de Sevilla, que fué el primer hombre que del real de Centeno se pasó al suyo; la causa dicen que por tener cierto enojo dél porque fué participante en querer alzar la bandera en el Cuzco por Alonso de Mesa al tiempo que Gonzalo Pizarro salió della, como contamos; y de allí prosiguió Toro su camino la vuelta del Cuzco, donde por agora lo dejaremos, porque conviene quel discurso de la obra vuelva á tratar un poco de las cosas del visorrey y de Gonzalo Pizarro, que ha mucho que no tratamos dello, y tambien la ida de Martin de Robles y Pedro de Hinojosa á donde estaba el capitan Hernando Bachicao; y á Centeno tambien lo dejaremos allá en la provincia de Casavindo, donde estaba metido.

CAPÍTULO CXLVIII

De cómo el capitan Hernando Bachicao envió desde Luisa cartas á Gonzalo Pizarro cómo el visorrey habia pasado adelante y estaba en Quito, y de cómo se partieron de Tomebamba Pedro de Hinojosa y Martin de Robles, y de otras cosas que más pasaron.

Menester me paresce que es dar noticia al lector de lo que hemos de escrebir, para que

teniendo atencion á lo pasado pueda comprehender lo que se sigue. Ya se acordará cómo dijimos en los capítulos precedentes que Gonzalo Pizarro, acompañado de la nobleza del Perú, iba en seguimiento del visorrey con gran voluntad de le matar é destruir, tomando siempre mucha parte del fardaje que dejaban en el bagaje los que iban huyendo, y cómo despues de haber pasado aquel camino tan trabajoso de las ciénagas allegó á los reales aposentos de Tomebamba, adonde fué acogido por los bárbaros, los cuales como le vian venir viturioso y que llevaba él y los suyos los yerros de las lanzas en derecho de las espaldas de sus enemigos, los cuales ya iban huyendo, sirviéronle de gana, cumpliendo sus mandamientos en todas cosas; y estando ya de camino los capitanes Pedro de Hinojosa y Martin de Robles para ir al real de Bachicao para confirmar los soldados que con él estaban en la amistad de Pizarro, y Bachicao y ellos no pudiesen irse á juntar con el visorrey, porque segun era inconstante Bachicao no le induciese el demonio á que tomase las armas para descargar en el mismo Pizarro, y como en este tiempo él hobiese caminado con su gente, que toda la mayor parte eran bisoños, que muy pocos soldados viejos y antiguos en estas Indias con él venian, allegó á un pueblo que ha por nombre Luisa, desde donde escribió sus cartas á Gonzalo Pizarro, haciéndole por ellas saber cómo él quedaba allí con su gente, y que hobiera holgado de haber llegado más aina para que afrontándose con el visorrey, por su mano se hobiera de acabar la guerra; mas que no habia podido andar, que fué causa de que escapándosele el visorrey hobiese ocupado la cibdad del Quito, adonde los indios decian que estaba; y escrita esta carta, Bachicao caminaba con su gente; dicen que pensó de se juntarse con el visorrey para le seguir; otros cuentan que pensó dar en él y desbaratallo, para revolviendo sobre Pizarro hacer dél lo mismo y quedar hecho tirano. No sé si afirme esto por verdad, porque de un hombre tan cobarde como era el capitan Bachicao, cosa ridiculosa seria creer que tuviese ánimo para acometer tan gran hazaña, y no embargante que Gonzalo Pizarro viese aquella carta, dió priesa á los dos capitanes para que con brevedad fuesen á encontrarse con él y tuviesen sus mañas para que lo aguardase con su gente á donde quiera que lo alcanzasen. Pedro de Hinojosa y Martin de Robles se partieron de Tomebamba y anduvieron á todo andar hasta que llegaron á la Tacunga, adonde encontraron con Bachicao, y hobo entrellos algunas porfías y sospechas; pero al fin, tanto pudieron los que fueron, que hicieron que Bachicao aguardase, y dende á pocos dias Gonzalo Pizarro mandó que se aparejasen docientas lanzas, entrellos algunos arcabuceros, porque queria ir en seguimiento del visorrey, y salió de Tomebamba con muy mala órden, sin llevar otra comida que algun maiz crudo ó tostado, saliendo con él los que digo, y el bagaje y la demás gente que venia, siguiendo á su espacio, llevando todos no poco trabajo, y con ser ansí iban tan de gana por dar la muerte al visorrey, que parecia que la salvacion de sus ánimas consistia en que hiciese fin; y antes que Pizarro se partiese de Tomebamba mandó á Pedro de Puelles que usase el cargo de maestre de campo, por estar indispuesto el capitan Francisco de Caravajal, y porque era muy conocido de los indios naturales de aquellas provincias; y ansí anduvo Gonzalo Pizarro con su gente hasta ser llegado al pueblo de la Tacunga, donde halló al capitan Bachicao, y antes de allegar aquel pueblo salió Bachicao con hasta veinte de los más jubilados que con él estaban, á hacer reverencia á Gonzalo Pizarro, antel acatamiento del cual en aquellos tiempos todos le veneraban y reverenciaban como á príncipe, y aina corriera riesgo la vida de Bachicao, porque estando Pizarro enojado con él porque no dió lugar al capitan Zavallos para que pasase al Quito, y porque no le habia querido aguardar, estuvo por le mandar matar. Bachicao con palabras se excusó representando el gran servicio que le habia hecho con la mucha gente que le traia, y al fin pasaron adelante, diciéndole Gonzalo Pizarro que ya habia hecho su sargento mayor á don Juan de Mendoza; que ¿por qué lo habia dejado ir? y llegado á la Tacunga salió toda la gente que allí estaba y habia venido con Bachicao, á le recebir con sus banderas.

CAPÍTULO CXLIX

De cómo el visorrey despues de haber estado en la cibdad del Quito algunos dias, teniendo noticia de la venida de Pizarro acordó de se retirar hácia la gobernacion de Popayan.

Ya se acordará el lector cómo en la narracion de nuestro proceso hecimos mincion de cómo el visorrey llegó á la cibdad del Quito, y de la muerte que allí dió á Gomez de Estacio y á los otros, y de cómo se peltrechaba de armas con otros adrezos para la guerra pertenecientes, publicando que habia de

aguardar en ella á Gonzalo Pizarro y Bachicao y darles la batalla, y á la verdad, si Gonzalo Pizarro no se hobiera dado tanta priesa, bien pudiera el visorrey con los suyos dar en Bachicao é pudiera ser que le desbaratara, ó quél mismo se le pasara; mas como ya estuviesen juntos, era su potencia grande para quererse oponer contra ellos, y mandó al capitan Francisco Hernandez que tuviese cargo de las municiones, y á quince lanzas que fuesen á correr para tener aviso si venia el enemigo; los más de los vecinos del Quito estaban ausentes, como hemos dicho, y de los que habian quedado habia algunos que deseaban ver ya la persona de Pizarro dentro en su cibdad, y enviábanle aviso de lo que pasaba en ella, y como la fortuna de Blasco Nuñez, por algun secreto juicio de Dios, fuese corta, y la de Pizarro en aquellos tiempos próspera, era servido que todos los más le fuesen contrarios y no entendian sino en aderezar sus armas y herrar los caballos para le desamparar; oyendo algunos que queria aguardar á Pizarro, teníanlo por muy enojoso y se huyeron del Quito para ir á meterse debajo de las banderas que ellos tenian por vencedoras, paresciéndoles que pues el águila triunfante con sus imperiales insignias é blasones estaban esculpidas en los estandartes de una y otra parte, que aún el rey tenia autoridad para ser obedescido, y en esto claro se via su yerro, aunque yo nunca condenaré de desleales á todos en general los que venian siguiendo la facinerosa demanda quel tirano traía, pues sabemos de algunos particulares que venian porque sus vidas no hiciesen fin en guerra tan pésima, y otros porque al principio, creyéndose ligeramente que Pizarro no queria más de responder por todos, le siguieron; mas como la guerra no quiera más de principio, no se tuvieron por bastantes para salirse della; yo, como en todo deseo satisfacer en el tiempo foturo á los que esto leyeren, hago semejantes digriciones porque es ansí la verdad. Los que fueron á correr el campo, supieron de los indios de Panzaleo cómo los enemigos habian llegado á la Tacunga, y como tuvieron este aviso, á toda priesa volvieron al Quito á dar mandado al visorrey, el cual habia mandado juntar á consejo y consulta al licenciado Alvarez, Oidor del rey nuestro señor, y al general Vela Nuñez, su hermano, y á los capitanes don Alonso de Montemayor, Francisco Hernandez, Juan Perez de Vergara, y trataron sobre lo que debrian de hacer, é si seria cosa provechosa despoblar totalmente la cibdad del Quito y llevar á los vecinos con sus mujeres é hijos; y despues de altercado se acordó que pues él no la podia sustentar, que no la dejase desierta, ni llevase tras de sí á los hombres con sus mujeres, que era una carga muy pesada para los que trataban la guerra. El visorrey, no embargante que seguian el partido real, era acelerado demasiadamente, como todos saben, é que sin consultacion hacia muchas cosas, y aquí mandó una de que yo me espanté, porque los capitanes desean tener en su campo mancebos robustos y soldados viejos valientes. Seria cosa ridiculosa dejar de creer más á los viejos cansados y á los hombres que tienen la carga del matrimonio sobre sus hombros para que puedan ser buenos, pues dejando los hijos y mujeres en poder de enemigos no se ha de creer que pelearán de gana; ansí que salidos de la consulta mandó poner en el foro de la plaza un escrito en que decia que todos los vecinos y habitantes de la cibdad la desamparasen y saliesen á servir al rey nuestro señor, so pena de ser habidos y tenidos por infames, traidores á la corona real de Castilla; y mandado esto, Gonzalo Pizarro tenia un hijo espurio en aquella cibdad, y el visorrey quiso llevarlo consigo, y algunos lo tuvieron por caso dificultoso y que por solamente llevarlo lo siguiria Pizarro hasta el espacioso mar Océano, y ansí algunos de los que estaban en la cibdad hablaron al visorrey sobrello, diciendo que no debia llevar aquel mochacho, pues no embargante ser hijo de una india, Pizarro le tenia por suyo, y que se acordase del alcance que le habia dado é de la blasfemia que escribió á Rodrigo d' Ocampo en la carta: *que ni en el cielo, ni en la tierra, se podia escapar de sus manos.*

El visorrey respondió que no dejaria de llevarlo, porque no heredase á su padre en los pasos que andaba y fuese traidor como él; diciendo más, que cuando en algun trance se viese, que con dejar el mochacho colgado y morir él peleando como caballero, partiria deste mundo. Diego d' Ocampo andaba muy temeroso y algunos le hacian encreyente quel visorrey le queria matar, y estuvo por se quedar; tambien estaba en este tiempo en el Quito el traidor de Olivera buscando ocasion para ejecutar su traicion, que hasta allí no habia podido ejecutarla porque el visorrey andaba siempre muy sobre el aviso, y viendo el traidor que el visorrey se queria ir retirando hácia la provincia de Popayan, y que si no salia con lo que deseaba, en el Quito, que no ternia aparejo evidente en otra ninguna parte, acordó de dar una arma fingida, con el cual ardid el visorrey se entraria en algun aposento y él podria darle de puñala-

das, y cabalgando en su caballo volver á juntarse con el tirano para recibir dél el premio que merescía tan gran servicio; y ansí, un domingo por la mañana comenzó á tocar el arma, la cual tan de veras se creyó que era cierta, que ya les parescía que las lanzas de los enemigos allegaban no lejos de los tejados de la cibdad, y ansí los soldados al son de los atambores, despues de haber disparado los furiosos arcabuces lanzaban con mucha velocidad las aplomadas pelotas por todas partes de la cibdad, y algunos acudieron adonde estaba el visorrey, y otros al campo, hácia el camino por donde el enemigo habia de venir; el visorrey andaba siempre armado de malla, y poniéndose una celada encima de su cabeza salió para ir al campo á ver lo que era. Olivera, viéndole salir, que junto á él estaba, le dijo: *métase vuestra señoría en una cámara de las desas casas, no hayan entrado los enemigos, los cuales viéndole ir mal acompañado no le maten;* el visorrey, como era valeroso, tenia siempre un denuedo esforzado y que no lo perdió jamás en todas sus infelicidades y trabajos. y ansí como Olivera hobo dicho aquello á fin de que al entrar de la cámara podria descargar en él su brazo y con la daga herillo de muerte, mostrando el rostro muy iracundo le dijo: *¡tiempo es este de que yo me encierre! al campo, al campo hemos de salir; y andad; apartaos de ahí, tomad vuestro caballo y salid á ver lo que es;* pues como el visorrey hobiese dicho aquellas palabras, tomando su caballo salió fuera de la cibdad, y como la cosa era burla, viendo que no venia nadie se volvieron todos para adrezar su partida, y era cosa lamentable y espantosa de ver que habia pocos dias que la fértil cibdad del Quito estuviese tan poblada de muchas gentes que en ella estaban, y tan próspera de riquezas por los grandes mineros de oro que tenian, y que en este tiempo no hobiese en ella si no eran los soldados del visorrey, y Diego de Torres y Sancho de la Carrera, que con sus mujeres le querian seguir; Castellanos y Pedro Martin Montanero, Londoño, Juan de Larrea, que tambien iban con él, y algunos viejos y otra gente muy poquita, y que por todas las calles de la cibdad andaban grandes cuadrillas de perros dando aullidos muy temerosos, que por ellos casi se adivinaba la perdicion que habia de venir por la cibdad y los que habian de ser despedazados en el espacioso camino de Anaquito; y si á nuestra religion conviniera mirar en prodigios [1], no dejaban de demostrarse algunos por donde se podia entender el mal subceso y tenello por mal agüero, porque en el cielo parescían grandes cometas que corrian de una á otra parte, tan resplandecientes que parescia que los cielos se rasgaban, y andaban los hombres como asombrados, que unos á otros no se entendian; y el visorrey mandó sacar el oro que habia en la caja del rey nuestro señor, é mandó que saliesen todos de la cibdad, porque supo que el enemigo venia ya siguiéndolo, y allegó aquella noche. antes que se partiese, Juan Ladrillero, y dijo cómo el capitan Juan Cabrera quedaba en el pueblo de Otabalo; luego que otro dia amanesció mandó el visorrey que todos saliesen, y ansí se hizo.

[1] En el ms., *prodigos.*

CAPÍTULO CL

De cómo Gonzalo Pizarro salió del pueblo de la Tacunga y anduro hasta que llegó á la cibdad del Quito. [y] *sabiendo cómo el visorrey se iba retirando hácia los Pastos le fué siguiendo, como diremos.*

Por la manera que tenemos dicho allegó Gonzalo Pizarro al pueblo que llaman de la Tacunga, donde despues de haber en sí tomado toda la gente que allí estaba *y* con el capitan Hernando Bachicao habia venido, y mandado que todos se metiesen en las banderas de los capitanes, acordó de salir luego de la Tacunga, y ansí lo hizo, siendo por todos aquellos pueblos bien proveidos de las cosas nescesarias, y ya que allegaba cerca de la cibdad tuvo nueva de la muerte quel visorrey habia mandado dar á Gomez d' Estacio y á los otros, y cómo hallándose con poca gente habia acordado de se retirar á la gobernacion ó provincia de Popayan, donde pensaba hallar favores en el adelantado Belalcazar y en los capitanes del Nuevo Reino, provincias de Bogotá, para engrosar su campo y dar la vuelta á le buscar, y que habia tenido nueva un dia antes de que se partiese cómo el capitan Juan Cabrera con algunas lanzas les estaba aguardando en el pueblo de Otabalo para se juntar con él; en conclusion, Gonzalo Pizarro fué avisado de todas las cosas que por el visorrey fueron hechas en el Quito desde que entró en él hasta que salió, y pesóle grandemente de saber que hobiese llevado su hijo, jurando que le habia de seguir hasta el mar Oceano, llamado vulgarmente la mar del Norte, aunque supiese pasar mucho trabajo por la dificultad de los caminos y por el despoblado que hay desde

Antiocha hasta la cibdad de Urabá [1], donde tienen por armas los moradores della flechas untadas con la contagiosa yerba, y dando priesa á su camino entró en la cibdad del Quito con pasados de setecientos españoles, y como Pizarro estuviese en la cibdad, los que habian huido della vinieron á le servir y se tornó á poblar; de los que habian ido con el visorrey podemos decir que todo lo que dejaron se lo robaron, y los repartimientos servian á los que Gonzalo Pizarro queria, el cual aplicó para sí la provincia de los Canares y aposento de Tomebamba, diciendo que Vaca de Castro no se los pudo quitar, pues eran antes quél viniese al reino suyos; á los tiranos jamás les faltan causas para poner inconvinientes; mas ¿quién les ha de ir á la mano? sin esto mandó que se echasen todos los más indios que ser pudiesen para que en aquellos tan ricos rios que se habian descubierto se sacase metal de oro; y ansí, despues de haber proveido algunas cosas y haber estado en la cibdad cuatro ó cinco dias, mandó hacer alarde de toda la gente que tenia, diciendo que habia de seguir al visorrey hasta el Oceano, diciendo á Juan Marquez, vecino del Quito, que fuese por espia, y mandó que se aderezasen todos los caminos hasta llegar á la provincia de los Pastos.

El visorrey, despues de haber salido del Quito anduvo á toda priesa recelándose su enemigo no le viniese ya á las espaldas, y llegado al pueblo de Otabalo halló en él al capitan Juan Cabrera, con el cual se holgó, honrándolo mucho á él y á los demás que con él estaban, y mirando que Juan Cabrera por le servir habia dejado la jornada del Dorado que iba á descubrir, le paresció razon muy equivalente hacello principal de los de su campo, y ansí le nombró por su maestre de campo y le dió la provision dello, diciéndole que si la guerra se acababa, que le acrecentaria en dignidad y le haria encomendero de caciques é provincia rica.

Pasado esto, el visorrey, tomando consejo con los principales que con él estaban, se determinó de irse luego con todos ellos á meterse en las provincias que están allegadas al Norte, pues ya las demás seguian la voz del tirano; lo cual determinado, mandó al capitan Francisco Hernandez que se partiese luego á la villa de Pasto, para que se recogiesen bastimentos y ganados y los vecinos della le aguardasen allí, y para hacer esto se partió el capitan Francisco Hernandez.

[1] En el ms., *Braua*.

CAPÍTULO CLI

Cómo Olivera habló á Diego d' Ocampo sobre que le diese favor para dar la muerte al visorrey, y de cómo Diego d' Ocampo lo descubrió y Olivera fué muerto.

Estando el visorrey Blasco Nuñez Vela en este pueblo de Otabalo, Olivera andaba siempre buscando manera para le matar, y como Diego d' Ocampo anduviese descontento porqu' el visorrey no hacia tanto caudal de su persona como al principio, ni era llamado en las consultas ni consejo de guerra, como Olivera le viese andar tan pensativo, creyendo en él hallaria favor, le apartó aparte y le dijo que no se fatigase, que antes de mucho tiempo se veria contento é á su placer; Diego d' Ocampo, preguntándole cómo y por qué manera, el Olivera le reveló la traicion que pensaba hacer, y que despues de haberlo efectuado, que le favoresciese; pasadas otras práticas, Diego d' Ocampo fingidamente mostró holgarse con lo que habia oído á Olivera, y dióle buena esperanza en lo que le habia pedido, y partiéndose del Olivera se fué luego al visorrey y por extenso contó lo que pasaba, y el visorrey se lo agradesció diciendo que al fin lo hacia como caballero, y mandó luego llamar al maestre de campo Juan Cabrera y dijo que buscase á Olivera y lo prendiese, el cual estaba dormiendo en el aposento del Oidor Alvarez y tenia determinado de otro dia efetuar el propósito suyo, que era, como hemos dicho, de dar la muerte al visorrey; pues como allí fué hallado se prendió, y él barruntando lo que era dijo: *que me maten si Diego d' Ocampo no anda por aquí, y debe de haber glosado lo que pasó conmigo, porque yo no quise venir en lo quél queria, que era matar al visorrey, y ha ganado por la mano recelándose por mí no fuese descubierto.*

El Oidor Alvarez, que en su lecho donde estaba oyó lo que pasaba, notando aquella maldad se levantó para ir á donde el visorrey estaba, y llevado Olivera ante su acatamiento dijo al Oidor que hiciese justicia conforme á lo que manda la ley, y habíale tomado á Olivera la daga y el espada y alguna comida que tenia, como si adonde él habia de ir fuera nescesaria, y el licenciado fué luego á donde Olivera estaba y le mandó dar tormento para que agraviado dél confesase la traicion que hacer queria, el cual lo contó muy por extenso, y viendo quel crimen tan feo que habia cometido era digno de muerte, y que por vía ninguna se podia

escapar con vida, pensó de por la conservar hacer otra mayor maldad, que era lo que diremos, y envió á suplicar con toda humildad al visorrey que le diese la vida, por el cual beneficio el golpe que habia venido á hacer en él, lo haria en Gonzalo Pizarro; el visorrey preguntó que qué seguridad tenia él de que hiciese salir verdad lo que decia; el Olivera, que ya lo tenia pensado, dijo: *yo mataré á puñaladas á un hijo que Pizarro tiene aquí, la cual es bastante prenda para que se crea lo que yo digo; porque volveré á donde él está y diciendo que [he] efectuado á lo que vine, lo creerá, y como no tenga de mí sospecha, sin mucha dificultad podré hacer lo que digo.*

El visorrey, estando un poco pensando, respondió que no quisiese Dios quél diese lugar á quel mochacho inocente muriese, y mandó hacer justicia del Olivera, el cual, despues de haber confesado, en una horca que allí se hizo fué ahorcado de los pies y cortada por el cogote la cabeza como traidor; este fué el fin del malaventurado de Olivera, é ninguno quiera acometer semejantes traiciones y maldades, porque al fin les viene el castigo y punicion que ellas merecen, guiándolo y encaminándolo Dios, ante cuyo acatamiento nada se esconde.

¡Oh cuán fatigado y enojado estaba el visorrey Blasco Nuñez en ver que totalmente le habian echado del reino y que de ninguna parte dél tenia favor, ante por todos era perseguido; por lo cual le venian mil pensamientos, y crean que un hombre de ser que se ve aflegido y desfavorescido, que siempre anda su cuidado vacilando en el pensamiento con tanta tormenta como puede andar la pequeña barquilla por las ondas de la tempestuosa mar; pensaba que si se queria ir por la gobernacion de Cartagena á España á dar cuenta al rey, que no seria creido aunque dijese larga razon de los infortunios suyos; é que si en ella queria [1] estar, que si del Nuevo Reino y de la gobernacion no le acudian y venian favores, que por vía ninguna podia prevalecer contra el tirano furor, y estaba algo conhortado en ver la gente que Juan Cabrera habia traido, porque los que con él habian venido, por los grandes trabajos que habian pasado era lástima vellos á ellos y á sus caballos, segun estaban flacos.

Y con estas congojas partió de Otabalo, porque creyó que ya Pizarro estaria en el Quito, y por los pueblos donde pasaba mandó que todos los ganados fuesen sacados de la provincia de los Pastos y llevados hácia la cibdad de Popayan para que en ella los que con él estuviesen tuviesen abasto de comida; mas habia tan gran desórden en los que con él iban, y matábanse tantos de los puercos y ovejas, que no tuvo efecto este proveimiento, y ansí llegó al pueblo de Iles, y estando en él vinieron los corredores y le dijeron cómo un soldado de los suyos, que por nombre habia Cabrera, que se habia quedado en los alcances, venia, y el visorrey se holgó pensando que no traia cautela ni cosa que le dañase; y este Cabrera era de la patria del adelantado Belalcazar, y segun algunos dicen ser confin en parentesco, y habíase ofrecido á Pizarro para que trairia cartas las quél le diese y haria todo lo que más le mandase, y Pizarro escribió al adelantado Belalcazar y á otras personas que prendiesen al visorrey, pues se habia escapado de sus manos y vian el gran daño que á todos generalmente resultaba de su huida, y como el visorrey viese á este mozo, recelándose no trujese intentado de hacer otra traicion como Olivera, mandó al maestre de campo que le diese tormento y supiese á lo que venia.

Juan Cabrera se lo dió tan flojo que no le constriñió á decir nada, y por entonces no se entendió á lo que era la venida déste. El general Vela Nuñez iba tan temeroso que verdaderamente le parescia que ya Pizarro le tenia en su poder para le dar la muerte, y deseaba salirse del reino é irse á España, cosa de que yo me admiro, porque Vela Nuñez era obligado por la afinidad que tenia con el visorrey de ser el primero que desease la muerte por lo que le tocase, y vimos cuán flojo se mostró en los reinos al tiempo de la prision, y que agora en tal tiempo se acordase en la ida de España; y el visorrey, conociendo su intencion, dándole los más dineros que pudo le dijo que se partiese y que por la vía de Cartagena se podia ir, y que hiciese alguna aparencia de querer enviarle ó venir con socorro, no tanto por lo que á él tocaba cuanto por lo que convenia á su honor, y escribiendo con Vela Nuñez al rey nuestro señor y á los de su Real Consejo las cosas que hasta allí habian pasado, y tambien escribió á las Reales Audiencias de Santo Domingo, en la Española, y de los Confines, en Guatimala, y á otros gobernadores, y á Panamá al capitan Juan de Llanes, pidiendo á todos favor y dando á entender en la calamidad que estaba el reino, y ansí se partió el general Vela Nuñez, yendo con él el capitan Juan Ladrillero.

[1] En el ms., *querian.*

CAPÍTULO CLII

De cómo el visorrey mandó á Rodrigo Nuñez de Bonilla que fuese á llamar allá en las provincias de Arma, donde estaba el adelantado Belalcazar, y de cómo estando en [el] pueblo que ha por nombre Guaca, el capitan Cepeda dió al arma viniendo huyendo de un puerco, creyendo que eran los enemigos.

Despues quel visorrey hobo despachado al general Vela Nuñez, su hermano, como la historia ha contado, desde allí ó desde Ipiales, que en esto va poco, mandó al capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla que se partiese y anduviese hasta ser llegado adonde estaba el adelantado Belalcazar, y le dijese que con toda la más gente que pudiese se viniese á juntar con él, escribiéndole sus cartas de todo lo que habia pasado; y ansí se partió Rodrigo Nuñez á hacer lo que por el visorrey fué mandado; tambien despachó al capitan Nieto para que fuese al Nuevo Reino y diese relacion al gobernador Miguel Diaz de Almendariz de todo lo que habia por acá, y quél ó quien estuviese en el reino en nombre del rey viniese con toda la más gente y armas que pudiese á se juntar con él y á resestir la potencia de los tiranos. Luego se partió Nieto á hacer lo que le fué mandado por el visorrey; el capitan Cepeda estaba ocho leguas de allí hácia el Quito, corriendo el campo por mandado del visorrey, en un pueblo que ha por nombre Guaca, é subcedió que estando unos soldados velando para ver si venia alguna gente, entraron ó salieron de una casa de aquel pueblo dos puercos, y sin certificarse de lo que era dieron arma, paresciéndoles que todo el poder de los enemigos estaba ya allí, y como el capitan Cepeda entendió la cosa, con muy gran celeridad y como hombre nuevo en la guerra, sin querer llevar al visorrey nueva cierta de lo que era, con todos los que con él estaban encomenzaron de huir á rienda suelta, tan sin tiento y concierto que como la escuridad de la noche fuese mucha, á los unos se les figuraba que los otros que venian tras dellos eran de los enemigos y á los otros les parescia lo mismo, en tal manera que algunos dellos decian que habian dado lanzadas á los de Pizarro, y lo que más de reir es que topando los caballos en algunos céspedes caian con sus dueños, y aun no tenian acuerdo de tornar á cabalgar, de manera que si aquel fuera el puerco de Calidonia, de quien los poetas tanto cuentan, no pudiera con su fiereza causar más espanto, y algunos se escondieron entre las matas, y el primero que llegó á donde el visorrey estaba, díjole afirmándolo con juramento que habia visto los enemigos, los cuales habian dado en el capitan Cepeda y lo llevaban preso á él y á tres escuderos; pues como el visorrey oyese aquella nueva, teniéndola por cierta se quejaba de su fortuna, pues tan contraria le era, mandando luego que se tocase al arma con tanta priesa y desatino que algunos no acertaban á ensillar sus caballos y otros no sabian dónde habian de acudir, y el visorrey mandó que caminasen la via de Pasto los que estaban armados, y con setenta lanzas y algunos arcabuceros fué hácia el camino por donde los enemigos habian de venir, é como fuese caminado é ya se supiese lo que habia sido, porque venido el dia se conoció, fué avisado ser burla todo lo que le habian dicho, porque ningun sentimiento habia de venir tan cerca los enemigos; lo cual como por él fuese oido, alegrándose mucho mandó que la nueva fuese luego á donde iban los delanteros, porque los vecinos del Quito con sus mujeres se asosegasen, é de allí anduvo el visorrey con muy gran trabajo hasta llegar al pueblo de Funes, donde quisiera descansar si el tiempo para ello le diera lugar, adonde con acuerdo de sus capitanes caminó hácia la villa de Pasto, donde á cabo de dos dias llegó y halló que Francisco Hernandez habia recogido muchos bastimentos. Juan Marquez, el señor de Tuça, que por mandado de Pizarro habia salido de Quito, llegado á su pueblo, que del traje y costumbre es de los Pastos, envió mensajeros á todos los pueblos dellos para que se alzasen y rebelasen y no diesen favor ni ayuda al visorrey ni á los que con él iban, y como los indios sean amigos de novedades y viesen quel visorrey iba huyendo é Pizarro con los suyos venian vituriosos, no fué menester exhortarlos mucho Juan Marquez, porque luego se alzaron todos los más pueblos de los Pastos, sin querer servir á los que los tenian por encomienda, y aguardaban á salir á hacello á Pizarro, pues venia ya tan de cerca. Como el visorrey llegase á la villa de Pasto, dicen que pensó con los suyos no salir della si no le constriñesen á ello los enemigos con la demasiada potencia que traian, y allí hizo reseña y se halló que habia en Pasto con él hasta trecientos españoles, y salió el maestre de campo Juan Cabrera acompañado de algunos dellos á hacer la guerra á los indios comarcanos á la villa, por se haber rebelado por los dichos de Juan Marquez, y con él fué Alonso de Fuenmayor, que era alcalde del rey nuestro señor

en ella; allí nombró el visorrey por capitan de gente de á caballo á Francisco Maldonado, vecino de la cibdad de Tunjar, que es en el nuevo reino de Granada, provincias de Bogotá; tambien nombró que lo fuese Hernando de Cepeda, vecino desta villa de Pasto, y por entercicion del capitan Juan Cabrera nombró por capitan tambien de gente de á caballo á Garcia de Bazan, que habia sido su alferez, y allí tambien mandó el visorrey que Francisco Hernandez fuese capitan de todos los arcabuceros que habia, y entendió en mandar hacer armas de cueros de vaca doblados, que eran muy recias y provechosas para recebir cualquier golpe de pica, lanza ó espada; el capitan Maldonado estuvo algo enfermo, y mientras el maese de campo Juan Cabrera andaba haciendo la guerra á los indios, mandó el visorrey á Sancho de la Carrera, vecino del Quito, que con algunos caballos ligeros fuese á correr el campo hácia la cibdad del Quito y viese si venia el enemigo. Sancho de la Carrera se partió á lo hacer y el maestre de campo Juan Cabrera, con los demás que andaban fuera, despues de haber hecho algun daño en los indios se volvieron á la villa.

CAPÍTULO CLIII

De cómo estando Gonzalo Pizarro con determinacion de salir del Quito siguiendo el alcance del visorrey, fué hallada una carta dentro de su palacio, y de cómo sobrello se dió tormento al capitan Diego Maldonado, y de su salida del Quito.

Por lo que tenemos escrito habrá el lector entendido la llegada de Gonzalo Pizarro á la cibdad del Quito, desde donde invió, como contamos, á Juan Marquez á que hiciese alzar la provincia de los Pastos, y estando aparejando su partida los capitanes y él para ir en seguimiento del visorrey, trataban sobre aquel negocio en sus consultas y congregaciones, y estando retraido Gonzalo Pizarro con los capitanes Guevara y Cermeño y Hernando Bachicao, allegó á la puerta el capitan Diego Maldonado, y como estuviesen tratando sobre los negocios en que andaban, Diego Maldonado habló allí con Gonzalo Pizarro, diciéndole que mirase cuántas y cuán crecidas mercedes le habia hecho Dios nuestro Señor, pues le sacó de la Canela despues de haber pasado tantos y tan grandes trabajos, traídolo para que reviviese el nombre de los Pizarros, que ya de todo punto estaba caido; y que pues hasta allí le habia sido la fortuna próspera y habian siempre hecho sus hechos á su sabor, que debia de, mirando á Dios y al rey, hacer sus negocios con temor dellos y enviar personas de autoridad y valor á que informasen á Su Majestad de lo que hasta allí habia subcedido, y que de aquella manera podia justificar su causa; é oyendo estas palabras Gonzalo Pizarro á Diego Maldenado, le mandó que callase, porque no entendia lo que decia, ni habia de ir guiado de aquella manera; y ansí cuentan que salido de allí Diego Maldonado, Gonzalo Pizarro quedó tratando sobre lo que habia primero hablado, que era en que se fuese en seguimiento del visorrey, y aquella noche dicen quel licenciado Rodrigo Niño escribió una carta con letras disfrazadas y sin firma y la dejó dentro en la cámara de Gonzalo Pizarro, en la cual casi decia las palabras formales que Diego Maldonado habia dicho, añidiendo que debia de enviar relacion á Su Majestad suplicándole, perdonando lo pasado, los quisiese tener por sus vasallos llanísimos, porque no entenderian en otra cosa sino en serville como á su rey y señor natural; pues como la gente saliese fué hallada la carta que decimos, é leida luego, creyó Gonzalo Pizarro que pues aquel mismo dia Diego Maldonado le habia hablado sobre aquellas cosas, quél debió d' escrebir la carta, y mandó llamar á consulta al maestre de campo Francisco de Caravajal y al licenciado Cepeda y al licenciado Caravajal y á los otros capitanes, y venidos les mostró la carta diciendo que era motin y alborotar el reino y que convenia hacer justicia de quien aquella carta habia escrito; dicen que Cermeño, el capitan, y Ovando, no solamente afirmaron haber Diego Maldonado echado la carta, mas lo juraron solenemente; lo cual creo yo que debia de ser por le robar el hacienda que allí tenía; y ansí como Gonzalo Pizarro oyó aquello que habian jurado, mandó al maestre de campo que hiciese justicia, y fué el capitan Cermeño con veinte arcabuceros á traer á Maldonado y vinieron con él á casa de Gonzalo Pizarro, adonde unos eran de parescer que fuese luego muerto, y otros que se inquiriese la verdad y luego se hiciese justicia; el maese de campo Francisco de Caravajal dijo: *no es menester alargar más tiempo en dar la vida á este que ya vive de gracia y tiene merecida la muerte desde el tiempo que salió del Cuzco;* diciendo estas palabras lo quiso echar por unas ventanas abajo, y dicen quel licenciado Benito Juarez de Caravajal, ó el licenciado Cepeda, quel uno dellos lo excusó, y creo que fué Caravajal antes que Cepeda, el cual dijo que no era

justo matar un hombre tan principal como aquél, porque seria escandalizarse el pueblo, sino que diesen órden que si él lo hobiese hecho, lo confesase por su boca y despues hiciesen lo que hallasen por justicia; el maese de campo dijo: *pues si no está en más deso, déjenme á mí el cargo, que yo lo sabré;* é luego tomó á Diego Maldonado y acompañado de aquellos arcabuceros le llevó á su posada y le dijo: *buen caballero y señor capitan, el más rico de todos los del Perú, ved esta carta* [*á*] *mi señor y decidme qué os movió á escrebir lo que en ella se contiene, porqu' el gobernador mi señor no tenia nescesidad de consejo;* á lo cual no queriendo Diego Maldonado responder, entraron Martin de Robles y el licenciado Cepeda, los cuales venian á hallarse presentes porque no hiciese alguna sinjusticia el maestre de campo por estar mal con Diego Maldonado, y le mandaron tomar juramento, y declaró que no sabia nada, pero que él creia, si alguno la echó, que era el maestre de campo; en fin, Diego Maldonado fué puesto á quistion de tormento y no confesó cosa alguna, por estar inocente de aquel caso. Caravajal, el maese de campo, quiso luego mandarle matar; el licenciado Cepeda y el capitan Martin de Robles no se lo consintieron, diciendo que se diese primero parte al gobernador, y estando la vida del capitan Diego Maldonado en tanto extremo, el licenciado Leon y el capitan Hernando Bachicao, conociendo ó barruntando ser la letra de la carta hecha por el licenciado Rodrigo Niño, fueron para él y desenvainando las dagas alzaron los brazos diciendo que dijese la verdad; donde no, que descargarian los golpes en él. Rodrigo Niño dijo que le asegurasen la vida y que diria lo que era; ellos le respondieron: *bien;* y ansí contó lo que era, diciendo que por el bien de Gonzalo Pizarro habia escrito la carta, y Bachicao y el licenciado Leon hablaron á Pizarro sobre lo contenido, el cual dió la vida á Rodrigo Niño y mandó que trujesen al capitan Diego Maldonado, que puesto estaba en el burro, y traido, Gonzalo Pizarro le pidió perdon. Luego otro dia Gonzalo Pizarro desterró de su campo al mismo Rodrigo Niño, el cual le echó tantos rogadores que al fin se hobo de quedar como de antes. Gonzalo Pizarro mandó sacar las banderas y *que* todos siguiéndolas se moviesen á ir en seguimiento del visorrey, lo cual fué hecho como se lo mandó, y anduvieron hasta llegar á Otabalo; pues como los bárbaros vian que iba viturioso, salian á le recibir poniendo grandes arcos en sus pueblos, llenos de flores y de juncia, por donde entrasen; proveian de bastimento todo lo nescesario; y de Otabalo anduvo hasta llegar á los aposentos de Carangue, adonde le vinieron cartas á Gonzalo Pizarro del pueblo de Tuza, inviadas por Juan Marquez, en que le hacia saber cómo el visorrey estaba en Pasto y que por su causa y buena maña se habian rebelado todas las provincias de los Pastos, que pocos dellos servian al visorrey, y que los indios le decian que venian treinta corredores de Pasto para le prender, por lo cual si fuesen de su campo algunos, que podria ser prendellos; oido aquello por Gonzalo Pizarro mandó á su maestre de campo Francisco de Caravajal que con algunas lanzas y arcabuceros fuese á se encontrar con aquellos corredores del visorrey y procurase de los prender.

CAPÍTULO CLIV

Cómo los corredores del visorrey vinieron caminando hacia el Quito, y de cómo se vieron con Caravajal, é de lo que hizo el visorrey y Gonzalo Pizarro.

En los capítulos precedentes hecimos mincion cómo el visorrey desde la villa de Pasto mandó á Sancho de la Carrera y á otros que se partiesen hácia Guaca para saber de los indios si el tirano era ya partido de la cibdad del Quito, yendo con grande aviso para que si viesen su campo ó corredores, diesen la vuelta á toda priesa para le avisar; y éstos lo hicieron ansí y anduvieron hasta llegar al pueblo de Illes; el maestre de campo vino con los suyos hasta que allegó á los términos de los Pastos, donde supo cómo era verdad que venian de aquella villa corredores, mas que ya estaban parados; pues como el maestre de campo Francisco de Caravajal oyese aquello, acordó con los suyos de aguardar á que Gonzalo Pizarro llegase allí, el cual como se diese toda priesa á andar con los suyos, en pocos dias allegó donde su maestre de campo estaba, el cual con los mismos que habia traido para correr prosiguió su camino y anduvo hasta tres leguas, y caminando otro dia á toda priesa allegó á unos aposentos, de los cuales salieron, y no mucho trecho de allí, apartándose por un lado del camino real, un Martin de Garay, vecino de la cibdad de Goamanga, fué á salir á un altillo, donde vido dos escuderos con sus caballos, los cuales eran de los corredores del visorrey, y él, creyendo eran de los de su parte, dijo *¡quién vive!* á lo cual respondió uno de los otros: *el rey y Blasco Nuñez su visorrey*; y viendo Martin de Garay que habia más que aquellos que allí pa-

rescía, dió la vuelta á toda priesa hiriendo á su caballo de las espuelas; los del visorrey le fueron siguiendo y cayó en una ciénaga ó arroyo su caballo y fué preso por los corredores del visorrey, el cual, viéndose en su poder decia que le matasen y no le llevasen á la presencia del visorrey. Sancho de la Carrera y los otros le preguntaron por el campo de Gonzalo Pizarro, y él respondió que no muy lejos de allí debia estar, y que el maestre de campo Francisco de Caravajal con algunas lanzas y arcabuces venia á correr; pues como ellos aquesto oyeron cobraron temor y volviendo las riendas á sus caballos se comenzaron á retirar á toda priesa, llevando preso á Martin de Garay, el cual viendo aquello, desabrochándose las ropas dió muestra en su pecho en qué parte estaba el camino para herir en sus entrañas, y ansí dicen que decia que le hiciesen tan singular beneficio que le matasen, porque holgaría antes de quedar en el campo muerto, que no verse vivo en presencia del visorrey; los corredores no quisieron ensangrentar sus espadas leales en la sangre del que ansí pedia la muerte, diciendo que no querian ser crueles; que el visorrey haria justicia en viéndole. Caravajal habia llegado con los suyos á unos aposentos que no muy lejos de allí estaban, desde donde saliendo algunos de los que con él venian pudieron ver á los corredores del visorrey y volvieron á toda priesa á dar arma. Caravajal salió con los demás y comenzó de seguir á los enemigos con gran celeridad, los cuales abajaban á un rio, á donde bebieron, y subieron la cuesta arriba. llegando á ellos un comendador portugués llamado Juan Jaco, y con una lanza hirió á un caballo; Sancho de la Carrera denodadamente volvió el rostro contra el comendador portugués y le hirió malamente en un brazo, y con buena órden se iba retirando con los suyos á dar mandado al visorrey de la venida de los contrarios; en este rio se les quedó el caballo de Martin de Garay, el cual, viendo el socorro que tenia se pudo huir, porque ya Caravajal con los suyos les iba siguiendo, y si no fueran tan buenos hombres los del visorrey, ciertamente corrieran grande riesgo, y fué uno dellos preso, y dicen que á intercicion del Martin de Garay no fué muerto. Francisco de Caravajal prosiguió buen trecho y sabiendo del que habian preso cómo el visorrey estaba en Pasto, no curó de más andar, sino volverse á donde Gonzalo Pizarro estaba, al cual dió aviso de todo lo subcedido. Sancho de la Carrera anduvo hasta que llegó al pueblo de Illes, y por todo el camino los perseguian los Pastos tirándoles piedras y dardos desde donde hallaban lugar dispuesto para ello; de allí fueron hasta llegar al pueblo de Funes, donde hallaron ciertas lanzas de la compañia del capitan García de Bazan, y volviéronse todos á Pasto, quedando cinco leguas de la villa aquellos que habian salido, para que si los enemigos viniesen, pudiesen volver á dar aviso al visorrey, el cual, como supo de Sancho de la Carrera lo que habia subcedido, le pesó porque no mataron á Martin de Garay, y mandó que toda la gente de guerra estuviese aparejada para saber cuando el enemigo viniese. Gonzalo Pizarro, entendido quel visorrey estaba en Pasto, mandó que todos se pusiesen en órden y anduviesen á toda priesa para le seguir, y era tan aborrescido el visorrey de los que seguian á Pizarro, que no entendian en otra cosa sino en su destruicion, y ansí con ser aquella tierra áspera, llena de céspedes y de quebradas dificultosas, no fué menester mucho exhortallos para que se pusiesen en el camino, y ansí fueron en seguimiento del visorrey, y allegados sus corredores al pueblo de Funes fueron vistos por los del capitan García de Bazan y volvieron á toda priesa á dar aviso al visorrey, el cual como lo supo mandó que todo el bagax saliese, haciendo lo mismo los vecinos de Quito con sus mujeres, y se diesen toda priesa á andar hasta que pasasen el rio Caliente. Caminando la vuelta de Popayan habia quedado conquistando los naturales que se habian rebelado Alonso de Fuenmayor, con hasta cuarenta soldados, y subcedió un gran desman, que sabido por Gonzalo Pizarro dellos los pudo prender, aunque algunos dicen que ellos se quisieron pasar á él, ó que ya que á esto no se atrevieron, avisó de su venida, y que por la remision de Fuenmayor fueron presos; estos vinieron á la villa de Pasto, donde se entregaron á Pizarro. Despues de haber despachado el visorrey á toda la gente de pie y á los vecinos casados del Quito y á todo el bagax, acordó de ir á hacer rostro á los enemigos para los entretener y que los suyos pudiesen seguir su camino, porque en Pasto se determinó por él y por los capitanes y el Oidor Alvarez de que seria cosa acertada con brevedad retirarse á la cibdad de Popayan; quedaron con el visorrey hasta ochenta ó noventa lanzas y treinta ó cuarenta arcabuceros; con éstos volvió para ver si el capitan Bazan, que por su mandado estaba hasta tres leguas de allí, traia nuevas de la venida del enemigo, y para lo entretener algun tanto porque su gente pudiese pasar el rio Caliente, que va por entre dos incumbradas sierras, doce leguas de la villa de

Pasto y veinte y ocho de la cibdad de Popayan. Estaban tan temerosos todos los más de los que con el visorrey estaban, en oir la venida de los tiranos, que bien se les parescia en los rostros cuán enojoso les era el volver hacia ellos; yendo, pues, caminando, encontraron al capitan García de Bazan, natural de la cibdad de Jerez de Extremadura, el cual dijo que Pizarro habia partido aquel dia del pueblo que ha por nombre Tuquerresmey, que es dos leguas y media de allí, por donde que segun razon no estaria media legua dellos; é oido esto por el visorrey preguntó qué caminos más habia que el real donde ellos estaban, que pudiesen venir á la villa; fué avisado por hombres que bien sabian la tierra, que por la mano diestra iba un camino que pasaba por la otra parte del volcan, por el cual podia Pizarro con su gente tomalles la delantera y allegar al rio Caliente antes quél, y que por la mano siniestra podia bajar al valle de Atus y entrar en la villa si estaba tan cerca como decian; oidas estas cosas por el visorrey, despues de mirados otros inconvinientes muy dificultosos que habia, determinó á toda priesa caminar hácia la provincia de Popayan, y porque creyó que Pizarro habia tenido noticia de cómo él tenia en la villa de Pasto trecientos hombres con los cuales habia dicho que le habia de aguardar para le dar la batalla, mandó á seis escuderos, los que más alentados y ligeros caballos tenian, que se quedasen para que los enemigos, viéndoles, creyesen que eran corredores y quél con la demás gente no estaba lejos de allí, y quél podria ir su camino y ellos á toda priesa lo viniesen siguiendo.

CAPÍTULO CLV

De cómo el visorrey se retiró á la cibdad de Popayan, y de cómo Gonzalo Pizarro entró en la villa de Pasto, desde donde fueron siguiendo al visorrey, por su mandado, el licenciado Benito Juarez de Caravajal y el capitan Juan de Acosta, y lo que más pasó.

Determinado por el visorrey de se retirar á la cibdad de Popayan, á buen paso con los suyos anduvo hasta que tornó á entrar en la villa de Pasto, adonde desenfrenados los caballos se les dió maiz, y tomadas algunas mochilas dél para comer por el camino que habia desde allí á Popayan, que son cuarenta leguas y en pocas ó en ninguna parte pudieran hallarlo para comer, por estar los indios y pueblos desviados del camino; y como entrase en la villa, los vecinos que en ella estaban le fueron á hablar, diciéndole ¿qué les dejaba mandado que hiciesen? el visorrey no inoraba que ya deseaban vello ido, para recibir en ella á Gonzalo Pizarro, pues venia viturioso; mas al fin, disimulando con ellos les respondió con gran severidad, que no tenia que decilles sino que mirasen que eran vasallos del rey nuestro señor, y que se excusasen lo más que pudiesen de dar favor á los que perseguian su real justicia, procurando siempre de envialle aviso de lo que pasaba; y ansí, diciendo esto, el visorrey salió de Pasto bien contra su voluntad; por ser aquel pueblo muy abastado y estar en buena comarca holgara de que no le compelieran á salir dél, y ansí se dió toda priesa á andar; Gonzalo Pizarro venia con su gente acercándose á la villa, y como viese aquellos corredores quel visorrey habia dejado, creyó que sin dubda estaba en ella, y los del visorrey volviendo las riendas se juntaron con él; caminando la vuelta del rio Caliente, Pizarro, ya que allegaba cerca de la villa salió á él un vecino della, llamado Meneses, el cual dicen que le dijo cómo el visorrey iba ya huyendo, é oido por Pizarro mandó á su gente que marchase á toda priesa, y anduvo hasta que entró en la villa, donde fué recibido por los vecinos della y asentaron las tiendas en el campo junto á la villa, pesándole á él y á todos los suyos de la ida del visorrey, paresciéndoles que la guerra de nuevo se comenzaba, é denostábanle todos llamándole de cobarde que huía sin hallar donde parar. Gonzalo Pizarro mandó que se aparejasen los que más dispuestos se hallasen para ir en seguimiento del visorrey, y como el licenciado Benito Juarez de Caravajal le hobiese cobrado tan grande ódio y enemistad desde que dió la muerte al factor su hermano, luego se ofresció de ir en su seguimiento. Gonzalo Pizarro fué contento dello, mandando que saliesen ochenta lanzas y setenta arcabuceros con los cuales fuesen los capitanes Juan de Acosta y Juan Velez de Guevara y anduviesen todo el tiempo ó camino quel licenciado Caravajal les mandase, y ellos se pusieron á punto y salieron de la villa de Pasto yendo en seguimiento del visorrey que á toda priesa andaba por pasar el rio Caliente antes que los enemigos llegasen; el bagax ya habia llegado á él, y aun pasado la mayor parte; el licenciado Caravajal y los suyos partieron de Pasto á la primera vigilia de la noche y anduviéronla toda con gran trabajo, por ser el camino muy dificultoso, lleno de quebradas y rios, de manera que iba con grandísimo trabajo, y no embar-

gante que habia pasado el rio la parte del bagax que hemos dicho, antes que amaneciese dieron en harta parte de lo que restaba é muchas yeguas, potros y esclavos, grandes manadas de puercos y ovejas, y ansí entregándose los soldados en ello, pues el robar se tiene por premio de la guerra, caminaban á toda priesa, porque tanta gana llevaba el licenciado Caravajal de fatigar y molestar al visorrey, que parescia que su salvacion consistia en derramar de su sangre. En este tiempo que llegaba el licenciado Caravajal á la cumbre de la sierra, acababa de llegar á lo bajo del rio el visorrey, bien fatigado de la sed, porque en todo aquel camine no hay otra agua que la *que* lleva el rio, la cual es una de las singulares y excelentes que hay en gran parte deste imperio de Indias, y ciertamente si el visorrey tuviera aviso de recoger la más gente que pudiera de la suya y aguardara á que bajaran los enemigos, fácil cosa fuera de los desbaratar, porque llegaron tan fatigados de la sed que por henchir sus vientres de agua hicieran camino por las picas sin temor de las pelotas que por los cañones de los arcabuces salen. En este tiempo, como el licenciado Benito Juarez de Caravajal llegase á lo superior de la cuesta, hizo alto con los que con él estaban, y el capitan Juan de Acosta abajó hasta una lomilla quemada que cerca de allí estaba, desde donde miró que el visorrey y los suyos andaban pasando el rio, para tomar el camino que sube á la cumbre de la sierra, y viéndolos pasar á su salvo sin tener contraste ninguno, abajó con todos los que le siguian cuesta abajo para ir al rio. El licenciado Caravajal, viéndolo ir le pesó, diciendo que si algun mal subceso rescreciese, que no le echarian la culpa á Juan de Acosta, sino á él, y que estaba por se volver: y despues de haber hablado sobre lo que harian, acordaron de abajar, y con haber sacado ciento y cincuenta hombres se le habian ya quedado más de setenta, de manera que no llevaba ochenta: unos á robar; otros de flaqueza; otros por no tener mucho ánimo; con éstos que le restaban abajaron por aquella alta sierra cuando el resistero del sol era más caliente y con gran polvareda y tan fatigados de sed que verdaderamente todos pensaron perecer; el visorrey, que los vido abajar, dicen que puso en plática que seria cosa acertada aguardarlos, y que unos decían que todo el campo de Pizarro venia allí y que se verían en trabajo de ser todos muertos ó presos; otros decían que los aguardasen, que los que allí venian no eran sino corredores ó alguna capitanía que venian á roballes el fardaje; mas tanto era el miedo y pavor que habian cobrado á los Pizarros, que tuvieron por cosa más segura subir la sierra; en esto los enemigos venian á toda priesa fatigados de la sed, y como sea tan furioso aquel rio hallaron allí algunos lios de ropas y armas del visorrey y del su maestre de campo Juan Cabrera, que con la priesa que llevaban no se pudo pasar; lo cual fué robado por los que abajaban, y ansí como llegaron al rio iban los caballos y mulas con tanta sed que no bastaba herirles de las espuelas para querer pasar de la otra parte, y alli se refrescaron y comieron de lo que traian, y el visorrey con tres ó cuatro de á caballo se paró desde la sierra á mirar á los enemigos, y los que vinieron con el licenciado Benito Juarez de Caravajal dieron una arma, y á lo que allí parescio, segun dicen, mostró poco ánimo el capitan Juan Velez de Guevara, y Sabastian Sanchez de Merlo [1], vecino de la cibdad de Los Reyes, porque no acordándose de que habian hasta allí venido en seguimiento del visorrey, volvieron [2] las espaldas al rio y los rostros á la fragosa sierra por donde habian abajado, para por ella subir. y como el arma fuese falsa y hasta alli tuviesen el campo seguro, conociendo ser ansí dieron la vuelta. Estando todos juntos en el rio y el visorrey con aquellos tres ó cuatro, miraba lo que pasaba, quejándose de su fortuna, pues tan infelice le habia sido. Juan de la Torre, que allí estaba, alzando la voz dijo palabras muy desacatadas contra el visorrey, diciéndole que ¿hasta dónde habia de parar y dejar de huir? que era un cobarde y que hasta el paraiso terrenal que fuese le habia de seguir, y otras desvergüenzas, las cuales el visorrey sintió grandemente y dicen que echándose mano de las barbas miraba al cielo y que volviendo las riendas á su caballo fué en seguimiento de los suyos lleno de grande angustia.

CAPÍTULO CLVI

De cómo el visorrey fué siguiendo su camino hácia la cibdad de Popayan, pasando mucho trabajo de hambre, y de cómo Gonzalo Pizarro, sabido la retirada del visorrey, tomó consejo para determinar lo que habia de hacer.

Ya terná noticia el lector cómo el visorrey desde Ipiales despachó al capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla á que fuese á donde estaba

[1] En el ms., *Mierlo*.—[2] En el ms., *volviendo*.

el adelantado don Sebastian de Belalcazar, y cómo ansímismo despachó á su hermano el general Francisco Velazquez Vela Nuñez para que yendo á salir á la provincia de Cartagena pudiese por el mar Oceano ir á hacer gente en la Tierra Firme y pedir favores á todas las reales Audiencias y gobernadores destas partes para que él pudiese ser socorrido, lo cual hecho partiese luego á los reinos d'España, que era la cosa que él más deseaba. Vela Nuñez, pues, como llegase á la cibdad de Popoyan y denunciasen la venida del visorrey al Quito huyendo de la potencia tiránica de Pizarro, diciendo cómo ya era entrado en la gobernacion con voluntad de rehacerse en ella para poder tornar á tentar su fortuna con las ayudas que le vendrian de todas partes, las cuales nuevas sabidas en Popayan y que desde la cibdad de San Miguel el enemigo viturioso venia dando alcance, maldecian al visorrey y á Pizarro, y ansimismo se acuitaban creyendo que Pizarro querria ocupar la gobernacion y hacerse señor della como lo era del Perú, y que siendo ansí, los nefarios soldados se apoderarian de su cibdad, sin lo cual les robarian sus haciendas; luego se divulgó y extendió esta nueva por todas las cibdades que estan situadas en las regiones de aquella provincia y mostraron grande sintimiento, aunque á la verdad los vecinos de Cartago y Ancerma sentian ellos el aflicion del visorrey y de vello andar tan corrido, y por temor de Pizarro ninguna cosa se les daba, antes se reian de que intentase apoderarse de sus cibdades, porque podian ponerse en partes tan fuertes que aunque los cercase y estuviese muchos dias sobrello, no era parte para constriñirlos á rendirse; y fué la nueva al Adelantado en Paucora, donde lo dejamos, y pesóle, no del trabajo que habia traido el visorrey, sino que hobiese entrado en la provincia quél tenia en gobierno; y vino en este tiempo nueva á la gobernacion que estando en España el capitan Jorge Robledo le despacharon los señores del Consejo para que viniese á la provincia de Cartagena, adonde estaba el licenciado Miguel Diaz Almendariz, para que despues de le haber tomado residencia le dejase por su lugarteniente en las mismas cibdades que Robledo habia fundado, y otras cédulas y mercedes para aquellas provincias, que adelante dará á entender el discurso de nuestra obra; y ansimismo que el rey nuestro señor lo habia hecho su mariscal de la cibdad de Antiocha, y otras cosas de nuevas que suelen venir, las cuales como allegasen causó alteracion en los ánimos de todos los que vivian en la gobernacion, porque los más nobles de los vecinos de las cibdades que pobló Robledo deseaban vello vuelto á la gobernacion con mando superior, y los demás aborrescian los que éstos deseaban y habia grandes porfías entre unos y otros, y como Belalcazar lo supo decia que habia de defender la tierra con la lanza en la mano; y el capitan Alvaro de Mendoza que se lo oyó, dijo que si el rey se la daba á Robledo, ¿por qué habia él de defenderla con armas ni con otra cosa? á lo cual respondió Belalcazar que primero se la dió á él, y ansí pasaban práticas sobre estas cosas. El visorrey ya dijimos que estaba de la otra parte del rio Caliente, y como viese que ya sus enemigos estaban en el agua y los suyos que habian ido subiendo, habiendo oido las palabras que dijimos á Juan de la Torre, venia caminando á salir á la cumbre de la sierra, muy triste, porque su gente no tuvo ánimo ó voluntad para pelear con los enemigos, pues eran tan pocos, y quejábase de que los quél habia nombrado por capitanes fuesen más prestos para huir que los otros soldados; y esto dijo porque al tiempo que allegaron al rio, Garcia de Alba, gran capitan de lanzas, habiendo traido una adarga siempre en el arzon, la tuvo en aquel punto por enojosa y la dió á Diego d'Ocampo diciendo quél no podia aguardar allí por tener ruin caballo, y como esto dijo subió la cuesta arriba, y el capitan Cepeda y otros hicieron lo mismo, y el visorrey lo notó, teniendo dello el sentimiento que decimos; yendo, pues, caminando vido que un soldado, por no querer andar con priesa un indio que llevaba entre otros ensartados en una cadena, por pararse á la abrir é sacar, le cortó la cabeza con un afilado cochillo, y el visorrey que lo vido se maldició muchas veces, diciendo que ¿cómo Dios le habia de hacer merced? y que tenia grande lástima por no poder remediar las cosas que via, pues eran tan abominables algunas dellas; y ansí anduvo hasta que llegó á una laguna, y los soldados que habian venido con el licenciado Benito Juarez de Caravajal subieron hácia la sierra y volvieron muchas yeguas, potros, ganados y fardaje que llevaban, lo cual repartian entre sí, y fué preso un Enciso y otros, y dieron la vuelta á subir á la cumbre de la sierra, desde donde tomaron el camino para se volver á Pasto, y el visorrey paró en una laguna que hacia la sierra antes de llegar á lo alto, desde donde mandó que todos los que iban delante le aguardasen en el pueblo que llaman de la Sal, y fuesen apercibidos, porque si el licenciado Caravajal viniese en su seguimiento no los tomase desapercebidos, y ansí se hizo y anduvieron hasta llegar al valle de Patra muertos de

hambre sin llevar que comer; mataban algunos caballos, de la carne de los cuales comian no teniéndola por de poco precio, y ansí fueron caminando la vuelta de Popayan con muy gran trabajo y nescesidad, y algunos allegaron á Popayan y publicaron quel visorrey debria de ser muerto ó preso, pues que los tiranos allegaron tan cerca; y á cabo de dos ó tres dias allegó el visorrey y su gente á la cibdad de Popayan, tan flacos y cansados que era gran lástima de los ver, y el visorrey dió infinitas gracias á Dios por lo haber traido allí, y los suyos decian desvergonzadamente que si quisiese pasar la balsa del rio Grande para ir á Antiocha, que antes permitirian morir que no seguirle, y que bien seguros estaban si Pizarro los viniese siguiendo que no los habia de matar. Pues como el licenciado Benito Juarez de Caravajal y los capitanes Acosta y Guevara allegasen á la villa de Pasto, fueron bien recibidos de Gonzalo Pizarro, y allí se entró en consulta con todos los capitanes principales para ver lo que se debria de hacer, porque unos daban sus voctos en que se debria de seguir al visorrey hasta la provincia de Cartagena; otros decian que no, sino que bastaba haberle echado de los términos del Perú, y por esto y porque decian que la gobernacion de Popayan era falta de mantenimientos, tanto que no podria por via ninguna sustentarlos, se determinó de dar luego la vuelta hacia el Quito, y antes que llegase á él le llegaron las cartas de Toro, que traian mensajeros de la cibdad de Los Reyes, y le dijeron cómo estando en Las Charcas se acordaron Diego Centeno y Lope de Mendoza, Alonso Perez de Castillejo, Francisco Negral con otros, para dar la muerte á Francisco de Almendras, su capitan, y que idos á la villa de Plata disimuladamente se la dieron, y habian alzado por capitan general á Diego Centeno, el cual hacia junta de gente para venir contra el Cuzco, y que Alonso de Toro habia hecho junta de gente ansimismo para le ir á resistir; con esta nueva recibió gran turbacion Gonzalo Pizarro, teniéndola por de grado importante, como lo era.

CAPÍTULO CLVII

De cómo Gonzalo Pizarro con acuerdo de sus capitanes acordó de inviar á la Tierra Firme al capitan Pedro de Hinojosa por general, y que con él fuesen otros capitanes, y de cómo se partieron.

Olvidéme que este proveimiento de Hinojosa no fué desta vez que Gonzalo Pizarro volvió de dar el alcance al visorrey, sino al tiempo que entró en Quito cuando lo venia siguiendo, y en esto no sé de qué me culpar, pues vemos que una carta mesiva que uno escribe, ninguna vez la torna á leer que no halla qué enmendar, olvidando de poner algunas cosas primero que otras; cuanto más un proceso tan grande como es nuestra narracion, y basta esto para satisfacer al lector, y entenderá que como Gonzalo Pizarro estuviese en el Quito, el licenciado Cepeda y el licenciado Caravajal, el maese de campo, el capitan Pedro de Puelles, el capitan Bachicao, Juan Velez, Diego Guevara, Pedro de Hinojosa, con los demás capitanes é principales trataron sobre que ya la guerra contra el visorrey se habia hecho con todo rigor, y muy al descubierto se entendia el yerro que se habia cometido, y que despues ya era tiempo que volviesen los mensajeros que fueron de la cibdad de Los Reyes á España á dar cuenta al rey de lo subcedido; que debrian de inviar á Panamá algun capitan para que ocupase aquella cibdad, para que libremente pudiesen ver el proveimiento que venia d' España, y tambien porque es la llave de todo el reino, porque podia ser quel visorrey enviase algun capitan á que se apoderase en ella, y que le entraria por allí gente y armas con que fácilmente se podria rehacer. El licenciado Cepeda decia, segun supimos, que era muy importante negocio el ir á tomar á Panamá, porque teniendo aquel reino estaba seguro lo de acá, é que si Su Majestad no los quisiese perdonar y enviar la gobernacion á Gonzalo Pizarro, que lo asolarian y despoblarian totalmente; y ansí despues que hobieron praticado sobre el provecho grande que les resultaba de tener por suyo aquel reino, trataron sobre quién inviarian por general. El capitan Hernando Bachicao con todas sus fuerzas procuraba se le volviese á dar el cargo, poniendo por delante el grande efecto que tuvo y cómo con tan poca gente habia allegado á Panamá y ocupádola y traídole tanta gente y armas; mas como ya supiesen que Bachicao habia hecho grandes insultos é robos en aquella cibdad y cuán mal quisto habia quedado en ella, no les parescia que seria bien confirmarle el cargo, y como Gonzalo Pizarro tuviese gran confianza de su capitan de la guardia Pedro de Hinojosa, puso los ojos en él para le inviar á la Tierra Firme, y ansí lo publicó y dió á entender á todos los de la consulta, los cuales vinieron en ello, y Gonzalo Pizarro habló á Pedro de Hinojosa que mirase que por tener del gran concepto le enviaba á cosa tan grande, por lo cual le rogaba le fuese fiel amigo

en todo; el licenciado Cepeda le dijo que mirase que no era tiempo de ser cristiano, sino de hacer lo que convenia á la sustentacion de sus vidas y haciendas, y que se diese buena maña en el cargo que llevaba, pues era tan calificado y de tanto peso; Pedro de Hinojosa se profirió á hacer enteramente lo que le era mandado, y se le dió alguna gente para que fuese con él en las naves, porque si se recreciese tener batalla naval hobiese resistencia, y nombró por capitanes á Juan Alonso Palomino, vecino del Cuzco, que mucho y con gran voluntad le habia servido en aquella guerra, y á Rodrigo de Caravajal, y por alferez general nombró á don Juan de Mendoza; el capitan Pablo de Meneses no podemos negar sino que iba contra su voluntad en compañía y servicio de Gonzalo Pizarro contra el visorrey; como viese que Gonzalo Pizarro le queria seguir hácia la gobernacion ó provincia de Popayan, paresciόle que le seria gran provecho y menos daño irse con Pedro de Hinojosa á Panamá, y ansí lo procuró, rogándole muy aincadamente que lo llevase consigo; el general Pedro de Hinojosa lo hizo; tambien fué con él don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y hecho este nombramiento, porque no quedase descontento Hernando Bachicao le nombraron por capitan de infantería. Pedro de Hinojosa con los demás capitanes se partió de Quito despues de le haber dado Gonzalo Pizarro los despachos que habia de llevar y la instrucion por donde se habia de regir, y anduvo con su gente y capitanes hasta que llegó á la isla de la Puna, donde halló la armada que Bachicao habia traido, y metiendo en las naves bastimento nescesario y el artilleria toda, desplegaron las velas para se partir, mandando al capitan Rodrigo de Caravajal que se adelantase en una nave, y llegado que fuese á Panamá diese á entender á los moradores della de su ida, con la cual no recibirian ningun agravio, antes satisfaria los daños que Bachicao habia hecho en aquella cibdad.

CAPÍTULO CLVIII

De las cosas quel visorrey hacia en Popayan, y cómo su hermano Vela Nuñez, por consejo de Juan Ladrillero, dejó la ida por Uraba por ir por la Buena Ventura, y de cómo fué preso por el general de Pizarro Pedro de Hinojosa.

Llegado que fué el visorrey á la cibdad de Popayan, como habemos contado, fué recibido de los moradores della y le aposentaron en su cibdad, y algunos soldados, como venian tan temerosos, no teniendo por seguro el estar en Popayan, pasaron el rio Grande y fuéronse á la cibdad de Cali, adonde como dijesen que se creia quel enemigo venia en seguimiento del visorrey y en ella hobiese algunos casados, mandaron prestamente hacer balsas para desamparando la cibdad irse con sus mujeres y haciendas á la cibdad de Cartago; mas como cada dia viniesen de la cibdad de Popayan mensajeros, por entonces se les quitó este temor, porque supieron de la retirada de los enemigos, y el visorrey fué aconsejado muchas veces que se debria de ir á la provincia de Cartagena, porque ternia más facultad y aparejo para se poder rehacer; mas él, que no pensaba sino cómo se podria satisfacer de las injurias que habia recibido de sus enemigos, decia que no desampararia la cibdad de Popayan si no le constriñesen á ello, y mandó á Juan Delgadillo, alferez que habia sido del capitan don Alonso de Montemayor, que volviese con cuatro ó cinco corredores hasta el pueblo que llaman de la Barranca, y viese si por ventura habia señal de venir los enemigos siguiéndolos, y ansí salian á correr hasta alli, y habia enviado antes desto el visorrey por espia á uno llamado Moreno, el cual acertó á venir en tiempo que habian salido estos corredores, y viéndolo venir por una abajada que hacía la sierra, se pusieron á punto creyendo ser enemigo, y dende á un poco reconocieron ser Moreno, el cual fué á Popayan y dió al visorrey nueva cómo el tirano se habia retirado de la villa de Pasto hácia el Quito, con lo cual mostraron mucha alegria, porque tenian por cierto que los venian siguiendo; pues como esta nueva fué sabida por el visorrey, algunos le aconsejaban que se fuese á la cibdad de Cali, y él dijo que por ninguna via pasaria de Popayan si la nescesidad no le constriñese á ello, y mandó luego asentar el Audiencia para despachar los proveimientos que conviniesen, y á Hernando Sarmiento envió á la cibdad de Cali para que en ella procurase algunas cosas convinientes á la guerra, mandando que se diesen todos los oficiales gran priesa en hacer cañones para los arcabuces, trabajando él por su persona grandemente en ello, y ansimismo se hacian picas y otras armas las que podian. Mostraba el visorrey tener gran sentimiento por la tardanza que hacía el adelantado Belalcazar, y fué informado con el capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla habia pasado á la provincia de Arma con su despacho, y deseaba ansimismo saber si el gobernador Miguel Diaz estaba ya en el reino y que hobie-

se buen efecto la ida del capitan Nieto. Supo ansimismo el visorrey en Popayan cómo venia el mariscal Robledo, y alegrábase algun tanto, paresciéndole que estos varones con su poder vendrian en su ayuda para quél pudiese con ellos volver á castigar el Perú y á todos los que habian seguido la atroce demanda de Pizarro. Tuvo ansimismo nueva de cómo Belalcazar habia estado muy tibio, pues jamás se quiso mover por los embajadores que le habia enviado, á querer[1] irle ayudar, é que habia dicho que Pizarro hacia lo que á todos convenia, y otras cosas quél disimuló porqu' el tiempo lo requeria. Pues como su hermano Vela Nuñez estuviese en Cali ya determinado de salir á la Culata que llaman de Urabá, á donde en algun barco ó nave que alli hallaria podria allegar á donde deseaba, Juan Ladrillero le aconsejó que no tomase tan gran trabajo como era ir hasta la cibdad de Antiocha y lo que hay hasta la costa de la mar el Norte, ansi por las ásperas y bravas montañas de Avibe, como por las llanadas que luego se hacen, tan proveidas de rios que es menester llevar guia singular para no lo errar. Puestos otros inconvinientes le aconsejó que se fuese al puerto de la Buena Ventura, qu' es en esta mar Austral y del Sur, como por todos vulgarmente es llamada, y que en los hombros de los indios llevarian adrezo para que en breve tiempo se podia hacer un bergantin ó pequeña nave en la cual seguramente podria ir á la Tierra Firme y hacer sus cosas; y como Vela Nuñez oyese á Juan Ladrillero aquello, teniéndolo por acertado, escribió desde Cali al visorrey su hermano sobrello, el cual bien entendió que Vela Nuñez iba huyendo del furor del Perú, teniendo la guerra por enojosa, y como ya le hobiese dado licencia, no sin algun sentimiento le tornó á escrebir que se fuese con la bendicion de Dios, inviando nuevas cartas para el rey nuestro señor y para los gobernadores y presidentes de Indias, porque su hermano fuese con más autoridad é se creyese que iba inviado por su mano; luego, pues, Vela Nuñez salió de la cibdad de Cali, llevando el oro quel visorrey le habia dado y aparejo bastante para hacer el bergantin ó barco, y con él fué él capitan Juan Ladrillero y otros, los cuales caminaron por aquellas ásperas montañas de Cali. Gonzalo Pizarro, en Pasto tuvo aviso de cómo el visorrey habia despachado á su hermano para que fuese á Panamá, y luego á gran priesa escribió sus cartas á la costa á su capitan Pedro de Hinojosa para que de camino hiciesen escala con las naves en el puerto de la Buena Ventura y supiesen si iba á salir por ella Vela Nuñez, hermano del visorrey, y lo prendiesen, y como tuvo este aviso Pedro de Hinojosa mandó á los pilotos de las naves que las guiasen al Puerto de la Buena Ventura, porque queria entrar en él, y así se hizo, y llegados á una bahia ó ancon que hace la mar, mandó que los navios se quedasen á la boca del rio que va á dar al puerto, y en las barcas ó bateles mandó que saltasen hasta setenta ó ochenta arcabuceros, y él con ellos subió por el rio, y puestos á punto de guerra saltaron antes de allegar al pueblo, en tierra, y llovia tanto que poco daño pudiera el arcabuceria entonces hacer, y creyendo Pedro de Hinojosa que Vela Nuñez estaria en aquellas casas, que no son más de cuatro ó cinco, adonde se acogen los mercaderes que vienen á desembarcar y meter sus mercaderias, las cuales ocupadas por Hinojosa y los suyos hallaron hasta cinco ó seis hombres, de los cuales supo no haber nueva de la venida de Vela Nuñez; mas como él fuese tan desdichado y mal afortunado como su hermano, subcedio su prision desta manera: que teniendo recelo de lo que era, que Pizarro habia enviado á ocupar á Panamá, y que del armada que fuese estaria alli algun navio, mandó á un levantisco buen andador que fuese por espia hasta llegar al puerto y mirase si habia en él alguna gente de los enemigos, y que con toda priesa y diligencia le volviese á dar aviso. Guillermo, que asi se llamaba, se ofrecio de lo hacer como le era mandado, y como fuese á la Buena Ventura fué preso por las espias que Hinojosa habia mandado estar en el camino para ver si alguno venia, y llevado ante su presencia se demudó y le amedrentaron que le darian tormento, y viéndose el Guillermo en aquel trance contó á lo que habia venido y cuán cerca de alli estaba Vela Nuñez y cómo venia con él don Francisco, hijo de Gonzalo Pizarro, quel visorrey habia mandado que se llevase á España; sabida, pues, esta nueva por Hinojosa y por los demás capitanes, se alegraron grandemente, y luego mandó el general Pedro de Hinojosa al capitan Juan Alonso Palomino que fuese con los que le paresciese y saliese al camino y procurase de prender á Vela Nuñez y á los que con él venian, y salió Palomino y con él don Baltasar de Castilla y los soldados que más quiso llevar, y anduvo por aquellas ciénagas y montañas hasta que allegó en el paraje que le paresció dispuesto y conviniente para estar, y se metieron en emboscada él y los suyos, y ansí estuvieron sin hacer ruido ninguno

[1] En el ms., *querir.*

aguardando á que llegase Vela Nuñez, el cual por su indispusicion venia en hombros de indios, y como llegase, sin ser parte para se defender fué preso. Como se vido en las manos de sus enemigos, dicen que dió una gran voz diciendo: bendicto sea Dios, que yo no me *he* podido escapar por via ninguna de las manos de Pizarro. El capitan Juan Ladrillero, como sintió la burla, echo á huir por aquellas breñas y espesuras, y como supieron los de Pizarro que Sayavedra, sargento mayor del visorrey, venia atrás, y Lerma, un soldado llamado Molina se ofreció de los engañar, por tener con ellos estrecha amistad, y ansí lo hizo, y adelantándose del capitan Palomino y de los otros que allí estaban anduvo hasta que los topó, y con palabras que les dijo se vinieron con él y fueron todos presos y robado todo el oro *y* joyas que llevaban; quieren decir que Guillermo el levantisco, de su voluntad dió aviso á Hinojosa de la venida de Vela Nuñez, y que por tener la nueva por alegre le dieron buenas albricias. El general Vela Nuñez y los otros fueron llevados á la presencia de Pedro de Hinojosa, y que como vieron al hijo de Pizarro, le llamaban unos príncipe y otros rey, y ansí cada uno le congratulaba como queria. Juan Ladrillero anduvo tres dias huido y muy perseguido de un tigre, que fué cosa extraña no despedazalle, y constriñido de necesidad y por la hambre, él mismo se hobo de ir á meter en las manos de Hinojosa y de los demás.

CAPÍTULO CLIX

De cómo el adelantado don Sabastian de Belalcazar allegó á la provincia de Arma, y cómo la mudó donde agora está, y de los proveimientos que alli hizo, y de lo que más pasó.

Yo holgara, si cómodamente pudiera, que tratara el curso de nuestra historia lo que subcedió á Pedro de Hinojosa y á los demás capitanes en la ida que fueron á Panamá; *mas* no puedo dejar de tratar lo que conviene á la escritura para que vaya en el peso que ha de llevar, por lo cual, concluido lo que agora escribiremos, volveremos á tratar en ello. Bien se acordará el lector cómo en lo pasado hecimos mincion de la llegada del adelantado Belalcazar á la provincia de Paucora, donde, viendo que los principales señores della no querian tener confederacion con los españoles, salió para ir á la villa de Arma, habiendo enviado á decir á los señores de la provincia de Arma que no quisiesen ser locos en querer entender en guerra con los españoles; que se viniesen á la villa, adonde se asentaria entrellos la paz; los bárbaros, todos los más principales se juntaron y trataron sobrello, haciendo sus sacrificios al demonio, derramando mucha sangre humana de sus cuerpos para aplacar su ira, consultando lo que debrian de hacer, y por los dichos del demonio, ó porque ellos estaban tan obstinados en la rebelion que no determinaban de tener paz con los españoles, y ansí respondieron equívocamente y entendieron en hacer armas y en alzar los mantenimientos. Pues como el Adelantado allegase á la villa y viese cuán dificultoso era su sitio, y que no podia dejar de correr riesgo en estar metido [1] entre aquellas tierras y bravas naciones, con acuerdo y parescer del cabildo de la villa se mudó cuatro leguas ó cinco de allí, hácia el rio Grande, legua y media dél y una de la provincia de Paucora, donde se hicieron algunas cosas y se trocó el pueblo. Como ya tuviese nueva de que venia el mariscal don Jorge Robledo y hobiese determinado de inviar por su teniente á la cibdad de Antiocha el bachiller Alonso Diaz Madroñero, le mandó que con los que habia*n* de ir con él se aprestase y procurase de defender la entrada á Robledo, y de le avisar si por alli entrase; y le dió ciertos arcabuceros y pólvora que tenia, y ansí se partió Madroñero *á* Antiocha é prendió en ella, como atrás contamos, al esforzado y prudente varon el licenciado Gallegos, y le envió preso, y llegado á Popayan, el visorrey lo nombró por su alcalde mayor. Despachado Madroñero, el adelantado Belalcazar trató con Rodrigo de Sória que fuese á hacer guerra á la provincia de Arma, y que luego podia ir á la jornada de los rios, donde iba. El capitan Rodrigo de Sória salió á lo hacer, *y* los señores de toda la provincia bien supieron la estada del Adelantado en la villa de Arma; mas como viesen que sus comarcanos los de Picara y Paucora habian bastantemente sustentado la guerra sin bastar el poder de los españoles para los atraer á tener confederacion con ellos, acordaron de hacer lo mismo, y estaban tan rebeldes y endurecidos en este propósito, que jamás quiso ninguno salir á ver á los españoles, y visto por Rodrigo de Sória que ningun buen efecto traia su estada allí, si no era gastar el tiempo, escribió al adelantado Belalcazar para que le diese licencia para poder ir á su jornada y descubrimiento de las juntas de los rios, y estando ya de camino para se ir, allegó á la villa de

[1] En el ms., *metida.*

Arma el capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla, con las cartas del visorrey, y le contó muy por extenso lo que le habia subcedido y de cómo ya estaba en Popayan; bien sé yo que si el visorrey *no* hobiera entrado en la gobernacion, ni tampoco tuviera nueva de la venida del juez Miguel Diaz Almendariz, de Robledo, que nunca Belalcazar abajara á se ver con el visorrey, antes se alongara lo más que pudiera, como lo hizo cuando le invió los primeros mensajeros, y si Belalcazar acudió al servicio del rey, digo para resestir á Pizarro, más fué forzado de necesidad que con fé entera ni voluntad; y esta plaga es general en todas estas Indias, y pues el lector ya no lo inora, no toquemos más sobrello, de que yo tengo en todo de decir la verdad, y crean que cuando lo afirmare, qu' es ansí; pues como el Adelantado viese el despacho del visorrey, tomando consejo con sus privados y amigos, se determinó en volver á Popayan é juntarse con el visorrey, paresciéndole que hallándose con él, aunque entrase el juez en la provincia, no sería parte para le tomar residencia, ni se veria frustado por él ni por Robledo; y ansí mandó luego al alcalde Antonio Pimentel que en nombre de Su Majestad requiriese á Rodrigo de Sória que viniese con toda la gente que tenia, para ir á la cibdad de Popayan á juntarse con el visorrey; Rodrigo Sória no quisiera volver atrás, y al fin, aunque le pesó, lo hobo de hacer, y venido á la villa de Arma, el adelantado Belalcazar lo dejó en ella por capitan é teniente de gobernador, y mandó al capitan Diego Gutierrez de los Rios que fuese con la gente, que serian hasta ochenta españoles, los más encabalgados, todos mal armados, y en la provincia de Pozo é Carrapa tuvo refriegas con los bárbaros, y con mucho trabajo allegó á la cibdad de Cartago para desde allí ir la vuelta de Popayan, y el Adelantado, con el capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla, se fué á la villa de Ancerma por el paso que dicen de Arma; y esto es lo que tenemos que escrebir del Adelantado é de su gobernacion, é volveremos á tratar del visorrey.

CAPÍTULO CLX

Cómo estando en la cibdad de Popayan el visorrey Blasco Nuñez Vela, supo de la prision de su hermano, é de lo que proveyó.

Pues como el general Francisco Velazquez Vela Nuñez, é Sayavedra, sargento mayor del visorrey, y Lerma, fuesen presos, como por mí ha sido recitado, y robado por sus enemigos todo lo que llevaban, de algunos que se pudieron escapar fué la nueva á la cibdad de Cali, engrandeciéndola con palabras de fama; decian que no embargante ser Vela Nuñez y los otros presos ó muertos, venian cuatrocientos arcabuceros de los Pizarros á robar la cibdad de Cali y á hacer en ella grande estrago; pues como los vecinos los entendieron, causóles gran temor y sobresalto, y temiendo no fuese ansí la verdad, aderezaban balsas y canoas [1] para llevar sus mujeres y haciendas á la cibdad de Cartago; yo me hallé en este tiempo en Cali, que por cartas que tuve de Robledo, y como venia á la Tierra Firme, vine allí á proveerle de algunas cosas, creyendo que su entrada fuera por el puerto de la Buena Ventura, y era lástima de ver el desasosiego que habia en la cibdad de Cali por causa de las mujeres, é luego inviaron á gran priesa al visorrey la nueva para que proveyese sobrello lo que le pareciese que más convenia, y como el visorrey supo la nueva, le pesó grandemente, mostrando mucho sentimiento, creyendo que su hermano no podia dejar de ser muerto por los que ansí le llevaban preso; é como supo que se decia que venian á ocupar la cibdad de Cali, mandó al capitan Francisco Hernandez que con la mayor presteza que pudiese fuese á la cibdad de Cali, adonde tambien vino el capitan don Alonso de Montemayor y docientos soldados, los más dellos de los viejos que habian seguido la guerra en el reino habia mucho tiempo, é que resistiesen la tiránica furia de los enemigos aguardándolos en la parte que les paresciese, pues por ser los caminos tan ásperos é dificultosos, fácilmente los podrian desbaratar; como llegase esta gente á la cibdad de Cali, adonde ya habia venido nueva de los enemigos, se volvieron todos los más á la cibdad de Popayan, desde *donde* mandó el visorrey á su maestre de campo Juan Cabrera que fuese á la cibdad de Cali para proveer *las* cosas convinientes á la guerra, y á recoger las armas y caballos que hobiese en la cibdad, y ansí el maestre de campo lo hizo. El capitan Nieto, que fué, como dijimos, al Nuevo Reino é provincias de Bogotá á pedir favor para el visorrey, no hizo ningun efecto su ida, porqu' el licenciado Miguel Diaz Almendariz, gobernador que era de aquellas partes, se estaba en las provincias marétimas del mar Oceano entendiendo en cosas cumplideras al servicio de Su Majestad, y aun dándose, segun acá tuvimos por nueva, á grandes vicios de banquetes, que cierta-

[1] En el ms., *camas*.

mente le era mal contado al cargo tan famoso que trujo y á la autoridad y gravedad de su persona, lo cual yo no toco aqui por entero, porque es fuera de la narracion de nuestra obra, y esto conviene decir para lo de adelante; y este Miguel Diaz de Almendariz envió desde la cibdad de Cartagena, por Santa Marta, á un primo hermano suyo llamado Pedro de Orsúa, por general y su lugarteniente de todo aquel reino, y como llegase á él, fué rescibido y luego comenzaron de tratar y murmurar del licenciado, porque sin estar recibido como el rey nuestro señor mandaba por sus reales provisiones, enviaba su lugarteniente. Como de las reliquias del adelantado don Alonso de Lugo hobiesen quedado algunas que deseaban que volviese Montalvo á tomar el gobierno en su nombre, buscaban asechanzas al Orsúa é intentaban de lo matar, de manera que por esta desconformidad y por no ser llegado Miguel Diaz, Nieto volvió sin traer ningun socorro, si no fué algunos soldados que quisieron venir á se juntar con el visorrey, y éstos fueron pocos. Antes quel gobernador Belalcazar partiese de la provincia ó villa de Arma, dicen que recibió cartas de aquel mozo llamado Cabrera, que en lo de atrás dijimos que habia allegado al pueblo de Iles, en que le decia su venida á qué habia sido, é de que le convenia, si queria conseguir y haber el amistad é gracia de Pizarro, de prender ó matar al visorrey, pues estaba dentro en su gobernacion. Vistas estas cartas, Belalcazar escribió al visorrey para que hiciese justicia de aquel que habia venido con pensamiento tan traidor, é por otros indicios que hobo estaba ya preso, y despues de haber confesado se le dió la muerte.

CAPÍTULO CLXI

De cómo el general Pedro de Hinojosa, con su gente, partieron de la Buena Ventura la via de Panamá, y de lo que le subcedió.

Ya se acordará el lector cómo en los capítulos precedentes hecimos mincion de la llegada [1] de Pedro de Hinojosa y de los que con él, por mandado de Gonzalo Pizarro, habian venido al puerto de la Buena Ventura, y de cómo fué preso por ellos Vela Nuñez, hermano del visorrey, y Sayavedra, y Lerma; lo cual hecho, el general Pedro de Hinojosa mandó que fuese llevado á una nave Vela Nuñez, y mirado de tal manera que no tuviese prática con los soldados, porque no se los amotinase, y ansí fué hecho; pasado esto, salieron de aquel puerto y caminaron la vuelta de la Tierra Firme, donde en aquella sazon era corregidor del rey nuestro señor Pedro de Casaos, natural de la cibdad de Sevilla, y estaba alli Juan de Illanes procurando de hacer gente para ir en socorro del visorrey, y todos habian quedado muy mal con las cosas que alli fueron hechas por el corsario de Bachicao; y como el general Pedro de Hinojosa hobiese inviado delante al capitan Rodrigo de Caravajal, y llegase con su nave al puerto de la cibdad de Panamá, y supiese cómo en ella se hacia gente para el visorrey, y él viniese mal acompañado, no se tuvo por bastante para saltar en tierra, por lo cual envió secretamente cartas para algunas personas de la cibdad, dándoles aviso de la venida del general Pedro de Hinojosa, diciendo cómo no recibirian dél agravio ni vejacion ninguna. Como estas cartas llegasen á Panamá, recreció en la cibdad gran alboroto, y no solamente *no* mostraron pesarles con la venida de los Pizarros, mas salieron algunas velas para tomar la nave del capitan Rodrigo de Caravajal, y Juan de Llanes exhortaba á todos los que en aquella sazon se hallaron en Tierra Firme, diciendo que mirasen los insultos y grandes maldades que Bachicao acometió, y que creyesen que no serian menos las que harian los que venian si les daban lugar á que entrasen en la cibdad, y andaba en ella, como digo, grande alboroto. Pues como llegase [1] el capitan Rodrigo de Caravajal al paraje de las islas de las Perlas, encontró con las naves en que venia el general Pedro de Hinojosa, y le contó lo que pasaba, y como aquello oyó, mandó que se juntasen los capitanes Juan Alonso Palomino, Rodrigo de Caravajal, Pablo de Meneses, y el alferez general don Juan de Mendoza, y Gaspar Mejía, sargento mayor, y don Baltasar de Castilla, y el piloto mayor Juan Hernandez y otros de los principales que allí iban, y trataron del arte que le convenia entrar en la cibdad de Panamá, pues segun decia el capitan Rodrigo de Caravajal estaba alborotada en saber de su ida, y allí se praticó sobre lo que debrian de hacer, y todos los más fueron de parecer que se llegasen las naos, que por todas serian catorce, á la isla de Taboga, y que en ella, dejándolos surtos, saliese toda la gente de guerra con el artillería y amaneciese sobre la cibdad, y dando en ella de súpito, facible seria apoderarse della; mas como Pedro

[1] En el ms. *allegada*.

[1] En el ms., *llegasen*.

de Hinojosa fuese varon noble é no nada sanguinario, pareciéndole que no se hiciese lo que aquellos decian, que le seria contado por caso feo, respondió que no fuese Dios servido que entrasen de aquella manera en Panamá, pues aquella tierra era del rey, y los que en ella estaban no eran moros, sino españoles; sin lo cual aquella cibdad caia fuera de los límites de la gobernacion de Gonzalo Pizarro, é que no se espantaba que estuviesen puestos en arma para se defender, acordándose de los malos tratamientos que Bachicao les habia hecho, y de lo mucho que les robó y cohechó, y que antes permitiria, con avisarlos, ser perdido, que no ocupar la cibdad entrando de noche matando y robando á los que se estaban en sus casas; esto respondió Pedro de Hinojosa, y como otras veces tengo dicho que muchos que siguieron la guerra cevil no era por mostrar sus valentías, sino por poder usar de los vicios á rienda suelta y robar á su voluntad, murmuraban de Hinojosa, diciendo que no haria cosa que buena fuese, é que fué grande yerro el de Gonzalo Pizarro en lo enviar con cargo tan preminente; mas al fin se hobo de hacer lo que Pedro de Hinojosa queria, y llegados al puerto fueron los navios surtos, y mandó á un fraile dominico que alli iba que fuese con sus cartas á la cibdad de Panamá, y dijese de su parte á los moradores della que no se alterasen con saber su venida, porque no venia á les hacer ningun agravio; en Panamá, muchos de los mercadantes ricos deseaban la entrada de Pedro de Hinojosa; el capitan Juan Vendrel y Juan de Llanes y el doctor Robles y otros fueron de parescer que se defendiese la cibdad, pues de la entrada de los Pizarros en ella no les podia venir ningun bien, sino recrecérseles grandes daños; Juan de Llanes ternia hasta ochenta ó noventa soldados para en socorro del visorrey; el capitan Juan Vendrel tenia pasados de setecientos y buena artillería, con la cual bastantemente se pudieran de sus enemigos defender; mas muchos dellos andaban por la cibdad exhortando á otros para que se mostrasen neutrales y no tomasen armas para los que venian, poniéndoles muchos miedos, y que al fin la gente de Pizarro se habia de apoderar de la cibdad, y que ansí como ternian odio á los que se les habian mostrado [1] enemigos, ternian voluntad firme para gratificar á los que en alguna manera quisieron no ser contra ellos, y echaban éstos fama que el general Pedro de Hinojosa traia grande suma de oro é plata para pagar los daños que Bachicao hizo, é repartir entre soldados, y tambien hablaban á los mercaderes, diciéndoles que si los capitanes Juan Vendrel y Juan de Llanes quisiesen ponerse en resistencia, que ya que los Pizarros no pudiesen ocupar la cibdad, que con sus naves ternian tal potencia en la mar que ningunos navios de sus mercaderias podrian salir, é que como la contratacion suya se perdiese, perderian los créditos y caudal; y ansí andaban tratando los vecinos de Panamá estas cosas que vamos diciendo, y como en el Nombre de Dios ya supiesen lo que pasaba, con acuerdo de todos los que alli estaban fueron nombrados por capitanes Juan de Zabala, vizcaino, y Hernando de Carmona, natural del Condado, y estos con la gente que pudieron juntar, llevando sus banderas delante, caminaron la vuelta de la marétima cibdad de Panamá, con pensamiento de procurar que las cosas se guiasen á su provecho y á que no fuesen sus haciendas menoscabadas, y no dar lugar á que los capitanes Juan Vendrel y Juan de Llanes hiciesen en todo su voluntad. Llegados, pues, á Panamá, se juntó toda la gente; el corregidor Pedro de Casaos dijo que para que la guerra se hiciese con mejor órden, que era cosa muy conviniente [1] que hobiese capitan general y otros oficiales que faltaban de se hacer, é que pues él, como vian, era justicia mayor de Su Majestad, podria usar el cargo de capitan general é podrian nombrar por maestre de campo á don Pedro Luis Cabrera, y por capitan de gente de á caballo á Hernan Mejia; aunqu' el capitan Juan de Llanes y Juan Vendrel y otros entendiesen que todas eran cautelas y mañas aquellas cosas, hobieron de venir en que se hiciese lo que Pedro de Casaos pedia, y estando los del regimiento en su cabildo y ayuntamiento, fué recibido por general, y obedescido de todos los que en la cibdad estaban.

CAPÍTULO CLXII

Cómo los de Panamá intentaron de prender á Juan de Llanes, y de cómo allegaron Rodrigo de Caravajal y el fraile á ella, é lo que se determinó.

Despues de haber pasado lo que habemos contado y haber sido nombrado por general Pedro de Casaos, é por maestre de campo don Pedro Luis Cabrera, é por capitan de lanzas á Arias de Acevedo, habia grandes sospechas en los que estaban en Panamá: unos deseaban ya ver en la cibdad las ban-

[1] En el ms., *mostrados*.

[1] En el ms., *enconviniente*.

deras perulenses, y otros lo aborrecian y deseaban que el rey fuese señor absoluto de todo, como lo era; los soldados, alegres, no entendian sino en recibir pagas y en ser aprovechados, y que en entrando los del Perú, si trujesen barras de metal de plata y oro que repartir entrellos, negar á los de Panamá y meterse debajo de sus banderas. El capitan Juan de Llanes tenia poder del visorrey para hacer gente en Tierra Firme para le ir á socorrer, y éste hablaba suelta y libremente, reprobando la venida de los Pizarros é las voluntades de muchos de los que estaban en la cibdad; y como don Pedro de Cabrera fuese tan mañoso, trató con Pedro de Casaos y con otros que se debria de prender *á* Juan de Llanes, porque no convenia oir las palabras tan vanas que decia, y ansí dicen que yendo don Pedro acompañado de algunos soldados para le prender, teniendo aviso, se puso tan á recaudo que don Pedro, no siendo bastante para hacer lo que queria, se volvió, y Juan de Llanes y Juan Vendrel y los que seguian su opinion estaban sobrel aviso, recatándose tanto de los que estaban en la cibdad como de los que venian contra ella. Rodrigo de Caravajal y el fraile, que por mandado de Pedro de Hinojosa venian, llegaron á la cibdad y contaron todo lo que Pedro de Hinojosa les mandó, de lo cual tambien traian cartas que lo receptaba*n*, lo cual, como fué oido por los de Panamá, entraron en su acuerdo los más principales para determinar lo que seria más acertado hacer, é despues de bien praticado mandaron á Arias de Acevedo y á Juan Fernandez de Rebolledo, vecinos de aquella cibdad, que fuesen adonde estaba el general Pedro de Hinojosa, y que de parte de Su Majestad le requiriesen que no entrasen en la cibdad ni procurasen de la ocupar; antes debria volverse á las islas de las Perlas, donde podrian estar, é de la cibdad les proverian de las cosas nescesarias, y que estando alli podrian aguardar á ver el mandado d' España y el proveimiento del rey. Pues como llegasen adonde estaba Pedro de Hinojosa, é oyese lo que decian, lo sintió mucho, diciéndoles que mucho se maravillaba de los de Panamá enviarle aquella embajada, pues él no venia á robar ni hacer ningun insulto, como hizo Bachicao, hombre de tan malas mañas é que no entendia sino en robos, fué por ellos recibido y acogido en su cibdad; que ¿por qué querian estorbarle á él la entrada, pues no venia á otra cosa más de lo que les habia enviado á decir? y que mirasen bien lo que decian, é si los de Panamá les dieron facultad para más. Respondieron Arias de Acevedo y Juan Hernandez de Robledo que otra comision no traian más de decirle aquello que habia oido; mas porque se excusasen escándalos y no se rescreciecen muertes de hombres, que juntamente con ellos fuese un caballero ó dos de los suyos, é que informarian á los de la cibdad de lo que les convenia hacer, é que lo tratarian con Pedro de Casaos, justicia mayor que era en la cibdad por Su Majestad; el general Pedro de Hinojosa respondió que era contento de lo hacer ansí, y ellos le respondieron que acertaba en lo mandar, é que entre los que enviase fuese uno el capitan Pablo de Meneses; lo cual hacian porque sabian que era varon verdadero é que siguió el partido del visorrey hasta que fué preso en la cibdad de Los Reyes, é que les diria lo que les convenia hacer. Pedro de Hinojosa fué contento y mandó á Pablo de Meneses que fuese, diciéndole: «Bien entiendo por qué os señalan, y huélgome de vuestra ida á la cibdad, informa*n*do los vecinos della de mi intencion, é como yo trato verdad y no crean [1] que tengo de hacer otra cosa de lo que digo». Con el capitan Pablo de Meneses fué Gaspar Mejia, y ansí volvieron á Panamá é fueron bien recibidos de todos los de la cibdad, en la cual se juntaron luego Pedro de Casaos, don Pedro de Cabrera, Hernan Mejia, Juan Vendrel, Juan de Llanes, Juan de Zabala, Juan de Guzman, Santillana y otros de los más principales que alli estaban, é hablaron largamente sobre la venida de Pedro de Hinojosa; en presencia destos, Pablo de Meneses é Gaspar Mejia denunciaron su voluntad é sana intencion, afirmando cómo no traia pensamiento de les hacer agravio ninguno, é que no habia querido saltar en tierra hasta que ellos mismos lo supiesen y se holgasen dello; por tanto, que acertaban en que se hiciese en gracia y voluntad de todos; donde no, que Pedro de Hinojosa habia dicho que saltaria otro dia en la playa y vendria con toda su gente á entrar en la cibdad; y aquella noche quedaron allí sin dar conclusion en nada. Juan de Llanes vino á hablar con Pablo de Meneses en gran secreto, diciéndole que le aconsejase lo que debria de hacer, pues sabia que su deseo no era otro sino de servir al rey; Pablo de Meneses le respondió que él sabia que muchos dellos que estaban en Panamá no tenian voluntad de pelear con los que venian del Perú, é que si él supiera que no era ansí, que él se quedara en la cibdad, é que supiese que en Panamá habia de ser lo que fué en Lima, que la

[1] En el ms., *á la*.

misma gente del visorrey lo prendió, y que lo mismo habian de hacer los de Panamá á él y á los que no se quisiesen conformar con los capitanes del Perú. Juan de Llanes, con grande ánimo respondió que juraba que otro dia se habia de hallar contra Pedro de Hinojosa con toda la gente que le quisiese seguir, é resistirle la entrada ó morir en la demanda. Pablo de Meneses le respondió que si él se tenia por bastante para salir con ello, que lo tenia por cosa acertada, y que si pensaba no salir con su intencion, era yerro. Juan de Llanes respondió que él y el capitan Juan Vendrel se pondrian en resistencia y moririan antes que dar lugar que Hinojosa ni sus banderas se apoderasen de Panamá. Rodrigo de Caravajal se habia quedado en ella cuando vino con el fraile, y habia hablado á muchas personas *y* soldados, para que quisiesen seguir la opinion que ellos traian, é halló esperanza en todos los más dellos, y el doctor Villalobos, Oidor que alli fué del rey nuestro señor, mostraba favorescer, á lo que dicen, las cosas de los capitanes del Perú, por el deudo que tenia su mujer con el capitan Rodrigo de Caravajal; muchos, como otras veces tengo dicho, deseaban que Pedro de Hinojosa estuviese en Panamá; don Pedro Luis Cabrera y Hernan Mejia, tambien, segun dicen, tenian sus maneras para ello; el capitan Juan de Illanes y Juan Vendrel, con otros que estaban hostigados de los Pizarros, aborrescian oir su nombre *y* procuraban con todas sus fuerzas de hablar á los que vian que los oian de gana, para que no espantados *de* ver que venian los del Perú á desembarcar en su puerto y á ocupar la cibdad, se mostrasen soldados fuertes, diciéndoles que por servir al rey habian primero de hacer camino con las lanzas y arcabuces en [1] sus pechos y corazones, que los del Perú se enseñoreasen de la cibdad; á éstos representaban los insultos que habia*n* el facineroso de Bachicao y sus cómplices hecho. Otros capitanes é aquellos mercaderes y vecinos que alli estaban, tenian por dificultoso el querer resestir á los Pizarros, y al fin, como ellos no pretendian más que vender sus mercaderias, ninguna pena tenian porque estuviesen ya dentro de la cibdad. Venido el dia, Pedro de Casaos, que muy flojo y remiso podemos decir que se mostró en este negocio, tuvo su consejo con don Pedro de Cabrera y Hernan Mejia y los doctores Robledo, Villalobos, Arias de Acevedo, Juan Vendrel, Juan de Guzman, el capitan Juan de Illanes, Luis Sanchez [2], Santillan é Juan de Zabala, y Andrés de Areica, con otros de los principales de la cibdad, entre los cuales tambien estaba Hernando de Carmona, capitan, y todos los más destos entendian poco el oficio militar; despues que se juntaron en su consulta ó ayuntamiento, trataron sobre lo que les convenia responder á Pedro de Hinojosa, é hobo muchos acuerdos y voctos diferentes, porque unos decian que los acogiesen en su cibdad y por sus dineros les proveyesen de las cosas nescesarias; otros que no, sino, pues podrian juntarse pasados de setecientos hombres, los aguardasen en la playa, junto adonde con tanto ímpetu las [1] ondas del mar no dejan de trabajar; otros decian que les respondiesen que se volviesen á las Perlas, y que allí podrian adrezar su armada y aguardar á lo que viniese d' España; y en fin, se resumieron en que volviesen los mensajeros de Pedro de Hinojosa y con ellos Pero Nuñez, natural de la cibdad de Talavera, secretario que habia sido en el Abdiencia Real que alli estuvo asentada, para que llevase ciertas capitulaciones á Pedro de Hinojosa, en las cuales se contenia sobre que no saltase en tierra, ni diese lugar á muertes de hombres, y que estando con sus navios en las islas de las Perlas, seria proveido; y otras cosas, las cuales creo yo que eran más para complir con Su Majestad que no por gana que tenian de ponerse en resistencia, y esto no se entenderá por todos; y al tiempo que se volvian, muchos les dijeron que hablasen á Pedro de Hinojosa que le darian con sus personas todo el favor é ayuda qu' él quisiese.

[1] En el ms., *con*.—[2] *Tachado:* Juan de Ibañes.

CAPÍTULO CLXIII

De cómo Pedro de Hinojosa, general de Gonzalo Pizarro, saltó en tierra con determinacion de haber batalla si no le quisiesen dar lugar á que pudiese estar en la cibdad, y de cómo los de Panamá, á punto de guerra, salieron hasta el monesterio de San Francisco.

Como viese Pedro de Hinojosa que no venian los mensajeros que de su parte habian venido á la cibdad, creyó que los detenian y aun que no les daban lugar para que pudiesen volver á las naves, y mandó que se disparase una gran lombarda ó tiro de artilleria para que los de Panamá lo tuviesen por señal que queria que sus mensajeros volviesen á las naves, y habia tomado su consejo con los principales que en ellas estaban so-

[1] En el ms., *impetuosas*.

bre lo que se debria de hacer, y determinadamente acuerda que toda la gente salte en las barcas ó bateles de los navios, con sus armas y arcabuces, para ir al Ancon, que no muy lejos está de Panamá, y por él acercarse á la cibdad y procurar por fuerza de arma de meterse en ella ó morir en la demanda. Es este Pedro de Hinojosa de mediano cuerpo, de muy grande ánimo, valiente, de pocas palabras; la barba tenia muy negra y el rostro moreno; algo súpito y acelerado; no nada cruel, ni amigo de que fuesen hechos robos ni insultos por los que andaban en su compañia; y la fortuna, por subcesos y porque por su persona merescia ser estimado, lo llegó á ser el más rico de los del Perú, y el año de mill y quinientos y cuarenta y nueve le rentó su repartimiento más renta en plata y oro que le rentaban en España sus estados al duque de Medina y al conde de Benavente; y agora, en la tasacion, le dan más de setenta mill ducados de renta en cada un año, y valia su hacienda, á lo que decian los que bien lo saben, más de cuatrocientos mill ducados; es natural de la cibdad de Trujillo, de los nobles caballeros della. Y al tiempo que queria desembarcar en el Ancon, que está media legua de la cibdad, allegaron el capitan Pablo de Meneses, Gaspar Mejia, Pero Nuñez, é dijéronle lo que los de la cibdad querian que hiciesen, y él respondió que ya no era tiempo y habia ya saltado toda la gente en tierra, y volvieron contra la cibdad; el número dellos serian pasados de docientos y ochenta españoles, y no llegaban á trecientos en este tiempo; visto por los de Panamá que contra su voluntad habian los del Perú tomado tierra, tocaron los atambores y sacaron las banderas, saliendo el capitan Juan de Llanes con hasta noventa hombres en la vanguardia, é luego el capitan Juan Vendrel con la gente de la misma cibdad de Panamá, que serian trecientos soldados armados de picas y arcabuces; Arias de Acebedo salio con algunas lanzas; Santillana estaba con el artillería, la cual habian situado en la playa, cerca del monesterio de San Francisco, para que al tiempo que los enemigos viniesen se pudiese disparar y con ella hacelles gran daño. Los capitanes Juan de Zabala, Hernando de Carmona, con la gente del Nombre de Dios, tambien salieron, y todos con sus armas se fueron á poner junto á San Francisco para determinar alli el negocio. Juan Vendrel é Juan de Llanes decian que saliesen al campo fuera de la cibdad, porque como habia muchos que de mala gana habian salido, antes que llegasen á romper se meterian en las casas y se esconderian; mas aunque mucho se lo amonestaban no aprovechaba, antes ya á muchos de los que hasta allí habian llegado les pesaba, teniéndolo por gran hazaña; y á la verdad, la guerra no todos la han de usar; pues como todos los más que allí estaban tenian á su cargo haciendas que los mercaderes de Sevilla les inviaban, de las cuales habian de dar cuenta, hablaban ellos mismos unos con otros que era muy gran simpleza *lo* que hacian, é que si allí morian, que ¿quién daria por ellos las cuentas? é que si defendian la entrada á los del Perú y se cerraban los puertos, que ¿á dónde podrian vender sus mercaderias? en fin, ponian tanctos inconvinientes, que holgaran muchos de los que alli estaban más de mirar las anas de los lienzos y ruanes que no hallarse en aquel lugar, por lo cual afirman que si los de Panamá tuvieran una voluntad y unánimes con ella resistieran á los Pizarros, que se apoderarian de su cibdad seria cosa ridiculosa, pues habia en Panamá setecientos españoles, y con Hinojosa aun no venian trecientos. Pedro de Casaos mostróse muy poco en ello, y don Pedro de Cabrera y Hernan Mejia, diciendo que iban á correr el campo, allegaron hasta encontrarse con el general Pedro de Hinojosa, con el cual tuvieron algunas práticas sobre que no se diese lugar á rompimiento ni á que hobiese batalla, pues Dios y Su Majestad serian dello deservidos. Dichas estas palabras y otras, se volvieron; en este tiempo ya habian formado escuadron los de Tierra Firme, y puestas por los lados de sus mangas *filas* de arcabuceros y ordenados los sobresalientes que habian de empezar la escaramuza, como algunos religiosos viesen que de afrontarse los unos con los otros no podia resultar sino muertes de hombres y recrecerse grandes daños é insultos, salieron con una cruz cubierta con un velo negro, donde estaba Pedro de Casaos y los demás capitanes, y con santas y devoctas palabras hablaron á todos los que alli estaban que no diesen lugar á rompimiento hasta tentar algunos medios de paz. Pedro de Casaos y los otros capitanes respondieron que fuesen á donde Pedro de Hinojosa venia, y tratasen con él que se volviese á las naves, é le dijesen lo que más les pareciese. En este tiempo los capitanes Rodrigo de Caravajal, Juan Alonso Palomino venian con toda su gente puesta en órden, marchando al són de los atambores, llevando gran determinacion el general Pedro de Hinojosa de afrontar con los enemigos antes de volver un paso atrás. En este tiempo no estaban muy lejos los unos de los otros, é subcedió un gran miste-

rio, que es que con tener los arcabuceros las mechas encendidas y puestas en las serpentinas y muchos el ojo izquierdo en la punteria para descargar cada uno en su enemigo, todos estuvieran quedos, que no fuera menester para que enteramente la Tierra Firme llorara con razon haber conocido la guerra civil, sino que un solo arcabuz se disparara; mas como la fortuna se mostrase favorable en aquel tiempo á los varones del Perú, vínose á rodear de tal manera que sin muerte de ninguno se pudiesen apoderar del reino. Allegada, pues, la cruz adonde venian los capitanes del Perú, Pedro de Hinojosa, postrado en tierra la adoró con grande humildad, y lo mismo hicieron sus soldados, y aquellos religiosos le dijeron que pues era español no diese lugar á que fuesen muertos de su parte é de los de Panamá tantos como moririan si por batalla se hobiese de contender; por lo cual, pues via que habia tanctos para contra él, que debria de retirarse á las naves, ó que fuesen puestas treguas hasta que se diese algun corte en lo que por él era demandado. El general le respondió que ya no era tiempo de volver atrás, ni tampoco de aguardar allí, porqu' el sitio era dificultoso, y que los de Panamá lo miraban mal en querelle resistir la entrada en Panamá, pues no eran para les hacer agravio ni otro ningun daño; y como esto dijo, mandó á la gente que marchasen y se allegasen siempre á la playa, porque aguardaba cierta artilleria que mandó que viniese en unas barcas, porque por tierra no pudo traer si no fueron dos piezas. El capitan Juan Alonso Palomino iba adelante con cuarenta arcabuceros, y ansí llegó junto á unas rocas pequeñas; entrellas puso su gente, para tenellas por fortaleza, é ya unos de otros estaban tan cerca que fácilmente las pelotas de los arcabuces pudieran hacer señal con caer muchos de los que con ellas fueran heridos; pues como los de Panamá y Nombre de Dios viesen que la cosa era de veras, decian que se hiciese concierto con los del Perú. Pedro de Casaos, que otra cosa no deseaba, habló á Pero Nuñez y á otros para que se diese alguna órden de paz y que fuesen con toda priesa, y ansí se hizo, y el general Pedro de Hinojosa mandó á don Baltasar de Castilla que fuese él ansimismo á Pedro de Casaos y á los demas, y les dijese que no fuesen tan temerarios y enemigos de sí propios, sino que se diese tal corte como se excusase de no dar batalla, pues con ella se rescrecia tanto daño; y mientras andaban estas embajadas y tractos, se mostraron tan cuerdos los soldados que ninguno disparó su arcabuz, porque no fuera menester más que de una parte ó de otra tan solamente se soltara una pelocta, para que el negocio se acabara por las armas y no por concierto; y llegado don Baltasar de Castilla dijo á los de Panamá todo lo que el general le mandó, y con voluntad dellos salió del escuadron Andrés de Ariza y fué á Hinojosa, y trataron entre unos y otros que hobiese tregua por aquella noche, y que se diesen [1] rehenes de que no habria traicion ni ninguna cautela. El capitan [2] Juan de Illanes le pesó de aquel concierto, y arremetió al artilleria para poner fuego en ella, y se lo estorbaron, y el capitan Juan Vendrel tambien mostró sentimiento porquel concierto se hacia, diciendo que muchos de los que allí habian sido juntados se huirian ó se pasarian á los enemigos, y sería causa muy grande para que ellos hiciesen sus cosas mejor y más á su provecho; mas no embargante los dichos, se concertaron las treguas y fueron dados por rehenes á los de la cibdad, de que Pedro de Hinojosa aquella noche no entraria en ella, los capitanes Pablo de Meneses y Rodrigo de Caravajal y don Baltasar de Castilla, y estuvieron todos en armas, recelándose de no ser acometidos, y algunos de los que habian venido del Nombre de Dios acordaron de se volver á su cibdad y no ponerse á más trabajo del en que se habian visto, y ansí lo hicieron; verdad es que sus capitanes Juan de Zabala y Hernando de Carmona, con otros, quedaron en Panamá; los de la cibdad entraron con los del Perú *en* la órden que se tendria para excusar el rompimiento, y qué concierto se podria tener que fuese más provechoso, sobre lo cual, despues de mucho haber altercado la órden que se debria tener, se dió un corte entre los del Perú y los de Panamá, en esta manera: que Pedro de Hinojosa pudiese entrar en la cibdad con solamente treinta hombres, los que él quisiese, y negociar en ella, y que su armada y gente se fuese á la isla de Taboga, que junto es de Panamá, y que allí pudiese estar adobando sus naves y aguardando el proveimiento que venia de España, tiempo de mes y medio, el cual pasado se pudiese con su gente volver al Perú, y que los de Panamá por sus dineros le proveyesen de todas las cosas nescesarias; y esto se capituló entre unos y otros é se hicieron autos solenes con grandes juramentos y pleitos homenajes de que no serian quebrantados por ninguna de las partes; y ansí concertado esto por la manera que habemos con-

[1] En el ms., *diese en.*—[2] En el ms., *el capitan, el capitan.*

tado, los de la cibdad vinieron á verse con el general Pedro de Hinojosa y pasaron palabras de mucha cortesia; despues de haber mandado que toda su gente se recogiese en las naves, él entró en la cibdad acompañado de los treinta que él quiso escoger; á Juan de Llanes habiale pesado grandemente porque no se habia llevado el negocio por todo rigor, pues la potencia que tenian era mayor que la de los enemigos, y deseaba salirse de Panamá ya que no pudo llevar socorro al visorrey. Aposentado Pedro de Hinojosa en la cibdad, tuvo noticia que entre algunos de los que en ella estaban trataban de lo prender ó matar, y como el ánimo suyo fuese tancto, habló á sus treinta compañeros, los cuales todos eran hombres de ser y varones esforzados, que se encastillasen en la casa adonde estaban y que della misma se defendiesen de todos los que viniesen contra ellos; mas como no se determinasen los de Panamá á nada aquella noche, no embargante que entre algunos se praticó, venido el dia, el general Pedro de Hinojosa con los suyos se partió á la isla de Taboga, adonde con toda su gente estuvo y los de Panamá le proveian de bastimentos y de las cosas nescesarias que por ellos eran pedidas.

CAPÍTULO CLXIV

De cómo Gonzalo Pizarro se volvió al Quito, é de cómo dió la compañia del capitan Cermeño á Juan de Acosta, su privado, y de cómo mandó al maestre de campo Francisco de Caravajal que fuese á las provincias de Las Charcas á castigar los movimientos que en ellas habia.

Entendido tendrá el lector de las cosas que atrás hemos recitado, y de cómo despues de se haber retirado el visorrey á la provincia de Popayan, Gonzalo Pizarro y los suyos trataron sobre si sería cosa acertada seguille, ó si se volverian al Quito; y cómo, teniendo por dificultosa la entrada en la gobernacion, por haber en ella falta de mantenimientos, como por su aspereza y abundancia de rios, determinaron de se volver al Quito, y en este camino, si yo hobiese especificadamente [1] de contar las palabras vituperosas y de gran desacato que contra el muy esclarecido y poderosísimo rey y gran Emperador nuestro se decian, seria nunca acabar; pero basta que entienda el lector que en el reino del Perú, en las guerras ceviles, demás de no tener temor á Dios, abundó de los más famosos traidores que hobo en ningun reino ni provincia que se rebelase, y que asimismo habia en él notabilísimos hombres de fidelidad y lealtad y que además de perder las haciendas, que no eran poco gruesas, aventuraron las vidas porque la fama, que con mucha velocidad vuela, por todas partes recontase en su loor cuán poco temieron las tiranias y cuán en menos las vidas, por no ser cómplices dellas. En este camino que hizo el tirano de Gonzalo Pizarro murió de enfermedad su capitan Cermeño, y como ya fuese muy su privado Juan de Acosta, le encargó la gente de aquella compañía para que fuese della capitan, y ansí prosiguió su camino hácia la cibdad del Quito, yendo muy congojado por las nuevas que había tenido del levantamiento de Diego Centeno é muerte de Francisco de Almendras, temiéndose no hiciese junta de gente y alterase las cibdades orientales, y tuvo su consejo con sus capitanes de lo que se debria sobrello hacer, é como el negocio fuese importante, determinó de inviar al capitan Francisco de Caravajal, su maese de campo, teniéndolo por varon bastante y diligentísimo para encomendarle cualquier negocio aunque más importante fuese. Francisco de Caravajal dijo que iria y haria un fuego en Las Charcas, que se acordasen dél por algunos dias, é como estuviese en el campo de Gonzalo Pizarro Martin de Almendras, que es el que hecimos mincion que de la villa de Plata envió Francisco de Almendras con cantidad de oro y plata á Gonzalo Pizarro, procuró la ida con el maese de campo Francisco de Caravajal; este fué el que adelante ha de contar nuestro cuento que untó su espada con la lealísima sangre de aquel notable capitan que nasciendo en la cibdad de Mérida hobo de ir á hacer fin á los campos de Pocona. Pizarro, no solamente dió lugar á este mozo para que fuese con Caravajal, mas habló al mismo maese de campo que despues que tuviese copia de gente le nombrase [1] por capitan, pues por vengar la muerte del Almendras, demas que le seria leal, arriscaria su persona á todo peligro porque se hiciese aquella venganza; mandóle Gonzalo Pizarro que hiciese gran castigo en las personas de Diego Centeno, Lope de Mendoza, Alonso Perez Castillejo, Alonso Perez de Esquivel, Luis de Leon, Juan Ortiz de Zárate, y en los que más viese que le habian sido rebeldes, no perdonando á Luis de Ribera y Antonio Alvarez, pues tan bien tenian merecida la

[1] En el ms., *pacificadamente*.

[1] En el ms., *nombre*.

muerte; despues que le hobo dado sus despachos y provisiones, escribió á todos sus tenientes de las cibdades marétimas, San Miguel, Trujillo, Lima, Arequipa, que en todo hiciesen lo que por su maese de campo les fuese mandado y le proveyesen de dineros, gente, armas y caballos y todas las cosas pertenecientes para la guerra, pues iba á castigar el mudamiento que habia habido en la villa de Plata y el desatino *y* liviandad que habian hecho Diego Centeno y otros mozos como él; y dádole este despacho y los demás que ya tenian, salió Francisco de Caravajal llevando consigo á Martin de Almendras y á Miranda y á Escobedo y á otros, que por todos eran doce, á los cuales él llamaba doce apóstoles. Pues el cruel carnicero de Caravajal, del campo tiránico de Pizarro salido, luego se entendió en que fuesen la más cantidad de indios que ser pudiese á que sacasen metal de oro en los ricos rios que en las provincias de los Canares habian, y algunos aconsejaban á Gonzalo Pizarro se volviese á la cibdad del Cuzco, pues ya el visorrey estaba fuera del reino, y que su persona seria parte para que cesasen los bullicios que arriba se habian levantado, y que para resestir al visorrey, que bastaba dejar alli á su fiel amigo el capitan Pedro de Puelles con la gente é capitanes que le paresciese. Gonzalo Pizarro no vino en este consejo, antes se tornó á tratar que seria cosa acertada volver á la gobernacion y procurar de haber á las manos al visorrey, é por entonces no se hobo de concluir ninguno destos acuerdos, ni se entendió en más que regocijarse y usar á su voluntad con las mujeres que alli habia, no embargante que algunas dellas eran casadas, y comian á discrecion de la hacienda de los tristes conquistadores, y el oro que de las minas se sacaba se guardaba para gastos de la guerra. Tuvo nueva Gonzalo Pizarro cómo su capitan Pedro de Hinojosa habia tocado en la Buena Ventura y preso en ella á Vela Nuñez, hermano del visorrey, y á otros, con la cual mucho se holgó y mandó al capitan Pedro de Puelles que usase el cargo de maese de campo, y que luego se despachasen por todas partes espias para tener aviso si alguna gente viniese, y en el pueblo de Carangue estuviesen veinte corredores con caballos ligeros, los cuales siempre enviasen aviso á Quito si habia nueva del visorrey; y á los vecinos y cabildo de la villa de Pasto se escribió que tambien avisasen las nuevas que hobiese del visorrey, y los de Pasto hacian todo lo que por Gonzalo Pizarro les era mandado; si era por temor ó con voluntad, ellos se lo saben; é siempre tenia Gonzalo Pizarro nueva de todo lo que subcedia en la gobernacion, é creyendo quel visorrey, formado ejército, querria revolver sobrel Quito, se peltrechaba de armas é las más cosas que son convinientes para la guerra; y agora diremos un poco del visorrey, porque ya será justo que demos presto fin á la guerra de Quito, pues con darlo no quedará tanto que hacer.

CAPÍTULO CLXV

De cómo el adelantado don Sabastian de Belalcazar allegó á la cibdad de Popayan y en ella fué bien recibido del visorrey, é de cómo el maese de campo Juan Cabrera estaba en Cali.

Ya hecimos mincion en la narracion de nuestro proceso de cómo estando el visorrey Blasco Nuñez Vela en la cibdad de Popayan supo la prision de Francisco Velazquez Vela Nuñez, su hermano, con los otros que con él iban, de lo cual ya el lector puede ver lo que sintiria; mas como el visorrey tuviese ánimo fuerte para sofrir las adversidades, encobria la pena que sintia con toda cordura, diciendo que en servicio del rey habia sido preso, y que si le matasen, como él no dudaba, que antes ganaba reputacion su fama, pues la vida, al fin, ha de acabar, y deseaba que ya hobiese llegado á la cibdad de Popayan el adelantado Belalcazar y la gente que traia, para determinar lo que convenia hacer. Pues como ya el Adelantado hobiese mandado ir la gente con el capitan Diego Gutierrez de los Rios á salir á la cibdad de Cartago, desde donde mandó que á toda priesa fuesen á la cibdad de Cali, él se partió y anduvo hasta llegar á la villa de Ancerma, adonde estuvo pocos dias, y luego se partió para la cibdad de Cali, teniendo primero nueva de cómo su teniente Madroñero habia llegado á la cibdad de Antiocha y preso en ella al licenciado Gallegos y á otros, y habido la tenencia de la cibdad casi por fuerza; e Belalcazar, como fuese remiso y amigo de sustentar á Madroñero en aquel cargo, no se le dió nada saber aquella nueva, aunque en todas las cosas y proveimientos que hacia fué el más mudable gobernador que se ha visto, porque hoy daba una cédula de encomienda de indios, y mañana la quitaba y daba á otros, de que no causó poco daño. El licenciado Gallegos llegado á la cibdad de Popayan, el visorrey se holgó mucho con él y le nombró por su alcalde mayor. Belalcazar anduvo hasta ser llegado á la cibdad de

Cali. Como en Popayan viesen los soldados su tardanza, decian públicamente que con endustria se queria quedar, por no venir á juntarse con el visorrey, y que deseaba que Pizarro prevalesciese en la inica demanda que traia; mas como dende á pocos dias fuese la nueva de cómo ya era llegado á la cibdad de Cali, el visorrey se holgó infinito dello, y más de ver á Belalcazar, porque no tardó mucho de ser llegado á Popayan, adonde fué muy bien recebido del visorrey, y el cual le agradesció el trabajo que habia tomado en la venida; y pasadas otras práticas, Belalcazar se fué á su posada. Dende á pocos dias, el capitan Diego Gutierrez de los Rios vino con su gente que habia sacado de Arma, y el visorrey recibió á todos muy bien y dábase muy grandísima priesa á mandar hacer arcabuces y armas de cuero de vaca y algodon, y trabajaba tanto el infelice Blasco Nuñez en que se hiciese, que todo lo más del dia estaba en la fragua de los herreros acompañando á las centellas que del yunque y martillo salen. Pues como los vecinos de Popayan gastasen con los soldados más de lo que ellos quisieran, y les fuese muy molesto tener á su cargo la gente de guerra, porque verdaderamente se acometian algunas maldades, queriendo usar de sus haciendas como si fueran suyas propias y sacando las indias de las cocinas para tenellas por mancebas, y otros insultos que acarrea la guerra, aunque más retos y santos capitanes traiga, hablaban á Belalcazar diciéndole que pues era gobernador y ellos en nombre del rey le tenian por superior, que mirase por el bien comun de aquella cibdad, y que no se acabase de desipar y consumir los mantenimientos, y otras cosas, las cuales le decian en secreto y en lo público; por las señales que mostraban sus rostros de tristeza, se conosció cuán enojoso les era estar el visorrey en su cibdad, y no embargante que por los soldados fuesen hechos algunos yerros, habian de mirar que las provincias son todas del rey, y que para semejantes tiempos quiere él sus vasallos, y no solamente los mantenimientos se han de gastar, más los hijos y mujeres se han de vender, conviniendo á su servicio. El adelantado Belalcazar habló al visorrey sobrello, diciéndole que si ser pudiese, que seria cosa muy acertada enviar á la villa de Pasto alguna gente de la que allí estaba, pues era tan abundante de mantenimientos y adonde los soldados podrian estar más á su contento; el visorrey, que por su parte deseaba ya estar fuera de Popayan, aunque no habia juntado cuatrocientos hombres de guerra, y verse envuelto con los enemigos, vino en lo que el Adelantado le dijo, y mandó al capitan Cepeda, vecino de la misma villa de Pasto, que se aparejase para ir con los más de su compañia á Pasto y mirar si los enemigos tenian en ella alguna espia, y prenderla, y enviarle siempre aviso de lo que pasase; y desta manera se aparejó el capitan Cepeda para salir de Popayan. En este tiempo estaba en Cali el maestre de campo Juan Cabrera entendiendo en algunas provisiones convinientes á la guerra, y habiendo todos los más caballos y armas que podia para lo inviar á Popayan.

CAPÍTULO CLXVI

De las cosas que subcedieron en la cibdad de Los Reyes siendo allí justicia mayor por Gonzalo Pizarro el capitan Lorenzo de Aldana, y de las otras cosas que pasaron en las cibdades del reino.

Verdaderamente no podrá entender el lector con la gran dificultad que yo escrebí alguna parte desta historia, pues para informarme de algun acaecimiento que pasó sin yo verlo, tomaba relaciones de algunos que, no embargante que eran de los más principales y verdaderos del reino, en algunas cosas las daban tan diferentes unos de otros, que era para mí una grande confusion; y por esto los lectores no han luego de condepnar á los escritores si en alguna manera les paresciere que hay variedad en lo que escriben, pues vemos que sucediendo un ruido y queriendo tomar el notario la informacion, aunque se hallase mucho número de gente delante, cada uno lo cuenta de su manera, aunque todos dicen lo que pasó; cuanto más escrebir acaecimientos y materias secretas de grande importancia; y queriendo yo tener aviso de las cosas que pasaron en las cibdades del reino en el ínterin que Gonzalo Pizarro andaba dando alcances al visorrey, es verdad que no le pude todo comprehender, y daremos noticia de lo más principal, pues para la claridad de la obra bastará; y ya se acordará el lector, como dijimos en lo de atrás, que Gonzalo Pizarro, antes que saliese de la riquísima cibdad de Los Reyes, con acuerdo de sus capitanes nombró por su teniente y justicia mayor al capitan Lorenzo de Aldana, por mí tan memorado en esta obra, y por alcalde dejó á un cruelísimo hombre llamado Pero Martin de Secilia, al cual tenia por muy singular amigo suyo; y tambien quedó allí don Antonio de Ribera, que no lo era poco; y ansí, despues de ido Gonzalo Pizarro, Lo-

renzo de Aldana, prudentemente, y no como se lo dejó mandado el tirano, entendia en gobernar la cibdad, sin consentir que en ella fuesen hechos los agravios *é* insultos que se hacian en otras partes del reino, y como fuese en todo el Perú público de su estada allí, muchos, huyendo de la tirania de Alonso de Toro y de Pedro de Fuentes y de los otros secaces [1] de Pizarro, se venian á Lima, donde por él eran amparados, y algunos, de secreto, favorescidos, y no procedia contra ningunos, aunque de vello tan piadoso murmuraban los amigos de Pizarro; ni tampoco consintió ni dió lugar que ninguno hablase palabra desacatada contra el servicio de Su Majestad, y congojábase de ver las cosas cuán mal guiadas habian sido, y deseaba grandemente que el rey tuviese el mando y señorio absoluto en todas las provincias como soberano señor que era dellas, y no se osaba descubrir con ninguno ni dar á entender otra cosa sino que deseaba el honor de Pizarro, sino con religiosos; y estando desta manera en Lima, y viniendo, como digo, de unas y de otras partes algunos soldados huyendo de la crueldad de los tiranos, no dejaron algunos de conjurar contra Aldana y trataban de le matar y alzar bandera por el rey, los cuales, juntamente con Diego Lopez de Zúñiga, natural de Salamanca, trataban el motin, y como tuvo poco efecto, no diremos sino que siendo descubierto, el Diego Lopez fué desterrado de la cibdad de Los Reyes, y tornando á conjurar contra Aldana Juan Velazquez, Vela Nuñez y otros, fueron presos por Pero Martin de Sicilia, á los cuales castigaron con gran rigor, y á Juan Velazquez cortaron la mano; y ansí, estos pobres, por querer con su lealtad mostrar sus personas y aventurallas para tirar la tirania y quel rey clara y abiertamente fuese conocido y tenido por señor, por su desgracia y poca ventura, descubierto el negocio por algunos dellos mismos, pararon en lo que hemos dicho. Con estas cosas, Lorenzo de Aldana andaba muy recatado, temiendo, no embargante que se hobiese hecho el castigo pasado, no tornasen á querer de nuevo algunos otros conjurar contra él; y no se engañaba, porque Perucho de Aguirre, con ciertos soldados, teniendo en poco la muerte, determinadamente concertaban de matarlo y alzar bandera por el rey; estas cosas pasaban en la cibdad de Los Reyes; en Guánuco andaba huyendo Juan de Vargas, por temor de los tiranos; en Goamanga no sucedió cosa notable más que de aquella cibdad salió cierta gente, y por capitan Martin de Andueza, y anduvo apaciguando ciertas provincias que estaban rebeldes; en Arequipa, Pedro de Fuentes habia vuelto á ella, y todas las cosas se hacian como más convenian al servicio de Gonzalo Pizarro; del Cuzco *y* villa de Plata ya hemos escripto largamente lo que pasaba, y lo mismo de la cibdad del Quito.

[1] En el ms., *secases*.

CAPÍTULO CLXVII

De cómo el capitan Juan de Llanes salió de la cibdad de Panamá para se ir [á] alguna provincia de las confinantes al mar Oceano, y de cómo el general Pedro de Hinojosa volvió á la cibdad de Panamá, de la isla Taboga.

Bien será que concluyamos con el subceso de Tierra Firme, porque volvamos luego á tratar lo tocante al visorrey hasta que su cabeza fué cortada en el campo de Anaquito, y bien se acordará el lector cómo en los capítulos precedentes hicimos mincion cómo el general Pedro de Hinojosa y los capitanes de Panamá estuvieron para romper, los cuales se concertaron por excusar el daño que resultara si se diera la batalla, *en* que Hinojosa con su armada estuviese mes y medio en aquella isla, y que pasado aquel tiempo se pudiese volver con su armada al Perú. Pues dice agora nuestro cuento que los de Panamá, no embargante que muchos se holgasen con tener paz y confederacion, para poder vender sus mercaderias, otros, arrepentidos de lo hecho murmuraban de sí propios, pues hallándose setecientos hombres juntos no fueron parte para prender ó matar aquellos que habian venido, pues no allegaban á trecientos; el capitan Juan de Llanes y Juan Vendrel holgaran de haber escogido entre los de Panamá algunos que tuvieran su misma voluntad para haberse opuesto contra los del Perú, y no embargante que se hobiesen concordado ya unos y otros y pasado entrellos grandes juramentos y pleito homenajes, los soldados que estaban en Taboga, como su venida del Perú no fué por alojarse en aquella isla, sino por aposentarse en Panamá, incitaban con palabras á sus capitanes para que amanesciesen en la cibdad y la ocupasen, y los de Panamá tambien trataban algunos que seria cosa muy acertada ir con el artillería y más gente que pudiesen y dar sobre los que estaban en Taboga; mas no hobo efecto ninguno destos acuerdos ó pensamientos; de la isla de Taboga siempre iban á la cibdad algunos soldados de la armada, y fueron maltratados de palabras, algunas

veces, por Juan de Llanes y por los otros capitanes que estaban en Panamá, y quejábanse á Hinojosa diciendo que quebrantaban las treguas y lo asentado, y que se querian tornar á rehacer para darle guerra, y todos requerian á Hinojosa que entrasen en la cibdad sin aguardar á más, pues los que estaban en ella no pensaban sino en cautelas. Pedro de Hinojosa no deseaba que se recreciese ningun daño, ni que Dios ni el rey fuesen deservidos con su venida, bien que como Pizarro hobiese confiado dél el armada y gente y le fuese grandísimo amigo, queria tener la tenencia de aquel reino para ver qué despacho ó proveimiento venia de España, y para que no le pudiesen ir favor ninguno al visorrey, y queria y deseaba este Hinojosa que estas cosas fuesen hechas sin muertes de hombres ni derramamiento de sangre, y respondia á los suyos que no se via por qué se conociese que los de Panamá habian faltado lo que con él asentaron. Juan Hernandez, piloto mayor, daba muy grandes voces, diciendo que se debria luego ir contra los de Panamá antes que se rehiciesen y estuviesen apercebidos. Pedro de Hinojosa, viendo que todos trataban sobre la ida á Panamá, tomando aparte al capitan Pablo de Meneses le dijo que ¿qué le parescia de las voces que los soldados daban? y que él no determinaba de entrar en Panamá por dicho dellos, pues hasta entonces no sabia ciertamente que los de Panamá hobiesen quebrantado las treguas que se habian puesto. Pablo de Meneses le respondió que para complir con su gente é saber ciertamente las voluntades de los de Panamá, que debria de enviar un caballero para que de parte de todos les hablase y supiese ciertamente lo que pasaba en la cibdad, y praticado esto entrel general Pedro de Hinojosa y Pablo de Meneses, se volvieron á los soldados, diciéndoles Hinojosa que se asosegasen, quel queria enviar á Pablo de Meneses á Panamá para que supiese lo que allá habia, y que venido, se haria lo que más conviniese. En este tiempo, Juan de Llanes, como no hallase favor en los de Panamá, temiéndose los de Pizarro no le prendiesen ó matasen, dejando el artilleria, acompañado de algunos amigos suyos se partió al rio de Chagres, y embarcados en un barco que allí hallaron fueron á salir al mar Oceano ó del Norte, y desde alli se fué á la provincia de Cartagena con mucha pena y aflicion; y á la verdad, desque este capitan Juan de Llanes entró en Panamá por mandado del visorrey, hasta que despues lo prendió don Pedro y Hernan Mejía, pasó grandes trabajos y estuvo por muchas veces bien vecino á la muerte, y con pasar por vida tan calamitosa, siempre tuvo buen ánimo y gran voluntad al servicio del rey. Pues como Juan de Llanes salió de Panamá, don Juan de Mendoza, que en ella estaba, con otros soldados de los Pizarros, tomaron toda el artilleria y se apoderaron en ella, y allegó Pablo de Meneses, y sabido lo que pasaba envió aviso al general Pedro de Hinojosa de todo ello, y siendo ya pasado mes y medio que Pedro de Hinojosa estuvo en la isla de Taboga, con voluntad de Pedro de Casaos y de los de Panamá se vino con toda su gente á la cibdad, adonde fueron los soldados y él aposentados, y no embargante que Hinojosa era varon virtuoso y que deseaba que no fuesen hechos insultos ni agravios por los soldados, no pudo dejar de haber alguna desórden, porque la gente de guerra no es amiga de retitud, aunque si algun soldado hacia algun hurto ó cometia otro delito y lo acusaban antél, luego era preso y mandaba entregarlo á Pedro de Casaos para que hiciese justicia; y los de Panamá, como quedaron tan asombrados de Bachicao y tan descontentos de las tiranias y robos que hizo él y sus cómplices, y viesen la retitud de Pedro de Hinojosa, le mostraban grande amor y le proveian abastadamente á él y á los suyos de las cosas nescesarias. En este tiempo allegó á la cibdad del Nombre de Dios el mariscal don Jorge Robledo, el cual, despues de haber estado allí algunos dias y escrito á la gobernacion algunos amigos suyos, se volvió á la cibdad de Cartagena, adonde estaba en aquella sazon el licenciado Miguel Diaz Almendariz aparejándose para ir á la gobernacion ó provincia de Santa Marta, y subiendo por el famoso rio que el mismo nombre tiene, ir al reino de Bogotá, porque habian abajado dél los oficiales reales y otras personas á dalle priesa que fuese, porque convenia ansí al servicio de Su Majestad. Vela Nuñez, hermano del visorrey, en todo este tiempo estaba preso con los demás en una nave, y era mirado con mucha diligencia por mandado de Hinojosa.

CAPÍTULO CLXVIII

De cómo el visorrey se daba mucha priesa á hacer armas en Popayan, y de cómo mandó á su maese de campo Juan Cabrera que se viniese á Popayan, y de cómo se aprestaba para ir á la villa de Pasto.

Pues como el visorrey hobiese mandado al capitan Cepeda que con algunas lanzas de su compañía se partiese para la villa de Pasto y le enviase aviso de lo que habia en ella,

Cepeda se partió y anduvo hasta llegar aquella provincia, é sabido no estar ocupada por los Pizarros, se metió en la villa y escribió luego al visorrey lo que pasaba; fué llevado á Popayan preso, segun unos dicen, y otros que de su voluntad se fué, un Alonso de Fuenmayor, porque habia recebido cartas de Pizarro y enviádole aviso de las nuevas que se tenian del visorrey, y de cómo estaba en Popayan haciendo junta de gente. Pasando el visorrey con él algunas palabras, le perdonó, y dábanse los oficiales gran priesa á hacer cañones de arcabuces, y tanta era la gana y voluntad que el visorrey tenia de salir de Popayan, que él mismo estaba todo el más tiempo del dia entendiendo en barrenar los cañones y que fuesen puestos en las cajas, que se hicieron buena copia dellos, y echóse fama en Popayan que Gonzalo Pizarro era salido del Quito y habia dejado en su lugar á Pedro de Puelles, y alegráronse con aquella nueva los soldados, porque cierto el nombre de Pizarro les era muy temeroso de oir; y el visorrey, viendo que podia sacar de Popayan cantidad de trecientos y setenta españoles de pie y de caballo, sin querer aguardar á más mandó que todos se empezasen aparejar para salir de la cibdad, y escribió á su maestre de campo Juan Cabrera, que estaba en Cali, que con toda brevedad se viniese á juntar con él, y tambien mandó que hiciese lo mismo Rodrigo Nuñez de Bonilla, á quien habia nombrado por capitan de infantes, y visto el mando del visorrey por el maese de campo Juan Cabrera, y por el capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla, salieron de la cibdad de Cali para ir á Popayan. En todo este tiempo yo me hallé en la cibdad de Cali y estaba de camino para ir á Popayan á juntarme con el visorrey é irle á servir en esta guerra, y como vino la nueva de Robledo, me convino abajar á la cibdad de Cartago para me ver con él; y esto toco porque entienda el lector que soy testigo de vista deste negocio, é qne yo mi escritura no la escribo por fama, ni por conjetura, ni por relaciones que solamente deponen de oidas; y volviendo al hilo de nuestra historia, el visorrey, estando todavia en la cibdad de Popayan, mandó al capitan García de Bazan que con las lanzas de su compañia se partiese á un pueblo que ha por nombre de las Guabas, que se habia rebelado, y procurase de lo atraer de paz y al servicio de los españoles, y que los soldados, si los indios estuviesen de guerra, podian tomar algunos para su servicio, para que pudiese con ellos llevar sus cargas, y que él le enviaria á mandar cuando fuese tiempo que se fuese á la villa de Pasto; y estando ya para salir de Popayan el capitan García de Bazan, llegaron cartas al visorrey de los vecinos de Pasto, en que le hacian saber cómo Gonzalo Pizarro era ido á la cibdad de Los Reyes y quedado en Quito el capitan Pedro de Puelles. Pues como recibió estas cartas el visorrey, mandó á Bazan que anduviese sin parar hasta ser llegado á la villa de Pasto, adonde le aguardasen, porque saldria presto de Popayan, y partido el capitan Garcia de Bazan, el visorrey mandó que los soldados, arcabuceros y piqueros, comenzasen á salir tras las banderas que los alferez luego sacaron. El capitan Cepeda estaba en la provincia de los Pastos, y como Juan Marques estuviese en Tuza por espia, y los otros corredores que estaban en Carangue derramasen fama que Pizarro era ido la vuelta del Cuzco, ó de Los Reyes, para que con aquella nueva el visorrey se aprestase para le venir á buscar, los indios la extendian por todas partes como les era mandado, y por esta causa pudo el capitan Cepeda escrebir al visorrey lo que oia, diciendo que todos los indios daban noticia de ser Pizarro salido del Quito, y todos los que estaban en Popayan lo deseaban, paresciéndoles que como Pizarro estuviese ausente, que no serian parte para prevalecer contra ellos los que quedasen en el Quito; y ansí todos, aderezados lo mejor que pudieron, salian de Popayan, y tuvo tambien el visorrey nueva de los bullicios que habia en Las Charcas, por un soldado que habia por nombre Leoncillo, que habia venido con Pizarro del Quito, el cual se habia quedado en Pasto, y éste, como entendiese algo de lo que habia sido hecho en Las Charcas por el capitan Diego Centeno, pudo dar dello noticia al visorrey, y afirmábale que Pizarro lo habia sentido mucho, y que creia que desde el Quito subiria con su persona á lo remediar, y algunos quisieron decir que antes quel visorrey partiese de Popayan, supo y tuvo nueva que Gonzalo Pizarro estaba en Quito con toda su gente; lo cual no es cierto, ni supo tal, y como ya estuviese toda la más de su gente fuera de Popayan, acordó de salir de aquella cibdad para ir á la villa de Pasto.

CAPÌTULO CLXIX

De cómo el visorrey Blasco Nuñez Vela salió de la cibdad de Popayan con el resto de gente, y de cómo allegó á la villa de Pasto.

Agora habemos de contar la salida que hizo de Popayan el visorrey Blasco Nuñez, y proseguiremos la escritura hasta que su

cuerpo destrozado sin cabeza dé testimonio de la crueldad con que se usa la guerra cevil, y de la maldad que cometieron los que siguieron las atroces banderas de Pizarro. Es verdad que ninguna nacion de las del mundo ha sido para con sus reyes tan leal como los nuestros españoles, porque no embargante que ha habido algunos levantamientos, no se hallará que hayan ido á dar lo obidencia á ningun rey extranjero, ecepto los de Barcelona, que éstos, en tiempo de nuestros padres, en la guerra loca que movieron contra el serenísimo don Juan rey de Aragon, enviaron á Francia ofreciendo el señorio de su condado, con título de rey, al conde de Angleria ó señor de Marsella, por que viniese á los amparar; y no embargante que los del Perú se mostrasen rebeldes contra el servicio del rey, y Gonzalo Pizarro allegase á tener tan gran potencia, nunca se intentó de inviar á pedir favor á rey extraño; verdad es que se platicó de enviar á nuestro muy Santo Padre Paulo tercio por la invistitura del reino, y esto no hobo efecto porque se trataba entre pocos y todos los más lo reprobaran y tuvieran por cosa de juego; por tanto, entienda el lector quel rey por los del Perú no dejó de ser amado y tenido como soberano señor, no embargante que algunos hablaban sueltamente contra su servicio, y que si otros eran pertinaces para seguir la rebelion, que era por temor de no ser castigados y punidos; y esto digo porque seria cosa rediculosa condenar generalmente á todos los que se levantaron, no embargante que no los salvamos de culpa. Pues como ya el visorrey hobiese mandado salir toda la mas de su gente de la cibdad de Popayan la vuelta de la villa de Pasto, con gran deseo que tenia de verse ya en el Quito, creyendo que Gonzalo Pizarro seria dél salido como le habian certificado, y ansí salió el visorrey de la cibdad de Popayan, acompañado del adelantado don Sabastian de Belalcazar y del maese de campo Juan Cabrera y de los otros capitanes, y con toda diligencia anduvo hasta que llegó á la villa de Pasto, adonde se aposentó con toda su gente, y no podia por ninguna manera tener aviso cierto de lo que pasaba en Quito, porque el traidor de Juan Marques estaba en Tuza, como hemos dicho, y este hacia entender á todos los indios cómo Gonzalo Pizarro era salido del Quito, y que ansí lo publicasen por todas sus provincias; é como aquestos bárbaros siempre acuestan á la parte que ven más poderosa, y como [1] hasta allí habian visto quel visorrey habia venido huyendo y Pizarro con sus banderas dándole alcances, y que tenia al pie de ochocientos hombres de guerra, y quel visorrey no traia cabales cuatrocientos, pusieron sus voluntades en Pizarro, porque le vian más potente, y ansí era dellos servido *y* avisado y el visorrey ningun favor tenia si no era por fuerza; á esta causa no pudo ser el visorrey informado de lo que habia en el Quito, y sin esto habia gran diligencia en guardar los pasos y caminos en Carangue, Otabalo, Tuza, por hombres sueltos de á caballo que allí estaban no para otra cosa, los cuales ponian tanta diligencia que por ninguna vía podia indio ni español ninguno, aunque quisiese, ir á dar aviso al visorrey; el cual, llegado que fué á Pasto, encargó al capitan Cepeda que tuviese alguna inteligencia para tener alguna nueva del Quito, y un vecino de aquella villa, llamado Andrés Gomez, se ofreció de ir al Quito y enviar con algunos indios suyos señas por donde se entendiese si estaba Pizarro en la cibdad ó si era salido della, y de la gente que estaba dentro, y el visorrey, agradeciéndole aquel servicio que queria hacer, le dió licencia y escribió al capitan Cepeda que lo dejase pasar, y ansí se partió este Andrés Gomez para ir al Quito, adonde tenia un tio suyo privado de Pizarro, con el cual parentesco y por ser grande amigo del capitan Pedro de Puelles creyó no recebir daño ninguno; é quieren decir unos que se movió éste con celo leal de servir al rey y avisar al visorrey de lo que hobiese en Quito; otros lo cuentan al contrario, diciendo que fué por dar aviso á Pizarro de las cosas que por el visorrey habian sido hechas. Estando yo en la cibdad de Los Reyes vide yo que vino este Andrés Gomez á purgarse antel presidente Gasca y lo dieron por libre. Gonzalo Pizarro no dejaba de tener aviso de todas las cosas que al visorrey sucedian, y dicen que de la villa de Pasto le escribieron dos vecinos della, quel uno habia por nombre Alonso de Fuenmayor y el otro Luis Perez, y por otros que no sabemos; algunas destas cartas hobo el visorrey, que vinieron á su poder, el cual despues que hobo estado algunos dias en la villa de Pasto aderezando armas y haciendo de los cueros de las vacas celadas recias, con otras armaduras, acordó de salir con toda su gente la vuelta del Quito, creyendo que Gonzalo Pizarro ya dél habia salido, teniendo en poco á Pedro de Puelles ó á otro capitan que quedase en su lugar; y despues que los alferez hobieron sacados las banderas, y lo mismo el estandarte real del águila, que iba á cargo de Ahumada, ve-

[1] En la parte superior de este folio se lee: *Año de 1546. Ojo: Parece que está errado el año.*

cino de aquella villa, salió el visorrey della á primero dia del mes de enero, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y seis años; y dejarémoslo ir caminando y diremos el suceso del maese de campo Francisco de Caravajal, porque conviene ansí, y luego volveremos á dar fin á esta guerra de Quito.

CAPÍTULO CLXX

De cómo Francisco de Caravajal, maese de campo de Gonzalo Pizarro, anduvo hasta que llegó á la cibdad de Trujillo, y de cómo quedó allí por lugarteniente de Gonzalo Pizarro el capitan Pedro de Vergara.

Bien se acordará el lector cómo en los capítulos de atrás hecimos mincion de cómo Gonzalo Pizarro tuvo nueva de la muerte que Diego Centeno y Lope de Mendoza dieron á Francisco de Almendras, su capitan, y de cómo habian alzado bandera en nombre del rey, la cual nueva la tuvo por muy dificultosa, ansí por hallarse tan lejos de la provincia de Las Charcas, como porque sabía que habia en ella caballeros valerosos y muy determinados y que todos se juntarian para le descomponer del ser é mando que tenia; para atajar estas cosas y castigar á los que se habian mostrado contra él, mandó que fuese á lo remediar su maese de campo Francisco de Caravajal, dándole bastante poder, como ya hemos referido. Pues dice agora la historia que despues de haber partido del Quito el capitan Francisco de Caravajal con sus compañeros, anduvo hasta ser llegado á la cibdad de San Miguel, que Piura por otro nombre se llama, adonde mandó á los vecinos que le proveyesen de algunos dineros é otras cosas para ayudar los gastos de la guerra que [1] iba á hacer á Diego Centeno, y á los que con él se habian levantado; tantos temores les ponia, envueltos con sus fieros, que los tristes hobieron de complir en todo su mandamiento, y ansí, despues que de allí sacó lo que pudo, diciendo no pocos donaires, anduvo hasta que llegó á la cibdad de Trujillo, que está situada en el valle de Chimo, adonde era lugarteniente de Gonzalo Pizarro el capitan Pedro de Vergara, el cual grandemente deseaba el servicio del rey é hizo poco agravio con el mando que tuvo, no embargante que fué remiso, pues pudiera grandemente servir al rey con juntarse con Melchor Verdugo y prender ó matar al cruel sanguinario de Caravajal. Mas en el Perú los capitanes nunca se determinan sino á su salvo, y muchos soldados en los casos que se ofrescian arriscaban sus vidas á todo peligro por el servicio del rey, teniendo en poco sus haciendas, que no es pequeño dolor ver los tristes que escaparon cuáles andan, pues aun no tienen lugar seguro para ser sustentados despues de haber en las nuevas de las batallas tantos perdido las vidas. Como llegase el capitan Francisco de Caravajal á Trujillo recibiéronle con gran solenidad, como si el rebelde anduviera en servicio del rey, y estaba en este tiempo Melchor Verdugo en la provincia de Caxamalca, qu' es donde el poderoso rey Atabalipa fué muerto, al cual le fueron cartas del tirano Pizarro para que viniese á juntarse con el traidor de Caravajal para ir á la provincia de Las Charcas, y como Verdugo las tuvo en poco, Francisco de Caravajal envió alguna gente para que le prendiesen, y siendo avisado no tuvo efecto, y dicen que habló con un clérigo llamado Alonso Henao para que fuese á verse con el capitan Pedro de Vergara y tratase con él para que juntándose unos y otros fuesen á prender ó matar á Caravajal, y Vergara, poniendo por delante algunos inconvinientes y teniendo por dificultoso el hecho que queria intentar Melchor Verdugo, no se determinó en nada, antes se volvió á la cibdad de Trujillo, porque habia salido della el maese de campo. Caravajal, despues de haber hecho alguna gente y robado todo el más dinero que pudo, se partió para la cibdad de Los Reyes, adonde en aquel tiempo estaba en nombre de Pizarro el capitan Lorenzo de Aldana, como otras veces hemos dicho. Pues como en Los Reyes supiesen estar tan cerca Caravajal, temieron algunos su crueldad y no viniese á los matar, y estaban muy temerosos, y el tirano, dándose toda priesa á andar, llegó á la cibdad, donde fué recebido de todos los que en ella estaban, mostrando con su venida gran contento, lo cual unos lo mostraban fingido y otros verdadero; llegado junto á la iglesia, yendo acompañándolo Lorenzo de Aldana, don Antonio de Ribera y otros, mandó á los soldados que con él habian venido que se fuesen aposentar en las casas que en la cibdad les estaban asignadas; aquí supo Caravajal los subcesos de Las Charcas y lo que habia pasado entre Diego Centeno y Alonso de Toro, y como por el tirano fuesen sabidas estas cosas y estuviesen ya envejecidos en las cosas de la guerra, mirando que convenia á la presteza para de presto concluir con los hechos de Centeno antes que por Toro y por los demás fuesen desbarata-

[1] En el ms., *é que*.

dos, paresciéndole que si así fuese su reputacion no sería mucha, sin lo cual Alonso de Toro no queria tenerse por su inferior; en fin, miradas otras cosas y fines suyos, determinó de salir de Lima con toda brevedad, llevando toda la más gente que pudiese. Perucho de Aguirre y otros algunos andaban escondidos por los carrizales y breñas de los valles, por miedo que tenian de ser muertos por mano de Francisco de Caravajal, el cual como lo supo les envió seguro para que viniesen antél, prometiéndoles todo favor porque se quisiesen tener por sus soldados é seguillo en aquella guerra que iba hacer. Antonio Alvarez, que en aquel tiempo estaba en la cibdad, despues de haber andado muchos dias por las montañas y espesura de los valles, habia venido con un seguro que le envió Lorenzo de Aldana, al cual mandó que fuese con él, teniendo primero intencion de le matar, y aun dicen que si no lo hizo fué por ruego del mismo Aldana, y Anton Alvarez, aunque contra su voluntad, hobo de seguirle por no perder la vida. Perucho de Aguirre y los que con él estaban vinieron á la cibdad y fueron bien recebidos de Caravajal, el cual daba priesa en que todos se adereszasen para salir della con brevedad. En este tiempo gobernaba Lorenzo de Aldana la cibdad, como atrás hemos dicho, y no osaba en cosa alguna hacer más de lo que Caravajal queria, y algunos culparon de muy remiso á Lorenzo de Aldana, diciendo que pudiera quedar por único capitan del reino hasta quel emperador y rey nuestro señor proveyera quien en su nombre gobernara las provincias, matando á Francisco de Caravajal y alzando bandera por el rey; y aun dicen que como en este tiempo estuviese alzado Diego Centeno en Las Charcas, si hiciera lo mismo Aldana, que Gonzalo Pizarro recibiera tan gran temor, que depusiera el cargo de gobernador y se fuera á meter en las manos del visorrey, ó que ya questo no hiciera, diera la vuelta á Los Reyes con su campo, por lo cual el visorrey lo pudiera seguir y con las ayudas y favores de arriba, Pizarro fácilmente fuera deshecho y él restituido en su tribunal; cosas son que se pratican; los subcesos Dios es el que lo sabe; tambien dicen otros que Aldana no tenia caballos, y aun que si se pusiera en arma y en alzar bandera, que los soldados destruyeran la cibdad y la pusieran á saco, que fuera mayor daño; sin lo cual, Centeno estaba tan lejos que habia más de trecientas leguas; dejemos esto, que yo concluyo con que si Lorenzo de Aldana alzara bandera por el rey, fuera Pizarro totalmente destruido; mas tambien afirman que le faltó aparejos y no tener caballos para subirse á la sierra si despues de haber alzado bandera se viera en algun trabajo.

CAPÍTULO CLXXI

Cómo el capitan Francisco de Caravajal salió de la cibdad de Los Reyes con su gente la vuelta de Goamanga.

Por la manera que habemos contado allegó Francisco de Caravajal á la cibdad de Los Reyes, adonde era muy servido de don Antonio de Ribera y del tesorero Alonso Riquelme y de otros que no poco deseaban el honor y servicio de Pizarro, y como él tuviese gran gana de salir de aquella cibdad, dió priesa que todos los que con él habian de ir se aderezasen para salir della, y nombró por su alferez general á Martin de Almendras, que despues fué capitan, y por sargento mayor á Castañeda, y despues de haber robado todo lo que pudo á los mercaderes, vecinos y oficiales de Lima, salió con toda su gente con determinacion de ir al Cuzco y estar poco en él, para ir á Las Charcas á desbaratar á Diego Centeno, y caminando por sus jornadas llegó al valle de Jauja, adonde siendo proveido por los señores dél abastadamente de las cosas nescesarias, se partió para Goamanga y anduvo tanto que llegó á un rio que cerca está de Goamanga, que ha por nombre Vinaca, adonde ya que era tarde le alcanzaron ciertas cartas que venian de Lima, que unas eran del Cabildo y otras del mañoso tesorero Alonso Riquelme, en las cuales dicen que se contenia que guardase su persona de traicion, porque en su campo iban Perucho de Aguirre, Zambrana y Pineda conjurados con otros para le matar; pues como viese estas cartas, sin dar á entender nada de lo que en ellas le escrebian, mandó luego por la mañana que marchasen para entrar en la cibdad; algunos hobo que quisieron decir quel mismo Caravajal fingió aquellas cartas, porqu' el Cabildo por la que le escrebian le enviaba á llamar que volviese á Los Reyes, y questo que lo hizo de industria por no pasar adelante, porque allí tuvo nueva de que Centeno estaba metido en la provincia de Casavindo, y que Alonso de Toro le habia dado grandes alcances y desbaratádole, y que viturioso se habia vuelto á la cibdad del Cuzco. Como Caravajal le tuviese por su enemigo por las cosas que pasaron al tiempo que Gonzalo Pizarro salió del Cuzco para ir á Los Reyes á la suplica-

cion, que siendo su maese de campo Alonso de Toro le quitó el cargo y lo dió á Caravajal, de lo cual Alonso de Toro tenia algun sentimiento, aunque á la verdad, como en tanta manera desease el honor de Gonzalo Pizarro, no paraba en aquellos pundonores, ni miraba en más que serville; mas como Caravajal fuese tan cauteloso, parecióle que Alonso de Toro le daria poca ayuda para pasar adelante, y aun temíase no intentase de le deshacer la gente que llevaba, por lo cual, con estos pensamientos entró en la cibdad de Goamanga sin dar parte á ninguna persona de lo que le habian escrito de la cibdad de Los Reyes; despues de entrado mandó aposentar toda la gente que llevaba, y que los vecinos les proveyesen de lo nescesario, lo cual se hacia como él lo mandaba, no osando hacer otra cosa, y como tuviese el aviso que hemos dicho, enviado, segun se dijo, por el tesorero y por don Antonio de Ribera y por otras personas, determinó de mandar matar á Perucho de Aguirre y á los otros, y ansí lo mandó luego poner por obra.

CAPÍTULO CLXXII

Cómo en la cibdad de Goamanga fueron muertos, por mandado del maese de campo Francisco de Caravajal, Perucho de Aguirre, y Pineda, y Zambrana, y de su salida de aquella cibdad.

Al tiempo qu' el maese de campo Francisco de Caravajal salió de la cibdad de Los Reyes, trataron, entre Perucho de Aguirre, Pineda, Zambrana, é Dionisio de Bobadilla y otros algunos, de le matar cuando para ello el tiempo lugar les diese, y luego juntarse con Diego Centeno si anduviese vitorioso, ó despues hacer algun hecho que fuese tenido por famoso; y como entrestos soldados se tratase, pudo ser sabido en Los Reyes por alguno que lo descubriria, por donde se fundaron á enviar el aviso, y algunos afirman tambien que estas muertes fueron hechas con industria de Caravajal, paresciéndole que, muertos, podria volverse á Los Reyes, adonde publicaria que descubierta la conjuracion que llevaban hecha, los mató, y que podria rehacerse de más gente, con la cual ternia su campo más potencia y volveria con gran celeridad á buscar á Diego Centeno, sin temor de que Toro fuese parte á le hacer ningun enojo; y esto hace creer algo dello saber que Perucho de Aguirre y los otros no pensaban efetuarlo por entonces, por haber entendido que Centeno andaba huyendo y no estaba poderoso. Volvamos á nuestro cuento y digamos lo que pasaba, y es quel maese de campo mandó llamar á Martin de Almendras y á otros de sus amigos, á los cuales dijo que trujesen delante su presencia á Perucho de Aguirre y á Zambrana y á Pineda, los cuales luego entendieron que el fin de su vida era llegado y que con su muerte el tirano querria ser satisfecho de las palabras que habian hablado sobre darle á él la muerte, teniendo por cierto que habia tenido aviso dello; mas no tuvieron los tristes remedio para ser librados de las manos del sanguinario, porque llevados delante dél, despues de haber dicho muchos donaires, con gran crueldad mandó que fuesen ahorcados, y vista la sentencia tan rigurosa, pedian con grande humildad que por dichos inciertos no los matasen, sino que hiciesen informacion de su delito, é si el crimen fuese de muerte, que ellos con paciencia la recibirian; mas poco aprovechó sus suplicaciones, porque la sentencia se esecutó; desta manera fenecieron estos tres mozos, sin culpa ni causa que hobiese para que su muerte se tuviese por justa; mas ¿qué hablo yo, como si la guerra cruel tuviese justificaciones, sino violencias, robos y crueldades no pequeñas? y estando comiendo el traidor, mandó á Dionisio de Bobadilla que en presencia de ciertos vecinos moradores de aquella cibdad que allí estaban, leyese las cartas que de Lima le habian escrito, mirando que cuando llegase al capítulo en que se nombraban los traidores que le querian matar, que diciendo el nombre de los tres, viese el otro quién era y se lo callase para sí; y vista la carta, Bobadilla se turbó porque se vió nombrar á sí propio; mas Caravajal, conociendo su pena, lo aseguró, diciendo que no temiese, con tanto que conocido aquel beneficio que le hacia de le dar la vida, de allí adelante fuesen mejores amigos; por donde se colige que en la carta venia entre los otros nombrado Bobadilla. Pasado esto, sin querer Caravajal saber si habia más autores, ni participantes en la conjuracion, asosegó su gente, diciendo que no temiesen. Pasado esto vino un mensajero con cartas de la cibdad de Los Reyes, del Cabildo y de otros sus amigos, en las cuales le decian que no tuviese por cosa cierta lo que se le habia escrito de que Perucho y los otros le querian matar, y que supiese que Melchor Verdugo se habia alzado en la cibdad de Trujillo en deservicio de Gonzalo Pizarro, del cual desman estaban temerosos no quisiese venir á Lima; por tanto, que debria de revolver á ella, para excusar no hobiese algun movimiento. Como es-

tas cartas vió Caravajal, se holgó grandemente y mandó á toda la gente que consigo habian venido que se aparejasen para dar la vuelta á la cibdad de Los Reyes, y ansí se apercibieron todos para hacer lo que les era mandado, pidiendo Caravajal, antes que saliese, algunos caballos y dineros á los vecinos de aquella cibdad, lo cual se le dió más de temor que no de gana. Luego que se hobo despachado salió de Goamanga y anduvo por sus jornadas hasta que llegó á la cibdad de Los Reyes, adonde fué bien recibido de los moradores della. Lorenzo de Aldana no hacia más de lo que por él le era mandado, y quieren algunos decir que Caravajal pensó en este tiempo de matar á Lorenzo de Aldana, teniéndolo por sospechoso y que no deseaba el servicio de Gonzalo Pizarro, y que praticándolo con algunas personas se lo estorbaron; y estando en esta cibdad supo lo de Verdugo enteramente como habia pasado. Dende á pocos dias vino nueva de que Diego Centeno y Lope de Mendoza y los otros que con él estaban retraidos en Casavindo habian salido y venian hacia la provincia de Collao, y sabida por Caravajal esta nueva se aderezaba para ir á encontrarse con ellos; mas primero que contemos su salida segunda vez de Los Reyes, diremos lo que sucedió en Trujillo y fué hecho por el capitan Melchor Verdugo.

CAPÍTULO CLXXIII

Cómo Melchor Verdugo vino á Trujillo, y lo que en ella hizo, y de cómo se salió por la mar en un navio.

Agora hemos de contar la venida que hizo de la provincia de Caxamalca Melchor Verdugo á la cibdad de Trujillo, y de cómo salió della por la mar; y bien se acordará el lector cómo en lo de atrás hecimos mincion quel maese de campo Francisco de Caravajal allegó á la cibdad de Trujillo, y lo que en ella hizo, y de cómo envió al capitan Juan Perez de Guevara para que hablase á Melchor Verdugo se viniese á juntar con él para ir contra Diego Centeno, que se habia alzado en Las Charcas, y cómo Verdugo no solamente tuvo en poco el mensaje del tirano, mas procuró con Pedro de Vegara que diesen la muerte á Caravajal. Pasado todo lo demás que nuestro proceso ha relatado, teniendo Verdugo aviso de su salida de Trujillo, acompañado de solamente seis soldados y criados suyos se partió de la provincia de Caxamalca para Trujillo, donde fingiendo mala dispusicion, y con voluntad de procurar de hacer alguna gente para procurar de juntarse con el capitan Diego Centeno, ó si no recoger el más dinero que pudiese y con ello irse á la provincia de Nicaragua ó Guatimala á hacer gente para volver en socorro del visorrey; y llegado, pues, que fué á Trujillo, Pero Gonzalez, alcalde ordinario, estaba en el valle de Pacasmayo; y como Verdugo llegase, pensó con industria de prender á los vecinos y más gente que estaba en aquella cibdad, y ansí, tomando consigo los que habia traido, armados con arcabuces, se estuvo en su casa, á los cuales mandó que á los que enviase á llamar y estuviesen dentro de las casas, que mirasen no se saliesen, porque los queria detener, y ansí con un paje envió á llamar uno á uno á todos los vecinos que había en Trujillo, y ellos, creyendo que les queria otra cosa, iban sin recelo de ser detenidos; mas como entraban dentro, no les daban lugar á que saliesen, y habiendo Verdugo juntado ansí algunos soldados de los que habian seguido al visorrey, dió priesa en enviar á llamar toda la más gente que habia en la cibdad, y cuentan que entraron en sus casas pasados de ciento y cincuenta españoles, y que despues que á todos los vido juntos, les dijo que mirasen en el trabajo y fatiga que estaba el reino y cuán calamitoso tiempo por él habia venido, y cuán poco se tenía el servicio del rey; por lo cual, que pues habian oido que Diego Centeno habia alzado bandera en servicio del rey y que algunos afirmaban que los del Cuzco se habian juntado con él, que ellos debrian de hacer lo mismo con ánimos prontos y leales al servicio del rey nuestro señor, é irse por la sierra camino del Cuzco ó de Quito, á juntarse con el visorrey, y qu'él por soldado ó por capitan, ó como ellos ordenasen, les ternia compañía, afirmándoles que si lo hacian como él se lo aconsejaba, se les siguiria gran provecho y Su Majestad lo ternia por gran servicio. Dichas estas palabras y otras, los vecinos se excusaban de salir, poniendo grandes inconvinientes, y pasaron sobrello grandes práticas. Pues como en la cibdad se supo que Verdugo habia preso á los vecinos que habia metido en su casa, se pusieron en arma un hermano del capitan Diego de Mora, llamado Marcos d' Escobar, con otros, hasta veinte, y como Melchor Verdugo lo supo salió á la plaza y les quitó las armas, volviendo luego adonde tenía á los demás detenidos, y con mucha priesa fué la nueva al valle de Pacasmayo, adonde como hemos dicho estaba el alcalde Pero Gonzalez, el cual, no embargante que era muy servidor del rey y

que deseaba que las violencias y tiranías se acabasen y el visorrey fuese restituido en su tribunal, acordó de hacer la más junta de gente que pudiese para revolver á la cibdad y para poner en libertad á los vecinos, teniendo por cosa muy dificultosa que de aquella suerte los hobiese Verdugo preso y quisiese hacer con ellos su negocio, y escribió á todas partes á los que estaban por los valles para que se viniesen á juntar con él, y lo mismo hizo á la cibdad de San Miguel, adonde en aquel tiempo estaba el capitan Juan Perez de Guevara haciendo gente por mandado de Gonzalo Pizarro, á quien todos llamaban gobernador, para entrar á poblar la provincia de Moyobamba; el cual, como supo la nueva, con toda la más gente que pudo se venía á juntar con el alcalde Pero Gonzalez para ir contra Verdugo, que como supo destos movimientos, viendo tan poca voluntad en los que estaban en Trujillo, acordó de salir en una nave que en el puerto estaba y llevar todo el más dinero que pudiese, suyo y de los vecinos; lo cual unos dicen que lo dieron de grado, y otros que lo tomó por fuerza. Pues como avivase la nueva de la venida contra él de Pero Gonzalez, envió á la mar la plata y oro que pudo, mandándolo recoger y que fuese metido todo en la nave, y él, después de haber puesto en libertad á los que tenía presos, desamparó la cibdad de Trujillo, dejando gran parte de su hacienda y la rica provincia de Xamalca, donde se le perdieron grandes ganados y perdió mucho por hacer este servicio á Su Majestad, tan notable, aunque no le salió bien; mas la culpa no la tiene él, pues como buen servidor y leal vasallo se mostró, teniendo en poco lo mucho que tenia, lo cual pudiera sustentar si quisiera seguir la tirania, como hacian los más que en aquellos tiempos vivian en Perú. Determinada su partida salió de Trujillo con propósito de ir á las provincias de Nicaragua á hacer gente para revolver sobrel Perú y dar favor al visorrey; como los vecinos lo vieron fuera de su cibdad estaban tan sentidos de que los hobiese preso con tan gran cautela y endustria, que salieron algunos con don Juan de Sandoval para lo prender ó matar; mas Verdugo se dió tanta priesa, que en breve tiempo allegó á la marétima costa, y metido en la nave fueron alzadas las áncoras y dieron velas llevando consigo treinta y tres hombres de guerra y ciertos presos que sacó de la cibdad, los cuales eran dos frailes de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, llamado el uno fray Gonzalo y el otro fray Pedro, los cuales en gran manera eran aficionados á las cosas de Pizarro y que muchas veces habian hablado sueltamente contra el servicio del rey, y á otros dos, llamado el uno Angulo, á quien él tenía por hombre escandaloso, y ansí fué caminando la vuelta de Nicaragua. Los vecinos de Trujillo publicaban grandes quejas contra él y escribieron sus cartas á Gonzalo Pizarro y á Lorenzo de Aldana, dándoles cuenta de lo que habia pasado, y como Pero Gonzalez supiese Verdugo ya estar fuera de la cibdad, deshizo la gente, y el capitan Juan Perez de Guevara se volvió á San Miguel; y dejaremos agora de tratar de Verdugo, porque conviene que nuestra obra dé noticia al lector de las cosas que fueron hechas por el capitan Alonso de Toro hasta que volvió á entrar en la cibdad del Cuzco.

CAPÍTULO CLXXIV

Cómo en el puerto de Viacha tuvo nueva Alonso de Toro de la venida de Caravajal, y de cómo, dejando en cargo el real al alferez general Juan Jullio de Ojeda, se partió al Cuzco á la ligera.

Nescesidad tengo siempre que deje d' escrebir una materia, dar noticia al lector de lo que pasó en la otra, y de lo que tengo d' escrebir en la que va prosiguiendo; y hago á Dios testigo de lo que en ello yo trabajo, y cierto muchas veces determiné de dejar esta escritura, porque ya casi ha quitado todo el sér de mi persona trabajar tanto en ella y ser por ello de algunos no poco murmurado; mas como en esta tierra las reliquias de la virtud sean menospreciadas y no pretenda más de que Su Majestad sea informado de las cosas que han pasado en estos sus reinos, y que la patria mia y todas las otras naciones que debajo del cielo son lo vean y entiendan, pasaré adelante, poniendo siempre mi honor en las manos del lector; el cual ya se acordará cómo en los capítulos pasados hecimos mincion que despues de haber dejado Alonso de Toro por capitan de la villa de Plata y del rico y muy precioso collado de Potosí á Alonso de Mendoza, con toda su gente se volvió hácia el Cuzco, y llegando al puerto de Viacha, adonde ya contamos que ahorcó á un Juan Nuñez, le vinieron cartas de Tomas Vazquez, en las cuales le hacia saber cómo habia venido nueva al Cuzco quel maese de campo Francisco de Caravajal venia, por mandado de Gonzalo Pizarro, á juntarse con él para hacer la guerra á Diego Centeno y á los demás que con él se habian levantado. Pues

como Alonso de Toro entendió esta nueva, mandó al alferez general Juan Jullio de Ojeda que quedándose con la gente se partiese por sus jornadas en su seguimiento, no consintiendo hacer daño á los bárbaros ni que fuesen molestados demasiadamente. Despues que esto hobo proveido, se partió acompañado de algunas lanzas y anduvo ligeramente hasta ser llegado á la gran cibdad del Cuzco, donde á cabo de pocos dias entró Juan Jullio, y no tardó que no vino la nueva al Cuzco de cómo allegado Francisco de Caravajal á Goamanga, ahorcó á Perucho de Aguirre y á los otros, contando la vuelta que habia dado á la cibdad de Los Reyes; tambien se supo la ida de Melchor Verdugo, de Trujillo. Pues como oyese estas nuevas Alonso de Toro, se estaba en el Cuzco á ver lo que más se decia; en este tiempo venian nuevas de la gran cantidad de plata que sacaban los vecinos en Potosí, que cierto ha sido más que, sacando el incendio que cuentan de los montes Pireneos, que *ha* habido en ninguna parte del mundo, aunque Juan de Viterbo y su Beroso hacen mincion de ricas minas que hobo en la provincia de Turtedetana, llamada agora Andalucía por los vándalos que la señorearon; y en mi primer libro de las fundaciones y nuevas poblaciones d' españoles hago gran mincion deste cerro y pongo dél cosas maravillosas de las guairas y otros instrumentos con que afinan el metal, que es una singular é hermosa historia que digo; y el capitan Alonso de Mendoza ponia gran diligencia en que los vecinos sacasen el metal, y los tenia en gran justicia, estándose en el asiento que luego se empezó á hacer á las faldas del gran cerro, y en la villa, desde donde tenian nueva de lo que pasaba; y diremos agora la salida que hizo del valle de Casavindo el capitan Diego Centeno.

CAPÍTULO CLXXV

Cómo despues de haber enviado el capitan Diego Centeno á Diego Lopez de Zuñiga á tratar los medios, fué caminando hasta Casavindo, y de cómo pasó alguna nescesidad de bastimento.

En lo pasado tratamos cómo el capitan Diego Centeno, con parecer de los varones que tenia consigo, volvió á enviar á Diego Lopez de Zuñiga para que tratase con Alonso de Toro algunos medios, más para quel tiempo se pudiese alargar para poder tener lugar de meterse en lo interior de las regiones que adelante de los Chichas estan, que no por gana que tenian de concierto con los que seguian la opinion de Pizarro; y agora lo que tenemos que decir es que Diego Centeno mandó á Juan de Villanueva, vecino de la villa de Plata, que fuese por adalid y llevase el campo por la parte más dispuesta que ser pudiese. Villanueva lealmente lo hizo; por fuera de los reales caminos caminaban, y el señor ó cacique de los Chichas habia mandado alzar el bastimento, de manera que tuvieron algunos hambre, por lo cual les fué forzado aprovecharse de lo que por naturaleza la tierra produce, y ansí debajo della sacaban unas raices amargas, que yo creo tienen por nombre arracaches, porque si no me engaño no pocas dellas he comido; su sabor declina un poco á zanahorias; destas y de otras yerbas comian los que con Centeno andaban, el cual, como viese esta nescesidad, salió por su mandado alguna gente por los lados de aquel despoblado á buscar bastimento, y trajeron algun ganado y maíz que comieron; mas como ya fuesen pasados más de treinta dias, en los cuales no tuviesen nueva de lo que habia hecho Alonso de Toro, Centeno mandó al capitan Luis de Ribera que acompañado de Martin de Arbieto, Juan de Santa Cruz y Francisco de Santisteban y de otros algunos, fuese por el camino más allegado á la villa y tomase lengua de lo que habia hecho Alonso de Toro, y si se habia vuelto al Cuzco ó si se andaba por alli. Luis de Ribera y los otros, con toda diligencia se partieron para hacerlo, y andando algunas jornadas tuvieron nuevas cómo Alonso de Toro habia llegado á la provincia de los Chichas y al puerto de la Totora, pasadas de cincuenta leguas de la villa de Plata, desde donde, sabiendo con la presteza que Diego Centeno iba huyendo por no afrontarse con él, acordó de dar la vuelta á la villa, y hallaron una carta del mismo Toro que lo afirmaba. Como el capitan Luis de Ribera y sus compañeros entendieron esta nueva, volvieron adonde quedaba Diego Centeno, y sabida por él, con parecer de los que con él estaban determinó de salir de Casavindo para revolver á la villa; y ansí, sacado el estandarte con noventa y cinco escuderos y arcabuceros que con él habia, salieron y anduvo hasta que llegó al puerto de Calahoyo, desde donde se metió en el valle que llaman de Picoya y Ticonoya, en el cual, por ir los caballos desherrados y muy despeados, les fué forzado reparar algunos dias, y ansí, como mejor pudieron, fué hecha una fragua, adonde se hicieron algunos clavos y se aderezaron las armas que tenian. Como los bárbaros naturales de aquellos valles es-

tuviesen encomendados á Hernando Pizarro y los tuviese á su cargo un Pedro de Sória, mandó que alzasen las comidas y se pusiesen en arma contra los españoles que andaban con Centeno; y ellos, que no tienen más ley de seguir la opinion de aquel á quien la fortuna se muestra favorable, paresciéndoles que Centeno siempre andaba huyendo y que al fin habia de quedar inferior de los que le andaban siguiendo, y ansí, habiendo alzado los mantenimientos y saliendo los españoles á los buscar, fueron muertos por ellos tres, de lo cual mucho pesó á Diego Centeno, y como tuviese aviso que en un peñol ó fuerza estaban ciertos criados de Pedro de Sória, que por su mandado habian venido para hacer alzar los indios, é para que fuesen presos salió Lope de Mendoza, maese de campo, con algunas lanzas y arcabuces, y andando hácia aquel lugar dió en el peñol, y por aviso que ya tenian de su ida se escaparon todos, sino fué uno que fué preso por Lope de Mendoza, el cual dijo cómo Alonso de Toro se habia ido á la villa y que decia que habia de dejar en ella un capitan para que estuviese en frontera contra Centeno, lo cual hecho, volverse al Cuzco. Lope de Mendoza con esta nueva se volvió adonde habia quedado el capitan Diego Centeno, y dende á dos dias supieron por nueva cómo del real de Toro habian salido cuatro españoles arcabuceros para venirse á juntar con ellos, y los indios los habian muerto y llevado las cabezas á Pedro de Soria con los arcabuces. Despues de haber estado veinte dias en aquel lugar, ya que tenian aderezadas las armas y hecho herraje, acordaron de salir de alli para ir con gran determinacion á la villa y apoderarse della, ó morir, sin andar más huyendo; salidos, pues, de aquel valle, caminaron hasta llegar al puerto de Totora, ques en los Chichas, en el cual vieron el sitio donde Alonso de Toro habia estado con su gente; prosiguiendo su camino allegaron á otro puerto que ha por nombre Paeca, en el cual estaban tres españoles por espías que en él habia mandado quedar Pedro de Sória, y al uno dellos prendieron, del cual supo Centeno la ida que hizo al Cuzco Alonso de Toro, y cómo habia dejado en la villa Alonso de Mendoza por capitan con alguna copia de gente; como aquesto fué sabido por Diego Centeno, entraron en consulta él y los principales de su campo y acordaron en ella de no parar hasta la villa y echar della Alonso de Mendoza, ó sobre el caso perder todos las vidas. En este tiempo el capitan Alonso de Mendoza, acompañado de hasta veinte lanzas y arcabuceros, salió de la villa para ir al rico cerro de Porco, donde en los siglos pasados los famosos Ingas tanta multitud de plata sacaron, y agora en este tiempo, despues de ser limpia una mina que en él tiene el comendador Hernando Pizarro, terná de renta cada un año pasados de ochenta mill marcos de plata fina; y como allegase el capitan Alonso de Mendoza, varon muy determinado, prudente, sufridor de grandes trabajos, natural de Las Garrobillas, al cerro de Porco, tuvo nueva cómo el capitan Diego Centeno con su gente estaba no muy lejos de alli, y por haber dejado toda la más de su gente en la villa, acordó, con parescer de aquellos amigos suyos que con él habian venido, de retirarse hácia la provincia de Paria, y ansí se hizo y á toda priesa comenzaron de caminar, y Centeno en su seguimiento, como luego diremos.

CAPÍTULO CLXXVI

Cómo el capitan Diego Centeno, entendido estar en Porco el capitan Alonso de Mendoza, fué con su gente tras él, y de lo que el uno y el otro hicieron.

Por la manera que habemos contado salió de la provincia de Casavindo el capitan Diego Centeno con su gente, con propósito y voluntad de venir á meterse en la villa de Plata y ocuparla, y como por sus jornadas viniese caminando hasta llegar cerca del cerro de Porco y supiese que en él estaba el capitan Alonso de Mendoza, mandó que todos, armados de sus armas, se diesen priesa para procurar de le prender é desbaratar; todos, con voluntad firme de lo servir lo hicieron como lo mandó, y ansí, dándose priesa á andar llegaron á Porco, donde supieron la salida que habia hecho el dia antes Alonso de Mendoza; lo cual sabido por el capitan Diego Centeno, con parecer de los que con él venian acordó de dividir su gente en dos partes, para que la una fuese con el maese de campo Lope de Mendoza á la villa á recoger la gente que más pudiese y hacer armas y arcabuces, y él con la otra parte seguiria al capitan Alonso de Mendoza. Esto determinado por aquella leal compaña, se partió el maese de campo Lope de Mendoza á hacer lo que le fué mandado; Diego Centeno, acompañado de los que con él quedaron, salió de Porco en seguimiento de Alonso de Mendoza, y á toda priesa iba caminando hácia la provincia de Paria, y algunos dellos que con él iban se le quedaron y se juntaron con Diego Centeno. Mendoza, animando á los que le quedaban, marchaba á toda priesa diciendo que les convenia andar, porque

Centeno venia junto á sus espaldas, y ansí como mejor podian llevaban su bagax. Diego Centeno, con no menos voluntad de alcanzallos que ellos llevaban de huirse, daba priesa á andar, caminando unos y otros con gran celeridad, y una noche, víspera de la gloriosísima Natividad de Nuestro Señor, hallaron una india que cansada se habia quedado, la cual dijo cómo el enemigo estaba no muy lejos de allí; pues como Diego Centeno oyó lo que la india habia dicho, hicieron alto y mandó á los suyos que diesen á los caballos maiz para que despues de estar bien alentados pudiesen seguir á sus contrarios, y aun no se habian bien ascondido las estrellas cuando el capitan Diego Centeno mandó á Martin de Arbieto y á Joanes de Cortaza que con otros algunos fuesen á correr el campo; los cuales lo hicieron y aun se dieron tan buena maña que prendieron á dos corredores de los de Mendoza, llamado al uno Arjona y al otro Pedro Moreno, de los cuales supieron que estaria de allí el capitan Alonso de Mendoza hasta una legua. Como esto fué entendido por Centeno, mandó que se pusiesen todos á punto de guerra para arrostrar con ellos si los aguardasen, y en alguna manera se alegraba Diego Centeno en ver que no iba huyendo, sino que iba dando alcances á quien lo hacía; poco le duró este contento, pues vino tiempo adonde al ser de buen capitan pertenesció arrojar su cuerpo en los amolados yerros de las picas y en ellas ser despedazado; mas fuéronlo muchos nobles caballeros del Perú, y él huyó una huida fea que siempre compitirá con su fama y honor, y quedaron los cuerpos de aquellos capitanes tan excelentes tendidos en el triste campo de Guarina, adonde la leal sangre fué derram la por servir al rey nuestro señor, segun que mi péñola dará á entender cuando el discurso de nuestra obra diere lugar. Dejando esto para su tiempo, el capitan Diego Centeno, hecho un escuadron de su gente, fué siguiendo Alonso de Mendoza, que como viese que sus corredores no volvian, adevinando lo que era, temiendo que sus enemigos estarian no muy lejos de allí, mandó á los poquitos que con él habian quedado que se armasen y estuviesen aparejados para ver si venian, y como Centeno con los suyos anduviesen con toda presteza pudiéronse ver, porque unos de otros no estarian medio cuarto de legua. Como Centeno vió que estaban tan cerca tomó veinte é cinco escuderos de los que con él venian, con los cuales salió delante de los que más le venian siguiendo, á escaramuzar con los enemigos. Pues como el capitan Alonso de Mendoza se viese con tan poca gente, paresciéndole que no era cordura aguardallos ni tampoco irse para ellos, pues no tenian comision de Su Majestad para alzar bandera en el reino, acordaron de á las mayores jornadas que ser pudiese caminar aunque dejasen el bagax, y ansí lo pusieron por obra, y porque los enemigos no se aprovechasen de dos vasijas grandes que llevaban de pólvora, la quemaron y siguieron su camino. Centeno con los veinte de caballo que con él estaban les fueron dando alcance con la mayor presteza que podian é los siguieron por un desierto llano, poblado de las yerbas del campo y de los guanacos y vecunias que en él se crian, y de un aire furioso y frigidísimo; tomaron todo el fardaje que llevaban los que iban huyendo. Alonso de Mendoza, viendo que tan ahincadamente le seguia Diego Centeno, decia palabras feas contra él, afirmando que esperaba satisfacerse de aquella huida que por fuerza era constreñido hacer; llegado que fué á Paria, tomando alguna comida, con su acostumbrada presteza comenzaron de caminar. Diego Centeno allegó tambien á Paria, donde se prendieron algunos de los que iban con Mendoza, y los caballos y armas repartieron entre sí, y lo mismo de ocho ó diez mill ducados de plata que se tomaron. Mendoza con cinco ó seis escapó á uña de caballo, y fueron presos Francisco Hernando y Pedro de Vivanco, Hernando Corvete y otros más de treinta que dellos tambien se rindieron, é hobo tantos porque salieron en seguimiento de Mendoza y se habian juntado con él. Cuando esto pasaba, antes que llegase el maese de campo Lope de Mendoza á la villa, un Antonio de Vega, que andaba huido en los montes, salió con hasta quince soldados que pudo juntar, con los cuales entró en la villa apellidando [1] el nombre del rey, y ansí muchos de los que habia dejado Alonso de Toro en guarda della, como supieron la huida de su capitan Alonso de Mendoza, dellos hicieron lo mismo, y otros se fueron á salir por el camino de los Carangues [2]. Como Diego Centeno, que en Paria habia hecho alto, supiese que iban á los Carangues los que de la villa salian huyendo, mandó á Juan Ortiz de Zárate que con algunos fuese allá y prendiese á los que hallase. Ortiz lo hizo como le fué mandado, y allegado á los Carangues hobo algun despojo y prendió todos los que haber pudo, entre los cuales fué uno Francisco de Retamoso, al cual asegurándole Juan Ortiz, se fué con él á la villa, donde el capitan Diego

[1] En el ms., *apedillando*.—[2] En el ms., *Carangas*.

Centeno lo recibió bien, sin hablar nada de lo pasado.

CAPÍTULO CLXXVII

De cómo el capitan Alonso de Mendoza allegó al puerto de Ilavi, desde donde escribió sus cartas al capitan Alonso de Toro, y de cómo Diego Centeno, hecho justicia en algunos, se volvió á la villa.

Con muy gran priesa iba caminando el capitan Alonso de Mendoza con aquellos que le habian quedado, y atravesando por los pueblos de Caracollo, Viacha *y* Tiaguanaco [1] anduvo hasta que llegó aquella famosa puente que no tiene otros cimientos ni armazon que crecidos haces de paja, del Desaguadero, y pasada estaba seguro, porque con cortalla no temía. Pasada la puente, el capitan Alonso de Mendoza le paresció que convenía dar aviso á la cibdad del Cuzco de lo pasado y de la salida de Casavindo de Diego Centeno, y ansí escribió sus cartas al capitan Alonso de Toro, haciéndole saber lo que decimos; las cartas llevaban los indios por las postas, y él fué al puerto de Ilavi, repartimiento del rey nuestro señor, adonde dijo que queria estar *á* ver si venia en su seguimiento Diego Centeno, el cual, con parescer de los que con él estaban acordó de se volver á la villa y juntar toda la más gente que pudiese, y ansí mandó que se hiciese, mandando primero que con pregon de traidores fuesen sacados Pedro de Vivanco y Juan Perez, espia de Sória, y fuesen ahorcados, lo cual se hizo. A un moreno corredor cortaron la mano, lo cual pasó á treinta días del mes de diciembre, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y cinco años; hecho esto se partió Diego Centeno con toda su gente la vuelta de la villa de Plata, llevando algunos de los que habian sido presos en cadenas, y llegando al puerto de Caracara vino el maese de campo Lope de Mendoza acompañado de muchos de los que en la villa estaban á recebirlo, y ansí con todos ellos entró en la villa con muy grande alegría dél y de los demás por verse dentro todos; se aposentaron y se entendia en hacer arcabuces y otras armas. Allegado al Cuzco el que llevaba las cartas de Alonso de Mendoza, como fué entendida la nueva por Alonso de Toro mostró pesarle, y luego escribió sus cartas á Gonzalo Pizarro y á Francisco de Caravajal, y á don Martin de Guzman envió á mandar en la provincia de Collao, donde estaba, que tuviese gran cuidado en mirar que no pasase ninguna gente á juntarse con Diego Centeno, y comenzó á peltrecharse de armas y á estar apercebido para que si Centeno quisiese abajar hácia el Cuzco, que no los tomase descuidados; y de nuevo tornó á escrebir al maese de campo Francisco de Caravajal sobre que viniese á toda priesa para ir á dar guerra á Diego Centeno, certificando que si se tardaba, que él saldria del Cuzco á lo hacer. Dejemos agora Alonso de Toro entendiendo en rehacerse y procurar que no le fuese gente á Centeno, y tambien no tratemos de la villa de Plata, porque conviene decir cómo salió de Los Reyes el maese de campo Francisco de Caravajal entendida esta nueva.

[1] En el ms., *Tiaguonaco*.

CAPÍTULO CLXXVIII

De cómo sabido lo de Centeno en la cibdad de Los Reyes salió della el maese de campo Francisco de Caravajal, y de cómo allegó á la cibdad del Cuzco, y de la muerte que dió á Setrel y á Hernando de Aldana.

Ya era tiempo que contáramos la batalla que se dió en Quito y muerte del visorrey Blasco Nuñez Vela; por llevar el curso de nuestra historia en las cosas que pasaron en las provincias más orientales, no quise devertir la materia hasta que contemos la entrada de Francisco de Caravajal en el Cuzco; y pues el lector lo ha de ver todo, no me culpe, pues vee que tengo por fuerza de dar noticia de los subcesos generalmente. Pues como en la cibdad de Los Reyes se supiese la salida que habia hecho Diego Centeno del valle de Casavindo, y tambien cómo habia desbaratado al capitan Alonso de Mendoza, el maese de campo Francisco de Caravajal mandó que todos los soldados que con él habian de ir se apercibiesen para salir luego de Los Reyes, y ansí lo hicieron, y salió de la cibdad, mandando que fuesen caminando por los arenales y frutíferos valles, teniendo intencion de ir á la cibdad de Arequipa, de donde podria ir con más brevedad á salir al Collao para ir en demanda de Centeno, á quien siempre decia que en tomándole le habia de azotar como á mochacho, en pago de su liviandad. Como allegase al valle de la Nasca, paresciéndole que no era cordura dejar de ir al Cuzco, pues habia sido llamado por el capitan Alonso de Toro, y que tambien podria aprovecharse en aquella cibdad, por lo cual deste valle subió á la Sierra á salir á la provincia de los Lucanes, desde donde caminó hácia la cibdad del Cuzco.

Como Alonso de Toro supiese su venida, cercábanle su ánimo mill pensamientos congojosos; por ser como era este Toro presuntuoso *y* muy ambicioso, pensaba unas veces de recebir á Caravajal con la más honra que á él fuese posible, y otras, sabiendo quél habia de ser el inferior, pensaba de le matar y alzar bandera en nombre del rey, lo cual estuvo determinado de hacer; mas no fué Dios servido, por sus secretos juicios y por los muchos pecados de Toro, quél fuese digno de tan gran beneficio; dicen que lo dejó de hacer porque vinieron nuevas al Cuzco de la gran pujanza que Gonzalo Pizarro tenia, y de cuán próspera se le mostraba la fortuna, afirmando que sin dubda ya habria muerto al visorrey. Con estas nuevas, Toro no solamente no pensó de matar al tirano, mas acordó de le recebir lo más alegremente quél pudiese, y ansí lo comunicó con sus amigos. Pues como Caravajal allegase cerca del Cuzco, Alonso de Toro le salió á recebir con buena copia de gente, llevando todos sus arcabuces y armas, no para ofenderle, sino para que viese cómo estaban apercebidos; cuando allegaron unos á juntarse con otros, concibió muy grandísimo temor el maese de campo Francisco de Caravajal, creyendo que Toro traia ruin pensamiento; pesábale de verse en aquel lugar, mas luego perdió este temor y sospecha, porque Alonso de Toro se allegó á él y le habló con mucha cortesía, y pasadas las práticas que en semejantes tiempos suelen pasar, cabalgaron *y* todos juntos volvieron á la cibdad, adonde Caravajal fué aposentado y lo mismo toda su gente, y fué informado por Alonso de Toro de cómo habiendo dejado en la villa de Plata con alguna copia de gente al capitan Alonso de Mendoza, salió del valle de Casavindo Diego Centeno y Lope de Mendoza con los que con ellos allí habian ido huyendo, y venido hasta Porco desbarató á Mendoza y le dió grande alcance, diciéndole tambien cómo decian que se habia retirado á la villa de Plata. Como Caravajal supo estas cosas que habian pasado, mandó que todos se aderezasen los que en el Cuzco estaban para ir con él, haciendo grandes juramentos que no volveria de las provincias de Las Charcas hasta haber castigado á Centeno y á los que con él estaban; y ansí se aderezaban armas, hacian arcabuces, pólvora *y* picas; los atambores con los pífanos andaban por las calles de la cibdad que nunca mereció mucho tiempo sustentarse en paz, por alguna clima ó costelacion debajo de la cual debe d' estar asentada; y no digo esto por los aparatos de guerra *y* batallas que los españoles desde el tiempo que se hicieron señores deste imperio han tenido, porque desde quel famoso Mango Capa la fundó, jamás dejaron las banderas y atambores de demostrar la guerra, y salieron grandes ejércitos á conquistar todas las provincias despues de que las superaban los reyes Ingas, viniendo á trunfar á su Cuzco, que otra Roma fué en tiempo dellos; luego unos hermanos con otros contendian en guerras, porque el Cuzco no me parece que quiere sustentar á ninguna gente en paz, y no pocas historias habrá visto el lector en mi segundo libro, donde trato lo destos Ingas. Volviendo á nuestro propósito, Caravajal entendía en hacer lo que digo y en robar lo que podia, y como viniese la Cuaresma cerca, queriendo hacer penitencia de sus pecados, por cosas muy livianas mandó prender á Hernando de Aldana, vecino de la villa de Plata, conquistador de la provincia de Las Charcas, y á Diego Alvarez, y á Gregorio Setrel, vecinos del Cuzco; sin éstos quiso prender á otros; Toro le fué á la mano, diciendo que no habia de consentir tan gran crueldad, y el capitan Diego Lopez de Zúñiga, sabiendo que Caravajal le queria á él tambien prender, se escondió en tales partes que no pudo ser habido. Venido el dia de Carnastoliendas ahorcó á un soldado llamado Pineda, y mandó á los otros vecinos que se confesasen y no tuviesen en poco dalles lugar para ello; los tristes lo hobieron de hacer, y el primer dia de Cuaresma, porque veais la contricion que este facineroso tirano tenia, mandó que fuesen ahorcados despues de les haber cohechado todo el oro y plata que pudo. Como el obispo y los religiosos vieron la muerte que les queria dar, fueron con las cruces á le rogar con toda humildad no quisiese matarlos, lo cual hacian con grandes suplicaciones, y el sanguinario respondió donaires y chufectas, aprovechando poco *el* ruego de alguno para que dejasen de ser muertos. Hecho esto, Caravajal mandó que se aprestasen todos los que con él habian de ir, no dejando donde via que podia robar, porque no era hombre que miraba mucho en conciencia, y ansí hacia hasta docientas y cincuenta lanzas y arcabuceros, con los cuales pensaba de ir á dar guerra á Centeno, y escribió al capitan Alonso de Mendoza que le avisase si tenia alguna nueva, el cual en este tiempo estaba en la villa de Plata, como hemos contado, y sospechando lo que habia de ser, se peltrechaba de armas y aderezaba lo mejor que podia; y Caravajal, de que tuvo su gente aderezada salió del Cuzco, yendo con él Juan Jullio de Ojeda, Gomez Mazuelas, Pero Alonso Carrasco y otros vecinos

que adelante diremos, los cuales muchos dellos no iban de gana, sino por sustentar sus vidas y porque ya sabian claramente la destruicion del visorrey; y dejando agora de tratar de Caravajal y de Centeno, volverá nuestro cuento á lo de Quito, y tratará nuestra historia grandes cosas.

CAPÍTULO CLXXIX

Cómo Gonzalo Pizarro mandó poner grandes guardas para saber del visorrey, y de cómo supo haber llegado á la villa de Pasto, y de cómo el visorrey caminaba hácia Quito.

Atrás contamos del seguimiento que Gonzalo Pizarro hacia al visorrey, y de cómo parte de su gente allegó al rio Caliente, siguiéndole, y de su entrada en la villa de Pasto, y de la vuelta que dió á Quito, y de cómo despachó á Francisco de Caravajal para el Cuzco, y á Pedro de Hinojosa á la Tierra Firme, y él con su gente se estaba en Quito, adonde tenia nueva siempre de lo que pasaba en la gobernacion. Dicen que algunos de sus capitanes y otros vecinos de las cibdades del Perú le aconsejaban que se volviese al Cuzco, por excusar que no hobiese movimientos de guerra, pues bastaba lo pasado, y quel visorrey no seria tan temerario que quisiese volver al reino ni dejar de ir á España á dar cuenta á Su Majestad de las liviandades que en él habia hecho; mas Gonzalo Pizarro no estaba de aquella opinion, diciendo que no convenia salir de Quito hasta que de todo punto la guerra con Blasco Nuñez hobiese fin, y ansí mandó qu' estuviesen veinte escuderos con sus lanzas y caballos siempre en los continuos aposentos de Carangue, y que ansimismo hobiese gente en Otabalo, y á Juan Marquez, señor del puerto de Tuça, escribió que tuviese grande aviso en saber si el visorrey volvia de la gobernacion, avisándole siempre de todo lo que pasase. Hechos estos proveimientos, Gonzalo Pizarro y sus capitanes se estaban en Quito gozando de tiempo próspero; algunos usaban con las mujeres y las tenian por mancebas públicas, siendo, como lo eran, casadas, lo cual no se ha de entender por todas, porque muchas habia honradas y que guardaron con gran fee el honor á sus maridos; y como en aquellos tiempos hobiese ricos mineros de oro, como otras veces hemos dicho, en la provincia de los Canares, Gonzalo Pizarro mandaba que se sacase toda la más cantidad que se pudiese. Como los que estaban por corredores tuviesen gran cuidado en hacer lo que por Gonzalo Pizarro les era mandado, enviaban espías para que con mucha diligencia supiesen lo quel visorrey hacía, y á cabo de algunos dias vino nueva de cómo era llegado á Pasto, y tambien allegó á Quito Andres Gomez, el vecino de Pasto, del cual supieron de cómo el visorrey quedaba en Pasto y la gente quél traía. Como aquesta nueva supo ser cierta, Gonzalo Pizarro mandó á su capitan que estuviesen aderezados para si el visorrey viniese á Quito, como él no dudaba; el cual ya tambien contamos su salida de la villa de Pasto con su gente, y dicen que tuvo aviso de un indio que envió aquel Andres Gomez que fué á Quito, por cifra, de cómo Gonzalo Pizarro estaba en él, y de la nueva gente que tenia, y no embargante esta nueva el visorrey iba marchando hacia el Quito. Tiénese por cierto que antes desto supo por aviso cómo el emperador nuestro señor y los del su muy esclarecido Consejo, habiendo tenido noticia de las cosas que pasaban en Perú, ordenaban de proveer quien viniese á las asosegar y poner en paz las disinciones que habia; por lo cual afirman que mirando que habia venido con cargo tan preminente, quiso ir afrontarse con Pizarro, aunque no inoró la potencia que tenia, y procurar de tentar de nuevo su fortuna; y ansí, diciendo á los suyos quél creia Pizarro ser ido á la ciudad de Los Reyes, que todos se animasen cobrando nuevo esfuerzo para echar de Quito á los que en él hallasen, prometiendo á todos grandes favores y que serian aposentados en los repartimientos que poseian los que andaban con Pizarro. Yendo, pues, caminando, mandaba á los capitanes que cada uno mirase de la arte que habian de pelear, y el capitan Juan Cabrera, maese de campo, no mostraba llevar ningun contento, ni en todo ponia recaudo bastante, por quél se habia ejercitado en la guerra de los indios y esta otra, que es de más calidad, por no la haber usado no la entendia bien. El visorrey pesábale de ver su tibieza y dicen que Juan Cabrera algunas veces le suplicó le dejase romper á caballo, y el visorrey respondia que pues era maese de campo que á pie y con una pica habia de pelear. Pasando estas cosas y otras, el visorrey allegó al rio de Mira, adonde vieron la estancia adonde habian estado las espías; decia la gente que con él iba que en Quito debia de quedar poca, y que de miedo inviaban á ver si venian para desamparar la cibdad é irse huyendo; y el visorrey, aunque conosció ser otra cosa, disimulaba y animaba á los suyos é iba con la fatiga quel lector puede ver, y más que ya no se fiaba de muchos de los suyos, ni tampoco envió á que espiasen el ca-

mino que llevaban, y para ello prometia los premios que suelen dar los capitanes que quieren tener aviso de sus enemigos. Toda esta escritura que voy haciendo del visorrey, por haberme quedado en la gobernacion tomé la relacion dello del capitan don Alonso de Montemayor, é del capitan Francisco Hernandez, y del capitan Hernan Sanchez Morillo y de otros algunos, y en todo va lo más cierto que pudo ser. El visorrey mandó al capitan Cepeda que fuese corriendo el campo con la gente de su compañía; mas como Juan Marquez tenia tomados los caminos y avisados los indios que no diesen ningun aviso al visorrey, no pudo tenerlo, porque, como he dicho, todos los naturales, viendo la potencia de Pizarro, le servian y avisaban, lo cual no hacian al visorrey por verle venir con poca gente, el cual anduvo hasta que llegó al puerto de Tuça. Juan Marquez con los que allí estaban se partieron para Otabalo, enviando aviso á Gonzalo Pizarro. Pues como el visorrey llegase á Tuça, ordenó su gente de la arte que habian de ir y pelear, los cuales eran docientos infantes piqueros y arcabuceros y ciento y diez lanzas, de manera que todo el número de la gente se extendia á trecientos y diez españoles; arcabuceros iban ciento, mal aderezados por la poca y mala municion de pólvora que llevaban. Mandó que en el escuadron de la infanteria fuese Sancho Sanchez de Avila con una compañía de arcabuceros que llevaba á su cargo, y que llevase la una ala ó cuerno del escuadron, y que fuese al de la mano diestra junto á la una hilera de las picas, y al otro lado ó ala mandó que fuesen quince arcabuceros, y con la resta, que serian cincuenta, mandó que llevase á su cargo, para trabar la escaramuza con los enemigos, el capitan Francisco Hernandez. Ordenó que llevase el capitan Cepeda, con su compañía de lanzas, la mano derecha del escuadron, y en la otra que fuese el capitan Garci Perez de Bazan, yendo junto con ellos don Alonso de Montemayor, y el estandarte del águila, que iba á cargo de Ahumada, mandó que fuese junto á las banderas de la gente de á caballo, y en su acompañamiento el adelantado don Sabastian de Belalcazar; escogió [1] doce de á caballo, bien armados, que fuesen en su acompañamiento para socorrer á la parte que más nescesidad hobiese, y el maese de campo Juan Cabrera que con una partesana ó alabarda entrase delante animando á la gente; y dada esta órden, el visorrey se partió de Tuça. Gonzalo Pizarro cada dia tenia nueva de la parte quel visorrey estaba y de cómo venia, de lo cual mostraba holgarse, diciendo que mirasen cuán favorable se le mostraba la fortuna, pues le traia á sus manos al enemigo para que fuese castigada la locura con que entró en el reino, y aunque no lo mostraban, verdaderamente les pesaba á Garcilaso de la Vega, á Juan de Sayavedra, y á Gabriel de Rojas, y á Diego Maldonado, y á Gomez de Alvarado y á otros varones nobles que con modestia miraban el gran mal que se rescrecia con la venida á Quito del visorrey, pues unos con otros, sin mirar ningun feudo ni amor de patria se habian de arrojar las lanzas y meter por sus entrañas los yerros dellas, de lo cual Dios Nuestro Señor y Su Majestad serian deservidos, y más si el visorrey muriese en la batalla; y adevinaban grandes males que habian de venir, y aunque algunos se le quisiesen pasar, no podian, porque andaban tan temerosos que no osaba ninguno descobrir á otro lo que tenia en su pecho, é para irse á solas estaban los pasos tomados por amigos fieles de Pizarro. Paresciéronse en Quito algunos prodigios [1], los cuales Pizarro los tuvo por favorables: corrian las estrellas, y como si la religion gentílica no hobiera fenescido y por la nuestra cristiana no fuesen reprobados, miraban en agüeros, y aun algunos buscaban hechiceros de los bárbaros que les anunciasen el fin de la batalla. Pizarro, mucha de su gente la tenia mal armada y peor aderezada, aunque los vecinos y soldados viejos lo estaban bien, é como ya entendiesen cuán cerca de Quito venian, les habló é hizo una exhortacion, aunque mal compuesta, por ser como era de poco saber, tosco en sus palabras, la cual era rogalles quisiesen todos mostrarse bien en aquel negocio, pues vian quel visorrey los venia á buscar, é que si los vencia é sojuzgaba, que haria en todos grandes crueldades, mirando tambien que por su causa habia salido de Las Charcas, dejado su casa *y* hacienda. Esto decia á los vecinos, y á los soldados daba grandes esperanzas que luego que la guerra fuese acabada, gratificaria á todos ellos dándoles en el reino repartimientos con que para siempre pudiesen vivir en descanso. Todos le respondieron que harian complidamente lo que les mandase y arriscarian sus vidas á todo peligro por le servir. Pasado esto se aderezaban los arcabuces y otras armas para se hallar apercebidos cuando el enemigo viniese. Despues quel visorrey hobo ordenado su gente en Tuça, salió y anduvo hasta que llegó á

[1] En el ms., *escojo*.

[1] En el ms., *prodigos*.

Carangue. Juan Marquez, tan buena maña se dió que se pudo poner junto al campo del visorrey y ver muy á su voluntad toda la gente que traia, lo cual hecho se partió luego á Quito á dar nueva dello á Gonzalo Pizarro. En estos aposentos de Carangue supo el visorrey cómo estaba*n* en Quito Bachicao y su gente, y lo mismo Gonzalo Pizarro, lo cual entendido por el visorrey, sin perder su ánimo, á toda priesa mandó caminar hácia Otabalo, y allegado aquel aposento salió la madre del señor de aquel pueblo, la cual le certificó la estada de Pizarro en Quito con gran copia de gente, ansí de á pie como de á caballo. Pues como ciertamente se supo esto, cayó algun desmayo en la gente del visorrey, al cual algunos le interrogaban quisiese descansar allí un par de dias para que los caballos fuesen más descansados, y que en el inter dello podrian sacar algun salitre para hacer pólvora ó para refinar la que llevaban; mas el visorrey no reposaba y tenia por muy enojoso el parar, por lo cual, dando algunas excusas por donde dijo no convenia si no que caminasen, partieron de allí otro dia y fueron luego el siguiente, que era domingo, á ponerse en una llanada que está por encima del rio de Guayabamba. Gonzalo Pizarro tuvo aviso de cuán cerca estaban los enemigos dél.

CAPÍTULO CLXXX

De cómo Gonzalo Pizarro con su gente salió de Quito, y de cómo el visorrey iba caminando y entró en él, y lo que más pasó hasta que en Anaquito se dió la batalla.

Ya queremos dar fin á la batalla de Quito y á la vida del visorrey Blasco Nuñez Vela, y verdaderamente no fué digno que se le diera tan inominiosa y cruel. Tambien hemos de contar crueldades no pequeñas que en el Quito fueron hechas y cometidas por los vencedores en los que ya eran vencidos, y aunque *ha* habido algunos mudamientos en este nuevo imperio de Indias desde el tiempo que los españoles con su esfuerzo se hicieron señores dél, no se cometió en todos ellos tan gran maldad como fué este dia que diremos; y á la verdad, era tan odioso el nombre del visorrey á los varones del Perú, quel menor mal que ellos temian era verle muerto, paresciéndoles que con su vida, si volviese á tener el mando superior, que haria en todos ellos grandes crueldades, por le tener por muy vengativo é que sin consideracion hacia sus cosas. Pues como ya Gonzalo Pizarro por sus corredores supiese estar tan cerca de Quito, mandó á los capitanes que luego saliesen al campo con los soldados, para dar la batalla á su enemigo, que habia venido á buscarlos, y ansí como por él esto fué mandado, los atambores daban señal de que luego fuese hecho, y ansí al són dellos salian los soldados con sus armas á hacer lo que por sus capitanes les era mandado, y estando Gonzalo Pizarro entendiendo en mandar salir la gente del Quito, allegan sus corredores dando alarma, diciendo quel visorrey habia llegado al rio de Guayabamba. Como aquello fué entendido, á toda priesa salieron de Quito Gonzalo Pizarro y sus capitanes, y la gente que salió con él eran trecientos y treinta infantes y ciento y treinta lanzas y ciento y cincuenta arcabuceros. Salido, pues, de Quito, anduvo hasta tres leguas de la cibdad para ponerse en un alto que estaba cerca de la subida de Guayabamba, y al tiempo que Gonzalo Pizarro salió de Quito estaba allí Rodrigo de Salazar, que es el que se huyó en Los Reyes al visorrey cuando don Baltasar de Castilla hizo lo mismo con los otros que ya contamos, el cual venia de un pueblo llamado Locila [1], y como entendió que ya el visorrey estaba tan cerca y que la batalla no se podia excusar, lleno de grandísimo miedo, segun unos dicen, ó por no hallarse contra el visorrey, segun él cuenta, pidió á Pizarro licencia para ir á la Tacunga [2] diciendo que tenia allí sus armas, que iría por ellas y á toda priesa daria luego la vuelta; Gonzalo Pizarro se la dió, y á todos los que encontraba Salazar decia que se diesen priesa, porque ya la batalla seria dada. Llegado que fué Gonzalo Pizarro á lo alto del rio de Guayabamba, tenia sus corredores puestos en el mismo rio, y los del visorrey y ellos pudieron hablarse, y decíanles que se pasasen al servicio del rey y no quisiesen ser traidores por hombre de tan poco ser como era Gonzalo Pizarro, y otras palabras que se suelen decir en semejantes tiempos unos enemigos á otros; á lo cual respondian qu' ellos habian d' estar con Gonzalo Pizarro y servirle siempre, porque le tenian por gobernador del reino, y que ya habia nueva en Quito que Su Majestad le enviaba las provisiones, y quel visorrey era un hombre cruel y sin autoridad, porque Su Majestad le habia derrogado las provisiones por su imprudencia, y mandádole ir á España privado del cargo que della trujo; y de todo esto que pasaba iba al visorrey la nueva, el cual podia con los suyos muy bien ver el campo del enemi-

[1] Antes se leía en el ms., *Locua*.—[2] En el ms., *Tacurga*.

go estar sentado en lo alto, y que le tenian guardado y ocupado el paso por donde habian de subir, y no dejaba el visorrey siempre de animar á los que con él iban, prometiéndoles grandes rentas en el reino si Dios les diese la vitoria contra el tirano; y viendo que por el camino que atravesaban el rio iban á dar en la frente del escuadron del enemigo y por mitad del estancia de su real, tomando parecer con el adelantado Belalcazar, y con el licenciado Alvarez, y con don Alonso de Montemayor, y con el maese de campo Juan Cabrera y los capitanes Francisco Hernandez, Sancho Sanchez de Avila, Rodrigo Nuñez de Bonilla, Cepeda y Bazan, con otros de los principales de su campo, por dónde seria más acertado caminar lo que les restaba de andar hasta juntarse con el enemigo para le dar la batalla, y despues que se hobo praticado y altercado lo que seria mejor, el adelantado don Sebastian de Belalcazar le dijo quél le llevaria por camino seguro y que pudiese llegar á Quito sin ir por donde estaba Pizarro, y determinóse que se hiciese ansí, é porque los enemigos creyesen que iban por la parte quellos estaban y no por otra ninguna, usaron de cautela, y fué mandar [1] ir por allí todo el bagax con el fardaje que tenian, con la cual industria pensaron que los enemigos tuvieran por cierto su ida de todo el campo; y antes que esto hiciesen, despacíanse por todas partes, porque Pizarro y los suyos creyesen ser más de los que eran, porque unos no podian reconoscer la gente de los otros, aunque bien sabian, el visorrey la gente que tenia Pizarro y Pizarro la que traia aquél, por dicho de Andres Gomez, y aun por cartas que le fueron de Pasto; y creyendo que el visorrey subiera por aquel lugar donde ellos estaban, teniendo junto á sí al licenciado Benito Juarez de Caravajal, tornó de nuevo animar su gente y á decirles la poca quel visorrey traia, la cual toda estaba acostumbrada á huir, como ellos bien sabian por los alcances que les habian dado, y que sin mucha dificultad habian de conseguir la vitoria, pues que Dios permitia quel visorrey viniese á meterse en sus manos por lo castigar de los pecados y maldades que habia acometido, y que mirasen, si por caso hobiese la vitoria, la justicia que haria en ellos, pues ya, segun era público, habia dado y mandado apregonar por traidores á todos los más de los que con él allí estaban; por lo cual, no tanto por él, como por sus propias vidas y haciendas, eran obligados de pelear como varones determinados y llenos de fortaleza y de grande esfuerzo; dicho esto, todos le respondian lo que solian, con palabras adulosas y llenas de lisonjas. Quieren algunos decir quel capitan Hernando Bachicao tenia pensado de pasarse á la parte del visorrey y á le servir con la mayor parte de su compañía, é que si lo pudiera hacer entonces, que lo pusiera por obra; yo lo oí afirmar á muchos del visorrey que Bachicao lo queria hacer ansí, aunque yo creo que fué maña de Bachicao, como suele ser todo lo demás, porque tiempo tuvo él para mostrarse lealmente en el servicio del rey y tuvo en poco hacerlo; por donde si algo intentó de hacer, eran palabras no salidas de su voluntad ó por huir de la batalla, porque este tirano fué uno de los mayores cobardes que jamás se vió. Pues como el visorrey hobiese determinado de ir por el camino quel adelantado Belalcazar le habia dicho, é ya la noche con sus tinieblas quisiese venir, mandó que se quedase en el rio el bagax, y lo mismo unos clérigos que venian con él, y que en dando el dia muestra de su claridad partiesen por el camino que iba á dar adonde los enemigos estaban, y como ya fuese de noche escuro, mandó tocar un atambor y desparar tres ó cuatro arcabuces para que los enemigos creyesen estar todavía allí, y luego haciendo poco ruido, comenzaron de caminar con gran trabajo, por ser el camino áspero é dificultoso, tambien por ser, como era, de noche, y aunqu' el visorrey creyó de allegar á Quito antes que amanesciera, no lo pudo hacer por el camino ser tan malo, y dándose toda priesa andar, allegó á Quito otro dia, lunes, diez é ocho dias del mes de Enero del año de mill y quinientos y cuarenta y seis, á medio dia, bien cansados él y su gente y con no poca gana de comer. La noche pasada tuvo Gonzalo Pizarro con gran recaudo de velas y rondas, y durmió él y su gente en el escuadron; luego el lunes por la mañana mandó Gonzalo Pizarro á un Ruy Lopez que con algunos corredores fuese hasta el rio ó hasta donde topase los del visorrey, y á toda priesa volviese á le avisar de la arte que venia y á dónde allegaba; y al capitan Juan de Acosta mandó que con sesenta arcabuceros se pusiese en celada para ver si podria prender algunos de los contrarios. Pues como los corredores de Gonzalo Pizarro bajasen al rio y encontrasen con el bagax del visorrey, y supiesen de un clérigo que con él venia de cómo la noche antes habia ido por otro camino á meterse en Quito, volvieron á toda priesa á le dar aviso dello, y como lo supo le pesó grandemente á él y á los suyos, por-

[1] En el ms., *á mandar*.

que con brevedad quisieran dar ya fin aquella guerra, y mandó traer ant' él al clérigo, el cual contó todo lo que pasaba, é la causa porqu' el visorrey habia tomado el camino que llevaba; y entendido, como contamos, por Gonzalo Pizarro, mandó tocar las trompetas y que los atambores echasen bando para que luego la gente partiese de alli para ir á buscarle.

CAPÍTULO CLXXXI

Cómo Gonzalo Pizarro fué en busca del visorrey, el cual, despues de haber entrado en Quito salió hácia el llano de Anaquito, y lo que á entrambos capitanes les sucedió hasta que los reales se juntaron.

Entendido por Gonzalo Pizarro el camino quel visorrey llevaba, como habemos contado, mandó que á toda priesa marchasen hácia Quito ó hácia la parte dondel visorrey fuese, y mandó algunos escuderos que fuesen con caballos ligeros hácia el Quito y mirasen lo que por el visorrey era hecho. Al tiempo que Gonzalo Pizarro salió de Quito quedó muy poca gente en la cibdad, porque hasta las mujeres la desampararon hasta ver el fin de la guerra y á quién daba Dios la vitoria de la batalla, y como el visorrey entrase en ella y la viese desierta, espantóse, é yendo por una calle salió á él una moza doncella española y le habló al oido ciertas palabras que debieron ser avisándole de la potencia que Pizarro tenia, y el visorrey, dando una gran voz, dijo: *¡oh válame Dios! y ¿qué es esto, que todo el mundo es traidor, y que tanto haya infacionado esta maldad en esta tierra, que no vemos hombre, ni clérigo ni fraile, que nos dé nuevas deste tirano que sean ciertas?* Y ansí él como todos los suyos iban llenos de gran tristura y fatigados de la hambre por no haber comido nada en todo aquel dia. Yendo, pues, más adelante por la misma calle, llegó á la plaza y no vido ninguna persona en toda ella, y tornó á decir: *¡poderoso Dios! ¿esta no es tu causa? ¿cómo, Señor, consientes que no haya ningun bueno, sino que todos sean malos y traidores?* Como algunas mujeres que en la cibdad habian quedado viesen al visorrey, pesábales, las cuales salieron llorando y le decian: *¿dónde, señor, habeis venido á morir? que Gonzalo Pizarro salió al campo con ochocientos hombres de guerra, todos con voluntad de ver vuestra destruicion y muerte;* y habíanle dado un pan y medio rábano y vino para comer, porque era grande la hambre que tenia, y como oyó aquello recibió tan gran desmayo que sin comer cosa alguna dello lo dejó caer y alzó las manos al cielo como que pedía el favor é ayuda de Dios; y los soldados, algunos, de temor por no ser muertos á manos de los enemigos, y otros por buscar alguna vianda para poder comer, desamparaban el escuadron y se metían por las casas que hallaban, sin que bastasen los alferez ni sargentos para los hacer detener. Pues como el visorrey claramente vió su destruicion, determinando de hacer lo que debia como buen capitan y morir en el campo como varon esforzado y no hacer ninguna fea huida, ni tampoco perder el ánimo para entregarse vivo en poder de sus enemigos, tomando su lanza en las manos se fué á donde estaban los de á caballo y más gente suya, y mostrando buen rostro, aunque en el semblante bien mostraba lo que en lo secreto de su corazon sentia, y mirando contra todos, alzando la voz les dijo: *caballeros hijosdalgo que conmigo aqui habeis venido: ya creo habeis entendido la mucha gente quel tirano tiene, y de la salida que hizo, para nos buscar, desta cibdad; no siento ni tengo en nada lo que á mi sucederme puede, pues ya muchos dias ha que yo tengo ofrecida mi vida por el servicio del rey, sino el trabajo que vosotros tuviéredes, ó por el que pasardes, pues con tanto trabajo habeis siempre seguido el partido real del rey; mas para que por nosotros no pase tan gran calamidad, cobrá nuevas fuerzas y mirá el gran ser de vuestros pasados y vuestra mucha nobleza; teniendo en poco al enemigo, mostraos varones tan esforzados que les deis á entender en lo poco que los teneis, porque muchas veces acontece los pocos vencer á los muchos, de lo cual no hay para qué traeros ejemplo ninguno, pues todos lo sabeis; solamente os digo que mireis que de nuestra parte tenemos la razon y justicia, y que por defendella de los tiranos peleamos, pues yo he venido en confianza de vuestros brazos; despues dél, á Dios mostraos como digo, lo cual sea; si no lo pensais hacer, avisáme dello con afirmarme vuestra determinacion.* No hobo bien acabado de decir estas palabras el visorrey, cuando todos los que allí estaban le respondieron, con ánimos prontos y aparejados á le servir, que querian pelear en el campo y morir con él antes que entregarse en las manos del tirano; lo cual oido por él, les tornó á decir que les agradescia aquella voluntad, prometiendo que si Dios le diese vitoria, que á todos haria grandes señores en el Perú con renta que les daria. Pasado esto miró contra el maese de campo Juan Cabrera y le dijo que lo hiciese como buen capitan; y en esto los corredores que Gonzalo Pizarro envió habian ya llegado junto á la ciudad y

vieron muy bien cómo la gente del visorrey se habia alguna della dosordenado; luego le fué aviso de todo lo que pasaba; algunos quieren decir quel visorrey fué aconsejado que tomando los caballos más ligeros se fuese la vuelta del Cuzco, que ansí podria escaparse del poder de Gonzalo Pizarro y de los que con él estaban; y á la verdad, si el visorrey esto hiciera, pudiendo tomar la delantera á Gonzalo Pizarro, ciertamente él tornara á cobrar su autoridad, porque no hay que dudar sino que muchos le acudieran, y aun dicen que estaba tan falto Gonzalo Pizarro de herraje para los caballos, que le siguieran con muy gran trabajo. Gonzalo Pizarro con sus banderas veníase acercando á Quito, poniendo en los suyos todo el más ánimo que podia, y el visorrey, viendo que los soldados se metian en las casas de la cibdad, dió priesa que saliesen della, mandando al capitan Francisco Hernandez que tomase la delantera con sus arcabuceros, é si el visorrey con su gente se pusiera en las más fuertes partes que hallara de Quito, aun del todo no se podia tener por vencido ni perdido. Estaba en aquel tiempo en Quito un fraile natural flamenco, llamado fray Jodoco, y dicen que dijo algunos dias antes: *el capitan que desamparase á Quito, se perderá;* y luego que salió el visorrey afirman que tambien dijo que lo habia dicho por él. Pues como el visorrey diese priesa que saliesen al campo, salió delante el capitan Francisco Hernandez, é luego tras él salió el pequeño escuadron de su infantería, haciendo lo mismo el escuadron de gente de á caballo con los capitanes don Alonso de Montemayor, Cepeda y Bazan; tambien salió el estandarte como el visorrey lo ordenó en Tuça; el maese de campo Juan Cabrera iba delante, y lo mismo el esforzado mancebo Sancho Sanchez de Avila y el licenciado Gallegos y Juan de Leon, chanciller, é luego en pos dellos iban los buenos soldados con sus picas en las manos, y á la salida de Quito se le huyeron al visorrey algunos, los cuales se escondian en las casas por no hallarse con él en la batalla.

CAPÍTULO CLXXXII

De cómo llegado Gonzalo Pizarro media legua de la cibdad del Quito, ordenó su gente del modo con que habian de pelear, y de cómo se dió la batalla en el campo de Anaquito, en la cual el visorrey fué muerto y vencido y su gente desbaratada.

Ya, pues, toda la redonda del Quito estaba cercada de gente de los bárbaros que muy alegres venian á ver la crueldad de los españoles é de cómo unos á otros tan inconsideradamente se mataban, teniendo ellos aquel dia por dichoso y alegre, pues casi era venganza que su Sol ó dioses les daban de la muerte que habian dado á sus mayores, pareciéndoles que de aquella vez se hacian para siempre las osequias funerales á los capitanes Orominavi y Copeçopaga y el Quenusquimi y los otros que en las guerras pasadas habian sido por los españoles muertos; alegrábanse en ver que todo el reino ardia en guerra y que los españoles se hacian autores dellas, y aderezaban cuchillos y espadas para dar las muertes que pudiesen en los vencidos y robar lo que hallasen. Los españoles que habian querido mostrarse neutrales tambien salian á ver aquel espectáculo, y teniendo las manos quedas y el cuerpo seguro, cebaban sus ojos en los que habian de contender en la batalla. ¡Oh miserable reino del Perú, que desde quel trujillano capitan en ti puso su bandera, un solo mes no mereciste gozar de aquel don tan divinal de la paz! por cosas muy livianas emprendian los que de ti se habian hecho señores guerras crueles, hasta que todos los más en ellas perecistes, vuestras vidas é haciendas, y las ánimas en condicion; todo procedido por vuestra emulicion é por querer unos de otros conseguir venganza. Demos, pues, ya fin á esta guerra, porque de las provincias de Collao, allá en los campos de Guarina [1], es llamada con una gran trompa mi pluma para que cuente el gran mal que alli pasó entre estos temerarios. Pues como Gonzalo Pizarro viniese caminando y allegasen cuanto media legua de Quito y supiese lo que por el visorrey habia sido hecho, mandó juntar sus capitanes para ordenar su gente de la suerte que habian de pelear; formóse un escuadron de gente de á caballo, el cual llevaba enmedio el estandarte real, y las alas los capitanes Gomez de Alvarado y Pedro de Puelles, maese de campo; y sin este escuadron se hizo otro de hasta cincuenta lanzas, yendo á cargo de los capitanes ya nombrados, é hizo de su infanteria un escuadron, el cual iba enmedio de la gente de caballo, un pequeño trecho delante, con su rostro, enfrente, de arcabuceros, y con sus mangas los arcabuceros sobresalientes; iban á cargo del capitan Juan de Acosta; Gonzalo Pizarro se quedó en la retaguarda acompañado de muchos caballeros del Perú, porque los más principales dél, ó todos los más, se hallaron de su parte; el capitan Martin de Robles su her-

[1] En el ms., *Guarince.*

mano, y los licenciados Cepeda y Caravajal, no vian ya la hora que afrontar con los enemigos, y ya que marchaban á los buscar, allegó fray Pedro mercenario con un arcabuz en sus manos y su hilada en la cabeza, que habia ido por corredor, el cual dijo cómo el visorrey con su gente venia ya fuera de Quito, la cual nueva alegró mucho á Gonzalo Pizarro, porque estaba temeroso no quisiese estarse en Quito para en él haber la batalla. Pues como el visorrey estuviese ya en el campo, mandó al comendador Parraga, portugués, y Alonso de Arco, natural de Guadalcanar, y á otros algunos, que fuesen á correr hácia la parte por donde los enemigos venian, y viesen si habian escogido algun sitio ó á donde allegaban, y éstos lo hicieron ansí, é como vieron despues de haber andado un pequeño trecho, la gente de Pizarro y sus banderas, mirando que estaban en la campaña de Anaquito, vuelven á toda priesa á contarlo á su visorrey. Pues como el capitan Francisco Hernandez fuese delante con los arcabuceros sobresalientes y llegase á él el comendador portugués, le dijo á grandes voces que iban perdidos, por la muchedumbre de los enemigos é porque ya tenian escogido el campo. Francisco Hernandez con grande ánimo respondió: *No es tiempo de pensar en nuestra perdicion, sino en hacer el deber;* y dió priesa á los arcabuceros que con él iban para poder ganar una pequeña barranca que cerca de alli estaba, y fué hecho como él lo deseaba. En este tiempo ya Gonzalo Pizarro habia puesto su gente en órden en Anaquito, y estando alli llegaron algunas mujeres y hombres, y mirando contra él y sus capitanes, les decian que venian á guarecerse en la fuerza de sus brazos para que los restituyesen en sus casas y las librasen del tirano de Blasco Nuñez que habia entrado en la cibdad; y en esto los varones más fuertes de los qu' estaban debajo del fingido estandarte se pusieron bien á punto de guerra; con sus lanzas en las manos se fueron á poner en la frente de los escuadrones. Como Gonzalo Pizarro supiese que ya el visorrey estaba cerca dél, mandó que todos los soldados, hincadas las rodillas en tierra, diesen gracias á Nuestra Señora y le hiciesen oracion; lo cual pasado, descurriendo por todas partes, dijo: *Pues veis que toda la libertad que se pretende está en vencer en este dia la batalla que tan deseada por nosotros ha sido, haga cada uno lo que debe, sin mirar más de no ser vencido; é porque ya otras veces tengo dicho lo poco que yo pretendo deste negocio, más de mostrarme buen amigo de todos, mirando esto, cada uno haga el deber.* Juan de Acosta con los sobresalientes arcabuceros andaba ya escaramuzando con los que estaban con el capitan Francisco Hernandez, y como el visorrey viese que ya estaban unos con otros mezclados, tornó de nuevo animar su gente implorando el favor divino y nombrando muchas veces al rey y rogándoles que lo hiciesen como buenos vasallos, pues hacian la guerra á traidores y á tiranos que habian opresado la real justicia, y que ninguno alli moriria que no quedase para siempre dél fama perpétua; y diciendo estas cosas y otras de exhortacion, le dijo el adelantado Belalcazar que si querian, quél iria con mensaje á Gonzalo Pizarro, para quedándose en su poder, le dejase libremente volver á España. El visorrey respondió animosamente que no conocia las condiciones de los tiranos, y por eso decia aquello; que jamás sustentaban palabra que daban, y que pues Su Majestad lo habia hecho señor y dádole título de Adelantado, que hiciese en su servicio como se esperaba de su gran bondad; y en esto Francisco Hernandez y Juan de Acosta con los arcabuceros disparaban [1] de los furiosos arcabuces muchas pelotas, y los escuadrones de la infanteria de entrambas partes con gran brio se iban á juntar, y si yo tengo de decir de los que lo hicieron acobardadamente en general, será para ellos no ninguna infamia y para los letores no ningun gusto, por lo cual perdonarme han los que piensan que las cosas no han de vivir para siempre, por lo cual los que en semejantes trances se vieren hagan como caballeros lo que deben ó no se pongan á ningun peligro; y ansí Diego d' Ocampo, capitan de la guardia que habia sido del visorrey, y hombre lleno de presuncion muy loca, se salió de la batalla, ó no debió de venir á ella, y se fué á la cibdad y se metió entre algunos haces de leña, á lo que dicen [2].....

Pues como ya de la parte del visorrey hobiesen ganado la pequeña barranca y viesen el campo del enemigo, se sobieron con más presteza, soltando con los arcabuces muchas pelotas, y algunos hombres de gran valor fueron muertos en la nube de la batalla y escaramuza, sin poder mostrar la fuerza de sus brazos; aquel fuerte mancebo, el capitan Sancho Sanchez de Avila, llevando en las manos un montante, con el cual pensó hacer en sus enemigos gran daño, fué herido con una de aquestas pelotas, mas no perdiendo su ánimo, pasó adelante; y el mal afortunado capitan Blasco Nuñez Vela, con su lanza en las manos se fué á encontrar con los enemi-

[1] En el ms.. *dispraban.*—[2] Siguen tres líneas tachadas, ilegibles.

gos, y su infantería hizo lo mismo, con tan gran denuedo y fortaleza, que si los de á caballo hicieran lo mismo, aun estaba en duda el vencimiento de la batalla, y afirman que yendo los capitanes Hernando Cepeda y García de Bazan á encontrarse con los enemigos, tomaron los lados de la batalla y mostrando gran pavor fueron huyendo á toda priesa, y aun tambien dicen que hizo lo mismo el alferez general Ahumada y Luis de Vargas y otros muchos de á caballo, los cuales con gran flaqueza, dejando á su capitan en el campo, se salieron ellos de la batalla; esto yo no sé más de que es público entre muchos; y en esto ya se habian mezclado con gran celeridad una gente con otra; Pedro de Puelles, Gomez de Alvarado, Juan de Acosta, Grabiel de Rojas, Garcilaso de la Vega, Diego de Mora, Alonso Mercadillo y los otros que más allí estaban, comenzaron á derribar de los enemigos, de los cuales cayeron luego muertos Hetor de Sequera, Alonso de Zamudio; don Alonso de Montemayor fué herido, y otros muchos; de los de Pizarro fueron algunos heridos, y estando á pie Cristóbal de Funes, natural [1] de Guadalajara, se afrontó con Juan de Acosta, y aun dicen que le hirió; Francisco Hernandez andaba con los arcabuceros animosamente peleando; Sancho Sanchez y el maestre de campo Juan Cabrera y el licenciado Gallegos hacian lo mismo, y aun dicen que Sancho Sanchez comenzó á decir: *¡vitoria, vitoria!* y que un Montemayor le dió una estocada tan mala, quel valiente capitan cayó dando arcadas con la muerte; al maese de campo Juan Cabrera le dieron un arcabuzazo por la vista, del cual luego cayó muerto en tierra, y andando peleando el licenciado Gallegos, lealmente fenesció por las heridas que alli le dieron. El visorrey, despues de haber quebrado su lanza de los encuentros que le dieron, cayó, sin llevar golpe mortal, en tierra, atordido, y en este tiempo toda la mayor parte de su gente de á caballo comenzaron de huir, y tanto cuanto muchos dellos lo hicieron cobardemente, se mostraron animosos y buenos soldados los que estaban en la infantería. Viendo, pues, el escuadron grande de la gente de á caballo de Gonzalo Pizarro que no hallaban con quien pelear, rompiendo por su infantería fueron á descargar sus golpes en los enemigos, como si por ventura ellos todos no fueran nacidos en España; mas no se miraba este feudo, mas antes andaban inflamados en ira; como si fueran turcos ó africanos, se holgaban de ver en sus lanzas la sangre y que habian con ellas abierto las entrañas de sus hermanos; mas ¿por qué reclamo yo el ricitar estas cosas, pues nunca hobo en ellos ninguna enmienda? los soldados de pie del visorrey hicieron rostro á todo el poder de los enemigos que sobrellos vino, y aun pudieron tanto con su denuedo, que rompieron algunas hileras de los de á caballo, y jamás perdieron su ánimo, hasta que siendo unos muertos y otros vencidos, el campo quedó por el tirano, y habia muy gran ruido y tomulto y mucha sangre derramada en aquel cruel campo. Los bárbaros se holgaban de ver que habia salido verdad lo quellos habian dicho, que en él se habia de dar la batalla, por alguna illusion del demonio. Gonzalo Pizarro fué alegre en ver que los suyos llevaban lo mejor, el cual, discurriendo por el campo, holgándose el tirano de ver los muchos que habia muertos é heridos; el licenciado Caravajal á grandes voces andaba diciendo que ¿qué se habia hecho del tirano de Blasco Nuñez? Pues como ya estuviesen casi desbaratados por haberse huido los capitanes con toda la más gente de á caballo, Cerdan, alferez de Cepeda, tenia la bandera en las manos y allegaron á él Martin de Olmos, é Herrezuelo con los dos Pinedas, los cuales comenzaron á dalle grandes voces y golpes, diciendo: *¡Deja, traidor, la bandera!* y el alferez leal, no queriendo ser como su capitan, á grandes voces respondia: *No quiero, que es del rey;* mas diéronle tantas heridas, que lo derribaron en el suelo, y el caballo con la bandera se fué por el campo. Ahumada, alferez general, llevando el estandarte del águila en sus manos, queriendo ir á tener compañía al capitan Cepeda su primo, dicen que dió con él en tierra, y el licenciado Alvarez le dijo: *¡Ah, mal hijodalgo! ¿por qué dejas caer en tierra las armas del rey?* y él, no mirando en aquello, comenzó á huir. En este tiempo los tiranos de todo punto consiguieron la vitoria; Jorge de Alvarado, Gaspar Mexia, Campomanes, Vayon, Juan Delgadillo, Garcia de Torres, natural del Llerena, y otros sin éstos, estaban en el campo heridos; huian los que podian, por miedo de no ser muertos, y haciéndolo ansí, un caballero llamado don Gregorio de Sotomayor, mirándole un extranjero al rostro, dijo que por tenerlo ruin le mataba, y ansí, sin haber otra ocasion, le metió el espada por el cuerpo. Francisco Hernandez estaba en el campo hasta ver si hallaba algun amigo que le quisiese guardar la vida; lo mismo estaba el adelantado Belalcazar y otros, y no fueron tantos los que murieron en la batalla como despues de ven-

[1] En el ms., *naturales*.

cidos, que allegaban los enemigos y por tener con ellos algunas pasiones particulares, ó por mostrar su crueldad, los mataban; sin esto, los negros é indios allegaban á los que estaban en el campo caidos de las heridas que habian recebido y desnudábanlos de todas sus ropas, y luego con espadas que traian, ó con las mismas suyas, los mataban; y sin estas crueldades pasaron grandes bellaquerías, porque estando caido un Zamora, allegó á él uno de los vencedores y le dijo que alzase la cota, que queria darle una pequeña herida, para poder decir que habia sacado sangre en aquella batalla, y aunqu' el vencido quiso con palabras amorosas desvialle aquel pensamiento, no bastó, porque por fuerza le hizo con sus propias manos alzar la cota, y le dió el facineroso una mortal herida, de que luego murió; y otros destos crueles sanguinarios iban, y tomando algunos de aquellos rendidos, les daban por los rostros tantas cochilladas, que casi les hacian perder la faccion humana; á don Alonso de Montemayor le dieron una herida peligrosa en el pescuezo; y ansí como en el real de Pizarro habia quien ejecutase estas muertes y crueldades, otros caballeros nobles sacaban á muchos del campo y los mandaban curar. Pedro de Heredia, capitan de la guardia del visorrey, tambien huyó feamente, y lo mismo dicen del capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla. Gonzalo Pizarro, con muchos de los que con él estaban, viendo que la vitoria de todo punto ya era suya, se fueron á la ciudad muy alegres, adulando todos al tirano.

CAPÍTULO CLXXXIII

Cómo estando en el suelo caido el visorrey allegó á él el licenciado Caravajal y mandó á un negro que le cortase la cabeza, y lo que más tenemos que decir desta batalla.

A todo esto que vamos contando estaba en tierra caido el comendador Blasco Nuñez Vela, y no con heridas peligrosas, ni que pudiera correr con ellas peligro; antes estaba con todo su sentido y vigor, sintiendo lo quel lector puede ver, desconfiado de que sus enemigos le diesen vida si le tomasen; y como el licenciado Benito Juarez de Caravajal, hermano del factor quel visorrey mató en la ciudad de Los Reyes, le tuviese cobrado tan grande odio y en tanta manera desease conseguir la venganza de su hermano con dar la muerte al visorrey, con grande agonía andaba por el campo para toparse con él y alcanzar esta venganza, la cual él jamás en manera de persona á persona se hobiera [1] de tomar. Pues como ya en el campo no hobiese lanza de los enemigos enhiesta, andaba preguntando si alguno le conocia estar entre los muertos. Dicen que un sacristan de la iglesia de Quito le conoció por unas corazas que tenia *y* se lo mostró; otros cuentan que un Salinas; en fin, el licenciado, acompañado de Pedro de Puelles, allegó adonde estaba el varon mal afortunado, habiendo primero pasado por alli un clérigo llamado Francisco de Herrera, natural de las Brozas, el cual le preguntó si queria que le absolviese, y el visorrey hizo señal con la cabeza que sí, y llegando, pues, Caravajal junto á él, le dijo ciertas palabras vituperosas, preguntándole que si le conoscia, y quél era hermano del factor á quien él mató, y que habia de vengar su muerte; el cual, diciendo esto quiso apearse para con sus propias manos cortalle la cabeza, y el maese de campo Pedro de Puelles le dijo que era gran bajeza; que mandase á un negro que lo hiciese, y el licenciado lo hizo así, y aunqu' el visorrey oia aquellas palabras tan tristes para él, no hacia mudanza ninguna; y el negro, tomando la espada en la mano comenzó á cortar la garganta leal y no merecedora de tan inominosa muerte, y dicen quel visorrey ninguna palabra habló, mas de alzar los ojos al cielo. Despues quel esclavo le hobo cortado la cabeza, la tomó por las barbas, y porque no la podia llevar á su placer, haciendo en los labrios un agujero, metiendo por él un cordel, la llevaba arrastrando; el licenciado, muy alegre la enseñaba á todos los que via, y allegado con ella adonde estaba el voltario de Martin de Robles, hobo grandes risadas entrellos, y aun dicen que de las blancas canas de la cabeza y barba que representaba la de Su Majestad sacó Antonio de Robles mucha parte dellas para llevar á enseñar á las dueñas de Lima; otros quieren decir que no las sacó; entrambas cosas oí á muchos. Luego que le cortaron la cabeza le desnudaron hasta le dejar en carnes, sin querer ninguno atapalle siquiera las partes de la puridad, y llevando ansina, pues, la cabeza arrastrando, entraron en la ciudad para ponella en la picota, con voz de pregonero que decia: *esta es la justicia que mandan hacer el gobernador Gonzalo Pizarro y el maese de campo en su nombre, á este hombre, por tirano y alborotador;* y diciendo esto allegaron al rollo para poner la cabeza; Pizarro que oyó el pregon preguntó lo que era, el cual, como lo supo, mandó que no lo hiciesen, y el capitan Juan de Olea, natural de

[1] En el ms., *hobieran.*

Villalpando, pesándole de ver aquello, fué á toda priesa á donde estaba Pedro de Puelles, y llegado á él le dijo que mirasen que aquel que ansí trataban era visorrey por Su Majestad, y caballero, afeándole que no hiciese tal cosa como era poner la cabeza en la picota; por esto y por haberlo mandado Pizarro, la quitaron del rollo donde ya estaba y la llevaron á la iglesia; Vasco Suarez, natural de Avila, fué por el cuerpo y lo trujo lo más honradamente quél pudo; hecha una sepultura grande enterraron en ella al visorrey y al maese de campo Juan Cabrera, y al capitan Sancho Sanchez de Avila. El licenciado Alvarez escapó herido; los indios y negros desnudaban á todos los que eran de la parte del visorrey, hasta dejarlos en carnes, y sus enemigos tanta era su crueldad que ninguna piedad habia en ellos para les dar con que se cubriesen, por no ser muertos por los negros é indios *que* entraban desta suerte. En la cibdad Francisco Hernandez fué amparado y defendido por Gomez de Solís. Dióse esta batalla lunes, á diez dias del mes de Enero, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y seis; murieron en el recuentro, de la parte del visorrey poco menos de cincuenta hombres, y despues de rendidos mataron dellos los enemigos más de setenta, y de los de Pizarro morieron hasta veinte, y no embargante que algunos de los que estaban con Pizarro se mostrasen tan crueles como hemos dicho, otros procuraban de dar la vida á muchos de los que con el visorrey habian sido vencidos, por tener con ellos deuda ó por la antigua amistad; y esta batalla más fué alegre á todo el reino del Perú que no provechosa, y dentro en la ciudad ultrajaban á los vencidos que en ella se habian acogido, y Gonzalo Pizarro mandó que luego fuesen muertos don Alonso de Montemayor, y el capitan Juan de Sayavedra tancto trabajó con Pizarro, que le hobo de otorgar la vida por sus importunidades, y porque supo que la herida le atravesaba el gaznate y que era mortal; mas Dios fué servido de que la cura fuese tal que sanó della.

CAPÍTULO CLXXXIV

De cómo el licenciado Alvarez fué muerto con yerbas, y de cómo Antonio de Robles y otros quisieron matar al adelantado Belalcazar, y de cómo Gomez de Alvarado y Diego de Mora con algunos lo libraron, y de lo que más pasó.

No hay en parte del mundo donde tanto se use la lisonja y adulacion como en este nuevo imperio de Indias en la presencia de los que tienen cargo de la gobernacion dél, y más que en ninguna provincia en este reino; la causa es los grandes premios que esperan recebir de los gobernadores, por la grandeza y crecida riqueza de todo él, y más se mostró este vicio ó pecado en Quito en este tiempo que antes, porque todos ensalzaban el nombre de Pizarro hasta las nubes, diciendo quél y no otro fué merecedor de haber hecho tan claras hazañas y notables hechos en haber dádoles libertad y muerto al enemigo que les venia á perturbar, y que Dios y Nuestra Señora era*n* con él y hacia*n* sus cosas y hechos, y que en todo tiempo le habian de servir y aventurar sus personas y haciendas, y cuando esto no bastase, vender las mujeres é hijos; tambien le decian que Su Majestad del Emperador le habia de inviar provision para que fuese su gobernador, y otras cosas á estas tocantes, y algunos hablaban grandes desvergüenzas en deservicio del rey. Pues volviendo á nuestro propósito, el adelantado don Sabastian de Belalcazar recibió algunas heridas en la batalla, habiéndose mostrado en ella animosamente, y como ya del todo fuesen vencidos, conociéndolo el capitan Gomez de Alvarado, y Diego de Mora, lo sacaron del campo y le mostraron voluntad para le amparar y fué llevado á la ciudad al aposento del capitan Gomez de Alvarado, adonde luego acudió Antonio de Robles é quiso matar al Adelantado, no sé yo por qué causa, si le movia alguna pasion vieja ó no más de por haber venido con el visorrey; en fin, Antonio de Robles le dió una herida en la frente y le quitó una cota; luego vino en su ayuda el cosario Bachicao con voluntad de que luego fuese muerto el Adelantado, y sabido por Gomez de Alvarado y por otros caballeros, á toda priesa fueron á ver adónde estaba, temeroso de ver ante sí tantos enemigos, y le libraron dellos y hablaron á Gonzalo Pizarro sobr' el Adelantado, acordándole la amistad pasada y entrada de Caxamalca, donde todos se habian hallado con el marqués don Francisco cuando fué preso y vencido el rey Atabalipa. Gonzalo Pizarro por entonces no proveyó más de le asegurar la vida. Algunos de los vecinos de Quito y de Pasto, y otros soldados, despues de la perdicion de la batalla huyeron á meterse entre los bárbaros, por no venir á manos de sus enemigos, y algunos se salvaron, que si no lo hicieran é fueran por ellos vistos, perdieran las vidas, y otros con gran crueldad fueron de los indios muertos. En el monesterio del señor San Francisco se acojeron el capitan Diego de Torres, Sancho de la Carre-

ra y Hernando Sarmiento, vecinos del Quito, y se metieron junto á la parte donde estaba el Santísimo Sacramento, creyendo d' escapar las vidas por estar en parte tan santificada y que por todos ha de ser tan reverenciada y acatada; sus mujeres les proveian de mantenimientos, tan al descubierto, que luego se entendió estar allí y no en otra parte; el licenciado Alvarez, oidor del rey, salió herido de la batalla y eran las heridas peligrosas. El licenciado Cepeda en ninguna cosa le quiso favorecer, no embargante que todos los negocios de Pizarro y cosas que se proveian y mandaban se hacian por su parecer y consejo y del licenciado Caravajal, y afirman que mandaron dar yerbas al Oidor Alvarez secretamente, de lo cual murió. El licenciado Leon era alcalde mayor del campo de Pizarro, y ante éste pasaban las causas, y despues de haber pasado lo que habemos contado, Gonzalo Pizarro mandó al capitan Juan Velez de Guevara que fuese á la villa de Pasto y prendiese á ciertos vecinos del Quito que en ella habian quedado, y que trujese ciertos arcabuces que habia dejado el visorrey, *y* otras cosas, y ansí el capitan Juan Velez de Guevara, acompañado de algunos arcabuceros fué á lo hacer; allegado á la villa de Pasto, Martin de la Calle huyó, y fué preso Francisco de Castellanos, al cual Gonzalo Pizarro mandó luego ahorcar. El capitan Pedro de Heredia estaba retraido en San Francisco, y unos cuñados suyos, sin tener miramiento al deudo y amistad que con él habian, con palabras engañosas le hablaron que se pusiese en sus manos, que ellos podrian poco ó le darian aseguranza de su vida por parte de Pizarro; Pedro de Heredia ligeramente se fió en su falsa fe, los cuales lo entregaron al capitan Pedro de Puelles, el cual mandó hacer luego justicia dél. Pasado esto se hicieron cuartos Alonso Bello, natural del Algarbe, que era uno de los cuatro que de la cibdad de Los Reyes en el barco de los pescadores se huyeron; Alonso de Robles, tomada licencia de Gonzalo Pizarro se partió á dar la nueva de la batalla á la ciudad de Los Reyes, é Gonzalo Pizarro tenia muy grandísimo deseo de saber nuevas de Tierra Firme y de lo que hacia su general Pedro de Hinojosa. Yo estaba en la ciudad de Cartago cuando pasó lo que habemos contado; de algunos que se huyeron á la ciudad de Popayán supimos lo que habia pasado, de que puso grande espanto en toda la gobernacion, y tanto temor que muchos se aparejaban para se meter en lo más secreto de la provincia, creyendo que pues ya el tirano con tanta desvergüenza se habia mostrado autor de cosa tan fea y dado batalla al estandarte real del águila con sus atroces banderas, que no dejarian de querer enviar algunos de sus secaces á tomar la gobernacion, y ansí todos los que en ella estábamos deseábamos grandemente saber si el Adelantado era muerto ó qué, pues ya habia llegado al puerto de Uraba, que es en el mar Oceano ó del Norte, el mariscal don Jorge Robledo; que viniese, porque muchos creíamos traía poder de Su Majestad para gobernar las cibdades que en su real nombre habia fundado.

CAPÍTULO CLXXXV

De cómo en la ciudad del Quito se hacian algunas crueldades y se daban muertes, y de lo que Pizarro pensó hacer de la gobernacion.

Cosa muy cierta es en la parte que se da alguna batalla ó rencuentro, los que en ella se hallan, si tienen ánimos valerosos, que procuran de hacer tales hechos por donde la fama, don divinal, no tenga un punto que menoscabarlos, y de juntamente con esto haber la vitoria unos enemigos de los otros, aunque haya en los reales padres é hijos con diferentes opiniones; pero pasada aquella fuga y tomulto, hay templanza *y* caridad, y lo principal, temor de Dios, si son cristianos, para no acometer crueldades; por donde yo no quisiera mostrarme testigo de lo que en estos reinos ha pasado, por algunas causas equivalentes que tenia; mas paréceme que si no se recontase abierta y claramente sin ecepcion de ninguna persona, y aun sin mirar otros inconvinientes, lo que pasó, que ni los malos podrian ser culpados, ni el valor de los buenos mostrado, ni habria enjemplo para que en lo foturo los que han de nacer y vivieren en este imperio tomen aviso en lo que veran es cierto, para no hacer los yerros y movimientos que sus padres hicieron; por tanto entienda el lector que informándome yo de algunos que se hallaron en el Quito despues de dada esta batalla, me afirmaron con juramento que quisieran más verse en poder de moros ó turcos que no allí, aunque estaban en poder de cristianos; lo cual muchas veces tengo dicho que esto solamente se ha de entender por los malos y facinerosos, que los caballeros y hombres nobles antes hicieron mucho bien y excusaron que no se acometiesen más crueldades; mas los demás, despues de haber robado á los tristes todo lo que tenian, los vituperaban denostándolos, llamándolos traidores, y aun casi

les quitaban el mantenimiento, y pusieron en no poco las manos, y con las más de las mujeres del Quito usaban, dándose poco porque fuesen casadas, y estaba en el Quito un español llamado Pedro de Frutos Casas, con una mujer de buen parecer, con la cual tenia conversacion Gonzalo Pizarro, y por mandado de Pedro de Puelles, su maestre de campo, segun dicen, salió del Quito para ir á los mineros ricos que entonces habia en la provincia de los Canares [1], y porque el tirano pudiese hacer el fornicio más á su voluntad mandó secretamente á un soldado que matase al Frutos, el cual fué muerto con gran crueldad, sin haber otra causa que ser marido de la casta dueña de su mujer; y estando en San Francisco, como arriba conté, Diego de Torre, Hernando Sarmiento, Sancho de la Carrera, vecinos del Quito, teniendo aviso dello Gonzalo Pizarro los mandó sacar, sin aprovechar ruegos ni estar en el sacrosantísimo lugar adonde se habian acogido, y ansí por haber sido leales y seguido la parte del rey fueron con gran crueldad muertos, y sus mujeres casadas con amigos familiares de Pizarro, los cuales, por ser traidores, entraron con ellas en el tálamo recibiéndolas en sus gremios, y heredaron los repartimientos y haciendas que los muertos por ser leales perdieron. Antes desto el adelantado Belalcazar habia ido á visitar á Gonzalo Pizarro, al cual daba grandes excusas de que no habia sido más en su mano sino venir en compañía del visorrey, pues es público que le envió muchos embajadores para que se juntase con él; Pizarro en alguna manera mostró sastifacerse en le oir aquellas cosas, y mostrándole voluntad le dispidió, diciéndole que se daria órden en su vuelta á la gobernacion. Pasado esto, Gonzalo Pizarro dió licencia á algunos vecinos que estaban en Quito para que se pudiesen volver á sus casas, mandando que se juntasen los licenciados Cepeda, Caravajal, y el capitan Pedro de Puelles y otros de sus cómplices, para tratar lo que harian de la gobernacion de Popayan, si seria cosa provechosa despoblar algunas ciudades de las que en ella están sentadas ó si proveerian della algun capitan que la tuviese á su cargo; sobre lo que harian desto tocante á la gobernacion, no se concluyó por entonces ninguna cosa en su congregacion, porque Gonzalo Pizarro y todos los que estaban en la consulta, si no era el licenciado Cepeda, eran de parecer que si no venian nuevas que fuesen para su partido favorables, que debrian enviar á la provincia de Popayan al capitan Hernando Bachicao para que la tuviese por Pizarro y defendiese la entrada á cualquier capitan ó persona que en nombre de Su Majestad á ella viniese, y aun que Gonzalo Pizarro se llevase consigo al adelantado don Sebastian de Belalcazar, al cual tuviese preso ó lo matase; todo lo cual en la consulta reprobó el licenciado Cepeda, diciendo que para que de todo punto los tuviesen por tiranos no faltaba otra cosa que hiciesen si no era matar á los gobernadores del rey y poner ellos otros de su mano. Visto, pues, lo que Cepeda decia, por entonces no se determinó cosa alguna. Como el gobernador Belalcazar tuviese nueva de la venida del mariscal don Jorge Robledo, á quien él tenia odio tan grande, sin lo cual sabia cómo estaba en el nuevo reino de Granada el licenciado Miguel Diaz Almendariz, que venia á tomarle residencia, temiendo no le desprivase de la gobernacion, y que por haber poblado el mariscal las ciudades de Cartago, Ancerma y Antiocha no le quisiesen dar el gobierno dellas, y como viese coyuntura tan favorable como el tiempo le prometia si Gonzalo Pizarro le quisiese dar favor, determinó [1] de lo procurar. El capitan Hernando Bachicao intentaba bajar á la gobernacion con el mando della, por hacer mal á Belalcazar, ó por huir de la guerra, ó por otra causa que yo no sé.

CAPÍTULO CLXXXVI

Cómo en los papeles y despachos que se tomaron al visorrey se hallaron algunos avisos, y de cómo el adelantado Belalcazar se volvió á su gobernacion.

Ya querria con el favor de Cristo nuestro Dios dar fin á esto de Quito, pues me queda tanto que hacer, que no sé si seré bastante para dar fin á tan grande escritura; *mas* no puedo abreviar aunque quiera. Pasado, pues, el dia de la batalla, traida alguna parte de la recámara del visorrey que habia dejado en la villa de Pasto, se vieron las provisiones quel visorrey habia traido y algunas cartas mesivas que d' España le habian enviado, con aviso, segun se dijo, cómo se platicaba en enviar al Perú para que asosegase los movimientos que en él se habian levantado al maestro de la Gasca, y algunos quieren decir que se halló una cédula real en que Su Majestad mandaba al visorrey que se volviese á España, lo cual yo no puedo

[1] En el ms., *Canales.*

[1] En el ms., *é determinó.*

creer; en fin, vistas estas cartas, Gonzalo Pizarro mandó que viniesen á consulta los licenciados Cepeda y Caravajal con los demás capitanes, para hablar sobrello, y ansí, despues que se hobieron juntado, Gonzalo Pizarro preguntó que ¿quién era aquel que decian querer proveer al Perú, llamado el maestro de la Gasca? y estando en el ayuntamiento, el capitan Pedro de Puelles dijo que lo conocia y que era hombre muy cauteloso y de grandes mañas, y que Su Majestad lo habia enviado á Valencia, adonde hizo grandes castigos; esto se supo en Quito en este tiempo, é se trataba de enviar á España procuradores para que informasen al rey de las cosas del Perú, los cuales habian de procurar perdon de lo que hasta allí habia sido hecho, pidiendo que se hiciese á Gonzalo Pizarro merced de que fuese gobernador del Perú. Tratando estas cosas, antes que se hobiese determinado de lo que se haria de la gobernacion de Popayan, el adelantado don Sebastian de Belalcazar, gobernador della, dicen que envió á hablar á Gonzalo Pizarro, diciendo quél no inoraba el desamor que ternia á todos los que habian seguido la parte del visorrey; mas que mirase sin pasion cuántos quisieran quedarse en sus casas y vivir quietos y no venir á recebir muertes tan crueles, los cuales, por mandárselo el visorrey con tanta regurosidad no pudieron dejar de complir su mandado, y que á todos es público cómo él se estaba en su gobernacion metido en las provincias de Arma, por estar apartado de los movimientos del Perú, y que el visorrey con muchos mensajeros le envió á llamar, mandándole que luego viniese á juntarse con él, lo cual hobo de hacer casi por fuerza; que tenia por nueva cierta cómo el mariscal Robledo entraba por la parte de Uraba [1] á le quitar lo más y mejor de su gobernacion, viniendo ansimismo á le tomar residencia el licenciado Miguel Diaz, el cual creia que sin mirar lo mucho que habia servido al rey, le haria tales tratamientos que por no sufrillos le seria mejor perder la vida; por las cuales causas debria dende en adelante tenello por su amigo y dejalle volver á la gobernacion, á donde con todas sus fuerzas resistiria la entrada á cualquiera persona que á ella viniese. Estas cosas y otras á ellas conformes dijeron á Pizarro de parte del Adelantado, y ansí, despues de haber tenido en ello acuerdo con los que solian hallarse en él, sabido ciertamente el odio quel Adelantado tenia al mariscal, por decirse que venia á le quitar parte de su gobernacion, y que antes de aquel tiempo Belalcazar habia publicado que si le entrase en ella, que le habia de matar, determinó de hacer amigo dél, dando lugar que volviese á su gobernacion, lo cual se hizo. Belalcazar con grandes juramentos afirmó que sustentaria el amistad de Pizarro y procuraria de defender la entrada á cualquiera que viniese, aunque entrase con poder del rey. El capitan Francisco Hernandez procuraba de volver á la gobernacion, prometiendo de ser fiel amigo á Gonzalo Pizarro; Gomez de Solís por parte de Francisco Hernandez entendia en que se le diese la licencia para ello. Algunos quisieron decir que Gonzalo Pizarro habló con Belalcazar sobre que diese el cargo de su teniente general de la gobernacion á Francisco Hernandez, y quél vino en ello; no lo pude averiguar, no lo afirmo. Gonzalo Pizarro mandó proveer al Adelantado de algunos dineros para la salida de Quito; dicen que hizo un juramento solegne de no hacer otra cosa de lo que habia dicho, y ansimismo mandó Gonzalo Pizarro que todos los que quisiesen volverse á Popayan con el gobernador, que lo pudiesen hacer; sin esto dió al Adelantado treinta arcabuces desguarnecidos y licencia para llevar dos arrobas de pólvora y otras armas, lo cual si fuera endustria de Belalcazar para solamente salir de las manos de Pizarro é de no ser participante en sus tiranias, digno era de merecimiento y de honor; mas ya quel diga que deseaba verse en la provincia que gobernaba en nombre del rey, no dejaré yo de afirmar por cierto la odiosa enemistad que tenia al mariscal, y que con entero corazon y voluntad firme quiso ir peltrechado de armas para le resistir. Muchas veces dijo él, antes deste tiempo, que si venia con parte de la provincia quél gobernaba, que le habia de salir á recebir con la lanza en la mano, y otras cosas harto feas y palabras tiránicas; é como el pueblo nunca sabe de raiz las cosas, cuentan los acaecimientos al revés de como pasaron, y ansí siempre terné por falsa su fama, pues vemos que sin paz, que aborrecen lo bueno y ensalzan lo malo. Despues quel Adelantado tuvo todo lo que le convino, se partió de Quito para ir á la villa de Pasto; con él fué Juan Marquez, unos dicen que por espia, otros por saber quel licenciado Caravajal usaba fornicio con su mujer se queria ir de Quito; y el dia que salió, Gonzalo Pizarro, mandó justiciar á un Rosas, natural de Sanlúcar, y dende á poco mandó matar á Peranton, y ansí los iba apocando; podrá ser que algunas muertes destos ó de los demás que hemos escrito fuesen varias, por ser unas

[1] En el ms., *Brava.*

primero que otras, lo cual no hallo que sea dificultad, pues todo pasó como lo hemos escripto.

CAPÍTULO CLXXXVII

Cómo Gonzalo Pizarro desterró para Chile á don Alonso de Montemayor y á otros, y del alegria que recibieron en Los Reyes y en el Cuzco con saber el vencimiento de la batalla y muerte del visorrey.

No embargante que Gonzalo Pizarro hobiese perdonado á don Alonso de Montemayor por intercision del capitan Juan de Sayavedra y de otros caballeros, no pensaba de dar lugar á que pudiese estar en el reino, porque le tenia por muy odioso, y ansí le envió á mandar que se aparejase para ir desterrado á Chile, porque en aquel tiempo Gonzalo Pizarro enviaba allá un capitan llamado Antonio de Ulloa, con alguna copia de gente, para socorrer á Pedro de Valdivia y los españoles que con él estaban en aquellas partes; juntamente con don Alonso mandó que fuesen ansimismo desterrados el capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla, el contador Francisco Ruiz, el tesorero Juan de la Puente, Hernando de la Parra, Juan Gutierrez de Pernia, Juan Rodriguez, los cuales eran vecinos del Quito y de otras partes; despues de haberles robado lo que tenian y quitado los indios, los enviaron en destierro. Sin éstos, mandó Gonzalo Pizarro desterrar á otros vecinos y soldados, diciendo que luego se partiesen para ir con el capitan Anton de Ulloa, y al capitan Pedro de Puelles mandó que fuese á no consentir que pasasen indios ningunos por el despoblado, de los que llevasen cargados, y por se los quitar padecieron muy gran trabajo y fatiga hasta que salieron dél. Pues como llegase la nueva á la ciudad de Trujillo y á la de Los Reyes, del vencimiento de la batalla y muerte del visorrey, y supiesen de Antonio de Robles del arte que pasó, mostraron recebir muy gran contento y alegria, é hicieron grandes fiestas, no embargante que Lorenzo de Aldana y otros varones prudentes más recibieron pena y congoja con saber aquella nueva que no alegria; mas no podian dejar de mostrar lo que los demas, porqu' el tiempo no permitia hacer otra cosa. El obispo de Los Reyes sintió mucho haber así muerto al visorrey, el cual, como la nueva vino, se metió en su iglesia. A la cibdad del Cuzco fué tambien la nueva, y en ella se recibió con más alegres ánimos y se hicieron muchas alegrías y juegos de cañas. Estaba en el Cuzco el obispo don Juan Solano [1], el cual dicen que mandó que aquel dia se guardase como dia de fiesta [2], mostrando tanta alegria, que los clérigos andaban de la suerte que suelen andar cuando se hace la fiesta del obispillo, y aun oí afirmar que porque un clérigo llamado Pero Sanchez no salió á la fiesta, le mandó el obispo llevar la pena; porque veais el Perú cuál estaba en aquellos tiempos, en los cuales sucedió una cosa entre dos frailes mercenarios, el uno gran letrado y entrambos de misa, que por amores de una india ó por celos della, segun se cree, mató el uno al otro. Este regocijo público no paresció bien á ninguna gente, porque era más para hombres sensuales y mundanos que no para eclesiásticos, aunque algunos salvan al obispo y los clérigos y dicen que de miedo de Alonso de Toro se hizo más que por su amistad [3]. En todo el Perú se supo la nueva de lo que sucedió en Quito, y aunque en lo público todos mostraban alegria, en lo secreto á muchos dió pena la nueva, y la tuvieron por triste, teniendo por grande el desacato que al rey se habia hecho. Tambien fué á la Tierra Firme, adonde dicen que al general Pedro de Hinojosa con los otros capitanes que allá estaban les pesó grandemente y tuvieron por cierto que la guerra no habia hecho fin en Quito. Gonzalo Pizarro y sus secaces tornaron á tratar de enviar procuradores á España, y todos pusieron los ojos en Lorenzo de Aldana, y ordenóse de hacer los poderes en nombre de los cabildos de todas las cibdades y villas del reino, por los cuales se obligaban á pagar los gastos que de la Hacienda real se habian hecho, y se ofrecian de servir á Su Majestad con muchos quintales de plata finísima, *y* en otra mayor cantidad *d*e oro, con quel rey nuestro señor fuese servido de perdonar lo que hasta alli habia sucedido, nombrando tambien á Gonzalo Pizarro gobernador de todas las provincias del reino; y ordenados los poderes por los licenciados Cepeda y Caravajal, Gonzalo Pizarro escribió á Lorenzo de Aldana que los enviase á las ciudades de arriba para que los cabildos dellas los confirmasen, al cual envió los poderes que se habian hecho, sin le escrebir cosa alguna de su ida; mas como se habia praticado, el licenciado Cepeda y otros de los que lo sabian le escribieron como estaba determinado, afirmando quél iria por procurador á España. Aldana cumplió luego lo que le era mandado por Gonzalo Pizarro. Como ya el tirano no tu-

[1] En el ms., *Solona.*—[2] Nota marginal: *Esto se enmiende, porque lo hizo el obispo por miedo del tirano futano de Toro.*—[3] En el ms., *solsamitad.*

viese temor de enemigo que le fatigase en el reino, y se tuviese por supremo señor dél, acordó de derramar alguna de la gente que estaba reclusa en el Quito, teniendo por caso dificultoso contentar á tantos soldados, y ansí mandó luego al capitan Alonso de Mercadillo que fuese con la gente que bastase á las provincias confinantes á Carrochamba y que en ellas fundase una ciudad, á la cual pusiese por nombre la Zarza, y al capitan Porcel[1] mandó que fuese á su conquista de los Bracamoros; al licenciado Benito Juarez nombró por juez de todas las ciudades, mandándole que se partiese á las visitar, diciéndole de la costa que proveyese una nave, cargada con bastimentos, para que llevasen al armada que estaba en Tierra Firme, juntamente con algunos dineros, lo cual mandó que llevase Juan de Larreinaga; todo se hizo como lo mandaba; desde la isla de la Puna se partió Larreinaga á Panamá, y el licenciado Caravajal escribió al obispo de Lugo cómo él y no otro habia sido el[2] que mató al visorrey, de lo cual no estaba arrepentido, ni lo tenia por dificultoso, pues fué por conseguir la venganza de la muerte que con tanta crueldad dió al factor su hermano. Dejaremos agora de tratar destas cosas, porqu' el discurso de nuestra historia conviene que dé noticia de otras cosas grandes que pasaron.

CAPÍTULO CLXXXVIII

Cómo sabido en España por el Emperador don Cárlos nuestro señor las cosas succedidas en el Perú, y de la prision del visorrey hecha por los Oidores, mandó al licenciado Pedro La Gasca, del Consejo de la sancta y general Inquisicion, que fuese á sosegar aquellos reinos, con los poderes muy más[3] longos que hasta ahora se han dado en España.

En lo pasado dimos noticia cómo del puerto del Nombre de Dios salieron el doctor Lison de Tejada y el capitan Diego Alvarez de Cueto, Francisco Maldonado, el licenciado Vaca de Castro, los cuales, juntamente con Jerónimo Zurbano, allegaron á los reinos de España, si no fué el doctor Tejada, que murió en la mar; pues como los señores del alto Consejo del rey nuestro señor, por los dichos destos supiesen los alborotos, disensiones, juntas de gente que habia en el Perú, y cuán inconsideradamente los vecinos se habian levantado y los Oidores habian preso al visorrey Blasco Nuñez Vela, y como se afirmaba quel negocio pasaba adelante y que querian librar por las armas lo que eran obligados á pedir suplicando á su rey como súbditos y vasallos suyos, luego se despacharon con gran celeridad correos al Condado de Flandes, donde Su Majestad en aquellos tiempos estaba, dándole cuenta de todas estas cosas; sin lo cual, Francisco Maldonado y Diego Alvarez Cueto fueron á informarle cada uno por su parte. Sintióse en que el visorrey tan repentinamente hobiese muerto al fator Illan Juarez de Caravajal, y holgaran que hobiera entrado con más sosiego en el reino, pues los habitantes dél estaban tan libres, que convenia más sojuzgallos con mañas que no por rigor. El Emperador, entendido lo que pasaba, despues de haber tomado su parecer con los varones doctos de su Consejo, determinó de enviar persona de gran confianza, para que, dándose buena maña é industria, cesasen los alborotos y el Perú estuviese en paz y sosiego, y despues de haber pensado á quién se enviaria, determinó que viniese el licenciado Pedro de La Gasca, varon docto y gran letrado, y el cual de otros cargos que habia tenido dió buena y fiel cuenta, por su presidente, comisario general de aquellas partes; y así escribió luego al príncipe nuestro señor y á los del Consejo Real de las Indias, mandándoles que se entendiese en el despacho del licenciado de La Gasca; el cual es natural de un pueblo pequeño que ha por nombre Navagarredilla; el cual es de mediana estatura y de muy claro entendimiento, mañoso en grande extremo, bastantísimo para medios y uno de los que mejor con disimulacion supieron hacer sus hechos que hobo en gran parte. En España, antes que viniese á estos reinos, fué á Valencia, juntamente con el prior de Roncesvalles, donde se dieron tan buena maña él y el prior, que acabaron un negocio importantísimo y que algunos no concluyeron que fueron elegidos para ello antes que ellos. Y despues, con comision que le dió Su Majestad, entendió en la reformacion de aquel reino de Valencia, adonde estuvo dende el principio del año de cuarenta y tres hasta fin del de cuarenta y cinco, en el cual año le allegó correo de Su Majestad en que le mandaba que viniese á lo que vamos recontando, lo cual le mandaban que hiciese sin poner ninguna excusa, porque así convenia al servicio de Su Majestad. Tomáronle estas cartas al licenciado Pedro de La Gasca bien descuidado de venir á Indias, y aun afirman que holgara de no salir de España, ni venir á ellas, aunque el cargo era tan grande; mas como para

[1] En el ms., *Procel*.—[2] En el ms., *al*.—[3] amplos.

la pacificacion desta tierra convenia su venida, vista la determinacion de Su Majestad, vino á Madrid, donde en aquel tiempo estaba la Corte y á la sazon habia llegado nueva cómo el visorrey, *salido* de Túmbez, habiendo hecho alguna gente tuvo ciertos recuentros con capitanes de Pizarro, y que forzado de necesidad habia bajado á la gobernacion de Popayan, habiéndole primero dado Gonzalo Pizarro muy grandes y trabajosos alcances; decíase tambien que allegaba gente para con ella y las reliquias que le habian quedado revolver sobre el Perú. Como esto se contase, teníase por dificultoso poder el Perú ser allanado con ir solamente el licenciado de La Gasca, el cual estaba en la corte, dende donde escribió á Su Majestad diciendo que por le servir habia aceptado la jornada del Perú, de donde no pretendia sacar otra cosa más que hacer lo que debia al servicio de Dios y suyo, y que no queria salario ni acostamiento, ni más que lo que fuese necesario para sustentacion de su persona. Mas aun que él fué sin salario á las Indias, ningun gobernador, Adelantado ni visorrey fué á ellas que tanto gastase ni hiciese; lo cual es cosa increible, como el discurso de nuestra obra dirá á su tiempo, y con ser tanto, ninguna cosa tomó para sí, ni aun lo dió á sus criados. Pidió tambien merced á Su Majestad para que en todo tiempo se pudiese volver á España con tanto que la provincia del Perú quedase pacífica y en su servicio. El Emperador nuestro señor envió el despacho dende Benelo, que es en Flandes, para el presidente Pedro de La Gasca, por fin de Febrero del año de cuarenta y seis, con los mayores y más largos poderes que se han dado en las Españas para ninguna provincia á ellas subjeta, ni aun para la misma tierra, los cuales pondremos aquí en suma, no embargante que adelante se pondrán á la letra algunos dellos cuando convenga. Traia poder general para hacer y deshacer en lo tocante á la pacificacion del reino, tan bastante, que ninguna cosa Su Majestad para sí reservaba, en el cual se mandaba que le obedeciesen y cumpliesen sus mandamientos como si fuesen mandados por su real persona, estando para ello presente; traía tambien poder para perdonar lo sucedido todo, y revocacion de las Ordenanzas, y para dar conquistas, hacer gobernadores y dar otros cargos; sin lo cual traía otro poder para que en todas las Indias del mar Oceano hiciesen lo que por él les fuese mandado, y para que de todas ellas, vistas sus cartas misivas, conviniendo á la real pacificacion, le proveyesen de gente de guerra, armas, caballos, municiones, navios y todas las otras cosas á este efeto pertenescientes. Sin esto traía otras muchas provisiones y despachos de Su Majestad, para diversas cosas, y muchas cartas en blanco, firmadas de su real mano, para los del Perú. En esto Su Majestad fué servido de no mirar á los grandes delitos que habian cometido los del Perú, antes, usando de su acostumbrada clemencia, les envió perdon, haciéndoles otras mercedes. Aunque á la verdad, para asentar del todo aquel reino, si otra vez se levantase, convernia castigar severísimamente á los malos y traidores, y galardonar con premios crecidos á los buenos y leales. Muchos hobo que burlaban en España de la venida del licenciado Gasca á estas partes, diciendo que fuera mejor enviar un señor poderoso con gente de guerra para que lo allanara. Mas Dios, mirando al celo y cristiandad del invictísimo César nuestro señor, fué servido quel licenciado Gasca con su prudencia hiciese la guerra al Perú, y con la buena ventura de Su Majestad y cristiandad del presidente quedó todo pacífico, y así lo estaran otros negocios más importantes, aunque esto no fué tan poco que no se gastaron en esta última guerra con unos y otros más de dos millones y ochocientos mill ducados, con lo cual se pudiera conquistar Africa, y seria la gente de guerra que hobo hecha en diversas partes del reino, cinco ó seis mill hombres. Mas nunca Alejandro, Anibal ni Cesar dieron tan crecidas pagas á soldados como se dieron en el Perú en el tiempo que la guerra duró. Y así, andando el tiempo, entendido el repartimiento de las provincias, decian los alemanes que Julio Cesar no dió más que el licenciado Gasca. El cual se aprestaba para salir de *la* corte, habiendo nombrado Su Majestad por Oidores de la chancilleria real de Los Reyes al licenciado Iñigo de Renteria, natural de Vizcaya, y al licenciado Andrés de Cianca, natural de Peñafiel [1].

CAPÍTULO CLXXXIX

De cómo el presidente Pedro de la Gasca partió de la córte para ir á Sevilla, y de cómo se embarcó para el Perú.

Estaba en España en este tiempo el capitan Alonso de Alvarado, al cual Su Majestad, por los servicios grandes que le habia hecho en el Perú, le hizo mercedes del hábito de Santiago, nombrándole mariscal de aquel

[1] *Cianca, natural de Peñafiel.* (Nota marginal.)

reino, y teniendo dél gran confianza y procurándolo el presidente Gasca, le escribió de Benello, mandándole que volviese al Perú con el licenciado Gasca, porque se ternia por servido de su ida, y otros favores que se contienen en la carta que yo vi en poder del mariscal, el cual, con gran voluntad de servir á su príncipe, como lo ha hecho siempre, se aderezó para salir de España. El presidente Gasca, despues de haber besado las manos al príncipe *nuestro* señor y despedídose de los señores del Consejo, se partió de la córte y fué á su patria, donde estuvo algunos dias con su madre, y salido de aquel lugar anduvo hasta llegar á Sevilla, donde estuvo poco, porque luego se partió á Sanlúcar, teniendo nueva de cómo Pedro de Hinojosa habia venido por mandado de Gonzalo Pizarro á ocupar la Tierra Firme, el cual lo habia hecho así habiendo preso primero á Francisco Velazquez Vela Nuñez, hermano del visorrey. Allegado á Sanlúcar el presidente, dándose mucha priesa las naos salieron de la barra de aquel puerto á veinte y cuatro dias andados de Mayo, año de nuestra reparacion mill y quinientos y cuarenta y seis, yendo en compañia del presidente el mariscal Alonso de Alvarado, y el adelantado don Pascual de Andagoya, y Francisco Maldonado, el que por mandado de Pizarro habia venido á informar á Su Majestad, y otros criados suyos. Y dejarémoslos ir navegando, porque entretanto conviene tratar la entrada del mariscal Robledo en la gobernacion, y la muerte que se le dió. Para en lo uno y para en lo otro será menester quel lector tenga atencion, pues yo la tuve para escrebirlo con tanto trabajo de mi espíritu.

CAPÍTULO CXC

De cómo llegado el adelantado Belalcazar á su gobernacion, nombró por su teniente general á Francisco Fernandez, y de cómo se supo Robledo ser entrado en la gobernacion.

Como el Adelantado se partió de Quito para su gobernacion con licencia y voluntad de Gonzalo Pizarro, como en los capítulos de atrás contamos, habiendo procurado pólvora y arcabuces para defender la entrada á Robledo, si viniese, y así con la gente que pudo juntar abajó á la villa de Pasto, en la cual nombró por su teniente general al capitan Francisco Fernandez, no dejando de haber alguna murmuracion sobre ello, pareciéndoles ser mancebo para usar aquel cargo; mas al fin lo recibieron por tal. En este tiempo estaba en Cartagena el licenciado Miguel Diaz Armendariz, el cual habia venido por juez de residencia de las gobernaciones de Cartagena, Santa Marta, Popayan, Rio de San Juan, nuevo reino de Granada, con grandes poderes para lo tocante á aquellas provincias; y como el capitan Jorge Robledo hobiese poblado las ciudades de Cartago y Ancerma y Antiocha, pretendia que Su Majestad le hiciera gobernador dellas. Su Majestad no fué servido de le dar título de gobernador, no embargante que lo nombró mariscal de Antiocha, y envió á mandar al juez Miguel Diaz que despues de haberle tomado residencia, lo dejase por su teniente en las ciudades ya dichas; y como Belalcazar hobiese nombrado por su teniente, como tambien hemos referido, al bachiller Madroñero, de la ciudad de Antiocha, teniendo los vecinos de aquella ciudad poco contento de su persona y habiendo algunos bandos y diferencias en aquella cibdad, un clérigo llamado Francisco Frias, y un Jerónimo Ruiz Texelo, y otro Francisco Hogazon, ayudados de algunos de los que estaban con el teniente Madroñero, le prendieron á él y á otros, á los cuales con grandes prisiones y guardas enviaron al juez, que ya sabian que estaba en Cartagena, y hallaron en poder de un Narvaez, que prendieron, ciertas cartas de Belalcazar que venian para el Madroñero, en las cuales le decia que fuese buen alcalde y resistiese la entrada al juez, ó á Robledo, porque si él no fuera con el visorrey se entendiera con ellos á coplas. Pues como llegase en este tiempo Robledo á Cartagena, visto por el juez que no podia dejar de ir al reino, donde les esperaban cada dia, acordó de enviar por su teniente general de las ciudades ya dichas al mariscal, creyendo que con su ida no habrian más mudamientos en Antiocha de lo pasado, y ansí luego dió al mariscal el trasunto de las provisiones y poderes que traia de Su Majestad, mandando á los cabildos que lo recibiesen por su teniente y capitan general, so grandes penas; y al adelantado Belalcazar envio mandar por un mandamiento que se saliese de las ciudades, so pena de cien mill castellanos. Este proveimiento de Robledo fué cosa mal ordenada, y el juez de justicia no podia por no estar recebido por tal en aquellas ciudades como Su Majestad lo mandaba; con este despacho se partió el mariscal de Urabá [1] para la ciudad de Antiocha. En el camino encontró con el teniente Madroñero y con los otros que

[1] En el ms., *Braba*.

habian sido presos por los vecinos de Antiocha, y por sus jornadas anduvo Robledo hasta que llegó aquella ciudad, en la cual luego fué recibido como el juez lo mandaba, y dejando en ella en su lugar á un Diego de Mendoza. caminó hácia la villa de Arma, llevando poco menos de setenta españoles de pie y de caballo, y ciertos arcabuceros que habia de Madroñero, y porque le paresció que estaria bien un pueblo de cristianos en las llanadas del rio Grande, por las grandes minas que habia en aquella comarca, fundó una villa á la cual puso por nombre Santa Fee, en la cual dejó por capitan á Jerónimo Luis Tejelo. Habiase encontrado el mariscal con el comendador Hernan Rodriguez de Sosa y con el capitan Alvaro de Mendoza y con otros, los cuales, teniendo odio con Belalcazar, le aconsejaban que si no le quisiesen recebir por virtud de las provisiones, que por fuerza de armas se hiciese recebir, y otras cosas que fuera mejor dejar de tratar dellas; y él, que no era poco amigo de mandar, sin mirar los inconvinientes que le acarreaban aquellos dichos se gobernaba por lo que ordenaban, y ansí, dandose priesa á andar, llevando su bandera, y por alferez un Hernan Gutierrez Altamirano, y por maese de campo al comendador ya dicho, llegaron un dia al romper del alba á la villa de Arma, adonde juntos los regidores y alcaldes con Rodrigo de Soria, teniente en aquella villa, presentadas las provisiones que dijimos traer del juez, no las quisieron obedescer ni complir, si no fué el uno de los dos alcaldes y un regidor; los demas respondieron que por aquella provision real que Su Majestad daba á Miguel Diaz, de su juez de la gobernacion de Popayan, no le mandaba que enviase tercera persona con cargo; que si él entrara en la villa, qu' ellos le recibieran por juez como Su Majestad mandaba por la provision real, que es lo que liberalmente se entiende della; diciendo más, que fuese el mariscal á la cibdad de Cali, donde estaba el Adelantado, á quien aquellos negocios competian, pues era gobernador, que como él las obedesciese, que ellos harian lo mismo. Robledo respondió que la tierra habia de estar debajo de su tenencia y que no tenia nescesidad de ir á buscar á Belalcazar, pues las provisiones tambien hablaban con ellos en su cabildo, como con él, afirmando que al servicio de Su Majestad convenia que las obedesciesen. Pasadas algunas porfias entr' el cabildo y el mariscal, arremetió á Soria y le quitó la vara que tenia, quebrándola, sin lo qual le mandó prender, haciendo lo mismo á los demas del cabildo, y los pusieron con prisiones más ásperas que fueran justo. Hecho esto invió recaudo de gente al paso del rio Grande, que está entre Ancerma y esta villa, para que no fuese aviso al Adelantado; mas aunque mucho se guardó, pasó con harto riesgo un negro del mismo Soria, el cual llegó á Ancerma, donde contó que habia visto y oido lo que decia, y partió con la nueva á gran priesa á un Sebastian de Ayala. Presos los del regimiento de la villa de Arma, luego procuró Robledo de proseguir su camino derecho á la ciudad de Cartago, para hazer lo que hizo en Arma si no le quisiesen recebir. De Arma sacó más gente, con la cual y con la que habia traido de Antiocha prosiguió su camino.

CAPÍTULO CXCI

Cómo el Adelantado supo la entrada del mariscal en la gobernacion, y de lo que sobrello hizo, y de cómo Robledo llegó á Cartago y en ella fué recibido.

Partido Sabastian de Ayala á Cali, donde á la sazon estaba el Adelantado con otros de los que habian escapado de la batalla que se dió en Quito, como atrás contamos, y con ellos un Juan Marquez y otro Carreño, que decian ser espias de Pizarro. Pues como allegase Ayala y el Adelantado supiese cierto quel mariscal quedaba en la villa de Arma, holgóse en saber que no fuese el juez el que estaba en la gobernacion, sino Robledo, del cual mostraba tener grande enojo, afirmando que habia de hacer de manera que volviese por el camino que habia traido, pues venia sin mandárselo el rey á ocupar la provincia de quél era gobernador; al que vino con la nueva que se volviese Ancerma, envió á mandar á su teniente general Francisco Hernandez, que por su mandado estaba apaciguando ciertos indios que estaban alzados, allegando gente y aderezando armas, y por entender ciertamente lo que pasaba determinó de enviar hácia la villa de Ancerma el capitan Maldonado, y á Miguel Muñoz, á los cuales dijo que si supiesen quel juez Armendariz habia entrado en la gobernacion, que de su parte se viesen con él, y si fuese solo Robledo, diesen luego la vuelta á le avisar. En el inter que esto pasaba, el mariscal, como salió de Arma, anduvo con su gente puesto en órden de pelear, habiendo dejado en prisiones á los del regimiento, y por guarda de aquella villa al capitan Alvaro de Mendoza. Andadas algunas jornadas llegó

el mariscal á la ciudad de Cartago, en la cual era teniente del Adelantado Pero Lopez Patiño; entraron los del regimiento en su acuerdo y congregacion para verse las provisiones, é si eran bastantes, habiéndole primero dado la norabuena de su venida el mismo tiniente Patiño, y el capitan Melchior Suer de Nava, y el tesorero Sabastian de Magaña, y otros de los vecinos de aquella ciudad; á todos habló Robledo bien, porque de suyo era noble y gracioso y de sana intencion. Sus pecados permitieron que muriese la muerte que murió, permitiéndolo Dios, quél jamás deseó deservir al rey en un punto, de lo cual yo soy buen testigo; y si él pretendió aquella negra gobernacion, era por haber sido el fundador de aquellos pueblos, y todo lo más de las provincias habian sido ansimismo descubiertas enteramente; esta, pues, fué la causa de su perdicion, y el fiarse en las palabras de sus amigos, siendo los más dellos mancebos y que estaban apasionados con Belalcazar. Juntos los regidores y alcaldes en su Ayuntamiento, las provisiones fueron leidas y obedescidas, más de temor que tuvieron de ser presos por el mariscal que por otra cosa, pues Su Majestad no mandaba á Miguel Diaz que por tercera persona se hiciese recebir en las provincias, protestando por alto en su congregacion que dejaban el derecho del gobernador á salvo. Hecho esto aconsejáronle á Robledo que con presteza fuese á la villa de Ancerma, para que ansimismo lo recibiesen por Justicia mayor como el juez mandaba, y algunos le aconsejaron que fuese á Cali y procurase de prender al Adelantado; á esto respondió que no lo haria, porque no le era mandado, y en la villa, á la ida de Ancerma, dió priesa á se partir de Cartago, llevando consigo la mayor parte de los vecinos que en ella estaban y todos los que con él habian venido, y con todos anduvo hasta llegar á la villa de Ancerma, en la cual fué recebido del modo y manera que en Cartago.

CAPÍTULO CXCII

Cómo el mariscal envió á la ciudad de Cali al teniente Gomez Hernandez y al bachiller Diego Lopez, y con ellos á Pedro de Velasco, á requerir al Adelantado que no bajase á la ciudad, é lo que más pasó.

De la manera que habemos contado entró en las ciudades el mariscal don Jorge Robledo, el cual, no embargante que en ellas tenia el mando superior, estaba muy temeroso, teniendo por cierto quel Adelantado vernía á expelerle del cargo, pues lo habia ansí publicado muchas veces. Tratando estas cosas con los más principales de sus amigos, aconsejado por ellos determinó enviar á requerir con las provisiones y mandamiento al Adelantado, requiriéndole no saliese de la ciudad de Cali contra él. Algunas veces, praticando yo deste negocio con el mariscal, y aun afeando la entrada con gente de guerra en los pueblos, ni bandera tendida, me respondió que se temia de muchos que no le eran amigos, por lo cual y porque le habian dicho estar Belalcazar alzado con Pizarro, habia querido entrar acompañado; no era causa bastante, y en este caso unos y otros se hobieron con pasion. Determinado, pues, de enviar á requerir al Adelantado, mandó que fuese el capitan Gomez Hernandez, y con él un clérigo llamado el bachiller Diego Lopez, y un hidalgo criado del mismo Robledo, llamado Pedro de Velasco; á éstos entregó las provisiones y mandamiento ya ricitado, con lo cual envió una carta del juez para el Adelantado, y otra escrita de su mano, que era sobre decille que se estuviese en Cali hasta que el juez viniese, amonestándoselo con algunas justificaciones. Luego se partieron éstos que digo y encontraron en el camino con el capitan Maldonado y con Miguel Muñoz que habian salido de Cali por mandado de Belalcazar, segun dijimos en el capítulo pasado, y como supieron que ya quedaba Robledo en Ancerma, dieron la vuelta y llegados á la ciudad de Cali Gomez Hernandez y los otros mensajeros de Robledo, hallaron [1] al Adelantado muy sentido por saber que habia preso á su teniente y á los regidores de Arma, tratando ásperamente á Gomez Hernandez porque le habia recibido. El cual respondia que por miedo que le tuvo lo hizo, y aun afirman que pasado esto, Gomez Hernandez le pidió no más de treinta hombres, con los cuales, llevando los quince arcabuceros, se obligaba de volver Ancerma y dar secretamente en la villa y prender al mariscal. Belalcazar no vino en ello y mandó detener á Gomez Hernandez, diciendo que si él quisiese gente, que enviaría á Quito por docientos arcabuceros, los cuales le enviaria Pedro de Puelles. En este tiempo dicen que escribió una carta el capitan Juan Alonso Palomino desde el puerto de la Buena Ventura, al Adelantado, diciéndole en ella que ¿por qué consentia decir mal de Pizarro en su gobernacion ni de los que seguian su opinion? porque todos eran servidores de

[1] En el ms., *y hallaron*.

Su Majestad, y que mandase que no se tratase; donde no, que iria con arcabuceros á castigallo y á estorbarlo. Por esta carta fueron presos dos soldados que habian hablado mal de Pizarro; y el mariscal, vista la tardanza de Gomez Hernandez, pensando que el Adelantado vendria contra él á punto de guerra, determinó tambien por su parte de aderezarse, haciendo picas, coseletes, con las más otras armas que podia, teniendo sus espias por los caminos para saber lo que pasaba. El Adelantado tenia á un Francisco de la Puente, su criado, en un pueblo que se llamaba Vijes, para que no pudiese ir ni venir gente, ni aviso, que no se viese. En las ciudades muchos se mostraban neutrales sin querer acostarse á ninguna parte, *en* lo cual no eran poco cuerdos, pues los debates destos fueron pasiones llenas de mulacion. Robledo estuvo con determinacion de enviar al juez Miguel Diaz relacion de lo que pasaba, exhortándolo para que entrase luego en la gobernacion, y él volverse *á* Antiocha aguardar á ver lo que Su Majestad proveia sobre lo del Perú, ó de la entrada del juez; no fué capaz por sus pecados seguirse en esto por su parecer, y á la verdad, ninguna cosa que praticaba la ponia por obra, porque en un punto pensaba uno, luego en proviso determinaba otro, é ninguna cosa hacia con costancia, y esto causábalo fiarse de pocos de los que con él estaban. Muchas veces le pesó por haberse venido con los poderes del juez, y con indios no dejaban de inviar los vecinos que podian aviso al Adelantado, y porque un Diego de Sandoval se alargó á hablar algunas cosas quel mariscal no tuvo por buenas, *fue preso;* á cabo de dos dias le mandó soltar. El adelantado Belalcazar era un hombre de buena intencion, salvo que como era de poco saber, gobernábase por consejeros, y en esto fué tan venturoso que ninguno le aconsejaba lo que le convenia, antes le decian que luego sin más aguardar habia de ir contra Robledo y escluille del cargo que tenia en las ciudades, y aun cortalle la cabeza; que si el rey perdonaba lo del Perú, tambien perdonaria aquéllo. Francisco Hernandez no via ya la hora que verse envuelto con Robledo; todos incitaban al pobre viejo en lo que pudiera ser, que no hiciera sino fuera por sus dichos; y como se hobiesen pasado algunos dias que Gomez Hernandez estaba en Cali, se le dió licencia por el Adelantado para volverse Ancerma, no dándosele mucho por el mandamiento del juez, ni por su requirimiento de Robledo, al cual escribió afeándole mucho la entrada que habia hecho en su gobernacion, diciéndole que luego se saliese della; donde no, que se satisfaria á su voluntad; y otras cosas. Robledo dejó de pensar más en la enviada que queria hacer á Bogotá, el cual mandó que los más principales amigos suyos durmiesen en su casa, á donde estaban las armas que habia, y para peltrecharse de más me mandó á mí que fuese con toda priesa á la ciudad de Cartago á buscar las que hobiese. Pues como llegase Gomez Hernandez y contase lo quel Adelantado habia respondido, y afirmando su venida, Robledo con los suyos salia cada dia á la plaza de la villa, haciendo alarde para afrontar con Belalcazar si contra él viniese. En el ínterin qu' esto pasaba, el Adelantado estaba en Cali haciendo armas, allegando gente, prometiendo á los que con él viniesen los repartimientos que tenian los que estaban con Robledo. Ninguno se movia á tratar medios ni poner paz, antes los encendian en guerra, todo porque tuviesen nescesidad dellos, que esto es lo que pretenden los bulliciosos. Teniendo, pues, aderezada su gente, salió el Adelantado llevando por su general á Francisco Hernandez, nombrando por capitan á un hijo suyo habido en una india, de ciertos arcabuceros que llevaba; á un Antonio Carrillo nombró por alferez de los de á caballo, y á otro que habia por nombre Coello hicieron de la infantería. El clerigo Diego Lopez, que habia venido con Gomez Hernandez, como viese la determinacion del Adelantado, requirióle muchas veces no fuese á las ciudades ya nombradas, protestándole con grandes apercibimientos; mas el Adelantado, dándose poco por sus dichos, se aprestaba para ir á echar á Robledo dellas; el cual en este tiempo tornó á tener nuevas determinaciones: unas de aguardar al Adelantado á punto de guerra; otras de retirarse á Antiocha. En fin de sus acuerdos fué mandar al capitan Ruy Banegas y á Cristóbal Diaz con otros que se fuesen á le aguardar á la villa de Arma, llevando todo el ganado y fardaje que hobiese, diciendo quél se partia luego á Cartago, donde estarian no más tiempo de cuanto viese si el Adelantado se determinaba todavia á venir contra él, desde donde se volveria á Antiocha si el Adelantado viniese; é ansi se hizo, mandando primero sacar el oro del Rey, que estaba en la caja, que seria poco menos de tres mill pesos, dando por causa que no queria que quedase para que Belalcazar los gastase, pues estaba aliado con Gonzalo Pizarro; y al tiempo que se querian sacar los dineros, se huyó de la ciudad uno de los oficiales con la llave; mas aunque faltó, no se dejó de sacar el dinero, mandando el mariscal que decerrajasen la caja, ha-

biendo primero salido por fiadores Cristóbal Diaz y Pedro Sarmiento, hombres que valian sus haciendas más de quince mil pesos, que llevaria el oro á la ciudad de Antiocha á su riesgo, y en ella lo entregaría en poder de los oficiales reales. Esto hecho, dejando encomendada la ciudad ó villa de Ancerma al alcalde Martin de Amoroto, se partió á la ciudad de Cartago sin hacer daño ni agravio á ninguna persona, si no fué á un criado del Adelantado, que prendió por sospecha que tuvo dél, llamado Sabastian de Ayala; á los demás ninguna cosa les tomó, ni aun sus propios indios sacó de poder de muchos que los tenian. Antes quel mariscal saliese de Ancerma, por justificarse más con el Adelantado envió con nuevas protestaciones é requerimientos para él á un caballero de Córdoba, llamado Diego Gutierrez de los Rios, y llegado á Cartago envió á lo mismo al tesorero de la gobernacion Sebastian de Magaña. Venian nuevas afirmando que el Adelantado ya estaba con su gente no muy lejos de Cartago, adonde el mariscal estuvo poco, porque determinó de retirarse Antiocha, teniéndolo por mejor que no aguardar al Adelantado; el cual, no embargante quel Tesorero y Diego Gutierrez con toda instancia trabajasen con él para que no saliese de Cali, no pudieron ni fueron parte, y estando ya para salir mandó á un Gonzalo de la Peña que fuese á toda furia adonde estaba Robledo y le requiriese que luego, sin detenimiento ninguno, dejase el oro que llevaba del rey, pues violentamente lo sacó de la Real Caja contra la voluntad de los oficiales, y que tambien saliese de todas las ciudades de su gobernacion. En el inter que esto pasaba caminó Robledo hácia la villa de Arma, y en un pueblo que ha por nombre Taquirnibi le alcanzó lo que este Gonzalo de la Peña traia, viniendo tambien Pedro de Velasco. Llegado á la provincia de Carrapa, el mariscal, pareciéndole que se hacia deservicio á Dios y á Su Majestad si entrellos hobiese guerra ni recuentro, y por evitarlo, pensó de tratar algun buen medio con el Adelantado, y llamando á Pedro de Velasco y á un Sebastian de Ayala, les mandó que volviesen á hablar de su parte al Adelantado sobre que sin mirar á dichos de hombres apasionados y bulliciosos se conformase con él, lo cual hecho podrian ir á Quito y desbaratar á los Pizarros y tener aquella ciudad por el rey, con tanto que para que el uno del otro se pudiese fiar, se casasen ciertos hijos del Adelantado con unas parientas de doña María de Caravajal, mujer del mariscal Pedro de Velasco; y Ayala se ofreció de lo hacer con gran voluntad y fidelidad, y de volver con la respuesta á la villa de Arma, donde quedó el mariscal, é de los aguardar, que no debiera, pues no le costó menos que la vida.

CAPÍTULO CXCIII

Cómo el adelantado Belalcazar salió de Cali contra Robledo, y de su llegada á Cartago, donde oyó lo que de parte del mariscal le fué dicho.

Pues como ya estuviese aparejado para salir de la ciudad de Cali el adelantado Belalcazar, habiendo primero enviado, como dijimos en el capítulo pasado, á Gonzalo de la Peña á requerir al mariscal que saliese de la gobernacion, y el oro que llevaba usurpado del rey lo restituyese á sus oficiales, salió de aquella ciudad con su general Francisco Hernandez, llevando pocos más de setenta hombres de pie y de caballo, los cuales siempre iban tratando lo que habian de robar y los indios que les habian de quedar, porque por estos intereses pelean en las guerras los soldados del Perú, más que por mostrar su virtud y fortaleza. Antes que el Adelantado partiese de Cali, habian salido, con su voluntad, el tesorero Sabastian de Magaña y Diego Gutierrez de los Rios, los cuales, llegados á Cartago escribieron al mariscal que á toda furia prosiguiese su camino sin parar hasta verse dentro de la ciudad de Antiocha, porque supiese quel Adelantado, acompañado de la más gente que habia podido juntar, le venia siguiendo con voluntad dañada para él. En esto, el Adelantado venia caminando hácia Cartago, la gente de caballo por tierra, y él con los de á pie por el rio en balsas, y á cabo de algunos dias se llegó al paso del rio que dicen de los Gorrones, donde halló los mensajeros que enviaba Robledo, y tambien al capitan Pero Lopez Patiño, el cual habia sido preso por Robledo, y desde el pueblo de Tacorunbi se habia soltado, y visto al Adelantado le avisó de lo que pasaba y de cómo Robledo se habia retirado hácia la villa de Arma. Oido por Belalcazar lo que de parte de Robledo le dijeron Pedro de Velasco y Sabastian de Ayala, les dió buena esperanza á lo que venian, diciendo que por su parte deseaba la concordia con el mariscal; mas estos dichos todos eran cautelosos y para con industria engañar al que se fuera Antiocha, si con cautelas no le hicieran detener. Algunos quisieron decir que Sabastian de Ayala andaba con trato doble en este ne-

gocio, para quel mariscal, fiándose de su palabra, aguardase al Adelantado, el cual podria prenderlo ó desbaratarlo. Luego partió del rio el Adelantado y allegó á Cartago, adonde teniendo por cosa de burla lo que Robledo en ella hizo, al tiempo que entró, dándolo por ninguno, volvió al estado primero, usando el cargo de capitan y teniente suyo Pero Lopez Patiño, en esta ciudad, por burlar del mariscal. El Adelantado, en gran secreto contó á su capitan Francisco Hernandez los partidos que le habia movido, el cual, como fuese bullicioso y desease en aquella guerrilla señalarse, decia al Adelantado que respondiese al mariscal de tal manera que teniendo por cierto la paz y concordia, le aguardase, porque de aquella suerte le cogerian en el lazo para castigalle por el desatino tan grande que habia hecho en entrar en la gobernacion sin autoridad ni mandado del rey, prendiendo los cabildos y justicias que en su nombre gobernaban las ciudades. Con los dichos de Francisco Hernandez, y porque por nuestros pecados, para encender los enojos y apresurar la guerra, nunca falta quien da consejo, y para metigarlos pocos prudentemente, mirando los daños que dello resulta en lo foturo, desvian estos debates, y ansí los que venian con el Adelantado nunca pensaban sino cómo robarian á Robledo y á los suyos, y por el consiguiente muchos de los que estaban con Robledo tenian el mismo pensamiento, y cómo desprivarian al Adelantado del mando de las ciudades. Pues como Pedro de Velasco[1] y Sebastian de Ayala quedasen de volver con la respuesta que el Adelantado les diese á la villa de Arma, le hablaron sobrello, el cual, teniendo la intencion ya dicha, les dió una carta para el mariscal, la cual yo vi y leí, y en ella decia que se holgaba en extremo de conformarse con él y que no hobiese pasiones, ni junta de gente, pues dello Dios y Su Majestad no eran servidos, y que para que hobiese conclusion aquella paz, debia no creer algunos de los que llevaba en su compañía, pues sus intenciones, por lo que de sus personas conoscia, no aconsejarian lo bueno, ni justo; y en lo demas, que diese crédito á lo que dijesen los que iban con el mensaje, afirmando que no saldria un punto dello. Con esta carta se partieron aquestos dos, diciéndoles el Adelantado que holgaria que Robledo le aguardase en Arma, adonde se conformarian de la manera que ellos de su parte le habian dicho, y en pocos dias allegaron á la villa de Arma.

[1] En el ms., *Velazco*.

CAPÍTULO CXCIV

De cómo el mariscal queria salir de Arma para Antiocha, y de la llegada de Velasco y Ayala, y de cómo el Adelantado venia acercándose á él.

Con toda la priesa posible anduvo el mariscal desde la provincia de Carrapa hasta llegar á la villa de Arma, adonde tomando parecer con sus amigos tenia nuevas determinaciones: unas veces le parescia que seria bueno caminar á la ciudad de Antiocha; otras, de aguardar en la villa al Adelantado, ó de salir para ponerse en algun paso dificultoso y aguardallo á punto de guerra. Por entonces no se resumió en hacer nada, aunque en verdad yo muchas veces le dije que se retirase á la ciudad de Antiocha, pues Belalcazar venia poderoso y al fin era gobernador del rey, y él tenia voz de teniente de un juez no visto ni recebido por tal como Su Majestad mandaba. En este tiempo llegaron Pedro de Velasco y Sebastian de Ayala adonde el mariscal estaba, al cual dieron la carta del Adelantado, afirmándole con grandes juramentos que deseaba toda paz y amistad con él, y entendido dellos otras cosas, de nuevo tornó á tomar consejo con sus amigos, y despues de haber praticado aquel negocio, paresciéndoles á los más dellos que eran mañas y cautelas del Adelantado, aconlsejaban á Robledo que se fuese Antiocha; el cual vino en ello, mandando luego salir ebagax y gente de servicio. Pues como Ayala y Velasco entendiesen la determinacion del mariscal, estorbandolo cuanto podian le hablaban sobre que no se fuese, porqu' el Adelantado no queria tener pasion con él, antes estaba muy alegre por el concierto de los casamientos. En fin, tanto pudieron los dichos destos, quel mariscal, creyéndose dellos y de la carta del Adelantado, cesó en bajar á la ciudad de Antiocha, y ansí lo dijo á todos, rogando á los principales de sus amigos que se aparejasen para ir á encontrarse con el Adelantado á le hablar y á tratar los medios y conciertos, para lo cual llevarian poder suyo, y quél con toda la gente revolveria á ponerse en la loma de Pozo, adonde estaria aguardando su respuesta de paz ó de guerra. El comendador Hernan Rodriguez de Sosa, su maese de campo, y el capitan Alvaro de Mendoza y el capitan Ruy Banegas fueron los que salieron de la villa, y con ellos los dos Pedro de Velasco y Sebastian de Ayala, concertando el mariscal con el comendador que si dentro en doce dias no respondia, que en tal caso el

mariscal creyese que no era en su mano volver ni envialle aviso, con la cual señal pudiese determinarse á hacer lo que mejor le paresciese. Pasado lo que habemos relatado, el mariscal, despues de haber enviado los ganados y gente de servicio á la ciudad de Antiocha, salio con su gente para ponerse en la loma de Pozo, adonde los años pasados por su causa tantos indios perdieron las vidas, y por algun secreto juicio de Dios estaba determinado quél muriese en aquel lugar; y yo queria salir con él y me rogó quedase en la villa para proveer algunas cosas que á él convenian, y desde Pozo me escribió que le enviase las armas que habia dejado en la villa y ciertos tiros, lo cual se hizo. En este tiempo el Adelantado habia salido de la ciudad de Cartago, habiendo quedado en ella su capitan Francisco Hernandez para hacer salir toda la gente, y allegando el Adelantado cerca de la provincia de Carrapa encontró con el comendador y con los otros caballeros que venian por embajadores de Robledo, como habemos dicho, los cuales, como viesen desde un collado el real del Adelantado, lo tuvieron por mala señal, porque habia quedado con los dos que andaban en los tractos que no saldria de Cartago hasta que volviesen de la villa de Arma, por lo cual, paresciéndoles mal estuvieron por dar la vuelta. Ruy Banegas lo procuró con todas sus fuerzas, mas mirando por otra parte el poco bastimento que habia en Cartago, decian que podria ser la falta dél ser causa quel Adelantado no pudiese dejar de salir, y andando más adelante fueron á parar á su tienda, adonde antes que los oyese les mandó quitar las armas, de lo cual no poco se sintieron, pues los embajadores libremente pueden tratar á lo que vienen, y en ninguna parte, aunque sean extranjeros, son mal tratados. El comendador, brevemente dijo al Adelantado la voluntad quel mariscal tenia para conformándose con él servir á Su Majestad como siempre habia hecho, y otras razones, á las cuales el Adelantado, burlando de sus dichos, respondia algunos donaires, mandando que los llevasen á la tienda del capitan Bazan, y que en ella los mirasen. Francisco Hernandez allegó con la demas gente, y como supo la venida del comendador y de los otros, espantóse como Robledo se hobiese fiado en las palabras de dos mozos como eran Ayala y Velasco para enviar los principales de su compañía, y desde entonces lo tuvo por perdido, y habiendo tenido sus acuerdos determinaron el Adelantado y sus cómplices que fuesen echadas prisiones al comendador y á los otros capitanes, y ansí fué su hijo del Adelantado con doce arcabuceros, con las cadenas y grillos, lo cual visto por el inocente de Pedro de Velasco, daba grandes voces diciendo ser traicion en la que andaban, y por medios dél y Ayala, con cautela, habian querido prender ó matar al mariscal. El comendador decia que entre caballeros nunca se quebrantaba la palabra, sin lo cual los mensajeros tenian libertad de ir y volver con su mensaje; lo mismo decia Alvaro de Mendoza y Ruy Banegas, pidiendo que los dejasen volver á juntarse con el mariscal, y que hiciesen en lo demas á su voluntad; al fin fueron aprisionados, por lo cual no fueron parte ni tuvieron manera para enviar aviso al mariscal de lo que pasaba. En el inter que esto pasaba, el mariscal con su gente se vino á la loma de Pozo, tan fuerte y áspera que si él no se fiara de las cautelas de Belalcazar, facilmente pudiera desbaratarle. Mas él, como tratase con gran deseo la concordia y la desease, creyendo que el Adelantado querria lo mismo, no se fortaleció, ni hacia más de tener espias para ver si venia gente; y una tarde, que se complia el término puesto por el comendador, salió con algunos de á caballo para ver un sitio fuerte donde pensaba otro dia ponerse y estar á punto de guerra; mas acordó tarde y su vida se acababa, pues no tuvo della más tiempo de aqueste dia que el pensó situarse en la parte ya dicha.

CAPÍTULO CXCV

Cómo el adelantado Belalcazar dió con su gente al romper del alba en el mariscal, al cual prendieron, y de lo demás que pasó.

Presos, pues, como habemos contado, el comendador Hernan Rodriguez de Sosa y los capitanes Alvaro de Mendoza y Ruy Banegas, el Adelantado y Francisco Hernandez con los otros más principales acordaron de con la mayor presteza que pudiesen dar súpitamente en el mariscal, pues sabian el descuido con que estaria; y ansí, agora qu' el sol queria ponerse salieron de Carrapa y allegaron ya noche escuro al rio de Pozo, del cual pensaban subir haciendo el menos ruido que pudiesen y andar toda la noche y dar en el real del mariscal al cuarto del alba. En este rio se pusieron á punto, y con la lumbre que hacian las mechas de los arcabuces subieron la loma ó cuesta tan áspera y dificultosa que veinte hombres bastaban á pelear con docientos. El mariscal en este tiempo dormia con harto descuido, él y todos los más que allí estaban, teniendo los caba-

llos sueltos alrededor del real y los tiros y arcabuces arrimados á una ala de una casa ó bohio de paja, sin tener otro recaudo más de las rondas y velas ordinarias, y como viniese el dia cayó una niebla que ayudó mucho al Adelantado y á los suyos, pues con ella sin ser sentidos allegaron á ponerse encima del descuidado mariscal, y aunque las velas oyeron el estruendo y conocieron lo que era, no quisieron los traidores avisar á su capitan para que el enemigo no lo tomara en el lecho. Ciertas espías que habian venido delante volvieron á dar aviso al Adelantado del sosiego y reposo que tenian el mariscal y los suyos. Pues como las velas viesen que ya el Adelantado no estaba sino á tiro de arcabuz, dijo el uno dellos, que habia por nombre Vesga, natural de la patria del mismo Robledo: *¡ah señor mariscal, levántese, que está ya el Adelantado junto á nosotros!* El mal afortunado Robledo, dando una gran voz dijo con mucha tristeza: *¡Oh, válame Dios y su bendita madre, y como he sido engañado por traicion!* y como mejor pudo se echó una cota encima y otras armas, y ansí armado salió del aposento, y tomando una pica en las manos, dijo á los suyos: *¡á las picas, compañeros!* algunos lo hicieron y otros no, porque creyeron quel Adelantado venia con mucha gente, los más arcabuceros, y paresciales si en resistencia se ponian, que serian todos muertos. De la parte del Adelantado se adelantó un Francisco Diaz, criado suyo, y á grandes voces decia contra el mariscal que se diese á prision sin dar lugar á que recreciese daño y muertes de hombres; un Medina, vecino de Antiocha, y el alferez Hernan Gutierrez de Altamirano y otros, decian al mariscal que arremetiese contra los enemigos, que ¿á cuándo aguardaban? el mariscal, conociendo lo poco que ya podia, respondió que ya no era tiempo; y cierto, entre los que con él estaban, que los más eran hijosdalgo, habia hombres tan animosos que si estuvieran apercibidos, poca parte fuera Belalcazar para le enojar, y Robledo pudiera hacerle daño por tener el sitio y los caballos descansados. Los arcabuceros de Belalcazar soltaban los arcabuces por alto, y otros lanzaban á los contrarios, y fueron heridos Medina, vecino de Antiocha, y Baltasar de Ledesma, alguacil mayor del mariscal, y un Juan de Zúñiga, y en esto ya habian subido y cercado la casa dond' el mariscal y su gente estaba, el cual, visto el poco remedio que tenia para defenderse de su enemigo, acordó de no dar lugar á que por su causa muriese gente ninguna. y dejando caer la pica de las manos se fué hacia el Adelantado, al cual dijo que fuese bien venido, y el le respondió que fuese bien hallado. El mariscal, tornando á replicar, dijo que ¿qué era lo que mandaba? el Adelantado le respondió que se desarmase; á esto tornó á decir Robledo que ¿á quién mandaba que diese sus armas? el Adelantado respondió que á un Alonso de Cabrera, que estaba junto á él. Desarmado el mariscal, los soldados del Adelantado entraron por los aposentos de los de Robledo robando todo lo que hallaban, sin dejar cosa alguna; verdad es que despues el Adelantado mandó que lo volviesen á sus dueños, ecepto las armas y gente de servicio; mas aunque lo mandó, con mucho se quedaron. Fueron presos Antonio Pimentel, Juan Ruiz de Noreña, Giraldo Gil, Estopiñan y otros; la guardia del mariscal encomendaron á dos amigos del Adelantado, llamados Alonso de Montalban y Francisco de la Puente. En un cofre de Robledo se hallaron ciertas provisiones y unas cartas qu' él habia escrito cuando quiso enviar gente al Nuevo Reino, para el juez Miguel Diaz, en las cuales le decia lo que públicamente se contaba en toda la gobernacion, que Belalcazar estaba aliado con Pizarro, y cómo por su voluntad habia salido de Quito con la gente que habia querido venir con él y sacado arcabuces y pólvora para resestir á cualquiera que entrase en la gobernacion, y otras cosas más largas á éstas tocantes, de todo lo cual el mariscal habia hecho bastante informacion, y concluia en ellas diciendo al juez que entrase con toda celeridad en la gobernacion, porque para castigar tan grandes traiciones más seria nescesario sogas y cochillos que no provisiones. Vistas estas cartas por el gobernador Belalcazar y por su capitan y gente, indignáronse grandemente y luego mandaron dar un pregon para que ninguno de los que con el mariscal habian venido fuese osado de traer armas, so grandes penas, y mandaron al capitan Bazan que con alguna gente fuese á la villa á libertar al teniente y regidores que por mandado de Robledo estaban presos, y á que fuesen en seguimiento de los que iban camino de Antiocha. Garcia de Bazan lo hizo ansí, y allegado á la villa de Arma soltó á Rodrigo de Sória y á los que más estaban presos, quebrando la vara de alcalde á Manuel de Peralta porque dijo que la traia por el rey y por su juez de residencia, y los que fueron con Bazan tomaron todas las indias y muchachos de servicio que hallaron de los de Robledo, y echaban suertes sobrellas, sin lo cual se hicieron algunas bellaquerías, y por la villa entró Carreño, espía de Pizarro, di-

ciendo que quien dijese que Pizarro era traidor, que mentía; que más lo eran los que habian andado con Robledo. Sobre la presa tenian los ladrones competencia unos con otros; á mí me tomaron ciertas indias, y porque la una se huyó del que la pensaba tener, con gran soberbia vino á mí, y poniéndome una daga á los pechos, me pedia la india que ya tenia por suya. En seguimiento de los que habian salido para Antiocha fueron algunos, y como los alcanzasen, despues de los haber robado como á los demás, los volvieron presos, echando una cadena á un clérigo que venia entrellos, llamado Francisco de Frias, como si fuera ladron, no mirando que era sacerdote de Cristo nuestro Dios.

CAPÍTULO CXCVI

Cómo el Adelantado con gran crueldad mandó cortar la cabeza al mariscal, haciendo lo mismo al comendador y á Baltasar de Ledesma.

Preso el mariscal por la manera que habemos recontado, y hallado las cartas que dejimos en su cofre, el Adelantado estaba muy sentido porque habia escrito palabras tan feas dél, y tomando su consejo sobre lo que harian del mariscal, paresció algunos que bastaba haberlo preso y á otros que lo dejasen volver Antiocha. Francisco Hernandez dió siempre por parecer que fuese muerto, diciendo al Adelantado que no hiciese otra cosa, pues Robledo la tenia bien merecida; y ansí, faltando consejo de varones modestos y asentados, Belalcazar por el de su capitan y de otros mancebos levantados determinó de mandar cortar la cabeza al mariscal, sin haber otra razon ni causa que haberse entrado en la gobernacion con los poderes y provisiones quel juez traia de Su Majestad, no habiendo muerto ni robado á ninguno, antes todo lo más de aquella comarca fué descubierto por su persona y habia poblado y fundado las cibdades de Cartago, Ancerma y Antiocha; y en toda la mayor parte de las Indias fué notado por gran crueldad, y aun en la cibdad de Los Reyes, como fuese la nueva dello, Gonzalo Pizarro y sus consortes se regocijaron y alegraron mucho, diciendo que pues Belalcazar habia metido prenda en la muerte que dió al mariscal, que no dejaria de tener con ellos alianza y amistad verdadera. Las cartas que fueron halladas se leyeron en presencia de todos los que habian venido con el Adelantado para probar á ellos á ira con las razones que en ellas se contenian; el capitan Francisco Hernandez fué adonde el mariscal estaba y tuvo algunas práticas con él, mas no le movió ver su persona para estorbar que no muriese, aunque si Dios fué dello servido, poca parte era Francisco Hernandez para procurallo ni para estorballo. El mariscal nunca perdió su denuedo ni autoridad, ni se derramó en hablar palabras lacrimosas, ni blandas para con ellas provocar á su enemigo á que teniendo clemencia no se hobiese con él ásperamente, y estando trayéndole el manjar para comer, dióse un pregon sobre que todos los que habian venido con él se metiesen en sus estancias y aposentos, so pena de muerte, lo cual oido por el mariscal dió un golpe en la tabla, diciendo: *¡matarme quieren sin falta!* Cuando esto pasaba ya estaban algunos de los del Adelantado armados con los arcabuces en las manos, y viniéronle á decir de parte del Adelantado que se confesase y encomendase á Dios, porque habia de morir; á esto que le dijeron respondió: *¿quién lo manda?* dijéronle que el Adelantado; á lo cual tornó á responder no más de decir: *¡bendito sea Dios! llámenme un clérigo que me confiese;* y estando ya prevenido vino el padre Rojas, que le confesó, y por antel notario Pedro Sarmiento hizo su testamento; dábanle tan gran priesa, que aun no querian que del todo acabase de ordenar su ánima; él con gran mansedumbre decia que aguardasen un poco, que no tardaria mucho. Despues de haber hecho su testamento y nombrado sus albaceas, dijo que dejaba por su heredera á doña Maria de Caravajal, su mujer, la cual ponia debajo de el amparo del Príncipe nuestro señor, á quien suplicaba las mercedes que á él le habia de hacer por los servicios que le habia hecho, las mandase hacer á ella, pues por su servicio moria. Esto pasado, pidió unas Horas y rezó un gran rato; algunos criados y amigos suyos iban á le ver llorando y dando grandes gemidos, á los cuales él consolaba con palabras amorosas y dichas de tal varon como él fué, diciéndoles que no llorasen, que la muerte á todos los hombres era comun, y que sus pecados merecian quél muriese la que le daban, por donde no mostraba grave sentimiento; que les rogaba se acordasen en sus sacrificios dél y de servir á Su Majestad, adonde quiera que se hallasen. Entre los que fueron á despedirse dél allegó un don Alonso de Caravajal; con la vista deste recibió gran pasion; encubriéndola lo mejor que pudo, le rogó que procurase de ir donde quedó doña Maria su mujer, á consolarla, y de su parte le hablase que lo perdonase por haberla traido

d' España á pasar tan grandes trabajos. En esto diósele mayor priesa y él se levantó adobándose una ropa larga de damasco pardo que tenia puesta, y un sombrero pequeño de terciopelo negro; el alguazil le dijo que perdonase al Adelantado; respondió que era contento, y siendo ya venida la final hora de su vida, mirando contra los qu' estaban presentes dijo con una gran voz: *¿quién me ha de matar?* respondiéronle que un negro le daria garrote; tornó á decir: *pues ¿cómo? ¿yo no soy caballero? ¿no hay un morir degollado? nunca plega á Dios que negro llegue á mí;* mas tornando á recogerse, mirando que estas honras y vanas pompas deste mundo perecen, conformándose con su calamidad, dando una castañeta les dijo: *haced lo que quisiéredes y máteme quien mandáredes.* Como esto dijo, tomó él mismo el garrote y lo puso en su garganta, pidiendo á Dios nuestro señor perdon, y lo mismo á todos los que dél habian recibido algun daño, llamando en su ayuda á Nuestra Señora su benditísima madre, con ánimo valeroso y allegado á gran ser y cristiandad, sin hacer mudamiento en su persona, ni señal de tristeza en su rostro, teniendo en poco la muerte, pesándole por lo que á Dios en la vida habia ofendido, se arrimó al estante de la casa y el verdugo dió una vuelta al garrote, y diciendo que perdonaba á los que le mataban y quel pedia á Dios perdon de sus pecados, fenesció; ¡plega á Dios le haya perdonado! Luego que fué muerto sacaron el cuerpo en un repostero, diciendo: *esta es la justicia que manda hacer Su Majestad del rey don Carlos nuestro señor, y el Adelantado don Sebastian de Belalcazar, su gobernador y capitan general en estas provincias de Popayan, á este hombre, por alborotador destos reinos y deservidor de Su Majestad, y por opresor y forzador de su real justicia, y porque decerrajó la caja de Su Majestad de la villa de Ancerma, y sacó y llevó el oro della, y porque entró en estas provincias con mano armada y atambor de guerra y banderas desplegadas, como deservidor de Su Majestad, inobidiente á sus mandamientos reales: quien tal hace que tal pague.* Con este pregon lo trujeron por el real y le cortaron la cabeza, estando la color despues de muerto tan viva y perfecta, que parescia que aun estaba vivo. El Adelantado, despues de le haber mandado matar con tanta crueldad, dijo remedando al maese de campo Caravajal, cuyos nortes siguió en este caso: *si desta vez no escarmienta Robledo, yo le tendré por muy grandísimo necio.* Pasó esta muerte á cinco dias del mes de Octubre, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y seis años. Al comendador Hernan Rodriguez de Sosa, y á Baltasar de Ledesma les fué dado garrote; la justicia que hobo para lo uno, hobo para la otro; el pregon decia: *por amotinadores.* Al tiempo quel Adelantado se queria partir para villa de Arma, algunos criados y amigos de Robledo le suplicaron diese lugar para que lo pudiesen llevar á enterrar á la iglesia qu' estaba en la villa, pues no era tan lejos; añidiendo pecado á pecado no quiso, diciendo que no era tiempo de llevar cuerpos muertos. Partido de aquel lugar el Adelantado, su capitan Francisco Hernandez mandó dar garrote á Juan Marquez de Sanabria, vecino del Quito, que con ellos andaba; el tiempo andando, se dio este Juan Marquez por traidor. Los cuerpos de los muertos fueron enterrados en una casa de paja de los indios, que en estas partes comunmente llamamos bohios, la cual quemaron porque los indios no los sacasen; mas poco aprovechó esta diligencia, porque luego, en yéndose los cristianos los sacaron y los comieron á todos. En cadenas se llevaron á la villa algunos de los que se hallaron con Robledo, y en ella se vendieron los bienes de los muertos á precios que en Medina del Campo se tuviera por baratos, y lo que montaba lo aplicaban para gastos de la guerra, llevándoselo todo; y allegó á tanto esta maldad, que el mariscal mandó á la iglesia de Arma ciertas piezas de plata y un peinador, y Belalcazar no consintió que se diese, aplicándolo todo para sí. Como decimos, á la ciudad de Antiocha se envió luego para traer la hacienda que del mariscal se hallase, y al tiempo que iba á ello un Coello, alferez del Adelantado, que fué el que echó en cadena al clérigo Frias, le dijo este mismo clérigo que se absolviese, porque estaba descomulgado por haber puesto las manos en él; respondió con gran desden que se fuese para inregular; mas ya que venia con la presa, permitiéndolo Dios, en el paso del rio Grande se ahogó sin poder gozar lo que traia robado. Francisco de Vadellejo, y un Beltran, huyéndose en la villa de Arma habian ido á dar mandado á la ciudad de Antiocha, de la cual huyeron algunos vecinos antes que llegase á ella el que iba por mandado del Adelantado, que despues de haber repartido la provincia de Arma á su voluntad, y molestado á los conquistadores que con Robledo habian venido, salió de aquella villa, quedándose en ella su general Francisco Hernandez, el cual, sin haber otra razon que estar rico, por roballe lo que tenia, le mandó matar Cristóbal Diaz, aplicando sus bienes como los pasados, vendiendo los esclavos

negros por el precio que ellos mismos querian dar; y por dar asiento en algunas cosas que les quedaba que hacer, el Adelantado mandó á Francisco Hernandez que fuese á la villa de Ancerma á castigar los que hallase culpados, y le aguardaria en Cali, adonde se partió luego y vinieron nuevas de cómo habia allegado á la Tierra Firme el licenciado Gasca, lo cual no he podido escrebir ni podré tan aina.

CAPÍTULO CXCVII

De cómo el general Pedro de Hinojosa vino de Taboga con su gente á Panamá, y de lo que proveyó.

Por lo quel lector habrá leído en los capítulos de atrás, terná memoria de cómo hecimos mincion quel general Pedro de Hinojosa con los capitanes del Perú que estaban en la Tierra Firme hicieron concierto con los de la ciudad de Panamá que con sus naves se volverian á la isla de Taboga y en ella estarian algunos dias aguardando á que viniese el proveimiento d' España, y que por sus dineros les diesen los mantenimientos y cosas nescesarias; y estando esto concertado, Pedro de Hinojosa se fué á Taboga; y agora hemos de contar su vuelta á la ciudad, y pasó desta manera: que estando en aquella isla, siempre le proveian de mantenimientos y de vinos con lo demás necesario, y tuvo aviso de cómo habia en la ciudad algunos movimientos, y aun que se hacia junta de gente, forneciéndose de armas, siendo autor dello Juan de Illanes, que aun no era salido de Panamá. Pues sabido por los soldados, daban grandes voces á los capitanes para que moviesen con las naves y barcas de remos á meterse en la cibdad y aposentarse en ella, diciéndoles que demasiadamente habian tenido complimentos con los moradores de Panamá, y otros dichos de soldados que siempre hablan libremente. Oyendo Pedro de Hinojosa el tomulto que habia entre los soldados, les mandó apaciguar, diciendo al capitan Pablo de Meneses que luego se partiese á Panamá á saber lo que en ella habia. Llegado Pablo de Meneses supo que Juan de Illanes, no habiendo hallado entero favor en los vecinos, se habia retirado al Nombre de Dios con algunos soldados para irse por el mar Oceano á la provincia de Cartagena, ó á otra parte, y que se habia dejado el artillería, la cual habia habido don Juan de Mendoza y otros que estaban del armada en la ciudad. Entendido por el general Hinojosa lo que decimos, no quiso moverse hasta que las treguas fuesen pasadas, y como viese el tiempo complido y que de España no venia ningun proveimiento, mandó que todos se recogesen á las naves, y ansí fué hecho, y llegado á la ciudad, Pedro de Casaos lo recibió bien é todos los más de Panamá; en Nombre de Dios se holgaron, porque creyendo que estando en la Tierra Firme el armada, Pizarro inviaria moneda, la cual los soldados gastarian en les comprar á ellos sus mercaderías, no dejaban algunos de engañarse en esta vana esperanza, porque no pocos fardos y lios fueron robados y tomados por los nefarios soldados, sin les pagar otra cosa que lo que paga la gente de guerra cuando roban lo que quieren, é sin los soldados lo harian algunos capitanes, no embargante que Hinojosa castigaba con gran rigor estos ladronicios y otras fealdades que se hiciesen. Estando, pues, en Panamá, Hinojosa, del arte que habemos contado, vino nueva de cómo el capitan Melchior Verdugo habia salido de la cibdad marétima de Trujillo con alguna gente, y aun que habia ido á la provincia de Nicaragua, adonde por comision de los muy poderosos señores presidentes é oidores hacia junta de gente para *ir* contra Pizarro. Con esta nueva se turbaron algo y entraron en consulta para acordar lo que sería más acertado hacer el general Hinojosa y los capitanes Juan Alonso Palomino, Rodrigo de Caravajal, don Pedro Luis Cabrera y Hernan Mejía, Pablo de Meneses, don Juan de Mendoza y otros, y allí trataron sobre lo que sería más acertado hacer, y despues de que sobrello hobieron hablado, se acordó quel capitan Juan Alonso Palomino fuese en una nave á Nicaragua, bien guarnecida y artillada y llena de soldados arcabuceros, para que si encontrase con algun enemigo y le fuese forzado afrontar con él y tener batalla naval, que se hallase poderoso; y ansí el capitan Palomino se partió para procurar de deshacer á Verdugo, ya que no tuviese potencia de engrosar ejército ni de hacer armada; y para estar aparejados los de Panamá, si algo subcediese, el general Pedro de Hinojosa nombró por capitan á don Pedro Luis de Cabrera, natural, como atrás dijimos, de la ciudad de Sevilla, y lo mismo hizo Hernan Mejía, su yerno; Pablo de Meneses, Juan de Vargas, hermano del capitan Garcilaso de la Vega, se nombraron tambien por capitanes. Hechos estos proveimientos, el general mandó al capitan don Pedro de Cabrera que se partiese con ciento y veinte soldados á la ciudad del Nombre de Dios, y tuviese aquel puerto y mirase con engaño no

entrase Verdugo ni otro ninguno en él, sin que primero supiesen si queria ser amigo ó mostrarse enemigo, y los demas capitanes se estaban en Panamá teniendo por lista cada uno la gente de que era capitan; y como ya hemos escrito que antes desto, sabido los movimientos de las provincias australes y la llegada de Francisco Maldonado, que llevó los despachos de Pizarro, el emperador con los de su Consejo trataban de enviar personas de letras para que lo asosegasen, y de algunas naves que vinieron de España dijeron cómo en ella se decia que se proveia al licenciado Pedro la Gasca, al cual se le daban poderes muy amplísimos para que entendiese en lo tocante al Perú, y éstos que contaban estas nuevas, por aplacar á los que allí por Pizarro estaban, echaban falsa fama que tambien le venia provision para que fuese gobernador, de la cual nueva grandemente se holgaban todos en lo oir, y estaba á todo esto el noble varon Vela Nuñez, hermano del visorrey, preso en una nave con prisiones y no bien tractado por quien le tenia á cargo, e Blas de Sayavedra, sargento mayor que fué del visorrey, y otros, y llegó Martin de Alarcon y contó lo que pasó en Quito y la muerte del visorrey, de lo cual pesó á muchos, como atrás en los capítulos precedentes contamos; y paresciéndole á Hinojosa que sería bien enviar con Martin de Alarcon, natural de Trujillo, á Vela Nuñez y á los otros presos, le mandó que volviese al Perú y los entregase en poder de Gonzalo Pizarro, llevándole tambien su hijo que allí estaba. Alarcon se partió, escribiendo Hinojosa con él á Gonzalo Pizarro, pidiéndole dinero para dar á los soldados que en su servicio estaban en Panamá; y dejaremos esto, y diremos lo que hizo Melchior Verdugo.

CAPÍTULO CXCVIII

De lo que hizo el capitan Melchior Verdugo hasta ser llegado á la provincia de Nicaragua.

En los capítulos de atrás hizo nuestro cuento mincion de lo que fué hecho en la ciudad de Trujillo por el capitan Melchior Verdugo, y de cómo se embarcó en una nave con alguna copia de gente y dineros, determinando de ir á las provincias de Guatimala y Nicaragua á dar cuenta á los oidores y presidente que allí residen. Pues yendo navegando, anduvo hasta que llegó á Puerto Viejo, y estando en el puerto mandó algunos soldados de los que iban con él que fuesen al pueblo y prendiesen á Cárdenas, teniente que allí era de Pizarro, y lo trujesen á la nave, y éstos fueron hacer lo que por su capitan les era mandado, y el teniente de Pizarro, con algunos de á caballo huyó, y por no tener los de Verdugo comision para pasar adelante se pudo salvar. Prendieron á Pavon y á Flores y al tesorero Portillo y á otros, que por todos eran nueve vecinos y regidores, los cuales, llegados adonde Verdugo estaba, los mandó luego soltar, diciéndoles que sirviesen constantemente al rey, pues eran sus vasallos, y no acudiesen á Pizarro, pues vian que se habia hecho tirano; y diciéndoles otras palabras de exhortacion para el servicio del rey, Melchior Verdugo se partió en su navío y anduvo hasta que llegó á los puertos de Nicaragua, y fué á presentarse donde estaba el presidente licenciado Maldonado y los oidores, á los cuales dió entera noticia de las cosas que habian pasado en el Perú desde el tiempo que allegó á él el visorrey Blasco Nuñez, y de los movimientos que se habian levantado, pues todos los varones principales del Perú seguian la atroce demanda de Pizarro, y quél, viendo que la demanda era injusta é muy facinerosa, no solamente no quiso ser cómplice en ella, mas que saliendo de la provincia de Caxamalca se vino á la ciudad de Trujillo, adonde con endustria prendió á todos los más de los vecinos que en ella estaban, para tener lugar de hacer alguna gente para ir en socorro del visorrey, y que olvidado de su hacienda, repartimiento tan rico y próspero, se habia metido con los que habia podido juntar en una nave, y sabiendo la gran potencia del tirano é que todas las provincias tenian su voz, habia tenido por cosa importante venir á darles aviso de todo, como á varones muy poderosos y que representan la persona del rey nuestro señor; diciendo más, que no embargante Pizarro tener apresado todo el reino del Perú, habia tenido atrevimiento tiránico de ir á ocupar la Tierra Firme, adonde estaban sus capitanes; y porque su deseo era de emplearse en servicio del rey nuestro señor, que le diesen facultad para poder hacer gente de guerra é irse afrontar con los capitanes de Pizarro que estaban en Panamá, y de allí ir á dar favor al visorrey Blasco Nuñez Vela, que aun no sabian la batalla, ni aun su muerte, porque lo uno y lo otro fué todo en un tiempo. Estas cosas y otras dijo el capitan Melchior Verdugo en la prática que propuso delante el presidente y oidores que residen en los Confines, y aquellos señores le respondieron gravemente, conforme á su poder y autori-

dad, agradeciéndole lo que habia hecho en servicio del rey, y mandáronle que reposase algunos dias, pues venia fatigado del camino tan largo, en el inter de lo cual ellos ternian su acuerdo para darle el despacho que pedia. En este tiempo allegó el capitan Juan Alonso Palomino aquestas provincias y mandó quemar una nave que allí estaba, que era en que habian venido Diego Lopez de Zúñiga y Esquivel y los otros que fueron desterrados de Los Reyes por el capitan Lorenzo de Aldana. Pues como Verdugo supo la estada del capitan Palomino, hallándose con hasta doce soldados, viendo que con ellos no era parte á enojar al capitan del Perú, fué á toda priesa á la ciudad de Leon, adonde habia dejado su gente, y á informar de la estada de Palomino, y como en la ciudad de Leon aquello fué sabido, nombraron los moradores y vecinos della á un Rodrigo de Viezma, alcalde del rey, para que fuese al puerto para no consentir que Palomino tomase tierra ni hiciese ningun daño; y en el inter que esto pasaba, como Palomino fuese experto en la guerra y muy diligente, á gran priesa saltó en tierra con la gente que le paresció que bastaba, y fué á un estero, adonde halló algunas naves y caballos, y lo trujo todo al puerto y se metió con su gente en su nave. Cuando allegaron el capitan Melchior Verdugo y Viezma, ya estaba dentro, y los de Nicaragua, sin mirar otra cosa que su provecho, secretamente le vendian caballos y armas y lo que el más queria, y se lo llevaban; lo cual, como fué entendido por los del Perú, tanto se desabrieron que hobieron palabras con los de Leon, y á tanto llegó el negocio que se apartaron unos de otros para se afrontar, que ciertamente lo hicieran si allí no estoviera el gobernador Rodrigo de Contreras, el cual pudo tanto que lo apaciguó y puso á todos en paz, no dejando el leal capitan de Melchior Verdugo de tener gran queja de los de Nicaragua, pues secretamente se mostraban amigos de los del Perú. Algunas cosas más pasaron entre Verdugo y los de Leon, que yo no escribo porque voy abreviando cuanto puedo mi escritura. Como el licenciado Maldonado, presidente de la Audiencia, supiese la estada del capitan Juan Alonso Palomino en el puerto de Gracias á Dios, mandó al licenciado Pero Ramirez de Quiñones, oidor, que á toda priesa fuese allá á poner remedio que no se hiciese ningun daño, proveyendo lo que más al servicio del rey conviniese. En este tiempo, habiéndose proveido de lo que le convino y quiso el capitan Juan Alonso Palomino, determinó de se volver, como lo hizo, á la Tierra Firme, á se juntar con su general Pedro de Hinojosa, sin querer saltar en tierra, aunque fué requerido de parte de la Chancilleria Real que lo hiziese. Ido Juan Alonso Palomino, el capitan Melchior Verdugo provocaba á muchos caballeros que allí estaban para que juntándose con él fuesen á la Tierra Firme afrontarse con los capitanes del Perú que en aquel reino estaban, y hallando en todos voluntad para ello, envió á la Audiencia sus mensajeros para que los señores della le diesen provision para que pudiese hacer gente y tener autoridad. Vista la demanda de Verdugo por el presidente Maldonado y por los Oidores, despues de haber mirado y pensado la peticion de Verdugo, y no sabiendo nada de la muerte del visorrey Blasco Nuñez Vela, le dieron una provision en la cual le daban poder para que como capitan del rey pudiese hacer gente é ir con ella á dar socorro al visorrey Blasco Nuñez, á cualquiera parte que supiese que estaba. Este fué el poder quel presidente é Oidores de los Confines dieron al capitan Melchior Verdugo, el cual luego comenzó de hacer la más gente que pudo, gastando de los dineros que habia traido; todo lo cual se hizo en la cibdad de Leon, porque para hacer la gente se habia ido á ella Verdugo, yendo con él Nuño de Guzman y Rodrigo d' Esquibel y otros hidalgos, y hecha, pues, en Leon la gente que pudo, se fué á la ciudad de Granada con toda ella, yendo con él el oidor Pero Ramirez de Quiñones para entender en su despacho, porque Verdugo deseaba ya afrontarse con los que en Panamá estaban; y para salir de Nicaragua por el famoso lago del Desaguadero, que va á salir su furiosa agua al mar Oceano, mandó hacer cuatro barcos grandes con sus bancos y remos; despues d' estar hechos y aderezado todo lo que le convino, nombrando por capitanes á Nuño de Guzman y á Rodrigo d' Esquibel, se metió en los barcos con hasta noventa hombres para ir camino del Nombre de Dios; dejarlo hemos ir y diremos un poco del maese de campo Francisco de Caravajal.

CAPÍTULO CXCIX

Cómo salió de la ciudad del Cuzco el capitán Francisco de Caravajal y habló en Ayavire á don Martin de Guzman, y de lo que Diego Centeno hacia en la villa de Plata.

Costumbre mía es cuando dejo una materia para tratar de otra dar noticia al lector de lo escrito, para que fácilmente pueda

comprehender lo que se sigue; y ansí, ya por lo que ha leido se acordará cómo contamos la entrada en el Cuzco del maese de campo Francisco de Caravajal, y de las cosas que allí hizo, y de cómo salió de aquella ciudad despues de haber cohechado y robado todo el oro y plata que pudo, llevando consigo muchos vecinos; é porque Diego de Alba, con excusas procuró de se quedar, le mandó que diese dos caballos y armas, el cual lo dió. Después que Caravajal tuvo su gente fuera del Cuzco, salió él con sus alferez y anduvo hasta que llegó al antiguo pueblo de Urcos, en el cual perdonó, como atrás recepté, á Diego Lopez de Zúñiga, y á Juan Vasquez de Tapia, por gran cantidad de moneda que le dieron. Pues como aqueste tirano fué uno de los prestos y diligentes capitanes que *ha* habido en gran parte, en breve tiempo allegó al pueblo de Ayavire, celebrado por mí en mi primer libro por haber muerto con gran crueldad el rey Inga Yupangue todos los moradores dél, sin que ninguno quedase, y por haber despues pobládolo de mitimaes, y hecho templos excelentes y edificios maravillosos á su usanza. Aquí halló el maese de campo al capitan don Martin de Guzman, que por mandado de Alonso de Toro tenia cargo d' estar en la provincia de Collao para no consentir que fuese hecho ningun agravio á los naturales, y para el proveimiento de otras cosas. Como allí llegase Caravajal, don Martin le entregó hasta veinte españoles que tenia, y por le dar cantidad de dineros, Caravajal lo dejó sin quererlo llevar consigo. El capitan Alonso de Mendoza habia muchos dias que estaba en el pueblo de Ilave, y como Diego Centeno tuviese aviso dello, habia enviado treinta escuderos ligeramente armados para que fuesen por corredores y llegasen hasta la puente del Desaguadero, qu' es por donde vacia aquel palude ó gran lago de Titacaca, que ochenta leguas tiene de bojo; pues como allegasen allí los de Centeno, se volvieron no osando pasar la puente que sobre haces de juncos se arma. Alonso de Mendoza supo cuán cerca habian llegado, el cual con once soldados que le habian quedado se retiró al pueblo de Chucuito, adonde tuvo nueva de la salida de Caravajal del Cuzco, el cual no tardó muchos dias de allegar á Chucuito, donde se holgó de hallar al capitan Alonso de Mendoza. Dende á pocos dias que allí llegó, nombró por capitan de ciertos infantes, piqueros y arcabuceros, Alonso de Mendoza, y lo mismo hizo á un Morales, inclinado á maldades y que tenia siempre la lengua presta para renegar, porqu' el oficio que habia tenido le habia puesto en semejantes costumbres, pues afirman fué arriero en Panamá y en otras partes; tambien nombró por capitan á Castañeda, y á Juan Jullio de Hojeda, vecino del Cuzco, dió el fingido estandarte que llevaba; maese de campo mandó que lo fuese Dionisio de Bobadilla; sargento mayor era Baltasar de Cepeda, hermano del licenciado Cepeda; éstos fueron á quien Francisco de Caravajal nombró por capitanes y oficiales para que fuesen sus cómplices en la guerra que iba hacer á Diego Centeno, del cual supo cómo se habian ido á la villa de Plata y que en ella se peltrechaba de armas y otras cosas convinientes para la guerra, y estando aderezándose para salir de Chucuito vino alguna gente de Arequipa, enviada en su socorro por el capitan Pedro de Fuentes, entre los cuales venian algunos vecinos; con esta gente y la suya se halló con docientos y ochenta españoles. En el ínter que esto pasaba, Diego Centeno se dió mucha priesa en aderezar arcabuces con gran diligencia, aunque se tardó tanto que pudo el capitan Francisco de Caravajal allegar al Cuzco y rehacerse de gente por todas las partes, hasta tener la potencia que hemos escrito. Despues de haber juntado ciento y ochenta españoles de pié y de á caballo, salió de la villa de Plata con sus banderas, y anduvo hasta el pueblo que llaman de Macha, desde donde, por saber que aun no habia salido toda la gente del pueblo, volvió á hacer que todos con presteza saliesen, abriendo primero la real caja y della sacando hasta quince mill pesos de oro que habia; éstos y otros veinte mill gastó con la gente que tenia hecha, sin otro mayor número que se gastó por él y por otros algunos de los que tenian repartimientos. Pensaba Centeno de ir la vuelta del Cuzco, no sabiendo cosa alguna de lo tocante al capitan Francisco de Caravajal; y ansí, yendo caminando con su gente con la mejor órden que pudo, allegó hasta el pueblo de Chayanta, adonde salió el capitan Luis de Rivera á juntarse con él con sus armas y caballos, despues de haber pasado muy grandes trabajos y fatigas, y fué muy bien recebido del capitan Diego Centeno y de todos los caballeros que con él estaban. Partiéndose de Chayanta anduvieron hasta que llegaron á la provincia de Paria, adonde Diego Centeno determinó de aguardar algunos dias para que su gente y caballos descansasen, pues venian fatigados del despoblado que habian pasado, y para tener nuevas si tenian por delante algunos enemigos, y ansí todos fueron aposentados, y á nueve dias del mes de Abril, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y

seis años, tuvo nueva muy cierta cómo el capitan Francisco de Caravajal venia á se afrontar con él y á procurar que ningun capitan hiciese en el Perú gente con voz del rey, ni tuviese atrevimiento para formar ejército. Sabidas estas nuevas por el capitan Diego Centeno, mandó que se juntasen para entrar en acuerdo los capitanes Lope de Mendoza, Alonso Perez de Castillejo, Luis de Rivera, Francisco de Retamoso, Rivadeneira y otros de los más principales; juntados en su congregacion trataron lo que debrian hacer, porque sin esta nueva habian tenido otra, que junto á la ciudad del Quito se habia dado batalla y que en ella habia sido el visorrey muerto y vencido; por lo cual, viendo que todo el Perú seguia la opinion y partido de Pizarro, si no era los que allí junto estaban, y que venia un tan cruel y sanguinario contra ellos con grande ejército, pensado todo lo que les podria suceder y que no era cosa conviniente aventurar la honra del rey ni tampoco querer tentar su fortuna, siendo tan pocos, contra los que en número eran doblados que ellos, parescióles que seria bien retirarse, no tanto por estas cosas, ni por saber la potencia que el enemigo traia, cuanto por entender que su mismo real estaba lleno de sospechas y pensamientos inciertos, y que por los rostros de muchos se conoscia su voluntad; y á la verdad, habian sido tomados en alcances y en la villa al tiempo que del cerro del Porco se habia retirado el capitan Alonso de Mendoza, y como todos éstos supiesen la destruicion y muerte del visorrey y de cómo Pizarro estaba superior en todas las provincias, no vian la hora que ver las banderas de Caravajal, para llegando á las de Centeno pasarse á ellas; así que entendido por los que estaban en el acuerdo todo esto, y que ternian veinte españoles enfermos y que no se podrian juntar si no fuese hasta noventa españoles amigos unos de otros, los cuales sabian aventurarian sus personas á todo trance de peligro por el servicio del rey, se acordó por todos que se hiciese alarde y que todos los sospechosos se pusiesen en una lista y con ellos algunos amigos para que mirasen lo que pensaban, y que sin dar grandes jornadas, el maese de campo Lope de Mendoza se volviese hácia la villa con ellos; lo cual hecho Diego Centeno con el resto de vecinos y amigos leales aguardase hasta tener entera noticia del enemigo, y que luego iria en seguimiento de Lope de Mendoza, que tornándose á juntar buscarian un fuerte desde donde podrian defenderse del enemigo, ó que si se viesen muy fatigados, que se retirarian á lo interior de las provincias de los Chichas, hasta que tuviesen nueva de la voz del rey, que segun razon no podia mucho tardar. Determinado, pues, por los capitanes lo que habemos relatado, se hicieron las listas con los dolientes y sospechosos, *y* se partió el maese de campo Lope de Mendoza hácia la villa de Plata, no sin gran pena de los más que iban con él, porque quisieran pasarse á los enemigos; Centeno quedó allí á lo que contamos.

CAPÍTULO CC

Cómo el capitan Francisco de Caravajal salió de la provincia de Chucuito, y de cómo el capitan Diego Centeno huyo [1] *de Paria.*

Despues de haber el capitan Francisco de Caravajal ordenado su campo y nombrado los capitanes y oficiales de la guerra, acordó de se partir de Chucuito para con brevedad deshacer á Diego Centeno y dar la vuelta á la ciudad de Los Reyes, adonde entendía hallar al gobernador Gonzalo Pizarro, pues ya con haber muerto al visorrey habia hecho la guerra de abajo, y la que tenia entre manos más le congojaba el tiempo que en ella gastaba, que no le daba fatiga el ser de Centeno, ni de los que con él andaban, porque á la verdad, siempre los tuvo en poco, sin temer que le habian de dar mucha fatiga, lo cual pudiera ser que le saliera al reves si lo hobieran de haber de poder á poder; y teniendo nueva de la salida de Centeno de la villa y de cómo venia acercándose hácia la provincia de Paria, mandó á los capitanes que mandasen salir la gente para con la mayor presteza que pudiesen fuesen á encontrar con Centeno. Cumpliendo todos su mandamiento salieron de Chucuito, habiendo primero el principal señor de aquellos pueblos, llamado Cariapasa, proveido bastantemente de lo que le fué mandado por el capitan Caravajal. Saliendo, pues, de Chucuito, caminó con su gente para los ricos pueblos de Acora, Xula, Tulabe, Ponta, que son repartimientos que el rey tiene en la provincia de Collao. Era costumbre de Caravajal por todos los pueblos que pasaban tomar por aposento para sí las iglesias, adonde el tirano, con poco temor de Dios, las hacia burdeles de sus mancebas, y aunqu'él viese que en alguna parte decian misa, tenia poca atencion á oir los sacros misterios della, que nunca se levantaba, ni aun cuando se decia el santo Evangelio, y si algun mudamiento

[1] En el ms., *huyeron.*

hacia era cuando alzaban la hostia, y este muy pesado y que al parescer era sin ninguna devocion y muy poca contricion. Pasados los pueblos del rey, anduvo hasta que llegó á un pueblo del mismo Collao, que ha por nombre Hayohayo, teniendo siempre nuevas de dónde llegaba Diego Centeno, y en este pueblo de Hayohayo supo cómo estaba en Paria, y aun hobo fama que tenia más de docientos españoles; é cierto bien podemos afirmar que ya que muchos de los que estaban con Diego Centeno deseasen ver las banderas de Caravajal para se pasar á ellas, no pocos de los que venian con Caravajal tenian el mismo pensamiento, que era pasarse á Centeno, por ver que sustentaba la voz del rey, y que al fin, ella y no otra habia de permanecer; mas aguardaban verse junto dél para efectuar este propósito, aunque desde este pueblo de Hayohayo se huyeron diez soldados al mismo Caravajal, con sus armas, al campo de Diego Centeno, por camino desviado del real, como hombres que bien sabian la tierra. La huida destos desmayó á muchos de los que iban con Caravajal, recelándose que Diego Centeno estuviese muy potente, y que pues habian hecho principio aquellos en se huir para él, que no dejarian otros de hacer lo mismo, en lo cual no se engañaban si el real del enemigo estuviera cerca. Caravajal no mostró sentimiento con la ida destos soldados, ni hizo caso ninguno dello, antes se reia y decia que ellos volverian á sus manos y recibirian castigo conforme á su cobardia, afirmando que por no pelear se habian huido; y éstos, si allegaran antes que Lope de Mendoza se hobiera partido con la gente, y en la más que con Diego Centeno qued*ara* mucho ánimo para aguardar al enemigo, con esperanza que se le pasaran otros algunos. Pocos dias antes desto vino nueva al capitan Francisco de Caravajal, que sabido en la ciudad del Cuzco la salida de Diego Centeno de la villa, allegaban gente para venir á juntarse con él, temiendo no hobiese algun desman ó sucediese algun mal suceso; dicen que como fué entendido por el capitan Caravajal, escribio sus cartas muy vanas y presuntuosas á Toro, diciéndole que no tenia necesidad de moverse del Cuzco, ni salir dél para venir contra Centeno, pues bastaba estar su persona para le dar batalla, y otras cosas de puncta, y que Alonso de Toro le respondió ásperamente, teniendo en poco sus fieros, y que llegó el negocio á tanto que por cartas los dos tiranos se desafiaron para cuando el tiempo les diese lugar que se tornasen á ver, y esto no lo entendieron muchos, y cuentan que visto por Toro su soberbia de Caravajal, acordó de se estar en el Cuzco sin salir dél. Pues como allegase Caravajal á este pueblo de Hayohayo, perdieron todos la esperanza que del Cuzco les vendria socorro, porque ya que viniese llegaria tarde, pues decian los indios que Diego Centeno estaba en el pueblo de Paria, adonde segun razon, si aguardaba, antes de quince dias se daria entrellos la batalla, y que si antes no venia la gente del Cuzco, que despues no tenia nescesidad. Caravajal en todo este camino no mostró tener en nada á Diego Centeno, antes hacia burla dél y mandó que marchasen donde estaba, para que dándose grandes jornadas pudiesen de presto afrontar con Diego Centeno, y ansí anduvieron á grandes j ornadas hasta que llegaron á un despoblado pequeño qu' está entrel pueblo de Jiquijica y el de Caracollo, desde el cual á la provincia de Paria hay cinco pequeñas leguas. En este camino, estando el real asentado, una noche se dió alarma, la cual fué falsa, mandada por el capitan Alonso de Mendoza, el cual, por le haber dado Diego Centeno los alcances tan grandes, le habia cobrado odio grandísimo, y porque con brevedad pudiese llegar á verse con él, porque los indios decian que mucha de su gente se habia retirado á la villa, y sospechando Mendoza quêl haria lo mismo, fingió esta armada, diciendo que dos corredores de los enemigos habian llegado á su real, y luego la gente toda se puso en órden y estuvieron apercebidos para ver lo que seria; y otro dia el capitan Caravajal mandó que fuesen corredores para ver los enemigos cuánto trecho estaban dellos, y él con su gente caminó á buen andar. Jueves santo del año ya dicho allegaria siete leguas de Paria, y sus corredores habian andado hasta que muy bien pudieran reconoscer la gente que estaba en Paria, y vieron cómo tenian los caballos aparejados para retirarse y no puestos en órden para pelear; con esto volvieron á Caravajal, el cual ya habia pasado del pueblo de Caracollo, que cinco leguas está de Paria; mandando que volviesen otros corredores, de nuevo movió con su campo y anduvo hasta quél mismo pudo ver los enemigos, y dijo: *aquella gente más parece que tiene manera de huir que no de pelear*. Este dia era viernes de la cruz. Pues como Diego Centeno viese cuán acompañado venia el enemigo, y que no embargante todos los que con él venian supiesen seguir él la parte del rey, no querian pasarse á meter debajo de su bandera, determinó de se retirar á la villa, mandando primero que fuesen á correr hacia ellos el Padre Domingo Ruiz, Hernan

Nuñez de Segura, Juan Ortiz de Zárate, Juanes de Cortaza y otros algunos de los más fieles que con él andaban, á los cuales mandó que llegasen hasta que se juntasen con los corredores de los enemigos, y mirasen bien la gente que era, procurando saber la voluntad que traian; y dicho esto se fué retirando con su gente la vuelta de la villa de Plata á toda priesa. Los corredores fueron hasta que se juntaron con los de los enemigos, y despues de haber tenido con ellos algunas práticas, pues todos se conocian de tiempo largo, se volvieron á juntar con Diego Centeno, llevando la mano en la rienda y teniendo el ojo en ellos hasta que los perdieron de vista, y lo alcanzaron en una quebrada que está media legua más adelante de Paria, y como ya fuese noche, mirando Caravajal que Centeno con su gente habia vuelto las espaldas y debia de ir huyendo, á toda furia mandó á su gente que ribera de un pequeño arroyo que alli estaba asentasen las tiendas y reposasen, diciéndoles que la liebre por mucho que huya es tomada por los galgos; que no embargante que Centeno anduviese haciendo aquellas aparencias falsas de guerra para hacer huidas feas, que él con ellos le darian tales alcances que fácilmente tomarian dél la venganza que merescia su atrevimiento.

CAPÍTULO CCI

Cómo Caravajal asentó su real, y Centeno con sus compañeros paró aquella noche adonde sus corredores le alcanzaron, y lo que fué hecho por entrambos capitanes.

Despues quel capitan Francisco de Caravajal hobo mandado á sus capitanes y soldados que asentasen las tiendas para dormir aquella noche, teniendo aviso cómo Centeno habia pasado de una quebrada que adelante de Paria estaba, queriendo proveer en todo como capitan viejo y experto en la guerra lo que convenia para la guarda de su real, porque por ventura Diego Centeno y los suyos no quisiesen venir con la oscuridad de la noche á dar en él y hacer otra hazaña semejable á la que hizo el valeroso Leónidas en el potente ejército del persiano Jerjes, mandó á su capitan Morales que entre unos antiguos depósitos que cerca de allí estaban, se pusiese con los soldades que fuesen nescesarios, para que si por ventura algunos enemigos viniesen, pudiese avisar al real de manera que no entrasen sin ser sentidos; y por todas partes mandó que fuesen corredores y rondas y quel real estuviese bien proveido de velas y centenelas; todo fué hecho como él lo mandó. Diego Centeno habia parado en aquella quebrada que dicho habemos, y sabiendo por sus corredores que los enemigos habian asentado su campo y estaban ya las tiendas puestas, tomando parescer con los principales de los que con él allí estaban, determinó de volver á ponerse con los suyos encima de su real, y persuadilles quisiesen juntarse con él, pues seguia el partido del rey, y ansí volvió con sus noventa compañeros, los sesenta de á caballo y los treinta arcabuceros, y como llegase junto adonde estaba el capitan Morales y él tuviese tan poco ánimo, á gran priesa fué huyendo al campo, el cobarde, diciendo á grandes voces que los enemigos estaban encima dellos, fingiendo ser muchos, y quel los habia visto. Fué tanto el temor quél y los que le siguieron tenian, y tanta la priesa que llevaban, que demás que pudieran hacer algun hecho notable, por estar metidos entre aquellos depósitos ó sepulturas, dejaron algunas picas en el campo por salir más ligeros. Pues como el capitan Francisco de Caravajal oyese las voces y gran tomulto que en el campo habia, tomando sus armas salió, mandando á su maese de campo Dionisio de Bobadilla que pusiese la gente en órden y se formase un escuadron, estando junto á él el capitan Alonso de Mendoza que gran deseo tenia de se vengar de Diego Centeno por los alcances pasados que le dió. En esto ya queria romper el alba y el capitan Diego Centeno con los suyos oia el remor que habia en el campo de los enemigos, y cómo todos se ponian en arma, y holgara de hallarse con bastante poder para afrontarse con ellos. Y cierto, aunque este varon no tuvo ventura para dar buen fin á los negocios de la guerra que emprendió, él es digno de honor, pues conoscimos dél voluntad firme para el servicio del rey. Pues como allegase junto á los enemigos, alzando la voz para que todos le oyesen, comenzóles afear la demanda tan atroz que traian, diciéndoles: *pues, ¿como, caballeros, así queréis apocar vuestro merecimiento y deshacer el ser de vuestros pasados, pues el nombre de caballeros é hidalgos heredaron por servicios señalados que á los reyes hicieron, y agora mostrais vuestra voluntad fiera y muy iracundia para matar y destruir á los poquitos que hemos tomado en todo el reino la voz del rey? cosa que ninguno lo entenderá que no repruebe vuestra intencion, y pues aun teneis tiempo para hacer algun notable hecho, aqui estoy yo que como capitan ó compañero os*

recibiré con gran voluntad, y desharemos ese tirano cruel que ansí persigue nuestras reliquias; y agora teneis tiempo para restaurar vuestras vidas, honras y haciendas, y no cobrar renombre de traidores. Estas cosas y otras dijo el capitan Diego Centeno á grandes voces para que se pudiese oir por todos los que estaban en el real del enemigo, teniendo gran confianza que moveria las voluntades de algunos para que se pasasen á él; mas ya era tarde, porque si antes lo deseaban, era creyendo que venia bien acompañado, y como se entendieron que habia dividido su gente y que estaban con él poco más de ochenta hombres, volvieron á estar asosegados y á querer hallarse con la más gente, porque ya otras veces tengo dicho que la inclinacion de la gente desta tierra y sus intenciones, no así ligeramente se pueden comprehender, y cuanto á lo tocante á la guerra, ningun capitan haga hincapie en los soldados della, porque si su enemigo tiene más poder, crea que le han de negar é irse á juntar con él, y ansí el campo que tuviere más pujanza estará seguro que pocos se le huirán; la fee y costancia de los españoles no la saben tener ni guardar para pelear unos contra otros; para otras gentes y peregrinas nasciones ya tienen expirimentado su virtud y fortaleza maravillosa, mas acá en las guerras que *ha* habido, ellos han seguido las banderas y peleado en los reales unos contra otros, teniendo en poco el feudo ni amor de la patria. Despues quel capitan Diego Centeno hobo acabado su prática, él y sus compañeros estuvieron quedos, y el maese de campo Bobadilla tenia la gente puesta en órden; riéndose Caravajal y sus cómplices muy de gana de haber oido lo que Diego Centeno habia dicho, el cual, como viese que ya los enemigos se aparejaban para tomar los caballos y seguirlos, dijo á sus compañeros que no era tiempo de más aguardar, sino que á paso ligero se retirasen, que adelante ternian su consejo para lo que habian de hacer, y ansí lo hicieron, llevando los arcabuceros cargados sus arcabuces y las mechas puestas en las serpentinas. El capitan Francisco de Caravajal mandó que fuese á correr el campo el capitan Martin de Almendras con otros escuderos, y allegaron muy junto de Diego Centeno, y como Caravajal supiese que sus corredores andaban ya en escaramuza con los enemigos, mandó á los atambores que tocasen armas, y puestos á punto de guerra él y los suyos, dejando recaudo en el bagax, movieron contra los enemigos. Diego Centeno habia ido á parar á unos edificios arruinados, ó caserones, que estan cuatro leguas de la provincia de Paria, y habia mandado que quedasen atrás en caballos ligeros algunos escuderos para ver si los enemigos venian siguiéndolos. Era este dia sábado, víspera de la gloriosísima Pascua de Resurreccion, el cual estas gentes tenian poco cuidado de ganar las indulugencias de las estaciones. Pues como los corredores de Caravajal allegasen á estar junto con los de Diego Centeno, parando allí, los otros prosiguiendo su camino alcanzaron á su capitan Centeno, al cual dijeron que caminase, porque los enemigos estaban ya junto á ellos; lo cual por él entendido comenzó de marchar para se retirar hácia el pueblo de Chayanta, adonde creyó que estaria su maestre de campo Lope de Mendoza, porqu' él le habia escrito con su mensagero que le envió, que lo hiciese ansí y que refinase cierta pólvora que llevaba, y entre la gente que llevaba Lope de Mendoza habia mucha della que se deseaba pasar á Caravajal, sabiendo cuán cerca dellos venia, y como se quisiesen huir un cuñado de Toro y otro soldado, sabido por Lope de Mendoza los mandó prender la noche antes, que era Viernes Santo, y sin dalles más tiempo de cuanto pudiesen confesar, les mandó dar garrote, y ansí murieron en aquella noche santísima. Lope de Mendoza envió á decir á Diego Centeno quél haria lo que le habia enviado á mandar, el cual en este tiempo se venia retirando y Caravajal siguiéndole.

CAPÍTULO CCII

Cómo el capitan Francisco de Caravajal iba dando alcances á Diego Centeno, el cual, por falta de su caballo estuvo en poco de ser preso, y de cómo lo fué Vidal, y de la crueldad que Caravajal con él usó.

Por la manera que habemos contado, Diego Centeno y los suyos salieron de Paria con muy gran trabajo porque aquella region es muy frigidísima, y más cuando el viento austro la sopla, y no llevaban otras camas que las lanzas y celadas, ni otro mantenimiento que un poco de maiz. Pues como ya supiesen que los enemigos estaban tan juntos á ellos, á toda priesa comenzaron á se retirar; Caravajal y los suyos tambien iban dando el alcance desproveidos de comida, que no llevaban sino algun maiz en las mochilas, y como el tirano en tanta manera desease haber á las manos al leal capitan Diego Centeno, rogaba á los suyos con sus palabras pausadas y llenas de grandes senten-

cias, que se diesen priesa para alcanzar aquéllos que ansí iban huyendo con tanta cobardia, y ellos, que no lo tenian *en* poca gana, respondian conforme á su voluntad y seguian con toda presteza á los enemigos hasta que ya llegaron á poder jugar los arcabuces de una parte y otra. Diego Centeno con algunos soldados valientes se quedó en la retaguarda haciendo rostro á los enemigos, los cuales unos y otros llegaron cerca de un puerto, despues de haber durado el alcance, sin parar, diez leguas, é yendo Pedro de Soria con algunos arcabuceros, pudo tomar la una parte de aquel puerto y tiraban los arcabuces muchas pelotas de la una á la otra parte, y como aquel dia hobiesen andado tanto, cansósele el caballo al capitan Diego Centeno de tal manera que por ninguna via lo podia alentar para que anduviese, lo cual visto por los enemigos bajaban creyendo que sin dificultad lo habrian en su poder; mas los suyos, viéndolo en tanto peligro acercáronse á él, poniéndose delante el tesorero Espinal, Pantoja, Cortaza y el Padre Domingo Ruiz y otros hasta ocho, los cuales hicieron rostro contra los enemigos y pudieron tanto que derribaron de los caballos á Pedro de Soria y á otro, y se los tomaron, y cabalgando Centeno en otro caballo fué caminando con los suyos, animándolos todo lo más quél podia, y habiéndose apeado un soldado valiente llamado Vidal, para tirar un tiro con su arcabuz á los enemigos, queriendo tornar á cobrar la cabalgadura para seguir á su capitan, fué por ellos preso sin lo poder guarecer los de su parte, y Caravajal daba priesa que siguiesen á los enemigos, y estaban tan cansados, ansí los que huian como los que los iban dando alcances, que no se podian mover ellos ni sus caballos. Centeno y los suyos, traspuesto aquel puerto comenzaron de caminar con toda la priesa que podian, los cuales, yendo desta suerte, Francisco de Zúñiga, natural de Talavera, hermano del capitan Diego Lopez de Zúñiga, feamente se huyó á Centeno y se fué á juntar con el tirano yendo á salir por la retaguarda de su real á tiempo que ya el sol declinaba y la noche hobo de despartir la contienda. Pues como Francisco de Zúñiga llegase por la retaguardia para se juntar con los enemigos y lo viesen venir para ello, no sabiendo que venia huyendo de su capitan, sino creyendo que venian á dar por las espaldas en ellos, diose con gran presteza al arma y Caravajal mostró sentirlo mucho, barruntando que habia alguna celada y que despues de estar tan cansados querian combatir con ellos; mas poco le duró esta congoja, porque Francisco de Zúñiga llegó y contó cómo de su voluntad se venia á juntar con ellos. Caminando Diego Centeno con sus compañeros á toda priesa anduvo hasta que la noche era ya escura y el frio hacia muy grande, y ellos todos iban cansados y fatigados, como el lector puede sentir, y aun con no poca gana de comer. Lope de Mendoza no habia querido llegar á Chayanta, antes aguardó á Centeno sin entrar en aquel pueblo, sabiendo ya cómo venia, el cual, como los suyos y él llevasen el andar que suelen los que huyen, allegó adonde estaba su maese de campo Lope de Mendoza y le dió cuenta del alcance tan largo que los enemigos le habian dado, y como fuesen tan cansados apeáronse allí y alentaron los caballos. Pues volviendo á Caravajal, como vido que la noche ya venia mandó al deligente capitan Alonso de Mendoza que fuese siguiendo el alcance á los enemigos todo lo que más pudiese, y como ya otras veces hemos dicho el odio que tenia este capitan Mendoza con Diego Centeno, por el alcance que le dió desde Porco hasta el Desaguadero, con voluntad los fué siguiendo muy gran trecho, y vuelto al campo, Caravajal habia mandado que parasen allí aquella noche, pues ya estaban tan cansados que los caballos ni ellos no se podian tener, lo cual fué hecho. La noche fué muy escura y tenebrosa y el furioso aire corria por todas partes con gran velocidad, cayendo de lo alto de las nubes no poco hielo y nieves; la gente no tenia otras camas que sus celadas y lanzas, y no cosa alguna para comer, de manera que se pasó una turbulenta y aflita noche. En tanta manera hacia frio que todos pensaron perecer, y el cruel sanguinario de Caravajal, queriendo ser enjemplo de toda maldad, teniendo ya en su pecho condepnado á muerte á Vidal, que es el que atras dijimos que se prendió, por dársela más terrible y con mayor tormento mandó que le atasen de pies y manos estando desnudo, sin tener vestido otra cosa que un delgado jubon y unas calzas, y despues de bien atado lo dejaron así estar. Pues como el frio fuese tancto fatigaba al pobre Vidal de tal manera que con grandes suplicaciones pedia la muerte, diciendo que la ternia por vida alegre si ejecutándola en él le librasen de tan gran tormento como tenia. Caravajal bien lo oia, mas riéndose le decia: *hijo, Vidal, ¿qué es eso? ¿cómo os va?* y otras chufetas, y el hombre atormentado jugaba con los dientes tan apriesa que era gran compasion de lo ver, y aunque quisiese revolver su cuerpo de una á otra parte no podia por estar tan fuertemente atado, y

viendo que Caravajal no le queria despenar de la pena que por ser leal padescia, por provocalle á ira y que encendiéndose en ella le mandase matar, decia que era un traidor, ladron, falso, mal cristiano; Caravajal de todo se reia, y viéndose desta suerte, cuentan que llamaba á un clérigo que cerca de allí estaba, rogándole por amor de Dios le quisiese absolver, porque no podia dejar de morir presto segun le fatigaba el frio; el buen clérigo respondia, segun dicen: *á otro perro con ese hueso*, *Vidal*, y otras bellaquerias; en fin, aquella noche se pasó como tengo dicho, y venido el dia se mostró muy claro, con que todos se holgaron segun salian fatigados de la noche tan trabajosa como habian llevado. Caravajal, luego que fué de dia claro mandó que comenzasen de caminar sin darse mucha priesa, porque queria en aquel dia recoger toda su gente, porque mucha della no habia podido llegar aquel lugar y el bagax quedaba muy atrás; y antes que de alli se partiese mando á Cantillana, su alguacil, que diese garrote á Vidal, el cual ya casi estaba defunto, y ansí fenesció como habemos relatado. Partido de alli Caravajal anduvo hasta que llegó aquella parte donde Centeno y Lope de Mendoza habian salido la noche antes.

CAPÍTULO CCIII

De cómo Diego Centeno, con parecer de los suyos, acordó de se ir al Cuzco por la via de Sacaca, y de cómo se le huyeron algunos, y de lo que Caravajal hizo.

En el capítulo precedente hemos hecho mincion de cómo despues de haberse juntado Diego Centeno con Lope de Mendoza, estuvieron un poco de tiempo dando aliento á los caballos, y despues que hobieron estado hasta dos horas, se fueron todos juntos hasta llegar al pueblo de Chayanta, y como les convenia brevemente determinar lo que por ellos seria hecho, pues el enemigo les venia á las espaldas, entraron en consulta Diego Centeno, Lope de Mendoza con los otros más principales que allí estaban, y trataron lo que les seria más acertado hacer y que sin menos peligro pudiesen salir con ello; al fin, despues de mucho altercado se resumieron en que seria cosa muy acertada y de grande ánimo hurtar el viento al enemigo y por el camino de Sacaca volver á Paria, desde donde á toda priesa podrian ir á meterse en la ciudad del Cuzco y la ocuparian y podrian engrosar su ejército para revolver en busca del enemigo, el cual ya él mismo se habria deshecho; y cierto, si á Centeno no le faltara la más de su gente, él emprendia grande hecho en lo que se habia determinado; mas luego otro dia que de allí se quisieron partir se huyeron Alonso Perez d'Esquibel, Martin de Lordieta, Diego de Medina, Mazuelo y otros más, y aunque éstos faltaron, Diego Centeno no dejó de proseguir su camino hácia Sacaca, repartimiento que es agora del capitan don Alonso de Montemayor, para desde allí revolver á Paria para ir al Cuzco; y porque los enemigos no hallasen mantenimiento mandó poner fuego á dos casas de maiz, y ansí fué todo quemado y comenzaron de caminar hácia Sacaca. Caravajal, despues que hobo dormido en aquella parte que hemos contado, luego otro día fué siguiendo al enemigo, y llegado á Chayanta dormió allí el primero día de Pascua, estando con cuidado de saber el camino que Centeno llevaba, porque de los que se le habian huido, unos le decian que se iba á meter en la espesura de los Andes; otros le afirmaban que habia determinado de revolver á la provincia de Paria, desde donde pensaba doblar las jornadas y andar hasta meterse en la gran ciudad del Cuzco, donde creia hallar aparejo para poder engrosar su ejército para tener potencia de le volver á buscar. Es cierto quél, capitan viejo y cursado en la guerra, temió Centeno no fuese al Cuzco, porque creyó que facilmente podria conseguir lo que quisiese y la guerra seria más larga y trabajosa; determinando de caminar en su alcance y seguirlo donde quiera que fuese, mandó á un Antonio Navarro, vecino que es agora de la ciudad de Nuestra Señora de la Paz, que se quedase para llevar la retaguarda y bagax, y con los capitanes y más gente á la ligera comenzaron de caminar, no llevando demasiadamente de comer. Diego Centeno, llegado que allegó al pueblo de Sacaca, poco tiempo estuvo en él, porque bien entendia con la presteza quel enemigo le seguia, y vido en los suyos flaqueza y que deseaban de quedarse, de lo cual no recibia poca pena, creyendo que por la falta de su gente y no de su ánimo no habia de poder ir al Cuzco. Saliendo de Sacaca comenzó á caminar la vuelta de Paria; Caravajal llegó allí otro dia y supo de soldados que halló de los que se le huyeron á Diego Centeno, cómo iba á salir á Paria, y sin estar mucho tiempo en Sacaca, con su presteza siguió su andar camino de Paria, y ansí anduvo hasta que venida la oscuridad de la noche privó la luz, y como ya fuese tan tarde mandó á todos los que con él allí estaban que se juntasen, los

cuales lo hicieron y Caravajal les dijo que mirasen lo mucho que habian trabajado hasta llegar aquel lugar, de lo cual él nunca tuvo menos confianza de caballeros tan valerosos y soldados tan esforzados como eran todos los que seguian sus banderas, y quel fin de la guerra sólo estaba en que se diesen priesa y allegasen á Paria, donde él sabia que sin mucha resistencia podrian haber á las manos á Diego Centeno, porque demás de ir huyendo como iba, todas las voluntades de los que le seguian no iban conformes, antes deseaban de se le quedar y pasarse á él; por tanto que convenia que de nuevo se esforzasen á no acordarse del cansancio que tenian y trabajos tan grandes que habian pasado, sino que era necesario del todo desbaratar á Centeno, prenderle ó matarle, porque no pueda ir al Cuzco ni á otra parte á dar lugar á movimientos y nuevos aparatos de guerra. Todos los que allí estaban le respondieron que en todo harian lo que por él les fuese mandado, y ansí prosiguieron su camino y anduvieron todo aquel dia hasta que vino la noche, la cual fué tan temerosa y fatigosa como la que tuvieron cuando Vidal fué muerto, y por no deshacer lo que pasaron aquellos temerarios, no quiero engrandecello con mi pluma, porque no podré, é iban con tanto hervor que no miraban en más de haber en sus manos al capitan Diego Centeno; yendo siempre al lado de Caravajal el capitan Alonso de Mendoza y Lope Martin, Juan Jullio de Hojeda, Per Alonso Carrasco, Escobedo, Pacheco, Lujan, Figueroa y otros, aquella noche tuvieron con Caravajal, que con ser varon en edad, pues pasaba de ochenta años, iba con gran denuedo y con más esfuerzo que los mancebos. Ya que queria amanescer sucedió una cosa muy de reir, y aunque es menuda la pondré, y es que yendo aquel tan cobarde y mal inclinado capitan Morales caminando, dió con su caballo en una pequeña ciénaga, que por estar el agua ó tremedal della lleno de hielo frigidísimo, é de yerbas, no pudo pasar sin caer, y ansí metiendo las manos el caballo dió con nuestro capitan en el agua, el cual, como venia fatigado del frio y allí no hobiese otro calor quel que echa de sí la nieve y el hielo, penetróle de tal manera que pensó morir, y siendo el arroyo ó ciénaga hondo, andaba á nado él y su caballo, diciendo á grandes voces: *¡San Telmo, San Telmo, ayudadme!* y como todos lo quisiesen mal por sus mañas, no le iban á socorrer; despues de haber estado en aquella tormenta sin ver la lumbre ó candela que los hombres marinos fingen, salió pidiendo fuego; mas el remedio que tuvo era meter las manos entre los bastos de la silla de su caballo. Pasado esto prosiguieron su camino siguiendo el alcance á Centeno, el cual ya habia andado tanto que llegó á Paria, y hallando allí unos mercaderes que traian cargas de frutas hechas de azucar, comieron á su placer, llevando para el camino. Salió de Paria luego, adonde se le quedaron Herrera, Giron, Villarroel y otros, los cuales son tantos que yo no los puedo nombrar; basta que de Chayanta á Paria se le huyeron más de cincuenta hombres. Desde Paria anduvo en un dia hasta llegar al pueblo de Siquisica, de donde fué en otro á Hayohayo, y no parando siempre; en este pueblo de Hayohayo supo Diego Centeno y los suyos, ciertamente, de un vizcaino llamado San Juan, la desastrosa muerte del visorrey, y de cómo fué vencido en el Quito; mas no embargante que esta nueva habia sido por ellos entendida, no se habia creido enteramente, pensando que con industria los enemigos la habian echado para ponelles temor; y dado maiz á los caballos se partieron deste pueblo muy tristes por saber aquella nueva, la cual puso tanto desmayo en la gente de Diego Centeno, que desde este pueblo á la salida de Calamarca se huyeron más de ochenta hombres. Pues volvamos á Caravajal, el cual allegó á Paria á tiempo que Diego Centeno estaba no dos leguas cabales della, y aunque Caravajal supo esto de los que allí halló, venian los suyos tan fatigados y quebrantados que por ninguna manera se podian tener, como aquellos que habian andado entre noche y dia diez y siete leguas sin comer si no era algun poco de maiz; los caballos y mulas estaban tan lasos y trasijados que no se podian tener en sus pies, de manera que si Centeno y los suyos se hobieran puesto en alguna emboscada, pudieran hacer harto daño á Caravajal, y aun póngolo en extremo que de todo punto lo desbarataran; mas pocas veces los que huyen tienen consejo saludable para hacer los hechos de la guerra. Caravajal mucho le pesó porque no pudo llegar á tiempo que Centeno no hobiera salido de Paria; bien mostraba en su rostro esta pasion, y por venir tan fatigados los soldados le fué, aunque contra su voluntad, forzado parar un dia y una noche, y habiendo dejado el fardax, todos no traian si no eran las cotas y lanzas y más armas con que habian de pelear, y en Paria no hallaron cosa alguna que comer, y para illo á buscar á los pueblos de los indios no tenian lugar, y ansí no comieron si no era algunas yerbas é raices de papa silvestres ó montesas, y otro dia por

la mañana siguieron el alcance saliendo de Paria, aunque no con tanta presteza como habian hecho hasta allí; la causa era que como los caballos no comian ni reposaban, iban tan cansados y fatigados que no los podian llevar; en fin, como mejor pudieron anduvieron hasta pasado Caracollo, donde encontraron con unos mercaderes, los cuales los aliviaron, por traer cosas que comer, y supieron dellos cómo Diego Centeno iba delante de allí caminando con gran presteza. Oido por Caravajal dió priesa á que con diligencia caminasen; yendo con toda la que ellos más podian, encontraron otro día con un soldado llamado Zamudio, y éste traia mucho maiz, que gran alivio fué, porque los caballos comieron dél, haciendo lo mismo los españoles. Enviando corredores adelante allegaron al pueblo de Hayohayo, adonde prendieron siete de los que se habian huido á Centeno, y llegando desde á poco Caravajal los mandó á todos ahorcar, y entrellos estaba uno que por nombre habia Domingo Diaz, que habia sido criado del mismo Caravajal y le habia servido mucho tiempo, y con grandes suplicaciones pedia le otorgase la vida, pues para ello tenia razon tan justa por le haber servido tantos años. Caravajal, riéndose, le tomó la mano y le dijo: *mi hijo, para estos diez mandamientos que si como sois siete fuérades siete mil, que á todos ahorcara sin perdonar á ninguno;* y ansí murieron sin confision, diciendo el uno dellos que ninguna cosa se le daba porque le matasen, que en el cielo via una estrella que venia por él. De Hayohayo anduvo Caravajal y anduvo hasta que llegó á Viacha, adonde se juntó con él Francisco de Retamoso, y por intercision del capitan Alonso de Mendoza fué bien recibido y perdonado, y muchos de los que se habian huido á Diego Centeno se iban á los montes á esconder de la furia de la guerra.

CAPÍTULO CCIV

De cómo Diego Centeno pasó el Desaguadero, adonde se le huyeron Segura y Tapia, y de cómo envió á Rivadeneira á la costa á que tomase un navio, y siempre Caravajal le iba siguiendo.

No reposaba más tiempo el capitan Diego Centeno y los que le seguian de cuanto daban un poco de maiz á los caballos, y ansí con toda presteza iban huyendo por no caer en las manos de su cruel enemigo, y como comian poco y dormian menos iban trasfigurados y tan llenos de fatiga y cansados que gran compasion era verlos ir como iban; mas la crueldad de la guerra civil desta manera se usa. Pues yendo de la suerte que habemos dicho allegó á la laguna de Titicaca; pasando el Desaguadero se halló con muy poca gente, porque ya se le habian huido y quedado *casi* todos; pasada la puente mandó luego cortarla; en este lugar se le huyeron, segun dicen, Hernan Nuñez de Segura, sargento mayor suyo, y Francisco de Tapia, alguacil mayor. Por la quedada destos mostró sentimiento Diego Centeno, diciendo que lo habian hecho mal, pues eran vecinos de la villa de Plata; y en este lugar halló ciertas cartas que enviaba Pedro de Fuentes á Francisco de Caravajal, y en la una daba á entender cómo estaba un navio en el puerto de Arequipa cargado de mercaderias para ir á Chile. Pues como fué esto sabido por Diego Centeno, entraron en consulta él y Lope de Mendoza y el capitan Luis de Rivera y otros de los más principales que allí iban, sobre que seria cosa muy acertada y provechosa para todos enviar alguna persona de confianza acompañado de la gente que bastase para que fuese á la marétima costa á tomar la nave que allí estaba, para que en ella se pudiesen guarecer y salirse del reino é irse adonde viesen que habia voz del rey, y ansí se determinó por todos quel capitan Diego de Rivadeneira con catorce arcabuceros fuese á la costa á lo que decimos, mandándole que procurase de ocupar la nao que estaba en aquel puerto y tenella fielmente hasta que llegasen aquella parte, para poder todos salir del reino; Rivadeneira lo hizo como le fué mandado. Caravajal no venia con reposo, antes caminaba con gran furia y allegó al Desaguadero, hallando cortada la puente, que es hecha de grandes haces de junco; fuéle forzado aguardar hasta que se tornó á hacer por los indios comarcanos. Yendo, pues, Diego Centeno caminando, supo cómo el capitan don Martin estaba por mandado de Alonso de Toro en la provincia de Chucuito, la cual nueva turbó mucho á todos; mas como hobiese grande amistad entre Lope de Mendoza y él, hablóle Diego Centeno sobre que mirando el tiempo cuán calamitoso era para todos, convenia con industria darse maña para salir del reino libremente sin que los tiranos con su crueldad los matasen á todos, lo cual podrian hacer derramando nueva que aunque por ser incierta les era feo, mas que á lo menos siéndoles provechosa no habia para qué parar en ello, afirmándolo con grandes juramentos y mostrando alegre semblante de manera que creyéndolo don Martin osase escrebirlo al Cuzco, se debria adelantar y hacer entender

á don Martin cómo se habian afrontado con el capitan Francisco de Caravajal y lo habian muerto, vencido y desbaratado de todo punto, y que volvian á hacer lo mismo de Toro y apoderarse en la ciudad del Cuzco, creyendo que con aquella nueva habria tanto alboroto que, ó Alonso de Toro alzaria bandera por el rey ó que seria muerto por alguno de los de la ciudad; é que ya que esto no fuese, á lo menos el alboroto seria tan grande que no ternian lugar de salir del Cuzco hácia Arequipa á los fatigar ni dar guerra; y ansí Lope de Mendoza se adelantó y anduvo hasta llegar á donde don Martin de Guzman estaba, y con tan grande simulacion le contó é hizo entender lo que arriba hemos recitado, que sin poner dubda en ello lo creyó y á gran priesa despachó luego un mensajero á la ciudad del Cuzco á dar cuenta dello á Toro, y sucedió en ella grande alboroto y hobo en ella algunas muertes, como luego diremos. Pues como Lope de Mendoza hobo estado algun tanto con don Martin, se apartó dél en tiempo que ya por la posta habia caminado gran trecho la fingida nueva, y dicen que al tiempo que se iba contó á don Martin la verdad de lo que les habia sucedido, y que le dijo que aunque cayese en manos de Caravajal, jamás hablaria palabra ni ternia temor á la muerte para decir dichos por donde se entendiesen que habian triunfado dél, é que dicho esto pasó adelante, tornando don Martin á escrebir á Toro lo cierto que habia pasado, y cómo Francisco de Caravajal era el vencedor y Diego Centeno el vencido; y llegado, pues, Diego Centeno á Chucuito, pasó adelante y metiéndose por el despoblado, con no poco frio y hambre caminó la vuelta de la ciudad de Arequipa. Caravajal, que le venia siguiendo, allegó á Chucuito á cabo de dos dias, de donde con mayor presteza y celeridad pasó adelante siguiendo á los que iban huyendo.

CAPÍTULO CCV

De cómo allegó á la ciudad del Cuzco la nueva falsa de ser Caravajal desbaratado, y del gran alboroto que hobo, y de cómo Alonso de Toro hizo justicia de algunos que se amotinaron.

Habia el capitan Alonso del Toro mandado á don Martin de Guzman que estuviese en la provincia de Collao para no consentir que se hiciese ningun agravio á los bárbaros, y tambien para que siempre le enviase nueva del suceso de Caravajal, avisándole el suceso que tenia la guerra. Centeno, pues, habiendo, como dijimos en el capitulo pasado, por lo que le dijo Lope de Mendoza, escrito desde Chucuito lo que ya receptamos, la nueva de lo cual con gran presteza por las postas fué llevada á la ciudad del Cuzco, y subcedió que antes de allegar á ella la oyeron Villacastin y Martin de Salas y entraron con la nueva en el Cuzco á la segunda vigilia de la noche; yéndose derechos á las casas del capitan Alonso de Toro le contaron lo que se decia, afirmando la nueva ser cierta, sin saber ellos más de lo que en la carta se contenia; puso muy gran alboroto saberse esto. Toro muy grandemente se entristeció, no tanto por la fama que venia *de* Caravajal y su campo haber sido desbaratado, cuanto por ser Centeno el vencedor, con quien tenia grande odio, entendiendo que Diego Centeno, acordándose de la guerra pasada y de los alcances que le habia dado hasta encerrallo en la provincia de Casavindo, querria tener con él ninguna amistad; antes por todas las vias que pudiese procuraria de vengar aquella injuria, y ansí Toro, fatigado su ánimo con pensamientos que congojaban el espíritu interior, no sabia qué se hacer, porque ponerse en armas para Centeno no se hallaba poderoso para ello; querer alzar bandera en nombre del rey, temia la ira del mismo Centeno, paresciéndole que por engrandecer sus hechos no aprobaria el tal alzamiento; llamando á Luis García Samamés y á Tomás Vazquez les mostró la carta. Por toda la ciudad andaba un remor, aunque con silencio, que contaban unos á otros por él la nueva que habia venido, holgándose de que hobiese mudanza, porque, habiéndola, los soldados enriquecen. Alonso de Toro envió á llamar á Diego de Silva, con el quél tenia muy grande amistad, el cual, como allegase adonde él estaba, vídolo estar muy triste pensativo; sabido el caso, acordóse por los que allí se juntaron, despues de haber tenido sus práticas, que seria bien desamparar la ciudad é irse á la ciudad de Los Reyes, adonde ya seria venido á quien ellos llamaban gobernador, el cual ordenaria lo que más conviniese. Determinado, pues, esto, el capitan Alonso de Toro mandó que saliesen luego en aquella hora su mujer y otras dueñas como mejor pudiesen hácia la puente de Apurima. Luego por la mañana se divulgó más por entero la nueva, creyendo que Diego Centeno estaria cerca de Urcos con sus banderas vencedoras, y ansí, despues de haber oido misa salieron Alonso de Toro, Tomás Vazquez, Diego de Silva, Villacastin, Luis Garcia Samamés con otros muchos, camino de la puente de Apu-

rima, para desde alli irse á la ciudad de Los Reyes, y habia muy grande alboroto en el Cuzco, y no hobieron salido Toro y los demas dél, cuando los que quedaban comenzaban de robar y saquear hasta dejar las casas yermas, y queriendo complir una dueña el refran del pueblo de *á rio vuelto*, entró en las casas de Alonso de Toro, y viendo en una cuadra della una caja con tres cerraduras, creyendo que estaba en ella el oro del rey, y que de aquella vez quedara rica aunque fuera á costa de su conciencia, hízola cargar á ciertos indios, y llevada á una secreta parte la decerrajó, mas no halló otra cosa que papeles de las cosas privadas que pasaban en el Ayuntamiento ó cabildo, y estaban alli guardadas por hombres fieles y la tenian por su archivo [1], y ella, dejándose de mirar lo que era, rompió muchas de aquellas escrituras. Luego que salió Alonso de Toro, dos vecinos del Cuzco, sin más pensar ni mirar, llamados Martin de Salas y Bautista, tomaron varas de justicia, con las cuales, llamándose alcaldes, salieron por la ciudad publicando con sus palabras que Toro y los que con él iban eran traidores, y otros dichos que para sus vidas les fuera mejor no hablallos. Alonso de Toro iba caminando la vuelta del rio de Apurima, y en esto llegó la segunda nueva y la cierta, enviada tambien por don Martin, que recontaba lo que habia pasado, y cómo Centeno iba huyendo desbaratado de todo punto hácia la costa de Arequipa á ver si hallaria en ella alguna nave para salirse del reino. Como con aquesta nueva tornó haber mudanza y otro nuevo alboroto, y aquellos que mal habian tratado de las cosas de Toro les pesaba porque tan aceleradamente se habian mostrado sus enemigos, y aunque le fué luego aviso de la segunda nueva, no la creyó, temiendo no fuese industria del enemigo y hobiese mandado por fuerza á don Martin que la escribiese. Mas como la verdad no se pueda encobrir aunque algo se dilate, ciertamente lo entendió Toro y supo pasar ansí, por lo cual, vuelto al Cuzco, se reian muy de gana de la tormenta pasada, y prendió á Salas, y á Bautista, y á Sotomayor; teniendo grande enojo por lo que habian hecho los mandó luego ahorcar, y á otro Hernando Diaz mandó cortar una mano, y en otros algunos hizo castigos sin dalles muertes. Despues desto pasado, apaciguó la alteracion quel pueblo habia tenido, volviendo á meterse en la caja el oro del rey que entre todos habian llevado porque Centeno no lo gastase. Mucho de lo que se robó se perdió. Despues de pasado lo que habemos relatado, Alonso de Toro escribió sus cartas á Gonzalo Pizarro dándole cuenta de todo lo que pasaba y de cómo Diego Centeno se habia ido hácia el pueblo de Arequipa. Diremos agora en lo que paró Diego Centeno.

[1] En el ms., *arquibro*.

CAPÍTULO CCVI

De cómo el capitan Diego Centeno anduvo hasta que llegó al puerto de Arica, y no hallando la nave se metió en lo más escondido que pudo, y los suyos se fueron á los montes, y Diego de Rivadeneira salió en el navio del reino.

Ya contamos en los capítulos pasados cómo el capitan Diego Centeno con su gente anduvo hasta llegar al pueblo de Chucuito y lo que antes desto habia pasado entre Lope de Mendoza y don Martin de Guzman, y cómo Diego Centeno con toda la presteza que pudo salió de allí é iba caminando por el despoblado hácia la ciudad de Arequipa y en el camino se le huyeron algunos soldados, y entre todos los que le quedaban andaba una prática que seria muy provechoso para todos irse cada uno por su parte á meterse en los montes para guarecer las vidas y no caer en manos de tan cruel enemigo como era Caravajal. Diego Centeno, inorando lo que por todos se acordaba, habló al padre Domingo Ruiz, á Juan Ortiz de Zárate, y á Martin de Arbieto y á otros soldados, á los cuales rogó que hablasen á los demás para que no quisiesen hacer cosa fea en tiempo de tanta nescesidad, pues tenian el remedio en la mano, que era metiéndose en la nave que hallarian, salirse de todo el reino. Hablándose, pues, unos á otros, entendieron de proseguir su camino sin otros pensamientos, y tanto anduvieron que llegaron cerca de Arequipa, adonde entendido por Pedro de Fuentes, teniente en aquella ciudad por Gonzalo Pizarro, acompañado de todos los más de los vecinos la desamparó y se fueron huyendo. Diego Centeno fué caminando hácia el puerto de Quilca, adonde habia mandado á Rivadeneira que viniese con el navio, y en el camino le alcanzaron Hernando de Silva y Gomez de Leon, que venian á le hablar de parte del capitan Pedro de Fuentes para que no quisiesen salirse del reino, porqu' él se obligaba de alcanzarles perdon de Gonzalo Pizarro y tener en su poder á Diego Centeno en parte secreta que por ninguno fuese visto todo el tiempo que quisiese. Diego Centeno respondió que no volveria atrás, ni estaria

en la fee de Fuentes, pues los que siguen á tiranos siempre tuvieron en poco sus palabras, y ansí, yendo por su camino allegaron al puerto de Quilca, adonde como no hallasen la nave, fué grande la tribulacion que sintieron, y la causa de no la hallar fué que partiéndose el capitan Rivadeneira de Diego Centeno, anduvo hasta que llegó al puerto que llaman de Chule, donde creyó hallar los navios, porque ansí lo habian dicho, y visto no estar allí se congojaron viendo que no tenian otro siguro de aquello que pensaban, y que solamente eran trece, porque ya se habian huido dos, y estando ansí penados inquirieron de los naturales de aquellos valles dónde estaban las naos, y ellos les dijeron que si anduviesen mucho, que las hallarian en el puerto de Arica, qu' es más adelante hácia Chile. Pues como aquello oyó Rivadeneira dióse toda priesa andar hasta que llegó Arica, donde estaban dos navios, el uno varado en tierra y el otro en el agua, y tenido nueva cómo venia gente para ellos, sin saber si eran de Caravajal ó de Centeno, se hicieron á lo largo, y como llegase Rivadeneira entraron en la barca para lo ir á tomar, la cual se fué luego al hondo, y no teniendo remedio se pusieron á todo peligro para tomar el navio, y ansí adobando la barca como mejor pudieron, en ella y en una balsa que era hecha de un cuero de lobo marino entraron algunos soldados, los cuales pudieron allegar al navio, donde dijeron á los que dentro estaban cómo Caravajal era muerto y Diego Centeno estaba en la playa; que llegase allá el navio, porque tenia necesidad dél. Creyéndose de sus dichos, el patron con la más gente que dentro estaba se vinieron á tierra, y ansí pudo Rivadeneira tomalles el navio, y aunque luego se partió para ir al puerto de Quilca, no allegó á tiempo porque Centeno y los suyos se habian escondido no hallando qué. Viendo, pues, Diego Centeno que no tenian remedio debajo del cielo si no era meterse en los montes entre los bárbaros y procurar su favor para que mediante Dios pudiesen sustentar las vidas, con muy gran pena y fatiga, estando juntos todos sus compañeros, que aun serian cuarenta, les dijo: bien habeis visto cuán cruelmente nos ha la fortuna perseguido, pues por la voluntad de Dios, meresciéndolo nuestros grandes pecados, ha querido que todo el reino del Perú tenga la voz y apellido de Pizarro, y que á ninguna provincia podemos ir que hallemos favor, pues ya todos no entienden sino en serville, y han muerto al visorrey y hecho otras crueldades que no sabemos; pensé que halláramos aquí el navio que vino á tomar Rivadeneira: veis cómo el navio ni él no parece; querello aguardar no es tiempo, porque Caravajal ya sabeis la presteza con que camina, el cual, segun razon, no está muy lejos de aquí; por tanto, Dios sabe lo que yo siento que nos hayamos de dividir; mas para sustentar las vidas conviene que busquemos el final remedio, y el cual, pues la calamidad en que estamos es grande, yo no veo otro sino que de en dos en dos ó tres en tres nos escondamos en los montes entre los indios, hasta que por alguna via entendamos lo quel rey provee en esta tierra; y yo, compañeros, os ruego con toda voluntad querais hacerlo así, y no acudir al tirano, porque será afear los buenos hechos pasados; una cosa os prometo, que cuando conviniere é yo vea que es tiempo, saldré á juntarme con vosotros para que con ayuda de Dios podamos hacer algun buen hecho; y diciendo estas palabras y otras de muy gran lástima, tanto entristecieron que derramaron muchas lágrimas viendo que ansí se habian de dividir, y ansí luego aquella leal compaña se partieron en esta manera: el capitan Lope de Mendoza, Luis Perdomo y otros se fueron para se meter en los montes hácia Pocona; Diego Centeno, Luis de Rivera tomaron otro camino á esconderse en la cueva ó valle cerca de Arequipa, donde muchos dias estuvieron; Luis de Leon, Alonso Perez de Castillejo con otros, tiraron hácia Goamanga; hácia otra parte fueron Juan Ortiz de Zárate, el padre Domingo Ruiz, Juanes de Cortaza; en conclusion todos hicieron lo mismo, holgando de meterse en los montes y tener compañia con las fieras, que no ser traidores á su rey pasándose á los tiranos. Dende á pocos dias que esto pasó, el capitan Francisco de Caravajal con los suyos venia á grandísima priesa, el cual, como llegase al puerto de Quilca halló que ya se habian escondido Diego Centeno y sus compañeros; por ello mostró recebir pena, viendo que ansí se le habian escapado, porque quisiera que allí hobiera hecho la guerra fin.

CAPÍTULO CCVII

De cómo el capitan Diego de Rivadeneira allegó al puerto de Quilca, y de cómo fué aportar á la Nueva España y en el camino vido una isla grandísima.

Contar quiero agora lo que le sucedió á Diego de Rivadeneira despues que tomó la nave, hasta que con ella allegó al gran reino de la Nueva España, y holgara tener relacion cierta para poder decir en los grados que está

una isla de admirable grandeza que por él y los que ban en su nave fué vista; como no llevase patron ó pilocto que bien entendiese la navegacion, no dan más relacion de la que vieron con los ojos. Noticia muy grande se tiene entre los bárbaros moradores de los valles que están entre los arenales confinantes á la mar austral, que hay muy grandes islas pobladas de gentes ricas y abastadas de muchos metales de oro y plata, y bien proveidas de arboledas frutíferas y de otros muchos mantenimientos, y aun afirman que en grandes piraguas ó canoas venian á la tierra firme á sus contrataciones trayendo gran cantidad de oro, y algunos españoles de nuestra nacion dicen que en Acari, que es un valle destos que digo, se vido un gran pedazo de una destas canoas ó piraguas, por donde se verifica ser verdad lo que apregona esta fama. Y realmente hay islas grandes y muy ricas, las cuales se hobieran ya descubierto si las guerras ceviles con su crueldad hobieran dado lugar, especialmente las que están enfrente de Acari. Creer lo que dicen, que estando dentro en el golfo puedan venir á la tierra firme en canoas, no nos hemos de espantar, pues antes que este imperio fuese ocupado y ganado por los españoles, de la isla Española venian destas canoas á la isla de Cuba, y aun algunas allegaron á la tierra firme del Oceano ó mar del Norte, y agora ninguna nave navega por aquella parte que no corre tormenta, con la cual muchos navios son sorbidos y anegados; quiere Dios que se usen las cosas menores hasta que haya otras mayores, y es servido de en todo mostrar su gran poder; no embargante que estas islas se cree que estan bien adentro en el mar, no hay duda sino que si buenos piloctos las fuesen á buscar, que las toparian. Y volviendo á nuestro cuento, para tratar de la que fué descubierta por Rivadeneira, entenderá el lector que despues que hobo en su poder la nave, metiendo en ella alguna agua con el más mantenimiento que pudieron, se hicieron á lo largo y comenzaron de caminar hasta que llegaron al puerto de Quilca al tiempo que en él estaba Francisco de Caravajal. Pues como antes habian tratado entre Diego Centeno y Rivadeneira que viniese aquel puerto para que se pudiesen meter en el navio, y ansí como Rivadeneira vido la gente mando á unos marineros y soldados que entrados en la barca de la nave fuesen hácia la costa y mirasen qué gente era la que en ella estaban, y si fuese Diego Centeno, que lo metiesen en la barca. Caravajal, como ya tuviese nueva de la tomada del navio por Rivadeneira, y aun supiese el concierto que entre él y Diego Centeno se habia hecho, mandó poner ciertas balsas en una caleta para que haciendo desde afuera seña como que eran los que aguardaban la nave, pudiesen llegar á la barca y tomalla con las balsas; mas como los que en ella iban fuesen con sóspecha, pudieron muy bien reconoscer que eran sus enemigos los que alli estaban, y ansí dieron luego la vuelta á la nave. Visto por Rivadeneira que Diego Centeno no estaba en aquel lugar, acordó de salir dél con su nao, é ya que lo hacian vieron venir una balsa, la cual traian unos indios, y sacando dos cartas las dieron á Rivadeneira: la una era de Caravajal, en la cual decia que saliesen en tierra, que seguramente lo podian hacer porqu' él les daba su fee y palabra que no recibirian ningun daño ni agravio, antes les haria buen tratamiento; la otra era de Dionisio de Bobadilla, su maese de campo, el cual les persuadia que hiciesen lo que Caravajal les habia escrito, y que en él ternian buén tercero. Rivadeneira tuvo por mejor y más seguro irse en la nave, que no meterse en las manos de Caravajal, y volvió la balsa sin llevar respuesta ninguna, y luego prosiguieron su viaje encaminados á la Nueva España, sin llevar carta de marear, y anduvieron por la mar veinte y cinco dias con harto trabajo por la falta de los marineros, y á cabo deste tiempo se vieron cerca de tierra, de que todos se alteraron temiendo de no caer en las manos de los Pizarros, que ya sabian que eran señores ansí de la mar como de la tierra. Rivadeneira quiso matar al pilocto creyendo que industriosamente habia querido llegar el navio á la tierra, y él se excusaba diciendo que no llevaba carta ni aguja, sin lo cual no era muy cursado en aquella navegacion, cuanto más que les era muy provechoso ver y conoscer en qué paraje estaban para desde allí seguir su derrota adonde habian de ir, y unos decian que era la tierra que vian la Puna y otro que era Túmbez. La verdad es quellos estarian enfrente del valle de Pacasmayo, el cual está entre las ciudades de Trujillo y San Miguel la mar adentro, por parte que no habian andado ninguna nave, no embargante que yo he oido decir que en la provincia de Nicaragua se tuvo noticia destas islas, y aunque se hicieron armadas para las ir á buscar, y que nunca toparon con ellas. Volviendo á nuestro cuento, dicen los que iban con Rivadeneira que vieron aquella tierra, la cual, creyendo ser tierra firme, fueron de largo della navegando cuatro dias, y que al otro pasaron por ella y la vieron quedar por popa de la nave, la cual siempre les parescia que la

cubria una niebla y que entraban en ella muchas ensenadas, y aun que junto á la costa se vian grandes montañas, y dicen algunos que vieron humos y otros que no. En fin, ella tiene de largo mucho término, á lo que dicen, por donde segun razon terná de bojo mucho más, por donde yo creo que ella debe ser poblada y aun abastada de lo nescesario y no poco rica. Pues como los que iban en la nave pasasen por ella desta manera, conociendo ser isla y no tierra firme quisieron revolver á ella, y por ser el tiempo recio no pudieron hacerlo. Cerca desta isla dicen que vieron otras doce ó trece pequeñas, de grandes rocas, y como llevasen muy poca agua, conociendo no estar tan cerca de Nicaragua como antes creian, allegaron á una de aquellas islas y partiéronse por muchas partes á buscar agua; temiéndose unos de otros no los quisiesen dejar allí, sin mucho tiempo la buscar se volvieron á juntar todos en la costa, y metidos en la nave fueron su camino muy tristes por llevar falta de agua y de bastimento. En esta isla que saltaron hallaron grandísima cantidad de lobos marinos, hicoteas, iguanas y gran número de pájaros; dicen que ternia nueve ó diez leguas de bojo, por donde me parece que si buscaran con reposo agua, que la hallaran, y de lo que hallaron metieron en la nao lo que pudieron y comenzaron su camino, parresciéndoles á todos que sin la isla grande habia otras no pequeñas y dispuestas y aparejadas para estar pobladas. Destas islas caminaron hasta que reconocieron los volcanes de Soconusco, pasando muy grandísima nescesidad porque les faltó el mantenimiento y vinieron á tanto extremo que para veinte y dos personas que iban en la nave se vieron con poco más de una arroba de agua, y esto en tiempo que no vian otra cosa que las ondas que del mar se hacen, y no certenidad cuánto de allí estaria algun puerto. Pasando su naufragio pidiendo á Dios misericordia, les pasó una nube por encima del navio, de la cual cayó tanta agua que pudieron coger más de veinte arrobas della, con que no poco se consolaron; de espuelas que llevaban hicieron fizgas con que mataban tiburones y otros pescados que comian, y echándose un mancebo á la mar á tomar una gran tortuga que cerca del navio vieron, se quedó por popa, porque refrescando el viento anduvo tanto que no tuvo el pobre mozo lugar de meterse en él, y ansí deseando tomar la tortuga para comer, fué él comido della y de otros pescados. Pasando más adelante tuvieron tan gran tormenta que pensaron ser anegados y les faltó de todo punto el agua y estuvieron sin beber cuatro dias, é ya que no esperaban sino la muerte, vieron los volcanes de Soconusco y allegaron á una costa muy brava donde no podian tomar tierra por no conocer los puertos, y dejaban andar la nave costa abajo ó costa arriba por donde el viento la queria llevar. Andando desta manera allegaron á un paraje de un rio, del cual pudieron tomar alguna agua con que anduvieron buscando puerto hasta que llegaron al que llaman Destapa, pasando primero muchos trabajos y fatigas, y entrados por aquel puerto dieron en un bajo del cual Dios los libró, y entrados por la barra del puerto fueron á dar al rio. Salidos en tierra, dando gracias á Dios por los haber librado de tan gran tormenta, se partieron á la ciudad de Santiago de Guatimala, desde donde se envió avisó al visorrey de la Nueva España don Antonio de Mendoza de todo lo que pasaba en el Perú, y lo mismo hicieron al presidente Maldonado y á los Oidores que residen en los Confines. Todas aquellas provincias estaban espantadas en oir tan grandes guerras como habia en el Perú, y algunos les pesaba poco, antes se holgaban porque Pizarro se hobiese puesto en aquello que andaba, porque las leyes no fuesen executadas, pues si lo eran en el Perú no podian dejar de serlo en la Nueva España y en las más provincias de todo el imperio de Indias.

CAPÍTULO CCVIII

De las cosas que más sucedieron al capitan Francisco de Mendoza, y de cómo tuvo noticia de que delante haber españoles, y descubrió el gran y muy nombrado rio de la Plata.

Porqu' el discurso de nuestra historia quiere ya tratar del recuentro que hobo en Pocona, y de la manera que se juntaron con Lope de Mendoza Niculás de Heredia y los que con él salieron de la entrada, conviene para la claridad dello que demos noticia al lector *de* lo que pasó entre los capitanes hasta venir á este tiempo; é ya se acordará cómo en lo de atrás hecimos mincion de la manera con que Felipe Gutierrez fué por Francisco de Mendoza preso, y de cómo vino con Juan Garcia Niculás de Heredia, y de cómo le fué forzado obedescer á Francisco de Mendoza, el cual para estar más seguro dél, hizo que partiese la hostia, y fueron descubriendo por aquella parte que contamos, y de cómo pasando esto, dejando en guardia el real á Niculás de Heredia, se partió con alguna

gente suelta para ver si hácia la parte donde sale el sol habia algun poblado. Yendo, pues, descubriendo Francisco de Mendoza con hasta setenta españoles, anduvo más de sesenta leguas, en las cuales habia muy pocos indios y la tierra era semejable á la que habia pasado; al cabo deste tiempo les pareció de mejor despusicion y más fructífera y aun más poblada, y muchas ovejas y gallinas. Los bárbaros, espantados de ver á los españoles, no embargante habia muchos dias que tenian dellos noticias; mas como viesen la grandeza de los caballos y la velocidad y ligereza con que corrian, estaban mirándolos como cosa divina, y aunque como viesen ser tan pocos, apellidándose [1] todos los más que se pudieron juntar, salieron á ellos dándoles muchos recuentros é gritas, mas siempre llevaban lo peor y eran maltratados por los españoles y muertos no pocos dellos, y habiendo salido veinte españoles á recoger bastimento y algun ganado de las ovejas, llevando muchos caballos para traer cargados con el maiz, dieron los indios en ellos una noche con mucha grita, los cuales, poniéndose en órden de pelear salieron á ellos, y no embargante que lo hiciesen valientemente, los indios hirieron y mataron veinte y tres caballos, y sucedió que como fuese de noche, Diego Alvarez, descargando un golpe con su espada, creyendo que daba en algunos de los indios, acertó á un español llamado Grabiel Sanchez, de la cual herida murió. Pasado esto, como mejor pudieron dieron la vuelta al real, adonde juntos todos tuvieron otros recuentros con los indios, y gritas, todas las cuales eran de noche, porque de dia los cobardes no tenian ánimo para acometer á los españoles, y teniendo por aquella parte donde andaban descubriendo asentado su real y cercado de palizada, dando los bárbaros en él de noche, se vieron en algun aprieto, porque poniendo fuego se quemó toda la madera y á la revuelta fueron con las flechas muertos algunos caballos y no ningun cristiano porque Dios era con ellos y los guardaba. Pasado esto estaban más sobre aviso, embarrando las palizadas porqu' el fuego no les pudiese quemar la madera con que estaba armada. Tomaron los españoles algunos indios de aquellas provincias y con las lenguas les preguntaban si tenian alguna creencia, ó si conoscian que habia Dios hacedor de las cosas criadas; respondieron que ellos tenian por dioses de su patria y muy propincos á sí al Sol y á la Luna: lo uno, por ver la resplandeciente claridad con que dan lumbre al mundo; lo otro, porque ven el provecho tan grande que les resulta de aquellas dos lumbres, pues mediante ellas la tierra produce con que puedan los moradores ser sustentados, y que los tenian por hacedores de todas las cosas humanas, y que por eso tienen por costumbre de dar de noche las batallas, porque la Luna sea con ellos y en su favor. Hablan con el demonio, y mediante sus dichos perniciosos é illusiones hacen vanos sacrificios y grandes hechicerias, y le reverencian y acatan como las demás provincias de Indias. Las casas dicen los que salieron de la entrada que cavaban en tierra hasta que ahondando en ella quedaban dos paredes; poniendo la madera armaban sus casas, cobijándolas de paja á manera de chozas. Tienen estos indios muchos mantenimientos y grandes manadas de ovejas, y muchas gallinas, frisoles y otras comidas; pocas frutas, y la tierra es llana y de pocas sierras. Es gente de poco lustre, barbados; pónense cuando pelean en órden, forman escuadron peleando, siempre delante los capitanes. De verano traen unas camisetas no muy largas, y de invierno mantas complidas de lana basta; las mujeres tambien andan vestidas desta ropa; es gente de poca vergüenza y de no ninguna verdad, ni que saben qué es honra. Para entrellos. algunas costumbres tienen buenas; creian estar los españoles adornados de alguna deidad. Llevaba Francisco de Mendoza noticia de gran riqueza á la parte donde el sol nace; mas como todas las más veces que salen á estos descubrimientos sean las noticias que la fama y los indios apregonan falsas, y se conviertan en aire, ansí Francisco de Mendoza cuando más cierta creyó que tenia la noticia, le faltó de tal manera que no llevaba otra que la que descubriese él y los suyos. El cual, yendo por aquella derrota acordó de volver á descubrir hácia el Sur, teniendo noticia cómo Niculás de Heredia y su maese de campo les venia siguiendo. Pues yendo descubriendo todavia hácia el oriente, allegó á un pueblo llamado Talamochica, adonde de los moradores dél fué avisado que si caminaba por el camino y derrota que llevaba, allegarian á parte donde toparian con cristianos como ellos, y muchos caballos semejables á los suyos. Entendido esto por el capitan Francisco de Mendoza, *en* gran manera se codició andar hasta encontrarse con ellos, creyendo que estarian poblados en alguna rica region ó que ternian noticia que la hobiese; y tomando de allí bastimento anduvo veinte é cinco leguas hasta que llegó á una provincia que por nombre habia Yanaona, adonde tam-

[1] En el ms., *apedillandose*.

bien tuvo la misma noticia de haber españoles adelante. Pues como los indios de aquesta pequeña provincia viesen cuán pocos eran los españoles, salieron mil y quinientos dellos con sus arcos y flechas á les dar guerra; pero los españoles, como no estuviesen descuidados, fueron para ellos y trabada la batalla, mezclándose unos con otros, fueron muchos muertos y heridos y algunos presos, y los españoles no recibieron otro daño que algunas heridas con las flechas. Estos indios defieren en el traje y costumbres á los que hemos pasado, y no en las religiones, porque usan de las supersticiones que ellos tienen. Traian vestiduras de cueros de animales, muy pintados y labrados; las mujeres, lo mismo. Otros secretos dellos no los podemos escrebir, porque como los españoles estuvieron poco tiempo entrellos, no pudieron saber más de lo que yo cuento. Despues que se curaron los heridos de la batalla pasada, el capitan Francisco de Mendoza salió de allí para proseguir su viaje. Los años pasados, el capitan Sabastian Gaboto con algunos cristianos españoles subió por el gran rio de la Plata, y en el paraje de la parte por donde iba á salir este Francisco de Mendoza, se halló, como luego diremos, una fortaleza hecha por el mismo Sabastian Gaboto, y á cabo de algun tiempo, con poderes de Su Majestad vino d' España por su gobernador del Rio de la Plata don Pedro de Mendoza, el cual trajo por su maestre de campo á un Osorio, y por su mayordomo á Juan de Ayola, y por secretario á Domingo de Irala. Con toda la armada vinieron á desembarcar á la boca del rio, desde donde el gobernador don Pedro de Mendoza, volviéndose á España murió por la mar, dejando primero que saliese del río, por su teniente, á Juan de Ayola, el cual, navegando el rio arriba gran trecho, hasta hoy no se sabe lo que ha sido dél, con haber poco más de quince años, salvo que creen que lo mataron en la tierra de los Quiluacas. Despues salió en busca de Juan de Ayola Domingo de Irala, y allegando al Paraguay dejó la gente que iba con él y volvió al puerto por la que más habia quedado, y con una y otra pasó adelante y tomando ciertos indios y negros que hallaban de los que dejó en las sábanas el capitan Per Anzures, tuvo noticia de cuán cerca estaban del Perú; por lo cual, llegado á la fortaleza de Gaboto, escribió una carta para si algunos españoles aportasen por aquella parte, que supiesen de qué indios se habian de guardar y á cuáles habian de tener por amigos. Estos cristianos españoles que han andado en el rio de la Plata han pasado tantos y tan grandes trabajos, hambres y otras mill desventuras, que yo no pongo, porque es fuera de lo que yo trato. Mas entiendan que son todos hechos gloriosos de los valerosos españoles, los cuales por su virtud y en ventura del máximo Cárlos nuestro señor merecieron descubrir el nuevo mundo de Indias, conquista digna de tales varones. Adelante se pondrá una carta, á la letra, que envió este Domingo de Irala á las Charcas en tiempo que el licenciado Gasca, obispo de Palencia, era gobernador y presidente en el Perú. Pues volviendo al curso de nuestra historia, como el capitan Francisco de Mendoza saliese descubriendo de aquel pueblo donde habia tenido la batalla con los indios, tanto anduvo que dió con su gente en el grande y muy nombrado rio de la Plata, y de ver su grandeza se espantaban mucho y alegrábanse de ser ellos los primeros que lo habian descubierto por la parte del Perú, creyendo que Dios habia sido servido que lo descubriesen, teniendo esperanza que habian de dar en alguna tierra próspera y rica, y vieron la fortaleza quel capitan Sabastian Gaboto habia hecho, y tambien les dieron los indios la carta que les dejó Domingo de Irala, por donde supieron adónde estaba y quién eran los que habian descubierto por aquella parte saliendo del mar Océano ó del Norte. Pues como Francisco de Mendoza fuese valiente y determinado, determinó de ir el rio arriba para ver si podia aportar adonde Irala estaba, no embargante que no habia llegado el real, que quedaba con Niculás de Heredia. La poblacion de los indios estaba de la otra parte del rio, y en sus canoas venian hácia donde los españoles estaban, para les vender pescados y otros mantenimientos, y viendo Francisco de Mendoza que le convenia darse maña ó tener industria cómo pudiesen haber algun indio para guia, viendo que no querian saltar en tierra mandó á la gente suya se apartasen un poco del rio, y que dos españoles que bien sabian nadar se quedasen á la orilla dél; los cuales, llamando algunas de las canoas como que querian mercalles alguna cosa, tuviesen aviso, si saltasen en tierra, prender alguno dellos; y quedádose los españoles como lo mandó el capitan, en la orilla del agua, llamaron á los indios, diciéndoles por señas que viniesen, que querian rescatar con ellos algunas cosas para comer. Viendo los indios que estaban solos, sin temor ninguno se fueron para ellos, allegando tan juntos que los españoles pudieron echar mano cada uno al suyo, y prendieron dos principales de los indios que allí venian, y al ruido acudieron luego los españoles que

estaban con el capitan; y presos los indios, los demás que habia huyeron de ver la burla, y á éstos preguntó Mendoza que si estaban muy lejos de allí los españoles que habian hecho la fortaleza que allí estaba; los indios decian que por el rio arriba habian subido, y que si no hacian bergantines, que por ninguna manera podian aportar donde ellos estaban.

CAPÍTULO CCIX

De cómo el capitan Francisco de Mendoza determinó de ir descubriendo el rio de la Plata arriba, y de cómo dió la vuelta y se juntó con Niculás de Heredia.

Entendido por el capitan Francisco de Mendoza lo que habian dicho los indios que habian preso, no embargante que afirmaban si no hacian bergantines no poder allegar á la parte donde estaban los españoles, mas como fuese animoso y ganoso de fama, determinó de caminar por tierra con su gente el rio arriba y ver lo que habia, y si era Dios servido que descubriesen alguna provincia rica; y ansí fué caminando por aquella parte que tenia el rio de ancho más de diez leguas, y anduvo trece jornadas sin poder hallar ningun poblado, ni ver indio, de que estaban muy espantados, y más de ver la grandeza del rio. Pues viendo que no era cordura andar más por camino ignoto y no conocido, habló de nuevo á los guias que llevaba para que le dijesen si hallarian adelante poblado y bastimento; los indios respondieron que ya primero le dijeron que sin bergantines no podian dar en ningun poblado, por estar de la otra parte del rio, por lo cual Francisco de Mendoza determinó de dar la vuelta, y haciéndolo ansí anduvieron hasta que volvieron á la fortaleza de Gaboto, adonde de los indios que andaban en canoas por el rio rescataron mucho pescado y otras comidas para poder volver adonde dejaban la más gente, la cual habia venido caminando hasta que llegaron á una provincia que ha por nombre los Comichingones, adonde por hallar abasto de mantenimientos, Niculás de Heredia y el maese de campo Rui Sanchez de Hinojosa acordaron de parar. Francisco de Mendoza salió del rio de la Plata y dió la vuelta sin acaecer cosa notable más que dos soldados se desafiaron y salieron al campo, adonde el uno fué muerto por el otro, y sabido por el capitan le pesó y lo mandó prender, el cual, llegado á la provincia de Yanaona, le cortó la cabeza. De allí caminó por sus jornadas hasta que allegó adonde estaba su real, adonde contó á los que en él estaban lo que le habia sucedido, y de cómo habian descubierto el famoso y muy nombrado rio de la Plata, y de la fortaleza que allí hallaron hecha por el capitan Gaboto, y ansimismo hallaron una carta que afirmaba y hacia cierto haber por allí pasado trecientos y cincuenta españoles, los cuales habian allegado á tierra muy rica y próspera, y para que todos ellos pudiesen gozar de aquellas provincias, que convenia que volviesen al rio descubriendo por más arriba hácia el nacimiento del sol por donde no podian errar la noticia, adonde juntados con los que habian subido con los bergantines ternian aparejo en ellos para descubrir enteramente lo que habia, y fuerza en los caballos que llevaban para no tener temor á los bárbaros, y que se haria gran servicio á Dios y al rey *en* hacerlo ansí. Pues como toda la gente que estaba en el real oyeron lo que habia dicho Francisco de Mendoza, paresciéndoles provechoso para ellos, respondieron que harian enteramente lo que les mandase, diciendo que luego se debrian de partir. Oido esto por Francisco de Mendoza, mandó apercebir la gente para que luego se entendiese en el descubrimiento que se habia de hacer.

CAPÍTULO CCX

De cómo el capitan Francisco de Mendoza y su maese de campo Rui Sanchez de Hinojosa fueron muertos, y de lo que fué hecho por el capitan Niculás de Heredia.

Verdaderamente es cosa de admiracion contemplar cuán infelices y desdichados han sido todos los grandes capitanes y descubridores deste imperio de Indias, pues si bien lo queremos mirar, pocos ó ningunos han dejado de ser muertos, ó por los bárbaros, ó en prisiones, ó por los soldados; por donde de hoy más los que fueren á descubrir tomen aviso y tengan otro modo en su vivir que tuvieron los pasados, y no les parescerán en las muertes. Traigo esto que digo á comparacion de los capitanes qne entraron á descubrir el Rio de la Plata, que como hemos en lo de atrás contado salieron del Cuzco Felipe Gutierrez y Diego de Rojas, Niculás de Heredia, con poderes y comision del gobernador Vaca de Castro, mandando en ellos si Felipe Gutierrez muriese, que quedase el cargo preminente en Diego de Rojas, del cual fuese su maese de campo Niculás de Heredia; y que si Diego de Rojas muriese,

que se entienda lo mismo por Felipe Gutierrez; y que si entrambos muriesen, que quedase el cargo en Niculás de Heredia. Pues siendo muerto, como contamos, Diego de Rojas, y conjurado contra Felipe Gutierrez y constreñídole que saliese de la tierra en que ellos estaban, Francisco de Mendoza, siendo bien quisto de los soldados quitóle el cargo que de derecho le venia y él por su persona lo usaba. Como Francisco de Mendoza hobiese salido á descobrir hácia el Rio de la Plata, dejando encomendado el real á Niculás de Heredia y á Rui Sanchez de Hinojosa su maese de campo, el cual no lo trataba tan bien como era justo, ansí por su edad como por el cargo que de justicia tenia, cansado, pues, ya de sofrir molestias Heredia, determinó de procurar de cobrar su dignidad, pues la tenian usurpada Francisco de Mendoza y su maese de campo, y para complir su deseo no dejaba de hallar soldados que se ofrescian á poner sus personas á todo peligro por amor dél, entre los cuales eran Diego Alvarez, mancebo esforzado y muy determinado, y Pero Barba y Bernaldino de Balboa é otros, los cuales antes que volviesen del descubrimiento del Rio de la Plata Francisco de Mendoza, habian conjurado contra él, teniendo determinado de le matar á él y á su maese de campo, y luego procurar que fuese Niculás de Heredia restituido en sus cargos, y tuvieron esta determinacion muy secreta hasta que vino Francisco de Mendoza y contó lo que le habia sucedido, y de cómo habia descubierto el Rio de la Plata; el cual, como mandase apercebir la gente, los autores en su muerte, á la hora que les paresció salieron y le dieron muerte cruel de más de treinta puñaladas, y lo mismo hicieron á su maese de campo Rui Sanchez de Hinojosa, y no hobo alboroto porqu' el caso fué repentino y presto, y pasó un lunes víspera de Nuestra Señora del año de mill y quinientos y cuarenta y cinco. Despues de ser muertos como habemos contado, Francisco de Mendoza y su maese de campo, el capitan Niculás de Heredia mandó sacallos por el campo con pregon que contaba su crímen y la causa porque habian sido muertos, y por virtud de las provisiones fué de nuevo obedescido por capitan, lo cual hecho se determinó de volver á los llanos de los Juries para desde aquella parte tomar camino que fuese seguro para descobrir las provincias que estuviesen junto al Rio de la Plata, adonde decia la carta de Domingo de Irala que estaban los españoles; y determinado esto salieron de aquel lugar y caminando todo el real anduvieron hasta llegar á los Juries, en la primavera, que todos los maizales estaban en berza y tan tiernos que no eran de ningun provecho. Pues como no hallasen maiz, comenzó haber falta de bastimento en el campo, de tal manera que pasaban gran necesidad, y visto esto por Niculás de Heredia determinó de no ir á la parte que pensaba para descobrir el Rio de la Plata, sino volver á lo que antes habian descubierto Diego de Rojas y Felipe Gutierrez; y ansí, saliendo de la provincia de los Comichingones allegó á los Diaguitas, adonde primero habian estado, y hecho paz con el señor [1] de aquellos pueblos llamado Lindo, adonde tambien hallaron los maizales tan verdes que la mazorca no habia dado muestra *de* los granos que en ella se cria, y por atraer á sí el señor bárbaro, creyendo no se ausentase, el capitan Niculás de Heredia, acompañado de Diego Maldonado, Pero Lopez de Ayala, Gonzalo de Soto, Diego Pantoja y Rodrigo de Cantos y otros hasta veinte, se adelantó del real y fué á los aposentos del señor ó cacique Lindo, el cual no inoraba la venida de los españoles, antes sabia estar junto á su provincia y todo lo que por ellos habia sido hecho, les salió al camino mostrando holgarse con ellos, y preguntó á Niculás de Heredia que á dónde quedaba Francisco de Mendoza; Niculás de Heredia le respondió que él le habia mandado matar; el cacique dió á entender que aunque lo preguntaba, lo sabian, y entendido que los españoles querian pasar adelante, usó con ellos lo que pocos destos bárbaros han usado con los españoles, pues es claro ser grande el aborrescimiento que nos tienen, porque si muestran alguna paz y fingida voluntad para nos servir, es falsa y por no poder más, y cuando se ven con fuerza para repunalla, no lo dejan de hacer; y ansí, cuando alguno se muestra con voluntad favorable á los españoles que tienen algun trabajo ó nescesidad, son por cierto de tener en mucho. Y ansí, Lindo, oyendo los españoles querer pasar adelante, condoliéndose dellos dijo á Niculás de Heredia que no pasasen en aquellos tres meses, porque pasarian muy grande necesidad de comida, porque no la hallarian á causa de haberla ellos gastado el año pasado y estar todos los maizales en berza, y que para estar seguros de no pasar en aquellos tres meses necesidad, que se estuviese allí con toda su gente, quél les daria ovejas y avestruces que comiesen, y algun maiz, y que pasado aquel tiempo se podria partir y hallaria bastimento por donde quiera que fuese, y que para

[1] En el ms., *los señores*.

la gente de servicio harian grandes pesquerias de manera que no hobiesen nescesidad. Todos tuvieron por saludable el consejo del cacique, á lo que entonces les paresció, y á lo que despues sucedió era bueno y verdadero; mas como Niculás de Heredia era cabezudo y no amigo de tomar parecer, no queriendo guiarse por el consejo de Lindo el cacique, ni de los españoles que allí estaban, mandó que luego saliese el real, diciendo que no podian dejar de hallar mantenimientos que bastasen, pues por donde quiera que fuesen irian caminando por poblado. Pues como el cacique entendió querer pasar adelante, les tornó amonestar que no lo hiciesen, dándoles á entender en la dispusicion que hallarian los maizales, é trayendo luego algun bastimento para que pudiesen comer, Heredia determinó de que luego se partiesen, diciendo que no convenia gastar el tiempo sin provecho en estar allí tantos dias.

CAPÍTULO CCXI

De cómo el capitan Niculás de Heredia mandó á [1] Pero Lopez de Ayala y á Diego Maldonado que con alguna gente suelta fuesen por dos partes á ver si habia mantenimientos, y de cómo salió con todo el real.

Pasadas las cosas que habemos contado en el capítulo pasado, determinado por Niculás de Heredia de salir de aquel lugar, mandó á Pero Lopez de Ayala que con veinte y cinco de á caballo fuese el rio arriba hasta llegar á Soconcho, que quince leguas de allí estaba, y que mirase si habia algun mantenimiento con que se pudiese el real sustentar para pasar adelante; á Diego Maldonado mandó que con quince de caballo fuese ansimismo á ver si á la mano diestra de donde iba Pero Lopez de Ayala habia mantenimiento en unos pueblos que habia por aquella parte entre unos jagüeyes, y partidos éstos como les fué mandado, caminó luego dándose toda priesa. Niculás de Heredia con todo el real fué siguiendo á Pero Lopez de Ayala, el cual por donde quiera que iba bien claramente via ser verdad lo quel cacique Lindo dijo, y la falta que habia de mantenimiento, y ansí lo envió á decir al capitan Niculás de Heredia; mas no dejó, aunque lo supo, de proseguir su camino por el rio arriba para ir al pueblo de Sococho, por donde el año pasado habian andado los españoles y habian gastado todo el mantenimiento que hobo en la tierra, porque por donde una vez entran españoles, si la region no es muy gruesa y fértil, queda tan estragada y destruida que nunca jamás vuelve á su primero ser; y ansí hallaban ésta por donde iban, y tanta falta comenzó de haber de comida, que la hambre se comenzó á sentir y la gente de servicio comian yerbas y raices sacadas de lo interior de la tierra para poder sustentarse. Con esta nescesidad comenzaron á enfermar muchos dellos y á morir algunos; los españoles iban por una parte y por otra á hacer entradas, dejando el real asentado, para ver si podian hallar algun maiz, mas no topaban si no era con los tiernos, que no eran de ningun provecho; y si habia alguno seco, los bárbaros lo tenian enterrado y tan guardado que muy poco dello se hallaba, y desta suerte anduvieron un mes. Visto, pues, por el capitan Niculás de Heredia el poco bastimento que hallaban, y que no embargante que se padescia trabajo habia por fuerza de ser la nescesidad mayor, mandó que se juntasen los más principales que estaban en el real, siendo ya vueltos Pero Lopez de Ayala é Diego Maldonado y los otros que con ellos fueron, y estando juntos, el capitan les dijo que mirasen la gran nescesidad que se padescia y la poca esperanza que tenian de hallar mantenimientos hasta que los maizales estuviesen secos y para poderse coger, y que si aguardasen á ello, que todos moririan de hambre; por tanto, que mirasen lo que les parescia que debian hacer; y en esta consulta hobo pareceres diversos, porque unos decian que debian de volver á las provincias del Perú y otros que seria gran deshonra hacerlo estando pobres, y que pues en la tierra donde estaban habian ovejas y avestruces que podian comer, sin lo cual el maiz maduraria presto, que no debrian dejarla, antes debrian aguardar el maiz y que entre tanto si el capitan quisiese enviar por socorro, que veinte de caballo podrian ir al Perú seguramente. El deseo que tenia Niculás de Heredia de volver al Perú y los que seguian su opinion, más por sus fines que por el provecho de todos, pudieron tanto que vencieron los pareceres buenos y justos, que eran querer no salir de donde estaban sin descubrir enteramente lo que habia; y sobresto dicen que si el capitan Francisco de Mendoza no faltara, ya que Diego de Rojas era muerto, ellos perescieran sin ninguno quedar, ó viera todos los secretos de aquellas partes y se juntaran con los españoles del Rio de la Plata; mas como Niculas de Heredia desease verse ya en la ciudad del Cuzco, contra la voluntad de muchos buenos soldados que allí estaban se determinó la vuelta

[1] Tachado: Diego.

al Perú, y ansí salieron de allí y fueron caminando hasta llegar á un pueblo llamado Tocaima, y antes de llegar á él, yendo á buscar mantenimiento, ciertos españoles dieron en unos escuadrones de indios de otra provincia que venian hacer guerra aquellos sus comarcanos, y prendian y mataban muchos dellos, y arruinándoles sus pueblos y estancias, se volvian; por éstos fué muerto un español de los que se habian desmandado. Llegado el real á este pueblo de Tocaima, se halló algun maíz y mucha algarroba, que es buen mantenimiento. Visto por Niculás de Heredia que allí habia alguna comida, mandó asentar el real y que recogiesen toda la más que pudiesen. Con el bastimento que hallaron se reformaron de la nescesidad y trabajo pasado. Pues como ya se viesen con comida, algunos hablaban sobre que no debian de salir de la tierra que habian descubierto, antes les seria cosa más provechosa y aun honrosa buscar camino que los llevase á otra provincia donde hallando más mantenimiento pudiesen asentar el real y tener lugar de se ver lo que más convenia hacer; mas como Niculás de Heredia fuese ya solo el capitan, sin otro mayor ni tampoco igual, no embargante quel hobiese deseado dar la vuelta al Perú y así lo hobiese publicado, mirando bien la mucha reputacion que perdia si la cordillera de la sierra se tornaba á pasar y volvian pobres al Perú, tornó á dar á entender no desear de hacer tal cosa: antes mostró en palabras pesarle cuando en ello le hablaban, y se quejaba de los que se lo habian aconsejado, y teniendo noticia que adelante de allí estaban unas regiones llamadas los Nunis, que son los que conté en el capítulo de atrás que venian á dar guerra á los Juris, mandó á Diego Alvarez que con algunos hombres sueltos de á caballo fuese allá y viese si habia algun bastimento. En todos los más que estaban en la entrada era ya tan mal quisto Niculás de Heredia, que muchos murmuraban dél diciendo que era porfiado y amigo de solamente tomar su parecer sin se querer llegar al consejo de los hombres sabios que andaban con él, y mostraban pesarles la muerte que se le dió al capitan Francisco de Mendoza, paresciéndoles que si él fuera vivo se diera maña con que descubrieran algunas provincias ricas y prósperas y adonde pudieran poblar, y no volverse al Perú con tanta nescesidad como tenian cuando dél salieron, y con más, pues muchos para se aderezar para venir habian hecho muchas deudas, las cuales no tenian otro remedio para pagar sino poner sus personas en las cárceles en poder de los acreedores. Mirando estas cosas y otras habian entre unos y otros sospechas. Niculás de Heredia, conociendo lo que decimos, tenia por muy allegados á si á los que le ayudaron y fueron con él en dar la muerte al capitan Francisco de Mendoza. Partido Diego Alvarez á descubrir, dieron en aquella region de que llevaba noticia y hallaron ser llana y semejable á la de donde habian salido, y vieron que ya los maizales estaban casi secos, aunque no eran muchos. Diego Alvarez sin ver más dió la vuelta al real, donde dió la nueva dello; sabida por el capitan mandó que partiese el real, y porque supo de Diego Alvarez haber diez leguas sin agua, si no era unos pequeños jagüeyes en los cuales tan solamente bastaria el agua dellos á que bebiesen veinte españoles con sus caballos y servicio, ordenó que saliesen de veinte en veinte para que ansí pudiesen pasar sin necesidad. Dejando á Diego Alvares con cargo de la retaguardia, movió el real por el camino con la órden ya dicha, y aconteció que yendo caminando Diego Alvarez con la retaguardia, enfoscándose con nubes el sol perdió su claridad y de lo alto dellas cayó tanta agua que toda la tierra cubrió, acompañada de un viento tan furioso que sin aprovechar á sostener los árboles sus raices, eran muchos arrancados y pasados de un lugar á otro, y como aquella tierra fuese llana y no tuviese el agua por do correr, estaba represada; al fin, pasada esta tormenta se allegó á la provincia de los Nunies, y en un pueblo della se halló alguna cantidad de bastimento, mas no era tanto que bastase para quel campo se sostuviese algunos dias en esta region. Niculás de Heredia nombró por su maestre de campo á Diego Alvarez, lo cual fué contra la voluntad de muchos varones de valor que allí estaban, paresciéndoles que perdian reputacion por ser mandados por hombre tan llano como Diego Alvarez, no embargante que era valiente y determinado; mas como Heredia le nombrase y él tuviese amigos y valedores, á pesar de los que lo reprobaban usó el cargo, lo cual fué harta parte para que entre unos y otros hobiese sospechas y se formasen enemistades. Pues como allí donde habian llegado no hobiese más bastimento del que habemos dicho, se partieron á otro pueblo llamado Munides, de donde salió el maese de campo Diego Alvarez acompañado de algunos de á caballo á descubrir ciertas poblaciones llamadas Guacara, en las cuales se tenia noticia que habia bastimento; mas llegado allá halló no ser cierta la noticia, y deseando pasar adelante no halló camino. Hallaron en

este camino unos árboles que hacian gran sombra, y tan ponzoñosos y contagiosos que si algunos se ponian á su sombra y en ella estaban algun espacio, se hinchaban los rostros y manos; y ansí, Diego Perez Becerra con otros algunos, metiéndose á la sombra, se hicieron testigos de ser verdad la maleza de la sombra y ponzoña de los árboles, los cuales yo creo no deben de ser manzanillos, porque si lo fueran, siendo conocidos por muchos soldados viejos que allí iban, no se metieran en su sombra. Diego Alvarez mandó á Diego Perez Becerra que volviese al real á decir al capitan cómo se habia hallado poco bastimento, lo cual sabido por Niculás de Heredia determinó de ir por un rio arriba que cerca de allí estaba para ver si en su nascimiento se hallaba algun poblado, é sin aguardar á que Diego Alvarez viniese se partió y anduvo quince leguas, hallando siempre falta de comida y muy poco poblado, y ansí, pasando adelante anduvo hasta que llegó á las sierras y cordillera que está entre medias del Perú y de aquella tierra, adonde tomando los soldados algunos indios les contaban los pueblos que habia en la otra parte de la sierra hácia el real camino de los Ingas. Pues como ya Heredia tuviese por odioso el volver al Perú, en gran manera le pesó, por ver que estaba tan cerca dél, lo cual no hizo á muchos que por le querer mal deseaban hallar camino para volverse á él; habia ya muy poco maíz en el campo, y ansí mismo enemistades formadas y declaradas entre los amigos de los capitanes ya muertos Francisco de Mendoza y Rui Sanchez de Hinojosa, con Niculás de Heredia y los que fueron con él en dar la muerte á los ya nombrados. El camino que se habia traido al principio cuando ya pasaron la cordillera con Diego de Rojas, y el que Francisco de Mendoza descubrió por el rio de Soconcho cuando volvió por la gente á Tucuman, quedaban desviados, y apartados ellos de aquellos caminos, por quedar ya de la parte de Tacaima; mas como preguntasen á los indios, supieron dellos cómo por aquel lugar se podria salir al reino del Perú, mas que no podian atravesar á salir á él por ser en medio del invierno; y á la verdad, era principio de Febrero, y los rios, como con las aguas creciesen habian salido de sus canales y cursos y anegado los campos, lo cual suelen hacer todos los años; por esto era dificultoso volver á buscar aquel camino, y por la falta de la comida lo era más esperar tiempo á que bajasen los rios, y estaban confusos sin tener consejo para lo que harian, y en este tiempo ya Diego Alvarez habia vuelto al real.

CAPÍTULO CCXII

Cómo hobo algunas sospechas entre Diego Alvarez y otros del real, y lo que pasó entrellos y sucedió despues de venido el capitan Niculás de Heredia hasta que acordaron de salir al Perú.

En el [1] real no dejó de haber algunas disinciones, porque venido el maese de campo Diego Alvarez, como siempre en todas partes hay hombres tan malos que no viven de otra cosa que de revolver á los buenos y enquietar á los pacíficos, poniendo asechanzas en unos y en otros para que recrescan sospechas que son principios de trabajos, sucedió que aun no hobo entrado en el real Diego Alvarez, cuando algunos destos que digo le dijeron que Diego Perez Becerra y Lope Sanchez de Valenzuela le querian matar; que mirase por su persona y se guardase dellos; y á Diego Perez Becerra y á Lope Sanchez de Valenzuela tambien dijeron lo mismo, que se guardasen de Diego Alvarez, porque los tenia por enemigos y los queria matar. Pues como aquesto oyó Diego Perez Becerra no se alteró mucho, porque le paresció no haber causa para que Diego Alvarez lo quisiese matar, aunque Valenzuela y él no dejaron de se recatar. Diego Alvarez, como era mancebo y no maduro, creyó ciertamente lo que le habian dicho, sin poner dubda en ello, y juntando consigo algunos de sus amigos les mandó que se armasen y siempre anduviesen junto á él, afirmándoles por cierto le querian matar, y ansí andaban por el real de noche; Diego Perez tambien tenia amigos que le acompañaban. Pues como esto pasase, encendióse entre todos grande alboroto. Diego Perez Becerra, pesándole de ver aquellas cosas, fué á Diego Alvarez y le rogó le dijese qué era la causa por que mostraba estar tan descontento y andaba tan desasosegado, y que pues era maese de campo, que se hobiese prudentemente, y si habia algunos alborotadores, que los matase, quél seria en le ayudar á hacer el castigo. Diego Alvarez le respondió dobladamente sin querer averiguacion, y más con desabrimiento que con amor, que fué causa *de que* Diego Perez tomó sospecha más cierta de lo que dicho le habian, y como ya fuese por todos público, juntándose Grabiel Bermudez, Diego Pantoja, Gonzalo de Soto, Anton Ruiz de Guevara, Rodrigo de Cantos, fueron al aposento

[1] Falta la primera línea por haber sido cortada al encuadernar el ms. original.

del maese de campo Diego Alvarez y con toda instancia le rogaron les quisiese declarar la causa de su pasion, pues claramente la daba á entender, y que pues era justicia, habiendo alguno cometido delicto lo castigase, y él no anduviese armado, ni de la manera que andaba, porque seria hacer otra cosa dar ocasion á que hobiese algun ruido ó escándalo que despues no se podria tan fácilmente remediar como entonces; á lo cual Diego Alvarez se comenzó á excusar sin querer dar á entender su enojo; mas como tanto le interrogasen, vino á decir que Diego Perez Becerra le queria matar y quél no queria ponerse á mal recaudo. Como éstos conociesen á Diego Perez Becerra y supiesen no tener tal propósito, mirando que era maldad de hombres que metian cizaña en el real porque deseaban salir de los Juries[1], y que tenian por caso importante que hobiese discordias y parcialidades á cada parte, para que con el rencor el campo se dividiese, para que deseando la venganza unos de otros no se entendiese en cosa que fuese contraria á sus opiniones, y mirando que siendo como era Diego Alvarez uno de los que más deseaban la sustentacion de la tierra y el que era la mayor parte en el real, parescíales que la otra parcialidad habia de querer lo contrario, y tambien estos bollicios traian origen de la enemistad que entre los matadores y amigos de Mendoza é Hinojosa estaba arraigada. Mirando, pues, todos estos daños, deseaban que no pasase adelante, y ansí hablaron á Diego Alvarez de nuevo sobre todo, el cual no les dió otra respuesta de que él sabia que le querian matar Diego Perez de Becerra, y que por eso andaba acompañado y recatado porque no le matase tomándolo descuidado. Como Bermudez y los que con él estaban viesen la voluntad de Diego Alvarez, se volvieron tristes porque no quiso allegarse á razon para sacar de raiz aquellas tramas, porque no embargante que Diego Perez era caballero, teníase por hombre de poco entendimiento y presto para quistion, y á Diego Alvarez teníanlo tambien por cabezudo y muy liviano y que se creia de ligero sin quererse todas veces sujetar á razon, y era valiente y tenia el cargo de maese de campo, y sin él y con él muchos amigos. Pues como ellos fuesen caballeros y amigos de paz, volvieron de nuevo hablar á Diego Alvarez, diciéndole que no creyese lo que le habian dicho que Diego Perez le queria matar, porque lo mismo le habian afirmado á Diego Perez quél lo queria matar á él y á Valenzuela. Diego Alvarez estaba tan obstinado que ningun consejo bueno que le daban queria tomar, respondiendo que vendria el capitan y quél se informaria de la verdad y haria justicia. Algunos quisieron decir que este enojo de Diego Alvarez con Diego Perez Becerra manaba de que el Becerra habia dicho algunas palabras tocantes á la honra de Diego Alvarez, diciendo que era de poca suerte y converso, por donde el Diego Alvarez, sin dar á entender esta pasion, lo echaba á lo que le habian dicho que le querian matar, y sin esto entre otros andaban palabras llenas de sospechas, diciendo que unos á otros se querian matar, sin haber otro auctor que decir esto y esto dicen. A esta sazon llegó al real el capitan Niculás de Heredia, el cual, como lo hallase encendido en tan gran alboroto y él fuese muy remiso y de poco ánimo, no se turbó poco, y procuró, aunque con gran remision, de saber la causa de aquel incendio, diciendo que habia ásperamente de castigar á los que hallase culpados; mas no se determinó como capitan á purgar su ejército de tales delictos, ni castigar los delincuentes, antes friamente procedia en el negocio, por donde algunos creyeron quél fué avisado antes de llegar al real y que se holgó porque contradijesen á Grabiel Bermudez y á los que más hablasen en la tornada al Perú. Pues como Diego Alvarez quisiese tan mal á Diego Perez Becerra y le tuviese por tan odioso, procuraba con Heredia para que le mandase matar, y juntados en la tienda de Niculás de Heredia él y Diego Alvarez y otros de los que ellos tenian por sus amigos, trataron aquel negocio y acordaron que se le diese la muerte á Diego Perez Becerra, la cual se le diera si no fuera porque uno de los que se hallaron en la consulta lo afeó, diciendo que por qué habian de matar al que no tenia culpa, y quél no solamente no lo consentiria, mas seria en dar favor á Becerra; y por lo que éste dijo no se determinó de le dar la muerte, y como esto viniese á noticia de Diego Perez Becerra, habló en ello con la libertad quél solia en todo lo que se le ofrecia, confiado en su valentia y regido por su poco saber. Pues como el capitan Niculás de Heredia viese que le convenia poner paz entre Diego Alvarez y Diego Perez Becerra, lo procuró de tal manera que aunque fué dificultoso de acabar, los conformó é hizo amigos. Esto pasado, como Niculás de Heredia supiese que Grabiel Bermudez siempre hablaba en la vuelta al Perú, teniéndola por muy enojosa, estando hablando con su maese de campo envió á llamar á Bermudez, el cual estaba

[1] En el ms., *Suries*.

acompañado de muchos de sus amigos, y como vieron que queria ir solo adonde estaba el capitan, le amonestaron no lo hiciese, antes fuese acompañado con todos ellos, lo cual Bermudez no quiso, y fuese adonde estaba el capitan y comenzaron de hablar todos tres, y no hobo bien allegado Bermudez adonde estaban Niculás de Heredia y Diego Alvarez, cuando pasó por junto á ellos un soldado armado, haciendo gran ruido; lo cual visto por el maese de campo, arremetiendo á él le tomó por el brazo, y como fuese de grandes fuerzas Diego Alvarez fácilmente dió con él en tierra, y como pasase esto acudieron con alboroto todos los más de los que estaban en el real y comenzóse entre unos y otros una confusion de voces no pequeñas, preguntando qué era la causa de tan gran ruido y bullicio y estar tantos armados y á punto de se dar de lanzadas; mas aunque todos los preguntaban, pocos respondian á ello. Niculás de Heredia y Diego Alvarez echaban la culpa á Lope Sanchez de Valenzuela, diciendo que se habia encastillado con muchos de sus amigos en su aposento, al cual habian enviado á llamar y que no habia querido venir, poniendo por excusa que lo hacian porque sabian que Diego Alvarez lo querian matar; otros ponian la culpa de aquel alboroto á Diego Alvarez, diciendo quél y no otro habia sido la causa dél, y que habia muchas noches que salia por el real acompañado de sus amigos armados, diciendo que se guardaba de Diego Perez Becerra porque le queria matar, y aunque muchos le habian dicho y rogado hiciese la pesquiza para saber la claridad de aquel negocio, no habia querido, poniendo excusas vanas; y tratando estas cosas y otras habia muchas voces y pocas razones, y al fin, viendo que lo mejor era dejallo y hablar sobre la partida al Perú y salir de la tierra, pues demás de no poderse en ella sustentar ya faltaba poco para unos á otros matarse, mitigose el gran tomulto y ruido que habia, no dejando dos ó tres dias despues de pasado de estar en gran confusion todos los soldados, unos tratando sobre que debrian con brevedad desamparar aquella tierra y volver á salir al Perú, y otros en que les seria más honroso y provechoso morir en ella, que no volver á ser huéspedes de los vecinos del Perú. El capitan Niculás de Heredia, conociendo que Grabiel Bermudez, Rodrigo Pantoja, Diego Perez Becerra, Lope Sanchez de Valenzuela y otros sus amigos otra cosa no trataban sino en dar la vuelta al Perú, y esto en público manifestaban á todos los que oirlo querian que era su intencion, determinó de aprobar aquel parecer, y ansí dijo que lo deseaba y queria por ver que no podian sustentarse en aquellas regiones si no era con gran dificultad, mas que no habia de salir por camino inoto y no conocido ni visto; por tanto, que si querian que revolviesen al Perú, que fuesen á buscar el camino que salia por Tucuman, por el cual sin riesgo podrian salir al real camino de los Ingas. Mas querer buscar aquel camino era hablar al aire y cosa imposible ir por él á salir al Perú, porque como ya tengo dicho, era invierno y los rios con su furia habian anegado los campos y dañado los caminos con grandes ciénagas, de forma que por ninguna via por él se podia caminar; lo cual, aunque por todos fuese entendido, murmuraban de Heredia diciendo que eran excusas para los tener en aquella tierra, por no tener voluntad de salir della, y como los indios habian dicho que cerca de allí habia camino para poder salir al Perú, aunque áspero, por las grandes montañas, á los que les era enojoso estar allí clamaban que aquel camino se habian de acometer é ir á salir por él, porque no haciéndolo estaban en notorio peligro, pues la comida que tenian era poca y sin confianza de hallar otra ninguna si se les acababa la que tenian.

CAPÍTULO CCXIII

De cómo el capitan Niculás de Heredia con su gente determinadamente se acordaron de salir de las tierras que habian descubierto y volverse al Perú, y lo que más les subcedió.

Ya queria ver salidos de aquella tierra á Niculás de Heredia y á los suyos, para que entrando en el Perú tornásemos la materia á las guerras ceviles de donde nos apartamos, é ciertamente si yo no hubiera publicado á muchos amigos mios singulares que mediante el ausilio divino mi débil ingenio con mi pluma escambrosa daria noticia de las cosas ultramarinas de acá, en las Españas, ó hiciera fin en lo escrito ó pasara por muchas materias sin las escrebir. Las persuaciones destos que digo son no poca parte para que yo consuma mi vida en breve tiempo porque no mueran los notables hechos destos reinos, y ansí con la órden pasada proseguiré lo que me falta. Pasado lo que habemos contado en el real de Niculás de Heredia, mandó que se juntasen todos á su tienda porque en ella les queria hablar. Despues de juntos les dijo quél via claramente que convenia dejar la tierra que ha-

bian descubierto, y volver al Perú, ansí por la falta de mantenimiento como por reformar el real, que estaba muy gastado y falto de cosas nescesarias para el efecto de poder descubrir el gran rio de la Plata, ó otra tierra que fuese digna de ser poblada por tales varones como ellos eran; mas que para salir de aquellas partes no via otro remedio sino era que diesen en el camino de Tucuman, pues era sabido y estaba descubierto, porque querer ir á descubrir el camino quél habia llevado el rio arriba, no habia visto por qué lo tener por razonable, y que en los montes suele haber muchos riesgos y caminos difíciles y llenos de grandes malezas que por su aspereza no son dispuestos para caminallos con caballos, y que habiendo un peligro destos era notoria la total perdicion del real. Por tanto, que por excusar estos daños que podrian recrecer, querria no ir por otro camino que por el de Tucuman, pues por todos era sabido. Mas aun no hobo bien acabado el capitan de decir esto, cuando todos lo contradijeron, diciendo que en los cuatro meses siguientes no podian caminar por el camino que él decia, y que no se pusiese en prática cosa tan dañosa; y diciendo esto, muchos soldados se obligaron de ir por sus personas á descubrir el camino que habian dicho los indios, y aun de llevar el real seguramente, lo cual entendido por el capitan, viendo la determinacion de todos dijo que fuese ansí. Luego *se* aparejaron para caminar otro dia, y porque muchos iban apasionados unos con otros, por quitar la ocasion de que no hobiese algun escándalo, por consejo de algunos caballeros discretos, Niculás de Heredia mandó que fuese el campo dividido en dos reales, y él, llevando consigo á Bermudez y á Pero Lopez de Ayala, y á Diego Perez Becerra con los otros sus amigos, tomó la avanguardia y en la retaguardia mandó que viniese su maese de campo Diego Alvarez con los otros sus amigos. Con esta órden caminaron hácia la montaña, divididos los unos de los otros una jornada, y llegados al monte se tornaron á juntar porque fué necesario, de donde salieron soldados en cuadrillas por la montaña á descubrir el camino, el cual se abrió sin mucha dificultad y por él comenzaron de andar hasta que salieron á los llanos de Salta, por los cuales pasa el real camino de los Ingas que va del Cuzco á Chile. Llegados allí caminaron hasta que se vieron en un valle sujeto á la famosa villa de Plata, y en él, hallando mucho bastimento, sentaron el real para descansar algunos dias, diciendo Niculás de Heredia que queria dejar allí alguna copia de gente para que le aguardasen hasta que volviese con socorro bastante y con que pudiese volver al descubrimiento. Tratando esto el capitan, algunos soldados hablaron sueltamente, diciendo que ya no le tenian por tal, ni él los mandaria más, pues estaban en el Perú y en la juresdicion de la villa de Plata. Llegando estos dichos á noticia de Heredia se alteró, y sabido que entre los que habian hablado aquello se halló un soldado llamado Saavedra, natural del Logroño, mostró contra él grande enojo; lo cual sabido por Saavedra le fué á hablar y á decir que nunca él habló en su deservicio cosa ninguna, y dando sus disculpas, Heredia no tan solamente no las quiso oir, mas luego sin ponerle cargo ni darle lugar á que confesase, dentro en su tienda le mandó dar garrote, y ansí murió sin culpa. Pasado esto, trató con Pero Lopez de Ayala, Diego Perez Becerra, Rodrigo Pantoja, que se quedasen allí con algunos hasta que volviese con socorro; mas aunque éstos querian quedar no habia soldado que tuviese tal voluntad; mas mandando casi por fuerza quedaron sesenta hombres, y por capitan dellos á Pero Lopez de Ayala, y él con los demás salió de allí lunes de Lázaro, año del Señor de mill y quinientos y cuarenta y seis años. Yendo este dia caminando se tomaron dos indios naturales de aquellos pueblos; Diego Alvarez les preguntó por el estado en que estaban las provincias del Perú, porque ellos estaban muy inorantes de las guerras y discordias que habia entre los españoles. Estos indios, mintiendo dijeron que Mango Inga habia salido por los montes con los indios Chiriguanaes y con otras naciones negras y habia muerto á todos los españoles, y quél estaba en Chuquixaca, lo cual le tuvieron por cosa de burla, y caminaron algunos dias hasta que llegaron cerca de Anaguaca; junto á un rio estaban unos indios armados con muestra de querer guerra, los cuales, por estar puestos en un cerro era dificultoso ir con los caballos, y dejallos, corriera trabajo y riesgo la gente de servicio; por tirar este inconveniente fueron algunos soldados, é yendo entrellos un Luis de Torres, natural de Alcalá de Henares, en trompezando su caballo cayó en tierra, lo cual visto por los indios abajaron y le cortaron la cabeza sin les poder dar ningun castigo. Despues de pasado el bagax caminaron y tomaron un indio natural de los Chichas, el cual les dijo en el estado en que estaba el reino, y que los naturales no estaban alzados, mas que entre los españoles habia guerra y en ella habia sido muerto el capitan Francisco de Almendras á manos de Lope de Mendoza; y

prosiguiendo su camino real, los bárbaros le daban noticia, aunque confusa, de las guerras ceviles. Pues como oyese estas cosas Niculás de Heredia, mandó que fuesen apercebidos y en órden como hombres de guerra para cualquier efecto que fuese. Como estos dichos se entendiesen, se praticó sobre que se enviase á llamar á Pero Lopez de Ayala con la gente que tenia, para que todos juntos fuesen en el real, y ansí luego Niculás de Heredia mandó á un Juan Garcia que con veinte españoles volviese adonde habia quedado Pero Lopez de Ayala para que luego dejando aquel lugar se viniese con los que con él estaban á juntarse con él. Partido Juan Garcia á llamar á Pero Lopez de Ayala, el capitan Niculás de Heredia mandó aposentar el real en una provincia llamada Socochа, adonde estuvo ocho ó nueve dias, por haber bastimento, los cuales pasados salió al camino á se juntar con la gente que venia con Pero Lopez de Ayala, y en estos dias que allí estuvieron pudieron tomar algunos indios, los cuales afirmaron haber guerra entre los españoles. Juntos Pero Lopez de Ayala y Niculás de Heredia prosiguieron su camino y fué Heredia informado que algunos soldados de los que habian quedado con Pero Lopez de Ayala habian intentado de les desmanparar y venirse al Perú, teniendo en poco el mando suyo, y mostró pesarle por haberlo enviado á llamar, teniendo por cierto que cuando más seguro fuese, se habian de quedar y meterse en las provincias del Perú, y pensó de hacer quedar alguna gente en los Chichas para el mismo efecto que habian quedado atrás; é para tener en su amistad seguros algunos soldados, quitando los caballos y armas á los que tenian por sospechosos, se los daban, é para quitarlo á quien lo tenia no habia otra causa sino decir que se quisieron amotinar cuando quedaron con Pero Lopez de Ayala, y que debian deudas á los capitanes Diego de Rojas y Felipe Gutierrez. Cuando esto pasaba era en la provincia de los Chichas, entre Calohoyo y Totoran, indios que están encomendados al comendador Hernando Pizarro. Pues como los soldados se viesen tratar tan ásperamente por Niculás de Heredia, decian á grandes voces que pues ya estaban fuera de la entrada y en los términos de la villa de Plata, que ¿para qué usaba absolutamente como justicia, pues no lo era, ni Vaca de Castro, que le dió los poderes, estaba en el reino? á esto respondia tan desabridamente que por todos era desamado y aborrecido, y ansí los principales del real, viendo su locura y poco juicio, determinaron de le desamparar y ir á buscar el gobernador que gobernase el reino en nombre del rey, y metiéndose debajo de su mando y poder dalle cuenta de lo sucedido en la entrada; y ansí, una mañana, sin que Heredia fuese parte para lo estorbar, salieron del real Pero Lopez de Ayala, Grabiel Bermudez, Diego Perez Becerra, Diego Pantoja, Gonzalo de Soto Renjifo y otros hasta sesenta, y queriéndose partir dijeron al capitan Niculás de Heredia que ellos se iban al Perú cansados ya de ver su mal gobierno y cosas tan inconsideradas que hacia, y que no pararian hasta verse con el gobernador ó visorrey que tuviese cargo en nombre del rey la gobernacion del reino.

CAPÍTULO CCXIV

Cómo despues de divididos los que salieron de la entrada del Rio de la Plata fueron caminando, y de cómo se encontraron con Lope de Mendoza, del cual supieron lo que pasaba en el reino.

No dejó el capitan Niculás de Heredia de recebir grande alteracion de ver la mudanza tan súpita, y aun creia cuando vido la junta que hacian los que irse querian que era para le prender ó matar; mas como entendió su voluntad, no se halló poderoso para la forzar, y ansí, quedándose él y su maese de campo con la resta de la gente, los ya nombrados se partieron del real y anduvieron caminando hasta que allegaron á la provincia de los Aullagas, adonde toparon con unos mercaderes que iban á Potosí, de los cuales supieron bastantemente todo lo que pasaba, y de la muerte del visorrey y levantamiento de Gonzalo Pizarro, con las demas cosas que habian sucedido en la villa de Plata, y de los alcances que habia dado Francisco de Caravajal á Diego Centeno. Pues como supieron aquellas nuevas, se espantaron de ver cuán poco duraba la paz en el reino, y en este tiempo no estaba allí Grabiel Bermudez, ni otros algunos, porque se habian adelantado á ver si encontrarian con quien les pudiese dar noticia entera de lo que pasaba y adonde estaba el que gobernaba la tierra. Yendo, pues, caminando, allegó á los Carangas y encontró con Lope Mendoza, el cual, como conté en lo de atrás, despues que se dividieron Diego Centeno y los que con él allegaron al puerto de Quilca, él y Luis Perdomo y Alonso de Camargo y otros, dejando la costa se venian á meter en los montes porqu' el tirano no pudiese ejecutar en ellos su crueldad, y viniendo caminando por

los Carangas encontraron con Bermudez, y como se conocian de tiempo antiguo, holgaron de verse los unos y los otros. Los del Perú preguntaban á los de la entrada ¿qué habian descubierto y qué tierras habian visto? y ellos, despues de satifacer á sus deseos, tambien les preguntaban las cosas que habian pasado despues quellos salieron del Perú, se las dijesen; y al fin, despues que en estas preguntas hobieron gastado un poco de tiempo, cobrando nuevo ánimo, el capitan Lope de Mendoza determinó de formar ejército, y tomando la voz y apellido del rey publicó guerra contra Caravajal y los demás tiranos que le siguian, y ansí lo dijo á Bermudez y á los que con él estaban, y luego se partió Grabiel Bermudez á se juntar con Pero Lopez de Ayala y con los demás que con él venian, á los cuales contó lo que pasaba, y aun que seria acertado emplear sus personas en el servicio del rey contra los tiranos, lo cual podrian hacer si juntos todos con Lope de Mendoza diesen batalla á Caravajal. Como aquello fué entendido por los soldados, todos con gran voluntad respondieron que eran contentos de pelear por el servicio del rey contra los que fuesen rebeldes á su corona real. Niculás de Heredia tambien se habia adelantado con ocho de á caballo para saber cierto lo que pasaba, y habia dejado en guarda de su real á Diego Alvarez, el cual, viniendo caminando por la misma provincia de los Carangas, se encontró con Lope de Mendoza y se hablaron muy cortesmente, determinando que se juntasen todos para hacer lo que hemos relatado. Pues como Lope de Mendoza tuviese noticia de cómo Pedro de Sória hacia gente en la provincia de los Charcas para el servicio de Gonzalo Pizarro, se acordó de que Alonso de Camargo, acompañado de los que habian llegado en aquel tiempo con Bermudez y con Heredia, fuese á donde supiese estar y procurase de lo atraer al servicio del rey, ó de le prender ó matar. Ordenado esto, Lope de Mendoza fué á la parte donde venian los soldados de Heredia que quedaron con Diego Alvarez, y á ellos y á los que venian con Pero Lopez de Ayala, que por todos eran ciento y cincuenta, habló amorosamente, contándoles la grandeza de Potosí y las minas tan ricas que en él se habian descubierto, y que si Dios les diese vitoria contra Caravajal, que todos serian ricos y prósperos. Los unos y los otros con voluntad firme respondieron que ordenase lo que viese más convenir al servicio de Su Majestad, que ellos le siguirian, y ansí unos y otros le tomaron por su capitan, metiéndose debajo del estandarte real del águila quél traia, lo cual pasó en los Aullagas. Luego marcharon, y despues de haber andado dos dias encontraron con Alonso de Camargo, el cual se habia vuelto por no hallar nueva cierta de adonde estaba Pedro de Sória, é yendo caminando Lope de Mendoza fué avisado que este Pedro de Sória venia con alguna gente á ocupar el asiento de Potosí y la villa de Plata, y entendido esto, tomando cuarenta lanzas fué camino de Paria para le perturbar ó procurar de prender ó matar.

CAPÍTULO CCXV

De cómo Francisco de Caravajal, no teniendo nueva de adonde se habia escondido Diego Centeno, se volvió á la ciudad de Arequipa, y de su salida della.

Ya habemos recitado en los capítulos pasados de la manera que allegó á la costa de la mar Diego Centeno, y tambien cómo vino luego en su seguimiento Francisco de Caravajal, y lo que más pasó hasta que vieron ir la nao en que iba Diego de Rivadeneira, lo cual pasado, Caravajal deseaba saber Diego Centeno adonde se habia metido, para con toda diligencia buscarlo para le dar la muerte; mas nunca lo pudo saber, porque Diego Centeno y Luis de Rivera se habian metido en una cueva ó valle hondo que estaba en parte secreta y eran proveidos de algun mantenimiento por un vecino de la ciudad de Arequipa llamado Miguel Cornejo [1]; y despues de haber estado Caravajal dos dias en la costa recogendo mucha de su gente que se habia quedado atrás, determinó de se volver Arequipa, despachando primero á su capitan Morales para que fuese adonde estuviese Gonzalo Pizarro y le diese relacion bastante de lo que habia sucedido; y ansí se partió Morales á lo hacer. Caravajal entró en Arequipa, adonde robó muchos dineros, caballos y otras cosas, y por se poder quedar en su ciudad, los vecinos que andaban con él le dieron muchos presentes de oro y plata, porque era insaciable [2] la cobdicia deste tirano, y sin estar más de seis dias salió de Arequipa con voluntad de ir á las Charcas para robar lo que pudiese, y anduvo hasta que llegó á Chucuito, donde halló el bagax que habia quedado en la retaguardia encomendado á Navarro. Desde este pueblo dió licencia á Juan Jullio de Hojeda y á Mancio Sierra, á Lope Martin y á otros vecinos del Cuzco, para que se pudiesen volver á sus

[1] En el ms., *Corniejo*.—[2] En el ms., *enciasable*.

casas, y dicen que desde este pueblo se escribieron cartas muy puntosas Caravajal á Toro y Toro á Caravajal, y despues de que se hobieron partido los vecinos al Cuzco, Caravajal dió su estandarte á Pero Alonso Carrasco, al cual nombró por su alferez general. Esto pasado salió de Chucuito enderezando *y* encaminando su camino á las Charcas. En este tiempo habia dejado Lope de Mendoza en los Aullagas á Niculás de Heredia, y él con cuarenta de á caballo habia venido hácia Paria creyendo que venia Sória á Potosí, y anduvo hasta que llegó á la provincia de Paria é halló ser falsa la nueva y que no venia tal capitan. Desde Paria mandó á Pero Lopez de Ayala que con veinte de á caballo ligeramente armados fuese por el camino de Sacaca y viese si podia tener alguna noticia deste Pedro Sória, porque importaba mucho hacer amigo dél ó matarle, diciéndole que con el recaudo que hallase se viniese á la provincia de Cotabamba, adonde pensaba asentarse el real por ser bien proveida de bastimento. Pero Lopez de Ayala se partió y anduvo hasta llegar no muy lejos de donde estaba Pedro de Sória, mas como le tuviesen mucho temor los bárbaros, teníanle en partes tan secretas que si él de su voluntad no se venia, no bastaba mucha ni poca gente á le prender. Visto esto por Pero Lopez de Ayala se vino á Cotabamba, donde ya estaba Lope de Mendoza, y lo mismo hizo Heredia de ahí á diez y siete dias, y ansí juntos todos en Cotabamba entendian en aderezar armas. Pues como por toda la comarca se supiese la estada allí de Lope de Mendoza, acudian algunos de los de Centeno, el cual habia ido á Pocona para que los caciques allegasen bastimento, y quedando en su lugar el alferez Alonso de Camargo, envió algunos corredores hácia el camino real que va del Cuzco á la villa de Plata, para que tuviesen aviso qué nueva habia de Gonzalo Pizarro y de Caravajal. Partidos estos corredores anduvieron hasta que llegaron al real camino, adonde tuvieron nueva cómo Francisco de Caravajal venia de Arequipa con su campo para ir á las Charcas, lo cual por ellos entendido, volvieron adonde quedó Alonso de Camargo, y paresciéndole convenir, alzó el real *de* donde estaba para irse á juntar con Lope de Mendoza, enviándole aviso dello. Caravajal, salido de Chucuito iba caminando hácia las Charcas, llevando su ejército y campo formado, de que no poco algunos murmuraban, diciendo que no habia para qué ir tan acompañado; que mejor fuera que descansaran, pues estaban fatigados de la guerra pasada. Mas él, casi adevinando lo que habia de ser, se reia destos dichos, mandando que con priesa caminasen, y ansí yendo por sus jornadas Caravajal allegó al pueblo que llaman de Biacha, que es adelante de Tiaguanaco, adonde supo ciertamente de Lope de Mendoza y de la salida del entrada de Niculás de Heredia, y de cómo habiendo todos juntádose con él estaban en Cotabamba aderezando armas, juntando gente para le venir á buscar. Sabido esta nueva, Caravajal puso recaudo en su campo porque los enemigos no los tomasen descuidados, y deseaba que un alferez que desde la costa habia enviado con algunos arcabuceros que eran tenidos por soldados valientes, en busca de Lope de Mendoza, creyendo que iba á esconderse por algunos valles, viniesen, y caminando anduvo hasta que llegó á la provincia de Paria, donde tambien supo cómo aun se estaba Lope de Mendoza en el valle de Cotabamba.

CAPÍTULO CCXVI

De cómo Francisco de Caravajal fué acercándose hácia Pocona, y de cómo Lope de Mendoza, sabiendo su venida, se puso en órden, y lo que allí subcedió hasta que Lope de Mendoza desamparó los aposentos en que estaban alojados.

Allegado á la provincia de Paria, como habemos dicho, Francisco de Caravajal, habiendo tenido nueva como Lope de Mendoza y los de la entrada estaban en el valle de Cotabamba, mandó que se hiciese alarde de la gente que con él estaba, holgándose con la venida del alferez, que por su mandado habia ido por la costa á buscar á Lope de Mendoza, y halló que tenia docientos y treinta hombres de guerra: los ciento y veinte arcabuceros, y los demás de á caballo y piqueros. En esto ya habia llegado á Pocona Alonso de Camargo, y juntándose con Lope de Mendoza, el cual, sabido lo que pasaba y con la velocidad quel enemigo caminaba, turbóse viendo que aun no tenia tiempo para fortalecerse en algun fuerte, mirando que si queria dar batalla, Caravajal traia mucha más gente quél tenia; sin lo cual, en los suyos no habian más de veinte y cinco arcabuceros, y que los de á caballo estaban mal armados y no habian tenido lugar de hacer picas, que es gran fortaleza para la guerra; y aunque hacia estas consideraciones, Lope de Mendoza publicaba que habia de dar la batalla á Caravajal. Pues como los que con él estaban le oyesen aque-

llo, viendo el peligro ser cierto, le aconsejaban que se metiese en las montañas de los Andes, adonde buscado un fuerte se encastillasen en él, desde donde podria ser los pocos defenderse de los muchos y aun ofendelles. Mendoza, confuso no *se* determinaba á cosa alguna, ni aun en secreto lo praticaba en la consulta, ni decia más de que habia de dar la batalla á Caravajal, el cual andaba con toda la presteza que podia, y llegado cerca de Pocona, dicen que entre los suyos secretamente conjuraban contra él algunos para le matar, y que él andada recatado. Pues como allegase no muy lejos de Pocona, para justificar su causa mandó á un clérigo que se partiese luego y anduviese á toda priesa hasta llegar á donde estaba Lope de Mendoza, y de su parte dijese á los que salieron de la entrada y estaban con él, que pues ellos no habian recebido dél ningun agravio, que no se mostrasen sus enemigos, antes desamparasen á Lope de Mendoza, pues los traia con su palabra engañados; certificándoles que si otra cosa hacian, quel daño seria para ellos. Partido este clérigo anduvo hasta que llegó una noche al real de Lope de Mendoza, adonde contó muy por extenso lo que Caravajal le mandó, y aun dijo que ciertamente le trataban algunos la muerte, y que cuando más seguro estuviese habia de ser muerto á manos de los suyos, pues era cierto andar contra su voluntad y por temor de no perder las vidas: no se creyó lo que este clérigo dijo, y despues que hobo estado allí un dia, tomando licencia de Lope de Mendoza volvió á juntarse con Caravajal. Dende á dos dias vinieron los corredores que habian ido á correr el campo, y afirmaron haber visto las banderas de Caravajal, y que no estaba tres leguas de allí. Lope de Mendoza, no embargante que era varon determinado y muy valiente, tenia poco saber, por lo cual, faltándole su propio consejo, andaba tan turbado y desatinado, que no ordenaba ni entendia en fortalecerse en la plaza de Pocona ni en retirarse; y como con él se hallasen algunos hombres de consejo, amonestábanle que hiciese lo uno ó lo otro, y como entendiese cuán cerca venia Caravajal mandó que se pusiesen en órden para pelear, y que fuesen de nuevo corredores y viesen adonde allegaba, los cuales salieron de la plaza de Pocona y anduvieron hasta que se encontraron con el tirano, el cual les aseguró que pudiesen hablar con él y con los suyos, y ansí lo hicieron y estuvieron un gran rato. Caravajal les amonestaba que no siguiesen á Lope de Mendoza, que era un ladron y los traia engañados, porque so color del servicio del rey habian hecho grandes robos y cometido maldades no pequeñas él y Diego Centeno. Estas cosas y otras dijo Caravajal á los corredores de Lope de Mendoza, y mirando que convenia con presteza dar en los que estaban perplejos y confusos en lo que harian, les dió licencia para que se volviesen á su real y dijesen á todos los de la entrada lo que les habia dicho, y ellos, allegados á Pocona dijeron á Lope de Mendoza cuán cerca de allí estaba Caravajal y la mucha pujanza que traia. Lope de Mendoza, viendo que ya no podia dejar de tener batalla, mandó tomar las bocas de las salidas de la plaza, que era ancha, llana y cercada de todas partes de paredes fuertes. Pues como ya Caravajal allegase con su gente, dióse *en* entrambos reales alarma; Lope de Mendoza dejó la plaza, retirándose un cuarto de legua con determinacion de dar en los enemigos de noche. Caravajal anduvo hasta que llegó á la plaza y los soldados comenzaron de robar el bagaj de Lope de Mendoza, y aunque Caravajal les mandaba que se juntasen, no bastaba, porque con la cobdicia de haber el despojo andaban desparcidos por todas partes, y porque se juntasen, Caravajal mandó dar alarma, á la cual todos vinieron, y mandó al capitan Alonso de Mendoza que con la gente de su compañía se pusiese junto á una puerta de aquellas que tenia la plaza, y á otros capitanes mandó tomar otras dos, diciéndoles que cada uno entendiese en guardar su estancia sin menearse aunque fuesen llamados para socorro. Venida la noche, Lope de Mendoza y los suyos se aderezaron, y para quellos pudiesen con los caballos entrar por una de las puertas, mandaron algunos indios que fuesen á caballo y llevasen en las manos mechas de arcabuces encendidas, porque los enemigos, creyendo que venian á pelear con ellos por aquella parte, acudiesen á se defender, y que en el entretranto los de á caballo abrian entrada en la plaza. Tenian Lope de Mendoza y los suyos gran confianza en que Caravajal habia de ser por los que traia consigo muerto ó preso, y este temor no lo perdió Caravajal, porque todos afirman que aquella noche no le vieron mandar cosa ninguna, ni mostrarse como capitan; antes andaba disfrazado, lo cual hacia por el miedo que tenia á los suyos no le matasen. Los de Lope de Mendoza querian entrar á pie, diciendo que de noche es poca la fortaleza de los caballos, y que entrando á pie harian más daño en los enemigos; cierto, estaban los de la entrada con tan grande miedo, que si todos acometieran á pie por la calle que iba á una de las

puertas que salian á la plaza, y ganaran aquella estancia, quedaran por señores del campo, porque no hay duda si no que Caravajal fuera por los suyos buscado y muerto. Lope de Mendoza no osó seguirse por este consejo, diciendo que por la parte quél sabia podian entrar juntos seis de á caballo, lo cual era imposible, porque con gran dificultad podian entrar dos de á caballo, y estaba bien guardada por arcabuceros. Alonso de Mendoza fué el que hizo aquella noche la guerra con sus arcabuceros, porque saliendo junto á la puerta, viendo los indios que venian en los caballos, creyendo ser los enemigos comenzaron á disparar los arcabuces, y llegando Lope de Mendoza por la otra parte, tambien se dió alarma; mas con los caballos poco fruto pudieron hacer. Todos daban voces que se apeasen; Lope de Mendoza jamás lo quiso hacer, y los que dellos estaban á pie lo hicieron tan valerosamente que á pesar de los enemigos entraron la puerta algunos dellos, adonde murió Pero Lopez de Ayala y otros dos soldados, y fueron heridos hasta doce, y de los de Caravajal fueron pocos heridos, y no embargante que peleasen bien los de Lope de Mendoza, no pudieron defenderse de tantos como eran los enemigos, y como era de noche era temeroso el pelear, y el ruido y tomulto grande. No hobo más muertes porque los arcabuces tiraban sin ver á donde, é no pudiendo ya sostenerse los de Lope de Mendoza, volviendo las espaldas desampararon la puerta que con su esfuerzo habian ganado. Pues como por aquella parte que con los de á caballo fué Lope de Mendoza no hobiese podido entrar en la plaza, porque su deseo no era otro sino poderlo hacer, porque luego creyó fácilmente por él fueran desbaratados, revolvió hácia la puerta por donde ya salian los suyos desbaratados, y juntos les preguntó ¿qué seria mejor hacer? todos con grandes voces le dijeron que se apease del caballo y que haciendo lo mismo todos entrasen por una de las puertas acometer á los enemigos; respondió Lope de Mendoza que más acertado seria irse todos á salir por el camino de Collao y aguardar á Caravajal en una emboscada para dar en él y su gente; y diciendo esto comenzó de caminar y los suyos le siguieron los que estaban á caballo, porque los infantes, no hallando los que dejaron, les fué forzado aguardar al día. Caravajal aquella noche no la pasó diciendo chufletas ni donaires, sino de la manera que habemos contado, y aunqu' él habia sido avisado que se guardase porque los suyos conjuraban de le matar, nunca jamás procuró saber lo cierto destas conjuraciones; la causa, creo yo, barruntando que los principales de su real eran los auctores en ella. Venido el dia se recogeron todos, contando en el peligro que allí tuvieron la noche pasada. Luego por la mañana mandó ahorcar un Juan Garcia, bien señalado en los de la entrada, el cual allí se habia quedado por estar malo, y murió sin confesion.

CAPÍTULO CCXVII

Cómo Lope de Mendoza y los que con él iban dieron en el bagaj de Caravajal, é yéndose á esconder á los montes los alcanzó Caravajal, y de la muerte de Lope de Mendoza y Niculas de Heredia.

Salido de los aposentos de Pocona el capitan Lope de Mendoza, anduvo con toda priesa hasta que venido el dia se pudo ver los que con él venian, y halló que le faltaban más de sesenta hombres; viendo, pues, que ya de todo punto iba desbaratado, y lo que más le convenia era irse á meter á la espesura de los Andes, dijo á los que con él iban que anduviesen con toda presteza hasta que alcanzasen la retaguardia de Caravajal, para que despues de haber robádole su fardaje se fuesen á los Andes, adonde estarian seguros de la furia de los tiranos y aguardarian á tener nueva de lo que Su Majestad proveia. Paresciéndoles feo hacer tal cosa, los soldados de la entrada le respondieron que ellos le seguian para pelear y no para robar las haciendas de los soldados que venian con Caravajal, pues muchos dellos le seguian por fuerza y contra su voluntad; por tanto, que si queria dar batalla á Caravajal, que ellos moririan peleando por el servicio del rey, sin mirar cuántos, más quellos eran los enemigos; sin esto dijeron que irse á meter en los montes lo tenian por más trabajo, pues bastaba el largo tiempo que habian gastado en la entrada. Lope de Mendoza, todos los que le conocieron saben su gran valor y esfuerzo; mas mirando que guiarse por lo que decian los soldados seria temeridad y no valentía, sin les responder cosa alguna anduvo hasta que llegó á encontrarse con el bagaj de Caravajal, y algunos que lo venian guardando, creyendo venir vencedores les mostraban los lios de oro y plata, vinos, conservas y lo demás que traian, lo cual viéndolo al ojo, aunque poco antes lo habian reprobado, comenzaron de robar todo lo más que podian, hasta poner las indias á las ancas de los caballos, dando para todo ello licencia el capitan Lope de Mendoza. Pues

como los indios que traian las cargas viesen la burla, queriendo gozar del tiempo, muchos se fueron á sus casas con los lios y cosas preciadas. Sobre si era bien hecho ó no, ir cargados á los montes del oro, se platicó é hobo porfias entre los españoles, sobre lo cual cuarenta dellos se apartaron de Lope de Mendoza, diciendo que no querian más seguirle, y él les amonestó que á una parte y á otra del camino se apartasen, procurando de meterse en los pueblos de los indios, porque Caravajal no mataba sino á los que huian, y ansí de diez en diez se dividieron. Lope de Mendoza con hasta treinta fué caminando para meterse en los Andes. En el inter desto, el capitan Francisco de Caravajal habia mandado que se aparejasen todos los que con él pudiesen tener, porque habia de ir en seguimiento de Lope de Mendoza adonde quiera que fuese, y haciéndolo ansí, sin llevar mucha órden, comenzaron de caminar y vieron venir á unos de á caballo, los cuales eran Grabiel Bermudez, Rodrigo Pantoja y otros que se venian á juntar con él, teniéndolo por mejor que no andar huyendo por los montes. Caravajal los recibió bien, y ansí habia hecho á otros de los de la entrada que con él se habian juntado. Supo dellos cómo le habian robado el fardaje, lo cual oyó con paciencia, diciendo que presto lo cobrarian; y ansí, yendo caminando por un camino algo áspero que iba á salir á la espesura de los Andes, tanta priesa llevaba en caminar, que toda la mayor parte de su gente se le quedó, que pocos más de cincuenta pudieron seguirle. Lope de Mendoza habia caminado por aquel mismo camino á grande andar, é ya que era noche escura durmió dos leguas de donde Caravajal habia hecho lo mismo, y aun no era venida el alba cuando Lope de Mendoza, prosiguiendo su camino, anduvo aquel dia tanto que le paresció ser imposible poder allegar Caravajal hasta allí, y como ya fuese tarde y todos estuviesen tan cansados, junto á un furioso rio que por allí corria se apearon. Caravajal con gran celeridad le venia siguiendo, llevando por guias indios naturales de aquellas provincias, los cuales le daban siempre aviso adonde estaban, y ansí, de los indios que iban delante volvió uno en tiempo que ya era pasada la media noche, el cual dijo á Caravajal haber visto los fuegos cerca de allí, y como aquello oyó prosiguió su camino con la oscuridad de la noche, y no siendo poco áspero, Lope de Mendoza, allegado aquel rio, paró para comer de lo que traian, y fué grande el yerro que hicieron en parar en aquel lugar, porque si pasaran el rio estaban seguros de sus enemigos, y estando adonde estaban era tan grande el estruendo que llevaba el agua dél, que aunque abajaran con gran ruido los enemigos á dar en ellos, no lo sintieran. Dicen que algunos dijeron á Lope de Mendoza que fuesen adelante, pues conocia con la presteza que Caravajal caminaba, y que teniendo por imposible poder llegar allí aquella noche, no pasó el rio. Pues como Caravajal supiese del indio en la parte que estaban, reparó y vido que no habian allegado de los suyos más de hasta cuarenta; mandóle que se juntasen al dar en ellos, y que Alonso de Mendoza con los arcabuceros fuese un poco más adelante, y ansí comenzaron á bajar al vallecete de hácia el rio adonde estaba Lope de Mendoza, y algunos caballos relincharon, de manera que si no fuera por la rezura del rio, no pudieran dejar de ser sentidos; mas á la verdad dormian con más sosiego que convenia á los hombres de guerra. Llegados al llano, Caravajal, poniendo su gente en órden, fué á dar en los que estaban durmiendo. Pues como fuese delante Alonso de Mendoza y viese de la suerte que estaban, mandó á los arcabuceros que disparasen por alto, al cual ruido recordaron muy turbados, yendo algunos á echarse al rio y otros á esconderse; algunos fueron heridos con la súpita llegada, y uno muerto, é yendo huyendo Lope de Mendoza y Alonso de Camargo fueron alcanzados por el capitan Martin de Almendras y por Diego de Almendras su hermano, y por el alferez Iñigo Lopez Carrillo; Lope de Mendoza, empuñándose en su espada comenzó á defenderse con grande esfuerzo, lo cual aprovechó poco, porque dándole una herida en la cabeza y una lanzada en una pierna cayó en el suelo, donde fué preso, y lo mismo su alferez Alonso de Camargo; junto al rio tambien fué preso Niculas de Heredia, capitan de los de la entrada, y traido delante de la presencia de Caravajal, sin mirar á sus lloros ni suplicaciones, mandó darle garrote, y luego murió sin confision; á otros cuatro que se prendieron mandó que se diese la misma muerte. Traido por los Almendras delante de su presencia el capitan Lope de Mendoza, le preguntaba algunas cosas, hablándole blandamente; mas el varon esforzado quiso que triunfasen solamente de su persona y no de su virtud y ser; y ansí, aunque las heridas no eran mortales, jamás quiso hablar palabra, ni que se entendiese tener en mucho la vida. Caravajal mandó que pusiesen un cordel en su pescuezo y diesen vuelta con el garrote hasta que de todo punto fuese muerto, y algunos le decian que dijese el Credo, y sin respon-

der á ninguno que le hablase, ni él hablar palabra, murió y le fué cortada la cabeza, la cual la entregaron á Dionisio de Bobadilla para que llevándola á la ciudad de Arequipa la pusiese en el rollo della, adonde estuvo algunos dias; y aquella noche Francisco de Caravajal mandó al capitan Alonso de Mendoza que saliese en busca de los que habian huido, y como la tierra fuese fragosa se despeñó el caballo y pasó harto riesgo y dió la vuelta al real. Caravajal mandó que se guardase Alonso de Camargo, porque queria informarse dél, y á los demás de la entrada facilmente perdonó. Luego por la mañana se juntó todo el fardaje que tenia Lope de Mendoza y los suyos, y allí cada uno tomó lo que le habian robado. Pasado esto y deshecho de todo punto el capitan Lope de Mendoza, Francisco de Caravajal se volvió á Pocona con sus banderas tendidas, y llegándose á los aposentos mandó ahorcar á un soldado llamado Porras, que allí halló, y partiéndose por el valle de Cotabamba mandó al capitan Alonso de Mendoza que se fuese delante á proveer las cosas necesarias; y llegado á Cotabamba despachó á su maese de campo Dionisio de Bobadilla, para que diese relacion á Gonzalo Pizarro del fin que habia hecho la guerra, y que mandase poner la cabeza de Lope de Mendoza en la picota de la plaza de Arequipa, y estuvo treinta dias en Cotabamba Caravajal proveyendo algunas cosas y recogendo toda su gente, y á los de la entrada dió licencia para que se pudiesen ir á las ciudades del Cuzco y Arequipa; á Grabiel Bermudez mandó que residiese por capitan en Chuquiavo, y á Pero Gutierrez Altamirano, en Hayohayo, y Alonso Caballero, en Paria, y que tuviesen en justicia los indios y los caminos seguros; y de allí fué Caravajal á Paria, adonde robó cierta plata que le dijo Camargo que estaba. Luego, con la gente que le paresció se fué á la villa de Plata y entró en ella con gran triunfo, adonde, como su cobdicia fuese tan grande, comenzó á robar todo lo que podia y envió á muchos de sus cómplices para que fuesen por los repartimientos y cobrasen los tributos, lo cual todo aplicaba para sí, y algunos que se fueron al Cuzco les mandó que dijesen Alonso de Toro quél habia recebido unas cartas suyas en que le enviaba á decir que no robase tanto, que ¡pesase á tal! que lo quél robaba no era para hacer mayorazgo en su hijo Pablillos que habia veinte años que era ahorcado, y que todo el dinero que habia era para el servicio del gobernador. Estas cosas y otras envió á decir Alonso de Toro al Cuzco, é porque ya en este tiempo estaba Gonzalo Pizarro en la ciudad de Los Reyes, será bien que contemos su venida del Quito, y de otras cosas notables.

CAPÍTULO CCXVIII

Cómo Gonzalo Pizarro salió de la ciudad del Quito dejando por su capitan á Pedro de Puelles, y de las señales que se vieron en Quito despues dél salido.

Ya hemos escrito en lo de atrás lo que sucedió en la ciudad del Quito despues que se dió la batalla, hasta que della fué salido el Adelantado don Sebastian de Belalcazar; agora tenemos que contar su salida de aquella ciudad, de Pizarro, y como entonces no se tuviese nueva cierta de lo hecho por Francisco de Caravajal, ni la guerra que hacia Centeno en los Charcas, deseaba irse á la ciudad de Los Reyes para desde allí poder proveer á todas partes lo que más conviniese; y ansí, tomando parecer con los principales de su campo, determinó de lo hacer, enviando primero á mandar á todas las ciudades que enviasen á Los Reyes sus procuradores para que en nombre de sus cabildos den poder á Lorenzo de Aldana y á Gomez de Solis, que habian de ir por procuradores á España, á pedir á Su Majestad le hiciese Gobernador, y escribiendo sus cartas al capitan Lorenzo de Aldana le avisó de todo lo que digo, y antes quél partiese de Quito mandó al licenciado Benito Juarez de Caravajal que fuese por juez de los pueblos de la costa y tomase residencia á los que en ellos habian sido sus tenientes. Luego dende á pocos dias salió de la ciudad del Quito con todos sus capitanes y gente, despues de haber dado en ella repartimientos á muchos de sus amigos, y por sus jornadas anduvo hasta llegar á los reales aposentos de Tomebamba, y en ellos estuvo algunos dias, y con parescer de los capitanes y principales que allí iban se acordó que Pedro de Puelles volviese á Quito, y que en él fuese teniente y capitan suyo y tuviese aquella frontera bien guardada, de manera que por la gobernacion de Popayan no les viniese ningun estorbo, y él dió grande esperanza que con toda lealtad haria lo que le mandaban; el cual, luego se volvió á Quito acompañado de los que por mandado de Pizarro en él quedaban, y mirando Gonzalo Pizarro que ya en todo el Perú no tenian ningun contraste, ni guerra que le diese congoja, porque la de Centeno siempre tuvo por cierto que Caravajal le daria fin, determinó de derramar alguna gen-

te de la que con él allí iba, y ansí mandó al capitan Alonso de Mercadillo que con los soldados que bastase fuese á poblar una ciudad en las provincias de los Paltas, á la cual pusiese por nombre La Zarza. Alonso de Mercadillo se partió con la gente que convino para hacer la nueva poblacion, lo cual hecho, Gonzalo Pizarro dió licencia al capitan Juan Porcel para que fuese á la entrada de los Bracamoros, y mirando que convenia proveer de capitan y teniente de gobernador á la ciudad de Leon de Guanuco, determinó de enviar al capitan Juan de Sayavedra, y ansí mandó al licenciado Cepeda de su parte se lo dijese. Juan de Sayavedra, por no tener cargo de Pizarro, se excusaba; mas siendo sebrello importunado, viendo convenirle no hacer otra cosa más de lo que Gonzalo Pizarro quisiese, lo abcetó. Despues que hobo estado algunos dias Gonzalo Pizarro en Tomebamba, se partió á Canarebamba, desde donde anduvo hasta que llegó á Carrochamba, y porque aquella provincia estaba levantada del servicio de los españoles, creyendo atraella á su amistad, se estuvo algunos dias; mas viendo que no querian, pasó adelante y anduvo hasta llegar al pueblo de Ayabaca, desde donde se partió el capitan Juan de Sayavedra á gobernar á Guanuco. Pues como Gonzalo Pizarro hobiese ya muerto al visorrey, paresciéndole que convenia á su opinion tener amigos fieles que gobernasen en su nombre las ciudades de todo el reino, mandó á Gomez de Alvarado que fuese teniente de las Chachapoyas, llamada la Ciudad de la Frontera; á Diego de Mora nombró tambien por su teniente de Trujillo, los cuales con los vecinos de aquellas ciudades se partieron para las tener á cargo; de todas ellas y de las demás del reino venian procuradores á la ciudad de Los Reyes para dar poderes á los que habian de ir á España. Pedro de Puelles habia llegado á Quito, adonde dicen que en aquel tiempo, estando un dia el cielo sereno y muy claro, se vido en la region del aire cerca del sol dos figuras ó tales que parescian dos leones, y que venian acompañados de otras lumbres ó aparencias celestes, y que arremetió el uno contra el otro como que estuvieron peleando, saliendo el uno de hácia el Poniente y el otro de hácia el Oriente, y el que venia á la parte del Poniente fué deshecho, y pasando el otro por él desapareció y el sol quedó claro como de antes estaba; y los naturales del Quito que vieron lo que ansí habia pasado, hicieron grandísimo ruido con sus gritos y voces, como ellos suelen cuando ven alguna señal en el cielo, adivinando el incendio tan cruel de las guerras que habian de venir, lo cual tambien pronosticó Fray Jodoco, de la órden de los franciscanos, astrólogo que mucho entiende en señales y en otras cosas desta arte; y aun si no me engaño, estando yo en la ciudad de Los Reyes me contó haber visto por sus ojos lo que habemos contado, y aun me dió la relacion dello de su letra. Volviendo á Gonzalo Pizarro, desde Ayabaca abajó á los llanos y fué á la ciudad de San Miguel; antes de allegar allá le fué la nueva de las señales que habian visto en el cielo, de lo cual se espantaron mucho. En esta ciudad de San Miguel estuvo algunos dias proveyendo lo que convenia á ella y á la de Guayaquil, Puerto Viejo, y del capitan Martin de Alarcon supo lo que habia pasado en Panamá, y mandó que fuese llevado Vela Nuñez á la ciudad de Los Reyes. Algunos hobo que aconsejaron á Gonzalo Pizarro que no consintiese sacar ninguna plata ni oro del reino hasta que Su Majestad le enviase la provision de Gobernador; nunca vino en ello, ni quiso que se perdiese la contratacion de los mercaderes. A los leales Sayavedra y Lerma que habian venido presos con Vela Nuñez, con gran crueldad mandó matar Martin de Alarcon, el que los traia á cargo, receländose no se alzasen con la nao y le matasen á él.

CAPÍTULO CCXIX

De cómo el capitan Juan Alonso Palomino allegó á Tierra Firme, y de la entrada en Nombre de Dios de Melchior Verdugo.

Para dar fin á lo que hizo el capitan Melchior Verdugo despues que salió de la provincia de Nicaragua, conviene que dejemos de tratar de Gonzalo Pizarro, pues nos queda tiempo para hablar de todo. Salido, pues, que salió de Nicaragua el capitan Juan Alonso Palomino, vino á la costa del Perú y junto á Puerto Viejo estuvo más de treinta dias aguardando á ver lo que mandaba Gonzalo Pizarro, el cual le escribió que se partiese para Panamá, y que dijese de su parte al general Pedro de Hinojosa que tuviese gran cuidado en el armada; é yendo navegando Palomino entró en Panamá, adonde contó á los capitanes perulenses lo que pasaba, y de cómo Verdugo hacia gente para venir contra ellos. En el inter desto, el capitan Melchior Verdugo con la gente que contamos habia andado por la laguna hasta que saliendo por el mar Oceano ó del Norte, mandó al pilocto de un barco de los que él iban que guiase para me-

terse en el puerto del Nombre de Dios, diciendo que seria muy importante echar de Tierra Firme á los del Perú, para que estuviese libre aquel reino y Su Majestad no deservido de los que en él estuvieren; y ansí, sin hacer estruendo entraron en el puerto á la segunda vigilia de la noche. Estaba en este pueblo el capitan Pedro de Cabrera, y como se temiesen de la venida de Verdugo ó de otro capitan, estaban siempre en una de las principales casas del Nombre de Dios mucha gente junta para resestir á quien viniese si quisiese entrar en la ciudad contra su voluntad. Con esta gente se halló aquella noche el capitan Hernan Mejia, que tambien estaba en el Nombre de Dios. Pues como entrase Verdugo con los suyos, como habemos contado, se fué á la casa donde estaba el capitan Hernan Mejia y la gente, porque don Pedro no se halló aquella noche con su gente, antes afirman que la tuvo en los brazos de su amiga. Llegados, pues. comenzaron de combatirla; los que estaban dentro, espantados del súpito acontecimiento, no sabian qué gente era la que contra ellos habia venido, hasta que por el apellido conocieron ser Verdugo; comenzaron d' encastillarse y de jugar con los arcabuces; la noche hacia parecer mayor el ruido que lo que era, y siendo el tomulto de las voces grandes, recudiendo el sonido dellas por toda la pequeña ciudad, los soldados del Perú salian furiosos á ir á donde sus capitanes estaban. Los mercadores y vecinos, creyendo que eran franceses, unos entendian en huir al monte y otros en esconder la moneda, y otros con sus armas salieron á ver lo que era, y como el monte no estuviese lejos se fueron con gran priesa á meter en él; y en esto, aunque jugaban los arcabuces no hicieron daño, por ser como era de noche. Viendo, pues, Verdugo que recrecia gente, mandó poner fuego á las casas, y en esta escaramuza los unos ni los otros no pudieron mostrar su esfuerzo y virtud, porque Hernan Mejia, creyendo que Verdugo venia más potente de lo que estaba, y viendo que la casa ardia, por ser armada sobre madera, la desampararon, y acompañado de los soldados que con él pudieron salir se fué á Panamá al mayor andar que pudo. Las casas con gran ruido ardian y fueron con el incendio consumidas, y lo mismo mucha mercadería que dentro habia; todos los más de los soldados que allí estaban del Perú fueron por el monte á salir á Panamá. Venido el dia, Verdugo mandó á los suyos que no robasen ni hiciesen en los robadores ningun daño, y él les habló á todos, diciendo que por servir al invitísimo César nuestro señor habia venido con voluntad de morir en su servicio, ó echar á los capitanes del Perú de toda Tierra Firme; y ansí, despues de les haber hablado, mandó que se recogesen todas las armas que hobiese, y que se aderezasen los arcabuces y tiros. Todo se hacia con gran presteza, allegando á sí las más gentes que podia de las que en aquella ciudad estaban, y mandando tambien que fuesen espías fieles al camino que va del Nombre de Dios á Panamá.

CAPÍTULO CCXX

De cómo sabido en Panamá lo que pasaba, lo sintió mucho el general Pedro de Hinojosa, y de lo que proveyó, y de cómo salió el gobernador Rivera con los capitanes del Perú, los cuales fueron al Nombre de Dios, donde Verdugo fué desbaratado é huyó por la mar.

Pasado lo que habemos contado, en la ciudad del Nombre de Dios. los que salieron de aquella grita ó ruido anduvieron con tanta celeridad que en breve tiempo dieron la nueva en Panamá á Pedro de Hinojosa y á los otros capitanes que allí estaban, la cual, haciendo mayor el poder de Verdugo de lo que era, los puso en gran cuidado, sintiendo mucho Hinojosa el desbarate de su capitan y haber perdido al Nombre de Dios, y luego mandó que todos los soldados se juntasen y se pusiesen en órden, y envió á tomar los caminos porque ni pudiesen entrar ni salir en Panamá sin ser sentidos. Sin esto, todas las armas se adrezaron, y al rio de Chagre mandó que fuesen por las armas que hallasen en los barcos y que trujesen el biscocho y alpargates que hobiese, pues era necesario y muy conviniente para el proveimiento de los soldados. Teniendo recelo no viniese Verdugo á Panamá, envió corredores diligentes hácia el Nombre de Dios para ver si venia, mandando tambien los navios que estuviesen bastecidos y aderezados, si para menester fuese, entrar en ellos. Estos proveimientos hizo Hinojosa con gran cordura, y por ver si su gente estaba con cuidado mandó tocar al arma, á la cual salieron los capitanes y soldados con buena determinacion, y dijo que siempre estuviesen en escuadron. Despues de juntos, el general mandó que saliesen al campo, y allí brevemente les habló que bien habian entendido la entrada de Verdugo en el Nombre de Dios, y aun de cómo habia desbaratado al capitan don Pedro y puesto fuego á

las casas y hecho otros daños no poco feos, para lo cual él no traia poder ni comision de Su Majestad, ni más que una provision librada de los Oidores y Presidente del Audiencia de los Confines para hacer gente é ir con ella en socorro del visorrey, porque aún no sabian de su muerte, y que determinaba de ir á dar en él antes que hiciese más daño ni tuviese más poder. A lo cual todos le respondieron que cumplirian su mandamiento é irian adonde él mandase; y pasado esto se volvieron á la ciudad, y como algunos de los que estaban en Panamá no se hobiesen hallado en la batalla que en Quito se dió al visorrey, y paresciese que Melchior Verdugo mostraba hacer la guerra por servir al rey, no estaban muy de gana para ir contra él, y aun al mismo general Pedro de Hinojosa le pesaba porque se hobiese recrecido esta contienda, viendo que si allegaban á las manos no podian dejar de morir gente de una parte y otra, con lo cual Dios y el rey serian deservidos; y pares-cíale que irse y dejar el reino de Tierra Firme á Verdugo, que perdian mucha reputacion, y que ille á dar batalla con su autoridad, que resultaba el daño ya dicho; y para librarse destos temores se fué luego adonde estaba el gobernador Rivera, y á él y á los del cabildo dió bastante informacion de lo que Verdugo en la ciudad del Nombre de Dios habia hecho, y de cómo no traia comision ni poder de Su Majestad para hacer guerra; que por haber puesto fuego á las casas que llenas de mercaderias estaban, era digno de gran pena, y por tener el reino gobernador en nombre del rey no quiere entremeterse en aquel negocio; mas que mirasen que Verdugo desde Nombre de Dios querria venir á Panamá á hacer más daño del que habia hecho; por tanto, que convenia que no lo consintiesen, pues ellos y no Verdugo eran los que habian de dar cuenta á Su Majestad dello. Como aquesto hobo dicho Pedro de Hinojosa, los mismos del cabildo y el gobernador, que era el doctor Rivera, pidieron á Hinojosa favor para ir contra Verdugo y echalle de la ciudad del Nombre de Dios, lo cual yo bien creo que fué mañeado entre unos y otros, y ansí el mismo gobernador se aderezó para ir al Nombre de Dios, haciéndole Hinojosa y los demás capitanes pleito homenaje que en todo complirian sus mandamientos como de gobernador que era en aquel reino de Su Majestad, y ansí luego se ordenó la gente que habia de ir, mandando el general que fuesen de nuevo rondas y velas al camino que va al Nombre de Dios, porque no les fuese aviso público que se iria á embarcar en los navíos para irse al Perú; y para que ansí lo tuviesen por cierto mandó venir las barcas de las naves y que metiesen en ellas ropa, y con gran diligencia mandó que todos los soldados se aderezasen para salir de Panamá, y pudo haber para todos cabalgaduras por las muchas mulas que siempre allí hay. Al capitan Hernan Mejia mandó que fuese delante con los arcabuceros sobresalientes. Luego salió el gobernador con el general Pedro de Hinojosa y los capitanes Rodrigo de Caravajal, Pablo de Meneses y don Baltasar de Castilla y los demás que solian estar en Panamá, dejando buen recaudo, ansí en ella como en los navios, los cuales tenía á cargo Juan Hernandez, capitan de la mar por Gonzalo Pizarro. En este tiempo el capitan Melchior Verdugo se estaba en Nombre de Dios peltrechando de armas y de las demás cosas convinientes para la guerra, y holgara que los de Panamá se contentaran con tener el puerto de la mar del Sur y que le dejaran estarse con el de la mar del Norte hasta ver lo que Su Majestad proveia, pues muerto ya el visorrey no podria salir con su demanda. Conocida su voluntad, algunos de aquellos mercaderes caudalosos le pidieron licencia para ir á tratar algunos medios que le fuesen honestos, mas su voluntad no era otra sino avisar al gobernador y al general de la manera que Verdugo tenia y adonde tenia puestas sus espias; idos éstos, encontraron con el capitan Hernan Mejia, que con los sobresalientes arcabuceros venia delante, como ya habemos relatado, al cual dijeron en el lugar que hallarian las espias de Verdugo. Pues como Hernan Mejia desease vengarse de lo pasado, deseó en gran manera poderlas tomar para que se entrase en el Nombre de Dios sin que Verdugo tuviese aviso; y ansí, entrado por la montaña con los suyos, se dió tal maña, que sin que pudiese ninguno de los que estaban escaparse para llevar la nueva, fueron presos, y con mucha priesa caminaban para se acercar al Nombre de Dios. Pues como Verdugo, sin aquellos que tenia puestos por espias, hobiese enviado algunos indios de los suyos para que mirasen si venia gente, fué avisado por un indio cómo todos los capitanes de Panamá venian contra él; lo cual como Verdugo supo, con gran celeridad mandó tocar al arma, diciendo que se juntasen todos los que habian, que pasaban de más de trecientos y cincuenta hombres, y en esto dábanse tanta priesa andar los de Panamá, que ya llegaban á ponerse encima de un pequeño collado que está junto de la ciudad, y como por aquel camino no

viniese agua y el calor que hizo aquel dia fué grande, murieron de sed Jerónimo de Caravajal, alferez del capitan Rodrigo de Caravajal, y Mata, sargento del capitan Pablo de Meneses; y en esto, como estuviesen tan cerca de la ciudad, el gobernador mandó Antonio de Medina, y á Marchena, vecino de aquel reino, que fuesen á Verdugo, al cual de su parte dijesen que paresciese antél con las provisiones que traia para que se hiciese lo quel rey mandaba. En este tiempo el capitan Verdugo, porque los suyos no se metiesen entre las casas, mandó á los capitanes y alferez que sacasen las banderas á la marina para que junto á unos barcos que en ella estaban se formase el escuadron, y ansí fué hecho, poniendo delante su frente de arcabuceros, y allegaron á él los mensageros del gobernador; mas conociendo cuán metido estaba con los del Perú, no les dió otra respuesta sino que las armas lo habian de averiguar. En esto, el general Hinojosa en aquel alto ordenó su gente como habian de pelear, y el capitan Hernan Mejia con los sobresalientes arcabuceros movió para los enemigos, y llegando cerca unos de otros se comenzó la escaramuza con los arcabuces y fueron algunos muertos de una y otra parte, y entrellos el capitan Rodrigo de Caravajal, gran secaz de Gonzalo Pizarro, y tanto que afirman que si fuera vivo cuando entró el presidente Gasca, que pudiera ser que no le entregaran el armada. Pues como toda la más de la gente que tenia Verdugo fuesen mercaderes y no nada amigos de guerra, tuvieron por mejor algunos dellos huir, que no estar á peligro tan grande, y ansí los demás, vueltas las espaldas, dejando las armas, á toda priesa se fueron á meter en la montaña; y otros, como ya hobiesen llegado los capitanes y toda la gente, arremetiendo para la que quedaba de Verdugo fueron rotos y desbaratados, más por la cobardía de los que huyeron que por falta de ánimo y esfuerzo del capitan, á lo que unos cuentan, y á lo que otros dicen es al contrario, porque afirman que él tenia más ojo al barco para ir al navio que no á ver á los enemigos para pelear. Al fin, dejemos estas opiniones, que cierto Verdugo sirvió notablemente y aventuró mucho y perdió más; el cual, con algunos amigos suyos, temiendo la muerte se metió en las barcas y como mejor pudo se fué á los navíos, y ansí hicieron fin los movimientos de Verdugo. Desbaratado, pues, Verdugo, los soldados quisieron poner á saco la cibdad del Nombre de Dios, lo cual estorbó el general, no embargante que aunque lo procuró con todas sus fuerzas, no se dejó de hacer algun robo y algunas muertes, lo cual entendido por él mandó á los mercaderes que paresciesen antél porque les mandaria pagar lo que les habian tomado; mas estas pagas nunca son ciertas. Pasado lo que habemos contado, el general Pedro de Hinojosa dejó en el Nombre de Dios al capitan Hernan Mejia con la compañía que primero habia tenido el capitan Rodrigo de Caravajal, y en este tiempo, de algunos navios que venian de España supieron de la venida del presidente Gasca, y de cómo Su Majestad le habia dado grandes poderes para entender en las cosas que habian sucedido en Perú, y aun echaron fama que traia provision de gobernador para Gonzalo Pizarro; con esta nueva todos mostraron gran contento en la oir, y el general Hinojosa y el gobernador Rivera se partieron á la ciudad de Panamá con los demás capitanes; porque ya es tiempo que contemos el subceso del presidente Gasca, dejando esta materia trataremos su llegada al Nombre de Dios.

CAPÍTULO CCXXI

Cómo el presidente Pedro Gasca anduvo hasta que llegó á Santa Marta, donde supo del gobernador Miguel Diaz de Almendariz la muerte del visorrey.

Ya contamos en lo de atrás de la manera que por el invitísimo César nuestro señor fué proveido por presidente del Perú el licenciado Gasca, é por sus Oidores el licenciado Andrés de Cianca y Renteria, é la manera que se le dió el despacho con los poderes tan largos y espléndidos que trujo para la gobernacion del Perú, é cómo se embarcó en el puerto de Sanlucar de Barrameda para venir á este reino, viniendo con él los Oidores Andrés de Cianca é Renteria, y el mariscal Alonso de Alvarado, y el adelantado Andoaga é otros caballeros de ser; é despues que salió del puerto de España, anduvo hasta que llegó á la isla de la Gomera, en la cual entró viernes, á cuatro dias del mes de Junio, año del Señor de mill e quinientos y cuarenta e seis años, é despues de haberse proveido de las cosas nescesarias para los navios, salieron de aquel puerto é anduvieron hasta llegar á la ciudad de Santa Marta, adonde el presidente mandó á los pilotos que tomasen puerto, é salido en tierra a quince dias de Julio andados, del año ya dicho, fué muy bien recibido él é los Oidores é más caballeros que venian acompañándolo, del licenciado Miguel Diaz Armendariz, go-

bernador que era de aquella provincia é de la de Cartagena é de otras partes, y allí supo el presidente cómo estando Gonzalo Pizarro en la ciudad del Quito con copia de más de sietecientos hombres, salió de la gobernacion de Popayan el visorrey Blasco Nuñez Vela con pocos más de trecientos é mal armados é se fué á Quito, donde Gonzalo Pizarro, en el campo que llaman de Anaquito le dió batalla, en la cual el visorrey habia sido muerto, é mucha de su gente, y la demas desbaratada; y ansimismo supo del mismo gobernador cómo saliendo de Nicaragua con copia de gentes é capitanes, Melchior Verdugo, vino al Nombre de Dios, donde á la sazon estaba por capitan don Pedro de Cabrera, y entró de noche é los desbarató, lo cual sabido en Panamá vinieron al Nombre de Dios el doctor Rivera, gobernador, é Pedro de Hinojosa, general, con la gente del Pirú, é lo habian desbaratado, é que Melchior Verdugo habiendo salido del Nombre de Dios se habia venido á Cartagena á se reformar, como era la verdad. Sabidas estas nuevas por el presidente, pusieron en su ánimo grandes pensamientos que mucho le congojaban, pareciéndole que los negocios de todo punto iban roctos é tan mal guiados, que si Dios con su clemencia no alzaba su ira de aquel reino, que seria cosa muy dificultosa tratar de paz ni reducirlo al servicio de Su Majestad, é pensaba qué principio daria á los negocios para que los fines fuesen prósperos; no se determinaba si haria saber su venida en el reino de la Nueva España, ó si se iria á Tierra Firme á probar la fee y lealtad de los que en ella estaban para el servicio del rey, ó si pasaria al Perú privadamente á encaminar á Pizarro en él y á persuadirle se apartase de la demanda tan loca que tenia; lo uno e lo otro tenia por dificultoso, porque enviar á la Nueva España era cosa muy larga, é ir á Panamá, si los que en ella estaban no le acudian ó le recrecia alguna deshonra, era perder de su honor y reputacion. Pasar al Perú habiendo acabado de matar al visorrey é dádole la batalla, parecíale que más hallaria en los que en él estaban soberbia que humildad; é despues que hobo dado de todo parte á los Oidores y al mariscal, se determinó de pasar al Nombre de Dios é ponerse á todo peligro por complir lo que el rey le habia mandado; é porque le paresció no convenir que Melchior Verdugo hiciese más gente, ni tampoco que por entonces se viniese á juntar con él, le escribió sus cartas diciendo que volviese un navio que habia tomado, é que le parecia debia volverse á Nicaragua, porque allí estaria en lugar conviniente para habiendo nescesidad acudir al servicio del rey, é que lo debia de hacer así hasta que otra cosa se le enviase á mandar, porque Su Majestad era servido que las cosas del Perú se allanasen é pusiesen en su servicio con toda beninidad, usando de clemencia con los culpados. Esto envió á mandar el presidente desde Santa Marta á Verdugo á la ciudad de Cartagena, donde estaba allegando de nuevo gente; como lo supo salió de allí para se ir á encontrar con el presidente, el cual, despues de haber encargado al gobernador Miguel Diaz Armendariz algunas cosas convinientes al servicio de Su Majestad, se partió de Santa Marta.

CAPÍTULO CCXXII

Cómo el presidente Pedro de la Gasca allegó al puerto del Nombre de Dios, donde halló al capitan Hernan Mejia, el cual se ofreció luego al servicio de Su Majestad, y se escribió al General de su llegada, é mandó al capitan Verdugo que tomase tierra.

Ya queremos comenzar á tratar grandes cosas é acaecimientos, y adonde por aclararlos no poco trabajo pasé; é por contar la entrada en Tierra Firme del Presidente, dejamos de decir lo que pasaba en el Pirú, é de cómo proveian los procuradores, y tambien cómo ya su virtud de Pizarro se acababa é los principales de sus amigos le dejaban, que fué causa de su destruicion. Presto daremos fin á esto é volverá nuestra historia á lo que pasó allá. Despues quel Presidente salió del puerto de Santa Marta anduvo hasta que llegó al Nombre de Dios á veinte é siete dias del mes de Julio, é como el capitan Hernan Mejia viese las velas, creyendo que Verdugo revolvia, mostrándose animosamente se puso á punto de guerra con su gente; mas echados los bateles vino el mariscal Alonso [1] de Alvarado por mandado del Presidente, con otros algunos, á hablar al doctor Rivera, que tambien estaba allí, á los cuales dieron noticia de la estada del Presidente en el puerto, lo cual sabido por el capitan Hernan Mejia se aseguró é salió á le rescibir con los más principales que allí estaban, y entró el Presidente en el puerto del Nombre de Dios á veinte é siete dias del mes de Julio, é mostró en su semblante la más alegria que podia, é habló en general á los que allí á ver le vinieron, cómo su venida no era para más de que

[1] En el ms., *Alonso Alonso.*

todos rescibiesen mercedes en nombre de Su Majestad; é viendo que seria cosa muy importante atraer á sí al capitan Hernan Mejia, por ser capitan de todos los soldados que estaban en el Nombre de Dios, é que si él se reducia al servicio del rey lo mismo harian otros capitanes de los que estaban en Panamá, estando en su aposento pudo hablar á Hernan Mejia á solas, é le dijo que antes que él saliese de Santa Marta habia sabido su estada en aquella ciudad, con todo lo demás que habia pasado en el Pirú hasta ser desbaratado é muerto Blasco Nuñez Vela, é que no ignoraba con la gran soltura que estaria la gente de aquellos reinos; mas que mirando cuántos caballeros habia entre ellos, é cuán complidos de presunciones para no hacer cosa fea, determinó de venir no con más compañia de la que via, lo cual hizo en confianza de que viniendo él por mandado del rey é por su presidente, tenia por cierto los buenos é leales le habian de acudir á servir al rey, como habian hecho sus mayores, y que holgaria se aclarase con él para lo poder muy bien hacer. Hernan Mejia respondió al Presidente que la bandera que allí estaba, él la tenia por el rey, y no por Pizarro, y que desde entonces se ofrecia á su servicio, y en todo tiempo haria lo que le mandase; lo cual pasado, se abrazaron de nuevo, diciendo el uno al otro que fuese secreto lo que entre ellos habia pasado; y ansi Hernan Mejia se partió del Presidente á tentar los ánimos de los soldados y á conocer sus voluntades, é luego despachó á Panamá mensajero dando cuenta al General de la venida del Presidente, é del deseo que mostraba de le servir á él y á todos los demás capitanes y caballeros que estaban en Panamá. El doctor Rivera tambien escribió al General, del cual habia cartas para el Presidente en Nombre de Dios, é se le dieron. Luego otro dia se vieron ciertas velas, en las cuales venia Melchior Verdugo, porque como supo de la ida del Presidente al Nombre de Dios, luego se partió á juntarse con él y allegó otro dia al puerto, é como los soldados que estaban en el Nombre de Dios supieron que Verdugo era el que estaba en las naves, se alborotaron é quisieron poner en arma, diciendo que no habian de consentir que entrase en tierra, é como el Presidente vió el ruido, mucho le pesó con la venida de Verdugo, é luego le envió á mandar que echase la gente que traía en tierra, y se volviese á Cartagena ó Nicaragua hasta que él le enviase á mandar otra cosa. Verdugo sintió mucho quel Presidente ansí quisiese mandarle no entrar en Nombre de Dios, ni tenerlo en su servicio; mas viendo su voluntad, echó la gente que traia en un navio, y él con el otro se volvió á Santa Marta, desde donde se partió para España á dar cuenta al rey de las cosas que habian pasado en el Perú y en Tierra Firme. Pues como en Panamá se supiese de la estada en el Nombre de Dios del licenciado de la Gasca é de los Oidores, é tambien de la venida del mariscal Alonso de Alvarado, cuya reputacion era mucha en estos reinos por los cargos preeminentes que en ellos tuvo, habia grandes acuerdos é pláticas, aprobando unos su venida y otros reprobándola, é ansí unos afirmaban, sin saberlo, que venia con buen despacho é que traia provisiones de gobernador á Gonzalo Pizarro, é perdon de lo que hasta allí habia pasado; otros decian que pues que venia con Oidores, no debia de traer tales provisiones; al fin ya deseaban verlo en Panamá para salir destas dubdas. Despues quel Presidente hobo mandado al capitan Melchior Verdugo que no entrase en el Nombre de Dios, procuró de asosegar á los soldados y amansar la furia que tenian, é tornando á tener sus pláticas con el capitan Hernan Mejia, y estando cierto de su voluntad, determinó de partirse para Panamá, llevando gran confianza de atraer á los capitanes al servicio del rey, no embargante que fué avisado de la grande amistad que habia entre Gonzalo Pizarro é Hinojosa; y antes que saliese del Nombre de Dios mandó al mariscal Alvarado que se partiese á Panamá á hablar á los capitanes, y diese una carta de Su Majestad á Pedro de Hinojosa, por la cual le mandaba que luego diese al Presidente todo favor é hiciese lo que de su parte le mandase, y el mariscal, con gran voluntad de servir á Su Majestad se partió del Nombre de Dios para Panamá. Ya hemos contado cómo venia por Oidor del rey el licenciado Andrés de Cianca, el cual desde que partió de España hasta que la guerra hobo fin, sirvió grandemente á Su Majestad, unas veces como Oidor y otras como caballero, como siempre iremos relatando; y estando el Presidente en este puerto del Nombre de Dios, como sea tan enferma aquella tierra se sintió con mala dispusicion, por lo cual quedó en Nombre de Dios, donde siempre decia á los soldados é más gente que allí estaba lo que les convenia, é los exhortaba en el servicio del rey. El general Pedro de Hinojosa envió á mandar á Hernan Mejia que luego viniese á Panamá, é sabida la estada en Nombre de Dios del Presidente, determinó de enviar á Gonzalo Pizarro nueva dello, y escrebirle lo que le convenia hacer, que era obedescer y cumplir lo quel rey mandaba.

El mariscal allegó á Panamá é fué muy bien recibido del General y de los demás capitanes, á los cuales habló lo que entendia que les convenia hacer, y dió al General la carta del Emperador nuestro señor.

CAPÍTULO CCXXIII

Cómo el presidente allegó á Panamá, adonde fuè bien recibido de los capitanes que allí estaban, y de cómo le fué á Gonzalo Pizarro la nueva de todo.

Habiendo el Presidente asosegado el alboroto que en Nombre de Dios se recreció con la llegada de los navios en que Verdugo venia al puerto, y mandado lo que el Oidor Cianca habia de hacer en aquella ciudad, y despues de haber atraido al servicio del rey muchos de los soldados que allí estaban, y todo con tanto secreto que por ningunos fuera dellos era entendido, determinó de se partir para la ciudad de Panamá, y así lo hizo acompañado del adelantado Pascual de Andagoya y de otros de los que con él habian venido de España, y anduvo hasta que llegó á Panamá á trece dias del mes de Agosto del año ya dicho; é como el gobernador Rivera y los del cabildo de aquella ciudad supieron de su venida, le salieron á recebir, y lo mismo hizo el general Hinojosa, acompañado de los capitanes y caballeros más principales que allí estaban, y se les hizo un solemne recibimiento, y á todo lo que le preguntaban respondia muy atentadamente y con gran mansedumbre, y como los que estaban en Panamá viesen al capitan Alonso de Alvarado y lo conociesen de tiempo tan largo, preguntábanle por muchas cosas de España, y él á todos daba á entender que les convenia servir al rey, porque lo demás era yerro muy grande. Despues que el Presidente fué aposentado, como el general Pedro de Hinojosa en tanta manera deseaba saber el despacho y poderes que traia, fué á hablarle y con palabras comedidas le suplicó le diese á entender su venida á qué era al Perú, y lo que traia para los que en él estaban, y sin esto comenzó á abonar los hechos de Gonzalo Pizarro y á dar grandes justificaciones, diciendo que si el visorrey Blasco Nuñez Vela se hobiera habido cuerdamente, que no allegaran las cosas á tanta rotura, y que Gonzalo Pizarro, constreñido por muchas embajadas y por ver las leyes cuán rigurosas venian y cuán en daño de los conquistadores, habia salido de las Charcas, donde tenia su casa y hacienda, y que hallando preso al visorrey en Lima, le habia sido forzado ponerse á todo lo que le habia hecho. El Presidente, conocido tenia cuánto deseaba Pedro de Hinojosa que Pizarro saliese con honra y sin perder reputacion de su tirania, y tambien que muchas veces habia dicho el mismo Hinojosa que en viendo el mandamiento del rey lo habia de cumplir pecho por tierra, y quiso no tentarle á la primera visita, y lo que le respondió fué que él traia mucho y bien y provecho para todos los que estaban en el Perú, principalmente para los que tenian en él repartimiento de indios, porque traia revocacion de las nuevas Ordenanzas de que habian suplicado, y facultad para poder ordenar con parecer de los pueblos lo que conviniese al bien público del reino y beneficio de los pobladores, y que traia poder para asosegar las alteraciones; y como el general Pedro de Hinojosa entendió lo que el Presidente le habia dicho, mostró que ya habia dias que habian tenido nueva de ser cierto aquello que decia, y díjole que le pesaba porque no le decia traer provision de gobernador á Gonzalo Pizarro, porque en diversas cartas que habian escrito de España lo afirmaban, é que entre éstos lo escribió el contador Diego de Zárate. A esto de decirle Hinojosa si traia poder para dar la gobernacion á Gonzalo Pizarro, le respondió el Presidente que decirle más particularidades de las dichas, antes de tiempo, no lo sufria la autoridad de quien le enviaba ni el acatamento que se le debia, é que para el crédito de Gonzalo Pizarro y hacerse sus cosas como le convenian, importaba obedecer y cumplir lo que su rey le mandaba, y que haciéndolo ansí, su honra y bien crecerian; y mostrar otra cosa no podia sino recebir quiebra, y concebirian todos otro conceto que hasta allí habian tenido dél. E pasadas estas pláticas y otras, el General se apartó del Presidente, el cual procuró de encubrir lo que habia en esto que todos tenian por tan cierto, por no entrar en desgracia, y que por ventura no le impidiese la pasada al Perú. Y así al mariscal como á todos los que habian venido con el Presidente preguntaban el General y los capitanes si sabian traer el Presidente la gobernacion para Gonzalo Pizarro; ninguno dellos sabia lo cierto, mas decian que no traia tal despacho. E como el general Pedro de Hinojosa entendiese no venir la gobernacion á Gonzalo Pizarro, ni que el rey era servido de le dar tal cargo, determinó de enviar un pequeño navio á darle aviso de las cosas que ya hemos contado, y á persuadirle se conformase con la voluntad del

rey, y á que enviase á mandar si era servido que pasase al Perú el Presidente de la Gasca; y asimismo escribieron los capitanes que estaban en Panamá á Gonzalo Pizarro y á todos los que con él estaban, todo sobre encaminarle al servicio de Su Majestad. El Presidente tambien escribió algunas cartas breves, recontando en ellas su venida y cómo deseaba pasar al Perú para darles á entender lo mucho que Su Majestad deseaba hacerles mercedes y las que de presente les enviaba; é á los cabildos de las ciudades escribió sobre lo mismo, persuadiéndoles con palabras de gran peso al servicio del rey, y amonestándoles el daño que de hacer otra cosa se les seguiria, y las muchas mercedes que el rey nuestro señor á todos hacia. El General envió con la nueva desto á un Diego Velazquez, criado del comendador mayor Pizarro, y el Presidente dió sus cartas á un fraile dominico llamado fray Francisco de Sant Miguel, al cual rogó publicase por todas partes su estada en Panamá y cuán en breve se iria al Perú, y del provecho que venia á todos los moradores dél de su venida, pues sin las mercedes que Su Majestad hacia, perdonaba todo lo que hasta allí se habia hecho. A los obispos de Los Reyes, y Cuzco, y Quito, escribió lo mismo, y que hiciesen todo lo posible á ellos en servicio de Su Majestad. Tambien escribió al provincial de los dominicos, é con un fraile francisco envió á encomendarse al provincial de su órden, y dado todo el despacho que habia de llevar, Diego de Velazquez se partió de Panamá, y con un San Pedro, vecino del Quito, tornó á escrebir cartas á muchas personas del Perú el Presidente.

CAPÍTULO CCXXIV

Cómo los capitanes de Panamá hablaban al Presidente ofreciéndosele al servicio del rey, y cómo se volvió Hernan Mejia al Nombre de Dios.

No ignoraban los que estaban en Panamá el presidente Gasca tener grandes poderes y traer facultad para allanar las cosas del Perú; mas como muchos dellos en tanta manera fuesen aficionados á las cosas de Gonzalo Pizarro, é hobiesen dél recibido grandes intereses, deseaban que los bullicios del Perú hobiesen fin con quél quedase estimado. Mas aunque esto fué así, miraban la coyuntura tan favorable quel tiempo les prometia para servir al rey y ser perdonados de lo pasado y tener esperanza para ser muy acrecentados en el reino, porque los de acá no encarezcan sus hechos algunos de los que han mandado, diciendo que solamente miraban el servicio del rey, lo cual seria cosa muy ridiculosa creerlo, pues sólo el interese pone por delante, qu'es no poca adolencia, si bien queremos en ello mirar; porque muchos, con estos mudamientos, que no tenian nada, los puso la fortuna en tal alto estado, que tienen á veinte mil pesos de renta, y á cincuenta, y algunos á más cada un año. Dejando de más sobresto hablar, como el capitan Hernan Mejia se hobiese adelantado primero que ninguno al servicio del rey, y hobiese venido, como dijimos, á Panamá, habló con el capitan don Pedro Luis Cabrera, el cual, sin ser sentido por ninguno, se ofreció al Presidente para el servicio del rey. Tambien hablaron al Presidente los capitanes Juan Alonso Palomino y Pablo de Meneses, y esto era porque como vian *que* Pedro de Hinojosa hablaba tan á menudo con el licenciado Gasca, paresciéndoles que trataban él solo de le entregar el armada, querian ellos ganar por la mano, con temor desta sospecha, y ansí ofrecíanse al Presidente, y al General hablaban que lo quél mandase y no otra cosa se habia de hacer, y aun dicen quel capitan Juan Alonso Palomino habló al General que si él queria, qu' embarcaria al Presidente en un navio para que se volviese, y don Pedro Cabrera por una parte se ofrecia al Presidente, por otra escribia cartas á Gonzalo Pizarro, de grandes ofrescimientos, segun afirman. Quiero pasar adelante, que las maldades y cautelas desta gente, Dios lo ha de castigar como suele. Hernan Mejia se volvió al Nombre de Dios por mandado del General, el cual muchas veces iba á visitar al Presidente. En este tiempo, estando el Oidor Renteria en Panamá, le sobrevino una enfermedad de calenturas, de que murió, el cual fué enterrado en la iglesia mayor, y dende á pocos dias vino al Nombre de Dios el Oidor Cianca. El presidente siempre dijo tener voluntad de pasar al Perú, teniendo grande esperanza de convertir á Gonzalo Pizarro al servicio de Su Majestad, y luego que llegó á Panamá no pudo ponerse en camino, porque quiso dejar lo de aquel reino puesto en el servicio del rey, y tambien porque los tiempos eran contrarios y peligrosos para la navegacion al Perú, por lo cual le paresció, ya que hobiese de ir, aguardar al mes de Enero, cuando las brisas reinan en el mar. Sin esto, presumia que Pedro de Hinojosa no le daria lugar á que pasase al Perú, antes le impediria la ida hasta tener respuesta de Gonzalo Pizarro del despacho que llevó Diego Velazquez. Estaba

en Panamá un Rodrigo Lopez, señor de una nao, que despues fué ahorcado por traidor é secace de Pizarro, en la ciudad del Cuzco. Este habló en secreto al Presidente, diciéndole quél aprestaria la nao y que en ella se podria ir, si fuese servido, al Perú; el Presidente no vino en ello porque le convino no salir de aquella suerte, y habló algunas veces al General sobre la ida al Perú, el cual, no embargante que su intencion era no darle lugar á que saliera de Tierra Firme hasta tener respuesta á la fragata, decíale que no le detendria si se quisiese ir; pero estas palabras eran tan tibias, que se entendia su intencion, y queriendo salir del Nombre de Dios tres navios, el Presidente envió á cada uno dellos un pliego de cartas para el Emperador y Principe don Felipe su hijo, nues tros señores, y para los de su muy alto Concejo, en los cuales daba cuenta larga de todo lo que hasta allí habia pasado, dando esperanza que la rebelion de Gonzalo Pizarro habria fin, porque cansados los del Perú de sus crueldades y de las de Caravajal, habian de conocer su yerro y pasarse al servicio del rey, mayormente viendo la clemencia que con ellos se tenia; estas cartas fueron luego á España. En este tiempo vino un navío del Perú que todos los que en él venian dieron grandes confianzas de allanarse el reino, ni los alterados dél, si no eran por rigor, y todos, como digo, afirmaban lo mismo. Decian de la ida del maese de campo Francisco de Caravajal á las Charcas, y no contaban el desbarate de Pocona porque no lo sabian, ni tampoco decian de Gonzalo Pizarro más de que era salido de Quito para Los Reyes, y que se trataba de enviar procuradores á España. Vino tambien nueva á Panamá cómo el licenciado Miguel Diaz de Almendariz habia mandado ir desde Cartagena á las ciudades de Cartago y Antiocha armada al mariscal don Jorge Robledo, y que las tuviese en tenencia hasta quél volviese del Nuevo Reino, donde iba á entender en los negocios del adelantado don Alonso de Lugo y del capitan Hernan Perez de Quesada, y que viniendo Robledo de Antiocha, y teniendo aquellos pueblos Belalcazar, gobernador de Popayán, hacia gente el uno para contra el otro, é que se creia que vernia á rompimiento; lo cual sabido por el Presidente le pesó, é con unos de aquellas ciudades escribió al adelantado Belalcazar y al mariscal Robledo mandándoles de parte del rey que deshagan la gente y quel mariscal se retraiga á Antiocha y el Adelantado á Cali, é que las ciudades se estén como se estaban, hasta que venga á lo averiguar el gobernador Miguel Diaz. Cuando estas cartas allegaron ya Robledo habia sido desbaratado é muerto. El mariscal Alonso de Alvarado daba priesa en que se aclarase públicamente el general é los demás capitanes en servicio del rey, y aun decia al Presidente que pues ya tenia cierto de algunos capitanes é soldados, que prendiesen al general, y así habrian buen fin los negocios del armada. El Presidente deseaba mucho que Pedro de Hinojosa se volviese de su voluntad al servicio del rey, porque conocia dél que no deseaba otra cosa, é que si no se adelantaba, que era por le haber fiado Pizarro el armada, é por ver la respuesta que daba á lo que se le habia expuesto en la fragata con Diego Velazquez, é tambien ya era más parte en Panamá el Presidente que él, por el ofrecimiento que habian hecho los capitanes, é como trujese una carta de Su Majestad del Emperador nuestro señor para Gonzalo Pizarro, acordó de le hacer mensajero é se le enviar, é tambien escrebirle sobre que cumpla el mandamiento de Su Majestad, é como lo pensó dió parte dello al Oidor Cianca y al mariscal Alonso de Alvarado, y lo mismo al General, diciéndole que de nuevo escribiese á Gonzalo Pizarro para que no mirase á dichos de hombres apasionados é bulliciosos para hacer sus hechos, antes tomase parecer con varones prudentes é doctos é temerosos del servicio de Dios, é que haciéndolo ansí no erraria; é despues de pensado á quién inviaria al Pirú, se nombró á Pero Hernandez Paniagua, natural de Plasencia, al cual se mandó que llevase á Gonzalo Pizarro la carta del rey, que aquí pondremos á la letra, é la del Presidente, é que con lo que respondiese luego volviese á donde el Presidente estuviese.

CAPÍTULO CCXXV

De cómo Pero Hernandez Paniagua se partió de Panamá con las cartas para el Pirú.

La carta quel Presidente trujo del emperador nuestro señor para Gonzalo Pizarro no la envió en la fragata que habia partido y enviado el General, creyendo que él por su persona pasara al Pirú y se la entregara, é como por las causas ya recitadas se enviase mensajeros para estar ciertos cómo salia á los negocios Pizarro, se le dió á Pero Hernandez Paniagua la carta del rey para que se la llevase á Gonzalo Pizarro, la cual decia en esta guisa:

Gonzalo Pizarro: por vuestras letras y por otras relaciones he entendido las alteracio-

nes y cosas acaecidas en esas provincias del Pirú despues que á ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorrey dellas, é los Oidores de la nuestra Audiencia real que con él fueron, á causa de haber querido poner en ejecucion las nuevas leyes é ordenanzas por Nos hechas para el buen gobierno desas partes y buen tratamiento de los naturales dellas, de que me ha desplacido, ansí por los daños que dello se han seguido, como por el estorbo que ha habido para la instruccion y conversion de los naturales dellas, é bien tengo por cierto que en ello, vos ni los que os han seguido no habeis tenido intincion á Nos deservir, sino á excusar la aspereza é rigor de que el dicho visorrey queria usar sin admitiros suplicacion alguna; y ansí, estando bien informado de todo é habiendo oido á Francisco Maldonado lo que de vuestra parte é de los vecinos de esas provincias nos quiso decir, hemos acordado de enviar á ellas por nuestro presidente de la Audiencia real al licenciado de la Gasca, del nuestro Consejo de la santa y general Inquisicion, al cual habemos dado comisiones y poderes para que ponga en quietud y sosiego esa tierra y provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y noblescimiento de esas provincias y beneficio de los pobladores vasallos nuestros que las han ido á poblar, é de los naturales dellas. Por ende, yo vos encargo y mando que todo lo que de nuestra parte el dicho licenciado os mandare, lo hagais y cumplais como si por Nos os fuere mandado, y le deis todo el favor y ayuda que os pidiere y menester hobiere para hacer é cumplir lo que por Nos le ha sido cometido segun que por la órden y manera que él de nuestra parte os lo mandare y de vos confiamos, que yo tengo y terné memoria de vuestros servicios é de lo quel marqués don Francisco Pizarro vuestro hermano nos sirvió, para que sus hijos y hermanos reciban mercedes. De Benelo, á diez y seis dias del mes de Hebrero de mill é quinientos e cuarenta e seis años.—*Yo el rey.*—Por mandado de Su Majestad, *Francisco de Eraso.*

Como el rey nuestro señor sea príncipe tan cristianísimo, escribió esta carta á Gonzalo Pizarro creyendo que bastaba para reducirle á su servicio; mas poco aprovechó, segun que adelante diremos. Juntamente con ésta llevó Pero Hernandez Paniagua otra del presidente para el mismo Gonzalo Pizarro; el tenor de ella, sacado del original, dice así:

Ilustrísimo señor: Creyendo que mi partida á esa tierra hobiera sido más breve, no he enviado á vuestra merced la carta del emperador nuestro señor, que con ésta va, ni escrito mi llegada, pareciéndome que no cumplia con el acato que á la de Su Majestad se debe, sino dándola por mi mano, que no se sufria que carta mia fuese antes de la de Su Majestad; pero viendo que habia dilacion en mi ida, é porque dicen que vuestra merced junta los pueblos en esa ciudad de Los Reyes para hablar en los negocios pasados, me paresció que con mensajero propio la debia enviar, y ansí envio á solo llevar la de Su Majestad y ésta á Pero Hernandez Paniagua, por ser la persona de la calidad que requiere la carta de Su Majestad, é tan principal en aquella tierra de vuestra merced, é uno de los que mucho son entre sus amigos é servidores.

Y lo demas que yo en ésta puedo decir es que en España se ha altercado sobre cómo se debian tomar las alteraciones que en esas partes despues quel visorrey Blasco Nuñez Vela, que Dios perdone, entró, en ellas ha habido, é despues de bien mirados y entendidos por Su Majestad los paresceres que en esto hobo, le pareció que en las alteraciones no habia habido hasta agora cosa por que se debiese pensar que se habian causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defender los desas provincias del rigor y aspereza de Blasco Nuñez Vela y defender que no ejecutase las ordenanzas contra el derecho que estaba debajo de la suplicacion que para Su Majestad tenia dellas interpuesto, é para poder tener tiempo que su rey les oyese sobre su suplicacion, antes de la ejecucion, é que así parecia por la carta que vuestra merced escribió á Su Majestad haciéndole relacion de cómo habia acebtado el cargo de gobernador por habérselo encargado el Audiencia en nombre de Su Majestad debajo de su sello, diciendo que en aquello le serviria, é que de no acebtar seria deservido, é que por esto lo habia acebtado hasta tanto que Su Majestad otra cosa mandase; lo cual vuestra merced, como bueno y leal vasallo, compliria y obedeceria.

Y ansí, entendido esto por Su Majestad, me mandó venir á pacificar esta tierra con la revocacion de las Ordenanzas de que para él se habia suplicado, é con poder de perdonar en lo subcedido, é de ordenar, tomando el parecer de los pueblos, lo que más conviniese al servicio de Dios y bien de la tierra é beneficio de los pobladores y vecinos della, é para remediar y emplear los españoles á quien no se pudiese dar repartimientos, que se les diesen descubrimientos, que es el verdadero remedio con que los que no

tuvieren de comer en lo descubierto, lo tengan en lo que se descubriere, é ganen honra y riqueza, como lo hicieron los descubridores de lo descubierto y conquistado. A vuestra merced suplico mande mirar esta cosa con ánimo cristiano y de caballero hijodalgo y de prudente, con el amor y voluntad que debe é siempre ha mostrado tener al bien desa tierra é de los que en ella viven, con ánimo de cristiano, dando gracias á Dios y á Nuestra Señora, de quien es devoto, que una negociacion tan grande y pesada como es en la que vuestra merced se metió y hasta agora ha traido, se haya entendido por Su Majestad é por los más de España, no por género de rebelion ni infidelidad contra su rey, sino por defensa de su justificacion é derecho que debajo de la suplicacion que para su príncipe se habia interpuesto tenia; y que pues su rey, como católico é justo ha dado á vuestra merced y á los desa tierra lo que suyo era é pretendian en su suplicacion, deshaciéndoles el agravio que por ella pretendieron haberles hecho en las Ordenanzas, vuestra merced llanamente dé á su rey lo que es suyo, que es la obidencia, cumpliendo en todo lo que por él se le manda, pues no sólo en esto cumplirá con la natural obligacion de fidelidad que como vasallo á su rey tiene, pero aun tambien con la que debe á Dios, que en ley de natura y de escritura y de gracia, siempre mandó que se diese á cada uno lo suyo, especial á los reyes la obidencia, so pena de no se poder salvar el que con este mandamiento no cumpliere.

Y lo considere ansimismo con ánimo de caballero hijodalgo, pues sabe que este lustre y nombre le dejaron é ganaron sus antepasados con ser buenos á la corona real, y adelantándose más en servirla que no otros que no merecieron quedar con nombre de hijosdalgo, é que seria cosa grave que le perdiese vuestra merced por no ser cuales fueron los suyos, y pusiese nota y obscuridad en lo bueno de su linaje, degenerando dél; y pues despues del ánima ninguna cosa hay entre los hombres tan preciada, especialmente entre los buenos, como la honra, hase de estimar la pérdida della por mayor que de otra cosa ninguna, fuera del alma, é más por una persona que tan obligado á mirar por ella le dejaron sus mayores y obligan sus deudos, cuya honra juntamente con la de vuestra merced recibiria quiebra no haciendo él lo que á su rey debe, porque el que á Dios en la fee ó al rey en la fidelidad no corresponde como debe, no sólo pierde su fama, mas aun escurece é deshace la de sus deudos y linage, é que ansimismo lo considere con el ánimo y consideracion del prudente, conociendo la grandeza de su rey y la poca posibilidad suya para poder conservarse contra la voluntad de su príncipe; y que ya que por no haber andado en su corte ni en sus ejércitos no ha visto su poder y determinacion que contra los que le enojan muestra é tiene, vuelva sobre lo que dél ha oido y considere quién es el Turco, y cómo vino en persona con trecientos é tantos mill hombres de guerra y otra gran muchedumbre de gastadores á dar la batalla, y que cuando cerca dél cabe Viena se halló, entendió bien que no era parte para darla á nuestro rey, sino que se perderia si la diese, é se vió en tanta nescesidad, que olvidado de su autoridad le fué forzado retirarse, y para poderlo hacer tuvo nescesidad de perder treinta mill hombres de á caballo que delante echó para que aquellos pudiesen ocupar á Su Majestad que no viniese ni supiese cómo se retiraba él y la otra parte de su ejército; é que ansimismo considere quién es el rey de Francia, su casa y estado, y cómo abajó á Italia en persona con todo su poder creyendo sujuzgar todo lo que Su Majestad en aquellas partes tenia, y que despues de haber puesto todas fuerzas por muchos dias, é insistiendo la porfía, al ejército y capitanes de nuestro rey bastaron le dar la batalla y romper á él y á su ejército y prenderle y traerle preso á España; é considere la grandeza de Roma y cuán fácil fué al ejército de nuestro señor entrarla é saquearla y hacerse señor de todos los que en ella estaban; é considere cómo despues de haber visto el Turco que por sí no habia bastado á dar la batalla á Su Majestad, antes le habia sido nescesario retraerse afrontosamente, é viendo ansimismo el de Francia [1] lo poco que bastaba contra el poder de Su Majestad, acordaron entrambos de se confederar contra nuestro rey, é pusieron en la mar la mayor armada de galeras, galeotas, fustas y otros navios que ha grandes años que se juntó, y que el poder de Su Majestad y el valor de su persona se mostró tan grande, que en dos años que esta armada estuvo junta no bastó á tomar una almena de tierra de Su Majestad, antes el primer año, Su Majestad ocupó y tomó los ducados de Gueldes y Julies y otras plazas de la frontera de Flandes, y conociéndose tan inferior el rey de Francia, aunque con todo su poder anduvo hacia aquella parte, ni osó llegar á socorrerlo ni ponerse tan cerca que Su Majestad le pudiese nescesitar á la batalla, é ya que

[1] En el ms., *Fenicia*.

animado del tiempo del invierno osó dar muestra de dar batalla para que con aquello Su Majestad se descuidase del cerco de cierta plaza, no osó aguardarla, antes se retrajo y metió en un fuerte que tenia para ello hecho, de donde aquella noche, sabiendo que Su Alteza se la queria dar dentro del fuerte y le siguiese con el ejército, caminó aquella noche tan á furia que cuando entró en la ciudad de Sant Quintin sólo tres de á caballo habian podido tener con él, y Su Majestad entró é ocupó gran parte de Francia, sin osar el rey resistirle con ejército; y ansí, estos dos príncipes tan grandes como el Turco y el rey de Francia, no habiendo podido hacer nada con su confederacion é junta contra las cosas de Su Majestad, antes habiendo rescibido el de Francia el daño que he dicho, deshicieron la armada y el Turco hizo tregua con Su Majestad, y el rey de Francia ha procurado paz, é segun el estado en que ha quedado y está se puede bien creer que una de las cosas que más desea es que Su Majestad huelgue de conservarla con él. He representado esto porque entiendo que muchas veces se mira y se tiene en mucho lo que se vee aunque sea poco, é lo que no se ha visto ni experimentado, por no se advertir no se entiende ni tiene en lo que es, aunque sea mucho, y deseo con ánimo de buen cristiano que vuestra merced y cualquiera otro de los que en esa tierra están, no se engañen teniendo en algo lo que pueden en respecto de quien es el poder de Su Majestad, que es tanto que cuando hobiese de venir á allanarse esa tierra, no por el camino de benignidad y clemencia que Dios y Su Majestad han sido servidos se tenga en pacificarla, sino por rigor, habria más nescesidad de mirar que no se metiese en esa tierra más gente de la que para ello fuese menester, por no la destruir, que no procurar que fuese la que bastase.

Y tambien debe vuestra merced considerar cuán otra cosa seria la negociacion de aquí adelante que no ha sido hasta aquí, porque en lo pasado, los que á vuestra merced se allegaron le eran buenos por el enemigo con quien lo habian y por la causa que trataban; por el enemigo, que era Blasco Nuñez, á quien cada uno de los que á vuestra merced seguia tenia por proprio enemigo, por tener creido que Blasco Nuñez, no sólo la hacienda, pero aun la vida queria quitar á todos los que le eran contrarios, y cualquier que se ayudase de vuestra merced para defenderse de su enemigo, era forzado que le fuese bueno en aquella cosa, y por la causa que trataba, porque cualquiera de los vecinos del Pirú que con vuestra merced se juntaron, no fué por defender lo de vuestra merced, sino por defender el proprio derecho de cada uno, y en tanto que para defender su cosa propia uno se ayudase de vuestra merced, forzado es que le habia de ser bueno, no por ser bueno á vuestra merced, sino á su propia negociacion. Pero como de aquí adelante á los del Perú se les ha de seguir la vida, por el perdon, é la hacienda, por la revocacion de las Ordenanzas, y en lugar de un enemigo comun se ponga el más natural amigo que los españoles tenemos, que es nuestro rey, al cual tenemos natural obligacion de amar é guardar la lealtad, porque nacimos con esta obligacion y la heredamos de nuestros padres é abuelos y antepasados de más de mill y trecientos años á esta parte que guardamos este amor y lealtad á nuestros reyes, ha vuestra merced de tener por cierto y pensar que en el estado que ya las cosas tienen y han de tener, de ninguno se podrá fiar, sino que de su proprio hermano se habrá de recatar y pensar que habia de poner en vuestra merced las manos, porque como el padre y el hermano y cualquiera otro tenga más obligacion á mirar por su alma y conciencia, que no á la vida é voluntad de su hijo y hermano, ni amigo, viendo su hermano que negando la obidencia á su rey perderia el alma, no sólo en esto no le siguiria, pero aun le seria contrario, como lo vimos en las Comunidades de España; é ya que se olvidase de lo que tocaba á su ánima, haria lo mismo considerando cuánto más obligado era á su honra y á la de su linaje que no á seguir el querer de vuestra merced; é por tornar por ella é dar á entender á su rey y á todo el mundo que en fidelidad é bondad bastaba á limpiar cualquiera mancilla que en su linaje se hobiese puesto, se puede pensar que el que con más rigor procurase de satisfacerse de vuestra merced seria él; como estos dias acaesció á dos hermanos españoles, de los cuales el uno estaba en Roma, y entendiéndose allí cómo el otro era vuelto luterano, vivia muy afrentado el que estaba en Roma, pareciéndole que su hermano deshonraba á él y á su linaje, é queriendo remediar esto se partió de Roma é fué hasta Sajonia con determinacion de procurar de convertir á su hermano, é cuando no pudiese, de lo matar, y ansí lo hizo, que despues de haberlo procurado quince ó veinte dias que con él estuvo que se convertiese é quitase la infamia que en su linaje tenia puesta, y no lo pudiendo acabar, una noche lo mató sin que se lo estorbase el deudo ni amor de hermano, ni el temor de perder

la vida, matando á aquel por ser luterano, en pueblo é tierra donde todos lo eran, porque entre buenos, este apetito que á la honra se tiene es tan grande que vence á todo deudo y al deseo de vivir, especialmente conociendo su hermano que no sólo á su alma y honra, mas aun á la conservacion de su vida é hacienda tenia más obligación, que no á seguir la de vuestra merced; mayormente no siendo ésta ordenada como debia, y conociendo que siguiéndola, no sólo perdia el alma y honra, mas aun al fin habia de venirse á perder ansí ya la hacienda; y finalmente, quien más á vuestra merced hobiese seguido, teniéndose por ello más culpado y entendiendo que para volver en gracia de su rey, é que no sólo le perdonase, pero aun le hiciese mercedes, seria el que primero é con más diligencia procurase faltar á vuestra merced é hacer plato de su persona; por manera que seria negociacion la que vuestra merced tomase, queriendo llevar este desasosiego adelante, en que los más amigos le habian de ser más peligrosos, y en que ninguna palabra ni sacramento con Dios ni el mundo ternia fuerza, pues darla seria feo [1] á la ley de cristiano é de bueno, y guardarla más, y no sólo los amigos, mas aun la hacienda en esta cosa seria contrariedad, por los que pensasen que les podria haber parte della.

Y considere cómo el dia que Su Majestad, ó el que sus veces tuviere, perdonare á los del Pirú, si viniese en méritos de exceptar á alguno, cuán sólo y en peligro quedaria el que ansí fuere exceptado, quedando los otros perdonados y desagraviados; y que ansimismo mire é considere esta cosa con el amor que debe y ha mostrado tener por el bien de su tierra é vecinos della, pues á dar fin á los desasosiegos y alteraciones que en ella ha habido, dejará vuestra merced muy encargados á todos los vecinos della por haberlos ayudado para que contra el derecho de su superior no se ejecutasen las Ordenanzas y Su Majestad fuese servido de mandarlos oir é desagraviar, como lo [2] ha hecho; y á llevar vuestra merced deste desasosiego adelante, no sólo pierde todo el mérito que cerca de los vecinos en lo pasado paresce haber ganado, pues queriendo que dure el desasosiego despues de haberse conseguido lo que conviene al bien dellos, daria á entender que no por el bien dellos, sino por su propia pretension se puso en lo pasado; pero les haria tan gran daño que con muy gran razon le podrian tener por enemigo, viendo que los queria tener en continua fatiga y enquietud y peligro de sus vidas é gastos de sus haciendas, y que no les queria dejar gozar dellas con el sosiego que para granjearlas y aprovecharse dellas é hacerse ricos tienen nescesidad, y aun paresce que no con menos causa, sino con mayor, le podrian tener que tuvieron á Blasco Nuñez, pues si Blasco Nuñez les queria quitar la hacienda é vidas, que quisiese tenerlos en continos desasosiego y fuera de la obidencia de su Principe pareceria querer hacerles perder las vidas, almas y honras é haciendas; é tambien es de considerar la causa que se daria yendo gentes á esa tierra tan en número como irian, de destruir á ella y las haciendas que los vecinos della tienen, en gran cargo de conciencia de los que á esto diesen ocasion.

Y no sólo se haria este daño y daria causa de ser desamado vuestra merced de los vecinos y mercaderes é de las otras personas que en esa tierra tienen oficios é granjerias de que se hacen ricos, pero aun alguna gente que no tiene repartimientos, minas, granjerias, ni oficios de qué vivir, se haria gran mal, porque ocupándose en estas disinciones y desventuras, pierden la vida, no solos los que dellos en ellas murieren, pero aun los que quedan, pues habiendo venido tantas leguas desterrados de sus naturalezas á tan diferentes y tan destempladas tierras é con tanto riesgo de su salud, no gastan su vida en aquello para que vinieron, que fué para ganar con que vuelvan á sus tierras ricos y remediados, ó vivan en ésta honrados, lo cual no se puede hacer sino yendo á nuevos descubrimientos, pues no caben en lo descubierto, lo cual no se hace entre tanto que gastan su tiempo en el ejercicio que traen, que es de tan corto provecho que si quisiesen volver á España, muchos dellos ternian nescesidad de pedir para el flete é matalotaje.

A vuestra merced suplico, aunque me haya extendido á representar más cosas de las que son nescesarias, para que vuestra merced como quien es haga en esta negociacion lo que debe á cristiano é vasallo y hijodalgo y á su mucha prudencia y amor que á las cosas desa tierra é vecinos della tiene; no se reciba ni atribuya lo que he dicho á desconfianza que yo tenga de la bondad y cristiandad y fidelidad de vuestra merced, porque cierto yo no tengo sino entera confianza, por el mucho bien que siempre de la bondad, cristiandad y celo que á servir á su rey he oido decir que vuestra merced tiene; sino que se eche al deseo y amor con que amo y deseo, como buen prójimo de todos los que en esa tierra están y servidor de vuestra

[1] En el ms., *feco*.—[2] En el ms., *los*.

merced, el bien dellos, y aborrezco y temo su mal, y lo reciba como quien vuestra merced es, de mí, como de hombre que ninguna cosa en esta jornada pretende sino servir á Dios, procurando la paz que su benditísimo hijo tanto nos encomendó, y á mi rey, y cumpliendo con su mandado y complir con la obligacion que de prójimo á vuestra merced y á todos los que en esa tierra están tengo de procurarles que vivan en el estado tan seguro para las almas, vidas, honras y haciendas como es el de la paz, pues fuera déste ninguna cosa que buena ser para esta vida ni para la otra puede haber, y con este celo y amor he sido en esta negociacion el mejor solicitador que vuestras mercedes todos han tenido, y determiné de poner á mi persona en trabajo para sacar dél las de vuestras mercedes, y mi vida en peligro por quitar de las suyas, pareciéndome que si acabase esta jornada, volveria á España alegre, y cuando no, consolado de haber hecho lo que en mí era para complir con Dios en la deuda de cristiano y con mi rey en la de vasallo, y con vuestra merced en la de prójimo y natural; y si Dios en este trabajo me llevase, me llevaria sirviendo á El y á mi príncipe, procurando de hacer bien y quitar de mal á mis prójimos; é pues tanta fée é tanto amor me deben vuestras mercedes y todos los de esa tierra, justo es que se advierta á lo que digo, que sólo en esto quiero de vuestra merced el pago de lo que me deben; suplico á vuestra merced cuan afectuosamente puedo, en lo que en ésta he dicho se comunique con personas celosas del servicio de Dios, pues el parecer déstos es el seguro y sano, y el que sin sospecha que se dé por interese propio ni por otro mal respecto es el que se debe, segun nuestro Señor por su infinita bondad, al nombre de vuestra merced y á todos los demás, para que acierten á hacer en este negocio lo que conviene á sus almas, honras, vidas é haciendas, y guarde en su santo servicio la ilustre persona de vuestra merced. De Panamá, á veinte é seis de Septiembre de mill é quinientos é cuarenta é seis años.—*El licenciado Gasca.*

Escrita esta carta tan larga por el presidente, la dió á Paniagua, é porque el licenciado Cepeda tratase sobre el caso bien, le escribió otra sin reprehension, antes llena de exhortaciones para atraerle al servicio del rey, é como el presidente trujese muchas cartas en blanco del rey para henchirlas é dirigirlas á quien conviniese, envió una dellas al licenciado Cepeda, mandando á Paniagua que primero que diese á Pizarro las que llevaba, las diese al licenciado Cepeda, é despues de haber escrito el general é los capitanes y el mariscal Alonso de Alvarado, Pero Hernandez Paniagua se partió de Panamá llevando entendido cómo la voluntad de los capitanes era entregar al presidente el armada.

CAPÍTULO CCXXVI

Cómo el presidente envió relacion á España de las cosas que habian pasado, y de cómo escribió al visorrey de la Nueva España y á otras partes, y de la ida de don Alonso de Montemayor y otros á la Nueva España.

Despachado Pero Hernandez Paniagua de la manera que habemos contado, Francisco Maldonado, el que por mandado de Gonzalo Pizarro habia ido á España á dar relacion de las cosas de acá, volvióse con el presidente, entendiendo que la voluntad de Su Majestad era que Gonzalo Pizarro no gobernase, pues violentamente y sin su voluntad habia tomado la gobernacion, teniendo por burla é manera de trufa haberle el Audiencia dado la provision con que en el reino le rescibieron por gobernador y daba siempre esperanza que serviria al rey con gran voluntad, y al tiempo que Pero Hernandez Paniagua partió de Panamá, habló al presidente diciéndole que él, si licencia le daba, se iria al Perú juntamente con Paniagua, y que no pararia hasta ver á Gonzalo Pizarro é procuraria con todas sus fuerzas de lo atraer al servicio del rey. El presidente, creyendo que con voluntad firme hablaba aquello, respondiole graciosamente é dió lugar á que fuese, y ansí salió de Panamá sin llevar el propósito que publicaba, sino de seguir á Pizarro en su pertinacia, creyendo éste que realmente, si Pizarro mostrase aspereza en los negocios, el presidente le otorgaria todo lo quél quisiese pedir. Partidos éstos de Panamá, el presidente era visitado de los capitanes y de otros que allí estaban, de noche, á solas, y ansí le hablaban é trataban con él sus cosas, las cuales todas eran sobre el entregar el armada, é todavia mostraba el general Pedro de Hinojosa no tener voluntad de la entrega hasta tener respuesta de Gonzalo Pizarro é ver lo que mandaba sobre ello. El licenciado Andrés de Cianca, Oidor del rey, un punto no se partia del presidente, estando presto para lo que le mandase, y habia algunos pareceres para que Pedro de Hinojosa fuese preso, pues estaba tan rebelde en lo que á él tanto le convenia, y el mariscal siempre fué deste

parescer, diciendo que no convenia tanto dilatar, ni aguardar á más de lo prender, pues los capitanes todos se habian ofrecido al servicio del rey. Mas la voluntad del presidente era tener sus mañas de manera que el armada se diese y entregase por la mano de Hinojosa, no tanto por lo tocante á Panamá, cuanto por el sonido que haria en Perú, viendo que de quien Gonzalo Pizarro más se fiaba, le dejaba é se volvia al servicio del rey, para que los que allá estaban le quisiesen imitar; é por esto é porque realmente Pedro de Hinojosa deseaba el servicio del rey y habia publicado y decia muchas veces que él no habia de ser traidor al rey por amor de Pizarro, ni de otra persona, temporizaba con él, mirando que cuando conviniese, *pues* Hinojosa no hacia lo que los demás, le podia prender, y siempre que con él hablaba le exhortaba para que mirase lo que le convenia á sí, á su persona, honor y honra, como á su hacienda, porque el presidente ya no trataba de ir al Pirú desacompañado, ni lo pensaba, porque de otro arte queria dar comienzo á las cosas; y Pedro de Hinojosa siempre respondia bien y que no aguardaba más de ver respuesta de Gonzalo Pizarro, para ofrecerse á su servicio, y que sus antepasados habian servido al rey con toda lealtad, y que ansí habia él de hacer cuando tiempo fuese; y ansí pasaban estas pláticas y otras en la ciudad de Panamá, é queriendo salir ciertas naos del puerto del Nombre de Dios, el presidente escribió á Su Majestad del emperador é príncipe, nuestros señores, y á los de su Real Consejo, lo que pasaba y lo que decia*n* los que del Perú venian, y envió el treslado de la carta que habia escrito á Gonzalo Pizarro, é de cómo habia enviado á Pero Hernandez Paniagua con la de Su Majestad y con ella al Pirú; é despues de pasado esto, el presidente escribió sus cartas al ilustrísimo y muy prudente varon don Antonio de Mendoza, visorrey del reino de la Nueva España, del cual es cabeza la superbia México, ciudad ilustrada en este imperio é famosa por los moradores della y por haber sido ganada por el capitan don Hernando Cortés, que fué el primer capitan que puso banderas españolas en ella. Si yo pudiera dar alguna noticia de aquellas partes, yo lo haré, porque grandemente lo deseo; é volviendo á nuestro cuento, el presidente escribió al visorrey su venida al Perú é llegada á Panamá, é las causas porque Su Majestad le habia mandado venir, y en el estado que estaban las cosas, ansí del Pirú como de Tierra Firme, é que convenia hasta ver Pizarro si queria deponer el cargo de gobernador y obedecer llanamente á lo que por Su Majestad le era mandado, y que en Panamá le hobiesen entregado el armada, que no consintiese que de los puertos de aquel reino saliese gente ninguna, ni armas, ni caballos, porque no se hiciesen más poderosos los rebeldes si no quisiesen obedescer, é que tampoco diese lugar á que viniesen á Tierra Firme. Lo mismo escribió al presidente Maldonado y á la Audiencia que en los Confines está asentada, y mirado que convenia dar aviso á Cerrato desto, presidente del Audiencia que reside en la isla Española, lo hizo; las cuales cartas fueron luego á todos estos reinos, é como viniesen nuevamente del Pirú naos y contasen cómo allí se juntaban procuradores de todas las ciudades del reino para dar poderes á los procuradores que habian de ir á España, y que Pizarro no dejaria por fuerza de armas de tener el mando en el reino, ó perder la vida, tornó á escribir al visorrey don Antonio de Mendoza para que se allegasen armas y se aderezasen naos é gente de guerra para venir al Pirú, porque si los de allá no se reducian al servicio del rey, convenia que por fuerza de armas fuesen castigados; y lo mismo escribió á los presidentes de Santo Domingo y los Confines; é conviene agora que tratemos la llegada á Los Reyes de Gonzalo Pizarro, é será bien primero dar noticia de algunas cosas que acaecieron en el reino, é porque cuando se acabó en Quito de todo punto de deshacer el visorrey é todos los que con él se hallaron en la batalla, Gonzalo Pizarro desterró para las provincias de Chile, que no muy lejos están del estrecho de Magallanes, á don Alonso de Montemayor y á otros vecinos é soldados que ya tengo dicho quién eran, los cuales llevaba á cargo un capitan llamado Antonio de Ulloa, el cual habia venido de Chile, en compañia de un Monroy que venia por socorro por mandado de Pedro de Valdivia que en aquellas partes es gobernador, el cual murió, é yendo á Quito Antonio de Ulloa é halládose en la batalla de la gente de Gonzalo Pizarro, negoció con él cómo pudiese volver á Chile por capitan con la gente que pudiese juntar. Gonzalo Pizarro, queriendo extender su mando hasta Chile, le nombró por capitan é le mandó que luego fuese con la más gente y caballos que pudiese para socorro de los españoles que en Chile estaban, y á éste mandó que en un navio llevase á don Alonso de Montemayor y á los que más desterrados iban hasta Chile, y ansí fueron llegados al mar metidos en un navio, y aun dicen que Gonzalo Pizarro envió á mandar

que matasen á don Alonso, que ya habia salido de Lima yendo á cargo del capitan Antonio de Ulloa, y por quedarse él proveyendo algunas cosas convinientes á la armada, encargó del navio á un Francisco Nuñez, que de la parte del visorrey se habia hallado en la batalla de Quito; y ansí, salidos del puerto de Lima anduvieron hasta llegar á Hacari, que es cerca de Arequipa é ochenta leguas de Lima, y allí don Alonso de Montemayor é Francisco Nuñez con algunos otros pudieron alzarse con el navio, y aun pudieran matar si quisieran al capitan Antonio de Ulloa; mas contentándose con poder salir del reino tan á su salvo y honra, dejando en tierra al capitan Ulloa [1] se metieron en el navio don Alonso y el capitan Rodrigo Nuñez de Bonilla, é los vecinos de Quito y Guayaquil [2], y con ellos Francisco Nuñez y otros soldados, y se partieron para la Nueva España y allegaron al puerto de Soconusco, de donde fueron á la ciudad de México y dieron relacion de las cosas acaescidas en el Pirú al visorrey don Antonio de Mendoza, el cual la envió muy complida á Su Majestad de todo lo que habia acaescido en el Pirú hasta ser muerto el visorrey Blasco Nuñez Vela.

CAPÍTULO CCXXVII

Cómo estando en el Cuzco el capitan Alonso de Toro mandó matar á Luis de Leon, y en Guamanga fué muerto Alonso Perez de Castillejo, é de la muerte de Alonso de Toro.

En los capítulos pasados contamos de la manera que allegó el capitan Diego Centeno al puerto de Quilca, é de cómo él é Luis de Rivera se metieron en una cueva ó valle apartado de los pueblos é caminos que caian cerca de la mar, adonde tenian siempre nuevas por un vecino de Arequipa, llamado Miguel Cornejo, de todo lo que pasaba é de las nuevas que habia, y eran proveidos él y Luis de Rivera de mantenimientos por este Cornejo, y como algunos de los que con él habian llegado hasta allí se fuesen por diversas partes á meterse entre los indios por poder escapar las vidas de mano del tirano, porque como supiesen de la manera que Diego Centeno se habia deshecho, é todos no entendiesen sino en servirle y complir sus mandamientos, las justicias de las ciudades procuraban de haber á las manos los que andaban huyendo é metidos por los montes, para los matar, y aun algunos hobo tan malos que sin temor de Dios mandaban á los indios, que en pudiendo haber á sus manos algunos dellos, que los matasen; y ansí dicen que siendo en Guamanga alcalde uno llamado Grisóstomo de Ontiveros, apasionado por Pizarro, porque fué criado del comendador Hernando Pizarro, sabiendo que en sus pueblos andaba el leal y aunque mal afortunado caballero Alonso Perez Castillejo y otros soldados, mandó á sus indios que lo matasen ó prendiesen, y ansí, segund cuentan, con este mandado los indios acometieron á Alonso Perez de Castillejo, natural de Córdoba, é que mucho habia servido al rey, y aunque él procuró defenderse, murió á manos dellos. Otros dicen que Ontiveros no lo mandó; entrambas cosas he oido; crea el letor lo que quisiere; é Luis de Leon, vecino de Arequipa, fué preso por los indios é lo trajeron á Guamanga, desde donde Ontiveros lo envió preso á la ciudad del Cuzco y fué entregado en poder de Alonso de Toro, el cual le mandó luego matar; y desta suerte anduvieron Castillejo é Luis de Leon, é sin ellos lo fueron otros á manos de los indios, y estaba Alonso de Toro muy soberbio y habia enviado por procuradores dos vecinos del Cuzco llamados Diego de Silva é Tomás Vazquez, y aguardaba á ver lo que Gonzalo Pizarro le enviaba á mandar, y aun muchos afirman que deseaba ver la voz del rey en el reino para alzar bandera en su real nombre; mas como ya otras veces tengo dicho, en ninguna parte del mundo se ha visto el castigo de Dios tan claro como en estas partes; atajaron sus pensamientos á Toro la súbita muerte que le sobrevino, merescida justamente por muchas que él dió sin culpa á quien no la tenia, ni eran dignos de que se les diera; é como no hobiese quien á Toro castigase ni afease sus crueldades, vino, como digo, de arriba el castigo, é su muerte pasó como aquí diremos. Que estando en la ciudad del Cuzco en su trono é mando, casado con una dueña que agora lo está con el secretario Pero Lopez, é teniendo en su casa los padres della, subcedió que habiendo una noche tenido sus pasatiempos secretos con una india, tovieron sobre ello algunas palabras domésticas en que vino Alonso de Toro á tratar mal de palabra á la madre de su mujer, y siempre solia andar armado e con su espada é daga, lo cual no tuvo aquel dia; é su suegro, de más de sesenta años, como vido que Alonso de Toro con palabras denostaba á su mujer, y ella que daba algunas voces, creyendo que ponia en ella las manos, el viejo, encendido en ira arremetió al

[1] Tachado: Se hicieron.—[2] En el ms., *Guaycaguile.*

Alonso de Toro y echando mano á una daga se fué á abrazar con Toro é le hirió malamente, el cual como se sintiese herido dijo medio riéndose: no más, que estoy burlando; é Diego Gonzalez de Vargas, que así se llamaba, cobrando más ánimo le dió otras heridas sin que pudiese ninguno venir á valerle, de que cayó mortalmente herido, y el viejo se retrajo al monesterio de la Merced, y Alonso de Toro, dando arcadas con la muerte se le salió el ánima, y luego hobo gran ruido y alboroto con los lloros que la mujer y siervos tenian, á lo cual acudieron luego algunos que les pesaba no poco de aquel acaescimiento, é mandaron doblar las campanas, é cuentan algunos que repicaron en señal de alegria, mirando los juicios de Dios que por quien solia mirar por la salud de Toro é buscarle todo contentamiento, le hobiese venido la muerte; é luego los del cabildo nombraron por alcalde á Alonso Alvarez de Hinojosa, y acordaron de enviar relacion de todo lo acontecido á Gonzalo Pizarro, de quien ya será bien que contemos de la manera que entró en Los Reyes, e de la salida para Panamá de los obispos é procuradores.

CAPITULO CCXXVIII

Cómo Gonzalo Pizarro partió de la ciudad de San Miguel y vino á la de Los Reyes, siendo por todas partes muy servido, y de cómo allegó el mensajero de Panamá Diego Velazquez, é de lo que se ordenó.

Como Gonzalo Pizarro hobiese estado algunos dias en la ciudad de Sant Miguel, despues de haber ordenado algunas cosas que á él le paresció convenir, ansí en ella como en Guayaquil é Puerto Viejo, se partió para la ciudad de Trujillo y allegó hasta ella y se le hizo un solepne rescibimento por el capitan Gomez de Solís. Entró con Gonzalo Pizarro en esta ciudad el obispo del Nuevo Reino de Granada, provincias de Bogotá, y entrado en Trujillo, Gonzalo Pizarro se fué á apear á la iglesia, é despues que hobo hecho oracion se fué á su posada, habiéndole rescibido la cleresia con gran solenidad, cantando é diciendo: *Ilustre gobernador, hágate Dios gran señor.* Estando Gonzalo Pizarro en esta ciudad de Trujillo, allegó una nao que de Los Reyes iba á Panamá é llevaba de mercaderes más de cient mill pesos, y aconsejáronle algunos de sus confines que los tomase y no consintiese que saliese del reino, y respondió á esto lo que otras veces habia dicho cuando le hablaban en aquella materia, que era quel no habia de empedir la contratacion; y en este tiempo allegó Dionisio de Bobadilla, maestre de campo que habia sido de Francisco de Caravajal, y allí contó los alcances que Caravajal dió á Diego Centeno hasta que le puso en aprieto que muerto ni vivo no se sabia dél, y contó ansimismo cómo yendo huyendo Lope de Mendoza habia encontrado en los Carangues á Niculás de Heredia, capitan de la gente que fué al Rio de la Plata con Diego de Rojas, é sabido por los que allí venian lo que pasaba en el Pirú, é persuadidos por los dichos de Lope de Mendoza, se juntaron con él y habian vuelto á Paria, desde donde teniendo noticia de la venida de Caravajal se habian retirado á Pocona, adonde yéndose á meter en los Andes, Lope de Mendoza habia sido preso é muerto. En conclusion, contó todo lo subcedido en las provincias de arriba, y de saber estas nuevas en gran manera se holgó Gonzalo Pizarro, porque habia muchos dias que no tenia nueva de lo que entonces oyó y á Caravajal habia acontecido, y alababa la gran diligencia de su capitan Francisco de Caravajal, é con la constancia que le servia, y súpose tambien de la grandeza de Potosí y de las minas tan ricas de plata que habia en aquel cerro, é de la mucha que se sacaba cada dia. E pasado esto, estando un dia comiendo Gonzalo Pizarro, é con el un hijo que tenia habido en una india, muchacho de hasta once años, porque entendais cuánto se usaba la lisonja y adulacion en aquellos tiempos en el Pirú, allegó allí Diego de Mora, é mirando á Gonzalo Pizarro al rostro, con semblante algo triste le dijo: *No me pesa de cosa tanto como de que sea v. m. mortal é nos hayais de faltar*; *mas ya que ansi sea, algun consuelo nos queda con don Francisco vuestro hijo:* dando á entender que despues de muerto el padre, el hijo le habia de subceder en la gobernacion ó reino; é Pizarro, oyendo aquellas cosas se engrandecia, ignorando su destruicion é calamidad con la muerte tan aviltada que en el valle de Jaquixaguana se le habia de dar; y despues que hobo estado en la ciudad de Trujillo algunos dias, se partió á la ciudad de Los Reyes, donde ya se habian venido los procuradores que de todo el reino se juntaban para lo dar á los que habian de ir á España. Yendo caminando hácia la ciudad de Los Reyes, le venian muchas cartas escriptas de todas partes, de personas que querian que por ellas entendiese lo mucho que deseaban servirle. Diego Velazquez, el mensajero que de Panamá habia venido por mandado del general é de los capitanes que allí estaban,

habia llegado á la costa del Perú, é luego con toda priesa venia en seguimiento de Gonzalo Pizarro, é lo alcanzó ya que no estaba de Los Reyes sino poco más de dos leguas, é luego que llegó le preguntó lo que pasaba é la causa de su venida. Diego Velazquez le dió las cartas, por las cuales se entendió lo que Verdugo habia hecho en Nombre de Dios, é cómo despues, yéndose el general Hinojosa y el gobernador de aquel reino, con otros capitanes, lo habian desbaratado, é de la venida del presidente é de los perdones é poderes tan grandes que traia, é la revocacion de las nuevas leyes; todo lo cual entendido por Gonzalo Pizarro, mostró holgarse de saber tales nuevas, no haciendo caso del presidente, é preguntó que por qué no le habia escripto, é Diego Velazquez le respondió que creyendo venir luego, no habia querido escrebir; é luego mandó que viniesen á consultar los licenciados Cepeda é Caravajal, y el capitan Juan de Acosta, delante de los cuales mandó al mensajero que tornase á recontar lo que ya á él le habia dicho, y la venida del de la Gasca, é lo que traia; lo cual contado, ellos preguntaron que por qué no habia escripto al gobernador Gonzalo Pizarro su venida, y lo que traia, pues publicaba tan grandes cosas é perdones; é sobre si seria bien que viniese al Pirú, ó que lo volviesen á España, hobo entre ellos muchos pareceres é consejos, mirando qué harian sobre esto; la determinacion é resolucion de lo cual se quedó hasta ir á la ciudad, é ya que llegaba cerca se le hizo un soberbio rescibimiento, saliendo á él los obispos del Cuzco, é Lima, é Quito, y otros religiosos é vecinos é soldados, y él entró en su caballo, llevando las camas del freno los capitanes Juan de Acosta, é Guevara, é porque le habian dicho que uno de los obispos habia tratado mal de sus cosas, dijo alto, que le pudieron oir algunos: *Yo juro á Nuestra Señora que el que hiciese cosa que no deba, agora sea fraile, clérigo ó obispo, que lo tengo de castigar; por eso cada uno entienda en su oficio y dejen á los caballeros hacer la guerra.* Y entrado en Los Reyes con gran triunfo, yendo delante dél muchos capitanes é soldados á pie, allegó á la iglesia, donde hizo oracion, é luego se fué á las casas del marqués su hermano, y allí fué informado de Lorenzo de Aldana de las cosas que habian pasado en aquella cibdad, y perdonó Antonio Alvarez, vecino de la villa de Plata, el cual habia servido bien en los debates pasados, y al tiempo que en aquella villa Luis de Rivera alzó bandera en nombre del rey; é volviendo á tratar sobre la venida del licenciado de La Gasca, se juntaron los capitanes é letrados para hablar sobre ello, y unos aconsejaban á Gonzalo Pizarro que pues era un hombre solo, mandase al general Hinojosa le trujese en el armada, para ver lo que traia ó á qué venia; otros decian que no lo consintiese, que era muy doblado é cauteloso, é tan mañoso que luego entrado en el Pirú volveria las voluntades de muchos; que mejor y más cierto era para su negociacion mandarlo volver á España, ó que lo matasen con un bocado, ó en la mar. Gonzalo Pizarro pesábale en gran manera cuando hablaban en que seria bien que pasase al Pirú, y ansí lo mostraba en su rostro é lo daba á entender en sus palabras, diciendo que él tenia noticia de las cautelas del maestro de La Gasca é del castigo que hizo en Valencia, matando á muchos sin culpa, é que juraba no le entraria en la tierra, ni se fiaria de Hernando Pizarro su hermano; y con los que daban á entender no convenir que entrase en el reino, se holgaba, diciendo qu'él lo miraba bien é que era consejo saludable á todos, y esto no procedia porque él entendiese lo que era mejor, ni tampoco lo que era más dificultoso, sino conforme á los consejos é pareceres que le daban aquellos de quien él se fiaba é tenia por amigos, así, hablaba; y por parecer dellos se determinó últimamente que el presidente no entrase en el reino, é para echarlo de Tierra Firme quisieron añadir maldad á maldad, é pecado á pecado, que era que le metiesen en un navio que no estuviese bien acondicionado, é corrompido el piloto ó patron, con dineros, diese al través con la nave de tal manera que muriese en la tormenta, y que fuesen procuradores, é para tener complimientos fingidos le requiriesen que diese luego la vuelta é España, é otras cosas que se contienen en los requerimientos que yo pondré á la letra, sacados de los originales, lo cual, para que lo ordenase, se cometió al licenciado Benito Xuarez de Caravajal.

CAPÍTULO CCXXIX

De cómo Gonzalo Pizarro mandó juntar á los vecinos del Perú que estaban en Los Reyes, y á los capitanes, é de lo que les dijo, y de cómo se enviaron procuradores.

Todos los tiranos famosos que han habido en el mundo, para poder sustentarse en su tirania buscan favores de Príncipes con ofrecimentos que hacen de servirlos ó de les hacer grandes presentes, con lo cual alcanzan á que no solamente les ofrescan socorros,

mas á que aventuren sus estados é personas por ellos, como leemos que muchos han hecho, é si no hayan favores, procuran de hacer sus hechos de tal manera que sin perder honor quedan en gracia de sus Príncipes. En tiempo del gran Teodosio, emperador de Constantinopla, se levantó un tirano famoso é muy poderoso en las Galias, que es el reino de Francia, y era tan excelente capitan que puso en gran cuidado al Emperador é no poco temor en el Imperio, é como quisiese juntar ejército é para ello procurase el favor de los italianos é godos, y le faltasen, é viendo que algunos de los suyos andaban ya titubeando é mostrándose flojos en su servicio, con gran discricion, sin lo dar á entender, escribió sus cartas al Emperador, al cual con formas que tuvo se le entregó privadamente. Teodosio le hizo uno de sus principales gobernadores en Oriente y vivió hasta que murió en su gracia é quietud suya; lo cual digo acordándome de cuántas veces pudiera Gonzalo Pizarro quedar en gracia de Su Majestad é muy estimado é con más de docientos mill pesos de hacienda é renta, lo cual perdió por malos consejos é por su poco saber, y en estas Indias ninguno de los que han mandado en ellas se puso neciamente á cosas tan grandes é tan pesadas; y que despues de haber muerto en las batallas é recuentros dos mill españoles, pudiera, si quisiera ser leal, quedar más honrado que antes; mas no mereció allegarse á este consejo, antes entendia en la muerte que se le habia de dar al presidente que traia lo que convenia á la salud de todos; é ansí, como Gonzalo Pizarro tenia determinado de enviar procuradores á los reinos de España, mandó que todos los capitanes é vecinos de las ciudades que reclusos estaban en Los Reyes, se juntasen para tratar lo que á todos convenia hacer, y que en esta junta entrasen los procuradores de las ciudades de todo el reino con los poderes que traian de sus ciudades, é ansí se hizo, é luego se fueron á las casas ó palacios suyos, y entrados en una cuadra se sentaron y callando estuvieron á ver lo que Pizarro decia, el cual propuso una plática sobre la allegada á Tierra Firme del licenciado Gasca; é como Gonzalo Pizarro era de poco saber, no pudo salir con su razon, como la tenia fingida, y estando titubeando, el licenciado Cepeda, no ignorando su dolencia, se levantó y tomando la mano á hablar dijo que el gobernador Gonzalo Pizarro habia mandado que se juntasen para que cada uno dijese su parecer en lo tocante á la nueva que habia venido de estar en Tierra Firme el de La Gasca, teniendo atencion á lo que habia pasado desde que Blasco Nuñez entró en el reino, y de su salida de los Charcas á procurar el bien público y á que no fuesen ejecutadas las Ordenanzas; y en conclusion, que quiso aventurar su hacienda é vida por ellos; por tanto, que lo mirasen y pesasen como á todos estuviese bien, de manera que no quisiese el presidente con cautela entrarse en la tierra para darles grandes castigos como hizo en Valencia, y que supiesen que estaba en Panamá aguardando á ver si le daban lugar que pasase al Pirú con ciertos poderes é provisiones que decian traer, é que libremente é sin temor cada uno hablase y le aconsejase lo que fuese mejor en este caso, porque la voluntad de Gonzalo Pizarro era que dado cada uno su vocto é parescer, allegarse á los que más aprobasen un parecer. Mas aunque el licenciado dió á entender tener Pizarro voluntad de oir sus dichos, bien entendieron que era industria para conocer voluntades, sin ignorar que la suya é la de sus consortes no era otra sino que el de La Gasca no entrase en el reino; y ansí, tomándose los pareceres por ante el secretario Jerónimo de Aliaga, los más amigos de Pizarro comenzaron á fortificar con razones que para ello daban, no convenir que el presidente entrase en el Pirú; otros, que temian la guerra, decian que no seria malo que pues traia tan buen despacho, que viniese; y á la verdad, no podemos negar que los del Pirú levantaron la contienda y ellos mismos la acabaron, y aunque Gonzalo Pizarro tenia amigos fieles que seguian su opinion, otros muchos habia en el reino que gimian con lágrimas é sospiros la calamidad con que estaban, y deseaban ver la voz del rey para acudirá su servicio, y ansí, no mucho se atribuya á sí, ni á su fortuna, el allanarse el reino, ni dar fin á la guerra, porque ello fué guiado por Dios que alzó su ira destos reinos, é por los buenos despachos que el emperador nuestro señor envió, que fueron parte en la pendencia, y el gran valor del presidente para hacer lo que se hizo, y estar ya cansados los vecinos é soldados de tener sobre sus hombros subsidio tirano, que es gravísima carga; é no embargante que muchos de los que estaban en el ayuntamiento diesen á entender seria buen consejo que viniese el de La Gasca, é anduviesen asentando los pareceres, Gonzalo Pizarro, sin mucho querer oir, dijo que su vocto era el que decian los que daban por parecer que el de La Gasca no viniese al Pirú, y al fin se concluyó lo que Gonzalo Pizarro queria, determinándose por todos que fuesen procuradores á España á dar cuenta á Su Majestad de las cosas subcedi-

das, é á pedirle perdon, é otras cosas que se dirá. E habiendo tenido Gonzalo Pizarro su parecer con los licenciados Cepeda, Caravajal y el de La Gama, é con otros de sus capitanes, á quién se daria el poder, habiendo ya tratado en Lorenzo de Aldana, se concluyó que fuese él y que se nombrase en el poder al comendador Hernando Pizarro, y entonces á estos dos se dió el poder, é despues se dió tambien á Gomez de Solís, como diremos. Hecho esto de la manera que habemos relatado, se entendia en los despachos que Lorenzo de Aldana habia de llevar, el cual disimuladamente entendia en que se le diesen, por verse fuera del reino, é dicen que dijo á Gonzalo Pizarro que él era Lorenzo de Aldana, é que lo mirase desde la barba á la frente, porque le habia de ser fiel amigo, é que deseaba que lo pusiese el rey en un aprieto y estrecho muy grande para que conociese lo que en él tenia, é otros ofrescimientos; é como se hobiese determinado la enviada de Lorenzo de Aldana á España, é mirasen el de La Gasca estaba en Tierra Firme, paresció á Gonzalo Pizarro y á sus amigos que Lorenzo de Aldana llevase requerimientos para que se volviese á España, é otros despachos para Pedro de Hinojosa, é porque el tiempo no se fuese, dieron priesa en que Aldana saliese de la ciudad de Los Reyes; é que para llevar los despachos pertenescientes para lo que en España se habia de negociar, iria tras él Gomez de Solís, é los llevaria juntamente con los dineros que eran nescesarios para la jornada. Lorenzo de Aldana se adrezó, procurando que fuese con él Pero Lopez para que diese fée de lo que se hacia en Panamá; á Gomez de Solís se nombró por procurador, y al licenciado Caravajal se mandó que ordenase la instrucion que habia de llevar Lorenzo de Aldana, y los requerimientos, el cual luego lo hizo, é los trajo despues de lo haber ordenado á Gonzalo Pizarro y al licenciado Cepeda para que *lo* viesen. Lo que en ello se contenia, é sacado del original por mí, lo pongo aquí como suelo otras cosas, y á la letra dice desta manera:

Instrucion y memoria de lo que los capitanes Lorenzo de Aldana y Pedro de Hinojosa han de hacer en Panamá con el licenciado de La Gasca, é Cianca, é Renteria, é los siguientes.

Primeramente, darles las cartas de los caballeros y soldados particulares, y darles primero las de los procuradores destos reinos, en su mano.

Item, hecho esto se ha de hacer el primer requerimiento, que es qu' él muestre las provisiones que trae del presidente é Oidores.

Item, hecho lo susodicho y respondido á él, le hará el segundo requerimiento, que es que se vaya á España con los demás Oidores, y despues de respondido á esto se hará el tercero requerimiento para que muestre las provisiones que trae para su señoria.

Item, hecho lo susodicho, en ninguna manera consientan que venga acá, pues conocen la voluntad de todos los que están en estos reinos, que ni será en manos de su señoria, ni de nosotros, estorbar que se haga presas, y hase de estorbar por todas vias, porque aunque su señoria ni nosotros no tengamos culpa, matándole se hace desacato á Su Majestad, lo cual se ha de evitar como vasallos suyos.—*El licenciado Caravajal.*

Vista la instrucion y requerimientos por Gonzalo Pizarro é por Cepeda é los demás capitanes, lo aprobaron como tengo dicho. Los requerimientos trataban sobre lo que se contiene en la instruccion. Otro recaudo que se le dió á Lorenzo de Aldana, muy secreto, que despues en Tierra Firme lo quemaron él y Pedro de Hinojosa, era para que procurasen de matar al de La Gasca, ó embarcarlo en un navio, yendo dentro Hernan Mejia y un piloto, el cual pudiese, salvando á Hernan Mejia, hacer de manera que el presidente y el navio fuesen consumidos dentro en la mar. Esta no sé yo si iba firmada de Caravajal ó de Pizarro; baste que ella fué hecha por su mandado é no vino á manos del presidente porque la quemaron los dos capitanes. Mandóse que se hiciese una carta para el presidente y que en ella le dijesen cómo estaban pacíficos é contentos con la gobernacion de Pizarro, y que se volviese á España sin venir á los alterar, é otras desvergüenzas que no quiero contarlas; y hecha, mandó Gonzalo Pizarro que la firmasen los capitanes é más principales del reino que estaban en esta ciudad de Los Reyes, y contra la voluntad de algunos y por temor, obedeciendo el mandado del tirano firmaron por fuerza y de voluntad setenta y tantas firmas, y se le dió esta carta á Lorenzo de Aldana, y estaba en Los Reyes en este tiempo el regente Fray Tomas de Sant Martin, y por su interese, ó por salir del reino, procuró con Gonzalo Pizarro la ida á España, diciendo que él iria adonde Su Majestad estuviese, para le informar de las cosas ya pasadas en la provincia, y cuán provechoso y conviniente á su servicio seria darle la gobernacion, y aun le dijo que si no hallase buen despacho en España, que pasaria á Roma á pedir la investidura del reino para el mismo Gonzalo Pizarro,

con que por via de feudo reconociese este reino á la Iglesia, de lo cual yo oi decir á muchos hombres de verdad que el provincial hizo un juramento solepne de lo cumplir y de no hacer otra cosa, y que Pizarro, creyendo que ansí lo hiciera, fué contento, é aun le dió cantidad de dinero. El obispo de Bogotá habia venido á salir al Quito y habia entrado en Los Reyes con Gonzalo Pizarro, é mostrábase muy aficionado á sus cosas por algun fin que yo no sé, y tratábase tambien de su ida á Tierra Firme, dando gran esperanza que avisaria á Su Majestad del Emperador nuestro señor de muchas cosas favorables al mismo Gonzalo Pizarro; y se andaba adrezando para salir del reino, é como ya estuviese ordenado el despacho que habia de llevar Lorenzo de Aldana, salió de Los Reyes para Tierra Firme, yendo con él Pero Lopez, al cual Diego Maldonado, Jerónimo de Aliaga, Antonio de Altamirano é otros vecinos del reino le dijeron que hablase al que venia que se diese priesa, porque Su Majestad tenia muchos servidores é vasallos lealísimos, é que deseaban en gran manera su voz y ver su mandado real para acudir á lo que eran obligados. Gonzalo Pizarro escribió cartas muy largas á su general Pedro de Hinojosa, en respuesta de las que habia rescibido suyas con Diego Velazquez, exhortándolo en su amistad y diciéndole que no tuviese en nada la venida del licenciado de La Gasca, y que luego que fuesen salidos del puerto del Nombre de Dios los procuradores, se viniesen al Pirú con toda el armada, y en lo tocante al de La Gasca hiciese lo que le avisaba por los despachos que llevaba Lorenzo de Aldana. Tambien le escribió el licenciado Cepeda, y á los capitanes Juan Alonso Palomino, Pablo de Meneses, don Pedro de Cabrera, se escribieron cartas sobre lo mismo, é luego que Lorenzo de Aldana se partió de Los Reyes, los licenciados Cepeda é Caravajal entendieron en el despacho que Solís habia de llevar; el poder iba tambien al comendador Hernando Pizarro, juntamente con el capitan Lorenzo de Aldana *y* Gomez de Solís. Pues como el obispo de Los Reyes don Jerónimo de Loaisa viese los grandes males en que estaba esta tierra, y cómo sin se querer enmendarse hacian cada dia mayores yerros y pecados sin tener temor á Dios ni al rey, deseaba por la mejor manera que pudiese salir del reino para ir á dar cuenta de lo sucedido á Su Majestad, y ansí, fingidamente y con cautela tenia sus práticas con Gonzalo Pizarro, diciéndole que para que el rey le diese la gobernacion, ninguno le ayudaria como él, y teniendo otras práticas, dijo ansimismo á Gonzalo Pizarro: *Si el rey, dando la gobernacion, quisiese castigar á los que os han puesto en esto, ¿habéis de obedescer?* A esto respondió: *A todos nos ha de perdonar ó todos nos hemos de perder sobrello.* Y al fin, mirando el obispo que ninguno podia negociar con él si no era hablándole en la gobernacion que pretendia, dándole esperanza de le ser buen amigo, y creyendo Gonzalo Pizarro que seria ansí y que no habria cautela ni engaño en sus palabras, demás de dar lugar á que saliese del reino le dió dos mill pesos de oro para sus gastos, los cuales el obispo recibió de Gonzalo Pizarro. Tambien estaba en Los Reyes en este tiempo el obispo del Nuevo Reino, y aun se habia mostrado grande amigo de Gonzalo Pizarro, segun dicen, y que hablaba en sus negocios bien, el cual le pidió licencia para se ir á Tierra Firme, adonde publicaria cuánta justicia tenia en pretender la gobernacion del Perú. Gonzalo Pizarro se lo agradeció y le dió otra cantidad de moneda que yo no supe cuánta fué. Pues como el capitan Lorenzo de Aldana tuviese los despachos que habia de llevar, se partió de Los Reyes, yendo con él Pero Lopez, para hacer el requerimiento al de La Gasca en Tierra Firme. Tambien salió de Los Reyes el obispo don Jerónimo de Loaisa y quedaron de partida Gomez de Solís, que como hemos dicho iba por procurador, y el obispo del Nuevo Reino.

CAPÍTULO CCXXX

Cómo sabido por Gonzalo Pizarro la muerte de Alonso de Toro, proveyó por su teniente del Cuzco Alonso Alvarez de Hinojosa.

Partidos de la ciudad de Los Reyes Lorenzo de Aldana y el obispo don Jerónimo de Loaisa, mostraba Gonzalo Pizarro grande alegria teniendo confianza que yendo sus negocios tan bien encaminados, no podian dejar de tener buen fin. el cual mandaba que viniese el armada con los capitanes que estaban en Tierra Firme. Pasado lo que habemos contado, no tardó mucho sin venir la nueva de la muerte que se le dió en el Cuzco por su suegro al capitan Alonso de Toro, la cual sabida por Gonzalo Pizarro lo sintió mucho, porque cierto él tenia por muy gran servidor suyo Alonso de Toro, y luego pensó á quién mandaria que tuviese cargo de gobernar el Cuzco, y despues de haber tenido sobrello su acuerdo, se nombró Alonso Alvarez de Hinojosa, vecino de la misma ciudad, al cual se le envió la provision. En todas las ciudades del reino eran tenientes

de Pizarro en este tiempo los que aquí diremos: en el Cuzco, Alonso Alvarez de Hinojosa; en Lima, el licenciado Cepeda; en Trujillo, Diego de Mora; en Guánuco, Juan de Saavedra; en Chachapoyas [1], Gomez de Alvarado; en Quito, Pedro de Puelles; en Arequipa, Lucas Martin; en la villa de Plata estaba Caravajal; en los demas pueblos asestian en su nombre otros que despues nombraremos; los cuales tenian con Gonzalo Pizarro gran fee y en todas partes hacian burla y reian de la venida del licenciado Gasca á Tierra Firme, oyendo que era clérigo y que venia desacompañado. Potosí estaba próspero y se sacaba de las minas gran cantidad de plata, y porque pasó en este tiempo la muerte que se le dió á Vela Nuñez, hermano del visorrey, en la ciudad de Los Reyes, la quiero contar segun lo vi por el proceso que dello se hizo, que pasó ante Simon de Alzate, escribano, y fué desta manera.

CAPÍTULO CCXXXI

Cómo Juan de la Torre sacó en el valle de Ica una sepultura ó enterramiento de mucha riqueza, y de cómo andaban en trato con Vela Nuñez, y de la muerte que se le dió á él y á otros.

Grande fué la riqueza que poseyeron los señores Ingas, y verdaderamente, en sus valles del tiempo antiguo, no embargante que es mucho el tesoro que han sacado los españoles é indios, hay mucho más enterrado en las entrañas de la tierra, lo cual se pierde por no saber los indios á dónde ni en qué parte lo pusieron los muertos; y como tengo escrito en los libros de las fundaciones, estos Ingas tenian por gran cosa llevar sus tesoros consigo despues de muertos, paresciéndoles que los difuntos los habian menester adonde iban. Muchos españoles han enriquecido con riquezas que han hallado en las sepulturas destos indios, y estando en esta ciudad de Los Reyes Juan de la Torre, gran secaz de Gonzalo Pizarro y que en estas alteraciones habia mucho deservido, por aviso de una india sacó del valle de Ica una sepultura ó enterramiento que valia más de ochenta mill ducados en esmeraldas ricas y en joyas de oro y plata, lo cual, aunqu' él lo más encubiertamente que pudo lo disimulaba, no se pudo encobrir ni dejar de se entender, y aunque no acertaba á la cantidad que era, Gonzalo Pizarro algunas veces hablaba al Juan de la Torre sobre lo que habia sacado; y en este tiempo estaba en la ciudad de Los Reyes Francisco Velazquez Vela Nuñez, hermano del visorrey Blasco Nuñez Vela, y andaba lleno de congojas y muy temeroso, creyendo que tambien á él como su hermano habian de matar, y deseaba en gran manera poder salir deste reino á otra cualquiera parte á donde ternia la vida por más segura; mas no sabia cómo ni de qué manera podria ser, ni quien le daria navio para salir deste puerto. Pues como hemos dicho, Juan de la Torre hobiese sacado el enterramiento, ó sepultura, tan rico como decian, pensó si quisiese salir del reino y llevarlo, que podia muy bien hacerlo, y mirando que al mismo Juan de la Torre le estaba bien hacello, pues se hallaba tan rico, determinó de tentallo, y ansí, yéndose á San Francisco dió parte deste su pensamiento al guardian fray Francisco de Santana, el cual, deseando complacer á Vela Nuñez envió á llamar á Juan de la Torre, y despues de le haber dicho otras cosas, le dijo cómo Vela Nuñez deseaba en gran manera que si pudiese ser lo sacase desta tierra en un navio que podria mercar. Juan de la Torre, estando un poco pensando, respondió al fraile que enviase á llamar á Vela Nuñez, y luego el fraile á gran priesa lo envió á llamar, y venido quedaron en la iglesia él y el Juan de la Torre, al cual Vela Nuñez, le dijo que le habian dicho que mercaria un navio y que deseaba, si fuese posible, que lo llevase en él. Juan de la Torre, con engañosas palabras respondió que puesto qu' él mercase el navio, que ¿cómo se podrian ir ellos solos sin más compañía? Vela Nuñez respondió que él tenia amigos que se irian con él. El traidor, por saber quién eran dijo que juntase hasta doce ó quince y que volverian hablar más despacio sobre aquel negocio, porque estaba en lugar sospechoso. Pasado esto, Vela Nuñez se fué á su casa y el Juan de la Torre á la suya, el cual pensó de concertarlo con Vela Nuñez y saber quién eran los que *le* querian acompañar en la salida de Los Reyes, é luego decirlo á Gonzalo Pizarro para que hiciese justicia; por donde se podria justamente decir por éste el refrán del pueblo, que *no vive más el leal, de cuanto quiere el traidor.* Vela Nuñez dió parte de lo que se concertaba á un Caravajal, y á Flores, y á un comendador de San Juan, cuyo nombre no sé, y á otros algunos, los cuales con gran voluntad se ofrecieron de le servir é ayudar en todo cuanto mandase, y ansí algunas veces se tornaron á hablar y á ver él y Juan de la Torre, y se concertaron que Juan de

[1] En el ms., *Chachapuyas.*

la Torre los llevase en un navio y que ellos le hiciesen un juramento solene de le tener por capitan, y que uno á uno saldrian para metiéndose en el navio, una noche salir y llevarse todos los navios que pudiesen, y á los que no, quemarlos ó echarlos al hondo, y que se irian á la Nueva España, ó á Nicaragua, donde harian gente; y ansí se hizo un juramento deste tenor: Nos, los que firmamos debajo desta nota, juramos á Dios y á esta señal de la cruz ✝ que os seguiremos y obedesceremos á vos Juan de la Torre por nuestro capitan para en todas aquellas cosas que como tal nuestro capitan nos mandárades, y que n'os dejaremos ni desampararemos sin vuestra licencia por todo el tiempo que durare esta jornada en que agora vamos en vuestra compañía; y porque es ansí que como fieles y leales se puede fiar de nosotros, dimos nuestras firmas en señal de verdad. Diego Hernandez, Pablo de Caravajal, el comendador Pero Hernandez, Vela Nuñez y otros firmaron, enviando este juramento á Juan de la Torre. A tiempo que Vela Nuñez se aparejaba para salir de Los Reyes, fué á Gonzalo Pizarro y muy por órden le contó lo que pasaba, y le dijo cómo Vela Nuñez con otros que le acompañaban se querian ir de la ciudad y llevarse todos los navios, y á los que no pudieren llevar, quemarlos; lo cual entendido por Pizarrro dió parte á los licenciados Cepeda y Caravajal, lo cual oido por ellos, paresciéndoles ser gran crímen el querer irse Vela Nuñez, achacándole que queria amotinar la ciudad, quemar y llevar los navios que estaban en el puerto, y por quitar dellos aquel contrario, determinaron de le mandar matar, y luego salió el licenciado Cepeda hacer la informacion y dar la muerte al inocente, y fué mucha parte para que Vela Nuñez muriese, tenerle temor el licenciado Benito Juarez de Caravajal por le haber muerto al visorrey su hermano, y por estar libre dél trabajó todo lo que pudo porque se le diese la muerte, y aun dicen que el licenciado Cepeda lo dijo despues ansí; el cual, salido de la consulta mandó prender á Vela Nuñez y á Caravajal y á Diego Hernandez y á otros muchos, y tomada la confision á Vela Nuñez y á los demas, mandó desnudar al mismo Vela Nuñez para le dar tormento; el cual dijo á Cepeda que se acordase cuántas veces lo puso bien con el visorrey su hermano, y cómo jamás recibió dél ningun enojo, y otras cosas que en alguna manera ablandó el tirano corazon de Cepeda para mandar que tornándose á vestir, sus brazos no fuesen con los cordeles del tormento apretados; y á Caravajal se dió, mas no confesó otra cosa que el engaño que Juan de la Torre con ellos tuvo, y del juramento que le enviaron; y mientras estaba el licenciado Cepeda en la cárcel entendiendo en esto, Gonzalo Pizarro estaba en su casa muy acompañado, porque como supieron la prision de Vela Nuñez, acudieron adonde él estaba muchos de sus amigos, y los del visorrey andaban espantados y tan temorizados que de aquella hecha pensaron todos ser muertos, y como aún no fuese por los más sabido por qué se habia hecho aquella prision, estaban aguardando para ver si el mismo Pizarro lo decia, el cual, mirando contra los que en la sala estaban dijo: *Basta que nos querian matar; por tratallos bien nos daban este pago;* lo cual dijo por Vela Nuñez y por todos los del visorrey; y saliendo de entre todos Martin de Robles, que agora es uno de los que mejores repartimientos tienen en la villa de Plata, dijo con voz alta: *Pues mueran todos sin quedar ninguno, y si alguno tuviere poca culpa y no muriere, córténsele las manos, porque ya que nos hagan mal, sea con las lenguas y no con ellas;* y dijo más: *Y pues los procuradores han ido al rey á decille que hasta aquí peleábamos por la libertad, vayan otros á decille que agora hemos de pelear por nuestra lealtad.* Gonzalo Pizarro se reia con los dichos de Robles, y pasaron otras cosas y desvergüenzas contra el acatamiento del rey. Pues volviendo al licenciado Cepeda, que de Oidor del Emperador nuestro señor se habia vuelto teniente del tirano, despues que hobo mandado dar tormento á Caravajal, mandó que fuese muerto Diego Hernandez y que Vela Nuñez se confesase para lo mismo, el cual, viendo que no tenia remedio, lo hizo, quejándose á Dios de la maldad de Juan de la Torre y de la crueldad que Pizarro y Cepeda usaban con él; y verdaderamente, á todos los más de los que estaban en la ciudad de Los Reyes paresció gran maldad lo que se cometia en matar tan sin culpa á Vela Nuñez, y ansí, despues que hobo confesado, Cepeda, sentado en su silla judicial, dió la sentencia, la cual decia ansí:

Fallo por la culpa que deste proceso resulta, y quel dicho Francisco Velazquez Vela Nuñez trató y procuró cuanto ansí fué de amotinar y alborotar esta tierra perturbando la paz comun della, y los demas delictos que en el proceso contra él resultan, que le debo condenar y condepno en pena de muerte natural, la cual le sea dada en la plaza pública desta ciudad; atándole las manos le corten la cabeza de manera que muera naturalmente, y por esta mi senten-

cia difinitiva juzgando, ansí lo pronuncio y mando, la cual se ejecute con voz de pregonero que manifieste su delicto.—*El licenciado Cepeda.*

Dada la sentencia en la presencia de Vela Nuñez, y publicada, sentiria á lo que cada uno puede sentir en semejante trance, y viendo que no tenia otra apelacion sino era para ante el altísimo Dios, se aparejó con la más paciencia que pudo para pasar por paso tan temeroso, y ansí, como si fuera traidor ó ladron lo sacaron de la cárcel, las manos atrás, diciendo el pregonero: *Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el señor licenciado Cepeda, teniente general de gobernador en estos reinos, en su nombre, á este hombre, porque andaba alborotando estos reinos, y procurando robar y quemar los navios del puerto y con ellos andar haciendo daño en esta tierra; mandásele cortar la cabeza en pena deste maleficio.* Cuando el triste y mal afortunado hombre oia el pregon, decia que mentía, que Su Majestad no mandaba tal, ni ellos en su nombre lo hacian, y otras cosas á estas conformes. El regente fray Tomás de San Martin, que de camino para Tierra Firme estaba, como hemos dicho en lo de atrás, le iba confortando y diciendo que ni se acordase del rey, ni menos de su mujer, ni de otra cosa que de Dios, al cual con toda contricion pida perdon de sus pecados; é yendo al lugar donde le habia de ser cortada la cabeza, salió Robles á caballo y casi parescia que queria atropellar al que ansí ya iba sentenciado á muerte, y el regente se lo afeó, y llegado al rollo, Vela Nuñez hizo su oracion á Dios Nuestro Señor lo más devotamente que pudo, y pidiendo su ayuda y la de la Virgen gloriosa su madre Nuestra Señora, le fué por el verdugo cortada la cabeza, y despues se enterró el cuerpo en la iglesia del señor Santo Domingo; de manera que por algun juicio divino hobieron estos dos hermanos Blasco Nuñez y Vela Nuñez de morir tales muertes. Dios Nuestro Señor les tenga en la gloria sus ánimas; y diremos agora lo que sucedió al maese de campo Francisco de Caravajal en los Charcas.

CAPÍTULO CCXXXII

Cómo estando en la villa de Plata Francisco de Caravajal, se ordenaba una conjuracion contra él, la cual siendo descubierta, hizo algunas muertes, y lo que más pasó.

Ya me acuerdo que en lo de atrás tengo escrito cómo despues de haber desbaratado Francisco de Caravajal á los de la entrada, y muerto en Pocona al leal capitan Lope de Mendoza, ordenadas algunas cosas quél vido convenibles, se partió con sus banderas á la villa de Plata, y de cómo no entendia sino era en robar, y para ello tenia gran aparejo, porque todos los más de los señores estaban puestos sobre su cabeza y en la de Pizarro, sin acudir con los tributos ni con otra ninguna cosa á los encomenderos verdaderos que los tenian á cargo. Pues como Caravajal estuviese desta manera en Chuquisaca y supiese que un Ramirez traia vara de justicia, lo mandó parescer ante sí y con grande enojo le preguntó que por quién traia aquella vara, y el Ramirez respondió que por el rey, y Caravajal le dijo que le aguzase muy bien la punta y que la lanzase á un perro y que no paresciese con ella delante de su presencia; si no, que lo mataria; y luego mandó que fuesen alcaldes Alonso de Mendoza y Juan Vazquez de Tapia, y alguacil mayor hizo á un Cantillana, que en estos debates sirvió de cuchillo para matar á muchos que murieron á manos de este tirano é de otros. Tiró asimismo los oficiales que tenian cargo de la Hacienda real y nombró por veedor á Lope de Mendieta, y á Diego Lopez de Zúñiga tesorero, y á Pero Gutierrez de Zafra contador, y como en aquel tiempo era grandísima la riqueza de Potosí, qu'es el cerro que por mí está nombrado, adonde se hallaron las minas tan prósperas y adonde tantos millones han sacado de plata, y como en aquel tiempo anduviese la guerra tan encendida en el reino y todos los soldados de lustre y valientes la siguiesen, la hez del reino y la gente más suez estaba en aquel asiento contratando con bastimentos y con otras menudencias, y estaban todos ricos, y no livianamente, sino que muchos tenian á veinte, y á treinta, y á cincuenta mill castellanos, y algunos á más, y como la codicia de Caravajal era tanta, queriendo tambien él tener parte en lo de allí, como la tenia en los repartimientos, mandó á un Santa Cruz que fuese aquel asiento y que le trujese el más dinero que se pudiese haber. Santa Cruz partió de Chuquisaca y anduvo hasta que llegó al asiento de Potosí, adonde echando cierto pedido [1] á todos los que en él estaban, sacó muchas barras de plata para Caravajal, y si alguno no queria contribuir era llevado á la villa, adonde Caravajal estaba, y luego era por él desterrado; y sucedió con uno destos que le envió Santa Cruz un cuento donado, y fué

[1] En el ms., *impedido.*

que como Caravajal supo que tenia ocho ó diez mill pesos y que dellos no habia querido dar cosa alguna á Santa Cruz, haciendo del enojado le dijo: *Vos pensais que no sé yo vuestra vida qué tal haya sido, é cómo mientras nosotros andamos en la guerra, vos habeis andado robando sin temor ni vergüenza ninguna;* y diciendo estas palabras, sacando el espada con vaina é todo, hizo muestra de le querer dar un gran golpe; el pobre ya le pesaba de ver la burla cuanto duraba, y holgara de hallarse en otra parte sin dineros, y no en la presencia de Caravajal con los que tenia. Pues como allegase allí alguna gente, Caravajal, mirando contra ella dijo: *¿Quereis, señores, saber bien la vida deste bellaco traidor? habeis de saber que mientras habemos andado en estos alcances iba fuera de camino por los repartimientos de los vecinos con doce ó quince indios, y subiéndose encima de un cerro que via algunas manadas de ovejas ó carneros, decia esto encima del cerro: Omnia quæ vidimus nostra sunt; y ansí este malvado recogió más de mill cabezas, las cuales llevaba á vender á Potosí, y las vendia diciendo haberlas rescatado ó comprado á los indios;* y como acabó de decir esto, acercándose hácia él le dijo paso, que pocos lo oyeron, que luego le trujese todos los dineros que tenia; sino, que supiese que lo habia de matar. El pobre, temiendo que por guardar los dineros perderia la vida, se los dió y entregó todos sin faltar nada á Caravajal, los cuales tomó, y creo yo que pocos ó ninguno dellos le volvió; y ansi á muchos por diferentes vias robó sus haciendas. En Paria fueron hallados por [1] Alonso Caballero, que por su mandado en ellas estaba, algunos hoyos con plata y oro de lo que escondieron cuando allí estovieron Diego Centeno y los suyos; todo mandó que se lo trajesen; y como le viniese plata de todas partes, tenia Caravajal junto, segun algunos dicen, más de setecientos mill pesos de oro. Habian traido presos, como atrás contamos, Alonso de Camargo, que fué alferez general de Diego Centeno, y á Luis Perdomo y á otros algunos que se habian mostrado en el servicio del rey nuestro señor, el cual, como estoviese en la villa de Plata envuelto en sus vicios, robando todo el más dinero que podia, como aquellas maldades paresciesen tan feas, algunos desseaban, mostrando sus personas en el servicio del rey, quitar la vida al tirano, y ansí, como á hombres más principales, los que esto deseaban lo trataban y comunicaban con Alonso de Camargo, é con Perdomo, los cuales tambien por su parte mostraron holgar de que se hiciese tan famoso hecho como era quitar la vida aquel tan facineroso y maldito hombre, y con ellos se concertaron Antonio de Luxambal Maceda, Bernaldino de Balboa y Julian de Humaran y otros que no sé los nombres, de los de la entrada, y entre éstos se ordenó que un domingo, saliendo de misa, fuesen apercebidos, y que arremetiendo seis con sus espadas diesen d'estocadas á Caravajal, y que otros fuesen á sus capitanes á hacer lo mismo, paresciendo que de aquella manera muy á su salvo los podrian matar para luego alzar bandera por el rey. Despues de ordenada la conjuracion, estuvo muchos dias tan secreta que por ninguno fuera de los que eran en el trato se entendió. Llegado el domingo que lo pensaban hacer, tornando á platicar sobrello, paresciéndoles que seria bien sin aguardar á más tiempo concluir el negocio, y al tiempo qu'estuviesen en misa, ó siendo de noche, en su propia casa, y ansí se apercibieron para lo hacer pasados de treinta hombres, y estando en un aposento todos, vino á ellos un soldado llamado Balmaseda, el cual dijo que otro, llamado Juan Ramon, se habia quedado y no queria venir con él; que se dejase aquella noche, y la siguiente lo pornian en efeto y estarian todos juntos. Luis Perdomo y Camargo decian que si se habia de hacer, que mucho mejor era luego, por no perder aquella coyuntura, pues si aguardaban á otro dia no sabrian si serian sentidos, ó si habria dificultad para hacerlo. Ciertos soldados de los que eran en ello, que habian andado con Caravajal, arrepentidos ya de lo que se queria hacer, ó temerosos, dijeron que no, sino que se aguardase dia, y estando considerando los unos y los otros lo mejor, púdolos entender un Betanzos, el cual caminó para lo avisar á Caravajal, y viéndolo ir quisieron los conjurados asirle para le matar; mas él, dándose buena maña se libró de las manos y fué á contar á Caravajal lo que habia oido. Alonso de Camargo, luego que vido el negocio borrado, huyó por un camino; los más huyeron por otra parte, informando, pues, del negocio *á Caravajal*, al cual hallaron en su casa que ya queria irse; Alonso de Mendoza le prendió por mandado de Caravajal. Perdomo, Morales [1] de Ambur *y* otros tambien fueron presos, y supieron dellos la trama que le ordian. Caravajal tenia una cosa, que jamás en estos motines ó conjuraciones que se ordian daba

[1] En el ms., *pero.*

[1] En el ms., *Molares.*

tormentos por saber si eran más, ni aun lo preguntaba, lo cual procedió de conoscer que todos los más deseaban su muerte, y porque á la clara no se entendiese estar tan mal quisto, no queria ni procuraba más de castigar á los que eran tomados en el delito; y ansí, otro dia, saliendo de la iglesia mandó prender á Balmaseda y le mandó ahorcar, y Alonso de Camargo, despues de haber confesado, por su mandado fué hecho cuartos; teniendo ya para sacar á justiciar á Julian de Umaran, y á Cameros, y á Rodrigo de Balda, cargaron todos los capitanes y alferez y más amigos de Caravajal, al cual rogaron que bastaba ya el castigo que se habia hecho, y que diese las vidas aquellos que ansí llevaban á matar; Caravajal, por su ruego lo hubo de hacer. Dende algunos dias fueron tambien presos Orbaneja y Bartolomé de Balboa, á los cuales les fueron cortadas las cabezas; los pregones decian: *Por traidores; y* á la verdad, por asegurar su vida Caravajal, cuerdo era en matar á quien se la queria quitar; mas los que pensaren hacer semejantes hechos, no solamente no han de dilatarlos, más antes, luego en ordenándolo lo han de poner por la obra, y si ansí no se hiciere, crean que la conjuracion contra ellos mismos la ordenan, y en diversos tiempos han muerto muchos por no saber bien guiar estas cosas, ó por faltarles ánimo al mejor tiempo. Morales de Ambur, y Espinosa, tambien murieron justiciados, y Luis Perdomo, despues que le prendieron en un peñol donde se habia hecho fuerte, se soltó y se fué huyendo por tales partes que nunca jamás paresció muerto ni vivo; créese que los indios lo mataron. Pasadas estas cosas, Francisco de Caravajal mandó al capitan Alonso de Mendoza que se partiese luego hácia Pocona y prendiese á Hernando del Castillo y á otros que con él estaban, que eran de los mismos de la conjuracion. Alonso de Mendoza se partió, y llegado al lugar donde estaba Hernando del Castillo, tomó el servicio de indios é indias que tenia, y él con los otros se pudo huir; mas como le hobiesen tomado una india hermosa á quien él queria mucho, dándole pena su absencia revolvió para ver si la podria cobrar y sacalla de quien la tenia; fué sentido por Alonso de Mendoza, y poniendo recaudo en ello lo prendieron á él y á un Arguello, los cuales fueron llevados adonde estaba Caravajal y fueron hechos cuartos; y la moza por cuyo amor él vino, se holgaba con quien mejor compañia le hacia. No se mataron más de los que hemos contado, ni Caravajal preguntaba si otros algunos eran en ello; y pasado esto que hemos relatado, despues de haber Caravajal recogido toda la más cantidad de plata y oro quél pudo (segun afirmaban, pasaban de más de setecientos mill pesos lo más deste tesoro), envió á la ciudad de Los Reyes con amigos suyos fieles y de gran confianza, paresciéndole que iria su persona y el dinero más siguro si no fuesen juntos, porque por lo robar lo matarian á él, y ansí, despues de haber enviado los dineros determinó de partirse de la villa de Plata y de dejar en ella por capitan y teniente de Gonzalo Pizarro, á quien ellos todos llamaban gobernador, Alonso de Mendoza, que muy ligeramente le habia servido en toda aquella jornada, al cual, despues de le avisar de algunas cosas que habia de hacer, le mandó que entendiese en tener cargo de la justicia de la villa y del asiento de Potosí, que cada dia se poblaba más de mercaderes y gentes que venian á las minas, que eran en aquel tiempo las más ricas que habia en el mundo. Ordenado esto, Caravajal salió de la villa para venir á Los Reyes, sin dejar de robar todo lo que podia, y Alonso de Mendoza gobernó, aunque por el tirano, la villa, muy bien, sin consentir que se hiciese agravio ni daño á ninguna persona; é dejaremos esta materia y concluiremos lo de Panamá.

CAPÍTULO CCXXXIII

De cómo el presidente Gasca procuraba por todas las vias de quel general Pedro de Hinojosa se aclarase y entregase el armada, é de la llegada á Panamá de Lorenzo de Aldana, y de las cosas que más pasaron hasta que la armada se entregó al presidente en nombre del rey.

No terná el lector olvidado lo que habemos escrito en los capítulos precedentes en lo tocante al subceso de Tierra Firme, pues en ellos contamos el despacho que trajo Pero Hernandez Paniagua y lo demás que sucedió hasta quél salió del puerto de Panamá. Lo que agora tenemos que decir es *que* el presidente deseaba ya en gran manera verse apoderado en la armada é que Pizarro no tuviese en ella mando ninguno, y es cierto que aunque los capitanes Pablo de Meneses, Palomino, don Pedro y Hernan Mejia se lo hobiesen ofrescido, parescíale que no ternia la negociacion buena conclusion si Pedro de Hinojosa no hiciese el mismo ofrescimiento. Miraba el presidente las mañas y grandes cautelas que tienen los de acá, y cuán poca firmeza en sus palabras, é que ansí como

querian allegarse á él, procuraban de no perder la gracia de Hinojosa; y en fin, que los soldados, no embargante que muchos habia que ya deseaban verse en el Pirú para hacer la guerra á Pizarro si no deponia el cargo de gobernador, otros habia que por sustentarle en él aventurarian sus vidas y para ello obedescerian en todo al General. Por librarse destos miedos y que en gracia y contento de todos y con voluntad del mismo General se hiciese la entrega del armada, le hablaba algunas veces rogándole quisiese ya declararse, pues tanto le convenia. Pedro de Hinojosa respondia á estas cosas quél habia de hacer lo que hicieron sus padres, que fué siempre servir á sus reyes y señores naturales como sus vasallos leales; mas que cosa justa era, pues Gonzalo Pizarro y los vecinos y más gente del Perú aguardaban para ver la clemencia que Su Majestad con ellos tenia, é si era servido de los perdonar de lo pasado y dejarles sus haciendas, quél mismo se aclarase con él, diciéndole lo que podia, y pues si no era por figuras ó palabras preñadas, no sabia la claridad de la facultad que por mandado del rey tenia para el sosiego del reino, é que viniendo nueva dél cómo Pizarro, con los demás, llanamente no quisiesen obedescer el mandado de Su Majestad, que entonces él seria el primero que fuese contra ellos, y que de otra manera le parescia cosa fea que los de Panamá se quisiesen hacer leales para publicar por traidores desde entonces á los del Perú. El presidente todavia tornaba á hablarle sobre que entregase por su persona el armada, certificándole quél traia mucho bien y provecho para los del Perú, con perdon de todo lo por ellos hecho; y otras cosas pasaron, mas por entonces no hobo conclusion en la entrega de la armada más de lo que yo tengo contado atrás, é todos aguardaban á ver si venia navio del Pirú y lo que contaban de aquel reino. El mariscal Alonso de Alvarado visitaba muy á menudo al presidente, compliendo siempre su mandamiento, y estando las cosas de Panamá en este estado, allegó al puerto una nave que venia del Pirú: con verla se holgaron todos los que estaban en aquella ciudad, y luego otro dia, que fué á trece de Noviembre del año ya dicho de mill y quinientos y cuarenta y seis, saltó en tierra el capitan Lorenzo de Aldana, y teniendo lengua de lo que pasaba, fué á la posada del General y en ella estuvo algunos dias y le contó por órden todo lo que en el Pirú pasaba, y de cómo venia atrás el obispo don Jerónimo de Loaisa; que ansimismo seria presto en aquel puerto Gomez de Solís, que juntamente con él venia nombrado por procurador para ir á España. Mucho le pesó á Hinojosa saber el desatino de Pizarro y los del Pirú, y dijo á Aldana quél habia de servir al rey, mas que no embargante quél tuviese este deseo, primero habia de entender el presidente traer poder para hacer guerra, proceder contra ellos y perdonarlos si viniesen á obidencia. Lorenzo de Aldana *dió* el requerimiento que dijimos, por el cual le mandaban que matase al licenciado Gasca, y despues, paresciéndole á los dos aquello no convenir ser mostrado á persona alguna, pues era tan feo, é insistiendo el mismo Aldana en ello, lo tomaron uno con una mano y otro con otra, habiendo dicho Hinojosa qu' estaba en un cofre y quél mismo tenia la llave y que sin su voluntad nadie le veria; mas pues quél queria, que se quemase, y ansí fué quemado aquel papel que tan gran maldad por él mandaban hacer. Pues como el presidente supo de la venida de Lorenzo de Aldana y de cuán estimado habia siempre sido en el Pirú, se holgó mucho y deseaba verle para tener nuevas de lo de allá, y pasado aquel dia y otro que vino Aldana, fué luego á le besar las manos, mostrando alegre semblante, y el presidente le rescibió á él con mucha alegria, é pasadas algunas pláticas, Aldana le dijo que viendo cuán mal guiadas andaban las cosas del Perú, habia con todas sus fuerzas procurado de salir de aquel reino, lo cual se le habia de agradecer y tenerlo Su Majestad en servicio, é que desde entonces se ofrescia á él y de hacer lo quel mismo presidente en su real nombre le mandase. El licenciado Gasca se lo agradesció, diciendo que aquella confianza é no otra tenia Su Majestad de su persona; y por entonces no se habló más. Otro dia, el mismo Aldana volvió á la posada del presidente, donde le contó todo lo que en el Perú pasaba, é de cuán endurecido en la rebelion estaba Gonzalo Pizarro, y de la venida de los obispos, é Gomez de Solís y el regente. Dichas estas cosas, Lorenzo de Aldana dió al presidente la carta que ya contamos, firmada de sesenta y cuatro firmas, sellada con el sello de Gonzalo Pizarro, de la cual carta el presidente se admiró de verla, notando con la desvergüenza con que venia escrita; otras cartas venian de Pizarro é de otras personas para particulares de los que en Panamá estaban, llenas de amenazas é de fealdades, diciendo que si el presidente allá iba, que lo habian de matar á él y á los Oidores, é que no querian otro gobernador sino á Pizarro. Tambien supo el presidente que Gonzalo Pizarro enviaba á mandar á Pedro de Hino-

josa que si no entendiese ser su amigo el mariscal Alonso de Alvarado, que lo matase. Mucho se mostraba alegre el presidente con la venida de Aldana, y loaba su prudencia y discricion, pues con ella se habia excusado de hacer las crueldades y maldades que hicieron muchos de los que tuvieron cargos de Gonzalo Pizarro, lo cual decia porqu'el tiempo que fué su teniente en Lima, temiendo á Dios no mató á muchos que pudiera si quisiera, y aguardaba con mucho deseo á que fuese llegado á Panamá el obispo de Los Reyes, y tornáronse Aldana y él á hablar sobre que se procurase con Hinojosa que se aclarase. Lorenzo de Aldana, partiéndose del presidente tuvo muchas pláticas con el General, diciéndole que bien veia que convenia á su honra y pundonor entregar por su persona el armada, pues para complir con Pizarro y con los del Perú bastaba*n* ya las diligencias que habia hecho; el General respondia que se aclarase tambien el presidente y que supiesen el poder quel rey le daba; y en fin, pasado entre Hinojosa y Aldana estas pláticas, é haber el presidente díchole que convenia quél por su parte mostrase lo que traia, y si podia hacer guerra, se determinaron de dar el armada con las condiciones siguientes, las cuales diremos en el capítulo de Cente*no*... [1].

CAPÍTULO CCXXXIV

De cómo el general Pedro de Hinojosa con los demás capitanes entregaron el armada al presidente, en nombre del rey, segun paresce por el instrumento que dello se hizo, que aquí va inserto.

Siempre tengo por costumbre de dar al lector cuenta de la manera que por mí es escrita esta narracion, para satisfacerle de que sepa que no compongo ni adorno con lo que no fué, ni pasó; y ansí, agora haré lo mismo. E sepan los que esto leyeren, quel licenciado Gasca, desde que salió de España hasta que volvió á ella tuvo una órden maravillosa para que las cosas no fuesen olvidadas, y fué que todo lo que suscedia de dia lo escrebia él de noche en borradores quél tenia para este fin, y ansí por sus dias y meses é años contaba con mucha verdad todo lo que pasaba; é como yo supiese él tener tan buena cuenta y tan verdadera en los acaescimientos, procuré de haber sus borradores y dellos sacar un traslado, el cual tengo en mi poder, é por él iremos escribiendo hasta que se dé la batalla en Xaquixaguana, desde donde daremos tambien noticia de la manera con que escrebimos lo que más contamos en nuestros libros. Pues como Pedro de Hinojosa viese cuán mal aconsejado era Gonzalo Pizarro y los demás que en el Pirú con él estaban, pues tan á la clara se mostraban deservidores del rey, y quél habia hecho todo lo que debia á su presuncion, y que ya le convenia dar asiento en las cosas y entregar el armada, se concordó con el presidente y se ordenó en diez y nueve de Noviembre del dicho año quel mismo Hinojosa entregase el armada é se mostrase enemigo de Pizarro y servidor del rey, con que primero de la declaracion se sacasen traslados ante dos escribanos, de la revocacion de las nuevas leyes, y del perdon para perdonar y de poder ordenar y proveer indios y descubrimientos, todo lo cual se enviasen al Perú para que vistas por los pueblos y capitanes se volviesen al servicio del rey, y que hasta que se partiesen no se publicase la determinacion, sino qu' estuviese secreta, con tanto que desde luego el capitan Juan Alonso Palomino, en nombre del rey, tuviese el galeon, y ansí juraron con pleito homenaje, el secreto, el mariscal Alonso de Alvarado, Lorenzo de Aldana y los capitanes Juan Alonso Palomino, don Pedro de Cabrera, Pablo de Meneses, que se hallaron presentes, porque en este tiempo el capitan Hernan Mejia habia ido al Nombre de Dios á traer su compañia, pensando que hobiera nescesidad de gente para la reducion del armada; y luego qu' esto pasó, muy alegres y contentos todos sacaron muchos traslados de las provisiones que el presidente traia de Su Majestad, para enviarlas al Pirú por muchas vias, y porque convenia que luego fuese el capitan Juan Alonso Palomino al Pirú á tener la tenencia del galeon, que era una nao fuerte adonde habia artilleria y gente para defensa dél, se acordó que se juntasen para que se hiciese el pleito homenaje y los autos por ante notario público para que Su Majestad supiese por relacion cierta lo que pasaba, y ansí, llamado Juan de Barrutia se hizo el instrumento del entrega del armada, el cual es este que aquí va inserto, sacado del original:

En la ciudad de Panamá, á diez y nueve dias del mes de Noviembre año de mill y quinientos y cuarenta y seis años, ante mí, Juan de Barrutia, escribano público real en todos los reinos y señorios de Su Majestad, los muy magníficos señores licenciado La Gasca, del Consejo de Su Majestad, de la Sancta General Inquisicion, y Pedro de Hi-

[1] Faltan las últimas palabras en el ms. por hallarse roto.

nojosa, capitan general del armada y gente que al presente está en esta ciudad y en la del Nombre de Dios, dijeron que por cuanto el dicho señor licenciado en el prencipio de Agosto próximo pasado habia enviado al dicho señor general, con el señor mariscal Alonso de Alvarado, una carta de Su Majestad en que mandaba al dicho señor General que todo lo que de su parte el dicho señor licenciado le mandase cumplir y hiciese bien, ansí como si su real persona se lo mandase, y que despues de su venida á esta ciudad, diversas veces el dicho señor licenciado le ha hablado y en virtud de la dicha carta y mandamiento de Su Majestad, requerido y mandado debajo de las penas y mal caso en que incurren los caballeros y hijosdalgo que no cumplen los mandamientos de su rey y señor natural, que pusiese la dicha armada y gente debajo de la voz y servicio de Su Majestad, dándola y entregándola al dicho señor licenciado para que la tuviese en nombre de Su Majestad; y quel dicho señor General, deseando el servicio de Dios y de su rey y el bien y pacificacion del Perú y que se hiciese cuanto fuese posible sin rescibir daño en su honra, vida y hacienda, Gonzalo Pizarro y los que con él estan habian respondido quel dicho General, como caballero hijodalgo deseaba servir en todo á Su Majestad como sus antepasados lo habian siempre hecho con los progenitores de gloriosa memoria del Emperador é rey nuestro señor, pero que antes quél entregase la dicha armada deseaba que se hiciesen todas las deligencias que se pudiesen hacer para que Gonzalo Pizarro y los de su valia entendiesen la merced que Su Majestad les hacia, y la clemencia de que con ellos usaba y la voluntad que de hacer mercedes á Gonzalo Pizarro y á su hermano y sobrinos tiene, porque esto era el dicho señor General obligado á desear y procurar, no sólo como prójimo y amigo de Gonzalo Pizarro y dél y de los demás, y como vecino del Perú, para que si fuese posible se pacificase aquella tierra y se cumpliese lo que Su Majestad manda, sin rotura y sin el gran daño que viniéndose á rigor se puede tener, é que habria, pero aun como buen vasallo de Su Majestad y celoso de su servicio estaba obligado á desear que ansí se hiciese, pues todos los daños y muertes que de la rotura hubiesen, eran en gran deservicio de Su Majestad. pues seria entre sus vasallos y en su tierra, y que por esto él habia instado con el dicho señor licenciado para que se hiciesen muchas diligencias que con cartas y mensajeros hasta agora se han hecho, estando como siempre ha estado aparejado, cuando las dichas diligencias no bastasen, de hacer como caballero hijodalgo y bueno y leal vasallo lo que en el servicio de Su Majestad era obligado, y que agora, habiéndose escrito al dicho señor licenciado Gasca, del Perú, en la nao de Baltasar Rodriguez llamada San Salvador y por otro nombre la Sacristana, que llegó á esta ciudad á trece deste presente mes de Noviembre, que no pasase allá, sino que se volviese desde aquí á España, y por la dicha carta y otras que de allá se escribieron por obispos é de otras personas, parescíale determinacion de Gonzalo Pizarro y de los demás de su opinion que allá estaban, ser de no se allanar ni reducir al servicio y obidencia de Su Majestad, el dicho señor licenciado habia tornado á instar con toda instancia y vehemencia quel dicho señor General hiciese lo que debia, y por vertud de la dicha carta el dicho señor licenciado le tenia mandado lo sobre dicho y de nuevo se lo requeria y mandaba; y quel dicho señor General, deseando el servicio de Dios y de Su Majestad y bien de la tierra del Perú y de los que en ella estaban, ansí españoles como naturales, y que Gonzalo Pizarro y los que muestran la dicha determinacion sean por bien atraidos á hacer lo que deben y á obedescer lo que Su Majestad manda como buenos y leales vasallos, habia respondido que le parescia que habia falta de hacerse una diligencia, la cual le parescia que se debia hacer, y que ansí pedia y requeria de parte de Dios y de Su Majestad al dicho señor licenciado que la hiciese, y quél estaba presto de ayudar con sus cartas para mejor se hiciese, la cual creia que haciéndose, Gonzalo Pizarro y todos los demás se allanarian y reducirian á la obidencia que Su Majestad manda, porque siempre entendió dellos que eran leales y buenos vasallos é que sólo hacian la junta que hicieron y las cosas subcedidas, por defensa de su derecho y no por ser rebeldes ni desleales á su rey, porque si otra cosa sintiera no hobiera hecho cosa en que paresciera seguirlos; antes como caballero é hijodalgo, inmitando á sus mayores hobiera hécholes contrariedad, y que la diligencia que le parescia que se debia hacer en servicio de Dios é de Su Majestad y para allanarse aquella tierra por bien por el camino de clemencia que Dios y Su Majestad han sido servidos que primero se siga, es que con mensajeros convinientes para este viaje se envien treslados auténticos de las provisiones que de Su Majestad el dicho señor licenciado trae, espicialmente las del perdon y de la revocacion de las Ordenanzas, y de poder ordenar con parescer de los pueblos lo que conviene al servicio de Dios

y bien de la tierra y beneficio de los vecinos y pobladores della. Que por tanto, los dichos señores licenciado y general se habian concordado y concordaban que la dicha diligencia se hiciese con toda brevedad y presteza, y que desde luego el galeon de la dicha armada se entregase y diese en guarda y custodia al señor capitan Juan Alonso Palomino, el cual hiciese pleito homenaje como caballero hijodalgo, y jurase como cristiano, en forma, de tener y guardar bien y fielmente el dicho galeon y no le dar ni entregar á persona alguna sino al dicho señor general Pedro de Hinojosa en nombre del dicho señor licenciado, ó al dicho señor licenciado en nombre de Su Majestad, y porque al servicio de Dios y de Su Majestad y bien de la negociacion, ora se efectue por bien con la dicha diligencia, ahora sea nescesario venir á rigor, conviene que esto se tenga secreto, hagan pleito homenaje como caballeros hijosdalgo el dicho señor capitan Juan Alonso Palomino y los señores mariscal Alonso de Alvarado y Lorenzo de Aldana y los señores capitanes don Pedro Luis Cabrera y Pablo de Meneses, que presentes á todo esto se hallaron, que ternán y guardarán secreto desto y no lo revelarán agora ni en ningun tiempo si no fuere dándoseles para ello licencia por el dicho señor licenciado ó por el dicho señor General, so pena de incurrir en el mal caso y penas en que caen é incurren los cristianos que quiebran á Dios la palabra que en el juramento le dan, y los caballeros hijosdalgo que quiebran el pleito homenaje que hacen en las cosas que tocan al servicio de su rey como ésta toca; y quel mismo juramento y pleito homenaje haga el señor capitan Hernan Mejia luego que venga del Nombre de Dios y se le dé parte desto, y que antes ni de otra manera se le envie á decir, y que el mismo juramento haga yo el presente escribano, más y aliende del que tengo hecho cuando me criaron escribano, de guardar secreto en las cosas secretas que ante mí pasasen y de mirar el servicio de Su Majestad, lo cual no haria si esto revelase. Testigos que fueron los unos de los otros, los dichos señores licenciados y el General y los otros cinco señores que presente se hallaron.

E luego este dicho dia, mes y año susodicho, el dicho señor capitan Palomino hizo el dicho juramento y pleito homenaje de tener y guardar el dicho galeon y de no le dar ni entregar á persona alguna sino á los dichos señores licenciado y general, de la forma y segun arriba se contiene, y de guardar el secreto segun y de la forma que arriba se dice.

E luego incontinente los dichos señores Lorenzo de Aldana y mariscal Alonso de Alvarado y señores capitanes don Pero Luis de Cabrera y Pablo de Meneses hicieron el dicho juramento y pleito homenaje de guardar el dicho secreto segun e como y de la forma y manera que de suso se contiene; testigos, los dichos.

Tomóse juramento por el dicho señor licenciado y el pleito homenaje por el dicho señor capitan don Pero Luis de Cabrera, y al dicho señor don Pedro le tomó el pleito homenaje el dicho señor mariscal Alonso de Alvarado.

E despues de lo susodicho, de consentimiento de los dichos señores, y en especial del señor licenciado Gasca que ante mí la dió, y del señor General que segun ante mí el señor mariscal Alonso de Alvarado dijo, tambien la dió, se leyó el sobredicho auto al señor adelantado Andagoya, gobernador de la gobernacion del Rio de San Juan, debajo de juramento que en forma hizo y de pleito homenaje que ansimismo le tomó el dicho señor mariscal, que guardaria y ternia el dicho secreto segun y como arriba se contiene. Testigos los dichos señor licenciado y señor mariscal, el licenciado Gasca, Pedro de Hinojosa, Alonso de Alvarado, Lorenzo de Aldana, el adelantado Andagoya, Juan Alonso Palomino.—Pasó ante mí, *Juan de Barrutia*.

E despues de haber hecho el entrego de la armada por la manera que habemos rebcitado, el presidente, habiendo ya tenido su acuerdo con el Oidor Cianca y con el mariscal Alonso de Alvarado que convenia para que tuviesen buen fin los negocios dejar los cargos de capitanes á los mismos que los tenian, porque seria dar ánimo á los qu'estaban en el Perú para que se volviesen al servicio del rey, y ansí se les dió provisiones de capitanes; é aunque yo tengo por costumbre poner muchas cartas é provisiones á la letra, por ser muchas éstas no las pondré, y porque bastará poner la que se le dió al general Pedro de Hinojosa, la cual, á la letra, sacada del original, dice ansí:

Don Carlos, por la divina clemencia Emperador semper augusto, rey de Alemania; doña Juana, su madre, y el mismo don Carlos, por la misma gracia reyes de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Secilias, de Jerusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdenia, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, islas y Tierra

Firme del mar Oceano, condes de Barcelona, señores de Vizcaya é de Molina, duques de Atenas é de Neopatria, condes de Ruisellon é de Cerdeña, marqueses de Oristan é de Gociano, archiduques de Austria, duques de Borgoña é de Brabante, condes de Flandes é de Tiroles, á vos Pedro de Hinojosa, nuestro vasallo, salud y gracia. Bien sabeis y á todos es notorio las alteraciones acaescidas en nuestros reinos y provincias del Perú despues que á ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorrey dellas, y las batallas que sobrello ha habido entre los nuestros súbditos y naturales, y los otros grandes males y daños que sobrello se han rescrecido, sobre lo cual, usando de clemencia é beninidad y por otras causas que á ello nos movió, hobimos enviado al licenciado de La Gasca, del nuestro Consejo de la Santa y General Inquisicion, persona de confianza, letras y conciencia, para que ponga en sosiego aquella tierra y provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios é nuestro, enoblecimiento de aquellas provincias, beneficio é contentamiento de los pobladores vasallos nuestros que las han ido á poblar, y de los naturales dellas, y por el nuestro presidente de la nuestra Audiencia real del dicho Perú, con facultades y poderes bastantes, así para lo susodicho como para reformacion de la nuestra Audiencia real, por la mucha confianza que dél tenemos; é agora, despues de haber llegado á este nuestro reino y provincia de Tierra Firme el dicho nuestro presidente en seguimiento de hacer é cumplir lo que por Nos le ha sido encomendado é cometido, y habiendo venido á noticia de Gonzalo Pizarro y de sus secaces su venida, no solamente no ha querido ni quiere venir en mi obidencia real, pero aun se han puesto en no dejar pasar al dicho Perú, ni entrar en él, al dicho presidente, diciendo y escribiendo que él ni otro ninguno que Nos enviemos administrar la nuestra justicia en aquellas partes, no ha de consentir que entre, sino quél ha de ser gobernador y que no ha de haber otra justicia ni Audiencia sino la quél pusiere, e que como hombre determinado ha de perseverar en su rebelion y de negar la obidencia que conforme á natural obligacion Nos debe, y alzarse con nuestra real Hacienda, *y* gasta y dispone de nuestras rentas y quintos reales, sacándolas de poder de nuestros oficiales y de las nuestras cajas; é porque para allanar al dicho Gonzalo Pizarro é á sus secaces se han hecho todas las diligencias, usando de aquella clemencia é beninidad que por reyes señores naturales en lo temporal podemos y debemos, é para su salvacion eran nescesarias, é visto que aquello no abastó, y su pertinacia é rebelion, no resta ya otro remedio sino hacerlo con poderosa mano, é que porque importa al servicio de Dios Nuestro Señor é nuestro é bien general de nuestros súbditos quel dicho nuestro presidente haga lo que por Nos le ha sido cometido y mandado, ha sido nescesario de hacer armada para la reducion y castigo de los susodichos, acatando vuestra persona é progenie, y el valor, ánimo y expirencia que en las cosas de la guerra en vos concurren y en los servicios que vuestros progenitores é vos Nos habeis hecho, é lo qu'esperamos que vos para mérito de vuestros hijos é decendientes é bienhechores vuestros nos hareis, habemos tenido por bien de vos hacer, como por la presente vos hacemos, nuestro capitan general de la dicha nuestra armada, así por mar como por tierra, durante el tiempo que durare la rebelion de los astenidos y rebeldes de los dichos nuestros reinos y provincias del Perú y las alteraciones y desasosiegos de los nuestros súbditos y vasallos dellas, y para ello mandar dar esta nuestra carta en la dicha razon, por la cual vos cometemos y encargamos que con nuestra bandera y estandarte real vais en persona á los dichos nuestros reinos y provincias del Perú por nuestro capitan general de la gente de guerra que por nuestro mandado está hecha y á nuestro servicio viniere y de aquí adelante se hiciere, é hagais y proveais en todo las cosas al dicho cargo anejas y pertenescientes, todo aquello que para la dicha reducion y recobracion de los dichos nuestros reino y provincias y de nuestras rentas y Hacienda real y bien y remedio de nuestros súbditos, el castigo de los ostinados y rebeldes que convenga, atento el tenor y forma de la instrucion que sobrello vos será dada, firmada del licenciado Pedro de La Gasca, presidente de la nuestra Audiencia real del dicho Perú, y rescibireis juramento y pleito homenaje de los nuestros capitanes y alferez mayor y sus lugarestinientes segun fuero d'España, aquel que en semejantes casos los buenos y leales capitanes acostumbra*n* hacer, que os siguirán y harán y cumplirán vuestros mandamientos en nuestro servicio bien y fielmente, á los cuales y á todos los otros caballeros y hijosdalgo y gente de á caballo y de infanteria del dicho nuestro ejército de armada mandamos que vos hagan é tengan por capitan general del dicho nuestro ejército por mar y por tierra, y que vos obedescan y cumplan vuestros mandamientos en todo aquello que por vos le fuere

mandado, é usen con vos el dicho cargo, é vos guarden vuestras preeminencias segun é de la manera que la han y deben ser guardadas á los nuestros capitanes generales de los nuestros ejércitos, so las penas que les pusierdes ó mandardes poner, las cuales Nos por la presente les ponemos y habemos por puestas, y las podais ejecutar en los que rebeldes é inobidientes fueren, que para todo lo susodicho y para cada una cosa y parte dello, si nescesario es, os damos poder complido con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades.—Dado en la ciudad de Panamá á primero dia del mes de Deciembre, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mill e quinientos y cuarenta y seis años.—*El licenciado Gasca*, *El licenciado Cianca.*

CAPÍTULO CCXXXV

De los proveimientos que fueron hechos en Panamá por el presidente despues que se hizo por los capitanes el pleito homenaje, e de cómo vino un navio del Perú, y las nuevas que trajo, é lo que más tenemos que decir.

Dada, pues, la provision de general á Pedro de Hinojosa, fué por todos tenido por tal, y él dió muestra de que en todo compliria el mandado del presidente, y en las naos qu'estaban en el puerto del Nombre de Dios despachó el presidente despachos para el Emperador é Príncipe nuestros señores, y para los de su Consejo de las Indias, de todo lo que se habia hecho en Tierra Firme, é de cómo ya el armada estaba reducida á su servicio real. El mariscal Alonso de Alvarado y el general Hinojosa é Lorenzo de Aldana y los otros capitanes tambien escribieron á Su Majestad cartas muy homildes, y en ellas representando no haber sido en su mano estorbar lo que habia pasado, prometiendo que desde entonces irian en acompañamiento del presidente Gasca para hacer lo que en su nombre les mandase, é otras cosas á estas tocantes. Pues como el armada se hobiese entregado y los soldados lo barruntasen, algunos dellos mostraban que les pesaba y mormuraban de Hinojosa porque dió el armada; é otros, que aborrescian la tirania, se holgaban y deseaban estar embarcados en las naos para ir hacer la guerra á los del Perú; y aunque estas cosas se platicaban entre los soldados, ninguno dellos sabia lo cierto de aquel negocio; mas ya yo tengo en muchas partes dicho ya la condicion de los de acá en sus mañas, y aun me afirmaron que despues de haber entregado el armada y hecho el pleito homenaje, don Pedro de Cabrera escribió á Gonzalo Pizarro ofreciéndose de nuevo á su servicio, é otras cosas que en la carta se contenian; mas ¿de qué cuento yo estas cosas? pues trato de tantas maldades como muchos dellos cometieron, las cuales yo pondré en mis libros segun que las entendí, para que en lo foturo se conozca la benivolencia é clemencia del Emperador don Carlos nuestro señor, pues fué servido de los perdonar, y para que los buenos *se* esfuerzen á no hacer cosas feas, pues son dificultosas para los generosos, y que los malos sean conoscidos por sus maldades. Luego que el capitan Palomino fué al galeon, lo tuvo en tenencia y alzó bandera por el rey, é por el presidente en su nombre, é como se hobiesen sacado muchos traslados de las provisiones y perdones que traia el licenciado Gasca, é se supiese por muy cierto muchos de los qu' estaban en el Perú deseaban ver la voz del rey para acudir á servirle y arredrarse de la opinion de Pizarro, se determinó por el presidente y por los capitanes que se enviasen por todas vias cartas que se derramasen por las ciudades del reino, para que los que tuviesen deseo de servir al rey, se mostrasen y procurasen salir de entre manos de Gonzalo Pizarro, y mirando que por la via de la Buena Ventura se podria enviar aquellos despachos, llamando el presidente á fray Juan de Vargas, de la orden de Nuestra Señora de la Merced, le dijo que Su Majestad seria muy servido si se quisiese poner en trabajo de ir hasta la gobernacion de Popayán para que desde la ciudad de Cali se enviasen al Perú las cartas y despachos quél le daria. Fray Juan dijo que iria, y más adelante si fuese necesario, y el presidente, holgándose de ver su voluntad, mandó á un criado suyo, llamado Barrientos, que fuese juntamente con el mismo fray Juan en una fragata, y que llegados á la Buena Ventura diesen los despachos, sin saltar ninguno en tierra; lo cual se hizo de industria porque no pudiesen dar nueva de quel armada estaba por el rey, porque no le fuese aviso della á Pizarro, ó porque sabiéndolo por ventura, por algun fin no les impidiesen la tornada á Panamá. Ansí se partió la fragata á la Buena Ventura, y luego públicamente se divulgó la entregada al presidente del armada, y hizo algunos no muy buen gusto, como hemos apuntado, y mirando que convenia brevemente entender en el allegar gente para ir al Perú, el presidente despachó á nueve

dias del mes de Diciembre del año ya dicho, á Villavicencio, sargento mayor del armada, para que fuese á Cartagena á traer la gente que en aquella gobernacion y en la de Santa Marta hobiese, y ansimismo á que trajese cuatro tiros de artilleria que Su Alteza el príncipe nuestro señor habia enviado para siguridad de la persona del presidente, y envió el presidente al fator Cristóbal de la Tovilla con despacho al gobernador Miguel Diaz de Almendariz, para que toda la gente é armas é caballos que hobiese en el reino de Bogotá lo enviase á la gobernacion de Popayán, porque convenia al servicio de Su Majestad, y en el despacho fué carta de su real persona en que mandaba al mismo licenciado Miguel Diaz que en todo cumpliese lo que le fuese mandado por el presidente. Despachado Villavicencio se mandó á Boscan que se partiese para la isla Española y diese á los señores Presidente é Oidores que por mandado de Su Majestad residen en la Audiencia de Santo Domingo los despachos que le dieron y cédulas de Su Majestad en que por ellas se mandaba lo mismo que á Miguel Diaz. Sin esto, el presidente envió aviso á Cerrato, Presidente, é á los Oidores, de todo lo que habia pasado en la Tierra Firme, y de cómo el armada estaba en servicio del rey nuestro señor con todos los qu' estaban en el reino de Tierra Firme, amonestándoles que convenia que con brevedad fuesen por ellos despachados todos los soldados y gente de guerra que hobiese en aquella isla, para que viniesen á juntarse con él para pasar al Perú á dar guerra á Gonzalo Pizarro é á sus secaces, porqu'estaban tan endurecidos en su rebelion que no tenia otro remedio sino por rigor darles á entender el gran poder de Su Majestad, é que viniesen bien proveidos de bastimentos é aderezados de armas é caballos y las demas cosas pertenescientes para la guerra; á la Nueva España, por entonces, no se envió ningun despacho.

CAPÍTULO CCXXXVI

De cómo el adelantado Belalcazar vino á Cali, e Francisco Hernandez su general fué Ancerma é á Cartago, é de cómo el contador Luis de Guevara se partió para el nuevo reino de Granada.

En lo de atrás tengo escrito de la manera que fué muerto el mariscal don Jorge Robledo por el adelantado Belalcazar, é su salida de la villa de Arma, é de cómo envió á la villa de Ancerma á su general Francisco Hernandez. Agora conviene que tratemos lo que más pasó en aquella gobernacion, y es que vino nueva de cómo Andagoya, ayudado de gente de Panamá, queria venir á ocuparla, é sabida por Belalcazar é sus amigos publicaban que harian del mismo Andagoya lo que habian hecho de Robledo, y que á él y al juez Miguel Diaz habian de defenderles la entrada con las puntas de las lanzas. Tras esta nueva vino otra, de la estada en Tierra Firme del presidente, é de cómo procuraba de traer á su amistad á los qu' estaban en aquel reino por Pizarro, y trajeron las cartas que contamos qu' escribió al adelantado é al mariscal sobre que no hobiese entrellos diferencias ningunas. Como Belalcazar vido esta carta, se refrenó á no hacer más daño, porque afirman algunos que pensaba de mandar matar á todos los regidores que desde Ancerma le escribieron al juez Miguel Diaz. Ansí, el adelantado se vino hácia Cali; Francisco Hernandez se partió á la villa de Ancerma, desde donde despachó á Carreño, espia de Pizarro, escribiendo con él cartas de ofrescimientos al mismo Pizarro é á Lorenzo de Aldana y al licenciado Cepeda y á otras personas; como llegase Francisco Hernandez á la villa de Ancerma, Martin de Amoroto, é Martin de Martiarto huyeron y les fueron vendidos sus bienes y aplicados como querian los jueces. Desde aquí despachó Francisco Hernandez á su alferez Antonio Carrillo para que fuese á Popayán y excusase en aquella ciudad no hobiese algun escándalo y alboroto. Antonio Carrillo anduvo hasta que llegó á Popayán, mas sabido por el contador Luis de Guevara, tiniente que allí era de gobernador, la muerte de Robledo y de los más, juntando á sí algunos soldados é vecinos determina de se ir de la ciudad al Nuevo Reino, publicando él é todos los que con él iban que Belalcazar estaba rebelado del servicio de Su Majestad, y aun quisieron matar á Antonio Carrillo, y dióle la vida su buena diligencia. Llegados á la villa de Timaná, se juntó con ellos el capitan Francisco Ledena, teniente que era de gobernador, y se fueron la vuelta de Bogotá, firmando todos en el libro de Cabildo, que lo hacian porque Belalcazar estaba filiado con Pizarro y en deservicio del rey. Como se supiese la ida del contador, hobo grande alboroto en la gobernacion, e Belalcazar se vino por la posta á Cali, adonde vivia muy recatado é con sospecha no le matasen los amigos de Robledo, y muy temeroso no entrase el juez, y allegaba los amigos que podia y escribió á Francisco Hernandez que con brevedad se viniese á juntar con él, sin

hacer mucho daño por donde viniese, y en Ancerma Francisco Hernandez estuvo algunos dias, desde donde luego vino á Cartago y entendió en asosegar los vecinos de aquella ciudad, é dando algunos castigos á los que habian rescibido [1] al mariscal, despues que hubo estado algunos dias el capitan Francisco Hernandez en Cartago salió para irse á Cali, y así cuento que yo me habia ido á meter en unas minas entre medias de unos bravos cañaverales, creyendo que segun nos daban las nuevas, no podria tardar de venir el licenciado Miguel Diaz Armendariz, é teniendo aviso Francisco Hernandez de mi estada, me mandó luego venir, y no pensando hacer otra cosa me partí para Cali, adonde ya era ido el mismo Francisco Hernandez, publicando muchas veces que si el juez, sin tornárselo á mandar Su Majestad, entraba en la gobernacion, que lo habia de matar, é que no solamente para este efecto se ayudaria de los Pizarros, más que de turcos hiciera lo mismo. Pues como allegó Francisco Hernandez á la ciudad de Cali, fué muy bien rescibido del Adelantado, el cual estaba, como dijimos, muy temeroso, porque se tuvo por cierto que luego que llegase al Nuevo Reino el contador Luis de Guevara, é Francisco de Cieza, teniente de la villa de Timaná, el gobernador Miguel Diaz entraria en la gobernacion con la más gente que pudiese, y por justificar más su causa el Adelantado envió al reino á un capitan suyo. llamado Garcia de Bazan, con cartas para el juez y con requerimientos para que no entrase en la gobernacion, protestándole los daños que se recrescerian con su entrada, pues ya via entre todos tanta sospecha, é que no habia de obedecer sus mandamientos hasta que Su Majestad fuese avisado de lo que habia pasado y de la muerte de Robledo. Los cabildos de Popayán y Cali, costreñidos del mismo gobernador le enviaron á requerir lo mismo. Llegado, pues, este Bazan á donde estaba el gobernador Miguel Diaz, fué dél bien rescebido, mostrando mucho sentimiento por las cartas y requerimientos que Bazan habia llevado, fingiendo querer aparejarse para entrar en la gobernacion; aunque á la verdad, como en pocas ó en no ninguna cosa habia acertado desde que partió de España, no se atrevió á luego salir del reino para la gobernacion, hasta escrebir á los cabildos de las ciudades si eran contentos que entrasen, ó que de nuevo se aclarasen en su determinacion, y aun tambien aguardaba mandado de Su Majestad, y para hacer estas cosas determinó de enviar á Popayán al capitan Galeano con los despachos; yo lo vi en Popayán al tiempo que vino, y no embargante quel Adelantado, en haber enviado á Garcia de Bazan le paresciese que habia tenido algun cumplimiento, teniendo el recelo que dicho habemos, estaba muy temeroso y sus amigos y él estaban á punto para lo que sucediese, publicando que si el juez venia, que habian de salir á recebillo con las lanzas en las manos á un rio que cerca de Popayán estaba; y en este tiempo llegaron á la ciudad del Cuzco Diego de Ocampo é otros algunos que se huyeron de la ciudad del Quito, y publicaron estar el presidente en Panamá y que se tenia sospecha de quel armada estaria por Su Majestad, y contaban las crueldades que hacia Pedro de Puelles, de las cuales yo no he podido contar hasta quel discurso de la obra haga mincion de su muerte, y entonces, con la más brevedad que yo pudiere escribiremos lo que sucedió en las ciudades de Puerto Viejo é la Culata. Pues volviendo al Adelantado, desta suerte, en Cali mandó que algunos de sus amigos estoviesen siempre en su aposento, porque si los de Robledo quisiesen intentar alguna conjuracion contra él, que no le sucediese lo que al marqués, pues más por su descuido que por la fuerza de los de Chile habia sido muerto. E como con estos temores que tenia Belalcazar tuviese nescesidad de gente, consintia sus importunidades sin castigar ni corregir algunas cosas que castigara si estuviera sin ninguna dellos; los soldados le añidian los miedos y temores, diciéndole que mirase por su persona é de quién se fiaba, que los hombres renucios y descuidados eran los que morian á manos de sus enemigos. Con los dichos destos andaba el pobre viejo tan temido que casi estaba fuera de sí, é no iba ninguno de los de Robledo en aquel tiempo hacia donde él estaba, que osase llevar espada ni otras armas, y aunque fuese sin ningunas é iba á hablar con él, luego se empuñaba en una daga. Yo me acuerdo, estando en esta ciudad de Cali, allegar á le hablar é poner la mano en el puño de la daga; por donde hallo que son dichosos los hombres que en estas partes no han querido gobernaciones ni capitanías, sino vivir privadamente en sus casas. Estos tales, no habiendo guerra cevil son señores de sus haciendas y no temen los contrastes que los que mandan é tienen gana de repartir. Harto mejor le fuera al adelantado Belalcazar con las partes que hubo en Jacamalca irse á España á descansar de los trabajos que habia pasado en el Darien y en las más partes destas Indias donde anduvo, que no pretender

[1] En el ms., *rescibidos.*

esta negra gobernacion, pues jamás con ella se tiene descanso ni se escapan destos temores, y es cierto que en este tiempo él se quejaba de sí propio, aunque en lo tocante á la muerte del mariscal Robledo toda la culpa ponia á Francisco Hernandez, diciendo que si por él no fuera, que él nunca lo matara ni hiciera más de le prender, y temia la ira del rey é la venida del juez, y deseaba tener nuevas ciertas del suceso de Pizarro y de lo que habia hecho el de la Gasca en Panamá; mas presto salió destos temores y sus cosas se vinieron á encaminar más prósperas y bien guiadas quél pensó ni ninguno creyó, por donde él cierto debe mucho á Dios porque en lo que pasó *y* se hizo fué gran crueldad, y él no eche la culpa á Francisco Hernandez, pues él fué el que firmó la sentencia y por su mandado se dió el pregon, y Francisco Hernandez de todo lo que hizo tiene mandamiento suyo, los cuales yo he visto; mas como dijo Solon á Creso, ninguno hasta la muerte se puede llamar bienaventurado, aunque Belalcazar es vivo, ya por mandado de Su Majestad le está tomando residencia el licenciado Brizeño, juez de aquella gobernacion; y estando, pues, desta manera en la ciudad de Cali el adelantado don Sebastian de Belalcazar, llegó al puerto de la Buena Ventura la fragata en que venia el padre fray Juan de Vargas y Barrientos, y echados los despachos en tierra se volvió á Panamá [1] y con ellos salió un fraile llamado fray Antonio, y el Adelantado, no embargante que vido algunas cartas del presidente y del general Hinojosa, y muy conformes, no creyó de cierto haberse el armada vuelto al servicio del rey, y aunque luego se sospechó y por todo el Perú fueron derramadas las cartas del presidente y todos los soldados qu' estaban en la gobernacion acudian á Cali para ver las nuevas que tenian de el de La Gasca y del suceso de Gonzalo Pizarro, é otros con no poco deseo aguardaban á quel juez Almendariz entrase en la gobernacion. E volveremos á tratar de lo de Panamá.

CAPÍTULO CCXXXVII

De las cosas que más pasaron en la ciudad de Tierra Firme, é de los navios que vinieron del Perú, é de las nuevas que trujeron.

Muchos fueron los acaescimientos que pasaron en este reino en el tiempo de que vamos escribiendo, y verdaderamente, si en otras partes desta escritura me he visto fatigado en poderlos comprehender é poner desta manera que se entiendan, no con menos fatigas me hallo agora, pues hemos de contar lo que sucedió en Tierra Firme y pasaba en la ciudad de Los Reyes, y de lo que hicieron otros capitanes, con lo que más pasó en la ciudad del Quito. La confianza que he tenido en Dios Nuestro Señor que me ha de ayudar, tengo agora y terné siempre, y ansí, con su divina ayuda, á ratos escribiremos lo uno y á ratos lo otro, de manera que sin que falte nada concluyamos lo comenzado, y por la orden de los capítulos podrá el letor hallar lo que quisiere y leer lo que más le agradare; é contemos lo de Panamá. Despues de haber el presidente Gasca enviado á Boscan á Santo Domingo, y al sargento mayor Villavicencio á Cartagena, y la fragata al puerto de la Buena Ventura, estaba cada dia aguardando al obispo de Los Reyes, don Jerónimo de Loaisa, que ya tenia nuevas que venia, y entendíase en aderezar las armas que habia en Panamá, é desde algunos dias vino la fragata é contaron los que en ella vinieron cómo se habia dado recuentro entre el adelantado Belalcazar y el mariscal Robledo, é que se dió en la provincia de Pozo, que no muy lejos es de la villa de Arma, adonde andando en tratos é medios de paz pudo el Adelantado amanescer con su gente, de la cual era general Francisco Hernandez, y sin quel mariscal pudiese ponerse en resistencia habia sido preso é muerto él y otros algunos; y en fin, llevaron nuevas de lo que pasó entre el Adelantado y el mariscal, y echaban culpa grande al juez Almendariz por el proveimiento que hizo sin estar rescebido en la gobernacion como Su Majestad le mandaba, y á Robledo en haber entrado *de* aquella suerte, é más que á todos á Belalcazar por le matar como le mató, y temíase no se quisiese confederar con Pizarro, aunque le tenia*n* por muy leal al servicio del rey, y que como tal siempre se habia mostrado en él; y en estos dias allegó á Panamá un navio, el cual habia partido de Los Reyes á diez y siete dias de Octubre del mismo año de mill y quinientos y cuarenta y seis; traia una carta de Gonzalo Pizarro para el general Pedro de Hinojosa, en la cual le hacia saber cómo don Alonso de Montemayor y el tesorero Rodrigo Nuñez, y Juan Rodriguez, y el contador de Quito y otros que enviaba desterrados á Quito por haber seguido al visorrey Blasco Nuñez Vela, se habian soltado del capitan Antonio de Ulloa que los lleva-

[1] En el ms., *Pama.*

ba á cargo en su navio, é que habian aportado á Nicaragua; que procurase por todas las vias á él posibles de los haber á las manos é cortarles las cabezas, y súpose cómo y de qué manera se soltó don Alonso, é cómo Pizarro habia enviado un mandamiento para le cortar la cabeza, que ya cuando llegó el mandamiento se habia ido en el navio él y los otros; no contó más nuevas este navio de que Gonzalo Pizarro se reia, é su gente, de la estada de Gasca en Panamá, é que publicaban que si no traia la gobernacion á Gonzalo Pizarro, que no habia de entrar en el reino. A cabo de algunos dias vino otro navio de Lima, é contó cómo Gonzalo Pizarro, teniendo por sigura el armada y que por entonces no habia para qué temer la guerra de España, habia dado lugar á que saliesen del puerto de aquella ciudad algunos navios con todo el oro y plata que los mercaderes en ellos quisieron enviar; y en esto tenian razon, porque luego que Gonzalo [1] Pizarro hubo nombrado por procuradores á Lorenzo de Aldana y á Gomez de Solís, y tratado lo qu'hemos relatado con los obispos de Los Reyes é Bogotá y el regente, tuvo por cierto que la venida del licenciado Gasca á Tierra Firme seria sin fruto, é que Pedro de Hinojosa, su general, con los otros capitanes mirarian por el armada, sin que con mañas ni cautelas el presidente la hubiese, antes creia que todos ellos moririan por lo que á él tocase; y á la verdad, los tiranos no han de tener confianza en la fee de los que los siguen, pues siempre vemos y hemos leido que al fin ellos con sus cabezas pagan el delito de su traicion, pues [2] muchos que los meten en las danzas, en viendo su tiempo en provecho, no solamente los niegan, más se les vuelven enemigos crueles. Teniendo, pues, la confianza que hemos dicho Gonzalo Pizarro, dió lugar á que saliesen del Callao de Lima todos los navios que quisieron salir, y ansimismo despues de haber partido el obispo de Los Reyes don Jerónimo de Loaisa, despachó á Gomez de Solís y al obispo del Nuevo Reino, el cual siempre se mostró aficionado á las cosas de Gonzalo Pizarro, é tambien salió el regente fray Tomás de San Martin; de todo lo cual dió en Panamá aviso este navío. Dende á pocos dias allegaron á Panamá otras dos naves, en la una de las cuales venia don Antonio de Garay, el cual siempre se habia mostrado servidor del rey, y por no deservirle procuró de salir del Perú y veníase á Tierra Firme. Venidas estas nuevas á Panamá, entraron en consulta el presidente y el general Pedro de Hinojosa, el mariscal Alonso de Alvarado, el adelantado don Pascual de Andagoya y los capitanes don Pedro de Cabrera, Pablo de Meneses, los cuales estaban en Panamá, é no más porque Hernan Mejía estaba en el Nombre de Dios y Juan Alonso Palomino en el galeon, y trataron en lo que más acertado seria que *se* hiciese, y si seria cosa provechosa salir algunos navios para irse á encontrar con Gomez de Solís con los que más del Perú venian, porque si entrasen de súpito no se recreciese algun desman, é los que eran aficionados á Pizarro no se quisiesen poner en algo para librarse destos temores. Despues que en ello un gran rato altercaron, se determinó que se armase una nao con artilleria y gente de guerra, é que en ella fuese el capitan Pablo de Meneses hasta las islas de las Perlas, porque por ventura, tenido allí lengua Gomez de Solís de cómo el armada estaba por el rey, no quisiese revolver á Perú á dar dello aviso á Gonzalo Pizarro; y ansí se mandó luego al capitan Pablo de Meneses que luego con la gente necesaria se partiese para las islas de *las* Perlas y en ellas estuviese treinta dias, durante los cuales no podia dejar de venir Gomez de Solís y los demas que venian, y procurase d'estar y andar desta manera que y no pudiesen tomar lengua de lo que pasaba, mandándole más que á los navios que llegasen aquellas islas los compeliesen á que luego viniesen al puerto de Panamá. Pablo de Meneses se partió á hacer lo que por el presidente le era mandado, llevando instrucion de lo que habia de hacer. En diez y ocho dias deste mes llegó otro navio del Perú y trajo las nuevas que los demas, y á este navio y á los demas que venian del Perú se les tiraba las velas y se metian en el galeon que tenia á cargo el capitan Juan Alonso Palomino. Pasados algunos dias tornaron á entrar en consulta el presidente y el mariscal Alonso de Alvarado y el general Pedro de Hinojosa y el adelantado don Pascual de Andagoya y los capitanes don Pedro de Cabrera y Hernan Mejia, que ya era venido del Nombre de Dios, y parescióles á todos que seria cosa acertada quel capitan Palomino en el galeon fuese con una fragata hasta llegar á las islas de las Perlas y mirar si venia el obispo é Gomez de Solís, é traerlos á Panamá sin que pudiesen tomar lengua de lo que pasaba, por la sospecha ya dicha, é tambien porque los navios que últimamente vinieron de Perú contaban que habia en la ciudad de Los Reyes gran sospecha entre Gonzalo Pizarro y sus amigos en decir que pues no iba navio de Tierra Firme, quel

[1] En el ms., *con Gaçolo.*—[2] En el ms., *en.*

armada debia d' estar por Su Majestad, é que se platicaba de enviar una barca ó fragata con hombres fieles de sus amigos para que viniese á Tierra Firme á tomar lengua de lo que pasaba, y á volver con la nueva sin ser sentidos, y para lo tocante á Gomez de Solís y al obispo, é porque no pudiese venir ninguna vela sin ser vista, se determinó la ida del capitan Juan Alonso Palomino, y acordose ansimismo en la consulta que convenia que ido el galeon, fuese al puerto alguna nao de armada para tenerlo seguro; y ansí mandaron á Pero Diaz que artillase una nao y con la gente nescesaria se partiese para el puerto, lo cual fué luego hecho. Pero Hernando Paniagua, como contamos en los capítulos de atrás, salió de Panamá con la carta del Emperador nuestro señor y con otras del presidente para Gonzalo Pizarro, yendo con él, como tambien dejimos, el capitan Francisco Maldonado, y allegados á Tumbez comenzaron á caminar para acercarse á la ciudad de San Miguel. En viéndose Maldonado en la tierra del Perú, como llevaba la conciencia dañada y su ánimo puesto en servir á Pizarro, comenzó el traidor á decir palabras tiránicas y feas contra el servicio de Su Majestad, y abonaba las cosas de Pizarro, publicando que hacia la guerra justa, pues era por la libertad de todo el reino. Pues como Pero Hernandez Paniagua viese la mala intincion de Francisco Maldonado, escribió al presidente estas cosas, é cómo iba con sospecha que lo habian de matar, é que creia que si no era por rigor que no se allanarian las cosas del Perú, *con* fray Francisco de San Miguel, de la órden de los dominicos, el cual, luego que se vido en el Perú envió muchos traslados y cartas á vecinos de Quito, é la Culata, Puerto Viejo, San Miguel *e* otros pueblos del Perú, en los cuales muchos entendieron el armada se entregaria al presidente, y de los perdones tan largos y espléndidos que Su Majestad enviaba, y la clemencia suya, pues los perdonaba de todas las cosas hasta allí hechas en el Perú. Primero dia del mes de Enero de mill y quinientos y cuarenta y siete años allegó á Panamá otro navio que venia de Lima, que era de Rodrigo de Caravajal, el que murió en el recuentro que se tuvo con Verdugo en el Nombre de Dios, y trajo nueva cómo Gomez de Solís y el obispo de Bogotá y el regente fray Tomás de San Martin quedaban en Trujillo, y cómo ansimismo venia el obispo de Los Reyes don Jerónimo de Loaisa; ya deseaba el presidente que hubiesen llegado. Pues yendo caminando Pero Hernandez Paniagua é Francisco Maldonado, estaba en Piura, puesto por teniente de Gonzalo Pizarro, uno llamado Villalobos, el cual era en aquel tiempo muy aficionado á las cosas de Pizarro, y por parte de Maldonado tuvo aviso de la ida de Paniagua; pues como lo supo, salió con alguna gente, y en Maricabelica prendió á Paniagua y le quitó las cartas de Su Majestad y del presidente, y las dió al Maldonado, y despues de preso Paniagua lo entregó á Juan Rubio, vecino de San Miguel, para que lo tuviese en guarda, el cual hacia buen tratamiento á Pero Hernandez Paniagua; y el navio que allegó á Panamá en primero de Enero, sabiendo estas nuevas las contó al presidente y á los capitanes, y mostraron mucho sentimiento, porque siendo Paniagua mensajero y llevando en su poder la carta de Su Majestad, lo hobiese preso y maltratado, y habérsela sacado de su poder; é diremos un poco de lo que pasó en la ciudad de Los Reyes.

CAPÍTULO CCXXXVIII

Cómo Gomez de Solís y el obispo de Bogotá y el regente salieron de Lima, y de las cosas que más pasaron hasta la venida de Pero Hernandez Paniagua.

Ya hemos escrito en los capítulos precedentes lo que pasó en la ciudad de Los Reyes, é de la salida della de Lorenzo de Aldana y el obispo de Los Reyes don Jerónimo de Loaisa, y cómo Gomez de Solís, que tambien iba por procurador, estaba de partida para salir, ansimismo, de Los Reyes, é no aguardaba más que los despachos y cartas que se habian de llevar para Su Majestad y para los del Consejo Real de las Indias, y acabado de ordenar, en lo cual entendian los licenciados Cepeda y Caravajal, y diéronse toda priesa en ordenar este despacho, el cual era que suplicaban á Su Majestad del Emperador nuestro señor fuese servido de dejar la gobernacion del reino á Gonzalo Pizarro, pues por haberlo descubierto y poblado el marqués su hermano, hacia justicia en ello, é que le pagaria todo lo que viniese de sus quintos y lo que faltase, con más todos los gastos que se habian hecho en las guerras, sin lo cual, si les hacia merced de dejar, como se lo suplicaban, la gobernacion á Gonzalo Pizarro, le harian un gran servicio que valiese el valor dello más de seiscientos mill ducados, y otras cosas sin esto pedian Pizarro y los del Perú, que no hay para qué escrebirlas, pues no hubo efecto la ida á España de los procuradores, y escrebian grandes

cartas con colores fingidas é compuestas *y* [1] se querian justificar echando la culpa de su traicion al visorrey, publicando que por su mal gobierno y falta de entendimiento se habia encendido la guerra. Ordenado lo que relatamos, se lo entregaron á Gomez de Solís y con ello los dineros que habia de llevar, el cual se partió de Lima y lo mismo el regente, despues de haber hecho el juramento que en los capítulos precedentes contamos. Partido Gomez de Solis é los obispos y el regente, como hemos dicho, Gonzalo Pizarro mostraba [2] estar muy alegre, teniendo por acabada la guerra, pues con la ida de sus procuradores se trataria la paz en España, y que Su Majestad le haria merced de la gobernacion, en lo cual no ponia duda ninguna, é dábanse á pasatiempos él y sus capitanes, y el licenciado Cepeda era teniente general suyo; é como viniesen nuevas de la villa de Plata y de la ciudad del Cuzco é de otras partes, *de* los muchos robos y cohechos que Francisco de Caravajal su maese de campo habia hecho y hacia, é de las muertes que daba á tantos sin culpa, comenzó aborrecelle y á estar mal con él. Ayudó á esto estar mal el licenciado Cepeda con Francisco de Caravajal; deseando que no viniese en todo el reino quien más ni tanto quél mandase, daba por parecer á Gonzalo Pizarro que matase al maese de campo, poniéndole delante muchas cosas. En fin, entre Gonzalo Pizarro y el licenciado Cepeda trataron de luego que llegase á Lima Caravajal, de le cortar la cabeza, de lo cual estaba muy contento el licenciado; é veníanle á Gonzalo Pizarro grandes nuevas de la mucha riqueza que habia en Potosí y de la gran cantidad de plata que de aquel cerro se habia sacado é salia cada dia, é de la que Caravajal envió allegaron muchas barras á Pizarro, las cuales mandaba guardar sin gastar mucho dello, porqu' él nunca gastaba sino de la hacienda de Su Majestad, ó de la que se robaba á los que por ser leales no le querian seguir; é cierto, el tirano que no fuere liberal, poco tiempo sustentará los soldados en su amistad, é muchos se le huyeron á Gonzalo Pizarro y á Caravajal su maese de campo, que pudiera ser si les dieran de los dineros que atesoraban, que les fueran amigos fieles hasta la muerte. Mas, ¿qué digo yo? que Caravajal pensaba ir á Roma é con dineros hacer su hecho y ordenarse de misa y á procurar un Obispado, é Gonzalo Pizarro pensaba mercar diez ó doce mill ducados de renta en Trujillo, dond' él era natural, sin se acordar que estaba en ellos pensar esto y en Dios nuestro Señor la determinacion; y ansí como decimos, estaba Gonzalo Pizarro en la ciudad de Los Reyes muy alegre y contento, enviando cartas á todos los pueblos del Perú, muy graciosas, diciendo en ellas de la ida de los procuradores y de la esperanza que se tenia en que los negocios ternian buena expedicion, é que Su Majestad le enviaria la provision de gobernador; viniéronle nuevas de cómo habia llegado Pero Hernandez Paniagua á San Miguel, con cartas del de La Gasca, y cómo creyendo que le habian hecho servicio, le habian preso y aun por mano de su teniente Villalobos quitádole el despacho, y que ansimismo venia Francisco Maldonado, el que por su mandado habia ido á España. Como esta nueva a*lle*gó á Lima, Gonzalo Pizarro, juntados los licenciados Cepeda é Caravajal y los capitanes Bachicao, Robles y otros, trataron sobre lo que se debria hacer de Paniagua; despues de haber sobrello altercado, se acordó de mandar que viniese Paniagua á Los Reyes y le fuesen vueltos los despachos para quél mismo los trujese de la manera que se los habian entregado, y ansí luego despacharon á Maldonado y á Villalobos *que* le fueran vueltas las cartas á Paniagua, el cual se dió toda priesa andar, é Francisco Maldonado allegó primero que él á Los Reyes, y contó muy por extenso á Gonzalo Pizarro lo que le pasó en España, y en la ida á Flandes, é cómo conoció que Su Majestad se habia tenido por deservido en lo que por él habia sido hecho, y que habia preguntado *¿quién es este Gonzalo Pizarro?* y de la enviada al licenciado de La Gasca, y otras cosas que en secreto le dijo el Maldonado, y quieren algunos decir que en lo que tocaba al servicio de Su Majestad, que hablaba bien; otros cuentan que era fingido, é que siempre mostró su ánimo y voluntad estar puestas en el servicio de Gonzalo Pizarro; y en este tiempo allegó á Lima Paniagua, é como fué adonde estaba Gonzalo Pizarro, le dijo el mismo Gonzalo Pizarro: *Mejor paresciades, pues sois viejo, con unas Horas, ó cuentas, en las manos, pues Dios vos dió de comer, que no alborotando reinos ni trayendo cartas; por lo que podria ser que os hallásedes burlado y que no gozásedes de lo que tenéis, ni aun de lo que acá pensais haber.* Pero Hernandez, temeroso cuando aquello le oyó, le respondió: *No vine yo á estas partes sino á serviros, é si otra cosa pensara no viniera acá, porque soy caballero é no tengo de costumbre hacer cosa fea.* Tornole á decir Gonzalo Pizarro: *Como eso sea, no perdereis vos nada dello.*

[1] Los cuatro últimos folios del ms. están estropeados, y á esto obedecen las sílabas y las palabras añadidas en letra cursiva.—[2] En el ms., *mostrando*.

Esto pasó en público, y apartándose Gonzalo Pizarro con él á una parte de la sala, rescibió la carta del Emperador [1] y tambien la del presidente; preguntó al Paniagua algunas cosas, á las cuales le respondió: *No hay para qué dar cuenta de tantas particularidades*; mas de que Gonzalo Pizarro en secreto tomó parescer con sus capitanes y amigos sobre lo que se debria de responder aquellas cartas, é si darian lugar á quel licenciado Gasca pasase al Perú; y en aquella consulta, unos decian que seria cosa muy saludable enviar á mandar á Hinojosa que se viniese con el armada y trajese consigo al presidente; otros, teniendo por dificultoso este parecer, lo reprobaban é decian que lo que se habia proveido en el despacho que llevaron Lorenzo de Aldana é Gomez de Solís bastaba, y era lo que á la salud de todos convenia, é no meter á un hombre tan mañoso é cauteloso como aquél decia que era, porque luego se mudarian las voluntades de muchos para le seguir, y entre unos y otros habria guerra y diferencia; lo cual todo se atajaba con no dar lugar á quél entrase en el reino. Por ellos vistas las cartas, las guardaban sin dar á muchos parte de lo que en ellas se contenia, y dicen quel licenciado Cepeda decia á Gonzalo Pizarro que no creyese lo que Su Majestad le decia en su real carta, porque era para asegurarle y en viendo tiempo oportuno cortarle por su mandado la cabeza; y á cabo de algunos dias que habia que Paniagua allegó á Los Reyes, pidió respuesta de las cartas á Gonzalo Pizarro, el cual lo despachó con cartas breves, más para complir que para otra cosa, é dió á Paniagua quinientos pesos de oro *para* ayuda de los gastos de su camino, segun se dijo; y entendidas *las cosas* de Lima, se aprestó para salir della é ir en busca del presidente.

CAPÍTULO CCXXXIX

De las cosas que más pasaron en Panamá, e de cómo fué don Juan de Mendoza á la Nueva España, é de la llegada del obispo é de Gomez de Solís aquella ciudad.

Estando las cosas de Panamá en el estado que en los capítulos de atrás hemos contado, paresciéndole al presidente y al general Pedro de Hinojosa y al mariscal y á los otros capitanes que convenia que se enviase persona de confianza [2] al reino de la Nueva España, con cartas y despachos para el visorrey don Antonio de Mendoza, pues estaba la mayor fuerza de la guerra en la gente y caballos y armas que de aquellas partes podrian venir en navios para pasar al Perú, é luego por mandado del presidente, el secretario Pero Lopez, que habia venido del Perú con Lorenzo de Aldana, escribió cartas para el visorrey don Antonio de Mendoza, en las cuales le daba cuenta muy larga de todo lo que hasta allí habia pasado, y de cómo los capitanes qu'estaban en Panamá con el armada y gente se habian reducido al servicio de Su Majestad, y de la poca esperanza que se tenia en que las cosas del Perú se allanasen si no por rigor é gran castigo, para lo cual era muy nescesaria el ayuda de aquel reino, é favor, é otras cosas que en las dichas cartas irian. Juntamente con ellas se envió una cédula real del rey [1] firmada con su real mano, en la cual mandaba á su visorrey don Antonio de Mendoza que todo lo que por cartas ó por otra cosa le pidiere el licenciado Gasca, que por su mandado pasaba á poner sosiego en las alteraciones del Perú, lo proveyese y enviase, cumpliéndolo en todo como si por su misma persona le fuese mandado, y diese [2] navios, artilleria, dineros, gente y caballos é bastimentos; porque entienda el letor cómo todas las ínsulas del mar Oceano se movieron para castigar á este tirano, é qué... [3] número de dinero el que se gastó en todas ellas para *proveer deudas* y pagar á los soldados; despues todos se que*daron* al Perú, por bastar la gente que en él se declaró en el servicio de Su Majestad. Cierto, fué esta última guerra del Perú muy difi*cultosa al prin*cipio, é de mucha costa. Yo me hallé en Cali y en *esta ciudad* se gastó por otra cédula de Su Majestad y car*ta suya, mas* de sesenta mill castellanos, y afirmo que se gas*tó* en las demas partes de las Indias des*de que La Gasca entró* en Lima, hasta que Gonzalo Pizarro *fue desbaratado*, más de dos millones y quinientos mill *ducados*, *que* pudiera Su Majestad conquistar... *y en estas pen*dencias de los de acá se la han gas*tado*... despacho se acordó que fuese al... lo cual luego se aderezó pa*ra lo hacer*. *Asi*mismo se mandó que fuese á Nicaragua al contador Juan de Guzman, y al Audiencia de los Confines Nuño de Guzman. En este tiempo venia caminando por la mar Gomez de Solís, y el obispo de Bogotá, y el regente fray Tomás de San Martin, y en aquel navio venian hasta quince ó veinte soldados, los cuales

[1] Tachado: *é rey don Carlos nuestro señor*.—[2] Tachado: *é de valor*.

[1] Tachado: *Nuestro Señor*.—[2] Tachado: *al licenciado Gasca*.—[3] Roto el ms.

iban desterrados por mandado de Gonzalo Pizarro, del Perú, porque habian seguido al visorrey Blasco Nuñez Vela, entre los cuales iba un Rodrigo Mejia, y aunque todos conoscian la gran nobleza de Solís[1] y el poco daño que hizo mientras siguió á Gonzalo Pizarro, y les diese á todos ellos lo nescesario, y algunos ayudó con dineros y ropas y otras cosas, inconsideradamente trataban entrellos de le matar y alzarse con el navio, en el cual iban más de ciento y cincuenta mill pesos de oro, y con todos ellos irse á Nicaragua, ó á Guatimala, á dar cuenta á los señores presidente é oidores que por mandado de Su Majestad residen en el Audiencia real de los Confines. Pues como entre estos tratasen esto que vamos contando, llevan*do* pensamiento de concluillo cuando á ellos les paresciese que era tiempo convenible, y como iba en aquel navio el regente fray Tomás de San Martin, como ya otras veces hemos dicho, acordó el Rodrigo Mejia de le dar parte de lo que entrellos iba determinado, lo cual oido por el regente, lo reprehendió mucho, diciendo quél sabia que Gomez de Solís habia procurado la salida del reino porque Gonzalo Pizarro contra la voluntad del Emperador[2] queria tener la gobernacion dél, é que lleva*ba* buen propósito, por lo cual hacian gran yerro en acometer lo que decia, pues iban todos á Tierra Firme, adonde estaba, segun decia*n*, el licenciado Gasca, que venia por presidente; que se asosegasen y fuesen como iban todos allá, donde se veria lo que se determinaba y hacia entr'él y los procuradores y capitanes que allí estaban. Por las palabras del regente apartaron de sí el pensamiento que tenian; mas como no llevaban muchos negocios en que se ocupar, volvieron á tratar en ello, y sin dar parte al regente de querer llevarlo á cabo; el cual, como lo barruntó, sin decir nada á Gomez de Solís, porque pudiese ir en paz *é no recres*ciese algun alboroto entre unos y otros, de noche hacia *que fues*en juntos á Solís algunos criados y amigos suyos que allí *estaban* apercebidos, lo cual se hacia, é caminaban acercándose á la ciudad. *El* obispo de Los Reyes don Jerónimo de Loaisa iba más adelante *en su* nao, y allegó á las Perlas y pasando adelante entró en el *puerto de* Panamá á veinte dias del mes de Enero del año ya dicho, de mill é quinientos é cuarenta[3] y siete, é como saltó en tierra se fue .. *y* antes de misa mayor vino el presidente allí á ver*lo* á su posada, holgándose en gran manera de le *decir que* entendiese claramente quel armada esta*ba allí*, *da*ndo por ello muchas gracias á Nuestro Señor *por el e*stado que tenia*n* las cosas en el Perú, y de la *rebeldia de* Pizarro, é como sin guerra él no creia que se allanaria, *pues* no embargante que muchos de los que en él estaban *querian* irse al mandado para acudir á su servicio, *creía* que era por miedo de no ser muertos *en*tre aquel fuego, *más que* con voluntad de ir *á servir á* Su Majestad, de todo lo que entendia é sabia que convenia; é que pues él estaba allí en su real nombre, que supiese quél habia de servir y ayudar á Su Majestad en todo lo que le mandase. El presidente respondió graciosamente al obispo, diciéndole que bien habia mostrado su gran valor é bondad, é que Su Majestad tenia cuenta con tan gran servicio, para le hacer mercedes, y quél se lo escribiria ansí; é desde este dia que allegó el obispo don Jerónimo de Loaisa á Panamá, é hasta quel presidente Gasca salió del Perú, siempre tomó en todo su parescer y consejo, é siguió lo quél le decia, como relataremos adelante. Luego hablaron el obispo, el general Pedro de Hinojosa y el mariscal Alonso de Alvarado, Lorenzo de Aldana, los demas capitanes é caballeros; Pablo de Meneses estaba junto á las islas de las Perlas, aguardando al navio en que venia Gomez de Solís, como ya contamos, el cual navio venia cerca de las islas, é tan junto que muy bien vian los navios, é haciendo calma é no corriendo ningun viento, Pablo de Meneses mandó soltar un tiro de artilleria, lo cual oido por Gomez de Solís, no supo qué seria, é determinó de que la barca se echase al agua y fuese el maestre á ver lo que era, para que prestamente le diese aviso, y ansí fué luego hecho, yendo en la barca un fraile mercenario llamado fray Estéban Tellez. Llegada, pues, la barca al navio de Pablo de Meneses, detuvo al fraile en él, sabido que estaba allí Gomez de Solís, y mandó Antonio de Sosa que con hasta quince arcabuceros fuese al navio de Gomez de Solís é le diesen ciertas cartas é lo trajesen consigo. Sosa se partió luego, *y* llegando al navio dió á Gomez de Solís una carta del general Pedro de Hinojosa y otra de Lorenzo de Aldana, *en* que le decian cómo iba el capitan Pablo de Meneses á las islas de las Perlas por bastimento para el armada, la cual estaba por el rey é por el presidente de La Gasca, y otras cosas; é vistas las cartas, Sosa se fué luego á la nao donde estaba el capitan Pablo de Meneses, é sabido cierto lo que pasa*ba*, dijo á Pablo de Meneses que lo dejase ir en su navio,

[1] Tachado: *y su mucho merescimiento y gran valor.*—[2] Tachado: *nuestro señor.*—[3] En el ms., *treinta.*

*é co*mo se iba porque él habia de servir al rey como hijodalgo, y como lo habian hecho sus padres. Pablo de Meneses fué dello contento, y ansí se partió luego para Panamá; llegados al puerto saltaron en tierra [1] y *vió* al presidente, Gomez de Solís, el cual le dió los despachos que traia de Gonzalo Pizarro, é cuenta de lo que habia pasado con él, é se ofresció al servicio del rey, y el presidente lo rescibió muy bien, hablándole graciosamente; despues lo nombró por capitan del rey, y lo fué hasta que *se dió* la batalla en el valle de Xaquixaguana, y como en aque*l tiempo estuviesen allí* el obispo de

[1] Tachado: *firme.*

Bogotá y el regente fray Tomás de San *Martin*, les habló como á sus dinidades requeria, pregun*tándoles* algunas particularidades y cosas del Perú en secreto... [1] *el* regente le respondió aclarándose con él en *todo*... cierto como creía *que* el Perú no seria allanado... *pues muchos* de los que seguian á Pizarro deseaban... apartarse de aquella tirania; los capitanes... *que estaban* en Panamá se hallaban [2] con liber*tad*, le amaban y querian mucho.

[1] Roto el ms.—[2] En el ms , *hagan.*

FIN

JORNADA DEL RÍO MARAÑON

CON TODO LO ACAECIDO EN ELLA, Y OTRAS COSAS NOTABLES
DIGNAS DE SER SABIDAS, ACAECIDAS EN LAS INDIAS OCCIDENTALES

COMPUESTA POR

TORIBIO DE ORTIGUERA

NATURAL MONTAÑÉS Y VECINO QUE FUE DE LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO DE QUITO EN EL PIRÚ

DIRIGIDA AL FELICÍSIMO DON FELIPE III, PRÍNCIPE, NUESTRO SEÑOR

Esclarecido y dichosísimo Príncipe, señor y abrigo nuestro, fuerte muro y amparo de nuestra santa fé Católica. Cosa muy justa es que Vuestra Alteza sepa y entienda las cosas de su reino, y entre ellas las sucedidas en la jornada del rio Marañon, y otras que acaecieron en las Indias Occidentales subjetas á Vuestra Alteza, ansi para la conquista y descubrimiento dellas, como para que las personas que las vieren, entiendan y vean el castigo que se hizo con los culpados, y para que los presentes y venideros tomen ejemplo en cabezas ajenas, procurando los buenos y leales vasallos tomar ánimo á hacer cosas señaladas y servir á Vuestra Alteza con la lealtad y fidelidad que se le debe; y los no tales, si les viniere alguna ruin imaginacion, la repriman considerando el fin y paradero que tuvieron Lope de Aguirre y sus valedores, y Francisco de Santistéban, con los dos Rodrigos Mendez y sus secuaces, con los demás de quien ha de tratar esta historia; pues como yo me hallase en la ciudad del Nombre de Dios, del reino de Tierra Firme de las Indias del mar Océano, en servicio del invictíssimo rey Don Felipe mi señor y carísimo padre de Vuestra Alteza, en la guarda y custodia de aquella ciudad y reino, á mi costa y mincion, el año que pasó de 1561, contra la obstinada rebelion del tirano Lope de Aguirre y sus secuaces, y despues en el año siguiente en la ciudad de Panamá, del Nuevo Reino mesmo, contra la rebelion de los dos Rodrigos Mendez y Francisco de Santistéban, hasta que fueron desbaratados y muertos, en su real servicio, y castigados sus locos atrevimientos, aunque *no* con tanto rigor como sus graves delictos merescieron, siempre procuré permanecer en el Pirú, donde después pasé en el mesmo propósito y buen principio comenzado, acudiendo con munchas veras y con todas mis fuerzas á todas las cosas que en el servicio de Su Majestad se ofrecían, con mis armas y caballo, á mi costa y mincion, ansí en los oficios de república que administré, como sin ellos, sin haber deservido en cosa alguna en todo el tiempo que allá estuve, que fué hasta el año de ochenta y cinco pasado; en el discurso de lo cual gasté veinte y cuatro años de lo más florido y granado de mi edad, y pareciéndome ser cosa muy justa tomar un poco de más trabajo y comenzar á servir á Vuestra Alteza, determiné escrebir algunas de las cosas más notables que en mi tiempo sucedieron en aquellas partes, para que Vuestra Alteza las supiere y tenga noticia de la muncha y larga tierra que hoy tiene conquistada y poblada desde el rio de la Hacha á Tierra Firme, hasta el fin de la rica y belicosísima provincia de Chile, por espacio de más de mil y ducientas leguas de longitud Norte Sur, en que se incluyen gran multitud de indios naturales de aquellas tierras, entre los cuales hay pobladas munchas villas y ciudades de españoles sus conquistadores y fuertes domadores, y las inestimables riquezas de minas de plata y oro y de ricas esmeraldas, con grandes pesquerías de finísimas perlas, de que dan testimonio las muy grandes flotas que cada año vienen de este Nuevo Mundo con ellas y con otras muchas mer-

cadurías que allá se crian; y ansímesmo la grandeza y munchedumbre de indios que hoy están por conquistar y pacificar, con la descripcion [1] de su tierra y lo que de ella se ha podido alcanzar y saber en discurso de mil y ducientas leguas de largo, riberas del gran rio Marañon, que nace en la provincia del Pirú y se viene á encerrar [2] en el mar del Norte, á la parte de la isla Margarita, en lo cual, con su muncha anchura de la una banda y otra deste poderosísimo rio, se podria poblar un largo y anchuroso reino de grandes minas de oro y plata y otros munchos aprovechamientos que el tiempo y ocasion irán descubriendo, segun la opinion de todos los que la han visto, y aun seria muy necesario para que en ello se ocupasen munchas gentes que hay en el Pirú valdias; suplico á Vuestra Alteza con toda la humildad y acatamiento que puedo, reciba este pequeño don que le ofrezco, el cual hago con la mayor voluntad que me es posible, y si otra cosa tuviera mayor y de más precio y estima que dar, lo hiciera con la mesma voluntad. Plegue á Dios todopoderoso lo vea Vuestra Alteza pacífico y domesticado debajo de su patrimonio Real, con acrecentamiento de munchos más reinos y señorios, para que su santo nombre sea glorificado con la conversion de tantas ánimas como allí están perdidas en sus idólatras y vanos sacrificios, por falta de quien les predique y enseñe las cosas de nuestra santa fé Católica, que con sólo esto y haber yo dado noticia á Vuestra Alteza para que se haga, quedaré muy bien pagado de mi trabajo. En Sevilla.—*Toribio de Ortiguera* (3).

AL DISCRETO LETOR

A muncho se atreve el dia de hoy el que se pone á escrebir donde hay tantos, tan buenos, agudos y delicados juicios y entendimientos; pero como la materia sea cosa nueva y muy nueva y en tierras tan remotas y apartadas de nuestra España, por haber acaecido en estas partes de las Indias donde faltan escriptores y personas curiosas que quieran saber é inquirir semejantes cosas, y los que lo son, por ventura no han tenido el aparejo que yo en este particular, y ansí tomé la mano procurándome informar de munchas personas que se hallaron presentes en la lamentable jornada del rio Marañon, de quien ha de tratar esta historia, con el gobernador Pedro de Orsúa, y en todo el discurso della y de su subjeto, desde que se embarcó con su real hasta que fué muerto y desbaratado el tirano Lope de Aguirre con sus valedores; que cierto que se me puede creer que he puesto en ello muy particular diligencia y procurado memoriales de otros que entendí se habian hallado en ello, por no los haber podido ver por vista de ojos; y lo propio por munchos que bajaron por este gran rio con el capitan Francisco de Orellana el tiempo que bajó perdido de la conquista que fué á hacer con Gonzalo Pizarro á las provincias de los Quijos, Zumaco y la Canela; y allegándome en todo á los que más se conformaron en el comun parescer y verdad de lo sucedido, determiné escrebirlo con la mayor certeza que me fué posible. En ella se verán crueldades, pasiones y casos de muncha lástima y compasion, y todo entre españoles, los unos contra los otros y contra el servicio del Rey nuestro señor natural, y cuán mal acabaron los inventores dellos, muriendo muertes crueles y desastradas por premision divina, de donde sacarán documento los buenos y leales vasallos de sus señores, y los no tales, cuán bien les está servirlos con todas las cosas que se ofrecieren, con toda lealtad, pues haciéndolo al contrario, se pierden las vidas, las honras y haciendas, y por la mayor parte las ánimas, con quien tanto cuidado habemos de tener para las ofrecer á Dios, cuyas son, pues tanto le costaron; y si mi torpe lengua y manera de proceder en esta pequeña obra no diere tanto sabor cuanto yo deseo, recíbase la voluntad como de quien la ha deseado guisar al gusto y paladar de todos, á quien encarescidamente encomiendo la reciban con esta buena voluntad, y si algunas faltas tuviere, las enmienden á honor y gloria de Dios nuestro señor y de su benditísima Virgen y madre, señora y abogada nuestra.

PROEMIO

Munchas y muy grandes cosas han sucedido en el Pirú y en otras partes de las Indias, así en el descubrimiento, conquista y pacificacion de munchas provincias dellas, como en grandes recuentros y guerras ceviles y rebeliones que se han ofrecido, ansí entre

[1] En el ms., *discrepcion*.—[2] En el ms., *enserrar*.—[3] Sigue una nota de D. Marcos Jimenez de la Espada, que dice: Escribíalo en 1581, vide cap 14. Pero más adelante da entender que despues de 1585.

nuestros españoles que las descubrieron, conquistaron y poblaron, los unos contra los otros, y lo mesmo con los naturales indios de la tierra, en munchas revueltas y alzamientos que han hecho contra nuestros españoles los propios indios, y todos ó los más dellos han quedado en perpétuo olvido y silencio, por falta de escriptores, aunque de suyo eran dignos de ser sabidos, ansí por las munchas y grandes hazañas y vitorias que Nuestro Señor Jesucristo ha sido servido de obrar por mano de tan pocos españoles entre tanta multitud de bárbaros, como para ensalzar los ánimos de los varones ilustres por cuyas manos *fueron hechas*, y animar y recordar á los que hoy son y adelante serán, para emprender cosas mayores en servicio de Dios y de Su Majestad del Rey nuestro señor, viendo cuán bien se les pagan semejantes obras con la perpétua honra y fama que de sus notables hechos queda; y porque una dellas ha sido la jornada del rio Marañon, donde, despues de las guerras generales del Pirú, en ninguna han sucedido tantas ni tan extrañas cosas, ni de que tanto se temiese toda la tierra, y porque ésta no quedase en olvido como las demás, procuré de escribirla por la mejor órden que supe, desde su principio hasta el glorioso fin que tuvo, con otras cosas de que entiendo se gustará, por ser de su calidad graves, de las cuales podrán tomar buen ejemplo en cabezas ajenas los que con buenos medios quisieren guardar las suyas, viendo el rigor, castigo y muertes que tuvieron todos ó los más de los causadores de los alterados y bulliciosos pensamientos, que en este tratado se dirá quiénes fueron y las muertes y castigos que se les hicieron, porque si algun dia se tratare de sus vanas locuras, se pueda saber el fin y paradero que tuvieron; y para que mejor se entienda esta obra y los fines y causas que movieron al marqués de Cañete, visorrey del Pirú que en aquella sazon era, á hacer esta jornada y darla á Pedro de Orsúa más que á otra persona, es de saber lo siguiente.

CAPÍTULO PRIMERO

Quién fué Pedro de Orsúa y por qué le dió el marqués de Cañete, visorrey del Pirú, á él más que á otro la gobernacion y conquista del Marañon.

Fué Pedro de Orsúa natural de la ciudad de Pamplona de Navarra, conoscido caballero hijodalgo de la casa y solar de Orsúa, que por su antigüedad es muy conoscida; gran servidor de Su Majestad, muy de veras buen soldado en todas las cosas y casos que en su tiempo se ofrecieron; grande hombre de á caballo de entrambas sillas, muy general en todas las armas y cosas de virtud y disciplina militar, y en especial en conquistas y descubrimientos de indios; galan, gentil hombre y bien traido; de mediana estatura, bien proporcionado, aunque un poco adamado; lindo rostro; la barba taheña y bien puesta; de muy buena y afable conversacion; muy inclinado á cosas de misericordia y caridad, grande amigo de soldados y de conquistas y descubrimientos de indios; y así, luego como pasó á estas partes de las Indias comenzó en ellas yendo por capitan desde Santa Marta, del reino de Tierra Firme, á la conquista del cerro de Bonda y valle de Tairona, donde tuvo buenas suertes, y de allí subió al nuevo reino de Granada, donde pobló y conquistó, entre indios de guerra, á gran costa y trabajo suyo, la ciudad de Pamplona, en memoria de la otra donde nasció, y la de la Trinidad, en la provincia de los Muços, que hoy permanescen en servicio de Su Majestad, de donde se han sacado y sacan cada dia instimables riquezas de oro y esmeraldas, de que han ido y van *en* cada flota á Su Majestad munchos pesos de oro y ricas esmeraldas, de sus quintos y derechos reales. De alli subió á la ciudad de Los Reyes del Pirú, donde era visorrey el Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza, el cual era grande amigo de caballeros y hombres de valor, y sabiendo las buenas partes de Pedro de Orsúa, su valor, prudencia, ánimo y destreza en las cosas de la guerra, le mandó que fuese al reino de Tierra Firme á las ciudades de Nombre de Dios y Panamá, entre las cuales andaba una quadrilla de negros cimarrones, que es tanto como alzados bandoleros, los cuales hacian grandísimos daños en estas dos ciudades, sacando los negros y negras cautivas del servicio de sus amos españoles cuyos eran, hurtándoselos y llevándolos á los montes donde ellos habitaban, que los hay por allí muy grandes; robando de noche las tiendas y haciendas y salteando los caminos que hay de la una ciudad á la otra, quitando las haciendas á los pasajeros y viandantes, y á munchos las vidas con ellas, de manera que no se podia vivir ni habia cosa sigura en aquella tierra; y era tanta su pujanza, que tenian ya un ejército y escuadron de más de mil y ducientos negros y negras, y nombró entre ellos rey y obispo; y por industria deste buen capitan, en poco tiempo conquistó, mató y aperreó gran cantidad de esta mala gente, pren-

diendo á su rey, llamado Vallano, y embiándole preso á Su Majestad del rey nuestro señor, haciendo grandes justicias en munchos de los alzados, emviándolos presos á las ciudades de Nombre de Dios y Panamá, donde eran echados los más dellos por las justicias dellas á los perros para que los despedazasen vivos, porque lo viesen los demás esclavos y entendiesen que lo mesmo seria dellos si se ausentasen del servicio de sus amos; y esto parescia convenia ansí para los amedrentar, porque en aquella tierra no hay otro servicio que el de negros esclavos. De tal manera los prendió, castigó y amedrentó, que munchos de los alzados tenian por mejor y más seguro camino volverse al cautiverio y perpétua servidumbre de sus amos, que sufrir la recia y contínua guerra que Pedro de Orsúa les daba, de cuya causa se volvian á ella y por munchos años despues se vivia en aquellas dos ciudades y se andaban los caminos con gran tranquilidad y sosiego, sin que nadie se atreviese á saltear, ni robar, como de antes lo solian hacer, en lo cual ganó Pedro de Orsúa muncha loa y reputacion demás de la que antes tenia, ansí con toda la gente de aquel reino, como con el visorrey que le habia enviado.

CAPÍTULO II

Cómo salió el caudillo Viarazu, del Brasil, con grande armada de indios á descubrir el rio de Marañon, y lo que les sucedió, y la noticia que dió al marqués de Cañete, visorrey del Pirú.

Entre tanto que Pedro de Orsúa andaba en esta guerra y pacificacion de los negros del Vallano, que ansí se nombraba esta provincia, que era en los años del Señor de mil y quinientos y cinquenta y seis, y cinquenta y siete, el virrey procuraba buscar algun buen entretenimiento que darle por la buena cuenta que iba dando de una cosa tan importante y deseada, y para lo poner por obra sucedió en aquellos comedios, en las partes del Brasil, en la costa de la mar del Norte, que es á las espaldas del Pirú, entre el rio de la Plata y el del Marañon, á la parte del Oriente, se levantó un esforzado y valeroso indio llamado Viaruzo, el cual hizo gran junta de gente en cantidad de trece ó catorce mil indios de guerra, con grande aparato de canoas, que son unas barcas todas de una pieza con que los indios navegan por los rios, y aun por la mar, con muncha cantidad de armas á su usanza, de flechas, dardos y tiraderas, y grandes vituallas y comidas como para semejante viaje se requerian; y deseoso de conquistar y enseñorearse de otras nuevas gentes y tierras, salió de la parte referida del Brasil y entró por el rio Marañon arriba con su armada, y prosiguiendo su viaje, á cabo de algunos dias que habia navegado, á la parte de la mano izquierda, el rio arriba, dió con otro brazo de rio de un agua muy verde escura, de muncha hondura, y como su intento era desde el principio ir buscando la gente y poblazones [1] de la tierra, con las de los brazos de rios que entrasen en este mayor y más principal, subió por este brazo arriba con todo su ejército y con dos portugueses que llevaba en su compañia, que sabian bien su lengua, para que animasen á sus indios y los adestrasen en las cosas de la guerra; á cabo de cuatro dias que habian navegado por este brazo de rio arriba, dieron de repente en una grande laguna que se hacia en una espaciosa llanada, por bajo de unas muy altas y encumbradas tierras peladas, sin arboledas, riberas de la cual habia grandísimas poblazones de indios, en tanta suma que los Brasiles quedaron atónitos y espantados de ver tanto número dellos, y como los naturales viesen entrar en su tierra y laguna una tan gruesa flota de canoas como la de los Brasiles, que pasaban de mil y quinientas, y no hubiesen nunca visto cosa semejante, pusiéronse en arma, dándose mandado de unos pueblos á otros. De tal manera se dieron la mano, que en menos de dos dias se juntaron de los indios de la laguna más de otras mil y quinientas canoas, y de las unas y otras se hizo una batalla naval, si así se puede decir, por ser de naves á su usanza, que era cosa muncho de ver, segun lo afirmaron los indios que se hallaron en ella; entre las cuales hubo una muy reñida pendencia, en tanta manera que como los naturales tenian cada dia gentes y canoas de refresco, vencieron á los Brasiles, entre los cuales fueron presos y muertos pasados de diez mil indios Brasiles, por la cuenta que dieron los que quedaron vivos, y entre los presos y muertos fué uno de los portugueses que con ellos venian, y de los naturales muncha cantidad, de que no se pudieron dar razon los que serian, y visto por el portugués que quedaba vivo y por los demás indios y su caudillo Viarazu cuán mal les habia sucedido en la primera refriega que habian tenido con sus contrarios, y la gran ventaja que les hacian por ser mun-

[1] Ortiguera emplea la forma *poblaçones*, en vez de *poblaciones*.

chos más en número y venirles refresco cada dia, determinaron volverse el rio ó estero abajo, mal de su grado, porque eran tantas las canoas que los seguian por el rio, é indios por tierra, riberas dél, por la una y otra banda, con flechas que les tiraban, que se tuvieron por de buena suerte cuando se vieron fuera de semejante riesgo. Luego como Viarazu se vió en el rio grande del Marañon con el resto de su gente que le habia quedado, determinó buscar un buen asiento donde poblar un pueblo y dejar en él algunos de sus indios para tener ocasion de volver con mayor poder sobre la laguna y su gente, y en la parte más cómoda que le paresció, algo desviado deste brazo de rio, pobló un pueblo de hasta mil y quinientos indios, dejándolos con el mejor pertrecho que pudo, y con el resto y el portugués que habia quedado vivo subió el rio arriba, teniéndose siempre á la mano izquierda, pretendiendo á la vuelta volver sobre la derecha por la otra banda é ribera del rio, por verlo todo á su contento, lo cual no podia hacer por entonces por ser grande la anchura que tenia; é siguiendo su viaje topaba otras munchas poblazones, grandes y pequeñas, con las cuales tuvo munchos recuentros y guazavaras, y como su intento por entonces no era poblar, sino pasar adelante hasta ver el fin del rio y lo que dél se pudiese navegar, y volver á su tierra, despues de bien visto, por mayor ejército, y á cabo de munchos dias que hubo navegado fué á dar con hasta setenta indios que le habian quedado, que el otro portugués ya era muerto, en tierra del Pirú, entre unos indios llamados los Motilones, gente de paz, subjetos á la ciudad de Santiago de Muyobamba, que serán más de mil y ducientas leguas el rio arriba, segun la comun y más general opinion de los que lo han visto, aunque por la altura hasta la ciudad de Quito no hay de quinientas leguas arriba, y desde allí arriba hasta el principio de su nacimiento hay otras tantas, pero con las munchas vueltas del rio podria causar desta distancia. Vista, pues, por los Motilones aquella gente de extraño traje y nacion, reconoscieron[1] ser indios de guerra, de cuya causa se pusieron en arma, y con facilidad los prendieron por ser poca gente en forma y desbaratada con la muncha necesidad y trabajos que habian pasado en tan largo viaje, que á su cuenta les habia durado más de año y medio. Preso que los hubieron, lleváronlos á la ciudad, y vistos por la justicia y vecinos della los regalaron y cariciaron, hospedándolos en sus casas lo mejor que pudieron; comenzaron á preguntarles por señas cómo y de dónde venian, y algunos dellos que sabian algunas palabras portuguesas, y Viarazu su caudillo, más que todos ellos, dieron relacion cómo habian salido del Brasil, con todo lo referido y los demás trabajos que les habian subcedido en su viaje, y vista la nueva de la munchedumbre de gente, oro y plata que decian haber visto en lo que habian navegado, determinaron llevar al caudillo Viarazu con otros cinco ó seis indios de los más ladinos á la ciudad de Los Reyes, donde residia el marqués de Cañete, visorrey del Pirú, y fueron tantas y tan grandes las cosas que le dijeron de la tierra y grandezas della, con sus munchas y grandes poblazones, y el oro y plata que habian visto, de que dió testimonio una rodela que Viarazu llevó con brazales de plata clavetados de oro, que movió los corazones de los hombres á quererlo ver y conquistar. El virrey, como muy servidor de Su Majestad, deseoso de que en su tiempo se descubriese otro nuevo Pirú, confiado que Pedro de Orsúa lo haria bien, y por gratificarle lo muncho que habia servido y trabajado en la guerra y pacificación de los negros del Vallano, que atrás se ha visto, envióle á llamar á Panamá, donde estaba descansando del trabajo pasado, para le dar esta jornada, que no debiera acetar, por lo mal que en ella le sucedió, perdiendo la vida en poder de grandes traidores, tiranos, de los que en su compañia llevaba y debajo de su bandera y estandarte Real, y aun algunos de los que él más se fiaba, que se alzaron contra el servicio de Su Majestad, como la historia nos lo irá declarando á su tiempo y lugar.

CAPÍTULO III

Cómo llegó Pedro de Orsúa de la ciudad de Panamá, del reino de Tierra Firme, á la ciudad de Los Reyes en el Pirú, y cómo el virrey le dió la jornada del Marañon con título de Gobernador.

En fin del año del Señor de mil y quinientos y cinquenta y ocho llegó Pedro de Orsúa á la ciudad de Los Reyes despues de haber dado el agradable y venturoso fin que se ha oido de la guerra del Vallano, el cual era muy deseado del virrey y de otra muncha gente, que con las nuevas que habian dado los indios Brasiles y con la que antes habian dado otros cincuenta españoles de los que habian bajado desde las espaldas de

[1] En el ms., *reconosciendo.*

Quito con el capitan Francisco de Orellana por el rio abajo al tiempo que Gonzalo Pizarro fué al descubrimiento de los Quijos, Sumaco y la Canela, que en munchas cosas conformaron con los indios, en especial en las grandes poblazones, que los españoles no habian podido ver otra cosa por ser pocos é ir huyendo por el rio con el temor de los munchos indios, como adelante nos lo contará la historia; á lo cual testificaba fray Diego de Carvajal, presbítero, de la Orden de Predicadores, que á la sazon se halló en la ciudad de Los Reyes en su convento y fué uno de los que habian bajado con Orellana. Estas cosas movieron tan extrañamente los ánimos y voluntades de los hombres á las ver por vista de ojos, descubriéndose y poblándolas, que no se podrá creer; en especial la provincia de Omagua, que ansí se llamaba la laguna y sus comarcas donde mataron y cautivaron á Viarazu los diez mil indios que se han oido, y aunque hubo munchos pretensores para el gobierno, el virrey tuvo por bien de dar á Pedro de Orsúa esta jornada, que en aquel tiempo se tenia por la mejor cosa que habia en todo el Pirú, y aun hoy lo dicen así los que lo vieron por vista de ojos, y desean que se vuelva á hacer. Para entrar en ella dióle título de gobernador y capitan general del rio del Marañon y provincias de los Cararies y Manicuries, Omaguas y Macheforos, desde la provincia de Santa Cruz de Capocovar, en los Motilones del Pirú, hasta adonde se encierra este gran rio en la mar del Norte, con muncha anchura de la una banda y otra del rio, y con grandes y amplios poderes para lo conquistar, poblar y domesticar en nombre de Su Majestad, y repartir la tierra é indios della á los que se la ayudasen á poblar y conquistar, tomando para sí las tierras de pan sembrar, é indios que le paresciese, en remuneracion de sus servicios.

CAPÍTULO IV

Cómo Pedro de Orsúa hizo publicar sus poderes y nueva gobernacion, y cómo levantó gente para la conquista della, y de las grandezas y manificencias que hacia el marqués de Cañete en el reino del Pirú, y otras cosas que hacen al propósito.

Principio era del año de mil y quinientos y cincuenta y nueve cuando el gobernador Pedro de Orsúa comenzó á publicar sus poderes y nueva gobernacion, por todo el Pirú, y á hacer gente para la jornada y descubrimiento que habemos oido en el capítulo antes deste. Luego como se apregonaron sus provisiones nombró capitanes y dió poderes para recoger la gente necesaria, y salió de la ciudad de Los Reyes con veinte y cinco hombres, todos oficiales de carpinteros y calafates, y doce negros aserradores con munchas sierras é herramientas é clavazon, brea y otras cosas necesarias para hacer algunos bergantines y barcas chatas para la navegacion y descubrimiento del rio. Con este aparato fué á la provincia de los Motilones, llamados deste nombre por ser indios tresquilados y haberse hallado éstos solos desta suerte en todas estas partes del Pirú, que los demás todos andan con cabello largo, y en esta parte era donde Viarazu habia aportado con su gente; riberas deste rio buscó Pedro de Orsúa y los maestros que con él iban el mejor sitio para fabricar sus bajeles, y á todos paresció que en una barranca que el rio hacia, en que habia una gran playa llana, habia lugar capaz donde cupiesen doce bajeles que se habian de hacer, así por esto como por estar cerca la madera y estar á cuatro leguas del pueblo que arriba dijimos, llamado Santa Cruz de Capocovar, el cual se habia poblado de españoles por el capitan Pedro Ramiro, poco más habia de un año, por mandado del virrey Marqués de Cañete, de donde se habian de proveer de las vituallas necesarias y de indios para cortar y acarrear la madera y los demás adherentes para el armada; y dejando las cosas puestas en este concierto y al capitan Pedro Ramiro por su teniente, con la gente y negros que se han oido, y por maese mayor de la obra á maese Juan Corzo, encargando á su teniente les hiciese dar el recaudo necesario hasta estar acabados los bergantines y chatas de la armada, de todo punto, se volvió á la ciudad de Los Reyes, donde con sus poderes se habia levantado alguna gente, y con su llegada se acabó de juntar la que le era necesaria para su jornada, y otra le iba á aguardar al camino por donde habia de ir, con lo cual comenzó á proveerse de las cosas necesarias para su viaje, y aunque el visorrey le habia dado munchos pesos de oro y plata de la caja de Su Majestad, para el efecto, como la tierra es costosa y los gastos para semejante empresa fuesen munchos, ya le faltaban dineros, aunque algunas personas le habian prestado y le prestaban munchos pesos de oro por ir en su compañia, favoresciéndole cuál con mil pesos, cuál con dos mil, y á más y á menos cada uno como podia, con que vino á estar aviado y despachado de todo punto, en lo que se detuvo año y medio, y

estando hecho todo el gasto y aprestado de la manera que se ha oído, llegó nueva que Su Majestad habia proveido otro nuevo visorrey para el Pirú, que era don Diego de Acevedo, de cuya causa estuvo en muy poquito el desbaratarse la jornada, porque el virrey no favorecia, ni hacia merced á Pedro de Orsúa con la voluntad que antes: lo uno, por la venida que se esperaba del nuevo virrey; y lo otro, porque con semejante novedad, los Oidores de la Audiencia de Los Reyes y los vecinos encomenderos de indios del Pirú, con más libertad que de antes osaban hablar y decia cada uno lo que le parescia, atreviéndose á decir que no convenia que en semejante tiempo se hiciese junta de gente, por estar muy frescas las alteraciones pasadas de aquella tierra, y aun muy recientes algunos castigos que el virrey habia hecho por mano del licenciado Altamirano, en cortar las cabezas á los capitanes Martin de Robles, y Piedrahita, que se habian hallado en las alteraciones pasadas con Gonzalo Pizarro, y que se temian no subcediese algun nuevo tumulto con semejantes ocasiones; y estando el negocio en este estado y el virrey suspenso en la determinacion y acuerdo que en el caso habia de tomar, vino otra nueva, que el virrey proveido no venía, antes era muerto; con lo cual, el marqués, viendo lo muncho que se habia gastado en aparatos y pertrechos de guerra, y que ya estaba todo tan á punto, paresciósle que como quedase en el gobierno que antes tenia, eran acabadas las ruines sospechas que se tenian, y nadie se habia de atrever en su tiempo á hacer ni mover nuevos alborotos, ni á desmandarse en cosa alguna, y con este acuerdo y determinacion volvió á proveer á Pedro de Orsúa con más merced y favor que antes, aunque con muncha sospecha de alguna gente del Pirú, porque decia entre dientes que el marqués de Cañete, teniendo recelo de la cuenta que le venian á tomar, y aun afrentado y enojado que Su Majestad le removia el cargo y ponia en él otro que no era de su calidad, por no ser titulado, con color de la jornada queria juntar gente para se alzar, y tener á Pedro de Orsúa, que era hechura suya, por su capitan y valedor para que acabada de ajuntar la gente revolviese sobre el Pirú; y como la malicia de la gente era tanta, no faltaron ruines que diesen oidos á ello y aun por ventura eran los que lo deseaban que echaban esta fama, aunque en los ánimos de la gente noble y principal nunca se pudo sentar semejante maldad como la que en esto se imaginaba, antes estaban muy satisfechos y enterados de la muncha bondad y lealtad del marqués de Cañete, por haberlo mostrado ansí en todas las cosas que se habian ofrecido en servicio de Su Majestad y ser uno de los mejores y más valerosos visorreyes que ha tenido el Pirú; *de* grande autoridad y valor en las cosas de república y gobierno della; liberal, dadivoso, amigo entrañablemente de probes, muy limosnero, no nada codicioso, como se vió por las obras que hizo en el Pirú, que hoy dan testimonio dello y daran perpétuamente, como son el monasterio de San Francisco de Lima y el hospital de la propia ciudad, de San Andrés, de españoles, y las puentes de cal y canto y ladrillo de Lima y Avancay y la de Yangoyaco, obras dignas de perpétua recordacion y memoria y de magnánimo y generoso príncipe, donde se ahogaban munchos españoles é indios; y ansí, en todo el tiempo que estuvo en el Pirú siempre tuvo mesa pública de probes servidores de Su Majestad, á quien daba de comer á su costa entre tanto que se ofrecia ocasion para los gratificar de sus servicios, y en esto gastaba el salario que Su Majestad le daba, que eran cuarenta mil pesos ensayados cada año, y no bastando éstos, gastaba de las rentas de su patrimonio, dejándolas empeñadas; demás de lo cual hizo poblar en el Pirú en su tiempo más de veinte y cuatro villas y ciudades de españoles, en servicio de Su Majestad, y conquistar y reducir á nuestra santa fé católica munchos millares de indios. Teniendo en su compañía á don García de Mendoza, su hijo, para su contento, consuelo y regalo, le vino noticia que se habia revelado y levantado contra el servicio de Su Majestad la provincia de Chile, y no pudiendo ir personalmente á lo remediar y socorrer, por ser más de quinientas leguas de la ciudad de Los Reyes, donde estaba ocupado en la quietud, paz y sosiego del reino, pospuesto todo temor y recelo de lo que á su hijo podia suceder en semejante peligro entre la gente más belicosa y guerrera que se ha descubierto en estas partes, le envió al socorro de ella personalmente, acompañado de munchos caballeros y gente principal del Pirú, y con su ida fué Dios servido que en breve tiempo se allanase y quietase la tierra con aquella paz, quietud y sosiego que antes habia estado, con muncha satisfaccion y contento de los indios por su muncho valor y buena manera de proceder con ellos, y con esto se dió verdadero testimonio de haber sido falsedad lo que se le habia levantado. Con estos gastos quedó don García tan pobre y necesitado, con la muerte de su padre, que murió en aquella sazon en la ciudad de Los Reyes, que era lástima ver

caballero tan principal y de tanta nobleza y honestidad, y con tan leales costumbres y virtudes como tenia, con tanta necesidad, que donde los visorreyes y sus hijos suelen ir muy ricos á Castilla, tuvo necesidad de buscar dineros prestados para hacer su viaje á Castilla, y ansí, despues que llegó el conde de Nieva por visorrey del Pirú, tratando un dia don Juan de Velasco, su hijo, con don Garcia, le dijo: *¿qué ha hecho vuestro padre en el Pirú, pues no os dejó muy rico?* respondió con muncha discrecion y cordura un dicho que se tiene por muy celebrado en el Pirú: *hizo un monasterio de San Francisco en que se enterrase y un hospital donde me dejase;* dándole á entender que en aquellas dos obras y otras semejantes habia gastado sus tesoros; las cuales son tales y tan buenas que en España pudieran pasar por excelentes edificios ellas y las puentes que mandó hacer, de que hablo como testigo de vista. En efecto, no fué conocido el virrey marqués de Cañete, cuando lo tuvieron, tan bien como despues que les faltó, y cada dia le lloran más.

CAPÍTULO V

Cómo Pedro de Orsúa con el nuevo socorro y merced que le hizo el marqués de Cañete salió de Lima para su astillero donde habia dejado á hacer sus bajeles, y lo que le sucedió antes que llegase.

Todo el tiempo que habemos visto gastó Pedro de Orsúa andando levantando gente y aprestando las cosas necesarias para su jornada, y á cabo de tantos dias como habia que estaba en la ciudad de Los Reyes sin haber vuelto donde se hacia su armada, aunque ya tenia nueva que estaban hechos y acabados de todo punto los doce bajeles que se habian puesto en astillero y no restaba más que su llegada para comenzar á navegar, y con este aviso salió de la ciudad de Los Reyes para poner en efecto su jornada y viaje, y como cada dia acontece en las cosas semejantes gastar más de lo que se piensa, ansí le sucedió á Pedro de Orsúa, que con *hacer* todo lo que habia podido le faltaban algunas cosas bien necesarias é importantes para su viaje; é prosiguiendo su camino llegó á un pueblo llamado Moyobamba, cerca de su armada y navios, en el que estaba por cura y vicario un clérigo llamado Portillo y era fama que tenía cuatro ó cinco mil pesos, los cuales habia ahorrado con muncha miseria y desventura quitándose el comer y vestir y otras cosas muy importantes al ministerio que *re*presentaba, y necesarias para la autoridad de su persona, y como Pedro de Orsúa lo supo, detúvose algunos dias en este valle por descansar del trabajo del camino; el clérigo le hospedó y regaló en su casa lo mejor que pudo, como era usanza de aquella tierra en aquel tiempo regalar los sacerdotes á los españoles que pasaban por sus dotrinas, y dando y tomando en cosas de la jornada, un dia preguntó el clérigo á Pedro de Orsúa ¿qué fuese la causa de no aviarse, teniendo acabada de hacer su armada y gente para la jornada? Pedro de Orsúa le respondió que era verdad que todo estaba acabado, pero que le faltaban algunas cosas necesarias y aun forzosas para su aviamiento, y como el tiempo habia sido largo se le habian recrecido grandes gastos, y no sabia de dónde ni cómo pudiese haber dos ó tres mil pesos que habia menester para pólvora y plomo y otras cosas muy importantes para su aviamiento, por estar tan á pique de su partida. Respondió el clérigo: si vuestra merced me hiciese vicario general de su armada y de la tierra que descubriese y poblase, yo los proveeria. Como este era negocio que le venia tan de propósito á Pedro de Orsúa para lo que habia menester, no se hizo nada de rogar, rindiéndole las gracias de la merced y amistad que le hacia, ofreciéndole que lo ordenase á su voluntad y hiciesen el concierto y nombramiento en forma ante un escribano, el cual se hizo como el clérigo lo quiso ordenar. Debajo de esta promesa Pedro de Orsúa compró cantidad de dos mil pesos de las cosas necesarias que le faltaban, y venido á la paga dellos pidióselos al clérigo, el cual paresció estar arrepentido y no se le podian sacar; visto Pedro de Orsúa la gran falta en que le habia hecho caer con las personas de quien habia comprado, procuró echalle rogadores para que le sacase de aquella afrenta, pues por su causa estaba en ella; trató el negocio con don Fernando de Guzman y con Juan Alonso de la Bandera y Pero Alonso Caeso y con otros soldados de su ejército, para que le hablasen y rogasen cumpliese con él lo que le habia prometido [1], los cuales le dijeron: pues deso, que no tenga vuestra merced pena, que aquí nos ofrecemos de hacerle que cumpla su palabra, y aun si fuere menester, de lo que le queda. Pedro de Orsúa se holgó muncho de la buena esperanza que le dieron, entendiendo que por via de amistad y buenas razones le atraerian á ello, pero ellos no lo quisieron poner á semejante ries-

[1] En el ms., *aprometido*.

go, antes ordenaron una traza, bien mala por cierto [1] para hombres de tanta presuncion y calidad, con la cual hicieron al probe clérigo que diese, no sólo lo que habia aprometido, pero todo lo que le quedaba, y fué desta manera. En aquella sazon estaba don Juan de Vargas Zapata, soldado de Pedro de Orsúa, herido, á quien despues hizo su teniente general, y con las heridas estaba retraido en la iglesia porque habia muerto al que le habia herido, y fingieron que se estaba muriendo. una noche muy escura, y mandaron á un Pedro de Miranda, mulato, que á gran priesa, desnudo en camisa, fuese á llamar al clérigo Portillo para que fuese á confesar á don Juan de Vargas, que se estaba muriendo. El bueno del clérigo, entendiendo ser verdad salió corriendo sin recelo ninguno y llegó con el mulato á la iglesia donde estaba retraido don Juan, la cual estaba fuera del lugar; luego como llegó entraron tras dél don Fernando de Guzman y Pedro Alonso Caeco y otros soldados, y con arcabuces cargados y cuerdas encendidas se le pusieron delante, diciéndole: ya no es tiempo que hagáis más burla del gobernador Pedro de Orsúa; vos le prometistes dos mil pesos y tiénelos comprados de cosas para la jornada y no aguarda más de que se los deis para pagar y aviarse, y á todos nos teneis suspensos aguardando. Respondió el clérigo, viéndose en semejante aprieto: pues yo los daré, señores; y si no era para otra cosa mi venida, cúmplase su voluntad; y luego allí le hicieron hacer libranza dellos para un mercader en cuyo poder estaban, y así medio desnudo como estaba, sin que pudiese hablar con nadie, ni avisar al mercader para que no aceptase la libranza, le hicieron subir en un caballo y aquella noche dieron con él en los Motilones, donde le hicieron dar, mal de su grado, todo lo que le queda*ba*, y cuanto habia endurado toda su vida lo vino á perder en un punto, y con ello la vida, porque murió en la jornada miserablemente, y todos los que le hicieron esta fuerza murieron á cuchillo cruelmente, que así paga el mundo á los tales. Despues que lo hubieron acabado, echaron fama el gobernador y sus amigos qué habia*n* sido del clérigo, lo que con él se habia usado, porque no paresciese que dejaba la doctrina que le estaba encargada sin licencia de su perlado; como quiera que sea, ello fué mal hecho y delito que merescia gran castigo, como le tuvo, segun adelante se verá. Con este dinero pagó Pedro de Orsúa lo que debia y se acabó de aprestar de todo punto, aunque no le faltaron nuevos azares antes que se embarcarse, como se verá en e capítulo siguiente.

[1] En el ms., *cierpto*.

CAPÍTULO VI

Cómo Pedro de Orsúa partió para Santa Cruz de Capocovar [1], *y de cómo cuatro soldados de su real mataron alevosamente á su teniente Pedro Ramiro, y cómo hizo justicia dellos, y el juicio que se echó de la jornada con tal principio.*

Luego que sucedió lo que se ha contado en el capítulo antes deste, partió Pedro de Orsúa de Moyobamba para la ciudad de Santa Cruz de Capocovar para ir aprestando las cosas de su jornada, y entretanto que se ponia en órden toda la gente y se avisaba al virrey el estado del negocio, porque la gente era muncha y no se podia sustentar bien allí, determinó Pedro de Orsúa dividirla por los pueblos de indios comarcanos, entre los cuales envió cincuenta soldados á un pueblo de indios de los ya dichos Motilones, llamado los Tavoloros, y con ellos, por caudillos, á Diego de Frias, criado del virrey, á quien enviaba por tesorero general de la jornada, y á otro, llamado Francisco Diaz de Arlés, de nacion navarro, de su tierra del gobernador y grande amigo suyo; y mandó á Pedro Ramiro, su teniente y corregidor de la ciudad de Santa Cruz, que como hombre práctico y á quien los indios tenian temor y respeto por haberlos conquistado, fuese con ellos, y dándoles órden de lo que habian de hacer los dejase en este pueblo y se volviese á la ciudad; y como en semejantes cosas siempre reina la envidia y ambicion, sucedióles ansí á estos dos caudillos, y como eran hombres de presuncion y amigos del gobernador, ya que iban marchando sintiéronse de llevar por capitan á Pedro Ramiro, y aun reinó la envidia en ellos demasiadamente. Considerando más lo que les podia suceder y el disgusto que podia recebir Pedro de Orsúa, comenzaron á decir que ¿por qué el gobernador habia de nombrar á Pedro Ramiro por su capitan y tiniente general del campo? y con esta queja determinaron dejarle ir solo y volverse al real para que se estuviese con los soldados que llevaba y los caudillase, é ya que se volvian toparon en el camino dos soldados de la jornada, amigos suyos, llamados Juan de Grijota y Francisco Martin, los

[1] En el ms., *Caponcovar*.

cuales iban á alcanzar á Pedro Ramiro y su gente y entretenerse en su compañía. Como viesen volver á los dos caudillos, preguntáronles cómo y á dónde volvian; respondiéronles que entendian por cosa cierta que Pedro Ramiro iba alzado con aquella gente y queria meterse la tierra adentro á poblar con ella una provincia de que tenia noticia, y que harian servicio al rey y al gobernador en prenderle y volverle preso al real, y que si les parescia, que lo hiciesen y que todos cuatro se volviesen en pos dél y lo pusiesen por obra. Entendiendo estos dos soldados que los caudillos les trataban verdad, determinaron ir con ellos y prenderle, y para lo poder hacer mejor y más á su salvo espiaron á Pedro Ramiro de una montaña espesa, sin que pudiesen ser vistos ni sentidos, y vieron cómo hacia pasar á toda la gente en una canoa, que no habia otra, de dos en dos y de tres en tres, conforme al hato y carruaje que llevaban, de la otra parte de un rio que por allí pasaba, que era donde habian de estar alojados los soldados; y de esta manera pasaron todos hasta quedar solo Pedro Ramiro con un criado suyo, para pasar tras ellos y hacerles su alojamiento. Como viesen los dos caudillos y los dos soldados que con ellos iban que su negocio podia tener el efeto que ellos deseaban, viéndole tan solo, aguardaron á que la canoa volviese por él, y en viéndola venir fuéronse para donde estaba Pedro Ramiro sentado en una barranca, orilla del rio, y con palabras amorosas y de buena crianza le saludaron, y él á ellos, y sentáronse con él en la barranca, tomándole en medio todos cuatro, en buena conversacion, disimuladamente, y como la canoa llegó, Juan de Grijota y Francisco Martin fueron y entraron en ella como que se iban á embarcar y pusieron dentro su hato y servicio para que lo guardase, y volviéronse á salir fuera della. A este tiempo, antes que Pedro Ramiro se levantase, le asieron por detrás y abrazándose con él le tuvieron reciamente sin dejarle menear, y él dando voces, diciendo: *¿qué traicion es esta?* y pidiendo socorro á los soldados, los cuales no se lo podian dar por estar de la otra banda del rio y no tener en qué pasar. Desta manera le quitaron las armas, y quitadas mandó Diego de Frias á un negro esclavo suyo que de aquella manera, asido como le tenian, le echase una cuerda de arcabuz al cuello y le diesen garrote con ella; el cual no fué nada perezoso en lo hacer, que luego lo puso por obra y con ella le ahogó y mató cruelmente sin confision y sin culpa alguna; aunque á todo esto mostró Pedro Ramiro grande ánimo y esfuerzo, llamando á Dios Nuestro Señor y á su bendita Madre y suplicándole tuviese misericordia de su ánima. Desto se alborotó extrañamente el criado de Pedro Ramiro que habemos dicho que estaba con él, y lo mejor que pudo se escondió en el monte sin que echasen de ver en ello, y de allí fué á dar mandado al gobernador Pedro de Orsúa de lo que habia pasado en la muerte de Pedro Ramiro su amo, y certificándose bien del hecho le mandó que lo tuviese secreto que no lo entendiese ningun soldado. Luego que acabaron de hacer esta muerte se pasaron en la canoa de la otra banda del rio, donde estaba el real bien alborotado de lo que habia visto, pero ellos supieron tan bien hablarles que les hicieron entender que el gobernador Pedro de Orsúa se lo habia mandado porque habia entendido que se le queria alzar con ellos, y que no se sufria que se dijese de gente tan principal y honrada como la que allí estaba que se querian levantar contra su gobernador, y que ellos querian darle aviso de lo que habia pasado, y que despachasen un soldado á la ligera, y ansí lo hicieron, no dejándole llevar más carta que la suya y avisándole que no dijese nada de la muerte de Pedro Ramiro, sino que estaba preso. Con este soldado escribieron una carta al gobernador los cuatro matadores, muy llena de mentiras y lisonjas, diciéndole que bien sabia cuán servidores y amigos eran suyos, y como tales, no queriendo consentir en cosa que fuese contra su honor y servicio habian extendido y aun alargado que Pedro Ramiro, á quien habia nombrado por su capitan y teniente, se le habia querido alzar con toda la gente que le habia entregado, é ir á descubrir y poblar una provincia, y que por esta causa le tenian preso: que le suplicaban lo tuviese por bien, pues lo que les habia movido á ello era sólo servicio de Dios y el rey, y suyo, y sosiego del campo. Ya cuando esta carta llegó, Pedro de Orsúa sabia la muerte de Pedro Ramiro, de su criado, y mandando tener secreto al soldado, porque su real y ejército no se le alborotase con semejante nueva, respondió á los cuatro una carta en que les decia haber recebido la suya y que les agradecia muncho lo que por él habian hecho, y que siempre habia entendido de su valor y presuncion que le habian de acudir como buenos y leales amigos en lo que se le ofreciese, y que en aquello lo habia bien probado con las obras, y que si desde allí los habia tenido en muncho, de allí adelante los ternia en muncho más; y otras munchas ofertas y grandes

cumplimientos, que los sabia bien hacer, todo á fin de asegurarlos porque no hubiese otro mayor motin ó muertes sin que lo pudiese remediar, y juntamente con esto escribió otra carta á todos los demás soldados, diciendo que habia entendido que Diego de Frias y Francisco Diaz de Arlés y Juan de Grijota y Francisco Martin habian preso á Pedro Ramiro su teniente, por se haber querido alzar, y que se holgaba muncho dello, porque no era justo que donde habia tanta, tan buena y leal gente y de quien él fiaba su vida, honra y hacienda, quisiese intentar negocio que tan mal parescia á Dios y al mundo, y que les rogaba como amigos y buenos soldados que todos lo tuviesen por bien, y en muncho á los que lo habian hecho, sin que diese á entender que sabia que era muerto; y despachadas estas cartas, sabiendo que los matadores estaban puestos en armas hasta tener respuesta de su carta, se partió solo, con grandísima brevedad, á poner órden y castigar lo hecho, y en un dia, desde hora de las dos despues de medio dia, fué á dormir á media legua del rio sin ser sentido de nadie, por llegar otro dia por la mañana al alojamiento para tener tiempo de prender los culpados, y como lo imaginó, ansí lo puso por obra. Otro dia tomó la madrugada y llegado al rio llamó á la otra banda y viniéronle á pasar en la canoa; pasado que fué, como iba solo no se tuvo recelo dél; saliéronle á recebir los matadores, con toda la demás gente, á la orilla del rio; recibiólos bien y amorosamente con rostro alegre y sosegado, sin mudanza ni alteración ninguna, y con muncha prudencia y sagacidad, ayudándose de las personas de quien más se fió y de los mayores amigos del muerto, prendió aquel dia á todos cuatro matadores y los echó en colleras y grillos, y hecha la informacion, otro dia por la mañana se volvió con los presos, con doce soldados y munchos indios de guarda, á Santa Cruz, donde les acabó de hacer su proceso, procediendo contra ellos jurídicamente, guardándoles sus términos breves, segun lo requeria la calidad del delito; concluyó la causa y los condenó á muerte natural, harto contra su voluntad, por ser, como eran, sus amigos, y él hombre misericordioso; pero la calidad del delito no requeria menos, con lo que entendió asegurar su campo y poner temor á lo de adelante, y sin les otorgar apelacion les hizo cortar las cabezas, con que ganó muncho crédito y opinion, ansí con su campo como con el virrey, oidores y vecinos del Pirú que aún no estaban fuera de decir que Pedro de Orsúa se habia de levantar y volver sobre el Pirú, pues habia consentido y pasado por el agravio y fuerza que se habia hecho al clérigo Portillo, sin lo castigar, y con esta justicia que hizo de sus amigos y criados del virrey, perdieron de todo punto la sospecha y recelo malo que contra él tenian. Quien pronosticase no faltó, con estas muertes, que aquella jornada no podia acabar en bien, pues comenzaba tan mal y derramando sangre, y no se engañaron nada los que lo dijeron, pues tantas vidas costó y tantas crueldades se hicieron en ella, como adelante se dirá.

CAPÍTULO VII

Cómo el gobernador Pedro de Orsúa avisó al virrey la muerte de Pedro Ramiro, con la justicia que se hizo de los matadores, y cómo le respondió el virrey mandándole que no llevase en su jornada ciertos soldados, y cómo se lo avisaron sus amigos y lo que les respondió.

Luego como sucedió la muerte del capitan Pedro Ramiro en la manera que se ha contado, y la justicia que se hizo de los matadores, despachó el gobernador un mensajero al virrey, avisándole lo que habia pasado y enviándole un traslado del proceso, autos y sentencias y ejecuciones della, para más justificar su causa, por ser, como eran, sus criados y personas á quien él le habia encargado, los dos de los justiciados; juntamente con esto le avisó el estado de la jornada, y que solo restaba para se proseguir, su licencia. Como se ofreció la ocasion pasada, no faltó quien escribiese al virrey, del campo del gobernador, diciéndole que entre la gente que tenia Pedro de Orsúa habia munchos y muy buenos soldados y de quien se podia bien fiar, pero que juntamente con esto habia otros diez ó doce hombres belicosos, facinerosos, amigos de revueltas y sediciones, y que de éstos se tenia notoria spirencia, por haberse visto en ellos ser ansí en las alteraciones pasadas del Pirú y sus conspiraciones, que aun estaban corriendo sangre, y habiendo sido de los principales movedores y más culpados cómplices, y como tales, no cabiendo en todo el reino, iban á buscar otro nuevo mundo donde pudiesen hacer de las suyas, y aun por ventura alzarse con el ejército y con la tierra contra Su Majestad; y como Pedro de Orsúa tenía munchos amigos y todos deseaban la quietud de el campo y poblar la tierra para el autoridad y descanso de sus personas, hubo algunos que se lo osaron decir, señalando los que debia echar de

su campo, poniéndole por delante lo que vino á subceder; y como el gobernador era tan bueno, parescióle que nadie se le habia de atrever, por su muncha bondad y porque honraba y respetaba con muncho comedimiento á todos. Habiendo oido estas palabras que se han dicho, de boca de sus amigos, les respondió: Señores, yo entiendo bien lo que me decís y que es consejo de verdaderos y buenos amigos, y como á tales os agradezco y tengo en muncho, y sé por cosa cierta que estos hidalgos de quien me tratais tienen muncha culpa en las rebeliones pasadas de este reino, y como tales no pueden parar en ninguna parte del Pirú; entiendo y tengo para mí que se han de señalar en esta jornada por la muncha obligacion que á ello tienen, pues no pudiendo parar en esta tierra, han de procurar descubrir y poblar otra, que es la que tenemos entre manos, para vivir en ella con muncha honra y descanso. Y con esto cesó, no dándoles otra respuesta. Llevada que fué la carta al virrey, por una parte holgó muncho de ver que con tan buen tratamiento y manera de proceder se hubiese apaciguado y castigado negocio de tanto atrevimiento y desvergüenza, y por otra le pesó de que hubiese caido tan mala y desastrada suerte en Pedro Ramiro y Diego de Frias, por haberlos él querido honrar como á criados y de su casa; y respondiendo á Pedro de Orsúa, loó muncho su prudencia y con el recato que se habia regido en semejante hecho, dándole gracias por ello, y que era muy cumplido en todas sus cosas ante el virrey, y lo mesmo por el aviamiento y estado de su jornada; y entre las cosas que le escribió le dijo que de su campo habia sido avisado, de personas que le querian bien, que llevaba diez ó doce hombres que eran personas de quien se tenia muncha sospecha que no le acudirian con el respeto que debian á su capitan, por ser de suyo hombres libres y mal subjetos á las cosas de razon, como lo habian hecho en otras ocasiones en que lo habian mostrado; que le parecia que convenia muncho al servicio de Dios y Su Majestad que no los llevase en su compañia, antes los dejase y no consintiese que se embarazasen con él, que por diez ó doce hombres no habia de dejar de hacer su jornada, conquista y poblacion della, mas antes la haria mejor y más á gusto y contento de todo su ejército. Desto pesó á Pedro de Orsúa, y teniendo lástima de estos soldados y por no los afrentar, no los quiso dejar en tierra, ni creer al virrey, ni á los amigos que le habian dado su parecer; antes, para más los obligar los juntó un dia en su casa y les mostró la carta del virrey y para que con más razon hiciesen el deber, diciéndoles, pues todos eran caballeros y personas principales, tenian obligacion á hacer en aquella jornada de manera que no sólo se olvidasen sus culpas pasadas y mereciesen perdon dellas, pero renombre de nueva y eterna gloria para sí y sus descendientes, dejando los grandes señores en la jornada que llevaban, donde habia tanta multitud de tierra y naturales della, y la muncha y grande riqueza que llevaban en su noticia. Todos le besaron las manos y rindieron las gracias y ofrecieron á su servicio como tan obligados por la merced que de nuevo les hacia; pero todas fueron palabras engañosas y de cumplimiento, porque al fin le mataron por no haber querido tomar el consejo del virrey y de sus amigos que le avisaron con tiempo lo que le convenia.

CAPÍTULO VIII

Cómo subieron por el rio arriba cuarenta soldados que habia dejado el gobernador Juan de Salinas Loyola, el rio de Cocama, y cómo se ofrecieron á servir á Pedro de Orsúa, y las nuevas que le dieron de la tierra, y de cómo llegó doña Inés al real.

Algunos dias antes que el gobernador Pedro de Orsúa comenzase á hacer su gente para esta jornada, dió el virrey, marqués de Cañete, al capitan Juan de Salinas Loyola, la gobernacion de Parazmoro é Yaguarsongo, el cual la iba poblando y conquistando y pobló en ella las ciudades de Valladolid y las de Santiago y la Concepcion, Sevilla del Oro, Logroño é Loyola, y como esta gobernacion llegasen sus límites á un rio llamado de Cocama, que se junta con el Marañon, por donde habia de bajar Pedro de Orsúa con su armada, y deseoso de aprender la posesion dél, para cuyo efecto se adelantó con cuarenta hombres y los dejó en aqueste rio de Cocama, y porque tuvo noticia que habia muncha gente de naturales en aquesta tierra, salió á buscar más gente y soldados para la conquista y poblazon della. Entre tanto que Juan de Salinas andaba juntando y levantando esta gente para el efecto referido, los cuarenta soldados que habia dejado allí tuvieron noticia de la jornada que Pedro de Orsúa iba á hacer, y como estaba muy á punto para salir con su armada, de cuya causa determinaron de irle á buscar el rio arriba para irse en su compañía. Con esta determinacion tomaron los indios é canoas que les fueron menester, con suficientes vituallas, y lo mejor que pudieron subieron el

rio hasta dar en el astillero de Pedro de Orsúa, donde estaban acabándose los bajeles de su armada, y de allí se fueron á la ciudad de Santa Cruz, que se despobló para este efecto, y en los unos y otros los que tenía juntos, llegó cantidad de trecientos y cincuenta españoles, que para en aquel tiempo eran munchos, por los pocos que entonces habia en el Pirú, los cuales estaban bien aderezados de todo lo necesario, con munchos negros y negras, esclavos de su servicio, y otros munchos criados y criadas indios, que por todos pasaban de mil ánimas, con trecientos caballos y trecientos arcabuces, cuarenta ballestas, munchas municiones de pólvora, plomo, azufre y otros pertrechos de guerra. Y ya que la jornada estaba en el punto y estado que se ha oido, llegó al real una doña Inés, moza hermosa, natural de la ciudad de Trujillo del Pirú, á quien habia servido Pedro de Orsúa, para se ir con él á la jornada, y como la quisiese tanto, aunque contra la voluntad y opinion de sus amigos, la hubo de llevar, de que dió muncha nota, por ser como era cabeza y caudillo en quien todos tenian puestos los ojos para recebir buen ejemplo, reprehension y castigo de otras cosas semejantes, de que no le quedaba libertad para lo poder hacer, pues comenzaba el daño de sí propio, no podian dejar de participar los demás miembros de semejantes ofensas de Dios, y cierto se cree que si Pedro de Orsúa no llevara esta doña Inés, se poblara la tierra y se excusaran grandes daños, como lo verá quien prosiguiere la historia y letura de ella, pues todos afirman que por su causa hubo discuido en el buen gobierno y descubrimiento de la tierra, y en efeto fué total principio y destruicion de la jornada, y al cabo murió cruel y tiranizadamente á estocadas y sin confision, porque no quedase sin castigo.

CAPÍTULO IX

Cómo estaban ya hechos once bajeles de armada en el astillero, y cómo los botaron al rio y se quebraron la mayor parte dellos, y despacharon por comida á García de Arce con treinta soldados.

Durante el tiempo que Pedro de Orsúa tardó en recoger la gente *y* pertrechos de guerra que se han visto, que fué más de año y medio, maese Juan Corzo, que habia quedado en el astillero por maestro mayor de los bajeles, con los oficiales y negros que en su compañía habian quedado, tenian hechos once navios grandes y pequeños, y entre ellos unas barcas grandes, anchas y planudas, llamadas chatas, que en cada una cabrán á treinta caballos, y en las popas y proas muncha gente y bagaje. Estando el negocio en este estado determinó Pedro de Orsúa de hacer echar sus navios al rio, y al tiempo que los echaban, ó por no se dar buena maña, ó por no ser bien hechos, ó la madera no ser tan á propósito como convenia para semejante efecto, ó por las munchas aguas que llovia *en* el astillero cuando se hacian, ó con el tiempo que habia gastado en despacharse, al botarlos al rio se quebraron y desbarataron las seis piezas de las once y no quedaron de provecho más que solos dos bergantines y tres chatas, y éstos no muy bien acondicionados, y como la gente era tanta y habian estado allí muncho tiempo, íbanles faltando la comida, ansí para en tierra como para llevar el rio abajo, á cuya causa nombró el gobernador por su teniente general á don Juan Zapata de Vargas, natural de Frejenal, determinando de enviarle delante con cien hombres al rio de Cocama, de donde dijimos habian venido cuarenta hombres que el gobernador Juan de Salinas dejara allí al tiempo que salió á buscar más gente, los cuales habian dado noticia que en aquel rio habia una razonable poblazon y muncha comida, para que entrase por este rio de Cocama arriba y viese la dispusicion y poblacion de la tierra con lo que más hobiese que ver, y tomase canoas con todos los bastimentos que pudiese, y con ello le aguardase á la boca de este rio, por juntarse con el de los Motilones, por donde habia de bajar la armada, para que esta gente llevase algun refresco de comida para el camino, porque habia nueva que habia un largo despoblado. Envió delante un amigo y paniaguado suyo, llamado García de Arce, por caudillo, con treinta soldados, en una gran canoa y otras naos pequeñas, el rio abajo, á una provincia que estaba veinte leguas del astillero, llamada de los Caperuzos, porque traen los indios en las cabezas una manera de bonetes ó caperuzas muy altas de extraña hechura, dándole órden que tomase allí toda la comida que hobiese y volviese con ella á don Juan Zapata para aviar los cien soldados con quien se habia de adelantar. García de Arce, ó por no hallar la comida ó porque no quiso ir sujeto á otro, haciendo cabeza de su juego, como hombre valiente y determinado que era procuró pasar adelante con los treinta soldados que llevaba, sin hallar en munchas leguas otro poblado que el de los Caperuzos, hasta dar en una isla que se hace en este rio, donde se junta con otro

muy caudaloso que baja de la provincia de los Quijos, gobernacion de Melchor Vazques de Avila, que está á las espaldas de la ciudad del Quito de Pirú, á la parte de el Oriente, donde están pobladas las ciudades de Baeza, Avila y Archidona. Por este rio abajó antiguamente el capitan Francisco de Orellana con cincuenta soldados en el año de mil y quinientos y cuarenta, al tiempo que Gonzalo Pizarro fué á descubrir la provincia de la Canela, como se apuntará á su tiempo, los cuales vinieron á dar en esta provincia, que se ha llamado de los Cararies con la lengua de aquella tierra, y los de Pedro de Orsúa le llamaron la isla de García, por ser el primero que la descubrió de esta armada; al cual dejaremos en ella sin contar lo que sucedió, hasta su tiempo, por volver á don Juan de Vargas y los que con él quedaron aguardando la comida que García de Arce y sus treinta compañeros les habian de llevar.

CAPÍTULO X

De cómo don Juan de Vargas Zapata partió con su bergantin y setenta compañeros el rio abajo hasta el rio Cocama, donde aguardó el gobernador, y lo que le pasó en este rio y las razones que tuvo con sus soldados, que querian pasar adelante por la tardanza del gobernador.

Ya era principio de julio de 1560 cuando Garcia de Arce, que habia ido á buscar comida para don Juan de Vargas y sus soldados, no habia vuelto al real, ni se sabia dél, y vista su tardanza, con la poca comida que don Juan tenia apercibió uno de los bergantines y las canoas y balsas que le fueron necesarias para su persona y compañía, con su servicio y bagajes, y con ello fué el rio abajo en busca de Garcia de Arce y á sus treinta compañeros, y á poner por obra el mandato de su gobernador, y como no hallase á Garcia de Arce en los Caperuzos, supo de los indios cómo habia pasado adelante, y tomando el refresco que pudo, sin se detener en esta provincia pasó hasta la boca del rio Cocama sin le acaecer en el camino cosa que de contar sea, y dejando allí el bergantin con alguna gente enferma y á Gonzalo Duarte por su caudillo, tomó el resto de la que estaba para tomar armada, y con ella las canoas é indios de que tuvo necesidad; subió por este rio de Cocama arriba navegando veinte y dos jornadas; al cabo dellas fué Dios servido que diese en buenas poblazones de munchos naturales y comidas, y las canoas que habia menester y aun munchas más; de todo se proveyó bien é cumplidamente, ansí de maiz como de otras comidas, frutas y regalos de la tierra, lo cual hizo meter en las canoas, en las cuales metió indios de aquella provincia en colleras porque no se le huyesen, y en cada una dos españoles que los guardasen. Con esta órden volvió á la boca del rio donde habia dejado el bergantin con la gente enferma, y por presto que volvió tardó en el viaje más de cuarenta dias, de cuya causa estaban los enfermos con harta necesidad de refresco, y aun muertos tres españoles y algunos indios; con la comida que llevó volvieron sobre sí y se animaron á pasar con sus trabajos y hambre que habian padecido, y con esta comida que traia habia para algunos dias, ansí para los que allí estaban como para la gente que venia con el gobernador, el cual habia quedado con el resto de la gente aderezando los bajeles que se le habian maltratado al echar al agua, y haciendo hacer balsas y canoas para su navegacion, en lo cual se detuvo más de dos meses. La gente que estaba con don Juan, viendo la muncha tardanza del gobernador determinaron de irse el rio abajo sin más le aguardar, y lo hicieran si don Juan de Vargas no les fuera á la mano munchas veces, y acabó de ser muy importunado de ellos para que se fuesen, habiendo tenido munchos dares y tomares, hasta que don Juan de Vargas, su capitan, los desengañó como buen caballero, diciéndoles de esta manera: «Señores hermanos y amigos: Bien sé y entiendo que todos estais cansados de tanto tiempo como ha que estamos aguardando al gobernador, y con justa razon, porque los ánimos de tan valientes soldados no consienten bien holgar en semejantes ocasiones; pero todos sabemos que el gobernador Pedro de Orsúa ha gastado en esta jornada muncha summa de pesos de oro y plata, ansí de la caja de Su Majestad como de su hacienda y de la de sus amigos, y él con toda su gente quedaban prestos y aparejados para hacer esta jornada y nos envió adelante para que le tuviésemos aquí comida, y se la tenemos apercibida; conforme á esto, cada dia le estamos aguardando y de ninguna manera puede tardar: si nos fuésemos, síguense muchos inconvenientes y notables daños que podian subceder, ansí á nosotros como al gobernador y los que con él vienen; de nuestra parte somos pocos, y con la muncha noticia que adelante hay de gente, no seríamos poderosos para poblar, ni aun para poder parar en parte ninguna donde hiciésemos tanto efecto como adonde agora estamos, demás de poner las vidas á riesgo: sabemos que

el gobernador y su armada trae muncha gente y pocos bastimentos, y con los que le tenemos juntos se pueden bien pasar hasta que lleguemos á poblado, y si esto les faltase correrian mucho riesgo y podrian morir de hambre, y desto nos vernia grandísimo daño, porque no podríamos conseguir ni alcanzar nuestro principal intento, que es descubrir y poblar esta tan buena tierra y rica; y siendo esto verdad, como lo es, por todas vias y razones tenemos obligacion de esperar á nuestro gobernador y general, pues con aguardarle cumplimos con Dios, con el rey y con el mundo, y con lo que debemos al pundonor de nuestras personas y nacion española. No quiera Dios que en ningun tiempo se diga que vuestras mercedes y yo fuimos la total destruicion de esta jornada y que por nuestra causa se perdió la ocasion de conquistar y poblar esta tierra; esto me parece, y si alguien tuviese otro mejor parecer ó más suficientes razones para que nos vamos sin aguardar, dígalas, para que comunicadas se tome acuerdo y parecer sobre ello». A todos pareció bien el razonamiento de don Juan, y sin réplica fueron todos de acuerdo de no salir de allí hasta que llegase el gobernador, el cual andaba con muncha calor dando órden en la partida de su flota, y por haberse detenido tanto, pareciéndole que su tardanza podria causar alguna sospecha en don Juan de Vargas y su gente, y con ella se podrian adelantar sin le esperar, determinó enviar una de las canoas que tenia, con gente, dando aviso cómo su llegada sería presto; por caudillo de esta gente envió á Pedro Alonso Galeazo, el cual llegó á salvamento á la boca del rio de Cocama, donde estaba don Juan de Vargas y los suyos, de los cuales fueron bien recebidos con muncha alegria y contento con la nueva que les dió de la venida del gobernador y su armada; fué tanto el contento que les dió que no sabian qué hacer, de placer de tan buena y deseada nueva.

CAPÍTULO XI

Cómo Pedro de Orsúa hizo aderezar los bajeles que se pudieron remediar de su armada, y munchas balsas y canoas, con que se echó el rio abajo en seguimiento de su jornada, y lo que le acaeció hasta llegar donde estaba don Juan de Vargas Zapata, su tiniente general.

Munchos dias estuvo el gobernador Pedro de Orsúa en su astillero, con la mayor parte de su real, haciendo aderezar los bergantines y tres chatas que le habian quedado, y mandado hacer cantidad de balsas y canoas para su navegacion, que con la falta de los seis bajeles que se le habian quebrado al botar al rio, le era necesario prevenirse de este remedio, sin el cual no le fuera posible poderse aviar, y asímesmo hizo sacar toda la clavazon y yerros de los bajeles quebrados para hacer otros donde el tiempo y ocasion le diesen lugar, y con esto comenzó á repartir la gente por los bajeles [1], balsas y canoas, y como la gente era tanta y muncho el bagaje [2], aunque habia los dos bergantines y tres chatas que se han dicho, y más de otras ducientas y cincuenta balsas y canoas, fué tanto el carruaje, ganados y caballos que habia, que no fué posible caber en ellas, por lo cual no se pudieron embarcar más que solos treinta caballos y ningun ganado, aunque lo habia en el campo de todos géneros, y ansí los hubieron de dejar perdidos en el monte con muncho hato y con docientos y setenta caballos, de cuya ocasion hubo munchas personas que se quisieron quedar, pero el gobernador los hizo embarcar y no lo consintió que se quedasen, y con esta órden se embarcó Pedro de Orsúa con el resto de todo su real, en la manera que se ha oido, á los 26 de setiembre de 1560, habiendo enviado adelante á Lorenzo de Zalduendo á la provincia de los Caperuzos para que le tuviese refresco. Era cosa de ver la alegría y contento que todos llevaban con dia tan deseado, y hacíase una muy hermosa flota que parecia muy bien con tanta cantidad de balsas y canoas como se han oido. El primer dia anduvo como media legua por ser dia de partida y haber habido muncho en que entender en poner en órden su viaje, como ordinariamente suele suceder en todas las partes, y llaman á la primera la mayor jornada, pues dellas penden todas las de adelante. Otro dia siguiente, pasando algunos raudales y remolinos del rio, pasó todas las cordilleras y sierras del Pirú y entró en los Llanos, que duran hasta la mar del Norte. Otro dia, por la mañana, dió el bergantin que llevaban en bajo y del golpe saltó un pedazo de la quilla, y saltando la gente en tierra, ó en el agua, por mejor decir, quedando algunos dentro, lo mejor que pudieron procuraron de tapar el agujero que se habia hecho, calafeteándolo con mantas de algodon; echando el bergantin fuera del bajo llegaron á los Caperuzos, donde los estaba aguardando el gobernador, que habia llegado poco antes. Hallaron allí á Lorenzo de Zal-

[1] En el ms., *gente y bajeles*.—[2] En el ms., *gabaje*.

duendo con el más refresco que había podido juntar. Allí se detuvieron dos dias repartiendo la comida que habia, por toda la armada, que no era tanta cuanta ellos quisieran, y aderezando el bergantin que se habia quebrado y despachando á Pedro Alonso Galarza á dar aviso á don Juan de Vargas de su viaje, como se ha referido, para que le aguardase, y prosiguiendo su viaje salió de esta provincia de los Caperuzos con toda su armada, con órden que todas las tardes, á la hora de las tres, parase en la parte más cómoda que pareciese á la guia, y saltaban todos en tierra para se holgar y hacer sus comidas, por no caminar de noche y que no les subcediesse algun trabajo y pérdida de gente ó bajeles. Cien leguas de los Caperuzos, pocas más ó menos, dieron con otro rio muy ancho y poderoso, dos veces mayor que el por donde iban navegando; á este pusieron el de Bracamores, porque pasa por una provincia llamada de este nombre; nace este rio en el Pirú, en la provincia de Guánuco el Viejo, muy cerca de el de los Motilones, en el cual entran otros munchos hasta se juntar con él por donde iba la armada. En esta junta se detuvieron dos dias por parecer al gobernador que por su muncha anchura tenia cerca algunas buenas poblazones; para el efecto y buscar lo que habia, envió dos canoas equiparadas de gente con buenos arcabuceros para su defensa; dióles dos dias de término para ida y vuelta; por ser tan corto el tiempo no se halló nada, aunque se tiene por cosa cierta que si fuera más largo dieran con buenas poblazones. Desde los Caperuzos *á* estas juntas tardaron diez dias, de donde volvieron á partir pasados los dos dias de huelga que se han visto, y en otros doce, sin les acontecer cosa que sea de contar, llegaron á la junta de Cocama, á la mano derecha del que es donde entra, y el de los Bracamoros á la izquierda, yendo por él abajo; aquí se halló á don Juan de Vargas Zapata con su gente y refresco que tenia bajado de la provincia de Cocama, aunque habian comido muncha parte dél por haber estado aguardando al gobernador y á su armada más de dos meses. Estará esta junta á ochenta leguas de Bracamonte, tierra poblada de españoles. Muncho se holgó el gobernador con su teniente don Juan y los unos soldados con los otros por verse ya juntos y entender que *en* breve ternia[1] su jornada el buen fin que le deseaban, aunque sintió el gobernador alguna pena por no hallar allí á Garcia de Arce con los treinta compañeros que con él se habian adelantado, ni saberle dar don Juan, ni los suyos, nueva dellos más de la que tuvo en la provincia de los Caperuzos, donde supo que habia pasado adelante, y despues no haber topado de quien poderse informar. En estas juntas se detuvo la armada cuatro dias holgándose y regocijándose los unos amigos con los otros, repartiendo la comida para proseguir su viaje y tomando munchas tortugas y huevos de ellas en las playas, y munchos pescados de diferentes suertes, que de estas cosas es muy abundante este gran rio, y ansimesmo tomaban en las playas unos pájaros del tamaño de palominos, muy gordos y sabrosos, los cuales cuando son nuevos se toman con gran facilidad. A más este rio de Cocama es muy poderoso, pero menos que el que se llamó de Bracamoros; tiénese por cosa cierta que nace en Apurima y Avancay; júntanse con él los rios de Vilcas y el de Jauja, provincias y valles del Pirú, y con otros dos que pasan por Paucar Tambo y Guacabamba, que todos juntos no pueden dejar de hacer un muy caudaloso rio como éste lo es; juntos estos tres hermosísimos rios con otra muncha cantidad de otros menores que dejamos atrás, hacen uno tan grande y poderoso que se dubda haber otro tan grande como él en todo lo descubierto; hácense por las riberas y orillas dél, en el verano, grandes y hermosas playas donde se toman munchas tortugas y huevos de ellas, é hicoteas y pájaros de los que arriba dijimos, con munchos patos y pavas que se matan con arcabuces, que todo les fué muy útil y buen abastecimiento. Antes que se partiesen de estas juntas hubo munchas personas que tomaron de las canoas que don Juan habia bajado con los bastimentos, para embarcarse en ellas, y dejaron las balsas que traian porque las hallaron pesadas y zorreras para seguir los barcos. Despues que se hubieron partido las comidas y tomado cada uno el refresco que pudo, se partieron destas juntas con la órden que hasta alli habian traido.

CAPÍTULO XII

Cómo partió la armada de estas juntas, y cómo al salir dellas se perdió un bergantin, y lo que subcedió hasta llegar á la isla de los Cararies, donde hallaron á Garcia de Arce con 28 de sus compañeros, y lo que allí le habia acaecido, con lo que en ella pasó al gobernador y su gente.

A la salida de estas juntas, yendo navegando el bergantin en que se habia adelan-

[1] En el ms., *tenian*.

tado don Juan de Vargas Zapata, dió en un palo que estaba atravesado, donde comenzó á anegarse y por poco no diera lugar á la gente que en él venia, para tomar tierra, sino que fué Dios servido que como iban cerca de la orilla, hicieron fuerza con los remos y dieron con él en seco, donde salieron los que dentro iban; volvieron munchas canoas de las que iban delante al socorro, donde se repartió la gente y carruaje del bergantin, el cual quedó allí anegado, hecho pedazos.

Desde aquí caminó la armada cinco ó seis dias por los brazos que el rio hace sobre mano derecha, que como es ancho va haciendo por el medio munchas islas; todos los dias, sobre tarde, salia la gente en tierra á pescar y mariscar, guisar de comer y dormir las noches hasta que otro dia amanecia; al cabo de este tiempo, un dia, á hora de las dos ó tres de la tarde, dieron de repente sobre unos indios que estaban pescando en una playa despoblada, en sus canoas, y tenian tomadas en tierra más de cien tortugas y allegados munchos huevos dellas, y como vieron la armada dejaron la presa y fuéronse huyendo por un rio arriba que allí se juntaba, donde se entiende que habia alguna buena poblazon. Posó allí nuestra armada por aquella noche, donde partieron la presa y estuvieron en vela porque los indios no viniesen con mayor pujanza y los tomasen descuidados.

Partidos de esta playa, pero más abajo, se halló otro rio á la mano izquierda, poco mayor que el de los Motilones, el cual nace á las espaldas de Macas y Zamora, pueblos de españoles poblados en el Pirú, el distrito de la Chancillería Real de Quito, donde se tiene noticia que hay grandes poblazones de indios por conquistar.

Dentro de tres dias como la armada partió de la junta de este último rio de Zamora, dió en una isla poblada de indios, que fué la primera poblazon que en todo el rio se halló desde la provincia de los Caperuzos, en que debia de haber trecientas leguas, todas despobladas, aunque si se buscasen las juntas de los rios se entiende que las hay, como se hallaron en el rio de Cocama á las veinte jornadas que por él arriba se navegaron, y lo mesmo será en los demás rios, unas poblazones á más y á menos trecho, conforme á la dispusicion de la tierra. En esta isla se halló á Garcia de Arce con veinte y ocho compañeros de los treinta que con él se habian adelantado, porque los otros dos se perdieron un dia saliendo á buscar de comer, que no acertaron á volver al real aunque les hicieron humazos con lumbradas grandes y les tiraron algunos arcabuzazos para que acudieran al sonido dellos; pasaron algunas necesidades de comida en todo este despoblado por haber sacado poco de los Caperuzos y no haber hallado en el rio ningun pan ni maíz, más que el poco refresco que les tuvo don Juan Zapata de Vargas, y aun ansí se sustentaron de tortugas é hicoteas y huevos dellas, pescado y pájaros que tomaban; pero donde falta el pan, ó grano de que se haga, por muncha comida que haya es toda poca.

Estaba Garcia de Arce y sus compañeros hechos fuertes en un palenque que habian hecho delante de las casas de los indios, que les venian á dar guerra cada dia, que si no fuera por Garcia de Arce que los defendia con su arcabuz, lo pasaran mal, que en extremo era buen arcabucero; averiguóse que un dia, al entrar de esta isla venian sobre ellos los indios con sus canoas, que los traian muy acosados, y cargando su arcabuz le echó dos pelotas con un hilo de alambre de la una á la otra, y viniéndoles al alcance una canoa con seis indios, disparó y de este tiro se llevó los cinco dellos y cayeron muertos en el rio, que como los demás viesen un trueno semejante cual no habian visto ni oido jamás, y tantas muertes en improviso, sin más los seguir les dejaron tomar tierra; pero con todo esto era tanto el temor que nuestros pocos españoles tenian á los munchos indios que habia, que no se podian bien fiar dellos, los cuales venian un dia de paz; entendieron los españoles que era alguna cautela para los matar, y procuraron ganalles por la mano matando en un buhio ó casa pajisa cuarenta dellos á estocadas y puñaladas con gran crueldad, sin merecerlo los miseros indios por ser como son gente de buena digestion, como adelante se verá en la amistad que tuvieron con el gobernador y sus españoles y la que antes habian tenido con el capitan Francisco de Orellana y sus soldados, veinte años antes cuando bajaron perdidos de la jornada que hicieron con Gonzalo Pizarro á la provincia de Sumaco y la Canela en el año de 1540, en que les ayudaron á hacer un bergantin sin haber visto jamás españoles. Esta isla dista como cien leguas de la boca ó junta del rio de Cocama.

Viene á salir allá otro muy caudaloso rio que baja de las espaldas de Quito y de algunas de las vertientes de su provincia hácia la parte del Sur, y de otra provincia llamada de los Quijos, que está Este Oeste de Quito, á la parte del Oriente, donde están

pobladas en servicio de Su Majestad las ciudades de españoles de Baeza, Avila y Archidona, que son de la gobernacion de Melchor Vazquez de Avila, gobernador de esta gobernacion, que de su poblazon y subceso se tratará á su tiempo y lugar; esta isla se dice de los Cararies; habia en ella dos barrios ó pueblos pequeños, cada uno de á treinta casas, y en cada casa cincuenta y sesenta indios con sus mujeres é hijos; las casas son grandes, anchas y cuadradas; los indios de esta isla son bien dispuestos y agestados; andan vestidos de mantas y camisetas de algodon pintadas de pincel de diferentes colores; sus armas son una manera de varas con puntas de palma negra, muy duras y agudas, del tamaño de dardos de Vizcaya; tíranlas con un palo y encaje que hacen en lo último dél, á manera de estolicas del Pirú; al cacique ó señor de esta isla llamaban los indios en su lengua el Papa. La comida de esta tierra es muncha y buena, de maiz y yuca dulce y brava, batatas y ñames; de esta yuca hacen pan, á que llaman cazabe, y una manera de brebaje que es buena y sabrosa y de sustancia y aun emborracha como vino.

Hay munchas frutas de la tierra; munchas semillas y legumbres de su usanza; muncho pescado, patos y pavas. Sus tratos y caminos son por el rio, con canoas, de unos pueblos á otros, que hay munchos en la Tierra Firme de la una y otra banda del rio, y en otras islas, en que afirman que hay más de sesenta mil indios. En esta isla se desembarcaron los caballos, los cuales no se habian desembarcado desde los Motilones, donde se habian embarcado, de los cuales se habian muerto dos ó tres hasta allí. Descansó el gobernador y su gente en esta isla ocho dias, donde le daban los indios naturales della las cosas necesarias para su comida y de la gente de su real, aunque eran tantos los desafueros y sinrazones que los españoles les hacian, que corria su fama por toda la Tierra Firme é islas del rio sus circunvecinas por donde habian de ir navegando con su armada, lo cual fué causa que los indios dellas se huyesen y ausentasen de sus pueblos, que no fué poco inconviniente para que no se poblase y descubriese, por no hallar de quien poderse informar de cosa que les pudiese ser buena, ni quien les diese cosa que les fuese necesaria. En esta isla hizo el gobernador Pedro de Orsúa alferes general de su armada á don Fernando de Guzman, que tan mal usó el cargo, como se verá adelante. Bien pudiera el gobernador enviar desde aquí exploradores que buscaran y descubrieran la tierra, y se lo aconsejaron sus amigos, á los cuales respondió que lo dejaba de hacer por habérsele quebrado una de las barcas chatas que llevaba, al tomar de la tierra en esta isla, y que desde Machifaro la enviaria á descubrir, que era adonde llevaban su muncha noticia; pero esto no tuvo efeto por las munchas calamidades que le subcedieron, y de ninguna parte se pudiera descubrir mejor, ni aun tan bien como de allí, porque ya tenian un buen principio con la amistad que estos indios de esta isla les hacian, y la comida que les daban, y como personas que sabian las cosas de la tierra les dieran noticia dellas, y no se debiera dejar para otra ocasion; pero tiénelo Dios guardado para quien y cuando Su Majestad sea servido que se descubra y pueble en su servicio.

CAPÍTULO XIII

Cómo salió Pedro de Orsúa con su armada de la isla de los Cararies, y lo que le sucedió en su provincia y en la de Manicuries, y la noticia que en ellas tuvo de muncha poblazon de gente, y cómo prendió á Alonso de Montoya, que fué principio de todos los daños que subcedieron.

De esta isla salió Pedro de Orsúa con su armada sin querer buscar ni poblar la tierra, como se dijo en el capítulo antes de este, porque las guías que llevaba de los indios Brasiles le decian que adelante era la noticia de la mucha gente y poblazones que habian visto en Omagua; y cierto que se hubiera ganado muncho en haber buscado la tierra desde la isla que se ha pasado, porque hay muncha fama de grandes poblazones en ella, segun lo afirman los que bajaron por este rio con Francisco de Orillana, que estuvieron más tiempo en ella, y aun dicen que tuvieron noticia que habia en la Tierra Firme, por la banda del Sur, munchos ganados de ovejas de las del Pirú, y buena tierra llana y rasa, y en ella una gran laguna, la cual se navega con canoas de unos pueblos á otros, porque es muy poblado su circuito. Bajó el gobernador desde esta isla por el brazo del rio, de mano derecha, dejándola á la izquierda, y al cabo de la otra banda sale de la tierra firme un poderoso rio, el cual afirma que viene de la provincia de Iscanze y Zibundoy y sus comarcas, que es en la gobernacion de Popayan. A la banda del Poniente en esta provincia y las de su comarca, Norte Sur antes de pasar la cordillera, están pobladas las ciudades de Agreda y Santiago del Cabo,

y más al Norte la de Timana y San Sebastian de la Plata, tierra de muncho oro y pocos naturales, que todas sus vertientes bajan á este gran rio Marañon, por estar entre él y la gran cordillera que va desde la sierra nevada de Santa Marta hasta el estrecho de Magallanes, por largura de más de mil y trecientas leguas Norte Sur; y de la otra banda, entre esta cordillera y la del mar del Sur, hay pobladas la ciudad de San Juan del Pasto, primera de la gobernacion de Popayan, yendo de la de Quito, camino del Norte, y al través la villa de Madrigal, por la mano izquierda; y á veinte leguas via recta, la ciudad de Almogera, y otras veinte y dos más adelante la ciudad de Popayan, y á veinte leguas más la ciudad de Santiago de Cali, y á diez leguas la ciudad de Buga, que por otro nombre se dice Guadalajara; y luego á la mano izquierda, hácia la mar del Sur, la ciudad de Toro á diez y seis leguas, y la ciudad de Encerma á otras veinte y cuatro leguas de Buga, y luego la via recta de Buga, la ciudad de Cartago á treinta leguas, y más adelante la ciudad de Neiba á veinte leguas; todas las cuales son de la gobernacion de Popayan, entre la ciudad del Quito y de la de Santa Fé de Bogotá de el nuevo reino de Granada. Muncho nos hemos divertido en contar las poblazones de esta tierra, y será justo volver á nuestro viaje del Marañon, donde dejamos la armada á la entrada ó junta de este rio de Iscance, donde habia una buena poblazon, y sin hacer caso della pasaron el rio abajo, donde hallaron munchos pueblos despoblados, alzadas las comidas de miedo de nuestros españoles y de su armada, porque como se iban dando nueva de los agravios que se habian hecho á los indios de la isla, nadie los osaba aguardar. Halláronse en esta tierra algunas gallinas y gallos blancos de los de nuestra España, y una herradura y un sombrero blanco que les habia dado el capitan Francisco de Orellana al tiempo que por allí bajo andaban algunos indios por el rio en canoas que salian de lejos á ver la armada con muncho recato.

De uno de estos pueblos salió un cacique é señor principal con munchos indios de paz, con ramos verdes en las manos, y trujo al gobernador munchos géneros de pescado y tortugas, frutas é regalos de tierra, el cual le recibió bien y amorosamente, regalándole á él y á sus indios, dándoles algunas bujerías de peines, cuchillos y cuentecillas de vidrio, y trompas, hachas y machetes de hierro, con que fueron los más alegres y contentos de todo el mundo. Vueltos que fueron á sus casas, dieron noticia los unos á los otros del buen tratamiento y amistad que los españoles les habian hecho, y las cosas que les habian dado; que como esta nueva se fué divulgando entre los indios que andaban huyendo y ausentándose con el temor que antes se les habia puesto, se volvieron á sosegar algo más, y venian algunos en sus canoas á rescatar con los españoles de lo que tenian en su tierra. El gobernador mandó que nadie resgatase con ellos, sino solo él, por acariciallos y que no se les hiciesen agravios, y por saber las cosas y secretos de la tierra, ofreciéndose que partiria con todos de las comidas y cosas que trujesen, como lo hacia; con lo cual contentaba á sus soldados y á los indios, pagándoselo con otras bujerías semejantes á las que se han oido; pero este concierto duró poco, porque la desórden de los españoles era tanta, que perdian el respeto á su gobernador y quien más podia más tomaba sin pagarlo, de cuya causa fué necesario proveer contra Alonso de Montoya, como más culpado, el cual dió algunas peticiones de muncha libertad y procuró acaudillar la gente que se habia traido de la de Pedro Ramiro, para que se quedasen allí, por lo cual el gobernador le mandó prender y echar en collera, con la cual le llevó algunos dias remando, en pena de su desacato; que le hubiera sido mejor y más sano cortarle la cabeza, porque lo merecia; y de afrentado y por ser de suyo bullicioso y uno de los que habia de dejar en el Pirú, conforme al mandato del virrey y al consejo de sus amigos, y por no lo haber hecho, le comenzó á urdir y trazar la muerte y fué uno de los más principales que lo hicieron. Con estas desvergüenzas y prisiones de Montoya comenzó Pedro de Orsúa á tener una tristeza y melancolía extraña, de que vino á caer enfermo, y importunáronle sus amigos que pues no habia querido hacer buscar y descubrir la tierra desde la isla, que á lo menos lo hiciese antes que saliese de estas poblazones, á cuya importunacion envió á Pedro Alonso Galeazo con cierta gente á descubrir tierra y gente, porque aunque en la ribera del rio habia munchos pueblos y grandes poblazones, estaban sin gente por las razones que se han referido, y en ellos habia grandes sementeras de maiz, yucas y batatas, calabazas de aquella tierra, pimientos y mani y otras munchas frutas y semillas de la tierra, que aunque todo era en cantidad, no estaba de sazon para se aprovechar dello.

Fué Pedro Alonso con sesenta compañeros en canoas por un estero ú ancon del rio,

al cabo del cual halló un camino seguido, y sacando sus canoas en tierra, que son barcas que con facilidad se pueden sacar, las hizo esconder en el monte lo mejor que pudo para que le sirviesen á la vuelta. Hecha esta diligencia comenzó á caminar con sus compañeros por el camino que iba por una montaña rala, y á poco trecho dieron con unos indios que iban cargados de cosas de algodon y rescates y pescados del rio con que se contratan á la tierra dentro; los cuales, como viesen á los españoles, soltaron las cargas que llevaban, poniéndose en huida, metiéndose por la montaña, fuera de camino, sin que pudiesen coger á lo menos más que sola una india.

Halagáronla con señales de paz y amor, y preguntándole algunas cosas les respondia y hablaba sin que la pudiesen entender, más que por las palabras y señales que hacia les dió á entender que cinco jornadas de allí estaba su pueblo, que cada jornada es de á cuatro y á cinco leguas, por caminarse ansí por los indios que van y vienen cargados; y viendo los españoles que no podian ir y volver en seis dias que el gobernador les habia dado de término para ir y volver á darle razon de lo que hallasen, é porque no tuvieron gana de pasar adelante, se volvieron llevando en su compañía la india al real, la cual era de diferente traje y lengua que la gente del rio.

Munchos fueron de parecer que se fuese á ver lo que habia en aquella tierra, llevando la india por guia; pero no se pudo acabar con el gobernador, respondiendo que los bajeles iban mal tratados, y que de cinco que habian sacado del astillero no llevaban más que sólo tres, y si éstos les faltasen no podian llegar á su noticia de Omagua, adonde pensaba sentar su real y descubrir toda la tierra, de donde no se podia bien hacer porque era muy lejos para la conquista de esta tierra. Desde aquí para abajo comienza otra provincia llamada de Maricuri; tomaron este nombre del primer pueblo llamado así; en toda ella hallaron munchos pueblos por las barrancas y orillas del rio, despoblados como los de atrás, aunque por el rio andaban cantidad de indios en canoas; son del mesmo traje y armas que los pasados, y de una mesma manera las casas y viviendas; las poblazones, de cuatro á cinco leguas las unas de las otras, y á más y á menos conforme á la calidad y dispusicion de la tierra, trabadas las unas de las otras, ansí en la tierra firme de la ribera del rio como en las islas dél, que son munchas y muy hermosas, por más de ciento y cincuenta leguas; la tierra apacible, aunque algo caliente. Los indios de esta provincia, ansí hombres como mujeres, traen algunas piezas [1] de oro fino, como son orejeras en las orejas, y carcuries en las narices, y no se pudo ver tambien lo que en esta tierra hay, porque el gobernador no quiso parar en ella, por andar los indios amontados, diciendo que desde Omagua se volveria á ver y poblar, y aun iba con algun recelo no le subcediese algun desastre en aquella provincia con los indios della, y por esta ocasion se llegaba sobre tarde á la parte más cómoda que le parecia, donde saltaba en tierra con la gente que le parecia, á dormir y hacer sus comidas con todo el recato y centinelas posibles, ansí en tierra como en los bajeles, balsas y canoas de la armada, volviéndose á embarcar por las mañanas con seguimiento de su viaje en demanda de Omagua, que era la más principal noticia de su jornada. Al cabo de esta provincia se les anegó el bergantín que tenian, é les quedaron solas dos chatas, de que sintió el gobernador muecha pena, viendo que en tan poco tiempo y sin haber llegado á su noticia principal, de once bergantines y chatas no le hubiesen quedado más que solas dos piezas, aunque si quisieran parar habia buena dispusicion en la tierra para hacer otros mejores barcos que los que traian, con la clavazon que habian sacado de los perdidos y con los adherentes que llevaban, por la muncha madera que habia en ella para los fabricar, y muncho algodon para calafetearlos, y una manera de brea ó betumen á que los indios llaman *mene*, la cual, revuelta con la gordura ó manteca de los peces y tortugas del rio, es suficiente para estancar los navios, como lo experimentó el capitan Francisco de Orillana y sus compañeros en el bergantin que hicieron en la isla de los Cararies, al tiempo que bajó por este gran rio; lo cual dejaremos en este estado por agora, por dar noticia de la ciudad de Quito, de donde salió Gonzalo Pizarro al descubrimiento de la provincia de los Quijos, Zumaco y la Canela, y la bajada de Francisco de Orellana por este rio, con la descripcion [2] de su provincia y distrito de la Real Audiencia que allí reside, con su geográfica y lo que se ha podido saber desde la mar del Sur y cabo de Pasao hasta la entrada deste rio Marañon en el mar del Norte, y lo que en toda esta tierra está poblado y conquistado de españoles, y lo que está por poblar, que todo hace á nuestro propósito para su navegacion y descubrimiento.

[1] En el ms., *pleças*.—[2] En el ms., *discrepcion*.

CAPÍTULO XIV

En que se cuenta la fertilidad, temple y sitio de la ciudad de San Francisco del Quito, en el Pirú, [de] donde salió Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, que fué el primer español que bajó desde el Pirú por este rio, con algunas grandezas de su distrito y jurisdicion.

Antes que pasemos adelante será bien decir á qué fin y efecto y por dónde bajó este capitan Francisco de Orillana. Es de saber que en los años de atrás de 1540, poco despues que el capitan Lorenzo de Aldana pobló la ciudad de San Francisco del Quito, en el Pirú, puesta á cuatro leguas de la línea equinocial á la parte del Sur, que es hoy una de las más principales y mejores de este reino y la más fértil y abundante dél para pasar la vida humana, y uno de los mejores y más lindo y sano temple de todos los que hay en estas Indias. Corren sus campos y jurisdiciones, por la banda del Norte, treinta leguas que hay gran número de ganado ovejuno y cabruno en cantidad de más de ciento cincuenta mil cabezas, y más de treinta mil de vacuno, más de diez ó doce mil de porcuno, y más de dos mil yeguas, caballos y mulas; munchas heredades de pan y viñas, y algunos olivares; grandes huertos de higos y granadas, membrillos, duraznos y manzanas y ciruelas, peras, camuesas y limas y limones, naranjas y cidras, melones y pepinos, todos los meses del año, que todo se va dando en grande abundancia, ecepto [1] aceitunas, que hasta agora no se han dado por ser nuevos los olivos, y otra muncha cantidad de frutas de la tierra, y grandes cañaverales de azúcar, de que se hace muncho y muy bueno y muncha miel y conservas. Tiene esta provincia por esta parte treinta mil indios tributarios, sin hijos y mujeres que son muncha gente en cantidad de más de ciento veinte mil ánimas, conforme á las visitas y tasas de tributos que dellos se han hecho. Trato desto tan particularmente por lo haber visto y examinado y averiguado ser así verdad, siendo alcalde ordinario por Su Majestad del rey don Felipe nuestro señor en esta ciudad de San Francisco del Quito este año en que esto se escribe de 1581, y como á tal se me sometió por el cabildo della visitase los términos della de la parte del Norte, y que mandase hacer lista de los ganados que habia de pelo y lana, y los indios que hay en el dicho término, para el efeto que la ciudad fuese bien bastecida, y los caminos, ventas y tambos dél bien proveidos de lo necesario; y ansímesmo habia sido procurador general y mayordomo desta ciudad el año pasado de 1580, y entre otras cosas habia propuesto en el cabildo que convenia hacer tres puentes de cal y canto y ladrillo en aquel camino, en tres rios caudales donde se ahogaban algunos indios y españoles, y los naturales recebian muncho daño y costa en hacer los que habia de madera casi todos los años; y para la reparticion y derrama que se habia de echar para este efeto, ansí por rentas como por haciendas, fué muy necesario y conviniente la averiguacion dicha, la cual hice con la mayor brevedad que se pudo averiguar, y en este particular entiendo que nadie mejor que yo lo podia certificar, por las razones dichas. Por la parte del Sur corren sus términos y juridiciones de los alcaldes ordinarios de esta ciudad, por el camino que va al puerto y escala de Guayaquil 42 leguas, y por el camino que va á la ciudad de Cuenca 34 leguas, en que ansímesmo hay más cantidad de cuarenta mil indios tributarios, sin hijos y mujeres, que los unos y los otros estan repartidos y encomendados entre los vecinos conquistadores y sus hijos que residen en esta ciudad, á quien pagan renta y tributo en gratificacion y remuneracion *por lo* que ellos y sus padres tuvieron en el descubrimiento, conquista y pacificacion desta tierra, con cargo de doctrinarlos en las cosas de nuestra santa fé católica, por lo cual ponen sacerdotes suficientes, cada uno en sus pueblos é indios de encomienda. Daban de tributo cada un año más de docientos mil pesos de á nueve reales en plata y ropa y otras cosas de su cosecha, de que comen y se sustentan los dichos vecinos, sin otras munchas granjerias que hay en ella entre los que no tienen encomiendas, que son munchas y muy buenas. Hay por esta parte del Sur muncha más cantidad de ganados de todos géneros, con más del tercio; tiene ansímismo cinco ingenios de hacer azúcar, de que se provee la ciudad y las ciudades de Lima, Guayaquil y Panamá, Cuenca y Loja y Zamora, sin otros trapiches de manos. Cuenca tiene ocho obrajes de hacer paños, jergas, frezadas y sayales, en que se ocupan más de mil ochocientos indios ordinarios, de que se sacan cada un año de cien mil pesos arriba, de lo cual se bastece la ciudad y las ya dichas, con otras de las gobernaciones de Popayan y la de los Quijos y la de Yaguarsongo, y Pacazmao, y se lleva muncha ropa dellos á la ciudad del

[1] En el ms., *ezepo*.

Cuzco y Potosí y á la provincia de Chile; y ansímesmo provee de ganados y cordobanes á munchas de estas partes, y por el consiguiente provee á las ciudades de Guayaquil y Panamá de muncha cantidad de biscocho, harina, quesos, jamones y manteca, y de toda ó la mayor parte de la jarcia que se gasta en los navios que navegan la mar del Sur, quedando la ciudad y su tierra bastecida y abundante de todas las cosas necesarias. Tiene otra grandeza mayor, que ni hay frio ni calor en todo el año que dé pesadumbre; son iguales los dias con las noches en todo tiempo, sin que haya de diferencia casi nada. Hay en esta ciudad una iglesia catedral, lindo templo de cal y canto y ladrillo, de tres naves; toda la techumbre de madera de cedro, enlazada con grande artificio; una capilla mayor de bóveda, y una torre de campanas muy alta y buena, de cal y canto y ladrillo, la más suntuosa y autorizada de cuantas hay en el Pirú; un convento de San Francisco con uno de los mejores templos del reino, y gran claustro, y otro algo menor, todo de cal y canto y ladrillo, con la techumbre de la iglesia de cedro, enlazada como la de la iglesia mayor. Ricas portadas de cantería, y lindos y adornados retablos y munchas capillas de caballeros vecinos y conquistadores de aquella tierra, dorados los artesones de la capilla mayor y coro, con las sillas dél de cedro, muy pulidas y curiosas, con un recibimiento y plaza de gran majestad; una casa y claustros de grande autoridad, con jardines, huertos y fuentes que le dan muncho lustre; que en España, en pueblos muy principales se tuviera por escogida obra, de buena, con muncha anchura. Hay otros tres conventos de la Merced, Santo Domingo, San Augustin, donde se van haciendo dos templos de grande autoridad en Santo Domingo y Santo Augustin, y un convento de monjas de la Concepcion, y en todos los conventos grandes y buenos predicadores, frailes y monjes de grande observancia y religion. Tiene tres parroquias: de San Sebastian, San Blás y Santa Bárbara; un hospital, donde se curan probes españoles y naturales. Está fundada en ella una Chancillería Real de presidente é oidores, adonde vienen á librarse los pleitos de la gobernacion de Popayan, de la ciudad de Buga, por la parte del Norte, que hay 120 leguas, y de la gobernacion de los Quijos á la parte del Oriente, cuarenta leguas, que estan de paz, que la demás hasta la mar del Norte, es tierra por conquistar; y por la parte del Occidente, de las ciudades de Guayaquil y Puerto Viejo, puertos de mar, á cien leguas y aun á más, aunque por esta parte hay otro pedazo de tierra de más de ochenta ó noventa leguas de costa del mar del Sur, que está por conquistar y confinan los indios dellas con los subjetos á Quito y á la gobernacion de Popayan, que de las ciudades á ellos hay por algunas partes á diez y á doce leguas de gente de paz, á más y á menos, y la demás es de guerra; y esto propio hay en la mayor parte del camino que hay desde Quito á Buga, hácia la banda del Oriente á 6 y á 8, 10, 12 y más leguas, toda esta gente por conquistar, ecepto [1] en algunas partes que hay algunos pueblos de españoles poblados; por la parte del Sur las ciudades de Cuenca, Loja y Zamora y Sevilla del Oro con la gobernacion de Juan de Salinas, en que hay pobladas Valladolid, Santiago, La Concepcion, Loyola, Logroño, que todas son ciudades, de donde se saca oro; y la ciudad de Jaen, en que hay más de 130 leguas de longitud, y el obispado tiene de jurisdicion por la parte del Norte 46 leguas, y al Oriente y Occidente lo propio que la Audiencia, y por la parte del Sur hasta Segura, Olmos y Jaranca, que son más de 150 leguas, y por la sierra hasta Jaen, que es el distrito de la Audiencia; todos los dichos pueblos ó los más dellos están rodeados de indios de guerra que confinan con su subjetos. Está fundada esta ciudad en un pequeño valle entre tres quebradas hondas; por la parte del Sur un cerro redondo donde se puede hacer un buen castillo fuerte; por la parte del Este otro cerro no tan alto, y encima una buena llanada de donde se señorea toda la ciudad; por la parte del Poniente otro cerro muy alto y largo con una sierra, donde nacen algunas fuentes que se traen á la ciudad, con otras acequias de agua que pasan por las puertas y calles dellas; por la banda del Norte una gran llanada linda y apacible que en su tanto dubdo haberla tan buena en todo el Pirú, con una buena laguna en medio de un arroyo que baja del cerro y sierra que se ha oido; dura este llano legua y media de largo, y de ancho á tres y á cuatro tiros de arcabuz, y por algunas partes á media legua; todo cercado de heredades de pan sembrado y algunas huertas de frutas. Este llano sirve de ejido y dehesa de los ganados de las carnicerías y bueyes de arada de las estancias. Dentro de la mesma ciudad, en las quebradas tiene nueve puentes por donde se comienzan las calles, y otra puente mayor en un rio que pasa á tiro de arcabuz de la ciudad, donde hay munchos y buenos molinos

[1] En el ms., *azepto*.

de pan y tenerías de curtidores. Fundóse en esta parte de tanta estrechura por causa de ser el sitio fuerte y bueno para se poder defender los pocos españoles que la poblaron, de la multitud de indios que habia en ella. Si hubiese en ella una Universidad en que se leyesen todas las ciencias, seria muy *au*torizada sobre lo que es, y estaria en gran comarca de tierra sana y barata. No tiene sabandija mala de víbora, culebra ni lagartos; pocas lagartijas y algunas ratas; no hay piojo en hombre español, ni ladillas, ni garrapatas en los ganados, ni hay pobre indio, ni español, que pida limosna por las calles, ni persona española que ande á pie por los caminos, ni en jumentos, sino todos á caballo. Sólo tiene un azar, que no es pequeño: de un volcan ó boca de fuego que tiene por vecino á la parte de Poniente, como tres leguas de la ciudad, que cuando se enoja echa de sí muncha cantidad de fuego y ceniza que da harta pesadumbre y sobresalto; adelante se dirá el sitio y traza de este volcan y sus efectos, al fin de esta obra, donde los verá quien quisiere; que me parece que los que no lo han visto holgarán de saber una cosa de tan grande extrañeza, que cierto á los que la hemos visto nos la ha causado. Va este pueblo en grande aumento, en tanta manera que el año de 71 que llegué á él, ternía como 120 vecinos estantes y habitantes, y en los campos de su jurisdicion habia otros 150, y pasaban el año de 85 pasado, que yo salí de allá, de 1500 hombres los que habia en la ciudad, y en los campos más de otros 500, y es tanta la munchedumbre de muchachos que se crian, que hay tres escuelas llenas. Entiendo verná á ser uno de los mayores pueblos de este reino, por su muncha fertilidad y abundancia. Andan en el camino del puerto pasados de 1500 caballos y mulas trayendo y llevando mercadurías para provision de la ciudad y de otras que se proveen de ella. Hay munchas y muy buenas casas y edificios de [1] adobes y tapias y portadas de piedra y ladrillos; munchas y muy buenas fuentes en ellas y en las plazas y entradas de la ciudad y en los monesterios. Hay en ella ocho plazas grandes y pequeñas; las calles anchas, de á treinta y dos pies de anchura la que menos, largas y muy derechas; en las casas munchas y buenas huertas de duraznos todo el año, unos en flor y otros de sazon para se poder comer; algunas peras y manzanas y camuesas que se van dando; membrillos, limas, naranjas y limones; munchas rosas de Alejandría, claveles y alhelies y azucenas; todas estas flores casi todo el año ó la mayor parte dél, por su buen temple; en los campos muncha caza de conejos, perdices, tórtolas y otras munchas aves y venados, y ninguna cosa dello vedado. Hanse [1] venido á contar todas estas cosas y grandezas de esta ciudad por haber salido della Gonzalo Pizarro al descubrimiento de la provincia de los Quijos, Zumaco y la Canela, como se dirá en el capítulo siguiente, y por haber yo sido vecino della más de 23 años, en los cuales he visto ser verdad todo lo dicho.

[1] En el ms., *edificios y.*

CAPÍTULO XV

Cómo salió Gonzalo Pizarro de la ciudad de Quito á la conquista de la provincia de los Quijos, Zumaco y la Canela, y lo que en ella le subcedió, y cómo bajó su capitan Francisco de Orellana con 54 compañeros por el rio del Marañon abajo hasta la mar del Norte, y lo que en el viaje les acaeció.

Por el mes era de Hebrero del año del nacimiento de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo de 1540, cuando Gonzalo Pizarro salió de la ciudad de San Francisco del Quito del Pirú á la conquista y poblazon de la provincia de los Quijos, Zumaco y la Canela, y como en aquel tiempo estuviese tan pujante y valido en el Pirú, á causa de ser su hermano el marqués don Francisco Pizarro, poblador y descubridor de esta tierra, siguióle en aquella ocasion muncha de la más noble y principal gente del reino, en cantidad de 280 hombres, que segun la poca gente española que habia entonces en la tierra era gran cosa haberlos podido juntar, y con ellos 260 caballos, que el que menos valia en aquella era pasaba de 500 pesos de oro de á 22 quilates y medio, y otros al doble, porque como era al principio del descubrimiento deste reino, eran pocos los que habia. Juntamente con esto llevó cantidad de arcabuces y ballestas con muncha municion y pertrechos de guerra, con munchos esclavos é indios de su servicio, toda gente muy lucida y bien apercebida para cualquiera ocasion que se les ofreciera. Esta provincia es Leste ó Sueste con la ciudad del Quito al Oriente; pasa de la gran cordillera que sigue desde Santa Marta en lo primero de la mar del Norte, viniendo de España á Tierra Firme, y corre su longitud desde allí hasta lo último de Chile y estrecho de Magallanes por espacio de más de 1.300 leguas Norte-Sur. En

[1] En el ms, *ansi.*

esta provincia están pobladas al presente las ciudades de Baeza, Avila y Archidona, en contorno de treinta leguas, que son gobernaciones de Melchor Vazquez de Avila, las cuales se poblaron muncho despues; Baeza en el año de 1558 por el gobernador Rodrigo Nuñez de Bonilla, vecino que fué de Quito, y por su fin subcedió en ella Melchor de Vazques de Avila, el cual, siendo gobernador de la provincia de Quito el año de 1562, envió por su teniente y capitan general á Andrés Contero, el cual fué á lo conquistar y poblar en este año con 300 soldados bien adereszados á su costa y mincion, en que gastó más de 30 mil pesos y pobló las ciudades de Avila y Archidona, las cuales fueron despobladas al cabo de 17 ó 18 años de su poblazon, por haberse rebelado los indios sus subjetos y haber muerto todos los españoles y mujeres que en ellas habia, sin dejar ninguno con vida si no fué sola una niña de hasta seis años, asolando [1] y quemando las ciudades, como nos contará la historia de su poblazon, alzamiento y redificacion, con sus redificadores y el castigo que se hizo á los rebelados, donde el tiempo y ocasion nos diere entrada.

Siguiendo Gonzalo Pizarro su jornada, despues de haber caminado algunos dias llegó al pueblo de Zumaco, donde hoy está fundada en servicio de Su Majestad la ciudad de Avila; deste pueblo fué al valle de la Coca, por donde pasa un hermoso y caudaloso rio; procurando buscar por dónde le pasar con más seguridad y menos daño de su real, siguió su corriente riberas dél tres leguas, donde halló sobre la mano derecha una angostura grande y salto que el rio hace por entre dos peñas de trece pies de ancho, donde mandó hacer una buena puente de madera por donde pasase su real y bagajes con buena seguridad, la cual pasada siguieron su viaje el rio abajo como diez leguas; al cabo dellas dieron en una buena sabana que es tanto como campaña rasa, donde estaba un pueblo llamado Guema, de poca vecindad y algunas comidas, con que se refrescó el ejército, en la cual habria como tres leguas de largo.

Por bajo desta campaña dieron en otra sabana menor de hasta legua y media, la cual era muy fértil y abundosa de frutos y comidas de la tierra; aquí paró el real á se entretener y refrescar, de donde envió Gonzalo Pizarro á don Antonio de Rivera, su maese de campo, con la gente que le pareció, á descubrir la tierra riberas de este rio abajo, y habiendo caminado como diez leguas, topó riberas dél una buena poblazon, y sin tener recuentro ni pesadumbre con los indios della. volvió á dar noticia á Gonzalo Pizarro de lo que habia, de la cual alzó *su* real de estas sabanas, marchando la via de la nueva poblazon, donde llegaron sin riesgo ni cosa que sea de contar. Llegados que fueron á ellas procuraron tener alguna entrada con los indios, sin que viniesen á rompimiento, y con halagos y rescates de sal, que entre ellos es tenida en muncho, y con hachas y machetes de hierro, comenzáronles á dar de comer muncho género de pescados y maiz y yuca y batatas y de otras frutas que habia en la tierra. Al cabo de algunos dias que habian estado allí, como el rio fuese ancho, manso y caudaloso, por donde navegaban los indios con canoas, pareció á Gonzalo Pizarro que sería [1] bien hacer un bergantin para que mejor y más fácilmente se pudiesen descubrir los secretos de este rio; púsose en prática el negocio y todos avinieron en que era sano y acertado consejo; púsose por obra ayudando los indios á cortar la madera y traerla con los materiales y cosas necesarias para su fábrica, y con ellos ayudaban á nuestros españoles amigablete, ansí en la labor del barco como en proveerlos de comidas, por sus rescates, é ya los españoles, asegurados con la buena amistad que los indios les hacian, salian á pescar al rio, donde pescaban muncho pescado, por ser abundantísimo dello, y mataban con sus arcabuces munchas pavas y patos. Con lo uno y otro y con el maiz é yucas se sustentaban bastantemente. Con este buen aparejo fué Dios servido que hicieron un bergantin estanco y recio, aunque no muy grande, y le echaron al rio en breve tiempo. Está situado este pueblo, que llamaron del Barco, riberas deste rio, sobre mano izquierda, en una barranca alta, seguro de las avenidas que suele haber con las lluvias del invierno, y por la cuenta estará á 70 leguas de la ciudad de Quito, hasta donde y aun más arriba se vió navegar por este rio á los indios con canoas, y por esta causa certifican los que lo vieron que se podria navegar desde España hasta este pueblo, y algo más, por la mar y por este rio arriba, descubriéndose esta tierra. Acabado de hacer este barco determinó Gonzalo Pizarro que se embarcasen en él y en algunas canoas hasta 25 españoles de los soldados enfermos que habia, con el bagaje del campo, para aligerar más la gente en servicio dél, con órden que el resto dél mar-

[1] En el ms., *osalando*.

[1] En el ms., *será*.

chase por tierra, y el barco navegase por el rio con las canoas que con él iban, y todos los de tierra y rio viniesen á hacer noche juntos sin que se abajasen ni dividiesen los unos de los otros, para que del bergantin se proveyese el real de las cosas necesarias; duró esta órden y concierto por espacio de cincuenta leguas, en las cuales hallaron riberas dél algunas poblazones, de donde se iban proveyendo de las comidas que les eran menester; y estas pasadas, dieron en despoblado, y como les faltase la comida, conforme á la relacion y noticia que llevaban, á cuatro jornadas adelante habia una poblazon donde habia muncha comida, de la cual iban ya faltos, de cuya causa mandó Gonzalo Pizarro á Francisco de Orillana, que era uno de sus capitanes, que apercibiese la gente que le pareciese que convenia y se embarcase con ella en el bergantin y tres canoas que llevaban, echando fuera el fardaje y cosas del real para que fuesen más á la ligera, y fuesen á buscar aquella tierra y le trujese con brevedad relacion de lo que habia, con la mayor cantidad de comida que hubiese.

Luego apercibió 54 soldados, y entre ellos al padre Caravajal, de la órden de Santo Domingo, con los cuales se embarcó en seguimiento de su demanda. De allí se volvió Gonzalo Pizarro el rio arriba á la más cercana poblazon que habia dejado, dando órden á Orillana que allí le hallaria alojado con su real.

Es la gente de este rio pulida, bien agestada y dispuesta; vestidos de manta y camiseta de pincel, pintada de diferentes suertes y colores, y las mujeres con ropas de las mesmas pinturas; entre ellos habia algunos que traian patenas de oro en los pechos, y las mujeres orejeras dello en sus orejas, y otras piezas en las narices y gargantas. Las armas que tienen son macanas, que son unos bastones de palma negra, largos, á manera de montantes, con sus filos y punta, de que juegan hermosa y ligeramente, y dardos arrojadizos.

Dejemos á Gonzalo Pizarro con su gente en este real, y volvamos á Francisco de Orellana, que iba navegando con los suyos, los cuales anduvieron nueve dias continuos sin hallar poblado, al cabo de los cuales dieron con un pueblo de hasta 200 vecinos, llamados los Irimaraezes, donde hallaron buena provision de comida, de maiz, yucas y batatas y pescado y munchas frutas; saltaron en tierra puestos en buena órden para lo que les aviniese, y sin tener recuentro ni impedimento alguno se les hizo buen acogimiento por los indios, no embargante que se recelaban los unos de los otros como de gente no conocida. En este pueblo se entretuvieron tres meses aguardando á Gonzalo Pizarro, en los cuales les hicieron los indios buen tratamiento, dándoles de lo que tenian; tuvieron noticia de otras poblazones vecinas á ésta, la tierra adentro, con quien los de este pueblo tenian sus contrataciones y rescates. Pasados los tres meses, como Gonzalo Pizarro no viniese entraron en consulta el capitan Francisco de Orellana con sus soldados, sobre si seria bueno volver al real donde habian dejado á Gonzalo Pizarro, ó proseguir su viaje hasta ver el cabo de este rio y salir á la mar; y tratando del negocio, todos ó los más dificultaron muncho el poder volver el rio arriba; otros decian que segun la muncha gente que habia quedado con Gonzalo Pizarro y la poca comida que les habia quedado, no seria posible estar donde los habian dejado, porque no se podian sustentar allí, ó serian todos muertos con la falta de comida; pero todas eran razones que hacian en su hecho, que con facilidad se pudiera volver el rio arriba, con el bergantin, segun yo me informé de algunos de los que se hallaron en ello, que eran personas de opinion y crédito, como fueron el gobernador Andrés Contero, y Juan de Vargas, tesorero de la Real Audiencia de Guayaquil, y Andrés Duran Brazo, alguacil mayor de esta ciudad, y el capitan Juan de Llanes, vecino encomendero de la ciudad de Quito, y Pero Dominguez Niradero; y á cabo de tantos acuerdos, determinaron de irse el rio abajo á buscar la mar, que esto fué lo que más cuadró á la mayor parte dellos. Con esta determinacion salieron deste pueblo y á cabo de seis dias de navegacion fueron á dar en la isla de los Cararies, que es la que nos ha dicho la historia donde salió Garcia de Arce y tras él toda la armada del gobernador Pedro de Orsúa, adonde les salieron los indios de paz, sin haber visto jamás españoles, por haber sido el capitan Francisco de Orillana y los suyos los primeros de todos cuantos han bajado por este rio. Procuraron nuestros españoles acariciar y regalar á estos indios como á personas de quien tenian necesidad, y vista la amistad buena y aparejo que en ellos hallaron, y que el rio era muy ancho y el bergantin que llevaban pequeño y no podian navegar con siguridad en las canoas, determinaron de hacer allí otro bergantin, lo cual pusieron por obra, y con el buen recaudo y aviamiento que los indios les daban, en cincuenta dias lo pusieron á la vela, y al cabo dellos salieron de esta pro-

vincia, é prosiguiendo su viaje toparon munchos pueblos de indios, ansí en la ribera del rio como en las islas, que hay munchas por medio dél; ansímesmo hallaban munchas sementeras y frutales, de donde iban tomando las cosas que les eran necesarias para su viaje y navegacion, sin osar atravesarse ni tomar pendencia con los indios, por ser como eran pocos los españoles que iban para tanto número de indios como habia. Más abajo toparon con algunos pueblos quemados. La causa dello era que los indios de esta provincia tenian guerra con los indios de la provincia de Machifaro, que está más hácia la mar, los cuales se los habian quemado y saqueado, y hallaron entre estos indios, entre otras frutas, una manera de uvas negras y blancas, cosa muy sabrosa; muncha miel de abejas; munchos pescados asados y secos; todos los indios muy lucidos, vestidos de manta y camiseta, pintadas de pincel de diferentes colores.

Hallóse entre ellos una loza con que se sirven, muy delgada y lisa, vidriada y matizada de colores al modo de la que se hace en la China: es tierra de muncho algodon, con que calafetearon el bergantin, y en lugar de brea les dieron los indios un betumen llamado mene, que vuelto con grasa de pescado fué suficiente para que estuviese bueno y estanco. Habia muncha cantidad de maiz, yucas bravas y duces, batatas é iñames, frisoles y mani; munchos pimientos y calabazas y gran cantidad de frutos, de lo cual es abundantísima; munchas pavas y patos y pavies con que se sustentaban y tomaban abundantemente. Tuvieron por cosa imposible los indios de esta provincia que tan pocos españoles como iban con Francisco de Orillana pudiesen resistir á los munchos naturales de Machifaro y los demás pueblos de su comarca. Finalmente, prosiguiendo su viaje dieron en un despoblado, y á cabo de siete dias que navegaron por él, dieron de repente en una muy grande y hermosa poblazon, que ansí lo dicen por grandeza, llamada Machifaro, de donde los salieron á recebir al rio algunos indios con canoas é les dieron á entender que su cacique y general los querian ver y saber qué gente eran, y donde venian y qué buscaban; que saltasen en tierra. Los españoles se fueron en sus bergantines la via de tierra, aunque con muncho recelo, puestos en órden, sus arcabuces cargados, las cuerdas encendidas, las ballestas armadas y puestas en ellas sus saetas. Ahora, pues, llegados que fueron al pueblo, como los vió el cacique de diferente traje y traza que la demás gente que habia visto, y todos barbados, que no lo son los indios, en alguna manera los respetó, y usando con ellos de comedimiento les mandó desembarazar un pedazo del pueblo con toda la comida que en él habia, que era muncho maiz é yucas y pescado fresco á su usanza y modo, sin género de sal, que lo asan y secan al fuego en tal manera que se puede guardar munchos dias. Habia cantidad de estanques de agua, llenos de tortugas que los indios tenian á cebo para su comida y recreacion, sustentadas á maíz, que eran muy gordas, sabrosas y buenas. Como los españoles se vieron en tierra tan harta y bastecida, comenzaron á juntar comida con muncha cobdicia y mala órden y á meterla en los bergantines.

Como los bárbaros indios viesen su cobdicia y desconcierto, pusiéronse en arma y en improviso dieron sobre nuestros españoles tanta cantidad de indios armados con macanas y dardos y paveses de cueros de lagartos y de manatíes que los cubrian de pies á cabeza, y como el negocio fué tan de repente y sin pensar, halláronlos divertidos y aun apartados los unos de los otros, ocupados en sus rancherías; de tal manera dieron sobre ellos, que antes que se pudiesen juntar hirieron á algunos dellos, pero luego que fueron juntos embestían con grande ímpetu con los indios, quitándoles las armas y paveses, los cuales les fueron de muncha defensa para que no los matasen. Con esta refriega hirieron y mataron munchos indios y fué causa de que se juntasen munchos más para los vengar, y viendo la muncha gente que acudía, fué forzoso á los españoles embarcarse con la mejor órden que pudieron, sin que muriese ninguno, aunque fueron heridos la mayor parte dellos. Despues de embarcados, los cercaron en el rio más de cuatrocientas canoas y piraguas que les daban gran batería por una banda y otra, y como se viesen tan perdidos, ataron juntos los bergantines porque no les pudiesen entrar en medio, y repartiéronse por los bandos con buena órden con sus arcabuces y ballestas, con que hacian buenos tiros hiriendo y matando munchos de los enemigos, con que les pusieron muncho temor para que no se les llegasen, y era tanto el espanto que recebian de ver herir y matar con el estruendo de los arcabuces, y sin saber lo que era, ni ver lo que los heria y mataba, que se dejaban caer en oyendo el trueno del arcabuz, pero por presto que lo hacian ya eran muertos ó heridos aquellos á quien acertaban las balas ó perdigones; de cuya ocasion no se les osaban llegar, que de otra manera fuera cosa impo-

sible quedar ninguno de los españoles sin ser preso ó muerto, porque habia para cada uno cien indios; sino que Dios milagrosamente los quiso guardar; y con todo el daño que recebian los siguieron el rio abajo aquella tarde que se embarcaron y otros dos dias con sus noches, en los cuales iban navegando lo más que podian. En todo este tiempo iba poblada la ribera del rio de Machifaro, lo cual se via muy bien de dia con la claridad, y de noche con munchas hachas y luminarias que los indios hacian en tierra, que daban mucha claridad. Esta gente es desnuda, ansí hombres como mujeres; sus armas son macanas, flechas y dardos y paveses de cueros de grandes lagartos y de unos pescados llamados manatíes, que son tan grandes como terneras, y tan duros que una jara arrojada con ballesta no los puede pasar, y fuéronle á los españoles de muncho provecho, ansí para contra la gente de esta tierra como para la que adelante toparon. La tierra es, á partes de montaña rala y á partes de sabana rasa. Hay en ella de las comidas referidas arriba, y nueces y muncha miel de abejas, y puercos monteses, y dantas. Antes que llegasen á esta provincia, viniendo por el despoblado que se ha visto, estando un soldado adereszando una nuez de ballesta, se le cayó al rio, y suscedió que otro dia siguiente, estando pescando, despues de haber navegado buen trecho tomaron un pece grande y abriéndole hallaron en el buche dél la nuez de ballesta que se habia caido al rio, que parece que milagrosamente los proveia Dios en semejante necesidad de remedio contra sus enemigos. De esta provincia salió herido fray Diego de Carvajal, de la órden de Predicadores, en un ojo, de que quedó tuerto. De aquí para abajo toparon con otras munchas poblazones, teniéndose siempre sobre mano derecha, adonde no se atrevian á parar ni ver los secretos de la tierra, más que á solo tomar comida en las partes más cómodas que les parecia, porque eran pocos para la munchedumbre de indios que habia. En las canoas y casas de algunos de estos indios hallaron pintadas algunas cosas muy conforme á las de los Ingas del Cuzco, y en otras ovejas y carneros del Pirú; y preguntándoles por las lenguas que llevaban ¿qué significaban aquellas pinturas? les decian que á la tierra adentro habia de aquel género de gente y animales, señalando unas cordilleras altas que están á la vista del rio. No pudieron ver otra cosa los pocos españoles que iban con Francisco de Orellana, ni buscarla en la tierra, con el temor que les habian puesto los indios de Machifaro; sólo vian munchas poblazones por el rio y sus islas, que son gran cantidad. Afirman que sube la marea por el rio arriba más de cien leguas. Salió Francisco de Orellana á la mar del Norte á la isla de la Margarita, y contentándole la tierra y poblazones della se fué á España. Pidió á Su Majestad del emperador Cárlos V, rey nuestro señor, la conquista della. Diósela con título de Adelantado, é yéndola á hacer con grande armada, subió por el rio arriba gran trecho de tierra; dió en una poblazon, la cual está á la mano derecha subiendo el rio arriba, donde tomó tierra y los indios le hicieron buen acogimiento. Envió exploradores la tierra adentro, y estando la cosa en este estado, como Francisco de Orellana era hombre viejo, sobrevínole una enfermedad de que murió, con lo cual se desbarató la guerra. Volviéronse los españoles el rio abajo, y aunque las personas que habian ido á buscar la tierra les trujeron buenas nuevas della y de la muncha gente y buena que habia, no quisieron poblar ni hacer otra cosa que volverse, y visto por algunos de los que habian entrado á descubrir la tierra, no se quisieron ir con ellos, antes se quedaron en ella 28 españoles, sin que se entienda que se hayan vuelto hasta agora; antes se tuvo noticia que estaban poblados la tierra adentro en aquel paraje, al tiempo que por allí bajó Lope de Aguirre en el año de 71. Volvamos, pues, á Gonzalo Pizarro y á los suyos que quedaron aguardando el bastimento que les habia de llevar el capitan Francisco de Orellana. Como no volviese con ello y la hambre fuese tanta, les fué forzoso irse comiendo los caballos poco á poco, y tales soldados hubo que tenian por remedio sangrar los caballos cada ocho dias y cocer la sangre dellos con yerbas en los murriones que llevaban, y comérsela desta suerte, con yerbas y todo; y esto hacian porque no se les acabase tan presto la comida, de cuya causa le fué forzoso á Gonzalo Pizarro volverse á Quito, á donde volvió á salir á cabo de dos años que habia andado perdido, sin haber dado por entonces con la tierra que buscaba, ni aun se ha hallado hasta agora, ni las minas ricas que allí tenia Guaynacapa, á quien estaba subjeto el Pirú; de las cuales hay muncha noticia y serian fáciles de descubrir si hubiese curiosidad y diligencia, sigun dicen los que lo entienden; pero los que tienen posibilidad para lo poder hacer no se quieren inquietar, y los que lo desean no tienen lo que les es necesario para lo procurar, y á esta causa está encubierta esta tan grande riqueza hasta que Dios sea servido que se descubra.

CAPÍTULO XVI

Cómo Pedro de Orsúa prosiguió su viaje, y la necesidad que tuvo de comidas antes de llegar á Machifaro, y lo que allí le subcedió, y de cómo se le comenzó á tratar la muerte entre Lope de Aguirre y don Fernando de Guzman.

Ya que la historia nos ha dado cuenta de la bajada de Francisco de Orellana por este rio abajo, y la noticia que sus soldados dieron de las cosas de aquella tierra, será justo proseguir el desastrado viaje de Pedro de Orsúa, gobernador, que le dejamos con su armada al fin de la provincia de Cararies y Manicuries, donde de repente y sin pensar, como gente descuidada y mal prevenida, dieron en un despoblado que está entre esta provincia y la de Machifaro, que se contó en el capítulo antes de este, á causa de las contínuas guerras que la una tiene con la otra por sus fines y antiguas enemistades. Los de Pedro de Orsúa entendieron que esta poblazon no les faltara, y ansí no procuraron proveerse de las cosas que les eran necesarias para su sustento, que les hubiera de costar caro, porque si no fuera por la muncha pesqueria que tuvieron en nueve dias que la flota llevó de despoblado, y por los munchos bledos que hallaron orillas del rio, que cocian y comian, lo pasaran muy mal; y con todo era ya tanta la hambre y necesidad que se padecia, que no se podia bien disimular, y al fin fué Dios servido proveerlos en tiempo de mayor necesidad, y fué que de repente y sin pensar dieron en una grande poblazon llamada Machifaro. Antes que llegasen á esta poblazon, el despoblado á la mano derecha, toparon dos rios grandes y poderosos que entraban en este del Marañon; los barrancos altos, y bermejas las aguas, turbias y crecidas; por donde se entendió que sus nacimientos eran cercanos, y por la muncha necesidad que llevaban no se pudo ver ni descubrir lo que en ellos habia. Este gran pueblo de Machifaro está poblado sobre la barranca del rio á la mano derecha de donde bajaban navegando; la gente dél es mediana de cuerpo, desnuda; sus casas grandes y redondas, de vara en tierra, sin paredes, que el techo dellas llega al suelo, cubiertas con hojas y ramas de palmas. Son enemigos de los Cararies y Manicuries, como se ha referido; sus armas, ya dimos noticia dellas en el recuentro que Francisco de Orillana y sus soldados tuvieron con estos indios. Cada una de estas casas tiene dos puertas, y cada casa uno, dos y tres estanques de agua, conforme á la calidad de cada una, y en ellos munchas tortugas en cantidad, á cebo. en que habia al tiempo que llegaron los españoles grandísima cantidad, segun lo que pareció. Dieron en este pueblo sin ser sentidos de los indios, hasta estar muy cerca, de los cuales [1], como viesen tan gran flota se pusieron en arma, sin saber qué fuese, porque desconocian los bajeles y las balsas, por no se acostumbrar entre ellos, ni sus contrarios, semejantes barcos. Los españoles comenzaron á soltar muncha arcabuceria de contento de verse en tierra poblada, de que los indios recibieron asimismo grande alteracion por no ser cosa vista entre ellos. Salieron muncha parte dellos con sus armas sobre la barranca del rio donde llegó el armada del gobernador é los españoles, á punto para lo que se les ofreciese: los arcabuces cargados, las cuerdas encendidas, y otros con las ballestas armadas. Con esta prevencion saltó el gobernador en tierra, y con él munchos españoles con las armas que se han oido, y otros con espadas y rodelas, y el gobernador delante con un arcabuz bien apercebido en la mano izquierda, y en la derecha un paño de manos labrado, haciendo señas que lo tomasen. Los indios mostraban querer resistir la subida á los españoles, que es una barranca alta, con munchos escalones. Los españoles quisieron disparar sus arcabuces y ballestas y emplearlos en los contrarios, pero no se lo consintió el gobernador. Desta manera subieron hasta se poner en lo alto, donde estaba un grande escuadron de indios y entre ellos un cacique, que es señor principal, el cual, viendo las muestras que el gobernador hacia con el paño de manos, para que lo tomasen, llegó al gobernador y tomó el paño y se puso á su lado. Algunos indios se pasaron con su cacique, entre los españoles, y otros estuvieron todavia en armas, hechos escuadron, á un lado de una gran plaza que alli estaba. El gobernador pidió al cacique por sus intérpretes que le diese lugar donde se alojase con su gente por los dias que alli estuviese, el cual le mandó desembarazar un gran pedazo del pueblo á la entrada dél, con toda la comida de maiz, yucas y tortugas que en él habia, donde se alojaron los españoles, y con la hambre y necesidad que traian comenzaron á comer y desbaratar todo lo que los indios tenian en sus casas. Mandó el gobernador que nadie fuese osado de pasar de la rancheria que les estaba señalada para abajo, ni hiciesen daño ni tomasen nada por fuerza á

[1] En el ms., de los *quioles*.

indio ninguno, lo cual hacian bien al contrario. Como los indios viesen que los españoles y sus servicios les comian sus comidas y tortugas, dieron en alzar de noche lo que podian dello y llevarlo á esconder fuera del pueblo á sus heredades y sementeras, de cuya causa fué forzoso á los españoles venir á las manos con ellos y quitárselo, y aun matar á algunos indios, é ir á sus heredades y traer de ellas munchas comidas é frutas, de que se enojó el gobernador y prendió á algunos dellos, y entre los presos fué un mestizo, criado de don Fernando de Guzman. Era tanta la comida y bastimentos que en este pueblo se hallaron, que si lo quisieran gastar con órden habia para munchos dias en ella; pero dábanse tan grande priesa á gastarla sin ninguna órden, haciendo munchos pasteles, bueñuelos y potajes de las tortugas y sus huevos y manteca, con la miel que habia, que todo era fiestas y saraos, sin mirar lo de adelante; y lo que peor era que los negros y los indios del servicio de los españoles gastaban el maiz en hacer vino para beber, que es buena y sana bebida, y aun emborracha, como lo han visto las personas que han estado en las Indias, donde se acostumbra esta bebida. En estas demasias se iba gastando la comida á gran priesa, y cuando quisieron poner órden en ella, ya no era tiempo. Con todo estuvo el real en este alojamiento treinta y tres dias, de donde envió Pedro de Orsúa á Pedro Alonso Galarza con gente y canoas por un estero ó brazo del rio arriba hácia la tierra adentro, á descubrir y buscar más poblazon. Y subido que hubo, como el tiempo era de invierno, con los crecimientos del rio venian las aguas tan turbias y crecidas que anegaban muncha parte de la tierra, y ansí dió en una laguna tan grande que nunca le pudo hallar cabo, y por poco se perdiera en ella, porque habia en munchas partes algunas espesuras de arboledas y matorrales que les hacian perder el tino de donde podrian acudir á su fin deseado, con lo cual era imposible poderse ver el cabo de esta laguna, ni poblazon de las que buscasen, y sin poder hacer otra diligencia se volvió al real á cabo de más de diez dias que anduvo en estas demandas. En este pueblo de Machifaro se tuvo la Pascua de Navidad del año de 1560, y estando en él nuestra armada y gente española, vino una flota de canoas é indios de Carari y Ma*ni*curi sobre esta provincia, entendiendo que como los españoles habian venido adelante, habrian hecho gran rifa é mortandad en esta gente de esta tierra, con cuya ocasion les seria fácil vencer los que habian quedado y haber dellos gran victoria y despojos; pero esto salió muy al revés á los míseros Cararies, los cuales dieron una alborada con sus bocinas y flautas y otros instrumentos de guerra, sobre el pueblo, y como sintieron que los españoles estaban alli no se osaron desmandar. El cacique de Machifaro fué al gobernador Pedro de Orsúa, diciendo que aquellos indios venian á inquietarle á su tierra, y aunque él no tenia necesidad de favor contra ellos, pero [1] que entendiese que á sus indios les era forzoso volver por la defensa della, y no causase alguna novedad á él y á sus españoles verles tomar armas tan de repente y entendiesen que eran contra ellos, de donde podria suceder algun grande escándalo y muertes, sin lo merecer; que le pedia por merced que para justificar su causa les diese algunos españoles que lo fuesen á ver por vista de ojos. Visto por Pedro de Orsúa la razon que el cacique daba, mandó á don Juan de Vargas Zapata, su teniente general, que fuese en compañia del cacique é sus indios con sesenta hombres arcabuceros bien apercebidos sobre aviso no fuese alguna celada é traicion, é viendo que eran enemigos los que venian, le ayudasen é favoreciesen en todo lo que los hubiesen menester. Salió don Juan con sus arcabuceros el rio adelante, donde dieron con los contrarios, y enviando en la vanguardia los indios de aquel pueblo con su cacique, se quedó en la retaguardia por estar más apercebido si fuese cautela de los indios, é como se encontraron los de Carari con los Machifaros comenzaron una muy recia y reñida pendencia, que como los españoles la viesen se metieron de por medio, é fueron tantos los tiros que hicieron en sus contrarios Cararies, que hirieron é mataron munchos dellos, y á otros rindieron é quitaron el despojo; otros se huyeron, con que se volvieron victoriosos, alegres é contentos al real. Pedian los Machifaros el despojo á los españoles, alegando que aquella batalla era suya y contra sus enemigos que los habian venido á buscar á su tierra, y que los españoles no habian ido á pelear, y si lo hicieron fué de su voluntad, y conforme á la usanza de aquella tierra era suyo lo que se tomaba en la guerra; y al fin, por contentarlos el gobernador les hizo dar algunas de las cosas que los españoles habian tomado, las que no les eran de provecho ni les hacian al caso, con las cuales quedaron contentos. A este tiempo, con la mala órden que se habia tenido en guardar la comida les vino á faltar, de cuya causa no se pudo hacer más entradas ni descubrimientos en la tierra; que si

[1] En el ms., *para*.

tuvieran gana, bien pudieran descubrir y poblar; sino que como llevaban algunos de los principales mandones y caudillos urdida la trama, parescioles que se les dilataba muncho el tiempo de ponerlo por obra. Iba ya Pedro de Orsúa con tanta tristeza y melancolia, que parecia que anunciaba lo que le habia de suceder, en tanta manera que casi no queria hablar ni comunicar con nadie como de antes lo solia hacer. Como Pedro Alonso Galarza no hallase cabo á la laguna, ni las poblazones que pretendian, pareció á los más de los del campo que las guias é intérpretes que llevaban del Brasil, que eran de los que habian ido con Viarazu por el rio arriba, los habian engañado y dado falsa relacion, con lo cual comenzó la gente á desconfiar, tratando que pues se habia andado tanto trecho y no habian hallado en la laguna lo que los indios habian dicho, que todo era burla y que no habia más que buscar, y seria lo mejor volverse al Pirú; lo qual vino á noticia del gobernador, é un dia, tratando de negocios de jornada, dijo: *Entendido hé que algunos soldados del campo dicen que no hay que buscar más en esta jornada, y que seria bueno volver al Pirú. Nadie se canse ni trate dello, porque agora comenzamos, é les hago saber que los que agora son muchachos han de envejecer buscando y descubriendo la tierra, sin salir della.* Mostrando mucho valor y gana de la descubrir y poblar, aunque faltaran las obras con su muncho descuido, y siempre echaba la culpa á no tener barcos con que lo hacer; que realmente, si bien se mira no le faltaba razon. Con esta ocasion algunos comenzaban á murmurar y tratar mal del gobernador y de sus cosas, y no faltaron amigos que le avisaron que se guardase y viviese con muncho recato poniéndose guardas de los amigos de quien más se fiase, no porque de cierto se supiese nada de lo que vino á suceder, sino porque los leales se temian de los que no lo fueron y deseaban asegurarse so color de guardar al gobernador; y por aquella via se acabose de descubrir y declarar las ruines intenciones y peores propósitos de las personas sospechosas y de quien siempre habian tenido recelo, y de nuevo lo volvian á tener por la muncha desvergüenza que traian por el campo, y porque no les dejaban ranchear y matar indios á su discrecion, decian que ya desde entonces tenia Pedro de Orsúa la residencia, y que doña Inés su amiga le tenia enhechizado y hecho mudar la condicion, que de muy afable que solia ser se habia hecho grave y desabrido y enemigo de toda conversacion, y que comia solo, cosa que nunca habia hecho, y que no convidaba á nadie, y que se habia hecho amigo de soledad y se alojaba lejos y apartado de la conversacion del campo, y junto á sí á doña Inés, por gozar mejor de sus amores, y que como estaba tan embebecido en ellos, parecia que de todo punto tenia olvidadas las cosas de la guerra y descubrimiento que tenia entre manos; cosa muy al contrario de lo que siempre habia profesado y vístose por las obras en todas las cosas que se le habian encomendado. Con estas desvergüenzas que se dejaban decir algunos soldados, y por haberse averiguado que algunos de ellos se habian querido amotinar y volver al Pirú, prendió á los más culpados y condenólos que en pena dello fuesen bogando y remando en la balsa de doña Inés, como pena, de remeros de galera; y aunque el castigo era pequeño, no conforme al delito, fuera mejor haberlos ahorcado para que á ellos fuera castigo y á otros ejemplo para no intentar lo que no debian. Ellos se afrentaron muncho de esta sentencia, y otras ruines intenciones que no suelen faltar donde hay tanta gente; murmurábanlo muncho, diciendo que ¿qué cosa era que entre indios hiciesen remar á los españoles, para que los tuviesen en poco? y que no se podia sufrir ni pasar por ello; y como esto hubo dares y tomares entre otras personas de más suerte, que eran el uno Alonso de Montoya, á quien el gobernador habia preso y echado en collera en la provincia de los Cararies, y Lope de Aguirre, que de suyo era bullicioso, y otro Lorenzo de Zalduendo, y Juan Alonso de la Bandera, Martin Perez, Diego de Torres, Miranda y Vargas, Cristóbal Hernandes, Chaves y Villena, Pedro Fernandez y Miguel Serrano y don Fernando de Guzman y otros de menos estofa, hombres de poca estima y calidad, que como vieron al gobernador mal quisto, les pareció que tenian aparejo para hacer lo que pretendian y aun lo que habian acostumbrado en el Pirú, donde habian sido traidores tiranos contra el servicio del rey nuestro señor, de cuya causa, como hombres que no podian parar en todo el reino, andaban huyendo de las justicias, tomando por remedio acogerse á esta jornada para guarecerse en ella y hacer de las suyas, como al principio se dijo; y dando y tratando en la órden que tenian para conseguir su mal propósito, ordenaron que una noche tomasen cincuenta hombres los dos barcos, con las más armas que pudiesen, y se embarcasen en ellos y se volviesen al Pirú. Despues pareció á Lope de Aguirre que este no era buen consejo, como hombre que debia de tener trazado otro mayor daño, como astuto y sagaz, envejecido en chirinolas y des-

asosiegos más que todos los que allí iban, y como la mayor parte era gente de poca estima y don Fernando de Guzman era alferez general del campo, conocido caballero, mancebo bien quisto y amigo de todos, parecióle que lo mejor seria tratarlo con el dicho don Fernando y que él fuese general del campo; y la traza que tuvo fué que un dia le sacó á pasear fuera de Machifaro y comenzóle á decir que ya sabia cuán servidor le era de munchos dias atrás, y como á tal le queria tratar un negocio de muncha calidad; pero que le habia de jurar por la fé de caballero que no le habria de descubrir á persona viviente hasta que estuviese hecho. Don Fernando le respondió que le daba palabra de le guardar secreto. Como hallase la puerta abierta comenzó a decirle: Ya sabe vuestra merced cómo Su Majestad ha gastado muncha cantidad de pesos de oro y plata en poner esta jornada en órden, y el virrey la encargó á Pedro de Orsúa, el cual ha tenido tanto descuido y tiene, que aunque se han ofrecido buenas ocasiones no la ha querido poblar, ni ha hecho diligencia en hacerla buscar; antes parece que no tiene cuidado de cosa que á esto toque, como lo habemos visto, y si pasase adelante todos quedábamos perdidos y sin remedio, y para que esto cese y Su Majestad fuese servido y la tierra se poblase, paréceme que seria bien que vuestra merced tomase la mano y se señalase haciendo un notable servicio á Su Majestad, y que si sus amigos le alzásemos por general de esta jornada y nos mandase y poblásemos la tierra, porque Pedro de Orsúa nos trae perdidos, y no lo hará, haciéndolo vuestra merced gana muncho crédito y opinion con todo el mundo, y Su Majestad le hará grandes mercedes en esta tierra como á hombre que tanto le ha servido; y para que á esto no haya cosa que lo impida, matemos á Pedro de Orsúa porque no haya bandos de su parte y de sus amigos, y luego haremos informacion de su descuido en la poblazon y conquista, y que lo que se ha hecho es lo que conviene al servicio de Su Majestad, y á esto darán testimonio las obras con poblar la tierra y avisar á Su Majestad de lo subcedido. El caballero mancebo, como tenia poca experiencia de negocios, cobdicioso de mandar y de poblar la tierra y servir al rey como se le habia propuesto, parecióle que era buen camino para darse á conocer, y pareciéndole que no habia otra mayor cautela encubierta debajo de este sabroso cebo, consintió con Lope de Aguirre, respondiendo que diese en ello la órden y traza que más conviniese para que con brevedad se pusiese por obra, aunque don Fernando no se habia de determinar tan presto como el propio lo lloraria, segun lo contará la historia, por la muncha obligacion que tenia á Pedro de Orsúa, asi por haberse fiado dél haciéndole su alferez general, como por haberle tenido siempre grande amistad, honrándole con todo lo que se le ofrecia, tanto que lo más ordinario comian juntos y dormian en una rancheria, que era cosa extraña la gran familiaridad que habia entre los dos, que conforme á esto ninguna cosa habia de ser parte para que don Fernando consintiese en la muerte de Pedro de Orsúa, antes se le debiera desviar avisándole, pues en semejante caso no estaba obligado á mantener la palabra que habia dado á Lope de Aguirre de guardarle secreto; mayormente donde habia traicion, para que se excusaran tantas ofensas de Dios, tantos males, tantas y tan arrebatadas, crueles y alevosas muertes, como por esta ocasion y mal principio se vieron. Pero son secretos de Dios que no los alcanzan los hombres, y ansí, el mal aconsejado y peor determinado caballero vino á morir mala muerte en poder de Lope de Aguirre, que le metió en ello para darle semejante pago, y él propio y sus valedores y secuaces, despues de haber hecho grandes crueldades, tiranias y desatinos, pararon tan mal como la historia nos lo contará, que semejantes cosas nunca tienen mejor fin.

CAPÍTULO XVII

Cómo Pedro de Orsúa salió con su armada de Machifaro y á cabo de dos dias fué al fin de este pueblo, que estaba despoblado de temor de los españoles, y cómo dieron en la órden que se habia de tener en matarle.

Despues de haber pasado la pascua de Navidad, como no se hallase comida en Machifaro para sustentar el real, por la mala órden que los españoles habian tenido, era grande la crueldad que se usaba con los indios, y con tantas muertes injustas como en ellos se hacian, porque les trujesen comidas, que ya estaba despoblado el pueblo y no parecia indio por él, en tanta manera que no lo pudiendo determinar el gobernador, se determinó salir dél, y mandando apercebir la flota salió riberas de Machifaro, bien descuidado de su desastrada muerte, á los 29 de diciembre de 1560, y en dos dias fué á dar en lo último de este pueblo de Machifaro, donde no hallaron gente porque los malos tratamientos que los españoles hacian á los indios eran tantos y tan malos que se

iban dando nueva los unos á los otros y se huian y ausentaban de sus pueblos, dejándolos despoblados, alzando las comidas y haciendas como mejor podian, por no verse en manos de tan grandes enemigos. Aquí se halló un grande y buen camino que iba la tierra dentro, y luego á 31 de diciembre despachó el gobernador Pedro de Orsúa á Sancho Pizarro con 62 españoles y guias de los Brasiles indios que en su compañía llevaban, por este camino, á que viesen la tierra con su dispusicion y poblados, y le volviese á dar noticia, para que en todo se ordenase lo que más conviniese á la buena expedicion de la guerra. Entretanto que Sancho Pizarro fué á hacer este descubrimiento, procuraba el gobernador acariciar y regalar algunos indios que pudo haber, dándoles algunas cositas de España, como eran cuchillos, peines, trompas y tijeras, cascabeles y juguetes de vidrio para atraer á los demás que andaban fugitivos, como en efeto lo hiciera si el tiempo y los traidores le dieran lugar; pero los que eran en esta conjuracion, viendo la diligencia que el gobernador habia hecho en enviar á Sancho Pizarro con la escuadra que se ha oido á descubrir la tierra, y la prevencion que tenia con los indios para atraellos de paz, acabóseles de revestir el demonio en el cuerpo para darse más priesa á poner en efeto su traicion dándole la muerte, porque les pareció que aquella era buena tierra, el camino muy ancho y seguido, y que no podia dejar de haber muncha gente la tierra adentro, y vuelto que fuese Sancho Pizarro con la nueva que trujese, se habia de poblar y atribuir la gloria á Pedro de Orsúa, y por ventura no ternia el aparejo que entonces para ejecutar su dañada voluntad, ó que se podia descubrir su traicion y motin, por ser ya munchos en él; y habido su mal consejo, sin dar parte dél á don Fernando, determinaron que la noche de Año Nuevo fuesen á visitar á don Fernando de Guzman, Lope de Aguirre, Juan Alonso de la Bandera, Alonso de Montoya, Juan de Vargas, canario, Martin Perez, Lorenzo de Zalduendo, Miguel Serrano, de Cáceres, Pedro Hernandez Chaves, Diego de Torres, Cristóbal Hernandez, Alonso de Villena, Pedro de Miranda, mulato, y que Lope de Aguirre le hablase para que desde allí diesen órden, y que desde allí fuesen á visitar al gobernador Pedro de Orsúa, y en la visita le matasen, y no lo queriendo hacer don Fernando, lo matasen á él y de camino fuesen á matar al gobernador y apedillasen la voz del rey en acabándole de matar, para que á esta voz acudiese la gente del real, dejando en guarda algunos de sus amigos y confederados *en* esta conjuracion, para que hiciesen rostro á los que viniesen y los entretuviesen, y luego como hubiesen muerto á Pedro de Orsúa, todos juntos fuesen á buscar á don Juan Zapata de Vargas, su teniente general, porque era segunda persona suya, y no convocase á sus amigos y parientes y paniaguados, con los del gobernador, y le matasen á don Fernando y á ellos; que como esto se hubiese acabado quedaba todo el campo por suyo, por falta de las dos cabezas más principales dél; y para que esto no se viniese á entender, ni hubiese quien lo pudiese descubrir, acordaron que todos juntos como estaban se fuesen á holgar con licencia del gobernador á unas huertas que allí cerca estaban, de los indios, donde habian de dormir aquella noche, que era víspera de Año Nuevo, y el otro dia siguiente se habian de holgar en las propias huertas y volverse á boca de noche por casa de don Fernando para desde allí proseguir la órden y traza que se ha oido. Todo esto se hacia porque no se osaban fiar los unos de los otros.

CAPÍTULO XVIII

Cómo Lope de Aguirre y los de su conjuracion fueron á pedir licencia al gobernador Pedro de Orsúa para irse á la huelga y entretenimiento que se ha visto en el capítulo antes de éste, y cómo de vuelta se vinieron por casa de don Fernando, y cómo mataron al gobernador Pedro de Orsúa y á su teniente general.

Bien se ha visto la traza y órden que Lope de Aguirre y los traidores de su opinion dieron en matar al gobernador Pedro de Orsúa y á don Juan de Vargas, su teniente general, y para lo poner por obra, la mesma hora que se acordó, sin se apartar los unos de los otros, fueron á casa del gobernador Pedro de Orsúa, y besándole las manos con el acatamiento que otras veces lo solian hacer, tomó la mano Lope de Aguirre y dijo ansí: Estos caballeros é yo, viendo cuán despoblado, triste y falto de comida está este pueblo, hemos acordado, con licencia de vuestra merced, de irnos á desenfadar un cuarto de legua de aquí, á un vallecito á donde hay unas huertas de indios y alguna caza de patos, pavayas y otras cosas. Dormiremos allá esta noche, por tomar con el fresco de la mañana la caza, para volvernos á dormir al real. El gobernador les respondió: En verdad que tengo envidia á esa ida.

Vayan vuestras mercedes en buenhora y apercíbanse bien, no haya alguna celada de indios y les suceda algun daño; y vuelto que hayan, darme han aviso de lo que hubiere, para que siendo cosa tal vamos todos de más espacio á gozar de algun entretenimiento, que en verdad que lo he bien menester segun me siento triste y afligido con la fuga de estos indios. Lope de Aguirre y los que con él iban se despidieron, *y* mandaron á sus criados que les llevasen sus arcabuces y municion.

Fueron aquella noche á dormir á su determinado sitio. Levantáronse otro dia de mañana y con el fresco della corrieron todo el valle, donde hallaron alguna comida y frutas en las huertas, y algunas pavas y patos, de que mataron con sus arcabuces, con lo cual se volvieron á ciertas rancherías de indios que allí estaban, donde habian dormido la noche antes, en las cuales comieron de lo que traian de la caza y huertas, y pasaron todo lo que restaba de la siesta, porque hace en aquella tierra muncha calor, y á la hora que les pareció que les podria anochecer á la entrada del real, comenzaron á marchar con mucho contento, como hombres que venian á concluir una cosa tan deseada; é ya que cerraba la noche envió desde el camino Lope de Aguirre un paje suyo, delante, á casa de don Fernando de Guzman, á saber si estaba en casa, que le hiciese merced de aguardarle allí, que habian tenido pesadumbre dos caballeros de los que habian ido en su compañia, para que los hiciese amigos antes que fuesen á casa del Gobernador, y que si no estuviese en casa se le [1] buscase y dijese este mensaje. Volvió el paje al camino y dijo á Lope de Aguirre que don Fernando le besaba las manos y le quedaba aguardando.

Ya era la noche cerrada cuando Lope de Aguirre y los que con él habian ido llegaron á casa de don Fernando, donde despues de haberle saludado comenzó Lope de Aguirre, estando delante todos los que habemos contado que estaban en la conjuracion de matar al gobernador, y dijo así: Bien se acordará vuestra merced, señor don Fernando, lo que habemos tratado, y cuán descuidado viene Pedro de Orsúa de lo que tiene á cargo en descubrir y poblar esta tierra, y lo muncho que conviene al servicio de Su Majestad que se pueble, y el mal término que tiene en sus soldados, siendo como somos todos españoles, gente principal y con quien se ha honrado y autorizado, y que á los unos ha preso y echado en collera, como es á Alonso de Montoya, que está presente, y á otros ha hecho remar como galeotes en la balsa de su amiga doña Inés, y á otros ha preso, y aun entre ellos á su criado de vuestra merced, sin tener respeto ni miramiento á la autoridad, valor y amistad de vuestra merced, debiéndole tener. Y vemos que cada dia se atreve á hacer y tratar cosas nuevas en menosprecio de los que con él venimos, y no sabemos en lo que ha de parar, pues de buscar ni poblar la tierra ningun cuidado tiene, ni lo ha de hacer, como lo habemos visto por la obra. Y si agora ha enviado á Sancho Pizarro, no es para descubrir ni poblar, sino para su descargo y volverse al Pirú á representar servicios para que el virrey le dé indios de encomienda, y donde vuestra merced está no es justo que Pedro de Orsúa se quiera autorizar, ni extender tanto, ni que vuestra merced permita que los soldados sean maltratados, mayormente habiendo siempre vuelto por ellos y los ha amparado en lo que se les ha ofrecido.

Todos tienen puestos los ojos en vuestra merced para lo servir hasta la muerte, conquistando y poblando esta tierra en servicio de Su Majestad, y pues venimos á este efeto del Pirú, á muncha costa de Su Majestad y de nuestras haciendas, poniendo á riesgo nuestras vidas, dejando nuestros amigos, placeres y pasatiempos; y siendo esto así como lo es, y Pedro de Orsúa lo mira tan mal y está tan descuidado en la conquista y poblacion de esta tierra para que todos hayamos el premio y galardon de nuestros trabajos, antes conforme á lo que hemos visto nos quiere dejar sin él, probes, míseros, perdidos y desventurados, á lo cual vuestra merced no debe dar lugar, mas antes es justo que lo remedie para que no venga otro mayor daño, porque la gente del campo anda triste, afligida y desconsolada, en término de se le motinar; y si esto fuese así no habria hombre con hombre, ni vuestra merced, ni sus amigos ternian las vidas seguras.

Dios y el rey serian muy deservidos; la tierra quedaria sin se descubrir ni poblar; y pues vuestra merced lo puede tan bien remediar, como pocos dias ha que lo referí en Machifaro, justo es que se ponga por obra agora que tenemos el tiempo en la mano; no lo dejemos para otro, que no sabemos lo que podrá suceder. Estos caballeros é yo venimos á que vuestra merced nos mande lo que habemos de hacer. Todo esto decia Lope de Aguirre para apresurar á don

[1] En el ms., *les*.

Fernando y que matase á Pedro de Orsúa, y no lo queriendo hacer aquella noche, le matasen á él sin salir de allí, porque no fuesen sentidos ni descubiertos, y acabado de matar á don Fernando fuesen luego á hacer lo propio del gobernador Pedro de Orsúa. Vistas por don Fernando de Guzman las razones de Lope de Aguirre, y que ya estaba metido en la danza y que no podia salir della sin perder la vida, y el aparejo que tenian en Lope de Aguirre y aquellos soldados, que todos venian determinados á poner en efeto la muerte del gobernador, no osó decir de no, antes les respondió: Pues que vuestras mercedes tienen tan buena ocasion, justo es que la sigamos todos, é yo iré acompañando é serviré en lo que se me mandare. Y sin aguardar otra cosa, tomando su espada en la cinta y sargenta de alferez, se fueron bien disimuladamente á casa del gobernador, bien á tres horas de la noche, dia señalado de Año Nuevo de 1561, donde estaba bien desastrado de la repentina y desastrada muerte que le sucedió, echado en una hamaca, y Pedro Arias de Almesto, su grande amigo, en otra, parlando en cosas de buena conversacion.

Como Pedro de Orsúa los viese entrar, que los estaba aguardando, que habian de venir de la huelga donde habian ido, sin ningun recelo se volvió á ellos, diciéndoles: Sean vuestras mercedes muy bien venidos, que cierto estaba con cuidado de saber cómo les habia ido. A lo que respondió Juan Alonso de la Bandera, con una atrevida y gran desvergüenza: *Agora lo vereis;* y á un tiempo, antes que acabase de echar la palabra de la boca, tenia la espada desenvainada y acudió al gobernador con tanta furia y rabia, que á dos manos le dió una estocada en los pechos que le pasó de la otra banda, y á esto acudió don Fernando de Guzmán y los que con él iban y le dieron munchas estocadas y heridas. Como Pedro Arias de Almesto viese el negocio andar desta suerte, entendiendo defender al gobernador, su amigo, salió de la hamaca donde estaba y echó mano á su espada, reparándole los golpes que podia, diciendo: *¿Qué es esto, caballeros? ¿Qué traicion y maldad es ésta?* Andando un rato reparándole y defendiéndole, hasta que le amenazaron que le habian de matar si no se desviaba y los dejaba, dándoles las armas. Y viendo Pedro Arias que si más los enfadaba no podia escapar de allí con la vida, tuvo por bien de entregar la espada á don Fernando, el cual mandó que no se le hiciese daño ninguno. Desta manera le acabaron de matar, y llevaron consigo á Pedro Arias de Almesto, rendido y sin armas, el cual, viéndose entre gente tan cruel y carnicera, procuró de salírseles entre las manos, como lo hizo. Acabada de hacer esta muerte con tanto ímpetu y crueldad como se ha visto, salieron por la puerta dando voces: *¡Viva el rey, viva el rey, que muerto es el tirano!* Y esto duró un gran rato, á fin de que se llegase la gente del real á la voz del rey. Hecho esto, íbase juntando todo el ejército, alborotado sin saber que fuese, viendo un rebato y negocio tan repentino. Los matadores fueron luego á buscar á don Juan Zapata de Vargas, teniente general del campo, para le matar, el cual, como oyese las voces y alboroto que se habia oido, se echó un escaupil á cuestas, que es un sayo de armas, estofado de algodon, y su espada en la cinta, y una rodela, con la vara de la real justicia. Salió á ver lo que era para encaminar al ruido, é ya que iba prosiguiendo su viaje, topó con los matadores, que le iban á buscar, los cuales embistieron con él, é con palabras de muncha afrenta y desvergüenza le quitaron la vara de las manos y le mandaron desarmar, y estándolo haciendo un Juan de Vargas, canario, de los tiranos, estándole tirando de las mangas para le sacar el escaupil, que estaba ya encima de los hombros, no pudiendo aguardar más un Miguel Perez, pareciéndole que se tardaba, le tiró una estocada por detrás que pasó todo el cuerpo á don Juan, y con lo que pasó de la espada á la otra banda dió una mala herida á Juan de Vargas, canario; donde se puede bien ver la gana con que le daba, pues no guardaba á su amigo que le estaba ayudando á desarmar para que le matase; que desde allí comenzaba ya el castigo de Dios por ellos. Y el propio Miguel Perez vino á morir mala muerte en la Margarita, casi por la mesma órden que él la dió á don Juan, como se verá á su tiempo. Dada esta estocada á don Juan, acudieron todos sobre él, hiriéndole de mala muerte hasta que lo acabaron de matar.

Muerto que lo hubieron, comenzaron de nuevo á dar voces: *¡Libertad, libertad! ¡Viva el rey, viva el rey!* A estas voces acudió toda la gente del campo. Como fuera de sí los matadores comenzaron á ponerla en órden de escuadron, todos admirados de tan áspero y atroz hecho, porque ya se decia en el campo que era muerto el gobernador y su teniente, no sabiendo qué se decir ni hacer, sin que supiesen quién ni cuántos lo hubiesen hecho; entendiendo que era la mayor parte del campo, no se osaban fiar ni

preguntar los unos á los otros. Y cuando se vino á saber, ya los matadores tenian munchos amigos y allegados de su bando y opinion, deseosos como ellos de revueltas y motines, y otros por temor de que no los matasen. Y si algunos habian dejado de venir al escuadron, eran parte de los traidores que andaban recorriendo los alojamientos del campo para sacar por fuerza á los que en ellos estaban, para los traer al escuadron, como los traian. Y teniéndolos á todos juntos, iban desarmando á los parientes y amigos de los muertos, y entre los que trujeron fué uno dellos Pedro Arias de Almesto, que no se pudo tanto esconder que no diesen con él, el cual trujeron ante don Fernando de Guzman, é no consintió que le matasen, por ser su amigo; antes mandó que le tuviesen respeto, porque decia que lo habia hecho como buen caballero en querer volver y defender á su amigo, y que en los trabajos y necesidades se probaban los buenos y verdaderos amigos. Que si él miraba esto, nunca fuera en la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, antes se la desviara como pudo; y con toda esta amistad que hizo á Pedro Arias de Almesto, le mandó que no trujese armas, pero que sin ellas se pasease y holgase libremente hasta que otra cosa se proveyese y fuese tiempo de volvérselas. Pedro Arias le rindió las gracias por la merced que le hacia. Aquella noche llamaron general á don Fernando, y á Lope de Aguirre maese de campo, y echaron bando que so pena de la vida, nadie fuese osado á hablar ni tratar en secreto, sino que todos lo que tuviesen que tratar fuese en público, de manera que todos los oyesen. Acabado que hubieron de poner en órden todas las cosas que se han visto, sacaron cierto vino que tenia el gobernador Pedro de Orsúa para decir misa, enfermos y otras necesidades que se ofrecian en el campo, y entre ellos se lo bebieron, sin dejar cosa ninguna. Desta órden estuvieron toda la noche en arma hasta que amaneció, y luego pidió doña Inés licencia á don Fernando de Guzman para enterrar á los muertos, y mandó hacer un hoyo á ciertos negros de Pedro de Orsúa, el cual hecho, mandó poner en *él* los cuerpos del gobernador Pedro de Orsúa y don Juan de Vargas su teniente, diciendo que pues habian sido tan buenos amigos en vida, no era justo apartarlos en la muerte. Plegue á Dios tenerlos en su santa gloria, que justo es desearlo, pues murieron en servicio del rey y sin ofender á nadie, ni dar ocasion á muertes tan crueles y arrebatadas como les dieron.

CAPÍTULO XIX

Cómo despues de hechas estas muertes entraron en consulta de guerra don Fernando de Guzman y Lope de Aguirre, de la cual salieron proveidos munchos capitanes y oficiales del campo.

Otro dia por la mañana, como la gente del campo conociesen á don Fernando por general y á Lope de Aguirre por maese de campo, fueron tantos los que se le fueron á ofrecer, unos por temor de no ser muertos, que casi no quedaba hombre que no lo hiciese; con lo cual determinaron los traidores entrar en consulta de guerra, que la propuso don Fernando *con* un largo preámbulo y razonamiento, comenzando de esta manera: Nadie se espante, caballeros, de lo que esta noche se ha hecho é hoy han visto, con las muertes de Pedro de Orsúa y don Juan de Vargas, su teniente, pues sólo ha sido con fin y voluntad de servir al rey, buscar y conquistar esta tierra, poblarla y repartirla entre vuestras mercedes, como el tiempo lo mostrará. Pedro de Orsúa venia descuidado y remiso en hacerlo. Demás desto, habia tomado alguna altivez y demasiada presuncion. Trataba mal á munchos buenos soldados de los que están presentes, prendiendo á unos en colleras, prision más de negros cautivos que de servidores del rey. A otros hacia remar la balsa de doña Inés, como todos habemos visto, con muncho escándalo y riesgo de amotinarse el campo. Fuí requerido de algunos de los que están presentes para que pusiese remedio en ello antes que hubiese mayor daño con munchas muertes, y en semejantes cosas conviene atajar la ocasion con el menor [1] daño, quitando dos vidas por asegurar las de todos. A lo que nos hemos juntado es á elegir capitanes y oficiales del campo para su buen gobierno. Yo deseo acertar en lo que á todos nos esté bien, y con tan buena intencion nos será Dios servido que todo tenga buen fin. Acabada esta prática, dieron y trataron en la elecion de los oficios, donde hicieron más capitanes y oficiales de guerra que soldados habia en el campo. Don Fernando era ya nombrado general; Lope de Aguirre maese de campo; á Juan Alonso de la Bandera hicieron capitan de la guardia, por ser el primero que comenzó á matar al gobernador, como se ha visto, y aun sin otra herida más que la que él le dió, muriera. Lorenzo de Zalduendo, Miguel Serra-

[1] En el ms., *mayor*.

no de Cáceres, Cristóbal Hernandez, capitanes de infantería; Alonso de Montoya, capitan de á caballo; Alonso de Villena, alférez general; Pedro Fernandez, pagador mayor; Pedro de Miranda, mulato, alguacil mayor del campo; y de los matadores sólo dejaron en esta consulta, sin cargos, á Miguel Perez y Juan de Vargas, canario, y Diego de Torres, de los aliados y confederados que no se hallaron en las muertes; hicieron á Sebastian Gomez, piloto portugués, capitan de la mar; á Pedro Alonso Salazar y al comendador Juan de Guevara, capitanes de infanteria; á Alonso Enriquez de Orillana, capitan de municion; á Miguel Toledo, almirante de la mar; á Diego Valcázar, justicia mayor del campo, el cual anduvo más discreto que todos, porque al tiempo que le dieron la vara, dijo: asentá que la tomó en nombre del rey don Felipe nuestro señor; y aunque esto no pareció bien á los tiranos, como el principal fundamento que llevaban era so color de servir al rey, para entablar su negocio y que por todos fuese favorecido, y por ser cosa tan fresca y dar órden á sus cosas, todos callaron y pasaron por ello, porque no se entendiese cosa dellos al contrario, hasta que las cosas se fuesen poniendo en el estado que ellos deseaban; mayormente que lo propio se habia entendido de la prática y razonamiento que les habia hecho don Fernando, y las propias razones habia tenido Lope de Aguirre con los demás cómplices y aliados, para que debajo de este buen color comenzase su trama; pero en lo secreto siempre fué volverse al Pirú y alzarse y tiranizar la tierra á Su Majestad, como luego se verá. Acabadas de hacer las ceremonias pasadas de elecion, como las cosas estaban tan frescas, y los unos contentos con sus oficios y los otros temerosos por no ser muertos, comenzó don Fernando á decir que él holgara tener otras cosas y mayores cargos con que los honrar, pero que seria Dios servido con que descubriese aquella tierra, donde les daria de comer, y para comenzarlo á hacer y satisfacer á Su Majestad de las muertes que se habian hecho de Pedro de Orsúa y don Juan de Vargas, convenia hacer informacion con todos los oficiales del campo, como con la gente más principal y granada dél, cómo Pedro de Orsúa iba remiso y descuidado en las cosas de la guerra, conquista y poblazon de la tierra, y cómo no la queria buscar aunque se lo rogaban é importunaban sus amigos, y el mal término que tenia con los soldados, de cuya causa estaba el campo revuelto, inquieto y desasosegado, en término de se perder todo; y por evitar este daño y que Su Majestad no perdiese lo muncho que habia gastado en hacer esta jornada, sin sacar el fruto que se esperaba de la tierra, convínose matarlos para que Su Majestad fuese servido, y que todos lo firmasen de sus nombres. Y hecho y puesto en la órden que á todos pareció que bastaba para su descargo y justificar la causa, dando parecer en ello cada uno, nombrándole por su nombre y por el cargo que tenia, discurriendo desde Lope de Aguirre, maese de campo, hasta todos los demás capitanes de guerra, y que esto se guardase para su tiempo y descargo, Lope de Aguirre, ni otro de su opinion, por entonces, no hablaron ni dijeron cosa alguna; y los que más deseaban que se hiciese este descargo fueron don Fernando de Guzman, Juan Alonso de la Bandera y Alonso de Montoya. Hecha la informacion como la ordenaron, con un largo preámbulo y parecer, firmaron el gobernador don Fernando de Guzman, el primero; y como fueron á Lope de Aguirre, que era segunda persona, como maese de campo, puso en su firma *Lope de Aguirre, el traidor*, y mostróla á los que estaban junto á él, y dijo: *¿Qué locura y necedad es de todos los que aquí estan, que habiendo muerto á un gobernador del rey, que traia su poder y provisiones selladas con su sello y representaba su persona, piensen eximirse de culpa?* y que todos los que habian sido en ello habian sido traidores. Y dado caso que hallásemos y poblásemos la tierra, el primer bachiller que viniera á ella nos ha de cortar las cabezas, y que el que otra cosa imaginase era fuera de toda razon, y que no lo entendia; y que mediante esto, todos vendiesen bien sus vidas antes que se las quitasen, que buena tierra era el Pirú y buena jornada, donde tenian buenos amigos que los ayudarian. Y que la tierra no estaba muy llana, porque habia munchos descontentos que habian servido contra las alteraciones pasadas al rey y no los habian gratificado, lo cual seria parte para que con facilidad saliesen con lo que intentase, tomándola por suya, y que esto era lo que convenia á todos. A lo cual respondió Alonso de Villena, general alférez del campo: que lo que Lope de Aguirre decia era lo que convenia, y la verdad, y quien otra cosa aconsejase al general su señor, le engañaba y no era su amigo ni servidor. Muncho se escandalizó don Fernando de Guzman y algunos de los que con él estaban en ver las razones que se han oido, tan al contrario de lo que con ellos se habia tratado, y no lo pudiendo sufrir Juan Alonso de la Bandera, respondió con una arrogancia bien diferente de las obras

que habia tenido: Que matar á Pedro de Orsúa y su teniente no habia sido traicion, sino servicio del rey, porque no queria ni pretendia buscar la tierra para la poblar, trayendo en su compañia tanta y tan buena gente y habiendo Su Majestad gastado tantos pesos de oro y plata en aquella jornada; y que las muertes que se habian hecho no habian sido con ánimo de traidores, sino de leales, para hacer la voluntad del rey en descubrir y poblar aquella tierra para que su patrimonio real fuese aumentando; y que quien le dijese de traidor, mentia, y que él se lo haria bueno matándose con él. Los de la opinion de Lope de Aguirre quisieron responder á esto, pero no les dió lugar don Fernando de Guzman, mandando que no pasase adelante este negocio, atravesando él y otros capitanes otras palabras de por medio, con que los apaciguaron, y luego volvió Juan Alonso de la Bandera diciendo: Y si alguien ó á todos les pareciere otra cosa, no piensen que lo hago de miedo. Hágase lo que les pareciere, que tan buen pescuezo tengo yo como el que mejor lo tiene en el campo; y con esto cesó por entonces esta informacion, quedando por determinar lo que en todo se habia de hacer; pero entre Lope de Aguirre y Juan Alonso quedó tanta enemistad, que nunca más se pudieron tragar el uno al otro, hasta que Lope de Aguirre buscó órden para le matar, como lo hizo cruelmente.

CAPÍTULO XX

Cómo volvió Sancho Pizarro del descubrimiento que habia ido á hacer por mandato del gobernador Pedro de Orsúa, y la nueva que dió de la tierra, y los pareceres que hubo sobre si se poblaria ó no, y cómo don Fernando le hizo sargento mayor.

Bien habemos visto cómo Sancho Pizarro fué por mandado del gobernador Pedro de Orsúa con sesenta hombres la tierra adentro para ver y descubrir lo que en ella habia; y á cabo de ocho dias, como subcedieron estas muertes volvió con su escuadron al real sin haber podido saber cosa de las que en él habian pasado, porque Lope de Aguirre, temeroso de que no tuviese algun aviso de los amigos y paniaguados del gobernador muerto y su teniente, le hizo poner guardas en el camino, públicas y secretas, por evitar el escándalo y daño que se podria recrecer dello, con algun nuevo tumulto y alboroto, como fuera posible por venir sesenta y un hombres armados con sus arcabuces, y con pocos que se les juntaran pudieran hacer muncho daño. Luego como llegó fué al alojamiento donde habia dejado al gobernador Pedro de Orsúa, adonde se habian pasado don Fernando de Guzman y Lope de Aguirre, su maese de campo, y Juan Alonso de la Bandera, con la gente de guardia que desde luego se le habia señalado. Allí supo las muertes, y puesto delante de don Fernando le mandó dar razon de lo que habia visto y hallado en el descubrimiento que habia ido á hacer. El cual dió noticia que habia caminado por aquel camino ancho y seguido seis dias, á cuatro y á cinco leguas cada dia, conforme le venia á cuento, porque á estos trechos hallaba una casa larga y grande en cada jornada, que era á manera de meson ó venta, en la cual habia un ventero con algunos indios é indias que daban recaudo á los caminantes que por allí andaban, y en todo este camino topó otras personas más que las que estaban en las ventas, y que habia preguntado á estos venteros ¿qué hacian allí? y respondídole que daban recaudo á los yentes y vinientes; y vuelto á preguntar que dónde están aquellos que decian, por no haber topado ni visto ningunos, les respondieron que de pocos dias á aquella parte se trataba poco aquel camino, á causa que en la tierra adentro de donde bajaban habian tenido noticia de la venida de los españoles en aquella tierra, y de los malos tratamientos que hacian á los indios, y por esta causa venian tan pocos, y agora el dia que os vieron entrar en el puerto se huyeron los pocos que habia á sus tierras, y los que habian tenido esta voz en el camino, se volvian sin osar pasar adelante; y que esta mesma diligencia habia hecho en las demás ventas todas donde llegaban, y todos daban una misma razon y respuesta, por donde le parecia ser verdad. Al cabo de estos seis dias, estando alojados en una de estas ventas habian visto de la puerta dellas unas sierras altas y peladas, y luego como anocheció vieron en ellas munchas lumbres. Preguntaron por sus lenguas ó intérpretes que llevaban, ¿qué tierras y qué lumbres eran aquéllas? Respondiéronles que eran unas sierras donde habia algunas poblazones y asientos de minas, y que á la falda dellos habia una laguna muy grande; riberas dellas habia muy grandes poblados de indios, que si pasaban adelante los matarian. Preguntáronles ¿qué era lo que hacian con aquellas lumbres? Luego fué una india y trujo un pedazo de plata blanca, fina, que pesó 25 pesos, y dijo: Con aquella lumbre sacan de esto. Lo cual tomó Sancho Pizarro y volvió

á preguntar que ¿qué tanto tardarian en ir á la laguna? Respondiéronle que otro dia á medio dia llegaria, pero que ya le habian dicho que si fuesen allá los matarian. Y que le habia parecido que era justo volver á dar noticia de lo que habia, sin pasar más adelante, ni poner á riesgo ningun español de los que se le habian entregado; y con esto dió por testigo el pedazo de plata que trujo, diciendo que aunque era verdad que á la ida fuera en seis dias, habia sido la causa el no saber la tierra, y á la vuelta vinieron en tres dias solos por ser poco el camino que habia. Con estas nuevas hizo don Fernando sargento mayor del campo á Sancho Pizarro, por tenerle grato para lo que se ofreciese. Con tan alegres nuevas estaban ya juntos todos los oficiales del campo, así de los matadores como de los aliados, los cuales se regocijaron mostrando tener contento, y sin quedar ninguno fueron de parecer que se conquistase y poblase la tierra, aunque en lo secreto habia otra cosa en Lope de Aguirre y los de su opinion, aunque no lo osaron manifestar por entonces. Decian que por este servicio, como de antes estaba tratado entre ellos, Su Majestad les haria merced y perdonaria la muerte de Pedro de Orsúa y su teniente; y con esto se acabó, dejando la determinacion de todo para adelante.

CAPÍTULO XXI

De algunas cosas notables que subcedieron antes de la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, y de una carta y provision que se hallaron en sus papeles despues de muerto, y de algunos avisos y pareceres que tuvo de sus amigos para que se guardara y castigara culpados.

Algunas cosas dignas de notar subcedieron en el campo antes de la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, y por ser tales y haberlas afirmado personas de autoridad, me pareció no dejarlas en silencio; y una dellas fué: Que estando el comendador Juan Perez de Guevara, que iba en esta jornada y era grande amigo del gobernador, una noche paseándose por la puerta de su rancho, que era uno de los más cercanos á casa del gobernador, vió pasar por detrás della un bulto que dijo en voz no muy alta: *¡Pedro de Orsúa, gobernador del Dorado y Omagua, Dios te perdone!* y á gran priesa fué á ver el que lo habia dicho y no le pudo ver más, y luego, antes que muriese el gobernador lo comunicó este comendador con otros soldados amigos, y echando juicio sobre ello, les pareció que como el gobernador andaba indispuesto, lleno de melancolía, podria ser que muriese dello, y por no darle pena no se lo quisieron decir, porque con la imaginacion que dello tomase, por ventura no le diese mayor enfermedad por donde viniese á morir. Fué otra que la propia noche que le mataron, un negro llamado Juan Primero, esclavo de Juan Alonso de la Bandera, uno de los matadores y aun el más principal dellos y de los que urdieron esta tiranía, supo y entendió de su amo y de los que con él estaban que habian de matar aquella noche al gobernador, y antes que anocheciese fué á dar aviso dello, y porque le halló ocupado en conversacion con doña Inés, no lo pudo ni osó hacer, y dejando dado aviso dello á otro negro del gobernador, llamado Hernando, para que se lo dijese, se volvió antes que volviese Juan Alonso, su amo, de la huelga que habia ido á hacer, y porque no le hallase fuera de casa, ni entendiese en lo que andaba, el negro Hernando, ó se descuidó ó se olvidó de decírselo al gobernador, por donde no se pudo prevenir. Pocos dias despues que lo hubieron muerto, vinieron á entender los tiranos el aviso que el negro Juan Primero habia ido á dar al gobernador, por tratarse públicamente entre los negros del real, y por poco hubieran de matar al negro Juan Primero, y si no lo hicieron fué porque era oficial de carpintero y aserrador y tenian necesidad dél para la obra de carpinteria; pero con todo eso le dieron una tal y tan buena vuelta de azotes, atado á un palo que servia de rollo, delante de todo el ejército, con pregon público que manifestaba la causa, de que estuvo á punto de muerte. Antes desto andaba alguna gente del campo tan atrevida y desvergonzada como atrás dijimos, en tal manera que munchos entendieron que sus demasias no podian parar en bien. Uno dellos que en esto advirtieron fué Pedro Arias de Almesto, amigo del gobernador, el cual le dijo munchas veces que mirase que munchos soldados de su campo andaban demasiadamente atrevidos y desvergonzados, y que su desenvoltura y atrevimiento parecia mal, y que seria justo se castigase cortando cuatro cabezas, y que desta manera aseguraba su real; y que de otra manera, él y sus amigos corrian muncho riesgo y no tenian las vidas siguras; á lo cual respondió que él no hacia mal á nadie, y que si algunos soldados hablaban algo, era como hombres trabajados en el campo y cosas de la guerra, y que tenia por cierto que si los hubiese menester en negocios de

muncha necesidad y afrenta, el que más le hablaba le habia de ser más amigo. Ansímismo, Pedro de Añasco, capitan del rey, antes que el gobernador saliese del Pirú, le escribió una carta que se halló entre sus papeles despues de muerto, en que le decia que, como su amigo, era de parecer que entre sus soldados llevaba algunos bulliciosos, amigos de bandos y sediciones, y que de esto tenia expirencia como persona que lo habia visto por la obra, y le pedia muncho por merced que en este particular se fiase dél, pues no le iba más que como su bueno, leal y aficionado amigo le aconsejaba aquello que le estaba bien, y acudiese á su amistad con obras que á su propia jornada y persona y al servicio de Dios y del rey convenian muncho, echando de su campo diez ó doce hombres, que eran los que antes le habia avisado, y para que no fuese sentida la causa por qué los dejaba, habia negociado con el virrey marqués de Cañete que le enviase seis provisiones, con los nombres dellos las tres, y las otras tres en blanco para que pusiese los que le pareciese que más convenia que dejase, para que los hiciese poner; en las cuales mandaba que vistas aquellas provisiones, pareciesen ante él para tratar cosas que convenian al servicio del rey, que él tenia cuenta con hacerles merced. Debajo desto bien á su salvo pudiera Pedro de Orsúa enviar los que quisiera al virrey y limpiar su real de gente tan escandalosa, é ya que no lo quiso hacer, si despues. cuando segunda vez trató Pedro Arias de Almesto que asegurase su campo y las vidas de munchos cortando cuatro cabezas de las personas que lo merecian, lo quisiera hacer, no viniera el negocio al estado que vino; sino que se aconsejó con dos clérigos del real y otras personas de quien se fiaba, que fueron Miguel Perez y Alonso de Villena, y quedó se guardase la ejecucion dello para otra mejor ocasion, y en el ínterin que ésta venia, como estos dos eran de los tiranos y de los que se hallaron á su muerte, apresuraron el negocio porque no los tomasen con el hurto en las manos. Tiempo y aviso tuvo el gobernador Pedro de Orsúa para librarse de la muerte, si quisiera, y evitar otras munchas que sucedieron; sino que su muncha bondad y demasiada confianza no le dió lugar á hacerlo. Que todos afirman que si cortara cuatro cabezas que le señalaron, no muriera como murió, y la tierra estuviera poblada. En semejantes casos nunca los buenos capitanes deben dilatar el castigo de semejantes desvergüenzas, mas antes lo deben apresurar, aprovechándose de los buenos juicios con el consejo y parecer de sus amigos, con tan buen ardid y secreto que cuando los enemigos vengan á entender sus fines, esté hecha justicia dellos, pues ni en la imaginacion no es justo que haya quien se atreva hacer contra su rey y señor natural, ni contra la autoridad de sus ministros; sino que con toda llaneza y lealtad se subjete á sus leyes y mandamientos, pues con ellos nos aseguran las vidas, honras y haciendas; y los que contra esto van es por su pura malicia y particular interés, como la expirencia nos lo muestra.

CAPÍTULO XXII

Cómo salieron de este pueblo con su armada, dejando en él una de las barcas chatas que llevaban perdida y anegada, y el propio dia dieron en otro pueblo despoblado, donde por órden de Lope de Aguirre echaron á fondo la otra barca chata que les habia quedado.

Como la más granada de esta gente era mal intencionada y sus fines y voluntades eran de irse al Pirú para lo tiranizar y alzarse con él si pudiesen, llevaban tras de sí todo el resto del campo más por fuerza que de grado, y como se ha visto, este pueblo estaba despoblado, las comidas alzadas; de cuya causa los españoles padecian necesidad, y como tuviesen noticia que cerca de allí, el rio abajo, habia otro pueblo, determinaron de salirse de éste é ir á buscar el otro de más abajo, diciendo que por la muncha falta que tenian de comidas no se podia sustentar ni descubrir la tierra desde allí, dando á entender que del pueblo siguiente lo podrian mejor hacer, por estar lleno de comidas é indios. Con esta determinacion y color salieron aquí á cabo de diez dias despues de las muertes del gobernador Pedro de Orsúa y su teniente, dejando perdida y anegada en el puerto una de las barcas, sin que les pudiese aprovechar, y como las cosas del campo estaban de tal condicion y estado que no tuviessen los hombres ningun remedio de se comunicar los unos con los otros para se descubrir sus secretos ni voluntades, ni libertad para se poder huir, ni se osaban fiar los unos de los otros, en tanta manera que nadie hablaba cosa sospechosa que no le pagaba con quitarle la vida; con esta opresion todos acudian, ahora por fuerza, ó de grado, á cumplir la voluntad de Lope de Aguirre. El mesmo dia que salieron de este alojamiento dieron en otro pueblo, el cual hallaron sin gente, las comidas alza-

das, de temor de los españoles; que como los míseros indios eran tan mal tratados é oyesen decir cómo habian muerto al gobernador y á su teniente, no tenian sus vidas seguras, mayormente que con pequeña ocasion se las quitaban. Al tiempo que llegaron á este pueblo, de todos los barcos y chatas que traian solo les habia quedado una en que venian los caballos, los cuales mandaron echar en tierra, y pareciendo á algunos del gobierno que habia en el real algunas personas de que no estaban satisfechos, y temiéndose dellos no les hurtasen la barca y se huyesen con ella el rio abajo é fuesen á dar noticia é mandado de su alzamiento é tirania, determinaron aquella propia tarde que llegaron barrenalla y echalla á fondo, lo cual pusieron por obra, porque no se pudiesen aprovechar della, é ya quedaban sin ningún género de barco más que las balsas é canoas.

A cabo de cuatro dias que estaban en este pueblo, visto por los indios Brasiles que servian de lenguas en el real que los españoles no darian órden en poblar y descubrir la tierra, determinaron un dia de huirse los tres dellos, y como gente que andaba libre y de quien no se tenia recelo, tomaron una canoa pequeña, y los dos remando y el otro gobernando se les huyeron el rio abajo, llamando á los españoles de perros, bellacos, traidores que habian muerto á su general y á su teniente, y que eran unos gallinas, pues no se atrevian á poblar aquella tierra tan buena y tan rica, que era la noticia que traian, ni los habian querido vengar de las muertes y prisiones que en aquella laguna habian hecho á sus parientes y amigos al tiempo que por allí vinieron con Viarazu; y pues dejaban estas muertes sin castigo y habian muerto á su gobernador y teniente, no querian ir más con ellos, de temor que no los matasen, como hacian á otros; y desta manera se les desaparecieron é huyeron, sin que los pudiesen haber más.

Alarmados con esto, quedaron algo tristes y descontentos los que se tenian por leales; lo uno por entender que por falta de los intérpretes y guias que se les habian huido, no les quedaba tan buen aparejo para poblar la tierra como antes lo tenian. Lo otro, ya que determinasen de huirse tenian perdida la esperanza totalmente de poderlo hacer, por no ver camino ni ocasion por tierra, por ser todo de guerra y muy lejos de la de paz, y por el rio no habia bajel en que pudiesen salir á la mar. Conociendo los españoles la muncha necesidad que tenian de los indios de aquella tierra, ansí para que les sirviesen como para que les diesen las cosas necesarias para su sustento, por su rescate, acordaron de enviar personas á buscar comida por los campos y sementeras de los indios, con órden que no les hiciesen daño, pero que prendiesen todos los que hallasen y los trujesen presos al real. Desta manera trujeron alguna cantidad, ansí de indios como de mantenimiento. Mandó don Fernando que todos los indios que trujesen presos los llevasen ante él, á los cuales regalaba y acariciaba, dándoles cuchillos, tijeras, peines, trompas, cascabeles y anzuelos y otras cositas de vidrio, y con esto hacia á otros tres indios del Brasil, lenguas, que le habian quedado, que les hablasen y diesen á entender que se viniesen seguramente ellos é sus caciques é señores principales á su pueblo; que no anduviesen huidos, que no les harian agravio ninguno, ni querian más dellos de que por su dinero y rescate les diesen comida.

Juntamente con esto enviaba á los caciques algunas cosas de ropas pintadas, de su vestir, y como los indios viesen el buen tratamiento que los españoles les hacian, fué tan buen remedio, que en pocos dias se vinieron á sus casas trayendo comidas de sus heredades y de otros pueblos sus vecinos, lo cual vendian y daban por sus resgates, y servian á los españoles de todo lo que los habian menester, con que tenian algun descanso para consuelo de sus trabajos y calamidades en que estaban.

CAPÍTULO XXIII

Cómo hallaron los españoles en este pueblo pasado, á quien pusieron Munchos Barcos, de la cantidad de vigas de cedro, y determinaron hacer dellas dos barcos con la ayuda de los indios; y de algunas muertes crueles que Lope de Aguirre dió á algunos españoles, y cómo don Fernando le quitó el cargo de maese de campo y le dió á Juan Alonso de la Bandera.

A este asiento de indios pusieron por nombre don Fernando y los suyos el pueblo de los Barcos, en el cual hallaron muy gran cantidad de gruesas vigas de cedro de que los indios hacian sus canoas para la navegacion del rio y aun para vender entre sus comarcanos.

Como don Fernando viese tanta y tan buena madera, determinó que se hiciesen dos barcos ó bergantines, con parecer de los

maestros de carpintería que con él iban. Con esta determinacion y parecer comenzaron la obra cuatro oficiales españoles y veinte negros carpinteros é aserradores, ayudando toda ó la más gente del campo, ayudándose ansimesmo de los indios para traerles más madera y lo que les era menester para este efecto, ayudándose de munchas herramientas, brea y clavazon que llevaba el gobernador Pedro de Orsúa para semejantes necesidades; é yéndose prosiguiendo esta obra de los bergantines, como Lope de Aguirre era de suyo cruel y bullicioso, amigo de que su nombre sonase por todo el mundo, comenzó á hacer tantas crueldades que por ellas le quitaron el cargo de maese de campo, y la primera fué que sin ocasion ninguna, estando un dia Garcia de Arce, soldado del campo, aquel que dijimos haberse adelantado con los treinta hombres que viniera á la isla de Cararies, bien seguro, á su parecer, echado de pechos sobre una viga, imaginativo, mirando la obra de los bergantines, llegó Lope de Aguirre con otros, y entre ellos un Anton Llamaso, zapatero, portugués, con un arma enhastada de un hierro largo como de tres palmos ó poco más, angosto como una aguja larga salmarada, y mandóle pasar con ella á García de Arce, el cual no fué perezoso en lo hacer, que en improviso le pasó de una banda á otra, sin que nadie se lo pudiese estorbar, con lo cual murió luego sin confesar. Mandóle arrimar Lope de Aguirre á un árbol, donde le hizo atar y poner un rétulo en los pechos que decia: *Por servidor del rey y del gobernador*. Preguntóle don Fernando que ¿por qué lo habia hecho? Respondióle que Garcia de Arce era hombre deshecho y amigo del gobernador Pedro de Orsúa, y que lo habia visto imaginativo, porque no viniese por ventura á querer vengar la muerte de su amigo; que era bien atajarle los pasos por no verle en mi presencia. Luego subcedió que le vino á la imaginacion á este tirano que al tiempo que dieron la vara de justicia mayor del campo á Diego de Valcazar, dijo: *asentá que la tomo en nombre del rey don Felipe nuestro señor*; y conforme á esto no le tenia por hombre de quien se podia fiar en sus traiciones, y sin otra ocasion determinó una noche, despues que estaba acostado, de irle á buscar con algunos de sus aliados para irle á matar, y hallándole de la manera dicha quisieron ejecutar su mal propósito; que como Diego de Valcazar lo sintiese, hechó á huir dando voces, diciendo: *¡Viva el rey, caballeros!* por ocuparlos y entretenerlos, y súpolo tan bien hacer que se les escapó de entre las manos, aunque por huir dellos se despeñó. y mal herido, en camisa, como estaba, salió á esconderse al monte, hasta que otro dia lo supo don Fernando de Guzman y le pesó dello y le hizo buscar, y mal herido como estaba le trujeron ante él y le hizo curar y escapó la vida por entonces. De allí á pocos dias, el propio Lope de Aguirre hizo dar de estocadas y agujazos con el arma que habemos dicho á Pedro Hernandez, pagador mayor, y á Pedro de Miranda, mulato, alguacil mayor del campo, hasta morir cruelmente. Estos fueron en la muerte del gobernador Pedro de Orsúa y su teniente. La causa que dió de estas dos muertes fué achacándoles que querian matar á su general don Fernando de Guzman, para mejor coloreallo; que en queriendo matar á uno, no hacian sino levantalle un testimonio, y con pequeña ocasion lo hacian y se salian con ello Púsoles dos rétulos en los pechos, que decian: *Por amotinadorcillos*: y parece que comenzaba á venir el castigo del cielo sobre los matadores de Pedro de Orsúa, que poco á poco se fueron ejecutando en ellos terribles y crueles muertes sin que ninguno escapase con vida. Y es cierto que afirman todos que nunca se entendió dellos haber querido matar á don Fernando, sino que clamaban las muertes inocentes del gobernador y su teniente, por donde se entendia que les venia el castigo. Proveyeron por alguacil mayor á Juan Lopez Cerrato, y pagador mayor á Juan Lopez de Ayala, y como se hiciesen estas crueldades con tan pequeña ocasion, estaba todo el real tan temeroso que no sabian qué se hacer. Deseaba don Fernando excusar estas cosas, y para lo hacer y que hubiese quien fuese á la mano á Lope de Aguirre, determinó de hacer su teniente general á Juan Alonso de la Bandera, de donde comenzó á haber entre los dos tantos bandos y diferencias, ansí en las cosas del campo como en las consultas de guerra, que se contradecian el uno al otro cada dia, y cada uno queria que se cumpliese lo que mandaba, y esto era tan contínuo que daba muncha pesadumbre en el real, de tal suerte que se dividia en bandos. El que era de la parte de Lope de Aguirre decia que su cargo era más preminente y que se habia de guardar lo que mandase. Y el que era por Juan Alonso de la Bandera decia que no se habia de hacer sino lo que mandaba el teniente general, que representaba el propio general del campo, y sobre esto habia alborotos y pesadumbres. Visto por don Fernando que por donde habia pretendido sosegar la gente habia mayores bandos, prevaleció

más Juan Alonso de la Bandera, quitando el cargo de maestre de campo á Lope de Aguirre, dándolo á Juan Alonso, juntamente con el de teniente general, aunque le duró poco, porque Lope de Aguirre supo y pudo tanto con don Fernando que se le hizo quitar con la vida cruelmente, como se verá adelante. De esto se sintió extrañamente Lope de Aguirre. Ansimismo hizo capitan de su guarda á Lorenzo de Zalduendo, y porque Lope de Aguirre no quedase del todo quejoso, hízole capitan de á caballo. Munchos amigos tuvo don Fernando de Guzman que fueron de parecer que pues habia quitado el cargo de maese de campo á Lope de Aguirre, le matase, por ser como era tan cruel y bullicioso, y tenia munchos amigos adqueridos, los unos con temor que le temian y otros con falsas y largas promesas que les hacia, que para lo uno y otro tenia grande astucia y maña; y cierto hubiera sido este muy sano consejo para don Fernando, y aun para excusar munchas muertes y escándalos que hubo; y cuando don Fernando lo quiso hacer, no pudo, y ganóle por la mano Lope de Aguirre, matándole á él y á otros munchos de su campo. Antes, como don Fernando era hombre mancebo y tenia poca expirencia de las cosas de la guerra, tenia por principal caudillo á Lope de Aguirre para que le gobernase en ella, y por acaricialle y tenelle más grato, que andaba muy inquieto y bullicioso y desasosegado, y aun se quejaba terriblemente en el real, diciendo que don Fernando de Guzman le habia quitado el cargo contra toda razon y derecho, mereciéndolo él muy bien por los servicios que le habia hecho; y porque esto no pasase adelante y Lope de Aguirre se asegurase, le hacia don Fernando grandes promesas. Decíale que le tenia por señor y padre, y que le daba su palabra que no entraria en el Pirú sin que le volviese su cargo de maese de campo.

Que le casaria una hija mestiza que llevaba en su compañia con don Miguel de Guzman su hermano, que estaba en el Pirú; y luego puso don Fernando á la moza y le dió ciertas joyas de oro ricas, y una ropa de seda, que todo habia sido del gobernador Pedro de Orsúa, y la comenzó á tratar como á cuñada, haciéndole grandes regalos y caricias, entendiendo que estas cosas bastarian á contentar á Lope de Aguirre; pero él, como astuto, disimuló por entonces para se vengar á su tiempo de la injuria hecha, como lo hizo, sin quedarle á vida hombres de cuantos fueron en ello, y aun otros que no lo supieron ni entendieron.

CAPÍTULO XXIV

Cómo por causa de los malos tratamientos que los españoles hacian á los indios se les huían todos, y cómo para asegurarlos hicieron una gran crueldad, matando, echando en colleras munchos dellos; y la muncha hambre que pasaban, de cuya causa les fué forzoso comerse los caballos y perros del real.

Aunque las pasiones y enemistades entre Lope de Aguirre y Juan Alonso de la Bandera iban en grande aumento, no se dejaba de entender en la obra de los bergantines con muncha priesa y diligencia, y ansí en esto como en proveer el real, eran los indios muy perseguidos y maltratados de los españoles, y no bien pagados como lo solian ser; é como no podian sufrir tanto desafuero como se les hacia, íbanse huyendo pocos á pocos, por lo cual determinó un dia Juan Alonso de la Bandera, nuevo maese de campo, hacer una gran crueldad en ellos, pensándolos asegurar, é fué en esta manera: rogó á un cacique, ó señor principal de algunos indios, que se juntasen un dia en una casa á danzar y bailar á su usanza, porque gustaria don Fernando de verlo hacer: el cacique, como estaba sin sospecha que por allí le pudiese venir daño, mandó juntar la mayor cantidad de los que habia en el pueblo, y de que los tuvo juntos, como que los iban á ver juntos toda la gente del campo, y cercando la casa donde estaban los indios, tomándoles las puertas dieron sobre ellos con gran crueldad, matando á estocadas y puñaladas munchos dellos, y á otros prendieron y echaron en colleras y otras prisiones. Dentro de cuatro dias como esto pasó, no quedó indio preso ni suelto que no huyese y ausentase, en tal manera que de todo punto desampararon el pueblo sin que tan sólo un indio quedase en él; de tal suerte que aunque los españoles hacian munchas diligencias para los volver á su amistad, no pudieron, antes se defendian y mataban los españoles que podian, por se vengar de sus injurias y de las muertes de sus parientes y amigos; é un dia, yendo ciertos soldados por el campo á buscar comida para el real, fueron sentidos de los indios, los cuales se pusieron en celada y tomaron á los españoles en medio y mataron á Sebastian Gomez, capitan de la mar, y á un Molina, Castro, Villarreal, y á otro Mendoza, y á Pedro Diaz y Anton Rodriguez, todos soldados, y todo por su culpa, que antes que les hiciesen el agravio y mal tratamiento que se ha visto, nunca ha-

bian muerto español ninguno; antes trataban con ellos libremente y salian *no* pocos españoles al campo, y aunque los topaban munchos indios no les hacian daño ninguno. De allí adelante venian de noche á hurtarles las canoas y no osaban salir los españoles fuera del real si no era munchos juntos, de temor de los indios, que no habia daño que les pudiesen hacer que no les hacian, hasta talalles las comidas. Con estas cosas vino á tener el campo tanta necesidad, que con muncho trabajo se podian sustentar, por los malos tratamientos que se habian hecho á los indios. No lo pudiendo sufrir tuvieron por mejor dejar sus casas y haciendas desamparadas, que estar en poder de tan malos vecinos como lo eran los españoles. En tal manera asolaron las comidas del campo, que no se hallaban sino algunas raices de yuca brava y algunas frutas de la tierra en los montes, como eran hobos, caimitos, chatos y guanábanas, cosas más para apetito de comer que para sustancia; y de antes les sobraba todo, porque era el real muy bien proveido de todo lo necesario, ansí de los indios de este pueblo como de otros circunvecinos, y por poco rescate tenian muncha comida; lo cual cesó de todo punto, sin que ánima viviente les diese ni rescatase cosa ninguna por ningun precio, y como los españoles estuviesen tres meses contínuos en este pueblo, era grande la hambre y necesidad que pasaban por las razones dichas, é ya de todo punto no se hallaba cosa que de comer fuese en la cercanía del pueblo, y érales forzoso pasar á la otra banda del rio á buscarlo, y hacíanlo con muncho trabajo, por ser muy ancho, de más de una legua, y haber de ir y volver á fuerza de brazos remando, y cuando volvian á la rancheria iban tan cansados que ni podian moler las raíces para la comida, ni hacer otras cosas que les eran necesarias, por haberlo de hacer por sus propias manos, los más dellos, por falta de servicio. Con esta hambre, no sabiendo qué se hacer, tomaron los españoles por último y postrer remedio comerse los caballos del campo, y despues que los acabaron se comieron los perros del real sin dejar ninguno, por no perecer de hambre. Lope de Aguirre, que siempre procuraba asegurar la gente, pareciéndole que la muncha tardanza y aun el mal tratamiento que los soldados tenian, y la muncha necesidad que pasaban, seria causa para se huir en las canoas, daba órden como de noche desatasen algunas dellas, las mejores, y las echasen por el rio abajo, y echaba fama que lo hacian los indios. Que lo hiciese él, ó los indios, en pocos dias, de más de 150 canoas que habia en el real no quedaron veinte cabales y las más ruines de todas. Con estas cosas estaban los soldados tan afligidos, tristes y desconsolados, que no sabian qué se hacer. Por tierra era imposible poder escapar de no ser muertos á manos de los indios sus enemigos; por el rio, menos; en el real nadie tenia la vida segura, porque como dice el refran, *no vive el leal más de cuanto quiere el traidor*. Quejábanse de su triste y miserable suerte, viéndose cercados por todas partes de tantos trabajos y calamidades. Volvíanse á Dios, suplicándole los sacase de tan áspera servidumbre y cautiverio en que se vian entre sus propios naturales con quien se habian de holgar y regocijar, que era lo que les daba más pena, especial en tierras tan remotas y apartadas de las suyas, donde parece que obligaba á mayor amor y amistad, lo cual era tan al contrario, que no hubiera nacion en el mundo tan bárbara, esclavos de otra diferente, que peor ni más ásperamente los tratara, ni donde más sin justicia se usara; de cuya ocasion no habia hombre que osase hacer más de lo que le mandaba el que privaba en el campo.

CAPÍTULO XXV

Cómo Juan Alonso de la Bandera tomó muncha arrogancia é hinchazon con los cargos que tenia de teniente general y maese de campo, y cómo le vinieron á matar juntamente con el capitan Cristóbal Hernandez, cruelmente.

Cada dia crecia más el odio y enemistad entre Lope de Aguirre y Juan Alonso de la Bandera, en tanto grado que Lope de Aguirre andaba y vivia muy recatado, viendo á su enemigo más pujante. Temíase terriblemente no le matase, y con este temor andaba siempre muy sobre el aviso, procurando andar armado él y sus amigos, con grande inquietud y desasosiego. Munchas veces procuró Juan Alonso de matarle si pudiera, y nunca le pudo hallar desapercibido, y cómo Lope de Aguirre sentia esta mala voluntad en su contrario, procuraba huir ocasiones en tiempo que le tenia tanta ventaja, hasta ver la suya, como la esperó, rodeando los negocios tan á su propósito cuanto lo podia desear, y fué de la manera siguiente. Como por la mayor parte los mandos y cargos causan hinchazon y altivez en los hombres subcedió lo propio en Juan Alonso de la Bandera, en tanto grado que viéndose tan pujante y que contra la voluntad de Lope de Aguirre habia

prevalecido, y don Fernando le habia quitado el cargo de maese de campo y dádosele á él sobre el de teniente general del campo, parecióle que todo era poco para lo muncho que merecia; comenzóse d' ensoberbecer, tanto que no habia quien le pudiese hablar, de puro grave; hízose descomedido y mal criado con los soldados, tratándolos mal de obras y de palabras, cosa muy contraria en la órden militar, donde con mejores y más amorosas razones se ha de persuadir á los buenos y esforzados soldados á lo que conviene; y aun los que no son tales, con semejantes cosas se animan y esfuerzan á lo ser y hacer cosas de muncha estima, poniendo las vidas en gran riesgo por adquirir honra, como cada dia lo vemos en las guerras y fuertes asaltos, y más quiere un soldado que le corten la cabeza que no que le traten mal de palabra. Estas y otras cosas hacia Juan Alonso de la Bandera, y juntamente con ellas dió en ser enamorado de doña Inés, y encontrándose en los amores con Lorenzo de Zalduendo, capitan de la guardia, que la servia de antes, vinieron á tener sobre los negros amores munchas pesadumbres. Los soldados aborrecian terriblemente á Juan Alonso de la Bandera por su mal término, y vino á tanto su ambicion y soberbia que se decia públicamente que no contento con ser teniente general y maese de campo, queria matar á don Fernando de Guzman y alzarse con todo el gobierno. Como Lope de Aguirre y Lorenzo de Zalduendo fue*sen* sus capitales enemigos y entendiesen estos humores en Juan Alonso de la Bandera, parecióles que ya tenian su negocio en buen punto para acabarle la vida y el cargo, y comenzaron á tratarle la muerte entre los dos, en esta manera: Que Lope de Aguirre dió la mano á Lorenzo Zalduendo como á capitan de la guardia y que más de ordinario estaba con don Fernando, para que lo tratase con él, y conforme á el aparejo que en él hallase le diese la respuesta. El cual no se hizo nada de rogar, porque luego se lo trató y halló buena entrada en don Fernando, que ya estaba muy mal con Juan Alonso por su hinchazon y desvergüenza, porque le parecia que no podia parar en bien de su campo, y volviendo Lorenzo de Zalduendo á Lope de Aguirre con la respuesta, se holgó muncho con la buena entrada que se le ofrecia para poder matar á su capital enemigo y ser restituído en su cargo, y con tan buena ocasion y para resolver el negocio con don Fernando, el cómo y cuándo y dónde matarian á Juan Alonso de la Bandera, fué un dia á visitarle estando presente Lorenzo de Zalduendo, y entre otras cosas que se trataron entre don Fernando y ellos, que estuvieron á solas, parece que se determinaron, segun lo que se dijo, y aun lo que despues pareció, que se concertase un dia en casa de don Fernando un juego de naipes entre Juan Alonso de la Bandera y Cristóbal Ruiz, capitan de infantería, grande amigo suyo, é otros dos, y estando ocupados en el juego y á su salvo, estuviesen allí don Fernando de Guzman y Lorenzo de Zalduendo, y por otra parte viniesen una docena de soldados bien apercebidos, con sus arcabuces cargados y cuerdas encendidas, so color de ir á buscar de comer al campo, entre los cuales, como que venian á pedir licencia á Juan Alonso de la Bandera para el efecto, le matasen juntamente con Cristóbal Ruiz, é Lope de Aguirre viniese en su retaguardia para lo que se ofreciese. Don Fernando hizo concertar el juego para el dia que entre ellos estaba tratado, que fué para diez y seis dias del mes de febrero de 1561, que era bien cercano. Juntamente con éste se dió el cargo de convocar la gente el propio dia y hora á que habia de ser, á Lope de Aguirre y Lorenzo de Zalduendo, sin que entendiesen que iban á otra cosa más que á sólo buscar comida Y en estando juntos fuese Lorenzo de Zalduendo á dar aviso dello á don Fernando para que se hallasen presentes, é para que don Fernando les enviase á avisar antes que entrasen lo que habian de hacer. Lope de Aguirre y Lorenzo de Zalduendo buscaron estos doce soldados, conocidamente los mayores enemigos que Juan Alonso tenia, para que estuviesen más seguros del hecho. Ya que lo tuvieron trazado y puesto en el punto que se ha visto, fué Lorenzo de Zalduendo á dar aviso á don Fernando, el cual envió á Gonzalo Guiral, su secretario, á decir á los doce soldados que venian que matasen á Juan Alonso de la Bandera y Cristóbal Ruiz su amigo; que para aquel efeto los habia mandado juntar Los soldados entraron en casa de don Fernando, donde hallaron jugando á Juan Alonso de la Bandera y Cristóbal Ruiz, capitan de infantería, contra Sancho Pizarro, sargento mayor, y contra el comendador Juan Gutierrez de Guevara, que tambien era capitan; é como entrasen tan de repente, sin que se pudiesen menear Juan Alonso y Cristóbal Ruiz, los mataron á arcabuzazos muy espesos y estocadas, que el que más podia más les daba, por mejor vengarse de sus injurias, con grandísima presteza. Que parece que sea justo juicio de Dios que venia sobre ellos en venganza de las muertes del gobernador Pedro de Orsúa y su teniente. Acabadas de hacer estas dos muertes, quedó luego Lope de Aguirre de maese de campo, como

antes lo era, y en lugar de Cristóbal Ruiz, capitan de infanteria, lo fué Gonzalo Guiral, secretario de don Fernando. Todas estas cosas pasaban en esta sazon, con muncho dolor y ansia de munchos buenos y leales servidores de Su Majestad, que por verse tan opresos y donde no tenian libertad para usar della, ni para aprovecharse de su astucia y maña, matando á los tiranos, para volverse al servicio del rey, en que estaban firmes, viendo la suya, disimulaban y pasaban por ello lo mejor que podian, aguardando coyuntura para lo hacer cuando el tiempo y ocasion les diese mejor lugar.

CAPÍTULO XXVI

Cómo por órden de Lope de Aguirre hizo don Fernando dejacion del cargo de general, y cómo fué vuelto á reelegirse en este cargo, y cómo se hizo juramento solemne en el real de tener toda paz los unos con los otros.

Con las muertes que la historia nos ha contado de Juan Alonso de la Bandera y Cristóbal Ruiz, quedó Lope de Aguirre tan victorioso y pujante, viéndose restituido en su cargo de maese de campo, que le parecia que era bien mostrarlo con nuevas invenciones en servicio de su general, y tratando luego con él le dijo: Señor, al tiempo que matamos á Pedro de Orsúa quedó vuestra merced por general, y aunque es verdad que todos le acudimos como á tal, y ha removido los cargos del campo á las personas que los tenian y dádolos vuestra merced de su mano á los que los tienen, han pasado cosas muy convenientes para que de nuevo todos volvamos á hacer esta eleccion, haciendo primero y ante todas cosas dejacion del tal cargo, y esto yo lo ordenaré como convenga, poniendo en libertad todo el campo para que nombren á quien quisieren; no tienen á quien nombrar sino á vuestra merced, porque no hay otra persona que tan bien lo merezca, y cuando quisiesen hacer otra cosa no se lo consentiríamos los servidores de vuestra merced. Y el dia que hicieren este nombramiento, los tendremos prendados para mandalles con libertad, la cual no tenemos agora tan entera, que parece que andan los soldados como gente libre y sobresaliente. Demás desto, seguirse ha deste negocio que vendremos á conocer las intenciones y voluntades de la gente del ejército, pues los que nombraren á vuestra merced por general, lo han de firmar, y los que no lo hicieren tendrémoslos por sospechosos para no nos fiar de ellos en cosa de importancia. Bien le pareció á don Fernando este consejo, que aunque entonces fué secreto despues le publicó el propio Lope de Aguirre cuando le pareció que era tiempo. Para este efeto se ordenó que un dia, 24 de febrero deste año, se dijese una misa por el padre Henao, y acabada de decir, como si fuera para eleccion de cosa muy conviniente al bien público, sino todo tan contrario á esto, como por la obra se vió, se juntasen todos los soldados en una plaza delante de la casa de don Fernando, todos á un lado, y don Fernando, Lope de Aguirre con los demás capitanes y oficiales del campo á otro lado, cerca los unos de los otros, de manera que se pudiesen ver é oir las cosas que se hiciesen y dijesen. Don Fernando y los suyos bien puestos y armados, porque era por donde habian de comenzar los votos, y los demás sin armas, porque no los pudiesen contradecir; y en esta conformidad salieron á la plaza despues de dicha la misa, quedando todavia revestido el clérigo Henao para tomar los juramentos que se hicieron. Sacó don Fernando una partesana en las manos, y puestos por la órden que se ha oido, y prevenidos á Lope de Aguirre y demás oficiales del campo, comenzó así: Caballeros, señores y amigos mios: munchos dias ha que he deseado tratar con vuestras mercedes lo que agora quiero decir. Bien saben todos los que aquí están cómo yo tengo este cargo de general por muerte de Pedro de Orsúa, á quien matamos por órden y comun consentimiento de todos, porque así convino al servicio del Dios y del rey, porque como *sabeis*, iba remiso y descuidado en esta jornada y en las cosas de su conquista y poblazon, lo cual espero en Dios que hemos de hacer con muncha ventaja y augmento de todos, pues no se puede presumir otra cosa de tantos y tan buenos caballeros y soldados como están presentes, los cuales, no digo yo para los que tenemos entre manos, sino para conquistar y poblar otros mayores reinos tienen esfuerzo y ánimo. El cargo que tengo no sé si es contra la voluntad de vuestras mercedes, y para que todos entiendan mi llaneza y la voluntad que tengo desde el mayor al menor, y la mucha conformidad que deseo que haya entre todos, yo desde agora le dejo para que vuestras mercedes con toda libertad y seguro le den á quien quisieren y les pareciere que lo merece mejor que yo, y de quien todos seamos regidos y gobernados en esta tan importante empresa como llevamos entre manos, que desde luego me ofrezco á sujetarme á la persona que vues-

tras mercedes eligieren y nombraren. Y á estas palabras, en señal de la dejacion del oficio que hacia, tomó la partesana que tenia en las manos é colocola en tierra. Todos estuvieron suspensos por un rato, hasta que los capitanes y oficiales del campo dieron la mano á Lope de Aguirre para que diese la respuesta por ellos, lo cual acetó de buena gana, y dijo así: Señor don Fernando, estos caballeros é yo quisiéramos que este ejército fuera tan grande como el del rey Jerjes, y que estuviera puesto sobre la casa santa de Jerusalem para que de nuevo fuera vuestra merced elegido general. Pues tan bien lo merece, tenémonos por muy dichosos y de buena suerte en que vuestra merced nos mande y sea nuestro general y cabeza, y así lo confesamos, y si es necesario, de nuevo elegimos y queremos por tal á don Fernando de Guzman, al cual prometemos y ofrecemos servir hasta la muerte. Acabadas de decir estas razones por Lope de Aguirre, comenzaron los capitanes y oficiales de guerra á decir que á don Fernando de Guzman querian por general, y luego dijeron lo propio la mayor parte del real, quedando algunos sin responder. Don Fernando acetó y rindió las gracias por ello, y mandó que este nombramiento se firmase, para que en todo tiempo pareciese haber sido eleccion hecha de comun consentimiento y parecer de todos. Luego que se puso por escrito, comenzó á firmar don Fernando, y tras dél Lope de Aguirre, maese de campo, y luego los demás capitanes y oficiales del campo, volviendo luego don Fernando á confirmarles sus cargos y conductas. Algunos soldados hubo en el real que se atrevieron á no firmar esta eleccion y nombramiento, posponiendo todo temor y el riesgo que les podia subceder, como buenos y leales vasallos de Su Majestad. Acabado de hacer este nombramiento y ceremonias que se han oido, se propuso por don Fernando que ya se habia visto las pasiones y pesadumbres tan grandes que se habian ofrecido en el campo entre Lope de Aguirre, Juan Alonso de la Bandera y Lorenzo de Zalduendo y Cristóbal Ruiz, personas de tanta calidad y presuncion y capitanes, como bien sabian, y otras personas de menor cuenta, de donde habian subcedido tantos bandos y disensiones que fueron causa de las muertes que se habian visto, y que deseaba mucho evitar semejantes riesgos y escándalos, mayormente en semejante ocasion donde con tanto amor se habian conformado; que era justo mostrarlo con buena paz y amistad y que ésta se llevase adelante, y la guerra se hiciese contra los indios sus enemigos; y para que tuviese mayor fuerza queria que el padre Henao, revestido como estaba, les tomase juramento sobre una ara consagrada y un libro misal, que esta amistad y confederacion se guardase inviolablemente, so pena que el que la quebrantase fuese maldito, descomulgado de Dios y sus santos, y que no pudiese ser absuelto sino por sólo el Sumo Pontífice. Y porque todos entendiesen que él hacia lo propio, queria subjetarse á esta ley y que comenzase de si propio, comenzaba á hacer el juramento, el cual lo hizo, é luego todo el resto del campo por su órden con la solemnidad que se requería; pero como los pasos y voluntades de muchos del real eran tan malos, y tan ruines las intenciones, guardóse esto tan mal que parecia que se habia jurado al contrario, porque eran entre ellos tantos bandos, pesadumbres y disensiones, que si muchos eran antes, eran muchos más de allí adelante, en tanta manera que los unos iban consumiendo y matando á los otros, con gran ira y enojo cruel y desastradamente, y el que más podia, por asegurar su vida procuraba la muerte á su enemigo, y con muy pequeñas ocasiones se mataban muchos sin mirar que habia Dios en el cielo ni rey en la tierra, para que semejantes maldades fuesen castigadas; que tales son los pensamientos de los que tan atrevidamente se osan desvergonzar, pero subcédeles tan diferente que siempre tienen el castigo conforme á sus culpas.

CAPÍTULO XXVII

Cómo por consejo de Lope de Aguirre mandó don Fernando juntar toda la gente del real para que determinase si habian de conquistar aquella tierra ó si irian sobre el Pirú, y cómo quedó determinado ir á tiranizar el Pirú.

Pocos dias despues que don Fernando de Guzman fué elegido por general, mandó juntar toda la gente del real en la propia plaza donde fuera electo, por consejo de Lope de Aguirre que deseaba extrañamente ir sobre el Pirú para le tiranizar y apoderarse dél, y para saber determinadamente las voluntades de todos, y los que tenia de su bando, y desque los tuvo juntos comenzóles á hablar de esta manera: Muncho deseo tengo, caballeros, de acertar en esta empresa y jornada que tenemos entre manos; no tanto por lo que á mí toca, cuanto por lo mucho que debo á todas vuestras mercedes juntos y á cada uno en particular. Y para

que esto tuviese el buen fin que yo deseo, querria tomar parecer y consejo *de* lo que en ello debemos hacer, y cuál de dos será mejor camino: poblar esta tierra ó ir sobre el Pirú, porque soy informado que sobre esto hay diferentes pareceres en el real. He hecho hacer esta junta para que debajo de toda seguridad y sin ningun temor, cada uno dé su parecer y acudamos á los más votos, y si es que hemos de seguir la guerra del Pirú, conviene que los que la hubieren de hacer lo firmen y juren de obedecer á su general y capitanes en lo que se les mandare; y si los que quisieren quedar fueren tantos que puedan buscar y poblar la tierra, yo les prometo quedarme con ellos y poblarla; y donde no, les dejaré caudillo cual ellos quisieren escoger y elegir; y si fueren tan pocos los de este parescer, los sacaré á tierra de paz donde puedan tener más libertad, y les aseguro debajo de mi fé y palabra que no recibirán daños ningunos, y que lo que dijeren los más del campo, aquello se ha de guardar y hacer. No hacia don Fernando esto porque tuviese voluntad de poblar la tierra, porque su principal intento era ir sobre el Pirú, á lo cual le tenia convertido ya Lope de Aguirre y sus capitanes, haciéndole grandes promesas de alzalle por rey dél, como adelante se verá; y debajo de esta cautela procuraba saber las voluntades de la gente del real y de quién se podia fiar, y quiénes y cuántos eran los que metian prenda, y los que salian de ella. Como viesen esto Lope de Aguirre y los demás capitanes, tomaron la mano y dijeron: Que el Pirú era tierra muy rica y poblada, conquistada, y que no era justo dejar lo bueno y seguro por lo dubdoso, y que yendo al Pirú iban á casas y haciendas hechas, de munchas comidas y regalos, como lo habian visto, y lo que tenian entre manos no sabian lo que seria, y primero que se poblase y proveyese de trigo, vacas, puercos y carneros y otras cosas de que habia muncha abundancia en el Pirú, pasarian munchos años; y primero que lo veamos y lo gocemos, seremos munchos de nosotros muertos, ó tan viejos que no lo podamos gozar; y demás de esto, somos tan poca gente para tan larga y anchurosa tierra, é no habrá enviado el rey quinientos hombres, cuando nos prendan y nos corten las cabezas á todos sin quedar hombre á vida, y esto no será en el Pirú, porque tenemos munchos de nuestro bando que nos sustentarán para nos apoderar dél. Vamos, caballeros, sobre él; gozaremos de las vidas con muncho pasatiempo y regalo, con munchas y lindas damas de nuestro natural que hay en él, con munchos caballos muy buenos, y jaeces, con muncho oro y plata, grandes y abundantes comidas y regalos. Muncho nos tardamos en hacer lo que tanto nos conviene. En el camino se nos juntarán todos los que nos vieren, prometiéndoles indios de repartimientos de que se sirvan por vasallos. Todas estas cosas decian Lope de Aguirre y sus compañeros. Los capitanes, por más atraer las voluntades de todos á su gusto, ningun estorbo hallaban, ni se les ponia por delante en más de seiscientas leguas que habian de caminar por tierra ó por mar, conforme á la parte por donde quisiesen tomar el camino para haber de llegar allá, y aun éstas despues que estuviesen fuera del rio y jornada en que estaban; parecíales conforme á su imaginacion que todo les habia de subceder con tanta ventaja y tan á su gusto como lo deseaban, como si Su Majestad no tuviera munchos, muy buenos y leales vasallos que lo defendieran, como lo hicieron cuando se ofreció, matando á Lope de Aguirre y los que con él fueron contuma es, como nos lo contará la historia. Vista la determinacion y voluntad de Lope de Aguirre y los demás capitanes, no hubo persona que osase contradecirle: unos, por temor que no los matasen, y otros por no ser maltratados. Antes fueron de parecer que se siguiese la guerra del Pirú en que los vian tan afocinados, y ansí lo firmaron, aunque hubo entre ellos algunos neutrales que no quisieron dar parecer, ni lo firmaron, y d simuladamente se quedaron con ello sin que Lope de Aguirre diese á entender que caia en ello, ni lo entendia, hasta que via la suya, que munchos dellos se lo pagaron con quitarles las vidas, como lo acostumbraba con los que no hacian su voluntad.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo por órden de Lope de Aguirre se desnaturaron de su natural los soldados que iban en esta jornada y negaron el vasallaje del rey don Felipe, nuestro señor, haciendo jurar por Príncipe de Tierra Firme y Pirú y Chile á don Fernando de Guzman.

Despues que Lope de Aguirre tuvo ganadas las voluntades de la mayor parte del real, con la determinacion y firmas que se han visto en el capítulo antes de este, para ir sobre el Pirú, y sus fines fuesen tan malos, siempre procuraba buscar nuevas traiciones y maldades para prender la mísera gente del real para que no faltasen al mejor

tiempo, y para este efeto imaginó una de las mayores y más atrevidas traiciones y maldades que se pudieran tratar contra su rey y señor natural, y como le vino al pensamiento lo procuró poner por obra, y fué la siguiente. Un dia, estando en este propio pueblo de los bergantines, mandó juntar toda la gente del campo en la plaza que la historia nos ha contado, donde se habia hecho la alianza y conjuramento de ir sobre el Pirú, delante de la casa de don Fernando de Guzman, su general; algunos quisieron decir que sin que él lo entendiese, y otros, que habia sido negocio tratado con Gonzalo Duarte, su mayordomo, y con Lorenzo de Zalduendo, capitan de la guarda, y teniéndolos á todos juntos les comenzó á hacer una arenga é plática en la forma siguiente: Conocida y muy sabida cosa es á todos los que aquí estamos, cómo pocos dias ha elegimos á don Fernando de Guzman por general, y lo firmamos de nuestros nombres, con acuerdo y parecer de ir al Pirú, y algunos de los que no quisieron firmar les hacemos el tratamiento que á nuestros señores podiamos hacer, partiendo con ellos nuestras capas como con buenos y verdaderos amigos, y si algunos de los que entonces firmaron estuvieren arrepentidos, díganlo sin temor ninguno y borrarse han sus firmas, y lo mesmo que hacemos con los que no firmaron se hará con ellos. Nadie hubo que quisiese decir tal, conociendo cuán cauteloso era Lope de Aguirre; antes respondieron que lo que habian hecho era muy acertado, y que si era necesario, de nuevo lo volvian á hacer y firmar, y que querian seguir lo comenzado hasta morir en la demanda. Lo cual decian porque les era forzoso por asegurar las vidas, pues cuando dijeran otra cosa, no les servia de más que declararse por enemigos del general y de su maese de campo, sin que se pudiesen escapar de su cruel tirania, y viendo Lope de Aguirre cuán á su gusto habian respondido, volvió á asegundar: Muncho me huelgo, caballeros, de verlos tan bien puestos y determinados en cosa que tanto nos importa para nuestra quietud y aumento, y para que la guerra del Pirú se haga con la libertad que todos deseamos, y con justo y derecho título, réstannos por hacer una ó dos diligencias, pues con ellas llevaremos el fundamento y autoridad que nos conviene. La primera es que nos desnaturemos de España y digamos y confesemos que el rey don Felipe no es nuestro rey, ni señor natural, negándole el vasallaje; y lo segundo, que elijamos á don Fernando de Guzman por nuestro príncipe, señor y rey natural, para le coronar en el Pirú en llegando allá; y como á tal le iban á besar la mano, y él el primero como maese de campo, y sin aguardar respuesta de la gente del campo se fué para don Fernando, y luego tras dél los demás capitanes y oficiales de guerra y personas que habian firmado la guerra del Pirú, sin que nadie osase quedar, y pidiéndole la mano para besarla, como á príncipe, le llamaron Excelencia, el cual por entonces no se la quiso dar, contentándose con solo el nombre y abrazando á todos. Esto subcedió á 26 dias del mes de marzo del propio año. Luego puso don Fernando casa de príncipe, con munchos oficiales y gentiles hombres; dió nuevas conductas á sus oficiales y capitanes, señalándoles largos salarios de á diez, doce, quince mill y veinte mill pesos de oro de á 22 quilates y medio cada peso, que es casi ducado medio, librados en sus cajas y rentas reales del Pirú. Comió desde entonces solo y servíase con cerimonias de príncipe. Cobró alguna gravedad y altivez. Comenzaba sus cartas, conductas y provisiones de esta manera: Don Fernando de Guzman, por la gracia de Dios príncipe de Tierra Firme y de Pirú y del reino de Chile. Y cuando se decia esto en el campo, sus secretarios y todos los más dél se quitaban las gorras, ó lo que tenian en las cabezas, con gran respecto y acatamiento, como si nombraran á nuestro rey y señor natural don Felipe, á quien nuestro Señor guarde, con muncho aumento de hacienda y otros munchos reinos y estados para que castigue desvergüenzas semejantes y atrevimientos, como castigó éste. Cuando se pregonaban estas cosas era con trompetas y atabales. Esta conjuracion y crímen *lesæ majestatis* se firmó por munchas personas del campo sin que osasen hacer otra cosa ni tener libertad para ello aunque quisieran, por haber metido prenda en lo pasado, é por no haber hombre que se osase fiar de otro; y ciertamente entendí de algunos de los que fueron en esta jornada, que habia munchos leales servidores de Su Majestad que si tuvieran de quién se fiar, mataran á Lope de Aguirre y se volvieran á su servicio, como lo hicieron cuando se vieron en libertad, pasándose al campo del rey é haciendo otras cosas de su servicio é contra el tirano é sus desinios, hasta que fué muerto y desbaratado, como se verá en esta historia. Luego hizo don Fernando, antes que saliesen de este pueblo, sargento mayor á Martin Perez, que fué uno de los que se hallaron en la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, aquel que dijimos que diera la estocada á don Juan de Vargas, teniente general del campo, el

cual era uno de los mayores y más aliados amigos del maese del campo Lope de Aguirre; y á Sancho Pizarro, que tenia antes este cargo, le hizo capitan de á caballo. Hasta este pueblo de los Bergantines vinieron muy bien las balsas que habian sacado del astillero, las cuales son de cinco y seis palos gordos y muy livianos, atados juntos. Halláronse buenas para la navegacion del rio. y afirman que muy seguramente podian ir hasta la mar, y que son de poca costa y llevan muncha carga. Los que habemos andado en el Pirú tenemos esto por cosa cierta, por haber visto munchas balsas como éstas navegar en los rios y en la mar por espacio de más de cien leguas desde Payta *y* Sechura hasta Guayaquil, y de allí al puerto de Manta y otros de la costa del Pirú; é los indios de estos puertos é los de la isla de la Puna navegan por mar é rios seguramente con estas balsas, aprovechándose de ellas, ansí en las pesquerias como en llevar mercadurias de unas partes á otras, con remos y velas, y tienen una ventaja á los bergantines, que no tienen necesidad de calafatearse, y con muncha carga surgen en poca agua, que la que más demanda seran dos palmos ó poco más, en los cuales estará surta.

CAPÍTULO XXIX

Cómo se acabaron de hacer los bergantines, y la órden y traza que se daba en ir sobre el Pirú, y otras cosas que imaginaban.

Tres meses ó poco menos se detuvieron en este pueblo, en los cuales hicieron dos bergantines rasos y sin cubiertas, grandes y buenos, que afirmaban que se pudiera bien armar sobre cada uno más de trescientas toneladas, con los cuales partieron de allí con propósito de tiranizar el Pirú, como lo habian firmado, y la traza que en esto daban era en la forma siguiente: procurando salir con toda la brevedad á la mar que les fuese posible, encaminando su viaje á la isla Margarita, que es la más cercana de las pobladas de españoles, á la boca de este gran rio, y por haber en ella muncha abundancia de bastimentos, de los cuales habian de tomar dentro de tres ó cuatro dias los que hobiesen menester para su viaje hasta Nombre de Dios, de Tierra Firme, que es el puerto y escala de las mercadurías que van de España al Pirú, y donde se embarca todo el oro y plata y otras cosas que de este reino se llevan á España; y antes que llegasen á este puerto habian de tomar allí otro su circunvecino llamado Delsa, donde se desembarcarian para ir á dar de noche sin ser sentidos en el Nombre de Dios, por tierra, dejando sus bergantines á recaudo con gente de guarnicion; y lo primero que habian de hacer, tomar el camino que va de esta ciudad á la de Panamá, 18 leguas adelante, puerto y escala en el mar del Sur, de Pirú é de otras provincias, como son la costa de Nicaragua é Nueva España por la banda de el Sur, y á las islas de la China llamadas por otro nombre las Filipinas, y hasta la muy rica provincia de Chile. Esto pensaban hacer porque de ninguna manera se pudiese dar noticia á Panamá de su llegada y de lo que en el Nombre de Dios subcediese, por evitar que no fuese la nueva del caso al Pirú, para hallarlos desapercebidos. Tomado que hobiesen este paso, estaban determinados dejarle siguro [1] con gente de guarnicion, para que nadie pasase, lo cual era imposible asegurar, porque es todo montaña alta y espesa y tener en ella los negros de aquella tierra munchas sendas que salen al camino real, por donde pudieran dar aviso muy á su salvo sin ser sentidos, y lo propio podian hacer volviendo de Panamá á Nombre de Dios. Hecha esta diligencia habian de dar sobre la ciudad y quemarla y ponerla á saco, matando á todas las personas que se lo quisiesen impedir. Fácil cosa fuera quemar la ciudad, por ser como son todas las casas de tablazon y madera; pero el saquealla tengo por cosa cierta que fuera muy dificultoso, por estar bien apercebida de soldados, municiones y pertrechos, aunque siendo como estos tiranos lo decian, que no se habia de saber su venida, tomándolos de sobresalto, pudieran hacer grandísimo daño y estrago en personas, vidas y haciendas, como á gente ajena y sin sospecha de semejante traicion. Hecho este salto habian de pasar á Panamá sin ser sentidos, donde habian de hacer lo propio y tomar todos los navios de la mar del Sur, y dejando los que hobiesen menester para su viaje y navegacion, habian de quemar los otros, porque no llevasen la nueva al Pirú, y llevar toda la artillería de Nombre de Dios á Panamá, donde habian de hacer una galera y otros navios de armada para ir al Pirú. Allí decian que se les habian de juntar la gente de Veragua y otros munchos perdidos y gente pobre de la tierra, que deseosos de pasar al Pirú los habian de seguir como personas acorraladas y que no tenian licencia para el pasaje; y ansimismo que se les habian de juntar otros mil é más negros, á quien ellos

[1] En el ms., *siguros*.

habian de dar pasaje, armas y libertad; y con estas cosas decian que en breve habian de ser señores del Pirú, como si todo lo tuvieran acabado, que verdaderamente cada una de estas cosas tenia tantas y tan grandes dificultades, que era cosa imposible poderlas acabar; pero como sus locuras y desatinos fueron tan grandes, ya lo tenian por hecho, en tanta manera que con estas vanas esperanzas habian comenzado á repartir entre sí, no solo la tierra é indios, pero aun las mujeres, casas y haciendas de los vecinos della, y cada uno escogia para sí la más hermosa y que más gusto le daba, dejando las viejas y feas para el servicio de los demás; y era tanta la locura, atrevimiento y desvergüenza de algunos del campo, que sin temor de Dios llegaban delante de su malo y nefando príncipe, y decian: Señor, una merced quiero suplicar á vuestra excelencia, y háseme de conceder antes que la diga. El cual respondia con alguna gravedad y arrogancia, aunque con palabras comedidas y de soldadesca: Diga vuestra merced lo que quiere, que *á* los soldados tan buenos como vuestra merced, justo es que no se les niegue nada. Comenzaba á decir: Ya sabe vuestra excelencia lo muncho que he servido en esta jornada, como lo he mostrado con voluntad y obras. Lo mesmo pienso hacer en la que llevamos por delante. Yo estoy aficionado en tal pueblo del Pirú. Allí hay un vecino que se dice fulano; yo le mataré. La merced que tengo suplicado á vuestra excelencia es que me case con su mujer y me dé los indios que tiene de repartimiento. A lo que respondia su loco príncipe sin estado: Eso, téngalo vuestra merced por cierto, y desde agora lo tenga por suyo. Cosa por cierto ridícula y de gran confusion entre hombres cristianos y de razon, pues el uno con vanas lisonjas y por contentar á quien tan poco habia de durar en el vano estado que tenia, como miembro apartado del servicio de Dios y del rey, le daba á entender que todo era suyo y que en lo espiritual y temporal podia disponer á su voluntad como señor dello; y él, como desatinado que daba oidos á semejantes locuras. En el discurso de este tiempo, ni hacian caso de muerte ni de otra cosa que les pudiese subceder en mar ni en tierra, que fuese contra su locura y necedad; que tal fué ella y en tal vino á parar con tan áspera y cruel muerte como le dieron á este desdichado mancebo los propios que le metieron en ello, muriendo con grande infamia, perdiendo la honra y la vida. Todo por su culpa y no haber querido seguir la virtud, haciendo lo que debia á buen caballero, y semejantes tratos no tienen mejores fines; lo cual será justo miren los que llegaren á este paso y al de su muerte, con muncho cuidado, para saber huir semejantes ocasiones, no dejándose engañar de vanos lisonjeros.

CAPÍTULO XXX

Cómo salieron de este pueblo, y cómo dejaron la tierra de su noticia á la mano derecha, tomando por otro brazo del rio, y cómo dieron en un pueblo, y lo que en él les subcedió con la muerte de Pedro Alonso Casco [1].

Con esta mala y dañada voluntad que habemos visto en el capítulo pasado, salieron estos malditos tiranos de el pueblo de los Bergantines, y como la voluntad de Lope de Aguirre y la de otros de su alianza y bando eran tan malas y tan contrarias á lo bueno, parescióles desviarse de la tierra firme de la mano derecha, donde era la noticia de la gran poblazon, y haciéndose allí una grande isla, dividiéndose el rio en dos partes y brazos, tomó el de la mano izquierda, y pareciéndole que si acaso en la tierra firme topasen con las poblazones y buena tierra de que tenian noticia, que se les iria la gente por la poblar y conquistar; y por huir la ocasion y daño que les podia subceder, dejó este camino y tomó el que se ha visto, enviando al capitan Alonso de Montoya con alguna gente, el brazo de la mano derecha, dándole órden que al cabo de aquella isla le aguardaria; que el primero que llegase aguardase á los otros. Y fué ansí que habiendo caminado el rio abajo tres dias y tres noches por despoblado, fueron á dar en un pueblo de pocas casas y munchos mosquitos, en tierra anegadiza de la misma isla. Las casas eran por la mayor parte grandes y cuadradas, cubiertas de hojas de palmas y que hasta allí no se habian visto; y como la gente del pueblo les sintiese venir, se pusieron en huida dejando el pueblo, con lo cual le entraron los españoles con facilidad. Hallaron en él muncho maiz y cazabi y muncho pescado asado y seco en barbacoa, y en el rio se tomaba gran cantidad de pescados con anzuelos. Hicieron los españoles todo su posible por tomar algunos indios amigos, y puesto por obra salieron con ello. Lleváronlos delante de don Fernando, el cual los regaló y dió algunas cosas de juguetes y los soltó libremente para que llevasen la nueva

[1] En el ms., *Carco*.

á los demás, que como los viesen y les contasen el buen tratamiento que habian recebido de los españoles, y les enseñasen lo que les habian dado, acudieron todos los indios al pueblo con munchas cosas de comida á resgatar con los españoles. Es gente desnuda la de esta isla. Las armas que tienen son como las de arriba, y andaban estos indios entre los españoles sin recelo ninguno y rescataban con ellos munchas cosas de comidas por pequeño precio; y por tomar refresco para su viaje y por aguardar á Alonso de Montoya que habia ido por el otro brazo, determinaron quedarse allí ocho dias, ansí por lo dicho como por haber llegado á este pueblo un dia de la Semana Santa, y en él tuvieron la Pascua de Resurreccion, donde á pocos dias que allí estuvieron llegó Montoya con su gente y dieron noticia que habian visto grandes y buenas poblazones en la tierra firme. Subcedió en este pueblo que Pedro Alonso Casco, alguacil mayor que habia sido en el campo, estando descontento por habérselo quitado y no haber hecho caso dél, ni dádole cargo de capitan, como él lo deseaba, tratando un dia con un amigo suyo llamado Villatoro, cuán mal lo hacian con él, y la poca razon que tenian para ello, asiéndose de la barba dijo: *Audaces fortuna juvat*, *timidosque repellit* [1]. Que quiere decir: *A los osados ayuda la fortuna, y á los temerosos abate y menosprecia.* No faltó quien de esto le acusase ante Lope de Aguirre, juntamente con el Villatoro, y sin más informacion los mandó traer ante sí para los matar. Y como lo supiese don Fernando, le envió á decir que no los matase; pero por presto que llegó el recaudo, ya habia hecho dar garrote á Pedro Alonso Casco y estaba muerto, y el Villatoro estaba para otro tanto, aunque por entonces escapó con la vida; pero poco le duró, que despues se la quitó Lope de Aguirre. Ansimismo quitó don Fernando en este pueblo el cargo de alferez general á Alonso de Villena, el cual le tenia desde que mataron al buen gobernador Pedro de Orsúa; para se lo quitar le pusieron por objeto de su persona, diciendo que habia sido criado en el Pirú de algunas personas, y que el cargo que tenia era muy principal y honroso y se habia de dar á quien lo mereciese. Parecióle á don Fernando que Villena quedaba descontento, triste y desabrido, y porque no lo estuviese del todo le hizo su maestresala, haciéndole grandes promesas, dejando por entonces de proveer el cargo de alferez general.

[1] En el ms., *repellet*.

CAPÍTULO XXXI

Cómo salieron de este pueblo y luego dieron en otro, donde determinaron de echar cubiertas á los bergantines, y las comidas y bebidas que en él hallaron.

Pasada la Pascua de Resurreccion salieron de este pueblo sin hacer caso de la noticia que les habia traido el capitan Alonso de Montoya, y siguiendo su viaje, á otro dia siguiente dieron en un muy grande y hermoso pueblo, de los mayores que habian topado despues de Machifaro. Tenia más de dos leguas de largo, á lo que afirman los que lo vieron, tendido sobre la ribera de la mano derecha, aunque era de una calle sola, poblada de una parte y otra. Tenia esta angostura á causa de estar por la otra parte de esta calle, casi toda la largura del pueblo, una laguna ó estero de agua, con la que se hacia entre el rio y esta laguna una larga y angosta loma á manera de isla, de anchura de un tiro de ballesta, y por partes, á más. Luego como dieron vista á este pueblo, determinaron arribar sobre él para ver lo que habia y proveerse de las cosas que en él se hallasen, para su viaje. Como los indios reconociesen el camino que los españoles llevaban y que era con determinacion de saltar en tierra, apercibiéronse, juntándose todos á la una parte del pueblo, dejando la otra con muncha comida de maiz y yuca y pescados secos, y otras frutas y un género de vino bueno, recio y sabroso, en muncha cantidad, de que los indios beben en esta tierra, confícionado con maiz é yuca é otras cosas; todas molidas, é juntas, hechas una manera de mazamorra ó poleadas, las ponen á madurar en unas tinajas de á veinte arrobas, más ó menos, y en estas tinajas hierve como el vino en Castilla, hasta que tiene su punto, y entonces, echanle algun agua más de la con que coció, y lo sacan y cuelan, trasegándolo en otras tinajas, donde vuelve á hervir y asentarse; y es tan fuerte bebida, que si no la templan con agua emborracha como vino. Tuvieron que beber toda la gente del campo, ansí españoles como negros y indios, por algunos dias, porque habia grandes bodegas dello, y por la mala órden que tuvieron y la muncha priesa que se dieron, lo acabaron antes de lo que quisieran, que si lo reglaran, muncho tiempo les durara. Tiene este vino color de aloque de España. Las casas de este pueblo son pequeñas y cuadradas, cubiertas de hojas de cañas. Los indios son gente desnuda. Hay en este pueblo algunos

mosquitos zancudos. Las armas que tienen son como las de arriba. Fuera de lo que toman las casas y algunas sementeras y frutales que están cerca dellas, es anegadizo, aunque pasado el estero hay muncha y buena campaña rasa de munchas sementeras y frutales, algodon y agí, munchas yucas y batatas y ñames y calabazas. Luego como los indios vieron á los españoles aposentados en sus casas, vinieron á rescatar con ellos con tanta amistad como si toda su vida hobieran tratado con ellos, y esto lo causaba la nueva que corria de unos pueblos á otros. Mostrábanse muy familiares con los españoles, y por rescate les traian pescado, maiz, frutas y puercos de monte, y de todo lo que habia en la tierra, y aun se alquilaban para moler y hacer pan y para todas las cosas que los habian menester, de su voluntad, y ellos propios se metian en los ranchos de los españoles donde estaban aposentados, ó por mejor decir en sus propias casas de los indios. Eran subtilíssimos ladrones, en tanta manera que de noche hurtaban á los españoles las ropas de las cabeceras y las armas y todo cuanto podian haber á las manos, sin que se les pudiese defender; de cuya causa los soldados los trataban muy cruel y ásperamente, matando á munchos dellos á estocadas, cuchilladas y arcabuzazos, y á otros ponian en prisiones, y no por eso dejaban de venir otros ordinariamente al rescate, como personas que le tenian en muncho, siendo como todo era poco y de poquito valor, por ser como eran cuentecillas de vidrio, trompas, peines, cuchillos, tijeras y cascabeles, lo cual ellos tenian en muncha estima por no haberse visto entre ellos cosas semejantes, y con sus rescates que traian rescataban algunos de los presos. Es gente la de esta tierra de buena masa y digestion; si no fuesen tan ladrones, se harian grandes servicios de ellos. Hay en este pueblo munchas pavas grandes y gordas por los campos, y munchos patos, puercos de monte y dantas, que son como vacas de año y medio, toda buena carne y sabrosa. Halláronse en este pueblo muy buenas y largas vigas de cedro que los indios dél tenian juntas para hacer dellas sus canoas para sus tratos y navegaciones, y como se halló tan buen aparejo, determinaron alzar y echar cubiertas á los bergantines para que con más seguridad se pudiese navegar por la mar echándoles su lastre en ellos y ensanchándolos por lo alto para que más holgadamente cupiese la gente. Comenzóse á hacer esta obra de los bergantines como se habia propuesto, trabajando en aserrar vigas y hacer tablazon, en lo que se ocupaban los oficiales y negros del campo y aun algunos de los españoles por ganar crédito con Lope de Aguirre, y en poco más de un mes, con la muncha priesa que se dieron y con el buen recaudo que tenian, ensancharon é iban dando cubiertas á los bergantines é íbanlos calafeteando con algodon que los indios les dieron para este efecto, y en lugar de brea les echaban de un betun revuelto con manteca de pescado, que le hallaron bueno para este efecto. Dejaremos la obra de los bergantines en este estado, que aun no estaba acabada de todo punto, por ir siguiendo la historia y subcesos de tanta lástima y crueldad como se ofrecieron en el entretanto que esta obra se iba acabando.

CAPÍTULO XXXII

Cómo don Fernando de Guzman hizo llamar á consulta de guerra, dejando fuera della á Lope de Aguirre y sus aliados, y el razonamiento que hizo y la buena respuesta que tuvo de la gente del real.

Como Lope de Aguirre era tan astuto, sagaz y avisado en cualquier género de malicia y traicion, parecíale que en ninguna parte estaba seguro, por tener como tenia munchos enemigos en el campo, á causa de sus muchas y grandes crueldades, y por esta razon ordenó en este pueblo la rancheria y alojamiento por la órden y manera siguiente: A don Fernando de Guzman, con toda su casa, oficiales y gentiles hombres della, con todos los demás sus allegados, en una parte del pueblo, á la banda de abajo, bien un cuarto de legua al principio dél; y a sí propio, con sus amigos y personas que en todas las ocasiones que se ofrecian metian prenda, de quien por estas razones y otras tenia entera satisfacion y seguridad que no le faltarian en lo que las hobiese menester, un poco más arriba, previniéndose juntamente de tener á la mano junto á sí los bergantines con la municion y cosas de guerra. La demás gente neutral que ni del todo estaba saneada, antes receloso della, ésta alojó en el principio del pueblo, quedándose él y sus amigos y aliados en medio de los unos y otros para que no se pudiesen comunicar con su malo y sin fundamento príncipe sin que él fuese sabidor dello, recelándose no le subcediese algun daño sin que lo sintiese, de que andaba muy temeroso y sobre el aviso. Estando el campo repartido en la manera que se ha visto, parece ser que como don Fernando se viese con todos sus amigos jun-

tos y á su lado, y apartado algun tanto de Lope de Aguirre, volvió sobre sí y consideró el mal camino que llevaba y la traicion que habia cometido contra su rey y señor natural, habiéndole muerto á Pedro de Orsúa su gobernador; y juntamente con esto las grandes crueldades que en el campo hacian con tantas muertes, en deservicio de Dios, y quisiera, si le fuera posible, dar algun corte en esto, de manera que todo cesara y de una voluntad se redujeran y volvieran al servicio del rey, poniéndose debajo de su clemencia, proteccion y amparo, *y* para que con más benignidad se hobiera con ellos, poblalle y conquistalle aquella tierra, pareciéndole éste buen camino, como en efecto era el mejor que en semejante tiempo se pudiera tomar, aunque era tarde por haber sucedido muchos y grandes desacatos, conjuraciones y alevosias contra el servicio de Dios y del rey; pero con todo esto se excusaran muchas más que de allí adelante hobo, mezcladas con grandíssimas crueldades repentinas y arrebatadas muertes que se dieron, unas á servidores de Su Majestad y á clérigos y frailes, y otras á algunas personas que por justo juicio de Dios les venian sin pensar, que les parecia que andaban más pujantes y favorecidos por haber sido los principales movedores de todas las alteraciones y revueltas que habian subcedido en el campo. En efeto, con esta determinacion y propósito acordó don Fernando de llamar un dia á consejo de guerra, dejando fuera dél á Lope de Aguirre y sus aliados, y teniendo junto en su casa todo el resto del campo, les hizo el razonamiento siguiente: Caballeros, señores y amigos mios: muchas veces me he puesto á considerar el camino y pasos que llevamos, y que somos españoles, aunque malos y grandes pecadores, pues nuestros grandes pecados nos han traido al infelice y desastrado punto en que nos vemos, siendo como somos españoles, hijos de limpia y católica gente, muy leales y obedientes á los mandamientos de Nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana, y por consiguiente á los de nuestro rey y señor natural don Felipe, á quien Dios prospere con muy largos años y grande aumento de estados. Pasamos á estas partes de las Indias y venimos á esta jornada por ensanchar su real corona y ganar honra y fama para nuestras personas y subcesores, quedando muy ricos y prósperos y de buena suerte, conquistando y poblando esta tierra en su servicio, en compañía de Pedro de Orsúa, á quien nos dió por gobernador y capitan general el marques de Cañete, visorrey del Pirú, y habiéndole de tener y respetar por tal, no lo hicimos ansí; antes munchos de los presentes fuimos á matarle con gran crueldad, é yo el primero y más principal de todos los que aquí estamos, de donde han subcedido tantas y tan desastradas muertes de mis parientes y amigos, como todos, señores, habemos visto; de lo que estoy entrañablemente arrepentido, y pluguiera á Dios Todopoderoso hobiera yo sido el muerto y Pedro de Orsúa viviera, para que tantos daños se hubieran excusado. Pero ya esto no tiene remedio, como cosa pasada. Si vosotros, señores, quisierdes ponerle en lo venidero de manera que cesasen otros daños que se podrian recrecer de no tomar el bueno y verdadero camino, arrepintiéndonos de lo hecho, enmendando lo venidero, para este efecto os he hecho, señores, juntar, para tomar el consejo y parecer de todos; que el mio es que nos volvamos unánimes y conformes al servicio de Su Majestad, y volviéndonos á él conquistemos y poblemos esta tierra en su servicio, dándole aviso de lo que en ella hemos hecho, y con esto se servirá á Dios y al rey. La ida y viaje que pretendemos hacer al Pirú es muy larga, de muncho riesgo y peligro en las ánimas y vidas, y cuando nos subcediese todo como lo hemos trazado y que ningun estorbo ni impedimento tuviésemos, no puede dejar de haber muchas muertes, así de una parte como de la contraria, defendiendo sus vidas, honras y haciendas con justo y derecho título. Vamos contra toda razon y justicia, contra españoles de nuestro natural, y por ventura contra nuestros hermanos, deudos y parientes, como es notorio, porque muchos de los que aquí estamos los tenemos allá. Ha de haber muchos robos de iglesias, hospitales y monasterios; muchos estupros de honestas y recogidas doncellas; muchas infamias de honradas y leales mujeres, viudas y [1] casadas. No es justo, ni Dios lo permita, ni quiera, que yo sea caudillo de semejantes insultos y desafueros. Más quiero morir que proseguir en un tan maldito y abominable propósito. En vuestro poder estoy. Lo que, señores, os ruego, es que, como amigos, antes me deis la muerte que consentir que yo tenga tan malo y atroz mando. Que si me matáredes, yo desde agora os perdono, y pido por merced á mis deudos hagan lo propio, que para el efeto vengo dispuesto y aparejado, habiendo confesado mis pecados, y suplico á Dios me los perdone é haya mérito de mi ánima. No con pocas lágrimas decia don Fernando estas tan sentidas palabras, que

[1] En el ms., *ni*.

fueron causa de mover los corazones endurecidos de algunos de los que allí estaban, en tanta manera que muchos de los que se hallaron presentes, con tan alegre y regocijado razonamiento para ellos, no podian contener las lágrimas, con que daban testimonio cuán bien sentian del negocio y el buen modo que don Fernando deseaba tomar en tan errado camino como llevaban; y habiendo don Fernando dado fin á su tan lastimoso y contemplativo razonamiento que traia por escrito y se halló entre sus papeles, respondieron algunos por todos, diciendo ansí: Señor don Fernando, no se puede negar ninguna de las cosas que vuestra merced nos ha dicho y propuesto, pues tiene la verdad tanta fuerza que con ella se convence nuestros malos pasos, y Dios nos es testigo si algunos ó todos los que aquí estamos quisiéramos haberlo puesto por obra muchos dias ha, pero no nos hemos osado determinar ni declarar por no saber la voluntad de vuestra merced, ni saber de quién podernos fiar, y haber visto que por muy pequeñas ocasiones han perdido las vidas muchos de nuestros amigos, las cuales hemos querido guardar para semejante ocasion, empleándolas en servicio de Dios y del rey y sirviendo á vuestra merced en tan buen propósito. Y más vale tarde que nunca, pues Dios y el rey son misericordiosos y Su Majestad nos hará merced otorgándonos las vidas, y cuando nos las mandare quitar, queremos más morir por su mando volviéndonos á su servicio que no en poder de tiranos, con mayor infamia, con riesgo de perder las ánimas, muriendo en pecado mortal y sin confision, como han hecho otros muchos de los que venian en nuestra compañia. Y por ser tarde y no poderse tomar acuerdo en la órden que se habia de tener para conseguir este buen principio, lo dejaron en este estado, encargando el secreto de todo, de manera que no lo entendiese Lope de Aguirre, tratando que para otro dia siguiente á la hora que se habia entrado en aquella consulta, viniesen todos á tener otra, donde se habia de dar órden y traza para acabar de resumirse y ponerlo en el concierto que conviniese.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo Lope de Aguirre sintió mucho no haberle llamado á la consulta pasada, y cómo se hizo la segunda consulta, y la traza que se dió para conseguir el deseo que tenian de volverse al servicio del rey.

Grandísimamente sintió Lope de Aguirre no haberle llamado á la consulta pasada, de que quedó con gran temor y desabrimiento, entendiendo que todo lo que en ella se habia tratado habia sido contra él y sus amigos y aliados, pues á todos los habian dejado fuera; y como era tan avisado y cauteloso, sin dar á entender que hacia sentimiento ni mostraba pesadumbre dello, con el gran recelo y sospecha que cobró se fué despues de la consulta acabada á visitar á don Fernando, con algunos de sus amigos, por ver si podria descubrir algo del pecho de don Fernando, y por no darle á entender que estaba sentido de semejante novedad, por asegurarle, para más á su salvo hacer su hecho, urdiendo de las suyas, que en extremo era astuto y sagaz en ardides y marañas para traer las cosas á su voluntad, que en pretendiendo cualquiera cosa, ora fuese por fuerza, ora por maña, habia de salir con ella. Entre los dos hobo muy buenas y cautelosas razones, de la una parte á la otra, con grandes lisonjas, tocando en su pretension y jornada contra el Pirú, y cuán bien fundada llevaba su intencion y justicia, que todo era cual fué el fin que tuvieron, que semejantes locuras y desatinos como éstos no pueden parar en bien. Con estas sus lisonjas, pensando don Fernando en ganar á Lope de Aguirre, fué el engañado, porque como Lope de Aguirre andaba sobresaltado, aquella propia noche, despues de haberse despedido de don Fernando, amonestó á sus amigos diciéndoles que el haberse juntado don Fernando á consulta sin haberlos llamado, ni haber hecho caso dellos, no habia sido sin gran causa, pues para ellos era cosa tan nueva que sin duda ninguna les trataban la muerte, y que era de parecer que todos estuviesen alerta y apercebidos para vender bien sus vidas, y no saliesen un punto de lo que él les ordenase; juntamente con esto procuró adquirir y juntar nuevos amigos. Toda aquella noche ansimismo comenzó á hacer una compañia de cuarenta hombres para si, los más bien armados y apercebidos del campo, todos sus amigos, personas de grandes prendas en todas las revueltas y cosas pasadas, que por ninguna manera le podian dejar de seguir y morir con él, como lo hicieron; y la demás gente repartió entre los otros capitanes del campo, igualmente, sin que el uno tuviese un soldado solo más que el otro, que hasta en esto era tan taimado y cauteloso. Debajo desta trama quiso asegurar á todos para salir con su traicion y mal propósito al cabo, como lo hizo; y ya se ha visto cómo quedó concertado entre don Fernando y los suyos de hacer segunda consulta para el dia siguiente, en la cual habian de resolver la

órden que habian de tener, y llegada la hora se juntaron todos en casa de su general, sin hacer caso de llamar á ella á Lope de Aguirre ni á ninguno de sus aliados. Llegados que fueron, comenzó don Fernando á hablarles: A todos es notorio para lo que nos hemos juntado en esta hora, pues quedamos ayer de acuerdo de venir á resolvernos en lo que debemos hacer para salir del mal camino que llevamos en deservicio de Dios y del rey, reduciéndonos al bueno, leal y verdadero, excusando tantas y tan escandalosas muertes y con tanta crueldad como hemos visto por nuestros pecados ejecutadas en nuestros míseros amigos, y ninguno de los que aquí estamos tiene la suya sigura en tiempo de tanta desventura y calamidad. Justo es, caballeros, que lo miremos como españoles, y mirándolo ansí lo ejecutemos con obras que den verdadero testimonio y claridad de nuestro buen deseo. Y á mi ver, el principio que en esto hemos de tener seria atraer á Lope de Aguirre con buenas y amorosas palabras, poniéndole por delante lo muncho que perdemos en querer proseguir y llevar adelante nuestro mal propósito. Lo muncho que se ofende á Dios y al rey. La total destruicion y ruina que en este poco de tiempo que ha que nos apartamos de la razon ha causado entre nuestros compañeros y amigos; conforme á lo que hemos visto y á lo que cada dia sucede, nos hemos de ir acabando y consumiendo los unos á los otros, sin que puedan quedar para que sigamos la guerra del Pirú, ni aun para nos poder defender de quien nos quiera hacer daño. Con tantas y tan buenas amonestaciones no es posible sino que hombre de tan bueno y claro juicio, tan bien nacido y de tan buen término, de tan buena tierra y nacion, caiga en la verdadera cuenta y venga en la razon. Miradlo, amigos, como españoles, como buenos y obedientes españoles, aficionados y servidores de su rey. No aguardemos más tiempo en tan mal estado como estamos, ni aventuremos más nuestras vidas, con tanta infamia de nuestras personas. A todos parecieron bien las justas palabras y amorosas razones de don Fernando, á lo cual respondieron que su determinacion y parecer era muy bueno, santo y justo y muy loable consejo, y como á tal lo querian seguir, pero que hallaban una gran dificultad para conseguir su buen fin, que era estar Lope de Aguirre de por medio, el cual estaba tan metido en la guerra del Pirú y tenia tantos y tan graves delitos acuestas, causados de aquella mísera jornada, con tantas, tan carniceras y crueles muertes, que tenian por cosa imposible poderle atraer á su buen propósito, y si se lo tratasen y no venia en ello, habia de procurar destruirlos y asolarlos poco á poco con sus tiranias y crueles astucias. Y para que no viniese á este término, les seria el más siguro y saludable consejo llamarle á la consulta que estaban haciendo, y en ella le matasen; que con su muerte quedaba todo seguro y llano para dar principio á su buen propósito y acertado camino, y para que por ninguna manera se le tratase de concierto, que tratándoselo estaban ciertos los habia de engañar con palabras y lisonjas, otorgando á todo lo que le pidiesen, por salir de allí con la vida, para quitalles á ellos las suyas. Muchos de los que estaban presentes tuvieron éste por el mejor medio y el más acertado que se podia tener matarle en aquella ocasion, enviándole á llamar á la consulta, y decian que no se debia dilatar para más tiempo, porque no viniese á su noticia y perdiesen tan buen aparejo y coyuntura como tenian, pues si la perdian estaban seguros, si venia á su noticia de Lope de Aguirre, se lo habian de pagar no menos que con las vidas. Y haciéndose por aquella órden era muy á su salvo y sin daño ni peligro de sus vidas. Muy bien pareció á don Fernando este parecer, que extrañamente aborrecia el peligro y quisiera que luego se pusiera por obra; pero como esto no habia de ser, salió Alonso de Montoya, capitan y persona principal, en la consulta, diciendo que tenia por cosa acertada lo que se habia tratado, pero que era de mucha dificultad el matarle de aquella manera, porque Lope de Aguirre tenia munchos amigos consigo y siempre estaba muy apercebido para cualquier sobresalto que le viniese, y ansí lo estaba en el que tenian presente, pues estaban con él fuera de la consulta algunas personas sospechosas, las cuales de fuerza habian de venir con él, y serian muncha causa de escándalo y alboroto y se causarian munchas muertes, las cuales se habian de excusar, dejando el hecho para otra mejor ocasion y coyuntura, la cual seria acabados que fuesen los bergantines; é yendo navegando, Lope de Aguirre habia de ir á visitar á su príncipe á su bergantin, como otras veces lo solia hacer, y allí le podrian matar sin ningun riesgo. Este tuvieron todos por el mejor y más acomodado consejo, y encomendando el secreto á todos se acabó la consulta, quedando acordado de matar á Lope de Aguirre, como se ha oido, perdiendo la ocasion tan buena como tenian entre manos, la cual, aunque don Fernando la tuvo mejor, no quiso aprovecharse della,

por guardar el consejo de Alonso de Montoya, que á munchos costó las vidas y entre ellos al propio Montoya y á don Fernando y á otros munchos, que parece que era justo juicio de Dios que no viniesen á concordarse en nada porque pagasen las vidas que habian quitado y sido causa que otros quitasen en el discurso de [1] sus obstinadas y malas voluntades, y con el mismo rigor se las quitasen á ellos, como de allí adelante se las quitaron los unos á los otros con extraña crueldad, como la historia nos lo irá contando todo por su órden.

CAPÍTULO XXXIV

De las astucias que Lope de Aguirre tenia en asegurarse, y cómo prendió á Gonzalo Duarte, mayordomo mayor de don Fernando, para le matar, y cómo se lo quitó don Fernando, y las razones que tuvo Gonzalo Duarte por donde quedaron amigos él y Lope de Aguirre.

En este tiempo, viendo Lope de Aguirre que se habian hecho dos consultas sin haberle llamado á ellas, acabó de satisfacerse de que era contra él, y para asegurarse, habiendo repartido la gente del campo en sus compañias, igualmente, como se ha visto en los capítulos antes deste, procuraba poco á poco atraer á la suya algunas personas de las otras, con promesas, y aun dando órden cómo los que se le juntaban fuesen reservados de los trabajos y faenas ordinarias, y ansimismo dándoles las mejores armas de cotas y cascos y celadas del campo, con lo cual se le juntaban cada dia más, y á los que no se le llegaban les quitaba las armas que tenian, fingiendo que eran descuidados, ó que habian cometido delitos, y éstas daba á sus amigos y á los de su compañia, los cuales eran herederos forzosos y universales de los que morian en el campo y de los míseros que mataba, con lo cual comenzó este tirano á ensoberbecerse en tal manera, que no queria que su triste y miserable don Fernando, á quien él habia jurado por príncipe y hecho jurar á los demás, le fuese á la mano, ni le reprehendiese cosa de cuantas queria hacer, que él lo queria ordenar todo á su voluntad; y con esta determinacion y soberbia quiso matar aquí á Gonzalo Duarte, mayordomo mayor de su infelice y desventurado príncipe, que ansi se puede llamar, pues fué tanta su locura y desvanecimiento, que con tanta infamia suya tomase nombre de tal, ni aun se atreviese á ponerlo en su imaginacion, pues era contra su rey y señor natural, y cuando él cayó en la cuenta, ni él se dió maña, ni pudo remediarlo, como se verá; y aunque pudiera, era ya tanto el atrevimiento y desvergüenza que habia tenido y los delitos que habia cometido, que no tenia excusa ni justificacion con el rey, aunque si aquí matara á Lope de Aguirre, cosa cierta es que excusara muchas muertes, costas y daños que despues se recrecieron, pues por su causa estuvieron en aquella sazon turbadas y puestas en armas las ciudades de Santa Marta, Cartagena, Nombre de Dios y Panamá, del reino de Tierra Firme, con toda la gobernacion de Venezuela y Cabo Canela, las islas de Cuba y Santo Domingo, Jamáica, con la Habana, y la Margarita, que llevó la peor parte. Todo el nuevo reino de Granada, con la gobernacion de Popayán, y todo el reino del Pirú, con la rica, fertil y abundosa provincia de Chile que corre toda esta tierra, desde el mar Océano del Norte, hasta el estrecho y angostura de Magallanes, por donde se comunica este mar con el del Sur, por espacio de más de 1.200 leguas de tierra, que hoy están sujetas al muy alto y potentísimo defensor de la fé don Felipe II deste nombre, rey de la potentísima España, gran guerrera, conquistadora y pobladora deste nuevo mundo y del de la Nueva España, que en grandezas de tierra y multitud de gente y riquezas excede á la propia su dominadora y conquistadora España, en tierra, en más de 1.500 leguas mayor; en multitud de gente, es cosa increible, en tanto número cuanto es mayor la tierra que las islas del mar, en que se entiende que hay más ó tanta que en España, Francia é Inglaterra, Flandes, Escocia y Bohemia é Italia. Las riquezas dél á todo el mundo son notorias por su grandísimo valor, como se vee cada año en la grande é insigne ciudad de Sanlúcar, donde van á desembarcar tanta cantidad de barras de plata y tejos de oro, y tanto número de perlas y finísimas esmeraldas, que su valor no se puede estimar, sin otras muchas ricas mercadurias que van de aquestas partes. Todo lo cual tuvo en gran turbacion puesto este atrevido, loco y desatinado tirano, y no porque le temiesen, sino por hacer lo que debian en servicio de su rey y señor natural, velando sus tierras para le resistir la entrada dellas, como lo hicieron dándole el pago que su grande locura mereció, como la Historia lo contará á su tiempo y lugar. Estando este tirano con la determinacion que habemos dicho de matar á Gonzalo Duarte por

[1] Tachado: *munchas*.

odio y enemistad que le tenia por ser tan aprobado de don Fernando, y ansimesmo porque siéndolo tanto le habia pedido una provision para se exentar de la jurisdicion de Lope de Aguirre, diciendo que le tenia por su capital enemigo, la cual le habia dado don Fernando muy cumplida, aunque le aprovechó poco, porque con ella le vino á matar, colgándosela al pescuezo como por menosprecio. Enojado Lope de Aguirre desta exencion de Gonzalo Duarte y de algunas libertades que contra él tenia, por esta causa determinó un dia de matarle, y para el efecto le prendió en presencia de don Fernando. Preso que le hobo, pareciendo mal á todos un atrevimiento y desvergüenza tan grande, no lo pudo disimular don Fernando, y ansí se le quitó de entre las manos, diciéndole algunas blandas y amorosas palabras, procurándole aplacar; decia que él queria ver las causas que tenia para prender y matar á su mayordomo mayor Gonzalo Duarte, y que aunque fuesen muchas, seria cosa justa comunicarlas con él; y era tanta la pasion, cólera y enojo que desto recibió Lope de Aguirre, que sin mirar á más, ni á lo que le podia suceder, de puro coraje se tendió en el suelo, delante de don Fernando, echando mano á la espada que tenia en la cinta, y con palabras atrevidas y de gran soberbia le dijo: No consienta Vuestra Excelencia que se me quite este prisionero é yo deje de hacer justicia dél, que esto es lo que conviene á su servicio, y que no se levantaria de allí hasta que se le entregase; donde no, que tenia por mejor que con aquella su espada le cortase la cabeza. Don Fernando le respondió que él se informaria y haria justicia, en lo cual hizo gran yerro don Fernando en no se la cortar aprovechándose de tan buena coyuntura como le había venido á las manos, con que lo pudiera bien hacer y salirse con ello, la cual nunca despues tuvo; antes Lope de Aguirre se guardó tanto dél y procuró hacer su negocio de tal manera, que en breve tiempo mató á don Fernando y á sus amigos, levantándose á sí propio por cabeza del campo. Viendo los capitanes este negocio y la furia y cólera de Lope de Aguirre, y que todavia estaba tendido en el suelo, se llegaron á él y levantándole le rogaron que fuese amigo de Gonzalo Duarte, el cual, estando presente, y deseando mucho la amistad de Lope de Aguirre, por atraelle á ella le echó un cargo bien grande y malo, descubriendo un secreto que hasta allí no se habia sabido, diciendo en presencia de todos: Bien sabe Lope de Aguirre que en el tiempo que me hobo menester, ninguno le fué mejor amigo que yo, pues trató conmigo la muerte de Pedro de Orsúa y se lo tuve yo secreto hasta que se la dimos, en lo cual concertamos que el príncipe mi señor fuese general, y él maese de campo, y á mí me prometió hacer capitan; y donde habia semejante prueba de amistad, justo fuera que aunque hobiera en mí algun yerro, pasara y disimulara con él, pues hasta la hora en que estamos no he descubierto tal. A lo cual respondió Lope de Aguirre: Por cierto que Duarte tiene razon en lo que dice, y es gran verdad lo que ha contado. Y á mí me ha cegado pasion y enojo, pero yo le prometo de serle bueno y verdadero amigo de aquí adelante. Y abriendo los brazos se fué para él y le abrazó, y Gonzalo Duarte hizo lo propio con Lope de Aguirre, quedando por entonces grandes amigos, aunque no en el corazon de Lope de Aguirre, que por no haber podido salir con lo que pretendia usó deste remedio tan cauteloso para mejor aprovecharse del tiempo, como adelante lo mostró. Y si esto que aquí pasó fué verdad, como lo confesó Lope de Aguirre, grandísima fué la culpa que tuvo Gonzalo Duarte en no avisar á Pedro de Orúsa, que le tenia por grande amigo y hacia mucho caso dél en el campo; pero el tiempo le dió el castigo, parando en mal con desastrada y cruel muerte que le dió Lope de Aguirre, porque no quedase su delito sin la pena que merecía en haber sido traidor á su amigo, no le descubriendo la traicion que contra él se trataba, pues con descubrírsela fuera galardonado, tenido y estimado entre todos, y conservara la vida para servir á Dios y al rey con ella; y lo que no quiso hacer con tanta honra suya, volvió á pagar con grande infamia, perdiendo la vida, y plegue á Dios no haya perdido el alma, que es lo que más se ha de sentir.

CAPÌTULO XXXV

Cómo Lope de Aguirre mató á Lorenzo de Zalduendo, capitan de la guarda, delante de don Fernando, y luego hizo matar á doña Ines á estocadas y puñaladas.

Algunos dias antes que se acabasen los bergantines de todo punto, quiso Lorenzo de Zalduendo, capitan de la guardia de don Fernando de Guzman, tomar lugar en ellos para doña Inés, de quien nos ha contado la historia que venia en esta jornada con Pedro de Orsúa, por cuya muerte la servia este capitan Zalduendo, y ansimesmo quiso tomar lugar para otra doña Maria de Soto-

mayor, mestiza, su comadre, para que en ellos fuesen bien acomodados en su viaje; y para tomar posesion dellos y que nadie se los quitase, enviaba Lorenzo de Zalduendo dos colchones, con unos negros. Como los viese llevar Lope de Aguirre, sin que le hobiesen pedido licencia para ello, preguntó quién los enviaba y para qué eran, y como se lo dijeron, parecióle que era caso de menos valor que donde él estaba se atreviese nadie á hacer cabeza de juego, ni quererse aventurar sin su licencia. No consintió que los colchones se metiesen en los bergantines Haciéndolos volver, envió á decir á Lorenzo de Zalduendo que no habia lugar para ponerlos; que la gente era muncha y ocupaban tanto que no queria que los metiesen dentro. Ya entre los dos habia algunas cosquillas. Con esta tan seca respuesta recibió Lorenzo de Zalduendo tanta mohina que no lo pudiendo bien sufrir, arronjó en el suelo una lanza que tenia en las manos, diciendo delante las dos mujeres cuyos eran los colchones, y de otros que allí estaban: *Pese á tal con Lope de Aguirre; mercedes me ha él de hacer á mí. Vivamos sin él, ya que no se puede sufrir sus insolencias y demasias.* Juntose con esto que un dia antes, habiéndose muerto una moza de la propia doña Ines, y estándola enterrando, dijo: *Dios te perdone, hija mia, que antes de munchos dias tendrás munchos compañeros.* Todas estas palabras no faltó quien las dijese á Lope de Aguirre, y como él de suyo era cruel y carnicero y andaba sobresaltado con las consultas que se habian hecho sin llamarle á ellas, parecióle que no era tiempo de aguardar otra coyuntura, y habiendo para ellos ruines terceros, que nunca faltan, mayormente donde hay discordias y bandos, apercibió su gente, poniéndola á punto de guerra, y sin más esperar se fué con ella á buscar á Lorenzo de Zalduendo para le matar, de lo cual dieron aviso al miserable Zalduendo, el cual, como lo supiese, fué á buscar el remedio y socorro de don Fernando á su casa donde estaba, suplicándole fuese parte para le librar de las manos de Lope de Aguirre que le queria matar, contándole lo que habia pasado, dándole satisfaccion que habian sido palabras dichas con enojo, como cada dia acaece entre los muy amigos, y no para que Lope de Aguirre las tomase tan á pechos. Don Fernando hizo llamar á su capitan Gonzalo Guiral de Fuentes para que de su parte hablase y apaciguase á Lope de Aguirre, diciéndole que se le quitase el enojo que tenia contra Lorenzo de Zalduendo, que le prometia de hacerlos amigos y conformarlos de tal manera que le fuese muy bueno y leal amigo. Con estas razones salió Gonzalo Guiral á buscar á Lope de Aguirre, y por muncha priesa que se dió le topó en el camino, que iba con su gente armada en busca de Zalduendo para le matar donde quiera que le hallase. Procuró Gonzalo Guiral aplacalle con buenas palabras que le moviesen á piedad y misericordia; pero como habia poca en él, ninguna cosa aprovechaba, y por apartarle de la furia é ímpetu que llevaba le dijo: *Pues ¿cómo, señor maese de campo, es posible que en una cosa que yo suplico á vuestra merced, siendo su servidor, no reporta su cólera? é ya que esto no se haga por mí, es justo que se mire que Lorenzo de Zalduendo está con don Fernando de Guzman, á quien todos hemos jurado por nuestro príncipe, y hásele de tener respeto para no hacer en su presencia cosa que se tenga á demasia.* Era tanta la soberbia y locura que Lope de Aguirre llevaba, y el enojo con que iba, que parecia que llevaba revestido el demonio en el cuerpo, y con palabras luciferinas respondió: *En semejante tiempo no es menester tener respeto, ni amistad con nadie, y palabras tan atrevidas y desvergonzadas como las de Lorenzo de Zalduendo, no se pueden castigar con menos que con quitarle la vida, porque á él sea castigo y á todos ejemplo para que entiendan que no se han de desvergonzar á su maese de campo, que es la segunda persona deste ejército, en cuyo perjuicio y deshonor se trató lo que contra mí dijo éste. Donde estuviere, cueste lo que costase, venga lo que viniere, que ni don Fernando ni todos cuantos son juntos no me lo han de quitar de entre las manos sin que en ellas pierda la vida en pago de su loco atrevimiento y demasiada desvergüenza.* Y á todo esto no paró un solo paso, sino andando y hablando, hasta que llegó á casa de su loco príncipe, donde estaba Lorenzo de Zalduendo suplicándole que le defendiese de Lope de Aguirre y de su furia, y si fuese menester para ello, apedillase su gente. Don Fernando mandó á Lope de Aguirre que no le matase, y de que no bastó por esta via, procuró aplacalle con ruegos; pero el malvado tirano, que de nada se dolia, ni tenia respeto á su príncipe, se fué para él con una furia infernal, mandando á los que con él iban hiciesen lo propio, y allí le mataron á estocadas y puñaladas, á los pies de su desastrado príncipe, que tal fué pues no pudo libralle de sus matadores, ni aun á sí propio, que dentro de pocos dias le mató con la propia crueldad. Luego, en acabándole de matar, mandó á un sargento suyo, llamado

Anton Llamoso, natural portugués, zapatero, el más cruel, endemoniado tirano que los hombres han visto, ministro de Satanás y de todas ó las más muertes que este traidor daba, y á otro Francisco de Carrion, mestizo (que este nombre de mestizo ó mestiza quiere decir hombre ó mujer, hijo ó hija de español é india, ó de indio y mujer castellana) para que con la mesma crueldad que habian muerto á Lorenzo de Zalduendo matasen á doña Ines, su dama, para que con sus muertes se comenzase á cumplir el pronóstico que ella propia habia echado al tiempo que estaba enterrando á su criada. No fueron nada perezosos los dos crueles sayones, que en un punto llegaron á su casa, y sin dejarla confesar ni pedir perdon á Dios de sus pecados, le dieron tantas, tan crueles y lastimosas estocadas y puñaladas que le traspasaron las entrañas, con que la desdichada doña Ines cayó tendida al suelo, bañándose y revolcándose en su propia sangre, que era gran lástima de la ver; y aún no habia acabado de espirar, cuando estos malaventurados matadores, con ánimos endemoniados le quitaron las llaves que tenia y se fueron á sus cofres y cajas y le robaron todas sus joyas y todo cuanto tenia; cosa, por cierto, indigna de hombres españoles y de su profesion, pero conforme á los pasos que traian, ansí hacian las obras que parecia que de todo punto estaban olvidados del nombre de españoles, pues entre gente bárbara no se hicieran más crueldades que entre estos malaventurados se hacian contra sí propios, siendo todos de un natural; y de tal manera se habian los unos con los otros, que el que hoy parecia que estaba más privado, mañana estaba muerto con semejante muerte y crueldad como las que se han visto y las que adelante se verán. No contento Lope de Aguirre con la desvergüenza pasada de haber muerto á Lorenzo de Zalduendo delante de don Fernando de Guzman, le dijo palabras muy feas y desacatadas, con tanta soberbia y atrevimiento, que á todos ponia espanto, diciéndole que de allí adelante no se habia de fiar de hombre sevillano, y que mirase por sí, que lo mismo haria él, y si le llamase á consulta de guerra, que habia de llevar en su compañia cincuenta amigos bien armados; y pues hacia tanto caso de Gonzalo Duarte su mayordomo mayor, y de sus consejos y pareceres, que le seria mejor gustar de los guijarros duros, frios, de Pariacaca, que es una sierra de grandísimo frio, en el Pirú, entre Guadachiri y el valle de Jauja, que comer de los buñuelos que le daba su mayordomo; dándole á entender que seria mejor dejarse guiar y seguir por su consejo, é ir á hacer la guerra del Pirú, que tomar el de Gonzalo Duarte, que era el de poblar aquella tierra. Fué tanto el temor y sobresalto que tomó don Fernando de ver muerto delante de sí á su capitan de la guardia, y de las atrevidas y soberbias palabras que Lope de Aguirre le decia, que no pudiendo más procuró ablandarle con mansas y amorosas razones, en la forma siguiente: Nunca pensara, Lope de Aguirre, que hombre de tanta suerte y valor fiara tan poco de mí, entendiendo que no hay cosa en esta vida que á vuestra merced le conviniera que yo no la hiciera, y para castigar á Lorenzo de Zalduendo quisiera que se me hobiera dado parte dello, para que con menos escándalo hobiera hecho en él mayor castigo y más ejemplar. Y para semejantes tiempos es la cordura y discrecion de vuestra merced, y cuando en esto no acudiera yo con las veras que era razon, justamente se pudiera tener queja de mí; pero satisfecho estoy que hasta ahora no he dado ocasion para que la haya. Vuestra merced se reporte y sosiegue, que yo le empeño mi palabra, como caballero, que en todo lo que me hobiere menester me halle tan adelante y tan verdadero y buen amigo cuanto las obras darán el testimonio dello. Como Lope de Aguirre viese tan manso á don Fernando, tan manso y comedido con él, holgóse muncho y quiso satisfacerle de la muerte que habia dado á Lorenzo de Zalduendo en su presencia, diciendo: No se espante vuestra excelencia que yo haya tenido semejante atrevimiento como el que se ha visto, que quien *á* me queria matar á mí siendo tan servidor de vuestra excelencia, le matase, sin poder refrenar ni corregir mi cólera en caso de tan grande atrevimiento y de palabras tan soberbias y desacatadas como Lorenzo de Zalduendo dijo contra la autoridad y cargo que vuestra excelencia me ha dado, haciéndome su maese de campo. Muncho me pesa de haber dado semejante sobresalto á quien tanto deseo servir; pero consuélome con una cosa: que si maté á quien tan bien lo mereció, que era capitan de la guardia de vuestra excelencia, quedo yo vivo para la guardia y custodia, servicio y respeto de vuestra excelencia y de su casa y honor, y antes perderé mil vidas que tenga, que consentir que nadie vaya contra esto, lo cual haré con toda fidelidad, ánimo y voluntad, pues la prometí guardar. Con estas palabras mostró don Fernando quedar satisfecho, aunque era por no poder hacer otra cosa, y ansí, con rostro alegre, aunque turbado, le

rindió las gracias de las nuevas ofertas. Con estas razones se despidieron el uno del otro, quedando don Fernando muy triste y afligido, y desde allí adelante andaba siempre como hombre espantado, demudado el rostro, en tanta manera que nunca más volvió en sí, ni le podian hacer reir ni tener contento aunque se le procuraban dar sus amigos. Parecia que traia la muerte entre los ojos, y no estaba nada engañado, que dentro de pocos dias se la dió Lope de Aguirre en su propia casa, donde habia muerto á Lorenzo de Zalduendo, que con esto le cumplió la promesa que le hizo.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo Gonzalo Guiral de Fuentes y Alonso de Villena, capitanes, descubrieron á Lope de Aguirre la traza que contra él estaba dada para le matar, y las astucias que tenia para adquirir gente, sin dar á entender pasion ni enojo contra nadie, mostrándose familiar con todos.

Como las cosas de Lope de Aguirre eran tan libres y absolutas, tenia con ellas la gente del campo tan amedrentada y sujeta, viendo la poca parte que habia sido don Fernando de Guzman, su príncipe, para resistir y estorbar las muertes de Lorenzo de Zalduendo y doña Inés; parecia á todos, ó los más dellos, que el negocio iba de mala manera, en tanto grado, que ni ellos ni don Fernando tenian las vidas seguras, de cuya causa Gonzalo Guiral de Fuentes, capitan de don Fernando, y otro Alonso de Villena, su maestresala, que se habian hallado en las consultas pasadas donde se habia tratado la órden que se habia de tener en dar la muerte á Lorenzo de Aguirre, pospuesto el respeto que debian á su general y el secreto que se les habia encargado, de donde habia de suceder volverse todo el ejército al servicio de Su Majestad y poblarse aquella tierra, como estaba acordado, determinaron un dia, por asegurar sus vidas, irse á Lope de Aguirre y darle noticia de la órden y traza que estaba dada para le matar, á lo cual se halló presente Pedro Alonso Galeaza, de quien Lope de Aguirre se fiaba mucho, y con palabras halagüeñas y muncha lisonja comenzaron á decir: Muchos dias ha, señor maese de campo, que tenemos á vuestra merced por señor y amigo, como lo hemos demostrado en las ocasiones que se han ofrecido, y en todas las pasadas ninguna se ha visto de tanta importancia y calidad como la que al presente tenemos entre manos, en la cual conviene que se tenga aviso y prevencion para huir la ocasion, pues no va menos que la vida, por estar tratado en las consultas pasadas que se la quiten á vuestra merced. Y declarándole el modo y traza que se habia dado en ello, y quién habia dado el parecer, y los que se habian mostrado contra él, ofreciéronse que ellos serian de su bando y le servirian para conservar su vida é ayudarle á matar á los que lo habian urdido. A lo cual respondió Lope de Aguirre, con blandas y amorosas palabras: Siempre he tenido á vuestras mercedes por caballeros y gente principal y honrada, y los he tratado como á tales, respetándolos, con cargos ó sin ellos, como se ha visto por las obras y amistad que nos hemos tenido. Y agora conozco que no me he engañado en cosa alguna, pues en tiempo de tan gran necesidad han acudido á darme aviso de una tan extraña y atrevida traicion como don Fernando ha querido usar conmigo por haberle yo puesto en el estado en que está, tan á costa mia y riesgo de mi vida, la cual he puesto tantas veces al tablero por amor dél. Tengo en muncho la merced que se me ha hecho y el aviso que se me ha dado, y aceto la que se me hace con el ofrecimiento de mi defensa y castigo de los que contra mí se han conjurado. Y tomo á vuestras mercedes la palabra para que me la cumplan, como caballeros, y empeño la mia delante de Dios en tal manera que en todas las cosas que se les ofrecieren los serviré y anticiparé á todo el ejército, ansí en las cosas graciosas como en las de justicia, sin consentir que por ninguna via ni suerte, por mí ni por otra persona de mi campo les sea hecho agravio ni desafuero, agora ni en ningun tiempo, aunque sepa perder la vida en la defensa dello; y en todo satisfarán las obras á las palabras, y cuando fuere tiempo, yo avisaré lo que se ha de hacer. Y con esto vayan vuestras mercedes con Dios y huélguense y descansen, que yo daré la órden que en todo más convenga. Y desta manera se fueron, dejando allí á Pedro Alonso de Galeaza Muy suspenso y alterado quedó Lope de Aguirre de ver descubierta la trama que contra él habia, que aunque imaginaba parte dello, no podia creer que fuese tanto, sino que don Fernando le quisiese hacer alguna notable afrenta, quitándole el cargo que tenia de maese de campo; y para librarse desta red y asegurar la vida, procuraba asegurar su negocio, el cual ya él tenia el trazado, á lo que se entendió, matando á su príncipe y alzarse á sí propio por general y príncipe de la libertad, que

este era su apellido, por atraer con este negocio á sí toda la gente, y juntamente con esto procuraba granjear más amigos, lo cual hacia con todo el calor y astucias posibles, sin dar á entender enojo ni pesadumbre que tuviese con nadie; antes se hacia más familiar y afable con los capitanes y personas que habian sido en la consulta y conjuracion de matarle, juntamente con don Fernando de Guzman, andando siempre recatado, armado y bien acompañado de sus amigos, de manera que no le pudiesen tomar descuidado. Y en esto tenia tanta solicitud y astucia, que ni de dia, ni de noche, ni á ninguna hora le podian hallar desapercibido, por tener tantos amigos y consejeros en sus tiranias que le guardaban y velaban con muncho cuidado, á los que les hobiera sido harto mejor haberle dado la muerte por evitar tantas y tan crueles como él dió á otros, y entre ellos algunos ó los más de los que le habian sustentado, que con esto les pagaba lo que por él habian hecho, no teniendo otra cosa que darle.

CAPÍTULO XXXVII

Cómo don Fernando mandó llamar á consulta de guerra á Lope de Aguirre, y cómo le envió á decir que no queria ir, y de la muerte cruel que Lope de Aguirre dió á don Fernando de Guzman y al padre Alonso de Henao, clérigo, y á otros capitanes y personas que contra él se habian conjurado.

Muy pocos dias despues que Gonzalo Guiral de Fuentes y Alonso de Villena habian dado á Lope de Aguirre el aviso que se ha visto en el capítulo antes deste, envió don Fernando de Guzman á llamar á Lope de Aguirre á consulta de guerra, diciendo que ya estaba muy cercana la partida, por estar los bergantines acabados de todo punto, y convenia que se juntasen á tratar y comunicar las cosas convenientes para su viaje y buena expedicion de la guerra. A lo cual respondió Lope de Aguirre, con atrevida osadia y desvergüenza, enviando á decir que ni queria ya ni era su voluntad, y que hiciese la consulta con quien habia hecho las dos pasadas, á las cuales no habia querido que él se hallase. Viendo don Fernando respuesta de tanta libertad, procuró abreviar su viaje y mandó aprestar los bergantines, canoas y piraguas que habia, para salir de allí otro dia siguiente, procurando aplacar á Lope de Aguirre por le descuidar y coger en la celada que le tenia armada para matarle yendo navegando, al tiempo que le fuese á visitar á su bergantin, como estaba concertado. Y como Lope de Aguirre viese la presteza con que habia mandado don Fernando apercibir la gente, bergantines y piraguas, para seguir su viaje, otro dia siguiente parecióle que si se embarcaban sin hacer su hecho, con facilidad podria don Fernando ejecutar en él su ira, matándole á él y á sus amigos, por no se poder carear ni aprovechar dellos tan bien en el rio como en tierra. De cuya causa, como astuto y diligente procuró matar á don Fernando aquella noche, y con él á sus capitanes y conjurados, antes que se embarcasen. Para este efecto mandó aquella tarde echar un bando, que so pena de la vida, todas las personas que tuviesen piraguas y canoas las trujesen ant' él para las ver y acomodar en ellas á los soldados y bagajes del campo, para que otro dia siguiente fuesen navegando en compañia del principe su señor. Esto hacia Lope de Aguirre para más le descuidar, por cogerle más solo y seguro. Despues que las tuvo juntas y hubo tomado los nombres de cuyos eran, les mandó debajo de la misma pena estuviesen juntas aquella noche allí cerca de su alojamiento, para ordenarles por la mañana lo que cada uno habia de hacer y lo que habia de llevar. Y aunque en lo público era esto, en lo secreto era muy diferente, porque su intento era tener allí las canoas y piraguas y que no pudiesen dar aviso á don Fernando de su traicion y de lo que contra él y sus capitanes se hacia, para hacerlo más á su salvo. El asiento [1] donde estaban era por algunas partes y pasos muy angosto. Mandó poner en estos lugares personas de guardas, con sus arcabuces cargados y cuerdas encendidas, en centinela, que no dejasen pasar á nadie adonde estaba don Fernando, porque no pudiese tener aviso, como está dicho, de lo que se hacia. Y juntamente con este reparo, no estando seguro del todo, mandó meter todas las municiones y pertrechos de guerra en los bergantines, y gente de guarnicion en ellos, á causa de si le faltase algo de su traza, ó fuese sentido de manera que no pudiese ejecutar su traicion y mal propósito, saliendo con ello al cabo, él y los suyos se embarcasen en los bergantines, y llevando lo mejor y más necesario de la guerra, dejasen á don Fernando y los que con él quedasen tales y tan desproveidos, que no los pudiesen ofender, ni aun seguirlos el rio abajo. Hechas todas estas prevenciones y ardides que se han visto, á prima noche fué apercibiendo á sus amigos y aliados, mandándoles armar y poner á punto de guerra, diciendo que que-

[1] Tachado: *por*.

ria castigar ciertos capitanes que se habian amotinado contra su príncipe. Y á esta sazon sucedió que el capitan Alonso de Montoya, y Miguel Bobedo, almirante, se habian pasado junto al alojamiento de Lope de Aguirre, con dos canoas que tenian, para estar más apercibidos para el dia siguiente. Y como la ocasion fuese cual la deseaba Lope de Aguirre, por haber sido estos dos en la consulta de su muerte, y Montoya el que habia dado la órden que se habia de tener en dársela, salió con esta gente armada, á prima noche, á donde estaban alojados Alonso de Montoya y Miguel Bobedo, y tomándolos descuidados los mataron á estocadas, puñaladas y lanzadas, con gran presteza, casi sin que nadie del campo lo sintiese, sino sólo los matadores. Primero mató á estos dos, por estar alojados, como se ha oido, á la parte de arriba, que se habian pasado aquella tarde, por la razon dicha, junto á este tirano. Y don Fernando estaba más abajo, algo desviado, de manera que entre los dos muertos y su príncipe don Fernando estaba Lope de Aguirre con su gente, y porque esto no se supiese, por donde hobiese algun inconveniente y no pudiese salir con su intencion y furia infernal que tenia por matar á don Fernando y á los capitanes de la consulta, que estaban cerca de su alojamiento, luego quiso ir á ponerlo por obra, dando cargo á cada diez amigos que matasen á uno de los que deseaba matar, para que más breve, mejor y más á su salvo se hiciese este tan atroz hecho, sin decir ni aclarar que habian de matar á su príncipe don Fernando; antes en lo público decia y mandaba que le tuviesen todo el respeto que se le debia, como lo tenian jurado, mandando en lo secreto á Martin Perez, sargento mayor, y á Juan de Aguirre, grandes amigos suyos, que á vueltas de los otros le matasen á don Fernando de Guzman, sin que descubriese este secreto más que á solos estos dos amigos suyos de quien más que de todos se fiaba. Pareció á los amigos de Lope de Aguirre gran temeridad lo que queria hacer, por ser ya de noche y muy obscura, y ansí le dijeron que les parecia que de ninguna manera les convenia ejecutar aquella furia que llevaban tan presto, pues se podria hacer mejor y más á su salvo otro dia á la hora que amaneciese, por ser tarde y haber tanta oscuridad, que pensando matar á sus enemigos se matarian los unos á los otros sin saber ni ver lo que hacian. Este consejo pareció bien á Lope de Aguirre, y poniendo nuevas centinelas en los angostos pasos, para que nadie pudiese dar aviso á don Fernando de las muertes que se habian hecho, y dejando este recado, se recogieron Lope de Aguirre y los suyos á los bergantines, á causa de que si fuesen sentidos pudiesen huirse en ellos á su salvo, dejando aislados á don Fernando y los suyos, y en esta conformidad estuvieron toda la noche hasta que otro dia quiso amanecer, y á esta hora, ya que alboreaba, salieron de sus bergantines, de donde fueron marchando por el real abajo, derechos á casa de don Fernando, llevando consigo todos cuantos topaban, diciendo que iban á castigar ciertos capitanes que se habian amotinado contra su príncipe don Fernando, y que les encargaba y mandaba que á el príncipe le tuviesen muncho respeto y reverencia, como lo tenian jurado. De camino entró en casa de un clérigo de los que iban en el campo, llamado Alonso de Henao, el cual estaba echado en su cama, que aún no se habia levantado, bien descuidado de la desastrada muerte que tenia tan cercana. Y volviéndose á Lope de Aguirre le dijo: *¿Cómo, señor maese de campo, tan mañana por acá? ¿Qué buena venida es ésta?* Y sin le hablar ni responder nada, echó mano á su espada y se fué para él con ira de demonio y le tiró una estocada, con que le pasó el cuerpo y colchon en que estaba echado, cosiéndole con la tierra, de que le dejó herido de muerte. Díjose que lo habia hecho por ser uno de los que habian dado parecer á don Fernando que le matase, sin que nadie de cuantos con él iban entendiese que iba á hacer esta muerte. Acabado de hacer lo que se ha visto con el clérigo Henao, salió de su casa como si no hobiera hecho nada, prosiguiendo su viaje á casa de don Fernando, el cual estaba en la cama, que al ruido y alboroto que llevaban él y su gente se levantó en camisa, y viendo á su maese de campo que entraba con su gente por la puerta, le dijo: *¿Qué es esto, padre mio?* El tirano le respondió que se estuviese quedo y no tuviese miedo, que venia á buscar ciertos delincuentes que se habian amotinado contra su servicio. Al ruido salieron el capitan Miguel Serrano de Cáceres, y Gonzalo Duarte, su mayordomo mayor, y Baltasar Toscano, que estaban con él, con sus espadas en las manos, á los cuales mataron á estocadas, lanzadas y espesos arcabuzazos que les tiraron todos á un tiempo, sin que se pudiesen defender ni resistir, y á las vueltas, Martin Perez y Juan de Aguirre mataron á don Fernando con la misma crueldad, tirándole dos arcabuzazos, como se lo habia mandado su maese de campo Lope de Aguirre, sin confision, ni tener respeto á su vano y loco principado, y con esto le dió el

mundo el pago que tan justamente mereció por su locura y desatino, y feneció su mal título de príncipe, ganado con tal mal término y tanta infamia, y allí pereció su hinchazon, locura y gravedad que habia tomado, saliéndole vanas y desatinadas sus cuentas y falsas esperanzas. Luego mandó Lope de Aguirre á Anton Llamoso, que entre los vestidos y cosas de Gonzalo Duarte buscase la provision de amparo que tenia de don Fernando y se la colgase al pescuezo, y le sacase á él y á sus compañeros á la puerta de la calle, en la plaza, donde fuesen vistos de todos. Era don Fernando de Guzman mancebo de mediana estatura, de edad de veinte y cinco ó veinte y seis años, poco más ó menos; de ánimo reposado, algo descuidado. Enemigo de crueldades, no consentia que sus capitanes matasen á nadie; estorbó muchas muertes y daños en su campo, ansí á españoles como á indios. Fué demasiadamente ingrato á su gobernador Pedro de Orsúa, que siempre lo habia honrado y tenido en mucha reputacion, haciéndole su alferez general de su campo. Y si él quisiera guardarle el decoro y respeto que debia y estaba obligado, nunca muriera de la manera que murió; pero metióle en ello Lope de Aguirre, poniéndole por delante que se hacia en ello gran servicio á Su Majestad, como atrás se ha visto. Duróle el cargo de general y nombre de príncipe desde primero de Enero de 1561, que es cuando mataron al gobernador Pedro de Orsúa, hasta 22 de Mayo del propio año, que fué el dia que le mataron, que aún no fueron cinco meses cabales, en los cuales, segun lo que la historia nos ha contado, fueron más los desasosiegos y pesadumbres que tuvo, con tantas zozobras, que sobrepujaron en gran manera á los regalos y pasatiempos; todo por su culpa y no haber tenido la fidelidad que debia á su rey y señor natural y á su gobernador y capitan general que iba en su nombre; que si lo hiciera, fuera muy tenido y estimado en todo el mundo, descubriendo la celada y tirania en que le metió el desatinado tirano Lope de Aguirre, causador de todos los daños que en esta mísera jornada subcedieron. Y por no haber querido usar desta virtud perdió la gracia del rey, que por bien que le subcediera habia de venir tarde ó temprano á caer en sus manos, y habia de ser castigado con justa y rigurosa justicia, como se ha visto en los que han querido seguir semejantes locuras y desatinos en el Pirú y en otras partes; y por el contrario, si hobiera hecho el deber, fuera gratificado, tenido y estimado de todos, ganando perpétua fama de leal vasallo y servidor de su rey; y ansí acabó tan mal como se ha visto. Y plegue á Dios le haya dado verdadera contricion para que su ánima no se perdiese con la propia infamia que perdió la vida. Siempre semejantes liviandades tienen pesados y desastrados subcesos, pues no le tuvo mejor el propio Lope de Aguirre.

CAPÍTULO XXXVIII

Del razonamiento que Lope de Aguirre hizo á la gente del campo, despues de la muerte de don Fernando, y cómo se intituló la ira de Dios y Príncipe de la libertad, y los cargos que quitó y á quién los dió.

Muerto que hobo Lope de Aguirre á don Fernando de Guzman, con los demás sus aliados, que por todos fueron siete, con el clérigo *Alonso* de Henao, segun se ha visto, juntó toda la gente del real en una plaza, estando muy bien rodeado y guardado en medio de más de ochenta amigos suyos, de los matadores y de otros de quien se fiaba, bien armados y puestos á punto de guerra, de tal manera que nadie se le pudiese atrever ni responder á lo que les dijese, cosa que no fuese muy á su gusto, y despues que los tuvo juntos, comenzó á les hablar con una libertad y atrevimiento extraño, diciendo ansí: Bien sabeis, caballeros y amigos, lo mucho que en esta jornada he trabajado y lo que he servido á don Fernando de Guzman y á sus capitanes que esta noche pasada y esta madrugada han muerto; cuántas veces he puesto por ellos la vida á riesgo, como bueno y leal servidor suyo, y cuántos enemigos he tenido por su causa y respeto. Todos sabeis lo mucho que me debian; la obligacion que me tenian; la justa razon que habia para que todos me tuvieran por amigo y me trataran como tal; pero no queriendo corresponder á ello, me procuraban dar la muerte cruel y afrentosamente, sin yo se lo merecer, como lo saben algunos de los presentes que se hallaron en las consultas donde se trató la orden que se habia de tener en dármela. Y considerándolo bien, me pareció no consentir en ello. Dios sabe y me es testigo si yo quisiera excusar lo que, señores, habeis visto, y lo hiciera si pudiera dar en el caso traza cómo asegurar la vida; imposibilitáronme y forzáronme de tal manera á que ganase por la mano. Nadie se alborote ni escandalice. Nadie trate deste negocio en público ni en secreto, pues he dado mi satisfaccion. Cosas son que las hace y trae consigo la guerra. Si don Fernando nuestro príncipe y sus capitanes han muerto, como habeis visto, ha

sido por no se haber sabido regir ni gobernar, por ser mozos y no haber querido tomar mi consejo. Y cuanto á esto no quiero tratar ya más de rogaros á todos juntos que tengais por bien lo hecho y seais mis amigos, que yo os prometo de lo ser vuestro, y perdono á los que se hallaron contra mí en la conjuracion de don Fernando, y procuraré que de aquí adelante no haya en el campo bandos, pesadumbres ni diferencias, ordenando las cosas de la guerra con toda rectitud, diligencia y cuidado; y para que esto se vaya haciendo mejor, si alguien tuviere queja, ó pasion, ó enemistad con otro, digánmelo para que yo los confedere y haga amigos, para que todos vivamos en buena paz y amistad. Luego mandó echar un bando que so pena de muerte natural, ninguna persona de allí adelante fuese osado á hablar en secreto, ni echar mano á la espada en su presencia, en escuadron ni fuera dél. Acabado el razonamiento y bando que habemos visto, luego se osó llamar príncipe, y su título era el más bravo y soberbio de todos cuantos se han visto hasta hoy en tirano de ninguna nacion, llamándose Lope de Aguirre, *La ira de Dios*, *Príncipe de la libertad y del reino de Tierra Firme y provincias de Chile*, por incluir en ello todo el Pirú y lo demás que estaba conquistado y por conquistar en todo lo que ciñe y abraza el ancho mar del Norte, desde la ciudad de Nombre de Dios, del reino de Tierra Firme, con la rica provincia de Veragua, hasta entrar en el estrecho de Magallanes, donde se junta con el otro mar que llaman del Sur, por navegarse en él por la estrella llamada deste nombre, donde comienza el rico y abundoso reino de Chile, no menos belicoso por los recios y esforzados sus naturales, que *con* sus grandes hazañas y astucias en la guerra tienen llenas las historias de sus conquistas y guerras civiles. Y de allí baja este mar del Sur por toda la costa del Pirú hasta llegar á la ciudad de Panamá, del reino de Tierra Firme, fundada riberas deste mar del Sur, á diez y ocho leguas de la de Nombre de Dios, que es la via [1] por tierra desde la una ciudad á la otra y del mar del Norte al del Sur. Y por mar, segun la más comun opinion, habrá de tres mil leguas arriba, en lo cual se incluyen, como está dicho, grandes y muy ricas provincias, en longitud de más de 1.200 leguas, como atrás lo habemos referido, que son las que hoy se habitan por los españoles que las tienen pobladas y conquistadas, subjetas, llanas y tomadas debajo del poderío y sujecion del rey nuestro señor don Felipe segundo deste nombre, gran defensor de la fee, rey de las Españas y de las Indias orientales y ocidentales, á quien Dios Nuestro Señor guarde y prospere por muy largos años con prósperos sucesos y acrecentamiento de más reinos, estados y señoríos, para que nuestra santa fee católica sea ensalzada y el nombre de nuestro redemptor Jesucristo glorificado. Fuera destas provincias conquistadas hay otras muchas provincias por descubrir y conquistar, de todas las cuales este traidor, con su vana locura, se atrevió á llamar príncipe, para mayor infamia y caida suya, como adelante se verá. Puesto en el trono y autoridad que habemos dicho, comenzó á dar nuevos cargos y oficios, condutas y sacrílegas promesas, con una hichazon y arrogancia de furia infernal. A Martin Perez, que era sargento mayor, hizo maestre de campo. A Juan Gomez, calafate, almirante de la mar. A Juan Gonzalez, carpintero, hizo sargento mayor. Quitó la conduta á Juan Iñiguez de Guevara, comendador del hábito de San Juan, que la tenia por don Fernando de Guzman, por tenerle por sospechoso, y por no dejarle afrentado, por ser hombre de valor, le dijo que no recibiese pena de lo que hacia, pues era para quitarle de pesadumbre y trabajo, prometiendo de darle 20.000 pesos de oro de 22 quilates y medio, llegados que fuesen al reino de Tierra Firme, para que desde allí se fuese á descansar á España, al cual le cumplió la promesa como las solia cumplir con otros, quitándole la vida y echándole á la mar antes que acabase de morir, como adelante se verá. Dió esta conduta á Diego de Trujillo, que era su amigo y su alferez. A Diego Tirado hizo capitan de á caballo, el cual mostró aceptarlo contra su voluntad, aunque despues fué uno de los que más se señalaron en su servicio cuando estuvo en la isla de la Margarita. Hizo capitan de su guardia á Roberto de Cocaya. Quitó la vara de alguacil mayor del campo á Juan Alvarez Cerrato y diola á un Carrion, mestizo, casado en el Pirú con una india. Dejó las condutas que tenian á Pedro Alonso Galeaza y á Sancho Pizarro. Quitó la compañía á Gonzalo Guiral, que fué uno de los dos que le dieron el aviso de la muerte que le querian dar don Fernando y sus capitanes, como atrás habemos dicho, á quien comenzó á pagar el cuidado que tuvo en el aviso que le habia dado, y las grandes promesas que le hizo y la palabra que les empeñó á él y á Alonso de Villena cuando le descubrieron la celada que contra él estaba ordenada. Y no contento con esta paga, para acabarle de

[1] En el ms., *estaba y*.

pagar lo mucho que le debia, por no le quedar debiendo nada, se lo pagó todo junto, matándole en la isla Margarita antes que saltase en tierra, el primero de todos los que allí mató, con la crueldad que acostumbraba á matar á otros. Deste hecho y cumplida y mejor pagada promesa, seria justo que tomasen aviso los hombres presentes y venideros para no hacer cosas tan mal hechas en descubrir el secreto que les está encomendado, especialmente cuando se espera dél otro mejor medio ó suceso del que se puede seguir en descubrirle, como acaeció en este caso, que segun lo que se ha visto y estaba platicado, los fines y designios de don Fernando en dar la muerte á Lope de Aguirre fueron de hombre arrepentido y descontento del mal camino que habia tomado, fuera del servicio de Su Majestad, y desear reducirse á él, para cuyo efecto todos tenian obligacion de ayudarle favoreciéndole y animándole con todas las fuerzas y voluntad del mundo, y por no lo haber hecho ansí este capitan, le pagó el tirano su aviso segun sus obras merecieron, no se osando fiar dél, porque no le vendiese en la primera ocasion que se le ofreciese, como lo habia hecho á don Fernando y á sus propios amigos.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo salió Lope de Aguirre deste pueblo con su armada, y cómo topó otros dos pueblos, y lo que en ellos le subcedió.

Dos dias estuvo Lope de Aguirre en este asiento con toda la gente del campo despues que mató á don Fernando de Guzman y á los demás capitanes y personas de su opinion y bando, en los cuales dió órden en su navegacion y viaje, y éstos pasados, mandó embarcar la gente en los dos bergantines y piraguas y canoas de la armada, conforme á la órden y lista que tenia hecha, llevando en su guardia y compañia, en su propio bergantin, todos los matadores y personas que más prenda tenian metida en estas rebeliones, por asegurar su vida y dar fin á su mala y cruel determinacion y propósito comenzado de ir á tiranizar el Pirú y demás provincias referidas; y para que nadie se osase quedar, ni salir de la órden que les diese, mandó una mañana echar un bando con trompetas, pífanos y atambores, á voces altas, que todos las oyesen, que so pena de la vida, todos comenzasen á navegar en su compañía, ansí los que estaban en el bergantin Almirante, como en las canoas y piraguas, sin que nadie fuese osado á salir de la órden y viaje que llevase el bergantin general de aquella armada, en que él iba, ansí de dia como de noche, por el farol que se pornia en la popa dél, sin tomar tierra ni hablar con las guias que con él iban. Y con este bando y amenaza comenzó el bergantin general á navegar el rio abajo, con solos remos, sin vela, y en su seguimiento todas las canoas y piraguas con mucha de la gente del campo, quedando en la retaguardia el bergantin Almirante, en que iba Martin Perez, su maese de campo, para recoger y guardar las canoas y piraguas. Con esta órden navegaron ocho dias y siete noches sin parar, habiendo tomado un brazo que el rio hace sobre mano izquierda, dejando la tierra firme á la derecha, engolfándose más al medio del rio, á efeto de que no se pudiese ver bien la tierra, ni lo que en ella habia, porque no se le quedase la gente en ella, por ser allí la mucha y grande noticia que llevaban de poblazon y riqueza, como lo afirmaban las guias, y no pudo desviarse tanto que en la isla que llevaban sobre la mano derecha no viesen mucha tierra y poblazones, orillas del rio, y desotra parte della, mucha tierra firme de una cordillera no muy alta, de sierra pelada, y en ella muchas lumbres y humos que demostraban mucha poblazon. Asimesmo, en este propio paraje, sobre mano izquierda, á las espaldas del nuevo reino de Granada se vieron otras sierras más altas y peladas. Estas dos sierras ó cordilleras altas hacen por aquí recoger el rio, aunque no tanto que no sea incomparable su anchura y grandeza. Al cabo desta isla, que duró los ocho dias y siete noches de navegacion que se han visto, tomaron tierra en ella propia, en la parte y lugar que se vuelve á juntar el brazo de rio que habian dejado sobre mano derecha, en un pueblo de indios que allí estaba, en los cuales no hobo resistencia ni alteracion, mas que sólo ponerse á la mira de lo que los españoles hacian. Halláronse en él mucha cantidad de iguanas atadas por los pescuezos, en las casas de los indios, que las tenian á cebo para su comida y recreacion; de las cuales comieron en cantidad, é son buena comida, ansí para dias de carne, como para dias de pescado, por ser comida neutral y que pace en tierra y se sustenta en el agua, por lo cual se usa dellas en todo tiempo y ocasion. Son estas iguanas á manera de grandes lagartos. Hallóse ansimesmo en este pueblo mucha cantidad de pescado seco, y mucho maiz puesto en sus espigas ó mazorcas al humo. En lo uno y otro hobo harto refresco para la flota é gente della, con muchas frutas que en él

se hallaron. Dejaron este pueblo sin recibir daño de los indios, ni hacérsele más que en gastarles parte de lo que tenian que comer. Este pueblo y lo que se pudo ver de la isla es de tierra alta, campaña rasa y á partes montuosa. Es abundosa de comidas y casas. Tiene muchas y buenas frutas. La gente, desnuda. Sus armas, arcos y flechas. El pueblo, no muy grande. Tendrá la isla de sesenta leguas arriba de largo, segun la navegacion que traian. El ancho no lo pudieron juzgar. Dejaron este pueblo y siguieron su viaje, riberas de la tierra firme, de mano derecha, y á pocas horas dieron en una gran poblazon de mucha caceria, en forma de pueblo, con calles ordenadas, sobre una barranca alta que cae sobre el rio, de gente desnuda, bien dispuesta. Llámase esta provincia de los Annaquinas. Tienen flechas é yerba de veinticuatro horas. Entiéndese que son gente caribe que comen carne humana. A la llegada deste pueblo envió Lope de Aguirre 40 hombres en canoas y piraguas, bien apercibidos con sus arcabuces, para que reconociesen la gente del pueblo y asegurasen la entrada dél. Pusiéronse mucha cantidad de indios sobre la barranca del rio, á la parte donde se podian desembarcar los españoles, todos puestos en armas, con sus arcos y flechas, sin tirar ni hacer mudanza en sus personas. Entendieron los españoles que los indios los querian coger sobre seguro y al desembarcar hacerles tiro, y no dándoles lugar á que lo pudiesen poner por obra, determinaron ojearlos, tirándoles muchos arcabuzazos, de que mataron é hirieron algunos dellos, é los demás, con el resto que estaban en el pueblo, se pusieron en huida, llevándose consigo á sus hijos y mujeres, dejando el pueblo solo, bien abastecido de mucho pescado seco y maiz puesto al humo. Saltaron los españoles en este pueblo, bien á su salvo, sin que pudiesen haber á las manos más que tan solamente un indio é una india, y para probar la yerba que los indios traian en las flechas, hirieron á este desventurado indio con una de sus propias jaras enarbolada, sin que la herida fuese de suyo penetrante ni mortal. La ponzoña desta yerba fué tanta, que corrompió el cuerpo y sangre del miserable indio, en tanta manera que á las veinticuatro horas que le habian herido estaba muerto rabiando. Hallaron en este pueblo dos casas que les parecieron de adoratorio y sacrificios. Tenian en cada una dellas dos puertas. En una dellas estaba pintado el sol y una figura de hombre en una tabla, y en la otra la luna y una figura de mujer en otra tabla, y en cada puerta dos sacrificaderos llenos de sangre, donde se entiende que degollaban los indios caníbales que sacrificaban á estas pinturas, y no se halló de quien se pudiese esto saber particularmente, ni aun á los españoles se les dió mucho por lo averiguar, que bien pudieran si quisieran; pero esto entendieron ser ansí por las lenguas del Brasil que consigo traian. Hallaron en este pueblo un pedazo de guarnicion de espada y algunos clavos y asillas de hierro; entendióse que fueron señales de cuando pasaron por allí el capitan Francisco de Orillana y los suyos al tiempo que bajaron perdidos de la conquista de la Canela, como atrás se ha visto.

CAPÍTULO XL

Cómo hicieron en este pueblo los mástiles, entenas, velas y jarcias de los bergantines, con otras muertes y crueldades que usó Lope de Aguirre.

Despues que los indios tuvieron sus hijos y mujeres puestos en seguro donde los españoles no se pudieron aprovechar dellos, al cabo de algunos dias que los españoles habian estado en el pueblo venian los indios cada dia cercando el pueblo, pero no osaban acometer. Tomóse uno dellos, é sin le hacer mal tratamiento le dió Lope de Aguirre una hacha é un machete y otras cosillas, é díjole por las lenguas que llevaban, que hablase á sus amigos é compañeros para que viniesen de paz á tratar y rescatar con ellos, que no se les haria mal alguno, porque los deseaba tener por amigos. Enviaron los indios dos mensajeros, el uno cojo de un pie y el otro contrecho de un lado, con sendos papagayos en las manos, é dieron á entender que los indios venian luego de paz; pero no vinieron, porque se debieron de arrepentir é no se quisieron ver en poder de los españoles. Tienen estos indios tierra alta y llana, no anegadiza, de campaña rasa. En algunas partes hay montaña rala de alcornocales. Entre las cosas que en este pueblo se hallaron fueron chácaras y sementeras de yuca brava y dulce, y de maiz y de muchas frutas; mucho maní y batatas. En las casas habia muchas hamacas de red y otras muchas redes y cordeles de pesqueria del rio y de caza de tierra, de que se hizo la jarcia de los navios. Halláronse muchos palos y madera corta, de que hicieron los mástiles y entenas, y muchos cántaros y tinajas de vino de yuca, recio y fuerte, que para beberlo era menester echar agua para que no embo-

rrachase, y comida de pescado seco y maiz en abundancia. Tomaron los cántaros y tinajas que les fueron menester para su viaje é navegacion, é hinchéronlos de agua dulce para cuando saliesen á la mar. En este pueblo se hicieron las velas de los bergantines de mantas de algodon y sábanas de ruan que se recogeron en el campo entre los españoles é indios de su servicio. Y aquí se reconoció la creciente de la marea, y aun quieren decir sube más arriba y que llega por el rio más de 200 leguas. En esto, ni yo quiero obligar á que nadie lo crea ni lo afirmo, por no ser hombre de la mar ni haberla visto. Sólo sé decir que todos los que lo han andado y visto lo afirman por cosa cierta. En este pueblo se les acabaron de huir las lenguas é intérpretes que traian del Pirú, que fueron ciertos indios del Brasil, de los que habian subido por este rio con Viarazu, como se ha visto. Aquí se detuvieron quince dias, aparejando los bergantines de las cosas necesarias para su navegacion, segun que se ha referido, y por no perder Lope de Aguirre su acostumbrada crueldad comenzó de nuevo á matar de la gente que llevaba, pareciéndole que no se acababa de asegurar. Y el primero fué un Miguel Verde, flamenco, que le pareció andaba tibio en las cosas de su servicio, el cual amaneció un dia muerto, con un rótulo en los pechos que decia: *Por amotinadorcillo*. Algunos quisieron decir que este Miguel Verde era luterano. Dios sabe la verdad dello, que cierto, de cualquiera manera que sea él murió trabajosamente. Antes que partiese deste pueblo mató asimismo á estocadas y agujazos y puñaladas á un Juan de Cabañas, y al capitan Diego de Trujillo, y á Juan Gutierrez, carpintero, sargento mayor, á los cuales había dado los cargos al tiempo que mató á don Fernando de Guzman, por haberse señalado en su servicio en esta muerte, y por honrarlos entonces quiso asegurarlos con estos cargos. Quisieron decir algunos amigos de Lope de Aguirre que los habia muerto porque juntaban amigos para le matar. Nombró por capitan, en lugar de Diego de Trujillo, á Cristóbal Garcia, calafate, y por sargento mayor á Juan Tello. Todo el tiempo que se detuvieron en este pueblo estuvo Lope de Aguirre y dormia en su bergantin, y Martin Iñiguez, maese de campo, en el otro, sin dejar dormir ni entrar dentro más que á solo á sus amigos, que eran los más prendados en las cosas pasadas, y con éstos se velaban y guardaban de dia y de noche, y á los sospechosos dejaban fuera, á los cuales desarmó al tiempo que de allí hobieron de partir, quitándoles las espadas y arcabuces, las cuales mandó liar muy bien, hechas haces y atadas con muchas sogas y cordeles, de manera que nadie se pudiese aprovechar dellas, y desta manera las mandó poner en un alcazarete que habia en la popa del bergantin donde él propio iba, y no consentia llegar á ellas ni al alcázar donde estaban, hombre que no fuese muy su amigo, y los que lo eran iban muy apercibidos y bien armados. Ansimesmo, saliendo un dia en este pueblo Juan Lopez Cerrato, alguacil mayor que habia sido de don Fernando, de visitar á Lope de Aguirre del bergantin donde estaba, en su propia presencia llegó por detrás un fulano de Madrigal y dió al dicho Cerrato tres ó cuatro heridas por las espaldas con un lanzon que tenia en las manos, de que estuvo á punto de muerte, é yendo convaleciendo de las heridas, segun fué fama, le mandó Lope de Aguirre echar en la cura cosas con que muriese. Hizo ademan Lope de Aguirre de querer prender al Madrigal por el desacato, como en efeto lo hizo, pero todo fué cumplimiento, porque luego le mandó soltar; por donde se entendió que habia sido por su mandado, aunque hobo otros que dijeron que la causa dello habia sido porque el Cerrato habia afrentado al Madrigal algunos dias antes que matasen á don Fernando; pero no osara Madrigal hacer lo que hizo delante de Lope de Aguirre, si no fuera cosa tratada entre ellos. Como quiera que fuese, Cerrato murió y en su muerte no hobo pena ni castigo, aunque no faltó el de Dios, que es justo juez, que castigó estas locuras y desatinos, como adelante se verá.

CAPÌTULO XLI

Cómo salieron deste pueblo y tomaron un fuerte, donde despues los cercaron los indios, y cómo los desbarataron, y cómo se perdieron y al cabo de algunos dias dieron en un pueblo.

Deste pueblo, que llamaron de la Jarcia, salieron los bergantines con próspero y buen tiempo, é yendo navegando pareció á Lope de Aguirre que era justo pagar al comendador Juan Perez de Guevara los 20.000 pesos de oro que le habia prometido de dar en el reino de Tierra Firme, al tiempo que le habia quitado la conduta de capitan que tenia por don Fernando de Guzman, para que con ellos se fuese á Castilla, como atrás lo hemos visto; é porque la paga fuese como las que

él solia hacer, mandó un dia á un Anton Llamoso, su sargento y ministro de crueldades, que matase á este comendador, el cual no fué nada de perezoso en lo ejecutar, que aún no estaba bien mandado, cuando se fué al comendador, que estaba echado de pechos sobre el borde del bergantin, mirando la navegacion que hacian, con lo que más se podia ver de la tierra, bien descuidado de semejante traicion y crueldad, y sin le hablar palabra echó mano á una daga que traia é le dió tres ó cuatro puñaladas por las espaldas, é cuando quiso revolver sobre sí, le tomó este traidor por las piernas, é herido como estaba le echó del bergantin abajo en el rio, donde iba el infelice comendador dando gritos, pidiendo confision y suplicando á Dios le perdonase sus pecados, hasta que expiró herido y ahogado, mirándolo Lope de Aguirre con mucho placer y risa de ver ejecutado su mandado con tanta presteza y crueldad, y luego como se acercó al otro bergantin, contó este negocio con gran contento á Martin Iñiguez, su maese de campo, como que hobiera hecho una gran hazaña. A cabo de seis dias de navegacion tomaron una isla en un puerto y ensenada que el rio hacia en ella, y como tres tiros de arcabuz, por este puerto y ensenada arriba, dieron con unas casas fuertes, armadas sobre gruesos y recios estantes que tenian hincados en el propio cabo desta ensenada de rio ó estero que allí se hacia, en tal manera que no se podia desembarcar por otra parte que por allí, por ser la ribera de mucha altura, llena de cieno, y en lo más alto grandes espesuras y malezas de cañas y arboledas; sobre estos estantes ó pilares estaban unas salas de tablas de palmas bravas, y cercadas á la redonda de la propia tablazon, con muchas troneras y ventanas. Visto que hobieron estas casas, adelantáronse veinte españoles arcabuceros, en dos piraguas, á ver lo que era, y sin que viesen á nadie les tiraron por las troneras destas casas muchos flechazos de que hirieron parte dellos, los cuales se retiraron algun tanto atrás, donde no los pudiesen alcanzar las flechas, jugando de la arcabuceria con buen concierto; espantados los indios de ver muertos de tan lejos, con semejante tronido, algunos de los suyos, desampararon los fuertes y por presto que acudieron los bergantines con la demás gente que en ellos iban, ya los indios se habian huido, sin que pudiesen haber á las manos ninguno dellos. Tomáronse estas casas ó fuertes por los españoles, en las cuales se hallaron algunos pescados secos á la usanza de aquella tierra. A lo que allí se entendió, estas casas son para solo efeto de las guerras que los indios desta isla tienen con los demás circunvecinos á ella, y en ellas tienen su gente de guarnicion para defender la entrada de la isla. Hallóse en estas islas sal cocida, la cual no se habia visto ni hallado en todo el rio desde la provincia de los Caperuzos, en que hay más de mil leguas de distancia, segun la más comun opinion de los que lo vieron. Verdad es que los españoles *no* preguntaron por sal, ni aun aquí lo hicieran, porque con la que habian sacado del Pirú se iban sustentando. Halláronse ansimismo en estas casas fuertes muchos paveses de cuero de dantas, flechas y tiraderas y otras cosas de soldados, que dieron muestras ser las casas hechas para el efeto dicho de defender y resistir la entrada. En estas casas se detuvieron los bergantines y gente del campo tres dias, sin hacer más que acabar algunas cosas necesarias á su navegacion. Es tierra alta, de sabana ó campo rasa, salvo estas barrancas del rio, que son montuosas y de muchas palmas. Tiene muy lindo y claro cielo, y no se vieron otras particularidades della. Pasados los tres dias comenzaron los bergantines é piraguas de los españoles á salir por el estero ó ensenada del rio abajo á buscar la madre y corriente del rio, y como los indios tuvieron noticia de la entrada que los españoles habian hecho en el estero, con la toma de las casas, diéronse mandado los unos á los otros y sin ser sentidos juntaron pasadas de 200 piraguas, y pareciéndoles que los tenian metidos en pretura y que no podian salir sino por donde habian entrado, como era verdad, procuraron tomarles el paso ocupándoles toda la boca de la ensenada ó estero en que estaban, y viendo los indios volver á nuestros españoles, se apercibieron con sus flechas y tiraderas, entendiendo cogerlos á las manos; los cuales, como se vieron cercados de tanta cantidad de indios é piraguas, puestos en tan buena órden, pensaron ser muertos, y dieron órden como los dos bergantines tomasen en medio las piraguas de su armada, y ellos á los lados, poniendo en ellos doce arcabuceros y otros tantos rodeleros en cada una de sus proas; los rodeleros delante, para defensa de las jaras, y los arcabuceros detrás para que tirasen á su salvo, dando órden que al tiempo que los unos tirasen, dejasen los otros con cargas en los arcabuces para que siempre estuviesen en órden, y la misma órden se dió en los bergantines, repartiendo el resto de la arcabuceria. Como los indios vieron reparar á los españoles haciendo esta prevencion, parecióles que pues no acometian á salir, tenian más cierta

la presa, y con gran voceria y algazara comenzaron á ponerse en órden, tocando sus instrumentos de guerra, y viniéronse para los españoles, los cuales, como los viesen á tiro de arcabuz, comenzaron á tirar una y otra ruciada, de que caian muchos muertos en el agua, y otros en las propias piraguas, é otros mal heridos, é viendo los indios semejante estrago de tan lejos, adonde ellos no podian alcanzar *con* sus flechas y tiraderas, y que no les eran de provecho, determinaron ponerse en huida y dejar desembarazado el paso á los españoles, y á remo y vela se desaparecieron los unos por una parte y los otros por otra, sin que osasen aguardar más y sin que pudiesen tomar ninguna de las piraguas, ni saber de dónde hobiesen venido tanta gente y piraguas, ni dónde tuviesen sus poblazones, ni lo procuraron, porque la determinacion de Lope de Aguirre no era de buscar ni poblar aquella tierra, como se ha visto. Y con esto comenzaron de nuevo á proseguir su viaje, é yendo por el rio abajo dieron con tanta cantidad de islas y tan espesas, que sin saber cómo ni dónde estaban anduvieron perdidos entre ellas seis dias sin que los pilotos pudiesen saber hácia dónde navegarian, por ser las corrientes y mareas tan continuas entre las islas, que no se determinaban ni conocian la tierra para llevar mejor viaje. Hasta que un dia tomaron dos piraguas y salieron á una punta, donde marcaron la salida del sol y Norte y Sur y las demás estrellas por donde se suelen regir. Y con esto, á cabo de muchas dudas, por acertar mejor su viaje y que no les sucediese otro tanto, determinaron de ir á buscar la tierra firme y ribera del rio sobre la mano izquierda, que es la que está á las espaldas del Nuevo Reino de Granada y las gobernaciones de su destrito, y dentro de dos dias dieron con ella, donde hallaron un pueblo de indios de no muchas casas. La tierra, alta y rasa; la gente, desnuda y bien dispuesta; traen en la planta de los pies unas suelas de cuero de venado, y otros de anta, atadas ó liadas por encima del empeine del pie con un lazo ó ligadura de hilo de algodon, de la suerte que se pintan algunas figuras antiguas y de la manera que hoy las traen algunos indios del Pirú. Traen estos indios cortado el cabello alrededor de la cabeza, á escalones, á manera de coronas de fraile, una encima de otra hasta la coronilla de la cabeza, en que trae cada uno cuatro coronas, á sus trechos, una encima de otra, hechas de sus propios cabellos, excepto que entre la una y otra corona no está acabado de cortar el cabello. Salieron estos indios de paz y es gente amorosa y de buena digestion [1]. Saliéronse á holgar en este pueblo y á tomar agua y refresco para su viaje, y pareciéndole á Lope de Aguirre que no sabia cómo ni cuándo podrian llegar á la isla Margarita, donde llevaban su derrota, y que podria ser faltalles el agua y comida para la mucha gente que llevaba, y así por esto, como porque no cabian bien en los bergantines, á su parecer, con una crueldad nunca vista ni oida mandó embarcar toda la gente sin que nadie fuese osado á embarcar indio ni india de todos cuantos llevaban en su servicio, que los habian sacado del Pirú, so pena de la vida, y desta manera dejó allí más de cien ánimas de indios é indias, cristianos baptizados, que habian servido á él propio y á los demás españoles del real en todas las necesidades y trabajos, todos ladinos en nuestra lengua española. En ver las lástimas que hacian, los gritos y gemidos que daban, que los ponian en el cielo, quebraban de dolor las entrañas y corazones de cuantos allí iban, sin que nadie los osase ni pudiese favorecer, y así los dejó allí sin remedio más que sólo el de Dios. Viendo esta cruedad tan grande dos soldados, el uno llamado Diego Palomo y el otro Pedro Gutierrez, debieron de decir alguna cosa movidos á piedad y misericordia, y sin más les aguardar término ni razon, les mandó Lope de Aguirre dar garrote, dando por testigo á un negro que decia haberles oido decir: *Así que aquí nos dejan nuestro servicio, hagamos lo que se ha de hacer;* y sin otro testigo ni más averiguacion mandó ejecutar en ellos pena de muerte, dándoles garrote, sin confision, y viéndose Diego Palomo en el extremo que habemos oido, se hincó de rodillas ante Lope de Aguirre, pidiéndole que por amor de Dios no le matase, sino que le dejase vivir con aquellos indios del Pirú que tan bien los habian servido, para hacerse ermitaño y dotrinarlos en las cosas de nuestra santa fé católica, con una humildad y llaneza que ablandara un corazon de acero; pero el maldito tirano, que de nada se dolia, nunca lo quiso hacer, antes con mucha presteza y sin les dejar confesar, hizo ejecutar en él y en el otro Pedro Gutierrez su furia y rabia infernal, haciéndoles dar garrote, con que les quitó las vidas. Desta manera quedaron estos míseros indios cristianos en poder de aquellos bárbaros, que aunque pareció ser gente de buena digestion y traza, y con mucha paz y amistad dieron de comer y lo que hobieron menester á los españoles al tiempo que allí estuvieron, que

[1] En el ms., *desistion*.

fueron dos dias, no se supo lo que despues hicieron con los indios é indias que allí les dejó Lope de Aguirre, y segun el diablo los trae engañados, no seria mucho haberles hecho idolatrar y seguir sus ritos y ceremonias por asegurar las vidas. Plegue á Dios les haya dado gracia para que se conservasen en su santo servicio, loando su nombre, dándole infinitas gracias por haberlos traido á tantos y tan grandes trabajos entre gente no conocida y fuera de su natural. En este pueblo tuvieron noticia por estos naturales, cómo la tierra adentro, cerca de allí, habia españoles con hijos, é que tenian barbas largas, é cruces, y que se hincaban de rodillas delante dellas puestas las manos. Algunos quieren decir que sesenta españoles que se quedaron allí al tiempo que el capitan Ordás entró á hacer una jornada por el rio de Urapare, que cae hácia este pueblo. Otros dicen que no son sino otros diez españoles que se *le* quedaron allí al capitan Francisco de Orellana, al tiempo que volvió de España á hacer esta jornada por mandado del emperador nuestro señor; y que se hayan quedado estos hombres en esta tierra yo lo oí certificar al capitan Pedro de Ruanes, persona de crédito y autoridad, que fué uno de los que iban en compañía del dicho Orellana.

CAPÍTULO XLII

Cómo con las recias mareas se perdieron algunos indios y españoles, que se los llevaba la creciente en las piraguas y canoas, y de la necesidad que pasaron hasta llegar á la isla Margarita.

Habiendo alijado en este pueblo los bergantines salió la gente del campo bien triste y afligida por ver quedar su servicio en tierra extraña, tan mal acomodada, y algunas de las indias preñadas de los españoles, sin que hobiese remedio de que sus hijos pudiesen ser baptizados, ni gozasen de tanto bien como es conocer á nuestro Redentor Jesucristo sirviéndole, que ésta era la mayor pena que llevaban. Desde aquí á la Margarita no se halló más poblado, ni se buscó, por ser ya el rio tan ancho que más parecía mar que otra cosa. Viéronse por la mano izquierda, de aquí para abajo, grandes cordilleras de tierra rasa de sabanas, de muncha cantidad de humos de dia y lumbres de noche, en que demuestra haber mucha poblazon. Y por el rio se vieron mucha cantidad de islas grandes y pequeñas: unas de montaña y otras de campaña rasa, en todas las cuales ansimismo se vian muchas lumbres y humos que demuestran ser pobladas. Antes que llegasen á la mar pasaron grandes trabajos y miserias, y las mayores fueron la mucha calamidad en que se vian despues de la muerte del gobernador Pedro de Orsúa. Sucediéronles grandes aventuras, ansí con los indios como con sus propios naturales, los unos con los otros, que conforme á lo que se ha visto, si mucho durara la navegacion fueran pocos los que escaparan de las manos de Lope de Aguirre; mucha tormenta en el rio á veces, pasando los bergantines rastrando media braza y menos de agua, sobre légamos de lama blanda, que ansí lo proveyó Dios porque no se abriesen; otras, con grandes temporales de vientos y aguaceros y grandes macareos que causa la creciente del mar contra la furia del rio, y con estas crecientes tan furiosas quedaron perdidos en las islas del rio algunos indios cristianos del servicio de los españoles, que saliendo á mariscar y buscar comida en ellas, venia la creciente con tanto ímpetu y furia que no podian tomar los bergantines y se quedaban aislados con estas crecientes. Subcedió un dia que yendo tres mancebos, un español y dos mestizos, y con ellos cuatro ó seis indios del real, cristianos, en una piragua, los arrebató la furiosa creciente del mar en tanta manera, que sin poderse sustentar ni tomar tierra los llevó el rio arriba hasta que los bergantines y la gente del armada los perdieron de vista, sin nunca más saber dellos ni dónde fueron, y ansí se quedaron perdidos. Desde este pueblo á la isla Margarita tardaron diez y siete dias de navegacion, algunos dellos con mareas y otros sin ellas, y tardaron desde el astillero donde se embarcaron con el gobernador Pedro de Orsúa hasta la isla Margarita, que está en la mar del Norte, desde 26 de septiembre de 1560 años hasta 20 de julio de 61, que fueron diez meses menos seis dias, de los cuales navegaron por el rio y mar los tres meses y diez y ocho dias. Los tres meses y un dia hasta el pueblo donde dejaron los indios de su servicio, y los diez y siete desde allí á la isla Margarita, con que contaron 111 jornadas, y todo el resto, que fueron seis meses y dos dias, se detuvieron en hacer los bergantines y aparejos dellos, y buscar comidas, y vengar pasiones y ejecutar traiciones y violentas muertes, como se ha visto en el discurso desta jornada, que aun no se han acabado. Pasaron gran necesidad de hambre y sed en estos diez y siete dias en la mar, en especial los que no eran confirmados amigos de Lope de Aguirre; que los que lo eran no la tuvie-

ron, porque se les daba muy cumplida racion, y á los demás se acortaba cada dia más porque á ellos no les faltasen las suyas muy enteras. Y si más durara esta poca de navegacion, á los que no había muerto á cuchillo matara Lope de Aguirre de hambre y sed, y con ser tan corta murieron tres ó cuatro soldados desta enfermedad, que se les juntó con otros trabajos que hasta allí habian pasado.

CAPÍTULO XLIII

En que se cuentan muchas particularidades y grandezas deste rio del Marañon y de su tierra é islas, con su fertilidad y disposicion desde su principio y nacimiento hasta la isla Margarita.

Justa cosa será, pues habemos acabado de pasar el rio del Marañon, digamos algunas particularidades dél, demás de las dichas, pues decirlas todas seria cosa imposible, por no haber hasta hoy hombre que particularmente las haya visto, ni las pueda contar. Las que se pueden escribir son las que aquí se pondran, dichas y afirmadas por todos los que bajaron por él, ansí en esta desastrada jornada como en la del capitan Francisco de Orellana, cuando bajó perdido de la conquista de las provincias de Zumaco y La Canela, al tiempo que en ellas entró con Gonzalo Pizarro, como en esta historia se apuntó, y en la vuelta que despues hizo este capitan Orellana, desde España, al tiempo que volvió por Adelantado á la conquista y poblazon deste gran rio por comision y mandado del invictísimo emperador Cárlos V de España, de glorioso fin y memoria por sus muchas y grandes hazañas de que estan llenas tanta multitud de escrituras. La general y comun opinion de todos es que tiene este rio desde su nacimiento hasta donde se junta con la mar del Norte, pasadas de 1.200 leguas de largo. Y que esto sea así es cosa verisímile, pues por la altura, desde el cabo del Pasao, en la mar del Sur, hasta su entrada en la mar del Norte, que está en un propio paraje debajo de la línea equinocial, hay 540 leguas, que es toda la anchura que hay de un mar á otro. Y de allí á la puente de Apurima, que es uno de los principales rios que entran en éste, hay más de 600 leguas, vistas y caminadas por tierra, y subidas desde Pasao á la ciudad de Quito, adonde hay 400 leguas por la altura, es la propia cuenta. Y desde allí á la ciudad de Bogotá, del nuevo reino de Granada, hay otras docientas leguas por tierra. Y desde allí salen rios que entran en este del Marañon. Y desde Santa Fee de Bogotá al cabo la Vela y á la Burburata, que están en la mar del Norte en el propio pasaje, poquito más ó menos de la entrada deste rio, hay 200 leguas; por manera, que considerada y sabida esta cuenta en que hay mill leguas de camino, vistas, salidas y caminadas por tierra, que son: 400 y más desde la Burburatá á la ciudad del Quito, y 600 de allí á la puente de Apurima, no es mucho que con el rodeo y muchas vueltas que el rio hace, que son muchas y muy grandes, haya docientas leguas más en tanta distancia de camino. Juntamente con esto es tan grande y tan poderoso que no hay ningun descubrimiento con quien se pueda comparar. Dicen los pilotos que lo han visto que tiene de anchura por donde entra en la mar sesenta leguas, é yo le he medido en algunas cartas de marear y tiene de ancho por ellas 54 leguas. Y entra con tanta velocidad y furia que quince leguas á la mar adentro se toma agua dulce dél, de donde han venido á llamar á este gran rio mar dulce. Ansimismo tiene grandísima cantidad de islas grandes y pequeñas, algunas de á diez, doce, quince y veinte leguas; é isla hobo que por el camino que hicieron la juzgaron por de sesenta leguas de largo. Algunas destas islas estan despobladas cerca de la mar, por ser anegadizas, que es cosa increible las muchas que anega con las avenidas que en él entran y con la creciente de la marea; y fuera de las islas innumerable cantidad de tierra, y al tiempo que baja la marea son tantos y tan grandes los bajos é islas que descubre, que parece cosa imposible volverse á cubrir, hasta que se vee todo cubierto con la creciente de la marea. Hasta que llegaron al pueblo de las tortugas, que es el de Machifaro, tuvieron pocos aguaceros; antes fué el tiempo sereno y amoroso de sol y aires. Entendióse ser este tiempo de verano, que fué desde septiembre á Navidad, y es de creer ansí, pues el tiempo dió mucha muestra dello. De allí para abajo les llovió mucho, con grandes é importunos aguaceros, mezclados con mucho viento y truenos que causan gran tormenta y olas en el rio, mayores que en la mar, y á veces anegan las canoas y piraguas si no se acogen con tiempo al abrigo de tierra, aunque los bergantines se vieron algunas veces en tanto peligro y riesgo que se pensaron perder y ahogar. Cuando llueve en los nacimientos de los rios que con éste se juntan, vienen grandes avenidas que cubren y anegan mucha tierra llana y baja fuera de la madre del rio, y como la distancia de su corriente y nacimiento es tan larga, acaece

que es verano en una parte é invierno en otra, por ser diferentes temples y celajes, y esto es cosa vista y sabida, porque en la mayor parte del Pirú es verano al tiempo que lo suele ser en España. Y pasada la cordillera hácia el Norte, lo es desde septiembre hasta febrero, que viene á ser al revés; de cuya causa llegan las unas avenidas á las otras antes que puedan entrar en la mar, aunque se ha visto por experiencia que las mayores avenidas son las del invierno del Pirú, por venir de aquella provincia los más y mayores rios. El temple deste rio es generalmente más caliente que frio, aunque lo más del tiempo corren mareas de viento que con la frescura del agua tiene muy regaladas y frescas tardes y mañanas. Es tierra al principio muy montuosa, con algunos pedazos de campaña rasa, y más abajo montaña rala, y á trechos buena campaña, y al medio es tierra más descombrada. De la una banda y otra del rio hay muchas cordilleras y sierras, unas rasas y otras montuosas. Hay muchas, grandes y buenas poblazones, ansí por las riberas del rio como en las islas dél, como lo habemos visto en el discurso de la historia, y tiénese por cosa muy averiguada que hay muchas que no se vieron, ansí en el rio como á la tierra adentro. Y desto se tuvo mucha noticia por los naturales de aquella tierra, y mucha muestra de ser verdad por los anchos y seguidos caminos que se vieron ir desde los poblados del rio á la tierra adentro. Hay en toda ó en la mayor parte del rio mucha vasija y loza vedriada, de barro, obrada y pintada con diferentes labores, casi como la de la China. En la provincia de Carari y Maricuri es gente pulida, vestida de manta y camiseta labradas y pintadas de pincel, y los vestidos de las mujeres por la misma órden. Comen en mesas y tienen asientos y escaños muy pintados y matizados con un barniz de diferentes colores. En esta provincia se vió oro en joyas, ansí en los hombres como en las mujeres, las cuales lo traian en las orejas y narices, y gargantillas al cuello. Y los hombres en patenas en los pechos y en narigueras en las narices, y al fin lo conocen y traen por joyas y dan á entender que lo tienen en más que á otros metales. Estos indios tienen guerra con los de la provincia de Machifaro. En los indios de más abajo se halló el pedazo de plata blanca que pesó 28 pesos, que se dijo habia traido Sancho Pizarro al tiempo que fué á descubrir la laguna y gente della que halló muerto al gobernador Pedro de Orsúa. Desde los Caperuzos, que fué junto á donde se embarcaron al principio deste rio, hasta las casas fuertes de la isla que dijimos arriba, no se halló sal, ni los españoles la procuraron porque la llevaban del Pirú. Cuando cesan estas crecientes en el rio, hace grandes playas, riberas dél, en las cuales se hallan tanta cantidad de huevos de tortugas é hicoteas, que no se puede creer la multitud, que con ellos y con las propias tortugas é hicoteas son bastantes para sustentar un grueso ejército. Fuera desto hay por las playas muchos pájaros blancos, del tamaño de palominos, que se matan á garrotazos y es buena comida. Hay muchas pavas y paujies y patos en grande abundancia; venados y guaratinajes, que son como liebres; dantas, puercos de monte, diferentes de los de España, que tienen el ombligo en el espinazo, y si no se le quitan luego como le matan, hiede la carne que no se puede comer. Y tienen estos puercos una propiedad, que andan en grandes bandadas y traen su capitan, y para matar muchos dellos no tienen necesidad de más de ponerse en un tronco de árbol donde no pueda llegar el capitan dellos á hacer golpe con el colmillo al que estuviere, porque de paso como va se llega á hacer golpe á la persona que le está aguardando, y no le pudiendo herir, hace el golpe en el árbol en que está la tal persona, y todos por la misma órden sin que quede ninguno de toda la bandada, y desde allí acaece matar con una lanza diez, doce ó más puercos, conforme á la cantidad de los que vienen. Y aunque los unos vean herir y matar á los otros, no por eso dejan de ir á hacer su golpe y herida en el propio. Hállanse ansimismo mucha miel de abejas; muchos y muy diversos pescados. Hay mucha fruta de guayaba, guanabanas, mameyes, caimitos, hobos y paros, y piñas de las del Pirú; cocos de almendras y uvas blancas y negras que se dan en árboles muy grandes, y otra mucha diferencia dellas Hay mucho maiz, cazabi, yuca dulce y brava, maní y ñames y batatas, y mucho agi ó pimientos de Indias. Es tierra muy aparejada para grandes cañaverales é ingenios de azúcar; para viñas y olivares y sementeras de todas las cosas de Castilla y arboledas de nuestra España. Puédese hacer mucha tinta de añil, por haber gran cantidad de yerba della. Es aparejada para criar muchos ganados y para otras grandes ferias que el tiempo y la tierra descubriria. Y es mal empleado que semejante tierra no esté descubierta y poblada, para que en ella se predique y plante nuestra santa fee católica. Sube la marea por este rio con tanta furia y velocidad que el ruido della se oye de muy lejos, y al encontrar la marea con la corriente del

rio, hace unos macareos y ceja de agua tan alta como una muy alta casa, que pone gran temor á los que van navegando, porque parece cosa imposible dejar de trastornar los bergantines; pero como los tome por proa, ningun daño les hace si no estan atravesados, que estándolo seria cosa de mucho riesgo y peligro. Otras muchas cosas se pudieran decir y contar desta tierra y rio, que por no ser tan conformes en ellas los que las vieron como en las pasadas, no se dicen. Segun afirman muchos de los que han visto este rio, y la expiriencia lo ha mostrado, puédese subir por él arriba desde el mar del Norte hasta las Chachopoyas, provincia del Pirú, que es adonde llegó y se desembarcó el caudillo Viarazu con parte de la gente que sacó del Brasil, y por esta órden se podrian comunicar las mercadurias d'España y su comercio por más de mill leguas el rio arriba. Y por el consiguiente se podrian llevar otras del Pirú á España, y aun de la ciudad y tierra de Quito, porque se podria ir hasta donde hizo Gonzalo Pizarro el bergantin, que estará á 60 leguas de Quito, y ansimismo la ciudad de Zamora de Pirú y la gobernacion de Yaguarsongo y Pacazmoro, donde se navega por los indios de aquella tierra con canoas en los rios que salen á este grande del Marañon, y se comunican de unos pueblos á otros; y con gran facilidad se podrá descubrir y poblar esta tierra, aunque será grande la costa que para ello será menester, porque todos los que lo han visto afirman que á las primeras vistas, serán menester de cuatrocientos á quinientos hombres para la comenzar á conquistar y poblar; y ansimismo dicen que para no la errar se ha de empezar en la parte que Gonzalo Pizarro hizo el barco, á las espaldas de Quito, por bajo de la gobernacion de los Quijos, que hoy está poblada, por ser esta tierra de Quito la más fertil de comidas y ganados y de pólvora y azufre y de alpargates y de todo lo demás necesario para la jornada y descubrimiento, y de donde mejor y más fácil y á menos costa se pueden proveer de ganados y de lo demás necesario, hasta que el tiempo acabe de descubrir la tierra y rio, con los secretos de su navegacion, y que sin duda vendran á ser tan fáciles como ahora vemos que lo son otros de estas Indias, en cuyos principios se tuvieron por dificultosos, y es cosa averiguada que seria gran bien y utilidad y provecho descubrir esta tierra, por el bien y utilidad que se seguiria á los que con ella confinan, por la contratacion por su largo y extendido rio, y por la mucha gente que hoy tiene el Perú, ansí de naturales como de españoles y hijos decendientes suyos, nacidos y crecidos en él, que por ser tanta y no tener en qué se ocupar, andan vagando de unas partes á otras, y aun ha comenzado á sentirse necesidad en las comidas, la cual se entretendria en esta jornada, que es una de las mejores y de mayor noticia que hoy se sabe en todo el Pirú. Dios haga en ello y en todo lo que más convenga á su servicio.

CAPÍTULO XLIV

Cómo llegó Lope de Aguirre con todos sus bergantines á la Margarita, y antes que se desembarcase mató al capitan Gonzalo Guiral de Fuentes y á Diego de Valcazar, y otras [1] *crueldades que hizo.*

Acabados los trabajos y calamidades que la historia nos ha contado, llegó Lope de Aguirre á la isla Margarita, lunes, veinte dias del mes de julio de 1561, habiéndola descubierto el dia antes, donde de nuevo empezó á hacer otras nuevas crueldades, como lo tenia de costumbre, por no perder su mala órden comenzada de crueldad y tirania. Los pilotos que llevaba no sabian el puerto principal, por no haber estado otras veces en aquella costa; á cuya causa, de industria se apartaron los bergantines y tomaron en diferentes puertos por entender cuál seria el mejor. Lope de Aguirre *lo* tomó en una destas islas, llamada Garachi, el cual era á cuatro leguas del pueblo de españoles que allí vivian. El otro bergantin, donde iba el maese de campo Martin Perez, tomó otro puerto, cuatro leguas de allí, llamado Paragua, y antes que Lope de Aguirre saltase en tierra, pareciéndole que Gonzalo Guiral iba descontento y quejoso por haberle quitado el cargo de capitan, y por el poco caso que dél se habia hecho, y que por esta causa no podia fiarse dél, mandóle prender, el cual habia sido capitan de don Fernando de Guzman, que fué el que habemos dicho que dió aviso á Lope de Aguirre, juntamente con Alonso de Villena, cómo don Fernando lo queria matar. Y para pagalle este aviso y las muchas ofertas y promesas que le habia hecho cuando se lo dió, le prendió, y juntamente con él á Diego de Valcazar, aquel que fué justicia mayor en el campo y al tiempo que le dieron la vara dijo: *asentá que la tomo en nombre del rey don Felipe nuestro señor;* á quien antes habia querido matar Lope de Aguirre, y se escapó huyendo, despeñándose

[1] Tachado: *cosas*.

por un barranco abajo, de que habia salido mal herido; y luego que los hubo preso mandó Lope de Aguirre que sin confesion les diesen garrote. Y diciéndole Gonzalo Guiral: Pues ¿cómo, señor Lope de Aguirre, desta manera paga vuestra merced á quien tan bien y lealmente ha servido como yo, descubriéndole la celada, órden y traza que don Fernando tenia dada para le matar? Y ¿estas son las muchas promesas que vuestra merced me hizo? Por cierto, no creyera, ni entendiera tal, que en ningun tiempo se habia de usar semejante crueldad conmigo. Por amor de Dios suplico á vuestra merced se reporte y me haga merced, pues mis obras lo merecen. A lo cual respondió el furioso tirano, con endemoniada cólera: Por cierto, vuestras obras no merecen menor castigo que el que os mando dar, pues descubristeis el secreto que os estaba encargado por vuestro príncipe. Y quien le fué traidor, tambien lo será á mí en la primera ocasion que se ofrezca; y para que no lo sea, es justo que no viva un solo punto. Y diciendo esto hizo que sin confesion le diesen garrote, y estándoselo dando pedia el miserable confesion á grandes gritos. Y porque no le oyesen algunos de los de la isla que habian llegado al puerto, le hizo dar muchas puñaladas con que acabó de espirar, y á Valcazar dieron garrote, y á entrambos echaron á la mar. Aquí verán los que quisieren tomar consejo y experiencia, cuán bien cumplió la palabra Lope de Aguirre á Gonzalo Guiral, que entendiendo que aseguraba la vida descubriendo el secreto, halló la muerte tan cruel y desastrada, por donde parece ser justa justicia de Dios que viniese á parar de aquella manera, pues podemos decir que Lope de Aguirre la diese por la misma órden á don Fernando y á sus capitanes que contra él estaban conjurados de matarle y volver al servicio del rey. Aquel propio dia por la tarde envió Lope de Aguirre un soldado de su campo, llamado Rodriguez, gran servidor y amigo suyo, de quien mucho se fiaba, el cual, guiado por unos indios, por tierra, fuese adonde estaba el otro bergantin con Martin Perez, su maese de campo, á decirle que dejase recado en su bergantin para que se viniese á aquel puerto á juntarse con el suyo. Y que en todo caso saliese por tierra con la gente que le pareciese y se viniese á ver con él aquella noche, y que entre los que sacase del bergantin, que fuese á Sancho Pizarro, que era uno de sus capitanes, y le matase en el camino, porque no tenia satisfacion que le seguiria. Llegó Rodriguez con brevedad donde estaba el maese de campo, por ser buen peon, y dió su embajada á Martin Perez, así como se lo habia mandado Lope de Aguirre, con el mayor secreto y fidelidad[1] que pudo, de que se le echó gran culpa, porque si hiciera lo que se debia al servicio del rey, ganara gran crédito y honra, dando aviso en la isla de la manera que venia Lope de Aguirre, que lo podia muy bien hacer y muy á su salvo, para que todos se pusieran en arma y le prendieran y desbarataran, y con la mesma presteza que llegó donde estaba Martin Perez, pudiera ir al pueblo con los guias que llevaba; pero no lo quiso hacer, como gran traidor que era y uno de los que más prenda tenian metida en esta rebelion. Y si en esta ocasion le hobiera dado á don Juan de Villa Andrando, gobernador que á la sazon era en la isla Margarita, sin duda que se excusaran muchas muertes y robos y escándalos que despues hizo Lope de Aguirre, porque le pudieran fácilmente romper y desbaratar don Juan y los de la isla, con muchos de los que con él iban que se pasaran al campo del rey. Antes que llegara el recado de Lope de Aguirre á Martin Perez, le habia despachado el propio Martin Perez un capitan llamado Diego Tirado, dándole aviso cómo habia llegado á aquel puerto en salvamento; que viese lo que mandaba que hiciese, porque no saldria un punto dello. Tambien éste pudo dar aviso en la isla de lo que habia, pero no quiso Dios, por nuestros pecados. Luego que Martin Perez tuvo el aviso que hemos oido, sin detenerse un punto puso por obra lo que se le habia mandado, y dejando suficiente guarda en el bergantin, de gente segura y bien prendada, salió á tierra con Sancho Pizarro y los demás que le pareció, y todos juntos comenzaron á marchar la vuelta del puerto Garachi. Y dejando órden en el bergantin, que luego saliese á juntarse con el otro donde los estaba aguardando Lope de Aguirre, llevó con él á Rodriguez, con los guias que habia traido, para mejor acertar el camino. No se hubieron bien apartado del bergantin, cuando Martin Perez fingió que tenia cierto negocio que tratar con Sancho Pizarro y con otros dos soldados, mandando á los demás que marchasen poco á poco, que luego los alcanzarian. Se desviaron algun tanto del camino cuanto no pudieron ser vistos del bergantin ni de los otros compañeros, y echó mano á la espada Martin Perez y dió de estocadas á Sancho Pizarro, mandando á los dos que con él iban con dos agujas largas enhastadas, que le diesen con ellas hasta que le matasen, lo cual ellos hicieron con gran

[1] En el ms., *fediiidad.*

presteza. Y desta manera le dejaron muerto con la crueldad que se ha visto; pero no tardó mucho que no pagó Martin Perez esta muerte con las demás que tenia hechas, que fué en esta isla, haciéndole matar Lope de Aguirre con otra semejante crueldad. Hecha la muerte de Sancho Pizarro, prosiguió Martin Perez su camino con los otros dos soldados hasta que alcanzaron la gente de su compañía, la cual les preguntó por Sancho Pizarro, y les dijeron que le habian enviado á una estancia de ganado que estaba á la vista, para que les hiciese llevar de comer al puerto. Asimesmo pudieran dar aviso en la isla un Roberto de Lozaya, barbero, y Francisco Hernandez, piloto, á los cuales y no á otra persona alguna echó Martin Perez en tierra con ciertos negocios. Y lo propio pudieron hacer otros ocho ó diez soldados á quien Lope de Aguirre envió á buscar de comer, y por su caudillo á Juan Gomez, calafate almirante; todos los cuales toparon personas vecinos de la isla á quien pudieran dar noticia de la venida del tirano y sus disinios; antes lo encubrieron con gran secreto y cautela, diciéndoles que eran soldados y servidores de la corona real de Castilla, que habian salido del Pirú en su servicio á descubrir y poblar el rio y tierra del Marañon, y que se les habia muerto su gobernador y bajaban perdidos y muertos de hambre. Y desta manera los vecinos españoles de la isla fueron fáciles de engañar debajo desta cautela; sin tener dellos ningun recelo ni sospecha los acariciaban y regalaban cada uno lo mejor que podia, y aun se fueron en su compañia al puerto á ver á Lope de Aguirre y le llevaron de lo que tenian en sus estancias y casas para su regalo y comida, teniéndoles mucha lástima.

CAPÍTULO XLV

Cómo vieron desde el pueblo el bergantin antes que tomase puerto, y cómo enviaron á saber qué gente era, y cómo despues fueron vecinos de la isla, á quien Lope de Aguirre dió algunas joyas y preseas, y lo escribieron al pueblo y vino el gobernador y mucha gente á verlos, y cómo los engañó Lope de Aguirre y les tomó las armas y caballos y se apoderó del pueblo.

No habian tomado puerto los bergantines cuando los vieron don Juan de Villandrando, gobernador de la isla, y los vecinos della, y no sabiendo qué gente era despacharon una piragua de indios bien equipada á descubrir y saber quién fuese, y gente por tierra al propio efeto. Y como los de los bergantines se diesen buena maña tomaron puerto é hicieron las diligencias que se han dicho, engañando y asegurando la tierra, yéndolo á ver con toda paz y seguro. Y cuando llegaron hallaron á Lope de Aguirre que estaba desembarcando la gente enferma, por más asegurar la tierra, y entre ellos algunos amigos, aunque pocos, entre los cuales estaba Diego Tirado, su capitan de caballo. Toda la demás gente dejó escondida en el bergantin, debajo de cubierta, mandándoles que so pena de la vida ninguno saliese de allí, ni se descubriese, hasta que otra cosa les mandase. A este tiempo llegaron dos ó tres vecinos de la isla que los venian á ver y traer refresco, entre los cuales venia un Gaspar Rodriguez, al cual se aficionó Lope de Aguirre más que á los otros, por le parecer hombre de buena conversacion. Llegados que fueron los saludaron con mucho amor y crianza, haciendo Lope de Aguirre y los suyos lo mesmo. Como todos tenian una mesma plática de lo que habian de decir á los de tierra, preguntaron qué gente era y de dónde venian tan enfermos y flacos y mal tratados, dando muestra de pesarles de sus trabajos. Tomó Lope de Aguirre la mano, dándoles las gracias, diciéndoles que habian salido del Pirú por el rio Marañon abajo en demanda de cierta noticia grande que habian tenido, y se habian perdido sin dar en ella y venian de la suerte que veian; que les suplicaba y pedia por merced que les diesen de comer por sus dineros y lo que hubiesen menester. Y viéndolos con semejante necesidad, habiendo conformado estas palabras con las que habian oído en sus estancias, mandaron matar todas las vacas y terneros y con mucha liberalidad se los repartieron. Tomó Lope de Aguirre un capote de grana con pasamanos de oro y una copa de plata y dióla á Gaspar Rodriguez y á los otros dos que con él habian venido, y dió á cada uno un anillo de oro con sendas esmeraldas engastadas en ellos, por los asegurar y aplacer, dándoles á entender que les tenia en mucho el regalo y merced que le habian hecho, y que no querian más en aquella isla de tomar la comida necesaria y lo que habian menester para su viaje, por su dinero, é irse. Aquella propia noche se supo en el pueblo lo que les habia pasado, con las dádivas y presente que Lope de Aguirre les habia dado, por cartas escritas de las personas que los habian recebido, en las cuales certificaban que era gente rica que venia enferma y muerta de hambre, y que

á trueque de comida daban joyas de oro y plata, como en efeto las habian dado á algunos de los que allí iban. Luego que se supo esta nueva en la isla de la Margarita, movidos de cudicia de las joyas que Lope de Aguirre daba, salió don Juan de Villandrando, y con él Manuel Rodriguez, alcalde ordinario, y Andrés de Salamanca y otra mucha gente, para el puerto de Garochi, adonde llegaron otro dia martes por la mañana, dia de la gloriosa Maria Madalena. Y como Lope de Aguirre los vió venir salió al encuentro á los recebir con su capitan Diego Tirado y otros amigos suyos de quien bien se fiaba, con los cuales habia tratado la órden que habian de tener en lo que se habia de hacer, y habiendo llegado cerca dellos los recibieron con grande humildad y respeto, en tanta manera que casi hincaron la rodilla en tierra haciendo demostracion de quererles besar los pies á don Juan y á los que con él venian. Don Juan y los demás se apearon y mostrando Lope de Aguirre hacerles servicio mandó á sus soldados que les tomasen los caballos, y al cabo de algunos cumplimientos y respetos que se tuvieron de la una á la otra parte, se los hubieron de dar, los cuales tomaron los soldados y ataron algo desviados de donde estaban. El gobernador tuvo grandes cumplimientos con Lope de Aguirre, ofreciéndosele á su servicio con su persona, casa y hacienda, rogándole que se fuese á el pueblo á posar á su casa. Lope de Aguirre se lo agradeció mucho, mostrando recebir gran merced en ello, con gran caricia y comedimiento, aceptando la que se le hacia. Y después que hubieron estado gran rato en estos comedimientos y otras razones, pidió licencia Lope de Aguirre al gobernador para ir al bergantin á sacar algunas cosas que en él traia, para que se fuese al pueblo, el cual la dió é fueron con él sus soldados hasta la lengua del agua, donde estuvo hablando con ellos, dándoles la órden que habian de tener para tomar las armas y caballos al gobernador y los que con él estaban; y luego se fué al bergantin, donde asimesmo trató lo propio con la gente que [1] en él estaba escondida. Y á este tiempo llegó el bergantin que estaba en Paragua, por el cual habia enviado Lope de Aguirre. Y vuelto al gobernador, le volvió á hacer otra gran reverencia como la primera, diciéndole: Señor, los soldados del Pirú siempre se precian más en buenas armas que de ropas ni vestidos, aunque los tienen en harta abundancia; suplican á vuestra merced y yo con ellos les dé licencia para que llevemos al pueblo nuestras armas y arcabuces, pues con ellas venimos de servir á Su Majestad y lo habemos de hacer donde quiera que estuviéremos, y á vuestra merced en su nombre. Como don Juan era mozo y estaba descuidado de toda sospecha que entre los españoles pudiese haber semejante traicion como la que tenian trazada con quitarles las armas y alzarse con la isla, respondió que fuesen en buen hora como lo pedian, aunque entonces, segun afirman los que lo vieron, poco les aprovechaba, porque ya estaban caidos en el lazo. Vuelto el traidor á sus soldados les dijo: Caballeros marañones, limpiad vuestros arcabuces, que los traeis maltratados é comidos de la mar, y llamad á vuestros compañeros que están en los bergantines, que se desembarquen, que ya tenéis licencia del señor gobernador para ir con vuestras armas al pueblo. Luego al punto dispararon algunos arcabuces y parecieron muchas cotas, partesanas y lanzones y agujas enhastadas. Lope de Aguirre se desvió otra vez á hablar con sus soldados, y el gobernador con su gente, que ya les parecia mal tanto tropel de soldados y armas, y trataban la manera que tendrian para se las quitar, pero ninguna hallaron que fuera buena. A esta coyuntura llegó el tirano á ellos, con sus compañeros bien armados, é sin les hacer acatamiento ninguno dijo: Señores, mis compañeros y yo vamos al Pirú á servir á Su Majestad y somos informados que hay allá muchas guerras y que vuestras mercedes no nos han de hacer el tratamiento que nuestras personas merecen, ni nos han de dejar pasar allá; por tanto, conviene que dejen las armas que traen, y las varas, y que sean presos, y esto no más de porque con brevedad se nos dé aviamiento. A este tiempo ya habia enviado otros soldados á tomalles los caballos, los cuales ya estaban asidos. El gobernador, viendo una traicion tan nueva y repentina, se retiró algun tanto atrás, diciendo: *¿Qué es esto? ¿qué es esto, caballeros?* pero poniéndole á él y á los demás muchas lanzas y partesanas á los pechos, y apuntándoles con arcabuces, les quitaron las armas y las varas de la real justicia que traian en las manos, y ya les habian quitado todos los caballos, como está dicho, sin dejar ninguna persona que pudiese dar aviso al pueblo. Y en un punto, los primeros que se pusieron á caballo fueron Diego Tirado y Martin Rodriguez y Diego Sanchez Bilbao y Roberto de Lozaya y un mestizo, Carrion, y tras ellos otros, y á grandes voces decian: *¡Viva el príncipe*

[1] Tachado, *con él venia.*

de la tierra Lope de Aguirre! repitiéndolo muchas veces y corriendo á caballo hácia el pueblo, decian: A tomar vamos la isla, que habemos preso al gobernador y alcaldes, y toda la tierra es nuestra. Y con esta voz fueron á tomar la isla y pueblo della, sin dejar hombre de cuantos topaban de los que les venian á ver, á quien no desarmasen y quitasen el caballo que llevaba. Lope de Aguirre tomó el caballo del gobernador, mandándole que subiese á las ancas, y á sus tiranos que marchasen á gran priesa al pueblo, y lo propio hicieron los que habia mandado salir de los bergantines, quedando en ellos la guardia que convenia, segun que lo habia ordenado al tiempo que fué á hablarles [1]. El gobernador se enojó terriblemente de semejante desvergüenza y traicion como la que Lope de Aguirre habia usado con él, y por entonces no quiso subir á las ancas de su caballo, y Lope de Aguirre mandó que le siguiese á pie con todos los demás de la isla que con él estaban. A este tiempo llegó el maese de campo y la gente que con él iba, la cual venia por el aviso que les habia llevado Pero Rodriguez, como hemos visto. A esta sazon volvió Lope de Aguirre á convidar al gobernador con las ancas de su caballo, y viendo que iba cansado y lo poco que le aprovechaba enojarse y rehusar, y que le era forzoso ir á pie, hubo de subir constreñido de necesidad; con los caballos que iban quitando á los que de la isla iban á ver al Lope de Aguirre y su gente, se iban pertrechando estos tiranos, y á toda priesa fueron al pueblo, donde llegaron á hora de medio dia. Hallaron la poca gente que en él habia, descuidada y segura, que no sabian cosa de cuantas habian pasado. Entraron por una calle corriendo, apellidando: *¡Libertad, libertad! ¡Viva el príncipe Lope de Aguirre!* repitiendolo [2] muchas veces. Lo primero que hicieron fué irse á la fortaleza, la cual hallaron abierta y se apoderaron della, cerrando las puertas con llave, dejando dentro della guarnicion de gente con sus arcabuces. Y luego salieron por todas las calles y desarmaban los que topaban, los cuales quedaban suspensos y atónitos de ver cosa jamás pensada en gente de su propia nacion, ni sabian si fuese entremés ó burla por pasar tiempo con ellos, ni acababan de entender ni determinar lo que fuese, ni lo que podian hacer, por estar fuera de allí el gobernador y alcaldes con la gente más granada y principal del pueblo. Hasta que dende á poco rato llegó el tirano de Lope de Aguirre con el resto de su gente que venia á pie, y con el gobernador y alcaldes y otras personas que traia presos del pueblo. Luego que llegó este tirano fué mucha de su gente á la plaza con hachas aceradas, quiriendo derribar el rollo dándole muchos golpes; pero como fuese de un palo muy duro y recio guayacan y estaba muy curado al aire y agua, no le pudieron acabar de cortar, y así comenzado le dejaron de cansados. Tras esto preguntó Lope de Aguirre dónde estaba la caja real, y como se lo dijeron fué á la casa donde la tenian, y sin aguardar ni pedir llaves de la puerta y caja mandó á sus soldados que con las hachas hiciesen pedazos el aposento y puertas donde estaba, y lo propio á la caja, lo cual ellos hicieron de buena gana con mucha presteza y robaron cuanto en ella estaba, y tomaron los libros de las cuentas reales que dentro estaban, los cuales mandó romper y desbaratar este atrevido tirano, sin respeto ni temor de Dios, ni vergüenza de las gentes. Hecho esto mandó echar bando, que toda la tierra temblaba con la majestad que se pregonaba y la soberbia del bravo y terrible nombre que se ponia, diciendo de aquesta manera: Manda el excelentísimo señor Lope de Aguirre, la Ira de Dios, Príncipe de la libertad y del reino de Tierra Firme y Chile, con las demás provincias que se incluyen de la una tierra á la otra, y grande y fuerte caudillo de los marañones, que todas las personas, vecinos y moradores, estantes y habitantes en esta isla, traigan luego ante su Excelencia todas las armas que tuvieren, ofensivas y defensivas, so pena de muerte, y so la misma pena se recojan al pueblo todas las personas que estuvieren en el campo, y las que estuvieren en él no salgan fuera sin su licencia y mandado, porque así conviene á su servicio. Y con esto se recogió á la fortaleza, donde mandó traer luego una pipa de vino de casa de un mercader, la cual se bebieron en menos de dos horas.

CAPITULO XLVI

Cómo envió Lope de Aguirre á hacer cala y cata del vino y aceite, oro y plata y otras cosas que habia en la isla, y cómo se le juntaron en ella algunos soldados y gente perdida.

Luego como acabó de echar el bando que habemos oido, é recogido que fué á la fortaleza, envió este traidor gente por todas las casas á inquirir y saber que mercadurías y cosas de comida, vino, aceite, oro y plata y

[1] En el ms., *habrarles*.—[2] En el ms., *refiriéndolo*.

perlas habia, para lo cual se juntaron algunos soldados viciosos, perdidos y vagabundos de la isla que como ladrones de casa no se les podia encubrir nada, los cuales fueron con algunos de los tiranos que iban á hacer esta cala y cata, y les ayudaron á robar todo cuanto pudieron. Pusieron por inventario todos los bastimentos, así de vinos y comidas, aceites, como de otras cosas que hallaron, y llevándose las llaves de todo mandaban á los dueños que lo guardasen y tuviesen en depósito, so pena de la vida, llevándoles todas las armas y cosas que bien les parecian, para las repartir entre si, y los que más robaban eran los propios soldados que allí se les juntaban, los cuales recibieron paga de Lope de Aguirre y se ofrecieron á le servir y seguir su opinion y bando hasta la muerte. Entre otras cosas le dieron aviso que mandase sujetar todas las canoas y piraguas de la isla, para efeto que nadie se le pudiese huir á la Tierra Firme, ni dar aviso de su venida, para que mejor y más á su salvo los pudiesen coger descuidados. Y así lo hizo, y todas cuantas estancias pudo haber, sin dejar ninguna, las hizo quebrar y hacer pedazos porque no fuesen de ningun provecho para poder navegar en ellas. Asimismo le avisaron estos nuevos traidores que en la isla se le habian juntado, como el Gobernador, y Manuel Rodriguez, alcalde, y un Gaspar Plazuela, mercader, habian mandado huir y esconder un navio suyo, que en aquella ocasion les habia llegado cargado de la isla de Santo Domingo, á los cuales puso en prision, y al Gaspar Plazuela, á quistion de tormento, y lo quiso matar, y lo hiciera si no viniera el barco con lo que traia. Y como estos propios que allí se le allegaron fuesen de suyo belicosos y amigos de hacer mal, por más acreditarse con Lope de Aguirre y los que con él venian, ninguna cosa por secreta que fuese se les podia esconder, y así les dieron noticia de un navio grande que estaba en la Tierra Firme en la costa de Maracapana, que era cerca de allí, el cual tenia Fray Francisco Montesinos, Provincial de la orden de los Predicadores de aquella provincia, con alguna gente de guarnicion en custodia y guardia de un pueblo nuevo de españoles que habia poblado en aquella tierra de Maracapana, y habia hecho conquistar los indios della, en cuya conversion estaba ocupado por mandado de Su Majestad, y por ponerle el brio que ellos pretendian, y calor, le dijeron que era poca la gente que guardaba este navio. Y que así por esto como porque estaba descuidada, se podria tomar con mucha facilidad este navio. Como en efeto fuese verdad y su cobdicia fuese tanta, mandó luego aprestar á un capitan que para este efeto hizo, llamado Pedro Monguia, con diez y ocho soldados, enviándole en un barco pequeño que allí estaba, y por guia y piloto dél á un negro de la isla, llamado Francisco Cortés, muy diestro en la navegacion de aquella costa. Al salir del puerto toparon un barco de Plazuela y Martin Rodriguez, que venia á presentarse ante de Lope de Aguirre. El capitan Monguia mandó saltar en él cuatro hombres, aquellos que le pareció que no podria tan bien subjetar á su voluntad y desinio, porque juntamente con Diego Hernandez, portugués, piloto dél, se lo llevasen á Lope de Aguirre. Y acabado de hacer esta diligencia, siguió Monguia su viaje á la Tierra Firme con los catorce compañeros que le habian quedado y el negro piloto. Entre tanto que estos siguieron su viaje, los que habian quedado en la isla iban cada dia robando cuanto podian, y con amenazas hacian á los vecinos desenterrar cuanto habian escondido, de lo cual les daban mucha noticia sus nuevos y malos compañeros que allí se le habian juntado. En este tiempo estaba embargada mucha cantidad de ropa y vituallas de un navio que habia venido sin registro, para la tomar por Su Majestad, toda la cual robaron estos traidores, y lo propio la de la tierra, que estaba la más rica y abundante que nunca habia estado, y los vecinos y sus casas las más bien proveidas que se habian visto [1], y á todos robaron cuanto tenian hasta dejarlos pobres y perdidos, que era gran lástima de verlos. Mandó Lope de Aguirre á los de la isla que con brevedad le tuviesen aparejados seiscientos carneros y cien novillos, y maiz y caza para el sustento y matalotaje de su gente, repartiéndolo como le pareció, á cada uno conforme á su voluntad y gusto. Y otro dia por la mañana despues que allí llegó, repartió sus soldados por las casas y vecinos, mandándoles que los hospedasen, sirviesen y regalasen con todo el cuidado y diligencia posible, con apercibimiento que si alguno se les quejase, habia de hacer riguroso castigo en la persona ó personas contra quien fuesen las quejas. Viéndose los pobres tan sujetos, procuraban regalar los soldados todo lo posible, los cuales eran tan importunos, absolutos y disolutos cuanto lo podrá bien entender el buen juicio de cada uno, y sus cosas eran tales y de tanta sujecion, que era un duro yugo y terrible carga la que con ellos se tenia si les durara mucho. De dia comian en las casas y de noche dor-

[1] En el ms., *vistos*.

mian juntos, cabe la fortaleza, en una plaza, á la playa de la mar, y Lope de Aguirre dentro con sus guardias y centinelas, rondas y contrarrondas, centinelas de á pie y de á caballo por todos los caminos. Y para este efeto hacia traer los mejores caballos de la isla y que durmiesen junto á la fortaleza, y que los dueños enviasen allí personas que los curasen y diesen de comer por sus cuartos, y tomasen caballos de refresco como quien lo podia hacer con solo mandarlo. De tal manera se habia este tirano con la gente desta isla, que con sus terribles amenazas no habia hombre que se osase menear ni exceder solo un punto de la órden que les daba. Luego, por más los atemorizar mandó ahorcar sin confision á un Enriquez de Orellana, su capitan de la municion, porque le dijeron que el dia antes se habia emborrachado, lo cual se ejecutó en el desventurado con gran presteza, sin ninguna réplica ni apelacion. Dió su cargo á Anton Llamoso, terrible tirano. A su sargento mandóle que tuviese cuenta y razon con lo que convenia que le daba, como del tenia confianza.

CAPÍTULO XLVII

Del razonamiento que Lope de Aguirre tuvo con la gente de la isla, y cómo se le habian huido á la entrada della cinco soldados, los cuales hizo buscar, y traidos dos dellos los mandó ahorcar, y de otras cosas.

Acabado de ahorcar el desdichado Orellana, como se ha visto en el capítulo antes déste, y estando colgado en el rollo, mandó Lope de Aguirre llamar al gobernador, alcaldes y vecinos del pueblo, los cuales vinieron sin armas. Y él muy puesto en órden, bien armado, á la puerta de la fortaleza, con la gente de su guardia con sus arcabuces y cuerdas encendidas, que espantaba á todos los que lo veian, no sabiendo para qué fuesen llamados. Y despues que los tuvo juntos empezó á hacerles un parlamento en la forma siguiente: Bien entiendo y se me figura la mucha pena y tristeza que vuestras mercedes tendrán de mi entrada en esta isla, y el miedo y temor que les habrá causado el haberles quitado las armas y caballos y mandallos venir aquí sin ellas. Lo que yo, señores, quiero, es asegurarlos y desengañarlos de mi parte y de mis soldados, certificándoles que sus personas y casas serán respetadas, tenidas [1] y estimadas sus honras, como lo merecen sus personas. Nadie tema ni se escandalice. Nadie huya ni haga ausencia de su casa, porque yo les aseguro, prometo y empeño mi palabra, que el que se huyere y ausentare héle castigar con el rigor y pena que está puesta, sin que á ninguno, alto ni bajo, se le perdone. Y el que estuviere en su casa, no tiene de qué temer, pues está debajo de mí seguro y palabra. Pocos dias he de estar en esta isla, y lo que en ella estuviere querria que me diesen las cosas necesarias para mi viaje, pagándolas muy á contento y á más precio de lo que valen; cada uno haga memoria de lo que tiene y se le tomare, para que se le pague. Y porque esta es mi voluntad, esto es lo que quiero, porque nadie se queje. Y si el haberles quitado las armas y caballos lo tienen por injuria ó les parece demasia, no lo tengan por tal, pues no lo es, antes es usanza de guerra y usanza della para que vuestras mercedes y estos mis marañones no se revolvieran cada dia y se mataran los unos con los otros; y por bien de paz y por la quietud de todos he escogido este por el mejor, más fácil é útil remedio. Y ansí lo conozcan, y si he tomado lo que habia en la caja del rey, es prestado, para lo pagar con mucha brevedad. Y entiendo que aunque lo pidiera á los Oficiales reales no me lo dieran. Los libros que yo rompí fué porque no pasase por ellos lo que yo tomé prestado, y yo lo he mandado poner en los mios, para se lo pagar. Lo que, señores, les quiero encargar, que todos seamos amigos y nos tratemos como á tales. Y pues me tienen en su tierra, miren por mí y por mis soldados como yo haré por ellos y por sus cosas cuando estuvieren en la mia. Y para que de todo punto pierdan la sospecha que de mi venida se les habrá podido recrecer, y entiendan que no fué á cosa hecha ni pensada, sabrán que la causa della fué que en el Pirú tuvo noticia el virrey, marqués de Cañete, cómo en el rio Marañon habia grandes poblazones de indios y mucha riqueza, y enviónos en servicio del rey á descubrirlas y conquistarlas. Diónos [1] para gobernador á Pedro de Orsúa, el cual se nos murió, y fuimos avisados que en el Pirú habia grandes guerras en las cuales podíamos mejor servirle. Y dejándolo todo hemos determinado irlo á hacer esta nuestra determinacion é propósito. Y porque no nos impidiésemos en el paso y con mayor brevedad se nos dé aviamiento, se ha hecho como se ha visto, y por evitar, como se ha dicho, daños que se pudieran seguir de lo contra-

[1] Tachado: *honradas*.

[1] En el ms., *Dinos*.

rio. Y con esto cada uno se puede asegurar ir libremente á su casa á descansar sin ningun recelo. Todavía los vecinos, aunque no muy contentos de las palabras y lisonjas de Lope de Aguirre, fueron con menos pena de la que llevaron cuando fueron llamados, porque creyeron cuando se vieron cercados de tanto arcabucero que los habian llevado al matadero, y paresciéles que á lo menos que les costase seria parte de las haciendas, las cuales ellos dieran de buena gana por no verse en semejante aprieto. Y lo que más gusto les dió de todas sus palabras fué decirles que con mucha brevedad se habia de ir y dejarlos, que esto lo tuvieron por cosa que no les podia faltar, pues despues de haber acabado de robarles lo que tenian y tomado matalotaje y refresco para su viaje, se habian de ir, porque los tiranos nunca buscan islas, ni tierras cortas, donde esten arrinconados y los puedan buscar por tantas partes como pudieran en aquella isla, que era desde España, desde la isla de Santo Domingo y de la Tierra Firme y otras partes. Y ansí estos pretendian tierra ancha y rica donde defenderse. Con esto fueron á sus casas todos ó los más de los que allí habian venido, con voluntad de regalar á Lope de Aguirre y á sus soldados lo mejor que pudiesen; y esto no por voluntad que tuviesen, sino por asegurar sus vidas con la menor vejacion que pudiesen. Algunas personas del pueblo quedaron en conversacion con Lope de Aguirre, y entre ellos ciertas personas del cabildo, á quien preguntó qué á cómo vendian las gallinas. Dijéronle que á dos reales, y respondió que era poco; que las vendiesen á tres. Preguntó por los carneros y dijéronle que á cuatro reales, y mandó que los vendiesen á seis; y que el demás ganado de vacas y terneras lo pagarian al respeto, y los demás mantenimientos. Y cuando compraba alguna cosa no regateaba ni gastaba tiempo en el precio, como aquel que no pensaba pagalla. Mandábalo asentar por memoria á los vendedores y dábales este contento, que les pareciese que vendian bien sus haciendas, pero no hubo ninguno que le osase pedir cosa que le debiese. Mucha de la gente que venia con Lope de Aguirre era por fuerza y contra su voluntad, como atrás lo hemos dicho, y luego como se vieron en la isla Margarita, cansados de ver tantas crueldades y tiranias, deseosos de volverse al rey se le huyeron en viendo que salieron á tierra. Los propios que esto osaron hacer fueron: Pedro Arias de Almesto, Gonzalo de Zúñiga, Francisco Vazquez, Juan de Villatoro y Pedro del Castillo; que por todos fueron cinco. Despues que Lope de Aguirre hubo hecho las diligencias que se han oido, recorriendo su memoria preguntó por estos soldados. Y aun por ventura sin que á el se le acordasen se lo acordaron algunos que se quisieron congraciar con él, y le dijeron que no habian parecido despues que se desembarcaron. Fué tanto lo que hizo y lo que lo sintió, que admiraba ver los votos y blasfemias que hacia, y sin más dilacion, por haberse ido el gobernador y alcaldes á sus casas, los hizo llamar, los cuales vinieron en improviso. Díjoles que aquellos cinco soldados se les habian huido y que ellos se los tenian escondidos. Que les juraba y prometia que si no los buscaban y traian con toda brevedad, que los habia de matar. Y que si ellos querian, que en ninguna manera se les podian esconder en la isla. Prometióles que si se los traian daria por cada uno dellos docientos pesos, y otras promesas vanas y no cumplideras de darles oficios perpétuos en la isla, como si fuera suya. El gobernador y alcaldes procuraron reportallo, diciendo que no sabian dellos, afirmándolo con juramento, y le prometieron de los buscar, dándoles licencia para que fuesen ó enviasen por toda la isla en busca dellos, por no salir de la órden y bando que estaba echado, é inviaron por toda la isla á buscallos. Y á este tiempo, como Pedro de Almesto entendió que Lope de Aguirre se habia apoderado de toda la fortaleza y pueblo, conociendo la fiereza de su condicion le envió á decir cómo estaba allí cerca de una estancia de Lainez de Acevedo, malherido de un pie; que viese lo que mandaba, que por esta causa no se habia podido hallar en su compañia, ni pasar de allí. Como Lope de Aguirre oyese este mensajero y estuviese tan airado contra Pedro de Arias y los más, mandó luego á su alférez que á toda priesa fuese por él y se le matase y trujese la cabeza, el cual tomó un caballo y partió para donde estaba Pedro Arias. Llegado que fué, le dijo como Lope de Aguirre enviaba á matarle, que le pesaba mucho, porque no podia hacer otra cosa, que ya conocia su recia condicion. Y esto por haber huido y no haber querido hallarse con el en la toma de la isla. Respondió Pedro Arias, que era cauteloso, y dijo: Por cierto, Lope de Aguirre tiene razon de pagarme tan bien mi servicio; yo no soy de los que se huian; antes, yéndoles siguiendo, como fuí uno de los que no tenian caballos en que ir, iba á pie y díme en él un garranchazo y le tengo hinchado, con toda la pierna. Y si no lo quereis creer, véislo aquí. Y enseñóle la hinchazon. Y pues la causa es tan justa, y la culpa no es mia, por amor de

mí que nos vamos donde está Lope de Aguirre, y si no tuviere mi disculpa por bastante haga lo que fuere servido. El alférez le tuvo lástima y pareciéndole justa la ocasion que habia tenido, tomó á Pedro de Arias á las ancas de su caballo y llevósele á Lope de Aguirre, porque á pie no habria podido ir en ninguna manera. Como Lope de Aguirre viese el pié hinchado á Pedro de Arias, creyó que fué verdad, aunque estuvo por matar á su alférez porque no habia cumplido su mandato. Y con todo amenazó terriblemente á Pedro de Arias, prometiéndole que si otra le hacia que se lo habia de pagar. Y segun despues se supo por cosa cierta, Pedro de Arias se habia huido por no hallarse en la toma de la isla, y de industria se habia herido y se iba acercando al real. Con estas amenazas que Lope de Aguirre habia hecho al gobernador, y otras que hacia cada dia de destruirlos á todos y de quemarles las casas y estancias si no les daban sus soldados huidos y se los traian presos, fué tanto el temor que les puso, que se los enviaron á buscar por una y otra parte. Con estas diligencias vinieron á hallar á Castillo y Villatoro y se los trujeron presos, y no hubieron acabado de llegar cuando los mandó ahorcar. Sin confesion, réplica ni apelacion se ejecutó este riguroso mandato, y junto con esto les mandó poner sendos rétulos en los pechos, en que decian: *Por no haber guardado la fidelidad* [1] *á su príncipe y habelle dejado en el campo entre sus enemigos*. Fué este un extraño y mal caso, porque muchos soldados que tenian voluntad de huir y dejar á Lope de Aguirre no lo osaron hacer, porque no sabian la tierra y vieron que las personas de quien pensaban favorecerse traian presos á sus amigos que iban á buscar la voz del rey, y los entregaban para que los matasen con la crueldad que se ha visto, de cuya causa perdian el esperanza de poderlo hacer, temiéndose no les sucediese otro tanto. Francisco Vazquez y Gonzalo Zúñiga, aunque se hicieron grandes diligencias para los buscar, nunca los pudieron hallar, á los cuales ayudó Dios con la buena intencion que llevaban. Estaba tan encarnizado, tan cruel y endemoniado este Lope de Aguirre, habiendo colgado del rollo á estos dos miserables que habemos dicho porque no le traian los otros dos soldados que faltaban, que pasando á esta coyuntura [2] un fraile dominico por la plaza, mandó luego á gran priesa que le matasen aquel fraile, sin que más le aguardasen. Y esto sin que le hobiesen dado ocasion alguna. Vista su determinacion y presteza con que mandaba ejecutar muerte tan cruel y escandalosa, se le hincaron de rodillas algunos de sus amigos y otros de la isla, suplicándole que por amor de Dios se reportase en semejante mandato y no lo ejecutase, que seria escandalizar toda la tierra con semejante muerte. Y lo que pudieron acabar con el, que él le otorgaba la vida con tal condicion que se fuese del pueblo y no volviese más á él entretanto que él allí estuviese, aunque no pasó mucho que no le mandó dar garrote á él y á otro su compañero. Decia este tirano y publicaba, que tenia prometido de no dar vida á ningun fraile que topase, salvo á los mercenarios, que éstos tenia por amigos, por ser solos los que no se extremaban en las cosas del Pirú y negocios de los indios, y que ansímesmo habia de matar á todos los presidentes, oidores, obispos y arzobispos y gobernadores, letrados y procuradores, cuantos pudiese haber á las manos, porque eran contra los conquistadores y pobladores de las Indias. Y que no era menester pleitos, sino que todos *se* averiguasen por armas y guerras, cosa de grande escándalo y barbaridad, pues con las leyes y justicias se gobiernan las repúblicas y se sustenta la tierra en toda paz y sosiego, dando á cada uno lo que es suyo con ellas. Y por el consiguiente se rigen y justifican las guerras, y se hacen cómo y cuándo es conveniente.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo el capitan Pedro de Munguia tuvo un razonamiento con sus catorce compañeros que llevaba, para tomar el navio de fray Francisco Montesinos, y cómo los volvió al servicio del rey y dió aviso á este fraile, y de algunas cosas que entre ellos pasaron.

Contádonos há la historia cómo luego que Lope de Aguirre desembarcó en la isla Margarita y se apoderó de la fortaleza della, envió al capitan Pedro de Munguia con diez y ocho compañeros á la Tierra Firme en la costa de Maracapana á tomar el navio de fray Francisco Montesinos, el cual estaba bien artillado con guardas para su defensa. Y por contar lo que sucedió á este capitan Munguia dejaremos ahora á Lope de Aguirre y los que con él quedaron hasta su tiempo y lugar. Y lo que en esto pasó es que Pedro de Munguia y sus compañeros, con su negro piloto, llegaron en salvamento á la Tierra Firme, donde iban encaminados, sin que en su navegacion le sucediese azar ni cosa que de contar sea. Y como este capitan Munguia se viese en tierra, desviado de Lope de Agui-

[1] En el ms., *fedilidad*.—[2] En el ms., *cuyuntura*.

rre, con mar en medio, revolvió sobre sí y parecióle que de tomar aquel navio venia gran daño á toda la tierra y se daba mucha fuerza al enemigo tirano, y Su Majestad era muy deservido, porque el día que se tomara no se podria entender si lo habian hecho tiranos, ó ingleses ó franceses de los que suelen andar á robar aquella costa; la tierra quedaba sin aviso y el tirano venia sobre ella y la tomaba descuidada, y para que esto cesase determinó de mudar propósito sirviendo á Su Majestad en tan buena ocasion como se le ofrecía. Y poniéndolo por obra, un dia, estando comiendo con sus compañeros, comenzóles á hablar ansí: «Bien sabeis, hermanos y amigos, lo mucho que habemos perdido en seguir el bando y opinion de Lope de Aguirre tanto tiempo, consintiendo en las muertes, robos y crueldades que ha hecho contra el servicio de Dios y del reino. Todos somos testigos dello. Todos lo hemos visto. Todos lo hemos consentido y disimulado y á todos nos cabe mucha parte de su culpa. Si agora que podemos no lo remediamos, seria mucho mayor la que se nos podria poner y ningun descargo tendríamos della, pues su pujanza, por ser tanta, y tantos y tan malos sus amigos y valedores, no pudimos en lo pasado impedir ni estorbar tantas maldades y tan rigurosos y crueles castigos que nadie pagaba con menos que con la vida, sin darles lugar á que se confesasen. Pues Dios nos ha traido á tiempo que podamos gozar de libertad, justo es gozar della. Si yo acepté este cargo y empresa de tomar este navio, Dios lo sabe y me es testigo que no fué con intencion de ponello por obra, sino hacer todo lo que debo al bien general y servicio de mi rey y señor natural. Bien entiendo, amigos, que el mesmo fué el vuestro. Y para que esto se efetúe es justo que las obras den testimonio dello. Agora es tiempo de ganar honra. Agora es tiempo de ganar crédito con Dios y con las gentes con quien lo tenemos perdido. Y agora lo es de que se entienda que como hombres forzados y no libres consentimos en lo pasado. Agora lo es para que todos entiendan que somos hombres que sabemos servir al rey y matar á quien contra él fuere. Si cuando salí de la Margarita envié cuatro soldados con el navio de Plazuela que topamos á la entrada del puerto para que le entregaran á Lope de Aguirre, no fué voluntario, sino forzado de necesidad, por haber sido órden suya, y por estar á la vista y no poder salir de su mandado. Y si no lo hiciera y por desgracia el tiempo nos fuera tan contrario que nos volviera allá, ninguno de nosotros tuviera la vida segura. Y éstas fué justo asegurarlas con este daño, siendo menor, pues estamos en ocasion de podernos emplear en el servicio del rey. Lo que nos parece que debemos hacer es: Que nos vamos donde está fray Francisco Montesinos y darle aviso de lo que pasa, el estado de la guerra y tiranía de Lope de Aguirre, con todo su designio y determinacion, y juntamente nos vamos con él en su navio á la isla Española de Santo Domingo, y allí demos asimismo aviso á la Audiencia y Justicia de lo que pasa, para que ellos den aviso dello á las ciudades de Nombre de Dios y Cartagena y se velen y estén sobre aviso para que no las tome descuidadas. Ved, hermanos y amigos, lo que en esto os parece; pues tenemos tiempo, sazon y coyuntura, justo es que nos sepamos aprovechar della. Fueron de tanta eficacia estas palabras de Monguia en sus compañeros, que todos las estaban escuchando con mucha voluntad y regocijo, tanto que bien mostraban sus corazones el contento que recebian en verse fuera de una tiranía tan cruel y extraña como era la en que los tenia enredados Lope de Aguirre. Y ansí todos juntos á una y grandes voces, dijeron: ¡Viva el rey y muera el tirano que con tanta crueldad nos ha traido opresos y molestados! Hágase, señor capitan Monguia, lo que vuestra merced manda, y esto sea luego sin que se ponga nada por delante, que esto es lo que todos queremos y todos deseamos y lo que teniamos determinado y conviene. No hay para qué lo dilatar, ni paremos más aquí. Demos con brevedad noticia deste hecho á fray Francisco Montesinos. Abreviemos y demos fin á tan buena aventura como es la que tenemos entre manos. Como el capitan Monguia hallase las voluntades tan conformes y aparejadas á lo que deseaba, de su propio consentimiento, dejaron al negro piloto con algunos indios en guarda del barco en que habian ido, mandándoles que lo guardasen allí hasta que diesen la vuelta, que seria breve. El negro lo hizo ansí, porque no osó ir á dar la nueva á Lope de Aguirre. Con esta prevencion, Monguia y sus compañeros tomaron guias que los llevasen á donde estaba fray Francisco Montesinos, á donde llegaron con brevedad y fueron dél bien recebidos con mucho contento y regalo, porque como la tierra era nueva y recien descubierta, los españoles que en ella estaban eran pocos, y tuvieron á gran ventura ver en ella otros quince juntos de su nacion. Llegaron á este alojamiento una tarde á dos de agosto del año del Señor de 1561, abrazándolos el buen Provincial y los que con él

estaban, con mucho amor y regalo, como si fueran propios hermanos ó muy conocidos amigos. Y despues de haberlos saludado y haberse hecho muchas caricias y ofertas de la una y otra parte, preguntóles fray Francisco Montesinos cómo y de dónde venian y adónde era su viaje, y qué buena suerte los habia echado allí donde él los pudiese regalar y servir. Tomó la mano el capitan Monguia á responder por todos y dijo ansí: Yo y mis compañeros somos españoles nacidos en España y criados en ella, vasallos del invictísimo Felipe, rey de España. Y hános corrido tanto la fortuna, que fué Dios servido, por nuestros pecados, que en una jornada que se hizo en el Pirú para el rio de Marañon, envió el marqués de Cañete, virrey de aquella tierra, por general y gobernador della á Pedro de Orsúa. Salimos en su compañia y en el discurso della ha habido grandes revueltas, bandos y pesadumbres y de mucha lástima y dolor, tales y tan grandes que don Fernando de Guzman, que venia por alferez general, mató á Pedro de Orsúa su gobernador, nombrándose por Príncipe de la Libertad. Y al cabo de algunos días, Lope de Aguirre mató á don Fernando de Guzman, alzándose por Príncipe de la Libertad, poniéndose un bravo y soberbio nombre, llamándose la Ira de Dios. Y cierto sus obras lo han mostrado quererla Dios ejecutar por sus manos, con tantos robos y crueles muertes que ha dado á muchos de los que con él venian, que no lo sabré encarecer. Al cabo de grandes trabajos y calamidades que pasamos venimos á aportar á la isla de la Margarita, ayer hizo doce dias. Y hoy hace otros tantos que Lope de Aguirre y los suyos se apoderaron y tomaron la isla, alzándose con la fortaleza. Tiene preso á don Juan de Villandrando, gobernador, y á los alcaldes ordinarios de la isla, y enviónos á mí y á mis compañeros á tomar el navio que vuestra paternidad tiene en el puerto para irse en él á Cartagena y de allí á la cibdad del Nombre de Dios y de allí al Pirú, á tomarles á todos juntos. Nos ha parecido no usar de semejante traicion y alevosía, antes hemos querido dar aviso á vuestra paternidad desta gran traicion, para que ponga la órden que en ello conviene y se dé aviso deste negocio á la isla Española de Santo Domingo, y para este efeto se aperciba el navio con la mayor brevedad que se pueda, que mis compañeros y yo iremos en esta ocasion sirviendo á vuestra paternidad. Y juntamente con esto se dé aviso al gobernador y justicia desta tierra, y de mano en mano vaya dando *á* la Audiencia del nuevo reino de Granada y á la gobernacion de Popayán y de allí al Pirú hasta Chile, para que todos esten prevenidos de lo que conviene para que este tirano no los tome descuidados. Extrañamente quedaron espantados fray Francisco Montesinos y los que con él estaban de haber oído una cosa tan nueva y de tanto atrevimiento y desvergüenza y tan mal hecha que á todos dejó suspensos y amedrentados, y con palabras de gran ponderacion tomó la mano fray Francisco Montesinos y dijo así: Por cierto, caballeros, cosa es la que nos habeis contado dina de gran castigo y rigor, y no puede ser menos sino que con mucha brevedad le tenga de Dios y del rey. El aviso que nos habeis dado es de tener en mucho, y que Su Majestad os le gratifique, pues mediante él será Dios servido que la tierra se ponga en arma, y puesta se defienda de una tirania y opresion como la que se pudiera ofrecer no estando avisada. Habeis cogido bueno y seguro camino, y no se pudiera presumir de hombres de vuestras prendas y calidad menos de lo que habeis hecho. Yo, señores, de mi parte y de la destos caballeros que conmigo estan os lo agradezco y tengo á merced lo que habeis hecho. Y de parte de Su Majestad os lo agradezco y aseguro de os favorecer en todo lo que se os ofreciere, con toda voluntad, cuanta de la mia lo vereis. Y á cosa como ésta, justo es que todos acudamos con muchas veras, y yo el primero, y daremos la órden que convenga á nuestro viaje, que yo quiero ser el que ha de ir en vuestra compañia á la isla Española á dar este aviso; y luego respondieron todos los que allí estaban, rindiéndoles las gracias y abrazándolos de nuevo y haciéndoles muchas y largas preguntas en el caso que cada uno deseaba saber, que les pareció ser cosa de sueño ó encantamiento.

CAPÍTULO XLIX

Cómo el capitan Diego Garcia de Paredes y fray Francisco Montesinos se vieron en el puerto. Y cómo fray Francisco se embarcó para Santo Domingo con el capitan Munguia y sus compañeros, y dieron una vista á la isla Margarita y la lombardearon. Y cómo dieron la nueva del alzamiento de Lope de Aguirre á la Audiencia de Santo Domingo, y las diligencias y avisos que sobre ello se hicieron.

Acabadas las razones que se han oido, luego se fué fray Francisco Montesinos á su alojamiento y celda, llevando consigo al capitan Munguia para tomar lengua de lo que habia, con los designios de Lope de Aguirre, para

dar aviso á Pablo Collado, gobernador que en aquel tiempo era de la gobernacion de Venezuela, y lo mismo á Diego García de Paredes, capitan de aquella tierra, y con toda presteza les escribió el caso, avisándoles que se previniesen y estuviesen en aviso con toda la gente y armas que pudiesen para la defensa de la tierra. Y juntamente con esto despachasen la nueva á la Audiencia del nuevo reino de Granada, para que de allí la enviasen á la gobernacion de Popayan, y de mano en mano fuese al Pirú y Chile para que toda la tierra estuviese alerta. Escribió á Diego Paredes, que era el que más cerca estaba dél, cómo de la fecha de aquella en cuatro dias se iba á embarcar para Santo Domingo á dar noticia de lo que habia. Y que si más particularmente queria saber la nueva deste hecho, se podrian ver allí, donde lo sabria de personas que se habian hallado en el caso con Lope de Aguirre. Ansimesmo despachó á su navio, avisando al maestre de que con mucho calor diese órden para que dentro de cuatro dias estuviese apercebido de leña, agua y vituallas para su persona y las que con él estaban, con otros diez y seis compañeros, porque se le habia ofrecido viaje forzoso para la isla de Santo Domingo, que sin falta ninguna seria con él para este dia que le señalaba. Los mensajeros se dieron tan buena maña que cada uno llegó con brevedad donde se les mandó, y el maestre hizo tan buena diligencia que antes que cumpliese el término y plazo que le dió el Provincial, tenia todo recaudo en el navio. Diego Garcia de Paredes despachó la carta del gobernador y mandó poner la gente en arma y que se apercibiesen para aquel efeto, y para más certificarse en el caso y saber más de raiz lo que en él habia, tomó la ligera para irse á ver con fray Francisco y con Pedro de Munguia y sus compañeros. Fray Francisco dió órden en su real y nueva poblazon, y dada, tomó el camino del puerto donde se habia de embarcar juntamente con esta gente que habemos dicho de Aguirre, la cual llegó adonde estaba el navio aguardándolos con el en que habia ido Monguia y sus compañeros y otros dos que estaban en el puerto, y en este propio dia llegó Diego García de Paredes á verse con ellos. Recibiéronse bien y amorosamente los unos con los otros, y despues de haberlo hecho preguntó el capitan Diego Garcia á Munguia el caso muy largamente, el cual se lo contó muy particularmente. Que como oyese tantas y tan extrañas cosas, no lo podía acabar de creer, hasta que se lo afirmaron con juramento diciendo que todo era verdad y aun más que pudieran decir, que por ser cosas largas no las podian acabar de contar en muchos dias; de que se admiró Diego Garcia extrañamente. Descansaron todos juntos en el puerto un dia, en el cual aviaron su viaje fray Francisco por la mar, y el capitan Paredes á su casa á dar órden en lo que convenia para defensa de la tierra. El navio salió del puerto á seis de agosto deste propio año, llevando fray Francisco consigo el barco en que habia venido Monguia, y otros dos barcos que con él estaban que no osaron aguardar allí á Lope de Aguirre, y parecióle á fray Francisco dar una vista á la Margarita, á ver si podria hacer algun buen efeto, y asimesmo á los pilotos del navio y barcos tomar esta derrota. Llegado que fueron á ellas quisieron, si pudieran, tomar los bergantines de Lope de Aguirre y un barco que allí estaba, que era el que dijimos de Plazuela, por quitar á Lope de Aguirre que no tuviera en qué salir de allí; pero no hizo más que lombardear los bergantines y barcos desde la mar, sin tomar tierra, ni se osaron llegar á ello tanto que dañasen á Lope de Aguirre ni á sus bajeles. Y con esto tomaron la derrota de Santo Domingo, adonde llegaron con próspero y buen tiempo á los 19 del propio mes. Mandó fray Francisco á todos los marineros y personas que iban con él que nadie se desembarcase ni diese noticia de cosa de las que sabian hasta que él la diese á la Audiencia, porque no se alborotase la ciudad, y que se pusiese el remedio que convenia. Saltó fray Francisco llevando consigo al caudillo Monguia y á sus catorce compañeros y fuese derecho á las casas reales, donde habló al presidente Cepeda, suplicándole mandase juntar los Oidores á acuerdo sobre un negocio de grande importancia y calidad tocante al servicio de Su Majestad, porque el solo venia al propio efeto desde la costa de Maracapana. Y como el fraile era persona grave y de crédito, luego envió el presidente á dar aviso á los Oidores[1] cómo fray Francisco habia venido á dar aviso á la Audiencia de cosas que convenian al servicio del rey, y quedaba con él para darlo; que convenia que con toda brevedad se juntasen en la sala de acuerdo, por conocer á fray Francisco y tenerlo siempre en buena opinion, haciendo siempre mucha cuenta de sus palabras. Y metidos en la sala de acuerdo, sin que la ciudad supiese cosa de cuantas pasaban, propuso fray Francisco su embajada, dejando á Monguia y sus compañeros fuera para que diesen más claridad del negocio propuesto, informándose particular-

[1] En el ms., *Uidores*.

mente de las cosas del tirano. Luego mandaron al alguacil mayor de corte aprestar dos barcos y meterles dentro agua, leña y comida, donde quiera que lo hallasen, y que todas las chalupas de los navios que estaban en el puerto ayudasen á ello sin decir para qué era. Y juntamente con esto mandaron llamar á las casas reales á los capitanes de la ciudad, adonde les dieron noticia de lo que pasaba, mandándoles que cada uno apercibiese su gente, y pusiesen gentes y soldados que rondasen la ciudad y fortaleza, haciendo apercebir la artilleria y municiones. Otro dia por la mañana salió un Oidor [1], á quien se dió el cargo de despachar los dos barcos que se habian mandado aprestar el dia antes, el uno á las ciudades de Cartagena y Nombre de Dios del reino de Tierra Firme, y el otro á las islas de Cuba y Jamáica, con cartas á los gobernadores y justicias dellas, avisándoles lo que pasaba para que cada uno en su jurisdicion proveyese lo que convenia. El Oidor á quien se sometió el despacho destos bajeles se dió tan buena maña que antes que fuese medio dia los tuvo despachados y puestos á la vela fuera del puerto. La ciudad de Santo Domingo recibió grande sobresalto con esta tan extraña alteracion y la puso en cierto cuidado y vigilancia algunos dias que duró este trabajo. Cada uno destos bajeles tomó la derrota que llevaba, y el que fué á Nombre de Dios tuvo tan buen tiempo que aun no eran 3 de setiembre cuando habia llegado al puerto, dejando la nueva primero en Cartagena. El gobernador de Nombre de Dios, que en aquella sazon era don Rafael de Figuerola, caballero valenciano, estaba en Panamá, diez y ocho leguas de allí, que era de su gobernacion, adonde se le enviaron las cartas de la Audiencia de Santo Domingo, quedando allí la nueva de lo que habia, y uno de los que vinieron con Munguia, que se decia Juan Perez de Zurita, el cual yo vi porque me hallé presente en este tiempo en la ciudad de Nombre de Dios. Luego se puso la ciudad en arma y se apercibió gente para su guardia aquella noche y las demás siguientes hasta que el gobernador viniese á dar órden en lo que convenia. Otro dia, 3 de setiembre, llegó la nueva á Panamá, donde estaba el gobernador, el cual le despachó luego á la provincia de Veragua al gobernador Francisco Vazquez, encargándole que con la mayor brevedad que pudiese le enviase al capitan Francisco Lozano, con toda la gente que tuviese, para la guarnicion y guardia de la ciudad de Nombre de Dios. Estaba este capitan entonces conquistando un pedazo de aquella tierra de Veragua, á la parte de la Costa Rica, por comision y mandado de Francisco Vazquez, gobernador de aquella tierra. Visto que hobo Francisco Vazquez las cartas de don Rafael, á toda priesa mandó que Francisco Lozano se apercibiese y fuese con su gente á Panamá y de allí á Nombre de Dios, el cual lo hizo con mucha presteza, quedando el gobernador Francisco Vazquez en guarda de aquella gobernacion con el resto de la gente que quedaba. Entretanto que iba este recado á Veragua, don Rafael dió órden en Pananaá como se hiciese una compañia de gente, de que nombró por capitan á Pedro Caballero Dinarte, y dándole órden que con la mayor brevedad que fuese posible hiciese la gente que le pareciese, y con comision para que si fuese menester llevase por fuerza la que no quisiese ir de grado, y fuese al Nombre de Dios, donde el iba á prevenirles aposentos y lo que más conviniese á la ciudad. Juntamente con esto despachó á la ligera un navio al Pirú á dar aviso para que todos estuviesen apercibidos de semejante traicion. Hechas estas diligencias partió don Rafael para Nombre de Dios, con algunos amigos y gente principal de Panamá, dejando ansimismo órden en la ciudad para que se velase. Luego como llegó nombró por capitan de la gente de Nombre de Dios á Juan de Umaña, el cual lo acebtó con mucha voluntad de servir á Su Majestad, porque le era hombre aficionado y bien nacido y de muncha suerte y calidad, bien quisto, afable y generoso; fué su sargento mayor y de la gente de Panamá y Veragua Juan de Alcaraz, y alférez general Diego Ochoa de Mújica, y en pocos dias tuvo mucha y buena gente. Y era tanto lo que este capitan Juan de Umaña deseaba ejercitar su gente arcabucera, así de su compañia como de la de los otros, que todos los domingos y fiestas hacia tirar, y para más animallos y procurar que viniesen les ponia por blanco un plato de plata y el que lo acertaba se lo llevaba en premio, con tal que el que errase pagase dos reales de pena. Los capitanes de Veragua [1] y Panamá llegaron á Nombre de Dios con brevedad, donde fueron bien recebidos y hospedados y en poco tiempo hicieron muchos y buenos reparos en la ciudad para su defensa y para ofender al enemigo, entre los cuales fueron á la casa de la Contratacion una albarrada de estacas hincadas entretejidas con fagina y arena bien pisada que hacia muralla tan alta como hasta la barba. Tomaba desde

[1] En el ms., *Uidor*.

[1] Tachado, Nombre de Dios.

la esquina de la casa de la Contratacion, que está junto al agua, hasta la mar, dejando dentro hácia la ciudad la casa de guardas que allí está, y junto á ella, frontero de la Contratacion, pusieron cuatro piezas asestadas á la mar y entrada del puerto, nombrando artillero que las tirase y gente que le ayudase. Desde esta albarrada ó trinchea hasta el Morrillo, que es todo el largo que tiene la ciudad por la playa de la mar, hicieron una estacada de recios y agudos palos, de anchura de braza y media, hincadas todas las puntas hácia la mar, para efeto que si viniessen los enemigos se empuyasen y embarazasen en ellas al desembarcar y entrar de la ciudad. A las salidas de todas las calles que salen á la mar, que son cinco, en cada una hicieron un bestion á manera de medio cubo redondo, de estacada entretejida con fagina como la que hicieron en la Contratacion. En el Morro pusieron unas pipas enterradas hasta más del medio, llenas de arena, que servian como de troneras. Y en medio de dos pipas una pieza de artillería asestada á la mar, en que habia otras cuatro piezas para defender la entrada al enemigo. A la salida del pueblo hácia el Chorrillo hicieron otra albarrada como la de la Contratacion. Para cada una destas siete partes estaba señalado un capitan con cada veinte y cinco hombres arcabuceros, que acudiese cada uno con su gente á su sitio. Todas las veces que entraba barco ó navio al puerto salian en esta órden, y para que nadie faltase y para que el negocio fuese más presto, los que tenian estos sitios, en viendo la ocasion, sin aguardar caudillo ni mando de nadie se iban á ponerse en su lugar. Y teníanlo por tanto punto de honra, que el que más presto llegaba tomaba el lugar más cercano al caudillo, sin que otro se lo pudiese quitar ni haber diferencia en ello. Y en efeto, era de tal suerte que el que más presto llegaba se tenia por más honrado, de cuya causa todos procuraban serlo. A la demás gente se repartia toda por la plaza para acudir donde más necesaria fuese. En esta ocasion llegó allí un hermoso y gran navio que venia de España cargado de mercadurias para proveimiento de la tierra, bien artillado y puesto en órden, de quien era dueño Pedró de la Torre, natural vizcaino. Procuraron descargarlo con gran presteza, ayudándose de los barcos del rio de Chagre. Y como el rio estaba solo y sin defensa de navios, por ser toda la flota vuelta á España, pareció al gobernador y capitanes embarazar el de Pedro de la Torre, mandándole que no saliese del puerto sin licencia del gobernador, so graves penas, embarazándole la ropa y fletes que habia llevado, y ansimesmo le mandaron tener su artilleria cargada y puesta á punto, y que ningun barco ni navio le entrase en el puerto sin que primero le enviase á decir con el esquife quién era y de dónde venia. Y si fuese barco llegase á dar aviso de lo propio, aunque fuese conocidamente del trato de Chagre, para quc debajo deste color ninguno tuviese excusa para dejarlo de hacer.

CAPÍTULO I.

De la órden quc se tenia en la ciudad de Nombre de Dios en rehacerse, y de una arma falsa que se dió, y de otras cosas.

Pocos dias despues llegó el gobernador don Rafael de Figuerola al Nombre de Dios. Vinieron los capitanes de Veragua y Panamá, Pedro Caballero y Francisco Lozano, con su gente bien aderezada, que serian los de Veragua como cien soldados y los de Panamá 250, que juntos con los que estaban en Nombre de Dios haríamos copia de 600 hombres bien apercebidos de muchos y buenos arcabuces, en que habria más de 350 arcabuceros, 100 piqueros, 50 rodeleros, toda gente lucida; la más era gente de capitanes, sargentos y escuadras y artilleros, y gente de la mar, que estaban en el navio, demás de la cual habia 800 negros, con sus capitanes y oficiales de guerra, de su nacion, personas siguras de confianza. Nombróse por maese de campo de toda esta gente á Mateo de Lomas, vecino de Nombre de Dios. Hacíase el cuerpo de guardia en las casas del cabildo, donde posaba el gobernador, que era en la plaza Principal de la ciudad. Habia otra guardia y centinela de sus soldados junto á la casa de la Contratacion, y otra de Morrillo y paso del Chorillo, y otra al camino de Panamá; y corríanse estas centinelas y teníase tanta cuenta con ellas, que una noche hallaron dos dellas dormidas y otro dia por la mañana los pusieron á la vergüenza colgados en dos canastos de las casas de cabildo, de las ventanas dellas, donde estuvieron con ruecas en los cintos hasta medio dia, de quien no digo los nombres porque se podian equivocar con otros, y por ventura se daria el afrenta á quien no la tiene. Hacíase lista y alarde muy á menudo de los soldados y armas que tenian, para saber si estaban bien apercebidos. Les miraba*n* los arcabuces si eran de su bala, si era de su molde, y la cuerda y pólvora que tenian. Y con esto cada uno procuraba salir bien concertado, de manera que nadie se pudiese prestar ni servir las armas

de los unos á los otros. Eran tantas las galas y invenciones de los capitanes y soldados, que en la muy florida Italia pareciera muy bien. En tanto grado era esto que se ponian calzas altas y saragüelles de cáñamo ú angeo aforradas en telas ricas de oro y plata, y otros en rasos, terciopelos y damascos y tafetanes, cada uno como podia, y todos harpados con muchos golpes, los cuales traian algunos presos con perlas y esmeraldas muchas y bizarria de medallas. Y vino esto á tanto extremo que por no hallarse tantas plumas como eran menester las hacian de oro y plata fina. Eran tantos y tan grandes los juegos y rifas de preseas de oro que habia en el cuerpo de guardia, que de dia ni de noche no se hacia otra cosa sino jugar, esto en mucha cantidad, porque la tierra estaba muy gruesa y rica. Y hubo dias y noches que se perdian á seis mil, ocho mil ó diez mil pesos, y soldados que con un marco de plata que les daban por velar un solo cuarto de prima, modorra ó alba, que así se pagaba al que velaba por otro, llevaba á su casa quinientos y mil pesos ganados aquella noche al juego. Y otros que llevaban la noche mala y se iban sin real, como le sucedia la suerte. Eran tantos y tan continos los alardes y escaramuzas, que casi no se entendia en otra cosa que en ejercicios de guerra, aunque juntamente con esto se daban priesa á pasar mercadurias á Panamá por mar y tierra, que eran muchas las que habia en la ciudad. Y era tanto el temor que tenian de la venida de Lope de Aguirre, que eran los fletes excesivos y grandes los que se pagaban; pero no se miraba en la paga, sino en aviar cada uno su hacienda con mayor brevedad, y lo mismo eran los navios de la mar del Sur que las llevaban al Pirú, pagándoles á peso y seis tomies de plata ensayada de flete de cada arroba, que eran 22 reales, antes más que menos. Y esto por echar las mercadurias del reino, porque no las hallasen allí los tiranos. Era tanto el bullicio de la gente y la mucha presuncion que algunos mostraban en sus valentias y esfuerzos, que cada uno daba á entender que sólo él bastaria para el tirano, por lo cual pareció á Juan de Umaña probar lo que tenia en ellos, y así por esto como por hacer perder el miedo que otros tenian, sin dar parte al gobernador, ni demás capitanes, ni oficiales del campo, ordenó una noche escura, con su alférez y sargentos y algunas personas de quien se fió, que tocasen á rebato y diesen un arma falsa, dando muestra que el tirano habia entrado en la tierra, poniendo algunos negros y hombres con sus arcabuces junto al monesterio de Santo Domingo, que es fuera de la ciudad, á la parte del Chorrillo y llano que allí hay. Era á la parte por donde se decia que habia de entrar Lope de Aguirre. Lo propio hizo poner otros muchos de la propia suerte en el camino de Panamá, como que les tenian tomado el paso, y al primer sueño, cuando toda la gente estaba sosegada, antes que la prima rindiese el cuarto de su vela, tocaron al arma y rebato, y levantándose toda la gente despavorida y alborotada, acudió mucha della, por la mayor parte á la plaza, y uno de los primeros el gobernador con una cota encima por abrochar, que no habia quien acertase á hacello, y luego le trajeron un cuero de ante y se lo echó encima. Y estando en esto acudieron los capitanes y Diego de Oredera y Francisco de Aguilar, cabos de escuadra del capitan Pedro Caballero, los cuales yo habia hospedado en mi casa voluntariamente por el tiempo que durase la guerra, porque esto se tiene en aquella tierra por grandeza. Salimos en órden el gobernador y capitanes con alguna fuerza de gente á la parte adonde parecia que estaban los enemigos. Los demás caudillos acudieron cada uno con su gente á su puesto. Vióse aquella noche mucha flaqueza en gente que no se pudiera presumir que la tuvieran. Unos se ocupaban en esconder sus barras y tejos de oro y plata, y otros en llevarlos al monte, que le tenian cerca, y esconderse ellos á las vueltas con grande infamia de sus personas, donde se conoció la arrogancia y hinchazon de algunos no ser tanta cuanta profesaban. Era tanta y tan grande la turbacion y grita de las mujeres, que á todo correr y sin órden se iban á la iglesia, y fué esta una noche que real y verdaderamente parecia ser llegado el juicio final, porque el secreto fué tan grande y las apariencias de estar el enemigo en tierra, habiendo tomado el camino y paso, que á todos puso mucho temor; desde la trinchea que estaba frontera de los enemigos se tiraron algunos tiros de arcabuz al bulto. El navio disparaba su artilleria, la que estaba frontero á la Contratacion y Morrillo. Por el consiguiente las campanas de la iglesia se tañian á rebato, y en este órden y concierto estuvo toda la ciudad todo el resto de la noche, y es cosa averiguada que si el tirano viniera aquella noche, tuviera algunos de su bando de la gente perdida y forzada que estaba en la ciudad, de los que habian traido de Veragua y Panamá forzados, y aun de otros que no dejaban salir de la ciudad, y todo esto se entiende que lo hicieran por acudir á robar las riquezas de tejos de oro y barras de plata que habia. Lo mejor fué que no viniesen porque no

se experimentasen estas ruines intenciones. En el tiempo que duró este negocio, como la gente que acudió era mucha y la provision de la tierra no era tanta, por proveerse todo esto de acarreto, vino á haber gran falta de pan y de carne, que muchos dias no se hallaba por el dinero; comíase maíz y cazabi, y desto no mucho, porque no lo habia, y como la tierra era enferma y las velas y alardes tan contínuos, por el sol y serenos enfermó y murió mucha gente de la que habia en la ciudad. En esta manera tuvo Lope de Aguirre esta tierra, así de Nombre de Dios como de Panamá, Veragua y Natá, que todos se velaban con mucha órden y concierto; al cual será bien que volvamos, que nos aguarda en la isla Margarita.

CAPÍTULO LI

Cómo Lope de Aguirre hizo dar garrote á don Juan de Villandrando, gobernador de la isla Margarita, y á su alguacil mayor y á otros dos ó tres.

Entretanto que pasaban estas cosas en Nombre de Dios no dormia Lope de Aguirre en la Margarita, donde le dejamos, antes con su crueldad hacia tantas demasías y desafueros en la gente que consigo traia y en los vecinos y gobernadores de la isla, que admiraba á todos, mostrando cada dia nuevos géneros de ásperas y rigurosas muertes. Sucedióle, pues, un dia, estando á la lengua del agua de la mar, echando en ella una piragua, que vino una ola y le mojó los pies, y como lo viese uno de sus soldados que estaba presente, llamado Alonso Rodriguez, almirante, que estaba más afuera, se desvió por no mojarse, diciendo á Lope de Aguirre: Desvíese vuestra excelencia, no se meta en la mar, que se moja. Respondióle con una furia del diablo: ¡Pese á tal! mejor pareciérades vos aquí ayudando, que dando consejo de fuera. Y diciendo y haciendo echó mano á la espada y se fué para él, tirándole una cuchillada con tan buena gana que le partió por medio un hombro. Y en acabándosela de dar mandó á Roberto de Lozaya que le fuese á curar, haciéndole la seña con el ojo que tenia dada para los que mandaba ahorcar, el cual lo entendió bien, porque él y Anton Llamoso eran los que se ejercitaban en hacer los castigos, y por mejor decir las crueldades que este tirano mandaba ejecutar. Y así como estaba herido le llevó al rollo, donde le curó de tal suerte que no tuvo necesidad de más cura, dándole garrote. En este tiempo, como los vecinos sintiesen tan mal de las cosas de Lope de Aguirre, y les pareciese que se detenia en salir della más tiempo de lo que ellos pensaron, andaban muy descontentos del hospedaje de los soldados que les echaban, y aun de su compañía y disolucion, y acudian al gobernador, que si podia que lo remediase. Y en esta ocasion habian venido á la isla ciertas piraguas de indios de los Aruacas y de otras partes de la Tierra Firme á hacer sus rescates y contrataciones como solian hacer otras veces, y mandó Lope de Aguirre á don Juan de Villandrando y á su alguacil mayor con un alcalde y otros dos ó tres que se los guardasen, y no sólo no los guardaron, antes dijeron y les mandaron que á toda priesa se fuesen á sus tierras y casas, porque Lope de Aguirre no les hiciese algunas molestias y fuese causa de perder el contrato y rescate de los indios de allí adelante. Y como nunca faltaban en estos tiempos ruines intenciones, unos por hacerse privados y otros por vengar sus pasiones, no faltó quien desto diese parte á Lope de Aguirre, y él, que habia menester pequeña ocasion, mandó prender al gobernador y alguacil mayor en la fortaleza con mucha seguridad para que ni se le pudiesen huir ni comunicar con nadie de fuera. Preso que los hubo hizo llamar al alcalde y demás personas á quien habia mandado guardar las piraguas, y sin les oir razon ni descargo ninguno los mandó ahorcar en el rollo, lo cual se ejecutó en ellos con grande alteracion de todo el pueblo, y lo que más se pudo alcanzar con él fué que otro dia que los mandó ahorcar los dejase enterrar. Y pareciéndole que no era cosa volver á soltar al gobernador y alguacil mayor, ni tenerlos mucho presos, sin que lo entendiese nadie de la isla les mandó dar garrote dentro de la fortaleza, como se lo dieron sin confesion, cosa cierto de grande atrevimiento y desvergüenza matar desta manera á un gobernador del rey nuestro señor y á su alguacil mayor. Y por asegurarse mejor de los que con él iban y tenerlos mejor prendados de sus muchas y grandes tiranias y crueldades, mandó llamar á algunos de sus soldados de los que no tenian metida tanta prenda en ellos, y desque los tuvo en la fortaleza les mandó que se hallasen presentes á estas muertes y que los unos los tuviesen y los otros apretasen los garrotes, sin que se pudiesen excusar de hacello, pues el que no lo hiciera pagara con la propia pena. Despues que tuvo hecha esta crueldad, estando muertos desta manera los mandó poner entre dos colchones, y luego mandó hacer lista y alarde de la gente y armas que habia y que cada uno trujese las que tenia, sin que se supiese en el campo lo que habia

pasado en la fortaleza, ni dejar salir á ninguno de los que se habian hallado en las muertes, porque nadie supiese lo que habia hasta que lo viesen por vista de ojos. Venidos que fueron mandó hacer alarde alrededor de la plaza, y al tiempo que la iban haciendo mandó sacar los muertos á la puerta de la fortaleza, como estaban en medio de los dos colchones, sin que se descubriesen ni pudiesen ver. Acabado que hubo de hacer y cerrar el corral del escuadron, al tiempo que lo volvieron á abrir, para que todos los pudiesen ver los mandó descubrir, y desque los hubieron visto, estando todos juntos les dijo: Mirad, marañones, lo que habeis hecho, pues habeis muerto al gobernador desta isla y al alcalde y al alguacil mayor. Conviene que apreteis los puños, siguiendo la demanda que teneis comenzada. Y no es prenda la que teneis metida en este negocio que la podais sacar sin que perdais las vidas. Y pues esto es ansí, justo es que cada uno venda bien su vida matando y venciendo á todos los que quisieren perturbar nuestro viaje, señoreándonos de los indios, de sus encomiendas y haciendas y mujeres, pues esto es lo que pretendemos y lo que nos ha de valer. Todos quedaron tan suspensos, absortos y espantados de ver una cosa tan mal hecha, que no sabian qué decir ni responder; como hombres sin sentidos se quedaron sin dar respuesta ni hacer otra cosa más que bajar las cabezas y irse cada uno á su alojamiento. Mucho pesó á la mayor parte del campo de ver hecha una tan grande maldad y traicion, viendo que se añadia un delito á otro, porque todos los más deseaban verse en ocasion de poder servir al rey, y parecíales que nunca habian de ver este dia venturoso, por las muchas prendas en que los tenia metidos Lope de Aguirre. Pasado esto determinaron cuatro soldados de la isla que habian venido de las estancias, irse á ver el campo de Lope de Aguirre y lo que en él pasaba, y poniéndolo por obra lo hicieron, entre los cuales iba uno que se decia Somorrostro. Como Lope de Aguirre los viese, saludándolos de buena gana les preguntó: ¿Que buena venida es esta por acá, caballeros? Respondieron los tres dellos: Despues de besar á vuestra excelencia las manos, que es lo primero y más principal, venimos á ver gente tan lucida y bien puesta. Respondió: Si no vienen á otra cosa, coman y huélguense y dejen las armas y sálganse del campo dentro de una hora; dijeron que lo harian como su excelencia lo mandaba. Respondióles: Pues el camino y paso le tendrán seguro, sin que nadie les haga enojo. Somorrostro respondió por sí: Señor, yo no vengo sino á servir á vuestra excelencia en esta jornada, hasta le ver señor del Pirú ó perder la vida en la demanda. Lope de Aguirre se lo agradeció y con palabras mansas dijo: Yo no hago fuerza; quien de su voluntad quisiere seguirme, yo le gratificaré su trabajo con muchas ventajas. Desta manera se quedó este soldado en el campo, mandando Lope de Aguirre aposentarle con los más privados y de más prendas, para que mirasen mejor por él, volviéndose los otros tres á sus casas desarmados. A cabo de pocos dias que este soldado habia estado en el campo de Lope de Aguirre, viendo algunas cosas que le parecieron mal y que llevaban mal fundamento para poder prevalecer, no teniendo aquel por seguro viaje para la conciencia, ni para la vida, arrepentido de lo que habia hecho determinó de irse á Lope de Aguirre y pedirle licencia para se salir. Lope de Aguirre le dijo con gran disimulacion, que por cierto á él le placia de se la dar de muy buena gana, porque su voluntad era que los que le hubiésen de servir fuesen libres y no apremiados, y que viese cuándo se queria ir para que le pusiesen en el campo con toda la libertad. El soldado le besó las manos por la merced que le hacia, suplicándole que *así* fuese. Luego mandó llamar á dos negros suyos, el uno Francisco y el otro Jorge. Díjoles: Idos con este caballero y llevad vuestras armas y ponedle fuera del campo en el camino y ponelde donde no le enoje nadie. Las armas que les mandaba llevar eran cordeles y garrotes para le ahorcar, que ya los negros *lo* entendian. Y al soldado le dijo: Pues que vuestra merced se va, deje las armas para otro soldado que las habrá menester. Los negros le sacaron del real y al primer árbol que toparon le quisieron ahorcar dél. Como Somorrostro viesse el pleito mal parado y que los negros le quisiesen hacer semejante burla, rogóles encarecidamente que le dejasen volver con ellos ante Lope de Aguirre, los cuales despues de muy rogados, aun por ventura cohechados, le dejaron volver. Y diciéndoles Lope de Aguirre que cómo le volvian el soldado sin hacer lo que les habia mandado, dijo Somorrostro: hanme querido ahorcar de un árbol, dándome por respuesta que vuestra excelencia lo ha mandado. Díjole: Ahora vuestra merced vaya en hora buena, que los negros harán su oficio. Volvióle á replicar que le suplicaba no le enviase tan desconsolado, pues él no se lo merecia, que antes queria quedarse á servirle. Respondióle: Andad negros, haced lo que os tengo mandado, que yo no hice fuerza á ese caballero para que se quedase en mi campo. Y pues se quedó

de su voluntad, no será razon que se vaya á leer romances viejos á los que están fuera dél y á los que andan huyendo al monte. Desta manera lo llevaron y dieron garrote con mucha razon, pues él habia venido á convidarse de su voluntad á seguir un viaje y jornada tan fea y en tanto deservicio de Dios y del rey.

CAPÍTULO LII

Cómo Lope de Aguirre se salió á desenfadar á la Punta de las Piedras y dejó en guardia de la fortaleza y ciudad á Martin Perez, su maese de campo, y cómo él y otros se quisieron alzar por el rey, y la muerte cruel que les dió. Y cómo hizo dar garrote á Catalina de Chaves porque le quiso matar, y otras cosas notables.

Ya estaba cansado Lope de Aguirre de aguardar á su capitan Munguia, que le habia enviado á la Tierra Firme de Maracapana para que tomase y trujese el navio de fray Francisco Montesinos, como se vió en su lugar. Parecióle salirse á desenfadar por algunos dias y ver si parecia algun navio por la mar; determinó de salir con alguna de su gente á la Punta de las Piedras, que es tres leguas de la ciudad, de donde se ve mucha parte de la mar hácia la Tierra Firme, por donde se esperaba que habia de venir Monguia con la presa, y para hacer esta pequeña jornada dejó encargado á Martin Perez, su maese de campo, la guardia y custodia de la fortaleza y ciudad, juntamente con los soldados que con él quedaban, y dejada esta órden se partió. Llegado que fué á la Punta de las Piedras procuró holgarse y recrearse allí algunos dias, haciendo apercebir algunas piraguas y canoas que allí estaban embargadas, para su viaje y navegacion. En el entretanto que Lope de Aguirre se ocupaba en estas cosas, Martin Perez, que habia quedado en guardia de la fortaleza y ciudad, deseó mucho alzarse contra Lope de Aguirre, reduciéndose al servicio del rey, y para ponerlo en efeto dió parte desto algunas personas de quien tenia confianza, las cuales le salieron bien al negocio, aunque debajo de cautela y maña, no para lo poner por obra, mas antes para asegurar sus vidas y dar noticia del caso á Lope de Aguirre, como lo hicieron, y dando y tratando del negocio, que para este caso tuviese el buen fin deseado, se aguardase á que Lope de Aguirre viniese de la huelga donde estaba. Y venido que fuese, al tiempo que estuviese comiendo ó cenando, como que le iban á dar la bebida fuesen todos los conjurados y le matasen sobre seguro; que siendo desta suerte se excusaban muertes y recuentros que se podian recrecer llevándose por otra via, con él y sus amigos y valedores. Y cierto que el consejo y acuerdo que éstos habian tomado era de mucha discrecion y astucia si se pusiera en efeto como se propuso; pero como fué con cautela de algunos amigos de Lope de Aguirre, diéronle aviso y así procuró volverse á la ciudad con más presteza que antes tenia. Y una tarde le escribió una carta muy regalada al Martin Perez, diciéndole que ya estaba cansado de estar allí y que se queria volver por quitarle del trabajo en que le habia dejado; que otro dia por la mañana seria con él antes que entrase la calor del dia, que le hace en aquella tierra muy grande, y que le hiciese aderezar de comer para la hora ordinaria. Martin Perez, que estaba descuidado del aviso que se le habia dado á Lope de Aguirre, se holgó mucho con su venida, pareciéndole que ya tenia acabado su negocio, y mandóle aderezar de comer muy alta y cumplidamente, que se puede muy bien hacer en aquella tierra, que es muy abundante de regalos. Y juntamente volvió á avisar á las personas que estaban prevenidas para este hecho, que estuviesen alerta para ponerlo por obra, y todos cumplieron bien de palabra, diciendo que todo lo cumplirian. Y todo era fingido, porque tenian dado el aviso que se ha dicho á Lope de Aguirre, el cual llegó á la hora que habia dicho, que fué á las siete ó á las ocho del dia, y porque Martin Perez no pudiese ejecutar su propósito, lo primero que hizo fué abrazarle por más le asegurar, y como sintiese que traia cota vestida le dijo con palabras amorosas: Señor Martin Perez, cansado estará vuestra merced de andar armado y guardar el pueblo; subamos al corredor á tomar el fresco de la mar, y quítese la cota, que es mucho cansancio traerla tantos dias. Huélguese, que yo soy venido para quitarle de trabajos. Martin Perez le besó las manos por la merced y regalo que hacia. Respondió que su contento y descanso era servir á su excelencia, y que con esto vivia muy alegre y regalado. Replicó Lope de Aguirre, y dijo: Agora, por vida mia que se la quite, que despues decomer se la volverá á poner si le diere gusto; descanse agora un rato. Martin Perez, que estaba bien descuidado de la muerte repentina y cruel que le estaba aparejada, echó mano á una ropilla que tenia encima de la cota y se la quitó, y luego tomó del gorjar de la cota tirando dél para se la quitar, y al tiempo que la tenia echada sobre la cabeza y los brazos á medio sacar, le hizo echar mano Lope de Aguirre, y como si le

tuvieran atado en un costal, que no osaron de otra manera, le empezaron á dar muchas estocadas y puñaladas y le arrojaron del corredor abajo herido de muerte, donde acabó de expirar con la misma ansia y muerte que él mató á otros, que parece que era castigo del cielo que enviaba Dios sobre ellos poco á poco. Y á esta propia sazon mataron con él á un soldado llamado Dominguez, que era uno de los conjurados en la muerte que se pretendia dar á Lope de Aguirre. Diéronle una tan gran cuchillada, que della y de echarle de los corredores abajo le saltaron los sesos en tierra. Y estando presente Anton Llamoso se bajó al suelo de bruces y dijo: En servicio de mi príncipe tengo de beber los sesos deste traidor que lo queria matar. Y afirman que lo hizo, aunque al tiempo que se hizo justicia dél le fué preguntado si fué verdad y dijo que no; pero que se habia mojados los labios en ellos y en su sangre. Con esto quedó Lope de Aguirre contento y descansado, aunque no del todo, porque se le huyeron algunos soldados que se habian hallado en esta conjuracion contra él, como fué Pedro de San Juan, Alonso Enriquez de Orellana, Juan Vazquez y Alonso de Paredes, que como viesen el castigo que se habia hecho en Martin Perez, su maese de campo, no osaron aguardar, pareciéndoles que no podian escapar de otro tan riguroso castigo como personas que estaban en la mesma culpa. Y deseando huir semejante ira, procuraron poner tierra en medio, aunque aprovechó poco á los tres dellos, porque para que no se les pudiesen huir y escapar usó de un ardid y astucia extraña, y fué que siendo alcaldes en la ciudad un fulano de Villena y Manuel Rodriguez, mandó prenderles las mujeres con las de otros hombres principales de la isla y meterlas en la fortaleza, donde tenia este tirano una hija suya doncella que habia llevado consigo esta jornada, y mandó decir á sus maridos que no se las habia de volver hasta que pareciesen sus soldados. Con esta fuerza les obligó á que se los fuesen á buscar, en lo cual pusieron tanta diligencia que dentro de breves dias trujeron al Paredes y al San Juan y á Orellana. A Vazquez nunca le pudieron hallar aunque hicieron sus diligencias en lo buscar. A estos tres mandó luego dar garrote, sin dejarlos confesar, y habiéndosele dado les hizo poner rétulos: *Por traidores á su príncipe y amotinadores del campo.* Y habiéndoles hecho esta crueldad entregó las mujeres á sus maridos, habiéndolas tenido en esta prision con mucho regalo, honestidad y respeto. Con estas cosas tenia Lope de Aguirre tan amedrentada toda la gente, así de la isla como de su mesmo campo, que no sabian qué hacer. Y era tanto lo que esto se sentia, que una mujer llamada Catalina Rodriguez, pospuesto todo temor, con ánimo varonil, deseosa de libertar á su pátria como otra Judit ó Jael, determinó un dia de matar á Lope de Aguirre, y para lo poder hacer mejor y más á su salvo acordó de convidarlo á comer en su casa, como en efeto lo hizo, el cual aceptó su convite muy libre de todo recelo, á lo que parecia; la buena Rodriguez [1], como lo vido acetado, tuvo su negocio por hecho y propuso de echalle ponzoña en ciertos pasteles que habia de darle á comer, lo cual se hizo venido el dia del convite. Lope de Aguirre fué á él á la hora que lo llamaron, con cuatro amigos suyos los más privados y su gente de guardia que le acompañaba de ordinario. Entrado que fué Lope de Aguirre en casa de la Rodriguez [2], no faltó quien le avisase antes que empezase á comer, diciéndole la órden que aquella mujer tenia trazada para le matar con la ponzoña que se ha dicho, y no era menester mucho para creer cualquiera malicia; mandó á los que con él iban que luego se la sacasen á la plaza, los cuales lo hicieron de buena gana, donde con brevedad hizo la averiguacion de cómo era verdad lo que le habian dicho, y sin que pasase hora por medio le hizo dar garrote sin que pudiese conseguir su intento comenzado, y así acabó la vida con mucha lástima y compasion que le tuvieron. Todos quieren decir que quien le dió este aviso á Lope de Aguirre era un familiar que traia consigo, que le daba aviso de otros secretos y cosas como este. Acabado de hacer este hecho de tanta crueldad, mandó que estando ahorcada le tirasen de arcabuzazos. Y porque su marido anciano y viejo la lloraba, mandó que tambien le ahorcasen á él, diciendo que pues tanto la queria, era justo que le hiciese compañia en semejante viaje; lo cual luego se ejecutó con la mesma crueldad, y echóse fama que lo habia hecho porque posaba en su casa Alonso de Villena y se le huyó. Fué á su aposento, donde hizo llamar su gente y contóles el caso y cómo habia pasado. Algunos le dijeron que no era justo que aquel ejército estuviese sin maese de campo para castigar aquellos delitos y los que adelante se ofreciesen, pues no convenia á su autoridad mandarlos castigar personalmente; á esto respondió: Nadie se canse, ni pretenda ni me pida que le dé cargo de maese de campo, ni le elija; porque yo prometo de no dallo á hombre de cuantos son nacidos, hasta que

[1] En el ms., *Rojas.*—[2] En el ms., *de Rojas.*

primero me haya muerto trece frailes y sacerdotes de misa. A esta sazon respondió un soldado llamado Paniagua, natural de Sevilla, que dijeron ser hijo de otro deste nombre, que decian tenia por oficio llevar muchachos cristianos á vender á tierra de moros, y dijo: Desde ahora señor acepto esa merced; el cual lo comenzó á poner por obra otro dia siguiente sabiendo que dos frailes franciscos estaban fuera del pueblo, en una estancia, por no verse con Lope de Aguirre, porque les habia querido dar garrote algunos dias antes desto, se fué para donde estaban con ciertos compañeros suyos y les dió garrote á los miserables frailes. Hallóse presente á esto un sargento del campo, llamado Figueroa. Parecióle ganar las gracias con Lope de Aguirre y tomó la delantera trayendo la alabarda ensangrentada, y por complacer al tirano dijo que se habia quebrado la soga con que les daba garrote. Y porque no habian querido morir tan presto, les habia metido el alabarda por el cuerpo para los ayudar á matar, lo cual fué falsedad y testimonio que se levantó á sí propio, porque hubo personas que lo vieron y afirmaron que se la vieron meter en la sangre de un carnero que estaban matando; pero son tales las cosas deste mundo que por darle aquel contento á un hombrecillo como Lope de Aguirre, y que le hiciese favores teniéndole grato, se quiso loar de una tan grande ofensa de Dios Nuestro Señor, de matar aquellos dos sacerdotes religiosos, sin culpa, y por el mismo caso que quiso ganar gracias con Lope de Aguirre perdió las adquiridas y el crédito y opinion que tenia con otros soldados del campo, y fué permision divina que su boca confesase lo que no habia hecho, para que despues de vencido y desbaratado Lope de Aguirre, los mesmos que se lo oyeron decir testificaron contra él ante las justicias de Su Majestad, y por ello y otras cosas le vinieron á condenar á hacer cuartos, la cual sentencia se ejecutó cuando se hizo el castigo de los culpados desta rebeldia y rebelion.

CAPÍTULO LIII

Cómo Lope de Aguirre se andaba aviando para salirse de la isla Margarita, y cómo se le huyó el capitan Alonso Gonzalez Galeazo y se le pasó á Tierra Firme al servicio del rey nuestro señor, y la órden que dió para que el tirano fuese muerto.

En el entretanto que estas cosas pasaban andaba ya Lope de Aguirre para irse en prosecucion de su obstinada intencion de tiranizar el Pirú, y para el efeto andaba previniendo *las* cosas necesarias para el efeto, así para la mar como para la tierra. Habia mandado á Pedro Alonso Gonzalez, que era su capitan, que hiciese un atambor, porque andaban todos sordos y se habian pasado algunos dias en medio y no lo habia hecho. Volvió á segundar que lo hiciese y parece que habia enviado por un tuero de un árbol para el efecto, y como no viniese, tardó en hacerlo más de lo que convenia, de que se enojó Lope de Aguirre en tanta manera que le dijo: No me habeis querido hacer el atambor que os he mandado. Pues yo os empeño mi palabra que si mañana no me lo dais hecho, que le tengo de hacer de vuestro propio cuero. Como Pedro Alonso vió tan enojado á Lope de Aguirre con semejante amenaza, y él no pudiese cumplir lo que se le habia mandado, por no tener recado aparejado para ello, no osó parar más en la isla. Aquella tarde tomó un caballo y á la ligera se fué á la Punta de las Piedras, tres leguas de allí, donde estaban apercebidas ciertas piraguas para la navegacion que se estaba aparejando, y dellas tomó la que mejor le pareció, con los indios que fueron necesarios para navegar á tierra firme de Maracapana, y aquella propia noche dió la vela y empezó á seguir su viaje, el cual hizo con mucha brevedad en salvamento. Llegado que fué á tierra firme al puerto de la Burburata, fuese á casa del teniente de gobernador, que á la sazon era un Fulano de Chaves, y dióle relacion de los desinios y determinacion del tirano, y cómo quedaba presto y apercebido para venir á desembarcar allí, lo cual seria con mucha brevedad, lo cual seria sin falta ninguna, y que se previniesen y aparejasen para le resistir, y porque era poca la gente que allí estaba, que no le convenia ponerse en defensa, porque era imposible poderle resistir, y que lo mejor y más acertado seria prevenirse de comidas y regalos para su recibimiento. Y que en esto se serviria más Su Majestad, que en otra cosa, porque haciéndolo así serian bien tratados, y de otra manera los destruirian sin falta ninguna y haria en ellos rigurosos castigos, y entenderia que lo mesmo habia de ser en todos los pueblos de españoles de adelante. Juntamente con esto les afirmó que entrando la tierra adentro se le habian de ir los soldados en la primera ocasion, porque vienen opresos y forzados y deseosos de verse en libertad. Este es mi parecer, y cuando el tirano tomare otra derrota, vuestras mercedes no habran perdido nada y podran volverse á sus casas con toda seguridad, y ésta no la tienen ahora.

Pareciéndoles bien el consejo á todos, de conformidad se fueron á Barquesimeto, donde estaba Diego Garcia de Paredes, capitan y persona principal en aquella tierra. Llegados que fueron, Diego Alonso se fué á Diego Garcia y le dió noticia con la presteza que Lope de Aguirre seria en la costa, y que no sabia por cosa cierta si vendria por allí ó tomaria la vuelta del reino de Tierra Firme á las ciudades de Cartagena, Nombre de Dios y Panamá, porque lo que con él tenia trazado al tiempo que lo dejó en la Margarita era ir á las ya dichas ciudades y robarlas y quemarlas y pasar al Pirú, y que podria ser mudar de consejo visto que se viese en tierra; que le parecia que se previniesen para lo que se pudiese ofrecer, y que él les prometia de servirlos bien y lealmente en todo lo que se ofreciese del servicio de Su Majestad, pues no habia sido su venida á otra cosa. Agradecióselo Diego Garcia. Otro dia dieron y tomaron en la órden, manera y traza que se habia de tener en su defensa, y subiéndose en dos caballos Diego Garcia y Pedro Alonso, con otra gente principal rodearon todo el pueblo, que estaba en un llano, y más al Sur estaba un cerrito y campaña cerca del pueblo, el cual fueron á ver. Visto que hubo Pedro Alonso el sitio, el pueblo y lugar donde se pudiesen mejor resistir, parecióle que aquel alto era el mejor y más aventajado que por allí habia, por tener agua y señorear desde él al pueblo, y dijo á Diego Garcia que seria bueno hacer alli su asiento y fortalecerse con algunas trincheas de tierra y fagina que desde ellas estuviesen reparados del arcabuceria del contrario, á quien habian de dejar el pueblo para que se pudiesen alojar en él. Y que esto les habia de ser forzoso por no haber otro lugar mas[1] cómodo donde lo poder hacer, por ser la tierra muy calurosa. Prometióle Pedro Alonso y dióle mucha certidumbre que con este aparato seria muy fácilmente vencido, porque la gente que traia venia muy disgustada y discontenta, y que sin duda ninguna se habia de pasar la mayor parte della al campo del rey. El gobernador Pablo Collado que á la sazon lo era en aquella tierra, iba la vuelta del reino alejándose del tirano so color que iba á recoger gente contra él, y como lo supo Pedro Alonso Galeazo fué tras él y alcanzólo como tres leguas del pueblo y procuró hacelle volver con buenas y amorosas razones para que juntamente con la demás gente que quedaba en el pueblo resistiesen al tirano. Y despues que no pudo con él con buenas palabras, le hizo volver á poder de requirimientos y protestaciones, juntamente con los que con él iban, y animándolos y diciéndoles que seria el primero que entraria en la batalla contra el tirano, á pié ú á caballo, y que no le creyesen, ni queria que se fiasen dél, y que le llevasen preso hasta que le viesen que sin duda lo haria; donde no, que le cortasen la cabeza. Antes que el gobernador volviese, Diego Garcia hizo junta de gente, ansí de españoles como de naturales de la tierra, y en pocos dias hizo hacer muchas ramadas, terraplenos y trincheas en la parte que tenian sitiada para su campo. Y no lo hubieron acabado de hacer cuando le vino nueva que Lope de Aguirre estaba desembarcado en la Burburata. Y dejaremos esto en este estado, por volver á tratar de la desembarcacion que hizo y lo que le sucedió antes que se embarcase en la Margarita, hasta que sea tiempo de volver á tratar dello.

[1] En el ms., *ni*.

CAPÍTULO LIV

Cómo Lope de Aguirre se embarcó en la Margarita y vino á desembarcar á Tierra Firme de la Burburata é hizo quemar sus navios, con determinacion de subir por tierra hasta el Pirú, y lo que le sucedió hasta que fué desbaratado y muerto.

Como Lope de Aguirre viese la burla que le habia hecho Monguia y los que con él habia enviado á tomar el navio de fray Francisco Montesinos, é no volver con la presa, y la que le hizo Pedro Alonso Galeazo, le pareció que no era tiempo de aguardar más allí. Desta manera procuró aprestarse para salir de la isla y venir al puerto de la Burburata á tomar lengua de Monguia y de Pedro Alonso y lo que habia en la tierra, para que conforme á ello hacer lo que mejor estuviese, que ninguna cosa le podia estar bien segun los malos pasos que traia; y desta manera se embarcó á priesa en los dos bergantines que habia hecho en el rio, y en el barco que habia tomado á Gaspar Plazuela, con grandísimo contento de los vecinos de la Margarita, que se veian quedar libres de una tan grandísima tirania y esclavonia que se les habia hecho un millon de años. Embarcados que fueron, dentro de poco tiempo fueron llegados al puerto de la Burburata, donde fueron recebidos con mucho aplauso de los vecinos españoles é indios, como se lo habia dicho y aconsejado Pedro Alonso Galeazo, aunque era mucho contra su voluntad; y porque es cierto que se cumplió allí el refran que dice:

Manos besa hombre que las querria ver cortadas, hiciéronle grandes regalos y ofertas el tiniente y todos los demás del pueblo, con muchos presentes de frutas de diferentes suertes; muchas aves, vacas, carneros, puercos y terneras, para su persona y gente, que desto es abundantísima aquella tierra. Dejóle el teniente toda su casa desembarazada para que se aposentase en ella. Y dejando consigo la gente que le pareció para su guardia, repartió los demás [1] en el pueblo, á los cuales todos procuraron dar mucho contento por no recebir dellos vejaciones y molestias, porque realmente les convenia, porque de otra manera no se pudieran defender ni resistir de sus crueldades y terribles castigos. Holgábase Lope de Aguirre y los que con él iban en verse recibir y tratar tan bien. Luego hizo desembarcar sus bagajes y ponellos en órden; aquella misma tarde que se desembarcó hizo llamar á su casa al tiniente y alcaldes y les preguntó si habian visto al capitan Monguia y qué se habia hecho dél y de los que con él habian venido. Respondieron que luego que llegaron allí se vieron con fray Francisco Montesinos, y que todos juntos se habian concertado de ir á dar noticia de lo que pasaba á la isla de Santo Domingo, para que de allí se enviase á las ciudades de Tierra Firme, y que habia muchos dias que eran embarcados para este efeto, de cuya causa, sin duda ninguna, toda la tierra estaba apercebida y puesta en arma. Volvióles á preguntar por Pedro Alonso Galeazo, y qué se habia hecho. Diéronle noticia que habia llegado allí pocos dias habia y que era pasado á Barquesimeto, y que sin duda lo hallaria allí. Informóse de la tierra y de la gente que habia en ella, de todo lo cual le dieron razon, diciéndole que era tierra pobre y necesitada de oro, por los pocos naturales que en ella habia, y abundantísima y muy fértil de ganados y comidas, y *de* pocos españoles. Los caminos todos abiertos, que se podian andar á pié y á caballo hasta el Pirú. Holgóse de oir estas cosas, y con esto los despidió y entró en consejo de guerra con los suyos, entre los cuales quedó acordado que dejasen el viaje de Tierra Firme y tomasen el de Barquesimeto y gobernacion de Venezuela, hasta el Nuevo Reino de Granada, y de allí á la gobernacion de Popayán hasta entrar en la provincia de Quito, del Pirú. Decia que no queria más de verse él un pié en el Pirú y el otro en el infierno. Acabada esta consulta mandó poner fuego al barco y bergantines, porque no se le fuese la gente, y como los soldados viesen quedarse en tierra sin remedio de volver á la mar, holgáronse y recibieron mucho contento, pareciéndoles que ya se les iba llegando la hora deseada de verse en libertad en tierra ancha donde pudiesen disponer de sus personas. Los primeros que osaron irse en este pueblo fué Pedro Arias de Almesto y un Alarcon, los cuales se escondieron, y como Lope de Aguirre lo entendiese, porque los otros no tuviesen ánimo para hacer lo propio, hízolos buscar con mucho cuidado, y porque el tiempo que estuvo allí no pudieron ser habidos, parecióle que le habia ido bien en la isla Margarita en prender las mujeres de los alcaldes para que le trujesen los que allí se les habian huido; mandó que le aprestasen cabalgaduras y de comer para él y para su gente desde allí á Valencia, lo cual hicieron de buena gana el teniente y alcaldes, por verse libres de personas á quienes tenian mala voluntad de servir. Despues que estuvo todo prevenido y puesto á punto, dijo al teniente que pusiesen en órden otros caballos, porque habian de ir con ellos por sus mujeres y una hija que tenia casada con un don Julian, y que se las habia de llevar hasta que le buscase y entregase dos soldados que se habian ido, que él les prometia de llevárselas bien guardadas y honradas y entregárselas adonde quiera que le diesen los soldados. El teniente y yerno y sus mujeres se les hincaron de rodillas suplicándole que no las llevase, que ellos prometian de buscalle los soldados y llevárselos; pero nunca lo pudieron acabar con él, y ansí se las llevó. Salido que hubo Lope de Aguirre con todo su ejército y carruaje, luego los propios Pedro Arias [1] y Alarcon se vinieron al teniente, diciéndole que ellos se habian huido del tirano y que venian á servir al rey; que viesen en qué lo podian hacer. El gobernador los mandó llevar presos y en dos colleras de hierro los entregó á don Julian, su yerno, para que los llevase á Lope de Aguirre y volviese las mujeres que habia llevado en rehenes. Viéndose Pedro Arias de Almesto preso y llevarse al tirano, donde no esperaba menos castigo que pagar con la vida, ya que estaba en el camino, con un ánimo varonil y de buen soldado dijo á don Julian: Pues que el traidor de vuestro suegro me envia al tirano desta suerte para que le sirva ó me mate habiéndome yo ido á él como á justicia de Su Majestad para le servir y ser amparado, matáme ó cortáme la cabeza, pues sois caballero, que más quiero morir á vuestras manos que en las del tirano Lope de Aguirre.

[1] En el ms., *los demas la demas*.

[1] En el ms., Aries.

Enojado don Julian destas palabras tomó un cuchillo carnicero para degollar á Pedro Arias y le dió una cuchillada en el pescuezo que por poco le quitara la vida, sino que le faltó el ánimo para ello, ni osó por amor de Lope de Aguirre que le llevaba la mujer presa. Desta manera los llevó á Valencia, donde alcanzó á Lope de Aguirre, el cual, como los viese, fué extraño su gozo, de aquella manera, con tanta infamia; las primeras palabras que les dijo fué: ¿Que os parece, caballeros, ahora? ¿qué habeis ganado en esta huida que habeis hecho? pues es cosa imposible que nadie pueda escaparse de mis manos, ni de su riguroso castigo. A lo cual le respondió Pedro de Almesto con una extraña osadia: Si tú, Lope de Aguirre, me das licencia, yo te diré cuatro palabras muy bien dichas, sin pedirte que me otorgues la vida, porque entiendo que no me la has de conceder, por ser tirano y cruel. Respondió Lope de Aguirre: Di lo que quisieres. A lo cual replicó Almesto: Sábete que todo el tiempo que he andado en tu compañia ha sido forzado y contra mi voluntad, por no poder *huir*, como lo hemos tratado en algunas ocasiones, aunque con recelo. Y ahora que me pareció que podia dejarte á mi salvo y servir al rey, por ser como eres tirano y el más cruel que hasta hoy se ha visto, fuíme al teniente Chaves para que me defendiese y amparase, y ser contra ti, el cual me envia preso para que me mates ó te sirva. Yo te doy mi fe y palabra que, pues la justicia del rey no me ha querido amparar, que si me das la vida *he* de servirte toda la vida y ser mayor tirano que tú y todos cuantos andan en el campo, aunque sean los mayores amigos que tienes. Lope de Aguirre le respondió: Tu vivirás sobre la haz de la tierra. Suéltenlo, que yo fio de su palabra. Y Alarcon, que era el otro compañero: Confesaos, porque ya es llegado el fin de vuestros dias, porque sois muy servidor del rey. Algunos ruegos tuvo este miserable porque le otorgase la vida, pero ninguno fué parte para se la otorgar. Luego se confesó y luego le mandó traer por las calles de Valencia con voz alta que decia: Esta es la justicia que manda hacer Lope de Aguirre, Ira de Dios, Príncipe de la Libertad, fuerte caudillo de los invencibles marañones. A este hombre por servidor del rey mándale hacer cuartos, y que su cabeza sea puesta en el rollo desta ciudad. Quien tal hace que tal pague. Ejecutóse esta cruel y tiránica sentencia poniendo los cuartos por las esquinas de las calles y plaza, y la cabeza en el rollo, con un rétulo que decia: Por servidor del rey. Por cierto, título y pregon digno de mucha honra y fama, digno de un tan bueno y leal soldado, y que se precien mucho dél sus deudos y parientes para lo poner por blason de sus hechos en sus armas; y así, desde á poco tiempo que fué muerto el tirano, los vecinos de Valencia volvieron á sus casas y muy honrosa y principalmente quitaron la cabeza del rollo, y los cuartos deste tan honrado y buen soldado, y los enterraron en lugar principal y honrado y le hicieron sus obsequias y honras lo mejor que pudieron por pagalle en muerte algo de lo que mereció en vida, muriendo por servir á nuestro rey y señor natural. Despues de pocos dias que subcedió lo que se ha visto, entendió Lope de Aguirre ó tuvo sospecha que otros cuatro soldados se le querian ir á servir á Su Majestad, y antes que lo pudiesen hacer tomólos en su propia casa y dióles garrote, y porque tenia enojo con ellos y por vengarse mejor y atemorizar á los del campo, en el propio rancho donde les habia hecho dar garrote hizo quemar los cuerpos. Este propio dia, despues de haber hecho esta crueldad mandó echar un bando que, so pena de la vida, ninguna persona de su campo fuese osada pasar un rio que estaba á dos tiros de arcabuz del pueblo de Valencia, donde estaba alojado con su campo. Y otro dia siguiente sucedió que un soldado llamado Pagador fué al rio á lavar cierta ropilla sucia, y estándola lavándola vió en esotra parte del rio un árbol de payas, y en él alguna fruta, que son á manera de pequeños melones; codicioso de la fruta, no mirando al bando y pregon que se habia echado, ni lo que le podria suceder, como hombre inorante pasó de la otra banda á coger de la fruta, y parece que trujo una dellas. Como Lope de Aguirre se la viese preguntóle que de dónde la traia, y el inorante soldado, no entendiendo que habia cometido delito, dijo que junto al rio de la otra banda habia un árbol de donde la habia tomado. Y sin más informacion ni causa, porque habia traspasado su mandato le mandó colgar de un árbol que allí estaba. Hacíase temer este tirano cruelmente, y á nadie castigaba con menos que con quitarle la vida, diciendo que no se habia de castigar á hombre de manera que afrentado del castigo pudiese volverse á restituir en ella. Que los muertos, ni hablan ni los podian temer sus enemigos, y que con esto no le quedaba que recatarse dellos. Dende á pocos dias salió Lope de Aguirre deste pueblo de Valencia, marchando para el de Barquesimeto, que es uno de la gobernacion del Tocayo, á cuatro jornadas de Valencia, adonde estaba el gobernador Pablo Collado, que le habia hecho volver Pedro Alonso Ga-

leazo, y con él el capitan Diego Garcia de Paredes, y ansí como Lope de Aguirre desembarcó en la Burbarata, tenian en Barquesimeto nueva de todo lo que hacia y las jornadas que traia y dónde dormia cada noche, porque los indios iban dando noticia de todo. Y antes que saliese de Valencia tenian en Barquesimeto los vecinos dél y los que de Valencia se habian recogido puestas sus mujeres é hijos en cobro, y ellos alojados y con espias en el sitio que les habia dicho Pedro Alonso, con sus trincheas, ramadas y reparos, los mejores que les habia sido posible hacer, y con harto temor del tirano, el cual iba con grande ánimo animando á sus soldados, diciéndoles que no habia que temer, que todo les era favorable; y si no, que lo viesen por los que habian hallado en la Burburata, con cuánto amor y contento los habian recebido y hospedado con tanto regalo, y que los de Valencia se les habian huido de miedo á Barquesimeto, de donde los unos y los otros los habian de salir á recebir en procesion y ramas de palma en las manos, pidiendo misericordia, y que lo mesmo habia de ser en toda la tierra, y que todos tuviesen ánimo y esfuerzo, como hombres tan prendados en las cosas pasadas y que no estaban lejos de ser grandes señores en el Pirú, por ser la tierra tan buena y rica como lo habian visto cuando della salieron. Todos mostraban ánimo, respondiéndole en lo público á su gusto, diciéndole que no le dejarian hasta verle señoreado en lo último de Chile; pero en lo secreto no habia hombre que le pudiese ver, por sus grandes crueldades y tiranias, que nadie tenia la vida segura en su poder. Como Diego Garcia de Paredes tuviese noticia que Lope de Aguirre venia cerca del lugar de Barquesimeto, parecióle aguardarle en el camino por do habia de venir, lo cual puso por obra; tomando 40 soldados consigo, salió por diferente camino, y en la parte que le pareció más cómoda echóle una emboscada; sin ser sentido, desde ella vió toda la gente que traia el tirano, las armas y peltrechos que traia, y pareciéndole no era justo acometer entonces, por no perder la ocasion que adelante se podia ofrecer con mejor comodidad, le dejó pasar, quedándose todavía emboscado hasta que llegase el bagaje que venia en la retaguardia bien á media legua, y como le vieron llegar salieron él y los suyos y dieron en él de repente, que como viniesen descuidados de semejante caso, les fué muy fácil tomarlo sin que Lope de Aguirre ni los suyos lo pudiesen impedir, ni los nuestros recibir ningun daño, por ir tan adelante el tirano, el cual no supo nada hasta aquella tarde, que fueron 26 de otubre de 1561 años, que llegó al pueblo de Barquesimeto y le halló despoblado de gente, aunque todas las casas en pie. Alojóse en ellas aquella noche, puniendo sus centinelas, y lo mesmo hicieron los del pueblo, que estaban sitiados y hechos fuertes en lo alto. Como Lope de Aguirre echase menos el bagaje donde traian su comida y gran parte de las municiones, sintiólo grandemente y fuele forzoso otro dia siguiente, víspera de San Simon y Júdas, enviar cien arcabuceros á ver si parecia el bagaje ó alguna parte dél, para recogerle, y las comidas que pudiesen para provision de su campo. Acabado de hacer esto comenzó á dar traza de hacer nuevas insolencias y maldades; pareciéndole que don Juan Carrillo, que iba en su compañia, no estaba tan prendado como él quisiera de sus crueldades, de cuya causa pudiera pasarse al campo del rey, y porque no pudiera hacerlo, acordó una de las mayores maldades que hasta allí habia hecho, mandándole que pues no habia metido prenda, que la metiese quemando la iglesia de aquel pueblo por su propia mano; el cual, pospuesto el temor de Dios, hizo lo que le mandó, pegándole fuego, con que la quemó; que si como cristiano lo mirara, antes habia de perder mil vidas que cometer semejante ofensa de Dios. Juntamente con esto, porque los suyos no tuviesen alojamiento en las casas, so color de que los nuestros no les pusiesen fuego y los quemasen en ellas, las mandó quemar, lo cual fué bien fácil por ser las casas pajizas. Luego dijo á los suyos que no tuviesen temor, que con mucha brevedad tendrian ganados los alojamientos de los contrarios, adonde se extenderian á sus anchuras. Antes que el gobernador Pablo Collado dejase el pueblo, parecióle dejar cédulas por las casas y caminos en que aseguraba que todos los que se pasasen al estandarte real, que no se procederia contra ninguno dellos por cosas de las que hasta allí habian cometido en compañía del tirano, por haber sido forzados y contra su voluntad, por no haber podido hacer otra cosa. Como los contrarios viesen cosa tan en su favor, que era lo que podian desear, no habia hombre dellos que no tomase su cédula para cuando la hubiese menester, aprovechándose della, mayormente que en esta cuyuntura se habia huido un esclavo de Barquesimeto, del cual se informó Lope de Aguirre de lo que habia en el pueblo, y le dijo que en el campo del rey habia mucha *más* gente y arcabuceros de los que en efeto habia, y que estaban determinados de perder las vidas en la demanda. Con estas cosas estaba*n* Lope de Aguirre y

los suyos temerosos y puestos en arma. Los nuestros no perdian tiempo, porque como tenian espias en el campo del tirano y fuesen avisados de lo que hacian, como supieron que Lope de Aguirre habia enviado sus cien arcabuceros á buscar el bagaje y á recoger comida, determinaron de persuadir á Pedro Alonso Galeazo de representar la batalla al enemigo, por estar aquel dia con los cien arcabuceros menos. Y si aguardasen á otro dia, se podrian juntar todos y ser más difícil la vitoria. Ya eran los nuestros docientos soldados, que se habian juntado de diferentes partes, todos deseosos de probar sus fuerzas en servicio del rey. Hallaban gran dificultad en que entre todos no habia más de tres arcabuces, y traia el tirano 176; á estas dudas el gobernador Pablo Collado comenzó á hacerles un razonamiento, amonestándoles que no habia que dificultar negocio como aquél, porque aunque era verdad que el enemigo tenia muchos arcabuces, en aquella hora ya les faltaban los ciento dellos, y los que tenia no habia que temerlos, porque eran pocos y enfermos. De nuestra parte tenemos tantos y tan valerosos soldados, que cada uno de vuestras mercedes bastan para diez, por tener como tenemos razon y justicia por Dios y por el rey. Y como éste llevemos por delante todo se ha de allanar, y si aguardamos á que se junten los cien hombres que le faltan podria ser que los unos con los otros se animasen. Ningun tiempo ni ocasion podemos tener *mejor* que el de ahora, porque son pocos y mal avenidos y faltos de comida. Ea, caballeros; ea, caballeros, vamos, nadie rehuse; Santiago, y á ellos. A estas razones acudió Pedro Alonso Galeazo, diciendo: Ea, caballeros, vamos adelante; sigamos y demos tras los enemigos, que yo doy mi palabra que en viendo el estandarte real, que no ha de haber hombre de todos ellos que no se nos pase. No quiero, señores, que me creais ni os fieis de mí sin mucha prenda, que no es justo que pues ayer me vistes venir huyendo del campo del tirano y no me conoceis, por ventura creereis que he venido por venderos. Llevadme á pié ó á caballo, preso ú suelto, como quisiéredes, que yo quiero ser de los primeros porque nadie tema. Como el capitan Diego Garcia de Paredes vió la determinacion de Pedro Alonso, quiso fiarse dél y dijo al gobernador que se quedase en el pueblo con algunos de los que con él estaban para guardarle, que él queria ir con cien hombres á representar la batalla al enemigo y llevar en su compañía á Pedro Alonso Galeazo. Acordado así salieron á la vista del tirano, el cual les salió al encuentro animando su gente y puniéndola en órden desde una muy buena yegua en que andaba. A este tiempo, Pedro Alonso, que andaba á la vista en un buen caballo, daba voces á los tiranos amonestándoles que dejasen el mal camino que llevaban, y que se pasasen al rey y gozasen del perdon general y libertad. Lope de Aguirre le mandó tirar de arcabuzazos á él y á los demás contrarios y que les diesen una ruciada convidándolos á perdigones, diciendo á Pedro Alonso que era un traidor fementido y que le habia de dar la más cruel y afrentosa muerte que jamás se vido. Juntáronse las haces, y la nuestra tiró un arcabuzazo á Lope de Aguirre, de que le mataron la yegua en que andaba y quedó á pie diciendo: Aquí, marañones, mueran estos enemigos. A esto dispararon una rociada de arcabucería por alto, por no hacer daño á los nuestros. Los primeros que se determinaron á pasar al campo del rey fueron Juan de Talavera y Pedro Guerrero y Juan Rangel, con cédulas de perdon, y luego Diego Tirado, capitan de á caballo. Y despues dellos se iban pasando á nuestro estandarte todos los que con el tirano venian; pero con todo esto los nuestros estaban puestos en buena órden, por no acabar de satisfacerse si era trato doble de Lope de Aguirre para los coger más á su salvo y vencerlos desde nuestro propio ejército. Mas como Lope de Aguirre reconoció su perdicion, habiendo visto que los suyos dispararon la ruciada de arcabuceria por alto, sin hacer daño á los nuestros, luego se tuvo por perdido y con ánimo y furia infernal, dejando los cosas en este estado se salió de los suyos y fué donde estaba una hija suya doncella, que habia traido á esta desastrada y miserable jornada, la cual estaba acompañada con una dueña llamada Torralba, y otra María de Arriola, y Anton Llamoso en su guardia. Y como se viese perdido y que en ninguna manera se podia escapar, con un despecho del más atroz y cruel tirano que jamás hasta él se vió, se fué para su única y hermosa hija, echando mano á un puñal que traia en la cinta, diciendo: Hija mia, muy amada, bien pensé yo casarte y verte gran señora; no lo han querido mis pecados y gran soberbia, siéndome la fortuna tan contraria como has visto en esta batalla donde todos se pasan al rey y me van dejando solo. Confiésate, hija mia, con Dios, y ponte bien con él, que no es justo que quedes en el mundo para que ningun bellaco goce de tu beldad y hermosura, ni te baldone llamándote hija del traidor de Lope de Aguirre. La triste doncella se le hincó de rodillas, derramando muchas lágrimas diciéndole: Señor y padre mio, ¿yo tengo

culpa de lo que vos habeis hecho? No será justo que deis semejante pago á hija tan querida y que tanto os ha servido. Yo me meteré monja adonde no me vea el cielo, ni el[1] sol, ni luna, pues mis pecados y los vuestros me han traido á tan miserable y triste tiempo. Allí rogaré á Dios por vos y por mí. Estas y otras palabras le decia la más que infortunada doncella, con muchas lágrimas que derramaba de sus ojos, á lo cual le ayudaban las dos dueñas que con ella estaban hincadas de rodillas delante deste malaventurado y terrible tirano, suplicándole que se doliese de su propia sangre; pero no fué posible, antes las amenazó diciéndoles que si más le rogasen las habia de matar, y vista su crueldad procuraron dejarle con su hija, huyéndose lo mejor que pudieron al campo del rey. A esto comenzó á dar á su hija muchas puñaladas, con que la dejó muerta, estando presente Anton Llamoso; hasta que la vió expirar no se quiso quitar de allí, aunque los suyos se iban pasando al campo del rey á más andar. Con esta última muerte dió este malaventurado fin á su crueldad y tirania con que acabó de echar el sello á todas sus maldades, pues viendo que habia de morir, fuera bien arrepentirse de sus pecados para que Dios le perdonara y hubiera merced de su ánima, y no hacer una crueldad tan grande, que fué harto bastante indicio de desesperacion de sí propio, y de su propia sangre se quiso vengar antes que muriese, no quiriendo perdonar á su propia hija. A este tiempo volvieron los cien arcabuceros que habian ido por el bagaje y comidas, que como viesen la crueldad que habia hecho y el desbarate del campo, y cómo se iban pasando todos á la parte del rey, todos comenzaron á hacer lo propio con otros que estaban escondidos, que no se habian osado pasar ni hallarse en la batalla; en tal manera fueron pasando que cuando fueron las tres de la tarde se halló este malaventurado tan solo, que no se halló con él más que Anton Llamoso, que como hombre tan culpado no se osó ir al campo del rey, sino morir en su tirania. A este tiempo llegó el capitan Diego Garcia de Paredes á tiro de arcabuz de donde estaba el tirano Lope de Aguirre, y habiéndolo descubierto, como le viese tan solo, preguntó si era Lope de Aguirre, el cual respondió: Sí soy, por mis pecados; confieso que debo la cabeza al rey á quien tanto he deservido. Lo que, señor Diego Garcia, os suplico es que, pues me teneis en vuestro poder y sois caballero, no me mateis sin confesion, para me pueda arrepentir y pedir á Dios perdon de mis pecados. Respondióle Diego Garcia con una crueldad extraña: No es justo que quien ha dado la muerte á tantos caballeros y gente noble, sin confesion, la pida, ni se le otorgue. Mucho se holgaron la gente de su compañia que estaban con Diego Garcia, los cuales como oyesen respuesta tan resoluta, los tres dellos señaladamente, llamados Rangel, Guerrero y Galindo, le tiraron á un tiempo tres arcabuzazos, de los cuales le acertó el uno en un muslo, de que cayó de rodillas, diciendo con un ánimo terrible: No me habeis hecho nada. Luego acudieron otros dos de los suyos propios y segundaron con otros arcabuzazos, con los cuales le dieron en el cuerpo, de que le acabaron la vida con que tantas habia quitado. Diéronse tanta priesa á le matar, porque se entendió que si le llevaban vivo al campo del rey condenara á muerte en su confesion á todos ó á los más de los que se habian pasado, por la mucha culpa que tenian, y porque no fuesen descubiertos sus delitos. De la suerte que se ha visto acabó la vida este infelice y atrevido tirano con tanta infamia cuanta merecian sus malas y perversas obras. Llevaron el cuerpo arrastrando al real, donde fué recebido por el gobernador con gran contento. Cortáronle la cabeza, la cual llevaron á Tocuyo, cabeza desta gobernacion, donde la pusieron en el rollo, donde estará en memoria de su tirania hasta que el tiempo la consuma, y aun despues habian de poner otra de bronce para perpétua recordacion de semejante hecho y de la lealtad desta tierra, á cuyo honor, todos los años, dia de San Simon y Judas, se hace en esta ciudad una fiesta muy solene en remembranza desta vitoria que se hobo tan señalada en servicio de Dios y del rey nuestro señor, la cual Dios milagrosamente quiso dar, porque verdaderamente, con los muchos arcabuces del tirano y los pocos que habia de nuestra parte, no quedara hombre della en pocas ruciadas. Pero fué Dios servido ablandar los corazones endurecidos de aquella gente para que disparasen por alto, sin que de los nuestros muriese más que solo un caballo. Al fin es la voz del pueblo la verdad, que aunque algunas veces adelgaza, en semejantes subcesos no quiebra, antes vuelve con más fuerza á prevalecer en su verdadero y firme estado. Estando las cosas de la manera que se ha visto, Anton Llamoso procuró ausentarse, el cual lo hizo, pero no pudo tanto que no le atajasen el paso, prendiéndolo en Pamplona, ciudad que habia poblado Pedro de Orsúa antes que fuese á esta jornada, en la cual fué hecho cuartos y puesta su cabeza

[1] En el ms., *de*.

en el rollo. Mucho deseo tuvieron los de la parte del rey que ninguno de los de Lope de Aguirre quedaran vivos por las muchas muertes é insolencias que habian hecho, pero como el gobernador Pedro Collado habia dado las cédulas de perdon, decia que mediante ellas se habian pasado, y en efeto, defendió todos los que pudo, los cuales se desperdigaron lo mejor que pudieron, cada uno por su parte, aunque muchos dellos fueron presos y ahorcados y hechos cuartos, por ser tantas sus culpas que no merecian perdon, entre los cuales fué el sargento Figueroa, por haberse loado que se habia hallado en la muerte de los frailes en la Margarita; Diego Tirado, capitan de á caballo; Paniagua, que fué el matador de los frailes, fué preso en Mérida, ciudad del Nuevo Reino de Granada, donde fué hecho cuartos y puesta su cabeza en el rollo. Enojado Su Majestad con el tirano y sus secuaces, despachó cédulas por las cuales mandó que ninguno de los que se habian hallado en esta rebelion, principalmente los que se habian desnaturalizado de España y negádole el vasallaje, quedasen en las Indias, ni se le enviasen á España, de manera que todos fueron muertos. Y lo merecieron bien por haber hecho una de las mayores y más atrevidas desvergüenzas de todas cuantas se han visto en ninguna otra nacion. Justo es que se sepan y entiendan estas cosas y se tenga noticias dellas para perpétua infamia y castigo de las personas que se atrevieron á hacer semejantes traiciones, y para honra y gloria de las ciudades y personas que en esto se señalaron en el servicio del rey nuestro señor, y para que se vea que en lo más escondido y apartado de sus anchos y extendidos reinos prevalece su voz y nombre, procurando sus buenos y leales servidores que en ellos tiene, sustentarlos á pesar de los que se atrevieren á quererlos perturbar con semejantes locuras y desatinos, sin que puedan salir con sus traiciones é intenciones, como se ha visto y la experiencia lo ha mostrado en estas partes de las Indias y en otras de sus reinos, donde ninguno se ha levantado contra su real servicio hasta hoy que haya prevalecido, aunque han tenido algunos dellos grandes principios de riquezas para el efeto de la gente rica, principal y granada de la tierra; los cuales cayeron del trono y pujanza en que se vieron, con tristes y miserables sucesos, con infamias grandes y perpétuas de sus personas y linajes, siendo vencidos, desbaratados, presos y muertos por los servidores y justicias de Su Majestad, perdiendo las honras, vidas y haciendas, y entre ellos hombres de á diez, doce, quince mil pesos de renta, y algunos de más de cincuenta mil, los cuales no se pudieron escapar, huir ni sustentar con cuantas trazas y cautelas buscaron, ni sustentarán agora, ni en ningun tiempo, los que semejantes locuras y desatinos pretendieren, porque los unos á los otros de pura envidia, tirania y crueldad, se van matando, consumiendo y acabando, por ser, como es, en deservicio de Dios y del rey nuestro señor don Filipe, gran defensor de la santa fé católica, en quien son tan bien y justamente empleados tantos y tan grandes reinos, estados y señorios, las rentas de los cuales siempre ha gastado y gasta espléndidamente en la defensa, guardia y custodia de nuestra santa fé católica, puniendo duro freno á los duros y obstinados herejes, enemigos della, para que no puedan ofendernos ni prevalecer en sus errores con tanta libertad como querian, teniendo á nuestra España y á los demás reinos tan limpios de estas malas y ponzoñosas víboras, causadoras de semejantes efetos, cuanto se ha visto en los autos de la fé que ordinariamente se hacen en ellos. Plegue á Dios Todopoderoso le guarde muchos años con grandes y felices subcesos y acrecentamiento de otros reinos y señorios para honra y gloria suya.

CAPÍTULO LV

Cómo fué esta rebelion de Lope de Aguirre una de las más temidas que se han visto en las Indias, y del castigo que se hizo á Gonzalo Rodriguez en la gobernacion de Popayán, y del alzamiento de los dos Rodrigos Mendez y Francisco de Santisteban en la ciudad de Panamá, y del castigo que se les hizo.

Fué esta rebelion de tanto sonido y estruendo en toda Tierra Firme y ducado de Veragua, con las islas de Santo Domingo y Cuba y Jamáica, y la Margarita, que llevó la peor parte, como atrás habemos referido; y esto mesmo fué en las gobernaciones de Venezuela y el Tocuyo y el nuevo reino de Granada y gobernacion de Popayán, con los largos y extendidos reinos del Pirú hasta la última y rica provincia de Chile, que todo lo puso en gran turbacion y alboroto este tan atrevido y desatinado tirano con sus grandes crueldades, no tanto por el valor y fuerza que tenia él y los suyos que con él venian, cuanto por haber comenzado su voz desde el principio de la tierra, que si prevaleciera algun tiempo pudieran saltar algunas centellas en algunas partes donde se

tenian más sospechas, porque las alteraciones que se habian apaciguado en el Pirú estaban muy recientes, y muchos que habian sido castigados y otros desterrados y huidos, estaban repartidos en diferentes partes y provincias donde pudieran suceder alborotos, y por haber de acudir á muchas partes tuviera gran dificultad; demás de lo [1] cual habian hecho en el allanamiento algunas muertes y castigos, y los hijos, deudos y parientes dellos estaban á la mira para ver en qué paraban las cosas. Demás desto habia muchas personas mal contentas y bien quejosas, teniéndose por muy deservidas del rey, diciendo que en las alteraciones pasadas siempre se habian hallado del bando y opinion de Su Majestad en compañía de el de la Gasca, el cual los habia traido suspensos á unos de grandes oficios perpétuos en el Pirú, para ellos y para sus hijos y descendientes, y á otros con indios de repartimiento. Y á otros ofreciéndoles condutas de capitanes, con nuevas conquistas de descubrimientos de nuevas tierras y poblazones, que á todos sabia bien contentar de palabra con grandísimo comedimiento, sin que nadie quedase disgustado ni desabrido. Y era tanta su discrecion en esto que parecia que á todos parecia quererlos meter en las entrañas y acomodarlos lo mejor que le fuese posible. En efeto, él hizo todo lo que pudo hacer un bueno y discreto gobernador, con que venció y allanó una de las mayores dificultades de cuantas se han ofrecido en esta tierra. Y despues de allanada procuró la quietud, paz y sosiego que adelante se podria pretender, sabiendo castigar culpados y aun disimular con otros que merecian castigo, dándoles más repartimientos de los que adelante tenian, por ser cabezas que era menester allanarlas con dádivas hasta que la tierra fuese más quieta, las cuales fueron despues cortadas. Y en efeto, repartió y dió todo lo que en efeto hubo que dar, pero eran tantos los pretensores, que no pudo haber para todos. Y así por esto, como por las ofensas que hobiesen recebido, se deseaban vengar por cualquiera manera que pudiesen, y por no tenerse en su opinion tan satisfechos y gratificados de sus servicios cuanto ellos lo quisieran, que sin duda ninguna estas cosas causaron en el Pirú nuevas pasiones, ligas y alteraciones, y aun en la gobernacion de Popayán no fué menos. Y esto se vió por expiriencia; se velaba de dia y de noche, en que se gastó grandísima cantidad de oro en galas y peltrechos de guerra.

[1] Tachado, *dicho*.

Y para que se entienda que no fué presuncion vana la sospecha que desto se tuvo, de que hubiera revueltas y alteraciones si el tirano prevaleciera, sucedió que antes que muriera y fuera desbaratado Lope de Aguirre, en la ciudad de Pasto, en la gobernacion de Popayán, que es la más cercana á la de Quito, en el Pirú, estaba un Gonzalo Rodriguez, el cual con otros de aquella ciudad se carteaban con otras personas de Quito por cifras y enigmas de grandes sospechas, puniendo puercos por soldados, cebada por pólvora, y otras cosas semejantes, por lo cual se fulminó proceso contra Gonzalo Rodriguez, y aun que asimismo tenia correspondencia con otras partes de la ciudad de Cali, que es en la mesma gobernacion de Popayán, donde á la sazon era gobernador Luis de Guzman, caballero, natural de Guadalajara. Por los muchos indicios que contra Gonzalo Rodriguez hubo se le dieron muy grandes y terribles tormentos, y nunca quiso condenar á nadie y así lo pagó él solo cortándole la cabeza, puniéndola en el rollo de la dicha ciudad de Pasto, donde está hoy en testimonio de su liviandad, y estará hasta que Dios quiera y la antigüedad y tiempo la consuman. El gobernador Luis de Guzman desterró á otras tres ú cuatro personas de la ciudad de Cali por la mesma ocasion, sin querer apurar ni apretar el negocio porque no viniera á recrecerse otro mayor daño. En este tiempo era gobernador de la ciudad de Quito y su provincia Melchor Vazquez de Avila, natural della, el cual desterró de aquella ciudad un capitan, Francisco de Santisteban, que era receptáculo y caudillo de gente sediciosa é inquieta, el cual enviaba á Castilla por haberse tenido sospechas dél y haber dado muestras de quererse levantar. Y ya que no pudo salir con lo que deseaba en esta ciudad de Quito, parecióle que era bien intentarlo en Panamá el año de 1562. Llegado que fué allí, juntóse con un Rodrigo Mendez, de Quito, que en aquel tiempo estaba en aquella ciudad en compañía de otro Rodrigo Mendez, su tio, persona rica, que tenia nombre y estimacion en aquella tierra, el cual tenia algunas pesadumbres y disgustos con don Rafael de Figuerola, caballero valenciano, que entonces era gobernador de la ciudad del Nombre de Dios y Panamá y su provincia, y asimesmo tenia las mesmas pesadumbres con el licenciado Salido, teniente general del gobernador, y con otras personas principales de la ciudad, y como el capitan Francisco de Santisteban de suyo fuese belicoso y viese á Rodrigo Mendez el viejo disgustado de las cosas referi-

das, trató con él que se alzasen con la ciudad y que el propio Rodrigo Mendez fuese general y Santisteban su maese de campo, y que desta manera se vengarian de sus enemigos y serian grandes señores. Súpolo tan bien engañar, que dando y tomando en el negocio hicieron á Rodrigo Mendez el mozo, alférez, y á un Pedro de Ostia, su sargento. Ordenaron su escuadron una noche á las diez y salieron á la plaza pregonando por las calles *¡viva el general Rodrigo Mendez y la señoria de Chile!* haciendo echar bandos que todos saliesen á la plaza y se metiesen debajo de su bandera, so pena de la vida, y con esto se le juntaron mucha gente sin saber lo que era, ni si fuese cosa del servicio del rey ó contra enemigos que viniesen á entrar en la ciudad. Desde alli fueron á casa de un Diego Diaz de Jerez, y hallándole echado en su cama descuidado le dieron muchas estocadas y puñaladas, de que le mataron, por tener como tenia enemistad con Francisco de Santisteban. Quisieron tambien matar al gobernador don Rafael de Figuerola y á su teniente el licenciado Salido, que la causa principal porque se habian alzado, segun dijeron, era por matarlos y vengarse dellos. Fueron á buscarlos á sus casas, y al gobernador, que estaba descuidado de semejante traicion, diéronle nueve ó diez heridas de estocadas y partesanazos, y con ellas se dejó caer de la cama, y entendiendo que le dejaban muerto se fueron. Luego que se fueron los tiranos mandó don Rafael que le cerrasen muy bien las puertas y hízose desnudar en cueros, y que le trujesen una sábana empapada en bálsamo y envolvióse en ella [1], con que soldaron algunas heridas y de las otras sanó en breve tiempo. Y de allí se fueron á casa del licenciado Salido, y para dalle mayor afrenta no quisieron matalle con armas, sino ahorcallo, y llevándolo al rollo dijo uno de aquéllos que pusiesen en órden su negocio; que al licenciado Salido le llevasen á la cárcel, que si ellos deseaban dalle muerte afrentosa y ahorcallo, que se guardase para cuando amaneciese, para que le viesen todos y fuese más afrentado. Parecióle bien este consejo á Rodrigo Mendez y llevólo á la cárcel pública, adonde le puso en una jaula grande y recia, llevándose las llaves del cepo, cadena y jaula. Con esta prision y muertes salieron muy contentos á la plaza, y satisfechos de verse tan bien vengados de sus enemigos, entendiendo que habian muerto al gobernador como á Diego Diaz de Jerez, y el teniente preso para le ahorcar. Acabado esto mandó Francisco de Santisteban echar tres bandos por la plaza y calles de Panamá. El primero fué que ninguno fuese osado á revolverse, ni demandarse, ni echar mano á la espada [1] contra oficial del campo, ni contra otra persona alguna, so pena que el que lo contrario hiciese seria castigado conforme las leyes romanas. El segundo fué que todas las mujeres se recogiesen á la iglesia á rogar á Dios por los muertos y por los que habian de morir. El tercero, que todos los negros y negras horras saliesen á la plaza á guisar de comer y trujesen sus vituallas como lo tenian de costumbre para que fuese proveida la gente del escuadron. Acabados estos bandos nombró por capitan de la gente negra á un negro esclavo suyo, llamado Francisco, el cual lo usaba con mucha presteza y valentía. En este tiempo comenzó á venir el alba del dia, y andando ordenando su escuadron, sucedió que como estas cosas *que* tienen malos principios no se espera de ellas mejores fines, viéndole embarazado en su gobernar y recoger la gente un Batista de Noly, que estaba cerca dél, alzó entrambas manos con una partesana que tenia en ellas, y derrocóle el morrion que traia en la cabeza y segundóle con otro con tanta presteza y fuerza que le abrió la cabeza por medio, de que le saltaron los sesos en tierra, diciendo: *¡Viva el Rey y mueran traidores!* Fueron tantos los que acudieron á esta voz y hecho, que en improviso hicieron pedazos al desdichado tirano Francisco de Santisteban. Y no fué bien hecho cuando tuvieron preso á Rodrigo Mendez el viejo, que el otro Rodrigo Mendez el mozo huyó y escondióse. Prendieron asimesmo á Pedro de Ostia, que era sargento, el cual probó que era uno de los primeros que se habian hallado en la muerte del maese de campo tirano, acudiendo á la voz del rey, y fué de los que dieron la traza para le matar. Con todo eso fué traido á la vergüenza y echado en galeras y desterrado del reino. Dende á pocos dias prendieron á Rodrigo Mendez el mozo, que habia escondido al licenciado Salido; por quererle guardar para darle más afrenta, ahorcándole de dia, escapó la vida. Duró este orgullo y locura destos desatinados y desvanecidos poco más de seis horas, en las cuales se vieron en sus imaginaciones tan grandes señores que mandaban á su albedrio. Despues de haber sucedido este negocio, estando preso Rodrigo Mendez le fué á visitar y consolar el capitan Juan de Vargas, diciéndole: Pues ¿cómo, señor Rodrigo Mendez, un hombre tan principal y

[1] En el ms., *ellas*.

[1] Tachado, *so pena de la vida*.

honrado como vuestra merced, tan discreto y avisado habia de hacer una cosa como ésta, tan mal hecha, mal pensada y peor fundada? Respondióle que la traza que él tenia dada era con mucho fundamento, pero que le habian faltado sus amigos al mejor tiempo, de que se entendió que habia otras personas de calidad en la conspiracion. Y por abreviar el castigo y pacificar la tierra y no encender otro fuego que no se pudiera acabar tan presto, tuvieron por bien dejarlo de aquella manera sin hacer más averiguacion, y en breve tiempo hicieron justicia de tio y sobrino, trayéndolos por las calles de Panamá en dos bestias de albarda, en donde se habian visto tan ricos, honrados y con cargos preminentes en la república, y despues se vieron de la manera que se ha oido, llevándolos con tanta afrenta y infamia, con voz alta de pregonero que decia: Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el ilustre señor don Rafael de Figuerola, gobernador destos reinos, en su nombre, á estos hombres, por traidores á la corona real y que se levantaron contra su real servicio. Mándalos ahorcar y hacer cuartos, y que sean puestos en los caminos, y la cabeza en el rollo, para memoria perpétua de su traicion, para que á ellos sea castigo y á otros escarmiento. Quien tal hace, que tal pague. Ejecutáronse estas justicias y bien dadas sentencias, y hoy están sus cabezas en el rollo de Panamá, y perdieron las vidas y honras con tanta infamia, y plegue á Dios por su divina misericordia hayan sabido salvar las ánimas. Nadie se atreva de hoy más á ser loco, desvanecido, cruel, tirano y vengativo, pues ven en lo que vienen á parar los que semejantes delitos cometen; lo mucho que se ofenden á sí propios, y cuán vanas y desatinadas les salen sus trazas, pues es cierto que ha de prevalecer la voz del rey nuestro señor en todos sus reinos, como siempre se ha visto en todas las ocasiones semejantes que se han ofrecido.

CAPÍTULO LVI

En que se trata de la poblacion de la gobernacion de los Quijos y quién fueron los pobladores, y el principio y causa en que se fundaron para se rebelar los indios naturales de ella contra los españoles que la tenian poblada.

Ya que habemos dado fin á las alteraciones pasadas de Lope de Aguirre y Francisco de Santisteban, con el buen suceso y castigo que se ha visto, será justo cumplir lo prometido, tratando las cosas de la alteracion y alzamiento de la provincia de los Quijos, Zumaco y la Canela, con todos los indios naturales della, contra las ciudades de Avila, Baeza [1] y Archidona, pobladas de españoles en esta provincia que es principio del gran rio de Marañon, por la parte de Quito, ciudad primera y principio de lo que hoy llaman Pirú, yendo de la gobernacion de Popayán para Lima y á las demás ciudades del Pirú, que no poco temor puso á la ciudad de Quito y á toda su tierra, por la mucha noticia que se tuvo que los indios Quijos estaban aliados y confederados para despues de arruinadas sus tres ciudades venir sobre la de Quito y su comarca y matar todos los españoles que en ella estábamos, hasta quedar libres y fuera de alguna sujecion, de cuya causa puso en mucho cuidado y vigilancia toda la tierra, en tanta manera que se veló y guardó en muchos dias con gran solicitud y pertrechos de guerra. Y todo fué menester para poner freno á los indios que estaban alterados y muy atrevidos y desvergonzados. Sucedió, pues, en la manera siguiente: Estas tres ciudades se poblaron, la primera y más antigua dellas por el gobernador Rodrigo Nuñez de Bonilla, vecino de Quito, cerca de los años de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo de 1559. Púsole por nombre Baeza [2]. Estando poblada esta ciudad y siendo gobernador della y de toda la provincia de su conquista el ya dicho Rodrigo Nuñez de Bonilla, acaeció á morir, y en el tiempo de su muerte sucedió que era gobernador Miguel Vazquez de Avila en Quito y su tierra; procuró la gobernacion de los Quijos y diósela Su Majestad, con su conquista, en el año de 1572. Nombró por su teniente y capitan general de aquella tierra y provincia á Andrés Contero, hombre rico y principal, vecino de la ciudad de Guayaquil en el Pirú. Y como de suyo fuese muy servidor de Su Majestad, deseoso de ensanchar sus reinos y señorios levantó gente en toda aquella tierra á su costa y expensas, y juntó hasta cantidad de 200 hombres, con quien gastó más de treinta mil ducados. Metiólos en tierra de los Quijos, donde pobló y conquistó las ciudades de Avila y Archidona en servicio de Su Majestad, y las sustentó á mucha costa por espacio de más de diez años, todos los cuales las tuvo en mucha paz y amistad. Luego sucedió en el cargo Pedro de Ruanez y hizo lo propio; dende á pocos dias sucedió en este cargo el capitan Juan Mosquera, que asi-

[1] En el ms., *Baza*.—[2] En el ms., *Baza*.

mismo tuvo la tierra pacífica; despues de lo cual, Melchor Vazquez de Avila, por algunas causas que tuvo dió este cargo á Matias de Arenas, hombre rico y principal, servidor de Su Majestad. Este capitan tuvo noticia de mucha gente que habia por conquistar en esta tierra, y deseoso de aumentar la corona real procuró levantar gente á su propia costa, y juntaria cantidad de 150 hombres. Y teniendo noticia de grandes minas de oro y grande fuerza de gente, procuró hacer su entrada por la parte de Chapí y Loangue, adonde afirman todos que hicieron grande efeto; agora sea. ó que por estar guardada para él, ó que algunos de envidia y otros por sus fines y por quietar y sosegar los indios que tenian de encomienda en aquella tierra, lo desvelaron de su propósito, y con vanas y grandes promesas que le hicieron de que si entrase por otra parte se haria mejor y más aventajada y brevemente esta jornada, y que toda la noticia que tenian era burla en comparacion de la que sabian cierta, yendo por sus propios indios, los cuales les servian de guias y lenguas. Con el mucho deseo que tenia de acertar y con el buen aparejo que tenia, determinó de tomar el consejo que le daban los interesados en sus propias pretensiones, y salióle tan al revés que todo fué burla. Anduvo perdido cerca de año y medio, con mucho trabajo y grandes enfermedades que pasaron él y los que con él iban, de los cuales murieron muchos, y el propio capitan estuvo muy cerca dello, sin hacer ningun efeto. Despues de haber sucedido lo dicho, ya que habian pasado 18 años después de la fundacion destas dos ciudades. y habiendo estado los indios naturales en mucha quietud, paz y sosiego, sirviendo á los españoles sus amos y encomenderos y que los habian conquistado, sin jamás haber señales de alteracion ni motin, sucedió en el año de 1578 que la Chancilleria Real, que [1] reside en Quito, quiso enviar á visitar la tierra, y para el efeto envió al licenciado Pedro de Hortegón, Oidor della, el cual aceptó la visita y fué á hacella con escribano y alguacil mayor y lengua. Y como de la visita resultase culpa contra los españoles, vecinos y encomenderos de los indios, personas que los habian conquistado y poblado la tierra, hízoles algunas condenaciones, y como todos eran pobres y la calidad de la tierra nò podía pagar las penas, dieron órden los españoles cómo los indios sus súbditos y vasallos hilasen y tejiesen mucha cantidad de ropa y mantas de algodon para pagar las condenaciones y salarios del dicho Oidor y sus ministros, el cual asimismo habia hecho matar algunos perros que los españoles tenian, que eran muy bravos guerreros y domesticadores de los indios, de tal manera que los tenian sujetos y avasallados, que no habia indio que se osase desvergonzar ni levantar contra la obediencia que debia á su amo. Pero muertos los perros, con el mucho trabajo y priesa que dieron á los indios á hilar y tejer esta ropa, viéndose tan acosados que no lo podian bien llevar, y la ocasion que se les ofrecia, tan buena á su parecer, con falta de los perros, enemigos suyos tan grandes, como compañeros y fuerzas de los españoles, determinaron de levantarse contra los amos que los habian conquistado y domesticado, al cabo de 18 años que habian dado la obediencia, y de muy mansos y leales se volvieron tan crueles tiranos carniceros como se verá en los capítulos siguientes.

[1] En el ms., *la que*.

CAPÍTULO LVII

Cómo dos indios caciques y hombres principales, llamados Beto [1] y Guami, como hechiceros que eran se fingeron haberse transportado de esta vida y habian hablado con el Dios de los cristianos españoles y les habian mandado que los matasen á todos, con sus mujeres y hijos.

Como los indios son de suyo de poca estimacion y muy movibles y fáciles de engañar, el diablo, perseguidor del género humano, y más de los cristianos, como más unidos y congregados á las cosas de Dios por la santa fé católica que profesamos, porque via predicar esta santa fé en las provincias de los Quijos del Pirú, donde estaban pobladas las ciudades de Avila y Archidona y Baeza [2], en las cuales se bautizaban y convertian muchos indios naturales de aquella tierra á nuestra religion cristiana, y como el diablo, envidioso destas buenas obras no duerme, procuró dar órden y traza que esto cesase, tratándola á boca con algunos indios hechiceros de aquella tierra, que los hay muy grandes, y en especial con dos indios de los más belicosos y principales entre ellos, llamados el uno Beto, de la encomienda de Diego de Montalban, vecino de Archidona, y el otro Guami, natural de Tambisa, de la encomienda de Sebastian Diaz de Pinera, vecino de la ciudad de Avila. Y al Beto se le apareció en forma de vaca, y habló con él, segun quel dicho

[1] Tachado, *Gueto*.—[2] En el ms., *Baza*.

indio lo confesó, y le dijo que el Dios de los cristianos estaba muy enojado con los españoles que estaban en aquella tierra. Que diesen sobre ellos y los matasen, sin que dejasen á vida ninguno dellos, ni de sus mujeres, ni hijos. Y el Guami, que era un hombre mancebo de edad de hasta 24 años, se fingió haberse transportado cinco dias desta vida, en los cuales habia visto grandes cosas, y el Dios de los cristianos le habia mandado que matase á todos y que les quemase las casas y huertas, y que quedase él por gran Pende, que es en su lengua dios de la tierra. Haciendo gran junta de gente para publicar estas cosas, se convocaron los dichos Beto y Guami, que entre sí eran conocidos por Pendes, que es tanto como hechiceros, aunque entre sí le dan nombre de dios, y trujo cada uno dellos gran número de indios de sus tierras y provincias, los cuales se juntaron en el pueblo de Tambisa, de donde Guami era natural, é allí hicieron llamamiento de *to*dos los indios de la provincia, enviándoles á decir que todos viniesen con sus armas y comidas y mujeres á su llamamiento; donde no, que les prometian que los que dejasen de venir habian de ser castigados en sus personas con mucho rigor, y en sus sementeras, quitándoles el agua y fruto dellas. Y como éstos fuesen caciques é señores principales y estuviesen tenidos entre ellos en nombre de Pendes ó hechiceros, hobieron de venir más de miedo que de voluntad. Desque todos estuvieron juntos trataron el modo que tendrian para matar á los españoles de las ciudades con sus mujeres é hijos. Y al tiempo que se trataba estaban fuera de la ciudad Pedro de Solís y Pedro Moreno y Hernando Arias de la [1] Mansilla é Juan Mansilla Garcia é Francisco de Baños, que los dos dellos estaban en el pueblo de Amoqui, y los tres en el pueblo de Raji, pueblos de indios, adonde envió el Pende Guami muchos indios para que matasen á estos españoles, que eran cinco, porque no viniesen á entender la junta que se hacia y fuesen á la ciudad á dar noticia della á los españoles para que se pusiesen en arma. Y como lo propuso y los mandó, así lo pusieron por obra y los mataron. Luego volvieron con la respuesta del hecho y con el hecho. Hizo juntar toda la gente con el otro Pende Beto, y en presencia de todos empezó á hacer un razonamiento, diciendo que él habia empezado á hacer el castigo y principio dél, y que era más mozo y más diligente para la guerra que Beto, que era más viejo. Y demás desto, era natural de la tierra de Avila, y Beto lo era de la tierra de Archidona. Y demás desto era poderoso para hacer llover, y resucitar muertos, y convertir hombres en sementeras y sementeras en hombres, y otras cien mil blasfemias y hechicerias que hacia creer á los indios. Que conforme á lo dicho á él pertenecía ser general, y como á tal se le habia de encargar la gente. Beto respondió que no, sino á él, por ser más viejo Pende y más astuto en las cosas; y al fin, al cabo de sus razones fué acordado que se echasen suertes, segun la órden que suelen tener en sus hechicerias, y la noche siguiente se echaron, y por fas ú por nefas, cayó la suerte de gran Pende y general á Guami, el cual lo aceptó, y aceptado que lo hubo dió cargo al Pende Beto que acudiese á la destruicion de la ciudad de Archidona, y quedaron de acuerdo y parecer que á veinte y nueve de noviembre del año de 1579, dia de Sant Saturnino, Guami, Pende, diese sobre la ciudad de Avila á la hora del medio dia, cuando todos estuviesen sosegados, repartidos cada uno comiendo en su casa. Y á la propia hora diese Beto sobre Archidona, entrando por las calles por sus escuadrones, hasta tomar las plazas principales de las ciudades de donde habian de comenzar á hacer su hecho. Y para que nadie se les pudiese escapar á vida, cada cacique y señor principal de indios fuese á la casa de su encomendero y le matase, quedando siempre para la defensa gente en la plaza, con los Pendes, para que allí acudiese cada uno á dar cuenta de lo que hacia. Y donde hubiese más resistencia se proveyese de más gente para la desbaratar. Salieron en esta conformidad los dos Pendes hasta el pueblo de Cito, de la encomienda de Mateo Vazquez, donde hicieron llamar toda la gente del pueblo para dalles la órden que habian de tener en la entrada en Avila. Estando en esto se levantó un indio deste pueblo, llamado Imbate, que era gran hechicero, y dijo que él asimesmo era Pende, y que por ser más viejo le pertenecia aquella empresa, y por saber mejor lo que convenia hacer, y que les certificaba que si no le obedecian por Pende, que todos moririan y no matarian á los cristianos. Y por ser conocido este indio por viejo hechicero, y por las razones que les daba, diciendo que él podia dar vida y quitarla á quien quisiese, tuvieron por bien de recebirle por Pende, y entre él y Guami se confederaron para ir á hacer su hecho. De allí enviaron mensajeros á Jumandi, cacique principal y señor de mucha gente, mandándole que para el dia concertado, él y toda su gente á la hora que amaneciese estuviesen emboscados

[1] En el ms., enmendado, *por al*.

junto á la ciudad de Avila, en la montaña más cercana á ella, con sus armas y adherentes de guerra, que allí se le daria la órden que habia de tener en la entrada de la ciudad. Jumandi respondió que él cumpliria su mandado y no saldria un punto dél. La propia órden tuvieron los demás caciques y señores principales é indios circunvecinos á la ciudad, y todos se ofrecieron á cumplir la órden que se les diese. Para este propio dia en que se habia de hacer este asalto y destruicion desta desdichada *y* mal afortunada ciudad de Avila, parece ser que Juan Baez de Francia, vecino della, hacia una casa, y es costumbre entre los indios de aquella tierra, que traian la madera y materiales de aquella casa á sus encomenderos y señores á quien están sujetos. Y trató el Pende Imbate con un cacique y señor principal de los indios del dicho Juan Baez, llamado Boruca, que en el propio dia del asalto entrase con un gran madero de cedro para la casa de su amo, con todos sus indios tirándole; los cuales, cuando van en semejantes actos suelen ir á uso de guerra, pintadas las caras y brazos de diferentes pinturas, colores y matices, y armas como si fuesen á la guerra, y con esta disimulacion entrasen y matasen á su amo. Y los demás, so color que eran de la propia gente, irian entrando sin ser sentidos, y cuando lo fuesen, los españoles no se podrian juntar, ni poner en órden de escuadron, por estar dividido cada uno en su casa. Y asimesmo mandaron quedar emboscados parte de los indios en diferentes partes, mandándoles que si algunos españoles, mujeres ó niños, se huyesen á los montes, los matasen sin quedar nadie á vida. Antes que los indios entrasen en la ciudad parece ser que Juana Bastos, que era mujer de Mateo Sanchez, que á la sazon estaba en la ciudad de Quito, siendo avisada de la traicion de los indios, como su marido estaba en la ciudad de Avila dió noticia á Alonso de Araque y á Juan Rodriguez, beneficiado de la ciudad, diciéndole que era informada que en los matorrales del camino de Yacho, junto á la ciudad, habia indios emboscados, con armas y rodelas, y que venian de guerra; que pusiesen órden en ello y avisasen tocando atambores. Corriéronse dello, no haciendo caso de lo que decia, que á poner remedio nunca los indios salieran con la vitoria con tantas muertes como adelante se verá. Y de tal manera fué verdad, que en el mismo punto ú muy poquito despues comenzaron á entrar los indios de Juan Baez de Francia con un gran madero de cedro arrastrando, y con la grita y algazara que traian, segun lo acostumbraban á hacer en los casos semejantes, no se echó de ver, y á vueltas entraron otros muchos indios de guerra, y á esta sazon entraron los Pendes con todo el tropel de gente y se apoderaron de la plaza. Cuando esto pasaba, Alonso de Araque y el licenciado Juan Rodriguez se estaban paseando en el corredor de la casa del dicho Araque, y desque vieron que eran indios de guerra, el clérigo Juan Rodriguez se huyó á la iglesia, y Alonso de Araque se entró en casa y sacó una alabarda en las manos y se fué á casa de doña Leonor, mujer que fué del capitan Juan de Taguada, para la defender por ser mujer; y luego los indios con un yanacona, que es tanto como criado [1] que fué del dicho Taguada, fueron tras dél, y lo mismo otro paje del [2] dicho Araque, llamado Juan, le tiraron muchos dardos por herirle. Se desvió á un lado y al volver sobre sí tropezó en los dardos que estaban hincados en el suelo, y tropezó y allí acudió el indio que fué de Juan de Taguada, llamado Opancaro, y su propio paje llamado Juan, con otros muchos, y le dieron tantos dardazos cuantos fueron menester para matarle. Y desta manera mataban á todos cuantos podian haber á las manos, sin que ninguno se les escapase á vida. Y para mejor poder ejecutar estas muertes y á salir con su maldita tirania y que no se les pudiese huir nadie, Jumandi, con gran cantidad de indios cercó la ciudad toda como les estaba ordenado por los Pendes. Al tiempo que estas cosas pasaban, Juan Baez *de* Francia se sentaba á comer, y viendo que los indios venian de mano armada para le matar, lo mejor que pudo saltó por unas paredes *é* iba huyendo á la iglesia. A esta sazon, como le viese el Pende que tenia tomada la plaza, salió al encuentro con mucho número de indios, y tropezando el dicho Juan Baez cayó junto al rollo, á donde llegó el Pende con una hacha que traia en las manos, y le dió con ella tan recio golpe en la cabeza que se la abrió. Anduvieron los indios con tanto ímpetu sobre él, que á dardazos le atravesaron las entrañas y le cosieron en la tierra acabándole la vida. Cuando estas cosas pasaban, los indios del dicho Juan Baez que habian entrado en casa no estaban de espacio, que parecían furias infernales, que estando hincada de rodillas, dando gracias á Dios, Maria Diaz, mujer del Juan Baez, muy buena católica cristiana, llegaron los indios y le dieron muchos macanazos con unos palos muy agudos y recios de palma negra, que son á manera de montantes, con

[1] En el ms., *criado obado.*—[2] En el ms., *otro paje de dicho paje del.*

los cuales y algunos dardazos que le atravesaron el cuerpo la mataron, y en el entretanto que los unos indios se ocupaban en esto, los otros andaban matando los mestizos y gente del servicio de casa, que como no fuesen naturales de la tierra, á ninguno dejaban con la vida. Algunos de los indios que habian salido tras de Juan Baez por las paredes dieron de repente con Juan Batista Ginoves, que iba huyendo por su puerta, y allí le mataron, y despues dél á su suegra y á un muchacho mestizo que tenia en su servicio. Como Marta Gonzalez, mujer del dicho Juan Batista, viese estas muertes, salió huyendo por la puerta de su casa, y con ella Juana Cuello, mujer de Juan de Rivera, y salieron corriendo tras ella los indios con gran grita y alaridos, y por mucha priesa que se dieron las alcanzaron y mataron junto adonde estaba muerto Alonso de Araque, atravesándoles los cuerpos con muchos dardazos sin les tener lástima alguna, y con ellas otra hija doncella del dicho Juan Batista. A esta sazon salió Garci Lopez Zambrano de casa de doña Leonor su hija, con ánimo varonil, con una lanza en la mano y una espada en la otra, y rompiendo por los indios pasó corriendo hácia la iglesia, donde acudieron muchos indios tras él, el cual les hizo rostro y con la lanza dió un bote al uno dellos en el hombro, y yéndose metiendo otro le dió una estocada de que le pasó los muslos, de que cayó luego en tierra, que como los demás indios viesen las dos suertes tan buenas que habia hecho y mostrar tanto ánimo y valentia, llevaba antecogidos una escuadra dellos por la calle hácia las casas de Alonso Vargas, y ya que le tenian en el paraje de la dicha puerta, salieron de dentro, al tropel, al encuentro al dicho Garci Lopez un escuadron de indios, de que se vió tan acosado que le fué necesario y aun forzoso irse retrayendo á la puerta de la iglesia. Y ya que llegaba á ella llegó un indio llamado Fifo, alguacil del pueblo, y con la alabarda que traia, que habia quitado á Alonso Araque cuando le mataron, le asió de un pie con el gancho de ella y tirando muy recio cayó en tierra, y otro indio llamado Tete acudió con un macanazo en la cabeza, de que le aturdió. El otro Fifo, aprovechándose de la alabarda le dió una herida mortal, y á un mismo tiempo acudieron otros con dardos, de que lo acabaron de matar. A la grita que los indios daban salió Alonso de Vargas de casa del capitan Rodrigo de Arias de Mansilla, donde estaba despidiéndose de doña Mayor y doña Elena y doña Violante de Pinera, con su madre y agüela, porque se iba á la ciudad de Quito. Y con los alaridos y vocería de los indios, las sobredichas enviaron á saber lo que era, é como volviesen á decirles tan tristes y dolorosas nuevas como las que pasaban con las muertes que los indios hacian alborotados, lo mejor que pudieron procuraron fajar al dicho Alonso de Vargas con muchos dobleces de ropa el cuerpo, para resistir los dardos de los indios. Y desta manera salió por la cava adelante al mayor tropel de indios que habia habido, que estaban sobre Garci Lopez, los cuales no se hartaban de darle golpes y heridas. Con su espada y rodela se metió por ellos, con un ánimo y fiereza de un leon desatado, y hiriendo y dando golpes á una y á otra parte, cogió por delante un gran golpe dellos y tomó por los cabellos un indio llamado Apangora, nacido y criado entre los propios españoles, que le pareció se le acercaba más. Que como lo viese el Pende envió de refresco más indios sobre él y le cogieron las espaldas, y como se viese cercado desta manera le fué forzoso soltar el indio, tirándole un golpe de espada, el cual no fué de algun efeto, porque el indio mañosamente le hurtó el cuerpo y se le escapó sin recebir daño, antes revolvió sobre él el propio Apancora, y con un dardo que tomó á otro su compañero dió á el dicho Alonso de Vargas que le traspasó el cuerpo, y tras él otros indios con dardos, de que cayó luego muerto á sus pies. Y estando aquestos indios haciendo esta muerte, entraron otros muchos en casa de doña Leonor, viuda del capitan Juan de Taguada, que eran los propios de su encomienda, sus vasallos y sus propios criados de casa, y arremetieron á ella y á una su hija doncella que tenia en su compañía, y abrazada consigo y con un hermano pequeño que tenia al otro lado, y con una rabia cruel, terrible y de gente bruta bestial, se los arrebataron de sus lados y en su presencia se los mataron, y luego á ella tras ellos, dando gritos, llamando á Dios y encomendándose á El con grande ansia. A esta sazon salia huyendo Juan Bustos con un niño de teta en los brazos por [1] la puerta de su casa afuera, huyendo de la muerte, dejando dentro cuatro hijos suyos sin otro abrigo y amparo que el de solo Dios. Como lo viese uno de sus propios vasallos, indio cruel y endemoniado, á quien él habia muchas veces regalado, llamado Ynque, le tomó la criatura que llevaba en los brazos y se lo mató, y él y otros indios á la madre, con muchos golpes y dardazos, y la desnudaron y

[1] Tachado: *más cuidado dél.*

dejaron tendida en la calle. Esta Juana de Bustos es la que dijimos que habia avisado á Alonso de Araque y á Juan Rodriguez, beneficiado, desta gran traicion. Que por no la haber querido creer murieron todos, y si quisieran dar crédito y se hubieran juntado no fuera posible matarlos, ni aun vencerlos, porque tenian buenos arcabuces y caballos con que se pudieran favorecer y aun ofender á sus enemigos. Hecho esto entraron en casa de Juana de Bustos estos propios indios, como lobos rabiosos, donde hallaron cuatro hijas doncellas suyas, y á Mateo Sanchez, su marido, que á la sazon estaba en la ciudad de Quito. Como las tiernecitas doncellas se viesen cercadas de tanta caterva de indios y algunos de los que entre ellas se habian criado, armaron un llanto cual se podria imaginar en corazon cristiano, viéndose sin algun remedio de poderse escapar de no ser muertas, dando voces á sus propios indios criados y conocidos, para que las librasen de semejante tribulacion; pero nada les aprovechó, antes sus propios criados y que ellas propias habian criado á sus migajas, como perros desconocidos, fueron los primeros que comenzaron á darles muchas pedradas, golpes y dardazos hasta que las dejaron muertas. Andaba el Pende con sus indios hechos furias infernales, pegando fuego á la iglesia mayor de aquella ciudad miserable, donde estaba el cura Juan Rodriguez retirado, y estuvo hasta que de todo punto no pudo resistir la furia del fuego, que se abrasaba, y desta manera salió huyendo, con las manos puestas, dando gracias á Dios por el infelice estado en que se hallaba. Salióle al encuentro un indio principal llamado Coho, de la encomienda de Alonso de Araque, con otros muchos indios, y allí le mataron y llevaron arrastrando un gran trecho. A este tiempo iban huyendo dos mozas doncellas que se habian escapado de las muertes de casa de Juan Baez, y saliendo los indios al encuentro las mataron y desnudaron, y desnudas las arrojaron en la calle, y con ellas mataron una india madre destas doncellas. Cuando estas cosas pasaban, que todo fué casi á un tiempo y de improviso [1], porque se repartian los indios por diferentes casas á hacer otras muchas muertes y acelerados asaltos, parece ser que estaba comiendo Juan de Uvernia, vecino de aquella ciudad, hombre principal y buen soldado, y estaba con él Pedro Moreno, padre del otro que dijimos que mataron los indios con los cinco españoles que estaban fuera de la ciudad. A la grita y alboroto que habia salió una india llamada Catalina, criada del dicho Juan de Uvernia, á la puerta de la calle á ver lo que pasaba, y como viese el alboroto y muertes, é indios de guerra, volvió corriendo á su amo dando voces: Levántate, señor, que está todo el pueblo lleno de indios *alçaes*, que es tanto como alzados, y matan á los cristianos. Y luego se levantaron de la mesa el dicho Juan de Uvernia, tomando su espada y un arcabuz, y se echó encima un escaupil, que es un sayo de armas colchado de algodon [1], y una celada, y Pedro Moreno, con una espada y rodela; salieron muy á la calle, adonde vieron que estaba el Pende y muchos indios dando gritos y alaridos en su lengua, cantando vitoria, y fuéronse derechos adonde estaban los indios, haciendo muestras que querian tirar á los indios con el arcabuz, los cuales se desviaban y dejaban el paso desembarazado con el temor que tenian de que les tirase. A este tiempo, ya que iba algo desviado de su casa, parece que habia salido el capitan Rodrigo Arias de Mansilla á casa del dicho Juan de Uvernia y llamáronle que volviese y volvió á ver lo que le querian. Y á esta sazon salió de su casa doña Isabel de Caravajal, mujer de Sebastian Diaz de Pinera [2], el cual á la sazon estaba en la ciudad de Baeza de aquella provincia, y con ella salió una hija doncella, llamada doña Bernardina, de edad de trece años, con una partesana en las manos, y se juntaron en casa de Juan de Uvernia, el cual dió otro arcabuz chico al capitan Mansilla. Como los indios viesen que Juan de Uvernia se habia vuelto á su casa fueron sobre él y sobre los que con él estaban, con un tropel y alaridos *de* infernales diablos, y traian gran tropel de piedras con hondas y palos arrojadizos y dardos que cubrian el sol. Y teniéndolos encerrados desta manera acudió un escuadron de indios á casa del capitan Rodrigo Arias de Mansilla, adonde hallaron á doña Elena de Pinera, mujer del dicho capitan, y doña Mayor y doña Violante, sus hermanas y agüela, y á otras doncellas, y á todas las mataron sin que de ninguna tuviesen duelo. Hechas estas muertes saliéronse á la calle, donde vieron venir por el lado arriba á doña Juliana, mujer de Alonso de Vargas, que es el que habemos dicho que mataron los indios, la cual traia una hija suya en los brazos. Arremetieron los indios á ella y tomándole la niña la dieron un porrazo en la pared, con que la hicieron saltar los sesos, y á la madre le tiraron dardos con que la mataron, y allí, junto á ella, mata-

[1] En el ms., *y un.*

[1] En el ms., *alcodon.*—[2] En el ms., *Primera.*

ron otra su hija mayorcita que venia siguiendo á su madre. Y en la propia calle á Juan de Solis, muchacho de hasta diez años, y á Juan de Pinera Caravajal, muchacho que iba á buscar á su madre y hermana que estaban en casa de Juan de Uvernia, y á otra moza doncella y á Estéban de Pinera. Hechas estas muertes, todos los indios acudieron á cercar la casa de Juan de Uvernia, porque estaban en ella tres hombres y el Juan de Uvernia habia hecho tres tiros de arcabuz con que habia muerto algunos indios, los cuales como viesen el daño que recebian acudieron los unos á la delantera de la casa, la cual pusieron en tierra con mucha brevedad; los otros pusieron fuego por otra parte. El capitan Mansilla nunca pudo hacer tiro ninguno; Juan de Uvernia volvió luego á cargar su arcabuz y aunque le dió fuego tres veces no le quiso tomar. Y en este tiempo eran tantas las piedras, dardos y palos que los indios tiraban, que era cosa de espanto. Desta manera Juan de Uvernia y el capitan Mansilla, Pedro Moreno y doña Isabel su hija, con una partesana en las manos, y la india Catalina con una lanza se defendieron un gran rato, en el cual derribaron dos veces á la pobre doncella de dos pedradas que le dieron, y su madre con entrañas de amor la levantaba. Estando en este tan gran aprieto la doncella, comenzó á dar voces á los indios diciéndoles así en su lengua, que la sabia muy bien: Vosotros, indios, oidme y mirad bien lo que digo. Habeis venido con esta desvergüenza y atrevimiento contra esta ciudad y los que en ella estamos, porque veis que somos pocos y está ausente mi padre y otros muchos vecinos della. Nosotros bien podemos morir, pues Dios así lo quiere, pero hágoos saber que ha de venir tiempo que os pese mucho de lo que haceis, porque han de venir otros muchos cristianos de Quito y de Castilla que no dejen ninguno de vosotros; por eso holgaos bien. A lo cual le dijo Juan de Uvernia que no les dijese más, que ya no era tiempo sino de encomendarse á Dios y suplicalle que hubiese misericordia de sus ánimas. Los indios, oyendo lo que la doncella les dijo, armaron una gran grita y le arrojaron muchas piedras, palos y dardos, dándoles el Pende un grito animándoles. Con esta ruciada dieron al capitan Mansilla una pedrada en la cabeza, de que cayó en tierra aturdido. Acudieron con otra á Pedro Moreno y ansimesmo cayó. La madre y hija procuraron levantar los caidos, pero no pudieron, y de ímpetu acudieron tantos indios sobre ellos por detrás de Juan de Uvernia, y entre ellos dos más atrevidos, criados en tierra de españoles, el uno alguacil, llamado Candefa, y otro Juan de Calo, y mataron á los dichos Pedro Moreno [1] y capitan Mansilla. Despues que quedaron Juan de Uvernia y doña Isabel y su hija muy tristes, viéndose tan solos y cercados, y encomendándose á Dios con muchas lágrimas y devocion, comenzaron madre y hija á retraerse á un corredor que habia quedado en pie de la casa, y tras dellas un muchacho de catorce años, de Pedro Moreno. A la doncella dieron una pedrada de que quedó aturdida, y acudieron los indios y allí la mataron en improviso á madre y hija y muchacho, y quedó solo Juan de Uvernia con su india Catalina, y estando apuntando para tirar con su arcabuz, dió el Pende grandes voces á los indios animándolos, que ¿qué cosa era que no pudiesen matar un solo cristiano, habiendo muerto á tantos hombres y mujeres en tan poco tiempo? Que lo matasen luego; si no, que resucitaria los muertos y haria que viniesen sobre ellos y los matasen. A esto cargaron todos de golpe á tirar una ruciada de piedras, palos y dardos más espesos que granizos, con que le derribaron en tierra. A esta sazon arremetió un indio criado del dicho Juan de Uvernia, y su vasallo, llamado Buaodeorunda, y quitóle el arcabuz, y otro indio llamado Martin le ayudó á este hecho, y un indio llamado Oquia tomó la lanza que tenia en las manos la india Catalina y con ella dió una lanzada al dicho Juan de Uvernia, de que le pasó el cuerpo, y en el propio instante llegaron otros indios que le dieron muchos dardazos de que quedó muerto. Decian los indios que todo el tiempo que duró esta pelea con Juan de Uvernia y el capitan Mansilla y Pedro Moreno y doña Isabel y su hija, nunca cesaron de llamar á Dios y á su Santísima madre, cuando alzadas las manos al cielo, cuando puestas las rodillas en tierra, que es cosa de mucho consuelo. Antes que muriese Juan de Uvernia estaba ya Jumandi en la plaza con los dos Pendes, y llegó á ellos el indio que habia quitado el arcabuz á Juan de Uvernia y se presentó ante ellos y hizo algunos tiros con él. Despues de todas las muertes que se han oido y de otras muchas que fuera imposible podellas contar, y á los tiros que este indio tiraba, Elena Diaz de Pinera, que estaba escondida en el monte con dos hijas y un niño asimesmo hijo, salió, entendiendo que eran españoles que estaban vivos, y volvióse al pueblo con el niño en los brazos y una de las hijas tras de sí, que la otra no la halló porque la tenia guardada y escondida en el monte una

[1] En el ms., *Morenos*.

india que la habia criado. Y como la viesen venir los indios llegaron de tropel sobre ella y le quitaron de los brazos el niño un indio principal de Tambisa, llamado Comate, y otro Paritio, alguacil, y le dieron con él en una peña que allí estaba, donde le hicieron pedazos. La hija, como viese el estrago, dió á huir por la calle adelante, pero aprovechóle poco, que á poco trecho la alcanzaron aquellos crueles ministros del demonio y la mataron. Elena Diaz, antes que la matasen se hincó de rodillas, y puestas las manos, diciéndoles en su lengua que por amor de Dios que no la matasen á ella y á sus hijos, que ella los serviria en sus labores y sementeras, y encomendándose en Dios de todo corazon, le dieron un macanazo en el cuerpo, de que la aturdieron, y luego la mataron y desnudaron de sus ropas y así la dejaron en la calle. No faltó quien diese noticia á estos lobos rabiosos cómo dos doncellitas pequeñas con otra hermana suya, hijas de Sebastian Diaz de Pinera, se habian ido á esconder riberas del rio grande que por allí cerca pasaba, y fuéronlas á buscar con tanta diligencia y cuidado que las hallaron y mataron con la misma crueldad que á los demás habian muerto. Por la órden que habemos dicho fueron estos bárbaros indios por todas las casas desta ciudad sin dejar ninguna que no corriesen, y matando cuantos españoles hallaron con sus mujeres, hijos y criados, que como no fuesen los criados y criadas naturales de aquella tierra, ninguno dejaron con vida, que fué uno de los más espantables espectáculos de todos cuantos se han visto en aquella tierra, que parece que fué un dia de juicio con tantos llantos de mujeres y niños, que ni el padre, ni la madre podia favorecer al hijo, ni el marido á la mujer, ni la hija al padre, ni los unos á los otros. Aquí mataban al padre y acullá al hijo y en otra parte á la madre. Los unos dejaban á los otros, buscando dónde se esconder de tan terrible y espantoso dia y de tanta crueldad como veian ejecutar en aquella miserable gente. Y aquel ú aquella que le parecia que más seguro y escondido estaba, no le aprovechaban todas las diligencias que hacia para se escapar de la muerte. Desque los indios vieron que no les quedaba nadie por matar, ni hallaron donde ejecutar más su cruel y terrible saña y furia derramando sangre humana, juntáronse los Pendes y Jumandi en la plaza, que con las muertes que habian hecho se habian dividido por las calles, segun la ocasion que veian donde era menester acudir. De allí enviaron grandísima multitud de indios por todas las calles y casas para que trujesen el despojo que hallasen para repartillo entre todos. Traido que lo hubieron mandaron poner fuego á la ciudad, sin que quedase enhiesta casa, ni iglesia, ni hospital, sino fueron dos casas que dejaron para se acoger y dormir en ellas el tiempo que allí estuviesen. Y era tanta la ira y rabia que tenian contra los españoles, que aun casa ni rastro dellos no quisieron dejar en pie. Era tanto y tan grande el incendio, que aun á ellos propios les causaba temor, segun ellos lo afirmaron. Durmieron aquella noche en las dos casas que habian dejado en pie, y otro dia por la mañana comenzaron los Pendes á repartir el despojo, tomando cada uno la cantidad y parte de las tierras y vasallos que les pertenecia, conforme al sitio donde caia ó más á cuento les venia, de donde quedaron grandes amigos y confederados. Y porque no quedase nada en pie mandaron pegar fuego á las casas donde habian dormido, y cortar los naranjos, cidras y higueras y otros árboles de Castilla que los españoles habian puesto en sus huertas, lo cual se puso por obra, derribando asimesmo todas las paredes que habian quedado enhiestas, ansí de las casas como de las huertas. Con este triunfo salieron los indios desta tierra, volviéndose ricos y vitoriosos á sus tierras y casas. Ya se ha visto cómo una india criada de Elena Diaz de Pinera se habia escondido en el monte con una niña de la dicha Elena Diaz, hija suya, á quien la india habia criado. Las cuales, con el mucho temor que tuvieron no osaron salir y durmieron aquella noche en el monte, y acaso topó con ellas un indio viejo del cacique Jumandi, llamado Quinafa, y como la viese niña y hermosa aficionóse á ella, y porque los otros no se la quitasen y matasen quitóle el hábito que traia de española y púsole otro de india, untándole el rostro blanco y lindo que tenia con unas yerbas y zumo de ellas que sirve á las indias de mudas, con que la diferenció de tal suerte que nadie la juzgó sino por india, en especial que la doncellita hablaba tan bien la lengua de los indios como ellos propios, como quien la habia mamado en la leche. Este indío la llevó á su tierra, donde la presentó á su cacique y señor Jumandi, y habiéndola visto el Pende que posaba en su casa y que iba caminando á su tierra, la quiso matar; pero Jumandi le rogó ahincadamente que pues Dios la habia librado de la muerte hasta aquel dia, que se la dejase viva, y á su ruego lo vino á hacer. Y esto fué porque Dios la quiso guardar y que sólo ella quedase viva de aquella ciudad. Plega á su divina Majestad que sea para que le sirva y perdone

á los muertos, pues todos murieron confesando nuestra santa fé católica á manos de los enemigos della. Todo lo que se ha visto atrás se verificó por don Rodrigo Nuñez de Bonilla al tiempo que fué á hacer el castigo dello.

CAPÍTULO LVIII

Del llamamiento general que hizo el Pende Beto á todos los caciques y señores principales del distrito de la ciudad de Archidona, y el parlamento que les hizo.

Bien habemos visto que al principio destos rumores y alteraciones se dió el cargo al Pende Beto que el mismo dia, á 29 de noviembre, que se habia de dar el asalto sobre la ciudad de Avila, le diese él con toda su gente sobre la de Archidona, destruyendo y matando los que en ella hubiese, sin dejar ninguno á vida, y quemase la ciudad y la arruinase como si nunca hubiera sido poblada, el cual no fué perezoso en ponerlo por obra, y fué de la manera siguiente. Hizo llamamiento general de todos los caciques y señores de la tierra, dándoles á entender que tenia que tratar con ellos un negocio de importancia y calidad; que todos viniesen á verse con él para un dia señalado, con apercibimiento que el que no acudiese le castigaria quitándole la vida á él y su mujer y hijos, convirtiéndoles sus sementeras y frutales en sapos y ponzoñosas víboras que los matasen. Y como este cacique fuese entre ellos persona grave y de autoridad y tenido en reputacion de Pende, que es hechicero, y los indios son fáciles. unos de temor y otros por no disgustarle todos acudieron á su llamado. Ya que los tuvo juntos á todos comenzóles á hacer un largo razonamiento, diciéndoles que para lo que los habia hecho junjar era que entre él y los demás Pendes referidos del distrito de Avila habian tratado de matar á todos los cristianos de aquellas dos ciudades, por las muchas molestias y vajaciones que cada dia dellos recebian y cada dia mayores. Y que bien sabian que todo esto era verdad, y que en tiempo de diez y seis años ó diez y siete que aquella ciudad estaba poblada cada dia les crecian más sus trabajos, haciéndoles sembrar para comer, y hilar y tejer para se vestir ellos y sus mujeres y hijos, y haciéndoles llevar acuestas á la ciudad de Quito mucho de lo que tejian para lo vender, y de allí volvian otra vez cargados con el retorno dello. Y como al principio no habian tanto en la cuenta, ni los trabajos eran tantos por ser menos la gente española, y despues se iban casando y teniendo mujeres y hijos, y cuanto más crecia la gente española tanto más les crecian á ellos los contínuos trabajos. Y éstos habian de venir á dejar por herencia á sus hijos y sucesores, y era una carga tan terrible que no parecia bien disimularla, ni pasar más por ella, mayormente siendo como eran libres y exentos de aquella sujecion y vasallaje y estando como estaban en su tierra natural, y que no era justo que gentes extranjeras los tuviesen tan sujetos y oprimidos, y que los españoles que á la sazon habia en la ciudad eran pocos y fáciles de matar. Y si aguardasen á que viniesen más y creciesen los muchachos que se iban criando, lo uno se les recreciera á ellos mucho trabajo, y á los españoles mayores fuerzas para poderse vengar dellos ni echarlos de sus tierras, y que no convenia perder aquella buena coyuntura. Que todos se animasen con sus indios, fuesen aquel dia que les señalaba y estuviesen cuando amaneciesen emboscados alrededor de la ciudad de Archidona, y á un tiempo, de tropel entrasen todos en la ciudad por diferentes partes, matando y asolando los que hallasen por delante. Y que les prometia y juraba por el ☉ y ☽ y por todo su poder y por su propia cabeza, que el que fallase un punto desto lo habia de castigar con gran rigor como lo habia prometido cuando los envió á llamar. Y como la voz de libertad sea tan sabrosa en todo género de gentes y una cosa tan deseada, á todos pareció bien la plática del Pende Beto, y unos con temor y otros con deseo de verse libres de la opresion en que los tenian los españoles, todos mostraron tener contento y se ofrecieron de ir en esta jornada y poner todo su poder hasta verse libres ó por ello morir en la demanda. Así fué que todos los caciques y señores principales se fueron cada uno á su tierra, donde juntaron los indios de guerra, y armados y con vituallas salieron luego siguiendo la órden que el Pende les diera, y para el dia señalado se hallaron todos juntos cerca de la ciudad. No faltó quien desto diese aviso á los españoles de la ciudad, y una noche antes que los indios llegasen, lo mejor que pudieron, con los palos y vigas que recogieron hicieron un palenque en medio de la plaza de la ciudad, lo más fuerte y mejor que pudieron, donde se recogieron todos, y como se hallaron desapercebidos de pólvora y municiones y el tiempo les fué tan corto que no se pudieron proveer de vituallas para comer y beber tan cumplidamente como les era necesario, y antes que lo pudiesen hacer vinieron los indios de tropel sobre ellos y los cercaron con tanto ím-

petu que no les era posible *ir* á buscar ni proveerse de ninguna cosa de las que les faltaban, antes que los indios llegasen despacharon de la ciudad algunos indios amigos á la cidad de Baeza y á la Audiencia de Quito para socorro. Baeza, como era cabeza de aquella gobernacion, temióse que la conjuracion era toda una y que asoladas las dos ciudades habian de ir á dar sobre ella, como en efeto era verdad. Púsose en arma sin poder socorrer á Archidona. Despacharon á Quito avisando de lo que habia, pidiendo socorro. A este tiempo los indios daban contínua y crecida guerra á los españoles que estaban cercados en el palenque de Archidona, y en tanta manera los seguia*n* y combatian con mucha cantidad de piedras, palos y dardos que caian dentro del palenque, que los afligian terriblemente sin dejalles una hora de resuello de dia ni de noche, los cuales no tenian más armas para poderse defender que lanzas y algunas ballestas. Y con esto y con las piedras, dardos y palos que los indios les tiraban se defendian lo mejor que podian, aunque habia para cada español más de cien indios. Y con todo se defendieron tres dias con sus noches, hasta que de todo punto les faltaron las vituallas y fuerzas, y así vinieron á ser muertos sin escapar ninguno á vida, ni mujer ni hijos, que así lo habian jurado de cumplir los indios al tiempo que hicieron entre sí liga. Y quemada la ciudad y destruido los árboles que en ella habia de Castilla, habiendo primero repartido entre sí los despojos, se fueron vitoriosos á sus tierras. Y lo mesmo habian jurado de hacer en la ciudad de Baeza y Quito, sin poner en ello dilacion, aunque no les dió Dios tal contento, porque les sucedió muy al revés de lo que ellos tenian pensado. Dios perdone á los muertos y encargo á los que esto leyeren se acuerden de rogar á Dios por ellos antes que pasen adelante, porque haya quien haga otro tanto por sus ánimas.

CAPÍTULO LIX

Cómo despues de haber destruido las dos ciudades que se han visto se juntaron los Pendes Guami y Imbate en el valle de Jumandi, y cómo nombraron por general al cacique Jumandi para destruir la ciudad de Baeza. Y lo que le sucedió con la entrada del general don Rodrigo y gente que fué al socorro desde la ciudad de Quito.

Despues que los Pendes Guami y Imbate alcanzaron la vitoria que habemos visto de la infelice Avila y sus españoles, y partido entre si las tierras, fueron al valle de Jumandi, donde en reconocimiento della hicieron un ayuno general de cinco dias, al cabo de los cuales volvieron á juntar todos los vecinos del valle y circunvecinos á él y mandaron que fueran á poner cerco á la ciudad de Baeza entre tanto que ellos levantaban la demás gente. Para el efeto nombraron por general al cacique Jumandi y por sostitutos para pedricar á los indios su seta nombraron un hijo de Guami, llamado Paujimato, y á otro cacique y señor principal llamado Buji, los cuales salieron con mucha gente y grande aparato de guerra. En el camino, antes que llegasen á Baeza, parece que Paujimato y Busi, como se viesen hechos predicadores naciéronles nuevos humos, comenzándose á ensoberbecer, diciendo que ellos eran tan valientes y animosos como el Pende Guami, y que aquella empresa no la habian de hacer por él, ni se preciaran dello, y que ellos la querian hacer como Pendes señores que eran. Estas palabras vinieron á oidos del general Jumandi, y como Pausimato fuese hijo del Pende Guami no se determinó de lo que habia de hacer sin dalle primero cuenta. Y así le envió un mensajero avisándole de lo que pasaba y de la desvergüenza y libertad de que habia usado su hijo y sostituto, y que aunque él los podia castigar y con razon, sin darle parte á él, no lo habia querido hacer por ser su hijo uno de los delincuentes y el más principal. Que viese el remedio que se habia de poner en ello, porque no habia de pasar adelante semejante disinsion, porque los indios se dividirian en bandos y que cada uno seguiria el que más gusto [1] le diese, y que desta manera serian fácilmente vencidos. Parecióle bien al Pende Guami el aviso que le habia enviado, y á la hora despachó á Jumandi el propio mensajero con otros criados suyos de su casa, diciendo que habia recebido contento con el mensajero y nuevas que le enviaba, y le pesaba que su hijo se le quisiere alzar con la honra que á él propio se le debia; pero que para que no se entendiese que nadie se le habia de atrever, no embargante [2] que era su hijo queria que fuese castigado con rigor y que entendiesen que quien no perdonaba á su propio hijo que menos perdonaria á otro; que luego le ahorcase y tras él á Busi. Llegado que fué el mandado del Pende á Jumandi, luego hizo prender á Paujimato y á Buji, nuevos Pendes que se habian hecho, y á voces altas hizo manifestar sus delitos en medio de su real, y mandólos ahorcar á vista de todos, con que que-

[1] En el ms., *presto*.—[2] En el ms., *nonbangarte*

daron tan hostigados que no habia nadie que se osase desmandar; y con esto prosiguió su viaje para Baeza, alzando todos los indios que hallaba en el camino, los cuales estaban conjurados de asolar á Baeza y á cuantos en ella habia, la cual estaba ya avisada y puesta en armas y se velaba de dia y de noche y habian traido mucha municion de pólvora y plomo de Quito, que estaba á dos jornadas de allí. Entretanto que estas cosas pasaban, la Audiencia de Quito nombró por general para socorro y castigo desta rebelion y alzamiento á don Rodrigo Nuñez de Bonilla, vecino de la ciudad de Quito, hijo del gobernador Rodrigo Nuñez de Bonilla, que habia poblado aquella ciudad de Baeza, cuya habia sido aquella gobernacion, y á toda priesa se aprestó y salió al socorro á toda priesa, á su costa y mincion con hasta trescientos hombres de á pie y de á caballo. Y asimismo salió con él de capitan Matias Arenas, vecino de Quito, con alguna gente á su costa, y diéronse tan buena maña que en breve tiempo llegaron á Baeza, donde fueron bien recebidos. Ya estaban alzados todos los indios del término desta ciudad y juntamente con Jumandi vinieron sobre ella y entraron por una calle y la ganaron casi hasta llegar á la plaza, porque habiendo dado muestra de entrar por una calle fueron de golpe por otra, y como los españoles acometieron al primer encuentro los indios que venian en la retaguardia, cuando fueron sentidos ya estaban casi en la plaza. Los españoles se repartieron, dejando parte dellos en el primer acometimiento, y parte fueron á los del segundo, y fueron tantos los arcabuces que se tiraron que murieron mucha cantidad de indios á la primer ruciada, y venian tan ciegos y encarnizados con la vitoria pasada que se metian por los españoles hasta que volvian con la segunda carga sobre ellos, de que mataron muchos, y fuéles forzoso volver las espaldas. Salieron los españoles tras dellos y herian y mataban los que podian, sin que muriese de los nuestros más que el capitan Hojeda, que yendo á caballo le derribaron dél con una piedra, acudiéndole un indio con una pica con que le dió un bote de que quedó muerto. Con este estrago que se hacia en los indios y como viesen que habia cantidad de españoles y arcabuces, que es la arma que ellos más temen, todos se huyeron y ausentaron sin que volviesen más á la ciudad. Otro dia salió el general don Rodrigo con su ejército, camino de la destruida ciudad de Avila, y si como fué por este camino fuera por el de Archidona llegara á tiempo de favorecer á los españoles cercados; pero no fué Dios servido que esto se hiciese. Y ansí por el camino tuvo muchos rencuentros y guazabaras con los indios que salian á tomarles los pasos y á estorbárselos, pero por la bondad de Dios de todo salia bien sin pérdida de los nuestros, mas antes era con tanta ventaja, que todas las veces que los indios salian llevaban la peor parte, hiriendo y matando muchos dellos y prendiendo otros. Al cabo de tres dias despues que salió, llegó con todo su real á la asolada Avila, la cual halló toda quemada y puestos por el suelo los cuerpos muertos, hinchados y hediendo, y algunos ó los más comidos de perros y aves. Hízolos enterrar lo mejor que pudo, y como la hediondez era tan grande y el pueblo estuviese tan destruido que no se podia sentar el real en él, porque no les sucediese alguna peste que les quitase de poblar y reedificar la tierra, volviéronse al valle de Jumandi, donde sentaron su real, porque era el mejor y más acomodado de toda la tierra para lo atraer y restituir á buena paz y castigar los delincuentes. Y aunque los indios se pusieron en armas y hicieron todo su poder por resistirse y defender la entrada del valle á los nuestros, no lo pudieron hacer, ni les bastaron todas sus fuerzas, ni las hechicerias de sus Pendes, ni los ardides de su general Jumandi, mas sucedióles mal; salióles tan al contrario que, siempre que se les ofrecian semejantes ocasiones, los indios salian muertos y heridos, descalabrados, de cuya causa los españoles se apoderaron del valle, donde tuvieron casas y comidas en mucha abundancia, dejándolas todos los indios mal de su grado, los cuales con su cacique y general Jumandi se fueron huyendo, no pudiendo resistir la fuerza de los nuestros, y unos escondidos por los montes y otros por los pueblos comarcanos, lo pasaban tan mal que de hambre y de cansancio y afligidos de verse con sus tierras, casas y haciendas perdidas, se morian y enfermaban. Y como viesen esto todos los demás indios comarcanos no sabian qué remedio se tuviesen, y algunos de los deste valle tuvieron por mejor y más seguro volverse á manos de los españoles sus enemigos, que sufrir la soledad y hambre que tenian en los montes y lugares, y así lo hacian, y pospuesto todo temor se venian todos, dos á dos y cuatro á cuatro, con ramos verdes en las manos, á usanza de la tierra, que denota paz. Los que venian eran recebidos con mucha paz, y el general y soldados les hacian mucha amistad y regalo y los enviaban á muchos dellos para que trujesen los demás que estaban escondidos, y desta manera se atraian mucha cantidad de indios,

sin que por entonces se tratase ni entendiese en hacer castigo ninguno, por no alborotarlos y que los castigos fuesen causa de mayor daño. Y desta manera, como los indios eran informados de las lenguas que enviaba el general, del buen tratamiento que les hacian los españoles, en pocos dias salieron de paz los caciques y señores principales del valle de Jumandi, con todos sus indios, que los nombres de los caciques son éstos: Acande, Bonboy, Jamato, Toimbatio, Quingue, Quindofa, Paugato, Achifa, Orufa, Buji, Ynote, Corbia, Quiruca, Manta, Carito. Los de Juan Bautista del Valle. Los indios del cacique Jumandi, sin su señor y cacique. Algunos indios de Poranda. Algunos indios de Seta, los Mojos, los Conbos. En este comedio Jumandi andaba huido y envió á decir á sus indios que sirviesen á los españoles y que no anduviesen huyendo por los montes como él andaba. Mucho se holgó don Rodrigo con la venida destos caciques é indios, por entender cuán dificultoso fuera si de nuevo se hubieran de conquistar y traer á la paz, y el mucho tiempo y largos trabajos que se habian de pasar. Desta manera se le vino toda la tierra, aunque primero que lo hiciesen todos pasaron muchos dias y vieron [1] los indios la poca parte que eran para resistir á los españoles y las muertes muchas que hubo en lo poco que se resistieron. Los Pendes y Jumandi nunca vinieron, ni osaron salir de paz, como gente muy culpada, y les parecia que sus culpas y delitos no merecian perdon, y ansí se estuvieron escondidos y ausentes por muchos dias, al cabo de los cuales envió el general con cantidad de españoles, con guias de la tierra para que se los trujesen presos, como en efeto lo hicieron. Y en este tiempo dió órden con los caciques y indios que habian venido de paz, que le trujesen todo el despojo y armas que habian habido en la toma y destruicion de Avila, y todo lo demás lo trajeron, salvo lo que antes les habian quitado los españoles y hallaban en sus casas, al tiempo que se las entraron. Por todo esto mandó el general que todos los indios con sus caciques fuesen á Avila y limpiasen y aderezasen el sitio de la ciudad y de nuevo la volviesen á reedificar y hacer casas de vivienda para los españoles que allí habian de quedar, y entretanto que hacia esto envió á los Pendes con Jumandi presos á la Audiencia real de Quito, con españoles de guarnicion é indios que fuesen en su compañia y guarda, y luego comenzó á hacer sus informaciones contra ellos y los demás culpados de [1] los otros; *á unos* sentenció é hizo cuartos, y á otros desterró. Y al tiempo que estas cosas pasaban enviaba [2] lenguas é indios de paz á los caciques é señores principales del término de Archidona, y viendo que estaban con voluntad de se reducir al servicio de Dios y de Su Majestad, dejando órden en lo de Avila marchó la via de Archidona, donde le salieron los indios á recebir con palmas en las manos, ecepto el Pende Beto, que éste como más culpado nunca quiso salir hasta que por fuerza fué sacado en Archidona, juntamente con las armas que habian sido de los españoles, lo cual hicieron los indios y lo trujeron ante él, y luego les mandó limpiar el sitio de la ciudad y volverla á redificar. Y hecha la informacion contra el Pende Beto, le envió preso á la ciudad de Quito, donde habia enviado á los demás.

CAPÍTULO LX

Cómo la ciudad de Quito procedió contra los tres Pendes Beto, Guami y Imbate, con el cacique Jumandi, y la justicia que dellos se hizo.

La Audiencia de Quito procedió en la causa contra los tres Pendes, con Jumandi, que fueron los más culpados alborotadores, cabezas y bandos, y todas las demás comunidades de todos sus caciques. Y asimesmo contra otros caciques y gente principal que se hallaron culpados en la provincia de Quito, con los cuales se dijo estaban á la mira para que en venciendo á los de Baeza, su ciudad, y matando á los españoles dellas, los de Quito diesen sobre él y matasen los españoles y se alzasen con la tierra; lo cual les era dificultoso, porque aunque hay sujetos á esta ciudad cantidad de sesenta mil indios, los españoles que en ella estábamos, que seríamos mil y ducientos, estábamos bien apercebidos y de dia y de noche se velaba la ciudad, y teniendo presos muchos caciques y señores principales de la tierra; habia muchos y muy buenos caballos y arcabuces y muy buena pólvora que se hace en aquella ciudad, mucho plomo y picas y adherentes de guerra. En efecto, la ciudad estuvo tan sobre aviso, que nunca los indios se osaron desvergonzar. Quitaron á los indios de aquella hecha todas las armas, sillas y frenos que tenian, mandándoles que ninguno pudiesse salir á caballo con silla y freno, so pena de destierro, y que el caballo se lo pudiese quitar cualquiera español y fuese

[1] Enmendado en el ms., por *vinieron*.

[1] En el ms., *los de*.—[2] En el ms., *enviaban*.

para el que lo quitase. Los Pendes y Jumandi se hallaron tan culpados que los condenaron los Oidores de la Audiencia de Quito á que fuesen traidos por las calles públicas de aquella ciudad en un carro donde fuesen atenaceados con tenazas de fuego ardiendo, y de allí los llevasen al rollo, donde fuesen ahorcados y hechos cuartos y puestos en los caminos, y las cabezas en el rollo, y hicieron venir á ver hacer estas justicias á la mayor parte de caciques de Avila, Baeza y Archidona, de donde eran naturales, y los de la provincia de Quito, para que viesen el castigo que se hacia á los que semejante delito cometian, y tomasen escarmiento en ellos y fuese sonada de generacion en generacion para perpétua memoria. Los míseros indios recibieron este castigo con mucha paciencia y con demostracion de verdadero arrepentimiento y contricion de sus pecados, como católicos cristianos, y ya que los querian ahorcar, el cacique Jumandi, que tenia más ánimos que los otros, que estaban casi muertos, dijo á los caciques é indios de su natural que estaban presentes, que les rogaba mucho rogasen á Dios por él y por sus compañeros, y que de allí adelante procurasen servir á los españoles, y que fuesen buenos cristianos y no se dejasen engañar del diablo, como lo habian hecho él y sus compañeros, pues veian en lo que venian á parar. Fué este un dia de juicio y de gran junta y concurso de indios que ponia gran admiracion, y así fué necesario salir á hacer esta justicia con gente de guarnicion, porque no hubiese algun alboroto en la tierra. A los caciques y culpados en la provincia de Quito privaron del señorio que tenian y los desterraron y enviaron á la costa de la mar como á frontera, y como la costa de la mar es muy cálida y de diferente temple que la de que fueron desterrados y se viesen tan miserables, todos murieron en breve tiempo, que lo uno y lo otro fué causa de poner la tierra en mucha quietud y sosiego. Acabado esto los Oidores repartieron la tierra é indios della á las personas que les pareció que convenia, y desta manera se volvieron á poblar y reedificar las dos ciudades asoladas, quedando todavia con los mesmos nombres que solian.

CAPÍTULO LXI

Que trata de ciertos indios de tierra de guerra que venian á ayudar á los Pendes, y la averiguacion que dellos se hizo.

Despues de la destrucion y reedificacion destas ciudades, estando en Avila el capitan Matías de Arenas y Sebastian Diaz de Pinera, alcalde ordinario della, en 16 dias del mes de agosto de 1579 años, habiendo sabido los dichos capitan y alcalde que al tiempo que se rebelaron y alzaron la tierra habian salido cantidad de indios de guerra y de los que estaban por conquistar, y venido á los términos desta ciudad, por llamamiento que les hizo un cacique y señor principal de los términos de Archidona, llamado Mayara, para que le ayudase*n* en la guerra contra los españoles, é por ser ya deshecha la guerra la mayor parte de los indios se habian vuelto á sus tierras y dejado algunos enfermos en esta dicha ciudad de Avila, mandaron llamar alguaciles y que fuesen á la parte y lugares donde estaban aquellos indios y se los trujesen presos y á buen recaudo, para saber é inquirir á qué habian venido y de qué tierra eran, con la disposicion, temple y calidad della; qué pueblos, comidas *y* caciques habia en ella; lo cual pusieron los alguaciles y prendieron cuatro indios y siete indias grandes y pequeños; trujéronlos ante el capitan y alcalde con una lengua y intérprete para los poder entender, los cuales pareció ser indios de buena disposicion, bien ajustados, vestidos de mantas y camisas de algodon pintadas de pincel de diferentes pinturas, y habiéndoles dicho por la lengua que con ellos traian que no tuviesen temor, ni se recelasen que les habian de hacer daño ni pesadumbre ninguna, se les hizo las preguntas siguientes: De dónde eran naturales y qué tanto camino habia desde allí á su tierra. Dijeron que su pueblo se llamaba Tiaxiquí y es señor dél Caniji, y en un dia de camino se iba desde Mazada al ejido [1] destos indios. Preguntóles qué tierras y qué temple tienen; qué vestidos traen los indios y qué comidas comen, y dijeron que su tierra es caliente y que los vestidos son como los que ellos traen puestos, y que su comida es maiz, yuca, batatas é ñames y agí y carne de puercos de monte, y dantas, patos, pavos y pescados, y que hay en ella mucha miel y frutos. Preguntóseles si estaban poblados juntos en forma de pueblos ó desviados, y cuántos caciques mandaban y señoreaban la tierra. Dijeron que sus casas estaban riberas de un rio grande á manera de barrios, juntos, y que entre otros caciques y señores habia ocho más principales llamados Armela, Canaji, Cauberi, Toré, Sumia, Capimayo y Taetaqui *y* Elpan. Preguntáronle qué tanta tierra señoreaban estos caciques y qué armas tenian. Respondió que en toda

[1] En el ms., *y a rejido*.

ella habia tres jornadas; las armas, varas arrojadizas con cierta punta como dardos. Preguntáronles si hay más indios pasada su tierra. Respondieron que sí, otras tres jornadas de allí, de que ellos tienen noticia, el rio abajo hay mucha cantidad de gente, los cuales tienen guerra con aquellos caciques ya referidos. Otros ocho caciques mandan en esta tierra cuyos nombres son Quina, Panague, Depua, Guaysa, Maçi, Guaropa, Tripaca[1] y la provincia destos se dice Julico, y están poblados orilla del rio, como los de arriba, y por él navegan con canoas. Preguntaron si habia oro en su tierra; dijeron que sí, en mucha cantidad. Preguntáronles cuánto sacaria un indio cada dia y qué hacian dello. Dijeron que un indio sacaria como una poca de arena que tomó uno en la mano, que juzgaron seria cuatro pesos, y lo que hacian della era chagualas para los pechos, que son como grandes patenas, y orejeras para las orejas y otras joyas para las narices y por debajo de los labios que, así hombres como mujeres, los traen horadados con joyas de oro; y el oro dijeron ser granado como pepitas de agi, que serán como pequeñas lentejas; lo cual sacaban en los rios y quebradas, y donde más ordinariamente lo sacaban era en un rio llamado Guapunu. Preguntáronles que cómo y á qué causa habian salido de sus tierras. Dijeron que[2] habian sido llamados por un mensajero que les envió el Pende Guami para que viniesen adonde él estaba porque les hacia saber que habia muerto todos los cristianos que habia en aquella tierra, y que si no venian luego les habia de enviar tanta agua que les anegase sus sementeras y tierra y los mataria como habia hecho á los cristianos, y por este temor vinieron. Preguntáronles qué gente habria en aquella tierra y no supieron numeralla con palabras, mas dijeron que era en mucha cantidad la que habia, en tanta manera que por engrandecer la muchedumbre que habia dijeron que toda la que moria en el mundo iba á resucitar en aquella tierra. Preguntáronles que cuánta cantidad de españoles serian menester para poblar y conquistar aquella tierra; dijeron que seria mucha cantidad dellos. Dijeron: pues vosotros ¿no sabeis que los españoles son valientes y que uno basta para cien indios? volvieron á responder que los naturales de aquella tierra eran en tanta cantidad que requeria ser muchos los españoles que los conquistasen. Y esta propia relacion tuvo el capitan Matias de Arenas cuatro años antes, al tiempo que salió perdido cuando fué á hacer la jornada á esta tierra, que no acertó con ella, y al tiempo que le dieron noticia, por salir toda la gente con el capitan enfermos no la pudieron ir á descubrir y poblar; sin discrepar la una noticia de la que dieron estos indios, los cuales con las siete indias quedaron en aquella ciudad de Avila á deprender la lengua general del Pirú para que sirvan de lenguas intérpretes cuando se hubiera de ir á descubrir esta tierra con la voluntad de Dios nuestro señor. Y como yo tuviese deseo de saber é inquirir muy particularmente lo que habia en esta tierra, por la mucha noticia que della hay, ansí de muchos naturales y comidas, como de grandes minas de oro, entendí que una india vieja, llamada doña Isabel Guachai, habia entrado en aquella tierra con Guainacapa, que era el que señoreaba el Pirú al tiempo que los españoles entraron. La hice llamar en 19 dias del mes de diciembre de 1579 años, la cual vino y dijo que habia entrado en la provincia de los Iques y en Atunique, que son dos provincias cerca la una de la otra, al tiempo que entró Guainacapa á descubrir esta tierra, la cual entrada hicieron por el pueblo de Chapi, que es 16 leguas de Quito. Iban abriendo camino por una senda que habia en una montaña para mejor poderlo andar, y en seis dias llegaron á un valle de muchos indios de buena disposicion, los cuales traen las medias cabezas trasquiladas de medio adelante y de medio atrás con cabellos largos. Los vestidos que traian eran unas mantas añudadas por el hombro á manera de gitanos, y zaragüelles. Y la tierra llana, caliente, de mucho maiz y algodon y yucas y batatas y calabazas de la tierra; muchos pavos y patos. Y que los indios traian grandes patenas de oro como broqueles, y las indias muchas joyas dellas. Y tienen hondas con que tiran, y procuró Gua*y*nacapa con estos indios, por muchos rescates, á saber lo que habia en la tierra y á qué cosa eran más aficionados de lo que habia en su tierra, y por ninguno mostraron dárseles nada sino fué por una manera de hachas de cortar, y por sal, la cual tuvieron en mucho y por ella daban gran cantidad de oro á cargas y dieron las minas dello Gua*y*nacapa, en las cuales empezaron á cavar con palos, porque entonces no habia herramientas, y sacaron oro como pepitas de calabazas. Y en este valle hay un rio riberas del cual hay poblados mucha cantidad de indios que lo navegan con canoas, en el cual valle hizo hacer Guaynacapa unas rancherías ó casas de pared donde estuvo algunos dias, donde

[1] Falta en el ms. el nombre de un cacique.—[2] En el ms., *á que.*

tuvo su real, y le salieron muchos caciques y señores de la tierra á le ver y reconocer por señor, por la noticia que tenian de sus grandes hechos y valor, de los cuales sacó treinta indios y ocho caciques á Quito, y de allí los envió al Cuzco para que deprendiesen su lengua y por tenerlos allí seguros y que no se les pudiesen huir, y en este tiempo vinieron los españoles á la tierra y murió el dicho Guaynacapa de enfermedad de viruelas antes que los españoles le pudiesen ver, de cuya causa nunca se volvió á ver esta tierra ni se ha ido á descubrir.

CAPÍTULO LXII

En que se trata de un admirable caso que sucedió en la ciudad de San Francisco del Quito, del Pirú, de un volcan de fuego que allí reventó.

Ya que hemos dado fin á las cosas de la tirania de Lope de Aguirre y alzamiento de Francisco de Santistéban, con el de los indios de la provincia de los Quijos, y lo que desta provincia habemos visto y yo he entendido, y habemos visto el castigo y fin que todo tuvo, reduciéndose al servicio de Dios nuestro señor y de Su Majestad, será bien cumplir lo que prometí, diciendo el espantoso volcan y boca de fuego que hay cerca de la ciudad de Quito, y como reventó, y del mucho temor que puso en toda aquella tierra, y del daño que hizo, lo cual pasó en la forma siguiente: El año de 1582 sucedió en la ciudad de San Francisco de la ciudad del Quito, de los reinos del Pirú, que siendo yo alcalde ordinario della aquel año por Su Majestad, que habiendo venido nueva que se habia hundido la ciudad de Arequipa del dicho reino con un gran temblor que en ella hubo, causado de un volcan que estaba cerca de allí, y saliendo huyendo los vecinos della con el gran temor del gran ruido y terremoto, no pudiéndolo hacer tan á su salvo muchos dellos y de los naturales indios se habian hundido dentro y muerto, como en efeto fué verdad, sin que dellos pareciese. A la propia sazon con que llegó esta nueva á la ciudad de Quito se echó fama que se habia pronosticado en la ciudad de Los Reyes del dicho reino, que á los 15 de junio del mesmo año de 82 se habia de hundir la ciudad de Quito con un terremoto y temblor que habia de causar el volcan, con mucho fuego y piedra que de sí echaria; el cual volcan está á tres leguas della, en un cerro alto á la parte del Poniente, quedando ella al Oriente, y fué tanto el temor que puso en la gente viendo que habia sido verdad lo de Arequipa, que tres ó cuatro dias antes que llegase el término del falso pronóstico, y sin que hubiese mudanza en el tiempo y de que pudiese proceder, salieron huyendo de la ciudad *muchos* de *la* gente menuda, y alguna della granada, y fueron más de las dos partes del pueblo, que fué gran escándalo para los que quedamos en él, por estar con algun temor de que podia suceder, aunque nos aseguraba no haberse podido descubrir quién hubiese traido tal nueva, ni habia carta ni rastro de tal pronóstico, sino que verdaderamente fué él traido por algunos indios ó indias hechiceros, porque las personas que en aquella coyuntura habian venido de la ciudad de Los Reyes no sabian tal cosa, ni allá la habian oido aunque traian relacion de la hundicion de Arequipa. Pero con todo eso era tan público en Quito, que no se trataba de otra cosa, y estando en este contrito aguardando lo que Dios fuese servido de ordenar, con mucha contricion y arrepentimiento de los pecados, todos ó los más del pueblo, acaeció que á los 14 del dicho mes, año y dia, jueves por la mañana, amaneció quemándose con grandísima furia este volcan más de lo que otras veces solia hacer, y echaba de sí tanta cantidad de fuego revuelto en una espantosa y terrible negregura de negro humo, con tanto ruido y estruendo de acelerados truenos que salian á vueltas dello de lo profundo y cavernoso del propio volcan, que á todos nos ponia mayor temor y afliccion, entendiendo que venia á ser verdadero el falso pronóstico, pues en la víspera dél habia tantas y tan extrañas señales. El remedio que tuvo fué el mayor y mejor que en semejantes cosas se debe tener, acudiendo á Dios como á padre de misericordia, suplicándole con grandes plegarias, oraciones y sacrificios, y con grandes clamores de campanas y estaciones, visitando las iglesias y monesterios todo el dia y lo mesmo la noche siguiente, con una procesion de muchos diciplinantes para que Su Divina Majestad fuese servido de alzar la mano de tan riguroso castigo como fué el con que nos estaba amenazando, y por su divina clemencia fué servido que poco á poco se iba aplacando y con llover cantidad de ceniza con alguna agua aquel dia y otro siguiente, se quedó así por entonces; despues desto, miércoles adelante, 11 dias de julio del dicho año, entre las tres y las cuatro de la tarde, estando el tiempo muy sosegado y sereno, y sin pensar semejante cosa, comenzó á caer mucha cantidad de ceniza y agua, y cayó este dia y el siguiente tanta fuerza della que se cubrie-

ron todos los campos, calles y plazas y tejados de la ciudad, de ceniza, y hubo partes por donde se extendió[1] esta ceniza por más de diez leguas, conforme corria el viento, que no poco espanto puso. Viernes y sábado estuvo el tiempo poco sereno hasta el sábado en la tarde, á la oracion. A esta hora, 14 de julio, comenzó el volcan á echar de sí algun humo negro y espeso, y como es tan ordinario no se hizo caso dello, hasta que despues á la media noche hizo tan gran ruido y estruendo que parecia hundirse el mundo con este terremoto. Despertó el pueblo despavorido de tal manera que todos nos levantamos de las camas, y era tanta la piedra viva que llovia arrancada del propio volcan, mezclada con ceniza, con tanta priesa y velocidad, que hacia gran ruido en los tejados, más que cuando graniza muy recio y espeso; habia entre estas piedras algunas como garbanzos y lentejas, mayores y menores, y esto duró desde la hora dicha hasta otro dia que amaneció entre cinco y seis de la mañana, de lo cual quedamos todos maravillados y espantados por no se haber visto jamás llover piedras aquel volcan. Abrieron las puertas de las iglesias y hubo muchas devotas estaciones de religiosos y seglares, y diciplinas, que todo movia á mucha devocion, hasta que fué Dios servido que como iba amaneciendo se iba aplacando poco á poco, aunque todavia llovia ceniza y la llovió domingo y lunes adelante, sin parar. Despues desto, como cosa que habia causado tanta admiracion, deseosos de ver por vista de ojos una cosa tan extraña y de donde procediese la causa dello, determinó el licenciado Francisco de Auncibay, Oidor que á la sazon era de la Audiencia de aquella ciudad, de irlo á ver personalmente. Convidó, con determinacion de que se dijese allá misa, á don Alonso de Aguilar, cura de la santa iglesia catedral de Quito, y á Juan Sanchez Miño, clérigo, beneficiado de Riobamba, y al capitan Juan de Galarza, alguacil mayor de corte, y al capitan don Juan de Londoño, y á Toribio de Ortiguera, que es el que escribe esta relacion, demás de los cuales fueron otros muchos españoles é indios y indias, negros, negras de servicio. Salimos de Quito, sábado, despues de medio dia, veinte y ocho de julio de 82. Dormimos aquella noche en un vallecito que se hace á media legua, poco más ó menos, al pie dél, despues de haber subido dos leguas y media por un cerro y quebradas arriba, que todo esto se subia desde Quito á él, ecebto una quebrada muy profunda y honda que hay despues de haber encumbrado un cerro, la cual es gran defensa y amparo para que este volcan no pueda caer sobre la ciudad de Quito. Llevamos muy mala noche de frio, por no haber llegado los indios que nos llevaban las camas, y lleváramosla peor si no fuera por unos arbolitos pequeños que por allí habia, llamados chiquiraguas, que aunque muy verdes ardian como la tea, los cuales se crian entre la nieve y hielo; otro dia, domingo, por la mañana, dejando allí todo el carruaje y cabalgaduras con alguna gente de servicio que nos guardase de comer, subimos á pie el cerro arriba por ser muy áspero y de terribles peñascos, todos cubiertos de ceniza, nieve y hielo, con aire tan recio y frio que nos cegaba con la cenizada, y con el mucho frio hubo muchos que se almadiaron como si estuvieran en una muy recia y tempestuosa tormenta de la mar. Llegados que fuimos á lo alto á la boca del volcan ó boca de fuego, porque no hubo cosa que lo impidiese, *lo vimos*, y es en esta manera: Que está un cerro, el más alto y enriscado de todos cuantos hay en todo aquel circuito, en medio del cual está un espacioso hueco en que habrá al parecer más de quinientos estados de hondo, y en el principio y redondo por la boca, tendrá una legua de círculo; en lo bajo desta boca hace una ancha plaza, en medio de la cual hay un peñol no muy alto, el cual se está quemando entre sí por muchas partes, y sale dél infinidad de humo, y lo mesmo sale de muchas partes de la plaza. Este peñol es de color azul, amarillo y colorado y negro á betas, como á manera de metales ó minerales; pasado este peñasco, en medio está una grande y profundísima boca á la parte del Poniente, que á esto no se le pudo ver el suelo por el mucho y extenso humo y fuego y ceniza que echaba de sí; por este lado tiene un desaguadero muy ancho y hondo, que sale á unas quebradas y rio que está más abajo, por el cual desagua y sale la mayor fuerza de aquella fortaleza, y en este tiempo que hizo tan grande sentimiento como se ha visto, echó por aquella canal ó quebrada grandísimos peñascos de piedra azufre ardiendo, revueltos con tanta agua y ceniza que destruyó y asoló en la provincia de los Yumbos muchos montes y grandes sementeras de algodon, comidas, frutales, cañas dulces de los indios de aquella tierra. Estos humos que salen deste peñon y del llano de la plaza, ninguno muestra boca más de sola la grande que está dicha, y á mi ver son ordinarios en salir, aunque no todas veces se ven[1] estos hu-

[1] En el ms., *destendió*.

[1] En el ms., *suben*.

mos en Quito, y en el tiempo que mayores efetos hace es cuando mayor seca hay de todo el año. Pareciónos á todos los que allí fuimos que la causa de la tormenta y ruido pasado habia sido de un gran pedazo de peñon que se estaba quemando más que los otros á la parte más honda desta boca, la cual se habia caido en aquellos dias pasados sobre su desaguadero; y con la gran furia que cayó y la fuerza que llevó consigo al caer, topó con la fortaleza del fuego que está debajo, la cual, cobrando mayor fuerza con semejante violencia, hizo volver aquella piedra y ceniza hasta la region del aire, el cual la arrojó á la parte donde más corría; el terremoto y estruendo fué, al tiempo que cayó en aquella gran hondura, causado del mesmo aire y fuego que se encontraron en las cavernas de la tierra, y fué causa que nos afirmásemos en esto porque al tiempo que estuvimos allí mirando y notando este monstruo, cayó en aquella parte más honda un pedazo de risco que se estaba ardiendo, el cual causó mucho estruendo y revocó y echó fuera mucho humo y muy hediondo, que lo subió hasta las nubes. Los riscos que tiene en la boca son de muy fina y áspera peña, sin mezcla de metal alguno, y el mayor dellos es hacia Oriente, entre el volcan y Quito, á legua y media; y á legua desta boca hallamos mucha cantidad de piedra que habia salido deste volcan, del tamaño de nueces, castañas y avellanas, las cuales eran tan livianas como si fuera alumbre quemado, y otras como guijos á manera de piedras pomos. Tiene esta boca una extraña contrariedad, que con haber en lo bajo y hondo della fuego y *los* humos que se han visto, al principio y alto della hace tan terrible frio y en tanta manera que ninguno de los sacerdotes que fueron pudo decir misa ni tampoco donde habiamos dormido. Causó esta ceniza y piedra mucho daño en los ganados, que como se cubriese*n* della los campos no tenian que comer, de cuya causa se murieron muchos, y como quiera que sea este *es* uno de los mayores azares y padrastros que esta ciudad de Quito tiene, aunque á mi ver está segura de no recebir más daño que el de semejantes sobresaltos, que no son pequeños. El metal que tiene es mucho, mediante lo cual no puede dejar de durar infinidad de años, y su furia y fuego, si Dios por su divina misericordia y piedad no lo remedia, el cual nos tenga de su mano y deje acabar en su servicio para que gocemos de su gloria. Amen. Al honor y honra suya, debajo de la correccion de la santa madre Iglesia Católica Romana, se acabó esta historia.

RELACION VERDADERA DE TODO LO QUE SUCEDIO

EN LA

JORNADA DE OMAGUA Y DORADO

QUE EL GOBERNADOR PEDRO DE ORSÚA FUÉ Á DESCUBRIR POR PODERES Y COMISIONES QUE LE DIÓ EL VISORREY MARQUES DE CAÑETE, DESDE EL PIRÚ, POR UN RÍO QUE LLAMAN DE LAS AMAZONAS, QUE POR OTRO NOMBRE SE DICE EL RÍO DEL MARAÑON, EL CUAL TIENE SUS NASCIMIENTOS EN EL PIRÚ, Y ENTRA EN EL MAR CERCA DEL BRASIL. TRÁTASE ANSIMISMO DEL ALZAMIENTO DE DON FERNANDO DE GUZMAN, Y LOPE DE AGUIRRE, Y DE LAS CRUELDADES DESTOS PERVERSOS TIRANOS [1].

Fué el gobernador Pedro de Orsúa, de nacion navarro; era caballero, y señor de la Casa de Orsúa; hombre de gran habilidad y experiencia en los descubrimientos y entradas de indios. Descubrió y pobló en el Nuevo Reino de Granada la ciudad de Pamplona; anduvo en la conquista de los Muços y los pobló, y anduvo por capitan en la jornada de Tairona y en otras partes del dicho Nuevo Reino, y en el Nombre de Dios y Panamá le encargó el marqués de Cañete la guerra contra los negros cimarrones, que hacian gran daño en aquella tierra, la cual hizo con tan buena maña y solicitud, que destruyó, prendió y mató muchos de los dichos negros, y á los demás dejó tan escarmentados y medrosos que por muchos dias no osaron hacer más daño; y acabada esta guerra, pasó al Pirú en fin del año de mill y quinientos y cinquenta y ocho años, y habiendo entendido el dicho marqués de Cañete su valor y habilidad, le encargó la jornada del Dorado, con otras muchas provincias y tierras comarcanas, de que se tenia gran noticia en los reinos del Pirú, así por las grandes cosas que dijo haber visto el capitan Orellana y los que con él vinieron desde el Pirú por este rio del Marañon abajo, donde decian que estaban las dichas provincias, como por lo que dijeron ciertos indios brasiles que desde su tierra subieron por este rio arriba, descubriendo y conquistando, hasta que llegaron al Pirú al tiempo que estaba en él el presidente Gasca.

[1] Publicamos esta *Relación* conforme al ms. J. 142 de la Biblioteca Nacional de Madrid, anotando las variantes que ofrece el J. 136 de la misma.—*Relacion de todo lo que sucedió en la Jornada de Amagua y Dorado, que el Gobernador Pedro de Orsúa fué á descubrir con poderes y comisiones que le dió el Virrey Marques de Cañete, Presidente del Pirú. Trátase asimismo del alzamiento de don Hernando de Guzman, y Lope de Aguirre y otros tiranos.*—En el año de MDLIX, siendo Virrey y Presidente del Pirú el Marques de Cañete, tuvo relacion y noticia de ciertas provincias que llaman Amagua y Dorado, y él, con deseo de servir á Dios y á su Rey, encomendó y dió poderes muy bastantes á un caballero y amigo suyo que se decia Pedro de Orsúa, natural navarro, para que fuese á descubrir las dichas provincias, y le nombró por Gobernador dellas, y le favoreció con dineros de la Caja Real. Esta noticia que hemos dicho destas provincias se tuvo y la dieron el capitan Orellana y los qne con él vinieron desde el Pirú por el Marañon abajo, donde decian que estaban las dichas provincias; y tambien habian dado la propia relacion ciertos indios brasiles que subieron de sus tierras por este rio Marañon arriba, descubriendo y conquistando hasta que llegaron al Pirú en el tiempo que presidía el licenciado Gasca; dieron por relacion estos indios Brasiles, que viven en la costa del Brasil, que salieron de sus tierras más de diez ó doce mil dellos en muchas canoas con sus mujeres é hijos, y con ellos dos españoles portugueses, que el uno se llamaba Mateo; dijeron iban á buscar mejor tierra que la suya para su habitacion, y segun lo que yo más creo iban á hartar sus malditos vientres de carne humana, la cual todos ellos comen y se pierden por ella. Dieron relacion que tardaron en subir hasta llegar al Pirú por este rio arriba más de diez años, y de los doce mil indios solamente llegaron al Pirú hasta trecientos, y con algunas mujeres, y vinieron á dar á un pueblo de Chachapoyas y así se quedaron entre los españoles, y los demás que murieron en el dicho rio fué en guerras que tuvieron con los naturales que vivian en las riberas del dicho rio. Estos indios Brasiles contaron grandes cosas del rio y de las provincias á él comarcanas, y especialmente de la provincia de Amagua, ansí de la muchedumbre de naturales y riqueza que en ella habia, por lo cual pusieron deseo á muchas personas de las ir á ver y descubrir, y teniendo el Virrey larga noticia de estas cosas, como atrás está referido, nombró por gobernador de las dichas provincias al dicho Pedro de Orsúa, el cual despues de tener los dichos recaudos hizo publicarlos por todos los más pueblos del Pirú para que viniese á noticia de todos, y luego se partió el dicho Pedro de Orsúa de la ciudad de Lima con hasta veinte y cuatro hombres, los más dellos oficiales de hacer navios, y doce negros carpinteros y aserradores, y llevó ansímismo muchas herramientas necesarias, y clavazon y brea.....

Dieron por relacion estos indios brasiles que salieron de sus tierras, que son en la costa del Brasil, más de diez ó doce mill dellos, en muchas canoas, con sus mujeres y hijos, y con ellos dos españoles portugueses, y el uno decian que se llamaba Mateo, á buscar mejor tierra que la suya; y segun lo que yo más creo, á hartar sus malditos vientres de carne humana, la cual todos ellos comen y se pierden por ella. Tardaron en subir al Pirú por este dicho rio más de diez años, y de los doce mill indios solamente llegaron hasta trecientos, con algunas mujeres, y vinieron á dar á un pueblo que se dice Chachapoyas, y ansí se quedaron entre los españoles. Murieron en el dicho rio en guerras y guazavaras que con los naturales dél tuvieron estos indios. Decian tan grandes cosas del rio y de las provincias á él comarcanas, y especialmente de la provincia de Omagua, ansí de la gran muchedumbre de naturales como de innumerables riquezas [que] pusieron deseo á muchas personas de las ver y descubrir. Pues destas provincias y rio, el marqués de Cañete, visorrey del Pirú, hizo gobernador á Pedro de Orsúa, en nombre de Su Majestad, con muy bastantes poderes y provisiones y cumplidísimos límites, y con grande ayuda de costa de la caja de Su Majestad.

Principio del año de mill y quinientos y cincuenta y nueve publicó el gobernador Pedro de Orsúa sus provisiones por todo el Pirú y otras partes, y luego se partió el mismo Pedro de Orsúa de la ciudad de Lima con hasta veinte y cinco hombres, los más oficiales de hacer navíos, y con doce negros carpinteros y aserradores, y llevando asimismo muchas herramientas necesarias, clavazon y brea, y otras [1] que competen para hacer navíos; y con este aparejo fué á la provincia de los Motilones, que es en las montañas del Pirú, á un rio grande que por allí pasa, donde [2] habian salido los indios brasiles que habemos dicho, y buscando el asiento más cómodo, fundó un astillero en la barranca deste rio, veinte leguas abajo, en un pueblo de españoles que estaba poblado en la dicha provincia, llamado Santa Cruz de Capocovar [3], que habia un año que le habian [4] poblado un [5] capitan, Pedro Ramiro; y dejando á un capitan por su Teniente [6] en el armada, que era el dicho Pedro Ramiro, y á un maese, Juan Corso, por Maese mayor [7], les mandó que hiciesen ciertas barcas y navíos, y él [1] se tornó á la ciudad de Lima á hacer gente y buscar lo que le faltaba para el aviamiento de su jornada.

Esta provincia de los Motilones se llama así porque sólo estos indios se han hallado tresquilados en todo el Pirú. Esta tierra es muy fértil, en especial de maíz y algodon, y los indios andan vestidos de costales. Este rio que por ella pasa es muy caudal y poderoso, sin comparacion mayor que los rios de España; nasce en el Pirú en la provincia de Guanuco; es caudal casi desde sus nascimientos, pero es innavegable por más de trecientas [2] leguas, porque pasa por tierra áspera y de grandes sierras y peñascos, de que se causan grandes saltos y velocísimas corrientes en esta provincia de los Motilones. Subieron por este rio los indios brasiles, y desde aquí se fueron por tierra al pueblo de Chachapoyas, por donde tuvieron noticia [3] é íbanse á favorescer entre los españoles, viéndose ya los indios pocos.

Partido el gobernador Pedro de Orsúa de su astillero para la ciudad de Lima, para acabar de adrezar su jornada, por la poca posibilidad que tenia, en especial de dineros, y por lo mucho que le faltaba, se detuvo por allí casi año y medio, y estuvo en un punto de deshacerse la jornada, porque á esta sazon vino nueva de España que Su Majestad habia nuevamente proveido por visorrey del Pirú á don Diego de Acebedo, con la cual nueva, el marqués de Cañete no le hacia ni osaba hacer tantas mercedes y favores como al principio, y los Oidores y vecinos del Pirú decian que no convenia que se hiciese junta de gente en tal tiempo; y estando en estos términos, vino otra nueva que don Diego de Acebedo se habia muerto en Sevilla, viniendo al Pirú, y con esto el Marqués le tornó de nuevo á favorescer más que de antes, aunque no fué sin alguna sospecha de la gente del Pirú, porque se dijo públicamente que el marqués de Cañete, teniendo recelo de la cuenta que le venian á tomar, y que tambien enojado y afrentado porque Su Majestad le removia el cargo, queria, en achaque de la jornada, juntar gente para se alzar con el Pirú contra Su Majestad, y tener á Pedro de Orsúa, que era hechura suya, por su Capitan y valedor, para que, acabada de juntar la gente, revolviese sobre el Pirú; lo cual fué mentira é invencion de hombres malos y deseosos de motines.

Todo este tiempo anduvo Pedro de Orsúa

[1] otras cosas necesarias para.—[2] adonde.—[3] Santa Cruz de la Pocoa.—[4] año le habia.—[5] el.—[6] y el dicho Pedro de Orsúa dejó al dicho Pedro por su teniente.—[7] Maestre mayor de la obra, y.

[1] y luego.—[2] ducientas.—[3] tuvieron noticia nuestros españoles de lo arriba dicho, y los brasiles, viéndose pocos, se favorecieron de nuestra gente.

por el Pirú sin volver á su astillero, buscando gente y dineros para se acabar de aviar, y entre algunas personas le prestaron [1] unos á mil y otros á dos mil pesos, y otros más y menos, con que empezó á despachar, aunque trabajosamente, con algunos deudas y falta de cosas necesarias que le daban pena; y echando cada dia gente por delante, y despachando negocios, á cabo de año y medio, ó poco menos, vino á un pueblo que llaman Moyobamba, y habia allí un clérigo, llamado [2] Portillo, que era cura y vicario; el cual pueblo de Moyobamba está cerca de su astillero. Este clérigo estaba rico, y tratando y conversando con Pedro de Orsúa, segun se entendió, le dijo que se hiciese de suerte que él fuese cura y vicario de la dicha jornada, y que él le prestaria dos mil pesos, y el Gobernador le prometió lo que pedia; y teniendo por cierto [3] los dos mil pesos, envió [4] á comprar algunas cosas, y al tiempo de pagarlas, el clérigo se arrepintió de lo que habia dicho primero á Pedro de Orsúa y no quiso dar los dineros; y visto por el Gobernador, movido de extrema necesidad, buscó manera cómo se los sacase, y entre él y ciertos soldados suyos concertaron lo que diré. Estaba un don Juan de Vargas, soldado del dicho Gobernador, á quien despues hizo su Teniente general, herido de una ó dos cuchilladas y retraido en la iglesia de dicho pueblo, el cual, con don Fernando de Guzman y con Juan Alonso de la Bandera, y un Pero Alonso Casco, y otro Pedro de Miranda, mulato, por concierto hecho con el Gobernador, el Pedro de Miranda, una noche muy oscura, á media noche, desnudo, en camisa [5], fué en casa del dicho clérigo, y llamando á la puerta á muy gran priesa con grandes golpes, fingiendo alteracion, le dijo que el don Juan de Vargas se estaba muriendo, que le rogaba por amor de Dios que le fuese á confesar; y el clérigo le creyó y salió de su casa medio desnudo á mucha priesa, y llegando á la iglesia, que está fuera de la conversacion de las casas del pueblo, los soldados arriba dichos, con arcabuces y las mechas encendidas, le tomaron en medio, dentro de la iglesia [6], y con temor que le matasen, le hicieron firmar un libramiento de dos mil pesos, que ellos traian hecho, para un mercader en cuyo poder el clérigo tenia los dineros, y ansí desnudo como estaba, sin le dejar volver á su casa ni hablar con nadie, lo hicieron subir en un caballo, y aquella noche, contra su voluntad, lo llevaron á los Motilones y allí le hicieron dar lo demás todo que le quedaba, que serian otros tres mil pesos. Habia, segun fama, hurtado este clérigo estos dineros á sí propio y á su comer y vestir, tratando mal y laceradamente su persona por los ahorrar; y así permitió Dios se perdiesen los dineros, y el clérigo murió en la jornada laceradamente, y todos los que hicieron la fuerza murieron á cuchillo, sin que ninguno saliese vivo de la jornada. Esto hecho, el Gobernador y sus amigos echaron fama que el clérigo habia querido parescer forzado, sin serlo, porque no le tuviese á mal su Perlado haber dejado el cargo sin su licencia y el pueblo sin sacerdote.

Partió el Gobernador de Moyobamba para el pueblo de Santa Cruz, que es en los Motilones, y llegado allá, mientras se aderezaba la partida, porque habia mucha gente y en el dicho pueblo no se podian sustentar todos, determinó de enviar cuarenta ó cincuenta hombres á comer y á que se entretuviesen en unos pueblos de indios de los dichos Motilones, que llaman los Tabalocos [1], y con esta gente dos caudillos: el uno llamado Diego de Frias, criado del visorrey del Pirú, y muy su privado, á qnien enviaba por tesorero de la jornada; y otro se decia Francisco Diaz de Arles [2], de la tierra, y muy grande amigo del Gobernador; y mandó al capitan Pedro Ramiro, su Teniente y Corregidor del dicho pueblo de Santa Cruz, que como hombre práctico en la tierra y á quien los indios tenian temor y respeto, fuese con ellos, y dándoles la órden de lo que habian de hacer los dejase en los dichos pueblos; y desto se corrieron mucho los dichos caudillos, de ser mandados por el Pedro Ramiro [3]; y por envidias de Pedro de Orsúa, su Teniente, y así, viendo esto, los dos dichos caudillos se volvieron solos, dejando al Pedro Ramiro con la gente en el camino, y encontraron dos soldados amigos suyos, el uno llamado Grixota y el otro Fulano Martin, á los cuales dijeron que se volvian entendiendo que el Teniente iba alzado con la gente y que queria meterse la tierra adentro á poblar una provincia de que tenia noticia, y que harian servicio al Rey y al Gobernador en procurar

[1] presentaron.—[2] Pedro Portillo.—[3] ciertos.—[4] invió.—[5] y con una candela encendida.—[6] y el Gobernador que lo estaba mirando encubiertamente, y el clérigo, con temor,

[1] Toboloços.—[2] F. D. de Cárlos.—[3] ..... y tambien entre estos dos que he dicho y el Pedro Ramiro habia antes grandes enemistades, y la principal causa era todo envidia de ver al dicho Ramiro teniente general de la armada, porque cada uno de los dichos pretendia para sí el dicho cargo; y más que se entendia que el dicho Pedro Ramiro dejaba el pueblo de Santa Cruz, y se iba á la jornada con el Gobernador, y llevaba el dicho cargo de Teniente; y volviendo los caudillos.....

prenderle; y que si ellos ayudaban, que volverian á procurar de prender al dicho Pedro Ramiro; los cuales dos soldados, inducidos por los dichos caudillos y dando crédito á lo que decian, se profirieron y prometieron de les ayudar, y dando vuelta todos cuatro para donde estaba dicho Capitan con la gente, hallaron el aparejo conforme á su dañada voluntad, que el Pedro Ramiro estaba solo á la barranca de un rio grande, y toda la gente de la otra parte, que habian pasado el rio dos á dos y tres á tres, en una canoa pequeña, y el Pedro Ramiro se habia quedado á la postre con solo un mozo, y estaba esperando que la canoa volviese para pasar á la otra banda con la gente; y á este tiempo llegaron los dichos todos cuatro un rato, y se sentaron todos en buena conversacion, asegurándolo con palabras á la orilla del rio, y desde á poco rato se abrazaron con él todos cuatro, y sin dejarle menear le tomaron las armas, y el Diego de Frias mandó á un negro suyo, que venia con ellos, que le diese garrote, y así le ahogaron y le cortaron la cabeza; y venida la canoa se pasaron á la otra banda y se pusieron en arma con la gente, haciéndoles entender que el Gobernador Pedro de Orsúa se lo habia mandado que matasen á Pedro Ramiro, porque se queria alzar con la gente; y el Gobernador fué luego avisado deste suceso por el mozo que dijimos que estaba con el dicho Pedro Ramiro, y tambien los dichos soldados enviaron un amigo suyo por mensajero al Gobernador para que supiese lo que pasaba, y enviáronle á decir que tenian preso á Pedro Ramiro porque iba alzado con la gente; pero el Gobernador, como ya sabia la verdad por el dicho mozo, sacó tambien al mensajero lo que habia, y sabiendo dél que los dichos estaban puestos en armas, con gran brevedad se partió solo para donde estaban, y aguardándolos, con mañas los prendió á todos cuatro, y de allí los llevó al pueblo de Santa Cruz, adonde, guardándoles todos sus términos, los sentenció á muerte, forzando harto su voluntad por guardar justicia, y sin les admitir apelacion les hizo cortar las cabezas á todos cuatro. Fué éste un negocio con que el Gobernador se acabó de acreditar con el Visorrey y los Oidores y vecinos de todo el Pirú, y, sabiendo este suceso en todo el Pirú, los que tenian sospechas todos que el Gobernador se queria alzar, como se ha tratado, la perdieron y se aseguraron con esto. Hobo pronósticos de algunos que dijeron que la dicha jornada no acabaria con bien, pues empezaba con sangre.

Despues deste suceso vinieron á los Motilones á se juntar con el gobernador Pedro de Orsúa cuarenta hombres, á los cuales un Gobernador, Juan de Salinas, que pretendia hacer esta misma jornada, habia dejado en cierta provincia, y que allí le aguardasen, que iba por más gente y socorro; y sabido por ellos que el gobernador Pedro de Orsúa hacia esta jornada, y no Juan de Salinas, le vinieron á buscar de muy lejos por este rio de los Motilones arriba, hasta que toparon su astillero, y con ellos y con los vecinos del pueblo de Santa Cruz, que se despobló, todos se fueron á esta jornada. Juntó el gobernador Pedro de Orsúa trecientos hombres bien aderezados de todo lo necesario, con otros tantos caballos y algunos negros, y otro mucho servicio [1], y cien arcabuces y cuarenta ballestas, y mucha municion de pólvora y plomo, salitre y azufre.

En este tiempo vino á los Motilones una doña Inés, moza y muy hermosa, la cual era amiga del Gobernador, para se ir con él á la jornada, bien contra la opinion de los amigos del Gobernador, que se lo estorbaban, y la trujo contra la voluntad de todos, de lo cual pesó á la mayor parte del campo: lo uno, por el mal ejemplo; lo otro [2], porque de semejantes cosas siempre en las guerras donde van tantas diferencias de gentes, hay escándalos y alborotos, y sobre todo descuido en el buen gobierno del campo, que, cierto, fué causa principal de la muerte del Gobernador y nuestra total destruicion.

En el entretanto que el gobernador Pedro de Orsúa anduvo por el Pirú buscando gente y aderezando lo que le faltaba para el aviamiento de su jornada, la gente de la mar y oficiales que habemos dicho que dejó en el astillero hicieron once navíos grandes y pequeños, y entre ellos habia un género de barcas muy anchas y planudas, que llaman chatas, que en cada una destas cabian á treinta y cuarenta caballos, y en las proas y popas mucho hato y gente. Todos estos navíos, por lo mucho que digo que el Gobernador se detuvo, y por la ruin maña que se dieron los oficiales y los que allí quedaron, ó que la tierra es muy lluviosa, se pudrieron de suerte que al echarlos al rio se quebraron los más dellos, que solamente quedaron dos bergantines y tres chatas, y éstos tan mal acondicionados, que al tiempo que los comenzaban á cargar se abrian y quebraban todos dentro del agua, de manera que no las osaron echar casi carga, y en una sola chata,

[1] servicio de naturales.—[2] lo otro, porque se decia que la dicha doña Inés tenia mala fama y peores mañas, la cual fué la causa principal.....

la más recia, se pudieron llevar hasta veinte y siete caballos, y todos los demás, que fueron muchos, se quedaron en una montaña perdidos.

Llegado el Gobernador á su astillero, porque allí no habia comida, y lo que se podia traer del pueblo de Santa Cruz y provincia de los Motilones era poco, porque con la mucha gente estaba muy disipado, determinó, tres meses antes de su partida, de enviar un capitan suyo, llamado don Juan de Vargas, con cien hombres en un bergantin y ciertas canoas y balsas á un rio llamado Cocama, que se junta con este otro de los Motilones, el cual habia descubierto el Gobernador Juan de Salinas, y sabia que habia en él mucha gente y comida, y le mandó que subiendo por el rio hasta la poblazon, trayendo la más comida y canoas que pudiese, le aguardase á la boca deste rio, porque habia noticia de [1] gran despoblado, y para que estos cien hombres que se adelataban pudiesen llevar comida, que no la tenian, envió delante del dicho don Juan los treinta dellos en balsas, y una canoa grande con un caudillo amigo y paniaguado suyo, llamado García de Arce, á una provincia llamada los Caperuzos porque los indios de aquella tierra traen en las cabezas una manera de bonetes, que estará veinte leguas del dicho astillero, á que en esta provincia buscase la comida, y con la que hallase acudiese al dicho don Juan; el cual dicho García de Arce, no hallando comida en aquella provincia, ó como otros quieren decir, por no ir con el dicho Capitan y hacer cabeza de su juego, sin esperar en la dicha provincia, ni en la boca del rio de Cocama, se echó el rio abajo con los dichos treinta hombres, y pasaron más de trecientas leguas de despoblado hasta llegar á una isla poblada [2], que de su nombre llamamos la isla de García, de la cual y de su suceso diremos adelante.

Partió el dicho don Juan de Vargas con el restante de la gente, que fueron setenta [3] hombres, principio de julio de mil y quinientos sesenta años, y no hallando á García de Arce en los Caperuzos pasó hasta llegar al dicho rio de Cocama, y dejando alguna de la gente que llevaba en la boca del rio, en guarda del bergantin, y con ellos por su caudillo á un Gonzalo Duarte, tomando la gente más recia en algunas canoas que llevaba subieron por el rio arriba veinte y dos jornadas, y al cabo de las cuales toparon la poblazon y hallaron mucha comida, en especial de maíz; y tomando muchas canoas que halló, y algunos indios para servicio, cargando todas las canoas de maíz se volvió á la boca del rio donde habia dejado muy fatigados de hambre á los que se habian quedado en el bergantin, y halló, de los que se habian quedado, muertos tres hombres españoles y muchas piezas, y con su venida se remediaron todos, y allí esperó al Gobernador, el cual quedó con el restante de la gente en los Motilones, y recogiéndola [1] á los Motilones y de allí al astillero, y detúvose más de lo que pensó por causa de las barcas que se quebraron, y hubiéronse de hacer gran cantidad de balsas y una canoa grande; y, con tres chatas que habian quedado y un bergantin nos echamos en el rio abajo, harto descontentos por dejar los caballos y mucha ropa y ganados y otras cosas qne por la falta de barcos no se pudieron llevar, y con harto riesgo de nuestras vidas, porque el rio es poderosísimo y los navíos que llevábamos eran quebrados y podridos, y tambien al tiempo de la partida hobo algunos motines, dejando aparte que se quisieron volver al Pirú, y entendiéndolo el Gobernador prendió algunos, y con otros disimuló, y sin que nadie se le huyese, se embarcó á los veinte y seis de septiembre del año de mil y quinientos y sesenta.

Embarcado el dicho Gobernador con su gente el mismo dia, se echó el rio abajo y comenzó á navegar, y pasando un raudal grande en unos remansos que estaban un cuarto de legua de su astillero, pasó aquel dia para embarcar los caballos, y otro dia por la mañana se partió, y pasando otros caudales y remolinos este dia, dejó atrás todas las sierras y cordilleras del Pirú y se empezó á meter en la tierra llana, que dura casi hasta la mar del Norte. Otro dia, por la mañana, dió el bergantin que llevábamos en un bajo y del golpe se le saltó un pedazo de la quilla, y el Gobernador lo vido quedar en seco y no se detuvo á lo socorrer, antes caminó con el restante de la armada hasta que llegó á los Caperuzos, donde habia enviado delante con cierta gente y canoas á un Lorenzo de Çalduendo [2], para que allí buscase alguna comida, porque iba la armada con gran necesidad; y repartiendo la que allí hubo, que tenia el dicho Lorenzo de Çalduendo, que fué bien poca, esperó al bergantin, que los que en él venian se dieron buena maña, que tapando el agujero con mantas,

[1] de grandes poblazones y tambien gran despoblado —[2] la cual nuestros españoles la nombraron la isla de García de Arce, por la haber descubierto. Partió el dicho.—[3] sesenta.

[1] y recogiéndola al astillero, allí se detuvo más,—[2] Salduendo.

en dos dias, con harto trabajo, se juntaron con su Gobernador. Allí se detuvo el armada otros dos dias adobando el bergantin, y adobado le enviaron delante, á la ligera, con gente, por caudillo un Pedro Alonso Galeas, á la boca de Cocama, á avisar á don Juan de Vargas de nuestra venida, porque con la mucha tardanza que habiamos hecho, el dicho don Juan y los que estaban con él no hiciesen alguna cosa, paresciéndoles que ya nosotros no iríamos, como en efecto lo pensaron, y aun habia muchos dellos que se querian ir y no aguardar, y sobre esto hubo algunos medio amotinados.

Partidos de esa provincia de los Caperuzos, fuimos sin ningun contraste desembarcando y durmiendo en tierra hasta llegar á la punta de un rio que se junta con este otro de los Motilones, que entra sobre mano izquierda, que llamamos el rio de Bracamoros, porque pasa en Pirú por una provincia de este nombre. Es, al parescer, mayor que dos veces el que traíamos. Júntase ciento y veinte leguas del astillero. Nace este rio del Pirú en la misma provincia de Guanuco, y viene cerca del nacimiento deste otro rio de los Motilones. Pasa este rio por Guanuco el viejo, y de allí se va haciendo cada vez mayor por entre Caxamarca y Chachapoyas, y de ahí á los Bracamoros. Júntase aquí, que serán más de trescientas leguas de su nacimiento, y en las juntas deste rio se detuvo el Gobernador dos dias, y envió por él arriba en canoas gente á buscar poblazon, y no se halló; y partidos de allí de las juntas destos rios, sin acaecerles cosa que de contar sea, llegamos sobre las juntas del otro que viene á la mano derecha, que se llama de Cocama, que es el nombre desta provincia, que está el rio arriba del rio por donde subió don Juan de Vargas y llegó á Cocama, y estarán las juntas destos rios ochenta leguas de los Bracamoros: y en la boca deste rio de Cocama hallamos á don Juan de Vargas, que habemos dicho que vino delante con los setenta hombres á buscar comida, donde habian estado dos meses esperando al Gobernador, y en este tiempo se comió la gente que allí estaba la mayor parte de la comida que habian traido de arriba de la provincia de Cocama, y urdieron algunos vecinos ciertos motivos contra el [1] don Juan: unos decian que lo querian matar; otros que no, sino dejarle allí, y salirse y irse al Pirú: que fuese lo uno ó lo otro, con la venida del Gobernador cesó todo, y la gente unos con otros se alegraron y regocijaron, aunque no sin algun pesar de no saber de García de Arce, que dijimos que se habia ido el rio abajo con los treinta hombres. Aquí se repartió la comida que allí habia; á unos cupo mucho, á otros poco, como por la mayor parte suele acaescer en semejantes repartimientos [1].

Este rio de Cocama es muy caudal y poderoso; es poco menor que el que llamamos de Bracamoros, y mayor que el de los Motilones. Es muy fértil de pescados de diferentes géneros, y tortugas, y en las playas hay muchos huevos de las tortugas, y en las mismas playas se toman gran cantidad de pájaros del tamaño de palominos, que son muy gordos y sabrosos. Nasce este rio de los reinos del Pirú; cuáles son sus nacimientos hay diversas opiniones, porque unos dicen que será [2] Apurima y Avancay, con los rios de Vilcos y Xauxas y otros muchos que con éstos se juntan; y mi opinion y de otros es que será un rio grande que nasce á las espaldas de Chinchacocha, y en la misma provincia de Guanuco, que pasa por los asientos y pueblos que llaman Paucartambo y Guacambamba, juntándose con los rios que salen de Tarama y con otros muchos que salen de los montes de aquellas comarcas, y con los que vido y pasó el gobernador Gomez Arias en lo que dicen de Ruparupa, porque estos rios que digo bastaran á hacer este rio de Cocama y aun otro más poderoso, y si fuera [3] Aporima y á Avancay, con los demás arriba dichos, que forzosamente se han de juntar todos en este rio de Cocama [4], no hay otro ninguno que entre de los Motilones que se pueda pensar que sea de los rios de Ruparupa juntos, por así fuera muy más poderoso, sin comparacion, de lo que es, y aun mayor que todos juntos esotros, á parescer mio.

Juntos estos tres rios tan poderosos con otros muchos pequeños y arroyos y esteros que no cuento, hacen de aquí para abajo uno tan grande, que no puedo creer haber otro en el mundo semejante. Extiéndese y hácense muchos brazos. Hay en él de verano grandes playas en que se hallan de verano muchos huevos de tortugas y ycoteas, y lagartos y pájaros de los arriba dichos, que al

[1] ciertos motines contra él.

[1] Díjose que el Gobernador y su amiga doña Inés, y el don Juan de Vargas, tomaron tanto para ellos solos, como dieron á todos los demás del campo — [2] Aporima y Abancay y Incay, con los rios de Vilcas y Parios y Xauxa y otros — [3] y si fueran Apurima y Abancay — [4] con los de Ruparupa, porque antes de este rio de Cocama no hay otro ninguno que entre en el de los Motilones, que se pueda pensar que sean los de Ruparupa; juntos, por sí, fuera más poderoso, sin comparacion de lo que es, y aun que todos juntos estos otros, á mi parecer.

tiempo que son nuevos se toman á manos. En la junta deste rio de Cocama se detuvo el Gobernador ocho dias con toda el armada. Aquí se reformó algo la gente, que venia fatigada de hambre con la poca comida que allí se les repartió. Quedáronse aquí muchas balsas de las que traíamos de arriba, porque no caminaban tanto como los barcos, y los que las traian tomaron allí muchas canoas [1] de las que allí tenia don Juan de Vargas, de las que habia traido de Cocama.

Partió el armada de la boca deste rio, y al salir della se quebró y anegó el bergantin con que habia venido delante don Juan de Vargas, y apenas dió lugar á la gente que venia dentro para tomar tierra, y á gran fuerza de los remos la tomaron, y volvieron muchas canoas que iban delante, y en ellas se embarcaron la gente y el hato del bergantin, y él quedó allí anegado y hecho pedazos. Desde aquí caminó el armada cinco ó seis dias por el rio abajo, siempre por los brazos de la mano derecha, parando todos los dias á hora de vísperas, ó poco más tarde, y la gente saltaba en tierra á pescar y mariscar, y guisar de comer y dormir, los que querian. A cabo deste tiempo, un dia, á medio dia, dimos de repente sobre unos indios que estaban pescando en una playa despoblada, con sus canoas, y tenian tomadas más de cien tortugas y allegados muchos huevos dellas, y desque nos vieron huyeron por el rio con sus canoas y dejáronnos la presa. Aquí paró el armada y repartieron las tortugas y huevos entre todos. Partidos desta playa hallamos otro rio grande, al tamaño, al parecer, del de los Motilones, y no mayor; viene de la mano izquierda. Creyóse que era este rio el de la Canela, por do vino el capitan Orellana, que nasce del Pirú de las espaldas de Quito, de los Quijos.

Desde á dos ó tres dias que partimos de la junta de este rio dimos en una isla poblada de indios, que fué la primera poblazon que en todo el rio topamos desde los Caperuzos, que habia más de trecientas leguas, todas despobladas. Aquí hallamos á García de Arce, que habemos dicho que se echó el rio abajo con los treinta hombres antes que don Juan de Vargas, los cuales pasaron gran necesidad por el despoblado, tanto, que pensaron perescer de hambre, y su principal mantenimiento fué lagartos del agua, que el dicho García de Arce mataba con el arcabuz, que era maravilloso arcabucero. Perdieron dos hombres en el camino, que salieron á buscar comida juntos, y nunca más los vieron. Creyóse que se perdieron con la aspereza de la montaña y no supieron atinar á volver donde habian salido; finalmente, nunca se supo qué se hicieron. Hallamos al dicho García de Arce con sus compañeros, hechos fuertes con un palenque que habian hecho delante de la puerta de los bohíos, por temor de los indios que cada dia les venian á dar guerra, que si no fuera por el dicho García de Arce, que con el arcabuz hacia gran daño en ellos, los hobieran muerto. Averiguóse por cierto que en una guazavara que los indios les dieron, que los tenian en gran estrecho, el García de Arce echó en su arcabuz dos pelotas, asido de una á otra un hilo de alambre, y de aquel tiro, de seis indios que venian en una canoa mató los cinco de solo aquel tiro, y hizo otros muchos y maravillosos tiros con que libró á sí y á sus compañeros. Estaban con tanto temor de los indios, que viniendo un dia de paz ellos, pensando que era cautela y que los venian á matar, para atemorizar á los demás mataron dentro de un bohío más de cuarenta dellos á estocadas y puñaladas, por consejo y mandado del dicho García de Arce, segun se dijo.

A esta isla llamamos la isla de García, porque en ella hallamos á García de Arce. Estará más de cien leguas de la boca de Cocama, cerca del rio que nosotros pensamos que seria el de la Canela: habia en ella dos pueblos, cada uno de treinta casas ó más. Los indios desta isla son bien agestados y dispuestos; andan vestidos de camisetas de pincel labradas; las casas son cuadradas y grandes; sus armas son una manera de varas con puntas de palmas, del tamaño de dardos de Vizcaya, tiradas [1] con una manera de aviento de palo, que las hay en la mayor parte de las Indias, y las llaman tiraderas de estólica. Al cacique desta isla le llaman los indios en su lengua el Pappa. Aquí empezamos á hallar mosquitos zancudos, aunque pocos. La comida destos indios es algun maíz y mucha yuca dulce y batatas; tienen macato, [2] que es yuca rallada, en hoyos debajo de la tierra á podrir, y dello hacen pan y cierto brebaje. Todos sus tratos y caminos son por el rio en canoas. En esta isla se detuvo el armada ocho dias; aquí se desembarcaron los caballos que desde el astillero no habian salido en tierra, y habíanse muerto dos ó tres dellos. Desde aquí envió el Gobernador á descubrir y tomar algunas guías y lenguas, y no se halló ni tomó nada. En esta

[1] mucha comida de la que.

[1] tiranlas.—[2] maçatos.

isla se nos quedó anegada una de las tres chatas que traíamos, que estaba ya podrida y casi quebrada. Aquí hizo el Gobernador su Teniente general á don Juan de Vargas, y á don Hernando de Guzman su Alférez general.

Partió el Gobernador desta isla de García por el brazo de mano derecha, arrimado á la tierra firme; halló otras muchas islas y pueblos sin gente que, con temor del dicho García de Arce y del armada, se habian huido, donde solamente hallábamos las sementeras de yuca y batata, que todo lo demás estaba alzado. Halláronse por aquí algunas gallinas y gallos de Castilla, blancos [1], y algunas guacamayas y papagayos blancos. Dimos con un pueblo, el primero que topamos en la tierra firme sobre la mano derecha, donde comenzamos á ver algunos indios en canoas por el rio, que recatadamente y de lejos nos venian á mirar. En este pueblo nos vino un cacique de paz con ciertos indios: trujo algunos pescados y tortugas; el Gobernador le dió en recompensa dello alguna chaquira y cuchillos, por le contentar y traer de paz. Fuése luego, y tras dél vinieron luego otros indios, y traian asimismo pescado y tortugas. A todos los que venian daba el Gobernador cuchillos, por los contentar. Mandó el Gobernador que á ningun indio de los que viniesen nadie les tomase ningun rescate, ni contratasen con ellos nada de lo que traian, sino que á todos los que viniesen los encaminasen á él, que él partiria lo que trujesen con los que lo hubiesen más menester, y así se hizo. Llámase este pueblo Carari, donde pusimos nombre á toda la Provincia; desde este pueblo para abajo nos comenzaron á salir muchas canoas con comida y pescado y tortugas y otras cosas, y andaban entre nosotros, pero algunos no osábamos rescatar con ellos, porque el Gobernador lo habia así mandado, no sé á qué efecto; y otros, abscondidamente, rescataban, y aun se lo tomaban sin rescate. Todos los pueblos que topábamos estaban sin gente, y los indios andaban huyendo por temor de la armada y del daño que García de Arce habia hecho en su isla. En esta isla prendió el Gobernador á un Alonso de Montoya, y le echó en una collera, porque dijeron, y fué cierto, que él y otros que se querian huir en canoas y volverse por el rio arriba al Pirú, que habia al pié de quinientas leguas que subir; así lo llevó preso algunos dias, y fuera más acertado matarle, como lo merecia, por éste y otros motines, que éste, como hombre que le tenia odio, por

[1] gallos de cresta, blancos.

esta causa fué despues el principal [1] urdidor de su muerte del Gobernador; sino que Pedro de Orsúa tuvo la condicion más que buena, que no sólo no castigó á los que lo merecian, pero no se halla que á ninguno de sus soldados dijese palabra fea ni de afrenta.

En esta provincia de Carari determinó el Gobernador de descubrir si en la tierra adentro habria algunos caminos ó poblazon; y haciendo alto en un pueblo, envió á un Pedro Alfonso Galeas con cierta gente á descubrir, el cual fué por un estero, y allí tomó un camino por una montaña, y andando por él adelante, topó ciertos indios cargados con caçabi y otras cosas, los cuales, como vieron á los españoles, huyeron todos, que no pudieron tomar más que una india, que les dijo por señas que su pueblo estaria de allí cinco dias de camino; y porque ellos no tuvieron ganas, se volvieron sin descubrir más, trayendo consigo la india, que era diferente en traje y lengua de los desta provincia. Fué parescer de algunos que se debian volver con aquella india á ver aquella tierra que ella decia; pero el Gobernador no quiso detenerse, porque llevábamos los navíos mal acondicionados, y aun quebrados, y la principal noticia era Omagua, adonde pensaba parar, porque no le faltasen los navíos antes de llegar allá. Cada dia nos venia mucha gente de indios en canoas, que, como á los primeros que habian venido, dióseles *rescates y no se les* habia hecho mucho daño, unos á otros [2] se convocaban y venian á vernos y á rescatar con nosotros, aunque si no era ascondidamente no osábamos rescatar con ellos, porque el Gobernador lo habia mandado, no sé á qué efecto, y se enojaba y reñía con los que rescataban, aunque tambien disimulaba harto. Pasamos asimismo por otra provincia que llamamos Maricuri, del nombre de otro pueblo. Es toda una gente y un traje y ropa y lengua, y unas mismas armas y casas y ropas que visten. Son todos estos indios amigos y confederados, y así paresce ser toda una provincia y no dos, porque toda la poblazon va trabada, sin que haya division, y que Carari y Manicuri [3] sean nombres de pueblos y no de provincias. Dura esta poblazon desde la Isla de García hasta el cabo de lo que llamamos Manicuri, más de ciento y cincuenta leguas. Los pueblos todos en la barranca del rio, sin que [4] haya de uno á

[1] motines en que se habia hallado, y por odio que tenia al Gobernador, fué despues el principal.— [2] como habia dado el gobernador á los primeros, rescates, y no se les habia hecho daño, u. a. o., etc.— [3] Manicari.—[4] sin que se viese adentro más poblacion, y por la mayor parte pequeños, y desviados unos de otros á diez y á quince leguas, poco más ó menos.

otro mucho. Los indios desta provincia traen algunas joyas de oro fino, aunque pequeñas, como son orejeras, caricuries en las orejas y en las narices. La gente destas provincias no es mucha, segun buena conjetura, porque en las poblaciones que nosotros vimos, basta que haya siete ú ocho mil indios habitadores, y á lo muy largo diez mil, que es esto lo que paresce, segun la vera de la barranca, porque mal lo podiamos ver si no haciamos más que allegar una noche y luego salir por la mañana, sin ver ni entender lo que habia la tierra adentro. Hay en esta provincia muchas frutas de la tierra, y sabrosas, y muchos mosquitos de unos y de otros. Aquí se nos anegó el bergantin que nos había quedado, y nos quedaron solas dos chatas.

Pasada esta provincia que habemos dicho, dimos, sin saberlo, en un despoblado que nos duró nueve dias, adonde pasamos gran necesidad por no venir proveidos de comida, y la pasáramos mayor, sino que Dios nos proveia de mucho pescado, que se toma en el rio con anzuelos, que alcanzaba de ello la mayor parte del campo. Hobo en esto gran descuido *en* el Gobernador y en los que mandaban el campo, por no examinar cada dia las lenguas y guías; y así, á durar más el despoblado, no sé qué fuera de nosotros, porque duró la pesqueria poco, y entramos en el despoblado muy desapercibidos de comida y bien descuidados, porque como siempre habiamos traido pueblos y veniamos durmiendo cada noche en ellos, no se tenia cuenta con que podiamos tener tan gran despoblado; y así hubo muchos que no tenian qué comer, si no era algunos [1] bledos que hallaban por la playa del rio, que eran bien pocos á respecto de la mucha gente que padescia necesidad; y con todo esto no pudieron dejar de morir alguna gente. En este despoblado hallamos otras dos bocas de rios grandes, y no muy desviados el uno del otro. Conoscíase claro en que venian turbios y crescidos; así parescia en ellos no tener muy lejos sus nascimientos. Venian estos dos rios de la mano derecha; traian las barrancas altas y bermejas, y el Gobernador, por la necesidad que llevábamos de comida, no se descubrieron ni detuvo en ellas.

Pasados estos nueve dias de despoblado fué Dios servido que dimos en un pueblo de indios, tal cual convenia para remedio de la necesidad que llevábamos. A este pueblo llamaban los indios Machifaro. Es pueblo grande, el mayor que hasta allí habiamos visto; está sentado sobre una barranca del rio. Los indios deste pueblo son de mediana dispusicion; andan desnudos del todo; sus armas son tiraderas de estólica; con los de arriba son enemigos y tienen guerra con ellos. Las casas son redondas y grandes y de varas en tierra, cubiertas de hojas de palmas hasta el suelo, con cada dos puertas. Llegamos á este pueblo de repente y sin que los indios supiesen de nosotros; pero cuando nos vieron se pusieron de guerra, y echaron sus mujeres y hijos y los indios que no eran para pelear en canoas por el rio, para más asegurarlos, y en el pueblo nos esperaron de guerra hasta trecientos ó cuatrocientos indios. Llegó el Gobernador en la delantera con un arcabuz en la mano, y con él otros arcabuceros y rodeleros, aunque pocos, y los indios hicieron muestra que los querian acometer al subir de la barranca; pero el Gobernador tuvo gran sufrimiento, y mandó á los arcabuceros que ninguno tirase sin su mandado, y él iba delante de todos, llamando á los indios con un paño blanco, señalando que lo tomasen; y el cacique deste pueblo se llegó y tomó el paño, y amigablemente se metió entre los españoles, y algunos otros indios con él. Todos los demas indios se desviaron á una parte, y hechos una manera de escuadron, con las armas en las manos, se estuvieron un gran rato en la placeta hasta que llegó toda el armada. Pidioles el gobernador que nos diesen una parte del pueblo con la comida para nosotros, y que en lo demás se estuviesen ellos con sus mujeres y hijos, que no les enojarian en nada. Aposentóse toda la gente del armada en el comedio del pueblo, adonde el Gobernador les señaló, mandándoles que no pasasen de allí, ni fuesen á las casas de los indios á cosa ninguna. Había en este pueblo, segun á todos pareció, más de seis mil tortugas grandes, que los indios tenian para comer, encerradas en unas lagunetas que tenian hechas de mano y cercadas á la redonda con un cerco de varas gruesas, porque no se pudiesen salir, y á la puerta de cada bohío habia una y dos y tres lagunetas destas, llenas de las dichas tortugas. Hallóse gran cantidad de maíz recogido en los bohíos, y en el campo habia infinitas sementeras de yuca brava y otras comidas; y no curando de la seguridad que el gobernador habia dado á los indios, comenzaron alzar las comidas, así de las tortugas como de maíz, de aquella parte del pueblo que para ellos les habian dejado, y llevándolos en canoas á esconder; lo cual, visto por la gente del campo, empezaron á ir los soldados á sus estancias á traer la co-

[1] era berdulagas y algunos.

mida que hallaron, aunque contra la voluntad del Gobernador, y sobre ello echó presos algunos españoles y mestizos [1], por lo cual dejaron de recoger más comida, y los indios acabaron de llevar toda la que quedó; si se pusiera buena órden y regla habia para muchos dias. Mala gente, sin cuenta de que les podría faltar, la desperdició y gastó muy presto, porque con mucha manteca y huevos que de las tortugas sacaban, y con la carne dellas y el mucho maíz que habia, comian ordinariamente buñuelos, pasteles, mucho género de comidas de potajes, y más era lo que se desperdiciaba que lo que comian. Hacian vino de maíz, con que bebian, y dieron cabo presto de todo. Al Gobernador le pesó despues por la mala órden, porque á quien primero faltó fué á él, y despues lo anduvo pidiendo á quien lo tenia.

En este pueblo nos detuvimos treinta y tres dias [2]; tuvimos en él la Pascua de Navidad Envió el Gobernador desde aquí, á descubrir, á Pero Alonso, el cual fué con cierta gente en canoas por un estero de agua negra, no de muy gran boca, que entra en el rio junto á este pueblo, de sobre la mano derecha, y halló dentro una laguna tan grande y temerosa que les puso espanto: metiéronse por ella tanto adentro, que aínas se perdieron, que no acertaban á salir. No vieron el fin della ni hallaron nada. Acaeció en este pueblo que los indios de la provincia de arriba, que son enemigos y tienen guerra unos con otros, vinieron hasta ducientos dellos, bien apercibidos de guerra, en diez y siete canoas á hacer salto en ellos, y á roballos y cativallos, como entre ellos es costumbre: y una noche, sin ser sentidos, dieron sobre este pueblo donde nosotros estábamos, que es el primero desta provincia de Machifaro, y como nos reconocieron, no se atrevieron en saltar á tierra, por nuestro temor; y desde el rio, ya casi amanescido, nos dieron alborada con sus bocinas y flautas y otros instrumentos de guerra, y en órden de guerra se comenzaron á retraer el rio arriba hácia su tierra, sin que hobiesen hecho daño alguno: pero antes que se fuesen, el cacique deste pueblo de Machifaro vino á muy gran priesa á demandar socorro al Gobernador contra aquellos indios, diciendo que eran sus enemigos, y muy valientes, y que los venian á matar y destruir, y que le diesen algunos españoles que

[1] y entre ellos á un mestizo, criado de don Fernando de Guzman, su Alferez general.—[2] veinte y tantos dias.

contra ellos les ayudasen; y el Gobernador, por contentarle, envió á don Juan de Vargas, su Teniente, con cincuenta hombres, los más arcabuceros, en su ayuda, y atajándolos, que se volvian por un estero, los tomaron en medio, los cuales, viendo que no podian huir, se apercibieron de guerra, y como vieron á los españoles, dicen que hicieron señal de paz, y no los entendiendo ó no queriendo entenderlos, comenzaron á disparar con muchos arcabuces, y los indios de Machifaro á tirarles varas, y ellos con miedo de los arcabuces, dejando las canoas, se huyeron al monte, sin que se pudiesen tomar más de hasta cuatro ó cinco dellos, y tomaron todas las canoas. Creyóse que moririan todos á manos de los de Machifaro, por estar sin canoas, y muy lejos de sus tierras y gran despoblado [1].

Aquí paresció á la mayor parte de la gente del campo que las guías que traíamos, que eran ciertos indios brasiles de los que por este rio salieron á Pirú, segun se habia dicho, habian dado falsa relacion y mentian en toda la noticia que nos habian dado. Fuimos por el rio casi setecientas leguas, sin que viésemos cosa de las que nos habian dicho; y asimismo iba con nosotros un español de los que habian bajado por el rio con el capitan Orellana, el cual no conocia la tierra, y desatinaba; y así, la gente comenzó á desconfiar de la noticia, teniéndola por burla, y deseaban volver al Pirú, que decian que no habia más que buscar; lo cual, entendido por el Gobernador, dicen que dijo que no pensase nadie tal, que los que entonces eran muchachos habian de envejecer buscando la tierra: y en esto, cierto, mostró siempre gran valor y constancia, si se supiera guardar de sus enemigos y cre-

[1] En este pueblo hizo el gobernador Pedro de Orsúa, por sola su autoridad, Provisor y Vicario de la jornada á un clérigo, llamado Alonso Henao, diciendo que por el derecho del patronazgo que Su Majestad tiene en estas partes de las Indias, y en todas las iglesias y obispados dellas y dignidades y otros beneficios, que él, como su Gobernador y que tenia sus reales poderes, en defecto del Perlado podia nombrar Provisor. Y la primera cosa que hizo el señor Vicario, despues de aceptado el cargo, fué descomulgar, á peticion del dicho Gobernador, á todos los soldados que le fuesen á cargo alguna cosa, así de herramientas, hachas, machetes, azuelas, barrenas, clavos y otras herramientas, y ganados de cabras, puercos y gallinas y otras cosas, que luego lo manifestasen ó trajesen ante él; lo cual fué muy murmurado en el campo, y aun altercado entre algunos soldados que presumian de letras, diciendo que el Gobernador no lo pudo hacer ni el clérigo aceptar. Túvose á gran poquedad, y decian sus émulos que sólo para este efecto le habia nombrado por Vicario, y no por otro fin ni provecho de los soldados.

yera á sus amigos, que le avisaron que pusiese guarda en su persona, no porque nadie de los que esto le aconsejaron supiesen cosa cierta de motin, mas de que conjeturaban lo que podria ser, por la gran desvergüenza que algunos traian en el campo. Y á esta sazon el Gobernador iba malquisto con la mayor parte del campo, que eran ruines y mal intencionados, porque no les dejaba robar y atar indios, y ranchearlos y matarlos á diestro y siniestro, y decian que ya desde entonces temia la residencia; y tambien doña Inés, su amiga, quisieron decir que le habia hecho en alguna manera que mudase la condicion, y que le habia hechizado, porque de muy afable y conversable que solia ser con todos, se habia vuelto algo grave y desabrido, y enemigo de toda conversacion, y comia solo, cosa que nunca habia hecho, y no convidaba á nadie; habíase hecho amigo de soledad, y aun alojábase siempre solo y apartado lo más que podia de la conversacion del campo, y junto á sí la dicha doña Inés, sólo, y á fin, segun parescia, de que nadie le estorbase sus amores; y embebecido en ellos, parescia que las cosas de guerra y descubrimiento las tenia olvidadas; cosa, cierto, muy contraria de lo que siempre habia hecho y usado. Habia en su campo algunos soldados que se habian querido amotinar por volverse al Pirú, y aun que lo habian probado á hacer y habian sido hallados con el motin de se huir, á los cuales, en pena, como quien los echa á galeras, los hacia que fuesen remando y bogando la balsa de doña Inés; y aunque este castigo era harto liviano para lo que merescian ellos, se afrentaban dello mucho; y otros mal intencionados, por indignar á los dichos, murmuraban diciendo que mejor era ahorcarlos que no hacerles remar las canoas y balsas; por donde se comenzaron á hacer algunos borrones y descuidos en su campo, y el mayor fué el de su muerte, que en este pueblo que es dicho se la comenzaron á tratar, hallando los traidores aquel aparejo de verlo malquisto y descuidado. Juntose con esto la dañada voluntad de algunos soldados de su campo que eran y habian sido traidores, y se habian hallado en el Pirú en muchos motines contra el servicio de Su Majestad, algunos de los cuales habian venido á esta jornada á más no poder, que andaban huyendo y escondidos por delitos y traiciones que habian cometido, y tuvieron por último remedio venirse á ella por se desviar de las justicias que los buscaban, y otros que deseosos de los dichos motines habian venido á esta jornada porque públicamente se dijo en el Pirú que el Gobernador Pedro de Orsúa no juntaba gente para jornada, sino para revolver sobre el Pirú por concierto hecho con el Visorrey, lo cual fué falsedad y mentira, como se ha visto y dicho; y estos tales, por desechar de sí la carga y trabajo de la jornada, y deseosos de volver al Pirú, andaban buscando y inventando cómo lo podrian hacer; y porque todos éstos que digo eran gente baja y de poca suerte, y los más oficiales de oficios bajos, no teniéndose ninguno dellos por suficiente para ser capitan y cabeza á quien la gente obedesciese de buena gana, se concertaron con don Fernando de Guzman, que era Alférez general del campo, que allende de ser caballero era tenido por virtuoso y bien quisto entre ellos, porque era vicioso y amigo de su opinion, y pusiéronle por delante la prision de un su criado, mestizo, que el Gobernador habia mandado prender, como arriba se ha dicho; cosa cierta bien liviana, aunque ellos la estimaron mucho, diciendo que habia sido grande afrenta que el Gobernador le habia hecho, siendo él caballero y Alférez general del campo, y que no eran hombres los que no sentian esas cosas; y lo que más le movió fué la ambicion y cudicia de mandar, porque le prometieron que seria General y cabeza de todos, aunque primero intentaron juntar cincuenta ó sesenta amigos de su opinion, y una noche, con las más armas que pudiesen haber, alzarse con los navíos y salirse á la mar, y de allí al Pirú; mas [1] Lope de Aguirre y un Lorenzo Çalduendo [2] fueron de parecer que mejor era matar al Gobernador y alzarse con todo, y así lo acordaron y determinaron, y que siendo el don Fernando general y cabeza, podrian buscar la tierra y poblarla, y que esto seria antes hacer servicio al Rey, por el gran descuido que el Gobernador llevaba en el descubrimiento, que no ir contra el servicio real [3]; y esto todo lo hacian al fin que el don Hernando, como hombre que era en obligacion al Gobernador, no les malease y diese parte del negocio al Gobernador, y ansí le aseguraban para entender dél lo que decia, pero no para que poblasen, sino huirse ó matar al Gobernador, porque, cierto, fué la mayor traicion que en el mundo se ha hecho la que don Fernando hizo al Gobernador, por la mucha y antigua amistad que con él tenia, que era tanta, que ni comia el uno sin el otro, y dormian muchas veces juntos, aunque tuviesen cada uno su cama, que era cosa no de creer la grande

[1] mas el tirano.—[2] de Salduendo —[3] El J. 136 suprime todo lo que sigue hasta acabar el párrafo.

hermandad y amistad que Pedro de Orsúa mostraba al don Fernando, así por obras como por palabras, que no *se* podia creer que tal traicion hobiese hecho hombre con otro que, como ellos, se hobiesen tratado con tanta amistad.

Agora trataremos de cómo se comenzó á urdir la muerte al Gobernador, que es de esta suerte. Partió el Gobernador deste pueblo de Machifaro, bien sin cuidado de lo que se ha dicho, pasada la Pascua de Navidad, y fué aquel dia á otro pueblo desta provincia, adonde determinó enviar á un Sancho Pizarro con cierta gente á descubrir un camino que allí hallamos, que parescia ir la tierra adentro, y allí esperó al dicho Sancho Pizarro. Estaba este pueblo alzado, sin gente, por temor de nosotros, y en lo que aquí nos detuvimos acabaron los conjurados de concertar esta maldad, y la efectuaron en la noche de año nuevo, dia de la Circuncision del Señor y primero del año de mil y quinientos y sesenta y uno, á dos ó tres horas de la noche, juntándose con el dicho don Fernando hasta doce destos traidores, dejando prevenidos otros sus amigos y secuaces, que en oyendo su voz y apellido acudiesen con sus armas; y fueron al aposento del Gobernador [1], adonde le hallaron hablando con *un* su amigo que se decia Pedrarias de Almesto, echados en sus camas cerca el uno del otro, porque se fiaba mucho dél y siempre habia sido su allegado y privado, y entraron los dichos traidores, y como vido el Gobernador que venia gente, volvió el rostro hácia ellos, que estaba en una hamaca, y les dijo: «¿qué es esto, caballeros, á tal hora por acá?» Y respondiendo uno que se decia Juan Alonso de la Bandera, dixo: «agora lo vereis»; y le dió con una espada á dos manos por los pechos, que lo pasó de una parte á otra, y luego segundó don Fernando y los demás que con él iban; y como vido el Pedrarias, que con él estaba, que lo mataban, comenzó á dar voces: «¡qué traicion es ésta, caballeros!» y echó mano á su espada para defender al Gobernador, y anduvo un rato, hasta que le amenazaron que diese las armas y no le matarian, y el Pedrarias, viendo ser por demás, les dió las armas, y al Gobernador le dieron muchas estocadas y cuchilladas hasta que lo mataron; y llevando rendido con ellos al dicho Pedrarias de Almesto, se les huyó por el temor que tuvo que lo matarian por haber sido amigo de Pedro de Orsúa; y ansí ellos quedaron dando grandes voces diciendo: «viva el Rey, que nuestro es el tirano», y esto duró un buen rato, todo á fin que la gente de todo el campo acudiese á la voz de «viva el Rey», para que despues de todos juntos supiesen y entendiesen su gran traicion, la cual hasta allí la encubrian con la voz del Rey, y la gente fué toda junta, ó casi toda. Luego fueron parte de los del motin á matar á don Fernando de Vargas, su Teniente del Gobernador, al cual toparon en el camino saliendo de su bohío, que venia al ruido, armado con un escaupil y su vara en la mano, á saber qué cosa era aquélla; y llegado que fué á ellos, diciéndole palabras feas le quitaron la vara y le mandaron desarmar, y estándolo desarmando [1] un Juan de Vargas, canario, que era compañero de los tiranos, habiéndole quitado la una manga del escaupil, y estándole quitando la otra, llegó por detrás un Martin Perez, compañero déstos en la traicion, y le dió una estocada al dicho don Juan de Vargas que le pasó todo el cuerpo [2], y con la sobra de la espada que pasó de la otra parte hirió malamente á Juan de Vargas, canario, que estaba pegado con él desarmándole, de manera que de un golpe ainas los matara ambos; y luego tuvieron por apellido libertad; y como venia gente á ver lo que era, los traidores hacian poner la gente en escuadron con grandes amenazas; y luego se publicó la muerte del Gobernador y su Teniente, sin que ninguno supiese quién ni cuántos habian sido en matar el dicho Gobernador, antes cada uno pensaba en sí y creia que la mayor parte del campo habia sido en ello, y cuando se vino á entender, ya los traidores tenian muchos amigos y allegados de su bando, y deseosos como ellos de revueltas y motines y de volver al Pirú luego. Parte destos traidores fueron luego por las plazas, casas y aposentos del campo, y hacian venir por fuerza á toda la gente del escuadron, donde juntaron todo el campo y desarmaron y quisieron matar á algunos amigos y parientes y paniaguados del

[1] y hallándole solo, como solia estar, acostado en su cama, le dieron muchas estocadas y cuchilladas, y él se levantó y quiso huir, y cayó muerto entre unas ollas en que le guisaban de comer. Quisieron decir que el primero que le dió herida y entró delante de todos, fué un Alonso de Montoya, á quien él habia tenido preso por dos ó tres motines que habia querido hacer para huirse con gente, y se lo habian averiguado, y fuera más acertado haberle colgado, pues lo habia merecido. Desque hubieron muerto al dicho Gobernador, dieron grandes voces diciendo: «¡Libertad! ¡libertad! ¡Viva el Rey! ¡Muerto es el traidor tirano!» Queriendo encubrir su traicion y maldad con la voz del Rey, y porque no se entendiese hasta tener hecho su hecho. Y luego, parte destos traidores fueron á muy gran priesa á matar á don Juan de Vargas.

[1] habiéndole quitado la una manga del escaupil.—
[2] El J. 136 no menciona lo de Juan de Vargas.

Gobernador [1]; y luego, con palabras de seguro salió el dicho Pedrarias de Almesto y le trajeron á don Fernando, y no consintió que lo matasen, antes mandó que le tuviesen respeto, porque habiendo sido amigo del Gobernador habia hecho bien en ayudarle, y que otro tanto querian ellos que hiciesen sus amigos por ellos cuando se ofreciese; pero que se anduviese sin armas hasta que fuese tiempo de volvérselas; y luego aquella noche llamaron General á don Fernando, y á Lope de Aguirre Maese de campo, y no consintieron que la gente del escuadron hablase quedo, sino á voces, y así lo mandaron, y quisieron matar algunos porque hablaban al oido; y luego sacaron cierto vino que el Gobernador traia para misas y para necesidades, y entre ellos y la gente del campo que estaba en el escuadron se lo bebieron aquella noche. Ciertos negros que eran del Gobernador, por mandado de doña Inés hicieron un hoyo grande y enterraron al Gobernador y su Teniente don Juan de Vargas, juntos, y los traidores se estuvieron hasta la mañana en escuadron.

Antes de la muerte del Gobernador acaecieron algunas cosas dignas de saber, y fué que cinco dias antes que lo matasen, un Comendador de Sant Juan, llamado Juan Nuñez de Guevara, muy amigo del Gobernador, hombre de bien, viejo, persona de crédito, que venia por soldado del campo, viniendo una noche, ya tarde, paseándose á la puerta de un bohío donde él posaba, por causa del calor grande que hacia (estaba este bohío el más cercano que ninguno otro de donde posaba el Gobernador, que era en el pueblo de las Tortugas), vió pasar por detras del bohío del dicho Gobernador un bulto como de persona, que dijo en una voz no muy alta: «¡Pedro de Orsúa, Gobernador del Dorado y Omagua, Dios te perdone!» Y el dicho Comendador fué á gran priesa á conoscer quién habia dicho aquéllo, y dijo que delante de los ojos se le deshizo el bulto y no vió nadie. Y luego, otro dia, comunicólo con algunos amigos suyos, y hechos sobre ello algunos juicios concluyeron que el Gobernador á la sazon estaba malo y que podria morir de aquella enfermedad, y no se lo osaron decir porque no tomase alguna imaginacion desto. Oso escribir esto, porque tuve al dicho Comendador por hombre de bien, y que en esto diria la verdad.

Lo otro fué, que un negro llamado Juan, que era primero esclavo de Juan Alonso de la Bandera, uno de los que fueron á matar al Gobernador, y aun el más principal, como he dicho atras, este su negro entendió el dia que le mataron el trato que su amo y los demas con él traian para lo matar, y aquella tarde, casi noche, un poco antes que vinieran á efectuar su traicion, fué á avisar al Gobernador de ello, y halló á Pedro de Orsúa que estaba con doña Inés, y no le pudo hablar; y porque su amo no entendiese en lo que andaba, se volvió luego y dejó dado aviso á otro negro que era del Gobernador, llamado Hernando, para que se lo dijese, el cual se descuidó, ó se le olvidó y no se lo dijo, ó no quiso decírselo; y desde á pocos dias, despues de muerto el Gobernador, lo supieron los tiranos, y los mismos negros se lo descubrieron y quisieron matar al dicho negro Juan primero, y porque trabajaba en la obra de los bergantines que hicieron no lo mataron, y diéronle más de quinientos azotes amarrado á un palo en una plaza, delante de todo el campo, manifestando á todos la causa por que lo azotaban.

Acaeció mucho antes desto otra cosa, de la cual yo, como testigo de vista, hago afirmacion, y fué que antes que el Gobernador se echase el rio abajo, estando en los Motilones, un caballero principal del Pirú, llamado Pedro de Añasco, y que habia sido muchas veces capitan del Rey, y éste, como hombre de experiencia, conociendo los ánimos levantados de algunos soldados del campo de dicho gobernador Pedro de Orsúa, que era muy grande amigo suyo, le escribió una carta, la cual yo vi, diciéndole en ella que por diez hombres menos no habia de dejar de hacer su jornada; que le rogaba ahincadamente que no metiese consigo á ciertos soldados de los que allá tenía; que los echase luego fuera, que le parescian bulliciosos y desasosegados, y que no convenia que los llevase [1]. Y asimismo en este mismo tiempo

[1] Falta en el J. 136 lo que sigue hasta las palabras «y luego aquella noche llamaron General á D. Fernando».

[1] Desde aquí hasta las palabras «oso afirmar que hoy dia no fuera muerto, etc.,» sustituye el códice J. 136 el texto que damos con lo siguiente:

y que no convenía que los llevase, y que si se le hacia de mal echallos fuera, por ser soldados pobres, llevando tan rica noticia de la tierra, que los enviase á su casa dél, que para entonces él partiria con ellos la capa, y que despues de descubierta la tierra les podria hacer merced; y particularmente nombraba á Salduendo y á Lope de Aguirre y á Juan Alonso de la Bandera, y á otros que fueron principales causadores de su muerte, que si á éstos les hubiera echado fuera, tengo por cierto que no hubiera quien se atreviera á matalle. Lo que el Gobernador respondió á esta carta, no lo ví ni supe, mas que sólo á uno de los nombrados en ella echó fuera, y á los demás llevó consigo, que despues le dieron la muerte. Ansimismo este caballero le escri-

vinieron cartas del Virrey, marqués de Cañete, con seis provisiones firmadas de su nombre y refrendadas de su Secretario, para que en ellas pusiese el nombre del que quisiese echar fuera, y *lo* traian en blanco para poder señalar el Gobernador el que él quisiese. Decian los mandamientos que, visto aquello, saliesen á verse con el Virrey, por cuanto tenian cosas que tratar con ellos, y muy convenientes al servicio de Su Majestad, y esto era á fin de que aquellos á quienes el Gobernador señalase, no se escandalizasen ó alborotasen, y porque no tomasen sospecha que eran tenidos por hombres de mal vivir. Y el Gobernador, como hombre que no tenia experiencia de los negocios y condiciones de la gente del Pirú, y sus muy dañadas voluntades que siempre éstos que le mataron habian tenido, siendo ya dado aviso de sus ruines mañas, no quiso el buen Gobernador hacerles mal, antes les hizo mostrar las provisiones que le eran enviadas, y los nombres en blanco dellas, puestos todos ellos, para echarles cargo de que les queria bien y que lo tuviesen por amigo de todos: que, como testigo de vista y que fuí yo á mostrárselas á todos y decirles la merced que el Gobernador les hacia, puedo tratar desto, aunque siempre fuí de diferente opinion en esto de que quedasen, sino que los hiciese volver á Pirú, porque decia yo que quien hacia una traicion haria trecientas; pero el Gobernador respondia que antes seria al revés, y que por enmendar lo pasado servirian bien en la guerra y procurarian de acreditarse; y al fin, á ruego de sus amigos hobo de echar fuera á un don Martin de Guzman, no porque este caballero hubiese hecho nada contra el servicio de Su Majestad, mas por parescerle que tenia valor para tener amigos, y que éstos le podrian pegar parte de sus mañas y hacerle torcer de lo que fuese razon, como he mostrado del don Fernando de Guzman, que en tal paró; y el buen Gobernador murió confiado de su mucha bondad, y por no creer á sus amigos, porque luego respondia que él no hacia mal á ningun soldado, ni les decia palabras de afrenta como otros capitanes; y que si andaban descontentos y decian mal dél, no era por la ocasion que él les daba, sino por el trabajo que con la guerra traian; y esto respondia á los que en esto le trataban, diciéndole que se guardase, que andaban desvergonzados, porque, en efecto, hubo un su muy amigo, y que siempre mostró con obras serlo, que se decia Pedrarias, que *le dijo que* mirase por sí, porque si no cortaba cuatro cabezas, no ternia su campo seguro, y su vida y las de sus amigos perdidas, y que cada dia habia más desvergüenzas en su campo; y á esto respondió, estando en cierta consulta con un clérigo y otros dos viejos de quien él se fiaba, que él miraria aquello y daria la órden que mejor le pareciese; y mediante esta respuesta se fueron todos á sus posadas, y él nunca puso remedio en ello, y estos traidores efectuaron su maldito deseo; porque si el buen Gobernador hiciera cualquiera cosa destas que habemos tratado, oso afirmar que hoy dia no fuera muerto, ó, á lo menos, de la manera que murió; y la tierra, si alguna hay, fuera descubierta, y sus amigos y servidores de Su Majestad que allí íbamos, no hubiéramos padescido tantos trabajos y riesgos de nuestras vidas, y se excusaran todos los daños subcedidos. Mas el buen Gobernador, con su buen ánimo y sana condicion nunca pensó que pudiera subceder cosa de las dichas, porque de creer es que si lo imaginara pusiera remedio en ello como cristiano y servidor de Su Majestad que siempre fué.

Al principio desta relacion se dijo cómo el gobernador Pedro de Orsúa era caballero, y del reino de Navarra; agora trataremos aquí algo de su persona, condicion y costumbres. Era Pedro de Orsúa mancebo de hasta treinta y cinco años, de mediana disposicion y algo delicado, de miembros bien proporcionados para el tamaño de su persona. Tenia la cara hermosa y alegre, la barba çaheña [1] y bien puesta y poblada. Era gentil hombre y de buena prática y conversacion, y mostrábase muy afable y compañero con sus soldados. Presciábase de andar muy polido, y ansí lo era en todas sus cosas. Parescia que tenia gracia especial en sus palabras, porque á todos los más que comunicaba atraia á su querer y voluntad; trataba á sus soldados bien y con mucha crianza. Fué más misericordioso que riguroso. Era extremado en aventajarse de entender en la gineta y la brida, porque siempre lo mostró ser muy ga-

bió otra carta rogándole que porque la ida alia de doña Inés, su amiga, era cosa escandalosa, y de que á todos sus amigos les pesaba, que le rogaba mucho diese consentimiento á que él hiciese quedar á la dicha doña Inés, que aún no estaba dentro en los Motilones, y que para esto él se daria buena maña, que ella ni nadie no entendiesen que el Gobernador habia sido causa de su quedada, que él lo tomaba á su cargo, y que no queria más de saber que á él no le pesaba dello. Yo vide ansimismo esta carta, y el Gobernador no respondió á ella, antes invió persona que llevase la dicha doña Inés con toda la brevedad posible. Fueron estas dos cosas que, si entrambas ó cualquier dellas el Gobernador hiciera, oso afirmar que nunca sucediera lo que.

[1] taheña.

lan caballero, porque muchos que lo entendian le reconocian ventaja en esto. Sobre todo sirvió bien á Su Majestad, bien y fielmente, sin que en él se hallase cosa en contrario, ni aun en el pensamiento, segun lo que en él se conoció. Mientras tuvo estas condiciones arriba dichas fué siempre bien quisto y amado de todos; pero como dicen que pocos de los mortales viven sin falta, entre estas virtudes tuvo algunos vicios y resabios, aunque se creyó que doña Inés, su amiga, le hizo tomar los más dellos; aunque muchos que le habiamos más entendido su condicion, no podiamos creer sino que su enfermedad era causa de haberse mudado, sino que como sean tantos los que iban, y cada uno de diferente condicion y opinion, unos decian tener la culpa doña Inés, su amiga, y otros su enfermedad, porque, cierto, hasta que anduvo indispuesto no habia hecho mudanza en su buena condicion, y habia harto tiempo tratado con la doña Inés. Hágalo una cosa ú otra, parescia en alguna manera codicioso, aunque cuando era menester era largo en dar y más en prometer. Si tenia necesidad de alguno hacíale grandes ofertas y promesas, y desde que le tenia donde no se podia desasir y hecho todo lo que pretendia, no cumplia todo lo que prometia, aunque este vicio es comun á los capitanes por la mayor parte de Indias; y si via alguna cosa ó presea buena á algun soldado de los suyos, luego se lo cudiciaba y trataba ferias y procuraba haberla en su poder. Fué en alguna manera ingrato á sus amigos y á los que le habian servido ó hecho por él. Usaba poco la caridad con los enfermos ó necesitados; pocas veces los visitaba. Guardaba los enojos y rencores por mucho tiempo, y habíase hecho remiso y descuidado en la buena gobernacion y disciplina de su campo y armada, y mal acondicionado y desabrido, tanto, que los que primero le conociamos deciamos unos con otros que no era posible que fuese Pedro de Orsúa ó que estuviese en su libre juicio. Finalmente, era muy enamorado y dado á mujeres, aunque honesto en no tratar en ellas, ni loarse de lo que en semejantes negocios acaesce á muchos. Vivió sólo tres meses y tres [1] dias desde que se embarcó en el astillero hasta que le mataron. Embarcóse á los veinte y seis de septiembre de mil y quinientos y sesenta y un años. Los que aquella noche se hallaron en matar á Pedro de Orsúa, Gobernador, y á su teniente don Juan de Vargas, segun lo que [2] yo vide por vista de ojos, porque me hallé con el Gobernador, y es muy cierto, porque demas desto, ellos despues se loaban dello, son los siguientes:

Don Fernando de Guzman, Juan Alonso de la Bandera, Lorenzo de Salduendo, Alonso de Montoya, Miguel Serrano de Cáceres, Pedro de Miranda, mulato; Pero Hernandez, Martin Perez, Diego de Torres, Cristóbal Fernandez, Alonso de Villena, Juan de Vargas, canario, y el cruel tirano Lope de Aguirre, cabeza y inventor de maldades.

Pasada aquella noche, otro dia, por la mañana, entraron en consulta todos los matadores del Gobernador, con otros muchos que se habian ya convidado y hecho sus amigos y aliados, y hicieron más capitanes y oficiales de guerra que soldados habia en el campo. Don Fernando de Guzman, que era ya nombrado General, y Lope de Aguirre, maese de campo; Juan de la Bandera, capitan de la guarda; Lorenzo de Çalduendo y Cristóbal Fernandez y Miguel Serrano, capitanes de infanteria; Alonso de Montoya, capitan de á caballo, y Alonso de Villena, alférez general, y á Pedro de Miranda, mulato, alguacil mayor, y á Pedro Fernandez, pagador mayor. Todos éstos fueron los que aquella noche mataron á su buen Gobernador; y destos dejaron sin cargos, por entonces, á Martin Perez y á Juan de Vargas, canario. Fuera destos hobo otros que aunque no se hallaron en la muerte del Gobernador, se confederaron con los matadores y tomaron cargos y oficios en campo, que fueron Sebastian Gomez, piloto portugués, capitan de la mar, y el comendador Juan de Guevara, y Pedro Alonso Galeas, capitan de infantería; Alonso Enriquez Orellana, capitan de municion; Miguel Bovedo [1], almirante de la mar. Hicieron á un Diego Valcazar justicia mayor del campo, el cual, al tiempo que le dieron la vara, dijo que la tomaba en nombre del rey Don Felipe, nuestro señor; aunque esto que dijo supo mal á los tiranos, y él mostró haberse arrepentido de haberlo dicho por el temor de que le hicieran pedazos; mas los tiranos por entonces disimularon con él, porque aún no estaba declarado entre ellos contra el real servicio, antes les parescia que buscarian la tierra y que harian servicio á Su Majestad y serian perdonados, como más largo trataré luego. Y desde á dos dias vino Sancho Pizarro, que es el que el gobernador Pedro de Orsúa habia enviado á descubrir un camino, como se ha dicho, el cual, ni ninguno de los que con él fueron, supie-

[1] y seis.—[2] segun lo que se supo, fueron los siguientes:

[1] Boveda.

ron cosa de las pasadas hasta que volvieron al campo, que los dichos tiranos tuvieron puestas guardas pública y secretamente para que ninguno pudiese darles aviso de lo sucedido; y llegado el dicho Sancho Pizarro, lo hicieron los tiranos sargento mayor, el cual habia hallado en unas montañas unos dos pueblezuelos la tierra adentro.

En esta junta, la mayor parte de los oficiales y capitanes del campo, ansí de los matadores del Gobernador como de los demas aliados, fueron de acuerdo y parescer que se debia buscar la tierra y noticia que Pedro de Orsúa traia, y que la debian buscar y poblar, y que por este servicio Su Majestad perdonaria los matadores del buen Pedro de Orsúa, y que para eso debian hacer una informacion con los más principales del campo, de cómo Pedro de Orsúa iba remiso y descuidado en buscar la tierra, y que no la pretendia buscar ni poblar, y otras mentiras y maldades; y que conforme á esto, todos los del campo diesen su parecer, firmado de todos, y que esto se guardaria para su descargo cuando fuese tiempo; y el tirano Lope de Aguirre y otros de su opinion callaron por entonces y no dieron parescer en ello, y los que más esto procuraban eran don Fernando de Guzman, y Alonso de Montoya y Juan Alonso de la Bandera. Fecha y puesta dicha informacion como ellos la quisieron pintar, para la autorizar con las firmas y paresceres de todo el campo, firmó primero don Fernando de Guzman, general, y el segundo, Lope de Aguirre, maese de campo, el cual puso en su firma: Lope de Aguirre, traidor; y mostrándolo á los otros dijo: «¿qué locura y necedad era aquella de todos que, habiendo muerto un Gobernador del Rey, y que llevaba sus poderes y representaba su persona, pensaban por aquella vía quitarse de culpa? que todos habian sido traidores, y que, dado caso que hallasen la tierra, y que fuese mejor que el Pirú, que el primer bachiller que allá viniese les cortaria las cabezas á todos; que no pensasen tal, sino que todos vendiesen sus vidas antes que se las quitasen; que buena tierra era el Pirú, y buena jornada, y que allá tenian muchos amigos que les ayudarian, y que esto era lo que á todos convenia». A lo cual replicó un Villena, alférez general, uno de los que fueron en matar al Gobernador, diciendo que Lope de Aguirre decia bien y la verdad, y que no convenia otra cosa, y que quien al General, su señor, aquello le aconsejaba, no era su amigo ni servidor. A lo cual respondió Juan Alonso de la Bandera y dijo: «que matar al general Pedro de Orsúa no habia sido traicion, sino servicio del Rey, porque no queria ni pretendia buscar la tierra, trayendo tanta y tan buena gente, y habiendo gastado Su Majestad tantos dineros de su caja; y que quien á él le dijese traidor, que mentia, y que él se lo haria bueno y se mataria con él». Y los de la opinion de Lope de Aguirre quisieron responder á esto, pero su General y otros capitanes se pusieron de por medio y los apaciguaron. El Juan Alonso tornó á [1] decir que hiciesen lo que quisiesen, que no pensasen que lo decia de miedo, que tan buen pescuezo tenia como todos; y así cesó por entonces esta informacion, y los demas del campo se inclinaban al Pirú.

Desde á cinco ó seis dias que fué muerto el Gobernador partieron los tiranos de aquel pueblo donde le mataron, y así [2] se quedó la otra chata, y nos quedó solamente la *en* que traíamos los caballos, y aquel dia llegaron á otro pueblo despoblado de gente, y tenian solos los bohíos sin nada; y aquella noche, los que eran de opinion de volver al Pirú barrenaron y quebraron la chata de los caballos, y se anegó, y así por esto como porque habia buen aparejo de madera para hacer ciertos navíos, en que determinaron de ir al Pirú, pararon allí, donde se detuvieron casi tres meses en hacer dos bergantines. Andaban en la obra cuatro oficiales españoles, carpinteros y aserradores, y todos los más españoles del campo ayudaban á la obra, cada dia tantos. Habia muchas azuelas y sierras, y otras muchas herramientas que el Gobernador traia para cuando fuesen necesarias para hacer navíos, y habia alguna brea y clavazon, aunque poca. En este tiempo pasamos gran hambre, porque no hallamos en este asiento más de la yuca brava de las sementeras, y para se poder comer se habia de hacer cacabi, y para lo hacer habia muy poco servicio, que casi todo se nos habia muerto, y las sementeras estaban lejos; íbase por la yuca en canoas, y atravesábase el rio por allí, que tiene una legua de ancho, en que se trabajaba mucho. En pesquerías no se podía tomar ningun pescado, y nuestro principal mantenimiento fueron frutas del monte, que allí hallamos, como eran hobos y caimitos, y chatos y guanabanas, y

[1] tornó á repetir sobre el negocio, por ser buen soldado y brioso, y no faltaron malsines que indignaron al Lope de Aguirre, diciéndole la afrenta que se le habia hecho á él; y á esta causa, de allí por delante, procuró la muerte al dicho Juan Alonso con toda instancia, aunque no de persona á persona, por ser el Juan Alonso muy buen soldado y para más que el dicho Aguirre; y como lo pensó lo puso por obra, y estando un dia el Juan Alonso en casa de D. Fernando de Guzman jugando á los naipes.—[2] Allí.

otras frutas de diversos géneros. Comiéronse aquí los caballos y todos los perros del campo, y algunos comieron gallinazas.

Desde á pocos dias que allegamos á este pueblo, todos los tiranos se concertaron ir al Pirú á le tiranizar, si pudiesen. Aquí mató el cruel tirano Lope de Aguirre á García de Arce, porque había sido amigo del gobernador Pedro de Orsúa, y quiso matar á Diego de Valcazar, que dijimos que habian hecho justicia mayor los tiranos despues de muerto el gobernador Pedro de Orsúa, y que dijo que tomaba la vara en nombre del rey Don Felipe, nuestro señor, al cual le habian ya quitado el cargo; y llevándolo á matar el Maestre de campo Lope de Aguirre y otros, á media noche, desnudo en camisa, que le sacaron de la cama en que estaba acostado, él se huyó, y porque tuvo por cierto que le querian matar echó á huir y se les soltó, é iba dando voces, diciendo: «¡viva el Rey, caballeros!» para turbar y temer á los que iban tras él; y por huir desta muerte se despeñó de una barranca muy alta, y bien descalabrado y herido se escondió en un monte; y otro dia don Fernando le envió á buscar y le aseguró la vida sobre su palabra, y así volvió al campo y se escapó por entonces. Mataron aquí en este pueblo á Pedro de Miranda, mulato, alguacil mayor, y á Pedro Hernandez, su pagador mayor, que habia sido con ellos en la muerte del Gobernador Pedro de Orsúa, porque dijeron en el campo que pretendia matar á su general don Fernando y ciertos capitanes, no sé á que efecto; y lo que desto se cree es que comenzaba ya á venir el castigo del cielo sobre los matadores de Pedro de Orsúa, que poco á poco se ejecutó en ellos hasta que no quedó ninguno, porque lo que destos dos se dijo fué mentira. Y luego proveyeron otros dos en los dichos oficios: de alguacil mayor á Juan Lopez Cerrato, y el de pagador á Juan Lopez de Ayala. En este pueblo hizo don Fernando su teniente general á Juan Alonso de la Bandera, el cual, con Lope de Aguirre, maestre de campo, se encontraba en los mandos, y lo que el uno mandaba queria el otro estorbar, y habia competencias entre los dos, y aun entre los más de los soldados del campo, sobre cuál de los cargos era más preeminente, de que se causó gran enemistad entre los dos, y bandos, y prevaleció y pudo más por entonces Juan Alonso de la Bandera; y así su general don Fernando quitó el cargo de Maestre del campo á Lope de Aguirre, y lo dió luego á Juan Alonso, junto con el de Teniente general que de antes tenia, y dieron la capitanía de la guardia á Lorenzo de Çalduendo, y á Lope de Aguirre hicieron capitan de á caballo. Muchos amigos de don Fernando y oficiales de su campo eran de parescer que matasen á Lope de Aguirre, pues que le habian quitado el cargo, porque era mal hombre, bullicioso y tenia muchos amigos; pero don Fernando no lo consintió, antes, por asegurar y contentar al dicho Lope de Aguirre, que andaba alborotado y se quejaba que le habian quitado el cargo, le prometió que no entraria en Pirú sin que primero le volviese el cargo de Maestre de campo, y que llegados, le prometia que casaria una hija mestiza que Lope de Aguirre tenia allí consigo con un su hermano que se llamaba don Martin de Guzman, que estaba en Pirú. A la moza puso luego don, y le dió una ropa de seda muy rica, que era del Gobernador, y otras joyas, y la comenzó á tratar como cuñada.

Pasadas estas cosas que habemos dicho, cada dia crecia más la enemistad entre Lope de Aguirre y Juan Alonso de la Bandera, y el Lope de Aguirre vivia muy temeroso y recatado porque no le matase, y siempre armado secretamente él y todos sus amigos, y el Juan Alonso lo quiso matar algunas veces, segun se dijo, y no osó, porque siempre le hallaba á recaudo y bien acompañado. Y en este tiempo creció mucho la soberbia de Juan Alonso de la Bandera, de manera que se dijo por cosa cierta que, no contento con ser Teniente general y Maestre de campo, y la segunda persona, quiso ser primera y matar á su general don Fernando y serlo él, y hacer á un Cristóbal Hernandez, muy su amigo, Maestre de campo. Que ello fuese ansí ó no, ello se dijo, y Lope de Aguirre *y otros* se lo dijeron y hicieron creer á don Fernando, y el que más en esto insistió fué Lorenzo de Çalduendo, capitan de la guardia, que estaba mal con el dicho Juan Alonso y competian los dos en amores de la doña Inés que habia sido amiga del Gobernador, y entre todos ellos se determinó que habian de matar á Juan Alonso y Cristóbal Fernandez; y un dia que el Juan Alonso estaba en casa de don Fernando, su General [1], jugando á los náipes, y Cristóbal Fernandez con él, el cual juego habia ordenado don Fernando á efecto que se descuidasen allí y los matasen, como lo hicieron: que en este tiempo, siendo avisado entre él y Lope de Aguirre, con ciertos amigos suyos armados, y con arcabuces, y el don Fernando tenia tambien apercibidos

[1] Falta en el J. 136 lo comprendido entre el párrafo que comienza: *Desde á cinco ó seis dias*, hasta las palabras: *y un dia que el Juan Alonso estaba en casa de don Fernando.*

otros que estaban allí dentro, y ellos y Lope de Aguirre y sus amigos los mataron á estocadas y lanzadas y arcabuzazos; y luego quedó Lope de Aguirre por maestre de campo, como lo era, y don Fernando hizo capitan de infantería, en lugar de Cristóbal Hernandez, que antes lo era, un Gonzalo Guiral [1], muy su amigo y de su tierra. Con todas estas revueltas, siempre se entendia con gran priesa en la obra de los bergantines.

En este asiento mataron los indios á Sebastian Gomez, capitan de la mar, y á un Molina, y á otro Villareal, y á otro Pedro Diaz, y á un Mendoza, y á otro Anton Rodriguez, andando fuera de campo á buscar de comer y á pescar, porque los dichos tiranos dieron la causa que estando los indios de aquella provincia de Machifaro ansí de paz, y que venian á rescatar con nosotros, los tiranos, por servirse dellos, los engañaron y hicieron con maña y halagos meter en unos bohíos más de cincuenta dellos en achaque de los querer ver don Fernando, y estando dentro los mataron [2] todos y los cercaron y echaron en prisiones; los cuales, desde á cuatro ó cinco dias eran todos huidos, que no quedó casi ninguno dellos, y con esto se alzaron y mataron los dichos seis soldados; y no sólo se siguió este daño, sino otros muchos, que no volvieron más á rescatar con nosotros y padesciamos todos necesidad de comida, que ellos primero nos la traian á trueque de bien poco rescate, y de noche nos hurtaban las canoas, y no osábamos salir del campo sino muchos juntos á buscar comida, y primero salian cuatro ó cinco solos. Tambien se dijo y tuvo por cierto que Lope de Aguirre, pareciéndole que la gente se podian huir algunos en las canoas, que teníamos muchas y muy buenas, y que siendo así no podria haber efecto su dañada intencion, él mismo, de noche, encubiertamente, desataba las canoas y las echaba el rio abajo, y publicaba que los indios las hurtaban; y que lo hiciese él ó los indios, en pocos dias, de más de ciento y cincuenta [3] canoas que teniamos, no nos quedaron veinte, las más ruines.

En este tiempo, por consejo del tirano Lope de Aguirre, quiso don Fernando de Guzman que todo el campo le tuviese [4] por General, y para esto, teniendo prevenidos sus amigos y aliados, mandó juntar toda la gente del campo en una plaza, junto á su posada, y estando junta la gente, y el tirano Lope de Aguirre con sus amigos, y los de don Fernando armados, el don Fernando de Guzman les hizo un razonamiento de la forma siguiente:

«Señores: muchos dias ha que he deseado tratar con vuestras mercedes lo que agora quiero hacer, y es que yo tengo este cargo de General, como vuestras mercedes saben, y no sé si contra la voluntad de algunos, para lo cual, y para que entre nosotros haya más conformidad, yo, desde agora, dejo el cargo y me desisto dél, y lo mismo harán estos señores oficiales para que vuestras mercedes libremente lo den á quien mejor les paresciere, que sea en provecho y conformidad de todos». Y dicho esto, hincó en el suelo una partesana que tenia en la mano, en señal que se desistia del cargo, y lo mismo hicieron sus oficiales. Luego, los amigos del dicho don Fernando, primero, y tras ellos la mayor parte del campo, dijeron que querian por su General á don Fernando de Guzman, y el don Fernando lo aceptó y dió por ello las gracias, y les dijo que cada uno dijese su parecer y sin ningun temor; que el que quisiese seguir la guerra del Pirú, en que él y sus compañeros estaban determinados, habia de firmar y jurar de la seguir y obedescer á su General y capitanes en lo que se les mandase; y que si fuesen tantos que pudiesen y quisiesen buscar la tierra y poblarla, que él los dejaria con un caudillo que ellos escogiesen; y que si fuesen pocos, que él los sacaria á la primera tierra de paz, donde se podrían quedar, que él los aseguraba á todos, bajo su fe y palabra, que no recibirian daño por lo que dijeren. Todos los del campo, y algunos, á más no poder, por temor que tenian que no los matasen firmaron y juraron la guerra del Pirú, salvo algunos que disimuladamente se quedaron sir fimar, [1] que estos fueron pocos criados y muchos inútiles y..... [2].

Otro dia despues se juntaron en casa de don Fernando, su General, el Maestre de campo y los capitanes y oficiales de la guerra, y habiendo dicho misa un clérigo que se llamaba Alonso de Henao, en presencia de

[1] Guiral de Fuentes.—[2] los tomaron todos y los cercaron.—[3] de más de cien canoas.—[4] le tuviese y eligiese.

[1] ..... porque los tiranos no se acordaron dellos. Hubo en esta junta tres soldados, los cuales dijeron clara y abiertamente á los tiranos que no los querian seguir en nada contra S. M.; que fué el uno Francisco Vazquez; el otro un Juan de Cabañas, y un Juan de Vargas Zapata, y no quisieron firmar ni jurar. Luego los dichos tiranos y su General dijeron á los dichos tres soldados que, pues ellos no queriau seguir la guerra, que no habian menester armas, y ansí se las quitaron, y les mandaron que de ahí por delante no las trajesen.—[2] Hay en el ms. una palabra ilegible.

todos, acabada la misa, el dicho clérigo les tomó á todos estos oficiales juramento muy solemne sobre una ara consagrada y un libro de los Evangelios, en que pusieron sus manos, y juraron que unos á otros se ayudarian y favorescerian y serian unánimes y conformes en la guerra del Pirú que tenian entre manos, y que entre ellos no habria revueltas y rencores, y que no irian unos contra otros, á pena que el que esto no hiciese y lo quebrantase, no pudiese ser absuelto sin ir á Roma; y esto se hizo por las revueltas pasadas que habian habido entre Juan Alonso de la Bandera y otros de su banda con Lope de Aguirre y sus amigos, paresciéndoles que con esto se evitarian semejantes motines. Y juró primero don Fernando de Guzman, su General, y luego Lope de Aguirre, su Maestre de campo, y tras ellos todos los demas capitanes, alféreces, sargentos, oficiales del campo; el cual dicho juramento, no sólo no se cumplió, pero como si hobieran jurado al contrario paresció que lo hicieron, porque siempre hobo entre ellos cuestiones, revueltas, rencores, discordia y enemistades, más que hasta allí habia habido.

En este mismo asiento, desde pocos dias, el tirano Lope de Aguirre, maese de campo, hizo juntar un dia toda la gente delante de la puerta de den Fernando, su General, y, segun dijeron algunos, sin comunicarlo con él, ni él ser sabidor dello; y segun otros quisieron decir, que, inducido por un Gonzalo Duarte, que era su mayordomo, y por Lorenzo Çalduendo, capitan de su guardia, dió á ello consentimiento; y junta la gente toda del campo, Lope de Aguirre les hizo el razonamiento siguiente:

«Señores: ya vuestras mercedes saben y vieron cómo el otro dia, por general consentimiento, hicimos á don Fernando de Guzman General, y lo firmamos de nuestros nombres, y que algunos que no quisieron firmar [1] ni ser deste parescer, les hemos hecho y hacemos el tratamiento que á nuestros hermanos, y partimos con ellos las capas; y si algunos de vuestras mercedes, de los que el otro dia firmaron, se han arrepentido, díganlo sin temor ninguno, que lo mismo haremos con ellos». Y todos los que allí estaban dijeron que querian lo comenzado seguir, que les era forzoso por muchas causas no decir otra cosa; y tras esto dijo: «que para que la guerra llevase mejor fundamento y más autoridad, convenia que hiciesen y tuviesen por su Príncipe á don Fernando de Guzman desde entonces, para le coronar por rey en llegando al Pirú, y que para hacer esto era menester que se desnaturasen de los reinos de España, y negasen el vasallaje que debian al rey don Felipe, y que él desde allí decia que no le conoscia ni le habia visto, ni queria ni le tenia por rey, y que elegia y tenia por su Príncipe y rey natural á don Fernando de Guzman, y como á tal le iba á besar la mano, y que todos le siguiesen y hiciesen lo mismo». Y luego se fué hácia una casa, que estaba en ella don Fernando, y todos tras él, y primero Lope de Aguirre y luego todos los demás le pidieron la mano y le llamaron Excelencia, y él abrazaba á todos y no daba á nadie la mano. Mostró placer y holgóse con el nuevo nombre y dictado. Luego puso casa de Príncipe, con muchos oficiales y gentiles-hombres; comió desde entonces solo, y servíase con ceremonias. Cobró alguna gravedad con el nuevo nombre; dió nuevas conductas á sus capitanes, señalando salarios de á diez y de á veinte mil pesos en su caja y haciendas, y sus cartas comenzaban desta manera: «Don Fernando de Guzman, por la gracia de Dios, Príncipe de Tierra Firme y Pirú, y Gobernador de Chile». Y cuando decian esto, su secretario el primero, y los más del campo, en nombrando don Fernando de Guzman, con todo acatamiento se quitaban la gorra, como si nombraran al rey don Felipe, nuestro señor, y tocaban trompetas y atabales cada vez que se comenzaba á leer alguna conducta de las que daba. Antes de la partida deste pueblo hizo su Sargento mayor á un Martin Perez, que dijimos que habia sido con él y los demas en la muerte de Pedro de Orsúa, aquel que dió la estocada á don Juan de Vargas, como se ha dicho, el cual era gran amigo y compañero de Lope de Aguirre, maese de campo; y á Sancho Pizarro, que antes lo era, hizo capitan de á caballo. Hasta este pueblo de los Bergantines vinieron muy bien algunas balsas que habiamos sacado del astillero, aunque venian mal hechas, que no tenian mas facion que unas barcas cuadradas y de palos verdes, y pudieron ir hasta la mar más seguras que los bergantines y barcos; y cierto, siendo ellas bien hechas y de buena madera, gruesa y seca, las tengo por mejores navíos que otros para el rio, y más sin riesgo, salvo que el tomar el puerto con ellas es algun trabajo; pero llevando ellas su facion, como digo, no seria tanto trabajo.

A cabo de tres meses que habian estado en este pueblo de los Bergantines, en el cual

[1] ..... ni seguir la guerra, se les dió licencia, y les hemos hecho y hacemos el tratamiento que á nuestros hermanos.

pasaron todas las cosas que habemos dicho, se acabaron dos navíos rasos, sin cubiertas ni obras muertas, grandes y hermosos, porque, segun decian, en cada vaso podian armar navío de trecientos toneles, y partieron de allí con propósito de ir á tiranizar el Pirú; y el órden que ellos decian habian de tener, era procurar salir á la mar con gran brevedad, y por la necesidad que llevaban de bastimentos, tomar tierra en la isla Margarita, y en tres ó cuatro dias tomar la comida y agua necesaria, y partir para Nombre de Dios, y tomar puerto en un rio que llaman del Saquees [1], muy cercano á Nombre de Dios, y de allí, de noche, ir por tierra al pueblo, y antes que los sintiesen, tomar el puerto y sierra de Capixa, que es el paso para Panamá, porque nadie pudiese dar aviso; y tomado este paso con alguna gente, los demas dar sobre el pueblo del Nombre de Dios, y tomalle y roballe y abrasalle y matar todos los sospechosos; y luego, sin más detenencia ir sobre Panamá y hacer lo mismo, y tomar todos los navíos que hobiese en el puerto, porque no tuviesen aviso en el Pirú de su venida, y llevar toda el artillería que hobiese en el Nombre de Dios, y hacer allí una galera y otros navíos de armada; y decian ellos que allí se les habia de juntar la gente de Veragua y otros muchos españoles de Nicaragua y otras partes, y más de mil negros, á quien ellos debian de dar armas y libertad; y con estos aderezos y gente de guerra, decian ellos que, en muy pocos dias, habian de tener todo el Pirú por suyo: el cual habian ya comenzado á repartir entre ellos, no solamente los repartimientos, pero aun las mujeres de los vecinos, todas las que eran hermosas, cada uno escogia para sí la que más le agradaba [2]. Y habia algunos que llegaban delante de don Fernando, su negro Principe, y le decian: «Señor, una merced vengo á suplicar á Vuestra Excelencia, y háseme de aceptar antes que diga lo que es». Y Su Excelencia decia luego: «Diga vuestra merced, que á los tan buenos soldados como vuestra merced nada se les puede negar, y esté cierto que lo haré como lo pide». Y así comenzaba el suplicante de la merced, y decia: «Ya sabe Vuestra Excelencia lo mucho que yo haré en su servicio, y á ello la razon me obliga. La merced que se me tiene otorgada *es* que yo estoy aficionado á vivir en tal pueblo de los del Pirú, y allí reside cierto vecino rico que, llegados que seamos allí, yo procuraré de hacer menos el tal vecino, y luego sea el repartimiento mio y la mujer que tiene». A esto respondia Su Excelencia con poca vergüenza: «Hacerse há desa manera, y téngalo vuesa merced por suyo desde agora». Cosa, cierto, que paresce imposible que haya en los hombres tantas desvergüenzas ó maneras de lisonjas para tener ganada la voluntad á su Príncipe de hongos, pues esto no podia suceder sino de demasiado temor ó bellaquería, que es más cierto, del que tal ponia en plática. Y en todo este tiempo que digo no contaban suceso malo ni contrario que les pudiese acaescer, ni consideraban el gran poder de Dios, que aunque por algun tiempo permita los semejantes crueles tiranos para castigo de los pecados de los hombres, al fin los castiga y da el pago que sus crueldades y malas obras merecen; y menos se acordaban que aunque Su Majestad el rey don Felipe, nuestro señor, esté con su persona lejos de estas partes de las Indias, tiene en ellas muchos y leales servidores y ministros, y que por el nombre es y ha de ser acatado y reverenciado de los buenos y temido de los malos en todas y en las más lejanas partes del mundo.

Partidos deste pueblo de los Bergantines fueron aquel dia á otro pueblo desta misma provincia, y desde allí fué la armada por un brazo del rio que va sobre mano izquierda, desviándonos de la tierra firme de mano derecha, que siempre habiamos costeado; y esto hizo el tirano Lope de Aguirre y otros de su opinion, paresciéndoles que si acaso tomásemos tierra buena, que nos tomaria deseo de poblarla y se estorbaria su mala pretension y propósito. Y á cabo de tres dias y una noche que caminábamos por los brazos de mano izquierda, todos despoblados, dimos en un pueblo de pocas casas y muchos mosquitos. El pueblo es pequeño y tierra anegadiza, y las casas cuadradas y grandes, por la mayor parte, y cubiertas con paja de sabanas; hasta aquí no las vimos [1]. La gente deste pueblo nos sintió y se huyeron todos. Hallamos en este pueblo algun maíz y cacabi y pescado asado en barbacoa, y se tomaba mucho con anzuelos. Los indios vinieron á rescatar con nosotros. Son desnudos, y tienen las mismas armas que los de arriba. Y porque la gente venia fatigada de hambre, y porque un Alonso de Montoya habia ido por otro brazo á buscar comida con cierta gente en canoas, y porque era Semana Santa, determinaron los tiranos y su gente parar allí ocho dias, por esperar

[1] del Fator.—[2] Falta en el J. 136 todo lo que hay hasta las palabras: «Y en todo este tiempo que digo, no contaban suceso malo».

[1] aunque nosotros no las vimos las sabanas.

al dicho capitan Montoya, y porque la gente se reformase de la hambre pasada. En este pueblo tuvimos la Pascua de Resurreccion. Mató aquí el tirano de Lope de Aguirre á Pero Alonso Casco, alguacil mayor que habia sido del gobernador Pedro de Orsúa, porque dijeron que enojado el dicho Pero Alonso porque los tiranos no habian hecho caso dél, ni héchole su capitan como á otros, lo cual él deseaba, dijo, hablando con un Villatoro, asiéndose de las barbas, un verso latino que dice: *audaces fortuna jurat*, *timidosque repellit*; que quiere decir: «á los osados favorece la fortuna, y á los temerosos abate», y no faltó quien lo oyó y se lo dijo á Lope de Aguirre, é hízolo dar garrote al dicho Pero Alonso, y asimismo á Villatoro; y sabido por su príncipe don Fernando, envió á mandar que no los matasen; y así escapó el Villatoro, porque entonces, cuando llegó el mandato de don Fernando, ya el Pero Alonso estaba ahogado. En este pueblo quitaron el cargo de alférez general á Alonso de Villena, que hemos dicho que tenia este cargo desde que mataron al buen general Pedro de Orsúa, poniendo [1] algunos objetos en la persona del dicho Villena, diciendo que habia sido mozo de algunos en Pirú, y que aquel era muy preeminente cargo, y que se habia de dar á un hombre muy principal, y don Fernando hizo al dicho Villena su Maestresala, y por entonces no se dió el dicho cargo de alférez á ninguno.

Pasada la Pascua de Resurreccion partimos deste pueblo y caminamos otro dia, y á la tarde dimos en otro pueblo de indios, mayor que ninguno de los que hasta aquí habíamos topado, porque tenia más de dos leguas de largo; las casas en renglera una á una, prolongadas por la barranca del rio, y los indios se habian huido del pueblo y nos habian dejado las casas con infinita comida de maíz. Estos indios andan desnudos del todo; tienen las mismas armas de los de arriba; sus casas son cuadradas y pequeñas, cubiertas de caña [2]. En las espaldas deste pueblo, un tiro de ballesta de la barranca del rio, hay una laguna ó estero grande, de que asimismo va prolongado el pueblo por las espaldas [3], de manera que este pueblo está como en una larga y angosta isla. Es casi toda la tierra anegadiza, sino solamente las casas y algunas sementeras pequeñas junto á ellas. Hay aquí muchos mosquitos zancudos, y mucha comida, y hay un género de vino que los indios beben, confecionado con muchas cosas. Ponen los indios á madurar en tinajas grandes, algunas de veinte arrobas y más, una manera de mazamorra espesa, y en estas tinajas hierve, á manera de vino de España, hasta que está hecho; entonces lo sacan y cuelan, echándole alguna agua, y beben dello. Es tan fuerte que emborracha si no lo templan con agua harta. Tenian los indios en este pueblo grandes bodegas dello, y los españoles y negros é indios del campo se lo bebieron en pocos dias. Todo es sabroso, y la color de vino aloque. Despues que nos aposentamos en este pueblo nos vinieron los indios de paz y se nos mostraron muy familiares, y rescataban con nosotros gran cantidad de pescado, tortugas y puercos de monte, y algunos manatíes y otras cosas, y aun se alquilaban para moler maíz y otras obras, y andaban sin ningun miedo entre nosotros y se metian en nuestros ranchos, y, por mejor decir, en sus casas, adonde estábamos aposentados. Eran subtilísimos ladrones, que de noche nos hurtabán debajo de la cabeza la ropa y armas y otras muchas cosas. Estaban tan hechos al rescate, que aunque los soldados, por causa de los hurtos que hacian, los arcabuceaban y mataban y prendian algunos, no por eso dejaban de venir á rescatar lo que dellos habian prendido los españoles, con manaves [1] y comida. Habia en este pueblo mucha madera de grandes vigas [2], que los indios tenian recogidas; era todo cedros para hacer sus canoas. Aquí determinaron los tiranos y su Príncipe de alzar y echar una cubierta á los bergantines, por el buen aparejo que de comida y madera hallaron, y porque pareció á la gente de la mar que así convenia; lo uno, porque ensanchaba alzando los bordos y cabian más holgadamente la gente toda, y lastrarlos, porque iban [3] más seguros para la navegacion de la mar.

Alojóse aquí el campo muy dividido, y más por causa de estar las casas del pueblo, como habemos dicho, prolongadas de una en una por la barranca del rio. Habia de un cabo á otro de lo que ocupaba el campo más de un cuarto de legua el rio abajo. En los postreros bohíos se aposentó su negro Príncipe [4] con su casa y oficiales y gentiles-hombres, y cabe él los más capitanes, y en el medio el tirano Lope de Aguirre, maestre de campo, y junto á él los bergantines, para hacer dar priesa á la obra, y de allí para

[1] al Gobernador, poniendo, etc. —[2] de palma.— [3] que ansimismo va prolongando el pueblo.

[1] manaties.—[2] de cedro, que los indios tenían recogidas, de las que el rio trae de arriba en sus crecientes, para dellas hacer sus canoas.—[3] porque alzando los barcos, ensanchaban, y cabia más holgada la gente y lastre, y porque iban.—[4] su Príncipe.

adelante toda la más gente. Empezóse la demás obra de los bergantines con mucho cuidado [1]. Trabajaban en ella los oficiales y negros y españoles, repartidos como arriba se ha dicho. Tardóse en hacer lo que á los dichos bergantines faltaba un mes [2]. En este asiento, arrepentidos ya don Fernando y los más de sus capitanes de haber muerto á su buen gobernador [3] Pedro de Orsúa, y viendo el mal camino que llevaban, deseando ver si podian remediar su perdicion entraron un dia en consulta, sin llamar á ella á Lope de Aguirre ni á ninguno de sus amigos, y acordaron segunda vez de buscar la tierra y poblarla; y como para hacer esto el mayor estorbo que tenian era Lope de Aguirre y algunos de sus amigos que deseaban la guerra del Pirú, acordaron que debian matarlos, y fué opinion de los más que fuese luego sin salir de allí, enviándolos á llamar á aquella consulta, antes que la sintiesen; pero un Alonso de Montoya fué de parecer que lo debian guardar para mejor coyuntura, porque Lope de Aguirre tenía consigo siempre muchos amigos, y que seria mejor, pues ya faltaba poco para acabar los bergantines, cuando fuesen navegando, y el Lope de Aguirre, como solía, iba á visitar á don Fernando á su bergantin, y que allí lo podian matar á su salvo, sin daño ni peligro dellos ni de otros; y esto le pareció bien á su Príncipe, que aborrecia el peligro, y con esta determinacion se salieron desta consulta, encomendando el secreto á todos los della; pero el tirano Lope de Aguirre se dió más priesa á acabarlos á ellos, como se dirá.

En este comedio, el tirano Lope de Aguirre, maese de campo, entendia en allegar amigos, y hizo una compañía de cuarenta hombres de sus amigos mayores, y los más bien aderezados y armados del campo; y toda la demas gente [4] se repartió asimismo igualmente entre los demas capitanes de su Príncipe, sin que unos tuviesen más soldados que otros. Con estos cuarenta soldados y amigos de su compañía, y con otros muchos que cada dia se le allegaban de las demás compañías al tirano Lope de Aguirre, á quien él daba las mejores armas del campo [5] dellos, las espadas, arcabuces; y á los que él no tenia por tan amigos les quitaba las armas, que fingia que eran descuidados, ó que habian hecho delitos, y las daba á los dichos sus amigos; y éstos eran los herederos universales y forzosos de todos los que en el campo morian y él mataba. Y con esto comenzó este tirano á ensoberbecerse de manera que no queria que su Príncipe le fuese en cosa á la mano, que él lo queria hacer y ordenar todo á voluntad. Quiso aquí matar á un Gonzalo Duarte, mayordomo mayor de su Príncipe, por ciertos enojos, y porque habia pedido á su Príncipe una provision para que Lope de Aguirre, maese de campo, ni otros oficiales, no tuviesen cuenta con él ninguna, ni él fuese subjeto á ellos para cosa ninguna, sino solamente á su Príncipe; y él se la dió, y el Lope de Aguirre, enojado dél de muchas cosas, y más de esta exencion que procuró, le prendió para le matar, y su Príncipe se lo quitó; y el tirano, muy enojado y bravo, se tendió en el suelo, y decia á su Príncipe que le diese su preso, que le queria castigar y hacer justicia, y que no se levantaria de allí si no se lo daba. Y sacó de la vaina la espada y dijo que con aquella le cortase la cabeza antes que estorballe aquello que convenia á su servicio; y él le dijo que se fuese, que él se informaria de aquello y haria justicia. Y luego los capitanes del campo se metieron de por medio y los hicieron amigos al dicho Lope de Aguirre y Gonzalo Duarte. Y en estas amistades se descubrió una cosa que hasta allí no se habia sabido, y fué que el Gonzalo Duarte, deseando el amistad de Lope de Aguirre, para le traer á ella, le echaba cargo y le dijo públicamente que bien sabia Lope de Aguirre que en los motines habia tratado con él que matasen á Pedro de Orsúa y hiciesen General á don Fernando de Guzman, y que Lope de Aguirre habia de ser su Maese de campo, y al Gonzalo Duarte le prometió hacer capitan, y que aunque no se habia efectuado, él lo habia tenido tan secreto que nadie hasta allí lo habia sabido. A lo cual Lope de Aguirre respondió que decia verdad, y así se abrazaron y fueron amigos. Y si esto que aquí se descubrió fué verdad, como ellos lo platicaron, ciertamente fué gran maldad del Gonzalo Duarte no avisar dello á Pedro de Orsúa, que le tenia por muy amigo y hacia mucho caso dél en su campo; pero él paró mal, como se contará adelante. En este comedio, poco antes que se acabasen del todo los bergantines hubo ciertas pasiones entre Lope de Aguirre y el capitan de la guardia de su Príncipe, que era Lorenzo de Çalduendo, el cual se habia amancebado con doña Inés, que habemos dicho que fué amiga del

[1] con mucha priesa y cuidado.—[2] más de un mes.—[3] á su gobernador, y viendo, etc.—[4] porque aunque él no sabia nada de lo que se habia tratado contra él en casa de su Príncipe, por causa de no le haber llamado, como otras veces, tuvo algun recelo, como hombre cauteloso que era; y á esta causa, desde aquel dia andaba con mucho recato y cuenta, y todos los de su parte, y toda la demás gente.—[5] del campo, cotas y espadas.

gobernador Pedro de Orsúa, y tenia asimismo por comadre, y aun por más, á una doña María de Sotomayor, mestiza; y por los lugares destas mujeres, y por ciertos colchones [1] que querian llevar en los bergantines, el Maese de campo no queria, que decia que ocupaban mucho; por lo cual, enojado el Lorenzo de Çalduendo, dicen que dijo delante de las mujeres, arrojando una lanza que tenia en la mano: «¡Mercedes me ha de hacer á mí Lope de Aguirre! ¡vivamos sin él, pese á tal!» Juntóse con esto que la dicha doña Inés dicen que habia dicho un dia antes, estando enterrando una mestiza que se le habia muerto: «Dios te perdone, hija, que antes de muchos dias ternás muchos compañeros». Todo lo cual dijeron al tirano Lope de Aguirre, y por esto, y porque entre ellos hubo malos terceros, el Maese de campo determinó de matar á Lorenzo de Çalduendo, y juntando para ello sus amigos tuvo dello noticia su Príncipe y envió á llamar á Lorenzo de Çalduendo. Sabido dél lo que pasaba, envió á Gonzalo Guiral de Fuentes, su capitan, para que hablase y apaciguase á Lope de Aguirre. El Gonzalo Guiral topó en el camino á Lope de Aguirre con todos sus amigos armados, que venian á matar á Çalduendo, y no le pudo apaciguar porque iba muy bravo y enojado. Halló al dicho Çalduendo con su Príncipe rogándole que lo defendiese de Lope de Aguirre y que apellidase su gente. El Maese de campo no les dió [2] ese lugar, que delante de su Príncipe le mató á estocadas y lanzadas, sin le tener respeto ni dársele nada dél, aunque le rogaba y mandaba que no lo hiciese, y luego mandó á un sargento suyo, llamado Anton Llamoso, y á un Francisco de Carrion, mestizo, que fuesen á matar á doña Inés; los cuales fueron y la mataron á estocadas y cuchilladas, que era gran lástima vella, y robáronle cuanto tenia. Muerto Lorenzo de Çalduendo, el tirano dijo á su Príncipe muchas desvergüenzas, en que le dijo que no se habia de fiar de ningun sevillano; que mirase por sí, que le haria [3] lo mismo, y que de ahí adelante, si lo llamase á consulta de guerra, que habia de llevar consigo cincuenta amigos bien armados, y que á él le valdria más gustar [4] de los guijarros de Pariacaca, que comer los buñuelos que le daba Gonzalo Duarte, su mayordomo, y otras cosas [5]. Pasado este enojo, el tirano Lope de Aguirre quiso y procuró aplacar á su Príncipe [1], y le dió algunas causas y disculpas porque habia muerto á Lorenzo de Çalduendo delante dél, diciendo que pues él habia querido matar á un tan buen y leal servidor de su Excelencia, que no le debia pesar, pues él estaba vivo para le guardar y servir más fielmente que ninguno. Pero su Príncipe, á más no poder, mostró quedar satisfecho, sin estarlo, antes, desde aquel dia anduvo siempre espantado y demudado el rostro; y el Maese de campo siempre buscaba y allegaba más amigos, andaba siempre acompañado de más de sesenta hombres armados y publicaba que lo hacia por guardar á su Príncipe; pero ambos vivian bien recatados y temian uno de otro. Díjose por cosa cierta que un Gonzalo Guiral de Fuentes, capitan de don Fernando, y otro Alonso de Villena, su maestresala, que habian estado en la consulta que arriba se ha dicho, en que su Príncipe y capitanes trataban de matar á Lope de Aguirre, viéndole muy pujante de amigos, secretamente le avisaron dello, por lo cual se apresuró en matar á su Príncipe, aunque antes desto ya él lo tenia determinado. En este tiempo envió á llamar su Príncipe á Lope de Aguirre [2], y él respondió que ya no era tiempo, y no quiso ir á su llamada.

Acabados del todo los bergantines, ya que se querian partir de aquel pueblo determinó el Maese de campo de matar á su Príncipe y á todos los capitanes de la consulta arriba dicha, para lo cual juntó la más gente que pudo una noche, ansí de sus amigos como de otros, diciéndoles á todos que queria castigar ciertos capitanes que hacian motin contra su Príncipe. Y para que su Príncipe, que estaba, como se ha dicho, bien descuidado del intento de su [3] Maese de campo, no pudiese ser avisado desta junta de gente, mandó echar un bando que, so pena de la vida, todos los que tuviesen canoas las trujesen aquella noche á su posada; y puso en unos pasos ciertas guardas para que ni por tierra ni por el rio no supiese nada su negro Príncipe [4], y luego, á prima noche, fué á matar al capitan Alonso de Montoya, y al almirante Miguel Bovedo, que estaban bien descuidados en sus posadas; y allí los mataron, casi sin que nadie lo sintiese, á estocadas y lanzadas. Mató primero á éstos porque estaban alojados á la parte de arriba del campo, de manera que entre ellos y su Príncipe es-

[1] ..... y tenian por comadre á una doña María de Sotomayor, mestiza, y por lugares donde habian de ir estas mujeres en los bergantines y ciertos colchones.—[2] El traidor del tirano no les dió.—[3] que él haria lo mismo.—[4] gastar.—[5] y otras cosas de mucha desvergüenza.

[1] ..... para mejor hacer su maldad, y le dió algunas satisfacciones y las causas, etc.—[2] para que fuese á consejo de guerra, y el respondió.—[3] bien desviado del aposento del.—[4] su Príncipe.

taba el tirano Lope de Aguirre alojado, y porque éstos, entretanto que él iba á matar á su Príncipe y á los demas capitanes que posaban abajo, no le hiciesen algun estorbo; y en acabándolos de matar, quiso ir á matar á su Príncipe, como lo tenia determinado, y repartió sus amigos de manera que á cada diez ó doce dellos dió cargo de que nombradamente matasen á uno de los que él queria; pero sus amigos se lo estorbaron diciendo que no era entonces tiempo, que hacia la noche muy oscura y que ellos unos á otros se matarian, sin se conoscer. Estuvo el tirano toda aquella noche bien apercibido él y sus amigos, velando en los bergantines, y metidos dentro en ellos la municion, remos y hato, para que si su Príncipe lo supiese y juntase gente, y él viese que no podia salir con su intencion. irse con los bergantines y con sus amigos que tenia dentro, y dejar allí á los demas aislados, sin navíos ni canoas en que le pudiesen seguir. Tuvo toda aquella noche guardas en los caminos que no dejasen pasar á nadie que pudiese dar aviso; y púdolo muy bien hacer, porque el asiento del campo era, como se ha dicho, isla y bien angosta, y con las crecientes estaba casi anegada, y habia pasos muy estrechos que con facilidad se podian guardar; y con todo esto, casi nadie de los que tenia consigo no sabia que quisiese matar á su Príncipe, sino á sólo los capitanes. Y otro dia, en amaneciendo, dejando guarda en los bergantines, fué con todos sus amigos á casa de su Príncipe, que desto estaba bien descuidado; y toda la gente [1] que en el camino topaba llevaba consigo, y decia á todos que iba á castigar ciertos amotinados, y que al Príncipe, su señor, todos le guardasen y acatasen con la reverencia posible. Solamente habia comunicado con [2] un Martin Perez, sargento mayor, y con Juan de Aguirre, sus muy grandes amigos, que, á vueltas de los otros, le matasen tambien al don Fernando. Y de camino, antes de llegar á la posada de su Príncipe mató este cruel tirano, con sus propias manos, á un clérigo de misa, llamado Alonso de Henao, el cual halló echado en su cama, y le dió una estocada que le pasó todo el cuerpo y la cama, hasta hincar la espada en la barbacoa; y sin se detener más fué á gran priesa á casa de su Príncipe, el cual estaba en la cama, y al ruido que traian, ya que llegaban á la puerta se levantó en camisa, y viendo á su Maese de campo delante, dicen que le dijo: «¿Padre mio, qué es esto?» y el tirano le dijo que se estuviese quedo, y él y sus amigos mataron al capitan Miguel Serrano, y á Gonzalo Duarte, y á un Baltasar Toscano, y á las vueltas, los dichos Martin Perez y Juan de Aguirre mataron á su Príncipe don Fernando á estocadas y arcabuzazos; y así fenesció la locura y vanidad de su Principado, y peresció allí la gravedad que habia tomado, y todas sus cuentas le salieron vanas.

[1] bien descuidado, y no tuvo razon, pues ya el tirano le habia avisado; y toda la gente.—[2] el negocio.

Fué este don Fernando de Guzman natural de Sevilla; segun dicen, era hijo del veinticuatro Esquivel, y de doña Fulana de Guzman [1]. Era hombre de buena estatura, bien hecho y formado [2] de miembros, y seria de edad de veinticinco ó veintiseis años, ó poco más ó menos. Era en alguna manera gentil hombre, de ánimo reposado, y aun descuidado. Era virtuoso y enemigo de crueldades; no consentia que sus capitanes matasen á nadie; estorbó muchas muertes y daños en su campo. Fuera desto era vicioso y gloton, amigo de comer y beber, especialmente frutas y buñuelos y pasteles, y en buscar estas cosas se desvelaba; y cualquiera que le quisiese tener por amigo, con cualquiera destas cosas fácilmente lo podria alcanzar y traerle á su voluntad. Fué demasiadamente ingrato á su gobernador Pedro de Orsúa, que siempre lo habia honrado y tenido en mucha reputacion, y héchole su Alférez general, que era el mejor cargo de su campo, y él lo mató por sola ambicion. Duróle el mando en la tiranía con nombre de General, y despues de Príncipe, casi cinco meses, que en ellos no tuvo tiempo de se hartar de buñuelos y otras cosas en que ponia su felicidad, que fué desde primero de enero de mil y quinientos é sesenta y uno, que mataron al Gobernador, hasta veinte y dos de mayo del dicho año, que el tirano y sus amigos le mataron á él.

Habiendo, pues, el tirano Lope de Aguirre muerto los que habemos dicho, que fueron por todos siete, con los dos de la noche antes, y entre ellos á un clérigo y á su Príncipe, juntó toda la gente en una plaza, y él bien rodeado y guardado de más de ochenta de sus amigos, muy bien armados, y les dijo á todos que nadie se alborotase por lo que habian visto, que aquéllas eran cosas que la guerra causaba, y que porque su Príncipe y los demas no se habian sabido gobernar, habian muerto [3], y que no queria dello tratar más, sino que les rogaba que lo tuviesen por amigo y compañero, y que entendiesen que de allí en adelante iria la guerra derecha, y acabó llamándose General. Dió luego nue-

[1] su mujer.—[2] y fornido.—[3] muerto, como mozos.

vos cargos y oficios: á Martin Perez, que antes era Sargento mayor, hizo luego [1] Maese de campo; y á Juan Gomez, calafate, Almirante de la mar; y á un Juan Gonzalez, carpintero, Sargento mayor. Quitó la conducta á un [2] Juan de Guevara, comendador de Rodas, que habia sido capitan de su Príncipe, y Diego de Trujillos [3], un su amigo, la tuvo y se la dió, que éste antes era su Alférez; y á Juan de Guevara prometió que en llegando al Nombre de Dios le daria veinte mil pesos para que desde allí se fuese á España. Hizo á un Diego Tirado capitan de á caballo, el cual, contra su voluntad, en alguna manera mostró no quererlo aceptar, aunque despues se señalaba en dar contento á Aguirre cuando estaba en la isla Margarita. Tambien hizo á otro [4] Nicolás de Çoçaya, capitan de su guardia; quitó la vara de Alguacil mayor á Juan Alvarez [5] Cerrato, y dióla á un Carrion, mestizo, y casado en el Pirú con una india; y dejó con las conductas de capitanes á Pero Alonso Galeas y Alonso [6] Pizarro, que de antes lo eran de su Príncipe: quitó la capitanía á Gonzalo Guiral. Mandó luego echar un bando por todo el campo que, so pena de la vida, nadie de allí adelante hablase secreto, ni echase mano á espada ni á otras armas delante dél, ni en el escuadron, y se estuvo en el bergantin dos dias, que allí se detuvo, con todos sus amigos y de su guardia, sin salir dél.

Desde á dos dias que los tiranos mataron á su Príncipe salieron de aquel pueblo ó asiento, y caminamos por el rio abajo ocho dias y siete noches sin parar. Paresciéronse aquí, sobre la mano derecha, una cordillera no muy alta, de sábanas y sierras peladas. Habia en esta cordillera grandes humos, y divisábanse algunas poblaciones á la orilla del rio. Allí decian las guías que estaba Omagua y la buena tierra que siempre ellos nos habian dicho. Mandó que nadie hablase con las guías. Pasamos algo desviados por el otro brazo del rio, que se iba desviando el tirano. Aquí vimos grandes poblaciones, y luego dimos en islas de indios flecheros [7], y las primeras piraguas saltaron en un pueblo donde hallamos muchas iguanas atadas en las casas de los indios; y más abajo se nos juntó el barco [8] que venia sobre mano derecha, que habiamos dejado arriba. Vimos asimismo por aquí, sobre mano izquierda, otra cordillera de sábanas y tierras [1] peladas, aunque por allí no nos pareció que habria poblaciones como en la mano derecha. Estas dos cordilleras, una de una banda y otra de la otra, hacen por aquí recoger algo el rio, aunque no tanto que no sea incomparable su anchura y grandeza. A cabo deste tiempo dimos en un pueblo grande de indios, que está sobre mano derecha en una barranca muy alta del rio. Son estos indios desnudos y flecheros; son caribes; llámanse los Aruaquinas; son bien dispuestos: tienen yerba muy mala, y casas de adoratorio para sus ritos y sacrificios [2], y á la puerta de cada casa destos hay dos sacrificaderos, adonde nos pareció que deben de degollar los indios que sacrifican. En el uno está pintado en una tabla un sol y figura de hombre, *que representa* á los hombres, y en el otro que tiene pintada la luna y una figura de mujer [3], á las mujeres. Están todos llenos de sangre humana, á nuestro parescer, y esto sacamos por conjeturas; que no tuvimos á quién lo preguntar, por falta de lengua. Hallamos en este pueblo pedazos de una guarnicion de espada, y clavos y otras cosillas de hierro. A la llegada deste pueblo envió el tirano más de treinta hombres delante, en canoas y piraguas, y los indios esperaron á la orilla del rio con sus armas. Dijeron que esperaban de paz, porque no hicieron muestra de pelear; mas los de las canoas [4] les tiraron muchos arcabuzazos, hirieron y mataron algunos, y ellos se huyeron sin pelear ni tirar flecha, y dejaron el pueblo con todo lo que en él tenian, que no sacaron cosa de sus casas. No se pudo tomar más de un indio y una india, y al indio hirieron [5] con una de sus propias flechas, para saber si era la yerba ponzoñosa, y otro dia, á aquella hora, murió, sin haberle dado más heridas de cuanto sacó sangre. Despues que los indios hubieron puesto todas sus mujeres é hijos en cobro, venian cada dia á la redonda del pueblo, pero no nos osaron acometer; y despues se tomó otro indio, y le dió el tirano una ó dos hachas ó machetes y otras cosillas, y por señas le envió á que hablase á sus compañeros que viniesen de paz y que no se les haria mal. Enviáronnos los indios dos mensajeros, el uno cojo de un pié y el otro contrahecho de un lado, y traian sendos papagayos y un poco de pescado, y por señas nos dijeron que los indios vernian luego to-

[1] hizo su.—[2] la conducta de capitan al comendador.—[3] Trujillo.—[4] el cual lo aceptó contra su voluntad; y persuadido del dicho tirano, lo acepto porque no lo matase. Y á otro —[5] Lopez.—[6] y á Sancho.—[7] vimos algunas poblaciones en islas, de indios desnudos y flecheros.—[8] el brazo.

[1] sábanas y sierras.—[2] adoracion para sus ritos y idolatrías.—[3] en el otro tienen pintada una luna y una figura de mujer. Están todos llenos, etc.—[4] mas los cristianos que iban en las canosa.—[5] y al indio le hirió Juan Gonzalez, sargento mayor.

dos de paz; pero luego nos fuimos sin esperar más. Tienen estos indios tierra alta y llana, no ahogadiza [1], é sábanas entre una montaña muy rala de alcornocales. Este pueblo está en la tierra firme de mano derecha.

Hallóse en este pueblo gran cantidad de maíz, colgada en [2] manojos, y mucha yuca brava en las sementeras [3], y en las casas mucha cantidad de hamacas de red, y muchas redes de caza, y otros muchos cordeles y sogas, de que hicimos la jarcia. Hallamos muchos palos cortados para mástiles y entenas, y muchos cántaros y tinajas para el aguada [4] cuando saliésemos á la mar, y todo en harta abundancia; y hiciéronse en este pueblo las velas de los navíos, de mantas [5] y sábanas de Ruan y otras cosas de lienzo que se recogieron entre los españoles é indios del campo. En este pueblo reconoscimos la marea que sube hasta él, y aun se creyó que mucho más arriba antes deste pueblo, que serán más de docientas leguas antes de llegar al mar. Cuando llegamos á este pueblo se nos huyeron las guías que traíamos desde el Pirú, que eran ciertos indios brasiles de los que se ha dicho que subieron por este río: por donde nos paresció que los dichos indios deste pueblo sean de los dichos brasiles, que deben de estar cerca dellos, porque de otra manera no se osaran huir las dichas guías entre indios que comen carne humana. Detuvímonos [6] en este pueblo quince [7] dias haciendo la jarcia y enmastilando los navíos. En este tiempo mató el tirano á un Monteverde, flamenco, porque le paresció que andaba tibio en la guerra [8], y amanesció un dia muerto, y puesto un rótulo en el pecho que decia: *por amotinadorcillo*. Y despues algunos quisieron decir que Monteverde era luterano. Mató, al tiempo de la partida deste pueblo, á un Juan de Cabañas [9], y mató asimismo á un [10] capitan, Diego Trujillo, y á Juan Gonzalez, sargento mayor, á los cuales habia dado los cargos cuando mató á su Príncipe. La causa, segun dijeron, de su muerte, fué porque llegaban amigos, y el tirano se temió dellos, aunque echó mano que le querian matar. Muertos los dichos, hizo su capitan, en lugar del Diego Trujillo, á un Cristóbal García, calafate, y Sargento mayor á un Juan Tello. Todo el tiempo que se detuvieron en este pueblo estuvieron los tiranos sin salir de los bergantines, con su guardia y amigos; en el uno su Maestre de campo, y en el otro el tirano Lope de Aguirre, y no dejaban dormir ni estar dentro á ninguno de los sospechosos. Al salir de aquí desarmó toda la gente que le paresció sospechosa, quitándoles las espadas [1] y arcabuces, y todos sus amigos y los de su guardia iban armados; y las armas que aquí tomó, las llevaba liadas con muchas sogas en un alcazarete que habia en la popa del navío, donde no consentian [2] llegar á ninguno que no fuese de la guardia, ó muy grande amigo de los dichos tiranos. Aquí, por consentimiento del tirano y voluntad, y con su licencia, hirió á traicion un fulano Madrigal á un fulano Lopez Cerrato [3], alguacil mayor que habia sido de don Fernando, porque mucho antes desto, dicen que el Juan Lopez habia afrentado al dicho Madrigal; y dióle con un lanzon cuatro ó cinco heridas por detrás, al bajar que bajaba del bergantin donde estaba el tirano, y delante dél, y el tirano hizo cierto ademan de prender al dicho Madrigal, porque paresciese que no lo habia mandado, y luego le soltó; y estando el Juan Lopez Cerrato casi sano de las heridas, los que le curaban, por mandado del tirano, le echaron cosas con que se pasmó y murió.

Partidos deste pueblo que nosotros llamamos de la Jarcia, fuimos por el rio abajo cinco ó seis dias, y yendo navegando, mandó este tirano á un su sargento, llamado Anton Llamoso, que matase al comendador Juan de Guevara. La causa fué porque dijo que era tambien en el motin con Diego Trujillo y Juan Gonzalez, al cual Comendador el dicho Llamoso le dió con una daga tres ó cuatro puñaladas, estando descuidado al bordo del navío, y lo tomó por la horcajadura y lo echó al rio y murió ahogado, pidiendo á voces confesion, y el tirano lo miraba con mucho placer, y en juntándose con el bergantin lo contó á la gente dél [4]. Llegamos á unas casas fuertes que por allí tienen los indios, hechas de barbacoa, altas y cercadas de tablas de palma, y en lo alto tienen troneras para flechar, y desde allí nos hirieron los indios cuatro ó cinco españoles, de veinte que se habian adelantado con un caudillo, y los hicieron retirar [5], y cuando llegó el armada á esta casa ya los indios se habian huido. No hallamos comida alguna, ni en las casas, ni sementeras: á lo que nos paresció, estos indios se sustentan con sólo pes-

[1] anegadiza.—[2] en las casas.—[3] y ñame.—[4] agua.—[5] Hiciéronse en este pueblo velas de mantas de algodon.—[6] Detuviéronse.—[7] doce.—[8] y se temió que no le seguiria.—[9] que fué de los tres que se habian declarado y dicho que no querian seguir los tiranos, y no firmaron, como se ha dicho.—[10] al.

[1] espadas, dagas.—[2] en la popa de cada bergantin, donde no consentia.—[3] á Juan Lopez Cerrato.—[4] y en juntandose con el otro bergantin, lo contó á la gente dél, que no lo habia visto, por gran hazaña.—[5] retirar á los soldados.

cado, ó que con ello rescatan la demas comida. Entre otro, hallamos aquí sal cocida, que fué la primera que vimos en todo el reino [1] desde los Caperuzos hasta aquí, que serán mil y trecientas leguas, que ni los indios la conoscen ni comen. En esta casa nos detuvimos tres dias arreglando algunas cosas que faltaban á los bergantines. Esta casa está metida en un estero arriba pequeño, desviado de la madre del rio como hasta tres tiros de arcabuz, y es isla. Al salir que queriamos de aquí, parescieron en el rio muchas piraguas é indios, que segun algunos, serian más de ciento, con muchos indios de guerra. Pensamos que nos venian á acometer, y apercibímonos de guerra, y ellos se desviaron de nosotros, y salimos á ellos; pero como estábamos en aquel estero tan arriba, cuando llegamos á la madre del rio se habian desaparescido, y nunca más los vimos ni supimos dónde tenian sus poblazones.

Partidos de aquí anduvimos perdidos entre muchas islas y brazos del rio, que no sabiamos hácia donde corria, porque las corrientes, con las mareas, eran tan grandes y tan contínuas arriba como abajo, y los pilotos y gente de la mar que allí habia estaban desatinados y no entendian el rio ni conocian las mareas. Salieron ciertos dellos en dos piraguas que llevábamos á reconocer unas puntas, y á cabo de muchas dudas y pareceres, que unos decian que habian de ir á un cabo y otros á otro, fué Dios servido que acertamos á caminar. Dimos en un pueblo de indios pequeño, que estaba poblado en una isla de sabana, en la barranca del rio. Los indios deste pueblo nos salieron de paz y rescataron con nosotros. Son estos indios desnudos, y traen en los pies unas suelas de cuero de venado, atadas con cuerdas, á manera de las ojotas [2] del Pirú. Traen estos indios los cabellos cortados á líneas redondas [3], á manera de corona de frailes, salvo que este espacio de corona está lleno de cabellos. En este pueblo dejó el cruel tirano casi cien piezas ladinas y cristianas, de las que habian quedado de servicio que se trajeron del Pirú, diciendo que no cabian en los bergantines, y que era peligro ir por la mar tanta gente, y que para tantos faltaria el agua y comida. Fué esta una gran crueldad, y puso gran lástima, principalmente porque creemos que aquellos indios son caribes, y luego los matarian para comer, y si no, la tierra, que es mala y enferma, los acabaria presto á todos. Aquí mató el tirano dos soldados, el uno llamado Pedro Gutierrez y el otro Diego Palomo, porque estando [1] el uno hablando con el otro, dijeron: «Las piezas nos dejan aquí; hágase lo que se ha de hacer»; y de que habian dicho estas palabras, dió el tirano, para satisfaccion de toda la gente, un negro, por testigo, el cual dijo delante de todos que se lo habia oido, y á ellos les mandó dar garrote; y el Diego Palomo rogaba al tirano, por amor de Dios, que no lo matase y lo dejase vivo con las piezas de Pirú que allí quedaban, que se haria ermitaño y las recogeria y doctrinaria; pero el perverso tirano, que no curaba de cristiandad, no lo quiso hacer, y lo mató. Partidos deste pueblo, á veces perdiéndonos y á veces acertando, llegamos á la mar, sin hallar más poblado ni indios, aunque desde aquí, en la cordillera que he dicho de la mano izquierda, vimos grandes humos y sabanas; y ántes de llegar á la mar pasamos grandes trabajos de peligros y tormentas y macareos; y pasamos por muchos bajos y bancos que el rio hace á la boca de la mar; tanto que algunas veces pasaban los bergantines topando por sola media braza de agua, sino que fué Dios servido que fuese la tierra toda léganos [2], muy blandos; y así pasaban arrastrando por aquel lodo, que fué maravilla no hacerse pedazos. Quedáronsenos por aquí tres mozos, uno español y dos mestizos, que iban en una piragua que llevábamos, y la tormenta del rio los arrebató y los volvió hácia arriba, sin que fuesen parte para tomar tierra, hasta que los perdimos de vista y nunca más los pudimos ver. Iban tambien con ellos otros indios cristianos, y en algunas islas se nos quedaron algunas yanaconas que salian á mariscar, porque la cresciente de la mar subia con tanta ferocidad que no les daba espacio para tornarse á meter en los bergantines, y creimos que los ahogaba. Desde la boca de este rio á la isla Margarita estuvimos diez y siete dias, de manera que desde que nos echamos al rio en el astillero con nuestro gobernador Pedro de Orsúa, hasta llegar á la Margarita, tardamos desde veinte y seis de setiembre de mil y quinientos y y sesenta y uno [3], que son diez meses; de los cuales caminamos por el rio y la mar los tres meses y veinte dias, que son ciento y diez jornadas, poco más ó menos; noventa y

[1] el rio.—[2] de las ujotas.—[3] .....redondas, y la primera línea hace un espacio redondo en lo alto de la corona, de forma de una corona de fraile, salvo que este espacio es lleno, y la línea cortada; y más abajo otra y otra, todas las que caben en la cabeza.

[1] porque dijo que estando.—[2] lágamo.—[3] desde veintiseis de septiembre de mil quinientos y sesenta, hasta veinte de julio de mil y quinientos y sesenta y uno, que son diez meses menos cinco ó seis dias, de los cuales caminamos.

tres ó cuatro por el rio, y las diez y siete [1] por la mar. Todo el más tiempo, que son seis meses [2], nos detuvimos en hacer los bergantines y en buscar comida y descansar. Pasamos gran necesidad de hambre y sed por la mar, tanto, que creo, si nos durara la navegacion cuatro ó cinco dias más, muriéramos la mitad de la gente, aunque no fueran de los amigos del tirano, que éstos venian siempre mejor proveidos y quitaban de los otros para dar á ellos, y con todo eso se nos murieron tres ó cuatro [3] soldados de hambre.

[4] Tiene este rio, segun comun opinion de los que se prescian entenderlo, más de mil é seiscientas leguas desde sus nascimientos á la mar, digo desde donde nos echamos nosotros; y es [5] tan grande y poderoso, que no se puede comparar con ninguno de los que hasta agora hay descubiertos. Anega [6] en algunas partes, al tiempo de sus crescimientos, más de cien leguas [7] fuera de su madre, y en él tanta cantidad de mosquitos, especial de los zancudos, de dia y de noche, que yo no sé cómo los naturales pueden vivir. Hasta que llegamos al pueblo de las Tortugas tuvimos pocos aguaceros, y creo yo que este tiempo debe de ser el verano, si lo hay, que es desde septiembre á Navidad. De allí para abajo nos llovió mucho, y vienen muchos aguaceros con muchos truenos, y ordinariamente con tanto viento que causan en el rio gran tormenta de olas, mayores que en la mar, que anegan las canoas y piraguas si no se acogen con tiempo al abrigo de la tierra; y aun en los bergantines nos vimos algunas veces con tanto peligro, especialmente una noche, que nos pensamos anegar. Cuando llueve en los nascimientos de los rios que en éste se juntan, vienen grandes avenidas que anegan y cubren toda la tierra á la redonda; y en el mes de septiembre que nosotros comenzamos á abajar, ya las crecientes comenzaban á venir desde arriba; y en julio, que salimos á la mar, aun no habia acabado de vaciar; por manera que duran todo el año, que como la distancia desde la mar á los nascimientos del rio es tan grande, antes que las unas crescientes acaben de vaciar en la mar, tornan á venir otra vez de arriba; y tras ser el rio muy cálido en demasía, es enfermo su temple. Hay en lo más del rio muy lindas vasijas obradas con gran pulicia [8] y pintadas y labradas de mil faiciones, y vidriado como lo de España. No vimos en todo el rio oro ni plata, si no fué en lo que llamamos Carari y Macari, que algunos indios traian orejas y caricuris [1] de oro; y en fin, los indios conoscen el oro y plata, y lo tienen en mucho más que los otros metales, en que nos paresció que los indios deben tener noticia dello. Tienen buena ropa de camisetas muy labradas; digo, estos indios desta provincia de Carari. En todo este rio, desde los Caperuzos hasta cerca de la boca de la mar, no hallamos, ni los indios la tienen, sal, ni la comen, ni conoscen, ni se les da nada por ella. Acabadas de pasar las crescientes que vienen de arriba, hace el rio muy grandes plazas [2], en las cuales se hallan tanta cantidad de huevos de tortugas y ycoteas, que no se puede numerar la multitud de tantos, que con todos ellos se pueden sustentar mil hombres si vienen en tiempo. Hay asimismo muchas tortugas y pájaros [3] que se toman en las plazas á sus tiempos. Hay muy diversos y muchos pescados y muy sabrosos. Tiene la boca este rio, segun los pilotos que lo anduvieron con nosotros, casi ochenta leguas, y todas de agua dulce. La boca es, al parescer, una sola. Tiene más de mil islas [4] cerca de la boca de la mar, y las más destas islas son anegadizas, y con la mucha agua de las crescientes de arriba y las mareas anega y cubre las dichas islas y gran parte de la tierra á la redonda; y acabadas las dichas islas, antes que entre en la mar, se junta todo por un brazo solo y entra en la mar. Conóscese [5] la marea más de docientas leguas arriba de la mar, y desque acaba de menguar junto á la mar, descubre tanta tierra é islas que paresce imposible que las haya de tornar á cubrir todo aquello que descubrió. Cuando comienza á crescer viene la marea con tanta velocidad y ruido, que se oye más de cuatro leguas, y con una ceja de agua [6] levantada hácia arriba, más alta que una gran casa [7], que pone temor de muerte. Llámanle á esto la gente de la mar macareo, y es muy peligrosa cosa. Otras muchas cosas y grandezas se pudieran contar [8], que por la brevedad las dejo.

[9] Llegó el tirano Lope de Aguirre con sus malditos secuaces á la isla de la Margarita,

[1] .. ..por el rio, y las demás.—[2] seis meses largos.—[3] dos ó tres.—[4] *Discursos del rio Marañon.*—[5] á la mar, y es tan grande, etc.—[6] que no se puede escribir su grandeza. Anega.—[7] tierra llana.—[8] enfermo y mal poblado, porque en tanta distancia de tierra, en las poblazones que nosotros vimos, no puede haber de quince mil indios arriba. Hay en todos los indios deste rio muchas y muy buenas tinajas de barro, y toda loza, obrada con gran pulicía.

[1] algunas orejeras y caracurís, y bien pocas y chicas.—[2] playas.—[3] y á cierto tiempo hay ansimismo mucha tortuga y muchos pájaros.—[4] dos mil islas.—[5] en la mar, conócese la marea.—[6] ceja de águila.—[7] que una gran torre.—[8] deste rio.—[9] *Llegada del tirano á la isla Margarita.*

lunes, en la tarde, á veinte de junio de mil y quinientos é sesenta y un [1] años, y los pilotos que traian no sabian el puerto principal, y tomaron los bergantines en diferentes puertos; y el en que venia el tirano Lope de Aguirre, tomó un puerto que llaman Paragua [2], el cual era cuatro leguas del pueblo; y el otro bergantin en que venia su Maese de campo, Martin Perez, en otro puerto, á la banda del Norte, dos leguas del otro, y otras cuatro leguas del pueblo; y luego que tomó el puerto este tirano, antes de saltar en tierra mandó prender á un Gonzalo Guiral de Fuentes, que habia sido capitan de su príncipe don Fernando, y á otro Diego de Valcazar [3], que habemos dicho que fué Justicia mayor del campo de los dichos tiranos, que antes le habian querido matar y se habia escapado, y á entrambos les mandó dar garrote sin confesion; y al Gonzalo Guiral, como no se ahogase tan presto lo acabaron de matar con muchas puñaladas, porque daba voces pidiendo confesion, y porque no lo entendiesen ciertos vecinos de la isla que allí habian venido á reconoscer qué gente era, y los echaron en la mar. Luego, aquella tarde, envió el tirano un soldado llamado Rodriguez, muy su amigo, que tal seria, se cree, para aquello, á su Maese de campo, por tierra, con unos indios que le guiaban, y le envió á mandar que matase á Sancho Pizarro que era su capitan, de quien el tirano tenia sospecha que no le seguiria [4]; y así lo mató el Maese de campo; y dejando alguna gente en el bergantin en guarda dél, con la demás gente, que luego el Maese de campo viniese aquella noche á se juntar con el Lope de Aguirre con toda brevedad, por tierra; y ansí lo hizo, y lo avisó á su General, dónde y cómo habia tomado puerto, y qué era lo que queria que hiciese; y el dicho soldado Rodriguez que envió el tirano, hizo bien y fielmente su embajada, y pudiera, si quisiera, dar aviso en la Margarita, pues fué con indicios de la propia tierra más de dos leguas; pero él no lo hizo [5], como gran traidor y por ser fiel al tirano. Y luego, su Maese de campo envió á un Diego Lucero [6] á que dijese al tirano qué queria que hiciese, y tambien éste pudo dar aviso á los de la isla y vecinos della, y no lo hizo, antes hizo tan bien su embajada, como gran traidor y leal á su señor, el tirano, mostrando gran voluntad de ser gran amigo de los dichos tiranos. Y asimismo el Maese de campo, en llegando en tierra, echó fuera del bergantin un Roberto de Zozaya [1], barbero, y á un Francisco Hernandez, piloto, sin consentir que nadie saliese con ellos; y los dichos fueron á buscar comida á unas estancias, más de media legua de allí, con unos negros. Fueron á hora de vísperas y volvieron á media noche con el dicho Rodriguez, que lo toparon por el camino; y cualquiera destos cuatro que he dicho pudiera avisar al pueblo y vecinos de la isla, si quisieran, y el tirano se desbaratara luego y no hiciera el mal que hizo. Tambien el tirano [2] Aguirre, luego como llegó echó en tierra diez ó doce de sus amigos, y con ellos venia un Juan Gomez, calafate, su Almirante, los cuales fueron por las estancias y toparon vecinos de la isla y no les dijeron lo que habia. Y llegado el mensajero que enviaba el Lope de Aguirre al bergantin de su Maese de campo, luego puso por obra lo que su General mandaba, y á media noche hizo saltar toda la gente en tierra, y caminó con ella, con las guías que habia traido consigo el Rodriguez, y luego, en desviándose del bergantin, mató á Sancho Pizarro y lo dejó muerto en el campo.

En este comedio, el Gobernador y vecinos de la isla, habiendo visto los bergantines andaban alborotados por no saber qué gente era, y enviaron una piragua por la mar, y gente por tierra á reconocerlos, y cuando llegaron hallaron al tirano Lope de Aguirre desembarcando la gente enferma y algunos de sus amigos [3], y con él, segun dicen, un Diego Tirado, su capitan de caballo, y la demas gente dejó en el bergantin debajo de cubierta, escondida, y hablaron el tirano y sus amigos con dos ó tres vecinos de la isla que allí vinieron, á los cuales dijeron y hicieron creer que eran gentes que venian perdidos del Marañon y que habian bajado del Pirú en demanda de cierta noticia [4], y pidiéronles carne para comer, con muchos ruegos y crianza; y los dichos vecinos mataron una ó dos vacas y se las dieron, y uno dellos, llamado Gaspar Rodriguez, que le pareció al tirano más principal y de mejor plática y conversacion, le dió, por asegurarle y engañarle, un capote de grana con franjas y pasamanos de oro, y una copa de plata sobredorada, y á él y á los demás dijo que no

[1] Lunes, por la tarde, á veinte de julio de mil y quinientos y sesenta y uno, llegó el tirano.—[2] Paraguachi.—[3] Alcazar.—[4] y por lo mismo habia muerto á los dichos Gonzalo Giral y Diego de Valcazar.—[5] no lo hizo. Tambien el Maese de campo invió desde su bergantin, donde yo venia, á avisar al tirano dónde y cómo habian tomado puerto.—[6] ..... con una guía por otro camino, y pudiera tambien avisar al Gobernador y vecinos.

[1] un Roberto de Sosa.—[2] Tambien dijeron que el tirano.—[3] sus amigos y toda la demas gente dejó.—[4] noticia de cierta tierra que habia en el dicho Marañon.

queria más de tomar la comida por sus dineros [1]. Luego, aquella noche, se supo aquesta nueva en el pueblo, por cartas escriptas de los dichos vecinos, y aun decian más, que era gente muy rica del *Pirú*, y que venian enfermos y muertos de hambre, y que daban mucha plata y oro, y joyas [2] que traian, á trueque de comida, y que habian dado el capote y la copa al Gaspar Rodriguez. Y sabido lo susodicho en el pueblo de la Margarita, don Juan de Villandrando, gobernador de la isla, movido, segun dijeron, de codicia, deseoso de ver [3] algunas joyas de las que dijeron que repartian los dichos tiranos, y con él un Manuel Rodriguez, alcalde ordinario, y otro Andrés de Salamanca, con el mismo deseo, partieron esa misma noche y á media noche para Guachi [4], donde estaba el tirano Lope de Aguirre; y otro dia muy de mañana, que fué martes de la Magdalena, llegaron allá [5] con otros que en el camino se les habian juntado, que irian tambien con la misma codicia, y el tirano los salió á recibir al camino, con su capitan Diego Tirado y otros sus muy amigos [6], de quien él se fiaba; y el dicho tirano se les humilló tanto, hasta hincar la rodilla y abajarse á besar los piés al dicho don Juan, gobernador; y los que con él venian hicieron lo mismo, y á manera de los querer hacer servicio, les tomaron los caballos los que iban con el dicho tirano, y los ataron lejos de donde ellos estaban; y el gobernador don Juan tuvo grandes cumplimientos con el dicho tirano, ofreciéndose á su servicio y persona, y casa para que posase, y el tirano le respondió agradeciéndoselo mucho, con gran crianza y comedimiento. Y despues que hubieron hablado un gran rato, Lope de Aguirre se desvió con sus amigos y fué á hablar á sus soldados que estaban en el bergantin, y despues volvió al dicho Gobernador, y haciéndole otro acatamiento como el primero, le dijo: «Señor, los soldados del Pirú siempre se han preciado y precian más de buenas armas que no de ropas y vestidos, aunque los tienen en harta abundancia. Suplican á vuestra merced les mande dar licencia para que lleven sus armas y arcabuces». Y el don Juan, como era mozo, é iba con codicia de joyas, le respondió que fuese como ellos mandasen, aunque ya entonces, segun decian, poco le aprovechaba otra cosa, porque ya estaba caido en el lazo; y el tirano, vuelto á sus soldados, les dijo: «Ea, marañones, limpiad vuestros arcabuces, que los traeis muy húmedos y maltratados de la mar, que ya teneis licencia para ir con vuestras armas». Y luego, á aquella hora, dispararon gran salva de arcabucería, y parescieron muchas cotas y lanzones y agujas, y el tirano se fué á hablar con sus soldados; y el dicho don Juan y los que con él estaban se apartaron un poco, hablando entre ellos que les parecia mal tantas armas y arcabuces, y trataban en la manera que ternian para se las quitar. Y llegó otra vez el tirano á ellos, con ciertos de sus amigos, armados, y les dijo, no con tanto acatamiento como primero: «Señores, nosotros vamos al Pirú, y somos informados que allí hay muchas guerras, y que aquí no nos han de hacer vuestras mercedes buen tratamiento, ni nos han de dejar pasar allá; por tanto, conviene que vuestras mercedes dejen las armas y sean presos, y esto no más de para que con brevedad se nos dé aviamiento». Y el dicho Gobernador rehusó, y se retiró un poco, diciendo: «¿Qué es esto? ¿qué es esto?» Pero poniéndoles en los pechos muchas lanzas y arcabuces, les quitaron las armas y varas; y asimismo desarmaron y quitaron los caballos á algunos vecinos que allí estaban; y algunos soldados del tirano cabalgaron en ellos, porque yo los vi, que fueron Diego Tirado y Martin Rodriguez y Diego Sanchez Bilbao y un Roberto de Zozaya, y un Carrion, mestizo, y todos estos iban diciendo á voces altas: «A tomar vamos la isla, que habemos preso al Gobernador, y toda la tierra es nuestra». Y así fueron á tomar el pueblo de la Margarita, y á todos los que de la dicha isla topaban [1], desarmaban y quitaban las cabalgaduras; y luego, el dicho tirano mandó que toda su gente á gran priesa marchase camino del pueblo, y cabalgando el tirano en el caballo del Gobernador, le dijo á él que cabalgase á las ancas, y el Gobernador no quiso, como estaba enojado, y el tirano se apeó y dijo: «Ea, pues marchemos todos á pié». Y habiendo caminado un poco toparon con el Maese de campo, y á la gente que venia con el Maese de campo y la gente del otro bergantin; y el dicho don Juan, cansado de venir á pié, viendo lo poco que aprovechaba enojarse, cabalgó á las ancas de su caballo, en que el tirano Lope de Aguirre venia, que le tornó á convidar que subiese; y desde á poco, se apartaron el Maese de campo y otros soldados con él, todos á caballo, y llegaron al pueblo de la isla á

[1] para tornar al Pirú.—[2] y joyas y ropas.—[3] de haber.—[4] Paraguachi.—[5] de mañana, llegaron allá.—[6] con ciertos amigos suyos.

[1] cabalgaron en ellos y fueron corriendo á gran priesa á tomar los pasos y caminos, porque no se les escapara alguno y diese aviso al pueblo; y á todos los que de la isla topaban.

hora de medio dia, adonde hallaron toda la gente descuidada y segura, que no sabian nada de lo pasado, y entraron por una calle corriendo encima de sus caballos y apellidando: «¡libertad! ¡libertad! ¡viva Lope de Aguirre!» y se metieron en la fortaleza que estaba abierta, y se apoderaron della, y otros fueron por el mismo pueblo con el dicho apellido, desarmando á cuantos hallaban, y desde á poco llegó el tirano Lope de Aguirre con la demás gente y presos, y él y otros muchos fueron con hachas á cortar el rollo de la plaza del pueblo, y le dieron muchos hachazos, y como era de guayacan muy duro, no lo acabaron de cortar, que se cansaron; y asimismo fueron á una casa [1] donde estaba la caja Real, y sin aguardar ni pedir llaves, hicieron pedazos las puertas de una cámara donde estaba y la quebraron y robaron lo que hallaron en ella, y rompieron los libros de las cuentas Reales; y hecho esto, el dicho tirano mandó echar bando que todos vecinos estantes é habitantes trajesen luego ante él todas las armas que tuviesen, so pena de muerte; y que los que estaban en el campo se recogiesen al pueblo, so la misma pena, y no saliesen dél sin su licencia; y luego trajeron á la fortaleza, de casa de un mercader, una pipa de vino, y en menos de dos horas se la bebieron toda.

En este mesmo dia envió el tirano por todas las casas del pueblo á saber qué mercaderías y vino y comidas habia, y algunas cosas de las que hallaban tomaron luego y las llevaron á la fortaleza para las repartir entre sí, y otras dejaban puestas por inventario en las casas que las hallaban, encerradas, llevando las llaves, y mandaban que, so pena de la vida, no tomasen nada de aquello que allí dejaban; tomaban todas las armas que hallaban por las casas; hallaron y tomaron mucha cantidad de ropa y otras mercaderías que estaban por de Su Majestad, de un navío sin registro que habian tomado en la dicha isla, y todo lo repartieron entre ellos. Hallaron la isla más rica que habia estado despues que se pobló de mercaderías y comidas, y los vecinos muy proveidos de cosas de sus casas, á la mayor parte de los cuales robaron los tiranos cuanto tenian, hasta dejarlos desnudos, que era gran lástima de verlos. Mandó este tirano luego buscar y recoger todas las canoas y piraguas que habia en la isla, y quebrólas todas, y esto porque no se le huyese alguna gente y diese aviso de su venida.

[1] y mientras lo cortaban, decian muchas palabras contra nuestro Rey y señor, denostando su persona; y luego fueron á una casa.

Echó luego en prision al gobernador don Juan de Villandrando, y á Manuel Rodriguez, alcalde, y á un Gaspar Plazuela, mercader, porque dijeron al tirano que habia mandado huir y esconder un barco suyo que venia de Santo Domingo cargado, y lo quisieron matar, y lo hicieran si no viniera el barco. Algunos soldados que habia en la isla, deseosos de chirinolas, se juntaron con los dichos tiranos y les ayudaban á robar y destruir la isla, y rescibieron dél pagas, y le prometieron de salir con él, y le ayudaban en todo, y algunos mejor que sus amigos. Estos les descubrieron muchas cosas que los vecinos tenian escondidas, que como eran de la tierra, no se les podia encubrir nada; y estos mismos les dieron aviso de un navío grande y bien artillado que estaba en la costa de Tierra Firme, que lo tenia un Fr. Francisco Montesinos, Provincial de los frailes dominicos, que estaba allí con cierta gente y tenia poblado un pueblo en Maracapana, entendiendo en la conversion de los indios por mandado de Su Majestad, y le dijeron al tirano que con facilidad y poca gente lo tomaria; y luego el tirano, con brevedad, despachó un capitan suyo, llamado Pedro de Monguía, con diez y ocho hombres, que fuese á tomar el dicho navío, y llevaron por guía un negro de la isla, muy diestro en aquella costa; y en el camino tomaron el navío del Plazuela, que estaba preso, y un Casto Diego Hernandez, portugués, con cuatro soldados se metió en él y lo llevó al tirano, y el Monguía, con solos catorce, siguió su viaje.

Mandó el tirano á los vecinos de la isla que con brevedad le tuviesen seiscientos carneros y algunos novillos, y cazabi y maíz, para el matalotaje, repartiendo entre ellos cada uno tanto. Asimismo hizo repartimiento de todos sus soldados por las casas de los vecinos, para que en cada una diesen de comer á tantos. Comian de dia y estaban en las casas, y él en la fortaleza con toda su guardia y amigos, y de noche dormian todos juntos cabe la fortaleza en una plaza, á la plaza de la mar, y el tirano, con los que he dicho, dentro de la fortaleza. Otro dia mandó ahorcar sin confesion á un Enriquez de Orellana, que era capitan de la municion, porque estaba mal con él, y porque decian que se habia emborrachado el dia que entraron en la isla, y dió este cargo á Anton Llamoso, su sargento. Tenia siempre gran guardia en su persona, y de noche, en el pueblo y caminos habia muchas centinelas y rondas y sobre rondas de á pié y de á caballo, porque no entrase ni saliese nadie sin que él lo supiese. Hizo un parlamento á los vecinos

de la isla, amonestándoles que no huyesen, porque no les queria hacer mal ni daño, sino que les pagaria lo que les habia tomado y lo demás que tomasen, y preguntó á cómo vendian las gallinas y ganados, y fuéle dicho que las gallinas valian á dos reales; y díjoles que eran baratas, que las vendiesen á tres, y que el demás ganado y cosas lo pagarian á más precio que solia valer; y ansí, si compraba alguna cosa, no gastaba mucho tiempo en concertarse, antes liberalmente prometia por ella todo lo que pedian, como aquel que no pensaba pagarlo, mas de darles aquel contento.

Luego que desembarcó el tirano en esta isla, se le quedaron aquella noche huidos cinco [1] soldados, deseosos del servicio de Su Majestad, que fué el uno Gonzalo de Zúñiga, y un Francisco Vazquez, y un Juan de Villatoro, y un Pedrarias de Almesto, y un Castillo, por lo cual [2] el dicho tirano andaba muy bravo, y pateaba y amenazaba á don Juan, el gobernador [3] que tenia preso, y á los vecinos de la isla, diciendo que ellos tenian escondidos los dichos soldados, y que si ellos querian, que no se les podian esconder en la isla, pues sabian toda aquella tierra; y prometió de dar por cada uno destos soldados que le trujesen doscientos pesos, y otros prometimientos vanos [4]. En este tiempo, á cabo de tres dias que estaban en la isla, remanesció herido uno destos, que se decia Pedrarias de Almesto, que, segun fué notorio que venian á tomar la isla, por no se hallar en la toma de la isla con los demás, se habia huido por una montaña y se habia escapado, y viendo que no podia llevar adelante su huida, tomó por remedio de venirse al pueblo y decir que, por tener aquel prémulo, no se habia hallado con ellos; el cual, sabido por el tirano, envió por él á un su Alférez, llamado..... [5] para que, donde quiera que lo hallase, lo matase, y como llegó y le vido herido creyó lo que le dijo el Pedrarias, y por entonces no lo mató, y lo llevó á las ancas de su caballo delante del tirano, adonde estuvo por matalle; y al fin fué Dios servido que lo dejó, y *le* amenazó diciendo que pasase aquella, y que mirase por sí. Y así el tirano procuró luego de que le trajesen los otros cuatro soldados arriba dichos; y algunos vecinos de la dicha isla, movidos, por ventura, de codicia de la paga y de los ruegos de don Juan, su Gobernador, que estaba preso y temeroso de la muerte, y por el provecho de su patria, á quien el tirano amenazaba con daños y destruicion, los fueron asimismo á buscar, unos por una parte y otros por otra, y aun con mandamientos firmados del dicho Gobernador, para que los prendiesen y trujesen al tirano; y como pusiesen gran diligencia en esto, hallaron á los dos dellos, al Castillo y Villatoro, y los trujeron presos al dicho tirano, y luego él los mandó colgar del rollo, sin confesion. Fué éste un mal caso, porque muchos soldados que venian contra su voluntad con los tiranos, que tenian gran deseo de se huir, no lo osaron hacer, porque ellos no sabian la tierra, y vieron que los vecinos, de quien se pensaban favorescer, traian y buscaban á los huidos. Al Francisco Vazquez y Gonzalo de Zúñiga, aunque pusieron gran diligencia en los buscar, nunca [1] los pudieron hallar, y principalmente Dios que los ayudó. Este dia mandó el tirano á ciertos amigos suyos matar á un fraile dominico que vido atravesar por la plaza, y compelido por ruegos de los de la isla lo dejó por entonces.

Decia este tirano que tenia prometido de no dar vida á ningun fraile de cuantos topase, salvo á los mercenarios, porque decia él que estos solos no se extremaban [2] en los negocios de las Indias, y que habia asimismo de matar á todos los presidentes y oidores, obispos y arzobispos y gobernadores, letrados y procuradores, cuantos pudiese haber á las manos, porque decia él que ellos y los frailes tenian destruidas las Indias; y que habia de matar á todas las malas mujeres de su cuerpo, porque éstas eran causa de grandes males y escándalos en el mundo, é por una que el gobernador Orsúa habia llevado consigo habian muerto á él y á otros muchos. Luego mandó quemar y echar al través los bergantines que habia traido á la isla, porque no se fuese alguno en ellos á dar aviso de su venida, y esto por parescerle que tenia cierto el navío del fraile, porque habia enviado á su capitan Monguía por él; y porque un vecino de la isla, llamado Alonso Perez de Aguilera, se huyó del pueblo, fué el dicho tirano en persona con muchos soldados, ansí de sus marañones como de los

[1] cuatro soldados.—[2] y se escondieron en el monte; el uno llamado Francisco Vazquez, y otro Gonzalo de Zúñiga, y otro Juan de Villate y Luis Sanchez del Castillo, por lo cual.—[3] y pateaba y bramaba, y culpaba al Gobernador, etc.—[4] Decia más, que la redencion de la isla estaba sólo en que le trujesen aquellos cuatro soldados, y mandó á los que en la isla se le habian llegado, que pues sabian la tierra, que pusiesen diligencia en los buscar, acompañados de otros sus amigos marañones. Y asimismo algunos vecinos de la isla, movidos de la codicia de la paga.—[5] En blanco en el ms.

[1] ellos se escondieron tan bien, que nunca.—[2] no se entrometian.

que en la isla se les habian juntado, y le hizo destejar y derribar toda su casa, y le robaron cuanto tenia y le mataron sus ganados. Y al sétimo ú octavo dia de su llegada á la isla mandó matar á un capitan suyo, de sus mayores amigos, llamado Juanes de Iturriaga, vizcaino, de su patria, porque era hombre de bien y se temió dél, que le dijeron que juntaba amigos y que á su mesa comian algunos soldados. Y estando cenando una noche con sus amigos en su posada, llegó el maese de campo Martin Perez con ciertos arcabuceros, y levantándose el Iturriaga de la mesa á recibirlos, le dieron ciertos arcabuzazos, de que murió; y así se le dejaron aquella noche, y otro dia, de mañana, le enterraron con gran pompa, y banderas arrastrando, y tocando atambores roncos. Y como este tirano era malo, perverso, así era enemigo de los buenos y virtuosos; y pocos á pocos ha venido matando todos los más hombres de bien, y teniéndolos por sus enemigos, porque como tuviese presuncion ó manera de hombre de bien, temíase dellos, y no consentia que tal hombre viniese entre ellos; y, por consiguiente, era amigo de la gente baja y mala, de los cuales se fiaba y los tenia por grandes amigos, y por parescerle que estos tales no tenian ánimo para le matar, y que entre estos tales viviria más seguro. Entendia los más de los dias en hacer alardes y formar escuadrones, y poniendo la gente como habia de pelear, decíales que no habia de dar batalla á ninguno de los que contra él viniesen, si no fuese el Rey en persona, y que á los demás habia de desbaratar con ardides y mañas de guerra, de que él se preciaba más que entendia dello. Esperaba cada hora á su capitan Monguía, á quien habia enviado á tomar el navío del fraile, y como le parescia que se tardaba, teníalo á mala señal y estaba triste, y amenazaba de muerte á todos los de la isla, y decia que si el dicho capitan y soldados eran muertos ó presos, que habia de matar hasta los niños de teta, y asolar la tierra, y por ellos habia de matar mil frailes. Y luego le vino nueva que el navío del fraile venia, y no supo por quién, y estaba suspenso hasta que, de un negro que habia venido en una piragua de Maracapana, se supo cierto que el capitan Monguía y los soldados que con él iban se habian todos reducido al servicio de Su Majestad; y avisado el fraile de la venida del tirano y de todo lo que pensaba hacer, y que el fraile, con ellos y con la demás gente que tenia, venia con su navío á le destruir y hacer guerra, por lo cual el tirano hacia grandes bramuras y echaba espumarajos, decia grandes amenazas contra el fraile y los dichos soldados, y contra los de la isla, á los cuales mandó luego prender á todos con sus mujeres, y los llevaron á la fortaleza, y mandó echar más prisiones á don Juan, el gobernador, y á Manuel Rodriguez, alcalde, y á los demás vecinos, para todos los cuales hubo prisiones; y tratándolos mal á todos de palabra, decia que habia de hacer correr arroyos de sangre por la plaza de la Margarita de los vecinos della; y luego, en caballos que habia tomado á los vecinos mandó poner de sus soldados á trechos, desde el pueblo hasta un puerto de la isla que llaman la Punta de las Piedras, adonde tuvo nueva que venia á desembarcar el dicho fraile. Aquí volvió el dicho cargo de Alférez general á Alonso de Villena, que antes lo era en tiempo de su Príncipe, que se lo habia quitado, como se ha dicho.

[1] Un sábado, á mediodia, fué avisado cómo el navío del Provincial habia tomado el dicho puerto de las Piedras, que es en la isla cinco leguas del pueblo, y le dijeron que traia mucha gente de guerra con indios flecheros; y el cruel tirano, muy enojado y bravo, y blasfemando de Dios y de sus Santos, andaba muy orgulloso con sus soldados, apercibiéndolos para pelear con el fraile, pensando que traia mucha gente; y con este temor, por prendar más á sus soldados, que no se le osasen huir y se pasasen al fraile, diciendo: «de los enemigos los menos», mandó que bajasen á una cámara baja, que estaba en la dicha fortaleza, al Gobernador y á Manuel Rodriguez, alcalde, y á un Cosme de Leon, alguacil mayor, y á un Cáceres, regidor, y á otro Juan Rodriguez, criado del Gobernador, á todos en las prisiones en que estaban, y viéndolos el tirano tristes, por los consolar, les dijo que no tuviesen pena ni temor, que les prometia y daba su palabra que aunque el fraile trujese más soldados que cardones y árboles habia en la Margarita, que no hay en ella otra cosa, y aunque todos sus soldados muriesen, que ninguno dellos habia de morir; que así lo tuviesen por cierto, que él les aseguraba. Y con esto que les dijo estaban algo contentos y consolados; pero el dicho tirano tenia la condicion conforme á su mala vida y obras, que jamás, ó por gran maravilla, cumplió palabra que á nadie diese, y cuando aseguraba alguno, entonces lo queria matar ó dañar, como esto se paresció este dia; y á la noche, mandó que se fuesen á sus casas los

[1] *Muerte del Gobernador don Juan de Villandrando.*

vecinos de la isla y sus mujeres que tenia presas, porque no entendiesen lo que querian hacer; y despues de todos idos, á gran rato de la noche, vino adonde estaba preso el Gobernador y todos los que arriba hemos dicho que estaban presos con él, un Francisco de Carrion, alguacil mayor del tirano, y con él otros soldados y negros con cordeles y garrotes, y fueron primero al Gobernador y le dijeron que se encomendase á Dios, que habia de morir; y él respondió que ¿cómo era aquello? que el gobernador [1] Lope de Aguirre les habia acabado de dar su palabra que no los mataria; y el dicho alguacil y soldados le dijeron que, no obstante aquello, habian de morir; y luego dieron garrote al Gobernador y tras dél á Manuel Fernandez, alcalde, y á Cosme de Leon, alguacil mayor, y al Juan Rodriguez, y á la postre el Cáceres, regidor, que era un viejo manco y tullido; y muertos todos cinco, los cubrieron con una estera, porque nadie los viese, y á la media noche, llamando el tirano á sus soldados, y metiéndolos en la fortaleza con las velas encendidas, mandó descubrir la carnecería, y mostrándoles los muertos, les dijo: «Mirad, marañones, qué habeis hecho, que allende de los males y daños pasados que en el rio Marañon hicisteis matando á vuestro gobernador Pedro de Orsúa, y á su teniente don Juan de Vargas y á otros muchos, jurando y alzando por Príncipe á don Fernando de Guzman y firmándolo de vuestros nombres, habeis tambien muerto en esta isla al Gobernador della y á los Alcaldes y Justicias que, veislos, aquí están; por tanto, cada uno de vosotros mire por sí y pelee por su vida, que en ninguna parte del mundo podeis vivir seguros sino en mi compañía, habiendo cometido tantos delitos». Y luego mandó hacer dos hoyos en la misma cámara y allí los enterraron; y luego á aquella hora se partió el perverso tirano con ochenta soldados arcabuceros á la Punta de las Piedras á verse con el fraile, y quedó su maese de campo, Martin Perez, en el pueblo en guarda de los presos, y el dicho Maese de campo comió aquel dia en la fortaleza con trompetas y grande regocijo.

Allegado el dicho tirano Lope de Aguirre con sus ochenta soldados á la Punta de las Piedras, halló que el navío del fraile venia ya á la vela la vía del pueblo, y luego, con toda brevedad se volvió y llegó al pueblo el mismo domingo, tarde, y su Maese de campo y los soldados que con él habian quedado le hicieron gran recibimiento, con salva de arcabucería; y luego que llegó, un capitan suyo, llamado Cristóbal García, que era calafate, como se ha dicho, ó por envidia ó mala voluntad, y porque quizá fué verdad, dijo que su Maese de campo convocaba amigos para le matar y alzarse con la gente y navíos é irse á Francia; y que él y los conjurados habian comido aquel dia juntos en la fortaleza, con trompetas y gran fiesta; y trujo por testigo un muchacho, criado suyo, el cual dijo que habia visto la junta y entendido el concierto, y que era como su amo lo habia dicho. Luego, el cruel tirano se determinó de matar á su Maese de campo, y enviándolo á llamar á su posada, mandó á un su muy amigo y de su guardia, llamado Chaves, que al entrar de la puerta le matase con un arcabuz; y venido el Maese de campo, sin sospecha de lo que le habia de venir, estando descuidado, el dicho Chaves llegó por detrás y le dió un arcabuzazo, de que le hirió muy mal; y luego le acudieron otros amigos del tirano, que estaban avisados, con muchas cuchilladas y estocadas; y el dicho Maese de campo, como se sintió herido mal, andaba huyendo de una parte á otra de la fortaleza, pidiendo confesion y llamando al General, y así lo acabaron de matar; y el dicho Chaves le degolló con una daga. Fué tan grande el ruido y alboroto que hubo cuando mataron al dicho Maese de campo dentro en la fortaleza, que las mujeres y vecinos de la isla que estaban presos en la misma fortaleza pensaron que á todos los querian matar, y en especial las mujeres, que unas se metian debajo de las camas, otras detrás de las puertas y en los rincones; y una Marina de Trujillo, mujer de Hernando de Riveros, se arrojó por una ventana de la fortaleza á la calle, y dió gran golpe [1], pero del miedo no lo sintió, y se fué á esconder; y de las almenas de la fortaleza se arrojaron un Domingo Lopez y otro Pedro de Angulo, vecino de la isla, y sin hacerse mal, se huyeron al monte; y el tirano se asomó á una ventana de la fortaleza, y desde ella dijo á la gente que estaba en la plaza, alborotada, que no sabian qué ruido era el que habia dentro en la fortaleza, y les dijo á todos como habia muerto á

[1] que el general Lope de Aguirre no habia mandado tal. Y el tirano á aquella sazon se habia salido fuera. Y pidiendo confesion y llamando al General, le acabaron de matar, degollándolo con una daga; y ansimismo dieron garrote al Alcalde y á otros regidores, y un fraile dominico; y luego los ministros del diablo fueron y mataron al Maese de campo en la fortaleza; y fué tan grande el escándalo, ruido y alboroto que hubo cuando le mataron, que los vecinos que allí estaban y mujeres de la isla.

[1] por ser mujer carnuda.

Martin Perez, su [1] Maese de campo, porque lo queria matar [2], y los asosegó.

A estas voces [3], estando el maese de campo muerto y tendido en el suelo, y por muchas heridas que tenia en la cabeza se le parecian los sesos y le corria sangre, y un capitan de la municion, grande amigo del tirano, llamado Anton Llamoso, que habia sido uno de los que dijeron al tirano que era en el concierto de matarle con el Maese de campo; y á aquella sazon le dijo el tirano: «Y vos, hijo Anton Llamoso, tambien dicen que queriades matar á vuestro padre». El cual negó con grandes reniegos y juramentos; y pareciéndole que le satisfacia más, arremetió al cuerpo del dicho Maese de campo, delante de todos, y tendiéndose sobre él le chupaba la sangre que por las heridas de la cabeza le salia, y á vueltas le chupó parte de los sesos, diciendo: «á este traidor beberle hé la sangre», que causó grande admiracion á todos. Quitó luego el tirano la capitanía de su guardia á un Nicolás de Zozaya, porque tambien sospechó que era con el Maese de campo, y dióla á otro, llamado Roberto de Zozaya, barbero, muy su amigo. Mandó el tirano á todos los vecinos de la isla que tenia presos, que se fuesen á sus casas con sus mujeres, y que de ahí adelante viviesen seguros y sin miedo, que ya eran acabadas todas las muertes y crueldades, porque su Maese de campo, á quien él habia ya muerto, las hacia y causaba todas; en lo cual mintió, porque el Maese de campo no hacia cosa ninguna sin su mandado, y aun se creyó que matara muchos más, y que el Maese de campo le estorbaba y rogaba mucho que no matase tantos.

Pasado todo lo que se ha dicho, un martes, por la mañana llegó el navío del Provincial al pueblo, y surgió en el puerto, casi media legua desviado de la fortaleza; y el dicho tirano, como lo vido surto, puso su gente en órden, y con cinco falconetes de bronce y uno de hierro que tomó en esta isla salió por la playa adelante, pensando que querian saltar en tierra; y el dicho tirano y soldados de la tierra y los del fraile, desde unas piraguas en que habian entrado para hacer ademan de tomar tierra, se llamaban unos á otros de traidores, y se dijeron otras muchas afrentas de palabra, pero nunca saltaron en tierra; y así se estuvieron todos aquel dia en el puerto con *los* estandartes reales alzados en el navío; y visto por el tirano que no saltaban en tierra, se volvió con su gente á la fortaleza, y de allí escribió una carta al dicho Provincial, que dijo desta manera:

[1] «Muy magnífico y muy reverendo señor: más quisiéramos hacer á vuestra paternidad el recibimiento con ramos y flores que no con arcabuces y tiros de artilleria, por habernos dicho aquí muchas personas ser más que generoso en todo; y, cierto, por las obras hemos visto hoy en este dia ser más de lo que nos decian, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar, como lo es vuestra paternidad; y así, vemos que la cumbre de la virtud y nobleza alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano. Yo no niego, ni todos estos señores que aquí están, que no salimos del Pirú para el rio de Marañon á descubrir y poblar, dellos cojos y dellos sanos, y por los muchos trabajos que hemos pasado en Pirú, cierto, á hallar tierra, por miserable que fuera, paráramos, por dar descanso á estos tristes cuerpos que están con más costuras que ropas de romeros; mas *por* la falta de lo que digo, y muchos trabajos que habemos pasado, hacemos cuenta que vivimos de gracia, segun el rio y la mar y hambre que nos han amenazado con la muerte; y así, los que vinieren contra nosotros hagan cuenta que vienen á pelear con los espíritus de los hombres muertos; y *si* los soldados de vuestra paternidad nos llaman traidores, débelos de castigar, que no digan tal cosa, porque acometer á don Felipe, rey de Castilla, no es sino de generosos y de grande ánimo; porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos órden á la vida; mas por nuestros hados, no sabemos sino hacer pelotas y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre. Si hay por allá todavía necesidad deste menudo, proveeremos. Y hacer entender á vuestra paternidad lo mucho que el Pirú nos debe, y la mucha razon que tenemos de hacer lo que hacemos, creo será imposible. A este efecto, no diré nada aquí dello. Mañana, placiendo á Dios, enviaré á vuestra paternidad todos los traslados de los actos que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en libertad, como estaban; y esto dígolo en pensar qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron á don Fernando de Guzman por su rey y se desnaturaron de los reinos de España, y se amotinaron y alzaron con un pueblo y usurparon la justicia, y los desarmaron á ellos y á otros muchos particulares, y les robaron las haciendas; y ende más, Alonso Arias, sargento de

[1] su hijo.—[2] y no nombró al Gobernador ni á los demás, y ansí se sosegaron.—[3] A esta sazon.

[1] *Carta del tirano.*

don Fernando, y Rodrigo Gutierrez, su gentil-hombre. Desos otros señores, para qué hacer cuenta, no hay, porque es chafalonia; aunque de Alonso Arias tampoco la hiciera, si no fuese por ser extremado oficial de hacer jarcia. Rodrigo Gutierrez, cierto, hombre de bien es, si siempre no mirase al suelo, que es insignia de gran traidor. Pues si acaso ahí ha aportado un Gonzalo de Zúñiga, padre de Sevilla, cejijunto, téngalo vuestra paternidad por un gran chocarrero, y sus mañas son éstas: él se halló con Alvaro de Hoyon en Popayán en la rebelion y alzamiento contra Su Majestad, y al tiempo que iban á pelear dejó á su capitán y se huyó. Ya que se escapó desto, se halló en el Pirú en la ciudad de Sant Miguel de Piura, con Fulano de Silva, en un motin, y robó la caja del Rey, y mataron la Justicia, y asimismo se le huyó. Hombre es que, mientras hay que comer, está diligente, y al tiempo de la pelea siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir. De un hombre sólo me pesa que no está aquí, y es Salguero, que teníamos gran nescesidad dél, que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien. Mi buen amigo Martín Breño y Antón Perez y Andrés Diaz, les beso las manos; y á Monguía y Arteaga, Dios los perdone, porque si estuviesen vivos, tengo por imposible negarme. Cuya muerte ó vida suplico á vuestra paternidad me haga saber; aunque tambien querríamos que todos fuésemos juntos, siendo vuestra Paternidad nuestro Patriarca; porque, despues de creer en Dios, el que no es más que otro no vale nada. Y no vaya vuestra paternidad á Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está, y para esto [1], César ó *nihil*. La respuesta suplico á vuestra paternidad me escriba, y tratémonos bien, y ande la guerra; porque á los traidores Dios les dará la pena, y á los leales el Rey los resucitará, aunque hasta agora no vemos que el Rey ha resucitado alguno, ni da vidas ni sana heridas. Nuestro Señor la muy magnífica y muy reverenda persona de vuestra paternidad guarde y en gran dignidad acresciente. Desta nuestra fortaleza de la Margarita.—Besa las manos á vuestra paternidad, su servidor, Lope de Aguirre».

A esta carta respondió el Provincial, y no he podido tener su traslado [2] mas de que en suma le decia que Monguía y Arteaga estaban buenos [3], y eran muy servidores del Rey; que ellos y todos se habian pasado á

[1] eso.—[2] y yo he visto la respuesta.—[3] vivos.

su servicio y como sus leales vasallos, y que le rogaba por Dios que dejase ya el hacer más daños en la isla, y principalmente le encargaba la honra de los templos y mujeres. Venida la tarde, el dicho Provincial se tornó á Maracapana, y sin haber hecho más de mostrar en la mar su venida, hizo más daño que provecho [1], porque se dijo que, si no viniera, nunca el tirano matara á don Juan el gobernador ni á los demás que mató. Ya que habia venido, si saltara en tierra, aunque fuera lejos del pueblo, y se juntara con los vecinos de la isla, que muchos andaban al monte, pudiera ser que muchos soldados del tirano, viendo que tenian quien los favoreciese y recogiese [2] con la voz del Rey [3] en la isla, se le huyeran muchos que estaban contra su voluntad y no se osaban huir porque no sabian la tierra ni donde guarescerse del tirano; y de otra manera no lo osaban hacer, porque habian visto que los vecinos y gente de la isla los buscaron y trujeron al tirano algunos de los que se habian huido; y desta manera, por ventura, el tirano perverso se desbaratara ó saliera de la isla más presto y con menos poder; pero en esto se ha de tomar el santo celo del Provincial, que su intencion fué buena y de aprovechar á todos, y lo demás atribuirlo á Dios que hace lo que él es servido. Este dia que estuvo surto el navío del Provincial fueron hallados escondidos entre unos cardones en la playa de la mar dos soldados del tirano que dijeron algunos que se quisieron pasar al navío del fraile, y el tirano los mató luego sin confesion; el uno, llamado Juan de Sant Juan, y el otro Paredes. Partido desta isla, el Provincial fué luego con toda brevedad á dar aviso á Santo Domingo de la venida deste tirano, y de camino avisó la Burburata y toda aquella costa de Tierra Firme. Y como el cruel tirano habia quemado y echado á fondo los bergantines en que vino á la isla, teniendo por cierto que tomara el capitan Monguía el navío del Provincial y se lo trajera, y como su pensamiento le salió contrario, y viendo que en tres barcos que habia tomado allí no podia ir toda la gente, porque eran pequeños, determinó de acabar un navío que tenia armado don Juan, el gobernador de la isla, y enviando á buscar ciertos carpinteros que andaban huidos por la isla, los vecinos se los trujeron, y los hizo trabajar en él fiestas y domingos hasta que se acabó, que tardaron más de veinte y cinco dias [4]; y en este tiempo quemó y derri-

[1] Su venida del Provincial al puerto hizo más daño que provecho.—[2] rigiese.—[3] de Su Majestad.—[4] veinte dias.

bó muchas casas y estancias de vecinos de la isla que se habian ido al monte, y los robaron mucha ropa y haciendas, y les mataron sus ganados. Mató en este tiempo el tirano á un Martin Diaz de Almendariz, primo hermano del gobernador Pedro de Orsúa, al cual el dicho tirano, desde que mataron al dicho Gobernador, su primo, lo habia traido á manera de preso y desarmado; y habiéndole dado licencia para que se quedase en la isla, y el Martin Diaz se habia ido del pueblo á una estancia, envió el tirano á ciertos soldados que le matasen, y ellos le dieron garrote y lo mataron; y dijo el tirano á sus soldados que habia muerto á Martin Diaz porque tenia propuesto de no dejar enemigo por detrás, y que todo su contento era matar enemigos y poner la vida por sus amigos, y él no dejaba á unos ni á otros.

En este tiempo, que fué dia de Nuestra Señora de la Asuncion, qne llaman de Agosto, fué el dicho tirano con todos sus soldados en ordenanza á la iglesia mayor del pueblo á bendecir ciertas banderas de sus capitanes, y él iba delante de la ordenanza, como Capitan general; y acaso vido en el suelo un rey de náipes, al cual pateó y hizo pedazos, diciendo muchas blasfemias y palabras injuriosas en desacato del rey don Felipe, nuestro señor, como otras veces lo solia hacer; y no solamente hacia esto, pero blasfemaba y renegaba de Dios, sumo Rey Señor de todos; y ansimismo hacian otros muchos soldados amigos, que, por le imitar y hacer placer, blasfemaban y renegaban continuamente de Dios y del Rey. Y acabadas de bendecir las banderas las entregó á sus Capitanes y Alférez, y les dijo que aquellas banderas que les daba las pueden defender de todo el mundo, y que no les encargaba ni mandaba más de que mirasen por la honra de los templos y de las mujeres, y que en lo demás viviesen como les paresciese y en la ley que quisiesen, que á nadie le iria á la mano. Y aun estas dos cosas que les encargó de los templos, se creyó que las dijo más por no parescer del todo hereje, mal cristiano, como lo era, y para acreditarse en algo con los que estaban presentes, que no porque se entendiese dél que castigaria á ninguno que hiciese lo contrario, segun su condicion. Dijo aquí á sus soldados que él habia hecho nuevo rey, y que habia de hacer nueva ley para en que viviesen sus secuaces y amigos [1], cosa, cierto, de gran espanto para los que eran cristianos y lo habian de ser ó morir, porque en este tiempo gran ocasion habia á una voz todos hacer pedazos aquel perverso tirano; mas como la fuerza de la malvada gente que era de su opinion era grande, y los bien intencionados pocos y bien desarmados, su malvada gente que tenia resistió por entonces la gente que contra él tenia indignacion; y por mayor lástima tengo que agora andemos iguales, y por una medida y rasero llevados los que se mostraron ser servidores de Dios y del Rey, como los que entonces eran sustentadores deste tirano y de sus herejias y crueldades; porque, como testigo de vista, puedo decir que estos tales, segun sus grandes maldades, las justicias de Su Majestad no habian de usar con ellos de ninguna clemencia, aunque, segun se va entendiendo, hay tan pocos destos que hayan parado en bien, que ahogados, ó despeñados, ó muertos á manos de indios, hay pocos que se hayan escapado; y Dios, que es justo juez, da el castigo á cada uno como lo meresce y es servido; y *en* esto no me quiero detener, que bien habia qué tratar, aunque no fuera sino decir cómo estuvo en esto remisa la justicia, digo en donde se desbarató el tirano, que fué en la gobernacion de Venezuela.

Estándose acabando el navio se dijo que el Alférez general del tirano, llamado Alonso de Villena, lo queria matar al dicho tirano y alzar bandera por el Rey; y dando parte desto á ciertos soldados del dicho tirano para que le ayudasen, ellos se lo dijeron, y enviando á matar el dicho tirano á su Alférez, él lo sintió y se huyó al monte. Y lo que desto se cree [1] y tuvo por cierto en la isla Margarita, y despues de ido el tirano se platicaba, fué que, temiéndose de su muerte el dicho Alonso Villena, y que el dicho tirano lo queria matar, que estaba [2] enojado con el Villena, por el peligro se quisiera apartar de su compañia, y no lo osaba hacer, porque era uno de los trece que fueron en matar al buen gobernador Pedro de Orsúa, y habia sido siempre muy de ánimo en toda la tiranía, y por temor que las justicias de Su Majestad despues lo matarian; y así, teniendo ya determinada y aun aparejada su ida, por escapar la vida si pudiese, dijo á ciertos soldados que él queria matar al tirano, que le ayudasen; y díjolo tan en público, que por fuerza el tirano lo hobo de saber; y luego se huyó, como lo tenia bien acordado; y esto hizo á fin de que despues, cuando por las justicias de Su Majestad fuese hecha informa-

[1] Falta en el J. 136 lo que sigue hasta el párrafo que empieza: «Estándose acabando el navío, etc.».

[1] creyó.—[2] que habia reñido con él, y estaba.

cion de su vivir, pudiese hacer este cargo de servicio al Rey, para descuento de sus maldades, y no para que hobiese efecto lo que decia, sino aspaviento; porque si él quisiera de veras servir á Vuestra Majestad, no lo dijera tan público, ni se huyera luego, ni aguardara al tiempo que el tirano se queria embarcar para salir de la Margarita, que es bien claro que porque no tuviese tiempo para lo buscar, aguardó entonces. Y así el tirano, airado de la huida deste tomó sospecha de otros, diciendo que eran con el Villena, y sin tener más claridad sino su dañada sospecha [1], mató asimismo á un alférez de su guardia, llamado Dominguez, que era amigo del dicho Villena [2], y matóle á puñaladas un Juan de Aguirre, que era mayordomo del dicho tirano, y lo echaron de la fortaleza abajo; y por lo mismo, á otro soldado [3], llamado Loaysa, tambien de sus marañones, ahorcó; y á una mujer de un vecino de la isla, llamada Ana de Rojas, la ahorcó del rollo de la plaza, y le tiraron muchos arcabuzazos, porque dijeron al tirano que el Villena entraba muchas veces en su casa desta mujer y que allí se concertaba el motin [4]. Envió asimismo á matar al marido de la dicha Ana de Rojas, que se llamaba Diego Gomez, que era un hombre viejo y enfermo, que estaba curándose en una estancia una legua del pueblo. Mataron á él y á un fraile dominico que con él estaba, dándoles garrote y robando cuanto estaba en la estancia; y volvieron al pueblo, donde el tirano perverso mandó á estos sus diabólicos ministros que, pues ya habian muerto un fraile, que matasen á otro su compañero que allí estaba en el pueblo, que era asimismo dominico, con el cual este malvado tirano se habia confesado; y luego, á la hora, lo mataron estos perversos sayones y lo metieron en una casa; y cuando lo querian matar, el fraile les rogó que le dejasen primero encomendarse un poco á Dios, y tendiéndose en el suelo boca abajo rezó el salmo de *Miserere mei* y otras oraciones, aunque los perversos tiranos no le dieron mucho espacio; y levantándose del suelo, se encomendó á Dios y les dijo que aquella muerte él la tomaba por Dios, que se la diesen la más cruel que pudiesen; y así le dieron garrote, el cordel por la boca, hasta que se la hicieron pedazos, y como no se ahogaba presto, le pasaron el cordel al pescuezo. Créese que el dicho fraile murió mártir, por algunas reprensiones que en la confesion debió de dar al dicho tirano. Pasado aquesto, mandó ahorcar el tirano á un fulano Somorrostro, vecino de la isla, que era un hombre viejo, porque cuando llegó el tirano á la isla se habia ofrecido á ir con él, y al tiempo de la partida le pidió licencia para quedarse, y él se la dió, pero quedó colgado del rollo.

Estando ya casi de camino el tirano, y el navío echado al agua, que se habia acabado, mandó ahorcar una mujer de la isla que se decia fulana de Chaves, porque de su casa se le huyó un soldado de los que en esta isla se le allegaron, porque decia que esta mujer lo supo y no le avisó. Muchos de los soldados de la isla que se habian ofrecido de salir con él, viendo sus crueldades y maldades se le habian ya huido. Era tan cruel y malo este tirano, que á los que no le habian hecho mal ni daño los mataba sin causa ninguna, y á otros que él no tenia voluntad ni causa de los matar, porque ninguno se escapase dél sin que tuviese que contar, los afrentaba. Y mandó que le trajesen un mancebo que estaba en la isla, que no le habia venido á ver, y en pena de su descuido mandó que le rapasen la barba, lavándosela primero con orines hediondos, y le mandó que pagase al barbero, y le hizo traer cuatro gallinas por paga. Y á otro soldado de los suyos, como era un fulano Cayado, que no era hombre de que él hacia cuenta, ni le queria matar, porque se descuidó un dia en ir al escuadron le mandó asimismo rapar la barba en el rollo de la plaza, y que se la lavasen con el mismo lavatorio que al otro.

Estando ya acabado el navío del todo, y el tirano que se queria partir de la isla, vino un Francisco Fajardo, vecino de un pueblo que se dice Caracas [1], en la gobernacion de Venezuela, con ciertos indios flecheros y enherbolarios [2], en socorro de los vecinos de la isla, y se puso en un monte, media legua del pueblo, entre las estancias, y dijeron que por esto no las quemó y destruyó el tirano, que lo tenia determinado de lo hacer, y no osó enviar gente á ello, porque no se le huyesen, que algunos lo habian comenzado á hacer [3]; y si entonces le acometiera el Fa-

[1] lo tenía bien acordado, al tiempo de que el tirano estaba de camino, porque no hubiese tiempo para le buscar; y esto hizo para tener alguna manera de descargo con la justicia. Que le quisiese matar ó no, esto se dijo y fué público en la dicha isla, despues que della se fueron los tiranos.—[2] y se pensó que era con él en el motin. Matóle, segun se dijo, Juan de Aguirre.—[3] tirano, y el más su amigo, y de su apelido. Mató á otro soldado.—[4] y que ella era sabidora dello.

[1] de la provincia de Caracas.—[2] herbularios.—[3] y ponia gran miedo á los soldados con el dicho Fajardo y sus indios, diciendo que mataban á todos los que se huian, y que no perdonaba á nadie. Y al tiempo que se quiso embarcar, con el temor que tuvo de que se le huyesen los marañones, y que el Francisco Fajardo, al tiempo del embarcar, no diese en ellos con

jardo, se pasara la más gente del tirano, aunque, por temor de que se les habian de huir algunos, hizo el tirano meter sus soldados todos en la fortaleza [1], á fin de que ya que viniesen á dar en él con los indios flecheros, con este alboroto no pudiese ninguno huir; y así hizo un portillo á las espaldas de la fortaleza hácia la mar, y por allí hacia embarcar toda la gente uno á uno. En este tiempo, estando el perverso tirano en la playa de la mar, y la gente ya toda embarcada, que solo él y algunos amigos suyos quedaban en tierra, llegó á él un soldado de sus marañones, y bien su amigo, y de los más prendados, que se llamaba Alonso Rodriguez, almirante, y le dijo al tirano que se desviase un poco más á tierra, que se mojaba con las olas de la mar; y sin más razones y ocasion echó mano á su espada y le dió una cuchillada que casi le derribó un brazo en el suelo [2]; y luego mandó que fuesen á curar al dicho soldado, y ya que lo querian hacer, se arrepintió y tornó á mandar que le diesen garrote, y así lo hicieron, y lo mataron sin confesion, y luego este tirano fué con algunos de sus amigos á casa de un clérigo llamado Contreras, cura de la isla, y lo trajo á los navíos y lo embarcó y llevó consigo, harto contra la voluntad de dicho clérigo [3].

Salió el tirano de la isla Margarita un domingo, despues de medio dia, postrero de agosto del año de mil y quinientos y sesenta y un años, habiendo estado en ella cuarenta días, y dejándola tan perdida y asolada y robada de servicio de ganados y comida y otras cosas, que los que en ella quedaban no se pueden sustentar sino con mucho trabajo, y habiendo hecho las crueldades y maldades que he dicho, y otras muchas más. Mató el tirano por el rio, antes de llegar á esta isla, veinticinco hombres, y entre ellos al gobernador Pedro de Orsúa, y á don Juan de Vargas, su teniente, y á doña Inés, y á un Alonso de Henao, clérigo, y á un Comendador de Rodas. Todos los demás fueron, su Príncipe, almirantes, capitanes, alféreces y sargentos y otros oficiales que este perverso tirano hizo y deshizo; y en matando uno déstos, hacia otro en su lugar, y los bienes, armas y servicio de todos los que mataba iban á los herederos forzosos, que eran los amigos y privados del tirano, á quien los repartia todos, y con esto los tenia propicios y llegaba cada dia más. Mató en la isla Margarita otros catorce de sus marañones, y once de los vecinos della, con los dos frailes y dos mujeres, que son por todos cincuenta personas las que mató hasta que salió de la isla, sin otros dos indios ladinos que allí mató, y á todos los más dellos sin confesion. Metió en la isla, cuando entró en

los indios, que aunque no le hiciesen mucho daño con las flechas, le harian harto, porque con el alboroto y favor se le podian huir los que quisiesen, encerró la gente en la fortaleza.

[1] y cerrando la puerta della, hizo un portillo por las espaldas, frontero de su navío, y por una escalera, uno á uno, los hizo salir.—[2] Otros dijeron que el tirano estaba enojado deste soldado porque habia dicho que tres caballos y un macho que el tirano llevaba en los bergantines ocupaban mucho, y que por amor dellos no cabia la gente. Mandó luego que fuesen á curar.—[3] y aunque el tirano le prometió grandes dádivas y que le habia de hacer obispo del Pirú.—Contado hé todas las maldades y tiranías y crueldades que este tirano hizo en la dicha isla Margarita. Agora diré lo que me contó un sacerdote honrado de la dicha isla, que es digno de contar, para tomar ejemplo. Y fué que, antes que el tirano llegase á la isla, algunos dias, sucedió entre ciertos soldados una pendencia, de suerte que el uno de ellos afrentó al otro, y luego se fué á retraer á la iglesia de la isla, donde entendió estar seguro; pero acudió luego el gobernador D. Juan de Villandrando y los alcaldes y alguaciles, y otra gente del pueblo que traia consigo, y procuró con muchas veras sacar al dicho retraido, y aunque los clérigos se lo estorbaban, no bastó. El retraido, viendo que tan de hecho iba el negocio, y que no le valia la casa de Dios, abrazóse con la caja del Santísimo Sacramento, muy aferrado con ella; pero no le bastó, porque, sin respeto ninguno le arrebataron y trujeron por las gradas del altar arrastrando, y él con la caja del Santísimo Sacramento en las manos, hasta que le fué forzoso despedirla, y ansí anduvo el Santísimo Sacramento rodando por aquel suelo, sin tener más respeto que si fuera un indio. Cosa que á todos los que allí se hallaron desapasionados puso en mucha admiracion, y más á los pobres clérigos que veian á su Dios tratar de aquella suerte, sin lo poder remediar. En este medio vino á la dicha isla el dicho Provincial Montesinos, y le contaron todo lo que habia pasado, de lo cuál él quedo bien admirado, por ser hombre de buena vida y ejemplo. Y predicando un dia el dicho Provincial en la iglesia mayor de la dicha isla, entre otras cosas y reprensiones afeó este negocio grandemente, culpando al gobernador y á todos los que fueron en ello, y les dijo claramente: «Mirad, señores Justicias, la ofensa que habeis hecho contra vuestro Dios y Señor; pues yo os doy mi palabra que del cielo ó de la tierra, que habeis de tener un castigo notable, que os acordeis dél para mientras fuéredes vivos». Acabado el sermon, el Provincial se fué su viaje á Tierra Firme, y no pasó un mes cabal, cuando el tirano vino á la dicha isla é hizo el castigo que hemos contado; porque cosa notoria es y sabida, permitir Dios, nuestro Señor que venga un mal hombre á castigar sus siervos, como aquí subcedió, que padescieron muchos sin culpa, por la culpa y ofensa que los otros hicieron.

He querido decir esto para que se entienda la mucha reverencia que debemos tener á nuestro Criador y Redentor, y á sus templos de oracion y á sus ministros; y los que gobiernan y mandan repúblicas, cómo deben mirar estas cosas con mucho cuidado y cristiandad, porque haciendo esto, todas sus cosas irán bien encaminadas; y tambien se puede tomar ejemplo en el gobernador Pedro de Orsúa y todos cuantos fueron en el agravio que se le hizo al padre Henao.

Estuvo el tirano en la isla Margarita cuarenta dias y más, dejándola tan perdida y asolada.

ella, docientos hombres, ó muy pocos más, con noventa arcabuces y veinte cotas; quedáronsele en la dicha isla, entre muertos y huidos, y otros dejados por la voluntad del tirano, con los que se pasaron al fraile con Monguía, cincuenta y siete hombres. Allegáronsele allí once ó doce soldados. Halló en la isla cincuenta arcabuces y muchas lanzas y espadas, y seis tiros de artilleria, los cinco falconetes de bronce y uno de hierro. Por esta cuenta, sacó de la isla Margarita hasta ciento sesenta hombres, y algunos de los que se le huyeron llevaron [1] algunos arcabuces, como hasta diez, y quedarle hían hasta ciento arcabuces, y las seis piezas de artillería ya dichas. Llevó desta isla casi cien piezas de indios é indias, de las mejores que pudo haber. Llevó tres caballos y un macho, y todos los aderezos de caballos de silla que pudieron haber, porque como supo que ya en Nombre de Dios y en Panamá estaban avisados, y que él no era parte para ir por allí, como habia pensado, determinó de irse á la Burburata y atravesar toda la gobernacion de Venezuela, y al Nuevo reino de Granada, y de allí al Pirú, aunque tambien le salió esta cuenta mala, como la otra primera, como adelante se dirá. Las sillas que de aquí sacó eran para muchos caballos que pensaba tomar en la gobernacion de Venezuela.

Salió el tirano, como habemos dicho, de la isla Margarita [2], un domingo, postrero dia de agosto, con la gente y armas y municiones [3] que habemos contado, y llevaba toda su gente repartida en cuatro navíos, los tres barcos pequeños, y el uno grande, que era el que habia acabado de hacer en la Margarita; y en cada uno destos navíos repartió la gente de quien él más se fiaba, á quien encomendó la guardia dellos; y los otros pequeños seguian [4] al en que él iba, que era mayor y más ligero. Antes de llegar á la Burburata tuvieron muchas calmas y vientos muy contrarios, por manera que tardó [5] en llegar á la Burburata, desde la dicha isla Margarita, ocho dias, que es camino que comunmente se anda en dos ó tres dias. En todo el viaje no acaesció caso de muertes. más de que el perverso tirano y sus amigos [6] traidores, como no tenian el tiempo como ellos querian, blasfemaban de Dios y de sus Santos, y de los tiempos y vientos. Decia unas veces el tirano, enojado desto, que no creia en Dios si Dios no era bandolero; que hasta allí habia sido de su bando, y que entonces se habia pasado á sus contrarios. Amenazaba de muerte á los pilotos y hombres de la mar que llevaba en los navíos; pensaba que le llevaban engañado, que en ellos estaba la falta del tiempo, y enojado con ellos, decia que si Dios habia hecho el cielo para tan ruin y civil gente, que no queria él ir allá. Y otras veces, alzando los ojos hácia el cielo decia: «Dios, si algun bien me has de hacer, agora lo quiero, y la gloria guárdala para tus Santos». Y diciendo estas y otras blasfemias y herejías llegó á la Burburata, un domingo, á los siete de setiembre deste año, y en el puerto halló un navío de mercaderías, que sus dueños, viendo venir al tirano, lo echaron á fondo con parte de la carga, que no pudieron sacar, y el tirano le mandó poner fuego y se quemó hasta el agua [1].

[2] Este mismo dia que llegó hizo desembarcar toda la gente, y se alojaron en la playa, donde estuvieron aquella noche, y otro dia, de mañana, envió algunos de sus amigos al pueblo, que estaba media legua del puerto, los cuales hallaron el pueblo sin gente, yermo, que toda la gente estaba huida por temor de los dichos tiranos, y hallaron en el pueblo un soldado de los marañones que se habian pasado al fraile con Monguía, llamado Francisco Martin, piloto, el cual les dijo que se volvia á la compañía del dicho tirano Lope de Aguirre, y luego se lo llevaron á la mar, y el tirano le hizo muchas caricias y le preguntó por el suceso de Pedro de Monguia, y él le dijo que Munguía, y Artiaga, y Alonso Gutierrez los habian engañado á todos, y uno á uno los habian desarmado; y desque los tuvieron ansí, apellidando la voz del Rey se hicieron con el fraile, y que él y los demás no habian podido hacer otra cosa, por estar sin armas; y que él, sabido que venia [3], vino á buscarle y servirle; y que algunos de sus compañeros que andaban por allí muertos de hambre y desnudos, tenian el mismo deseo que él; y que sabida su venida, tenia por cierto que lo vernian á servir. Y luego el tirano [4] le dió de vestir á este soldado, y escribió con él una carta muy amorosa para los que él de-

[1] llevarian hasta diez arcabuces, y quedarle hían. —[2] dejándola asolada y destruida.—[3] en el año de 1561. Llevó toda su gente repartida.—[4] y los tres seguian.—[5] que tardaron.—[6] En todo el viaje [no acontesció] que de contar sea más de sólo las blasfemias del tirano y sus amigos.

[1] hasta la gavia.—[2] *Llegada del tirano á Borburata.*

Domingo, siete de septiembre del año de mil y quinientos y sesenta y uno, llegó el tirano Lope de Aguirre y sus marañones al puerto de la Burburata, en la gobernacion de Venezuela; y este mismo dia que llegó.—[3] á aquel puerto, le vino á buscar y le aguardó allí; que si otra cosa fuera, tiempo habia tenido para se esconder; y que algunos compañeros.—[4] le dió crédito á todo lo que dijo, y le dió de vestir.

cia, y le mandó que los fuese á buscar, y les diese la carta y se los trajese; y él fué y anduvo por allá dos ó tres dias [1], y se volvió diciendo que no los habia hallado. Este mismo dia, antes que el tirano fuese en la Burburata, mandó matar un portugués, llamado Farias, que era de los que en la Margarita se le habian llegado. La causa que para le matar tuvo, dijeron que no fué otra sino haber preguntado este soldado si aquella tierra en que estaban si era isla ó tierra firme. Este dia mandó el tirano ir toda la gente al pueblo, y él se quedó el postrero de todos, haciendo quemar los navíos que allí habia traido, y llegado al pueblo aposentó en él su gente, y él vivia más recatado que hasta allí y con más guardia en su persona, y mandó juntar y recoger en el dicho pueblo y á la redonda dél todas las cabalgaduras que se pudiesen haber, que serian como hasta veinticinco ó treinta, y las más yeguas por domar; y ciertos soldados de los que fueron á buscar las cabalgaduras vinieron empuyados, de lo cual se enojó tanto el tirano, que mandó pregonar guerra á sangre y fuego contra el rey de Castilla y sus vasallos, salvo aquellos que se quisiesen pasar á ellos, que los aseguraba, y á los demás, todos, que los matasen, so pena que el soldado de los suyos que no matase á los que topase, le matasen á él por ello. Prendieron [2] á un alcalde del dicho pueblo, llamado Chaves, que le hallaron en un hato suyo, cuatro leguas del pueblo, y él, dicen que se lo quiso, por ver si podria granjear alguna cosa. Detúvose aquí diez y ocho dias, domando las cabalgaduras, para llevar en ellas la municion y hato [3]; y viendo que tenia necesidad de más para poderlo llevar todo, escribió una carta á los vecinos de la Nueva Valencia, que estarían diez ó doce leguas de allí [4], la tierra adentro, diciendoles que él determinaba [5] de ir por su pueblo, y sino por otro camino derecho, á Barquisimeto y al Tocuyo, y que, para aviarse, tenia necesidad de que cada vecino del pueblo le enviase un caballo, y que se lo pagaria muy bien en joyas de oro y plata; y que enviasen con los caballos personas de fiar [6]; donde no, que no podia dejar de irse á ver con ellos, y les haria todo el daño que pudiese; pero los vecinos de la Valencia no respondieron. Mató en este pueblo de la Burburata un mercader que habia tomado en el monte, llamado Pero Nuñez, porque se quejó que un soldado de los marañones le habia tomado una barreta de oro de sesenta pesos, que tenia dentro de una botija de aceitunas enterrada, y que el soldado habia desenterrado la botija y llevádosela con el oro. Y llamando el tirano al soldado, le preguntó por el oro, y él negó, diciendo que la botija no tenia tal cosa dentro; y queriéndolo averiguar, preguntó al Pero Nuñez, mercader: «¿qué señas tiene la botija?» y él dijo que una tapadera [1] con yeso, y el tirano dijo al mercader que quien en aquello mentia tambien se presumia que mentiria en lo demás, y le mandó dar luego garrote por mentiroso. Y la principal cosa por que le hizo matar fué, que cuando trujeron á este mercader preso del monte donde estaba escondido, el tirano habló bien, y le preguntó por qué se huia, y le respondió que de miedo; y replicó el tirano y le dijo que le dijese qué decian dél por allá, y el Pero Nuñez rehusó y dijo que no nada; y el tirano le dijo que dijese todo lo que dél decian, y el mercader respondió [2]: «Dicen, señor, muchas cosas que...» «Decidlas y no tengais miedo, que yo os aseguro que no se os hará mal ninguno». Y luego el mercader comenzó á decir: «Dicen, señor, que vuestra merced y todos los que andan en su compañia son luteranos, malos y crueles». Y el tirano se enojó y le dijo: «¡Bárbaro [3], nescio!» Y se quitó una celada de acero que en la cabeza traia, y le amagó á dar con ella, y enojado desto lo mató.

Mandó asimismo ahorcar aquí un soldado de sus marañones, llamado Perez, al cual halló el tirano fuera del pueblo, echado junto á un arroyo de agua, que estaba malo; y preguntándole el tirano que qué hacia allí, le respondió que estaba muy malo, y el tirano le dijo: «Luego desa manera, señor Perez, no podreis seguir esta jornada; bueno será que os quedeis». Y el Perez le dijo: «Sea como vuestra merced mandare». Y vuelto el tirano á su posada mandó luego á sus ministros que le trujesen á este soldado, diciendo: «¡Tráiganme acá á Perez, que está malo; curarlo hemos y hacerle hemos algun regalo!» Y traido, le mandó luego ahorcar, porque quisiera este maldito que ninguno mostrara voluntad de quedarse, sino que todos le siguiesen, aunque fuese arrastrando; y despues de muerto le pusieron un rótulo

[1] dos dias.—[2] este dia á un alcalde ordinario, etc.—[3] y el tiempo que aquí se detuvo, escribió una carta para S. M. del rey don Felipe, etc. (Sigue la carta á Felipe II que más adelante hallará el lector).—[4] nueve ó diez leguas.—[5] que no determinaba ir por su pueblo, sino por otro camino derecho á Barequicimeto y al Tocuyo.—[6] que recibiesen la paga.

[1] tapadera breada; y el soldado trujo una tapadera con yeso.—[2] «Dicen es Vm. y los que con él vienen luteranos, malos y crueles».—[3] «¡Barbero necio!».

en los pechos que decia: *Por inútil y desaprovechado*. Rogáronle los más de sus capitanes por este soldado, que le diese la vida, y respondió muy enojado que nadie le rogase por hombre que estuviese tibio en la guerra. Hallaron en este pueblo de la Burburata algunas mercaderías enterradas y escondidas, de paño y de lienzo y cosas de comer, y muchas pipas de vino, todo lo cual los dichos tiranos comieron y robaron; y no contentos con beber el vino en más cantidad que habian menester, cocian con ello la carne y guisaban sus comidas, y hubo algunos que desfondaban las pipas por una parte y se metian desnudos en ellas á lavarse [1], y en bateas se lavaban muchos los piés las más de las noches; cierto, cosa de gran destruicion y lástima.

Estando ya de camino para la Valencia [2] el perverso tirano, se huyeron dos soldados que habian deseado siempre el servicio de Su Majestad; el uno llamado Pedrarias de Almesto [3] y el otro Diego de Alarcon, á quien siempre el tirano habia traido desarmados, por no se fiar dellos, y porque entendia el tirano que no le habian de ser amigos; y como los echó menos, hizo grandes bramuras, diciendo blasfemias, y que si él creyera á sus amigos, él los hobiera hecho pedazos; y mandó luego detener el campo otros dos dias en el pueblo, y envió á prender á Chaves, el alcalde que antes habia preso, y trayéndole delante dél le dijo: «Sabed que si no me buscais los dos soldados que se me han huido, que es el uno Pedrarias y el otro Alarcon, que os tengo de llevar vuestra mujer é hijos, y la mujer de don Julian de Mendoza, vuestra hija; por eso, abrí el ojo y hacé lo que digo, si quereis excusar que no haga una gran crueldad en vosotros». Y el dicho alcalde, con gran diligencia procuró de buscar á los dichos soldados, y como en aquellos dos dias no los pudo hallar, el perverso tirano les llevó las mujeres al dicho alcalde y alguacil mayor, don Julian, y dejó el pueblo quemado y destruido y robado, y las mujeres todas á pié, que serian diez ó doce; y caminando hácia la Valencia, llevaba los tiros de artillería y municiones en los caballos que allí habia habido, y los soldados cargados con sus armas y hato y comida. En este pueblo dejó, de su propia voluntad, tres soldados enfermos, que se decia uno Paredes y otro Ximenez y otro Marquina.

[1] á lavarse en ellas.

Estando ya de camino.—[2] por donde se determinó de ir.—[3] Pedro Arias, y el otro Diego de Alarcon, y por esta causa, y por miedo de las puyas que decian que habia muchas en los caminos, invió á prender á la mujer é hijos de Chaves, el alcalde que antes habia prendido; y le tenia consigo, diciéndole que, si no le buscaba los dichos soldados y se los llevaba, ó inviaba á do quiera que estuviesen, que le habia de llevar la dicha mujer y una hija que tenia casada con un don Julian de Mendoza, y que asimismo mandase á los indios que no pusiesen puyas, y quitasen las que habian puesto. Y dejando el dicho aviso en la Borburata, porque hiciese lo que habia mandado, salió del pueblo, llevando la mujer é hija del dicho alcalde, dejando el dicho pueblo quemado y destruido y robado.

Luego que los vecinos de la gobernacion de Venezuela [1] supieron que el tirano habia desembarcado en la Burburata y pretendia entrar por la tierra adentro, temiendo sus crueldades y maldades, de que ya estaban [2] los vecinos de la Venezuela avisados, y de Barquisimeto, que son los dos pueblos más cercanos á la mar y camino por do el tirano habia de pasar, se huyeron al monte llevando consigo sus mujeres é hijos y hacienda, no les pareciendo que eran parte para se poder defender; pero los vecinos de la ciudad de Tocuyo, que están más lejanos de la mar, que es donde residia al presente el Gobernador, que era el licenciado Pedro Pablo Collado, tuvieron más ánimo y mostraron más valor; y todos ellos, con su Gobernador, acordaron que, poniendo sus mujeres é hijos en cobro, ellos aventurasen sus personas á todo peligro, por servir á Dios y á su Rey. Y luego el dicho Gobernador nombró oficiales de la guerra en nombre de Su Majestad, é hizo capitan general á un Gutierrez de la Peña, vecino del dicho Tocuyo, y que habia sido gobernador en el Tocuyo ántes que el licenciado Collado; y asimismo hizo á otros vecinos capitanes y alférez. Y luego el dicho Gutierrez de la Peña, capitan general, juntó toda la gente del Tocuyo, en que habia solos cuarenta y dos hombres de caballo con lanzas y escaupiles, y adargas de cueros de vaca crudos, y con el estandarte Real alzado se partió para la ciudad de Barquisimeto, que es doce leguas del dicho Tocuyo, hácia la mar, de manera que salieron al camino al tirano, apellidando y enviando á llamar toda la gente que habia en la dicha gobernacion, de los pueblos de Nira y Coycas y otras partes; y previniendo asimismo al capitan Pero Bravo, que estaba cuarenta leguas del pueblo del Tocuyo en otro pueblo llamado Mérida, tér-

[1] Luego que los vecinos de la Valencia supieron.—[2] de que ya estaban avisados, se fueron al monte con sus mujeres é hijos y haciendas, desamparando su pueblo. Y caminando el tirano camino de la dicha Valencia por una sierra arriba y muy aspera, que tiene tres leguas de subida y una de bajada, ya que se vido encubierto de la vista de la mar.

(Falta en el J. 136 todo lo que sigue hasta las palabras citadas de la página 465.)

mino del nuevo Reino de Granada, y llegados á Barquisimeto se aposentaron en el pueblo, y los vecinos dél, que andaban al monte, sabida la nueva de la venida del General y vecinos del Tocuyo se vinieron á juntar con ellos, que serian con los unos y con los otros ochenta hombres de á caballo, con las armas y aderezos que habemos dicho; y poniendo las guardias y espías en los caminos para que los tiranos no pudiesen venir sin que ellos lo supiesen y entendiesen, y alzando de los caminos todos los ganados y comidas que se pudieron alzar, esperaron allí al tirano. Y desde á pocos dias vino al pueblo de Coycas un Diego García de Paredes, vecino del dicho pueblo de Coycas, con algunos otros, sus amigos, y traian tres ó cuatro arcabuces, que era la mayor fuerza de la gente de Venezuela, y con su venida se holgaron mucho, y le dieron el cargo de Maese de campo de Su Majestad, y cada dia venian gentes de toda la Gobernacion á servir á Su Majestad.

Partido el tirano de la Burburata la vía de la Nueva Valencia, como se ha dicho, aquel dia, yendo caminando por la playa de la mar vieron venir una piragua que venia hácia el pueblo de la Burburata, y parescíales que venia en ella gente española; y pensando hacer el tirano alguna presa, caminando un poco adelante hácia una sierra, ya que se vido encubierto de la vista de la mar paró é hizo alojar allí su campo, y siendo de noche, el mismo tirano tomó consigo veinticinco ó treinta arcabuceros y volvió al dicho pueblo, y dividiendo la gente que llevaba, unos por una parte y otros por otra, mandó buscar las casas del pueblo, y que prendiesen á cuantos hallasen, y él solo se puso tambien á buscar por su parte, y no hallaron á nadie. Y, ciertamente, los que aquella noche fueron con él, no sé yo cómo se pueden excusar de culpa, porque nunca hasta allí habia habido mejor coyuntura para le matar, si los que allí iban desearan el servicio de Su Majestad, y principalmente el de Dios; porque el tirano se quedó solo buscando las casas, y con el abundancia de vino que habia, se emborrachó, y cualquiera con facilidad lo pudiera matar allí, que estaba fuera de la guardia de sus amigos; pero ellos no quisieron ó no se atrevieron. Pudo ser que no cayesen en ello, ó que Dios no fuese servido que por entonces muriese. Y desta vuelta que hizo á la Burburata se le huyeron otros tres soldados de sus marañones, llamados Rosales, Acosta, Jorge de Rojas [1]; y con el mucho vino que llevaban en el cuerpo el tirano y sus compañeros, no los echaron de menos hasta la mañana.

En el entretanto que el tirano volvió á la Burburata hubo en su campo algun alboroto y revueltas, y la causa fué ésta. En el lugar del alojamiento habia falta de agua, y fuéronla á buscar á unas quebradas de montañas lejos de allí, adonde ciertos indios del servicio de los dichos tiranos hallaron en el monte cierta ranchería de gente que estaba por allí escondida, los cuales se huyeron, sintiendo la gente que buscaba el agua. En esta ranchería hallaron cierto hato y cosas que los que allí estaban, con la prisa de huir, se habian dejado, y entre estas cosas, una capa conoscida de un Rodrigo Gutierrez, marañon, que habemos dicho que se pasó al fraile con Monguía, y una probanza de abono que habia hecho ante la justicia de la Burburata; y en esta probanza habia sido testigo el Francisco Martin, piloto, que habemos dicho tambien que era de los de Monguía y se habia vuelto á servir al tirano á la Burburata; y como se leyese la probanza y se viese en ella el dicho de Francisco Martin, que abonaba mucho al Rodrigo Gutierrez, un [1] mayordomo del tirano Lope de Aguirre, y á quien él habia dejado el cargo del campo cuando el tirano volvió á la Burburata, enojado del dicho Francisco Martin, piloto, por lo que habia dicho Rodrigo Gutierrez [2], le dió de puñaladas, y acudiendo otros amigos del tirano, lo acabaron; y un soldado, llamado Arana, de los amigos y paniaguados del tirano, le tiró un arcabuzazo, y errando al dicho Francisco Martin, dió á otro soldado que estaba cabe él, preso, que decian que se habia querido huir aquella noche, que se llamaba Anton García, y le mató, y ansimismo murieron ambos á dos. Algunos, y los más del campo, tuvieron por muy cierto que el dicho Arana quiso matar al dicho Anton García, so color de que tiraba al otro; y así, al dicho Arana no se le dió nada, y dicen que dijo que se fuese el que él mató á su cuenta, que el General, su señor, lo ternia por bien; y á esta causa hubo los alborotos, porque unos loaban lo hecho y otros lo vituperaban; pero el dicho Arana, como buen amigo y servidor del tirano, fué á muy gran priesa á la Burburata y avisó al tirano de lo que pasaba en su campo, y él se volvió allá con toda brevedad y se holgó de lo hecho. Otro dia, por la mañana, partió de allí, prosiguiendo su viaje para la Nueva Valencia,

[1] Jorge de Rodas.

[1] un Juan de Aguirre.—[2] dicho en abono del Gutierrez.

adonde, por el mal camino y aspereza de la tierra, los soldados dejaron en ella la mayor parte del hato que llevaban á cuestas, y asimismo se quedaron allí ciertos tiros de artillería de hierro que no los pudieron subir las cabalgaduras que llevaban. Trabajaron mucho el tirano y sus secuaces y amigos en subir la municion, cargándola y descargándola muchas veces, y aliviando las cargas á las cabalgaduras que se les cansaban, y repartian entre sí las cargas y ellos las llevaban á cuestas, y el mismo Lope de Aguirre iba cargado tambien con harto peso de la dicha municion, y trabajó aquí tanto, que cayó malo, y tanto, que el dia que llegó á la Valencia se apeó de un caballo en que iba, no se pudiendo tener en la silla, y se tendió en el suelo como muerto, y algunos soldados que con él se hallaron lo llevaron ellos mismos á cuestas, y otros le hacian sombra á manera de palio con una bandera; cosa, cierto, vergonzosa y mala, y de que no se pueden escapar [1] de que tenian mucha culpa, porque entonces llevaba muy poca guardia, y fuera cosa muy fácil matarle, porque como él estaba malo, habia enviado adelante á la Valencia todos sus amigos para que tomasen el pueblo; y aun dicen que el dicho tirano, fatigado con su enfermedad, les decia á voces: «¡matarme, matarme!», que tampoco podia ir en la hamaca [2]; y en viendo alguna sombra se arrojaba en ella y se tendia en el suelo; y así le llevaron acuestas más de media legua, y algunos de los que agora blasonan y se publican por muy servidores de Su Majestad [3]. Y esto no lo vide yo, porque andaba en los montes huido con mi compañero Diego de Alarcon [4], porque hasta que me prendieron y volvieron al tirano, no supe nada desto, como adelante se contará. Y desde á pocos dias, el tirano convalesció y quedó bueno de su enfermedad. Hallaron este pueblo de la Valencia tambien despoblado como el de la Burburata, y á la redonda dél se hallaron ciertas yeguas y potros. Aquí se estuvieron veinte dias ó más [1], domando las cabalgaduras, que todas eran cerreras, para llevar su artillería y municion, y para encabalgar algunos de sus capitanes y amigos. Y como viese el tirano que toda la gente de los pueblos por donde hasta allí habia venido se huian, y ninguno se venia á él, como pensaba, blasfemaba, y renegando decia muchas veces que no creia en tal, si la gente de aquella tierra no eran peores que bárbaros, y pusilánimos y cobardes; y que ¿cómo era posible que nadie hasta allí se les hubiese pasado, y que aquestos solos rehusasen la guerra, que desde el principio del mundo los hombres la habian amado y seguido, y aun en el cielo la habia habido entre los ángeles cuando echaron dél á Lucifer? Y ansí se quejaba desto este tirano, como si él fuera bueno y llevara alguna impresa justa y santa.

En este pueblo de la Valencia mandó ahorcar un soldado de sus marañones, llamado Gonzalo Pagador, porque salió un tiro de arcabuz del pueblo á coger cierta fruta que llaman papayas, porque habia mandado que nadie saliese sin su licencia [2], y mandólo colgar del mismo árbol *en* que habia cogido la fruta.

Pasado esto [3], los soldados que atrás dijimos que se huyeron de la Burburata, de los dos primeros, el uno llamado Pedrarias de Almesto y el otro Diego de Alarcon, habiendo pasado grande hambre y sed por las montañas, escondiéronse deste perverso tirano; ya cansados del mucho trabajo, acordaron, por mejor servir á Su Majestad, de salir al pueblo de la Burburata apellidando la voz del rey, y hacer á los vecinos del dicho pueblo que alzasen bandera por el rey don Felipe, nuestro señor, y así lo pusieron por obra; y un dia, á medio dia, entraron en la plaza del dicho pueblo de la Burburata, y poniéndose en medio della los dichos dos soldados, comenzaron á dar voces diciendo:

[1] y de que no se pueden excusar de la culpa, pues tuvieron la ocasion en la mano, porque no llevaba guardia; fuera más fácil de matar que un pollo, porque como estaba malo.—[2] ¡que tampoco puedo ir en la hamaca!»—[3] Y hasta que vinieron algunos negros que habian enviado á llamar. Y ansí llegó desde la Borburata hasta Valencia, en seis dias, que serán nueve ó diez leguas, donde ansimismo estuvo muy malo algunos dias; y sus capitanes y los de su guardia y amigos andaban por de fuera entendiendo en cosas que les mandaba; y él estaba en la cama, y muchas veces se quedó con solos dos arcabuceros de guardia, y todos los que querian entraban en su aposento á verle, sin que á nadie pusiese estorbo Y el tirano estaba casi muerto, y no hubo ninguno que le acabase. Y desde á pocos dias, el tirano convalesció.—[4] En el J. 136 está suprimida la conclusión de este párrafo.

[1] quince dias ó más.—[2] sin su licencia. Pasado, etc. —[3] «Desde á pocos dias vino de la Borburata á la dicha Valencia su yerno del alcalde de la Borburata, Chaves, llamado don Julian de Mendoza, cuya mujer y suegra estaban en poder del tirano, y traia presos en una cadena los dos soldados que dijimos que se habian huido en la Borburata, que eran Pedro Arias y Diego de Alarcon; que el dicho Alcalde y su yerno se dieron tan buena maña que los prendieron, y trayéndolos el dicho don Julian por el camino, el Pedro Arias, ó porque se cansó, ó por probar si por aquella vía le dejaban de llevar al tirano, temiendo la muerte que tenia cercana, se sentó en el suelo y no se queria levantar; y el don Julian le dijo que anduviese, si nó, que con su cabeza haria pago al tirano; y el Pedro Arias respondió que hiciese lo que quisiese, que él no podia más; que le cortase la cabeza, que lo ternia por

«¡Quien está en este pueblo, salga á servir al Rey, que á eso venimos, y álcese bandera por el rey, nuestro señor, que aquí nos juntaremos gente para destruir á este perverso tirano!» Y acabado de decir esto salieron de sus casas siete ú ocho vecinos y soldados, mostrando voluntad de hacer lo que el dicho Pedrarias y Alarcon estaban diciendo. Y por más asegurarlos, vienen el alcalde Chaves y don Julian de Mendoza, alguacil mayor del pueblo, con sus varas, diciendo: «¡Caballeros, viva el rey, que por él tenemos estas varas, y hacerse há como vuestras mercedes lo dicen!» Y, como se vieron *cerca* del dicho Pedrarias y Alarcon, arremetieron con ellos los vecinos y alcalde y alguacil mayor, con grandes voces, diciendo: «¡Sed presos, traidores! ¡Viva el general Lope de Aguirre!» Y el Pedrarias, como vido la traicion, comenzóse á defender con su espada; y prendieron á Diego de Alarcon, y al Pedrarias, viendo que se defendia como podia, cargaron todos del Alarcon y le dejaron y no le prendieron por entonces. Y luego echaron muchas prisiones al dicho Alarcon, y el Pedrarias se tornó á huir al monte, adonde anduvo otros cuatro dias, y como le aquejaba la hambre hobo de venir á buscar comida de noche á una estancia en la cual le tenian puestas espías; y á cabo deste tiempo, á media noche le tomaron dentro en un bohío, y allí le prendieron el don Julian con otros cuatro del pueblo, y lo trujeron adonde estaba preso el Diego de Alarcon, y les echaron dos colleras de hierro á cada uno, y una cadena que, á ser de oro, habia bien para gastar; y les contaron por qué lo hacian, y que era porque el tirano les habia llevado sus mujeres, y que las querian rescatar á trueque de sus cabezas, pues el tirano se las llevaba. Y porque Pedrarias preguntó al alcalde Chaves que por qué tenia la vara del rey en la mano, siendo tan gran traidor, fué el alcalde y tomó una lanza que estaba allí, cabe él, y le tiró una lanzada, estando con la cadena y unas esposas á las manos. Y viendo el alcalde la presa que habia hecho, dió luego aviso por la posta al perverso tirano para que enviase gente por ellos; y como vido que tardaban apercibió la gente del pueblo y les mandó de parte de Su Majestad que llevasen los dichos dos soldados y los entregasen al dicho tirano Lope de Aguirre. Y el Pedrarias y Alarcon pidieron confesion á un clérigo que se habia hallado allí á aquella sazon, el cual rehusaba de hacerlo por miedo del tirano, y en fin, confesó á los dichos dos soldados; y luego la gente que estaba apercibida para ir en guarda destos dos soldados, y con ellos el alguacil mayor don Julian de Mendoza, á media noche hicieron que comenzasen á caminar el Alarcon y Pedrarias, y los llevaron en una cadena, y cada uno con dos collares al pescuezo, y despues de haber caminado como seis leguas aquella noche y el dia siguiente, estando ya como tres leguas ó cuatro de la Valencia, donde estaba ya el tirano alojado, el uno dellos, llamado Pedrarias, llamó al don Julian para que le pusiese bien la cadena, con propósito de le quitar la espada y darle con ella, ó soltarse de las prisiones, y habríale sucedido bien, sino que su compañero se estaba quedo y decia: «¿para qué es eso, sino morir como cristianos?» Y el dicho Pedrarias, como vido que no habia podido salir con lo que quiso hacer se echó en el suelo y les rogó muy encarecidamente que le cortasen allí la cabeza, porque con ella cumplirian, y les darian sus mujeres, porque no determinaba de ir á dar aquel contento á Lope de Aguirre y á otros traidores; que por mayor pena tenia aquello, aunque no lo hobiesen de matar, que no morir antes de llegar allá. Y viendo los que lo llevaban que no queria caminar, sino morir allí, acordaron entre todos de cortarle la cabeza, y así le dieron á escoger que dijese cómo queria que lo matasen, y él respondió que para hacer*lo* más presto, que amolasen un cuchillo ó una espada y que lo degollasen con ella; y así lo pusieron por obra, que el don Julian de Mendoza tomó una espada ancha que llevaba y la amoló en una piedra junto á un arroyo que allí estaba, y se vino al dicho Pedrarias y le tornó

mejor que no ir delante del tirano; sino que él tenia por bien de morir, por haber salido á servir á Dios y al Rey. Y el don Julian fué á él, y con una espada le comenzó á cortar la cabeza por la garganta; y como el Pedro Arias vido que iba de veras, y se sintió herido, le rogó al don Julian le dejase, que no le matase; y ansí le dejó, y comenzó á caminar con su herida en el pescuezo.

»Llegados á la Valencia, el tirano mandó hacer cuartos al Diego de Alarcon, y le llevaron desde la posada del tirano al rollo de la plaza de la Valencia por las calles, con un pregonero que decia: «Esta es la justicia que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la noble gente marañona, á este hombre, por leal servidor del rey de Castilla; mándale hacer cuartos. Quien tal hizo, que tal pague». Y ansí le cortaron la cabeza, y hecho cuartos, los pusieron en palos por los caminos, y la cabeza en el rollo. Y pasando el tirano por la plaza, viendo la cabeza en el rollo, dijo á voces: «Allá estais, amigo Alarcon; ¿cómo no viene el rey de Castilla á resucitaros?» E inspirando Dios en el dicho tirano, perdonó á Pedro Arias, y le mandó curar de la herida de la garganta. Cosa, cierto, insólita, y que hasta allí el dicho tirano no acostumbraba á hacer con nadie.

»Invió deste pueblo de la Valencia el dicho tirano á su capitan Cristóbal García con gente á una laguna muy poderosa de agua dulce.»

á rogar que caminase, y que quizá podria ser en aquel comedio hobiese remedio; y el Pedrarias le respondió que lo soltase, pues él habia venido á servir al rey, y que aquello que hacian era gran traicion; y el don Julian respondió que más queria su mujer, que despues, á Roma por todo. Y así dijo el Pedrarias: «Pues hacé lo que habeis de hacer, que yo soy muy contento; que yo muero por lo que estamos obligados, que es por servir á Dios y al Rey». Y el don Julian le tomó por la barba diciendo que dijese el Credo, y respondió: «Creo en Dios y que sois un gran traidor». Y diciendo esto, pasó los filos de la espada dos ó tres veces por la garganta, y como la sangre saltó, el don Julian se cortó y turbó, y no hizo más, y el dicho Pedrarias se quedó desangrando con una grande herida en el pescuezo, y así, creyendo que lo habia degollado, lo dejaron estar toda aquella noche hasta que amanesció, y como fué Dios servido que no pasasen los filos el gasnate, quedó vivo; y viendo que estaba de aquella manera tornáronle á rogar que llegase adonde el tirano estaba, y aunque no queria, sino que le acabasen de matar, á ruego de todos caminó y llegaron adonde el tirano estaba, al cual hubo algunos de sus amigos que como supieron la llegada destos dos soldados, le pidieron albricias al tirano por su venida; que todo lo que se va diciendo es bien público, y por probanzas parescerá más bastantemente declarado. Así que, llegados á la Valencia, mandó el tirano á parte de sus amigos, y á otros que no lo eran tanto, para que metiesen prenda, que antes de llegar adonde estaba les diesen de agujazos y los hiciesen pedazos; y así, salieron ciertos, que no se dicen sus nombres, y comenzaron á decir á los dos soldados: «¿Pues cómo en poder de nuestros enemigos nos dejábades y os íbades al Rey? ¿Qué pensábades?» Y el Pedrarias respondió, ya más fuera de juicio: «Y pues que hayamos de morir, ya está hecho; ¿qué remedio?» Y estando en esto, llegó nueva del tirano Lope de Aguirre que los llevasen delante dél, que les queria hablar; y así, aquestos sus ministros, no tuvieron lugar de ejecutar sus intenciones ruines, y lleváronlos delante el tirano, el cual les dijo: «¿Pues qué es lo que habeis hecho? Pues, por vida de Dios, que venís á buen tiempo, que yo tenia prometido de dos marañones, de sus pellejos hacer un atambor, y agora se cumplirá; y veremos si el rey don Felipe, á quien fuistes á servir, si os resucitará; que, por vida de Dios, que ni da vidas ni sana heridas». Y luego se entró en el aposento adonde estaba su hija, á poner una cota y celada; y quieren decir que fué, cierto, la hija la que le rogó que no matase á Pedrarias, y que por su ruego lo hizo. Y así, cuando salió de su aposento, contó cierto *hecho* que pasó entre [1] los romanos, del cual nunca se acuerda ninguno de qué manera fué, porque unos estaban con gran pesar de ver á los dos soldados en el paso tan peligroso, y otros que se cree que de gozo no cabian por ver en qué entender; y en fin, acabado su cuento, arremetió con el dicho Pedrarias y lo abrazó diciendo: «A éste quiero dejar vivo, y á ese otro hacedlo luego pedazos». Y luego al Diego de Alarcon lo tomaron entre aquellos crueles sayones, y un Carrion, mestizo, alguacil mayor del campo, y le llevaron desde la posada del tirano por las calles y entre los toldos del campo con un pregonero que decia en alta voz: «Esta es la justicia que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la gente marañona, á este hombre, por servidor del rey de Castilla. Mándale hacer cuartos. Quien tal hizo que tal pague». Y así, le cortaron la cabeza, y hecho cuartos lo pusieron en palos en una manera de plaza, y la cabeza en el medio en el rollo, y decia á veces el tirano, con muchos soldados alrededor de la cabeza del Diego de Alarcon: «¡Ah, caballeros soldados, que nescio quedara Pedrarias si estuviera como su compañero, que no viene el rey de Castilla á resucitarle!» Y al Pedrarias le decia que abriese el ojo, que ni el rey le diera la vida ni le sanaria la herida. Y luego mandó curar al dicho Pedrarias de Almesto, y le perdonó, echándole cargo que mirase lo que habia hecho por él, que, cierto, fué cosa de gran milagro que Dios habia inspirado en el tirano para no usar de su gran crueldad, y cosa que es insólita y que hasta allí el dicho tirano no habia usado con otro ninguno; y luego le dieron seis puntos en la herida al dicho Pedrarias de Almesto, de la cual se pensó muriera.

Envió deste pueblo [2] el dicho tirano á su capitan Cristóbal García con gente á una laguna muy poderosa [3] que estaba cerca de la Valencia [4], y llámase esta laguna Carigua, que hay en ella muchas islas pobladas de indios, que le habian dicho al tirano que algunos vecinos de la Valencia estaban allí escondidos y que tenian consigo la mayor parte de la ropa y hacienda de todo el pueblo, y les mandó que en todo caso procurasen de entrar dentro, y prendiese á los que

[1] En el ms., *que en todos*. — [2] de la Valencia. — [3] de agua dulce. — [4] poco más de una legua, que se llama Acarigua.

hallase y trujese la ropa; y fué Dios servido que no hubiese efecto, porque ciertas balsas de caña que hicieron no pudieron sustentar peso sobre el agua, que luego se sumian é iban al fondo en entrando en ellas, y así se volvieron sin hacer nada.

Luego vino nueva que el alcalde Chaves, de la Burburata, envió á decir al tirano que tenia preso al Rodrigo Gutierrez. Este soldado es de los que pasaron con Monguía al fraile. Y tambien decia el alcalde Chaves que enviase por él [1], el cual prendió el traidor del alcalde en la iglesia de la Burburata, que el dicho Diego Gutierrez se habia huido á ella y metídose dentro; y allí fué el dicho alcalde y le echó prisiones, y lo tenia á recaudo esperando á que el tirano enviase por él; el cual, como lo supo, envió luego á gran priesa y placer á Francisco de Carrion, su alguacil mayor, con doce soldados, para que se lo trajesen; pero el dicho Gutierrez [2] se dió buena maña á cohechar un negro que lo guardaba, que se soltó de las prisiones antes que llegasen los que iban por él, que le valió no menos que la vida; y los dichos soldados se volvieron sin él, de que el tirano rescibió mucha pena y riñó mucho al dicho su alguacil mayor y soldados porque no habian muerto al dicho alcalde Chaves, pensando que él lo habia soltado. Y desde á pocos dias, segun se dijo, el alcalde Chaves envió á avisar al tirano por una carta suya como [3] los vecinos de la gobernacion de Venezuela se juntaban contra él, y habian alzado estandarte Real, y que convocaban toda la tierra comarcana, pidiendo socorro hasta el Nuevo reino de Granada [4], por lo cual el tirano apresuró su partida.

En el tiempo que en este pueblo de la Valencia se detuvo, escribió este perverso tirano una carta para Su Majestad del rey Don Felipe, nuestro señor, tan mala y desvergonzada como él, la cual envió desde la Valencia con el padre Contreras, tomando dél seguridad, con juramento, que enviaria la dicha carta á la Audiencia real de Santo Domingo, para que de allí fuese á Su Majestad, y le dió licencia al padre Contreras para que de allí volviese á la isla Margarita. El llevó la dicha carta y la envió á Santo Domingo, como habia prometido, y la carta dice desta manera:

«Rey Felipe, natural español, hijo de Cárlos invencible:

»Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino, en mi mocedad pasé el mar Océano á las partes del Pirú, por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; y así, en veinte y cuatro años te he hecho muchos servicios en el Pirú en conquistas de indios y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme á mis fuerzas y posibilidad, sin importunar á tus oficiales por paga, como parescerá por tus reales libros.

»Bien creo, excelentísimo rey y señor, aunque para mí y mis compañeros no has sido tal, sino cruel é ingrato á tan buenos servicios como has recibido de nosotros; aunque tambien bien creo que te deben de engañar los que te escriben desta tierra, como están lejos. Avísote, rey español, adonde cumple haya toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus Oidores, Visorrey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres despues diré, de tu obediencia, y desnaturándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruda guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir; y esto, cree, rey y señor, nos ha hecho hacer el no poder sufrir los grandes pechos, premios y castigos injustos que nos dan estos tus ministros que, por remediar á sus hijos y criados, nos han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que es lástima, ¡oh rey! y el mal tratamiento que se nos ha hecho. Y ansí, yo, manco de mi pierna derecha, de dos arcabuzazos [1] que me dieron en el valle de Chuquinga, con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellidándola contra Francisco Hernandez Giron, rebelde á tu servicio, como yo y mis compañeros al ple-

[1] al cual el dicho alcalde prendió en la iglesia.—[2] se dió tan buena maña, que se soltó de las prisiones antes que llegase el alguacil y los demás que iban.—[3] el gobernador Pablo Collado y el mariscal Gutierre de la Peña, vecino del Tocuyo, y otros caballeros de la tierra adentro, daban órden de juntar gente para desbaratar al dicho tirano, que habia de pasar de fuerza por sus pueblos; y para esto habia el Gobernador nombrado por Capitan general del campo del Rey al dicho mariscal Gutierre de la Peña, y al capitan Diego García de Paredes por Maese de campo, y ansí nombró demás capitanes; y se habia alzado el estandarte Real.—[4] que fué caso mal hecho para un alcalde del rey.

Sabida del tirano esta nueva, apresuró luego su partida, y la noche antes que se partiese mandó que toda la gente fuese á dormir á un cercado de bahareques.

[1] de los alcabuzazos que me dieron en la batalla de Chucuniga con el mariscal.

sente somos y seremos hasta la muerte, porque ya de hecho hemos alcanzado en este reino cuán cruel eres y quebrantador de fe y palabra; y así tenemos en esta tierra tus perdones por de menos crédito que los libros de Martin Lutero. Pues tu Virrey, marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso tirano, ahorcó á Martin de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravoso Tomás Vazquez, conquistador del Pirú, y al triste de Alonso Diaz, que trabajó más en el descubrimiento deste reino que los exploradores de Moisen en el desierto; y á Piedrahita [1], que rompió muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucara, ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernandez rey del Pirú. Y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escriben haberte hecho, porque es muy gran fábula si llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu Real caja para sus vicios y maldades. Castígalos como á malos, que de cierto lo son.

»Mira, mira, rey español, que no seas cruel á tus vasallos, ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, á costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes. Y mira, rey y señor, que no puedes llevar con título de rey justo ningun interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ello han trabajado [2] sean gratificados.

»Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos; que si muchos fuésedes, ninguno podria ir al cielo, porque creo allá seríades peores que Lucifer, segun teneis sed y hambre y ambicion de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamais siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vuestro gobierno es aire. Y, cierto, á Dios hago solemnemente voto, yo y mis docientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgo, de no te dejar ministro tuyo á vida, porque yo sé hasta dónde alcanza tu clemencia; y el dia de hoy nos hallamos los más bien aventurados de los nascidos, por estar como estamos en estas partes de Indias, teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros y sin corrupcion, como cristianos; manteniendo todo lo que manda la Sancta Madre Iglesia de Roma; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, rescibir martirio por los mandamientos de Dios.

[1] buen Capitan, que rompió.—[2] y sudado su sangre.

»A la salida que hicimos del rio de las Amazonas, que se llama el Marañon [1], vi en una isla poblada de cristianos, que tiene por nombre la Margarita, unas relaciones que venian de España, de la gran cisma de luteranos que hay en ella, que nos pusieron temor y espanto, pues aquí en nuestra compañía hubo un aleman, por su nombre Monteverde, y lo hice hacer pedazos. Los hados darán la paga á los cuerpos, pero donde nosotros estuviéremos, cree, excelente Príncipe, que cumple que todos vivan muy perfectamente en la fée de Cristo.

»Especialmente es tan grande la disolucion de los frailes en estas partes, que, cierto, conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno que presuma de menos que de Gobernador. Mira, mira, rey, no les creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante tu Real persona, es para venir acá á mandar. Si quieres saber la vida que por acá tienen, es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos de la Iglesia por prescio; enemigos de pobres, incaritativos, ambiciosos, glotones y soberbios; de manera que por mínimo que sea un fraile, pretende mandar y gobernar todas estas tierras. Pon remedio, rey y señor, porque destas cosas y malos ejemplos no está imprimida ni fijada la fée en los naturales; y, más te digo, que si esta disolucion destos frailes no se quita de aquí, no faltarán escándalos.

»Aunque yo y mis compañeros, por la gran razon que tenemos, nos hayamos determinado de morir, desto y otras cosas pasadas, singular rey, tú has sido causa, por no te doler del trabajo destos vasallos y no mirar lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos y te descuidas con estos tus Oidores, nunca se acertará en el gobierno. Por cierto, no hay para qué presentar testigos, más de avisarte cómo estos tus Oidores tienen cada un año cuatro mil pesos de salario y ocho mil de costa, y al cabo de tres años tienen cada uno sesenta mil pesos ahorrados y heredamientos y posesiones; y con todo esto, si se contentasen con servirlos [2] como á hombres, medio mal y trabajo seria el nuestro; mas, por nuestros pecados, quieren que do quiera que los topemos, nos hinquemos de rodillas y los adoremos como á Nabucodonosor; cosa, cierto, insufrible. Y yo, como hombre que estoy lastimado y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros viejos y cansados en lo mismo,

[1] por otro nombre.—[2] que los sirvamos.

nunca te he de dejar de avisar que no fies en estos letrados tu Real conciencia, que no cumple á tu Real servicio descuidarte con éstos, que se les va todo el tiempo en casar hijos é hijas, y no entienden en otra cosa, y su refran entre ellos, y muy comun, es: «A tuerto y á derecho, nuestra casa hasta el techo».

»Pues los frailes, á ningun indio pobre quieren absolver ni predicar [1]; y están aposentados en los mejores repartimientos del Pirú, y la vida que tienen es áspera y peligrosa [2], porque cada uno dellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y no muy viejas, y otros tantos muchachos que les vayan á pescar; pues á matar perdices y á traer fruta, todo el repartimiento tiene que hacer con ellos; que, en fe de cristianos, te juro, rey y señor, que si no pones remedio en las maldades desta tierra, que te ha de venir azote del cielo; y esto dígolo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no queremos ni esperamos de ti [3] misericordia.

»¡Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador, tu padre, conquistase con la fuerza de España [4] la superbia Germania, y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre un dia! Sabes que vemos en estas partes, excelente rey y señor, que conquistaste á Alemania con armas, y Alemania ha conquistado á España con vicios, de que, cierto, nos hallamos acá más contentos con maíz y agua, sólo por estar apartados de tan mala ironía, que los que en ella han caido pueden estar con sus regalos. Anden las guerras por donde anduvieron [5], pues para los hombres se hicieron; mas en ningun tiempo, ni por adversidad que nos venga, no dejaremos de ser sujetos y obedientes á los preceptos de la Santa Madre Iglesia Romana.

»No podemos creer, excelente rey y señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento. Dígolo, excelente rey y señor, porque en la ciudad de Los Reyes, dos leguas della, junto á la mar, se descubrió una laguna donde se cria algun pescado, que Dios lo permitió que fuese así; y estos tus malos Oidores y oficiales de tu Real patrimonio [6], por aprovecharse del pescado, como lo hacen, para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre, dándonos á entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu voluntad. Si ello es así, déjanos, Señor, pescar algun pescado siquiera, pues que trabajamos en descubrirlo; porque el rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad por que se arrienda. Y pues, esclarecido rey, no pedimos mercedes en Córdoba [1], ni en Valladolid, ni en toda España, que es tu patrimonio, duélete, Señor, de alimentar los pobres cansados en los frutos y réditos desta tierra, y mira, rey y señor, que hay Dios para todos, igual justicia, premio, paraíso é infierno.

»En el año de cincuenta y nueve dió el Marqués de Cañete la jornada del rio de las Amazonas [2] á Pedro de Orsúa, navarro, y por decir verdad, francés, y tardó en hacer navíos hasta el año de sesenta, en la provincia de los Motilones, que es término del Pirú; y porque los indios andan rapados á navaja, se llaman Motilones; aunque estos navíos, por ser la tierra donde se hicieron lluviosa, al tiempo del echarlos al agua se nos quebraron los más dellos, y hicimos balsas, y dejamos los caballos y haciendas, y nos echamos el rio abajo, con harto riesgo de nuestras personas; y luego topamos los más poderosísimos rios del Pirú, de manera que nos vimos en Golfo-Duce; caminamos de prima faz trecientas leguas, desde el embarcadero donde nos embarcamos la primera vez.

»Fué este Gobernador tan perverso, ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir; y así, por ser imposible relatar sus maldades, y por tenerme por parte en mi caso, como me ternás, excelente rey y señor, no diré cosa más de que le matamos; muerte, cierto, bien breve. Y luego á un mancebo, caballero de Sevilla, que se llamaba don Fernando de Guzman, lo alzamos por nuestro rey y lo juramos por tal, como tu Real persona verá por las firmas de todos los que en ello nos hallamos, que quedan en la isla Margarita en estas Indias, y á mí me nombraron por su Maese de campo; y porque no consentí en sus insultos y maldades, me quisieron matar, y yo maté al nuevo rey y al capitan de su guardia, y Teniente general, y á cuatro capitanes, y á su mayordomo, y á un su capellan, clérigo de misa, y á una mujer, de la liga contra mí, y á un comendador de Rodas, y á un almirante y dos alférez, y otros cinco ó seis aliados suyos, y

[1] quieren predicar.—[2] es áspera y fatigosa.—[3] de tí nada, ni.—[4] de españoles.—[5] anduvieren.—[6] Real persona.

[1] en Córdoba, ni en Sevilla.—[2] que por otra parte llaman Omagua.

con intencion de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué á todos. Y caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas venturas en este rio Marañon, tardamos hasta la boca dél y hasta la mar más de diez meses y medio: caminamos cien jornadas justas, anduvimos mil y quinientas leguas. Es rio grande y temeroso: tiene de boca ochenta leguas de agua dulce, y no, como dicen, por muchos brazos; tiene grandes bajos, y ochocientas leguas de desierto, sin género de poblado, como tu Majestad lo verá por una relacion que hemos hecho, bien verdadera. En la derrota que corrimos tiene seis mil islas. ¡Sabe Dios cómo nos escapamos deste lago tan temeroso! Avísote, rey y señor, no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este rio tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, rey y señor, que si vinieren cien mil hombres, ninguno escape, porque la relacion es falsa [1] y no hay en el rio otra cosa que desesperar, especialmente para los chapetones de España.

»Los capitanes y oficiales que al presente llevo, y prometen de morir en esta demanda, como hombres lastimados, son: Juan Jerónimo de Espínola, ginovés, capitan de infantería [2]; los dos andaluces; capitan de á caballo, Diego Tirado, andaluz, que tus Oidores, rey y señor, le quitaron con grande agravio indios que habia ganado con su lanza; capitan de mi guardia, Roberto de Coca [3], y á su alférez Nuflo Hernandez, valenciano; Juan Lopez de Ayala, de Cuenca, nuestro pagador; alférez general, Blas Gutierrez, conquistador, de veinte y siete años, alférez, natural de Sevilla; Custodio Hernandez, alférez, portugués; Diego de Torres, alférez, navarro; sargento, Pedro Rodriguez Viso; Diego de Figueroa; Cristóbal de Rivas, conquistador; Pedro de Rojas, andaluz; Juan de Salcedo [4], alférez de á caballo; Bartolomé Sanchez Paniagua, nuestro barrachel; Diego Sanchez Bilbao, nuestro pagador [5].

»Y otros muchos hijosdalgo desta liga ruegan á Dios, Nuestro Señor, te aumente siempre en bien y ensalce en prosperidad contra el turco y franceses, y todos los demás que en estas partes te quisieran hacer guerra; y en éstas nos dé Dios gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio [1] que se nos debe, pues nos han negado lo que de derecho se nos debia.—Hijo de fieles vasallos [2] en tierra vascongada, y [3] rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, *el Peregrino*».

[1] por las relaciones falsas.—[2] almirante; Juan Gomez, Cristóbal Garcia, capitan de infanteria; á los dos andaluces, capitanes de á caballo, Diego Tirado.—[3] Roberto de Sosa.—[4] Saucedo.—[5] proveedor.

Hecho esto, el perverso tirano se daba priesa á salir de la Valencia, y cuando quiso salir, una noche antes, mandó que toda la gente fuese á dormir á un cercado de bahareques, de una casa donde él posaba. Aquella mesma noche mandó matar secretamente tres soldados de sus marañones, uno llamado Benito Diaz, porque habia dicho que tenia un pariente en el Nuevo Reino, y á un Fulano de Lora, y á otro Cigarra, porque los tenia por sospechosos y temió que se le huyesen; y en la mañana, cuando de allí se partió, mandó poner fuego á una casa donde estaban los muertos; y partido de allí para Barquisimeto, camino de la sierra, dejando el dicho pueblo de la Valencia todo quemado y destruido, llevando muchas cabalgaduras, y habiendo muerto muchos ganados de vacas, terneras y carneros.

[4] Entretanto que el dicho tirano [5] estuvo en la Valencia domando potros, que fué primero su oficio en Pirú, los más vecinos de la gobernacion de Venezuela [6] se allegaron y recogieron en la ciudad de Barquisimeto, donde estaba su Capitan general, y allí se juntaron en pocos dias más de ciento y cincuenta de á caballo, deseosos de servir á su rey y defender sus casas [7] y haciendas de tan mal tirano; y estuvieron casi mes y medio esperando la venida del tirano. Y en este tiempo, estando todos suspensos, y temerosos y dudosos, que no sabian del dicho tirano, ni dónde estaba, ni qué hacia, ni por dónde ni cuándo habia de venir, y que cada dia se aumentaba la fama de sus crueldades, que no dejaba de ponerles harto miedo, fué Dios servido que les trujo á su campo [8] uno de sus marañones, que habia venido con los

[1] el premio.—[2] vasallos tuyos.—[3] y yo.—[4] EL DISBARATE Y MUERTE DE AGUIRRE.—[5] que Lope de Aguirre.—[6] los vecinos de toda la Gobernacion se convocaron y daban prisa para resistir al dicho tirano; y para esto, como hemos dicho, nombró el gobernador Pablo Collado, al dicho Gutierre de la Peña, por Capitan general del campo del Rey, y al Diego García de Paredes, Maese de campo, y diéronse tan buena maña que en pocos dias se juntaron más de ciento y cincuenta hombres de á caballo.—[7] y tambien vino á este socorro el capitan Bravo, vecino de la ciudad de Mérida, del Nuevo Reino, y trujo treinta hombres de á caballo, muy bien aderezados; de manera que habia al pié de doscientos hombres de á caballo, sin los peones, y estuvieron casi mes y medio esperando.—[8] Y estando suspensos aguardándole, que estaban algo dudosos si vernia, que no tenian noticia dél, si venia ó se volvia atrás, ni sabian la certidumbre, fué Dios servido que las trajo á su campo.

dichos tiranos hasta la isla Margarita, y desde allí se habia huido, llamado Peralonso Galeas, hombre viejo y de crédito, el cual procuró de pasar en una canoa á Tierra Firme [1] y desde Maracapana á la Burburata, y á la Valencia, donde estaba escondido cuando llegó el tirano allí; y dejándolo en la Valencia, se vino á Barquisimeto al campo de Su Majestad; y algunos del dicho campo, como estaban temerosos y recatados dijeron que no se debian fiar del dicho Peralonso, que podia ser echadizo para que los espiase, y pusieron en él sospecha y echaban diversos juicios; pero tratándole y conversándole, en su poca malicia conocieron su lealtad, y se holgaron con él mucho, porque les dió particular cuenta del dicho tirano y de su gente, y de las armas y municiones y artillerías que traian, y el número de la gente, que todos deseaban saber; y les dió esperanza cierta de victoria, diciéndoles que sin les dar batalla los destruirian, porque los [2] demás hombres de bien que traia el tirano, viendo el campo y estandarte real de Su Majestad, se pasarian á él [3], porque estos tales deseaban mucho servir á Su Majestad; salvo algunos que eran amigos del tirano y estaban prendados, que éstos no serian más de hasta sesenta ó pocos más. Con estas nuevas se les quitó á los del campo de Su Majestad gran parte del temor que tenian, y rescibieron gran contento, porque les habian dicho, y ellos creian, que el tirano traia mucho más [4] poder del que el dicho Peralonso les habia dicho y certificado; y con esto lo creyeron é hicieron mucha honra, y de allí lo enviaron al Tocuyo, y que diese cuenta á su gobernador [5] Pablo Collado, que estaba enfermo del corazon, segun se entendió por lo susodicho.

Partido ya el tirano de la Valencia, como habemos dicho, y caminando para Barquisimeto, en el camino [6] se le huyeron ocho ó diez soldados y se fueron al monte; y visto por el tirano, blasfemaba y renegaba y hacia bramuras, y dijo sospirando: «¡Oh, pese á tal [7], qué bien he dicho yo [8] que me habíades de dejar al tiempo de la mayor necesidad! ¡Oh, profeta Antoñico, que profetizastes la verdad, que si yo á ti te hubiera creido, no se me hubieran huido estos marañones!» Y esto decia por un muchacho, llamado Antoñico, que servia al dicho tirano, el cual le queria mucho [1]; y el muchacho le decia muchas veces que no se fiase en los marañones, que se habian todos de huir y dejarlo; y cada vez que se le huia alguno, luego acudia al profeta Antoñico y decia: «Veis aquí quien me ha profetizado esto muchos dias há». Pero un su almirante, Juan Gomez, tan perverso como él, y aun creo que peor, le dijo: «¡Oh, pese á tal, señor, qué bueno andaba vuestra merced el otro dia, si como fueron tres fueran treinta!» Y esto decia por los tres soldados que habia muerto al partir de la Valencia. Y dijo más este dicho Juan Gomez: «¡Oh, pese á tal, señor, que hay por aquí muchos y buenos árboles! [2]». Desde á dos ó tres dias que caminó, dió en unas rancheras de negros de los vecinos de la Gobernacion, y por hacer comida se detuvo allí un dia, y principalmente por recoger [3] los dichos negros, de los cuales él se pensaba ayudar, y traia en su campo quince ó veinte dellos con su Capitan general [4], á los cuales decia que eran libres, y que á todos los que se le juntasen habia de dar libertad; y hacíales tan buen tratamiento, y aun mejor, que á los españoles; y ellos, con este favor, hacian fuerzas y robos, y muertes, y otros daños y males, y el tirano se holgaba dello, y aun para más les daba licencia; pero aquí le salió en vano su trabajo, porque los dueños de los negros, sabida su venida, los habian puesto en cobro. Otro dia, siguiendo su camino, le llovió un aguacero pequeño al subir de una cuesta pequeña, que como era agria y estaba lodosa, y las cabalgaduras que traian sus cargas y municiones eran las más yeguas cansadas, resbalaban y caian, sin poder dar paso adelante; lo cual, visto por el tirano, dijo tantas blasfemias contra Dios y sus Santos, que á todos los que lo oian ponian temor y espanto; y dijo muy enojado: «¿Piensa Dios que porque llueva no tengo de ir al *Pirú* y destruir al mundo? pues engañado está conmigo». Y estas y otras semejantes blasfemias duró hasta que acabaron de hacer en toda la cuesta escalones, con azadones, y las cabalgaduras acabaron de subir. Entretanto que él aquí se detuvo, los de su vanguardia [5], que no supieron nada, caminaron mucho, que pensaban que todos

[1] el cual, habiendo una canoa, se pasó á Tierra Firme.—[2] los más de los soldados del tirano, viendo.—[3] así por los malos tratamientos que el tirano les hacia, como porque muchos deseaban servir á Su Majestad, salvo algunos que eran amigos del tirano; y que éstos serian hasta cincuenta ó sesenta.—[4] muchos más soldados y más.—[5] que está en el dicho Tocuyo mal dispuesto; y así fué, y le dió relacion de todo, muy larga, y se tornó al campo del Rey. Partido el dicho tirano.—[6] bien cerca de la Valencia, se le huyeron.—[7] ¡Oh, pese á tal! marañones.—[8] yo dias há.

[1] al cual él queria mucho.—[2] dándole á entender que colgase á todos los que tenia por sospechosos. A los dos dias que caminó, dió en unas rancherías de minas de negros.—[3] si pudiese.—[4] con su Capitan.—[5] los de su guardia.

les seguían; y cuando el tirano acabó de subir arriba y no vido casi ningun soldado, comenzó á blasfemar otra vez de veras, y dijo á Juan de Aguirre y á su capitan de la guardia, y á otros amigos que estaban con él: «Yo, señores, os profetizo que si en esta Gobernacion no se nos allegan cuarenta ó cincuenta soldados, que no lleguemos al reino, segun las voluntades que en mis marañones conozco». Y fué con grande enojo y á gran priesa hasta alcanzar la vanguardia, y ultrajando y vituperando los soldados y capitanes, los hizo volver [1] atrás á lo alto de la cuesta. Llegado al valle que dicen de las Damas [2], lleno de maíz, junto á un rio, de que el tirano se holgó mucho, que ya les comenzaba á faltar la comida, y para hacerla se detuvieron aquí un dia. Aquí dicen que, desabrido y desconfiado de sus marañones, entró en consulta con sus capitanes y amigos, y determinaba matar á todos los sospechosos y enfermos, que serian más de cuarenta, y quedarse con cien soldados de los más sus amigos; pero algunos de la dicha consulta le fueron á la mano, movidos por Dios, que no consintió que tal crueldad se efectuase; y así cesó por entonces éste su mal propósito. Otro dia, de mañana, partido de allí, caminó con gran priesa hasta la noche, y paró junto á una acequia de agua, y este dia vido corredores del campo de Su Majestad que estaban en Barquisimeto, ocho leguas de allí; porque, sabido en el dicho campo la venida del tirano, salió el Maese de campo, Diego García de Paredes [3], á los reconocer y hacer algun daño, si hallase coyuntura, con catorce ó quince de á caballo. Aquí en este valle, en un paso de montaña, se encontraron de repente los unos con los otros, y los tiranos dieron arma en su campo, y los del rey, como lo vieron, quisieron revolver tan presto para atrás, que como venian unos tras otros, y el camino era estrecho y de monte, con la priesa del revolver, unos á otros se embarazaron y se hicieron gran estorbo [4], de manera que, antes que se desembarazasen, dejaron allí dos lanzas y ciertas caperuzas monteras que con la priesa se les cayeron, y se retiraron atrás á unas sabanas, donde durmieron aquella noche.

Por el dicho tirano vistos los corredores del campo de Su Majestad, todos se pusieron en arma, y el tirano Lope de Aguirre mandó poner la gente á punto, y que los arcabuceros encendiesen las mechas, que los tomaron descuidados los dichos corredores, tanto, que no se halló en todo su campo más de una á dos mechas encendidas; y descansando el tirano en aquella acequia tres ó cuatro horas, estuvo mofando y burlando de la gente del campo de Su Majestad, así de las lanzas que se les cayeron como de las monteras, que las más eran de algodon [1], muy viejas y grasientas, y decia á sus soldados: «¡Mirad, marañones, á qué tierra os ha traido la fortuna [2], y dónde os quereis quedar y huir! ¡Mirad qué monteras los galanes de Meliola [3]! ¡Mirad qué medrados están los servidores del rey de Castilla!» Y á cabo deste tiempo, con la luna que hacia clara, caminó toda la noche, llevando puestas guardas secretas á los soldados que tenia por sospechosos, porque no se les huyesen; y ya que llegaban cerca donde estaban durmiendo los corredores del campo de Su Majestad, fueron dellos sentidos, y viendo ellos que ya no podian hacer ningun daño al dicho tirano, porque ya los habian visto, se fueron á su campo [4] y dieron nueva de la breve venida del tirano; y sabido, entre todos fué acordado que porque el campo estaba alojado dentro del pueblo, y si allí el tirano les acometiese, de noche ó de dia, les ternia gran ventaja, por ser todos ellos arcabuceros, y que las casas y paredes les eran reparo, y los del campo de Su Majestad eran todos de á caballo; y por esta causa acordaron que el campo se mudase de allí y se saliese á lo raso, cerca de unas sabanas anchas y llanas que están junto del dicho pueblo, para poderse mejor aprovechar de los caballos, y se alojaron en una quebrada en medio de las dichas sabanas, adonde tenian agua, y llevaron todo el bastimento necesario para ellos y sus caballos.

[1] volver á dormir atrás.—[2] que será como diez leguas de Barquisimeto, halló junto á un rio un bohio de maíz, de que el tirano se holgó.—[3] con ciertos soldados.—[4] una maçamorra.

[1] de manta de algodon.—[2] os ha traido Dios y vuestra fortuna.—[3] Meliona.—[4] se volvieron á su campo, donde estaba su General con la demás gente muy apercibido, y llegado que fué el Maese de campo, contó al dicho General y á los demás lo que le habia sucedido con el dicho tirano, y dónde y en qué coyuntura, y uno de los soldados que llevaba, en alguna manera, el Maese de campo, corrido de haber dejado allá la lanza, tenia vergüenza llegar hasta adonde estaba su General, y el dicho General le llamó y le dijo al dicho soldado que qué habia hecho de su lanza; y él le contó lo que habia pasado, y que no habia sido en su mano: el General le dió otra lanza muy buena, y otra al compañero que se le habia caido, y les dijo: «Señores, no tengan pena deso; al tiempo de pelear quiero yo no se les caigan las lanzas, que desotra suerte, son desgracias». Y los soldados fueron muy contentos del buen término que el General tuvo con ellos. Sabida la nueva por todo el campo del Rey cómo el tirano se venia acercando poco á poco, fué acordado por el dicho General y Maese de campo y demás capitanes y gente de cuenta, que porque el campo estaba alojado dentro del pueblo.

Caminó el dicho tirano Lope de Aguirre con su gente toda la noche y otro dia hasta hora de vísperas, sin parar, y á esta hora, ya que estaban legua y media de Barquisimeto, paró y se alojó por allí aquella noche, y mandó asentar su artilleria al camino del dicho pueblo; y puesta su guardia y centinelas, envió desde allá una carta á los vecinos de Barquisimeto con un indio ladino del Pirú, en que les decia que no se huyesen ni dejasen su pueblo, que él les prometia que á nadie haria mal ni daño, y que no queria dellos ni de toda la Gobernacion más de la comida y algunas cabalgaduras, pagándoselas; y que el que de su voluntad le quisiese seguir é ir con él. que le haria buen tratamiento en todo, y le daria de comer en el Pirú; y que si se huyesen dél, les prometia de quemar y asolar el pueblo y destruirles los ganados y sementeras, y hacer pedazos todos los que dellos pudiese haber [1].

Durmió el tirano allí aquella noche con toda su guardia y buenas velas, y otro dia, por la mañana, que fué miércoles, veinte y dos de Octubre de mil y quinientos y sesenta y un años, caminó hácia el pueblo de Barquisimeto, y mandó públicamente á todos los suyos que cualquier soldado que saliese del campo tres pasos, que le matasen á arcabuzazos; y ya que llegaba cerca del campo de Su Majestad y del pueblo, vido la gente del Rey muy cerca de sí, que le estaba aguardando en lo alto de una barranca del otro camino, al cabo del pueblo, de manera que entre los unos y los otros estaba el pueblo; y el tirano, aguardando en la playa de un rio que es allí junto, y recogiendo su gente y poniéndola en ordenanza, y los de quien él más se fiaba en la vanguardia, y con todas sus banderas [2] tendidas, que eran seis, las cuatro de campo y las dos estandartes, comenzó á caminar hácia ellos [3] con el recuaje y servicio puesto á las espaldas de sí; y ya que llegaba cerca mandó disparar gran salva de arcabucería, echándoles grandes cargas [4] para que diesen mayores respuestas, pensando con aquello poner temor á los contrarios, y mandó luego dar otra vez carga, y que cada arcabucero echase pelotas con alambre para que hiciesen más daño [5], que son desta manera: dos pelotas de plomo, y asidas la una de la otra con un hilo de alambre, algo grueso, de largo de palmo y medio, en manera que no se pudiesen deshacer; y así tiradas, van cortando y despedazando cuanto topan. La gente del campo de Su Majestad, viendo los tiranos ya cerca de sí, comenzaron á bajar del barranco á lo llano, con estandarte Real alzado, y caminaron hácia ellos, y los tiranos asimismo, de manera que en el dicho pueblo se juntaron, y entre las casas y calles dél se trabó entre los unos y los otros una escaramuza, de manera que faltó poco para venir en rompimiento; pero los capitanes del campo de Su Majestad [1] lo estorbaron y hicieron retirar su gente, aguardando mejor coyuntura; y, cierto, fué buen acuerdo, porque si entonces rompieran, no pudieran dejar de rescibir grandísimo daño, porque la gente del tirano eran todos arcabuceros, y tenian por reparo las casas y bahareques del pueblo; y viendo á los del Rey venir tan determinados, y no sabiendo su intencion, ni si hallarian en ellos misericordia si se les pasasen, por ventura pelearan todos con buenas ganas, y sabe Dios lo que fuera; y así, los del campo de Su Majestad se tornaron á retirar á la barranca, y el tirano se quedó en el pueblo y alojó su campo en una cuadra cercada, de alto de más de dos tapias, almenado todo á la redonda, que eran las casas del capitan Damian de Barrio, vecino de dicho pueblo; lo cual hizo, lo uno por estar más guardado de la gente de caballo, y lo otro por tener allí guardados los sospechosos, que no se pudiesen huir al campo de Su Majestad, que era lo que [2] los hombres de bien que traia deseaban, los cuales no eran mucha cantidad.

Retirados los del campo de Su Majestad á la barranca, se estuvieron allí gran rato, por ver lo que hacia el dicho tirano y su gente, y aguardando asimismo si alguno se les pasaba, como el Peralonso les habia dicho; y como nadie no venia, se volvieron á descansar á su alojamiento, dejando sobre el campo del tirano doce de á caballo por corredores. Y en esto el Maese de campo, Diego García [3], con ocho de caballo, fué, sin ser visto de los dichos tiranos, y dió en su retaguardia y les tomó cierto bagaje que venia muy atrás y les tomó cuatro cabalgaduras con alguna ropa, y entre ello alguna municion de pólvora de su artillería, que hizo harto provecho á los del campo de Su Majestad, que para los pocos arcabuces que te-

[1] y pudiese haber á las manos. Esta carta se recibió en el campo del Rey y no se hizo caso della, porque ya estaban avisados de la fuerza y gente que traia, como se ha dicho. Durmió el tirano.—[2] banderas y estandartes tendidos.—[3] hácia nuestra gente.—[4] en los arcabuces.—[5] más daño. La gente del campo de Su Majestad.

[1] y el General les estorbó que no se rompiese, y hizo retirar su gente.—[2] lo que siempre desearon. Retirados.—[3] de Paredes.

nian no habia municion. Despues de se haber aposentado los tiranos en aquel cercado, como se ha dicho, salieron algunos de sus soldados por las casas del pueblo á buscar y recoger lo que en ellas habia, y en las dichas casas hallaron muchas cédulas de perdon que decian que el licenciado Pablo Collado, gobernador de aquella provincia, perdonaria [1] á todos los que se pasasen á su Real servicio, de todos y cualesquier delitos que hubiesen cometido en la dicha tiranía [2], con tanto que hiciesen esto antes de dar reencuentro y batalla á la gente y campo de Su Majestad. Y algunas destas cédulas fueron á manos del tirano, que sus amigos se las llevaron; y él, haciendo juntar á toda su gente, les hizo un largo razonamiento, diciéndoles que considerasen las muertes y daños que habian hecho, y que tuviesen por cierto que el mismo Rey no les podia de justicia perdonar; que cuánto menos podia un gobernadorcillo bachillerejo de dos nominativos, y que aquello era para los engañar [3], como habian hecho á Martin de Robles, y Tomás Vazquez, y Piedrahita y otros que, con los perdones del Rey, los ahorcaron, y que escarmentasen en cabeza ajena, pues era claro lo que les decia, y otras muchas cosas que les ponia por delante. Andando, pues, los soldados del tirano por el pueblo, despues de haber recogido lo que por las casas hallaron, por mandado del tirano, sus allegados amigos les pusieron fuego, y quemándose una casa cercana de la iglesia, el fuego saltó en ella y se quemó toda; y dicen que el tirano, viendo el fuego encendido, mandó sacar los ornamentos [4] é imágenes, y los hizo guardar; y asimesmo se quemó la dicha iglesia y casi todo el pueblo, que no quedaron sino unas pocas de casas á un lado, las cuales los del campo de Su Majestad, viniendo secretamente, las quemaron, porque estaban en daño suyo y aparejadas para que desde allí los tiranos les hiciesen daño.

Aquella noche durmieron el un campo y el otro con buena guardia, relevándose y guardándose cada una de su contrario [5]; y otro dia, juéves, al cuarto del alba, dieron los del campo de Su Majestad una arma á los dichos tiranos con cinco arcabuces solos que tenian; y el tirano, que sintió el rebato, mandó que todos callasen y estuviesen prestos, y en amaneciendo echó el tirano hasta cuarenta arcabuceros, y les mandó que escondidamente fuesen por una quebrada arriba y acometiesen á los que les habian dado el arma; y ellos lo hicieron tan bien, que sin ser vistos ni sentidos dieron sobre ellos, donde se trabó una escaramuza [1], y sin que hubiese ningun herido, cada cual de las partes se retiraron á su campo. Y este mismo dia, juéves, ya tarde, vino al campo el gobernador Pablo Collado, que hasta entonces habia estado malo en el Tocuyo, y por aquella causa no habia venido [2], aunque hubo muchos que se lo atribuyeron á mal; y con él venia el capitan Pedro Bravo con veinte hombres de á caballo, de Mérida, los cuales, sabiendo ya que el tirano Aguirre estaba en la gobernacion de Venezuela, deseosos de servir á Su Majestad y ganar honra, vinieron en socorro de los vecinos della desde la dicha ciudad de Mérida, que es término del Nuevo Reino de Granada, sesenta leguas del pueblo de Barquisimeto, y con su venida dieron gran ánimo y alegría en el campo de Su Majestad, tanto, que se contaban ya por vencedores y no tenian en nada al tirano, y con mucha razon, porque se hallaban ciento y ochenta hombres de á caballo, y hombres de bien y de vergüenza, y deseosos de servir á Dios y á su Rey y señor natural, y defender sus mujeres y hijos, casas y haciendas de tan malos, perversos y crueles tiranos, y morir haciendo lo que debian. En todo este tiempo no dejaban de andar corredores sobre el campo del tirano; lo uno, porque no tuviesen lugar de salir á tomar comidas ni cabalgaduras, y lo otro, porque si algunos de los del tirano se quisiesen pasar al Rey, como les habia dicho Peralonso, que hallasen aparejo y socorro en los dichos corredores para guardarlos y llevarlos al campo de Su Majestad.

Algunos soldados de los que en el campo del tirano estaban, deseosos de servir á Su Majestad y de pasarse á su campo, no tuvieron coyuntura para lo poder hacer, por estar encerrados en aquel cercado de tapias, y por la gran guardia que de noche y de dia el tirano tenia de sus amigos, hasta el tercero dia, que fué viérnes, que se pasaron dos soldados del dicho tirano al campo de Su Majestad, con dos arcabuces: el uno llamado García Rengel, y otro Guerrero; los cua-

[1] en nombre de Su Majestad.—[2] la dicha tiranía; y algunas de estas cédulas.—[3] para los engañar. Andando, pues, los soldados.—[4] y dijo el tirano, viéndola quemar, que sacasen los ornamentos.—[5] con buena guardia, recelándose uno de otro; y otro dia, juéves.

[1] una brava y peligrosa escaramuza.—[2] no habia venido antes, cuando vino el capitan Pedro Bravo, de Mérida, con los treinta hombres de socorro, todos de á caballo, y deseosos de servir á su Rey y señor; que se holgaron harto el General y los demas con su venida, y se animaron mucho, por ser toda buena gente y de vergüenza, y á esta causa no temian al tirano, y con mucha razon.

les dieron esperanza de que se pasarian otros muchos, y ayudaron con su llegada mucho, porque se acabó de confirmar lo que les habia dicho Peralonso, y señaladamente dijeron estos dos soldados que se pasarian un Juan Jerónimo de Espíndola, capitan del dicho tirano, y un Hernan Centeno [1], que estos sin falta lo harian, en teniendo lugar, con la más gente que pudiesen. Los del campo de Su Majestad hicieron buen acogimiento á los dichos soldados y les dieron caballos, y iban con los corredores á hablar á los del tirano para que pasasen. La noche siguiente envió el dicho tirano al Capitan de su guardia Roberto de Coca [2], y al capitan Cristóbal García, con otros amigos y paniaguados suyos, hasta sesenta arcabuceros, á que con diligencia y secreto buscasen el lugar donde estaba el campo de Su Majestad, que no lo sabian, y diesen en él é hiciesen todo el daño que pudiesen, y tomasen los caballos, de que el tirano tenia gran falta y nescesidad, y que se recogiesen luego á su fuerte, que otro dia, de mañana, él saldria con la demás gente á le socorrer y hacer espaldas, aunque los más destos soldados no sabian á qué iban, mas que pensaban que á buscar cabalgaduras y ganados, que así lo habian publicado el tirano y sus amigos. Y caminando de noche en busca del campo de Su Majestad, fueron sentidos de un capitan [3], Romero, que venia á la sazon del pueblo de Nira [4], que es en la dicha Gobernacion, á servir á Su Majestad, con ocho ó diez compañeros; y andando por aquellas sabanas [5] en busca del campo del Rey, vió á los dichos arcabuceros, y como los vió todos á pie, conosció que eran de los tiranos, y sospechando lo que era, á gran priesa, dando voces, atinó hácia donde le paresció que podia estar el campo de Su Majestad, y topando con los corredores les dijo lo que habia visto, y él con ellos avisaron con brevedad al campo de Su Majestad que, aunque tenia buenas guardas y centinelas [6], estaban bien descuidados de aquello; y toda la gente cabalgó y salieron en busca de los dichos tiranos; y como no topasen con ellos en gran rato, por ser de noche, acordaron que el Maese de campo quedase con sesenta de á caballo buscando los dichos tiranos, y que si los hallasen, no se quitasen de sobre ellos hasta la mañana, porque no tuviesen lugar de hacer lo que pretendian [1]; y toda la demás gente se volvió á reposar á su alojamiento; y el dicho Maese de campo, con la dicha gente, anduvieron casi todo la noche buscándolos; pero ellos, viendo cómo eran sentidos y que su propósito no podia hacer efecto, se escondieron en un vallete pequeño de sabana alta, donde no podian ser vistos sino pasando por ellos. Y el Maese de campo y los que iban con él, cansados de buscarlos, y no los pudiendo hallar, se volvieron á su campo, donde estuvieron toda la noche en arma, sin reposar ni dormir, porque como sus corredores y centinelas sentian cualquier ruido, y ya sabian que la gente del tirano andaba fuera, pensaban que eran ellos y no hacian sino dar armas por una y otra parte.

Venida la mañana fueron descubiertos los tiranos en la sabana, y todo el campo de Su Majestad fué sobre ellos, y no atreviéndose los del tirano á esperar en lo llano, enviaron á pedir socorro al tirano, y se retiraron á una barrança de un rio que estaba cerca de ellos, que es alta y de montaña, y allí se hicieron fuertes por temor de los caballos; pero no tardó mucho el tirano Lope de Aguirre en los socorrer, que le vino nueva cómo estaban, y luego se partió del fuerte con veinte y cinco ó treinta arcabuceros y la bandera de su guardia tendida, que era negra, con dos espadas sangrientas en medio della, y tocando con una trompeta y un atambor, y juntándose con la demás gente, salieron todos á lo llano, y entre los unos y los otros se trabó una hermosa y bien trabada escaramuza, y aunque los del campo de Su Majestad se iban retirando, era para sacar á los del tirano á lo llano y desviarlos de una barranca que allí estaba, para se poder aprovechar de los caballos; y el dicho tirano los iba siguiendo á gran priesa, y desque estuvieron apartados á su voluntad, y bien en lo llano, los del campo de Su Majestad volvieron sobre ellos con gran ánimo. Aquí se trabó la escaramuza bien brava y reñida; de suerte que la gente del tirano no tenia piquería, y así se comenzaron á turbar, viéndose acometer por todas partes que casi los tenian cercados. Andando, pues, en la dicha escaramuza un capitan de caballos del dicho tirano, llamado Diego Tirado, andaba encima de una yegua, y salia á hacer algunas arremetidas contra los del campo de Su Majestad [2]; pareciéndole conyuntura, y que

[1] su amigo. [2] Roberto de Sosa —[3] capitan Diego. —[4] Nirba.—[5] por aquella sabana..—[6] estaban algo descuidados, y más de aquella emboscada ó asalto que les querian dar los dichos tiranos. Y luego que se tuvo el aviso, cabalgó el General y toda la gente de á caballo, y fueron en busca.

[1] y el General se volvió con toda la demás gente.— [2] y deseoso de pasar á él, porque el tirano muchas veces le habia querido matar, y le habia dicho que si este Diego Tirado le era leal, que todo el mundo habia

muy á su salvo y sin riesgo ninguno lo podia hacer, y dando una arremetida, como solia hacer, se pasó al campo de Su Majestad, y luego el tirano se comenzó á retraer, muy espantado de que el Diego Tirado se le habia huido. Y para que la gente suya no cobrase ánimo para hacer lo mismo, el tirano comenzó á decir: «¡Ah, caballeros, reportaos! que á Diego Tirado yo lo envio para cierto negocio que nos conviene á todos, y tené creido que no se fué sin mi licencia». Y esto hacia cautelosamente para que no le desamparasen. Y como Diego Tirado se pasó, fué llevado al gobernador Pablo Collado, y él y los demás oficiales del campo de Su Majestad se holgaron mucho [1] con él y le hicieron mucha honra, y el dicho gobernador Pablo Collado le dió un caballo bueno en que él andaba; y como se vido á caballo el Diego Tirado, revolvió sobre la gente del tirano dando voces: «¡Ea, caballeros! ¡á la bandera Real! ¡al Rey, que hace mercedes!» Que, cierto, en esto él lo hizo bien para restaurar y enmendar su vida y vivir que en tiempo atrás habia tenido; porque entre los hombres no debemos juzgar su intencion, sino las obras que cada uno hace, y esto no lo digo sino por tratar verdad, como es justo que todo hombre de bien se precie de tenerla por principal pieza de su arnés; y porque los señores Oidores me mandaron hiciese esta relacion por la vía y órden que yo pudiese, y en ella declarase todo lo subcedido en aquella jornada, porque habia de ser enviada desta Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada á los señores del Consejo Real de Su Majestad en Corte de España. Así que quiero decir que el dicho Diego Tirado vino á este Nuevo Reino de Granada á los señores del Consejo Real de Su Majestad, no con poca presuncion y pretension de que Su Majestad le hiciese mercedes y gratificase sus servicios, que para cada uno dellos tenia trecientos deservicios hechos; porque si él fuera bueno y verdadero servidor de Su Majestad, muchas veces lo pudo mostrar con la obra, sin aguardar al cabo y al fin del tirano, porque él fué uno de los tres primeros que entraron en el pueblo de la isla Margarita apellidando la voz del tirano, y prendiendo y hiriendo y rindiendo las justicias y gente del pueblo, y uno de los que tomaron y saquearon la Caja Real y la hicieron pedazos; y siempre, como caudillo y capitan del tirano, tenia los buenos caballos que en el campo habia, así de los que tomaron al gobernador don Juan de Villandrando y á los alcaldes del Rey, y en los dichos caballos andaba en las estancias de la dicha isla saqueando y alanceando los vecinos della. Pues es claro y notorio á todos que, en la isla Margarita, ciertos indios flecheros le aguardaron un paso, porque les habia quitado sus mujeres y se las traian; y los indios, por ver si podian tornar á haber sus mujeres, salieron á ellos con buenas flechas y los hirieron á todos; que era caudillo y capitan Diego Tirado, y con él Roberto de Coca, y un Diego Sanchez Bilbao, y los indios les quitaron las mujeres, y ellos vinieron peligrosamente heridos. Y tiempo tuvo, y no poco, para hacer su pasada al campo del Rey, porque en la isla se pudiera quedar, como otros lo hicieron; é ya que no, bien pudiera dejar de pedir mercedes á Su Majestad; que decia que él solo era el que desbarató al tirano, quitando á muchos sus ventajas, que bien sabia que otros

de tener por suyo, y que su remedio estaba en él, y en que este capitan le siguiese ya. Y dando una vez una arremetida más larga de lo que solia hacer, se pasó al campo de Su Majestad, diciendo á voces: «¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey! Ea, caballeros, retírense; ¿donde van, que van perdidos y los matarán á todos?»

Aunque los del campo del Rey en esta escaramuza pudieron herir y aun matar algunos de los tiranos, por tenerlos en la sabana rasa; pero no lo quisieron hacer, porque ya sabian que algunos tenian voluntad de pasarse al campo del Rey, y si hirieran alguno, podria ser quitárseles la voluntad, y así fué muy buen acuerdo.

De la pasada del dicho capitan Diego Tirado, el tirano recibió mucho enojo y pesadumbre y algunos de sus amigos desmayaron mucho, por ser el dicho Tirado de los más confiados que el tirano traia consigo; aunque el dicho tirano, luego, de repente, por asegurar su gente les dijo que no se escandalizasen, que él habia inviado al dicho Diego Tirado con cierta embajada al General, y con esto se aseguraron algun tanto; pero viendo que no volvia con el recaudo, se animaron los que tenian voluntad de se pasar al campo del Rey, y por el consiguiente á los demás les pesó mucho.

Luego que el dicho Diego Tirado se pasó, fué llevado adonde estaba el gobernador Pablo Collado.

[1] y tanto, que como les dijo y avisó que se estuviesen quedos y no hiciesen más de lo que él les avisase, y que él desbarataría al dicho tirano, le hicieron mucha cortesía, y el dicho Gobernador le dió un buen caballo en el que andaba, y mandó á todos los capitanes que no hiciesen más de lo que el dicho capitan Diego Tirado les mandase, y todos lo consintieron; y el dicho Gobernador cabalgó en la yegua del dicho Diego Tirado, que era flaca y ruin, y luego que el dicho Tirado se vido en buen caballo, fué luego con la gente del Rey á la escaramuza, en la cual, dando voces á los del tirano, diciéndoles: «¡Caballeros, á la bandera Real y al Rey, que hace mercedes! que ese tirano mató al gobernador Pedro de Orsúa y ha muerto á muchos amigos nuestros y deudos. ¡Al Rey, al Rey! que hasta que le veamos muerto, le tengo de seguir á ese tirano». Y hizo retirar que no rompiese contra el campo de Su Majestad, avisándoles á todos y al dicho Gobernador que el tirano los mataria á todos; que no diesen la batalla, que los del tirano se pasarian al Rey muy en breve, y seria vencido sin muerte de españoles, como en efecto sucedió.

Acaesció en esta escaramuza una cosa bien de notar.

lo habian hecho; pero como sea cosa cierta que la verdad bien puede adelgazar y no quebrar, fué Dios servido que hobiese quien la procuró decir, y á estos señores de la Audiencia Real les constó ser así bastantemente, y que hobo quien se aventuró y padesció más por servir al Rey que no él; y bastara contentarse, como los demás, que se fuera lo uno por lo otro. He dicho todo esto porque hicieron cierta relacion con que vivian muy engañados muchos en decir que merescia Diego Tirado que Su Majestad le hiciese mercedes y así las alcanzó, que por principal negocio tuvo que lo enviasen preso á la gobernacion de Venezuela, remitido su negocio al Gobernador della. Y tambien no soy de parecer que se haga relacion y la intitulen verdadera, pues en cosas van en contrario della; y en especial, cosas que han de ir á poder de Su Majestad y á los de su muy alto Consejo, han de ir muy atentadas y comprobadas por personas que hayan pasado por ello, y que sean de creer; porque de esta manera, creo no se pueden errar de dar á cada uno el premio y galardon de lo que merescen.

En esta escaramuza que aquí he dicho que se trabó, acaesció una cosa bien de notar: que con ser toda la gente del tirano arcabuceros, y andar con los del Rey revueltos, y tirando muy á menudo, no hirieron hombre ni caballo de los del campo de Su Majestad, y ellos, con solos cinco ó seis arcabuces que tenian, hirieron dos hombres de los del tirano, y á él mismo le mataron una yegua que andaba con ella [1].

Visto por el tirano Lope de Aguirre la pasada de su capitan Diego Tirado, en quien él fiaba más que en ninguno de los suyos, y el arcabuzazo que le habian dado á su yegua, que le espantó y turbó harto, y el ánimo con que le acometian los del campo del Rey, y la flaqueza de los suyos, y cómo sus famosos arcabuceros marañones no habian herido siquiera un caballo solo de los contrarios, comenzó á conoscer su perdicion, y deseando remediar su perdicion, apeado de la yegua que le habian muerto, y con una lanza en la mano, comenzó á recoger los suyos, ayudándole algunos de sus amigos á lanzadas, á la mayor priesa que pudo, llevándolos por delante hácia la barranca que habemos dicho, y los del campo de Su Majestad tras él, para le desbaratar; y sin parar allí, se fué á toda priesa á su fuerte, porque temió que le tomasen los del campo de Su Majestad; y si ellos cayeran en ello, por allí le pudieran desbaratar más presto, porque habia quedado en él poca gente, y enfermos, y no de mucha confianza. Y vuelto el tirano á su fuerte, y bien descontento, comenzó á vituperar sus soldados y capitanes, llamándoles cobardes y para poco, y decia asimismo: «Marañones, á las estrellas tirais». Y luego comenzó á desarmar algunos de los que tenia por sospechosos, y puso gran guardia en su campo, de sus mayores amigos, porque no se le huyese ninguno. Otro dia siguiente [1], determinó con algunos de sus amigos á hacer una gran crueldad, y fué que hizo una lista de todos los soldados que tenia por sospechosos, y los que estaban enfermos en su campo, para los matar á todos, que serian más de cincuenta hombres, y con los que le quedaban, retirarse á la mar y procurar tomar algun navío y tomar otra derrota; y teniendo ya para efectuar su dañada voluntad, y desarmados los que pensaba matar, comunicando su mala intencion con otros sus amigos á quien primero habia dado cuenta [2] desto, ellos, conosciendo ya su perdicion, y deseando acreditarse en algo para se pasar al campo de Su Majestad, como despues lo hicieron, paresciéndoles que ya no tenian otro remedio, se lo estorbaron por buenas razones, diciendo que ¿cómo se podian conoscer los sospechosos, si no era cuál y cuándo? y que pensando que mataba á los tales, por ventura mataria á los que le seguirian y serian amigos; y, por el contrario, podria dejar vivos los que le podian ser contrarios; y que lo juzgase por su capitan Diego Tirado, que era uno de los en quien él más fiaba [3] y se le habia huido; y que no era tiempo de matar á nadie, porque si mataba aquellos de quien sospechaba, que los que quedasen vivos sospecharian otro tanto, y que los habia de matar, y de temor desto se le huirian todos, y que

[1] Es cosa cierta y muy pública que, mediante haberse pasado el dicho Diego Tirado al campo de Su Majestad, y dado la órden que convenia al servicio Real, se desbarató el dicho tirano, sin pérdida de ningun soldado del campo del Rey, ni tampoco de los del tirano; bien que la gente del Rey estaba ya determinada de vencerlo ó morir en la demanda, por ser toda ella gente honrada y muy noble, y muchos hijosdalgo, deseosos de servir á Dios y á Su Majestad; y llanamente, él no saliera de la Gobernacion vivo, muriera quien muriera; pero fué Dios servido que lo ordenó mejor, sin daño de los nuestros, y sólo el perverso murió, como se verá adelante; pero con todo eso, es digno el dicho capitan Tirado de que se le hagan mercedes.

Visto por el tirano Lope de Aguirre la pasada de su capitan.

[1] que fué sábado.—[2] no había dado cuenta.—[3] y le habia dejado el primero; y que otros que habia tenido y tenia por sospechosos, le habian seguido, y podria ser que le fuesen buenos amigos, y que no era tiempo de matar á nadie.

por donde pensaba que acertaba podria errar. Y con esto y con otras cosas que le dijeron, y sobre todo la voluntad de Dios que no consintió semejante crueldad, los dejó de matar; pero todavía quedó con voluntad de volverse á la costa, y en esta determinacion estaba. Y ansí, guardando muy bien los arcabuces que habia quitado á los suyos de quien tenia sospecha, y esto porque, ya que se pasasen al Rey, no llevasen armas con que le dañasen, estúvose en el fuerte [1], sin salir dél, ni consentir que nadie saliese, tres dias. Fué desde el viérnes por la mañana, hasta el lúnes, ordenando su partida para la mar; y todos estos dias tuvo gran guardia de sus mayores amigos [2], de los cuales tenia por guardia y poco menos culpados que él en la dicha tirania, y otros de los que tenia desarmados por sospechosos, que serian por todos quince ó veinte. Estos dias se pasó gran hambre en el campo del tirano, que como él no consentia que nadie saliese, por temor que no se le huyesen, y para ir á buscar comida habian de salir muchos juntos, porque siempre andaban á la redonda del fuerte muchos de á caballo del campo de Su Majestad, para los estorbar que no buscasen comida y para recoger [3] que no se le huyesen; por manera que, con la hambre, comieron aquellos dias en el campo del tirano ciertos muletos y perros que mataron, y aun se comieran las cabalgaduras, sino que el tirano lo estorbó, porque las habia menester para retirarse á la mar.

En este tiempo [4], de los soldados del tirano que habian pasado aquellos dias al campo del Rey, fueron avisados cómo el dicho tirano determinaba volverse á la Burburata; y para saber si era verdad, salió el Maese de campo con treinta ó cuarenta de caballo, y se pusieron sobre el campo del tirano para ver lo que hacian; y el lúnes, por la mañana, que fueron veinte y siete de Octubre del año de mil y quinientos y sesenta y uno, teniendo el tirano desarmados gran parte de su gente y entre ellos algunos de sus capitanes, y cargada ya su municion, y las armas en las cabalgaduras que allí tenian, quiso caminar hácia la mar; pero ninguno de los suyos le quisieron seguir, diciendo todos á una voz que de noche era mejor caminar, y que aguardasen á la noche, y tras esto los desarmados comenzaron á decir que á dónde habian de ir sin armas, y que no era bien acordado de volver atrás; que les diesen sus armas y pasasen adelante, que era lo mejor. Viendo el tirano sus voluntades, deseándolos ya contentar, por probar si de aquella manera le iria mejor, aunque ya era tarde para hacer aquella prueba, y habiendo primero pasado entre él y sus marañones algunos coloquios, en que sus marañones le respondian atrevidamente, y quejándose él mucho de sus marañones que lo dejaban y se iban al Rey, le respondió un Juan Jerónimo de Espíndola, su capitan, diciendo que no tenia razon de quejarse dellos; que si él, cuando en la Margarita y Tierra Firme se le comenzaron á huir, los dejara, y no los mandara buscar y ahorcar los que hallaba, que entonces pudiera ver los que le quedaban y qué era lo que tenia en ellos; pero que él y sus amigos traian á los más por fuerza, y que no se maravillase. A lo cual el tirano respondió [1] que era verdad, aunque con harto dolor de su corazon, y quiso matar al dicho Espíndola, y no halló quien le ayudase á ello, porque los que pudieran ayudarle ya vian su perdicion. Y luego el tirano volvió sus armas á todos y les dijo que se hiciese como ellos lo quisiesen, y hubo algunos que no las quisieron tomar, y el mismo tirano se lo fué á rogar que las tomasen, y les pidió perdon diciendo que un solo yerro bien se podia perdonar; como si sólo en aquello hubiera ofendido á sus soldados, que siempre los habia traido avasallados y abatidos y sin libertad, que era lo que habia traido por apellido, matándolos y afrentándolos con obras y palabras; y al fin, todos tomaron sus armas, y en este tiempo no hubo ninguno que tuviese ánimo para le matar. Y luego apareció sobre la barranca del fuerte el Maese de campo de Su Majestad con la gente que traia, bien cerca del tirano, á los cuales los del dicho tirano comenzaron á tirar arcabuzazos y hirieron en el pescuezo al caballo en que venia el capitan Pedro Bravo [2]; que sola esta herida se rescibió en el campo de Su Majestad. Y á esta hora, que seria poco antes de medio dia, dijeron sus soldados al tirano que querian ir á trabar una escaramuza con aquella gente que se les llegaba muy cerca, y echarlos de allí, y el tirano se los salió á mirar á la puerta del cercado. Y estando en esto, su capitan Espíndola, tomando consigo algunos amigos,

[1] sin salir del fuerte, desde que se le pasó Diego Tirado, que fué viérnes, por la mañana, hasta el lúnes, sin consentir que nadie saliese ni fuera á buscar comida, ni á otra cosa, ordenando su partida para la mar.—[2] porque nadie se le huyese; y con toda la diligencia que puso, se le huyeron estos dias algunos de sus mayores amigos, de los que él tenia por guardia, y poco menos culpados que él.—[3] los que se huian, por manera.—[4] En este tiempo, los del campo del Rey fueron avisados de ciertos soldados que se pasaron al campo del Rey.

[1] no respondió cosa, aunque con harto dolor.—[2] Pedro Bravo de Molina.

á vista dél [1], so color de lo que habia dicho al tirano, se comenzó á pasar á la gente del Rey, y se juntó con el Maese de campo de Su Majestad, y tras él alguna parte de la gente que allí estaba; y el tirano, con harto dolor y tristeza los miraba cómo se iban, y tornándose á entrar en su fuerte halló que todos los más que allí habian quedado se habian comenzado á huir por una puerta [2], saltando los bahareques y tapias del fuerte; y viéndose con no más de seis ó siete de los que decian ser sus amigos, y entre ellos un su capitan Llamoso, le dijo el tirano: «Hijo, Llamoso, ¿qué os parece desto?». Y el Llamoso respondió: «Que yo moriré con vuestra merced y estaré hasta que nos hagan pedazos». Y el tirano volvió el rostro y vido estar un soldado, que hemos dicho que se habia señalado en servir al Rey, que se decia Pedrarias de Almesto, al cual le dijo el tirano: «Señor Pedrarias, estaos quedo y no salgais de aquí, que yo diré antes que muera quién y cuántos han sido leales al Rey de Castilla; que no piensen éstos, hartos de matar á gobernadores y frailes y clérigos y mujeres, y robado los pueblos y quemádolos y asoládolos, y hecho pedazos las cajas reales, que agora han de cumplir con pasarse á carrera de caballo y á tiro de herron al campo del Rey». Y el dicho Pedrarias, no hallándose seguro de las traiciones de aquél, aguardó coyuntura, y como no tenia armas, y estaban centinelas á la puerta del fuerte dos arcabuceros, acordó de arremeter con una lanza que allí estaba y salir por la puerta dando voces: «¡al Rey! ¡al Rey!» y los que estaban guardando la puerta hicieron lo mismo. Y luego los negros que estaban con su General salieron diciendo al Pedrarias: «Señor, llévanos al campo del Rey, porque no nos maten en el camino». Y así, luego el tirano perverso, viéndose casi solo, desesperado el diablo, en lugar de arrepentimiento de sus pecados hizo otra crueldad mayor que las pasadas, con que echó el sello á todas las demás: que dió de puñaladas á una sola hija que tenia, que mostraba quererla más que á sí. Y como al dicho Maese de campo llegó el Pedrarias y le dijo del arte que quedaba el tirano, y vido que venian con él todos los negros y las guardas que él tenia puestas á la puerta del fuerte, tomando parescer con el dicho Pedrarias que qué se haria, le respondió que ir al fuerte y dar sobre él y rendirle; y así, el Diego García de Paredes, Maese de campo de Su Majestad, mandó apear á uno de los que allí venian en su compañía, y le dió el caballo al dicho Pedrarias, y le dijo que fuesen ambos delante, y los demás tras él, que serian como hasta quince hombres de á caballo, y fueron de una arremetida al fuerte, y el Maese de campo y el Pedrarias entraron dentro, no con poco temor de la artillería, que pudiera estar el tirano con ella para dispararla en ellos, y fué Dios servido que, como entraron, no habia el tirano caido en ello, con su turbacion; y allí se apearon y rindieron el tirano; el cual, como vido que el Maese de campo y el Pedrarias echaron mano y le amagaban á dar con una espada, dijo: «¡Ah, señor Pedrarias! ¿qué malas obras os he hecho yo?» Y el Pedrarias le comenzó á querer desarmar, y le quitó un capote pardo con pasamanos que tenia sobre las armas; y luego el Diego García de Paredes le quitó el coselete, y luego llegó toda la gente de golpe, y allí hallaron á los pies del tirano á su hija muerta á puñaladas. Y á este tiempo rogó el tirano á Diego García de Paredes que no lo consintiese matar de ninguno de sus marañones, y que lo oyesen primero, y lo llevasen al Gobernador y Capitan general, que queria hablar con ellos cosas que convenian mucho al servicio de Su Majestad; pero dos de sus marañones, y no poco culpados [1], que no se dirán sus nombres hasta que haya oportunidad, como le oyeron decir estas palabras, por temor de que no dijese cosas que á ellos les dañasen [2]

[1] á vista del tirano y de los demás, comenzó á decir á voces: «¡Al Rey, caballeros, al Rey!» Y se comenzó á ir hácia la barranca donde estaba el Maese de campo con la gente, y tras él la mayor parte de la gente que allí estaba —[2] por una puerta de bahareques que estaba en las espaldas del cercado; y viéndose solo, sin ninguno de sus marañones, desesperado, reinando el diablo en él, en lugar de arrepentimiento de sus pecados hizo una brava crueldad, mayor que las pasadas, con que echó el sello á todas sus ma dades, que fué dar de puñaladas á una sola hija que traia en el campo, mestiza, y muy hermosa, y que se miraba en ella. Y cuando la mató, dijo que la mataba porque no quedase entre sus enemigos, ni la llamasen hija del tirano. Y á estas horas, andándose el dicho tirano paseando por la casa donde posaba, dentro del cercado, desmamparado de los suyos, llegaron algunos soldados de sus marañones, de los que se le habian huido antes, con otros del campo del Rey; y él, como los vido, se rindió luego y dió las armas á uno de sus marañones, llamado Custodio Hernandez, y muy su amigo. Y á este tiempo llegó el Maese de campo Diego García de Paredes con otros soldados que con él venian, y viendo al tirano y á su hija cabe él llena de heridas, sabiendo quién era y cómo la habia muerto, se espantaron todos de tan cruel hecho y le afearon mucho al tirano la maldad que habia hecho; el cual respondió lo que dijimos arriba, y que tuvo por menos mal matarla que dejarla viva, habiendo él de morir entre sus enemigos, y ser p..... de todos. Y rogó el tirano al Maese de campo que no le matase.

[1] en la tiranía, ansí como lo oyeron.—[2] y porque tambien el Maese de campo gustó dello, el uno dellos, llamado Custodio Hernandez, y el otro Cristóbal Galindo, que traian dos arcabuces cargados, le tiraron uno tras otro, y al primero arcabuzazo, que le dió algo

y condenasen, con los arcabuces que traian le tiraron uno tras otro; y al primero arcabuzazo, que le dió algo alto encima del pecho, habló entre dientes, no se supo qué pudo decir, y luego como le tiraron el segundo, cayó muerto sin encomendarse á Dios, sino como hombre mal cristiano y, segun sus obras y palabras, como muy gentil hereje, fundado en vanidad, porque le pareció á él que en aquello consistia su buenaventuranza, en que le tuviesen más por animoso que por cristiano, porque habia dicho muchas veces que cuando no pudiese pasar al Pirú y destruirle y matar todos los que [1] en él estuviesen, que á lo menos la fama de las cosas y crueldades que hubiese hecho quedaria en la memoria de los hombres para siempre, y que su cabeza seria puesta en un rollo, para que su memoria no peresciese, y que con esto se contentaba. Y [2] ansí, fué su ánima á los infiernos para siempre, y dél quedará entre los hombres la fama que del malvado Judas, para blasfemar y escupir de su nombre, como del más malo y perverso hombre que habia nascido en el mundo [3].

Muerto, pues, el perverso tirano, le fué cortada la cabeza [4] por uno de sus marañones, y no poco culpado, llamado Custodio Hernandez, que fuése con Pedrarias de Almesto á dar la nueva al Gobernador y Capitan general, que venian con toda la gente marchando hácia el fuerte, para que el dicho Pedrarias dijese la nueva cierta de la muerte del tirano, y tambien para que al campo del Rey viniese con menos zozobra, y luego

alto, encima del pecho, dicen que dijo: «No es éste nada»; y al otro, que le dió por medio del pecho, dijo: «Este sí», y así cayó luego muerto, sin encomendarse á Dios.

[1] todos los que contra él fuesen, que á lo menos. —[2] Y así se cumplió á la letra, y su ánima fué á los infiernos, adonde él decia muchas veces que deseaba ir, porque allí estaba Julio César y el Magno Alejandro y otros bravos capitanes á este tono, y que en el cielo que estaban pescadores y carpinteros, gente de poco brio. El se fué á los infiernos á tenerles compañía, á do estará para siempre, y dél queda y quedará memoria —[3] Aquí en esta muerte deste cruel tirano no faltaron contemplativos del campo del Rey que dijeron que el Maese de campo no acertó en habello mandado matar, pudiendo tomarlo vivo y traerlo ante su Gobernador y Capitan general, y que lo hizo, lo uno por decir que él lo mató, y lo otro, porque andaba disgustoso con el dicho Gobernador. Sea como fuere, que el Maese de campo sirvió muy bien á Su Majestad en este caso, con mucho cuidado, como se ha visto en esta historia, y es digno de que Su Majestad le haga mercedes.—Muerto, pues, el tirano, le fué cortada la cabeza.—[4] y salió el Custodio Hernandez al encuentro con ella al Gobernador y Capitan general, que ya venian con toda la gente que habia quedado con ellos; y luego mandó el Gobernador hacerle cuartos, y puesto en cuatro palos por los caminos alrededor de Barquisimeto, y su cabeza.

que llegó el dicho Pedrarias fué bien recibido por el Gobernador y todo su campo, y contó lo que pasaba, de que se rescibió gran contento; y luego vino todo el campo y dieron en el fuerte donde estaba el perverso tirano muerto, y en aquel suelo, todo arrastrado de los negros y indios; y el gobernador Pablo Collado mandó recoger las armas y municiones, y que le hiciesen cuartos al tirano y lo pusiesen por los caminos alrededor de Barquisimeto, y así se hizo, y su cabeza fué llevada al Tocuyo, y en una jaula de hierro fué puesta en el rollo, y la mano derecha [1] á la ciudad de Mérida y la izquierda á la Valencia, y como si fueran reliquias de algun Santo, que no sólo se cumplió lo que él solo habia profetizado de sí, pero aun más de lo que él pretendia y deseaba, para que todos se acordasen dél y no peresciese su memoria perversa. Y cierto, me paresce que fuera mejor echalle á los perros que lo comieran todo, para que su mala fama peresciera y más presto se perdiera de la memoria de los hombres, como hombre tan perverso que deseaba fama adquirida con infamia. Decia este tirano algunas veces, que ya sabia y tenia por cierto que su ánima no se podia salvar, y que estando él vivo, ya sabia que ardia en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que sus alas, que habia de hacer crueldades y maldades por donde sonase el nombre de Aguirre por toda la tierra y hasta el noveno cielo. Y otras veces decia que Dios tenia el cielo para quien [2] le sirviese y la tierra para quien más pudiese; y que mostrase el Rey de Castilla el testamento de Adan, si le habia dejado á él esta tierra de las Indias. Decia que no dejasen los hombres, por miedo de ir al infierno, de hacer todo aquello que su apetito les pidiese, que sólo el creer en Dios bastaba para ir al cielo, y que no queria él los soldados muy cristianos ni rezadores, sino que, si fuese menester, jugasen con el demonio el alma á los dados; y así, era enemigo de los que traian cuentas ó horas, y se las quitaba y rompia, y no las consentia traer, ni osaban rezar delante dél.

Muerto el tirano ya dicho, en lunes, á los veinte y siete de Octubre del año de mil y quinientos y sesenta y uno, víspera de los gloriosos Apóstoles San Simon y Judas, desde á seis dias que llegó á la Nueva Valencia [3] y ciudad de Barquisimeto, habiendo mandado solo en su tiranía desde veinte y dos de Mayo del dicho año, que mató el tirano á don Fer-

[1] y la mano derecha llevó el capitan Pedro Bravo á Mérida, y la izquierda á la Valencia.—[2] quien bien. —[3] á la ciudad de la nueva Segovia de Barquisimeto

nando de Guzman su Príncipe, hasta este dia que murió, que fueron cinco meses y cinco dias, habiendo muerto más de setenta [1] hombres, y entre ellos frailes y clérigos y mujeres.

Viendo este dicho tirano, tres dias antes de su muerte, que su gente se comenzaba á pasar al servicio del Rey, y que podria [2] ser desbaratado contra su voluntad, porque le paresció á él que en la Gobernacion de Venezuela que hubiera poca resistencia, y aunque no le esperaran, por la poca gente y armas que hay en ella, como hombre que no se acordaba de Dios ni consideraba su gran poder, y que como cuando él quiere abate los soberbios por mano de los flacos y humildes, dicen que dijo: «Si yo tengo de morir desbaratado en esta Gobernacion de Venezuela, ni creo en la fé de Dios, ni en la secta de Mahoma, ni Lutero, ni gentilidad, y tengo que no hay más de nacer y morir». Y así murió sin confesion, y á arcabuzazos, descomulgado de muchas excomuniones reservadas al Papa, así por las muertes de los frailes y clérigos, y un Comendador de Rodas, como por muchos incendios de pueblos, iglesias y otras cosas en esta Relacion declaradas; habiendo dicho infinitas herejías, sin ninguna muestra ni señal de arrepentimiento, ni de cristiandad; por donde se puede entender qué tal estará su ánima, pues murió hereje descomulgado, sin haber absolucion de sus excomuniones.

Era este tirano Lope de Aguirre hombre casi de cincuenta años, muy pequeño de cuerpo y poca persona; mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que, si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especial cuando estaba enojado. Era de agudo y vivo ingenio, para ser hombre sin letras. Fué vizcaino, y segun él decia, natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa. No he podido saber quién fuesen sus padres, más de lo que él decia en una carta que escribió al rey don Felipe, nuestro señor, en que dice que es hijodalgo; mas juzgándolo por sus obras [3], fué tan cruel y perverso, que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud. Era bullicioso y determinado, y en cuadrilla era esto; y fué gran sufridor de trabajos, especialmente del sueño, que en todo el tiempo de su tiranía pocas veces le vieron dormir, si no era algun rato de dia, que siempre le hallaban velando. Caminaba mucho á pie y cargado con mucho peso; sufria contínuamente muchas armas á cuestas: muchas veces andaba con dos cotas bien pesadas, y espada y daga y celada de acero, y un arcabuz ó lanza en la mano; otras veces un peto. Era naturalmente enemigo de los buenos y virtuosos, y ansí, le parecian mal todas las obras santas y de virtud. Era amigo y compañero de los bajos é infames hombres, y mientras uno era más ladron, malo, cruel, era más su amigo. Fué siempre cauteloso, vario y fementido, engañador: pocas veces se halló que dijese verdad, y nunca, ó por maravilla, guardó palabra que diese. Era vicioso, lujurioso, gloton, tomábase muchas veces de vino. Era mal cristiano, y aun hereje luterano, ó peor, pues hacia y decia las cosas que hemos dicho atrás, que era matar clérigos, frailes, mujeres [1] y hombres inocentes sin culpa, y sin dejarles confesar, aunque ellos lo pidiesen y hubiese aparejo. Tuvo por vicio ordinario encomendar al demonio su alma y cuerpo y persona, nombrando su cabeza, piernas y brazos, y lo mismo sus cosas. No hablaba palabra sin blasfemar y renegar de Dios y de sus Santos. Nunca supo decir ni dijo bien de nadie, ni aun de sus amigos; era infamador de todos, y, finalmente [2], no hay algun vicio que en su persona no se hallase. Residió en Pirú este tirano más de veinte años. Su ejercicio y oficio era domar potros ajenos, y quitarles los resabios. Fué siempre inquieto y bullicioso, amigo de revueltas y motines; y así, en pocos de los que su tiempo hubo en el Pirú se dejó de hallar. No sé cosa notable en qué habia servido á Su Majestad; solamente fué con Diego de Rojas á la entrada de los Chunchos, y despues que de allá salió [3], con el capitan Pedro Alvarez Holguin, en favor de Vaca de Castro, y víspera de la batalla de Chupas, se escondió en Guamanga, por no hallarse en ella; y en el alzamiento de Gonzalo Pizarro, aunque fué por alguacil de Verdugo, se quedó en Nicaragua, y no volvió [4] hasta pasada la batalla de Xaquixaguana, y muerto y desbaratado Pizarro. Y despues desto se halló en muchos bandos y motines que no hubieron efecto, y fué uno de los que mataron al general Hinojosa, Corregidor y Justicia mayor de las Charcas, con don Sebastian, de Castilla, y se alzaron contra Su Majestad; y despues de muerto y deshecho el dicho don Sebastian, este tirano, como principal en su motin, anduvo muchos dias huido y escondido, y llamado á pregones y sentenciado á muerte; y, ciertamente, no se escapara de las

[1] más de sesenta hombres, y entre ellos dos frailes y un clérigo, y cuatro mujeres con su hija.—[2] y que podria aquí haber disbarate, contra su opinion, porque le pareció.—[3] no lo mostró, porque.

[1] mujeres, niños inocentes, y aunque los que mataba pedian confesion.—[2] se hallaban en él todos los vicios humanos.—[3] salió, fué con el capitan.—[4] y no volvió á Pirú.

manos del mariscal Alonso de Alvarado, que con gran diligencia le buscaba á él y á otros muchos desta rebelion, sino que sucedió el alzamiento luego de Francisco Hernandez Giron, por lo cual gozó de un perdon general que los Oidores del Pirú dieron en nombre de Su Majestad á éstos y á todos los demás que se hubiesen hallado en éste ó en otros motines cualesquier, y delictos que hubiesen cometido, con que se metiesen debajo del estandarte Real y sirviesen á Su Majestad en la guerra contra el tirano Francisco Hernandez Giron. Y así éste, por gozar deste perdon hubo de ir por fuerza con el dicho Mariscal, y á este Aguirre le hirieron una pierna. Era tan bullicioso y mal acondicionado, que no cabia en ningun pueblo del Pirú, y de todos los más estaba desterrado, y no le sabian otro nombre sino Aguirre el loco. Estuvo asimismo preso en el Cuzco, porque dijeron, y así fué verdad, que él y á un Lorenzo de Zalduendo [1] hacian cierto motin para se alzar contra Su Majestad. Tuviéronlo ya para ahorcar, y viéndose perseguido de todos, por sus delitos y excesos, acordó de se venir á esta jornada con el gobernador Pedro de Orsúa, y esto más por la fama que hubo en Pirú que Pedro de Orsúa juntaba gente para se alzar que no por deseo que tuviese de entradas. Y llegado á los Motilones, como él conoció que Pedro de Orsúa no era hombre de los que él pensaba, y le halló tan servidor del Rey, quiso concertar de matar allí á Pedro de Orsúa y alzar por general á don Fernando de Guzman para que volviesen sobre el Pirú, como se ha dicho, que él lo trató con un Gonzalo Duarte; y ansí él fué la causa principal de la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, matando á todos los que tenemos dichos, y hizo las crueldades y maldades que hizo, y otras muchas. He querido contar esto tan á la larga, por causa que este tirano publicaba que se habia alzado porque habia servido á Su Majestad veinte y cuatro años en Pirú, y que no habia habido remuneracion de sus servicios; para que los que esto vieren y supieren, entiendan qué tales fueron sus servicios, y el galardon que merescia por ellos, y cómo Su Majestad y sus ministros, de quien él se quejaba, se habian habido con él harto beninamente, pues no le habian quitado la vida, meresciendo tantas veces la muerte [2].

[1] que él despues mató, como se ha visto atras, hacian cierto motin.

[2] J. 136: mereciéndolo tantas veces. El ms. J. 136 añade lo que sigue:

Acabado el disbarate deste tirano cruel y malo, el Gobernador y Capitan general y demás capitanes se fueron al Tocuyo, donde residian; y los vecinos de Barquisimeto tornaron á reedificar su pueblo, y los de Mérida tambien se fueron; de manera que quedó la tierra sosegada con la muerte de tan mal hombre, y los tiranos que con él venian, se fué cada uno á buscar su ventura; algunos quedaron en la dicha Gobernacion; otros pasaron al Nuevo Reino de Granada. No dejó de haber algunas pesadumbres entre el Gobernador y Maese de campo sobre el despojo del tirano, pero el General lo apaciguó todo con sus buenos medios, y hubo paz. Despues de algunos dias, el dicho Gutierrez de la Peña, general que era del campo del Rey, se avió para ir á España, y asimismo el Maese de campo, llevando bastantes informaciones del servicio que se le habia hecho á Su Majestad en esta gobernacion de Venezuela en haber desbaratado un tirano tan malo y pernicioso, y lo que más se ha de agradecer, sin que costase muerte ninguna del campo del Rey, ni tampoco un real de su Real caja, sino á su costa de los dichos vecinos, como leales servidores de Su Majestad; porque en el Nuevo Reino de Granada se gastó cantidad de moneda en hacer gente y armas para contra este tirano, y en la ciudad de Santo Domingo lo propio, y vino el capitan Ojeda con gente á esta Gobernacion, al puerto de Borburata, pero ya estaba desbaratado; pero no por eso se debe de no tenerlo á mucho á los Señores de la Audiencia, que tuvieron el cuidado que era razon.

Pues idos estos caballeros á España y dada la dicha relacion, Su Majestad lo tuvo en mucho el servicio que se le habia hecho en la dicha Gobernacion, y para remunerar al dicho General el trabajo que se habia tomado en su servicio, dicen que Su Majestad le dijo que pidiese mercedes, y se le dió la mariscalía de esta Gobernacion, y más le dió Su Majestad sus armas y las del tirano, que eran una bandera negra, con dos espadas sangrientas; y más le dió siete leguas de tierra, donde él quisiese tomarlas, en los términos del dicho Tocuyo, y pudiese poner horca y cuchillo, como cosa propia suya. Al dicho Diego García de Paredes, Maese de campo, le dió la gobernacion de Popayán, perpétua; pero no la gozó, porque viniendo á la servir, le mataron indios en la provincia de Caracas, como se verá en su historia de la ciudad de la Nueva Segovia de Barquisimeto. Fué á España un hidalgo, que se decia Gonzalo de los Rios, hombre de prendas, y soldado de los descubridores de esta Gobernacion; á éste le dió Su Majestad la tesorería de esta Gobernacion perpétua, y más le mandó dar para la iglesia de la dicha ciudad, ornamentos y campanas, lo que fuese menester, atento que el tirano habia quemado la iglesia de la dicha ciudad. Fué servicio éste que á Su Majestad se le hizo digno de remuneracion, porque no tan solamente se sirvió al Rey, pero muy mucho servicio se hizo á Dios, Nuestro Señor, el cual les dé el pago, como siempre da á los que le sirven, que es su santo reino.

Esta relacion hizo un soldado, llamado el bachiller Francisco Vazquez, soldado del dicho tirano; uno de los que no quisieron jurar á don Fernando de Guzman por Príncipe, ni desnaturalizarse de los reinos de Castilla, ni negar á su Rey y señor. Puédesele dar crédito á todo lo que escribe, porque fué hombre honrado y de crédito, y vino con el dicho tirano hasta la ciudad de Barquisimeto, donde mataron al dicho tirano, y siempre el tirano le trató muy bien á él y á los demás que no quisieron ser en el rebelion; y fué la causa, como hemos dicho, que primero que se rebelasen el dicho tirano y el don Fernando, amonestaron á todo el campo que el que quisiese de su voluntad ser en el dicho rebelion lo dijese, y el que no tambien, que allí no se les hacia fuerza; por la cual causa, los que fueron rebeldes contra su Rey y señor, no tuvieron excusa y son dignos de todo castigo.

DESCRIPCION BREVE

DE TODA LA TIERRA DEL

PERÚ, TUCUMÁN, RÍO DE LA PLATA Y CHILE

PARA EL EXCMO. SR. CONDE DE LEMOS Y ANDRADA

PRESIDENTE DEL CONSEJO REAL DE INDIAS

POR

FR. REGINALDO DE LIZÁRRAGA

CAPITULO PRIMERO

De la descripcion del Perú. De qué gente procedan los indios.

Lo más dificultoso de toda esta materia es averiguar de qué gentes procedan los indios que habitan estos larguísimos y anchísimos reinos, porque como no tengan escripturas, ni ellos ni nosotros sabemos quien fueron sus predescesores ni pobladores destas tierras, mucha parte dellas despobladas ó por la destemplanza del calor, ó por el demasiado frio, ó por los médanos de arena y llanos estériles por falta de las aguas. Porque afirmar lo que dice Platon en el libro que intituló *Timeo*, que desembocando por el estrecho de Gibraltar en el mar Occeano, no muy lejos de la tierra firme se descubria una isla mayor que la Europa y toda la Asia, que contenia en sí diez reinos, la cual, con una inundacion del mar toda se anegó y destruyó de tal manera que no quedó rastro della, sino el mar ancho que hay por ventura desde Cabo Verde al Brasil; lo cual no es creible, por no se hallar en ningun autor mencion dello, ni es posible. Lo que parece se puede rastrear de los primos genitores destos indios descubiertos desde las primeras islas: Deseada, Marigalante, Dominica y las demás, Sancto Domingo, Cuba, Habana, Puerto Rico y la Tierra Firme, reino de México y del Perú, es llegarnos á lo que dice Floriano de Ocampo en la *Historia general* que comenzó de España, que es lo siguiente: Que cuando los cartaginenses eran señores de alguna parte del Andalucia, desembocando con temporal por el estrecho de Gibraltar ciertos navios de los Cartaginenses se derrotaron hacia el Occidente, corriendo la derrota que agora se navega por aquel mar ancho, y no pararon hasta descubrir unas islas que por ventura son las arriba referidas, y viéndolas tan fértiles, pobladas de arboledas, rios y sabanas, que son llanos abundantes de yerba, como vegas de pastos, los más allí se quedaron, y volvieron los otros á Cartago, los cuales, proponiendo en el Senado lo que habian descubierto, y fertilidad de la tierra, convernia poblar aquellas islas despobladas. Empero por aquellos senadores cartaginenses fué acordado por entonces se dejase de tratar de aquello, mandando con mucho rigor nadie volviese á aquellas islas, porque tenian por más importaute el señorio y riqueza de nuestra España que poblar nuevas tierras.

Destos pudo ser que navegando y buscando tierra firme diesen con ella, y dellos se poblasen estos reinos; y esto no parece dificultoso de imaginar, porque los cartaginenses que se quedaron en aquellas islas, con algunos navios se habian de quedar, con los cuales pudo ser que navegando para España ó buscando tierra firme se derrotaron y dieron en ella, que por lo menos en aquella derecera dista de las islas cien leguas, y más y menos como corre la costa, así de las islas como de la tierra firme; porque el dia de hoy, como me refirió un español qu' estuvo preso

y captivo en la Deseada, que los indios della, en sus canoas, que son unas vigas más gruesas que un buey, de madera liviana, cavadas, largas y angostas, atraviesan á la tierra firme á la gobernacion de Venezuela, cien leguas por mar, y más; cuando hay viento, á vela, y cuando les falta, á remo, guiándose de noche por las estrellas que tienen marcadas en aquel tiempo, qu' es verano; donde el pobre remaba como captivo hasta que huyéndose al tiempo que las flotas nuestras vienen á Tierra Firme suelen aportar á la Deseada á tomar agua y leña, fué su ventura buena que á cabo de pocos dias despues de huido y llegado al puerto, surgió la flota en él y le tomaron los nuestros. De dia estaba escondido arriba en las copas de los árboles, que son muy grandes y altos y muy coposos y de ramas espesas, y de noche descendia, con no poco temor, á buscar algunas raices dél conoscidas ó algun poco de marisco para comer, porque si sus amos le hallaran, como luego salieron, en echándole menos, en busca dél, sin duda le flecharan y luego se le comieran. Son todos estos indios caribes, que quiere decir comedores de carne humana; bien dispuestos de cuerpo, morenotes, y así los varones como las mujeres andan desnudos, como si vivieran en el estado de la ignocencia [1]; son grandes flecheros y muy ligeros, y el cuero del cuerpo, por el mucho calor, muy duro. Estas islas son abundantes de muchas víboras ponzoñosas y culebras muy grandes que llaman bobas, y muy gruesas; tienen muchas aves de monte y crianse en ellas muchos venados. Lo que con mucha verdad podemos afirmar, que no se sabe hasta hoy, ni en los siglos venideros naturalmente se sabrá, de qué hijos ó nietos ó descendientes [2] de Noé los indios de todas estas islas, ni Tierra Firme, ni México, ni del Perú, hayan procedido.

CAPÍTULO II

De la descripcion del Pirú.

Descendiendo en particular á nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que allegué á este Perú más ha de cincuenta años el dia que esto escribo, muchacho de quince años, con mis padres, que vinieron á Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor deste Pirú, de alli

[1] En el ms., *ignosençia.*— [2] En el ms., *dessendientes.*

hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde Potosí al reino de Chile, por tierra, que hay más de quinientas, atravesando todo el reino de Tucumán, y á Chile me ha mandado la obediencia ir dos veces; esta que acabo de decir fué la segunda, y la primera por mar desde el puerto de la ciudad de Los Reyes; he dicho esto porque no hablaré de oidas, sino muy poco, y entonces diré haberlo [1] oido mas á personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen, palpado con las manos; por lo cual lo visto es verdad, y lo oido, no menos; algunas cosas diré que parece van contra toda razon natural, á las cuales el incrédulo dirá que de largas vías, etc., mas el tal dará muestras de un corto entendimiento, porque no creer los hombres sino lo que en sus patrias veen, es de los tales.

CAPÍTULO III

Prosíguese la descripcion del Perú.

Este reino, tomándolo por lo que habitamos los españoles, es largo y angosto; comienza, digamos, desde el puerto, ó por mejor dezir playa, llamado Manta, y por otro nombre Puerto Viejo.

Llámase Puerto Viejo por un pueblo de españoles, así llamado, que dista del puerto la tierra adentro ocho ó diez leguas; no le he visto, pero sé es abundante de trigo y maiz y otras comidas de la tierra, de vacas y ovejas, y es abundante de muchos caballos y no malos; el temple es caliente, aunque templado el calor; cria la tierra muchas sabandijas ponzoñosas, y con estar en la línea equinocial no es muy caluroso. Los aires de la mar le refrescan; llueve en él, aunque no mucho.

Los indios deste puerto son grandes marineros y nadadores; tienen balsas de madera liviana, grandes, que sufren vela y remo; los remos son canaletes; visten algodon, manta y camiseta; desde este puerto, en viendo los navios que vienen la vuelta de tierra, salen con sus balsas, llevan refresco que venden, gallinas, pescado, maiz, tortillas biscochadas, plátanos, camotes y otras cosas. Tienen las narices encorvadas y algun tanto grandes; diré lo que vi, porque pase por donaire: cuando veniamos navegando cerca del puerto llegó una balsa con refresco; diósele un cabo; traía lo que tengo referido; un criado de mis padres, rescatando algunas

[1] Tachado: *de unas.*

cosas destas, y no queriendo el indio que era el principal piloto de la balsa (hablan un poco nuestra lengua) quebrar de la plata que pedia por el refresco, díjole: *¡oh qué pesado eres; no pareces sino judio!* En oyendo esto el indio, saltó del navio en su balsa; larga el cabo y vira la vuelta de tierra; ni por muchas voces que se le dieron para que volviese, no lo quiso hacer; tan grande fué la afrenta que se le hizo y tanto lo sintió.

CAPÍTULO IV

De la punta de Santa Helena.

Siguiendo la costa adelante, que toda ella desde punta de Manglares hasta el estrecho de Magallanes, que sin dubda hay más de mil leguas, corre Norte Sur (no creo son veinte leguas), está la punta llamada de Santa Helena; tiene pocos ó ningunos indios el dia de hoy; cuando la vi y saltamos en ella eran muy pocos los que allí vivian. En esta punta, aunque es playa, suelen surgir los navios que vienen de Panamá, toman agua y algun refresco. Hobo aquí antiguamente gigantes, que los naturales decian no saber dónde vinieron; sus casas tenian tres leguas más abajo del surgidero, hechas á dos aguas con vigas muy grandes; yo vi allí algunas traidas en balsas para hacer un tambo que allí labraba el encomendero de aquellos indios, llamado Alonso de Vera y del Peso, vecino de Guayaquil.

Vi tambien una muela grande de un gigante, que pesaba diez onzas, y más. Refieren los indios, por tradicion de sus antepasados, que como fuesen advenedizos, no saben de dónde, y no tuviesen mujeres, las naturales no los aguardaban, dieron en el vicio de la sodomia, la cual castigó Dios enviando sobre ellos fuego del cielo, y así se acabaron todos; no tiene este vicio nefando otra medicina.

Hay tambien en este puerto, no lejos del tambo, una fuente como de brea líquida, que mana, y no en pequeña cantidad; del agua se aprovechan algunos navios en lugar de brea, como se aprovechó el nuestro, porque viniéndonos anegando entramos en la bahía de Caraques, doblado el cabo de Pasao, ocho leguas más abajo de Manta, de donde se invió el batel con ciertos marineros á esta punta por esta brea (creo se llama copey), y traida se descargó todo el navio; diosele lado y con el copey cocido para que se espesase más brearon el navio, y saliendo de allí navegamos sin tanto peligro.

Dicen es bonisimo remedio para curar heridas frescas como no haya rotura de niervo.

CAPÍTULO V

Del pueblo de Guayaquil.

De aquí por mar en balsas se va al segundo pueblo de españoles; no sé las leguas que hay, doblando esta punta hasta Santiago de Guayaquil, y tambien se camina por tierra llana, y en tiempo de aguas, cenagosa. Este pueblo Santiago de Guayaquil es muy caluroso por estar apartado de la mar; tiene mal asiento, por ser edificado en terreno alto, con figura como de silla estradiota, por lo cual no es de cuadras, ni tiene plaza, sino muy pequeña, no cuadrada. Por la una parte y por la otra deste cerro tiene la ribera de un rio grande y caudaloso, navegable, empero no se puede entrar en él si no es con creciente de la mar, ni salir si no es en menguante; tanta es la velocidad y violencia de el agua, cresciendo ó menguando. Críanse en las casas muchas sabandijas, cuales son culebras, y algunas víboras, sapos muy grandes, ratones en cantidad; estan cenando, ó en la cama, y vense las culebras correr por el techo tras el raton, que son como las ratas de España; al tiempo de las aguas, infinitos mosquitos, unos zancudos cantores, de noche infectisimos, no dejan dormir; otros pequeños, que de día solamente pican, llamados rodadores, porque en teniendo llena la barriga, como no puedan volar, déjanse caer rodando en el suelo, y otros, y los peores y más pequeños, llamados jejenes, ó comijenes, importunísimos; métense en los ojos y donde pican dejan escociendo la carne por buen rato, con no pequeña comezon.

Es pueblo de contratacion, por ser el puerto para la ciudad de Quito, y por se hacer en él muchos y muy buenos navios, y por las sierras de agua que tiene en las montañas el rio arriba, de donde se lleva á la ciudad de Los Reyes mucha y muy buena madera. Tiene dos ó tres excelencias notables: la primera, la carne de puerco es aquí saludable, las aves bonísimas, y sobre todo el agua del rio, particularmente la que se trae de Guayaquil el Viejo, que es donde se pobló este pueblo; van por ella en balsas grandes, en una marea, y vuelven en otra; dicen esta agua corre por cima de la zarzaparrilla, yerba ó bejuco notísimo en todo el mundo por su buenos efectos para el mal francés, ó bubas por otro nombre, las cuales

se verán aquí mejor que en parte de todo el orbe, y sana muy en breve los pacientes, dejándoles la sangre purificada como si no hobieran sido tocados desta enfermedad, con sólo tomarla por el órden que allí se les manda guardar; empero si no se guardan por lo menos seis meses, tornan á recaer; yo vi un hombre gafo en un valle distrito de Quito, llamado Riopampa, que no podía comer con sus manos, y lo pusieron en una hamaca para lo llevar á que se curase en este pueblo, y dentro de seis meses le vi en Los Reyes tan gordo y tan sano como si no hobiera tenido enfermedad alguna, y otros he visto volver sanísimos; suficiente excelencia para contrapeso de las plagas referidas. No se da trigo en este pueblo, mas dase maiz muy blanco, y el pan que dél se hace es mejor y más sabroso que el de nuestro trigo; danse muchas naranjas y limas, y frutas de la tierra en cantidad, buenas y sabrosas, y la mejor de todas ellas son las llamadas badeas por nosotros; son tan grandes como melones, la cáscara verde, la carne, digamos, blanca, no de mal sabor; por dentro tiene unos granillos poco menores que garbanzos, con un caldillo que lo uno y lo otro comido sabe á uvas moscateles las más finas; es regalada comida.

Por este rio arriba se sube en balsas para ir á la ciudad de Quito, que dista deste pueblo sesenta leguas, en la sierra y tierra fria, las veinticinco por el rio arriba, las demás por tierra.

Al verano se sube en cuatro ó cinco dias; al ivierno en ocho cuando en menos tiempo, porque se rodea mucho: déjase la madre del rio y declinando sobre la mano derecha á las sabanas, que son unos llanos muy grandes llenos de carrizo, pero anegados del agua que sale de la madre del rio, llévanse las balsas con botadores, porque el agua está enbalsada y no corre; es cierto que si la tierra no fuera tan cálida y llena de mosquitos, causara mucha recreacion navegar por estas sabanas.

En ellas hay algunos pedazos de tierras altas que son como islas, donde los indios tienen sus poblaciones con abundancia de comidas y mantenimientos de los que son naturales á sus tierras: mucha caza de venados y puercos de monte, que tienen el ombligo en el espinazo; pavas, que son unas aves negras grandes, crestas coloradas y no malas al gusto; hay tambien en estas islas tigres no poco dañosos á los indios, y es cosa de admiracion: en estas sabanas hay muchas casas, ó barbacoas por mejor decir, puestas en cuatro cañas de las grandes, en cuadro, tan gruesas como un muslo y muy altas, hincadas en el suelo; tienen su escalera angosta, por donde suben á la barbacoa ó cañizo donde tienen su cama y un toldillo para guarecerse de los mosquitos; aquí duermen por miedo de los tigres; muchos destos indios estan toda la noche en peso sin dormir, tocando una flautilla, aunque la música, para nosotros á lo menos, no es muy suave; estas barbacoas no sustentan más que una persona.

Todo este rio, á lo menos en la madre que yo vi, es abundante de caimanes ó lagartos, que son los cocodrillos del rio Nilo, muy grandes, de veinte y cinco pies en largo, y dende abajo, conforme á la edad que tienen; encima del agua no parecen sino vigas, y son tantos, que muchas veces vi á los indios que remaban y guiaban las balsas darles de palos con los botadores para que los dejasen pasar.

Y pues habemos venido á tractar destos lagartos ó caimanes, será justo decir sus propiedades, las cuales he yo visto. Tienen la misma figura que un lagarto, pero tan largos como acabo de decir; son velocísimos en el agua, duermen en tierra, y en ella son perezosísimos, y esto es necesario, por ser de cuerpos tan grandes y de barriga anchos; los pies y manos cortos; el sueño es pesadísimo, porque lo que subcedió con uno destos en Panamá, é yo lo vi muerto en la playa, paso así: que una mañana de San Juan se salieron tres mujeres enamoradas, las cuales vi en aquella ciudad, con sus hombres á lavarse al rio, que es pequeño, y cerca del pueblo; el tiempo es caluroso y de aguas, por ser el ivierno, aunque por San Juan suelen cesar por algunos dias, y así se llama el veranillo de San Juan; llegaron al rio y en una poza se entraron á bañar, en la cual se habia un caiman quedado, que con avenida se subio de la mar por el rio arriba, y como cesó la avenida no pudo volverse á la mar, donde hay muchos; en este aroyo no se crian.

El caiman estaba durmiendo en tierra; bañáronse estas mujeres, y saliendo una á enjugarse, pareciéndole peña el caiman dormido, sentóse encima dél una, y saliendo la otra llamóla convidándola con la peña tan blanda; salió la tercera y convidándola sentóse más hácia la cola, donde los caimanes tienen unas conchas agudas, y como se espinase con ellas, dijo: ¡Oh! qué espinosa peña, y tentando con la mano, no era aún de dia, levantó la cola del caiman, y conosciéndolo dió voces: ¡caiman, caiman! las demás levántanse no poco alborotadas; llamaron á

sus hombres, que se habian apartado un poco rio abajo; á las voces acudieron y con sus espadas mataron al caiman antes que entrase en el agua.

El mismo dia por la mañana le trajeron negros arrastrando á la ciudad, y lo pusieron en la playa, donde todo el pueblo lo fué á ver; conoscí é traté á uno de los que iban con estas mujeres que se halló presente, llamado Bracamonte, de quien y de otros oí lo referido; tenia de largo 18 pies.

Vi tambien en esta misma ciudad otro caiman muerto en el portete della, á donde los navios pequeños y fragatas con la marea entran y con ella salen, que unos negros de un vecino de aquella ciudad, llamado Cazalla, viniendo de una isla de su amo á este portete con la creciente de la marea, acaso le hallaron, que se habia quedado en la menguante precedente en la lama (aquí en esta playa de Panamá crece y mengua la mar tres leguas, y todo este espacio es lama); echáronle un lazo y muerto le trujeron por la popa de la fragata; este caiman era muy grande: tenia de largo 22 pies; yo le vi medir, vile desollar, y del buche le sacaron muchas piedras, que me parece habria tres copas de sombrero de los comunes, unas mayores y otras menores, y las mayores tan grandes como huevo de gallina; es cierto comen piedras y con el calor del buche las digieren; estaban lisas, y por algunas partes gastadas; vi tambien que debajo de los brazos, séame lícito decir, del sobaco, le sacaron unas bolsillas llenas de un olor que no parecia sino almiscle; esto curan al sol y huele como el mismo almiscle; entonces llegó del Perú un hombre rico llamado Bozmediano, y la piel deste animalazo le dieron; decia lo habia de llevar á España y ponerlo en Santiago de Galicia.

No tienen lengua, sino una paletilla pequeña con que cubren y abren el tragadero, por lo cual debajo del agua no pueden comer; tienen los dientes por una parte acutisimos, por la otra encajan unos en otros; hecha presa no la sueltan hasta que la han despedazado.

Es cosa graciosa verlos cazar gaviotas, pájaros bobos y cuervos marinos y otras aves; cuando éstas se abaten de arriba abajo á pescar, velas venir el caiman, y por debajo del agua va á donde la pobre ave da consigo en el agua, y veniendo con tanta velocidad no puede declinar la caida, como el caballo en medio de la carrera; entonces el caiman antes que llegue al agua abre la boca, y pensando el ave dar en el agua, da en la boca del caimán, y pensando cazar la sardina ó otro pece es cazada, y el caiman, la cabeza fuera del agua levantada, trágase la gaviota ó cuervo marino. El buche desta bestia es calidísimo; aprovéchanse dél, bebido en polvos, contra el dolor de la ijada; son amicísimos de perros y caballos, y por esto la balsa donde van la siguen muchas leguas.

Cuando estan cebados y encarnizados en carne humana son muy dañosos, y hacen el daño desta manera: para hacer la presa en el indio ó negro que lava en el rio, ó coge agua, vienen muy ocultamente por debajo della, y viéndola suya, vuelven con una velocidad extraña la cola, y dan con ella un zapatazo en el indio ó negro; cae el indio en el agua, al cual al instante le echan mano con la boca, de donde pueden; llévanlo al rio ó mar adelante hasta que lo ahogan, y sacándolo á tierra se lo comen.

Destos caimanes hay mucha cantidad en otros rios, así desta costa como de Tierra Firme y México, como el temple sea caluroso; en ésta del Pirú no pasan del gran rio de Motape adelante.

Por este rio de Guayaquil arriba (como habemos dicho) se sube en balsas grandes hasta el desembarcadero, veinticinco leguas; hasta el dia de hoy hay requas de mulas y caballos que llevan las mercaderias á aquella ciudad y á otros pueblos que de Panamá vienen á Guayaquil. Viven en esta ciudad y su distrito dos naciones de indios, unos llamados Guamcavillcas, gente bien dispuesta y blanca, limpios en sus vestidos y de buen parecer; los otros se llaman Chonos, morenos, no tan políticos como los Guamcavillcas; los unos y los otros es gente guerrera; sus armas, arco y flecha. Tienen los Chonos mala fama en el vicio nefando; el cabello traen un poco alto y el cogote trasquilado, con lo cual los demás indios los afrentan en burlas y en veras; llámanlos perros chonos cocotados, como luego diremos.

Desde aquí á pocas leguas andadas se llega á un convento de San Augustín fundado en el valle llamado Reque, que tiene por nombre Nuestra Señora de Guadalupe, porque Francisco de Lezcano (á quien el marqués de Cañete, de buena memoria, por ciertos indicios desterró á España), volviendo acá trujo una imágen de Nuestra Señora, del tamaño de la de Guadalupe de España; púsola en la iglesia del pueblo de aquel valle que los padres de San Agustin tenian á su cargo, dándola el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

Luego que se puso hizo muchos milagros sanando diversas enfermedades, y particularmente á los quebrados. Oí decir al padre

fray Gaspar de Carvajal (el cual me dió la profesion) que siendo muy enfermo, como tambien le vi para espirar de esta enfermedad, fué á tener unas novenas, y las tuvo en aquel convento, y al cabo de los nueve dias se halló sano y salvo de su quebradura, como si en su vida no la hobiera tenido, y nunca más padeció aquella enfermedad, viviendo despues muchos años; ya han cesado estos milagros y aun la devocion de la imágen, por la indevocion de los circunvecinos. El convento es religioso y de mucha recreacion; susténtanse en él de 16 á 20 religiosos, con mucha clausura y ejercicio de letras.

CAPÍTULO VI

Del valle de Chicama.

Pocas leguas adelante, no creo son dos jornadas, corre el valle de Chicama, abundante; los hijos de los españoles que nascen en este pueblo, por la mayor parte son gentiles hombres, y las mujeres les hacen gran ventaja, y aun á todas las del Perú; créese que el agua es gran parte en este particular, porque donde la hay buena, las mujeres son muy bien dispuestas que donde no es tal; esto lo dice la experiencia.

Saliendo, pues, de la ciudad de Guayaquil para la mar en una marea ó poco más, menguante, se llega á la isla Lampuna, cuyo nombre corrompido llaman la Puna, cuyos indios fueron belicosos mucho; comian carne humana; era bastantemente poblada. Produce oro y mucha comida; toda su costa es abundantísima de pescado. Produce tambien cantidad de sabandijas ponzoñosas, culebras, víboras y otros animales; por la costa della, particular la que mira la tierra, se veen muchos caimanes; dista de la tierra firme poco más de ocho leguas.

Estos indios se comieron al primer obispo que hobo en estos reynos, llamado Fr. Vicente de Valverde, religioso de nuestra sagrada Orden, con otros españoles; fué obispo de más tierra que ha habido en el mundo, porque desde Panamá hasta Chile se prolongaba por mar y por tierra su obispado. Era fama en aquella isla haber un tesoro riquísimo que los indios tenian escondido; despachóle el Marques Pizarro desde la ciudad de Los Reyes con poca gente para que lo descubriese y sacase; los indios eran recien conquistados; los cuales, recibiendo á nuestro obispo y á los que con él iban, de paz, y sabiendo á lo que venian, los descuidaron, y descuidados dan en ellos, mátanlos y cómenselos; por esto son afrentados de los indios comarcanos, llamándoles perros Lampuna, come obispo. Estos indios son grandes marineros, tienen balsas grandes de madera liviana, con las cuales navegan y se meten en la mar á pescar muchas leguas; vienen á Guayaquil con ellas cargadas de pescado, lizas, tollos, camarones, etc., y suben al desembarcadero que dejamos dicho del rio de Guayaquil; cuando en este rio se encuentran estos indios con los Chonos, se afrentan los unos á los otros; los Chonos dícenles: ¡ah! perro Lampuna, come obispo! Los Lampunas: ¡ah! perro Chono, cocotarro! notándolos del vicio nefando; ésto vi y oí. Hay en esta isla plateros de oro que labran una chaquira de oro, así la llamamos acá, tan delicada, que los más famosos artífices nuestros, ni los de otras nascione la saben, ni se atreven á labrar; destas usaban las mujeres principales collares para sus gargantas; llevóse á España, donde era en mucho tenida.

CAPITULO VII

De Tumbes.

Prolongando la costa y corriendo Norte, Sur, pocas leguas adelante, no son veinte, llegamos al puerto llamado Tumbes, que más justamente se ha de llamar playa y costa brava; tiene esta playa un rio grande y caudaloso de buena agua, pero los navios que antiguamente allí aportaban no entraban en él por la mucha mar de tumbo y olas unas tras otras que cuotidianamente quiebran en su boca, viniendo más de media legua de la mar, por lo cual es dificultoso entrar en él aun balsas, y si son aguas vivas es imposible, so pena de perderse.

El rio tiene otro nombre, que es rio de Tumbez; solia ser mucho más poblado que agora, y los más de los indios tenian su pueblo casi cuatro leguas el rio arriba, donde agora estan poblados. Los pescadores vivian en la costa; eran belicosos y fornidos. Llueve raras veces en este paraje, é ya desde esta costa, si no es por maravilla, no hay lluvias, y (como adelante diremos) hasta Coquimbo, el primer pueblo de Chile. Los que no vivian de pescar tenian por oficio ser plateros de oro, labraban la chaquira, que acabamos de decir en el capítulo precedente, tan delicada como los indios de la Puna, y aun más; lábranla desta suerte, como lo vi estando en aquel puerto: el indio que labra tiéndese de largo á largo sobre un banquillo tan largo como él, obra de un jeme alto del

suelo; la cabeza tiene fuera del banquillo y los brazos, tendiendo una manta, y encima ponen sus instrumentos. Fueron no pocos, agora cuasi no hay algunos; hanse consumido y se van consumiendo; la causa, las borracheras.

CAPÍTULO VIII

Del rio de Motape.

Pasando la costa adelante y metiéndonos un poco la tierra adentro, por ser la costa muy brava, llegamos veinte leguas andadas, poco más ó menos, al gran rio de Motape, donde hay un pueblo dêste nombre. Quien antiguamente gobernaba en esta provincia, que por pocas leguas se extiende, eran las mujeres, á quien los nuestros llaman capullanas, por el vestido que traen y traian á manera de capuces, con que se cubren desde la garganta á los pies, y el dia de hoy, casi en todos los llanos usan las indias este vestido; unas le ciñen por la cintura, otras le traen en vanda. Estas capullanas, que eran las señoras, en su infidelidad se casaban las veces que querian, porque en no contentándolas el marido, le desechaban y casábanse con otro. El dia de la boda, el marido escogido se asentaba junto á la señora y se hacia gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura, sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios, con gran alegria, haciendo burla del pobre.

CAPITULO IX

Del puerto de Paita.

De aquí al puerto de Paita debe haber diez leguas, poco más ó menos. Es muy bueno y seguro; no le he visto; es escala de todos los navios que bajan del puerto de la ciudad de Los Reyes á Panamá y á México y de los que suben de allá para estos reinos; si tuviera agua y alguna tierra frutífera se hobiera allí poblado un pueblo grande; empero, por esta falta, y de leña, hay en él pocas cosas; el suelo es arena; traen en balsas grandes el agua de más de diez leguas, los indios pocos que allí viven.

Las balsas son mayores que las de Tumbez y la Puna; atrévense con ellas á bajar hasta la Puna y hasta Guayaquil, y volver doblando el cabo Blanco, que es uno de los trabajosos de doblar, y ninguno más de los desta costa del Pirú; aprovéchanse de velas en estas balsas, y de remos en calmas.

CAPITULO X

De la ciudad de Piura.

De aquí nos metemos un poco la tierra adentro, deben ser otras doce leguas, á la ciudad llamada San Miguel de Piura; ésta fué la primera que edificaron los españoles en este reino. Era ciudad de razonables edificios, casas altas y los vecinos ricos; participaban de los indios de los llanos y de la sierra. Llueve en esta ciudad, aunque poco; es abundante de mantenimientos, así de los de la tierra como de los nuestros, y de ganados; es muy cálida, por estar lejos de la mar, y la tierra produce muchas sabandijas sucias, y entre ellas víboras, culebras y arañas; de las frutas nuestras, cuales son membrillos, granadas, manzanas y otras de muy buen sabor, y grandes, son las mejores del mundo. Pero tiene esta ciudad un contrapeso muy notable, que es ser enfermísima de accidentes de ojos, y son incurables, porque al que no le salta el ojo queda ciego, con unos dolores incomportables; apenas vi en aquella ciudad hombre que no fuese tuerto. Esta enfermedad es comun en todos los valles que desta ciudad hay á la de Trujillo, aunque no son tan continos ni ásperos, y á quien más frecuente les da es á los españoles; á los indios raras veces. En estos valles vi á hombres con semejantes accidentes, encerrados en aposentos oscurísimos, y con el dolor renegaban de quien les habia traido á estas partes; los vecinos desta ciudad, dos ó tres veces, por esta enfermedad la han despoblado y pasádose á vivir los más dellos á un valle llamado Catacaos (no le he visto); es muy fértil y libre de toda enfermedad, pero todavia han quedado algunos en la ciudad por no dejar sus casas y heredades, aunque de pocos años á esta parte se han mudado seis ú ocho leguas más cerca del puerto de Paita, á la barranca del rio de Motape.

CAPITULO XI

[Del valle de Xayanca].

De aquí se camina la tierra adentro á doce, diez y menos leguas de la costa de la mar hasta la ciudad de Trujillo, que son ochenta leguas tiradas, en cuyo camino hay un despoblado de doce leguas y más

sin agua hasta el valle de Xayanca; éste es muy fertil y de muchos indios, y el señor dél, indio muy aespañolado; vístese como nosotros, sírvese de españoles, con su vajilla de plata; es rico y de buenas costumbres.

El valle es tan abundante de mosquitos zancudos, cantores, y de los rodadores, que es como milagro poderlos sufrir los indios, ni los españoles; yo he caminado veces por los Llanos, y aunque en todos los valles hay mosquitos, no tantos como en éste.

CAPITULO XII

De los Llanos.

Y para que se entienda qué llamamos Llanos y Sierra, adviértase que desde este valle Xayanca, y aun más abajo, desde Tumbez, aunque allí alcanzan (como dijimos) algunos aguaceros hasta Copiapo, que es el primer valle del distrito del reino de Chille, á lo menos desde el valle de Santa hasta Copiapo no llueve jamás, ni se acuerdan los habitadores dellos haber llovido. Todo el camino, diez leguas en algunas partes, en otras ocho, en otras seis y cuatro leguas en otras, hasta la costa de la mar, es arena muerta, aunque hay pedazos de arena ó tierra fija en algunas partes y á trechos. Entre estos arenales proveyó Dios hobiese valles anchos, unos más que otros, por los cuales corren rios, mayores ó menores, conforme á como tienen más cercana, ó vienen de más adentro de la sierra su nascimiento; la tierra de todos estos valles es de buen migajon, la cual regada con las acequias que los naturales tienen sacadas para regarlos, es abundantísima de todo género de comidas, así suya como nuestra; cógese mucho maiz, trigo, cebada, fríjoles, pepinos, etc.; tienen muchas huertas, con mucho membrillo, manzana, camuesa, naranjas, limas, olivos que llevan mucha y muy buena aceituna, la grande mejor que la de Córdoba, porque tiene más que comer; en muchos dellos se da vino muy bueno, y la caña dulce se cria mucha y gruesa, por lo cual son cómodas para ingenios de azúcar, en muchos de los cuales los hay, como en su lugar diremos. Extiéndense estos Llanos que llamamos (aunque hay grandes médanos de arena) desde el puerto de Paita hasta el valle que dijimos de Copiapo por más de 700 leguas ó poco menos, siguiendo la costa, sin que en ellas llueva; pero desde Mayo comienzan unas garúas, llamadas así de los marineros, que duran hasta Otubre; son unas nieblas espesas, que mojan un poco la tierra, mas no son poderosas á hacerla fructificar; son con todo eso necesarias para las sementeras, porque las defiende de cuando está en berza de los grandes calores del sol; con estas garúas en los cerros y médanos de arena se cria mucha yerba y flores olorosas, las cuales son admirable pasto para el ganado vacuno y yeguas; pero tiene un contrapeso grande, porque no falte á cada cosa su alguacil. Cuando éstas garúas son muchas críanse grande cantidad de ratones entre estas yerbas, y venido el verano, como se sequen y no tengan que comer, descienden ejércitos dellos á buscar comida á los valles, viñas y heredades, y cómense hasta las cáscaras de árboles; esta plaga es irremediable.

El aire que corre por estos arenales es Sur, algunas temporadas muy recio, y es cosa de ver que remolina en estos cerros de arena y levantando la arena la transporta á otro lugar, y ha subcedido estar durmiendo en estos arenales, porque por ellos va el camino, el pasajero, y viniendo un remolino déstos caer sobre el pobre viandante y quedarse alli enterrado en la arena. Fuera de la abundancia que los valles tienen de mieses, son abundantes de árboles frutales, como son guayabas, paltas, plátanos, melones, ciruelas de la tierra y otras fructas, mucho algarrobal; con la fructa de los árboles engordan los ganados abundantísimamente, haciendo la carne muy sabrosa; pero hay en algunas partes unos algarrobos parrados por el suelo, que llevan una algarrobilla, la cual comida de los caballos ó yeguas, luego dan con la crin y cerdas de la cola en el suelo, y porque en el valle de Santa hay más que en otros valles, se llama la algarrobilla de Santa, de donde, cuando algun hombre por enfermedad se pela, le dicen haber comido la algarrobilla de Santa. El rey desta tierra, á quien comunmente llamamos el Inga, para que en estos arenales no se perdiesen los caminantes y se atinase con el camino, tenia puestas de trecho á trecho unas vigas grandes hincadas muy adentro en el arena, por las cuales se gobernaban los pasajeros. Ya esto se ha perdido por el descuido de los corregidores de los distritos, por lo cual es necesaria guia.

Entrando en el valle, por una parte y por otra iba el camino Real entre dos paredes á manera de tapias hechas de barro de mampuesto, de un estado en alto, derecho como una vira, porque los caminantes no entrasen á hacer daño á las sementeras, ni cogiesen una mazorca de maiz ni una guayaba, so pena de la vida, que luego se ejecutaba,

Estas paredes están por muchas partes ya derribadas, y los caminos no en pocas partes van por detrás de las paredes; en tiempo del Inga no se consintiera. Por los arenales ya dijimos no se puede caminar sin guia, y lo más del año se ha de caminar de noche, por los grandes calores del sol; las guias indios son tan diestros en no perder el camino, de dia ni de noche, que parece cosa no creedera.

Lo que llamamos y es sierra son unos cerros muy altos, muchos de los cuales, por su altura, aunque están en la misma linea equinoctial, como es Quito y mucha parte de aquel distrito, y desde allí á Potosí, que son 600 leguas incluidas entre el trópico de Capricornio, porque Potosí está en veinte grados, es muy frio siempre y no pocas las sierras llenas de nieve todo el año, y otros lugares por el frio inhabitables; lo cual los antiguos filósofos tuvieron por inhabitable respecto del mucho calor por andar el sol entre estos dos trópicos, de Cancro á la parte del Norte y de Capricornio á la parte del Sur, veinte é dos grados y medio apartado cada uno de la línea,

En esta sierra hay muchas y muy grandes poblaciones en valles que hay, y en llanos muy espaciosos, como son los del Collao; corre esta cordillera comunmente de 17 á 20 leguas de la mar, y lo bueno deste Perú es esta tierra que dista de la cordillera á la mar, y aun de Chile, como en su lugar diremos.

CAPITULO XIII

Del camino de la costa.

Volviendo á nuestro propósito, desde Xayanca á Trujillo, agora 43 años, poco más ó menos, se caminaba á la tierra adentro ocho leguas y diez de la costa de la mar, ó se declinaba á la costa; yo vine por la costa, donde las bocas de los ríos eran pobladas de muchos pueblos de indios, muy abundantes de comida y pescado; aquí hallábamos gallinas, cabritos y puercos, de valde, porque los mayordomos de los encomenderos que en estos pueblos vivian no nos pedian más precio que tomar las aves y pelallas, y los cabritos desollarlos, y el maiz desgranarlo. Todos estos indios se han acabado, por lo cual ya no se camina por la costa, que era camino más fresco y no menos abundante que el otro. Los indios que quedaban, porque totalmente no faltasen, los han reducido el valle arriba, donde los demás vivian. Era realmente para dar gracias á Nuestro Señor ver unos pueblos llenos de indios y de todo mantenimiento, el cual se daba á todos de gracia. La causa de la destruicion de tanto indio diré cuando tratare de sus costumbres, y para aquí sea suficiente decir, las borracheras. Bajando, pues, de Xayanca á la costa y caminando por ella se venia á salir á siete leguas de Trujillo, á un valle llamado Licapa.

CAPITULO XIV

De los demás valles.

Volviendo, pues, á Xayanca, y continuando el camino la tierra adentro, á pocas leguas unos de otros, se va de valle en valle, lo cual, si bien se considera, no parece sino que desde Xayanca á Trujillo es todo un valle en diversos rios, empero todos de muy buena agua, que los fertiliza en gran manera. Entre ellos hay uno llamado Zaña, abundantísimo, á donde de pocos años á esta parte se ha poblado un pueblo de españoles de no poca contratacion, por los ingenios de azúcar y corambre de cordobanes y por las muchas harinas que dél se sacan para el reino de Tierra Firme; el puerto no es muy bueno; dista del pueblo algunas leguas; ni en toda esta costa, desde Paita á Chile, que es lo último poblado de Chile, los hay buenos; los más son playas. Con el que tienen embarcan sus mercaderias para la ciudad de Los Reyes y para Tierra Firme. Esta poblacion de Zaña destruye á la ciudad de Trujillo, porque dejando sus casas los vecinos de Trujillo se fueron á vivir á Zaña.

CAPITULO XV

De Nuestra Señora de Guadalupe. [1]

CAPITULO XVI

Del valle de Chicama

[Es el valle de Chicama] abundante, ancho y largo, donde habia muchos indios dotrinados por religiosos de nuestra Orden, encomendados en el capitan Diego de Mora, varon muy principal en este reino. Entre otros religiosos nuestros de mucha virtud y cristiandad que en la doctrina de aquel valle se han ocupado, fué uno el padre fray Benito de Jarandilla, el cual, despues que

[1] Faltan las páginas 49 y 50 del ms., donde se hallaba este capítulo y el comienzo del siguiente.

entró en él nunca dél salió para vivir en otra parte; aquí se consagró á Nuestro Señor, predicando el Evangelio á los indios con admirable austeridad de vida en todo lo tocante á su profesion, sin jamás se conocer en él cosa de mal ejemplo, sino gran celo á la conversion de aquellos naturales, donde vivió más de 55 años, y ha pocos años, no ha dos cuando escrebí esto, que Nuestro Señor le llevó, como piadosamente creemos, á pagarle sus trabajos. Los indios deste valle tienen dos lenguas, que hablan: los pescadores una, y dificultosísima, y otra no tanto; pocos hablan la general del Inga; este buen religioso las sabia ambas, y la más dificultosa, mejor. Su caridad para con los indios era muy grande, porque curarlos en sus enfermedades, repartir con ellos su racion y quedarse ó contentarse para su mantenimiento con un poco de maiz tostado ó cocido, era como natural. Varon de mucha oracion y penitencia, doquiera que estaba se habia de levantar á media noche á rezar maitines, y á cualquiera hora que le llamaban para confesar al enfermo, con toda el alegría del mundo se levantaba, y aunque el rio viniese muy crecido, no le temia más que si no llevara agua, y es muy grande al verano. Este es comun lenguaje entre los indios, que decian pasaba el rio en un macho que la Orden le habia concedido á uso, por cima del agua, á cualquier hora y cuando más agua traia el rio. Esto no lo escribo por milagro, sino como cosa comunmente dicha entre los indios.

En este valle tiene nuestra sagrada Religion un convento priorato que este religioso venerable fundó, donde se sustentan de ocho á diez religiosos, y favoreciéndolo Nuestro Señor se sustentarán más, porque las haciendas van en crecimiento. El valle es abundantísimo de pan, vino, maiz y demás mantenimientos; danse en él admirablemente los olivos, qne cargan de aceituna muy buena. Los demás mantenimientos á la tierra naturales, bonísimos; es famoso por un ingenio de azúcar que allí plantó el capitan Diego de Mora; una cosa que por ser peregrina la diré, que hay en este ingenio, y es que con ser cálido el temple en todo tiempo y todos los valles de los Llanos abunden en moscas y éste las tenga dentro y fuera de las casas de los indios y de los españoles, en la casa que llaman del azúcar y donde se hacen las conservas y están las tinajas llenas de todo género dellas no se halle ni se vea una ni más.

Helo visto, por eso lo digo, pues la miel y el azúcar, madre es de las moscas.

CAPITULO XVII

De la ciudad de Trujillo.

Dista la ciudad de Trujillo del valle de Chicama cinco leguas tiradas.

La primera vez que la vi era muy abundante y muy rica; los vecinos, conquistadores, unos hombrazos tan llenos de caridad para con los pasajeros, que en viendo en la plaza un hombre no conocido ó nuevo en la tierra (que llamamos chapeton), á mia sobre tuya lo llevaban á su casa, lo hospedaban, regalaban y ayudaban para el camino, si allí no le daba gusto hacer asiento; un vecino de aquellos, cuando salia de su casa ocupaba toda la calle; no habia meson entonces, ni en muchos años despues, ni carneceria; á todos sobraba lo necesario y aun más, y el que no lo tenia no le faltaba, porque los encomenderos les enviaban el carnero, vaca y lo demás cada dia. Liberalísimos para con los pobres; sus casas muy hartas y sus cajas muy llenas de oro y plata. Ya todo ha cesado y sus hijos han quedado pobres, porque no siguen la cordura, y raras veces retienen las sillas de sus padres.

Dista esta ciudad del puerto, si así se ha de llamar siendo costa brava, dos leguas; surgen los navios más de legua y media de la playa; en el desembarcadero hay mares de tumbo, unas tras otras, con tanta violencia cuanta experimentan los que allí se desembarcan. Aquí hay un poblezuelo que del puerto toma el nombre, llamado Guanchaco. Los indios son grandes nadadores y pescadores; no temen las olas, por más que sean; entran y salen en unas balsillas de juncos gruesos, llamados eneas, que no sufren dos personas, y las que las sufren han de ser muy grandes. En llegando á tierra, cuando vienen de pescar, toman la balsa á cuestas y la llevan á su casa, donde, ó en la playa, la deshacen y enjugan, y cuando se quieren aprovechar della tórnanla á atar.

Conocí en esta ciudad, entre otros vecinos y encomenderos, al capitan don Juan de Sandoval, hombre muy amigo de los pobres, gran cristiano, muy rico, casado con una señora muy principal de no menores partes que su marido, nascida en el mismo pueblo, llamada doña Florencia de Valverde, hija del capitan Diego de Mora y de doña Ana de Valverde. Este caballero tenia antes que muriese capellanias instituidas en todos los monasterios; su enterramiento escogió en el de San Agustin, cuya capilla mayor edificó; aunque no quiso, el altar mayor fué suyo;

al lado del Evangelio hizo un altar advocacion de los Angeles, que adornó con retablos famosos y muy ricos ornamentos labrados en España; dejó mucha renta y poca carga de misas, con la cual se va edificando el convento, ó por mejor decir se ha edificado. En el convento de nuestro padre Santo Domingo se le dice perpetuamente la misa de Nuestra Señora todos los sábados del año, y cada dia la Salve cantada, despues de Completas, como es antiguo uso en la Orden desde su fundacion; dejó bastante renta.

En el convento de San Francisco tambien tenia su memoria de misas, y dejó renta para que se pague la limosna dellas.

Mucho tiempo del que vivió tenia en el puerto desta ciudad indios pagados á su costa, para que en llegando el navio al surgidero, que ya dije es de la playa más de legua y media, saliesen en sus balsillas, fuesen al navio y avisasen saliesen ó no saliesen á tierra, porque como el navio surge tan lejos, no venia quebrazon de las olas en tierra; avisados no corren riesgo. Antes que este caballero tuviese pagados indios para esta bonísima obra perdianse muchos bateles, y los que en ellos venian, porque viniendo á desembarcar, metianse en tierra, no viendo el peligro, y cuando querian volver al navio no podian, por lo cual era necesario zozobrar y perderse. Solia esta ciudad ser de buena contractacion respecto del mucho azúcar y corambre que los vecinos tenian, y por el ganado porcuno que della se llevaba á la de Los Reyes; ya se va perdiendo.

Aunque dije arriba que desde Xayanca á Copiapo no llueve, añidí que á lo menos desde el Puerto de Santa, lo cual es así, porque de cuando en cuando suele llover en estos valles y arenales que hay desde Xayanca y aun más abajo hasta Trujillo y un poco más arriba; y tan recio, y con sus truenos, y en tanta abundancia, que saliendo los rios de madre destruyen los valles, pastos y heredades, como subcedió agora 16 años, poco más, que llovió tanto desde Trujillo para abajo, que se destruyeron muchas haciendas y hobo mucha hambre; oi certificar en Trujillo, donde llegué acabada de pasar esta inundacion, que se temió mucho no se llevase el rio la ciudad; hicieron los reparos posibles, pero como eran sobre arena, permanecian poco tiempo; llegó á tanto, que ya se habia apregonado que, oida la campana, cada uno se pusiese en cobro como mejor pudiese. Proveyó nuestro Señor con su misericordia que el rio divertió por otra parte. Perdióse mucha cantidad de vestidos; arruináronse muchas casas, porque como no se cubren con tejas, ni son á dos aguas, sino terrados y éstos muy leves, llovianse todas y no habia donde guarecer la ropa y comida. Los ornamentos de las iglesias, con dificultad se guardaron. Oi decir á personas que se hallaron en Trujillo en aquella sazon, y á los que en ella habia, que desde el valle de Chicama á Trujillo, que dijimos poner cinco leguas, corrian tres rios que no se podian vadear. Las madres dellos de muy antiguo se ven y se conocen haber por allí corrido rios; los nuestros decian haber quedado desde el diluvio. Los indios afirmaban haber oido á sus viejos que de muchos en muchos años acontecian semejantes aguas é inundaciones, y ahora un año subcedió tal azote, aunque no tan pesado.

Viviendo yo agora 15 años en Trujillo en nuestro convento (celebramos allí la fiesta de Nuestra Señora de la Visitacion con toda la solemnidad posible), cuando saliamos con la procesion ya se habia revuelto el cielo; tronó, relampagueó, llovió, y si las cubiertas de las casas fueran de tejas, corrieran las canales por un poco de tiempo.

Empero estos aguaceros no llegan al valle de Santa. Pasadas estas aguas, son tantos los grillos que se crian en los campos y tierras de pan, y en las casas, que es otro azote y plaga no menor; cómense lo sembrado y lo no sembrado, y en las casas hacen no poco daño. Demás desto, con la putrefacion de la tierra con las aguas, crianse muchos ratones, que es otra peor plaga. Llueve tambien en esta costa más continuamente que por estos llanos de Trujillo para abajo, en un asiento llamado, mejor diré en unas lomas llamadas de Ariquipa; pero esto es porque la mar, haciendo un grande ensenada, se mete casi á las faldas de la tierra, donde alcanzan muchos aguaceros, por lo cual los indios que aquí habitan más son más serranos que yungas. Visten como serranos. Lo uno y lo otro he visto muchas veces.

Es esta ciudad, como las demás de los Llanos, combatida de terremotos, aunque no tan recios como desde ella para arriba.

CAPÍTULO XVIII

De la[s] guaca[s] de Trujillo.

Hállanse en estos reinos, y particularmente en los Llanos, unos enterramientos, comunmente llamados Guacas, que son unos como cerros de tierra amontonada á manos, debajo de la cual los señores destos Llanos se enterraban, y con ellos, segun es fama, y

aun experiencia, ponian gran suma de tesoros de oro é plata y la mayor cantidad de plata, tinajas grandes y otras vasijas y tazas para beber, que llamamos cocos. La guaca más famosa era una que estaba poco más de media legua de la ciudad de Trujillo, de la otra banda del rio, de un edificio en partes terrapleno, en partes de ladrillos grandes, ó por mejor decir de adobes pequeños.

Este edificio era muy alto, y en circuito ó de box (si como marineros nos es lícito hablar) debia tener poco menos de media legua.

Quien lo edificase no hay memoria, ni los indios tal oyeron decir á sus antepasados. Para edificarlo es imposible, sino que se pasaron muchos años y labraban en él suma de indios. Si no se ve no se puede creer. Siempre se entendió era enterramiento, y aun enterramientos ó sepultura de muchos señores, cuales fueron los de aquel valle de Trujillo, que se entiende fueron mucho antes que los Ingas, y poderosísimos así en riquezas como en ánimos para subjetar mucha parte deste reino, porque á cuatro leguas de la ciudad de Guamanga se ha hallado otro edificio, aunque diferente, pero figuras de indios como las de los deste valle de Trujillo, de donde se colige hasta allí haber llegado el señorío destos señores, y aun pasado hasta el Collao. Porque en un pueblo deste Collao, Tiaguanuco, se ve otro edificio de canteria, y piedras muy grandes, muy bien labradas, semejantes á este cerca de Guamanga, que los que allí hacen noche lo iban á ver á maravilla; la primera vez que por allí pasé, habrá 29 años, con otros dos religiosos, lo vimos y nos admiramos, porque no *habiendo* tenido estos indios picos ni escodas, ni escuadras, para labrar aquellas piedras, verlas labradas como si canteros muy finos las hobieran labrado, causaba admiracion; habia puertas de tres piedras y grandes: las dos que servian á los lados, la otra de umbral alto. Vimos allí una figura de sola una piedra que parecia de gigante, segun era grande, corona en la cabeza y talabarte como los anchos nuestros, con su hebilla.

Preguntar qué noticia se tiene desta gente no hay quien la dé, y porque este edificio es semejante al de junto á Guamanga, se cree haberlo hecho un mismo señor, y que este era señor de Trujillo, que para memoria suya donde le parecia lo mandaba edificar. Cosa cierta no hay.

Los señores principales deste valle de Trujillo se llamaban, como propio nombre, Chimo, y de uno hasta el dia de hoy hay memoria deste nombre, añidiéndole otro como por sobrenombre, Capac, que junto se nombraba Chimocapac, que quiere dezir chimo riquísimo. Lo que se colige es que destos Chimos era la guaca de Trujillo enterramiento. Los vecinos de Trujillo, viendo aquel famoso edificio y teniendo noticia haber allí gran tesoro enterrado, sin que hobiese rastro ni memoria quien allí lo puso, ni á qué herederos les hobiese de venir, juntáronse algunos vecinos de indios y no vecinos, y hecha compañía determinaron de cavar á la ventura como dicen; dieron en algunos aposentos debajo de tierra, y finalmente, dieron en mucho tesoro, y no en el principal como se tiene por cierto. Cúpoles á más de 160.000 pesos, pagados quintos, pero no sé qué se tenia aquella plata, que ninguno la gozó; fuéseles como en humo. Verdad sea que gastaban á su albedrio y sin órden alguna; otros cavarian en otras partes, sacaron alguna plata, no tanta como los desta compañia. Comenzando á sacar plata desta guaca, todos los valles de los Llanos se hundian cavando guacas, y registrando sacaron plata de la bolsa pagando jornaleros cavadores y mucha tierra; nunca, empero, hallaron lo que deseaban. Hobo en este tiempo en el valle de Lima un famoso hereje, creo inglés, que junto al pueblo de Surco él solo cavaba una guaca, que llaman de Surco, y por lo que despues, cuando preso y descubierto ser hereje se entendio, aguardaba otros de su herejia que habian de venir; allí se estaba de dia y de noche cavando y sacando la tierra él propio, mal vestido; venia á la ciudad, que dista de la guaca una legua, pedia por amor de Dios y llevaba poco que comer, hasta que se descubrió ser hereje, preso por el Santo Oficio justísimamente. Le quemaron en el primer aucto que los señores inquisidores hicieron.

CAPÍTULO XIX

Del valle de Sancta.

Desde esta ciudad de Trujillo, 18 leguas más adelante, la costa en la mano, llegamos al valle y puerto llamado Sancta, abundante mucho de todo género de mantenimientos, donde se comienzan á hacer trapiches de azúcar y muy bueno; muy cerca del puerto se ha poblado un pueblo de españoles, el cual si tuviera indios de servicio fuera en mucho crescimiento; tiene pocos indios naturales; bajan los de la sierra de la provincia que llamamos Guailas; es en notable daño de los indios; son serranos y corren gran riesgo sus vidas, como en todas partes é todas las veces que á los Llanos bajan. Tiene muchas

y muy buenas tierras, todas de riego, con acequias de un rio de bonísima agua y muy grande, que pocas veces se deja vadear: pásase en balsas de calabazos, y es lo más seguro. Estas balsas las hacen los indios mayores ó menores, como es la gente ó hato que se ha de pasar. Los calabazos son muy grandes y redondos; ponen en una red á la la larga ocho ó diez, otros tantos en otra, y así la ensanchan conforme son los que han de balsear; hácenla de seis, siete y ocho hileras de calabazos. Las redes atan unas con otras; atadas, encima echan leña y rama porque no se mojen las personas y el hato. Luego dos indios, grandes nadadores como lo son todos los de los Llanos, atan unas sogas á la balsa, y ciñiéndosela por el hombro toma cada uno su calabazo grande, y echándose sobre él nadan, y desta suerte llevan y pasan la balsa de la otra parte del rio, por poco precio que se les da. Este rio desemboca viniendo de Trujillo, un poco más abajo del puerto, por cuya boca no se puede entrar ni tomar agua; empero, de la acequia principal que pasa por cima del pueblo, sale una pequeña que cae en la playa del puerto.

CAPÍTULO XX

De los demás valles, á Los Reyes.

Desde este valle al de Chancay ponen cincuenta leguas, en las cuales á trechos pasamos por seis valles, todos abundantísimos, si los naturales no hobieran faltado, que los labraban, para todo género de mantenimiento, con agua bastante de riego; sus acequias sacadas, pero ya perdidas.

El primero es Cazmala baja y Cazmala alta, donde han quedado pocos indios, que apenas pueden sustentar un sacerdote; de aquí vamos á Guarme, mejor valle y de más indios, con puerto no muy seguro por la mar de tumbo que *hay* al desembarcar; tiene mucho pescado, mucha arboleda, algarrobas que se llevan á Los Reyes para las carretas, é yo vi desde este valle llevarse navios cargados á Los Reyes de carbon, que no era poco provecho á la ciudad y al señor del navio, llamado el Carbonero.

Ocho leguas siguiendo la costa por do se caminaba es el de Parmunguilla, valle estrecho, de bonísima agua el rio, y que en su nacimiento se halla oro; abundante de trigo é maiz; ya no se camina por la costa, porque haberse consumido los indios fué causa de cerrarse con mucho cañaveral bravo; rodeánse más de cuatro leguas metiéndonos la tierra adentro, el cual pasado, parte términos con el de la Barranca, que le es muy cercano; las pocas tierras que tiene son muy buenas.

Luego entramos en el de la Barranca, fertilísimo de trigo é maíz, y de tierras muchas y muy gruesas; de aquí se lleva la mayor parte de*l* trigo que en Los Reyes se gasta; hay en él dos ingenios de azúcar bonísimo; el rio no es tan grande como raudo y pedregoso, por lo cual en todo tiempo es dificultoso de pasar; tiene puente tres leguas arriba, á la cual por no ir, algunos se han ahogado.

Aquí hay unos pocos de indios poblados; pasado el rio, luego se sigue el de Gaura, que tiene las mismas calidades que éste, con otros pocos de indios, y de donde se lleva mucho maíz y trigo á Los Reyes por mar; tiene puerto no muy seguro.

Prosiguiendo por la costa adelante (si no nos queremos meter cuatro ó cinco leguas la tierra adentro) llegamos, once leguas andadas, al valle de Chancay, donde hay un pueblo de españoles llamado Arnedo. Este valle es muy ancho y de bonísimas tierras para todos mantenimientos, vino y olivares; de aquí se provee la ciudad de Los Reyes del mucho maíz y otras cosas, y aun melones de los buenos del mundo. Hácese buen vino, y fuera mejor si el vidueño fuera del que llamamos torrontés.

Tiene puerto, donde los vecinos de Arnedo embarcan sus harinas para Tierra Firme, y trigo é maíz para Los Reyes.

El rio es no de tan buena agua como los precedentes. De aquí á la ciudad de Los Reyes ponen once leguas, en cuyo camino se atraviesa la sierra de la arena áspera, y larga, por ser arena muerta; en tiempo de verano no se puede caminar sino de noche, con riesgo de negros cimarrones.

Ocho leguas andadas entramos en el valle de Carvaillo, donde hay muy buenas estancias ó chácaras de maíz é trigo, con un rio de buena agua con que las tierras se riegan; este valle dista de la ciudad de Los Reyes tres leguas, desde donde aun podemos decir comienza aún el valle desta ciudad, que tiene dos ríos, porque en medio de un valle y otro no hay arenales que los dividan, sino todo este trecho son tierras de pan, maíz, viñas, aunque pocas, pobladas con sus casas de los señores de las heredades. Hay en este valle de Carvaillo un poblezuelo de indios el rio arriba, donde se sustenta un sacerdote con las chácaras anejas.

CAPÍTULO XXI

Del valle y ciudad de Los Reyes.

El valle donde se fundó la ciudad de Los Reyes, llamado Rimac en lengua de los indios, sin hacer agravio á otro, es uno de los buenos, y si dijere, uno de los mejores del mundo, muy ancho, abundante, de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se da trigo, maiz, cebada, viñas, olivares (á las aceitunas llamamos criollas, son las mejores del mundo), camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas, tantos é tan buenos como los de Zahara; las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia en todo el año.

El agua del rio no es tan buena como la de los demás valles destos llanos, respeto de juntarse con el rio principal otro no de tan buena que la daña. Pero proveyóle Dios de una fuente á tres cuartos de legua de la ciudad, de una agua tan buena que los médicos no sé si quisieran fuera tal. Oí decir á uno dellos, y el más antiguo que hoy vive, que la fuente desta agua le habria quitado más de tres mil pesos de renta cada año, porque despues que el pueblo bebe della, las enfermedades no son tantas, particularmente las cámaras de sangre, que se llevaban á muchos.

Esta agua se trujo á la ciudad, y en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para dar la agua necesaria; pero porque es grande y más sin costa se aprovechase della, en los barrios hay sus fuentes, como en la placeta de la Inquisicion, en la esquina de las casas del licenciado Rengifo, en el barrio de San Sebastian y en todos los monasterios y en casas de hombres principales, y en las cárceles y en el palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro, y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el marqués don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros, á este pueblo, la ciudad de Los Reyes, porque en este dia la fundaron; diéronle, aunque acaso, auspicatísimo nombre, porque si muchos Reyes la hobieran ennoblecido, en tan breve tiempo como diremos, no hobiera crecido más, ni aun tanto; mas como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres, Nuestro Señor, por intercesion de los Santos Reyes, la ha multiplicado; es la silla metropolitana de todo este reino de Quito á Chile; aquí reside el Virrey con el Audiencia, la Santa Inquisicion, y aquí se fundó la Universidad.

De todo diremos adelante más en particular lo que á esto toca, cuando tractaremos de los Virreyes y perlados eclesiásticos.

El rio desta ciudad, en tiempo de aguas en la Sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido; no tiene madre, como no la tienen los demás destos llanos; corre por cima de mucha piedra rolliza; antes que tuviese puente, muchas personas se ahogaban en él queriéndole vadear, porque aunque tenia un puente de madera hecho de horcones hincados en el suelo, estaba tan mal parada, que no se atrevian á pasar por ella, y no podian pasar sino uno solo, y con sus pies. Lo cual visto por el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el limosnero, gran amigo de pobres, dió órden cómo se hiciese puente toda de ladrillo y cal, de siete ó ocho ojos, que comenzase desde la barranca del rio á donde casi llegaban las casas Reales, y desde los molinos del capitán Jerónimo de Aliaga, secretario que fué de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas Reales; al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría más abajo, donde estaba la puente de madera que acabamos de decir, aunque habia de ser más larga, porque haciéndola allí el rio se iba su camino, sin echarlo á la ciudad, lo cual forzosamente se habia de hacer haciéndola donde el Virrey mandaba, y que la barranca era señal evidente ya el rio habia llegado una vez allí y habia de llegar otra, por el comun refran, al cabo de los años mil vuelve el rio á su carril, respondió la mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo, y pliegos de Su Majestad de España, por tierra, entrasen á una cuadra de las casas Reales donde el Virrey viviese, y por la calle derecha á la plaza una cuadra della, y cuanto á echar el rio á la ciudad, que no habian de ser los Virreyes tan flojos quel rio la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano, como lo era.

Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el rio si los Virreyes no tienen ánimo para remediarlo.

CAPÍTULO XXII

De la ciudad de Los Reyes.

No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en

número de monasterios, ni iguale á los religiosos que en ellos sirven á Dios, alabándole de dia y de noche, y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas, como esta de Los Reyes, habiendo ayudado muy poco ó nada los príncipes y gobernadores destos reinos al edificio dellos.

El más principal y el primero della es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha 68 años que se fundó; el primer fundador fué el padre fray Juan de Olias; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano al rio. Oí decir á los viejos lo que aquí referiré de su fundacion.

Llegado el marqués Pizarro con los demás conquistadores á este valle, despues de haber preso en Cajamarca á Atabalipa y habiéndole muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la órden del glorioso padre San Francisco; eligieron para fundar su ciudad el sitio que agora tiene, que es el mejor del valle junto al rio, á la parte casi del Oriente; á la del Sur por la parte de arriba, una acequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente á Poniente. Por la parte del Poniente, el puerto llamado el Callao, dos leguas de la ciudad de Los Reyes; carreteras, por la parte del Norte el camino real para Trujillo, y dende abajo, señalaron sus cuadras y sitios para casas, y á los dos religiosos dijéronles: vosotros no sois más que dos, vivid agora juntos en este sitio que os señalamos, que es el que tiene agora nuestro convento; llana la tierra, y conquistados los indios del valle (que á la sazon eran muchos), el que se quisiese quedar con ese sitio se quedará con él; al otro le daremos el que más cómodo le pareciere. Sucedió así, aceptando los dos religiosos el partido, que un dia vinieron todos los indios del valle, y otros llamados, sobre los nuestros, los cuales dijeron á los religiosos: Padres, vosotros no habeis de pelear; tomad en esas botas vino y biscochos, y á los que estuvieren cansados y flacos dadles de comer y beber, y á los heridos recogedles y lavadles las heridas con vino. Los indios llegaron donde los nuestros les esperaban, con gran vocerío, así pelean; el padre de San Francisco, pareciéndole no le convenia esperar el fin de la batalla, ni hacer lo encomendado, que en aquel trance le era muy lícito, puso faldas en cinta, tomó la via del puerto, llega cansado, lleno de polvo, sudando, y á los pocos de los nuestros que allí había dejado el Marqués con dos navíos y no muchos soldados con dos caballos, dales nueva quel Marqués y los demás eran muertos, y sólo él se habia escapado. El capitán de los navíos (creo era el capitán Juan Fernandez, de quien abajo haremos mencion), con los demás, hicieron el sentimiento justo, tuvieron por perdido el mejor reino del mundo, y perplejos no sabian qué se hacer, si por ventura desamparaban el puerto y se volverian á Panamá ó á Trujillo, ó aguardarían otra nueva; el buen padre instaba en ser verdad lo por él afirmado; finalmente, resolviéronse en que dos soldados, los más valientes, con sus armas tomasen los caballos, y caminando para la ciudad fuesen á ver si era así, y cuando lo fuese, no era posible todos quedasen muertos, algunos se escaparian y encontrarian en el camino, ó fuera dél, y á éstos recogiesen y volviesen al punto, y entonces deliberarían lo que más conviniese. Salen nuestros dos valientes soldados en sus caballos, armados, llenos de tristeza é no con menos temor; en el camino, que muy poblado era de arboleda, á lo menos la legua y media, cada hoja que se meneaba les parecia ejércitos de enemigos; pero prosiguiendo su camino, sin encontrar hombre viviente llegan á la ciudad y hallan á los nuestros, alcanzada la vitoria, curando á los heridos, y los sanos descansando del trabajo de la batalla.

Su alegría fué muy grande cuando vieron cuán al contrario era lo que el padre de San Francisco dijo, de lo que por sus ojos vieron; llegan donde estaba el Marqués, dan cuenta de lo dicho, y la razon por que vinieron, el cual con los demás estaban cuidadosos qué hobiese sido de aquel padre, no imaginando se hubiese huido, sino que por ventura los indios se lo hubiesen llevado. Empero, sabida la verdad del hecho, el Marqués mandó embarcarlo, y en el primer navio que despachó á Panamá lo llevaron, con juramento que hizo que mientras viviese no le habia de entrar fraile de San Francisco en su gobernacion, y así se cumplió, no siendo bien hecho ni lícitamente jurado. Aquel no fué defeto sino de un fraile particular, pusilánime, y por este defecto no se habia de perder ni carecer del bien grande que la religion del seráfico padre San Francisco donde quiera que vive hace. Si los del puerto le desamparan, creyendo lo dicho por este religioso, en gran riesgo ponian al Marqués y á los demás de perderse, porque como el reino sea muy grande y muchos los indios, si les faltaran navios con que enviar á pedir socorro á Tierra Firme, totalmente se perderia. Nuestro religioso puso tambien sus faldas en cinta, arrebató su bota, biscocho y queso; no tenian conservas, ni regalos, y á los cansados dábales de beber y un bocado, á los heridos curaba como mejor podia, y así

andaba en medio de los que peleaban. Desta suerte quedamos con el sitio que agora tenemos, el cual, aunque entonces pareció el más cómodo, agora no lo es, por no poderse extender tanto cuanto es necesario, y por el rio, que es mal vecino en todas partes.

Despues muchos años poblaron los padres de San Francisco y tienen el mejor sitio del pueblo, y más que todos los conventos juntos, aunque del rio corren un poco de riesgo, como nosotros, y se correrá más si no se remedia.

CAPÍTULO XXIII

De nuestro Convento.

Quedando, pues, con este sitio, que es de cuadra y media de largo; de ancho no tiene cuadra entera (porque la barranca del rio no da lugar á ello, por correr al sesgo), se comenzó á edificar el convento; empero, quien con más ánimo, fué el valeroso, y no menos religioso, gran predicador, gran servidor de Su Majestad, fray Tomás de San Martin, á quien por otro nombre llamaban el Regente, por haberlo sido en la Española ó isla de Santo Domingo.

Este religiosísimo padre, siendo provincial en esta provincia, y el primero, á quien dió por nombre San Juan Baptista, comenzó el edificio de la iglesia de bóveda, de tres naves, y hizo la mitad de la iglesia, dejando los cimientos de lo restante sacados.

Oí decir al padre fray Antonio de Figueroa, un religioso nuestro muy esencial, gran siervo de Dios, verdadero hijo de Santo Domingo, que fué mi maestro de novicios, que le acaecia á este ínclito religioso, siendo como era provincial, salir de casa por la mañana con un bordon á pie, é ir una legua, poco más ó menos, á la Caleta, y estar allí todo el dia en peso hasta la noche, en que se venia al convento, sin comer, y lo que hallaba en el convento era un poco de capado fiambre, porque entonces no se habia multiplicado el ganado nuestro mayor ni menor, que hobiese carnero, ni se comia en la ciudad, y con tanta alegria pasaba este trabajo como si tuviera todo el regalo del mundo. Parecia adevinaba el augmento que nuestro Señor habia de hacer en breve tiempo, de religion, cristiandad y letras, en aquella casa. Despues fué este varon heróico primero obispo de la ciudad de La Plata, aunque no llegó á sentarse en su silla, llevándole la majestad del muy alto primero á gozar de su gloria.

El dia de hoy ya se ha acabado la iglesia con la buena diligencia del maestro fray Salvador de Ribera, hijo deste convento, aplicando justísimamente todo cuanto puede de los religiosos que se ocupan en doctrinar á los indios, y tan bien acabada, que en Indias ninguna *hay* mejor: sola una falta se le pone, y sin invidia, que la capilla mayor es pequeña, la cual tiene un retablo muy aventajado.

CAPÍTULO XXIV

De las Capillas.

Las capillas colaterales por la parte del Evangelio. La primera se llama del Crucifijo; ésta es del capitan Diego de Agüero, varon famoso entre los conquistadores deste reino, el segundo despues del marqués Pizarro; dotóla bastantemente; dícensele dos misas cada semana, rezadas, sin vísperas, y misa mayor el dia de Santiago, en el cual dia tiene un jubileo plenísimo, y sin los aniversarios. Dejó demás desto la renta de unas casas, para reparos de la capilla, que hoy rentan más de quinientos pesos cada año. Su hijo el capitan Diego de Agüero la ha ennoblecido mucho; puso en ella un retablo grande á proporcion de la capilla, con un crucifijo de muy buena y devota figura, y en el retablo muchas reliquias de santos en sus medallas que le dió el convento.

Luego se sigue la capilla nombrada de San Juan de Letran, donde tiene un enterramiento junto al altar al lado del Evangelio el capitan Juan Hernandez, quien dijimos era capitan de los navios que estaban en el puerto cuando el padre de San Francisco se huyó de la batalla que tuvo el marqués Pizarro con los indios en la plaza.

Dotóla su dueño muy aventajadamente con limosna para dos misas rezadas cada semana; en las octavas de Todos Sanctos, vigilia y misa cantada, y el dia de San Juan Baptista, vísperas é misa con sermon, con bastante limosna, y dejó para reparos de la capilla y ornamentos buena renta que la cobra el convento y la gasta en el uso dicho.

El arcediano de la sancta iglesia desta ciudad viene cada año, por nombramiento del señor de la capilla, á tomar cuenta en qué se distribuye la renta para el ornato de la capilla, y se le da un tanto señalado por el capitan Juan Fernandez por este cuidado y trabajo. Helas visto tomar á un provincial nuestro, Fr. Salvador de Ribera, susodicho, con poco acuerdo y aun con no poca nota: quiso quitar esta capilla y la advocacion della y darla á no sé qué otras personas; súpolo el

heredero, salió á la contradiction, y viendo el provincial el agravio, á lo menos avisado lo hacia por el señor arzobispo de México, Bonilla, la volvió á sus herederos. Y no sé cómo tal cosa, no quiero decir injusticia, pretendió hacer, ni cómo los padres de consejo en ello vinieron. Porque esto oí decir muchas veces al padre fray Antonio de Figueroa, que fué mi maestro de novicios, y si no fué el primero, á lo menos el segundo hijo deste convento, varon verdaderamente hijo de Santo Domingo, que el capitan Juan Fernandez trujo en sus navios la tierra desta capilla desde [1] Panamá, porque en ella todos los que se quieren enterrar se les da sepultura de gracia, y para que los cuerpos se comiesen presto trujo esta tierra; vi un año de un catarro pestilencial que la capilla, con ser espacio de dos los que en ella se enterraban, que fueron muchos, al tercero dia los cuerpos estar consumidos, y queria un provincial quitar esta capilla á su dueño y darla á otros. Pero Dios volvió por la verdad y la justicia.

Todos los que aquí se entierran ganan indulgencia plenaria, y las gracias que los que se entierran en San Juan de Letran en Romá, y para el dia de San Juan Baptista hay jubileo plenísimo. Muchos años vi que el dia deste gloriosísimo sancto, Virrey, Audiencia y toda la ciudad venian á nuestra casa á celebrar en este dia la fiesta de San Juan; ya por descuido de los padres prelados se ha caído, digo el venir los virreyes. El oficio se celebra este dia en esta capilla.

Luego se sigue la capilla de Santa Caterina de Sena, muy bien aderezada con retablo y imágen desta gloriosa sancta; los tintoreros desta ciudad la tomaron para su enterramiento y la tienen muy bien adornada; celébrase en ella la fiesta de la gloriosa virgen Caterina con mucha solenidad y con un jubileo plenísimo, que los fundadores trujeron para los cofrades, todo el pueblo con sus cofrades, y si no me engaño los tintoreros instituyeron la cofradia de los nazarenos que el Miércoles sancto de noche sale de nuestra casa con túnicas de buriel y cruces á los hombros, grandes, y muchos llevan consigo sus hijos niños con sus cruces. Gástase mucha cera.

CAPÍTULO XXV

De las capillas del lado de la Epístola.

Por la parte del lado de la Epístola, la primera capilla es de San Hierónimo; dotóla el capitan Hierónimo de Aliaga con dos misas rezadas cada semana, vísperas y misa el dia de San Hierónimo y sus aniversarios: dejó bastante limosna, pero como al tiempo de la rebelion de Francisco Hernandez fuese á España por procurador destos reinos, y no volviese más á ellos, muchos años la vimos muy mal parada, que no decíamos misa en ella, por no tener ornato, hasta que habrá seis años que una nieta suya, doña Juana de Aliaga, hizo un retablo al ólio, grande á proporcion de la capilla, con una imágen de la Concepcion arriba, qne le costó más de tres mil pesos, añadiendo paños de seda para las paredes y ornamentos para el altar; empero Nuestro Señor la llevó para sí á pagarle lo que en su servicio habia hecho, la cual si más vida le fuera concedida hiciera más.

A esta capilla se sigue la del Rosario, con un retablo hecho en España, bueno, y una imágen de bulto de Nuestra Señora en el cóncavo del retablo, de las buenas piezas que hay en todo España, porque en Indias ninguna llega. A la redonda de la imágen los quince misterios del Rosario, de bulto, cuanto la proporcion del retablo lo sufre. En el pedestal la muerte de los niños inocentes, que parece cosa viva, con la adoracion de los Reyes al niño Jesús en el pisebre; fuera desto tiene en cuatro encasamentos cuatro santos de la Orden, de bulto, de muy galana proporcion y figura.

Lo alto de la capilla es dorado con unas piñas de yeso pendientes, grandes, todas escarchadas de oro. Adórnase la capilla en las fiestas del Rosario con paños de damasco y terciopelo carmesí unas veces, otras con paños de damasco verde y terciopelo verde. Tiene tres lámparas de plata grandes, que por lo menos la una arde perpétuamente.

Todo esto ha hecho la cofradia del Rosario con la industria de los devotos y mayordomos. Los primeros domingos de cada mes se hace una procesion por el claustro, que para los que en ella se hallaren confrades (creo confesados) se les concede indulgencia plenaria. Sácase una imágen de bulto de Nuestra Señora, muy devota, que llevan diáconos. Sírvese de mucha cera de cirios que llevan los veinticuatro sin la demás para los demás confrades religiosos. Concurre mucha gente por la devocion grande que se tiene particularmente á la imágen puesta en el altar. El segundo domingo se hace procesion con el niño Jesús por la confadria de los Juramentos, fundada en nuestra casa, ni puede fundarse en otra parte, por concesion de los sumos pontífices, ó con licencia del provincial donde no hobiere convento de la Orden,

[1] Tachado: España.

de la imágen de Nuestra Señora puesta en el altar. Si no fuéramos descuidados hobiera muchos milagros escriptos que ha hecho.

Siendo yo prior deste convento pretendí, dándome los señores inquisidores licencia para ello, sacarlos á luz, haciendo las diligencias necesarias: empero, el provincial que á la sazon era, no sé por qué respeto lo impidió.

CAPÍTULO XXVI

De la capilla de las Reliquias.

Luego más abajo se sigue la capilla de las Reliquias; llámase así porque tiene un retablo con sus vidrieras tan grande como un guadamecí, lleno dellas, traidas de Roma. Trújolo el reverendísimo fray Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán, hijo de esta casa, varon docto; fuimos novicios juntos y condiscípulos en las Artes y Filosofia.

Esta capilla de las Reliquias es celebrada por la multitud que dellas hay, mayores y menores en cantidad, de famosísimos sanctos: hay entrellas un poquito del verdadero lignum crucis, donde Cristo murió, y un cabello de Nuestra Señora. El provincial que quiso mudar ó quitar la capilla de San Juan de Letran dió esta capilla á los ministros del Santo Oficio, con una carga pesadísima, que fuese el convento por sus cuerpos y sacerdotes los trujesen en hombros, como si fueran sacerdotes, cosa bien excusada, si se diera á los señores inquisidores y en ella se enterraran, pasara, pero darla á oficiales no se puede tolerar, y sin ninguna limosna. Y aunque entre ellos hay personas nobles, hay familiares que tienen oficios bajos, y á éstos enterrarlos, como vi á uno, como si fuera inquisidor, es igualar lo alto con lo bajo y la nobleza con los que no la tienen, y con todo esto, algunos destos familiares se entierran en otras partes y la capilla esta sin marido, como las demás lo tienen, dotadas con muchas ventajas.

Luego se sigue la del glorioso San Jacinto, con retablo dorado y figura del sancto muy buena; la capilla bien adornada; hízose una solenísima fiesta el dia que en esta ciudad se celebró la canonizacion del santo, con admirable adorno de la iglesia y más del claustro, con un coloquio famosísimo de la vida de este santísimo hermano nuestro, con tanta riqueza que parecia incomparable, y con ser tanta, no se perdió ni un alfiler.

Aquí se ha juntado la imágen de San Raimundo, agora nuevamente canonizado por el mismo Clemente octavo, que canonizó á Jacinto, en cuya fiesta fué mucho más el ornato admirable del claustro y iglesia que en tres dias no se pudo impedir al pueblo que no viniese á verlo, y no se hartaban; tampoco faltó cosa de momento.

Debajo del coro al uno y otro lado hay dos capillas; al de la Epístola, una de los indios, con imágen de nuestra Señora, de bulto, y otra de los negros, asímismo con imágen de bulto, de la misma Señora, que, conforme á su posible, no estan mal aderezadas.

Los mulatos toman otra, que es por donde se sale al claustro; ésta es la menos adornada; será nuestro Señor servido se adorne á su servicio y de su santísima madre.

CAPÍTULO XXVII

De los provinciales [que] han augmentado el convento.

Dijimos arriba que el principal fundador deste convento fué el religioso y no menos valeroso padre fray Tomás de San Martin, primer provincial, el cual, despues de haber comenzado la obra de la iglesia fué el que buscó y atrajo á todos aquellos capitanes y otras personas á que tomasen las capillas y las dotasen; buscó y atrajo al convento mucha renta de otras partes, como fué que á su persuasion el capitan Gabriel de Rojas hizo limosna á este convento de 6 000 pesos ensayados, con no más obligacion de que le encomendasen á nuestro Señor en los capítulos, lo cual perpétuamente se hace y en las misas, como á principal bienhechor nuestro; ganó chácaras y tierras de pan y solares para casas, con no poco trabajo de su persona, á quien subcedió en provincial fray Domingo de Santo Tomás, maestro en sancta Teologia, varon realmente apostólico, castísimo, libre de toda cobdicia y ambicion, gran predicador, así para los españoles como para los indios, y más dado á la predicacion y conversion de los indios que á la de los españoles; fué el primero que imprimió y redujo á arte la lengua general deste reino. Varon de grande entendimiento y prudencia cristiana, ferventísimo en el celo del bien y aumento de los naturales deste reino, por lo cual era de algunos aborrecido; empero decia lo que San Pablo: si agradase á los apetitos dañados de los hombres, no seria siervo de Dios. En el convento no sé qué haya aumentado, porque siendo provincial le fué forzoso ir á España y dende allí pasar en Italia al capítulo general que se cele-

braba de provinciales, y por esta razon no pudo augmentar como quisiera la casa, aunque, por no dar nota de aplicar más para su casa que para otras partes, hizo una cosa donde mostró el poco amor que á los bienes temporales tenia, ni para su convento, que para sí, ninguno.

Esto la ciudad toda lo vió y los religiosos, porque estábamos en el convento. Habia en la ciudad un mercader llamado Nicolaso Corso, hermano de Juan Antonio Corso, el rico; estando para se ir á España con 80.000 pesos y mas, ensayados, diole el mal de la muerte; envia á llamar al padre nuestro fray Domingo de Santo Tomás, que habia pocos dias llegado de España; dice le confiese y que allí tiene 80.000 pesos y más, ensayados; que como le fia el ánima, le fia y entrega la hacienda para que haga della lo que quisiere, en bien y descargo de su conciencia, porque no tiene heredero forzoso.

No creo otro que este apostólico varon hiciera lo quel hizo. Toda la hacienda repartió entre pobres, y particularmente al Hospital de los naturales desta ciudad dejó la mayor cantidad, donde hizo una capilla y la dotó; *no* á su convento, con poderle dejar toda, instituyendo un colegio para bien de todo el reino, con renta, al modo de los de San Gregorio, de Valladolid, y no fuera esta obra menos acepta á nuestro Señor que dejarlo al Hospital de Santa Ana. Porque no se dijese aplicaba para su casa, huyendo esta nota, lo dejó al Hospital de los naturales, y no dejó á su convento más que á los otros, que fueron 100 pesos corrientes de limosna para cien misas, ni en el acompañamiento del difunto que de aquella enfermedad murió, pidio más religiosos de un convento que de otro. Bastante argumento es del poco amor que á la plata tenia. Luego dende á poco le hizo merced Su Majestad de la silla episcopal de la ciudad de La Plata; lo que allí hizo y su muerte, cuando tractáremos de los señores obispos destos reinos lo diremos.

CAPITULO XXVIII

De los Provinciales de nuestra Orden.

A este excelentísimo varon sucedió el gran fray Gaspar de Carvajal, religioso de mucho pecho y no menos virtud carretera y llana, el cual á todos los conventos que llegaba, cuando los iba á visitar, en lo espiritual y temporal, favoreciéndolo el Señor, dejaba augmentados. Varon abstinentísimo, de gran ejemplo, de una simplicidad extraña. En su tiempo, en parte dél fué prior desta casa el muy religioso fray Tomás de Argomedo, varon docto, de mucho ejemplo, buen predicador y acepto, el cual, el año de 60 me dió el hábito; á quienes, si no era cual ó cual, nos quitaba los nombres y nos daba otros, diciendo que á la nueva vida, nuevos nombres se requerian. Yo me llamaba Baltasar; mandóme llamar Reginaldo, y con él me quedé hasta hoy.

Este religiosísimo varon y padre fué el primero que en nuestro convento comenzó á poner órden en el coro; hasta entonces no la habia, por no haber religiosos que lo sustentasen; en pocos meses tomamos el hábito más de treinta, con los cuales y los demás sacerdotes del convento se comenzó de dia y de noche, como en el más religioso de España, á guardar la observancia de la religion, y lo mismo se comenzó en los demás desta ciudad, porque hasta este año de sesenta muy pocos religiosos habia en los conventos, los cuales faltando, no puede haber tanto concierto en el coro, ni en lo demás; de suerte que podemos decir, y justísimamente, que desde este año de 60, ó cuando mucho del de 58, comenzaron los conventos á se aumentar; para que se vea cuán en breve tiempo la mano del Señor ha venido favorabilísima sobre todos ellos. Dióme la profesion el padre provincial fray Gaspar de Carvajal, cumplido mi año de noviciado, que ójala y en la simplicidad que entonces tenia hobiera perseverado.

CAPITULO XXIX

De los demás Provinciales de nuestra Orden.

A este bonísimo varon sucedió el padre fray Francisco de San Miguel, venerable por sus canas y vida ejemplar, gran predicador, conforme á lo que entonces se usaba, que era (creo lo mejor) no tantas flores como agora, ni vocablos galanos; no se daba tanto pasto al entendimiento como agora se da, pero dábase más á la voluntad y más la aficionaban á la virtud; dióle nuestro Señor este don: tenia en su mano el auditorio para le alegrar y para le compungir y hacer derramar lágrimas; era de su natural grave, mas acompañaba á su natural gravedad mucha humildad y no menos sufrimiento; ninguna cosa aumentó en el convento, por no haber cómodo para ello.

Despues del cual fué provincial el padre fray Alonso de la Cerda, hijo deste convento, varon recto, de unas entrañas humanísimas

y muy llanas, gran religioso y de muy buen ejemplo, libre de toda cobdicia y muy observante; siendo prior compró el retablo para el altar mayor, de madera talla de bonísimas figuras, que costó 3.500 pesos puesto en el altar; fué el primero que comenzó á edificar el convento, haciendo una enfermeria muy buena, con muy alegres celdas altas y bajas, como se requieren para el regalo de los enfermos. Ayudó mucho á esto una legítima que dejó, siendo novicio, para edificarla, el padre fray Tomás de Heredia, que al presente vive, maestro en sancta Teología y Lector que ha sido della, hombre religioso y de muy buen ejemplo, nacido en Guánuco, de nobles padres. La ligítima mandó se echase en renta, y así se echó y permanece, y no se puede gastar en otra cosa que en el regalo de los enfermos.

Todos los que en esta enfermeria mueren ganan indulgencia plenaria, como yo he visto las letras apostólicas que están guardadas en el archivo del convento. Siendo provincial el padre fray Alonso de la Cerda, fué prior el padre fray Antonio de Ervias, doctísimo varon y maestro mio en la Teología y no menos religioso; hizo el refectorio, que es muy buena pieza; despues fué obispo de Cartagena en el reino de Tierra Firme, como despues diremos.

Esta enfermeria se edificó en aquella parte del convento que cae sobre el rio, la cual con una avenida que el rio trujo se llegó tanto á la barranca, que rompiendo por ella se llevó un poco, y desde este tiempo no se puede pasar por detrás de nuestra casa entre la barranca del rio y nuestras paredes, por donde muy descansadamente podian ir dos carretas á la par. Otra vez, siendo yo prior en este convento, me vi en gran riesgo de que el rio rompiera por nuestra porteria que llamamos del rio. Fuí á pedir favor de indios para remediar mi casa y buena parte de la ciudad, al Virrey, que era el conde del Villar, y no le pedia sino indios para amontonar piedras y reparar el daño que se esperaba; la paga de los jornales yo la daba, y respondióme con mucha flema: ¡ah, este rio! ¡ah, este rio! Empero, viendo el poco remedio que se me daba, todas las noches destas avenidas, que son las mayores en Cuaresma, hice que despues de maitines á media noche se rezase la letania de Nuestra Señora, mediante el favor de la cual una noche que creí el rio habia de romper por el convento, por ser la avenida muy crecida y el ruido de las piedras que traia notable, fué Nuestro Señor servido, por intercesion de su santísima madre, que nos amontonó mucha piedra frontero de nuestra porteria, y recodando hacia el Rastro, derribo parte dél, y nuestra casa hasta hoy, gracias á Dios, quedó libre; ya aquel año no hobo más avenida; luego con ayuda de la ciudad, que nos dió mil y quinientos pesos de limosna, la cual ayudé á pedir, y con otros tantos que el convento gastó, hicimos un reparo de cal y canto, con que al convento y á la ciudad habemos librado del rio, el cual, si hasta entonces el marqués de Cañete, de buena memoria, viviera, no nos pusiera en tanto estrecho; pero no le mereció el reino y llevóselo Nuestro Señor para sí.

Volviendo á nuestro provincial fray Alonso de la Cerda, en los cargos que en la Orden tuvo fué muy bien quisto de los religiosos por su llanísima condicion y bondad. Fué despues obispo de Puerto de Caballos, y luego de Los Charcas, como escribiremos en su lugar.

Sucedióle en el provincialato el padre fray Andrés Velez, hombre docto y buen predicador, de agudo ingenio; fuese á España, y por eso no tenemos nada que tratar dél en el augmento deste convento.

A quien sucedió el padre fray Gaspar de Toledo, varon, cierto, religioso, de bueno y galano entendimiento, pero no amplió cosa en el convento, como se pensó, y en su eleccion lo prometió el virrey don Francisco de Toledo, deudo muy cercano suyo; á cabo su cuadrienio, fué electo el padre fray Domingo de la Parra, tambien varon religioso y muy observante, aunque nimio en algunas cosas muy menudas en que los provinciales no se han de entremeter, sino avisar se guarden; donde no, castigar á los prelados. El tiempo que fué provincial hizo guardar en este convento nuestra constitucion que no se coma perpétuamente carne en el refectorio, y él la guardaba infaliblemente. Si no la guardábamos era por dispensacion que para ello tenemos en estos reinos, respecto de ser la tierra de los llanos enferma y la de la sierra falta de pescado, y en este convento haber cuotidianamente muchos enfermos, y la costa ser mucho mayor; y con decirle los médicos el riesgo de la salud de los religiosos, respondia un poco secamente: mueren en lo que profesaron. Fué á España y no volvió más; en acabando fué electo en el Cuzco el padre fray Domingo de Valderrama, maestro en sancta Teología, buen predicador, el cual comenzó la casa de novicios, de las buenas que hay en la Orden y fuera della; tiene casi 50 celdas altas y bajas, frescas y alegres, porque así lo pide la tierra. Hizo este edificio, digo la mayor

parte dél, porque en su tiempo no se pudo acabar, con lo que aplicaba de los salarios que se dan á los religiosos que se ocupan en la doctrina de los naturales.

CAPITULO XXX

De los restantes Provinciales de nuestra Orden.

Acabado el cuadrienio del mismo padre fray Domingo fué electo en provincial el padre fray Agustin Montes, Presentado en sancta Teología, hijo deste convento, donde tomó el hábito de quince años, varon religioso y amigo de ampliar con edificios su casa, el cual acabó la casa de novicios, lo tocante á las celdas, de todo puncto.

Hizo el claustro bajo, adornándolo con unos lienzos al ólio de figuras é imágenes de sanctos, muy perfectas y muy devotas; augmentó la sacristia con ornamentos y mucho servicio de plata, y un cáliz todo de oro. Aumentó tambien el retablo del altar mayor; á lo menos dejó con un entablador concertado el augmento de imágenes de media talla, y pagada parte de la hechura; hizo un cofre grande de plata, en que en el retablo se collocase el Sanctísimo Sacramento, porque hasta entonces no estaba sino en una cajita de madera. Trabajó lo que pudo con mucho y buen ejemplo. Puso mucha órden en las lectiones y estudio. Ordenó que hobiese cierto número de religiosos collegiales, y para ser recibidos pasasen por exámen muy riguroso, lo cual hasta hoy se guarda como conviene, porque desta suerte los no muy hábiles se animan, y los hábiles trabajan más, sin que en el coro se pierda punto. A quien sucedió el padre maestro fray Salvador de Ribera, hijo deste convento, en el cual tomó el hábito de 17 ó diez é ocho años, buen predicador; es hijo de padres nobles de todos cuatro costados; su padre se llamó Niculás de Ribera el viejo, respecto de otro vecino desta ciudad llamado del mismo nombre, pero el mozo. Su padre fué uno de los de la Fama de la isla del Gallo, varon liberal; su casa era hospital de todos los de su patria y enfermeria deste nuestro convento, porque todo lo necesario para los enfermos con toda liberalidad y caridad se hacia, y con sus propios hijos se inviaba de dia y de noche, y desto soy testigo de vista. La madre se llamaba doña Elvira de Avalos, de cuya virtud en breve no se puede tratar. En su tiempo se acabó á gloria de Nuestro Señor dichosamente todo el cuerpo de la iglesia con tanta perfection que puede competir con las buenas iglesias de mucha parte de España. Adornó la capilla mayor de tal manera que se encubre la falta (que dijimos) ser pequeña. Acabó el aumento del retablo; hiciéronse paños de terciopelo carmesí bordados para la capilla mayor, con oro, que la cubren de alto á bajo, tan buenos que en nuestra España se hallan pocos iguales. Acabó el claustro y la porteria tan buena como las muy buenas de Castilla, sin otras cosas tocantes á la sacristia. Todo lo cual hasta aquí augmentado en este nuestro convento han hecho los provinciales con lo que han aplicado de los salarios de las doctrinas donde viven los religiosos. Al sobredicho padre sucedió el Presentado fray Diego de Ayala, hijo tambien deste convento, el cual por vivir poco é irse á España, y pasando en Italia murió en Roma, hay poco que decir dél. Sucedióle el padre maestro fray Juan de Lorenzana, el más docto destos reinos, hijo, creo, de Salamanca, buen religioso, de claro y galan ingenio, el cual, despues de haber leído muchos años Teología en este convento, fué electo en Provincial; gobierna á la hora que esto escribo; lo que haya augmentado no lo sé.

CAPÍTULO XXXI

De los religiosos que sustenta.

Y porque dije que en muy breve tiempo se ha multiplicado esta casa, favoreciéndolo la Majestad del muy Alto, el dia de hoy sustenta 130 religiosos y dende arriba, lo cual causa admiracion, porque no hay en toda la cristiandad conventos, de cuatrocientos años á esta parte fundados, si no son cual ó cual, que sustenten otros tantos. Celébranse en esta casa los oficios divinos, de dia y de noche, con tanto concierto como en el más religioso de la Orden.

Los estudios con todo el rigor pusible, y las demás ceremonias muy al justo. El coro tiene sillas altas y bajas, de madera de cedro, labrados los respaldares, altos, de madera de talla, de admirables figuras de sanctos, que si fueran doradas no habia más que desear; costaron 18.500 pesos de á nueve reales, y el oficial perdió mucha plata.

CAPITULO XXXII

De los Obispos.

En este breve tiempo, como acabamos de decir, han salido deste convento siete obis-

pos, y tres casi á un tiempo juntamente, en lo cual excede á todos los conventos, no sólo de nuestra Orden, pero de las demás en España y fuera de España, porque á conventos de muchos años fundados no ha sucedido otro tanto. El primero fué el reverendísimo fray Tomás de San Martin, de quien tractamos arriba y trataremos algo más cuando escribiéremos los obispos que en este reino he conocido; primer obispo de la ciudad de La Plata, el cual obispado concluia en sí, entonces, todo el reino de Tucumán y la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

El segundo, el reverendísimo fray Domingo de Santo Tomás, de la misma ciudad; el tercero, el reverendísimo fray Alonso de la Cerda, primer obispo del Puerto de Caballos[1]. El cuarto, el reverendísimo fray Alonso Guerra, primer obispo del Rio de la Plata, y despues de Mechoacán, ó Yucatán; el quinto, el reverendísimo fray Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán. Estos tres señores obispos son hijos deste convento, y todos tres se vieron obispos junctos en su casa, y su madre, que es esta casa, los vió todos juntos en ella. El sexto, el reverendísimo fray Antonio de Ervias, obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme.

En un mismo tiempo sacó Su Majestad para obispos, estando todos tres presentes, al reverendísimo fray Alonso de la Cerda, fray Alonso Guerra, fray Antonio de Ervias, en lo cual, aunque hizo mucha merced á la Orden, sirviéndose della, á nosotros, llamo á nosotros los que aca estábamos y tomamos el hábito, la hizo, pero dejónos sin canas que nos gobernasen, lo cual hasta hoy sentimos; no me acuerdo haber leido que de un convento tres personas tales á un mismo tiempo se hayan sacado para iglesias, como deste nuestro de Los Reyes. El séptimo y menor y más indigno de todos soy yo, á quien la Majestad de Dios levantó á obispo de la Imperial, reino de Chile, y espero en Nuestro Señor se han de sacar más.

Demás destos señores obispos, ha hecho nuestro Señor merced á nuestra sagrada religion en nuestros tiempos, dándole en estas partes varones apostólicos que con mucho celo del servicio de nuestro Señor y de las ánimas han predicado á los naturales la ley evangélica, con claro ejemplo de costumbres y vida. Uno dellos fué el padre fray Melchior de Los Reyes, que por muchos años se ejercitó en este ministerio y murió en este convento de Los Reyes y se enterró en el capítulo, donde es costumbre enterrarse los religiosos nuestros, y abriéndose su sepultura á cabo de siete años y más, se halló su cuerpo entero y los hábitos y capa de anascote, sin lision alguna, y esto el señor arzobispo de México, Bonilla, visitador de la Audiencia Real, lo vió, é yo tambien, y todo el convento, queriendo echar en aquella sepultura otro religioso difunto.

En esta misma sala de Capítulo se halló otra sepultura con otro cuerpo, del padre fray Domingo de Narvaez, hijo desta nuestra provincia, buen religioso, entero, con todos sus hábitos y capa de anascote, sin lision alguna. Este religioso se habia ocupado en doctrinar los naturales deste reino con gran llaneza y sinceridad.

El padre fray Cristóbal de Castro, gran siervo de Dios, celosísimo de la conversion de los naturales, de clarísimo ejemplo y abstinentísimo, murió en su oficio loablemente. A este religioso, los curacas del valle de Chincha, donde por la mayor parte vivió ocupado en este ministerio, le ofrecian un navio cargado de oro y plata, y jamás se pudo acabar con él recibiese un grano, y haciéndole fuerza los curacas á que tomase alguna cosa, jamás lo pudieron acabar con él, ni para sí, ni para la Orden, ni para hombre viviente. Lo que hizo fué decir á los curacas hiciesen un cáliz de oro para su iglesia, como lo hicieron, y fué el primer cáliz que se hizo en el Pirú; á cuya sancta emulacion los curacas del valle del Lunaguana hicieron para dos iglesias suyas en cada una un cáliz de oro, que yo he visto y dicho misa con ellos.

El padre fray Benito de Jarandilla, verdadero hijo de Santo Domingo, el cual por más de cuarenta años, en el valle de Chicama, cinco leguas de la ciudad de Trujillo, se ejercitó en la conversion de los naturales sin salir de aquellos valles, donde vivió con admirable ejemplo, así para con los naturales como para los españoles, y deprendió muy de raiz la lengua de los indios pescadores de aquel valle, que es dificultosísima de aprender. Los naturales le tenian por un hombre sancto, porque le vian guardar con mucho rigor su profesion, como verdadero hijo de Santo Domingo, y dicen dél que como le viniesen á llamar á cualquier hora de dia ó de noche, para confesar algun indio enfermo que viviese de la una parte ó de otra del rio, que en tiempo de aguas no se deja vadear, que es en verano, no temia el rio y en un macho en que andaba lo vadeaba, y los indios decian iba caminando por cima del agua. Acabó sus dias, llenos de buenas obras, con buena vejez.

[1] Tachado: *y despues del mismo obispado.*

El padre fray Baltasar de Heredia fué un religioso esencial, el cual, aunque no se ocupó tanto en doctrinar á los naturales, viviendo en conventos de pueblos de españoles se ejercitó en obras de mucha virtud y de gran caridad; es fama que le hallaron muerto hincado de rodillas en una chácara de la ciudad de La Plata, aviándose para venir al reino de Chile por vicario provincial y visitador, por tierra; lo cual este varon religioso acetó con gran humildad, aunque el trabajo y riesgos de tierra, caminos, rios é indios de guerra, por donde habia de pasar algunas veces, eran notables.

El padre fray Antonio de Figueroa, hijo deste convento, fué un varon gran religioso y muy esencial, gran trabajador en las cosas de la comunidad, muy libre de cualquier interés humano; para consigo riguroso y paupérrimo, pero las cosas del culto divino deseaba, y de la sacristia, que fuesen riquísimas.

Fué muy muchos años subprior deste convento, con mucho ejemplo de vida y costumbres.

Fué mi maestro de novicios, á quien debo más que á mis padres. Cuando á este gran religioso, por su virtud y trabajos y ejemplos, se le habia de mandar descansase, quitándole la carga del cuidado del convento, le mandó la obediencia ir á España á negocios de mucha calidad de la Orden: lo acetó con mucha humildad y se puso en camino, y llegando á Cartagena, de Tierra Firme, le llevó nuestro Señor para sí con una muerte como habia vivido; finalmente, murió obedeciendo.

Cuando llegó la nueva cierta de su muerte cayó tanta tristeza sobre todos los religiosos que en él viviamos, y cuando se le hizo su sufragio, que no osábamos mirarnos los unos á los otros: tanto era el amor que le teniamos, porque á casi todos nos habia criado y habia entonces en el convento poco menos de ochenta religiosos. A todos estos padres conoscí y traté mucho y no hablo sino de vistas.

Otros más ha habido buenos religiosos; empero éstos, conforme á lo que dellos conosciamos, son los más aventajados que para estos defectuosos tiempos son afamados.

CAPÍTULO XXXIII

Del convento de San Francisco.

Hay en esta ciudad otro convento del seráfico padre San Francisco, que en breves años ha florescido y floresce en religion, santidad, letras y número de religiosos, con admirable ejemplo, donde yo he conoscido famosos varones, grandes predicadores, de mucho pecho y celo para las ánimas y conversion de los naturales.

El padre fray Luis de Oña, que fué provincial, varon consumado y no menor púlpito; el padre fray Hierónimo Villacarrillo; el religiosísimo fray Diego de Medellin, deudo nuestro, obispo de Santiago de Chile, donde murió como un sancto, habiendo vivido en la Orden con gran religion, cristiandad, ejemplo y observancia más de sesenta años; halléme en su muerte siendo en aquel reino el primero provincial de mi Orden, no lo mereciendo, y fué Nuestro Señor servido hacerme esta merced: que porque el dia de sus obsequias no hobo sermon, respecto de ser los oficios muy largos, y las ceremonias con que se entierran estos señores obispos, el dia del novenario, aunque se habia encomendado al guardian del convento de nuestro padre San Francisco, por cierta ocasion no lo predicó, y se me mandó predicase, lo cual hice lo mejor que pude fundando mi sermon sobre esta sentencia: *prœtiosa est in conspectu Domini mors sanctorum eius.* El padre fray Juan del Campo, gran varon en opinion de sanctidad y letras, todos los cuales fueron provinciales y algunos vicarios generales ó comisarios, como en esta sagrada religion se nombran.

Es mucho más moderno quel nuestro, que no creo ha 45 años se fundó, por lo arriba dicho. Ha crecido, favoreciéndolo lo mano del muy alto, en este breve tiempo, en edificios, porque está acabado; la iglesia, sombría é no de bóvedas.

El edificio de la casa bueno y alegre, con muchas fuentes, y un estanque que llaman, dado por el Marqués de Cañete el viejo, de buena memoria, el cual era como casa de recreacion del marqués Pizarro, de mucho sitio y de muchos parrales y árboles frutales, así de la tierra como de los nuestros; sustenta 130 y más religiosos, y estudio.

Han salido della tres obispos: el reverendísimo fray Diego de Medellín, de quien poco ha tractamos; el reverendísimo fray Juan Izquierdo, obispo de Puerto de Caballos y agora obispo de Yucatán; el reverendísimo fray Hernando Trejo, obispo de Tucumán, los dos últimos hijos desta provincia, y se espera habrá otros muchos más.

El padre fray Hierónimo Villacarrillo, y el padre fray Juan del Campo, no quisieron iglesias, enviándoles cédulas dellas Su Ma-

jestad. Tanta era la humildad y religion destos venerabilísimos padres.

CAPITULO XXXIV

Del convento de San Augustín.

El convento de nuestro padre San Augustín, ó por mejor decir nuestro abuelo, es más moderno, empero de buen edificio la iglesia, si un temblor muy grande no le abriera la capilla mayor. Comenzóse la iglesia toda de ladrillo y cal y de muy buena traza. Tambien ha crecido en número de religiosos en breve tiempo, porque no ha 44 años que se fundó esta Orden en este reino; hobiera crecido en más si las obras de los edificios dieran lugar á recibir novicios. Sustenta 60 religiosos y más, con mucha religion, letras y ejemplo.

Ha habido famosos varones, los cuales yo he conocido.

El padre fray Juan de San Pedro, tres ó cuatro veces provincial, varon de gran opinion y crédito. El padre fray Andrés de Santa Maria, varon gran religioso, murió siendo provincial; el padre Cepeda; el padre Corral, gran predicador que por predicar la verdad padeció un poco de riesgo en el Cuzco. El padre maestro fray Diego Gutiérrez, muchos años lector de Teología en su casa, maestro de los que agora son en su Orden varones doctos. El padre fray Juan de Almaraz, maestro en Sancta Teología, discípulo deste sobredicho padre, fué catedrático de Escritura en la Universidad, murió provincial y electo obispo del Rio de la Plata, hijo deste convento. El reverendísimo fray Luis López, obispo de Quito, varon docto y predicador, maestro de los que ahora predican y enseñan en su Orden, hombre prudente mucho, y de gran ánimo, emprendió el edificio de la iglesia todo de ladrillo y cal como acabamos de decir; otro que su amor no lo imaginara, siendo provincial y despues prior, varon derechamente religioso, de gran ejemplo y bondad. El padre maestro fray Alonso Pacheco, agora provincial y lo ha sido otra vez, hijo desta casa, donde tomó el hábito agora 37 años, siendo de 16, varon de letras, púlpito, ejemplar, gran religioso. Otros muchos religiosos tiene, que la brevedad no da lugar á tractar dellos.

A su Orden se le quede este cuidado. La capilla del Crucifijo de los plateros es muy devota y tiene cofradia de sangre; celébrase con mucho concurso de gente y mucha cera.

CAPITULO XXXV

Del convento de la Merced.

El convento de Nuestra Señora de las Mercedes, despues del nuestro, es el más antiguo en esta ciudad; la iglesia es bien edificada, aunque no de bóveda, con sus capillas colaterales. Conocí en este convento al padre Orense y al padre fray Juan de Bargas, que fueron provinciales, ambos varones religiosos y de mucho y buen ejemplo. El padre Angulo y el padre Ovalle, catedrático de Prima en la Universidad, de Teología, varon religioso. A las derechas sustenta de 60 á 70 religiosos; la sacristía es adornada de muchos é buenos ornamentos.

CAPITULO XXXVI

Del convento del Nombre de Jesús.

En nuestros dias (siendo ya sacerdote) se fundó el colegio del Nombre de Jesús, de los Padres de la Compañia, habrá 30 años. Es para dar muchas gracias al Señor y á su santísimo nombre, ver en cuán breve tiempo ha crecido en número de religiosos y haciendas, porque el dia de hoy sustenta más de ochenta religiosos, sin la casa de los novicios que tiene fuera de la ciudad.

El primer fundador fué el padre Portillo, gran predicador y bonísimo religioso, con otros padres que con él vinieron. Hospedámoslos en nuestra casa, y de allí salieron para irse al sitio donde agora viven, uno de los mejores del pueblo. Ayudóles nuestro convento y acreditóles en todo lo posible, y los regaló el tiempo que en nuestra casa estuvieron; reconocen lo buena obra que se les hizo, por lo cual, cuando llegamos á las suyas nos hacen toda caridad, como en particular la he recibido, hospedándome y regalándome con mucho amor; despues la augmentó el padre Acosta, provincial, gran predicador y muy docto, aceptísimo por su religion y buen ejemplo. Otros religiosos tiene grandes siervos de Dios, muy consignados á su servicio, para predicar á estos naturales, y con ánimos de se entrar por la tierra de guerra á predicar la ley Evangélica, sólo con las armas de la fe.

CAPÍTULO XXXVII

Del convento de los Descalzos.

De pocos años á esta parte se ha comenzado á fundar de la otra parte de la puente

y rio, no son catorce años pasados, el convento de los Descalzos, con gran abstinencia, religion y cristiandad. Este convento Nuestro Señor lo prosperará como cosa suya y donde se sirve mucho á su Divina Majestad.

CAPÍTULO XXXVIII

Del monasterio de la Encarnacion.

El monasterio de la Encarnacion, de monjas, que ha se fundó poco más de 45 años por doña Leonor Portocarrero y doña Mencia de Sosa, su hija, es como cosa de milagro ver en cuán poco tiempo cuánto ha crecido en toda virtud, y ahora recien profesó cuando se fundó, y se mudó de un sitio corto y breve que tenian junto al convento de San Augustín, que ahora es la perrochia de San Marcello y convento de monjas de la Trinidad, al sitio que ahora tienen, y en aquel dia de nuestra casa se hizo el oficio; yo serví de acólito en la misa mayor.

Ha crecido tanto el número de religiosas profesas, con favor del Altísimo Dios, que el dia de hoy sustenta más de 140 monjas, sin más de 40 novicias, y sin el servicio que tiene de las puertas dentro, con toda religion y ejemplo, cuanta Nuestro Señor la prospere en su servicio. Madre é hija fueron las dos principales fundadoras, las cuales han gobernado, é agora doña Mencia de Sosa abadesa (porque á su madre la llevó Nuestro Señor á gozar al cielo de su Majestad por el servicio que se le hizo y hace tanta virgen alabando de dia y de noche á su sanctísimo nombre) con tanta prudencia y discrecion, que parece más que humana. Con madre y hija entraron otras dueñas y doncellas: Antonia de Castro y Antonia Velazquez, doña Juana Giron, dos hermanas, doña Isabel y doña Inés de Alvarado, doña Mariana de Adrada, doña Juana Pacheco; todas casi viven el dia de hoy. Tiene este convento una excellencia que no sé si en la cristiandad se halla el dia de hoy: el cuidado en celebrar los oficios divinos; la solemnidad y concierto, con tanta música de voces admirables, con todos géneros de instrumentos, que no parece cosa de acá de la tierra, y sobre todo los sábados á la Salve, donde concurre la mayor parte del pueblo y de las Ordenes muchos religiosos á oirla. Yo confieso de mí que si todos los sábados, hallándome en esta ciudad, me diesen mis prelados licencia para oirla, no la perderia.

Los señores inquisidores muchos sábados no la pierden, y los Virreyes hacen lo mismo.

Ha usado Nuestro Señor con este convento, como el de la Concepcion, de su larguísima misericordia y particular cuidado en conservarlos en su servicio, que con no ser los edificios muy altos los ha guardado y guarda de suerte que jamás se ha imaginado cosa que no sea virtud y religion, porque ni duerme ni dormirá el que guarda á Israel.

Guardan la profesion y regla de las monjas de San Pedro de las Dueñas de Salamanca subjetas al Ordinario.

Pretendieron con todos sus fuerzas ser monjas nuestras; empero nunca pudieron acabar con el padre fray Gaspar de Carvajal, de quien arriba brevemente tractamos, siendo provincial, que las recibiese, aunque el prior del convento, el padre maestro fray Tomás de Argomedo, las favorecia todo lo posible y por muchos dias no perdieron la esperanza, y rezaban el órden de rezar nuestro, y guardaban las constituciones de nuestras monjas, hasta que ya perdida tomaron la que tienen y profesan; celebran en este convento el Tránsito de Nuestra Señora.

CAPÍTULO XXXIX

Del monasterio de la Concepcion.

El monasterio de monjas de la Concepcion habrá veinticinco años se fundó; fué fundadora dél doña Inés de Ribera, con gran pujanza de hacienda, así en muebles como en raíces. Hale augmentado Nuestro Señor mucho á su servicio; sustentasen en él hoy más de 120 monjas de velo, y muchas novicias. Hay en él grandes siervas de Dios, grandes religiosas de mucha penitencia, buen gobierno, y entre ellas han gobernado no poco tiempo, con título de suprioras, hasta que Nuestro Señor llevó al cielo á la fundadora, á pagarle el servicio con su favor hecho y el que se hace y se ha de hacer: Maria de Jesús, gran religiosa, despues de la cual han gobernado dos hermanas: doña Leonor de Ribera y doña Beatriz de Horosco, ya con título de abadesas (porque acabando la una de ser abadesa elegian á la otra), con gran ejemplo, religion, prudencia, modestia y blandura y no poca penitencia, con lo cual á las demás animaban al cumplimiento de lo profesado. Víanlas en los trabajos las primeras, por lo cual nadie se excusaba. Hacen lo que Cristo nos enseñó: El mayor entre vosotros sea como menor, y el que manda sea siervo de los demás. Gracias á Nuestro Señor, ansí no se ha dicho deste monaste-

rio, como ni del otro. Son sujectas al Ordinario.

En lo que toca á la celebracion de los Oficios Divinos, si no son iguales en la música al de la Encarnacion, vanles pisando los carcañales, y no les hacemos en esto agravio, porque el otro, como más antiguo y principio, proveyóle Nuestro Señor de voces y destreza en el canto y todo género de música cual se requiere para alabar á su Majestad. No quiero decir más, no me apedreen. Aunque es así, que en este convento hay Religiosas muy diestras, y de voces admirables, y en el órgano famosas.

CAPÍTULO XL

Del monasterio de la Trinidad.

Fundóse otro monasterio de monjas llamado de la Trinidad, habrá veinte años, de la Orden de San Bernardo: fundadoras fueron madre é hija doña Lucrecia de Soto y doña Mencia. Doña Lucrecia fué casada con Juan de Rivas, vecino de la ciudad de La Paz, por otro nombre llamado el Pueblo Nuevo: siendo ambos ya viejos y la hija viuda, aunque moza, se concertaron marido y mujer de que se metiesen monjas madre é hija y fundasen este monasterio con la hacienda que tenian; era mucha. Salieron con su intento la madre é hija; escogieron para sitio el que dejaron los padres de San Augustin, donde gastaron mucha plata en un dormitorio alto y bajo y en sacar los cimientos de la iglesia de tres naves, y se mudaron á medio de la ciudad donde no tienen tanto sitio como tenian. Aquí, que es el sitio muy grande, tiene tres cuadras en largo: una huerta muy espaciosa y buena eligieron para fundar un monasterio, pared en medio de la perroquia de San Marcello. Vívese aquí con gran recogimiento, tienen bastantemente lo necesario, pueden recibir seis monjas sin dote, y en muriendo alguna déstas luego reciben otra: guardan su profesion al pie de la letra. El locutorio y libratorio se frecuentaba tan poco, que no parecia haber en aquella casa monjas. En este breve tiempo se ha multiplicado, porque hay en él más de treinta monjas de velo, y novicias se van recibiendo. No comen carne en el refectorio perpétuamente.

Los edificios se van labrando y Nuestro Señor lo multiplicará todo. No quieren música de canto de órgano, su canto es llano y muy devoto, y órgano solamente, y proveyóles Nuestro Señor de una monja tan hábil en la tecla, que es cosa de admiracion.

CAPÍTULO XLI

Del monasterio de las Descalzas.

En esta ciudad de Los Reyes fué doña Inés de Sosa, hija ligítima de Francisco de Talavera, de los antiguos conquistadores, y de Inés de Sosa. Habiendo sido casada dos veces, en vida del segundo marido murió, y no dejando hijos, toda su hacienda dejó para que se instituyese un monasterio de monjas descalzas debajo de título de la Concepcion de Nuestra Señora. Edificóse junto á la plazuela de Santana y para él salieron del monasterio de la Concepcion las dos hermanas arriba dichas, doña Leonor de Ribera y doña Beatriz de Orozco, con otras cuatro ó cinco religiosas, donde guardan la observancia con mucho rigor: creo es constitucion no pueda haber á lo más largo más que veinte monjas de velo. Espero en Nuestro Señor se ha de servir aquí grandemente.

CAPÍTULO XLII

De la iglesia de nuestra Señora de Guadalupe.

Fuera desta ciudad, junto al camino de Pachacama, fundó Alonso Ramos Cervantes y su mujer doña Elvira de la Reina una iglesia con invocacion de Nuestra Señora de Guadalupe, á su costa, por órden y licencia del reverendísimo arzobispo Mogrobejo, á instancia de un religioso de la Orden de San Jerónimo del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe de España, cuya primera piedra del fundamento de la iglesia puse yo ya consagrado obispo. El fundador es natural de Medellin, é yo nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños sacar un marqués del Valle, don Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo, y un fundador de la iglesia de Nuestra Señora. Todo esto sea á gloria del hijo y de la madre. Es cosa admirable ver en cuán poco tiempo ha crecido la devocion á aquella iglesia: tiene un retrato al vivo de la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe puesta en el altar mayor, que retractó el mismo religioso de San Hierónimo arriba dicho, con muchas piedras preciosas.

Tiene muchos y buenos ornamentos y cuatro lámparas de plata y dos altares colaterales en el encaje de las paredes. Es mucha la frecuencia de la devocion de los fieles,

porque cada dia se dicen allí más de doce misas por devocion, con que pobres sacerdotes se sustentan y algunas veces sobran las limosnas. Un buen hombre, luego que se puso la imágen, todos los sábados á cuatro sacerdotes da á cada uno cuatro reales porque canten la Salve, y un hermano del fundador, sacerdote, llamado Esteban Ramos, dejó instituída una capellania en esta iglesia, de más de docientos y cincuenta pesos de renta. Es cosa admirable la devocion que los fieles tienen á la advocacion desta iglesia y cómo se va multiplicando, porque hasta en la mar, los que se hallan en tormenta reciben mil favores de Nuestra Señora, y así ningun navio deja de traer limosna á esta iglesia.

Un religioso del convento de Nuestra Señora de Monsarrate fundó tambien otra iglesia con la misma advocacion.

El reverendísimo desta ciudad ha hecho otro monasterio, con título de Santa Clara, en el mejor sitio della, con limosnas que ha pedido á naturales y á todo género de gentes cuando visita su obispado, y con parte de su hacienda. Cuando esto escribo debe estar acabado, pero hasta agora no se sabe que hayan entrado en él ningunas monjas; tiene mucho y grande sitio y muy bien cercado. Entraron en él este año de 605 cinco monjas de la Encarnacion, priora, supriora, portera, maestra de novicias, sacristana; las doce monjas novicias para hábitos son legas, sin dote alguno.

Los clérigos han hecho otra iglesia llamada San Pedro, una cuadra más arriba del convento de San Francisco, donde se entierran los sacerdotes pobres y los curarán de sus enfermedades; entiérranlos con mucho acompañamiento; fué fundadora *la Caridad.*

CAPITULO XLIII

De las cofradías desta ciudad.

La cofradia de la Caridad es rica; tiene una casa de recogimiento del mismo nombre, donde se recogen algunas doncellas pobres debajo del gobierno de una matrona honrada y buena cristiana y se les provee de lo necesario. El dia de la Asumpcion de Nuestra Señora sacan desta casa seis doncellas y las traen en procesion á la iglesia mayor, y aqueste mismo dia se les dan maridos y su dote señalado.

La cofradia del Sanctísimo Sacramento es muy rica y acompáñase en esta ciudad cuando sale fuera con mucha cera y mucho concurso de gente, tanto como en cualquier parte del mundo. Las varas del palio llevan sacerdotes con sus sobrepellices, y el guion asimismo, y dos maceros con dos mazas grandes de plata, delante del Sanctísimo Sacramento. A los sacerdotes que llevan las varas y al del guion y á los maceros les da la cofradia por cada vez á cada uno cuatro reales de limosma. Esta cofradia está fundada en nuestro convento, con las gracias de la de la Minerva de Roma.

La cofradia de la Vera Cruz asimismo está fundada en nuestra casa. Tiene bastantemente lo que ha menester, con su capilla por sí, detrás de la capilla del capitan Diego de Agüero, bien adornada, donde los dias de la Cruz se saca en procesion un pedacito del lignum crucis en que Cristo Nuestro Señor murió, con gran veneracion y concurso de todo el pueblo, y muchas hachas de cera y de más de á media libra, para todos los cofrades.

En otros monasterios hay otras, como en San Francisco, la de la Concepcion de Nuestra Señora, muy rica; en San Augustin, la de Santa Lucia y del Crucifijo, que tienen los plateros, y todas tienen sus cofrades que llaman veinticuatros, los cuales en los dias señalados que hacen sus procesiones llevan cirios encendidos, y cuando alguno destos veinticuatro muere, los demás han de acompañar el cuerpo con sus cirios, y le han de mandar decir, cada uno, una misa rezada, y acaece ser uno veinticuatro en tres ó cuatro cofradias, y todos le han de acompañar con sus cirios.

Los negros tienen sus cofradias aparte, y veinticuatros; es cosa de ver qué cirio sacan muriendo algun veinticuatro; yo vi un acompañamiento de una negra que me admiró: es cierto que acompañaban el cuerpo más de treinta cirios, sin la cera menuda; esta cofradia tienen los negros fundada en la iglesia mayor; en San Diego tienen los negros otra capilla y cofradia; demás desto, en San Francisco otra.

En nuestra casa tienen los indios cofradia y capilla y veinticuatros, y lo mismo en San Francisco, y en la Compañía otra del niño Jesús, todas con sus veinticuatros, y es cosa de ver los solemnes enterramientos que se hacen con cera, cirios y posas.

CAPITULO XLIV

De la capilla de la Cárcel.

La capilla que llaman de la cárcel, donde los presos, así de la cárcel de corte como los de la ciudad, oyen cada dia misa, es una de

las buenas cosas que en provecho de los pobres presos se ha fundado en el mundo, y tuvo su principio desta suerte: Habrá 47 años que los mercaderes se juntaron y determinaron entre pocos, no creo fueron diez, de pedir limosna cada semana, ó cada mes (los presos pobres no eran tantos como agora), dos dellos, y de las limosnas tener cuidado de proveerlos de comer, y cuando las limosnas no alcanzasen, ellos de sus haciendas suplirlo; consultáronlo con el Sr. Arzobispo don Jerónimo de Loaysa, de felice recordacion; aprobó su intento, dióles licencia para que pidiesen limosna, y señalóles un tanto que su mayordomo les daria sin ninguna falta; los segundos que pidieron para esta obra sanctisima fueron dos mercaderes que yo conocí mucho y traté: el uno se llamaba Juan Vazquez y el otro Juan Baz: andando pidiendo, determinaron de entrar á pedir limosna al marqués de Cañete, de buena memoria, y para hablarle no fué necesario aguardar mucho, luego les mandó entrar; bésanle las manos, suplícanle les mande dar limosna para los pobres de la cárcel, dícenle lo que entre sí habian determinado; alabóles la obra, y de primera instancia mandóles dar cien pesos, y que para cada mes, dende en adelante, tuviesen cuidado de pedir á su mayordomo cincuenta pesos, que luego se les darian, como así fué. Desta suerte comenzaron á pedir y á tener cuidado de los pobres. Nuestro Señor ha favorecido tanto esta obra de caridad, que la capilla tiene capellan señalado con muy buena prebenda, y el capellan ha de ser graduado, docto, para confesar á los presos, y predicarles, y para que los que han de justiciar, animarlos y salir con ellos.

Agora hay señalados mayordomos y oficiales y tiénese por mucha honra ser de los principales desta cofradia. La advocacion de la capilla es de San Pedro; celébrase la fiesta el dia de su Cátedra con mucha solemnidad, y porque en la capilla no cabe el pueblo, cúbrese la plaza buena parte con velas de navíos y el púlpito pónese á la puerta de la capilla, de suerte que en la capilla y plaza cubierta entra toda la gente que concurre.

CAPÍTULO XLV

De la Universidad.

Su Majestad del Rey Felipo 2.°, de inmortal memoria, celoso del bien deste reino como lo es de todos los que gobierna con tanta justicia y cristiandad cuanta ningun Rey ha gobernado hasta agora, mandó se fundase una Universidad donde se leyesen las sciencias, y á los que en ella se graduasen les concedia las exemptiones que gozan los graduados en Salamanca. Por órden de Su Majestad la instituyó y fundó el Visorrey don Francisco de Toledo, donde se lee, por muy doctos maestros y doctores, Latinidad, Artes, Lógica, Filosofía, Cánones, Leyes, con suficientes salarios, y Escritura divina. Medicina hasta hoy no se ha leido, ni Retórica, ni Astrologia; corren á estudiar de Quito á Chile, nacidos en estas tierras, buenas habilidades. Con esta Universidad ha hecho gran bien y merced Su Majestad á estos reinos, halos ennoblecido y ha descargado mucho su conciencia real, gratificando y haciendo hombres á los hijos, nietos y tataranietos de los conquistadores y pobladores, á cuyos antecesores no se les habia hecho merced, y si hecho, no tanta cuanta sus servicios merecian. De los nacidos acá se han graduado, y con rigurosísimo exámen, algunos doctores y maestros en las facultades dichas, y se graduarán muchos más, ó van graduando, por lo cual, cuando hay doctoramiento, es de ver en tan breve tiempo muchos doctores y maestros; ni los graduados en otras Universidades se desdeñan de incorporarse en ésta.

CAPITULO XLVI

De los Colegios.

Tambien por órden de Su Majestad se fundó un colegio, llamado El Real, donde sustenta cierto número de colegiales á costas de Su Majestad, para descargo de su real conciencia, bien y merced de sus vasallos; llámase San Felipe; dáseles lo que se suele dar en otros colegios.

El arzobispo D. Toribio Mogrobejo fundó otro, que es el seminario que manda el concilio Tridentino; hay pocos colegiales.

Los padres de la Compañía tienen otro colegillo á las espaldas de su casa, donde enseñan solamente latin, nombrado San Martín á devocion del Virrey D. Martin Enriquez. Por cada muchacho que allí entra paga 120 pesos cada año.

CAPITULO XLVII

De la capilla de Nuestra Señora de Copacavana.

En la provincia del Collao (como en su lugar diremos) hay un pueblo de indios llamado Copacavana. Aquí hay una imágen de

Nuestra Señora que ha hecho no pocos milagros agora en nuestros dias. A devocion desta imágen, en todos los pueblos casi de españoles y en muchos de indios, se han puesto imágenes de Nuestra Señora con la misma advocacion; en esta ciudad se hizo una capilla junto á la puerta del Perdon de la iglesia mayor, con una imágen nombrada así: Nuestra Señora de Copacavana, la cual debe haber veinte años poco más que se puso, donde con gran devocion concurre el pueblo, la cual tiene muy adornada, y un capellan que sirve en esta capilla y sustenta muy abundantemente con las limosnas.

CAPÍTULO XLVIII

De los hospitales.

Sustenta esta ciudad cuatro hospitales: uno de españoles, llamado San Andrés por respeto del marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, á quien de su hacienda dió muchas limosnas y crecidas, pasadas de 30.000 pesos, como diremos cuando tractáremos de su gobierno y virtudes.

Aquí se curan solamente españoles y negros, de todas enfermedades, con mucho cuidado y regalo; la enfermeria de las enfermedades cotidianas es á modo de cruz; el un brazo más cercano á la puerta sirve de cuerpo de iglesia; los otros tres para enfermos, en las paredes hechos sus encajes, donde está la cama del enfermo con su cortina delante y de donde puede ver misa. El altar se colocó en medio destos brazos. Despues acá no sé que Virrey le haya hecho tantas limosnas, ni con mucho que llegue á ellas. Fuera destas enfermerias hay otros apartamientos para curar otras enfermedades contagiosas.

Quien con más cuidado comenzó á tenerlo de los pobres hasta que la edad no lo permitió, fué el padre Molina, sacerdote, gran celador del bien de los enfermos, y augmentador de las haciendas del hospital, con notable ejemplo de vida y cristiandad, con la cual acabó en el Señor

Su hermano el secretario Molina se metió á servir á los pobres, donde acabó tambien.

El segundo se llama Santa Ana, donde solamente se curan indios; fundólo á su costa, así la iglesia como la capilla mayor de bóveda, y lo demás de buenos edificios, el ilustrísimo y reverendísimo fray Jerónimo de Loaysa, primer arzobispo desta ciudad y reino, de felice recordacion, dejándole bastantísima renta, donde murió y está enterrado. El dia de su advocacion se gana una y muchas más veces indulgencia plenísima, mejor diré jubileo plenísimo; cúranse aquí los indios de todo el reino que caen enfermos, con todo el regalo y cuidado posible, donde ha habido grandes siervos de Dios, seglares, que se han venido por esclavos ellos mismos, y dedicado al servicio de los indios, y entre ellos floreció en nuestros tiempos el padre Machín, sacerdote vizcaino, y otro gran siervo de Dios, que todo el dia se ocupaba en pedir limosna á pie por la ciudad, y de noche velaba su cuarto á los enfermos, como si no hobiera trabajado nada entre dia, sin que nadie fuese parte á que descansase. Acabó loablemente; llamábase fulano Ruiz.

El tercero es nombrado el Spíritu Santo; aquí se curan solamente los marineros, porque ellos á su costa le han fundado, y han hecho una buena iglesia; los edificios van labrándose; cada navío le acude con una soldada, fuera de las limosnas que piden en los viajes y otras que marineros é pilotos les dejan al tiempo de su muerte.

Hase fundado otro, que es el cuarto, llamado San Diego, de convalecientes; éste es muy moderno; aquí se da bastante recaudo á los tales, hasta que enteramente han recuperado la salud y puedan trabajar.

Hay otro, llamado San Lázaro, pasado el rio; es el más pobre; comenzóle á fundar y á su costa, muy poco á poco, un buen hombre, muy conocido en esta ciudad, é yo le conocí mucho, Anton Sanchez, espadero de oficio y muy enfermo de grandes dolores. Murió este buen hombre, despues del cual se entró á servir allí el padre Cristóbal Lopez Bote, sacerdote muy conocido en este reino, y de mí muy en particular y tractado, á quien Nuestro Señor hizo admirables mercedes, porque habiendo por cierta ocasion muchos años tenido una enemistad que le inquietó mucho y desasosegó, y en lo demás de su sacerdocio hombre muy concertado y muy buen eclesiástico, le tocó la mano del Señor y se consagró allí á servir á los pobres, no sólo españoles, sino negros esclavos é pobres indios, de tales enfermedades que en los demás hospitales no los querian recibir, é los curaba (yo lo vi, y otros muchos) de aquellas enfermedades contagiosas y asquerosas, tan sin asco y con tanto amor y caridad como si fueran sus hijos ó hermanos. Despues le dió Nuestro Señor una enfermedad muy larga y trabajosa, la cual sufria con tanta paciencia cuanta el Señor que se la dió sabia era necesaria para llevarla; su cama, una tabla; murió loablemente en el Señor.

CAPÍTULO XLIX

De la iglesia Mayor.

Hasta agora la iglesia Mayor desta ciudad era muy pobre de edificios; solamente la capilla mayor era de bóveda, del marqués don Francisco Pizarro, dotada por él con una rica capellanía, y al lado del Evangelio, en la pared, tiene su sepultura. Agora se ha hecho una muy buena, de cal y ladrillo, de tres naves, donde se celebran los divinos oficios con mucha puntualidad y canto de órgano; en esta santa iglesia está fundada la cofradía de las ánimas del Purgatorio, en su capilla, con altar previlegiado, donde cada misa que en él se dice se saca un ánima de Purgatorio, y son tantas las que cada dia se dicen, que al cabo del año pasan de cuatro mil, y al sacerdote que la dice se le da luego su limosna acostumbrada; de suerte que se sustentan sacerdotes pobres, porque allí tienen la limosna cierta. Otras capillas de vecinos particulares hay en ella, como es, al lado del Evangelio, la de Nicolás de Rivera, el Viejo, de quien dijimos arriba, con la advocacion de Santa Ana, con buena renta, y al de la Epístola, la de Francisco de Talavera, de quien tambien hicimos breve mencion, con invocacion del Crucifijo.

Los carpinteros tienen aquí su cofradía con la invocacion de San José, y celebran su fiesta con mucha solemnidad. Los zapateros tienen tambien su cofradía, con invocacion de San Crispino y Crispiniano, que los celebran como mejor pueden. Los negros tienen tambien su cofradía, como ya dijimos.

CAPÍTULO L

De los edificios.

Los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenian sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero agora, como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí árbol ni parra.

La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadras; tiene la plaza las dos frentes cercadas de arcos de ladrillo y sus corredores encima, ó por mejor decir doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden el sol á los tractantes, el cual á su tiempo es muy caluroso; debajo destos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

CAPÍTULO LI

De los vestidos de las mujeres.

Lo que en esta ciudad admira mucho, y aun lo que se habia de refrenar, es los vestidos e trajes de las mujeres; son en esto tan costosas, que casi no se sabe cómo lo pueden sufrir sus maridos. La soberbia dellas es demasiada, y no sabemos en lo que ha de venir á parar; plegue á Dios y no sea en lo que pararon aquellas de quien dice Nuestro Señor: Porque las hijas de Sion se ensoberbecieron (esto es, las ciudadanas); cuando salian de su casa llevaban las gargantas extendidas, los ojos altos á una y á otra parte, guiñándolos, los pasos muy compuestos; el Señor las volverá calvas y les raerá los cabellos de sus cabezas, les quitará sus chapines y jerbillas bordadas, las medias lunas, rodetes, las cadenas y collares de oro, las ajorcas, los tocados costosos, los punzones de oro para partir las crenchas, los zarcillos y los olores, los anillos é piedras preciosas, etc., y por los olores se les dará muy pestilencial olor, y por las cintas de oro, sogas de esparto, etc.

No creo yo hay en lo descubierto del mundo ciudad en su tanto, ni cuatro veces mayor, que á tanta soberbia, en este particular, como esta nuestra ciudad, llegue; acuérdome que los años pasados, más ha de 38, que llegando un religioso nuestro de España, nacido y criado en Toledo, á nuestro convento desta ciudad, cerca de la fiesta del Corpus Christi, tratando della y de la sumptuosidad, majestad y riqueza que aquel dia en Toledo, en calles y ventanas, se mostraba, le deciamos que no nos espantase, porque en nuestra ciudad veria como no le hacia mucha ventaja Toledo. Llegó la fiesta, vió la riqueza que se mostró en los vestidos de las mujeres, adornos de ventanas, altares y calles; dijo que la riqueza de Toledo, en este dia mostrada, no hacia muchas ventajas á la de esta ciudad. Pues es cierto que hay tanta diferencia de entonces agora, en lo que vamos tratando, como de vestidos de aldea á vestidos de corte, con justo título se podria moderar por los virreyes esta soberbia, pero no sé por qué no se modera;

y sí sé, porque ni los maridos no tienen ánimo para moderarlo, ni los gobernadores tampoco.

CAPÍTULO LII

Del acompañamiento del Santísimo Sacramento.

Habia en esta ciudad una costumbre muy loable, mas ya se va cayendo por la mucha cobdicia, y era que, en tocando la campana del Sanctísimo Sacramento para se dar á los enfermos, por maravilla quedaba hombre en su casa que no acudiese luego á la iglesia Mayor; las tiendas de los mercaderes se cerraban, y ellos y sus criados, con gran fervor, iban á acompañar al Señor del cielo y de la tierra, y realmente era cosa de ver tanta gente como se llegaba, sin que se viese una capa parda ni de color, sino todos vestidos de negro, y para todos habia cera de media libra, que es gran excelencia, sin reparar si eran cofrades ó no.

Vi esto, siendo seglar, dia del Santísimo Sacramento en la iglesia Mayor. Los mayordomos de las cofradias sacaron su cera; llegóse á ellos uno de los mayordomos del Santísimo Sacramento y díjoles: Volved, señores, vuestra cera á vuestras casas, porque la cofradia no tiene necesidad de cera de otra, y no les consintió dar ni una vela. ¿A dónde, en todo el mundo en la cristiandad, hay ciudad cristiana que haya sucedido tanta grandeza? en aquel tiempo, los oficiales sacaban sus pendones; agora saca cada género de oficio imágenes de bulto en sus andas, en hombros, muy bien labradas y guarnecidas, acompañadas de muchas hachas y cera de media libra, que es no menos grandeza, porque se trae la cera de España.

No conocemos ciudad en ningun reino cristiano que tal tenga.

Hasta las cofradias de los indios y de los negros llevan sus imágenes de bulto, en andas y con sus hachas de cera.

Esta cofradia es muy rica, tiene muy buenas posesiones de casas y tiendas en la Plaza; hizo una custodia, toda de plata de muy buena labor, y muchos pilares macizos de plata, poco menos que un estado de un hombre, y para llevarla en hombros el dia del Santísimo Sacramento son necesarios doce sacerdotes de remuda; ya se lleva en un carreton.

Esta cofradia dimana de la que está fundada en Roma, en la Minerva, que es convento nuestro; tiene suma de gracias, indulgencias y jubileos más que otra alguna, y justísimamente, por concesion apostólica, tenémosla en nuestro convento; subcedió, pues, así, viviendo yo en él, recien sacerdote: El domingo siguiente despues del jueves que se celebra la fiesta en la iglesia Mayor, se celebra en nuestra casa; el sábado antes tráese la custodia de la iglesia Mayor á nuestra casa, para sacar en ella en nuestra procesion el domingo el Santísimo Sacramento, la cual se celebra con mucha pompa y alegria, saliendo del convento y andando una cuadra en torno, y una frente de la cuadra es la plaza. En la peana desta custodia, sobre que se arma toda ella, se fija otra custodia de oro toda, muy bien labrada, con que el ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, arzobispo de esta ciudad, sirvió á la Majestad del Señor, que vale tres mil pesos, encima de la cual, en su veril, se pone el Santísimo Sacramento. El padre sacristan era un sacerdote muy esencial que yo conocí é traté mucho; fuimos novicios juntos; en un bufete puso las andas en la iglesia, en la capilla del capitan Diego de Agüero, de quien habemos arriba sumariamente tratado. Cubriólas con unos manteles, de los que hay sobrados para los altares; sucedió, pues, así: que aquella noche, quienquiera que fué, notó bien donde se ponia la custodia, y despues ó antes de maitines de media noche, fuese para la custodia, desclavó la de oro y fué nuestro Señor servido que con ser la peana sexavada y por cualquiera de las puertas de los sexavos podia entrar y salir la custodia de oro (no se fija en este lugar ni está en él, sino cuando ha de salir en ella el Santísimo Sacramento) que no acertase aquel infame ladron á sacarla; acertó á desclavarla y no acertó á sacarla. El sacristan era gran siervo de Dios y de nuestra Señora muy devoto; llamábala nuestra Ama; cuando vió por la mañana la custodia de oro desclavada y que no la pudo sacar aquel más que pérfido ladron, arrimada á una de las puertas del sesavo, dió muchas gracias á Nuestro Señor y á su Madre santísima, y si no fuí el primero, fuí el segundo á quien lo dijo. Este sacrílego ladron debia ser algun impio luterano.

CAPÍTULO LIII

De la cristiandad deste pueblo.

Pues porque digamos á gloria de Nuestro Señor lo que resplandece mucho en este pueblo, aunque es así que en los trajes es demasiadamente soberbio, con todo eso es muy cristiano; la cofradia de la Caridad casa tantas doncellas como habemos dicho, y fuera desto, como en todos los monasterios haya

tantos jubileos, indulgencias y perdones, los más de los cuales para ganarse requieren confesar y comulgar, es cosa de gran alegria ver en los monasterios tanta frecuencia en confesiones y comuniones. Son, pues, tantos los jubileos que en esta ciudad á los monasterios, iglesias y capillas son concedidos, que no sé yo si, fuera de Roma, hay otra en toda la cristiandad de tantos, ni donde con tanto fervor se acuda á ganarlos, haciendo y tomando los medios que para ganarlos los Sumos Pontífices que los concedieron mandan se tomen.

A toda esta ciudad por una parte la cerca el rio, por las otras tres huertas y viñas llenas de árboles frutales, como dejamos escrito; de los de la tierra, si no son plátanos, ya casi no hay otros, por ser de tan buena fruta como los nuestros El vino, pan y carne que se gasta es cosa increible; buena poblacion es la que consume en el rastro más de 50.000 carneros, sin los que se gastan en la carneceria, y más de 100 reses vacunas cada semana; carne de puerco no hay quien se atreva á dar abasto; dan tantos para cada dia; oficiales, tanto género dellos como en Sevilla. El puerto, uno de los mejores y más capaz del mundo, abundantísimo á su tiempo de mucho pescado, donde jamás faltan de cuarenta navíos grandes y pequeños, y dende arriba, de Panamá, México, Chile y Guayaquil. Empero tiene un gran contrario temeroso y enfadoso, y es los temblores de tierra que la suelen descomponer, como los años pasados sucedió uno que derribó muchos edificios; mas en breve se han tornado á redificar muy mejor que antes, y despues que se tomó en suerte por abogada la fiesta de la Visitacion de Nuestra Señora, ha sido Nuestro Señor servido, por intercesion de su santísima Madre, no haya venido temblor dañoso; celebra la ciudad esta fiesta con procesion, que sale de la iglesia mayor, anda en contorno de la plaza con la solemnidad casi que se celebra la del Corpus Christi, y con tanto concurso del pueblo.

No sale el Santísimo Sacramento, ni las cofradias ni oficiales con sus andas; en lo demás, la misma solemnidad se guarda.

CAPÍTULO LIV

Las cosas contrarias á esta ciudad.

Es combatida esta ciudad de enfermedades que de cuando en cuando Nuestro Señor por nuestros pecados envia, y en otros tiempos lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del rio, como dijimos; despues de traida la fuente, esta enfermedad ha cesado. Las enfermedades cuotidianas son, en alcanzando algun nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencial, porque como es de su natural muy frio, en corriendo son estas enfermedades con nosotros, y en todo lo que habitamos desta tierra y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte ó Sur, el Sur sano, el Norte enfermo; demás desto, como las mercaderias se traigan de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y cáusanos mucho daño y gran disminucion en los naturales, como ahora lo causa una enfermedad de viruelas juntamente con sarampion, llevándose mucha gente de todas naciones, españoles, naturales, negros, mestizos y de los demás que en estas regiones vivimos, y escribiendo este capítulo, agora actualmente corre otra no de tanto riesgo acá en la Sierra, como lo fué en los Llanos, de sarampion solo, el cual en secándose acude un catarro y tose que de los muy viejos é niños deja pocos, y en la ciudad de Los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros.

Alcancé en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, á los cuales oí decir que llegados á este valle les parecía era imposible morirse, aunque tambien decian habian oido á los indios que no fueran poderosos á conquistarlos si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte dellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, etc., y otras de la tierra, en gente desreglada causa grandes calenturas, á los cuales si les halla un poco faltos de virtud, fácilmente los despacha; pero desto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo, y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serla aficionado no lo niego, por tenerla por patria; en lo demás no digo tanto de bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años.

CAPÍTULO LV

De las calidades de los nacidos en ella.

Los que nascen en esta ciudad meros españoles son gentiles hombres por la mayor parte y de buenos entendimientos, y animosos, y lo serían más si los ejercitasen en cosas de guerra; son muy buenos hombres de á caballo y galanos, y para otras cosas que

adornan, la policia humana, no les falta habilidad. Por la mayor parte son más prodigos que liberales, y trasportados hacen muchas ventajas á los naturales En una cosa tienen gran falta, esta no es la culpa suya, sino de los que gobiernan; déseme licencia para tratarlo, porque á ello no me mueve quererme entremeter en cosas de gobierno, sino advertir del daño que podria suceder. La falta que tienen es que esta ciudad es puerto de mar. Pues los nacidos en puerto, que no sepan nadar, que no sepan qué cosa es mar, que no entren en ella, y que si entran luego se marean como si vivieran muy apartados della; esta es la falta. Hasta agora no se sentia, porque no se imaginaba que enemigos de la Iglesia católica y del nombre español nos habian de venir á robar; pero ya que por nuestros pecados lo experimentamos, debian los gobernadores á todos los nacidos en esta ciudad desde muchos años, mandar llevarlos al puerto, enseñarlos á nadar, meterlos en barcos y hacerlos llevar por lo menos dos veces en la semana cuatro leguas y más á la mar, porque se hiciesen á ella, y no que como testigo de vista hablo.

Cuando don García de Mendoza, marqués de Cañete, envió contra el ingles tres navios grandes y otros patajes, yo iba en la Almiranta, y cuantos criollos, así los llamamos, iban en ella, y hombres bien nacidos, en entrando en la mar cayeron como amodorridos, y el dia que vimos al enemigo, de mareados que estaban no eran hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, los cuales si estuvieran hechos á entrar en la mar no les subcediera.

Esto no es falta de ánimo, sino falta de ejercicio marítimo; lean los gobernadores á Platon en los libros de sus Leyes, y en los de la República, y deprendan de allí en qué han de ejercitar los muchachos para que puedan y sepan defender su república. Que los nacidos en puerto á la lengua del agua no sepan ni conozcan la mar, notable descuido es; y desto no más. De las mujeres nacidas en esta ciudad, como en las demás de todo el reino, Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen muchas ventaja á los varones; perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo.

CAPÍTULO LVI

Del puerto y pueblo del Callao.

Dos leguas desta ciudad á la parte del Poniente demora (hablemos como marineros) el puerto desta ciudad, llamado el Callao, poblado de muchos españoles y otras naciones, con su jurisdiccion. Ha crecido mucho y crecerá más, por ser temple más fresco y más sano que la ciudad de Los Reyes, á causa de ser fundado á la orilla ó costa de la mar; solamente le falta agua y tierra para los edificios, porque lo uno y lo otro se trae más de media legua, porque el suelo todo es cascajo, y si alguna tierra hay es salitrosa, y de leña no tiene sino mucha falta. Tiene su iglesia mayor, sustenta cuatro conventos: Santo Domingo, llamado por otro nombre Nuestra Señora de Buena Guía, el cual fundó, con autoridad de la Orden, el venerable viejo fray Melchior de Villagomez; despues se ha augmentado de suerte que es priorato. San Francisco, San Agustín, los padres de la Compañía, la Merced: todos se sustentan razonablemente, aunque con pocos religiosos; los más son los nuestros, que son de seis para arriba, y fué necesario fundarlos porque los religiosos que se embarcan y desembarcan se vayan á sus conventos, y no á casa de seglares, que es inconveniente.

Tambien es castigado de temblores de tierra, y de tarde en tarde de inundaciones de la mar, porque cuanto ha que le conosco, que son más de 50 años á esta parte, sola una ha subcedido, que fué gobernando el conde del Villar, de la cual cuando dél tractaremos diremos lo que le subcedió. Sólo una cosa quiero decir, por ser cosa tocante á nuestro convento. Antes de la inundacion, ó juntamente con ella, vino un temblor de tierra muy grande, que derribó y arruinó muchos edificios; en el altar mayor de nuestro convento está la caja del Santisimo Sacramento, y encima desta caja, en un tabernáculo, una imágen de Nuestra Señora de bulto grande; con el temblor cayó la imágen saliendo de su lugar, y fué la Majestad de Dios servido que, habiendo de caer la imágen la cabeza las gradas abajo, y los pies en las gradas altas, que son tres ó cuatro, la hallaron los religiosos, pasado el temblor, acudiendo luego á la iglesia, la cabeza y rostro en la última grada del altar mayor, y los pies en la última grada junto al suelo, como postrada, pidiendo á su hijo bendictísimo misericordia por aquel pueblo, sin que se le hallase ninguna lesion; solamente el pico de la nariz tanto cuanto como desollado; en el encaje de la caja del Sanctísimo Sacramento ni en la caja no se halló cosa alguna más que si no hobiera pasado temblor alguno, ni la caja se movió de su lugar.

Todos los hombres de la mar tienen singular devocion á esta imágen y convento; los navios que salen llevan sus alcancías se-

ñaladas para pedir limosna para Nuestra Señora, y cuando vuelven acuden con la recogida, con mucho amor. Tiene el puerto abundancia de pescado al verano, que es de Noviembre hasta fin de Abril; luego entran las garúas y hace un poco de frio, y entonces hácense los peces á la mar á buscar abrigo.

CAPITULO LVII

De los valles que se siguen.

Siguiendo la costa adelante al Sur, llegamos luego al valle nombrado Pachacámac, no muy ancho, aunque en partes tiene dos leguas y más de fértil suelo; hay en él muy pocos naturales; las borracheras los han consumido el dia de hoy. A la entrada del valle vemos aquel famoso adoratorio ó guaca, que es un edificio poco menor que el de la guaca de Trujillo, dedicado por los indios al demonio, que les hacia creer era el criador de la tierra, y así llamaron Pachacámac, que quiere decir criador de la tierra. Es fama en esta guaca haber gran suma de tesoro aquí enterrado y ofrecido al demonio. Han algunos cavado en ella, empero no han dado en él, sino sacado plata de la bolsa; es necesaria mucha suma de plata y muchos años para atravesarla. Hoy la vemos casi cubierta de arena que los aires sobre ella han amontonado. A este valle, cinco leguas adelante, se sigue el valle de Chilca, que son unas hoyas naturalmente cercadas de arena, en las cuales se da mucho maíz y demás mantenimientos de la tierra; de nuestras fructas, uvas, higos, granadas, membrillos y melones, los mejores del mundo, y las demás fructas muy sabrosas, porque la tierra pica en salitre. Este valle ni hoyas tienen agua con que se rieguen, ni del cielo ni de la tierra, pero tiene bastante humedad con el agua que por debajo de la tierra se trasmina, la cual es poderosa para que las comidas crezcan, se multipliquen y lleguen á sazon; hállanse en estas hoyas jagüeyes, que son unos pozos poco fondos, con la mano alcanzamos á ellos, de agua salobre; otros, y éstos pocos, de agua un poco mejor que se puede beber y con ella se sustentan los indios y los españoles que por aquí caminan. Para sembrar el maíz usan los indios una cosa extraña: al grano de maíz lo meten en una cabeza de sardina, y así lo ponen debajo de la tierra; es mucha la que da en la costa (donde muy cerca están estas hoyas) huyendo de los peces mayores, si no dan en la costa, tienen cuidado de pescarlas. La costa es abundantísima de pescado, lizas, corbinas, lenguados, tollos y otros. Los indios usan sus balsas de junco como los demás desta costa y valles; puerto ninguno tiene. Los naturales se van consumiendo por la razon en el otro capítulo dicha.

Luego á cuatro leguas se sigue el valle llamado Mara, á quien corrompiendo la r en l llamamos Mala; de mucha y muy buena tierra, con un rio de la mejor agua destos llanos; es río de oro, de aquí se sacaba cinco ú seis leguas más arriba para el Inga. Dos leguas el rio arriba de la costa está un pueblo pequeño de cien indios casados, poco menos, nombrado Calango, que lo doctrina nuestra Orden. Doctrinándolo un religioso nuestro, llegó á él un indio con una piedra de metal, que la mayor parte era plata, y díjole que él le enseñaría *la mina;* sábenlo los caciques; este fué indio que hasta hoy no ha parecido, mas entiéndese lo mataron por que no descubriese aquel cerro, y así se ha quedado. El valle es fertilísimo de maiz, trigo y demás mantenimientos, todo acequiado; cultívase poco, respecto de haberse consumido los indios por las borracheras dichas.

Dos leguas adelante, poco más, se sigue el de Acia, ó por mejor decir el de Coaillo; tiene pocos indios, consumidos por lo dicho, y malas aguas. El rio se sume más de seis leguas antes de la mar, y junto á ella revienta en poca agua en una laguna pequeña que se hace cerca del tambo llamado Acia.

Tiene buenas tierras, aunque es angosto de riego Fueron los indios deste valle ricos de oro, y ellos entre los naturales destos Llanos, los más nobles de condicion; fué muy poblado; ya son pocos.

CAPÍTULO LVIII

Del valle de Cañete.

Prosiguiendo la costa adelante, á siete leguas andadas entramos en el valle ancho y fertilísimo, llamado Guarco, de los indios, y de nosotros Cañete, por un pueblo que en él se fundó llamado Cañete, de españoles, respecto del marqués de Cañete el viejo, de laudable memoria, que fué quien le mandó poblar; tiene puerto, aunque no muy seguro. Las tierras deste valle son muy apropiadas á trigo, maíz, y es cosa no creedera lo que acude por hanega. Son bonísimos para viñas, olivares y para los demás árboles frutales y mantenimientos, así de la tierra como nuestros; no tiene rio que por medio del corra; riégase con dos acequias sacadas desde

el tiempo de los Ingas, grandes, del rio de Lunaguaná, y el agua es buena; es abundante de ganados nuestros y de crias de mulas muy buenas; aquí no hay uno ni algun indio natural: tiene una fortaleza que guarda el puerto fácilmente. El pan de aquí es de lo bueno del orbe, por lo cual ya es proverbio: *en Cañete toma pan y vete*, porque como no hay servicio de indios en el meson y muy poco recado para los caminantes, no se puede parar mucho en el pueblo. Parte términos con este valle otro (yo lo he atravesado) de más de tres leguas de ancho y siete de largo, todo acequiado, de fertilísimo suelo, si lo hay en el mundo; el cual no se labra por se haber perdido una acequia con que todo se regaba, que hizo sacar el Inga á los naturales, del rio de Lunaguaná. Derrumbóse un pedazo de una sierra sobre ella y cojó la toma, y nunca más se ha abierto, que si se abriese, sólo aqueste valle era poderoso á sustentar la ciudad de Los Reyes de trigo é maíz; y aunque algunos Virreyes han pretendido desmontar la toma, no se atreven por ser necesarios más de 50.000 pesos. Yo conozco quien daba órden cómo se sacase el acequia, limpiase y desmontase, sin que á Su Majestad, ni á indio, ni á español le costase blanca, aunque se gastaran 100.000 pesos, y era ésta que el Virrey, la renta de los indios que vacasen y se habian de encomendar en beneméritos, como su Majestad lo manda, que encomendase los indios, pero que la renta de un año ó dos la aplicase para esta obra, y desta suerte juntara la cantidad de plata necesaria, y al encomendero no se le hiciera muy pesado, porque como habia estado años sin encomienda, teniéndola ya cierta, y la posesion, de muy buena gana la tomara, y dos años en breve se pasan, y cuando esto se quisiese moderar, para que el encomendero tuviese con qué comer, le diesen el tercio ó cuarto de la renta; lo demás, se aplicase para la dicha acequia.

Tratóse este medio con el ilustrísimo señor arzobispo destos reinos, y parecióle bien; tratólo con don Martin Enriquez, á la sazon Visorrey, y aunque no le pareció mal, respondió que las mercedes que habia de hacer en nombre de Su Majestad no las queria aguar con aquella carga, y fué respuesta de ánimo generoso, y correspondiente á la magnanimidad de nuestro católico rey, y así se quedó hasta hoy, y se quedará si este medio no se toma, porque no hay hombre á quien, aunque le den todo el valle por suyo, se atreva á gastar tanta plata, y desta suerte se desmontaba y abria la acequia, y sacada, cuando su Majestad quisiera vender aquellas tierras, sacara mucha más plata, lo cual es necesario hacerse, porque la gente se va multiplicando, y todos nos habemos de ocupar en cavar y arar, y que á los que se les hiciese merced, con esta carga la tomarian. Es cierto yo conocí un pretensor y benemérito en este reino que vacando un repartimiento lo pidió con esta condicion: que por cinco años los tributos se cobrasen para Su Majestad, y pasados fuesen suyos; dióselo el conde de Nieva, pasáronse los cinco años y él vivió gozando su renta más de otros quince, y á muchos parecio disparate; pues con esta condicion pidió estos indios, mejor los aceptara el que se los dieran por un año ó dos con esta carga, y es así que desde este tiempo acá, digo desde que se trató deste medio, han vacado muchos y muy buenos repartimientos, con que se hobiera sacado la acequia, aunque se gastaran en ella ducientos mil pesos; á dicho de los oficiales no son necesarios 60.000.

El valle de Lunaguaná, por donde pasa este rio, dista un poco más la tierra adentro cuatro leguas deste valle; es angosto pero abundante de mucho y muy buen vino, y frutas nuestras y de la tierra; aquí se han conservado los indios un poco más que en los otros valles; con todo eso se van apocando.

CAPITULO LIX

Del valle de Chincha.

Síguesele á este valle de Lunaguaná el de Chincha á pocas leguas, muy ancho y espacioso, sino que le falta agua. Cuando los españoles entraron en este reino habia en él 30.000 indios tributarios; agora no hay seiscientos, y porque no tiene agua suficiente para que todos pudiesen labrar la tierra, el Inga señor déstos los tenia repartidos desta suerte: los 10.000 eran labradores, los diez mil pescadores, los 10.000 mercaderes. Los pescadores no habian de labrar un palmo de tierra: con el pescado compraban todo lo que les era necesario para sustentar la vida. Los labradores no habian de entrar á pescar: con los mantenimientos compraban el pescado, y entre estos labradores habia algunos oficiales buenos plateros, y el dia de hoy han quedado algunos. Los mercaderes tenian licencia de discurrir por este reino con sus mercadurias, que las principales eran mates para beber, muy pintados y tenidos en mucho, hasta la provincia de Chucuito, que en el Collao no se habia de entremeter el uno en el oficio del otro, no debajo de menor pena que de la vida. Con este concierto se susten-

taban en el valle tanta cantidad de indios varones con sus casas, que por lo menos, chicos é grandes, habian de ser más de 100.000; el dia de hoy no se hallan en él 600 indios casados, lo cual causa mucha compasion; la diminucion han traido las borracheras; son dados muchó á ellas, las cuales les abrasan las entrañas; particularmente hacen la chicha de maíz entallecido, que es puro fuego, y no se contentan con ella, sino águanla con vino nuevo; añaden fuego á fuego, y borrachos caen en el suelo; pasa el fervor del sol por ellos, calor en el cuerpo, exterior; fuego en las entrañas, interior, háceselas ceniza; mueren los más súpitamente, y desta suerte se han acabado y consumido y los pocos que quedan se consumirán. Acuérdome que tratando con un Oidor de Su Majestad que se pusiese algun remedio y castigo en esto, respondió que no habia leyes de emperadores, ni de los Virreyes de España, que á los borrachos diesen castigo, ni se señalase. Fundados los que gobiernan en esto, no se ha puesto remedio en cosa que tanto convenia, y es de tal manera el menoscabo de los indios en todos los valles de los Llanos, que de aquí á pocos años no habrá algunos, ni se caminará por ellos.

Los indios deste valle les ha cabido en suerte por la mayor parte religiosos nuestros varones muy esenciales que les doctrinasen, y entre ellos dos grandes siervos de nuestro Señor, y aun tres: el primero el maestro fray Diego de Santo Tomás, de quien habemos comenzado á tratar, que en este valle doctrinándolos gastó lo mejor de su vida con admirable ejemplo y obras y despues fué primer obispo de los Charcas. El segundo fray Melchior de Los Reyes, varon, cierto, apostólico, gran siervo de Dios, libre de todo vicio, que es contrario á la predicacion del Evangelio; paupérrimo, castísimo, abstinentísimo, varon de grandes partes. El tercero, el venerable fray Cristóbal de Castro, el cual, aunque no era tan docto como los dos referidos, no le hacian ventaja en religion y caridad para con los indios; todos tres grandes lenguas. A este padre fray Cristóbal, cuotidianamente, y aun hasta que murió el ilustrísimo fray Hierónimo de Loaysa, porque conocia la entereza de su vida, le ocupaba en visitar todo su arzobispado, por lo cual los indios le llamaban el hermano del señor arzobispo; todos tres acabaron loablemente. Otros religiosos han tenido los indios deste valle, pero no de tanto nombre. Pero paréceme se puede arguir diciendo: si estos indios tuvieron religiosos tan esenciales, ¿cómo se hizo tan poco fruto en ellos? á esto responderé dos cosas: la primera, que estos indios y todos los demás reciben muy mal las cosas de la fe, y esto por sus pecados y por los nuestros, y como es gente que se ha de gobernar con mucho castigo, faltándoles el gobierno del Inga, que por muy leves cosas mataba á los delincuentes é inocentes, gobernándolos como á hombres de razon y políticos, no viendo el castigo, no acudian sino cual ó cual cosa de virtud; y para confirmar esto diré lo que pasó al padre maestro fray Domingo de Santo Tomás en la ciudad de Los Reyes. Este padre maestro, siendo provincial fué á España á un capítulo nuestro general, donde todos los provinciales se habian de hallar; volvió; llegado á nuestro convento de Los Reyes viniéronle á ver muchos indios de los de Chincha, de los principales. A uno dellos preguntóle la doctrina; no la supo, ó no quiso responder; díjole el padre maestro: Pues cómo, ¿no te enseñé yo la doctrina cristiana, y la sabias muy bien? respondió el indio: Padre, enseñándosela á mi hijo se me ha olvidado He dicho esto para que se vea la calidad desta gente.

Lo otro es lo que acabé de decir, que como les faltó el rigor y castigo del Inga, facilísimamente se vuelven á sus malas costumbres y inclinaciones, y borracheras, y no hay otro Dios sino su vientre, y mientras no se les castigare con mucho rigor, no se espere enmienda, sino su total diminucion y destruicion, y lo mismo, aunque no tanto, en los indios de la Sierra.

Los indios, particularmente los señores, eran riquísimos de oro, y los que agora son señores, creo lo son: tiénenlo enterrado, y hay en este valle muchas guacas en algunas de las cuales españoles han cavado, mas han sacado dellos tierra y plata de la bolsa. Cuando andaba la grita dellas, como arriba dijimos, un curaca, el principal deste valle de Chincha, dijo al padre fray Cristóbal de Castro (teníanle en gran veneracion por su cristiandad y ejemplo), que si queria, le daria tanto oro y plata que cargase un navio; el buen religioso díjole: un hábito roto me basta, sácalo para ti y para tus hijos, que eso es vuestro, é yo no lo truje de Castilla, ni me es necesario; y por importunacion del curaca no quiso recibir más de un cáliz de oro para la iglesia, el cual tiene hoy, y es el primero que vi en este reino, bastante argumento de su ninguna cobdicia; si lo sacaron ó no, no lo sé; lo más cierto es hasta hoy estar enterrado y oculto.

A cinco ó seis leguas llegamos al valle de Yumay, de las mismas calidades del de Chincha, no tan espacioso; no fué tan poblado, y

en él hay muy pocos naturales; pasa por él un rio caudaloso, que pocas veces se vadea.

CAPÍTULO LX

Del valle de Pisco.

Seis leguas adelante llegamos al valle de Pisco, ancho y espacioso, con puerto y agua bastante, sacada en acequias del rio de Yumay: fué poblado de muchos indios; hanse consumido como los demás de los Llanos y por las mismas razones. Es abundante de todo mantenimiento y de muchas heredades, donde ya casi está fundado un pueblo de españoles; abunda tambien en pescado; entre este valle y el de Ica puso Dios aquellas hoyas que llamamos de Villacori, muy mayores que las que dijimos haber en Chilca, donde se da mucho vino, granada, membrillo, higos, melones y demás fruta, sin riego alguno, ni del cielo ni de la tierra; hay en estas hoyas algunos jagüeyes de agua razonable, porque por la mayor parte es salobre; vemos aquí hoyas donde se plantan 4.000 cepas, y es cosa de admiracion que en medio de unos médanos de arena muerta pusiese Dios estas hoyas tan fértiles. En estos arenales de Villacuri desbarató el tirano Francisco Hernández Giron al capitan Lope Martin, y es fama algunas noches oirse pífanos y atambores y grita de batalla, tropel de caballos con cascabeles, que pone no poca grima.

Por estos arenales no se puede caminar sin guia yendo [1] ó viniendo á Ica y de noche, por los muchos calores, y los indios de guia, oyendo estas gritas y voces animan á los españoles, diciéndoles que el demonio por espantarlos causa aquellos temores.

CAPÍTULO LXI

Del valle de Ica.

Otras seis leguas dista el valle anchísimo y largo de Ica. doce leguas de la costa de la mar, pobladísimo de muchos algarrobos muy gruesos, con un rio no muy grande, con muy buena agua, y fuera mucho mayor si no se trasminara por todo el valle; por lo cual las heredades que hay en este valle, muchas y muy buenas, de viñas y demás mantenimientos, no tienen necesidad de mucho riego. El vino, que aquí se hace alguno, es muy bueno, de donde, porque en el meson del pueblo no hay tanto recaudo para los caminantes, ya es comun sentencia: En Ica, hinche la bota y pica. Fundóse aquí un pueblo de españoles; algunos dellos son ricos de viñas y chácaras, sus casas llenas de todo mantenimiento. Era valle de muchos indios; agora no *hay* sino dos ó tres pueblos dellos; vanse consumiendo como los demás destos Llanos y por las mismas razones.

Todos los Llanos y la tierra que se habita desde las vertientes de la sierra y cordillera nevada, hasta lo último del reino de Chile, es grandemente combatida de temblores de tierra, y este valle lo es mucho; ya dos veces lo ha derribado un temblor de tierra, y la iglesia del convento de San Francisco, que era buena, dos veces ha dado con ella en el suelo, lo cual desanima mucho para que aquel pueblo no pase muy adelante.

[1] En el ms., *indo*.

CAPÍTULO LXII

Del valle de Guayuri.

De aquí al vallecillo de Guayuri se ponen quince leguas de despoblado y sin agua; á las cinco leguas, á la salida del valle de Ica, solia haber un jagüey y una ventilla; cególo un temblor y despoblóse la venta. Guayuri es muy angosto, de poca agua, pero buena; plantáronse en él solas dos viñas; no hay espacio para más; la una de 500 cepas y la otra de 1.500; cargan tanta uva y dellas se saca tanto vino, que si no se ve no se puede creer; de las 500 se cogen 1.500 botijas de vino, y de las otras, 4.000; fuera desto, danse muy bien nuestros árboles fructales, grandes membrillos, higos y melones y otras legumbres. El vino es el mejor de todo el reino.

CAPÍTULO LXIII

Del valle de la Nasca.

Saliendo deste vallecillo, á nueve leguas adelante, entramos en el gran valle de la Nasca, muy ancho y largo; fué muy poblado de indios; agora le faltan, por las causas arriba dichas; es fértil, como los demás destos Llanos, de vino y demás cosas. El cacique dél fué siempre tenido en mucho de los indios y de los españoles.

Por este valle y el de Chincha, así por la multitud de los indios como por la fertilidad, cuando alguno de los antiguos pretensores, por sus servicios, queria encarecerlos, decia: Chincha ó Nasca ó nada, lo cual ha quedado

como en proverbio. Es falto de agua al invierno, que es el tiempo que en la Sierra no llueve, y acá el de las garúas; pero al verano, que es el tiempo de las aguas en la Sierra, es rio grande y aun peligroso. Hame sucedido llegar á este valle en tiempo que en la madre del rio no se hallaba una gota de agua, y un solo dia que allí holgué, á otro pasé el rio por tres brazos; aprovéchanse los indios, para el tiempo de la seca, de pozas hechas á mano, á trechos, y en lugares altos, como estanques grandes de agua, de las cuales sacan acequias para comenzar á sembrar y sustentarse dellas hasta que viene el rio; dista de la mar más de catorce leguas, todas arenales y sin aguas. Con todo eso en carretas llevan el vino al puerto, que es seguro.

CAPITULO LXIV

De otros valles siguientes.

Quince leguas se ponen desde este valle á Acari, de despoblado, grandes arenales y sin agua, si no es en una pequeña quebradilla, muy angosta, á las siete leguas, de muy poca agua, gruesa y cenagosa. Es Acari buen valle y de las calidades de los demás; habia en él muchos indios; hanse consumido, como los de los otros valles y por las mismas causas.

Desde donde á Ariquipa (que dijimos ser casi sierra) hay catorce leguas de despoblado, sin agua y arenoso; luego se sigue el valle de Atico, estrecho y no tan abundante como los demás. Luego el de Ocaña, angosto, pero de buenas fructas y viñas y abundante de maíz. Los indios son pocos y se van diminuyendo.

CAPITULO LXV

Del valle [de] Camaná.

Síguese á éste, ocho leguas adelante, el valle de Camaná, de las mismas calidades de los pasados, donde se fundó un pueblo de españoles; su trato es vino, pasa, higo, de lo bueno deste reino; es abundante de pescado; el puerto es playa; pasa por él un rio grande que pocas veces se deja vadear. El año de 604, víspera de Santa Catalina mártir, lo destruyó casi todo un temblor de tierra. Desde aquí á Arica y aun hasta Chile, ya fenecieron los valles grandes y fértiles y se siguen vallecillos angostos y no de las calidades de los pasados: por eso haremos dellos poca memoria. Desde aquí nos comenzamos á meter la tierra adentro, caminando para la ciudad de Arequipa, distante dél veintidós leguas y más, en las cuales hay dos valles, uno llamado Çiguas, de muy buena agua y mejor vino; ya casi sin indios, por se haber consumido, como habemos de los demás referido. Cinco leguas adelante entramos en el valle llamado Víctor; éste es más ancho y donde los más de los vecinos de Arequipa tienen sus heredades; cogen mucho vino y muy bueno, que se lleva al Cuzco, 65 leguas, y á Potosí, más de 140, y se provee todo el Collao.

Esta ciudad fué los años pasados de mucha contractacion, hasta que don Francisco de Toledo, visorrey destos reinos, le quitó el puerto y lo pasó á Arica; digo mandó que todas las mercaderias que se desembarcaban en el puerto de Arequipa para Potosí se desembarcasen en el puerto de Arica, por lo cual la contractacion ha cesado, porque no llega allí navio, sino el que forzosamente va fletado para el puerto de aquella ciudad, con mercaderias para ella misma ó con algun balumen, hierro, jabon, aceite y otras cosas así llamadas, para el Cusco, de donde se lleva por tierra con carneros. Los navios surgen más de una legua en la mar, lejos de la Caleta, donde se embarcan y desembarcan, que dista de la ciudad diez y ocho leguas no de muy buen camino y faltísimo de agua, y es cosa de admiracion que con surgir tan en la mar, en aquel paraje nunca hay tormenta ni los navios han garrado, y aunque es así que en el tiempo del ivierno, que es en el de las garúas, anda la mar tan brava, que no se puede entrar ni salir de la Caleta, la mar donde el navio tiene echadas sus anclas no se alborota.

Despues de entrado el batel en la Caleta, la mar es llanísima, y es tan angosta que se recogen los marineros los remos de una parte y otra por que no se hagan pedazos con las peñas, hasta que se abre un poco más, y así llegan á tierra ó salen á lo ancho; pero en cualquier tiempo es peligroso entrar ó salir della si los marineros no bogan con mucha fuerza. Tiénese este cuidado en comenzando á entrar en lo peligroso: que viendo venir la ola de tumbo, antes que quiebre se dan mucha priesa á bogar, por que la ola no quiebre en el batel, porque si en él quiebra, lo aniega y se pierde sin remedio. Conocí en este puerto un hombre extranjero, residente en él, el cual tenia ya tanta experiencia y conocimiento cuándo se podia desembarcar y venir á tierra, que en surgiendo el navio levantaba una banderilla blanca, y si no, los marineros no venian has-

ta verla. Empero en cualquier tiempo, como sean aguas vivas, por tres dias antes y tres despues es muy peligroso desembarcar. Tiene este asiento poca agua; una fuentecilla hay en él, que para deshacer la piedra de los riñones es muy aprobada. Es combatido de muchos temblores de tierra, y lo que más admira, que la mar tambien tiembla.

CAPÍTULO LXVI

De la ciudad de Arequipa.

Volviendo á la ciudad de Arequipa, es del mejor temple deste reino, por estar fundada á la falda de la sierra, de buen cielo, aunque un poco seco; dentro del pueblo se dan muchas uvas, y todas las frutas nuestras, en particular peras no mayores que cermeñas; son malsanas; en conserva son buenas. El agua del rio es malsana por ser crudia; deciende de la tierra, y pasa por lugares salitrosos. Fundóse al pie de un volcán llamado de Arequipa, á cuya causa, y por ser la tierra cavernosa, es combatida por frecuentes terremotos, y tantos, que acaesce tres ó cuatro veces temblar al dia, otras tantas á la noche, unas veces con más violencia que otras. Los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, sucedió uno, y tal que arruinó toda la ciudad; á nuestro convento echó todo por el suelo, sin quedar celda donde se pudiese vivir, ni donde poder decir misa; las casas que no cayeron quedaron peores que si totalmente dieran consigo en el suelo. Hase tornado á edificar, aunque mal; es faltísimo de madera para edificios. Cuotidianamente la puesta del Sol es muy apacible por la diversidad de arreboles en los celajes á la parte del Poniente. Comiénzanse á plantar olivares, y son bonísimas las aceitunas; es abundante de pan, vino y carnes y demás mantenimientos, y todo de riego; llueve poco y no con mucha tempestad.

Los indios deste asiento, que son en cantidad, usan del trébol en lugar de estiércol, con lo cual los maices crecen y multiplican mucho; siémbranlo de propósito, y maduro lo cogen y entierran en la tierra que han de sembrar; fertilízala mucho, en lo cual nosotros no habemos advertido, y la razon lo dice: porque el trébol es calidísimo; y antes, aunque sus chácaras estercolaban con otras cosas, no eran tan fértiles; críanse gran cantidad de pájaros dañosísimos al trigo ya granado; el enemigo es muchos muchachos con voces y hondas ojearlos, y no aprovecha tanto como quisiéramos. Porque no haya cosa sin alguacil, si no fuera tan combatida de temblores hobiera crecido mucho. Sustenta cinco conventos: Santo Domingo, San Francisco, San Augustin, la Merced; los Teatinos, que aunque llegaron tarde, tienen el mejor puesto. Los vecinos viejos eran ricos; sus hijos son pobres, porque no siguen la prudencia de sus padres, y los nietos de los conquistadores y vecinos serán paupérrimos. El año de 604 otro temblor lo destruyó; el mismo que á Camaná.

CAPÍTULO LXVII

Del puerto Arica.

Desde esta ciudad al puerto, ó por mejor decir playa de Arica, hay más de cuarenta leguas, en el camino de las cuales hay algunos valles angostos, donde se dan las cosas que en los demás, pero no en tanta abundancia, por ser estrechos; viven en ellos algunos españoles que allí tienen sus haciendas, donde como mejor pueden pasan su trabajo. La playa de Arica es muy grande y muy conocida por un morro (así lo llaman los marineros) blanco, que desde muchas leguas en la mar se parece. Es blanco por respeto de los muchos pájaros que en él vienen á dormir, cuyo estiércol le ha vuelto tal. Es valle muy angosto, y de poca agua, y no muy buena. En la misma playa, junto al cerro, cuando es baja mar, y baja poco, se muestran dos ó tres manantiales de agua dulce y buena, y en creciendo la mar los cubre; han sido para poco los corregidores en no haber hecho cavar y limpiar un poco más arriba á donde la marea no llega: hobieran descubierto aquellas fuentes y tuviera el pueblo buen agua. Desta playa hizo don Francisco de Toledo, siendo Virrey, puerto (como arriba dijimos) para las mercaderias y azogue que va á Potosí; la ocasion que tuvo para quitar la contratacion de Arequipa y pasarla á Arica fué acrecentar los derechos á Su Majestad de las ganancias de los mercaderes, diciendo que, aunque ya los hobiesen pagado en Lima, porque las mercaderias las sacaban de un puerto á otro, habian de pagar los de las ganancias; hacia este reino tres: el de Los Reyes por todo el distrito de las apellaciones para el Audiencia; el de las Charcas por el suyo, y el de Quito por el suyo; y porque si en Arequipa, que es distrito de la Audiencia de Los Reyes, se desembarcaran las mercaderias de las ganancias, por ser dentro de un mismo reino, no se debian derechos (creo son dos y medio por ciento), pasó la contratacion á Arica y puso allí Casa Real y oficiales. Los merca-

deres fuéronse á la Audiencia de Los Reyes por via de agravio, trujeron pleito con el Rey; condenáronle por dos sentencias, declarando la Audiencia no deber derechos, teniendo por todo un reino y sólo de Quito á todo el distrito de los Charcas; sacaron los mercaderes su ejecutoria, notificáronla á los oficiales reales (y en ella como presidente firmó el Virrey don Francisco de Toledo), los cuales escriben al Virrey la notificacion, y que alli viene su firma si han de cobrar ó no; respondióles que cobren de las ganancias los derechos señalados, y que si allí firmó fué como presidente, que lo demás mandaba como gobernador, y así se ha quedado hasta hoy y se cobran los derechos como se impusieron. Por esta razon se ha poblado aquesta playa y es frecuentada de navios que llevan allí las mercaderias y los azogues de Su Majestad para Potosí.

Reside allí el corregidor cuotidianamente y es necesario, porque en este pueblo (helo visto tres veces) viven de todas las naciones que sabemos: aquí hay griegos, frisones [1], flamencos, y ojalá no hobiese entre ellos algunos ingleses y alemanes, luteranos encubiertos, y siendo como es escala donde los navios que vienen de Chile paran, y los luteranos, que desde el año de 78 acá han entrado, que han sido tres piratas ingleses, han venido á reconocer y han surgido en él, ¿cómo dejan vivir allí tanto extranjero? hay más de 150 hombres, y no creo son los cuarenta meros españoles; esto ya es tratar de gobierno; cesemos, porque acá se recibe mal.

No se puede desembarcar en él sino es en una caletilla donde no pueden entrar ni salir dos bateles juntos, sino uno á uno, y es necesario saber la entrada por unos peñascos que á una y otra mano tiene, en los cuales asentándose los bateles fácilmente se trastornan. Los navios surgen más de tres cuartos de legua desta caletilla. Vemos en él una cosa admirable: que ningun navio puede llegar al surgidero, sino es de medio dia para abajo, hasta las cinco de la tarde, porque en todo tiempo la marea del aire comienza á las nueve de la mañana, y cuando son las cinco ya ha cesado. Puesta una atalaya sobre este morro, como ya la hay, descubre más de diez leguas de mar, por una parte y por otra, y antes que llegue cualquier vela al puerto, de más de seis leguas ya le ha descubierto, por lo cual de noche pueden dormir segurísimos que enemigo no entrará en él; hay en él cuatro ó cinco piezas gruesas de artillería muy buena, que alcanzan una legua y más, bastante para defender la entrada al enemigo. Tres leguas el valle arriba se dan muchas uvas y buen vino y frutas de las nuestras muy buenas. El trigo, maíz y harina se trae de fuera parte, y por esto sale caro. Al tiempo del verano es abundante de pescado, y bueno. Es muy enfermo; siempre hobo en él pocos indios; agora no creo hay seis.

[1] El el ms., *figones*.

CAPÍTULO LXVIII

De los demás valles hasta Copiapó.

Desde aquí se va prolongando la costa derecha al Sur, con algunos valles angostos en ella, y despoblados, de quince y más leguas; el camino, arenales, y pasadas creo sesenta leguas, luego se entra en el valle de Atarapacá; éste solia ser muy buen repartimiento y rico de minas de plata, de donde se camina por un despoblado de ochenta leguas hasta Atacama, por el cual sin guia no se puede caminar. Los indios de Atacama han estado hasta agora medio de paz y medio de guerra; son muy belicosos, y no sufren los malos tratamientos que algunos hombres hacen á los de acá del Perú: no dan más tributo de lo que quieren y cuando quieren. Al tiempo que esto escribo dicen se han domado un poco más. Es fama ver en su tierra minas de oro riquísimas, y á su encomendero, que es vecino de Los Charcas, Juan Velazquez Altamirano, á quien han tenido mucho amor, dos ó tres veces le han inviado á llamar para descubrirse; las más en llegando allá se arrepienten, y no se les puede apremiar; esto el mismo encomendero me lo dijo.

Desde aquí se entra luego en el gran despoblado de 120 leguas que hay de aquí á Copiapó, que es el primer repartimiento del reino de Chile; el camino es de arena no muy muerta, y en partes tierra tiesa; en este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huido algunos indios pescadores, pobres y casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos, y en muchas partes desta costa beben sangre destos lobos á falta de agua; no alcanzan un grano de maíz, ni lo tienen; su comida sola es pescado y marisco. Llaman á estos indios Camanchacas, porque los rostros y cueros de sus cuerpos se les han vuelto como una costra colorada, durísimos; dícen les previene de la sangre que beben de los lobos marinos, y por esta color son conocidísimos.

Volviendo al camino, unas veces es por la

playa, otras á tres, cuatro y seis leguas y más la tierra adentro, á causa de los muchos peñascos que hay en la costa, á donde proveyó Nuestro Señor, sus jornadas de seis y siete leguas y la que más de ocho, de vallecillos muy angostos, con agua no muy buena y leña delgada y alguna yerba; no es camino que sufre mucha compañía ni de hombres ni de caballos; camínanse estas 120 leguas de Atacama á Copiapó en veinte dias, dos más ó menos, si las nieves no lo impiden, porque en algunas partes se mete el camino hacia la cordillera, donde por Junio, Julio y Agosto suele nevar; el matalotaje de los caminantes es biscocho, queso y tocino; los indios de guia, que son dos, se pagan primero que se pongan en camino, doce pesos á cada uno; llevan galgos y porque no se les despeen, con sus zapatillas, con los cuales cazan venados y guanacos, y son tan diestros en esto, que como lo columbren es cierto le han de cazar; desta carne, que es buena, se sustentan.

Este camino pocas veces se anda, porque si no es algun desesperado ó fugitivo homiciano no se pone á tanto trabajo.

Caminando por aquí se llega á un rio que en la lengua de los indios se llama Anchallullac, que quiere decir rio gran mentiroso, porque verémosle correr particularmente á la tarde y parte de la noche, y si luego no se toma el agua necesaria y da de beber á los caballos, dende á poco rato no hay gota de agua, y no es rio pequeño.

La causa es que con el calor del sol se derriten las nieves de la cordillera Nevada, y corre el agua á la tarde y parte de la noche, y cuando resfria á la noche cesa la corriente; por lo cual los que piensan á la mañana hallar agua, hállanse burlados y la madre del rio seca. Hay otro rio, que como viene corriendo el agua se va cuajando en sal. Por esta parte se mete mucho la mar hacia la cordillera, y en los tres meses dichos hace mucho frío y suelen caer nieves.

Los indios pocos que habitan en las caletillas desta costa desde Arica á Copiapó, que es el primer pueblo del reino de Chile, salen a pescar en balsas de cueros de lobos marinos llenos de viento; cósenlos tan fuertemente que no les puede entrar gota de agua; la costura está para arriba y el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cosen una tripilla de dos palmos de largo, por donde la hinchan, y luego la revuelven ó tuercen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja, desenroscan la tripilla y tornan á hinchar su balsa, usando de canaletes por remos, y no sufre cada balsilla sino una persona; la que sufre dos es muy grande; entran la mar adentro, en ellas, seis leguas y más.

En medio deste gran despoblado de Atacama á Copiapó hay un cerro muy conocido, llamado morro Moreno de los marineros, al cual llegando por tierra parece ser el que divide los términos del Pirú de los de Chile, y comenzar los de Chile, otra nueva region.

Aquí casi fenecen los arenales y la tierra es ya dura, pero inhabitable por ser muy seca, sin aguas ni leña más de la que habemos dicho; desde este morro comienzan á ventar á su tiempo los Nortes, que es de mediado Abril hasta Noviembre, unas veces un poco más temprano, otras más tarde, y en este tiempo, no cada dia, sino á veces, porque el Sur es el que más reina, y desde Payta hasta este morro en la mar, á lo menos en la costa, muchas, y la mar adentro no alcanzan Nortes.

En la sierra del Perú corren y muy recios; pero desde este morro ya vientan, y mientras más nos vamos llegando al polo Antártico, más vehementes. Como diremos tractando del reino de Chile, sucede una cosa, cuya causa no se alcanza, y la he visto dos veces que de Chile por mar he bajado á la ciudad de Los Reyes, y es: que en llegando al paraje del morro Moreno, el vino que de Chile se saca, aunque sea añejo, y lo hay muy bueno, da vuelta y se pone turbio y de tal sabor que no se puede beber, y desta manera persevera más de seis meses; despues vuelve á su natural.

Esto, á los que no lo han experimentado les parecerá fábula; no lo es, sino que es mera verdad. Por lo cual, aunque los navios se hallen con alta mar, viendo vuelto el vino, conocen llegar al paraje de morro Moreno, y luego poco á poco van declinando á tierra, si han de hacer escala en Arica.

Este viaje por mar del puerto del Callao á Chile, agora veinte años, solia ser muy tardio, porque no hacian cada dia más que dar un bordo á la mar, otro á la tierra y surgir en la costa, y así están toda la noche, á cuya causa tardaban un año y más en llegar á Chile; conocí en aquel reino un español, que embarcándose sus padres para aquel reino, se engendró y nació en la mar y tornó su madre á se hacer otra vez preñada, y no habian llegado al puerto de Coquimbo; agora se navega en veinticinco dias y á lo más largo en treinta, porque en saliendo el navio del puerto del Callao se arrimarán el bordo á la mar quince dias y más, y luego vuelven sobre la tierra otros tantos, y se hallan en el puerto, algunas veces adelante del puerto en cuya demanda navegan. La primera

vez que fuí á Chile, agora 27 años, no tardamos en llegar al puerto de Coquimbo más que veintidós dias en solo dos bordos, que fué el mejor y más breve que se ha hecho; y esto cuanto á la descripcion [1] de la costa del Pirú desde Puerto Viejo á Copiapó, en toda la cuál costa hay muy pocos puertos, y esos no muy seguros, que es la fuerza destos reinos. Agora volvamos á las ciudades deste nuestro Perú por el camino de la Sierra, y luego trataremos de la calidad de los indios della y sus costumbres.

CAPÍTULO LXIX

De la ciudad de Quito.

La ciudad de Quito es pueblo grande, cabeza de Obispado, y donde reside una Audiencia real; su comarca es fértil, así de trigo como de maiz y demás mantenimientos de la tierra y nuestros, abundantísima de todo género de ganados mayores é menores: dista de la línea Equinocial un tercio de grado, y con distar tan poco es muy fria y destemplada, lluviosa, que casi todos los meses poco ó mucho llueve, y á su tiempo, que es desde diciembre á abril, es de muchas aguas, muchos truenos y rayos; oí decir á los conquistadores, que cuando venian conquistando la tierra desde Riobamba á Quito, que son veinticinco leguas, mataban los caballos y se metian dentro para guarecerse del frio, porque desde Guayaquil se subieron á la sierra, á donde hay páramos bastantemente frios y destemplados: agora parece se han moderado los tiempos.

Fundaron la ciudad entre cuatro cerros; los de la parte del Septentrion son altos, los otros pequeños; dentro del mismo pueblo se da maiz y legumbres, muchas y muy buenas, duraznos, membrillos y manzanas, que no se pensó tal se dieran en ella.

Hase augmentado mucho esta ciudad; reside en ella la Audiencia real; tiene muchos indios en su comarca, y las tierras muy abundantes, los campos llenos de ganados mayores y menores, de donde hasta la ciudad de Los Reyes, que son más de trescientas leguas, traen ganado vacuno, y aun carneros.

Lo que han multiplicado yeguas y caballos parece no creedero. Hay fundados en esta ciudad conventos de todas órdenes y un monasterio de monjas.

Nuestros religiosos tienen provincial por sí, y los del glorioso San Francisco, divididos desta provincia del Perú; los padres de San Augustin y Teatinos, subjectos á los provinciales de Los Reyes.

El convento del seráfico San Francisco fué el primero, y la ciudad se fundó el dia de San Francisco, por lo cual se llama San Francisco de Quito.

Esta sagrada religion, como más antigua, comenzó á doctrinar los naturales con mucha religion y cristiandad, donde yo conocí á algunos religiosos tales, y entre ellos al padre fray Francisco de Morales, fray Jodoco y fray Pedro Pintor. El sitio del convento es muy grande, en una plaza de una cuadra delante dél, á donde encorporado con el convento tenian agora cuarenta y cuatro años un collegio, así lo llamaban, do enseñaban la doctrina á muchos indios de diferentes repartimientos, porque á la sazon no habia tantos sacerdotes que en ellos pudiesen residir como agora; demás de les enseñar la doctrina les enseñaban tambien á leer, escribir, cantar y tañer flautas; en este tiempo las voces de los muchachos indios, mestizos, y aun españoles, eran bonísimas; particularmente eran tiples admirables.

Conocí en este collegio un muchacho indio llamado Juan, y por ser bermejo de su nacimiento le llamaban Juan Bermejo, que podia ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice; este muchacho salió tan diestro en el canto de órgano, flauta y tecla, que ya hombre le sacaron para la iglesia mayor, donde sirve de maeso de capilla y organista; deste he oido decir (dése fe á los autores) que llegando á sus manos las obras de Guerrero, de canto de órgano, maeso de capilla de Sevilla, famoso en nuestros tiempos, le enmendó algunas consonancias, las cuales venidas á manos de Guerrero conoció su falta. Esto no lo decimos sino por cosa rara, y porque no ha habido otro indio semejante en estos reinos.

Combaten á esta ciudad, y toda su comarca, grandes y violentos temblores de tierra, á causa de que la ciudad á la parte del Septentrion tiene uno ó dos volcanes, y el uno dellos que casi siempre humea; toda aquella provincia tiene muchos, y tantos, que en lo restante del Perú no se ven sino cual ó cual allí á cada paso. Los años pasados, debe hacer 23 ó 24, salió tanta ceniza deste volcan cercano á la ciudad, que por algunos dias no se via al sol, y el pueblo, campos y pastos llenos de ceniza, por lo cual todos los ganados se venian á la ciudad á buscar comida bramando. Hiciéronse procesiones y de sangre; fué Nuestro Señor servido proveer

[1] En el ms., *discrepcion*.

de algunos aguaceros que limpiaron la ceniza, y se descubrió la yerba para el ganado. En este tiempo la ciudad era combatida de frecuentes temblores y muy recios, de tal manera que pensaban ser las señales últimas del día del Juicio; reventó este volcan, y declinó á la mar del Sur; arruinó algunos pueblos de indios y se los llevó el agua que salió dél, y porque por esta parte del Septentrion no dista muchas leguas el volcan, de la mar del Sur, hacia el paraje de Puerto Viejo, bahia de Caraques y de San Mateo, alcanzó parte desta ceniza, que el viento la llevaba, y en alta mar en el mismo paraje los navios que en aquella sazon navegaban viniendo de Panamá á estos reinos, veian la claridad de la lumbre del volcan.

Oí decir á persona fidedigna que entonces se halló en Quito, que salieron muchas personas, y entre ellas ésta, á ver una laguna junto al volcan, que ardia como si fuera de tea.

El edificio de la iglesia mayor es de adobe, la cubierta de madera muy bien labrada; labróla un religioso nuestro, fraile lego, de los buenos oficiales que habia en España. En medio de la plaza hay labrada una fuente muy buena y de muy buena agua, y en la plaza de San Francisco otra; las casas para sus huertas no tienen necesidad de acequias; el cielo les da abundantes pluvias, y á las veces no querrian tantas.

CAPÍTULO LXX

De la provincia de los Quijos.

A la parte del Sur desta ciudad demora la provincia llamada de los Quijos, ó por otro nombre de la Canela, por se hallar en ella y de allí se trae ya por estas partes tan buena y mejor que la que viene de la India, porque, como más fresca, pica y quema más. Hay en esta provincia tres ciudades de españoles; es tierra cálida y lluviosa, y en ella un rio muy grande; los indios no son tan bien agestados como los de por acá; es gente pobre; los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, al fin de su gobierno se quisieron alzar y lo hicieron; mataron algunos españoles, y creo dos religiosos nuestros; estaban concertados con los de Quito, y si no se descubriera el alzamiento en Quito, fuera el daño muy mucho mayor, y cómo en Quito se descubrió fué desta manera: para el servicio de las ciudades hay señalados indios que se reparten tantos en número como jornaleros, porque sin esto no se podrian sustentar las ciudades; señálaseles por cada dia un tanto por su trabajo, que se les paga infaliblemente; estos indios repártensen por los repartimientos, rata por cantidad, y vienen á sus tiempos algunos curacas de los menos principales, á los cuales si algunos de los indios jornaleros faltan, ó se huyen (no los pueden tener atados), les echan los corregidores ó alcaldes en la cárcel, y veces azotan y trasquilan (si es bien hecho ó mal esto, no me entremeto en ello); sucedió que á uno destos curacas le faltaron ó se le huyeron parte de los que habia de dar, la justicia envióle á llamar con un indio lengua; trújole; el pobre curaca veniase afligiendo, temiendo los azotes y cárcel; el indio lengua, que le llevaba preso y sabia del alzamiento, consolóle diciendo: No tengas pena, que para tal dia nos habemos de alzar y matar todos estos españoles y quedaremos libres, y los Quijos han de hacer lo mismo; sucedió (Nuestro Señor lo ordenó así) que iban en pos de los indios acaso dos españoles, á los cuales no vieron los indios; oyeron y entendieron lo que el indio lengua dijo; callaron su boca y fueron siguiendo los indios; llegados delante de la justicia, declararon lo que oyeron; la justicia prende al indio, pónele á cuestion de tormento, declaró la verdad, y los conjurados; hicieron[1] justicia de algunos; á los Quijos no pudieron avisar por ser corto el tiempo. Los Quijos, no sabiendo lo que pasaba en Quito, y entendiendo que no faltarian, alzáronse al dia señalado, y hicieron el daño que habemos dicho. Pero castigáronlos, y el dia de hoy sirven pacíficos como antes.

CAPÍTULO LXXI

De Riobamba y Tumibamba.

Saliendo de la ciudad de Quito, por el camino real del Inga, para venir por acá arriba, á 25 leguas desta ciudad llegamos al valle llamado Riopampa, antes del cual hay cinco pueblos de indios, buenos. Este valle no tiene una legua de largo, poco más; de ancho no alcanza á media legua; no era poblado de indios, pero muy fértil de pastos para ganados; aquí comenzaron dos ó tres españoles que conocí en él á hacer sus estancias de ganados; multiplicaban admirablemente, lo cual visto por otros, se metieron en él, y agora es un razonable pueblo de españoles, rico de todo género de ganados y de trigo; es falto de leña, y algun tanto des-

[1] En el ms., *hizeren.*

templado, porque hace frio; en el mismo asiento del pueblo nacen unos caños de agua buena, que como sale debajo de tierra son templados.

En este valle y pueblo (creo gobernando don Francisco de Toledo) andaba un hereje luterano, extranjero, en hábito de pobre y sustentábase de limosnas que como á pobre le hacian, y en este estado vivió tres ú cuatro años, que sin duda debia esperar algunos otros de su secta, y como se tardaron, un dia de fiesta, estando la iglesia llena de gente oyendo misa, el impio luterano arriba, junto á la peana del altar mayor donde el cura decia misa, así como el sacerdote consagró la hostia y la levantó para que el pueblo, consagrada, la adorase, se levantó, y con un ánimo endemoniado la quitó con sus manos sacrílegas de las manos del sacerdote y la hizo pedazos; echando mano á un cuchillo carnicero que tenia escondido, creo hirió livianamente al sacerdote; el pueblo, viendo esta maldad sacrílega, admirado, los que se hallaron más cerca se levantaron, las espadas desnudas, y llegando al luterano le dieron de estocadas y mataron, sin advertir que fuera muy mejor cogerle vivo á manos y echalle en una cárcel á muy buen recaudo y dar aviso á los inquisidores que residen en la ciudad de Los Reyes, para que supieran dél qué fué la causa de su hecho endemoniado y si por ventura habia otros como él en el reino; empero en semejante caso ¿qué católico puede tener reportacion?

Otras 25 leguas adelante entramos en el valle, muy espacioso y abundante, llamado Tumipampa, donde ningunos naturales dejó el Inga, porque cuando iba conquistando estos reinos, llegando aquí le hicieron mucha resistencia; pero, vencidos, á los que dejó con la vida, que fueron pocos, los transportó por acá arriba. En el valle de Jauja, que dista déste más de 300 leguas, puso algunos pocos, descendientes [1] déstos; llámanse Cañares, y este valle está casi en medio de la provincia. Corren por él dos ríos en tiempo de aguas, grandes, y no distando mucho el uno del otro; en el uno se crian peces, en el otro ninguno.

Antes de llegar á este valle, una jornada ó dos, vivia, con un apacible asiento, el señor desta provincia de los Cañares, en su pueblo formado, el cual, cuando Guainacapac, que fué el más poderoso señor destos reinos y penúltimo dél, conquistaba la tierra, llegando aquí los Cañares le vencieron en batalla campal y prendieron, é preso lo pusieron en un pozo poco hondo; yo he visto el lugar; de donde, sacándole una mujer suya con una faja que las indias se ceñian, llamada chumbi, de noche, los Cañares, borrachos, le puso en libertad; volvió á rehacerse y vino con tan poderoso ejército sobre esta provincia, que, no se hallando los Cañares poderosos para resistirle, le inviaron 15.000 niños con ramos en las manos, pidiendo paz; el cual á todos los mandó matar, y haciendo grandes crueldades y muertes á los Cañares despobló este valle Tumipampa, y al pueblo del gran señor de los Cañares, que era el principal, donde le tuvieron preso, le dejó con tan pocos indios, que, agora 43 años, no eran ochocientos los vecinos, y al presente tienen muchos menos.

Son estos Cañares hombres muy belicosos y muy gentiles hombres, bien proporcionados, y lo mismo las mujeres; los rostros aguileños y blancos; son muy temidos de todos los indios del Perú, y grandes enemigos de los Ingas; sucedió así: que cuando se alzó toda la tierra contra los españoles, á pocos años despues de conquistada, y muerto el señor della, Atabalipa, tuvieron los indios serranos y Ingas cercada la ciudad de Los Reyes, y en no poco estrecho, y en el valle de Jauja mataron más de treinta españoles, y en otras partes los que podian haber, y al Cuzco tambien cercaron; un vecino, de Quito (conocílo), llamado el capitan Sandoval, encomendero, si no de toda esta provincia, de la mayor parte della, sabiendo el aprieto en que estaban los nuestros, juntó cuatro ó cinco mil indios Cañares y vino en favor de los españoles. Púsose en camino con ellos, y prosiguiéndolo, sabido por los indios cercadores que venian los Cañares contra ellos, alzaron el cerco, y los cercados, saliendo contra ellos, les hicieron volver á sus tierras, y desde entonces hasta hoy no se han atrevido á se rebelar, aunque lo han procurado.

El dia de hoy, donde hay fuera de sus tierras Cañares, las justicias se sirven dellos así para prender indios fugitivos como españoles facinorosos; sácanlos de rastro, aunque se metan en el vientre (como dicen) de la ballena.

En este valle Tumipampa comenzaron á hacer sus estancias algunos españoles de todo género de ganado, el cual ha crecido y multiplicádose tanto, que él solo es poderoso á dar carnes á todo el Perú, lo cual he visto: se fundó en él un pueblo de españoles, y bueno, rico destos ganados, donde muchos millares de novillos se sacan y vienen á Los Reyes para el sustento desta ciudad; pues la abundancia de ganado ovejuno, porcuno y ca-

[1] En el ms., *desendientes*.

balluno parece no tener número, y los caballos é yeguas valen tan poco, que se compran á cuatro ó cinco pesos, escogidos, que son á 32 ó 40 reales; llámase la ciudad Cuenca; el temple es bueno, donde se dan las fructas nuestras, si no son uvas. Sustenta tres conventos, no de muchos frailes: Santo Domingo San Francisco y San Augustín, habrá que se fundó treinta años.

CAPÍTULO LXXII

De la ciudad llamada Loja.

Prosiguiendo el camino adelante, del Inga, á 35 ó 40 leguas entramos en el valle donde la ciudad de Loja se fundó, llamado en la lengua del Inga Cusipampa, que es tanto como decir: valle de placer, y así lo es realmente; es alegrísimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un rio de saludable agua; casi en todo el año se siembra y cógese el trigo y maíz: uno en un mismo tiempo está en berza, otro se riega; en otras partes aran para sembrar; no es muy ancho el valle, pero bastante para sustentar la ciudad, que no es muy pequeña; tiene muchos indios de encomienda, la comarca fértil é más templada que la de Quito, y más lluviosa; en su distrito caen las minas de oro que llaman de Caruma; sustenta tres monasterios de las Ordenes mendicantes, aunque no de muchos religiosos; el nuestro es el más antiguo.

Desta ciudad, declinando al Oriente la tierra adentro, se camina á la ciudad de Zamora, y gobernacion que llamamos de Salinas, donde hay tres ó cuatro pueblos de españoles, algunos dellos ricos de oro; particularmente lo fué, y agora no le falta á Zamora, en cuyas minas se hallaron dos granos, uno que pesaba 1.600 pesos, y otro la mitad, 800.

Para ir á esta gobernacion se pasan uno ó dos páramos despoblados y muy frios; los cuales pasados, lo demás es tierra muy cálida, montuosa y de muchas aguas del cielo, llena de sabandijas ponzoñosas.

A esta provincia no he visto, por eso trato brevemente della.

CAPÍTULO LXXIII

De la provincia de Cajamarca.

Saliendo desta ciudad y valle por el camino real del Inga, de la Sierra, hasta llegar á la provincia de Cajamarca, no sé las leguas

que hay, ni las particularidades del camino; no lo he visto; la ciudad de Loja si vi, porque viniendo de Quito para la ciudad de Los Reyes, desde la de Loja bajamos á Tumbez, por un camino, mejor diré sin camino, íbamoslo abriendo: haria dieciseis años no se caminaba por él, y desde entonces no se ha caminado, ni bajado á Tumbez otra vez, y porque á nuestro intento hace poco, no trataré dél. Lo que he oido desta ciudad á Cajamarca, que quiere decir tierra ó provincia de espinas ó cardones espinosos, es que por la mayor parte el camino es áspero, de muchas piedras, cuestas y de algunos despoblados, hasta llegar á esta provincia, donde fué preso Atabalipa, señor de todos estos larguísimos reinos, desde Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta la ciudad de Santiago de Chile y *aún* 18 leguas más adelante y todo el reino de Tucumán; en esta provincia se enseña (no lo he visto) el lienzo ancho y largo de pared con quien dieron los indios del ejército de Atabalipa en el suelo, huyendo de un caballo y caballero, empujándose los unos á los otros.

Es bien poblada esta provincia de indios y abundante de todo mantenimiento, porque aunque es por la mayor parte fria, tiene algunos valles templados donde se coge mucho maiz y trigo, y en los altos, abundante de papas, que son como turmas de tierra, empero de mejor nutrimiento. Los padres de San Francisco la han dotrinado desde el principio y la dotrinan con mucho ejemplo de cristiandad y religion.

CAPÍTULO LXXIV

De la ciudad de Chachapoyas.

A las espaldas de Cajamarca, la tierra adentro, caminando hácia el Oriente, se fundó la ciudad llamada comunmente Chachapoyas, á los principios rica de oro y poblada de gente más bien dispuesta que la del Perú, más gallarda y de mejor dispusicion, pero grandes ladrones. Es region más cálida que fria, los valles son cálidos, lluviosos y con abundancia de víboras y otros animales sucios y ponzoñosos; oí decir á un portugués que habia residido en el Brasil y sabia un poco de la lengua de aquella tierra, que viviendo en un valle déstos salieron allí unos indios, y conociéndoles por el traje, y pareciéndole eran del Brasil, les habló en la lengua de aquella tierra, y le respondiendo en ella, preguntándoles de dónde eran y venian, le dijeron ser del Brasil y que acaso se habian

entrado la tierra adentro huyendo de sus enemigos, y habian aportado allí no siguiendo camino, sino do la ventura les guiaba, que yo seguro anduvieron más de 900 leguas y pasaron rios muy caudalosos, á los cuales no temen por ser grandes nadadores. En la provincia de Bracamoros, que está más hacia el Norte, se fundó otra ciudad llamada Jaen; no tiene mucho nombre, porque no es más que abundante de comida: es el paraíso de Mahoma; tiene las calidades la tierra que la de los Chachapoyas.

CAPÍTULO LXXV

De la ciudad [de] Guánuco.

Volviendo, pues, á nuestro camino por la sierra adelante desde Cajamarca, dejándolo á mano derecha llegamos á la ciudad de Guánuco, nombrada de los Caballeros porque se pobló de hombres muy nobles.

Esta ciudad tiene buena comarca, y muchos indios de repartimiento: no la he visto, pero sé lo que voy diciendo por relacion y tracto de los que en ella han vivido: es fértil y abundante. En el mismo pueblo se da todo el año higos, naranjas, limas, unos están recién nacidos, otros un poco más gruesos, otros maduros; danse muy bien membrillos y manzanas con las frutas de la tierra. Es el temple ni caluroso ni frio, y más declina al calor. Es abundante de muchas carnes, á causa de tener en su distrito muy buenos pastos. Los edificios buenos: de medio dia para abajo, en el verano, son tan recios los vientos, que no se puede andar por las calles.

Sustenta monasterios de todas Ordenes bastantemente, no de muchos frayles. El que más tiene hasta doce. De aquí salieron el capitan Serna y Juan Tello, los cuales teniendo rendido á Francisco Hernandez Giron, que fué tirano, llegó el capitan Juan de la Serna, echóle mano y prendióle y llevóse la honra de la prision; con lo cual se acabó aquella rebelion, y desde entonces acá, que han pasado más de 42 años, no ha sucedido otra ni se espera sucederá, si Nuestro Señor por nuestros pecados no nos quiere castigar, porque las cosas ya están tan bien asentadas, y tanta justicia en el reino, que los españoles no quieren sino ganar de comer. Saliendo desta ciudad y volviendo al camino real, á 30 leguas andadas entramos en el valle de Jauja, donde al presente escribimos este breve compendio, uno de los mejores y más poblados deste Reino; es abundantísimo de trigo, maiz y otros mantenimientos de la tierra, y carnes. Pasa por medio dél un rio grande y caudaloso al tiempo de las aguas, pero el más desaprovechado del mundo, porque no se puede sacar dél una sola acequia para regar los sembrados; lleva pescado y bueno: susténtanse en él trece pueblos de indios, los siete por la una banda y los seis por la otra, poblados con sus cuadras, las iglesias de adobes y tejas, adornadas de razonables ornamentos. Vanse diminuyendo estos indios, á lo menos los varones, por estar tan cerca de Guancavilca: la causa diré en el capítulo siguiente. Cásanse en algunos pueblos pocas indias solteras, en particular en el que agora resido doctrinándolos, llamado Chongos, porque dicen que si, casados, los maridos las han de tractar mal, como lo hacen estando borrachos, que más quieren su libertad y buen tractamiento, y es así, que como para los indios varones no hay castigo por las borracheras, ni por estos malos tractamientos, que á veces llegan á matar las mujeres, como soy testigo, no hay de qué maravillarnos. Tiene de largo este valle nueve leguas tiradas, y por lo más ancho dos: es falto de leña, que si la tuviera ya se hobiera poblado en él un pueblo de españoles: es templado, aunque no sufre naranjos ni limones: danse algunos membrillos y duraznos, y de las legumbres nuestras algunas.

CAPÍTULO LXXVI

De la villa de Oropesa, llamada por otro nombre Guancavilca.

Cuatro jornadas deste valle, no muy grandes, se descubrieron, creo en tiempo que gobernaba el Marqués de Cañete, de buena memoria, ó al fin de su gobierno y principio del Conde de Nieva, las minas que llaman del azogue, en un valle llamado Guancavilca, asaz fria, porque está en medio de la cordillera de las Sierras Nevadas que atraviesan todo este reino de Perú y Chile, hasta el estrecho de Magallanes, á donde se pobló un pueblo de españoles gobernando don Francisco de Toledo, por cuyo respecto se nombró Oropesa, con titulo de villa. Descubrieron estas minas unos indios de la encomienda de Amador de Cabrera, vecino de Guamanga, en cuyo distrito [1] se hallaron, de donde sacó y se vió prosperísimo en riqueza; no murió con tanta, y su mujer y hijos agora padecen necesidad. Al principio repartióse el cerro

[1] Tachado: *salieron*

en minas á hombres particulares, como si fueran minas de plata; ellos las labraban pagando su quinto al Rey; despues acá, Su Majestad, y justísimamente, las quitó y aplicó para sí; sólo dejó con propiedad de su mina al descubridor, Amador de Cabrera, y á sus herederos.

Arrienda estas minas Su Majestad á cierto número de españoles, con condicion que todo el azogue que sacaren lo metan en el almacen, y Su Majestad les paga el quintal á cuarenta pesos ensayados; Su Majestad les reparte indios de los comarcanos, pagándoles su trabajo los arrendadores conforme á lo que el Virrey señala. Este cerro de azogue ha sido la vida deste Perú, porque si no se hobiera descubierto, fuera el más pobre y más costoso del mundo. Con los azogues ha revivido, porque toda la plata que en Potosí y en Porco se saca, como tractando dellos diremos, es por azogue y con azogue. Los que comenzaron á labrar el azogue fueran poderosísimos de plata si tuvieran juicio para guardar y gastar; faltóles, y el dia de hoy están alcanzadísimos, porque como el azogue se va en humo, así sus riquezas se han resuelto en él. Que haya uno solo que se entienda está rico, aunque lo disimula, no es contra lo que decimos, porque una golondrina no hace verano. Solíase labrar el cerro, como dicen, á tajo abierto, y labrándolo así no era dañoso á la salud de los que entraban á labrar y quebrar el metal; de pocos años á esta parte, no creo son ocho, labran por socavon, lo cual es la total destruicion de los miserables indios; que á labrar en tierra, al socavon no le hicieron respiraderos para que por ellos el humo ó polvillo del metal exhalase; todo aquel humo éntrase por la boca, ojos, narices y orejas de los indios, el polvo del azogue es azogue y el humo del azogue es azogue; salen los pobres azogados, no los curan, luego viénense á sus tierras así enfermos; ninguno escapa que venga enfermo de Guancavilca; viven seis y ocho meses y un año y año y medio, con gran apretamiento de pecho, y así enferman y acaban la vida.

Esta es la causa de la diminucion destos naturales y de los que se habian de multiplicar dellos; yo confieso verdad, que en dos años que vivo en este pueblo *de* Chongos, los más que *llevo* enterrados son deste azogue. Avisamos dello, no creo se nos da crédito, y lo que es deste valle es de los demás que de más cerca y lejos van á trabajar á las minas, y desto son testigos tambien los repartimientos de Guamanga, y en particular el del primer descubridor, era uno de los buenos del reino, del Cuzco para abajo; agora está menoscabadísimo. Que si al socavon hobieran hecho sus respiraderos, ó se labraran las minas como antes, no padecian este detrimento la vida de los naturales, lo cual viendo los miserables huyen por no ir á Guancavilca, como es justo se huya de la muerte.

No se puede dejar de creer, sino que si Su Majestad deste menoscabo de sus vasallos fuese informado, que mandaria, ó cesar la labor, ó que se labrase como antes, porque el rey sin vasallos es como cabeza sin miembros, sin pies, sin manos sin ojos, etc., y quien tanto cela el bien destos pobres, con tanto amor y cristiandad, no es posible no lo mandase remediar, y aun castigaria á quien no lo pusiese luego en ejecucion.

CAPITULO LXXVII

Del asiento de Minas Choclococ[h]a, por otro nombre Castrovirreina.

Quince leguas, declinando á los Llanos, deste cerro Guancavilca dista un cerro de minas llamado Choclococha, al pie del cual, porque se descubrió y pobló gobernando el marqués de Cañete, don Garcia de Mendoza, por ser casado con la ilustrísima Sra. Doña Teresa de Castro, que á estos reinos trujo consigo, le pusieron por nombre Castrovirreina, asiento frigidísimo más que Potosí; no es tan rico ni con mucho.

Este cerro tambien ha consumido parte de los indios que se repartieron para la labor de las minas; porque aunque la labor de las minas de plata no consuma la vida como la del azogue, porque los indios repartidos vienen por tierras frigidísimas, y aquel asiento lo es, y primero que hicieron casas donde guarecerse de las nieves y aguas del cielo, el temple desabridísimo y malo los hacia enfermar y morir como han muerto muchos; ya esto ha cesado con el reparo de las casas.

CAPITULO LXXVIII

De la ciudad [de] Guamanga.

Volviendo al camino real (es necesario hacer estas digresiones por no volver á ellas) desde Jauja á la ciudad de Guamanga ponen 36 leguas, no de muy buen camino, en el cual no hay pueblo ninguno de indios, sino cinco tambos con servicio de naturales para los pasajeros, donde se halla recado de pan, vino, maíz y carnero, y caballos de alquiler de jornada en jornada, como ya casi en to-

dos los tambos, que son ventas, desde Quito á Potosí, y aun más adelante. Cinco leguas antes de llegar á esta ciudad entramos en el valle llamado Assangaro, donde casi todo el año hay uvas para vender, respecto de tener allí cerca una viña de un vecino de Guamanga, de donde se proveen, y á una legua, poco más, hay un ingenio de azúcar deste mismo vecino, y muy bueno. Dos leguas más adelante de Assangaro es el valle llamado Viñaca, en el cual hay algunas viñas muy buenas que dan buen vino, y parece adivinaron los indios llamándolo así Viñaca, por lo que en él se ha plantado de viñas; es caliente mucho, aunque á su tiempo hiela, no mucho, y el rio arriba á mano izquierda, por una parte y otra del rio, se han plantado y plantan viñas.

La ciudad de Guamanga es de buenos edificios y son los mejores del reino; particularmente las portadas de las casas son muy buenas, de piedra, que la tienen junto al pueblo y la sacan cuan grande quieren, y la cal no está lejos; los monasterios, que son tres, Santo Domingo, San Francisco, La Merced: las tienen buenas, donde en cada convento se sustentan de ocho á diez religiosos; es falta de agua, porque es falta de rio; empero tiene una muy buena fuente en medio de la plaza y de muy buena agua.

Cuando los conquistadores vivian era pueblo muy rico; agora no lo es tanto ; or haber quedado en poder de nacidos en ella. La comarca es muy buena y abundante de mucho ganado de toda suerte, y no menos de pan y demás mantenimientos, así nuestros como de los que habia en la tierra. El temple es el mejor de los que yo he visto de Quito á Chile; llueve poco; tiene su alguacil, que son pedriscos á la entrada de las aguas, y aun algunos rayos.

Habia en este pueblo la mejor casta de caballos del reino; ya se ha perdido por la negligencia de los que con ellos quedaron. No sé yo si en lo descubierto se hallará mejor temple ni más sano para fundar una Universidad, porque ni el calor ni el frio impide en todo el año que no se pueda estudiar á todas horas. Yo tuve casi concertado con un hijo de un vecino, hombre principal, fundase con su hacienda en nuestra casa un colegio con que ennobleciese su ciudad; sacóme la obediencia para este asiento y quedóse. Fuera obra heróica y de gran provecho para todo el reino, la ciudad se augmentara y de todo el reino acudieran á oir Teologia, porque los nacidos en la sierra corren mucho riesgo de su salud en Los Reyes. Por maravilla alcanza aquí temblor de tierra, y cuando llega viene tan cansado, que casi no se siente; la comarca es rica de todo género de minerales, por una parte y por otra.

Edificó aquí un vecino desta ciudad, llamado Sancho de Ure, gran cristiano y no menos su mujer y casa, cuyo nombre corresponde con los hechos, porque Sancho es ó quiere decir Santo; edificó, digo, un convento de monjas de Santa Clara á su costa, con una iglesia, la capilla mayor de bóveda, el cuerpo de la iglesia bueno, y es el mejor del pueblo; dejóles renta bastante, la cual con las que han entrado se ha augmentado y crecido. Puso en él cuatro hijas, que todas profesaron; las tres viven hoy, religiosas muy principales y de mucha cristiandad y gobierno. El fundador no tenia mucha renta de indios, aunque tenia haciendas; oí decir en aquella ciudad que mientras edificaba el convento le proveyó Nuestro Señor en una mina que labraba bastante plata para el edificio, el cual acabado cesó la veta, y aun las demás del cerro, porque el dia de hoy nadie labra en él.

Fué dichoso este fundador en hijos, porque tuvo muchos, once: los seis varones, las cinco mujeres; de los varones los cuatro son religiosos de la Orden del Seráfico San Francisco; los tres muy buenos predicadores, así para españoles como para indios, que todos cuatro viven hoy con gran ejemplo de cristiandad y virtud, á quien la Orden les ha encomendado oficios honrosos y han dado muy buena cuenta dellos.

Al fundador deste convento le dió Nuestro Señor una muerte cual fué su vida, porque demás de la obra famosa deste monasterio, era hombre de mucha oracion y diciplina, y en esto su mujer le era bonísima compañera, la cual, aunque le vió espirar, no hizo los extremos ni tragedias que otras suelen hacer, sino con el semblante alegre ella propia le amortajó, puso en el ataud, y en su casa aquel dia no se vieron lágrimas ni voces, sino un silencio, una tristeza subjecta á la razon y muchas gracias á Nuestro Señor y conformidad con su voluntad, y si lágrimas hobo, fueron piadosas y cristianas; murió esta señora como vivió, con gran satisfacion de su vida.

CAPÍTULO LXXIX

Del rio y caminos de Guamanga al Cuzco.

De la ciudad de Guamanga dista la del Cuzco sesenta leguas, si no son 70, divididas en doce jornadas; el camino es malo y des-

templado, porque en algunas jornadas hay dos temples diferentes; salimos de uno templado y llegamos á dormir á donde hace un frio incomportable, como saliendo de Guamanga y parando en los Tambillos de Illaguaci; otras veces salíamos de lugares frios y á tres leguas bajábamos á hornos encendidos, valles calidísimos, y luego subíamos á temple frio, cual es la jornada de Villcas á Uramarca, y desta suerte es casi todo el camino. En esta distancia encontramos con tres rios muy grandes en valles calidísimos: el primero es el de Villcas, á 16 leguas de Guamanga; en tiempo de aguas, poderoso, pásase por puente de creznejas; en tiempo de seca se vadea, y esto como deja el vado, unas veces lo deja pedregoso, otras no con tantas piedras, y cada año muda el vado, no se puede hacer en él puente de cal y canto por no haber cómodo para ello. El agua es gruesa y cálida como las demás de Guamanga al Cuzco, que lo quel (*sic*) arroyo es de buena agua.

Pasado este rio, dos jornadas adelante, entramos en el valle de Andaguailas, templado, donde se da maíz y trigo; es bien poblado de indios, abundante de ganados nuestros y de la tierra. Tambien aquí se van apocando los indios, por dos vias, la una por Guancavilca y la otra porque de aquí sacan indios para labrar en los Andes del Cuzco las chácaras de coca, y dales allí una enfermedad en las narices que se les ponen como una trompa muy gruesa y colorada, de que algunos mueren, fuera de las enfermedades que allá les dan mortales, como diremos en su lugar. Más adelante se sigue el valle nombrado Amancay por unas flores olorosas blancas que en él nacen en abundancia, así llamadas. Este rio nunca se vadea; tiene puente de cal y canto, mandada hacer por el buen marqués de Cañete, de felice recordacion el primero.

Aquí hay, por ser templado, uno ó dos trapiches donde se hacen buenas cosas de azúcar. Más adelante llegamos al rio de Aporimac; éste tambien no se vadea; pásase por una puente de creznejas asaz larga y angosta, donde hay cantidad de mosquitos zancudos cantores, amicísimos de beber sangre humana, y no menos cantidad de los rodadores, tan sedientos como esotros; hay agua gruesa y muy cálida; todos estos tres rios se juntan con el de Jauja y otro que pasa cuatro leguas del Cuzco, por el valle de Yucay, no menor que cualquiera déstos, y hacen aquel grande y famoso rio del Marañon, que desemboca en la mar del Norte con 80 leguas de boca. Es el mayor rio del orbe.

Prosiguiendo nuestro camino adelante, cuatro leguas antes de la ciudad del Cuzco entramos en el valle de Xaquixaguana, donde fué desbaratado el tirano Gonzalo Pizarro y sus valedores, sin rompimiento de batalla, por el gobernador licenciado Pedro de la Gasca y demás servidores de Su Majestad. Valle ancho y largo, donde hay dos ó tres pueblos de indios, apartados un poco del camino real; es más frio que templado, aunque se da maíz en él y trigo; empero, si acierta á helar un poco temprano, arrebátase el hielo al maíz; el trigo sufre más, y por eso no le hace tanto daño.

Es abundante de ganado del nuestro, de todo género. Las aguas son malas, gruesas y salobres.

CAPÍTULO LXXX

De la ciudad llamada El Cuzco.

De aquí á la ciudad de El Cuzco ponen cuatro leguas buenas.

Era el asiento principal de los reyes destos larguísimos reinos, á quien llamaban Ingas. El sitio es malo y las aguas malas; fundaron aquí su ciudad los españoles en el mismo lugar donde la tenian fundada los indios, que es al principio del valle, el cual, en esta parte, es angosto, aunque más abajo, como va corriendo casi al Oriente, se ensancha un poco más. Siémbrase en él trigo é maíz de riego y dase bien si los hielos no acuden temprano. Parte desta ciudad está fundada en una ladera, y aun la mayor parte; no la dividieron los fundadores por cuadras, como las demás deste reino, ni tiene calle derecha ni proporcionada, porque no quisieron los españoles romper los edificios de piedra que en ella hallaron, no siendo muy aventajados; hállanse en ellas muchas calles muy angostas, que apenas pueden ir dos hombres de á caballo á las parejas, á cuya causa en ivierno es muy sucia y lodosa. Pasa por medio della un arroyo de poca agua al verano y aun al ivierno, si no es por alguna gran avenida que luego cesa, por tener su nacimiento muy cercano; este rio es muy sucio y de mal olor; hanle hecho sus alcantarillas para pasar de unas calles á otras. El Inga le tenia tan bien acanalado y recogido con una muralla de piedra, por una parte y por otra, y por donde corria el agua, enlosado, que ni se divertia á otra parte, ni paraba cosa en él. Agora con el buen gobierno de los nuestros se derrama por muchas partes y anega no poca parte del valle, y la huerta de nuestra casa corre riesgo, porque rompiendo el rio el reparo y no

reparándolo, se le ha llegado mucho. Gobernando los Ingas, en cayéndose una piedra, se ponia luego otra ó la misma en su lugar, porque el daño no pasase adelante.

Las casas de los españoles, por la mayor parte son sombrias y tristes, si no es la del capitan Diego de Silva, que la labró alegre. Es pueblo muy rico, por la gran cantidad que tiene de indios de encomienda.

Los vecinos antiguos todos lo fueron; sus hijos, agora, tienen abundancia de deudas y no les alcanza la sal al agua; gastan sin órden y sin discrecion. Sustenta cinco monasterios de religiosos y uno de monjas de Sancta Clara.

Nuestra casa es la que antiguamente se llamaba, gobernando los Ingas, la Casa ó Templo del Sol, á quien adoraban por principal de todos sus dioses falsos. Conforme á lo que los indios edificaban, es bueno el edificio; la piedra es parda y labrada, y tan juntas unas con otras, que parece no tener mescla alguna, y tiénela, y es de plata delgadísima, la cual no sale fuera de las junturas de las piedras.

La piedra es durísima y el edificio fijísimo, que para romperlo se pasa mucho trabajo. Permanece en nuestro convento una pila grande desta piedra, ochavada por de fuera, que de hueco debe tener, por cualquiera parte que la midan, más de vara y media, y de fondo más de vara y cuarta. A esta pila hinchian con cantidad de chicha, escogida de la que el Inga bebia, para que bebiese el Sol, y lo que en ella se embebia creia esta gente bárbara que el Sol lo bebia; cubria la boca desta pila una lámina de oro, en la cual estaba el Sol esculpido. Cuando los españoles entraron en esta ciudad le cupo en suerte á uno de los conquistadores, que yo conocí, llamado Mansio Sierra, de nacion vizcaino y creo provinciano, gran jugador; jugó la lámina, y perdióla: verificóse en él que jugó el Sol.

Sustenta nuestro convento 25 religiosos, y dende arriba; vase poco á poco edificando como los demás; está casi fuera de la ciudad; los demás, dentro. La huerta de nuestra casa era la Huerta del Sol, y la tierra della dicen fué traida en hombros de indios del valle de Chincha, por muy buena; venian á su tiempo todos los indios á labrarla, vestidos de riquísimos vestidos, y aún permaneció por algunos años, é yo vi una vez que se juntaron los más de los ingas y por sus cuarteles la labraron y desmontaron con gran alegria, y ésta fué la última vez, porque se tenia por inconveniente y con mucha justicia se les vedó.

Lo que en esta huerta se sembraba eran unas cañas de maíz, todas de plata, las mazorcas de oro; éstas no han parecido, ni se sabe donde están; será la huerta poco menos de media cuadra; tiene un pilar donde caen dos caños de agua, el uno un poco salobre, el otro algo mejor. No se sabia de dónde ó por dónde venia el uno, hasta que el rio, con una avenida grande se llevó dos ó tres losas, á lo menos las sacó de su lugar, por debajo de las cuales venia encañada el agua á la Huerta del Sol.

Es fama haber en nuestra casa gran mina de oro enterrado, pero no se sabe dónde; unos dicen, y aun se tiene por lo más cierto, que en la capilla mayor; otros, que en la huerta; han cavado en muchos lugares, pero hasta hoy no se ha hallado cosa alguna. Don Carlos Inga salia á este partido: que le dejasen cavar debajo del altar mayor, y de lo que sacase daria tanta parte, y si no hallase cosa alguna, tornaria á reedificar lo derribado, á su costa, de la misma manera que antes estaba. No se le admitió el partido, y así se quedó.

El monasterio más rico es el de Nuestra Señora de las Mercedes, y el que tiene mejor sitio, por ser en medio del pueblo y en una de tres plazas, aunque los padres Teatinos se pusieron en la plaza que está delante de la iglesia Mayor y bien junto á la Merced.

El de San Francisco tiene plaza y bien grande; sustenta más de treinta religiosos; ya *está* acabado. El de San Augustin se va edificando. Sustenta veinte religiosos.

El temple es frio y desabrido, y luego que los españoles poblaron, no se criaba ningun niño mero español; ya se crian, y en cantidad. Al verano, que es cuando no llueve, desde mediado Abril hasta Noviembre, es más frio que lo restante del año al tiempo de las aguas, aunque en este tiempo hay bastante frio y en un dia se hallan tres temples: unas veces, antes que venga el agua mucho calor, arde mucho el sol; en comenzando á llover, frio; en acabando, mucho más, porque como viene el aire de tierra mojada y fria, por cualquier parte que venga viene más frio, lo cual causa mucha destemplanza en los cuerpos. En el tiempo de las aguas es muy lodoso y sucio, y de mal olor, porque como las más de las calles sean angostas y el concurso de pasearlas mucho, así de indios como de españoles, no se puede evitar este inconveniente. Despues de la ciudad de Los Reyes y Potosí es el mejor pueblo destos reinos á la redonda; hay seis ó siete perroquias de indios que basteceu á la ciudad; el valle es muy poblado de muchas

chácaras, fuera de que la comarca es muy fértil.

Esta ciudad es cabeza de obispado, y lo era de todo el reino, y aunque así se nombra en los contractos y escripturas que se hacen *en* ella, va perdiendo este título, porque la ciudad de Los Reyes se lo lleva con la asistencia del virrey, Audiencia y Santa Inquisicion, y otras calidades.

La iglesia Catedral es paupérrima en edificios, aunque en renta es la más aventajada de todas las Indias; hay muchos templos en pueblos de indios, muy mejores; la causa por que no se haya edificado no la sé; algunos echan la culpa á personas ya muertas, otros á vivos; no me quiero entremeter en esto.

Ha muchos años, cuando no tenia tanta renta, que se comenzaron á traer materiales, juntáronse muchos, y en la plaza hay no poca cantidad de cal y arena mezclada, ya perdida con el tiempo; así se ha quedado. En ornamentos es rica, pero en lo que más florecia era en la celebracion de los divinos oficios, viviendo el chantre primero que en ella hubo, porque todas las Horas se cantaban cada dia, y el Oficio menor de Nuestra Señora; á media noche no se sigue el coro por la destemplanza del frio en todo tiempo, y aunque es así que en España los frios son mayores y se sigue el coro á media noche, es de otra calidad el uno quel otro: el de España es frio y húmido; el nuestro, en todo el reino donde lo hay, es frio y seco, muy contrario á la salud corporal.

Carece esta ciudad de leña, por lo cual no ha crecido más; yo la he visto repartir como carne en la carneceria; ni tiene de donde le venga, ni carbon. De cuando en cuando le alcanzan temblores de tierra, y recios, y á las veces son tan vehementes los truenos, que parece temblar los cielos.

Junto á la ciudad, saliendo della caminando para el Collao, hay una fuente de agua salada, clarísima y abundante, la cual recogida en un estanque grande que desde el tiempo de los Ingas está hecho, se reparte por la tierra, en contorno del estanque, la cual dentro de pocos dias se vuelve sal blanquísima.

La tierra en que cae se dividió por chácaras (que así se llaman) por los vecinos de indios y conventos. Tenemos allí nosotros nuestra chacarilla. Hacen los indios desta sal mil pajaritos, leones, tigres y otros animales, y así la venden.

Un poco más adelante entramos en el llano donde se dió la batalla nombrada de las Salinas, por ser cerca déstas, entre Hernando Pizarro, ó por mejor decir, por parte del Marqués Pizarro, y don Diego de Almagro; fué la primera que hobo entre españoles, y don Diego de Almagro y los suyos fueron vencidos; fué bien reñida, pero tratar della no hace á nuestro propósito. Y esto cuanto á la ciudad del Cuzco.

CAPÍTULO LXXXI

De los Andes del Cuzco y Coca.

Muchas cosas hacen á esta ciudad muy rica: los muchos indios de repartimientos; los que tiene en contorno del pueblo; la contractacion de los mercaderes; pero lo que más le enriquece es la contractacion de la coca, que comen los indios: esta coca es un arbolillo pequeño que no se levanta del suelo cuando mucho una vara, las ramas delgadas, la hoja casi como de zumaque, aunque es más ancha; otra hay más pequeña, pero désta no tractamos. Esta coca no se da sino en tierra muy cálida y lluviosa; siémbrase á mano; tres ó cuatro jornadas del Cuzco, hay una tierra llamada los Andes, donde hay estas chácaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros han enriquecido, porque se sacan destos Andes, para Potosí particularmente, cada año más de 60.000 cestos de coca, que cada uno debe pesar de 20 á 25 libras; sácanlos en carneros de la tierra y lleva un carnero cuatro y cinco, y por la mayor parte cinco. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata á comprar esta coca. Vale el cesto, cuando menos, tres pesos, que es imaginacion, ó tiene esta hoja en sí alguna virtud de sustentar, lo cual parece falso; pero los indios, si han de trabajar, y no traen un poco della en la boca, ó han de caminar, luego desmayan, y como la lleven, trabajan y caminan todo el dia, si no es cuando se sientan á comer, que brevemente concluyen.

Estos Andes donde se da es tierra calidísima, muy lluviosa, llena de mil género de sabandijas ponzoñosas, que en las mismas chácaras se crian y hacen no poco daño, y la picadura es irremediable, hasta agora, que de pocos años se ha hallado el remedio, y es el más fácil del mundo y más manual. Uno de los primeros que lo supo fuí yo, y lo enseñó un perro. Pasó así: que andando á caza de perdices un soldado gentilhombre, arcabuz, llamado Pedro Ruiz de Ahumada, á un perro suyo picóle una víbora en el hocico; hinchósele la cabeza como una bota; viniéndose ya tarde para su casa, que era en el campo, el perro veníase así tras de su amo, pero en viendo un arroyo de agua que cerca de la

casa corria, fuese á toda furia para el agua; el amo, pensando que la rabia de la muerte lo llevaba, paróse; vióle poner la cabeza en el agua; dejóle el amo por muerto, pero ya que queria cenar, entra el perro sano y bueno y halagando á su amo. Venido al pueblo, luego me lo dijo: esto era en la ciudad de La Plata; sabido, escrebí á un religioso nuestro que residia en una dotrina en un pueblo de indios cinco leguas de la ciudad, donde se crian cantidad dellas, que hiciese la experiencia en dos perros; hízola, y á uno echó en un estanque de agua, al otro dejóle fuera; el que fué lanzado en el agua, á cabo de media hora que en ella estuvo saltó el pretil, sacudióse y comenzó á retozar con otros perros; el que no fué lanzado, dentro de pocas horas murió. De suerte que en picando la víbora habemos de buscar el agua: si es corriente es mejor, si es embalsada no es inconveniente, y poner el pie ó la mano en el agua, de suerte que sobrepuje un jeme el agua á la picadura, y dejarlo estar allí espacio de una hora, y no es necesario más cura.

Los indios han enseñado otra manera de curar, y es ésta: toman la víbora que picó, y aunque sea otra no creo es inconveniente: córtanle tres ó cuatro dedos de la cola y échanla á mal: luego de allí junto cortan cantidad de tres dedos en ancho, quitan la piel, y tres veces en tres dias continuos dan de comer aquella carne al herido; acuéstanlo y abríganlo; suda, guarda dieta, y no es necesario más cura; desta suerte curaron en una chácara dos leguas de la ciudad de La Plata á una ama suya unos indios del Rio de Plata que con ella vinieron, y su marido é yo propio se lo pregunté y me dijo que desta suerte la curaron no haria dos meses.

Matar la víbora que picó (principalmente si es de las que llamamos y son de cascabel, porque cuantos años tienen tantos cascabeles les nacen en las colas, y cuando van deslizánse por el suelo van haciendo ruido como si llevasen cascabeles), no es dificultoso, porque son torpes en andar, en picar velocísimas; no la han pisado cuando vuelve á picar, cuyos colmillos son más agudos que alesnas: helas visto grandes y gruesas como un grueso brazo.

En el Brasil hay cantidad destas sabandijas, y como ya se comunican aquellos dos reinos, es fácil saber lo que en ellos sucede; sucedió pues así: que una víbora picó á un portugués en un pie y le pasó unas botas de baqueta que llevaba calzadas; murió de la ponzoña de la víbora; hízose almoneda de sus bienes; las botas comprólas otro portugués, y calzándoselas murió; torna otro á comprarlas y cálzaselas; murió tambien; viendo esto los médicos advierten que la causa de la muerte de los dos fueron las botas rotas con la picadura ó diente de la víbora; quemáronlas y no las compró más portugués alguno, y así cesó la muerte dellos; la fe desto y crédito dése á los que lo refirieron; no lo vi, oílo por cierto. Estos Andes del Cuzco son fértiles destas víboras, y de culebras que llaman bobas; éstas son muy grandes y muy gruesas; no hacen daño, sino es cuando, como dicen, andan en celos. Porque en aquellos Andes sucedió lo que diré: tres soldados volvíanse á sus casas de las chácaras de la Coca, á pie; n es tierra para cal allos. El uno quedóse un poco atrás á cierta necesidad corporal; acabada siguió su camino solo, pues los compañeros iban un poco adelante; prosiguiéndolo, ve atravesar una culebra destas que tienen de largo más de 16 pies y gruesas más que la pantorrilla de un hombre, silbando, y otra culebra en pos della, de la misma calidad; la postrera, viendo á nuestro soldado, cíñele todo el cuerpo, y la boca encaminaba á la garganta; el pobre que se vió ceñido y la boca de la culebra cerca de su garganta, con ambas manos afierra de la garganta de la culebra con cuanta fuerza pudo, no dejándola llegar á su garganta; la culebra, sintiéndose apretada de las manos del soldado, apretábale con lo restante de su cuerpo fortísimamente, de suerte que le hizo reventar sangre por la boca, ojos, narices y orejas; el pobre, viéndose de aquella suerte, gemia; no podia gritar, sino bramar.

Los compañeros, pareciéndoles tardaba, pararon un poco, oyeron los bramidos; vuelven corriendo en busca de su compañero, halláronle de la suerte que le habemos pintado. Uno sacó una daga que traía en la cinta y metiéndola entre el sayo y la culebra la cortó; luego aflojó la culebra hecha dos partes, y acabáronla de matar. El soldado quedó como muerto; lleváronle y albergáronle; volviósele la color del rostro y cuerpo amarilla como cera; vínose al Cuzco, y dentro de tres meses murió. Oí esto á hombres que le conocieron.

Era este soldado vizcaíno; otro por ventura no tuviera tanto ánimo á echar mano á la culebra de la garganta con ambas manos.

En estos Andes no hay indios naturales; llevan, para el beneficio de la coca, del distrito del Cuzco, indios bien contra su voluntad, porque es llevarlos á la casa de la muerte, como dijimos tractando del valle de Andaguaylas y su menoscabo.

Religiosos nuestros lo han contradicho y predicado contra ello, viendo la diminucion

de los naturales que allá entran; pero como es interés de diezmos y de otros particulares, creo hallan aun entre otros religiosos valedores. Vase disminuyendo esta contratacion, porque los indios ya más quieren pan y vino que coca.

La tierra es muy contraria á la salud de los pobres indios y aun á la de los españoles, sino que á nosotros no nos da la enfermedad de las narices como á los indios; es tierra llena de montaña calurosísima, como habemos dicho, y abundantísima de lluvias. Pero el interés la hace habitable por más indios que en ella perezcan, lo cual debian considerar y aun remediar los que nos gobiernan.

CAPÍTULO LXXXII

Prosíguese el camino del Cuzco á Vilcanota.

Volviendo, pues, al camino Real, y pasando del llano do fué la batalla de las Salinas, va corriendo el valle del Cuzco, ensanchándose un poco más; si le queremos prolongar hasta la rinconada llamada Mohina, terná de largo poco menos de cinco leguas, por medio del cual, el rio los Ingas llevaban acanalado, de suerte que no declinaba á una parte ni á otra; agora, por el descuido de los nuestros, con mediana avenida aniega la mayor parte del valle á mano derecha y siniestra, como lo he visto y pasado no con poco riesgo, compelido por la obediencia, con la cual en medio del ivierno caminaba. Fenecido este valle, diez leguas más adelante llegamos al pueblo é valle de Quiquejana; la mitad del pueblo fundado de la una parte del rio, la otra mitad de la otra; es rio grande y pocas veces se vadea, de gruesa agua; pásase por puente de criznejas, sin riesgo alguno. Luego proseguimos nuestro camino para el Collao el rio arriba, pasando por muchos pueblos de indios que á la mano izquierda dél hay poblados; á la derecha uno solo, ó cuando mucho dos, hasta llegar á su nacimiento, que es una laguna llamada Vilcanota, que se hace de nieves que corren de un cerro alto é nevado, antes de la cual hay unos baños de agua caliente, que de lejos no parece sino que hay allí cantidad de fuegos; tanto es el vapor como humo que de los manantiales sale, y tan caliente el agua, que no se puede poner la mano en ella; hierve á borbotones, y en muchas partes; confieso que la primera vez que vi tanto humo imaginé habia allí muchos indios y fuego; es lugar muy frio. Esta agua, si es de piedra azufre, es singularísimo remedio para el mal de ijada é piedra; bebiéndola callente cuanto se pudiere sufrir, deshace la piedra de los riñones y límpialos: es experiencia hecha, y si se trae y se vuelve fria hase de callentar y beberla caliente como está dicho, y tiene el mismo efecto: ya se puede decir que de historiador me he vuelto médico; no es inconveniente tractar en historia, ó descripcion de tierras, las cosas provechosas que en ella se hallan para la salud de los hombres.

Volviendo á nuestra laguna Vilcanota, que terná en torno, ó será tan grande como seis cuadras, es digno de encomendar á la memoria lo que en ella hay.

Este asiento es muy alto y muy frio; la laguna y camino Real entre dos cordilleras nevadas. Vierte á dos partes; el un desaguadero á la mar del Norte, que es el principio deste rio grande de Quiquejana, el cual juntándose con el de Apurimac, Amancay, Vilcas, Jauja y otros, hace el famoso rio del Marañon, que dijimos desembocar en la mar del Norte con ochenta leguas de boca. La otra vertiente ó desaguadero hace el rio que llamamos de Chungara y Ayaviri, que entra en la laguna de Chucuito, y ésta desagua por una parte, como diremos, á la mar del Sur.

Un poco más adelante, como media legua, vemos una pared de piedra de mampuesto que corre desde la nieve del un cerro al otro atravesando el camino Real. Esta pared dicen los viejos se hizo por órden y concierto de paz entre los Ingas y los indios del Callao, los cuales trayendo guerras muy reñidas entre sí, vinieron en este medio: que se hiciese esta pared en el lugar dicho, de un estado de un hombre, no muy ancha, la cual sirviese como de muralla para que ni los Ingas pasasen á conquistar el Collao ni los Collas al Cuzco; rompieron por su mal los Collas las paces y quisieron conquistar á los Ingas, mas los Ingas revolviendo sobre ellos los conquistaron y no pararon hasta Chile. Esta pared se ve el día de hoy descender desde la nieve del un cerro, y atravesando el valle y camino Real sube hasta la nieve del otro.

CAPITULO LXXXIII

Prosigue el camino al Collao.

Puestos en este paraje [1] de Vilcanota luego comenzamos á bajar (aunque la bajada no es agra, que casi no se siente) hasta el

[1] En el ms., *pareje*.

tambo de Chungara, donde en todo el valle se apacienta copia de ganado vacuno, y á la mano derecha no poco ovejuno y ganado de la tierra. Este tambo es muy frio, y desde aquí á la provincia de los Charcas ya no se da maíz, sino papas y quinua, y ha de ser muy buen año, porque si los yelos se anticipan las papas corren riesgo; la quinoa mejor lo sufre. De aquí vamos al primer pueblo del Collao, llamado Ayavire, asaz ventoso y frio, pueblo grande y rico de ganado de la tierra, como lo son los demás desta provincia de Ayaviri. Siete leguas adelante llegamos al pueblo llamado Pucará, tambien pueblo grande, famoso porque aquí se desbarató el tirano Francisco Hernandes Giron; cególe Nuestro Señor, como andaba en deservicio suyo y de su Rey, porque si se tuviera diez dias más, que no saliera del sitio y fuerte donde estaba, siendo señor de las comidas y teniendo agua y leña, que no se les podia quitar, y el sitio suyo inexpugnable, y servicio de los indios, que le obedecian por ser de su encomienda; era imposible el real del Rey sustentarse, habiase de deshacer por falta de mantenimientos. Salió una noche á dar en el campo de Su Majestad, pero avisado por un soldado que aquella noche se vino al servicio de su Rey, levantóse el campo de donde estaba, dejando las tiendas armadas, y púsose en escuadron en una hoya donde el tirano no le pudo ver; llegó á las tiendas, desbaratóse en ellas, y viéndose desbaratado, recogióse con hasta 160 soldados descontentos, y á pie y por tierra fragosa y frigidísima tomó la vuelta de Quito; pero llegando al valle de Jauja, ó poco más adelante, salieron á él dos capitanes de la ciudad de Guánuco y lo prendieron, y á los pocos que con él iban, como dejamos dicho tractando del valle de Jauja; los demás ya se le habían quedado cansados y sin armas; trujéronle á la ciudad de Los Reyes, donde como á tirano y traidor á la Corona Real le cortaron la cabeza y la pusieron en el rollo en medio de la plaza en una jaula de hierro á vista de todo el pueblo, con su letrero que decia: esta es la cabeza del tirano Francisco Hernandez.

CAPÍTULO LXXXIV

De la laguna de Chucuito.

Pasando adelante por el camino Real, á pocas jornadas de aquí, no son ocho, damos en la laguna de Chucuito. Es la más famosa del mundo y mayor, muy poblada por una parte é por otra. Tiene en torno, y si hablamos como marineros, de boj, ochenta leguas y cuarenta de travesia; casi á la playa della son las poblaciones; los vientos causan en ella tormentas como en la mar, y aun más ásperas, por no tener puerto fondable. Lo que sirve de puerto son totorales, que son una juncia gruesa como el dedo pulgar, y más; aunque allá dentro (digamos en alta mar) se hunda con vientos y tempestades, en llegando á la totora la ola, cesa toda la tormenta; el agua es muy gruesa, nadie la bebe, con no ser tan salada como la de la mar; es abundante de peces por la una y otra costa. Algunas veces se mete la tierra adentro, pero porque el camino Real del Inga iba muy derecho no lo torcia, antes por medio de la ensenada, más ó menos conforme á la derecera del camino, se proseguia, hechas á mano unas calzadas derechas como una vira, y á trechos sus ojos llanos, por los cuales corria el agua. Hay calzada de dos leguas y más, á lo menos, por el otro camino, llamado de Omasuyo; tambien las hay menores, conforme á como es la ensenada; pero ya muchas dellas por esta parte se han perdido por descuido de nuestras justicias, y se rodean en partes más de dos leguas, en otras menos, y ver aquellas calzadas y caminos derechos perdidos es compasion.

El remedio al principio era fácil, agora es irremediable. Casi á la orilla, ó costa, y un poco más adentro, á legua y más, tiene sus islas pequeñas en donde vivian indios pescadores llamados en ambas provincias Uros.

Estos no comian jamás maíz, lo cual de fuera parte se traia, ni otra cosa sino pescado, y la raíz desta totora, que es muy blanca, fria y desabrida; gente barbarísima, con lengua diferente de los demás de la tierra firme y la del Inga; muy raros la entendian, ni sabian, por lo cual dificultosamente recibian la fe; decian eran como puercos, pues comian totora como ellos; ya son un poco más políticos, despues que los redujeron á pueblos sacándolos de las isletas de la laguna; van á Potosí á trabajar á sus tiempos, y hacen sus mitas en los tambos, que es decir sirven en ellos y dan recado, que es regularmente por noviembre, pero malo, porque son faltos de carneros para las cargas é para lo demás necesario, aunque se les paga conforme al arancel. Diré lo que me sucedió con uno déstos: yo bajaba de la ciudad de La Plata por órden de mi perlado á la de Los Reyes por este mismo mes, y venia á la ciudad de Arequipa; llegué á un tambo donde servian estos Uros, y habiéndome de partir pedí uno ó dos carneros de carga: diéronseme, y un

indio que los llevase y volviese; llegando al otro tambo, pagando su trabajo y de los carneros al Uro, díjome: Padre, cómprame un real de pan; yo le respondí: ve tú á comprarlo; repondió: no me lo dará el indio tambero, porque me conoce, soy Uro; repliquéle: Pues tú, Uro, ¿ya sabes comer pan? respondió: si padre, despues que servimos en los tambos. Hales aprovechado la reduccion para que coman pan y beban vino, y para la doctrina ha sido lo principal. Pero verlos antes que amanesca en sus balsas de totora, casi desnudos, navegar y pescar y meterse tres y cuatro leguas y más, por una parte es para dar gracias á Dios, por otra se les tiene mucha lástima, porque caminamos por tierra muy arropados, no nos podemos valer de frio, y éstos, desnudos en el agua no lo sienten, ó si lo sienten lo sufren no con tanta pesadumbre como nosotros. Lo que no vi en la mar del Norte, ni en esta del Sur, vi en esta laguna: fué una manga de agua, la cual vista me admiré mucho: no habia visto otra; en la compañia caminábamos cuatro ó cinco de conformidad; venia un piloto que huyendo de la mar quiso ver á Potosí, pero volviéndose á su inclinacion natural, no le habia parecido bien la tierra, y volvióse; preguntéle qué era aquello; entonces me dijo: aquella se llama manga de agua, y si cae en navio sin puente, sin remedio le anega, y de noche son muy peligrosas, porque no las vemos; de dia huimos della como de la muerte; cae de lo alto de las nubes hasta el agua; al viso parecia tan gruesa como un mastil muy grueso de una carraca, y como va descargándose va adelgazando, á la cual, delgada, el viento la pone como un arco hasta que totalmente la nube se queda sin agua; todo esto vi entonces. He dicho esto para probar las tormentas que aquí se padecen; por lo cual, y porque no hay puertos, no se puede navegar con bergantines; uno se hizo é se comenzó á navegar en él, pero con una tormenta se perdió y nunca más se ha hecho otro, ni intentado hacerle. Los indios en sus balsas tambien usan y se aprovechan de velas conforme á como la balsa la sufre.

CAPÍTULO LXXXV

De los pueblos que hay en esta provincia de Chucuito.

Tomó la denominacion esta [1] laguna acerca de los españoles, llamándola la laguna de Chucuito, por razon de una provincia así llamada Chucuito, la más rica del Collao, cuya cabeza es un pueblo así llamado, fundado casi á la playa desta laguna por la una parte, y por la otra sobre un cerro no agrio de subir. Aquí reside, á lo menos tiene su casa, el curaca principal y la justicia, con título de gobernador. Los pueblos subjectos son: á dos leguas, Acora; á tres, Hilavi; á Juli, cuatro; otras tantas á Pomata, y cinco á Cepita, que todas son 18 leguas. Son grandes y ricos de ganados de la tierra, y de los nuestros no hay falta. Nuestra sagrada religion la tuvo á su cargo desde el principio que se redujeron á la Corona Real de Castilla, para la doctrinar, en cuya doctrina se ocupó muchos años, augmentando siempre el número de los religiosos, conforme á como nos augmentábamos.

Hobo en ella, ocupados en este oficio evangélico, muchos y muy buenos, y entre ellos el padre fray Melchior de los Reyes, de quien en breve dejamos hecha mencion; el padre fray Augustin de Formicedo, que hoy muy viejo vive; el padre fray Domingo de Narvaez [1], cuyo cuerpo dijimos, enterrado en el convento de nuestro padre Santo Domingo de los Reyes, en el capítulo pasados siete años se halló entero y los hábitos sin lision; el padre fray Miguel Cerezuela, y el padre fray Domingo de la Cruz, á quien un demonio perseguia de dia y de noche, con otros muchos grandes religiosos y grandes lenguas de la que llamamos Aimará, que es diferente de la general de los Ingas, más abundante y más galana; con cuyos trabajos, artes, vocabularios, cartapacios y sermones otros el dia de hoy triunfan, como si ellos lo hobieran trabajado; quitóla á la Orden don Francisco de Toledo, residiendo en ella treinta religiosos; si con justicia ó con pasion, ya ha dado cuenta á nuestro Señor dello; dióla primeramente á clérigos; despues el pueblo mayor, qu'es Juli, dió á los padres de la Compañia. Pero cuánta diferencia haya (no tracto de los padres de la Compañia, que hacen su oficio religiosamente) del un tiempo al otro, del concierto y ornato de los templos y servicio del altar, los ciegos que pasan por el camino lo ven. Hallábanse en estos pueblos 20.000 indios tributarios; agora no sé si hay tantos, porque se han huido muchos (fama es más de 6.000) á una provincia de infieles y de guerra de los Chunchos, dejando sus mujeres, hijos, casas y haciendas. Por qué causa no es de mio decirla en este lugar; en otro, si me viese sin ningun temor de mal subceso humano, creo lo diria.

[1] Tachado: *provincia.*

[1] Tachado: el padre fray Miguel Cerezuela

En el pueblo de Juli, digo en su término, no lejos, descubrió un indio una veta de plata rica; quiérensela quitar diciendo que el indio no puede tener mina de plata; el procurador del indio apeló para la Real Audiencia de la ciudad de La Plata (yo estaba á la sazon en ella); quítansela; perdióse la veta hasta hoy; no sé en qué se pueda fundar que yo, en mi tierra, como el extraño, no pueda tener mina, principalmente descubriéndola yo.

CAPÍTULO LXXXVI

Del pueblo [*de*] *Copacavana.*

Desde Pomata, tomando el camino sobre mano izquierda, dejando el Real á la mano derecha, ocho leguas dista el pueblo Copacavana, á donde se redujeron muchos indios que de diversas provincias deste Perú vivian en una isla de la laguna, dos leguas deste asiento y tierra firme, una por mar, otra por tierra; llámase esta isla Tiquicaca, donde era el más famoso adoratorio que el demonio en todos estos reinos tenia, y para su servicio mandaba que de las más provincias dél que señalaba le sirviesen allí indios; solos unos exceptaba, llamados Puquinas, que viven la mayor parte en el camino de Omasuyo, que es de la otra parte de la laguna, por ser gente como de suyo es muy sucia, más que otra destos reinos, como si el demonio fuera muy limpio; antes que estos indios se redujesen y se deshiciese aquel famoso y falso adoratorio, todavia el demonio por los pecados déstos, aunque ocultamente, era reverenciado y obedecido, para comprobacion de lo cual diré lo que un religioso nuestro me refirió le habia pasado no ha 25 años, viviendo en un pueblo y doctrinándolo, llamado Tarama, destrito de la ciudad de Guánuco, siete leguas del primer pueblo del valle de Jauja, llamado Butun Jauja, que es decir el gran pueblo de Jauja.

Sucedióle, pues, que estando en esta dotrina llegó á él un fiscal della, indio, y díjole: Padre, aquí está un Cacha, que es un mensajero, de Tiquicaca; el religioso, aunque no habia vivido por allá arriba, tenia noticia deste adoratorio, y luego advirtió á lo que podria ser; dijo al fiscal: tráemelo aquí. Trújoselo. Era un indio bien dispuesto; llegó á guisa de caminante, la manta ceñida; preguntóle: ¿De dónde eres, hijo? Responde: De la isla Tiquicaca. Replicóle: ¿Dónde vas? Respondió: A Quito. (Hay desde Tiquicaca á Quito más de quinientas leguas). ¿Quién te envia? Responde: El Apo, que es el señor de Tiquicaca. Bien entendió el religioso que el que le inviaba era el demonio. ¿Así Tiquicaca te envia? pues yo os doy mi palabra que no habéis de ir allá y que os tengo de castigar por el mensaje. Del demonio sois mensajero. Respondióle el indio: Padre, yo tengo de ir. El padre: No iréis; yo os azotaré y tresquilaré primero y echaré en la cárcel. Responde el indio: Padre, los azotes y tresquilarme, no lo quitará Tiquicaca; mas dejar de ir no lo impidirás. Viendo esto el religioso, ¿qué habia de hacer? Mándale azotar y tresquilar, á la justicia, por mensajero del demonio, y que lo echen en la cárcel, en el cepo, y toma la llave de la cárcel y cepo; á la mañana va á ver su indio allá *en* la cárcel; él va á buscar el indio; el cepo hallólo cerrado, pero el indio nunca más le vió ¿Este fué indio ó demonio, que no pareció más?

El religioso que esto me dijo, y á otros muchos, en la ciudad de Los Reyes, se llama fray Juan de Torrealba, que agora vive en España, hombre de mucha verdad, y no tenia para qué fingirlo.

Para deshacer este adoratorio, que llamamos guacas, fué acertadísimo sacar los indios de aquella isla y poblarlos en la tierra firme, á la lengua casi del agua, en un cerro no alto, llamado así Copacavana. Este pueblo tenia á su cargo un clérigo gran lengua de la Aymará y de la Quichua; así se llama la de los Ingas, llamado el bachiller Montoro; la iglesia es buena; hiciéronla religiosos nuestros, porque este pueblo y otro que dista deste una breve legua, llamado Yunguyo, se encorporaron, cuanto á la doctrina, con la provincia de Chucuito. El buen clérigo mandó hacer á un indio una imagen de bulto, que colocó en la iglesia, al lado de la Epístola, en un altar, por sí; intitulóla de la Purificacion; yo la he visto tres ó cuatro veces; tiene de largo, sin la peana, una vara y cuatro dedos; salió hermosa de rostro, con su Niño Jesús entre los brazos, y aunque es así (como luego diremos) que los indios tienen poca fée ó ninguna, algunos hay en quien Nuestro Señor la ha infundido. Estos son pocos.

En aquel pueblo habia un indio casado que á su mujer daba mala vida y aborrecia grandemente; ella era buena cristiana y devota de aquella imágen de Nuestra Señora; el marido, persuadido del demonio, sacóla al campo para ahorcarla; echóle la soga á la garganta y quísola ahorcar; la india, muy de veras se encomendó á Nuestra Señora, y teniéndola ya su marido para lanzarla de un árbol abajo, aparecióssele Nuestra Señora en figura de aquella imágen; el indio deja la mu-

jer é pone pies en polvorosa, mirando para atrás, lleno de temor; la india quedó libre hallándose en el suelo, la cual tambien vió á Nuestra Señora en su favor; vínose á la iglesia, hincóse de rodillas delante del altar de Nuestra Señora, dándola gracias; da noticia deste milagro al clérigo, hácese la averiguacion, traen al marido, confiesa la verdad, que todavía estaba temerosísimo; llámase al corregidor de aquel partido, que á la sazon era don Jerónimo Marañon, convocáronse los clérigos comarcanos, hízose una solemne procesion con los indios del pueblo y otros que acudieron y algunos españoles que por allí se hallaron; luego se comenzaron á multiplicar milagros, que pintaron en las paredes de la iglesia; hízose libro dellos, pero algun luterano oculto que por allí pasó lo hurtó, mas no pudo hurtar la memoria dellos, que como eran frescos no se habian olvidado y tornáronse á escribir.

Los milagros han sido muchos y notables, de los cuales escrebiré dos aquí, que oí al mismo bachiller Montoro: el uno fué que habiendo falta de aguas para las comidas, los indios determinaron hacer una procesion á instancia deste sacerdote, sacando la imágen de Nuestra Señora, y para esto la parcialidad que llaman *Hañan saya* [1], que es la más principal, tractólo con la menos principal, llamada *Urin saya* [2]; ésta no quiso venir en ello; los Hañan sayas hacen su procesion; fué Nuestro Señor servido, para confundir á estos indios de poca fe, que, con tener las chácaras juntos, parten linderos, lloviese en la de los Hañan sayas y no en las de los Urin sayas. El otro fué: dos indios, marido y mujer, trujeron de más de cuarenta leguas un hijo solo que tenian contrecho, á Nuestra Señora que se lo curase; en abriendo la puerta de la iglesia por la mañana, tomaban su hijo, que ya sabia hablar, tenia de siete á ocho años, y ponian delante del altar de Nuestra Señora; desta suerte le ponian por espacio de diez ó doce dias; sucedió que el niño un dia comenzó á hablar con la imágen de Nuestra Señora y decirla: Señora, ya ha muchos dias que mis padres me ponen aquí delante Vos, para que me saneis, y no me sanais; la comida ya se les ha acabado, y están lejos de nuestra tierra; sáname ya, Señora, y si no, volverémonos á nuestra tierra; dicho esto se levantó el niño sano y salvo, como si no hobiera padecido lesion alguna, y salió á buscar á sus padres que fuera de la iglesia en el patio ó cementerio della estaban.

[1] al margen: barrio de arriba —[2] al margen: barrio de abajo.

Volviéronse con su hijo á sus tierras. Las palabras del niño, los demás que allí se hallaron las refirieron. A la fama desta imágen y milagros concurrian en romerias desde el Cuzco, que son más de cien leguas, y desde Potosí, que hay otras tantas, muchas personas, y las que no, enviaban sus limosnas aventajadas; de suerte que si se hobiera tenido un poco de más cuidado fuera riquísima la capilla. Arden delante del altar tres lámparas muy grandes y muy bien labradas, que personas particulares han enviado para el culto de Nuestra Señora; coronas tiene muchas; anillos con piedras riquísimas; quitóse la doctrina al clérigo poco antes que muriese, y dióse por órden de Su Majestad é buena diligencia que se dieron, á los padres de San Augustin, donde tiene*n* un priorato. Ya los milagros no son tan frecuentes, por nuestros pecados, y aun no han cesado *los que* con las medidas de la imagen se han hecho: el contador Garnica, quebrado, ciñéndose la medida sanó. Los hechos no es de mío escrebirlos, porque piden un libro entero. Los Padres Augustinos ternán cuidado dello.

Fué Nuestro Señor servido, para confusion del demonio y para alumbrar á estos miserables, que cerca de aquel lugar donde con tanta reverencia el demonio era adorado, allí se hiciesen muchos milagros por Nuestra Señora á gloria de Su Majestad y de su Madre sacrosanta.

No creo hay cibdad, en lo que he visto de la de Los Reyes y Potosí, donde no haya capilla de Nuestra Señora de Copacavana, y en pueblos de indios hay no pocas desta advocacion, y en algunos se dice se han hecho milagros, como es en Pucarani, ocho leguas de la ciudad de la Paz; el indio que hizo esta imágen, aunque ha hecho otras, ninguna ha sacado como ella; ha sido llamado á muchas partes y las ha hecho [1], y estando en la ciudad de La Plata le llamó el presidente de la Audiencia para conocerle, el licenciado Cepeda, y dióle silla, diciendo: Quien hace imágen de Nuestra Señora que obra milagros, merece se le dé silla delante de un Presidente.

CAPÍTULO LXXXVII

Del pueblo [de] Cepita y [De]s[a]guadero.

De Copacavana volvemos al camino Real, sobre mano derecha, en demanda del último pueblo de la laguna de Chucuito, ocho leguas tiradas.

[1] En el ms., *yo las he hecho.*

Es pueblo frio y destemplado como los demás, y ninguno tanto como éste en toda esta provincia, del cual dista el Desaguadero desta laguna dos leguas y media. El Desaguadero es tan ancho como un tiro de piedra; el agua tiene muy poca corriente, parece como embalsada. Comunmente se trata en este reino que no se le halla fondo, y que el agua por abajo corre con tanta velocidad que, por mucho que pese una piedra, si con ella la quieren sondar, se la lleva el agua.

La primera vez que pasé por este Desaguadero llevaba intencion de sondarlo y averiguar esta verdad; llegando con más de cincuenta brazas de sogas que saqué de Cepita, me puse en medio de la puente con una piedra como medio adobe; echéla al agua y luego se fué la piedra derecha al fondo como si no hobiera corriente alguna; sompeséla y sacándola hallé cuatro brazas y media de agua, de suerte que lo que se dice es fábula; tambien decian que cayendo alguna cosa en el agua era imposible salir; tambien lancé un perro y fácilmente salió nadando; y que por abajo no haya corriente es fácil de persuadir, aunque no lo hobiera experimentado con la sonda, porque como toda aquel agua sea un solo cuerpo, si por abajo fuera tan raudo y corriente, por el medio y por arriba habia de correr de la misma suerte.

Tiene este Desaguadero una puente, la mejor, más fácil y segura del mundo; es llana y de totora asentada sobre tres ó cuatro maromas de icho, muy estiradas; hacen los indios unas balsas fuertemente atadas desta totora, á manera de media luna cuando se muestra despues de la conjuncion; el convexo, que es el lomo, asientan sobre las maromas muy bien atado, y luego junto á esta otra, y así las multiplican desde el principio al fin y las unas con las otras las atan. El vacio que hay entre una y otra, porque estas balsas son redondas, hínchenlo con enea ó totora suelta, que es lo mismo, de suerte que la puncta queda llana y rema de ancho tres varas largas; es segurísima y puédese pasar á caballo, aunque yo muchas veces que la he pasado me apeo, llevando la cabalgadura de diestro. Hay aquí indios con pescado, los cuales tienen cuidado á su tiempo de renovarla, y son tan diestros en ello, y en saber, por la experiencia que tienen, cuándo conviene hacerlo, que no pierden puncto, porque ya saben cuándo han de renovar las maromas y las balsas.

Deste Desaguadero se hace otra laguna que llaman de Paria, ó de Challacollo por otro nombre, no tan grande, ni con mucho, como ésta; desagua contra la mar del Sur, sumiéndose sin que responda á alguna parte; por ventura por las entrañas de la tierra va á dar á la mar.

CAPÍTULO LXXXVIII

Del pueblo Tiaguanaco.

Seis ó siete luguas delante del Desaguadero llegamos al pueblo *de* Tiaguanaco, donde hay, apartado un poco del camino Real, sobre mano derecha, unos edificios antiguos de piedra recia de labrar, que parecen labradas con escuadra, y entre ellas piedras grandísimas; casi no pasa por aquel pueblo hombre curioso que no las vaya á ver.

La primera vez que por allí pasé con otros dos compañeros las fuimos á ver, donde vimos unas figuras de hombres de sola una piedra, tan grandes como gigantes, y junto á ellas de muchachos, la cintura ceñida con un talabarte labrado en la misma piedra, sin tiros, como usan los que traen tahelies. Paredes no habia altas, ni casa cubierta; ocuparia este edificio más que cuatro cuadras en torno. No saben los indios quién lo edificó, ni de dónde se trujeron aquellas piedras, porque en muchas leguas á la redonda no se halla tal cantera. Es fama haber allí gran suma de tesoro enterrado; hase buscado con diligencia, mas como andan á ciegas los buscadores, no han dado con ello, sólo dan con la plata que sacan de la bolsa para el gasto.

Agora se aprovechan de aquellas piedras para el edificio de la iglesia deste pueblo. De aquí á Calamarca, otro pueblo de indios, hay dos jornadas largas, donde se junta el otro camino de Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna; por lo cual es necesario volver á tractar dél.

CAPÍTULO LXXXIX

Del camino de Omasuyo.

Desde el pueblo de Ayaviri, que dijimos ser el primero del Collao, tomando sobre mano izquierda, comienza el camino y se sigue la provincia llamada Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna de Chucuito; esta provincia es muy poblada, y por la mayor parte son Poquinas; son recios de ganados de la tierra, y participan de más maíz é trigo que los de la otra parte, por tener sobre mano izquierda la provincia de Larecaja, abundante de lo uno y de lo otro.

Esta provincia es montuosa, llena de sabandijas ponzoñosas, de tigres y osos y leon-

cillos: de aquí se proveen de madera para las iglesias, así los de la una parte de la laguna como los de la otra, y de otra más menuda para sus casas. Por esta parte la laguna (digamos) se mete más la tierra adentro con esteros, por medio de los cuales llevaba su camino el Inga, derecho, como habemos dicho; agora, por descuido de los corregidores, que con tiempo no lo han querido remediar, está perdido en muchas partes, y rodeamos por algunas ensenadas más de dos leguas, y en otras menos, conforme es la calzada perdida. Tiene tambien esta provincia, á la propia mano izquierda, primero, ó un poco más abajo que á Larecaja, la provincia de Caravaya, ó por mejor decir las montañas, porque no son pobladas, cálida, lluviosa y montuosa, donde antiguamente se sacaba oro en abundancia, subido de la ley; agora tambien se saca, pero mucho menos; la razon es porque siendo tan cálida para los indios que lo han de sacar, que los llevan desta provincia de Omasuyo, es muy enferma, y justísimamente se prohibe vayan los indios á ella contra su voluntad, ni con ella, á sacar oro; con todo eso, hay españoles y corregidor, y no pienso va mal aprovechado el que lo es. Junto á esta laguna hay un pueblo llamado Arapa, de donde dos leguas, ó poco más, segun me dijo un sacerdote clérigo que en él residia, que tiene otro desaguadero esta laguna, no de tanta agua como el que habemos dicho, de suerte que desagua á una y otra mar.

En toda esta provincia no he visto, dos veces que por ella he caminado, cosa digna de memoria, si no es el pueblo de Guarina, dos leguas adelante del cual fué la batalla desgraciada entre el general Diego Centeno, que defendia la parte del Rey, y el tirano Gonzalo Pizarro, éste con cuatrocientos hombres y Centeno con 1.200; aquí fué desbaratado, y la flor de los vecinos y capitanes muertos y presos, y enterrados más de cuatrocientos hombres en un hoyo donde agora está una ermita harto mal parada, sin que los hijos de los que allí tienen sus padres la reparen ni aun hayan gastado un real, y son algunos déstos vivos y muy ricos; mas de su padres creo se acuerdan poco.

CAPÍTULO XC

De la ciudad de La Paz.

De aquí de Guarina á la ciudad de La Paz son dos jornadas, la cual se llamó así por ser poblada en medio de Potosí y el Cuzco, donde habia, los años pasados, ó de donde se temian algunos alborotos, y porque de aquí se habia de salir á apaciguarlos se llama la ciudad de La Paz, en la cual, por la mayor parte, hay poca entre los vecinos della. Poblóse en valle hondo por *ser* lugar más abrigado, junto á un rio pequeño de buena agua; no lleva peces por la frialdad del temple, pero provee.e y bastantemente de la laguna, que la tiene á ocho leguas, poco más; aquí no se da sino muy poco maíz en unas quebradillas junto al pueblo, donde hay un poblezuelo pequeño de indios para su servicio. El rio abajo, á seis leguas y más, se dan viñas y fructas de la nuestras muy buenas, y á diez, y dende arriba, hay valles callentes, principalmente uno llamado Caracato, en el cual se han plantado viñas y se coge mucho y buen vino, y alguno tinto, á quien no hace ventaja el de España.

En este valle tienen los más de los vecinos sus heredades. El trigo é maíz les traen de la provincia de Larecaja, y de otro valle más abajo dicho Cochapampa; los vecinos de aquí, á lo menos los viejos, eran muy ricos asi de plata como de ganados nuestros, particularmente ovejuno, por los muchos y buenos pastos que hay en la comarca y cerca del pueblo; á cuya causa en el mismo pueblo conocí un obraje de paños, donde se hacian blancos y pardos, mejores que los que nos traen de Castilla, frezadas y otras cosas. Sustenta cuatro monasterios: San Francisco; San Augustin, la Merced y Teatinos, que en breve se han hacendado y muy bien; tienen su sitio en una cuadra de la plaza, y en él tiendas no pocas para mercaderes y pulperos. Es pueblo de mucha contractacion, á lo menos solíalo ser, y donde se remediaban soldados pobres hasta que se proveyeron corregidores de naturales.

CAPÍTULO XCI

Del pueblo Calamarca y demás provincias del Collao.

De aquí al pueblo Calamarca, que quiere decir pueblo fundado en pedregal, y así es, ponen ocho leguas tiradas y largas y llanas, á donde, no una legua dél, se junta con el camino Real que viene de Chucuito el que viene de Omasuyo á la mano derecha, del cual dejamos la mano derecha la provincia llamada de los Pacajes, donde los más de los vecinos de La Paz tienen sus repartimientos. Es provincia riquísima de ganado de la tierra, y es el mejor, los carneros más bien hechos y que

llevan más carga, y valen más que los de otras partes. Es tierra llana, muy fría en todo tiempo, de grandes tempestades con truenos, rayos é nieves, como las demás de la Sierra.

Luego se sigue la provincia de Paria, de la misma calidad, fértil juntamente de ganado porcuno, porque se cria mucho en la ribera de la laguna que dijimos se hacia del Desaguadero; de aquí se siguen los Quillacas; ya éstos son del repartimiento de la ciudad de La Plata, y tambien Paria, provincia más seca, pero de la misma calidad en lo demás, y desde el Desaguadero hasta los Quillacas, todo comunmente se nombra Pacajes; en todas estas naciones hay pueblos de indios grandes y ricos de ganados, faltos de leña para cubrir las casas y aun para el fuego, aunque les proveyó nuestro Señor de una que llaman tola, que casi la hoja tira á nuestro romero, y quemada huele bien, no mucho. Hay en estas provincias grandes salinas, por lo cual agora pocos años se descubrieron unas minas de plata que por este respecto se llamaron de las Salinas; ya creo han cesado por su pobreza.

CAPÍTULO XCII

Del tambo de Caracollo y camino por los valles hasta La Plata.

De Calamarca al tambo de Caracollo, asaz frio y destemplado, se ponen cuatro jornadas, en medio de las cuales se fundó el pueblo llamado Sicasica; tiene este pueblo nombre por una fuente de agua que se le trujo bonísima, y por un espinillo que no crece un palmo, salubérrimo, tomando un sahumerio, para catarros, toses y apretamiento de pecho, y para otras enfermedades bebida el agua de su cocimiento, tanto que de España se pide como cosa preciada. De aquí á Caracollo so n doce leguas: las siete á una ventilla, entorno de la cual solia andar un mestizo, famoso ladron de caballos y mulas; esta venta no tiene recado para poner las cabalgaduras en caballeriza: andan al campo al pasto; salia este mestizo de unas quebradas, recogia todos los caballos con dos ó tres indios que traia al tracto, y daba con ellos en Arica; allí las vendia por poco precio; cogióle la justicia, y preguntándole por qué siquiera no dejaba algunas, respondió: porque no fuesen tras mí; finalmente, pagó en la horca sus delitos.

De Caracollo, tomando el camino por la mano siniestra, quince leguas andadas, llegamos al valle de Tapacari y pueblo; en las ocho de las cuales, en medio de una cordillera muy fria, se hizo una ventilla con solas dos casas, que lo más del año no habita nadie en él por destemplanza del frio, y á dos leguas andadas comenzamos á bajar una cuesta no menos que de tres leguas, hasta que damos en el valle y pueblo sobredicho; ya esta tierra es más templada, aunque Tapacari, por estar al pie de la sierra, es más frío que los demás valles y pueblos; dase maíz y trigo, duraznos y membrillos en lugares abrigados; hay aquí un convento de los padres de San Augustin con título de priorato. Los padres que en él residen son dos ó tres. Los demás en otros pueblos.

De Tapacari hay dos jornadas al gran valle y ancho llamado Cochabamba, que quiere decir tanto como valle cenagoso, porque todo está lleno de ciénagas, si no son á las faldas de los cerros, que por la una parte son muy altos y nevados; en estas faldas se da mucho maíz y trigo y aun algunas parras, frutas de las nuestras todas, y árboles, y en medio dél hay algunos altozanillos donde se da lo mismo. Es este valle el sustento de Potosí, de trigo, maíz, tocinos, manteca: habrá 34 años se pobló un pueblo de españoles en él que va en mucho augmento, cuyos vecinos, algunos son ricos de plata, pero de ganados nuestros, casi todos. Hay en este valle dos repartimientos de indios y muy buenos. Aquí tenía su repartimiento el licenciado Polo, con una cría de famosos caballos caminadores y aun corredores; ya se ha perdido despues que murió; su hijo no tiene tanto cuidado como su padre. Es templado el valle, pero tiene una plaga irremediable, ya la hay desde Tapacari en toda esta provincia de Los Charcas, que desde Taquiri comienza y no cesa en todo Tucumán, y llega hasta los primeros pueblos de Chile, y es unas cucarachas llamadas acá hitas, tan grandes como las medianas de los navios de la mar del Norte, de aquella color, con alas; mas diferéncianse, que éstas tienen un agujon casi invisible con que pican, y tan delicadamente que no se siente, de noche despues de apagada la lumbre; empero dende á dos dias se levanta una roncha como una haba, con tanta comezon, que no se puede sufrir, hasta que una poquita de agua que allí se cria la echamos fuera, y luego se descansa: mas al que no tiene buena encarnadura se le hace una llaga que da pesadumbre; tienen miedo á la lumbre, mas apagada ó bajan por las paredes ó del techo se dejan caer á peso sobre el rostro ó cabeza del que duerme. Las que bajan, pican en las piernas; las que se

dejan caer, en la cabeza y rostro. No pican á ninguna persona que de suyo sea melancólica, ó que tenga mal olor de cuerpo, ó pies, con ser ellas de muy mal olor; helo visto por experiencia; son torpes de pies por los tener largos y delgados, y llena la barriga con la sangre que han chupado, no pueden andar. Tambien se crian chinches pequeñas como las de España. Críanse en todos estos valles muchas víboras de las de cascabel, de que habemos tratado, y en los altos, con otras pequeñas como las de España, y otras que se abalanzan tanto como una lanza á picar; en las montañas y árboles se suben otras, y de allí se arrojan á picar á los caminantes; estas dicen ser áspides. Todas las picaduras destas víboras son irremediables si luego no se les acude con el remedio que ya dijimos y enseñamos; otro se me olvidó poner allí: cúrase con una raizilla de que hay abundancia en esta provincia, junto á la ciudad de La Plata; ésta es delgada como el dedo, negrilla, huele como higuera; dase en polvos poca cantidad, súdase con ella, y hase de tener dieta: llamámosla en estas partes contrayerba.

CAPITULO XCIII

De los valles y pueblos desde Cliza á Misque.

De Cochabamba á Pocona ponen quince leguas, en medio del cual cae el valle de Cliza, muy ancho, de más de cuatro leguas, y de largo más de ocho; vive aquí Eolo con todos los vientos (si nos es lícito hablar como los poetas), porque al verano son incomportables, por cuya razon el trigo deste valle es bonísimo y de lo mejor del mundo, y el maíz es lo mismo; no tiene agua, que si tuviera abundancia della era suficiente él sólo á dar trigo é maíz á Potosí, de donde dista más de cuatro leguas, y aun á todo el Collao.

El rio que sale de Cochabamba, y divide estos dos valles, no es provechoso para sacar acequias, porque corre casi al fin dél. Diré lo que hay por muy cierto, que succedió en este rio á un soldado (así llamamos á los solteros que no tienen casa conocida): el pobre habia jugado y perdido lo poco que tenia en una chácara deste valle, é ya que anochecia, medio desesperado, tomó su camino para Cochabamba; llegando á este rio ya á media noche, hallóle de avenida; no tiene puente; no se atrevió á vadearle, y apeándose del caballo buscaba por donde pasar; no hallando, dijo: ¿No hobiera algun diablo que me pasara? No lo dijo á sordas, y Nuestro Señor, que le quiso castigar, arrebátanle y pásanle de la otra parte por medio del agua y tórnanle á pasar; desta manera lo llevaban y traian de una parte á otra, hasta que finalmente lo dejaron bien mojado de la otra parte del rio, donde halló su caballo. El miserable, medio muerto y no poco temeroso, tomó su caballo y siguió su camino hasta Cochabamba, una legua poco más, donde contó en una posada lo sucedido; otro dia confesó, y despues vivió pocos dias. Esto oí á personas que conocieron á este soldado, y lo nombraban; cuando lo oí no tenia intencion de escrebir esto y así no encomendé á la memoria el nombre. A la ribera de un arroyo que tiene este espacioso valle viven algunos españoles en sus chácaras, donde fuera de las sementeras tienen algunas viñuelas, más para uvas que para vino, con algunos árboles de los nuestros, membrillos, manzanas y duraznos. Cuando descubrimos el valle parece estar lleno de indios que lo labran, y son unos hormigueros tan altos casi como un estado. Críase en él mucho ganado ovejuno, muy sabroso por la yerba que nace en tierra salitral, y el agua es salobre.

No faltan aquí víboras de toda suerte, y en las casas muchas hitas. El temple del pueblo Pocona, siete leguas más adelante, es muy frio, por estar más alto. Hay en él 3.000 indios tributarios; doctrinanlos padres de San Francisco y es guardianato; son indios trasplantados deste valle de Jauja; trasplantólos el Inga, á los cuales llamamos mitimas; son indios muy ricos, así por los ganados como por la coca que sacan de tierra caliente, llamada los Andes de Pocona, y aunque es enferma, no tanto como los Andes del Cuzco. Es fértil de las sabandijas que dijimos haber en los demás Andes. Críanse allí osos muy grandes, que trastornan las mujeres, y ellas viéndoles, ninguna resistencia hacen; hay terribles tigres, y ha sucedido llegar un tigre á la casa donde dormian muchos indios, y de en medio dellos, si habia alguno no baptizado, llevárselo en las uñas sin á hacer daño á los baptizados; esto no es fábula.

A ocho leguas de aquí entramos en el valle de Mizque, y antes de llegar á él pasamos por dos vallecillos pequeños, pero de muchos cedros finísimos, donde hay algunas chácaras de españoles; hay viñas en las cuales se coge bonísimo vino, y el agua donde se dan los cedros es tal; parece que no sufre el cedro regarse con agua gruesa.

Mizque es valle ancho, con dos rios, uno

mayor que otro; el mayor lleva sábalos grandes y buenos; en él hay un pueblo de indios; es abundante este valle de viñas y vino muy bueno, y frutas de las nuestras y hortaliza; pero lo que mejor se da son cardos, que por no espantar los oidos de los que leyeren estos borrones, no quiero decir cuán grandes los he visto; es abundante de víboras como los demás, y de hormigas á los pies de las cepas, que les roen las raíces y luego se secan; el remedio es en el hormiguero echar agua hirviente; mátalas y salen arriba huyendo, donde á escobazos las matan.

Todos estos valles, con toda la provincia de los Charcas, tienen al cielo por contrario, por los grandes pedriscos que sobre ellos vienen y descargan; la causa natural es ser esta provincia llena de minerales, y como los vapores que dellos saca el Sol sean gruesos, fácilmente se convierten en pedriscos, y si alguno dellos es combatido, es este valle de Mizque, y á la viña que da, ó arbol frutal, en tres años no vuelve en sí. Tiene otra plaga, y es que se crian, así en los indios como en los españoles, papos, que acá llamamos cotos, en las gargantas; yo he visto hijos de españoles nacer con ellos; el remedio experimentado es atarse á la garganta una ó ó dos cabezas de víboras, y con esto se resuelven.

Conocí á un hombre llamado Simon Albertos, con uno muy grande, y sabiendo este remedio, se echó dos cabezas de víboras al cuello, y le vi sano, como si no hobiera tenido tal en toda su vida. Pues ¿no hay remedio para apocar las víboras? Sí hay, y son los puercos; éstos las apocan; pero en el tiempo de las aguas se crian muchas por la costelacion del cielo y por la humedad y fertilidad de la tierra. Es cosa de admiracion ver pelear un puerco con una víbora. En viéndola, eriza todas las cerdas del cerro; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y estáse queda. El puerco rodéala hozando y guardando con la tierra el hocico, no le pique en él; si le pica, como un gamo vase al agua y pone el hocico en ella, hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad á la batalla; la víbora no se aparta de su lugar; el puerco vásele llegando hozando, y cuando ve la suya, es prestísimo, con la una mano pónela encima de la cabeza de la víbora, y dando con ella en el suelo la aprieta tan fuertemente con la tierra que no la deja volver á picar, y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come. He dicho esto para alivio del prudente lector.

CAPITULO XCIV

De la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

Desde este valle Misque se toma el camino, sobre mano izquierda, para la provincia de Sancta Cruz de la Sierra; esta provincia es abundante de maíz y en algunas partes de trigo; el temple de la ciudad es bueno; dista deste valle más de 120 leguas, en partes, de mal camino, falto de agua.

Para ir á esta ciudad se pasa por unas montañas donde viven indios Chiriguanas que comen carne humana, y algunas veces suelen salir hasta bien cerca del valle de Mizque, donde hacen el daño que pueden, y á los caminantes lo hacen saliéndoles de través, y si los cogen descuidados lo pasan mal los nuestros, como lo pasaron ha muchos años, que saliendo de la ciudad de Sancta Cruz la mujer del general Nuflo de Chaves, de quien luego tractaremos, salieron al camino y la quitaron á los soldados que con ellos venian, peleando. Mas viendo los soldados lo subcedido, se concertaron, como hombres nobles y valientes, de morir ó recobrarla, y siguiendo los enemigos los alcanzaron, y sin riesgo de las mujeres quitaron la presa y se volvieron su camino, sin que los indios se atreviesen más á pelear con ellos. Fué capitan Francisco de Montenegro, bien experto entre los Chiriguanas y dellos conocido; y algunos *años despues*, un buen hombre llamado Romaguera, viviendo en una chácara, no dos leguas apartado de Mizque, de noche dieron en su casa los Chiriguanas y le mataron y se llevaron mujer y dos ó tres hijas y mucho servicio, y hasta hoy, si no las han muerto, se las tienen allá.

Estos indios, aunque comen carne humana, no comen la de ningun español, porque los años pasados, comiendo uno, á todos los que lo comieron les dieron cámaras de sangre y murieron; los restantes, avisados del suceso, no la comen; pero al que toman vivo, para matarle usan de exquisitos tormentos.

Pasadas las montañas destos Chiriguanas, se siguen unos llanos muy grandes, donde hay gran cantidad de miel y mucho ganado nuestro vacuno, cimarron, muy gordo, que se multiplica allí de un poco que se quedó de un pueblo de españoles que hubo á la vera de un rio grande que llamaron de la Barranca. No se pudo sustentar; despobláronle, ó por la guerra continua con los indios comarcanos, llamados los Chiquitos, belicosos y de yerva, aunque no caribes, ó por la pobreza de la tierra; despoblando, no pudieron sacar

todo el ganado sin que alguno se quedase, de lo cual se ha multiplicado mucho para proveimiento de los pasajeros, porque de gordo no puede correr, particularmente las terneras, que al primer apreton se quedan estacadas. Agora me dicen se ha tornado á poblar este sitio, que será freno para los Chiriguanas.

De aquí á Santa Cruz de la Sierra, todo ó lo más es despoblado y sin agua, si no son unos jagüeyes, á quien lo más del tiempo falta agua; es tierra llana, y ésta es la causa. Este pueblo pobló el general Nuflo de Chaves, hermano del padre maestro fray Diego de Chaves, doctísimo, verdadero hijo de Sancto Domingo, varon integérrimo en todo género de virtud, primer confesor del Príncipe nuestro señor don Carlos y despues del Rey nuestro señor Filipe segundo, sin que jamás se le conociese amor á cosa terrena

El general Nuflo de Chaves, subiendo por el Rio de la Plata arriba, muchas leguas de la Asumpcion, pueblo principal de aquella gobernacion, dió en este asiento, pobló y púsole el nombre susodicho, en medio de muchos indios chiriguanas, porque á la una parte y otra del pueblo los hay. Cercó la ciudad de tres tapias, fortaleció las puertas; en todos estos reinos no hay ciudad cercada; vélase por los enemigos tan comarcanos y malos. De aquí salió en demanda de unos cerros donde se entendia haber minas de plata, en tierra de guerra; llevaba consigo españoles y mestizos, buenos soldados, y tambien chiriguanas, por amigos, que le ayudaban, por ser gente belicosa.

En un recuentro que tuvo con los indios de guerra, alcanzada la victoria, los chiriguanas pidiéronle parte de los indios captivos y presos para comérselos, diciendo le habian ayudado. El general no se los quiso dar; guardáronsela, y dejando á don Diego de Mendoza, creo cuñado suyo, con todo el ejército, apartóse con doce ó catorce soldados y los chiriguanas 15 leguas, pocas menos, á cierto paraje, en el cual los chiriguanas determinaron de matarle, y no lo trataban tan secreto que no se entendiese su mala intencion; avisaron los soldados á su General; hizo burla de los que lo avisaban, y un dia, que fué el de su muerte, viniendo los chiriguanas determinados de poner en ejecucion lo concertado, estaban con el General tres ó cuatro soldados, Juan de Paredes y Diego de Ocampo Leyton, ambos extremeños y hombres de vergüenza, ánimo y hidalgos, con sus arcabuces y cuerdas en las serpentines; dijéronle: Señor, estos indios vienen con mal pecho. Si vuestra merced manda, aquí los despacharemos. Enojóse el General y díjoles: Quitaos de ahí. ¿Para qué me poneis esos miedos? Apagad las cuerdas y dejadme con la lengua, un mestizo que servia della. Replicáronle; no aprovechó nada. Apagaron las cuerdas y no fueron cuerdos, y fuéronse á un bohio donde estaban los demás. El General estaba en una hamaca, entre las piernas la celada, encima de una rodilla, y sin espada, vestida una cota; como quedó solo con el mestizo lengua entran los chiriguanas, comienzan á quejarse que no les daba parte de la presa; descuídanle, llega uno por detrás, que el pobre General, ni la lengua lo advirtió, alza la mano y con una macana de palma dale un golpe en la cabeza que le aturdió y dió con el de la hamaca abajo. El lengua salió dando voces ¡Al General han muerto! ¡Al General han muerto! Los pocos soldados túrbanse, y como no tenian mecha encendida, uno de los dos arriba referidos arrebató un tizon y puso fuego al arcabuz; dispara sin saber á dónde tiraba y acertó á dar en un caballo y matóle. Los indios pensaron que los soldados venian sobre ellos; retiráronse á una montañuela que cerca estaba, para guarecerse de los arcabuces, que si vinieran sobre los nuestros allí los mataran á todos. Retirados, tuvieron lugar los pocos españoles, pero bravos, de encender sus mechas y hacerse fuertes en la casa y recoger los caballos. El pobre General murió dende á pocas horas, sin poder hablar palabra.

Entre los soldados habia un mestizo, del Rio de la Plata, llamado Juan de Paredes, y por diferenciarle del que habemos tractado le llamo Paizunu; á los dos conocí y tracté mucho, y á éste no tanto, que me dijeron lo que voy refiriendo. Este Pazunu dijo: Aquí estamos perdidos; si me dan un caballo, el que yo pidiere, yo romperé por los enemigos, iré á dar aviso á don Diego, y si esto no hacemos, aquí nos han de matar; y muertos, como don Diego no sepa lo sucedido, luego darán sobre él y sobre los demás, y todos pereceremos y la ciudad asolarán. Y fuera así si Nuestro Señor otra cosa no ordenara por su misericordia: los chiriguanas habianse puesto en medio del camino para que no se fuese á dar mandado á don Diego. Don Diego fué uno de los buenos capitanes para contra indios que habia en estas partes, mestizo del Rio de la Plata; no le conocí, mas por su fama, y despues tractaremos dél, cuando tractáremos de lo sucedido en el tiempo que gobernó don Francisco de Toledo. A los soldados pareció bien el consejo; dan el caballo que pidió, armóse y armaron al caballo; toma

una lanza y un arcabuz pequeño, sale, dispara su arcabuz y luego echa mano de la lanza y rompe por medio de los Chiriguanas, y sin parar, aunque con algunos flechazos no peligrosos, en él y en el caballo, da aviso á don Diego de Mendoza, que habia quedado donde dijimos. En el real hízose el sentimiento debido. Parte con su ejército luego, da en los Chiriguanas por una parte, los pocos por otra; mató muchos, y á los que hubieron á las manos metiéronlos en un buhio y pusiéronlos fuego; castigo merecido por la maldad cometida, porque el General era noblísimo y valentísimo. Sucedió esta maldad y desgracia gobernando este reino el licenciado Lope Garcia de Castro; Su Majestad le habia hecho merced de aquella gobernacion, para sí, hijo y nieto; dejó dos hijos pequeños y tres hijas. El gobierno encomendóse á don Diego de Mendoza hasta que su sobrino el mayor tuviese edad. Despues quitóselo don Francisco de Toledo, siendo Visorrey destos reinos; proveyó en él á Juan Perez de Zurita, más para pelear que para gobernar; despues tornóse á proveer en el mismo don Diego, el cual muerto, como diremos, quedó un poco de tiempo el gobierno en los alcaldes; despues de lo cual, no sé si por Su Majestad ó por qué Virrey, se proveyó á don Lorenzo de Figueroa, un caballero muy noble y de muy buenas partes, y no menos cristiano, el cual descubrió una provincia de gente política como ésta del Perú, muy poblada y que fácilmente se le dieron y aun le convidaron con la paz, porque los librase de los Chiriguanas, que los comian. Murió este caballero; agora no sé quién la gobierna.

CAPITULO XCV

Prosigue el camino de Mizque á la ciudad de La Plata.

Volviendo al valle de Mizque, y prosiguiendo el camino, á diez leguas andadas llegamos al rio Grande, que corre por un valle desaprovechadísimo, si no es para víboras, tigres y osos; caluroso y sombrio respeto de la mucha montaña de una parte y otra, y los árboles infructíferos, silvestres, los más espinosos. Aquí no habitan sino las creaturas dichas, y no pocos mosquitos. Al tiempo de las aguas, es el rio muy grande; no se puede vadear, y al de la seca es necesario saber bien el vado. Por el riesgo de los que se ahogaban y por ser camino muy pasajero, el marqués de Cañete, de buena memoria, el viejo, mandó se hiciese una puente, y para ello se cortó mucha madera, juntóse mucha piedra, hízose gran cantidad de cahices de cal, sogas, maromas, acequia para desaguar el rio; todo se perdió, por respecto de un religioso, no de mi Orden, y asi se quedó y se quedará por muchos años. La puente no puede ser más que de un ojo, y éste, segun lo afirmaba el artífice, habia de ser de más de sesenta pasos. Luego se siguen otros valles angostos, empero fértiles de maíz en las laderas, y en los altos de trigo, donde jamás entraron indios ni en ellos poblaron; era montaña cerrada, llena de los animales que habemos dicho. Los españoles, acabadas las guerras civiles, como no tenian en qué ocuparse, se metieron, desmontaron, araron y cavaron, hicieron sus chácaras, donde de Potosí les vienen á comprar las comidas; siembrase aquí el maíz con ceniza; en haciendo el hoyo para echar los granos y echándose en él, luego otro indio anda con una taleguilla de ceniza derramándola á la redonda y dentro, por que las hormigas no coman el grano; llegando á la ceniza no pasan adelante, y nacido el maíz no llegan á la hoja. Así en este valle como en otros tres que hay de aquí á la ciudad de La Plata, las aguas son muy gruesas y salobres, y en todas hay las plagas referidas, con pedriscos á su tiempo; danse también en estos valles algunas viñas y fructas de las nuestras. A una parte dellos viven algunos indios llamados Moyos, barbarísimos en extremo, y holgazanes, más bárbaros que los de la laguna de Chucuito; éstos comen cuantas sabandijas hay: culebras, sapos, perros, aunque estén hediendo, y si pueden haber á las manos los potranquillos, no los perdonan, y como tengan un sapo para comer aquel dia, luego se tienden de barriga en el suelo. No creo se ha descubierto, ni hay en este Perú, gente más bárbara. Críanse en estos valles cedros altísimos, gruesísimos.

CAPITULO XCVI

De la ciudad de La Plata.

La ciudad de La Plata fué uno de los ricos pueblos del Perú, y los vecinos della fueron de los más aventajados de todo este reino; aquí fué vecino el general Hinojosa, el general Diego Centeno, el general Lorenzo de Aldana, D. Pedro de Portugal, Gomez de Solís, el general Pablo de Meneses, licenciado Polo y otros muchos capitanes y valerosos varones, de todos los cuales ya no hay memoria, si no es de cual ó cual; fueron todos á una mano riquísimos por las minas

que tomaron en Potosí, las cuales entonces acudían á muchos marcos por quintal; su poblacion es *en* unas lomas llanas no mucho, pero como las requiere la tierra donde llueve. Es cabeza de obispado y muy rico. Agora cuatro años que estuve en ella, estaban los diezmos solamente del districto de la ciudad y algunos pueblos recien poblados de españoles hácia las montañas de los Chiriguanas, en 76.000 pesos ensayados, y el año pasado en 82.000 sin los diezmos de la ciudad de La Paz y provincia de Chucuito; los cuales todos juntos pasan de 100.000 pesos; tiene el señor Obispo, de su cuarta de la mesa episcopal, 25.000 pesos, sin lo que le viene de la cuarta funeral, que yo seguro no le falta mucho para 40.000 pesos, que no es mal bocado para un pobre clérigo ó fraile. Agora 28 años no llegaba la renta del obispo á 7.000 pesos, siéndolo nuestro religioso el Rmo. fray Domingo de Sancto Tomás, porque nunca tal cuarta pidió, ni las cosas se habian subido tanto; despues vinieron clérigos á ser obispos, deseados por los clérigos del obispado, los cuales, cuando vino la nueva y poderes para tomar la posesion por el Rmo. don Fernando de Santillán, haciendo grandes regocijos de noche á caballo y con hachas y repiques de campanas, decian: capillas fuera, capillas fuera; empero, sucedióles como á las ranas; entablaron estos señores obispos la cuarta episcopal, y agora lloran las capillas pasadas y reniegan de sus deseos, y más viéndolos cumplidos.

Es cosa de admiracion ver lo presto que los prebendados hinchen las cajas de plata. La iglesia catedral es de bóveda y de una nave bien labrada; es rica de ornamentos, y bien servida en lo que toca á los oficios divinos, con mucha música. Sustenta seis monasterios: uno nuestro, otro de San Francisco, otro de San Augustin, otro de la Merced, otro de Teatinos y uno de monjas subjectas á los padres Augustinos; ninguno hay acabado; el nuestro estuviera en muy buen puesto si se hiciera en él una iglesia moderada, mas quisieron hacerla de tres naves, mayor que la nuestra de Los Reyes, y en hacer y deshacer han gastado priores poco discretos muchos millares de plata.

El monasterio de San Francisco es el que tiene más edificado; la iglesia es cómoda, de una nave, cubierta toda á dos aguas con madera de cedro. En entrando en ella huele muy bien. Los padres augustinos van edificando el convento; la iglesia dejan para la postre. Los materiales para cal son bonísimos, y la piedra para de mampuesto muy cerca del pueblo. Reside aquí Audiencia Real, necesarísima para los pleitos de Potosí, y más para la quietud de la tierra. No tiene rio; tiene un manantial á la parte del Sur, de donde se trujo una fuente á la plaza, bien labrada, y para algunas casas se les repartió agua. El temple es bueno, porque en todo el año no hace tanto frío que sea necesario llegarse al brasero, de donde se vino á decir que esta ciudad excedia á las demás deste reino en templo, temple, fuente y puente, y cascos, etc. La puente se hizo en un rio, legua y media de la ciudad, camino de Potosí, muy bien labraba, de solo un ojo. Está en altura de veinte grados; corren aquí casi todos los vientos; el más cuotidiano es el Oriente; cuando alcanza el Sur en junio y julio, á quien llamamos Tomahavi, se cubre la tierra de una niebla, pero dura pocos dias, cuando llega á ocho es lo sumo, y entonces es desabrido.

Temblores de tierra, por maravilla alcanzan en esta ciudad; viviendo yo en nuestro convento, en ella, pasó uno que en nuestra casa, y dende arriba, no se sintió, y en el convento de San Francisco, tres cuadras más abajo, se sintió mucho; era hora de misa mayor, y habia gente en la iglesia, y toda salió huyendo unos en otros tropezando. El año pasado de 602 [1] sucedió otro que hizo daño en toda la ciudad, particularmente en el convento de San Francisco derribó el campanario, abrióse el coro y en la iglesia mayor hizo mucho más daño. En la nuestra muy poco, y así en las casas que están de la plaza para arriba, los temblores han hecho poco; de la plaza para abajo se ha recebido mayor. He dicho esta particularidad porque muy de tarde en tarde suele suceder temblor alguno.

Empero, es toda esta provincia tan combatida, á la entrada de las aguas, y salida, de truenos, rayos y pedriscos, que parece temblar los cielos. No sé si hay en el mundo provincia más combatida destas cosas. Diré un dicho discreto del gobernador Castro: visitando el Audiencia una noche (y en las noches son las tempestades mayores) sucedió una tormenta tal; el huésped de la casa donde posaba, á la mañana vínole á ver, y díjole: Poco habrá vuestra señoria dormido esta noche, por los muchos truenos; respondió: ¿Truenos? Uno he oído. El huésped dice: Bien ha dormido vuestra señoria, pues sólo uno oyó; respondió el presidente: No quiero decir eso, sino que toda esta noche ha sido un trueno; y dijo discretísimamente, porque

[1] En el ms., *62*.

comienza uno, y al tercio otro, y luego otro, y así alcanzándose los unos á los otros no parece sino todo un trueno.

Los rayos son muy frecuentes que hacen daño, y si no fuera por salir de mi intento dijera cosas raras que han sucedido en el tiempo que viví en ella. Llueve poco en toda esta provincia. Es grande y poco poblada de indios. Comienzan las aguas á mediado diciembre, y por abril han cesado. Si el cielo fuera más lluvioso se pudiera comparar con todas las provincias fértiles del mundo. En toda ella no hay casi cosa de riego, si no es en cual ó cual valle á la redonda de la ciudad; juncto á las casas se siembra trigo, cebada, maíz.

La comarca de la ciudad es buena y abundante por los valles que tiene en contorno, donde se da el maíz, y en los altos el trigo. Las chácaras son de mucha tierra, y por ella se han enriquecido no pocos. Conocí en esta ciudad, agora cuatro años, un vecino que vendió una chácara suya con tres ó cuatro piedras de molino en 52.000 reales de á ocho; para ser un cacharero rico no es necesario más que el año sea un poco estéril, y que en su chácara haya llovido. Pocas veces el agua es general: son aguaceros con tanto ímpetu de vientos, truenos, rayos y relámpagos, que es cosa temerosísima; á los que suben de los llanos háceseles muy pesado; veráse ahora, más en particular de noche, el cielo sereno y muy claro, y en un instante cubierto de una escuridad que pone grima. Toda esta provincia de los indios Charcas es abundantísima de miel de abejas; no crian en colmenas como en España, porque no las han recogido en ellas, ni de eso se tiene cuidado; crian unas en la tierra, debajo della, y por un agujero entran y salen á su labor: ésta suele ser agria; otras crian en troncos y huecos de árboles: ésta es mucho mejor; otras hacen sus panales (acá llamámosles chiguanas) colgándolos de una rama de un árbol, sobre la cual los fraguan redondos y algunos tan grandes como botijas peruleras: ésta es la mejor, más blanca y para muchas cosas buena.

A cuatro leguas de la ciudad, al Oriente, entramos en el valle llamado Moxotoro, que quiere decir barrio nuevo, angosto, mas tiene algunas anconadas todas de riego con las acequias que del rio sacan; á su tiempo es muy caluroso, y á su tiempo frío. Aquí hay muy buenas chácaras y huertas con todos los frutales nuestros, y muy buenas viñas, adonde de Potosí, que son 22 leguas, vienen los indios con los reales á comprar la fruta, desde las cebollas y ajos hasta las camuesas y peras. Una legua más adelante, en un valle llamado Chuquichuqui, hay un ingenio bonísimo de azúcar y demás cosas, pero es una caldera de fuego de Babilonia.

Todos estos valles desta provincia son abundantes de las plagas arriba dichas: víboras, hitas, chinches y otros animales ponzoñosos; pero proveyó Dios de muchas yerbas medicinales y árboles, más que en ninguna otra parte destos reinos.

Pocas leguas desta ciudad se coge la contrayerba, que dijimos ser una raíz negra que huele á higuera. Otras raíces hay aprobadísimas para cámaras de sangre. Lleva esta tierra mechoacán tan bueno como el que se trae de México. Entre los árboles hay tres muy conocidos y salubérrimos: el uno llamado Tareo, que entre mil de los demás es muy señalado; antes que eche las hojas produce una flor como campanillas, morada, de la cual se hace una conserva probada contra el mal francés. El otro se llama Quinaquina; destila una goma muy olorosa, remedio principal, sahumándose con ella, contra toda tose, catarro y apretamientó de pecho. He conocido personas, á lo menos un religioso nuestro, que cortaba una rama y en la punta colgaba un calabacillo, de suerte que la rama estuviese enarcada; destilaba un licor que para heridas no le igualaba el bálsamo. Este árbol llora unas pepitas grandes como habas y más largas, llenas de goma, de las cuales se aprovechan para mil enfermedades; tuve la memoria dellas, no sé qué se me hizo; sahúmanse con ello contra la tose, y para la jaqueca no hay remedio más eficaz; tarda en destilar tiempo.

Lo que en más abundancia se cría son molles, aprobadísimos para muchas enfermedades frías; todos estos árboles son como grandes encinas. Los molles, dándole una cuchillada en la corteza, y sin que se les dé, pero dada destilan una goma blanca con un poquito de cárdeno, al gusto poco mordaz; usan della para purgar flegmas; yo la he tomado; pónenla en un paño limpio, mójanla en agua y exprímenla como cuando se hace una almendrada, y cuanto una escudilla, échanle un poco de azúcar, y puesta al sereno, á la mañana se bebe, sin mas preparacion; hace su efecto admirablemente; lleva unas uvillas coloradas que son como las majuelas de España, sino que son todas redondas, sin la coronilla que tienen las majuelas; destas uvillas se hace miel y chicha muy dulce y calidísima. Con la corteza curten suelas y muy buenas. Hay entre estos árboles macho y hembra: el macho es más coposo y más grato á la vista; la hembra cre-

ce más y las ramas más extendidas. La fructa del macho jamás madura; quédase como la uva, en cierne; la hembra la llega á sazonar. Pero de lo que más es abundante esta provincia de toda suerte de minerales, á cuya causa son las tempestades tan recias, y si Potosí faltase, no faltarian otros cerros llenos de plata.

CAPÍTULO XCVII

De otro camino para la ciudad de La Plata.

Volviendo á Caracollo, de donde proseguimos el camino para la ciudad de La Plata por los valles, y tomándolo por el más seguido, de aquí una jornada llegamos á la venta de las Sepulturas; llámase asi porque se pobló en un llano donde hay cantidad dellas, y en todo el camino, particularmente desde Siquisica; son sepulturas de indios, donde en su infidelidad se enterraban en estos lugares fríos; la causa debia ser por que no se corrompiesen los cuerpos; son altas de más de estado y medio, todas, en general, angostas como una vara, de cuatro paredes; unas portezuelas que todas miran al Oriente junto al suelo; aquí se enterraban los indios y sus mujeres; para los hijos hacian otras pequeñas juncto á éstas. Ha sucedido ir caminando por esta tierra llana el español y alcanzarle un aguacero de los buenos, y meterse dentro de una destas sepulturas, sin tener grima de los cuerpos muertos; no la dan como los nuestros.

Algunos indios sacan los cuerpos dellas y abrazaditos marido e mujer los ponen en los caminos, sola la osamenta, entera, sin despegarse de las coyunturas, porque en estas sepulturas no come la tierra los cuerpos, sino consúmese la carne; lo demás queda entero; tampoco se crian gusanos; la frialdad y sequedad de la tierra no da lugar á ello.

Algunas sepulturas vemos más altas y labradas, digo pintadas; éstas por ventura eran de los curacas. Por estar puesta esta venta en un lugar donde habia muchas, se quedó con el nombre de la venta de las Sepulturas. Hácese aquí mucha y muy buena pólvora, y aquí vive un oficial della que con licencia de los Virreyes la hace. Siete leguas adelante es la venta de En Medio, así llamada por ser fundada en parte donde se toma á mano izquierda el camino para la ciudad de La Plata y sobre mano derecha para Potosí; dase en ella buen recaudo á los pasajeros; los caballos á la sabana.

Prosiguiendo para Potosí [1], porque no volvamos más á ella, son cinco jornadas; todas son de ventas, sin que en el camino haya cosa que sea digna de memoria, más de que antes de llegar á Potosí, como legua y media, no se ha de dar más priesa á la cabalgadura de la que ella quisiere; fáltales el aliento, y si se la dan se quedan muertas en el camino.

Tomando, pues, el camino sobre mano izquierda, nueve leguas, si no son diez, dista de aquí el pueblo llamado Chayanta, poblado en una llanada bien fría, antes de llegar al cual, *hay* en medio del camino un arroyo abajo, de mala agua, con muchos manantiales de aguas calientes, pero una fuente hay en una peña viva que cae sobre este arroyo; la piedra terná en contorno como braza y media; vase arrugando como un pan de azúcar, y por la corona della sale un caño de agua como la muñeca, y para caer en el arroyo hace su charco muy formado; no pasa hombre por allí que no se detenga un poco á mirarla y considerar la fuerza del agua que rompiese aquella peña viva; estas aguas calientes, si son de piedra azufre, dan salud á los enfermos de la ijada y orina, como ya dijimos; las de alumbre les hacen más daño.

De aquí son dos jornadas al pueblo llamado Macha, en distrito del cual hay una mina de plata, que hasta agora no se ha descubierto, ni se espera se descubrirá Un religioso nuestro, á quien yo conocí en este reino siendo seglar, agora cuarenta años, acaso dió con ella, y conociendo el metal echó alguno en unas alforjas; llevólo á Potosí, fundiólo; acudió mucha plata; luego conoció ser la mina que tanta fama tiene, empero no lo dijo sino á uno ó dos amigos, para ir á ella y registrarla; sucedióle en este tiempo, antes que la fuese á descubrir, hacer un viaje forzoso á Arequipa, donde se metió fraile nuestro, y así se quedó; ya profeso y viviendo en nuestro convento en Huánuco, y estando á la sazon allí nuestro provincial el padre fray Francisco de San Miguel, á quien se lo oí decir muchas veces, llegaron dos hombres que venian de Potosí en busca del religioso para que les descubriese la mina y cerro; encuentran con el provincial, dícenle por qué razon tomaron tanto trabajo, viaje largo, y que si el religioso les descubre el cerro y mina se obligarán á hacer un convento entero en la ciudad que el provincial señalase. Al provincial no le pareció mal el partido; tractólo con el religioso, y con ser un hombre tosco

[1] En el ms., *Potisi.*

y no de mucho entendimiento, respondió al provincial era verdadero sabía el cerro y mina, pero que no convenia descubrirlo porque los indios de Macha, en cuyo distrito estaba, y cuya era, la labraban (por lo que él vió) para pagar sus tributos y para sus necesidades; la cual si se descubria la habian de quitar á los indios y quedarian privados de su hacienda. La respuesta del religioso pareció bien al provincial, y respondió á los dos compañercs que no la descubriria aunque le hiciesen tres conventos, y así se quedó hasta hoy. Desde este pueblo son tres jornadas á la ciudad de La Plata, de muy mal camino, como lo es todo el desta provincia.

CAPÍTULO XCVIII

De los pueblos de españoles en valles cerca de los Chiriguanas.

Saliendo de la ciudad de La Plata, entre el Oriente y el Sur, puso Dios muchos valles muy buenos y fértiles, donde los indios nunca habitaron, ni entraron, llenos de montañas callentes, fértiles de trigo y maíz, árboles nuestros y otros mantenimientos, donde en chácaras viven españoles; en los altos pastan sus ganados mayores y menores; allí á sus casas les vienen de Potosí á comprar los mantenimientos, con los costales llenos de reales. De pocos años á esta parte, en dos valles déstos se han fundado dos pueblos, recogiéndose los chacareros á ellos: uno en el valle llamado Tomina, otro en el valle de la Lagunilla, fronteras de Chiriguanas, con lo cual se les ha puesto freno para que no hagan el daño que solian hacer antes que se redujesen á pueblos, y aun agora tambien; las casas de las chácaras todas eran fuertes, y de noche los amos y los indios dormian debajo de una puerta y llave, y algunas veces se velaban, por miedo desta mala gente, que por la mayor parte sus saltos son de noche, y por que se sepa qué gente es ésta, en breve diré sus calidades.

CAPÍTULO XCIX

De los Chiriguanas y sus calidades.

Los indios Chiriguanas viven muy cerca destos valles, en unas montañas calurosas y ásperas por donde apenas pueden andar caballos. No son naturales, sino advenedizos; vinieron allí del rio de la Plata; la lengua es la misma, sin se diferenciar en cosa alguna. Son bien dispuestos, fornidos, los pechos levantados, espaldudos y bien hechos, morenazos; pélanse las cejas y pestañas; los ojos tienen pequeños y vivos. No guardan un punto de ley natural; son viciosos, tocados del vicio nefando, y no perdonan á sus hermanas; es gente superbísima; todas las naciones dicen ser sus esclavos. Comen carne humana sin ningun asco; andan desnudos; cuando mucho, cual ó cual tiene una camisetilla hasta el ombligo; usan pañetes; son grandes flecheros; sus armas son arco y flecha; el arco tan grande como el mismo que lo tira, y porque la cuerda no lastime la mano izquierda, en la muñeca encajan un trocillo de madera, y allí da la cuerda. Pelean muy á su salvo, porque si les parece el enemigo les tiene ventaja, no acometen. Pocas veces con nosotros pelean en campo raso, si no es á más no poder, y si les parece han de perder un chiriguano, no acometerán; son grandes hombres de forjar una mentira, tardan mucho tiempo en ella, y enséñanla á todos, de suerte que los niños la saben, y si se les pregunta no difieren de los mayores, particularmente para engañarnos, como adelante diremos. Si han de ir á la guerra es por órden de las viejas, que les traen á la memoria los agravios recibidos, y los afrentan con palabras llamándolos cobardes, borrachos, ociosos y flojos. Entre estas viejas hay grandes hechiceras, y hállanse en ellas las pitonisas que dice la Escritura, en cuyo ombligo habla el demonio. El mayor de los pueblos es de cinco casas; lo común es de tres; mas son muy largas, de más de 150 pasos, á dos aguas, con estantes en el medio sobre que se arma la cumbrera, y de estante á estante vive una parentela. Con los indios que más enemiga han tenido son con una provincia que cae á las espaldas destas montañas, tierra llanísima, falta de agua, que se llama los Llanos de Manso, ó la provincia de los Chaneses; déstos, que es gente desarmada, aunque bien dispuesta, de mejores rostros y más bien inclinados que los Chiriguanas, se han comido más de 60.000, y no creo digo muchos, porque aquellos llanos eran muy poblados; agora no hay indios sino muy pocos, y como no tienen quien los defienda, es la carneceria desta bestialísima gente. Son tan subjectos á los Chiriguanas, que en viéndolos no hay más que sentarse, sin resistencia alguna, para que el chiriguana haga dél lo que quisiere; tráenlos como ovejas en manadas; comen los que se les antojan, de los demás se aprovechan para el servicio de sus casas y sementeras. Cuando se quieren comer alguno no hay más que decir-

le se vaya á lavar al rio, lo cual hace sin replicar; viene desnudo; mandan á sus hijos tomen los arcos y flechas, y el pobre chanés en una plaza huyendo de aquí para allí de las flechas, sin se atrever á salir della, de los muchachos es flechado y muerto con gran alegría de los que le miran; le hacen pedazos y se lo comen, ó asado, ó cocido con maíz y mucho ají. De los que ven valientes y de buenos cuerpos, aprovéchanse para la guerra; hácenlos á sus bárbaras costumbres y cuando han de pelear pónenlos en la delantera, y si no pelean bien, fléchanlos por las espaldas. Es gente traidora y que no guarda palabra, porque como dijimos, no tiene un puncto de ley natural, ni cosa de policia; es poca gente; no llegan á 4.000 indios de guerra; la aspereza de la tierra en que habitan les ha sustentado tanto tiempo contra los españoles; en ella hay rios grandes, poco temidos déstos, por ser grandes nadadores. Los rios llevan sábalos, armados, bagres y otros peces, los cuales pescan desta suerte: al verano echan un pedazo del rio por otra parte; quedan los peces en el brazo del rio desaguado; en agua hasta la cinta, entran en ella con sus arcos y flechas, allí los flechan, y el que se escapa de la flecha, las mujeres van detrás con unas redes en que caen. Son tambien astutísimos en cazar ó enlazar las víboras, las de cascabel; éstas comen, y cuando un chiriguana halla una dellas y la mata se la echa en el hombro y se viene muy contento á su casa; cómenlas desta suerte: córtanles la cabeza, con dos ó tres dedos más, y otro tanto de la cola; luego la desuellan y hecha trozos ponen encima de las brasas, y así asada con ají la engullen; oí decir á dos personas fidedignas que las habian visto asar, y que olía la carne como si la hobieran lardado con muchos olores, porque al olor de una que asaban sus yanaconas en su chácara, salieron de casa á ver lo que era y hallaron los indios chiriguanas en una gran candelada asando una para se la comer. Toda la tierra que habitan es fértil de muchas víboras de cascabel y de las pequeñas que habemos dicho; hay otras culebras grandes de más de tres varas; éstas no pican, pero en viendo al hombre abalánzasele, cíñele por el cuerpo y luego con una espina acutísima que tienen en la cola es cierta al sieso por donde la meten, y desta suerte le mata, y luego se lo come. Hállanse lagartos de sequera, el cuerpo de una vara y más, sin la cola, que es poco menos; éstos acometen á un muchacho y se lo comen. En Tucumán vi uno déstos, como diremos cuando tractaremos de aquella tierra. Entre los árboles tienen muchos cedros, pero hay otros que llevan tanta garrapata, que arrimándose un hombre á él caen á mia sobre tuya sobre el pobre, que le cubren como si una saca dellas le hobieran derramado por encima. Contra éstos más que bárbaros hombres entró don Francisco de Toledo, Visorrey del Perú; lo que le sucedió diremos cuando tratáremos de lo que le sucedió en el tiempo que gobernó estos reinos.

Con ser esta gente de la calidad referida y la tierra asperísima, el capitan Andrés Manso, natural de la Rioja, con sólo sesenta hombres los subjetó é repartió; sirviéronle y á sus encomenderos como sirven los indios destos reinos, y no trabajó mucho en la conquista dellos, y menos en la de los Chaneses. Agora 29 años, cuando subí la primera vez á la provincia de Los Charcas, ya era muerto; no creo habria siete años.

Este capitan pobló un pueblo que confina con las montañas de los Chiriguanas y con los llanos de los Chaneses; el sitio, llamado por un nombre Condorillo y por el otro el río de los Sauces. Los que lo han visto, que son muchos, dicen no hay en lo descubierto de las Indias temple más saludable; el suelo fértil y alegre. Viviendo aquí con toda paz, y no distando de la ciudad de La Plata ochenta leguas á lo más largo, estos Chiriguanas le engañaron con una ficcion, de las cuales, como habemos dicho, son grandes hombres para fingirlas; fingen, pues, y engañan al pobre capitan, que á pocas leguas de allí habia un valle donde vivian unos indios de extraña figura, muy ricos de oro (entre los Chiriguanas, ni en toda aquella montaña, ni oro ni plata se ha descubierto); que si quiere, ellos le llevarán allá y se los conquistarán, y de los españoles no es necesario más que la mitad, y la otra mitad se queden en el pueblo. Creyóse (que no debiera) dellos, y salió con treinta soldados; los otros treinta con las pocas mujeres dejó en el pueblo; llevó consigo parte de los Chiriguanas, los cuales dejaron concertado con los demás que para el servicio del pueblo se habian quedado, que para tal dia tomasen las armas, y á tal hora de noche; que ellos en el propio dia y hora darian en Andrés Manso, y sus soldados, y desta suerte los matarian á todos. Al dia, pues, ó por mejor decir, á la hora de la noche señalada, los unos dan en el pueblo, los otros en Andrés Manso; matáronlos á todos sin dejar uno ni ninguno, y desde entonces se han quedado señores como agora lo son, y tan enemigos nuestros como antes, y del nombre cristiano; sólo se escapó un mestizo llamado fulano de Almen-

dras, á quien prendieron en el pueblo, y un cacique déstos Chiriguanas le quitó que no le matasen, y puso en salvo, porque tenia con él amistad; cosa nunca entre Chiriguanas guardada. Vínose á la ciudad de La Plata, donde á pocos años murió, estando yo presente, á quien entonces confesé y ayudé lo mejor que supe en aquel trance; escapóse otra mestiza que debia estar amancebada con algun Chiriguana, porque se quedó con ellos hasta hoy, como otra vez della diremos; y esto en suma de los Chiriguanas y sus costumbres; prosigamos agora nuestro viaje.

CAPITULO C

Del cerro de Potosí.

Volviendo á nuestra provincia de Los Charcas, cansado de tractar de la gente más que bárbara Chiriguana, es esta provincia ancha y larga, empero poco poblada y muy áspera, de malos caminos; los indios son más bien dispuestos que los del Collao, más fornidos, los rostros más llenos y en sus vestidos más bien tractados, hablando en comun; son conocidísimos por el vestido, y muy ricos de plata y de ganados, aunque en ganados les hacen ventaja los del Collao, y oro no les falta, sino que no quieren descubrirlo; es fama en el distrito de Chayanta haberlo, no de río, sino veta, pero guárdanla para sí, y no hacen mal.

El Visorrey don Francisco de Toledo, desde Potosí envió con un yanacona que le prometió descubrir esta mina á un religioso nuestro; fué y halló una veta pobre, aunque trujo una piedra pasada toda con clavos de oro; túvose por cosa que no se podia seguir, y así se quedó. Tambien es fama y comun que entre Potosí y Porco, que son ocho leguas, hay minas de azogue, y no es difícil de creer; empero el que la sabe no la quiere descubrir, diciendo que si luego se la han de quitar, se esté por todos; la cual si se descubriese, Su Majestad aumentaria grandemente sus tributos, porque como el azogue necesariamente bajase, no seria necesario seguir veta, sino á tajo abierto labrar en el cerro, y como fuesen las costas menos y más los mineros, los quintos habian de subir; pero esto es ya salir de nuestro intento; dejémoslo á los Contadores.

De la ciudad de La Plata se ponen á Potosí 18 leguas, divididas en tres jornadas, en las cuales hay cinco ventas, y en la primera dos rios; el primero llamado Cachimayo, que es decir rio de la sal, por la sal que en algunas partes por donde corre se hace, porque no es necesario otra cosa quel agua echar en los lugares señalados, y dentro de pocos dias se congela, y buena sal, con ser el agua no muy gruesa, pero no es salobre ni salada. El otro es rio Grande, y solamente al verano se vadea y conviene saber tomar el vado, porque si no, no parará el que lo quisiere vadear hasta los Chiriguanas. Tiene sus puentes de piedra que mandó hacer el famoso marqués de Cañete, de felice memoria, el viejo; la primera del Achimayo; por descuido de las justicias, con una avenida se la llevó el rio; hase hecho legua y media más abajo otra, que se ha tardado en hacella más que se tardó en las dos, porque las dos en dos veranos se hicieron; esta han pasado más de seis.

Es Potosí de forma de un pan de azúcar; sólo á la parte del Poniente se le desgaja una cordillera de un cerro que no creo tiene una legua de largo, y baja. Por la parte del pueblo tiene un cerrillo pegado á sí, á quien llaman Guaina Potosí, como si dijésemos el grande, el viejo Potosí, y á este otro el mozo. Este cerro es conocidísimo entre mil que hobiera; parece que la naturaleza se esmeró en criarle como cosa de donde tanta riqueza habia de salir; es como el centro de todas las Indias, fin é paradero de los que á ellas venimos. Quien no ha visto á Potosí no ha visto las Indias. Es la riqueza del mundo, terror del Turco, freno de los enemigos de la fe y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones. Todos estos epítetos le convienen. Con la riqueza que ha salido de Potosí Italia, Francia, Flandes y Alemaña son ricas, y hasta el Turco tiene en su Tesoro barras de Potosí, y teme al señor deste cerro, en cuyos reinos corre aquella moneda; los enemigos del magno Filippo y de los brazos españoles y de su cristiandad, en trayendo á la memoria que es señor de Potosí, no se atreven á moverse de sus casas; los herejes quedan como despulsados, y cuando los potentados del mundo se quieren conjurar contra la Majestad católica, no aciertan á hablar. Es el más bien hecho cerro que se ha visto en todas las Indias, y si dijésemos en el mundo, no creo seria exageracion; del pie hasta la cumbre y corona dél hay una legua larga. Vese de más de veinte leguas, porque desde un pueblo llamado Aravati, tres leguas de la ciudad de La Plata, más adelante, se ve, y á la parte del Sur, por el camino de los Chichas, de muchas leguas le conocemos. Por todas partes, Oriente y Poniente y Norte y Sur, es abundante de vetas de plata; las ricas que se la-

bran y siguen son las que miran al Oriente; luego diremos sus nombres. Jamás por los indios, antes que los españoles entrasen en este reino y lo poseyesen, fué conocido tener plata, ni jamás indio lo labró, ni *vivió* en él; era despoblada la tierra á la redonda dél, y el mismo cerro, por ser frigidísimo con estar en veinte grados; ocho leguas dél se labraba el cerco llamado Porco, como diremos concluido con Potosí. Todo él de arriba abajo era una montaña espesa de unos árboles que llamamos quinuas, torcidos, sólo buenos para leña y carbon, en lo cual puede competir con la encina; para enmaderar nadie se aprovecha dél. Su descubrimiento fué desta suerte, y si no me engaño lo descubrieron unos yanaconas de fulano Zúñiga, hombre antiguo en este reino, y si no fué tesorero de la hacienda Real, á lo menos fué uno de los oficiales, á quien conocí en Potosí, y me dijo lo que referiré. Cuando los españoles entraron en este reino, conquistado el Collao y esta provincia de los Charcas, no la tenian por rica más que de miel, por lo cual muchos rehusaron los repartimientos y encomiendas en esta provincia, diciendo que no querian tributos de miel. Verdad es que se labraba el cerro de Porco, de donde se sacaba plata para el Inga antes de la venida de los nuestros. Acobardábales el temple, en partes desabrido, y el cielo como le tenemos pintado, áspero, con tantas tormentas de truenos y rayos, y que Porco á pocas brazas daba en agua. Con todo eso quedaron algunos de los conquistadores antiguos, pero los más fueron de los que llamaban pobladores, venidos despues de llana la tierra. Porco se labraba, y los vecinos de la ciudad de La Plata, que deste cerro dista 25 leguas, iban y venian á sus minas; tambien sus criados, así españoles como indios, que llamamos yanaconas. El camino era tan cursado como agora, en el cual encontraban ganado silvestre, llamado guanacos y vicuñas; son de la misma figura que el ganado doméstico, sino que la color es bermeja de los guanacos y el hocico que tira á negro. La vicuña es más cenceña, de la misma color; el hocico tira un poco á blanco, y el pecho y pescuezo por la parte de abajo blanco. Pues como todo el camino desde la ciudad de La Plata fuese despoblado hasta Porco, algunos indios y españoles llevaban galgos para si saliese algun guanaco, ó vicuña, cazarlo. Sucedió así que yendo ó viniendo algunos indios yanaconas deste fulano de Zúñiga y de otro compañero suyo, y pasando por las faldas de Potosí (va por aquí el camino), salió un guanaco; échanle los perros; el guanaco tira el cerro arriba, y los perros; siguen los indios á los perros y guanaco, el cual subiendo al cerro arriba hizo fuerza con los pies en una veta en la superficie de la tierra, y derrumbó un poco de metal. Los yanaconas que le seguian, como quien conocia el metal, viéndolo dejan de seguir el guanaco; tomándolo é conociéndolo, en su lengua comienzan á decir: caimí mamacolqui, caimí mamacolqui; que quiere decir: esta piedra es de plata, ó madre de plata. Recogen más piedras, llévanlas á su amo, hacen el ensaye: acudió á muchos marcos por quintal, á más de cincuenta; á la voz vino Zúñiga, y vinieron los demás y registraron minas en el cerro.

Este fué el principio y orígen del descubrimiento de Potosí, y es así verdad; desde entonces dejaron de seguir las minas de Porco con aquella frecuencia que antes. La principal veta que se descubrió se llamó y llama la veta Rica; luego la del Estaño, porque la plata es sobre estaño, y la de Mendieta, y éstas son las que agora principalmente se labran, de las cuales ha salido tanta cantidad de plata que asombra al mundo. Si estas vetas desde fuera las miran, parecen como sangraderas, ó quebradas muy angostas, que vienen de arriba abajo. Agora no hay más memoria de leña en él que en la palma de la mano. Al principio los metales eran muy ricos, porque las vetas lo eran, y acudian cuarenta marcos y más por quintal; agora, como están muy bajas, son mucho más pobres. El quintal que acude á tres pesos ensayados, que es á tres cuartos de marco, es muy rico, que son seis onzas; son todas las minas de plata que en este reino se descubren de cabeza, que es decir la riqueza tiénenla en la superficie; como las tierras que se labran la fertilidad es la superficie, y á esta causa los árboles no echan las raíces sino á la haz de la tierra, y por esto, conformándose las minas con los árboles, mientras más fondas se labran, más pobres.

CAPÍTULO CI

Del cerro de Potosí [1].

A la fama de tanta plata, luego se comenzó á despoblar, aunque no del todo, el asiento de Porco y se pasó á Potosí, y poblaron los españoles desta otra parte de un arroyo que pasa al pie del Guayna Potosí; los indios, de la otra parte del arroyo, al pie del

[1] En la parte superior de las páginas lleva este otro título: *Cómo se pobló Potosí*.

cerro; mas como se fué multiplicando la gente, tambien á la parte de los españoles se poblaron no pocos indios, y entre ellos los Carangas á las espaldas de los nuestros. El asiento, así del pueblo de los españoles como de los indios, no es llano, sino en una media ladera, como se requiere en tierra que llueve; el un asiento y el otro lleno de manantiales de agua que Dios nuestro Señor proveyó allí para el beneficio que agora se hace de los metales; si no, ya se hobiera despoblado la mayor parte por falta della, y los manantiales y fuentes, unos están sobre la faz de la tierra, otros á un estado y á menos; el que á dos es muy fondo. El agua en unas partes es mejor que otra, poca para que se pueda beber; guísase con ella de comer y lávase la ropa; no se halla casi cuadra que no tenga muchos manantiales, ni casa sin pozos, y en las calles en muchàs dellas revienta el agua. Cuando los metales acudian á mucho más que agora, no los fundian los españoles, sino los indios se los compraban y beneficiaban, y acudian con el precio al criado del señor de la mina. Desta manera el señor de la mina tenia su mayordomo que della tenia cuidado, de hacer los indios ó yanaconas barreteros labrasen, y sacasen el metal á la boca de la mina, adonde cada sábado llegaba el indio fundidor, mirábalo, concertábase por tantos marcos y á otro sábado infaliblemente la traía la plata concertada; estos indios llevaban el metal á sus casas, y lo beneficiaban, y fundian, no con fuelles, porque el metal deste cerro no las sufre; la causa no se sabe; el metal cernido y lavado echábanlo á boca de noche en unas hornazas que llaman guairas, agujereadas, del tamaño de una vara, redondas, y con el aire, que entonces es más vehemente, fundian su metal; de cuando en cuando lo limpiaban y añadian carbon, como vian era necesario, y el indio fundidor para guarecerse del aire estábase al reparo de una paredilla sobre que asentaba su guaira, sufriendo el frío harto recio; derretido el metal y limpio de la escoria, sacaba su tejo de plata y veníase á su casa muy contento. Habia á la sazon en el cerro que dijimos se desmiembra de Potosí, y á la redonda del pueblo, más de 4.000 guairas, que por la mayor parte cada noche ardian, y verlas de fuera y aun dentro del pueblo no parecia sino que el pueblo se abrasaba. La que menos destas fundia salia con un marco de plata, que es riqueza nunca oída. Los indios fundidores ganaban plata, y los señores de las minas no perdian.

El viento con que más cotidianamente fundian era con el Sur, que dijimos llamarse Tomahaví. Proveyó Dios en aquel tiempo deste viento, que casi no faltaba en todo el año, y cuando descansaba algunos dias, luego se hacian procesiones por viento, como por falta de aguas cuando se detienen. Cesaron totalmente las guairas desde que se comenzó el beneficio del azogue, que fué en el segundo año del gobierno de don Francisco de Toledo.

CAPÍTULO CII

Las vueltas que ha dado Potosí.

Agora treinta años ya casi Potosí estaba para totalmente perder todo su crédito, si nuestro Señor no proveyera de que se acertase á sacar plata con azogue. Es así, que si en esta sazon llegara un hombre con 200.000 pesos, comprara todas las minas del cerro; las costas muchas, los metales pobres, las minas muy hondas, no parecia se podia sustentar. Empero luego el año adelante se descubre el beneficio del azogue, y torna á revivir de tal manera, que en estos treinta años es casi innumerable la plata que dél ha salido, y pasó así: que muchos años antes, más de diez, llegaron allí unos extranjeros con azogue, y quisieron fundir por él; hicieron las diligencias posibles, y no atinaron á fundir, ó á incorporar, por lo cual las bolas del metal incorporado dejaron con el azogue, desesperados de salir con su intento, y en este tiempo el que las tenia, como por cosa desechada, las tornó á moler y fundir, y sacó plata de donde los otros no atinaron á sacar un grano, que parece prodigio. Despues de hallado este beneficio, y usado muchos años, como los metales fuesen bajando en ley, ya los señores de las minas no se podian sustentar; el ingenio del hombre, dando y tomando, vino un beneficiador á mezclar escoria de los herreros molida con el metal; fundiólo, salióle bien, donde infirió: si la escoria es provechosa, mejor lo será el hierro; da en deshacer el hierro, y con el agua del hierro deshecho incorporó el metal: salióle con más ley y sacó más plata. Pues para deshacer este hierro ¿qué remedio? Eran necesarias muelas de piedra como de barbero, más anchas que altas y de grano más grueso; provee Dios junto á los mismos ingenios tanta piedra désta, que algunos ingenios no á media legua, otros á una, y el que más lejos no la tiene á dos leguas; estas piedras andan con el movimiento del ingenio grande, en el cual debajo de la piedra ponen una artesa bien estanque, con agua, de

donde la muela coja agua dando vuelta, y encima de la piedra se pone la plancha del hierro, la cual se va gastando como se gasta el cuchillo en la muela del barbero; de cuando en cuando se requiere verla para que siempre esté encima de la muela; *con* cada cajon de cincuenta quintales de metal molido y encorporado con azogue se mesclan diez libras de agua, y si á estos cincuenta quintales echan menos, no sacan nada; si más, pierden el agua más que echan, porque no se saca más plata que si echasen las diez libras. Lo necesario á cincuenta quintales es diez libras de agua. En todos los ingenios tienen sus vasos de madera, en que al justo caben diez libras de agua; con éstos las sacan de la artesa donde cae la agua en que se deshace el hierro. Este beneficio es el frecuentado y cierto; algunos han procurado descubrir otros, mas sáleles al revés, y si no al revés, no hay quien los siga. En todo este tiempo me hallé en la ciudad de La Plata, que es casi como vivir en Potosí, porque lo malo ó bueno que sucede en aquella villa, luego se publica en La Plata, por la frecuencia de los que van y vienen.

CAPITULO CIII

De la abundancia de que goza Potosí.

Goza Potosí (á lo menos gozaba) de las mejores mercaderías, paños, sedas, lienzos, vinos y de las demás, de todo lo descubierto de las Indias, porque como en España se cargase lo mejor para la ciudad de Los Reyes, de allí la flor se llevaba á Potosí.

Agora no es así, porque como sea tierra de acarreto, y las mercaderías, que sean buenas que sean malas, se hayan de gastar, no se tiene tanta cuenta como los años pasados. Es pueblo muy abundante de mantenimientos, porque de Cochabamba, que dista dél cincuenta leguas, le llevan el trigo, harinas, tocinos, manteca, y de la ciudad de La Plata, todas las fructas nuestras y mucho trigo é maíz, y de la costa de más de cien leguas el pescado casi salpreso, porque agora cuatro años se obligaron tres ó cuatro de dar pescado salpreso en Potosí, con condicion que otro que ellos no lo pudiese meter, señalándoles la villa el precio, y salieron con ello; tenian en paradas caballos con que lo llevaban; si agora lo hacen, no lo sé. Finalmente, todos los pueblos que se han poblado y se pueblan de españoles en aquella provincia de los Charcas, podemos decir que Potosí los puebla, porque con la confianza de llevarle lo que tienen de labranza y crianza, anima á los españoles á meterse en las montañas de los Chiriguanas, y fundar pueblos en valles calorosísimos, llenos de las plagas referidas, y todo lo allana Potosí.

El pueblo tiene sus plazas donde se venden las cosas necesarias, en cada plaza la suya; la plaza del maíz en grano, la de la harina, la de la leña, la del carbon, la del alcacer y la del metal, y plaza donde se vende el estiércol de los carneros de la tierra, el cual me certificaron se compraba y se vendia cada año en cantidad de 10.000 pesos y más. Pues ¿qué diremos de la de la coca? La plaza principal es muy bien proveida, donde casi todo el año se hallan uvas, las demás fructas, camuesas, manzanas, membrillos, duraznos, melones, naranjas y limas, granadas á su tiempo en cantidad, y hase introducido que no pierde el más estirado nada de su opinion en entrar donde estas cosas se venden, que es una calle larga en la misma plaza junto á la iglesia mayor, hecha por los indios que traen estas cosas, y escoger el propio lo que más gusto le da y enviarlo á su casa; no se repara en la plata. Pues en el mismo cerro hay sus plazas con todas estas cosas, y vino y pan, hasta en la misma coronilla del cerro, que llevan los indios, donde lo venden así á indios como á españoles.

CAPITULO CIV

De las perroquias de Potosí.

Si no me engaño, deben ser las perroquias de Potosí de ocho á diez, las cuales dividió don Francisco de Toledo, siendo Virrey, cada una con 500 indios tributarios para servicio del pueblo, mejor diré del cerro, que todos con hijos é mujeres llegan á 30.000 indios, y ninguno hay, si quiere trabajar, que no gane plata; hasta los niños de seis á siete años, á mascar maíz para hacer levadura para chicha, la ganan; multíplícanse aquí los niños de los indios que es admiracion; de los españoles, cual ó cual nace, y esos contrechos y luego se mueren. Vanse las españolas á un valle caliente, doce leguas de Potosí, á donde se quedan con sus hijos tres y cuatro meses, hasta que ya el niño tiene un poco de fuerza, aunque como el temple se ha moderado un poco, ya comienzan á nacer y á criar, mas son raros.

La iglesia mayor es buena, de adobe y teja, y de una nave, rica de ornamentos y de servicio de plata para el altar, y de aquella suerte son las demás iglesias de los mo-

nasterios de todas Ordenes, ricos de ornamentos y plata para el culto divino; susténtanse en cada convento dominicos é franciscos, augustinos, teatinos, de ocho á diez religiosos, unas veces más, otras menos, porque es temple desesperado, á lo menos desde mayo *hasta* agosto, y no todos pueden vivir en él, sino los que son recios de complexion ó temperamento; en el de la Merced es donde siempre hay menos.

Tiene buenas carnes y buen agua si la traen de una fuente que llaman de Castilla.

Es pueblo de mucha contractacion, y una de las mayores es la coca, que del Cuzco le viene cada año al pie de 60.000 cestos, y si hay logreros en el mundo, creo son los coqueros, porque segun el tiempo á que fian, así acrecientan el precio, y puesto que se les predique, es cantar á los sordos.

Las Ordenes habian de tener aquí uno ó dos de los más doctos dellas, por las muchas é malas contractaciones que se hacen. En esto han ganado mucha tierra con todas ellas los padres de la Compañía, que han tenido y tienen varones doctos que alumbren á los contractantes. Aquí se hacia una contractacion que llamaban de los aseguros de los metales, aprobada por el Audiencia y por dos teólogos, uno augustino, otro teatino de la Compañía, tres coronistas y juristas, que era usura clara, sino que no se habia entendido bien; fué Nuestro Señor servido que yendo yo á Chile, con su favor, contra todo el torrente del pueblo y letrados, se declaró la verdad della; costóme mucho trabajo; animóme mucho á tomarlo el Rmo. del Paraguay, que á la sazon allí estaba, fray Alonso Guerra, de nuestra Orden, que la tenia por mala; finalmente, de ocho años á esta parte no se ha tractado más della, como si no se hobiere hecho; á Nuestro Señor las gracias, de quien todo bien procede. Los religiosos de mi Orden no la aprobaron, ni los de San Francisco; uno de los juristas que la aprobó, convencido, dijo que ¡ojalá y cuando la firmé tuviera manca ó quemada la mano!

Perdíanse los hombres á remate: conocí quien en ella había perdido más de 100.000 pesos; otros á 80.000, otros á menos, conforme á las veces que la hacian, lo cual por ser largo de referir, y ser más de escuelas que de relaciones breves, no se tractará más dello. Solamente esto se ha dicho para comprobar que es necesario tener los provinciales en este pueblo hombres doctos, por las muchas contractaciones usurarias que en él se tractan y se inventan, con muy poco temor de Nuestro Señor y menos de sus conciencias, por las cuales debemos, conforme á nuestro estado, mirar y alumbrarlas.

CAPITULO CV

De las cofradias.

Las cofradias de Potosí son muchas y muy bien servidas, con mucha cera, y casi todas tienen sus veinticuatros, los cuales en las fiestas señaladas que cada una tiene se han de hallar, en vísperas y misa mayor, con un cirio que les da la cofradia, y aquel dia confiesan y comulgan. La del Sanctísimo Sacramento es una de las bien servidas de cera del mundo, y la del Rosario y Juramentos, en nuestra casa, y así lo son las demás, porque son ricas, y aunque la cera cuotidianamente vale á 150 pesos el quintal, y dende arriba, no se disminuye el servicio della.

Es pueblo donde se hacen muchas y grandes limosnas; yo me hallé una Cuaresma en él y me certificaron algunos mayordomos que, tractando entre sí lo que se habria juntado de limosna para ellas, pasaban de cinco mil pesos en la Semana Sancta. La procesion de la Soledad, fundada en nuestra Señora de la Merced, se celebra con tanta solemnidad que no llega la celebracion de Los Reyes á ella, con ser solemnísima, pues la cera que sale en la procesion el dia del Sanctísimo Sacramento parece increible; los indios en sus cofradias van imitando á los españoles: tienen sus veinticuatros y gastan mucha cera.

Cuando algun veinticuatro muere, los demás le han de acompañar de todas cuantas cofradias fuere veinticuatro; acaesce ser de tres ó cuatro, y todos le acompañan con sus hachas ó cirios; suelen ser más de ciento, que es cosa de ver, porque aunque se llaman veinticuatros, el número no es sólo de veinticuatro, sino de cincuenta y más; finalmente, Potosí podremos decir es España, Italia, Francia, Flandes, Venecia, México, China, porque de todas estas partes le viene lo mejor de sus mercaderias. De las naciones extranjeras hay muchos hombres, que si no los hobiera no perdiera nada el reino, y quien no ha visto á Potosí no ha visto las Indias, por más que haya visto, como habemos dicho.

CAPÍTULO CVI

De la destemplanza de Potosí.

Con tener todo esto bueno, no deja de tener un alguacil y contrario, como las demás

ciudades y provincias, porque al tiempo de las aguas, y en particular á la entrada y salida del ivierno, son muchas las tempestades de truenos, rayos, pedriscos y nieves, desde Diciembre hasta Abril, y en el verano el viento que decimos llamarse tomahavi, por venir de un cerro alto así llamado, suele venir con tanta furia, que en aquellos dias que corre no hay sino cerrar puertas y ventanas y no salir á la plaza.

Este viento levanta (lo que no hacen los demás) cuantas plumas, lana, cabellos, pajas y otras cosas livianas que hay por las plazas y calles, y cubre el pueblo de una niebla que parece se puede palpar, y aquellos dias está frío, que no se puede vivir sino tras los tizones. Oí decir allí á una señora discreta, que cuando corrian estos tomahaviis, y salia de su casa á oir misa en los dias forzosos, á la vuelta traía un fieltro dentro en el pecho, por el polvo, lana y cabellos que le hacia tragar Tomahavi, mal que le pesase; con todo esto, la cobdicia de la plata y diligencia para adquirirla y sacarla hace en estos dias trabajar y pasear las calles á los hombres.

CAPÍTULO CVII

De la provincia de los Chichas y Lipes.

Desde este pueblo de Potosí, declinando un poco al Oriente, se entra en la provincia de los Chichas, á dos jornadas andadas, los cuales son indios bien dispuestos, belicosos; su tierra, rica de oro y plata, sino que no la quieren descubrir. Llega esta provincia hasta el último pueblo dellos, y de la juridicion del reino del Perú, llamado Talina, cincuenta leguas buenas de Potosí, el camino no malo, y los valles donde están los indios poblados, de moderado temple, con abundancia de mantenimientos y ganados, así de la tierra como de los nuestros; á cuya mano derecha queda la provincia de los Lipes, no de muchos indios, muy fría y destemplada, donde no se da maíz; en lo demás de poca fama, si no es por las piedras medicinales que della se traen, que yo he visto y en todo el reino se usan: la una de color azul, con la cual se curan cualesquier llagas viejas con no poca mordacidad, con la cual las castra y en breve sanan; las otras son para la ijada aprobadas, unas de color de aceite y otras (estas son las mejores) de color de carne de membrillo; digo ser aprobadas, porque yo comenzaba á ser enfermo della, y de cuatro años á esta parte, gracias á Nuestro Señor, que traigo dos conmigo cosidas en un jubon, una un lado y otra á otro de la ijada, la una de la una color y la otra de la otra, no he sentido cosa de pesadumbre; la de color de carne de membrillo dicen los lapidarios ser contra ijada, riñones y para estancar flujo de sangre. No dejan fraguar piedra; deshácenla, y deshecha se lanza por la orina; experiencia cierta.

CAPÍTULO CVIII

Del valle Tarija.

Quince leguas á la mano izquierda de Talina, declinando más al Oriente, entramos en el gran valle de Tarija (no le he visto, pero lo que dél dijere sélo de hombres fidedignos que han vivido en él), ancho y espacioso, abundante de todas comidas nuestras y de la tierra, y de ganados de los nuestros, donde se dan viñas y buen vino con las demás fructas españolas; los años pasados, deben ser más de 45, fué poblado de estancias de ganados nuestros; la más principal era del capitan Juan Ortiz de Zárate, que despues fué Adelantado del Rio de la Plata, de quien habemos de tractar en breve, donde tenia copia de ganado vacuno.

Los indios Chiriguanas, creo en las guerras civiles contra el tirano Francisco Hernandez, viendo la poca gente de los nuestros, y sin armas, dieron en ellos, mataron algunos, otros huyeron y se salvaron, de los cuales conocí dos ó tres; los Chiriguanas se apoderaron del valle, á lo menos quedaron libres de los nuestros que en aquella frontera vivian; dejóse allí el ganado vacuno, que en grande abundancia se multiplicó, vuelto silvestre y bravo, y como acá llamamos cimarron. Visitando este reino el Visorrey don Francisco de Toledo, y llegando á la ciudad de La Plata, sabida la calidad del valle, y la importancia de ser poblado, para el freno por aquella parte de los Chiriguanas, que por allí hacian no poco daño á los Chichas, y aun les pagaban tributo, nombró por corregidor é para edificar allí un pueblo de españoles al capitan Luis de Fuentes, con el cual fué alguna gente con sus armas y caballos, y un religioso nuestro, llamado fray Francisco Sedeño, predicador y fraile esencial, por cura y vicario de los españoles, con licencia del padre fray García de Toledo, que á la sazon era provincial, y comision de la sede vacante, porque clérigo ninguno quiso ir; llevaba tambien orden de nuestro provincial para edificar convento, lo cual hizo; llegaron sin dificultad, aunque entonces era

un poco peligroso el camino, pero tuviéronla en la poblacion, por tener á los Chiriguanas muy cerca que los molestaban, mas fueron poca parte; hicieron sus casas fuertes en el lugar más cómodo que hallaron, y en menos de treinta años ha crecido tanto, que hay en él hombres cuyas haciendas valen más de 30.000 pesos, y si tuviera indios de servicio, hobiera crecido más.

Fuéles de mucha ayuda el ganado, porque como desamparado y sin dueño lo mataban y se sustentaban dél, y agora no hay poco, pero más arredrado, huyendo de las mechas de los arcabuces, que de muy lejos las huelen. Primero se mandó por pregones que los señores de aquel ganado lo sacasen dentro de tanto tiempo, so pena darlo por desamparado; mas como no hobiese, ó no pareciese dueño, y aunque pareciera y trujera el ejército del Turco no lo pudiera sacar, declaróse ó dióse por cimarron desamparado; agora no hay vecino que no tenga, cual más, cual menos, manso y corralero, no de aquello, sino de otro manso que han llevado, y no les falta ovejuno y porcuno; de Potosí vienen á comprarles lo que tienen, y si no, ellos lo llevan: en el *valle* menor fundaron *otro pueblo*, de buenas aguas y sábalos con otros géneros de peces; es abundante de víboras y sabandijas ponzoñosas, como los demás valles de los Charcas, empero ellas huirán de los españoles ó se acabarán. Cae en tierras de la provincia de los Chichas. El Inga, cuando era señor desta tierra, tenia aquí guarnicion de gente de guerra contra estos Chiriguanas, los cuales, entrando los nuestros en este reino, la dejaron y se volvieron á sus tierras.

Hállanse en este valle á la ribera y barrancas del rio sepulturas de gigantes, muchos huesos, cabezas y muelas, que si no se ve, no se puede creer cuán grandes eran; cómo se acabasen ignórase, porque como estos indios no tengan escripturas, la memoria de cosas raras y notables fácilmente se pierde.

Certificóme este religioso nuestro haber visto una cabeza en el cóncavo de la cual cabia una espada mayor de la marca, desde la guarnicion á la punta, que por lo menos era mayor que una adarga; y no es dificultoso de creer, porque siendo yo estudiante de Teología en nuestro convento de Los Reyes, el gobernador Castro envió al padre prior fray Antonio de Ervias, que nos la leía, y despues fué obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme, que actualmente estaba leyendo, una muela de un gigante que le habian enviado desde la ciudad de Córdoba del reino de Tucumán, de la cual diremos en su lugar, y un artejo de un dedo, el de en medio de los tres que en cada dedo tenemos, y acabada la lection nos pusimos á ver qué tan grande seria la cabeza donde habia de haber tantas muelas, tantos colmillos y dientes, y la quijada cuán grande, y la figuramos como una grande adarga, y á proporcion con el artejo figuramos la mano, y parecia cosa increíble, con ser demostracion; oi decir más á este nuestro religioso, que las muelas y dientes estaban de tal manera duros, que se sacaba dellas lumbre como de pedernal.

CAPITULO CIX

De otros pueblos en frontera y la tierra adentro de los Chiriguanas.

Dos jornadas no largas deste valle de Tarija, sobre mano izquierda, hay un valle que llaman San Lucas, donde un hombre poderoso, llamado Jerónimo Alanis, manco de la mano derecha, tenia una gran hacienda de vacas y cria de mulas, con gente bastante, yanaconas y un mestizo y mulato, y casa fuerte para el beneficio della; pero como era muy cerca de las montañas Chiriguanas, porque no le hiciesen daño pagábanles tributo, cuchillos, tijeras, algunas hachas para cortar árboles y alguna chaquira. El señor de la hacienda de cuando en cuando iba á verla: sucedió (y no habia tres años que Tarija se habia poblado) que yendo á verla, de allí despachó un indio á nuestro religioso, con quien tenia amistad, haciéndole saber estaba allí, rogándole viniese á confesarle la gente: era despues de Pascua de Resurrection; recibida la carta, concertóse con el capitan Luis de Fuentes y otros tres soldados ir con sus armas, arcabuces y recado; quiso nuestro Señor que el dia que habian de llegar vinieron más de cien Chiriguanas á pedir su tributo á nuestro Alanis, y con tanta soberbia entraron, que sin duda venian determinados de hacerle mucho mal, matarle y á toda su gente; el capitan, religioso y los demás, ni vieron á los Chiriguanas ni dellos fueron vistos, por causa de una niebla muy obscura que aquel dia cubria la tierra; entran en casa de Alanis, hallan allí parte desta bárbara nacion (los demás no habian llegado), que ya comenzaban á querer disparar sus flechas en el Alanis, que sólo tenia una cota puesta y una espada en la mano izquierda, porque la derecha la tenía cortada. Los nuestros que llegan, si no fué el religioso, comienzan á desenvolverse contra los Chiriguanas; en su ayuda acuden el mestizo

y mulato con sus arcabuces; despacharon á los que hallaron dentro, y luego en sus caballos salen á los que venian; mataron más de sesenta gandulazos, los demás se escaparon y algunos heridos é mal. Entre estos indios venian algunos Chaneses, de los cuales dijimos que se aprovechan estos como gente en la guerra, é ya los nuestros descansando, y habida esta victoria, entra por las puertas un indio muy mal herido de un arcabuzazo, y aun lanzada, diciendo era Chanés, y pidiendo, ó diciendo: ¡cristiano, cristiano! que era decir lo queria ser y le baptizasen; baptizóle nuestro religioso, y luego se murió. Esto me escribió nuestro religioso á la ciudad de La Plata, donde yo vivia á la sazon. Pues para refrenar á estos enemigos comunes del género humano, aquí se ha poblado otro pueblo de españoles, al cual agora cuatro años, llegando yo á la ciudad de La Plata, volvian mas de cincuenta hombres que con un capitan habian salido á descercar el pueblo, porque los Chiriguanas, le tenian cercado, y el capitan habia enviado á pedir favor; sabido por los Chiriguanas, alzaron el cerco y no los osaron á esperar. Otros dos pueblos, á lo menos uno, he oido decir se ha poblado por los nuestros en el gran rio de Pilaya, ya en la tierra Chiriguana, á donde llegó y pasó el Visorrey don Francisco de Toledo, y entonces (como diremos) le llamaron el rio Incógnito. Estos indios andan agora más soberbios que antes, porque los vandea un perro mestizo nacido en el Rio de la Plata; yo le conocí, gran oficial herrero, llamado fulano Capillas, ladino como el demonio, y blanco, que no parece mestizo, casado y con hijos en la ciudad de La Plata; no sé por qué ocasion se fué ó le envió el Audiencia, y esto fué lo más cierto, á tractar con ellos no sé qué medios de paz, y él decia no le enviasen, porque no le habian de dejar salir los indios; fué y quedóse con ellos; este maldicto les hace unos casquillos de acero para las flechas, tan bien templados que no tienen resistencia; antes usaban de cañas como las nuestras, el ñudo tostado por puncta; lo demas servia de cuchilla; con las cuales tan bien pasaban una cota como un nabo. Contra estas armas Chiriguanas usan los nuestros cotas y encima escaupiles sueltos en vanda, porque en el algodon se entrape la flecha. Vive este mestizo entre los Chiriguanas con ellos, con las mujeres que quiere; anda casi desnudo, y por no ser conocido cuando sale á hacer daño en los nuestros, se embija como indio; dicen ha inviado á decir á la Audiencia que de buena gana dejaria aquella vida, porque es cristiano, si le perdonasen; pero que teme, si se reduce, le han de castigar por los daños que ha hecho; pero como desta gente alguna sabe á la pega, en ella se queda.

CAPITULO CX

Del cerro llamado Porco.

Volviendo a nuestro Potosí, porque siendo el centro de las Indias habemos de tractar ó traerle á la memoria muchas veces, como del centro salen muchas líneas á la circunferencia, así de Potosí hay y salen muchos caminos y entran en él de diferentes partes; digo, pues, que volviendo al de aquí, salimos para el puerto de Arica, cien leguas tiradas; á las siete ó ocho llegamos al cerro de Porco, de quien habemos tractado un poco, al pie del cual tienen su asiento los pocos españoles que allí viven, y pobres respecto de los de Potosí; no he llegado á este asiento, pero he pasado media legua dél, y quien vive en Potosí puede decir vive en Porco, así por la poca distancia de camino, como porque todo lo que pasa en Porco se sabe luego en Potosí, y al contrario. Es cerro más alto quel de Potosí, metido entre otros cerros y no tan bien hecho. Es más destemplado, y más rico si no diera en agua, y el metal más fino; he visto alguno que certificaron á don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, acudia á ochenta marcos por quintal; este metal es poco, y luego se descubre agua, y tanta que es imposible desaguarla. En la misma cumbre del cerro certifican haber fuentes de agua, lo cual en Potosí no se ha hallado. Tiene otra cosa, que no son vetas seguidas de donde se saca la plata, sino pozos, y como se dé en uno, hace á su amo presto rico. Síguese algunas veces la labor con esperanzas al parecer certísimas, mas al mejor tiempo atraviésase un peñisco, ó una fuente de agua, y veis aquí las esperanzas perdidas. Si estos dos contrarios no tuviera, ó la del agua, que es la mayor, mucho más rica era que Potosí, y el metal más suave de quebrar, y una de las excelencias que puso Dios nuestro señor en Potosí es no haber dado en agua. Toda la puso al pie del cerro de una parte y otra del arroyo que divide á los indios de los españoles.

CAPITULO CXI

Del camino de Porco á Arica.

Media legua de Porco, sobre mano derecha, pasa el camino Real de Potosí á Arica,

que son cien leguas tiradas (como dijimos) llanas, muy frias y de algunos arenales no muy pesados para caballos, empero para carneros de la tierra, cuando van cargados, sonlo mucho, y para las recuas de mulas, por lo cual las recuas de carneros que llevan el azogue á Potosí desde Arica, y las mercaderias, los que llamamos balumen, vino, hierro, jabon, etc., á las nueve del dia han de tener su jornada hecha, que es de tres leguas, comenzando á caminar á las tres, antes que amanesca, y aun antes, porque en toda la Sierra, con ser en partes inhabitable por el mucho frio, y lo más deste camino lo es, desde las nueve del dia hasta las cuatro de la tarde son los calores del sol muy crecidos, tanto y más abrasan que en los Llanos y valles calientes; es muy trabajoso este camino por la destemplanza del frio, y no haber en tres ó cuatro jornadas tambos donde albergarse, sino unos paredones mal puestos: é ya que comenzamos á abajar para Arica lo es mucho, porque veinte leguas que hay desde donde se comienza á bajar por una quebrada abajo, llamada de Contreras, en quince leguas no hay gota de agua; aquí es donde los carneros de la tierra, de carga, corren riesgo y se quedan muchos muertos, y en echándose el carnero en esta quebrada, no hay sino descargarle y dejarle; allí se muere de hambre y sed; si comieran arena, y no bebieran en ocho dias, muy gordos salieran; ver en toda esta quebrada tanta osamenta de carneros es lástima, por lo que pierden los señores de los carneros (y este es el mejor camino), por lo cual llevan para las cargas la mitad más de los necesarios; subidos á la sierra, no tienen ese riesgo, porque ni pastos ni agua les falta, y en llegando el carnero á la jornada suya, no le harán pasar adelante cuantos aran y cavan. Las recuas de mulas en medio dia y una noche concluyen con estas quince leguas. El subir á la Sierra á los unos y á los otros es más dificultoso, y Potosí lo allana. A tres ó cuatro jornadas de Potosí se toma el camino para las minas que llaman de las Salinas, que ha pocos años se descubrieron; mas como no hacen ruido, no hay que tractar dellas.

CAPÍTULO CXII

De la calidad y costumbres de los indios destos reinos.

Habiendo tractado con la brevedad que prometimos de las ciudades, caminos y otras cosas particulares tocantes á los españoles, ya es tiempo tractemos de las condiciones destos indios. Lo primero que tienen, y es el fundamento de las malas ó buenas costumbres morales, es un ánimo el más vil y bajo que se ha visto ni hallado en nacion alguna; parece realmente son de su naturaleza para servir; á los negros esclavos reconocen superioridad; llámanlos señores, con saber son comprados y vendidos, y lo que les mandan obedecen muy mejor que lo mandado por nosotros. Es gente cobarde, si la hay en el mundo, de donde les viene lo que á todos los cobardes, son cruelísimos cuando ven la suya ó son vencedores. No quieren ser tractados sino con rigor y aspereza, porque en tractando bien á un indio, aunque se haya criado en casa desde niño como hijo, dicen que de puro miedo lo hacemos, y por eso no nos atrevemos á castigarlos.

En tractándolos mal sirven con gran diligencia. Cuando tienen necesidad de nosotros, en cualquiera que se vean, ó de enfermedad, ó de hambre, ó de otras semejantes, con grandes humildades y subjectiones piden nuestro favor; pero si estamos en ella y con palabras mansas y amorosas les pedimos nos socorran, hacen burla de nosotros mofando y escarneciendo, y aunque sea su amo, que le haya criado, si se ve en peligro de muerte, en rio, caida de caballo, ó en otro peligro, se pone á mirarlo sin socorrerlo, pudiendo, y se rie de buena gana; la gente más ingrata que hay en lo descubierto, al bien que se le ha hecho ó hace; por lo cual sólo por amor de Dios les hacemos bien, que dellos esperar gratitud es en vano. La nacion más sin honra que se ha visto; no la conoce ni sabe qué cosa es, pues *es* más mentirosa que se puede imaginar; de donde les viene no temer levantar falsos testimonios, que los levantan gravísimos, y como no se les castiga por ellos, quédanse en su mala costumbre; que unos indios á otros los levanten, no es tanto el daño, ni pierden honra (como dicen) ni casamiento; mas levántanlos á los religiosos, á clérigos, á españoles, tan sin asco, como si en ellos no fuese nada, y cuando se averigua la falsedad, los que los habian de castigar dicen son indios, y mientras no se averigua padece el pobre fraile ó clérigo. Pero lo que más me admira es que todos cuantos vivimos en estas partes, conociendo la facilidad déstos en mentir y levantar falsos testimonios, dígannos mal déste ó de aquél, le creemos; esta falta es nuestra, y en los gobernadores nuestros la hay, porque confesando que es así, cuando vamos á volver delante dellos por la fama y honra del clérigo ó religioso, dice el Virrey: conozco su facilidad en mentir; pero ya que dicen

tantas cosas, en algo deben [1] decir verdad; algo hay; háseme respondido así á mí propio por un Virrey destos reinos, haciéndole demostracion de muchos y graves testimonios falsos que á un religioso nuestro habian levantado. Jurar falso no lo tienen en más de cuanto se les da una taza de vino, ó un mate de chicha, y cuando los reprehendemos, ¿cómo juraste en falso? la excusa es, y responden: díjome un amigo, ó mi vecino, ó mi curaca (que es lo más comun) que lo hiciese, sin más sentimiento; pues volver la fama, ni desdecirse, no se hable en eso.

Para mentir y en un instante forjar la mentira, los más fáciles son que hay hombres en el mundo, grandes y pequeños, mayores y menores: es cosa admirable cuán en el pico de la lengua tienen las mentiras. No parece sino que muchos dias han estudiado y imaginado: esto me han de preguntar y esta mentira tengo de responder, y tan sin vergüenza, como si dijesen mucha verdad; ellos no han de tractar verdad, y nosotros no les habemos de mentir, y ojalá en algunos acá nacidos de los nuestros no se hallase este vicio. No es afrenta entre ellos decirle mientes, ni ellos decir á otro lo mismo. Alábanse mucho que mintieron al padre que los doctrina, ó engañaron, y lo propio es que mintieron al español con quien tractan, y hacen gran plato désto, y como no tienen color en el rostro, por lo cual, demudándose, conoscamos si mienten ó engañan, mienten tan disimuladamente, que parece es todo verdad lo que afirman, y con unos ademanes ó afectos que nos hacen creerlo; tambien se alaban si dejaron algun español (habiéndole pagado su trabajo) en medio de un despoblado ó en medio la nieve, sin camino; hay muchas partes donde no se puede caminar sin guia, y en estos caminos dejan al pobre caminante á la luna de Paita; borrachos, es nunca acabar tractar desto.

Si han de comenzar viaje, aunque sea de pocas leguas, primero se han de emborrachar; si vuelven, lo primero es emborracharse; dicen que se emborrachan porque si se muriesen en el camino, ó donde van, ya se morirán habiéndose emborrachado, y cuando vuelven se emborrachan porque no se murieron y volvieron con salud á sus tierras, ó casas; así me lo han dicho; borrachos, tractan muy mal á sus mujeres, y son deshonestos con sus hermanas y aun madres, y cuando están borrachos entonces hablan nuestra lengua, y se preguntan, ¿cuándo los cristianos nos habemos de volver á nuestra patria? y ¿por qué no nos echan de la tierra? pues son más que nosotros, y ¿cuándo se ha de acabar el Ave María? que es decir cuándo no les habemos de compeler á venir á la doctrina. Porque en la semana dos dias juntamos al pueblo para enseñársela y predicarles, á lo cual vienen por fuerza los más; finalmente, su Dios es su vientre y la chicha, y no hay más mundo.

No tienen veneracion alguna á sus padres, ni madres, agüelos, ni agüelas; finalmente, les dan de palos y bofetones; yo he castigado á algunos por esto, delante de todo el pueblo, y les he hecho les besen los pies. Pues ayudarlos en sus necesidades, ni por imaginacion; si son dos hermanos, y el uno es casado y el otro no, muriendo el casado, el otro se revuelve con la mujer de su hermano luego; he visto muchos destos castigados por la justicia, pero no sé si con el rigor debido. Este vicio más se halla en los curacas y indios principales que en el comun. Ojalá y el dia de hoy no tengan sus idolatrias, como antes, y porque no han justiciado las justicias á los curacas, ojalá no se estén con ellas. Luego entra una piedad dañosa (¡oh! son nuevos en la fe) y desto tenemos los religiosos mucha culpa, y cuando aquesto no tengan, ojalá no tengan sus hechiceros ocultos, á quien consultan como en el tiempo de la infidelidad de sus padres. No tienen vergüenza de hacer á sus mujeres alcahuetas, las cuales, como son pusilánimes, temiendo el castigo, se las traen; todos duermen casi juntos, porque las casas de los indios no tienen algun apartamiento; hácenlas de obra de veinte pies en largo, y de ancho diez ó poco más; otras son redondas, donde viven con la mayor porqueria del mundo; jamás las barren; todos viven juntos, padres, madres, gallinas, cuchinillos, perros y gatos y ratos; por maravilla hay quien duerma si no en el suelo, sobre un poco de paja de juncia. Su asiento es perpétuamente en el suelo, y luego escarban la tierra con las uñas; solos los curacas principales usan de una como banquilla de zapatero, de una pieza, que llaman duo, no tan alta ni con mucho. Á los hijos, sin policia alguna los crian; no es gente que los castiga, es gran pecado entre ellos castigarlos ó reñirlos; [1] con cuanto quieren se salen; jamás les lavan los rostros, manos ni pies, y así traen las manos y brazos con dos dedos de suciedad; las uñas nunca se las cortan, sírvenles como de cuchillos; amicísimos de perros, acaece caminando llevar el

[1] En el ms., *no deben*.

[1] *Ninguna crianza enseñan á los hijos.* (Nota marginal.)

perrillo á cuestas, y el hijo de cuatro á cinco años por su pie. No guardan los padres ni madres á las hijas, ni les buscan maridos; ellas se los busquen y se concierten con ellos. Entre los indios la virginidad no es virtud, ni la estiman en lo que es justo; que en su infidelidad no la tuviesen por tal, no hay por qué nos admiremos, pero ya predicados y avisados[1] es gran ceguera; no nos creen. La hija del más estirado se va y se viene como quiere, por lo cual por maravilla se casa alguna mujer doncella; dicen los varones no debe ser para servir, pues así persevera. Si se han de casar, primero se amanceban seis y más meses que se casen; dicen que esto hacen para conocer la condicion el uno al otro, y deste error no los podemos sacar; una cosa tienen buena las mujeres: aunque antes de casarse hayan corrido ceca y meca, despues de casadas pocas son las que adulteran; las que han tractado antes con españoles faltan mucho en esto. Algunos varones hay que no se quieren casar con mujeres mozas, diciendo no saben servir; cásanse con viejas, porque les hacen la chicha y los vestidos. Son ladrones para con nosotros; para con los indios no tanto, y los más ladinos, mayores y más atrevidos. Pues si les mandamos restituir, ni por sueños; si alguna cosa se hallan, dicen que Dios se la da; no hay buscar al dueño, sino cual ó cual; los indios de los Llanos, que llamamos Yungas, sobre todas estas desventuras tienen otra mayor: son dados mucho al vicio sodomítico, y las mujeres estando preñadas fácilmente lo usan. Entre los serranos, raros se dan á este vicio, por lo cual á los indios Yungas los ha castigado Nuestro Señor, que ya no hay casi en los valles sino muy pocos, como habemos dicho. Son levísimos de corazon, inconstantísimos; cualquiera cosita los admira; los mayores pleitistas del mundo, por lo cual la Sierra deciende á Los Reyes, á los Virreyes, donde ó mueren ó enferman, por ser la tierra contra su salud y embutirse en vino. En lo que toca á la doctrina, cómo aprovecharon en ella no quiero tractar, porque no se puede decir sino con palabras muy sentidas, y éstas me faltan.

CAPÍTULO CXIII

Cómo los gobernaba el Inga.

Conoscida, pues, la calidad de los indios por el Inga, y su ánimo peor que servil, los gobernaba con leyes rigurosísimas, porque las penas eran muerte, y no sólo al delincuente, más á toda su parentela llevaba por el mismo rigor. El que hurtaba, por muy leve que fuese el hurto, pena de muerte; la misma se ejecutaba en el que levantaba del suelo alguna cosa que á otro se le hobiese caído; allí la habia de dejar, fuese de mucho precio ó de ninguno, por lo cual, el dueño que la perdió, allí la habia de hallar; por esto no se hallaba ladron entonces, y casi era necesario este rigor, porque las casas de los indios no tienen puertas, ni cerraduras, ni el dia de hoy, si no es cual ó cual usa de puerta, más de un haz de leña delgada, ó unas cañas ó palos atados unos con otros; ya tienen necesidad de puertas y cerraduras. Ningun indio habia de entrar en chácara de otro, ni le habia de coger una hoja de maíz, so la misma pena. Á los soldados tenia con tanta disciplina, que el mayor ó el menor no habian de hacer agravio, ni tocar en un grano de maíz ajeno, so la misma pena, y por eso les tenia depósitos de todo género de sus comidas, de vestidos y armas, no como los nuestros soldados, que en escribiéndose en la matrícula, en poniéndose debajo de bandera, le parece que todos los vicios le son lícitos y como naturales.

Mentir no se usaba ni por imaginacion; verdad se habia de decir, burlando ó de veras; agravio no se hacia á nadie, so pena de la vida, y si un indio á otro agraviaba, el que recibia el agravio íbase al gobernador ó capitan del Inga, contábale el caso; luego inviaba á llamar al que habia agraviado, y lo primero que le decia era tractase verdad, porque una oreja le tenia guardada para oirle; no era necesario más; luego confesaba de plano, y era castigado; lo mismo guardaba el Inga en las residencias que tomaba á sus gobernadores ó capitanes; enviaba un chasqui, que es un correo, á esta ó aquella provincia; juntaba los indios, decíales cómo el gran señor le enviaba para saber si su señor ó capitan habia hecho algun agravio, que el agraviado viniese y se lo dijese. Con los agravios oídos, partia para el Inga, y referíaselos; el Inga despachaba otro á llamar á su gobernador ó capitan; venido y pareciendo en su presencia, decíale: este agravio he oido con esta oreja derecha, que has hecho; la izquierda te he guardado para oir tu disculpa, di la verdad. Si agravió, era castigado con quitarle la vida; si no, al que mintió daba la pena del talion; finalmente, no habia pena sino de muerte. Con este temor y leyes rigurosísimas no habia quien se atreviese á mentir, ni á se emborrachar, sin

[1] *La virginidad no tienen por virtud.* (Nota marginal.)

licencia del gobernador, ni llegar á mujer ajena, ni cometer otros vicios que agora son muy usados. Conocíales ser amigos de ociosidad, y por esto de dia y de noche habian de trabajar; no habia palmo de tierra en todo este Perú, que pudiese ser labrado, que no se labrase para las comidas; por esto andaban sus ejércitos muy hartos y abundantes, y sus reinos bien gobernados; digo á su modo, porque tanta crueldad en cosas livianas, y que los parientes inocentes pagasen por los delincuentes, ni se puede alabar ni excusar. Acuérdome de haber oído decir á algunos antiguos, que cuando Atabalipa, el último señor destos reinos, se vió preso en poder del marqués don Francisco Pizarro, le dijo: El mejor reino tienes del mundo, pero cada tercer año, si te han de servir bien estos indios, has de matar la tercera parte dellos; el consejo no lo alabamos, porque es cruelísimo, el cual ni se aceptó ni se ha de aceptar, sino comprobamos el ánimo servil déstos, que si no es por miedo, no se aplican á cosa de virtud; para malicias, vivísimos son.

Fuera de lo que en otras partes habemos tractado de caminos y puentes, el Inga y sus gobernadores tenian tanto cuidado acerca de los caminos, que siempre habian de estar limpios y aderezados, y tan anchos que casi dos carretas á la par sin estorbarse la una á la otra podrian caminar. Los pueblos comarcanos á los caminos tenian cuidado de aderezarlos si se derrumbaban, y lo mismo era de las puentes, entre las cuales, fuera de las de creznejas, hay en rios grandes, donde no se pueden hacer puentes, una manera de pasarlos jamás inventada si no es en este reino del Perú, y facilísima de pasar y segura, y es que de la una hilera á la otra del rio, de barranca á barranca, tienen echada una maroma tan gruesa como el brazo, muy estirada, de paja que acá llamamos hicho, que es mucho más blanda que esparto, y en ella ponen una como taravilla con una soga recia de lana, pendiente para abajo, con la cual atan al que ha de pasar y va sentado en ella; en la misma taravilla tienen dos sogas delgadas y recias como las que se ponen en las cortinas ó en los velos de los retablos, que tiramos de una y recogemos la cortina, y tirando de la otra la extendemos; así de la otra parte del rio tiene una de las sogas que está en la taravilla, tiran della y en dos palabras ponen de la otra parte al pasajero, y cuando los indios conocen que el que pasa es chapeton, ó nuevo en la tierra, y le ven con temor antes que le aten, cuando le tienen en medio del rio cesan de halar ó tirar la soga, y el pobre chapeton piensa que allí se ha de quedar ó ha de caer en el rio, y con palabras halagüeñas y humildes les ruega le acaben de pasar; puesto de la otra banda se rie de su poco ánimo; confieso de mí que la primera vez que pasé el rio de Jauja por esta oroya, que así se llama, que temia, aunque por no dar muestras de flaqueza mostraba ánimo y mandé á un ordenante que venia conmigo, entre otros, que pasase, y como vi que tan presto y seguramente estaba de la otra parte, luego me puse y en menos espacio de cuatro ó cinco credos pasé mi rio. Por aquí y desta manera se pasan las cajas, almofrejes y mercaderias; págaseles á los indios su trabajo, y cada uno se va con Dios; yo creo que para los que no han visto esta oroya, ni manera de pasar, le parecerá que son ficciones peruleras; hacérseles ha increible que un rio caudaloso se pase de la suerte dicha, y menos creible les será decir que un indio solo pasa por esta maroma, él mismo tirando la soga; lo uno y lo otro he visto y experimentado. Demás desto los tambos, que son como ventas en los caminos, eran muy bien proveidos de lo necesario para los caminantes, gobernando el Inga, sin interés ninguno, y desto tenian cuidado los indios comarcanos. Despues que los españoles entraron en el reino, mandó el gobernador Vaca de Castro, que vino á pacificar la rebelion de don Diego de Almagro y á gobernarlo, que los caminos, tambos, puentes y recaudo para ello estuviesen á cargo de los mismos indios, como antes estaba, y esto yo lo conocí y alcancé por muchos años, sin que á los indios se les pagase nada por su trabajo ni por la comida que nos daban. Despues el marqués de Cañete, de buena memoria, mandó quel trabajo y comida que diesen los indios se les pagase por arancel que los corregidores de las ciudades pusiesen, y así se hacia infaliblemente, y los indios vendian sus gallinas, pollos, carneros, perdices, leña y yerba, y todo se les pagaba; agora los corregidores de los partidos venden todas estas cosas, y el vino y lo demás, pan, y maíz, y tocinos, y ponen los aranceles subidos de punto, como cosa propia, y se aprovechan para sus granjerias de buena parte de los indios que están repartidos para el servicio de los tambos ó ventas, y cuando los indios tenian á su cargo los tambos, les era no poco provecho y ayuda para pagar sus tributos. Yo vi apuñearse algunos indios, y puse en paz, sobre cuál habia de llevar las cargas de un pasajero, no á sus cuestas, sino en sus carneros de la tierra, que los cargan como los asnillos en España; despues que los corregidores de los partidos se ocupan en sus

granjerias, con no poco daño, de que tambien soy testigo de vista y he predicado contra ello delante de Virreyes y Audiencias, y en particular les he avisado de sus costumbres; no por eso se remedia mucho, y los indios del servicio del tambo, más trabajados.

CAPITULO CXIV

Cómo se han de gobernar en algunas cosas.

Teniendo, pues, consideracion á la calidad desta gente, parece en ley de buena razon que no deben ser gobernados en muchas cosas como los españoles, y en particular en los pleitos, en los cuales, por ser tan amigos dellos, gastan sus pobres haciendas y pierden las vidas, si no fuesen de tal calidad (como en cacicazgos, en sucesion de grandes haciendas y otros semejantes) que requieren sus plazos y traslados y lo demás que el Derecho permite y justísimamente tiene establecido; porque los más de los pleitos son de una chacarilla que no es de media hanega de sembradura, y de otras cosas de poco momento; por lo cual, si el corregidor, aunque las aplique al que tiene justicia, el otro fácilmente apela para el Audiencia, principalmente los subjectos á la de Los Reyes, donde van con sus apellaciones, y lo primero que hacen es atestarse de vino, y lo más es nuevo; andan por el sol, son derreglados, mueren como chinches; y si no, vayan á las matrículas de los hospitales de los indios, y verán tractamos verdad, y cuando vuelven con salud á sus tierras, en el camino enferman, y en llegando mueren. Un vecino de la ciudad de La Plata, en tiempos antiguos, llamado Diego de Pantoja, conquistador del descubrimiento de Chile (oíselo al mismo), siendo alcalde en aquella ciudad, tenia este modo para averiguar los ple tos destos miserables, y era: en viniendo los indios contrarios, poníalos en un aposento, cerrábalos con llave y decíales: no habeis de salir de aqui hasta que me llameis; aquí estaré y vosotros convenios en quién tiene justicia; ellos se concertaban, y llamando á la puerta y abriéndoles el alcalde, le decian: señor, éste tracta verdad y pide justicia; yo no la tengo; esto oido, tornábalos nuestro alcalde á encerrar y decíales: otra ved os conformad y veamos con qué salís; ellos llamaban á la puerta conformes totalmente, y diciéndole lo mismo, adjudicaba la hacienda sobre que se traía pleito, y ponia perpétuo silencio al mentiroso, reprehendido o levemente castigado; desta suerte se averiguaban los pleitos en breve. Esto era antes de fundada la Audiencia en aquella ciudad, lo cual me decia condoliéndose de ver á los pobres indios gastar sus haciendas, con no correr allí riesgo de la salud, por ser el temple como el de sus tierras. Conocí allí un Oidor que se malquistó grandemente con los secretarios y procuradores (y á fee que le costó no poca inquietud) porque pretendió con los demás sus compañeros que los pleitos de los indios se averiguasen á su modo, y como esto era quitar los derechos á los secretarios, levantáronse contra él y no salió con su intencion. Lo que vamos tractando las mismas Audiencias lo han hecho, porque ya ha sucedido un curaca hallar en adulterio á su mujer, y matar al adúltero y á ella, y le condenaron á muerte y justiciaron, porque aunque era curaca no tiene tanta honra como el español, al cual en semejante caso no le justician, sino le dan por libre, como vemos muchas veces; pues si en esto, ¿por qué no será lo mismo en otras cosas?

El otro vicio en que es necesario poner remedio, así en los Llanos como en la Sierra y en los Llanos (y que verná tarde), es en las borracheras. Estas han consumido los indios de los valles, de los Llanos, y consumirán los pocos que han quedado, y los de la Sierra no menos se acabarán. Hacen los unos y los otros una chicha ó bebida, llamada sora, de maíz talludo; echan al maíz en unas ollas grandes en remojo, y cuando comienza á entallecer sácanlo, pónenlo al sol, y despues hacen su bebida. Es calidísima la bebida que deste maíz hacen en extremo, y muy fuerte; abrásales las entrañas, y para que más presto les emborrache, si tienen vino, mézclanlo con ella, añaden fuego á fuego, y mueren muchos. Esta chicha y el vino ha consumido los indios de los Llanos, en particular los de la ciudad de Los Reyes para arriba, y aun para abajo; testigo ocular es el valle de Chincha, donde tractando dél dijimos sustentaba 30.000 indios tributarios; el dia de hoy no tiene seiscientos. El de Ica va siguiendo los pasos de su vecino, y el de la Nasca los de ambos, y viendo las justicias el menoscabo de los indios no lo han querido remediar con castigarlo; este castigo es del gobierno de los Visorreyes, por lo cual Su Majestad ha perdido sus vasallos y tributos, y la tierra sus habitadores, sólo por gobernarlos como á nosotros; no digo se gobiernen con la crueldad del Inga, ¿qué cristiano, y menos qué religioso ha de decir tal? sino con castigo que temieran emborracharse, y se enmendaran; bien sé que don Francisco de Toledo, en sus Ordenanzas, pone castigo para los borrachos; faltan los ejecutores. El daño

es evidente, porque si donde habia 30.000 indios tributarios no hay seiscientos, en tan breve tiempo, ¿por qué no se habia de poner ley rigurosa contra este vicio? Bien sé que en Flandes y Alemaña, y en otros reinos, se emborrachan, y en nuestra España dicen se multiplican; pero no se mueren por las borracheras á manadas como éstos, ni la tierra se despuebla. Si Flandes y Alemaña, por las borracheras, se despoblara, porque los borrachos se morian, el señor de aquellos reinos ¿no estaba obligado, so graves penas, prohibir y castigar las borracheras? ¿Quién dubda? Pues ¿por qué acá no se habia de hacer lo mismo? Acuérdome que en la ciudad de La Plata, tractando esto con un Oidor de Su Majestad, me dijo: Mire, padre, no hay ley que al borracho castigue por solo borracho, si no es darle por infame. Es verdad, pero cuando un reino ó provincia se despuebla por las borracheras, ¿por qué no se añidirán penas, para que se enmiende tan mal vicio de donde tantos proceden? Pues la tierra sin habitadores y el reino sin vasallos, ¿qué vale? Aquel rey y reino es más tenido que más poderoso es en vasallos, y la riqueza destos reinos, en que los naturales se conserven y augmenten consiste. De los demás vicios no quiero tractar, porque no es de mi intento; baste decir las calidades desta servil gente, para que conforme á ellas se les den las leyes que les convienen.

CAPITULO CXV

El azogue consume muchos indios.

El asiento de las minas de azogue de Guancavilca ha consumido y consume muchos indios tributarios; si no se me cree, véanse los repartimientos más cercanos de los Angareyes, y pregúntenselo á este valle de Jauja; la causa es labrar las minas por socavon, porque como no tenga respiradero el humo del metal, al que los quiebra lo azoga, asentándoseles en el pecho, y como no curan al pobre indio azogado, viene, cumplida su mita, á su tierra, donde ni tienen quien le cure ni remedio; el azogue hásele asentado y arraigado en el pecho; con grandes dolores del cuerpo muere, y ninguno viene así enfermo que dentro de pocos meses no muera; unos viven más que otros, pero cual ó cual llega á un año. Cuando se labraban (que fué al principio) sin socavon, ningun indio enfermaba, iban y venian los indios contentos; agora, como mueren tantos, dificultosamente quieren ir allá. Escrebimos y avisamos á los que lo pueden remediar; empero no se nos responde, y desto no más, porque, tractando de Guancavilca, no sé si dijimos más de lo que se querria oir.

Lo que he tractado de las calidades y condiciones de los indios es verdad, y es lo comun; si alguno se hallare sin ellas, será cisne negro; por lo cual lo que dejamos escripto no puede padecer calumnia.

CAPITULO CXVI

Cómo se crian los hijos de los españoles que nacen en este reino.

Habiendo dicho la razon por qué los naturales se consumen, estamos obligados á decir si los hijos de los nuestros se multiplican, y cómo se crian; multiplicarse los hijos de los españoles no es necesario probarlo, porque las escuelas de los muchachos en todos los pueblos son bastantes testigos. Pero críanse ó críanlos sus padres muy mal, con demasiado regalo, y no ha nacido el muchacho, cuando ya le tienen hechos los griguiescos, monteras, etc., y lo llevan a la iglesia, cuando lo van á baptizar, en fuentes de plata grandes; un abuso jamas oido, digno de ser prohibido. Nacido el pobre muchacho, lo entregan á una india ó negra, borracha, que le crie, sucia, mentirosa, con las demás buenas inclinaciones que habemos dicho, y críase, ya grandecillo, con indiezuelos, ¿cuál ha de salir este muchacho? sacará las inclinaciones que mamó en la leche, y hará lo que hace aquel con quien pace, como cada dia lo experimentamos [1]. El que mama leche mentirosa, mentiroso; el que borracha, borracho; el que ladrona, ladron, etc., y si de Cayo Caligula vemos haber salido cruelísimo, porque su ama, cuando le criaba, untaba los pezones de la teta con sangre humana, ¿qué diremos en estas partes? Tito, hijo de Vespasiano, se crió enfermo porque su ama era enfermiza. Pues ya que así los crian las amas negras, é indias, despues de cinco años para adelante, ¿crianlos con el rigor que es justo para que lo malo que mamaron en la leche pierdan? No por cierto; con todas sus ruines inclinaciones los dejan salir, por lo cual, viendo el descuido de los padres en criar sus hijos he dicho á alguno: Señor, ¿por qué no crias a vuestros hijos con el rigor y diciplina que os criaron vuestros padres? ¿es me-

[1] Tachado: Y si de Cayo Calígula leemos haber salido cruelisimo porque su ama cuando lo criaba untaba los pezones de la teta con sangre humana, ¿qué diremos en estas partes?

jor que vos? Pero en esto pueden tanto las madres, que no consienten castiguen á los hijos. Acuérdome que en los sermones que el Illmo. de Los Reyes, fray Jerónimo de Loaisa, predicaba, cuotidianamente reprehendia á los vecinos de Lima la mala crianza de sus hijos, el regalo con que los criaban, y amas que les daban, los vestidos é compañias, ¿para qué buscan á los hijos de los príncipes y reyes, los médicos, amas de buenas costumbres y buena leche? Luego algo va en esto, y porque no quiero cansar al prudente lector, le ruego lea el segundo libro del *Teatro del mundo*, donde verá los inconvenientes irremediables que de las malas costumbres de las amas han subcedido, y ganado los niños, y cuánta ventaja en este particular hacen los animales á los hombres, porque no consienten otros que ellos crien sus hijos. Pues aunque me den con una higa en los ojos de las que dicen hay en Roma, si los que gobiernan este nuevo mundo mandasen, y con mucho rigor y pena, y la ejecutasen en los maridos, que á ningun mero español criase negra ni india, otras costumbres esperaríamos; y desto no mas, no se conjure todo el reino contra nos. De las costumbres de los nacidos de españoles é indias (que llamamos mestizos) ó por otro nombre montañeses, no hay para qué gastar tiempo en ello.

FIN DEL PRIMER LIBRO

LIBRO SEGUNDO

DE LOS PRELADOS ECCLESIÁSTICOS DEL REINO DEL PERÚ, DESDE EL REVERENDÍSIMO DON JERÓNIMO DE LOAISA, DE BUENA MEMORIA, Y DE LOS VIRREYES QUE LO HAN GOBERNADO, Y COSAS SUCEDIDAS DESDE DON ANTONIO DE MENDOZA HASTA EL CONDE DE MONTERREY, Y DE LOS GOBERNADORES DE TUCUMÁN Y CHILE

CAPÍTULO PRIMERO

De los prelados eclesiásticos.

Habiendo tractado con la brevedad posible la discripcion deste reino del Perú, sus ciudades, caminos, y las costumbres y calidades de los naturales, y de los que nacen en él, nos es tambien forzoso tractar de los obispos y arzobispos que habemos conocido y tractado, y comenzando desde la ciudad de Quito, el obispo primero de aquella ciudad fué el reverendísimo don García Diez Arias, clérigo, de cuya mano recibí siendo muchacho la primera tonsura [1]; varon no muy docto, amicísimo del coro; todos los dias no faltaba de misa mayor ni vísperas, á cuya causa venian los pocos prebendados que á la sazon habia en la ciudad, é iglesia, y le acompañaban á ella y le volvian á su casa. Los sábados jamás faltaba de la misa de Nuestra Señora; gran eclesiástico; su iglesia muy bien servida, con mucha música y muy buena de canto de órgano. En esta sazon el obispado era muy pobre; agora han subido los diezmos y tiene bastante renta. Era alto de cuerpo, bien proporcionado, buen rostro, blanco, y representaba bien autoridad y la guardaba con una llaneza y humildad que le adornaba mucho. Murió en buena vejez de ocasion de una caida de una mula, no con poco sentimiento de todo el pueblo, que por padre le tenia. El obispado comienza desde la ciudad de Pasto, cuarenta leguas más abajo de Quito, hasta el valle de Jayanca, de quien habemos dicho.

Sucedióle el reverendísimo fray Pedro de la Peña, religioso de nuestra sagrada religion, habiendo sido primero provincial en la provincia de México, maestro en Teología, donde vivió y la leyó más de veinte años; varon docto y muy cristiano, y gran predicador y celoso del servicio de Nuestro Señor y del bien y conversion de los indios; murió en la ciudad de Los Reyes; dejó su hacienda á la Inquisicion.

Despues de la muerte del cual fué algunos años gobernado aquel obispado por la sede vacante, hasta que fué proveído por obispo della el reverendísimo fray Antonio de San Miguel, de la Orden del seráfico San Francisco, varon apostólico, el cual habiendo sido provincial en este reino fué proveído por obispo de la Imperial, del reino de Chile, donde gobernó con mucha prudencia y cristiandad, y de allí fué proveido á Quito; pero antes que llegase á sentarse en su silla, veinticinco leguas de su iglesia, en un valle llamado Riobampa, le llevó Nuestro Señor á pagar sus trabajos; dicen que poco antes que expirase, con un ánimo y rostro muy alegre dijo: *in domum Domini letantes ibimus;* que es decir: con alegria iremos á la casa del Señor. Mueren los siervos de Dios con alegria.

A quien sucedió y gobierna al presente aquella iglesia el reverendísimo fray Luis Lopez, de la Orden de nuestro padre San Augustin, varon de gran gobierno, docto y de prudencia cristiana y humana; el cual, en este reino, en su Orden, fué dos veces provincial (como habemos dicho), gobernando sus religiosos con vida y ejemplo, libre de

[1] Primero obispo de Quito, don García Diaz Arias. (Nota marginal.)

toda cobdicia, y finalmente, con las obras enseñaba en lo que le habian de imitar sus religiosos, porque en los trabajos y observancia *era* el primero.

CAPÍTULO II

Del ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, arzobispo de Los Reyes.

El ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, primer arzobispo de Los Reyes, religioso de nuestra sagrada religion, desde su niñez comenzó á dar grandes esperanzas de lo que fué despues, y de lo que más fuera si, como le cupo la suerte de iglesia en estos reinos, le cupiera en España, donde, así del Emperador, de gloriosa memoria, Carlos V, como del rey nuestro señor Felipe II fuera en mucho tenido, y se le hiciera mucha merced, conocido su talento general para todas cosas, y no le hiciera muchas ventajas su tio el ilustrísimo fray Garcia de Loaisa, arzobispo de Sevilla, de la misma sagrada religion nuestra, con haber sido uno de los valerosos varones que ha producido nuestra España. Fué varon de claro y admirable entendimiento, muy docto y bonísimo predicador, aunque esto pocas veces lo ejercitaba, si no era los dias de Ceniza, domingo de Ramos y el dia de la Asumpcion de Nuestra Señora, con tanta autoridad y gravedad, que representaba bien el estado y dignidad archiepiscopal; su ingenio era general para todas cosas, para paz y para guerra, por lo cual en la rebelion y tirania de Francisco Hernandez fué nombrado por capitan general del campo de Su Majestad, juntamente con otros dos Oidores, el doctor Saravia y el licenciado Hernando de Sanctillan, hasta que se nombró á Pablo de Meneses por General: gobernó su obispado con gran rectitud y cristiandad muchos años, creo fueron pocos menos de cincuenta, sin que del menor vicio del mundo fuese notado, ni un si no dél se dijese. Con los señores era señor; con los muy doctos, muy docto; con los religiosos, muy religioso, y con todos los estados se acomodaba con toda prudencia, que era admiracion. Con los Visorreyes guardaba y tenia la autoridad que se requeria. Oí decir que en una consulta quel Visorrey don Francisco de Toledo tuvo luego que vino de España, donde se halló el arzobispo y otros prelados, reprehendiéndoles de que no habian remediado algunos vicios que competia á ellos remediarlos, les dijo: Si vosotros los obispos y arzobispos tuviérades el cuidado que debíades, no habia yo de venir á remediar esto. Tractaba de ciertos amancebamientos públicos de personas principales; á quien el arzobispo respondió entre otras cosas: Si vosotros, Visorreyes, tuviésedes el celo que se requiere al servicio de Dios, y favoreciésedes á los prelados de las iglesias como debéis, no era necesario que viniérades á remediarlo; nosotros en muchas cosas tenemos necesidad de vuestro favor, como vosotros del nuestro. Era don Francisco de Toledo amicísimo de ganar honra con los prelados y con todos.

Su consejo en todas cosas era acertadísimo, como de quien era dotado de bonísimo entendimiento. En todo el tiempo que gobernó, la renta que le venia de su cuarta nunca llegó á 7.000 pesos ensayados, y con ser tan poca, su casa tenia muy llena y harta y bastantes criados, y le lucia más que á otros que mucha más tenian, y daba á caballeros pobres largas limosnas sin que ellos se las pidiesen. Hizo á su costa el hospital de los indios de Santa Ana, donde todos los indios que vienen á sus negocios á la ciudad de Los Reyes, y enferman, son curados con todo el regalo posible, y dos ó tres años antes que muriese hizo donacion al hospital de toda la vajilla suya, mucha y muy buena, y de toda su hacienda, esclavos, mulas, tapicerias, con condicion que por el tiempo de su vida fuese como usufructuario dello, con obligacion de pagar lo que se gastase ó perdiese. Celosísimo del bien y conservacion de los naturales deste reino, tanto como ha habido en todas las Indias prelado, y si dijere más no engañaré; por el bien de los cuales no temia barbadamente oponerse á los Virreyes y Audiencias, en lo cual á Nuestro Señor hacia servicio, y no menos al Rey; de sus prebendados y demás clérigos del obispado era temido y amado por la entereza de su vida. Tenia unas entrañas piadosísimas para los pobres, á los cuales recibia y consolaba como padre; de los indios de todo el reino era grandemente amado, porque sabian cuánto en lo justo les favorecia, y así con todas sus cosas venian á él, á los cuales cuando era necesario reprehendia y castigaba como padre amantísimo. Todo el tiempo que vivió, su iglesia fué muy bien servida con mucha música y buena; los oficios divinos con gran cuidado celebrados, y porque los prebendados los dias principales solian darse priesa á decir la última Hora, despues de misa, les mandó que la sexta ó nona, conforme al tiempo que era despues de misa, la cantasen como cantaban tercia antes della, y desta suerte, cuando acababan, ya toda la gente habia salido de la iglesia. A un clé-

rigo que yo conocí, y era muy conocido en la ciudad, y tenia bastante hacienda para tractar bien su persona, como es decente un sacerdote se trate, le vistió graciosamente, porque el vestido era muy mugriento Llámóle y díjole: padre fulano, tengo necesidad; prestáme una barra de plata, yo os la devolveré presto. El clérigo, aquélla y más le ofreció, y dióla luego. El buen arzobispo mandó se la diese á su mayordomo, el padre Ribera, sacerdote bueno, á quien dende á pocos dias le dijo: tomad aquella barra y con ella vestíme muy bien al padre Godoy (así se llamaba); de suerte que todo se gaste en vestirle, que por la buena obra le quiero dar de vestir. El padre Ribera, de allí á ocho dias ó diez llamó al padre Godoy y dícele: Padre Godoy, su señoría os hace merced de daros de vestir por la buena obra de la barra; de aquí me mandó desta tienda os sacase dos pares de vestidos. El clérigo no los queria recibir, pero, finalmente, pensando ahorrar, tomó sus vestidos; de suerte, que la barra se consumió menos 17 ó 18 pesos. El mayordomo llevó al padre Godoy á casa de un sastre donde le hicieron de vestir, y concertadas las hechuras librósela en la tienda donde se puso la barra, y se sacaron los vestidos. Toma la cuenta y la resta, y da cuenta al Arzobispo de lo hecho; entre los vestidos sacó una sotana de chamelote de seda, un manteo de paño veinticuatreno, otro de raja; hasta zapatos. Nuestro padre Godoy, que pensaba ser vestido á costa del señor Arzobispo, con su sotana [de] chamelote, fué á besar las manos al señor Arzobispo y rendir las gracias por la merced de los vestidos. Entró con la sotana rugiendo; cuando el Arzobispo le vió y oyó el ruido de la sotana y tan bien vestido, dice: Sanctos, Sanctos, mas no tantos; nuestro padre Godoy híncase de rodillas pidiéndole las manos por la merced, á quien haciéndole levantar le dijo: Padre Godoy, aquella barra no os la pedí prestada para mí, sino para vos; della se os han dado esos vestidos; yo poca necesidad *tenía;* necio venís pensando que yo os hacia merced; id al mayordomo, que os dé la resta, y de aquí adelante tractá muy bien vuestra persona y andad muy bien vestido como sacerdote honrado; si no, yo os vestiré otra vez y mejor; y desta suerte vistió y despidió á nuestro padre Godoy, que pensaba á costa del Arzobispo ser vestido. Adornó su iglesia de buenos ornamentos, á su costa, de brocado, bordados, etc., y mandó hacer la custodia de que agora se usa para el Sanctísimo Sacramento, de plata, como dejamos dicho, y dio la custodia de oro en que se pone el Sanctísimo Sacramento, que vale tres mil pesos, todos de oro.

En su tiempo, gobernando el marqués de Cañete, de buena memoria, una moza liviana se fingió endemoniada, la cual alborotaba la ciudad, y como era fiction, los conjuros y exorcismos de la iglesia no aprovechaban más que en una piedra; llevábanla á la iglesia mayor á los curas con gran copia de muchachos tras ella, en cuerpo, con un rostro muy desvergonzado. El Arzobispo afligióse; mandó que se la llevasen al hospital de Santa Ana, donde la mayor parte del tiempo vivia; lleváronsela, exorcizóla, como quien exorciza á una piedra Sucedió que un dia le fué á visitar y besar las manos un religioso nuestro, gran predicador y de mucha opinion, llamado fray Gil Gonzales Dávila; hallóle muy afligido y lloroso, y preguntándole la causa respondió: ¿No me tengo de afligir, que sea yo tan desventurado que en todo mi arzobispado no haya quien pueda echar un demonio del cuerpo de una moza, é yo propio la he exorcizado y no aprovecha más que si exorcizase á un poste? ¿No me tengo de afligir? El religioso nuestro le dijo: Suplico á vuestra señoria mande que me la lleven mañana á casa; yo la exorcizaré, y mal que la pese la compeleré á que me responda en la lengua que yo le hablare. Hízose así, y otro dia mandó llevasen la moza á nuestro convento, y llamado el padre fray Gil á la capilla de San Hierónimo, donde estaba la endemoniada fingida, en viéndole entrar díjole ciertas palabras afrentosas llamándolo capilludo, ¿qué quería? ¿qué buscaba? El religioso luego conoció ser fiction y maldad, y al cura que la llevaba, llamado el padre Valle, dícele: Diga vuestra merced al señor Arzobispo que esta desvergonzada no tiene demonio, y el que tiene se le han de sacar del cuerpo con muchos y crudos azotes; y acertó en esto, porque volviéndola á su casa no fingió más el demonio, y se conoció que por usar de su cuerpo deshonestamente con un hombre fingió aquella maldad y remaneció preñada. En hacer órdenes era muy recatado, como es necesario, aunque al principio, por haber falta de ministros, no sé si ordenó á algunos no muy suficientes, pero de buenas costumbres y lenguas, para que lo que en la sciencia faltaban en las costumbres y buen ejemplo supliesen. Nunca tractó de pedir cuarta á los clérigos de su obispado, como despues acá se ha pedido y puesto; á las Ordenes la quiso pedir, empero no salió con ello, y esto creemos lo hizo insistido por los prebendados, que por otra cosa. Tuvo con ellos algunos recuentros;

presto los fenecia, y no por eso dejaba de comunicarlos y hacerles cuanto bien podia, y con su prudencia y cristiandad en breve eran concluidos. Muchas cosas, si de años atrás fuera mi intento hacer este breve compendio, se pudieran escrebir; por ventura otros las ternán notadas, las cuales, si por extenso se hubieran de tractar, requerian un libro entero; para nuestro intento sea suficiente decir que fué un prelado en toda virtud consumado, y que la majestad de Nuestro Señor provea de que los sucesores suyos sean como este ilustrísimo señor; finalmente, lleno de buenas obras dió su ánima al Señor, y está enterrado en Los Reyes, en su hospital, en la capilla mayor, llorado de todo el reino, pobres y ricos.

CAPÍTULO III

Del ilustrísimo Mogrovejo.

Sucedió en la silla arzobispal el ilustrísimo don Toribio Alfonso Mogrovejo, que al presente loabilísimamente vive; varon consumado en toda virtud, celosísimo de sus ovejas, y en particular de los naturales, por el bien de los cuales nunca deja de andar visitando su arzobispado con admirables obras, dignas de ser imitadas. El cual no creo que ha vivido, en más de 26 años que tiene la silla, los tres en la ciudad de Los Reyes, ocupado en caminos bien ásperos, confirmando á los niños y desagraviando á los indios que halla agraviados de los sacerdotes que entre ellos residen. Es gran limosnero; porque le ha sucedido llegar á pedir limosna un buen cristiano que en la ciudad de Los Reyes se ocupa en tener cuidado de buscar de comer, llamado Vicente Martines, para los pobres, y de acudirles con limosnas de lo que pide desde los Virreyes abajo, llegar y decirle: Señor, los pobres no tienen que comer, y librarle buen golpe de plata en don Francisco de Quiñones, casado con una hermana del señor arzobispo, en cuyo poder entran las rentas; y respondiendo no tener plata, porque se ha dado en limosnas, llegar el mismo arzobispo y echar mano de la tapiceria y mandar se descuelgue, se venda y dé la plata á los pobres; otras veces mandar sacar las mulas, y que asimismo se vendan; libérrimo de toda avaricia y cobdicia, castísimo y abstinentísimo; no es amigo de comidas regaladas, ni en los caminos, donde se requiere algun regalo, por su aspereza y destemplanza, porque es varon muy preeminente, de mucha oracion y diciplina. Las penas en que condena á los clérigos descuidados y que su oficio no lo hacen como deben, las aplica para un colegio que hace en la ciudad de Los Reyes, que será cosa principal; con limosnas que ha pedido á todo género de hombres, indios, españoles, negros, mulatos, ha hecho un monasterio llamado Sancta Clara, etc. En ordenar es, como se requiere, escrupulosísimo; los intersticios se han de guardar al pie de la letra, y han de pasar los que pretenden ordenarse por examen riguroso de vida, costumbres y ciencia. Cuando reside en Los Reyes, pocos domingos ni fiestas deja de se hallar en los oficios divinos, amicísimo de que todos los domingos del año haya sermones en todas partes. Con el marqués de Cañete el segundo tuvo no sé qué pesadumbres sobre las ceremonias que á los Virreyes se hacen en la misa, por lo cual huia de venir á la ciudad; más queria vivir ausente della en paz, que en ella con pesadumbre; finalmente, hasta agora hace su oficio como un apóstol.

CAPÍTULO IV

De los reverendísimos del Cuzco.

La catedral del Cuzco tambien ha tenido bonísimos prelados. El primero el reverendísimo fray Juan Solano, de nuestra sagrada religion, el cual, gobernando don Hurtado de Mendoza, de buena memoria, marqués de Cañete, se fué á España y de allí á Roma, donde vivió muchos años y acabó loablemente en buena vejez, con admirable ejemplo de virtud, haciendo crecidas limosnas. Sucedióle don Sebastian de Lartaum, dotor por Alcalá de Henares, guipuscuano, varon doctísimo y por sus letras nominatísimo en aquella Universidad, y de allí por la buena fama de su cristiandad fué promovido á esta silla; gran eclesiástico, amigo de toda virtud, temido de los que no la seguian; tuvo muchos trabajos en este reino, en que Nuestro Señor le ejercitó, así con sus prebendados como con otras personas; empero el mayor fué un falso testimonio que le levantaron, diciendo que en el Cuzco habia hecho compañía para sacar un tesoro con el licenciado Gamarra, médico, y segun fama con el capitan Martin de Olmos, vecino encomendero de la misma ciudad, del hábito de Santiago; los cuales todos tres lo [1] sacaron y ocultaron por defraudar al Rey nuestro señor de su parte y quintos, y cupo á cada uno trecientas y se-

[1] En el ms., *los*.

senta y tres cargas y media de oro, el cual se sacó en casa (segun afirmaron) del licenciado Gamarra; esta fama llegó á oidos de don Francisco de Toledo, Visorrey, y luego envió al Cuzco al licenciado Paredes, Oidor de la Real Audiencia de Los Reyes, el cual procedió contra el licenciado Gamarra; prendiólo, y á su mujer doña Catalina de Urbina; dióles tormento, y al capitan Martin de Olmos tuvo preso: no pareció nada. ¿Cómo habia de parecer lo que no era?

Al reverendísimo mándanle bajar á Lima, y no pudo hacer otra cosa; decian que debajo de una torrecilla edificada junto á la escalera de la casa del licenciado Gamarra, de allí lo habian sacado, y por eso la derribaron, y es cierto que yo me hallé en el Cuzco cuando la torrecilla se cayó, por ser el año de muchas aguas, y entonces no se dijo tal ni estaba el reverendísimo en el pueblo, y dende á dos años adelante se publicó el falso testimonio; fueron, si no me engaño, tres clérigos los autores desto, y todos tres pararon en mal. El uno, estando preso en un navio en el puerto del Callao de Lima, se quemó, con otras muchas personas, en él. El otro, saliendo de su casa en un pueblo de indios que doctrinaba, cayó un rayo y lo mató; no habian pasado tres dias que pasando yo pocas leguas de aquel pueblo por el camino de Potosí á Arica, así lo referian, y así pasó. El otro tambien acabó en mal, y porque la honra del dicho señor obispo no perezca, porné aquí lo que al tiempo de su muerte mandó para defensa suya se hiciese, y la sentencia que por el Concilio provincial de Lima en su favor se dió el año de 83 pasado.

«Alonso de Valencia, scrivano público de la ciudad de Los Reyes, da fe cómo ante el reverendísimo de Tucumán, don fray Francisco de Victoria, de la Orden de Santo Domingo, y ante el mismo Alonso de Valencia, Alonso Garcia Salmeron, vicario de Ariquipa, Beltran de Sarabia, Bartolomé Ximenez y Pero Lopez, sacerdotes, el reverendísimo del Cuzco don Sebastian de Lartaum hizo una declaracion en ocho de otubre del año de 83, estando enfermo, de la cual enfermedad murió, del tenor siguiente:

»Item que por cuanto en el santo Concilio provincial que se celebra en esta ciudad se han tractado y tractan muchas causas civiles y criminales de parte de muchas personas contra su señoría reverendísima, y su señoría contra ellos, en defensa de su honra y auctoridad episcopal, quiere y es su voluntad que las dichas causas se sigan y fenezcan en cuanto toca á la defensa de su honra y fama, y la difinicion dello quiere se lleve ante Su Santidad y del Rey nuestro señor, si fuere necesario, para que conste de su limpieza, y en lo demás, que su señoría perdona de muy buen corazon y voluntad á todas aquellas personas que le han ofendido é injuriado, por escripto ó por palabra, ó de otra manera, por que Dios Nuestro Señor le perdone sus culpas y pecados, y les pide perdon si los ha injuriado».

Siguiéronse sus causas despues de muerto, por sus procuradores y partes contrarias en el dicho Concilio, y finalmente por los señores obispos jueces nombrados por el Sancto Concilio, conviene á saber, don fray Francisco de Victoria, obispo de Tucumán; don Alonso Dávalos Granero, obispo de la ciudad de La Plata; don fray Alonso Guerra, obispo del Paraguay, por otro nombre del Rio de La Plata, cuya sentencia es la que se sigue:

«Fallamos que la parte del bachiller Sanchez de Renedo, fiscal, no probó cosa alguna de lo contenido en su acusacion y capítulos della, fecha por la dicha delacion del dicho Diego de Salcedo y puesta contra el dicho reverendísimo del Cuzco; damos y declaramos su intencion por no probada, y que el dicho reverendísimo del Cuzco y sus procuradores en su nombre probaron sus ecepciones y defensiones bien y cumplidamente, y así lo declaramos; en cuya consecuencia debemos dar y damos al dicho reverendísimo obispo don Sebastian de Lartaum por libre de todo lo contra él pedido y acusado en esta causa, y declaramos haber sido injustamente acusado, por estar inocente y sin culpa de lo contenido en los dichos capítulos y querellas que le fueron puestos, los cuales parece haber sido calumniosos, y con odio y enemistad contra él puestos, y así lo declaramos y damos por libre dellos y de la dicha acusacion, condenando, como condenamos, al dicho delator y al fiador por él dado en las costas y gastos por el dicho reverendísimo obispo hechos, cuya tasacion en nos reservamos por esta nuestra sentencia difinitiva, etc.»

Dióse esta sentencia en Los Reyes, á 7 de Noviembre de 83; notificóse á las partes y pregonóse en la plaza públicamente con trompetas en 12 de Diciembre del dicho año; fué secretario del Concilio en esta causa Hernando de Aguilar, sacerdote.

Los seglares que persiguieron al reverendísimo del Cuzco fueron Francisco de Valverde, que le mató un clérigo en su propia casa; el dicho Diego de Salcedo, que murió excomulgado, y otro vecino del Cuzco.

Era varon de buenas y loables costumbres; vestido de pontifical parecia admirablemente de bien; alto de cuerpo, bien proporcionado, con unas venerabilísimas canas que adornaban mucho el rostro; hablaba cerrado como si no hobiera estudiado, ni criádose en escuelas, pero en las cosas de Teologia y lingua latina no se echaba de ver; hizo una ampla limosna al reverendísimo del Paraguay luego que llegó al Concilio, por ser muy pobre; acabó sus dias en la ciudad de Los Reyes; mandóse enterrar en nuestro convento; diósele sepultura junto al altar mayor, á la peana del altar al lado de la Epístola, porque en el otro lado tiene la suya el reverendísimo de los Charcas, fray Tomás de San Martin, como diremos en el capítulo siguiente; fué su muerte muy sentida, y con mucha razon, particularmente de la nacion vizcaina.

Sucedióle el reverendísimo fray Gregorio de Montalvo, de nuestra sagrada religion, obispo primero de Yucatan, en los reinos de México, varon religioso, muy docto, bonísimo predicador, de quien no sé qué poder decir, porque vivió poco y con pesadumbres con sus prebendados. Quién tenia justicia, no es de mio difinirlo; dióle Nuestro Señor una enfermedad trabajosísima, que le llevó desta vida, como se cree, á gozar de la eterna.

Al presente acaba de llegar á Los Reyes, venido de España, el reverendísimo de la Camara y Raya; no le conozco; su fama es mucha de cristiandad y todo género de virtud. Nuestro Señor le conserve por muchos años.

CAPITULO V

De los reverendísimos de La Plata.

El primer obispo nombrado para la ciudad de La Plata fué el Regente fray Tomás de San Martin, de nuestra Orden, de quien, tractanto en el libro precedente de nuestro convento de Los Reyes, dijimos alguna cosa; varon de mucho pecho y valor, muy docto, gran predicador, de bonísimo y acendrado ingenio, de mucha prudencia, con la cual, despues de vencido [1] el tirano Gonzalo Pizarro, y repartida la tierra, hallándose muchos descontentos, por haber quedado sin suerte, de los servidores de Su Majestad, temiéndose otra rebelion peor que la pasada, en un sermon [2] los quietó, diciéndoles que lo menos que habia que repartir se repartió; porque habia tal y tal descubrimiento y conquista, de noticia y riquezas nunca oidas; que esto se dejaba para los ánimos valerosos, con lo cual y con otras razones quietó los ánimos que estaban ya medio rebelados. No le alcancé, porque cuando llegué á la ciudad de Los Reyes habia poco era muerto; pero lo que dél se decia es que en el tiempo que duró la tirania de Gonzalo Pizarro, el cual siempre lo tuvo por sospechoso, y aun le quiso matar, y despues de llegado á estas partes el presidente Gasca, andando siempre en el ejército de Su Majestad, más soldados y capitanes le acompañaban que al Presidente, ni al ilustrísimo de Los Reyes; tan bien quisto era de todos, y tanto le amaban. Diré lo que á personas que le oyeron el sermon dijo hablando con el presidente Gasca en favor de un caballero de Cáceres que habia servido bien, y habia quedado sin suerte; llamábase el caballero Mogollon; quejósele que no le habian gratificado sus servicios, y rogóle con el presidente Gasca fuese parte para ello; prometióle hacerlo, y en un sermon que se ofreció, presente el Presidente, muy á propósito trujo: Agora, señor, cosa es digna de que nos admiremos que coman todos de mogollon, y que Mogollon muera de hambre; no es de vuestra señoría consentir tal cosa. Esto fué bastante para que se le diese un repartimiento, creo en Arequipa, y así fué. Predicó á Su Majestad del emperador Carlos V, de gloriosa memoria, Rey y señor nuestro, en Flandes, domingo, en las octavas de Nuestra Señora de la Asumpcion, y el dia propio de Nuestra Señora habia predicado un religioso del seráfico Francisco, y hecho una escalera de doce gradas por donde habia subido Nuestra Señora; dejó admirada á la corte la fama del regente y provincial de las Indias; además de la presencia del Emperador y cortesanos, concurrió todo el mundo, y refiriendo en breve las gradas de la escalera que habia traido el presidente de San Francisco, dijo: pues más gradas faltaron, y añadió otras ocho más, con lo cual todos quedaron pasmados. Allí le hizo Su Majestad merced por sus méritos, y porque más merced merecia, del obispado de La Plata, dividiéndolo del Cuzco, de donde se partió para estas partes, habiendo dado primero larga relacion de todo lo pasado en la rebelion de Gonzalo Pizarro (fué con el presidente Gasca) á Su Majestad, y Su Majestad, teniéndose por muy servido, le dió licencia para volverse. Llegó á la ciudad de Los Reyes, donde en breves meses dió el ánima al Señor y fué enterrado en nuestro convento é iglesia, que siendo provincial habia hecho, en la capilla mayor, al

[1] En el ms., *venido*.—[2] En el ms., *que los*.

lado del Evangelio, con gran sentimiento de toda la ciudad, y mayor de nuestros religiosos, sin llegar á sentarse en su silla. Todo lo que tenia dejó al convento.

Quedando vaca esta silla, Su Majestad del Rey nuestro señor Filipo II hizo merced della al padre fray Domingo de Santo Tomás, maestro en sancta Teología, doctísimo, gran predicador, gran religioso, gran celador del bien y conversion de los naturales, y no menos de las conciencias de los españoles, varon benemérito desta silla y de otra mayor; debia haber un año ó poco más habia venido de España, donde siendo provincial habia ido á un capítulo general en que se juntaron todos los provinciales de la Orden, y con traer recado del General de la Orden para ser vicario general y visitador suyo, nunca quiso usar deste poder, ni mostrarlo hasta haber aceptado; vivia en el convento de Lima, con título solamente de la Universidad que entonces en nuestra casa estaba, y en las conclusiones generales, particulares y conferencias se hallaba y presidia; entonces era yo estudiante de *Súmulas*. Llegadas las bulas y cédulas de Su Majestad, no queria aceptar, aunque el conde de Nieva y comisarios le daban priesa aceptase; retrújose á nuestra chácara, que dista de la ciudad una legua pequeña; finalmente, allí aceptó, aunque algunos religiosos nuestros, particularmente un buen viejo que vivia en Chincha, le persuadia no aceptase, y finalmente aceptó, y el propio dia, viniendo de la chácara al convento acompañado de muchos caballeros y religiosos, en el camino le dió un tan gran dolor de ijada, que llegando á la ciudad, y habiendo de pasar por el convento de San Augustin, que es donde agora está la iglesia y parroquia de San Marcelo, no le dejó el dolor llegar á nuestro convento, sino que allí se quedó hasta que se aplacó, y aplacado se vino á casa. Sabido por el buen viejo en Chincha, escríbele y dícele: Señor, ¿no persuadí á vuestra señoria no aceptase el obispado? Advierta bien á lo que le sucedió el dia que aceptó, y sepa que no le han de faltar grandes trabajos. Parece le fué profeta el buen religioso, porque, como luego diremos, tuvo muchos, y la orina é ijada le acabó. Ello es cierto que *honores afferunt secum dolores*, que es decir: los cargos traen consigo muchos trabajos. Acordábase muchas veces el buen obispo de la carta de su amigo.

Aceptado el cargo, luego le consagró el ilustrísimo y reverendísimo de Los Reyes con mucha pompa y aparato, donde concurrió á la iglesia mayor todo el pueblo, por ser el primer obispo que en ella se consagraba; hizo la fiesta y gasto el ilustrísimo de Los Reyes, con mucha magnificencia; luego se celebró un Concilio provincial; acabado, fuese á su iglesia, donde fué recibido solemnísimamente, y en el primer pueblo de indios de su obispado, creo ser Paucarcolla, por el camino de Arequipa, viéndolo sin iglesia, la mandó hacer á su costa, con ser los pueblos y indios ricos, buena, de una nave de adobe, sus portadas de ladrillo; el enmaderamiento es lo más costoso, porque se traen de lejos las vigas; no reparó en eso. Llegado á la ciudad de La Paz, el primero pueblo en su camino de españoles, dió priesa á la labor de la iglesia mayor, á la cual ayudó de su renta un tanto cada año, aunque no se acabó viviendo, pero despues años; llegando á la ciudad de La Plata, fué recibido con gran aplauso de la ciudad é indios de toda la marca, y de los que vinieron de Potosí; amábanle como padre, y visitado su obispado, bajó otra vez á Lima, á otro Concilio provincial, y volviendo á su silla y llegando á ella dióle Nuestro Señor un purgatorio, ó por mejor decir dos: el uno con sus prebendados (no con todos) que yo conocí, no agora tales como su estado requeria, y favorecidos por la mayor parte de la Audiencia, á los cuales queriendo corregir no podia. El otro fué el mayor, pues le acabó la vida: una enfermedad, por muchos meses, de ardor de orina (con ser templadísimo en comer y beber) que en fin le llevó á la sepultura. Dos meses antes que moriese, sintiendo ya se le acercaba la hora de su partida para el Padre, pidió al padre prior de nuestro convento, que no está más que la calle en medio de su casa, le fuésemos allí á servir y acompañar cada uno ocho dias, hasta que Nuestro Señor fué servido de llevarle; fuimos de muy buena gana, donde yo serví las semanas que me cupieron. El Padre de misericordias que le dió aquel purgatorio le doctó de una paciencia admirable, porque todas las veces que habia de orinar, y eran más de cuarenta entre noche y dia, cuando los dolores más le afligian, y la orina más le abrasaba, nunca le oimos decir otra cosa más de: *Pecavi, Domine; pecavi, Domine;* que es decir: Señor, pequé; Señor, pequé. Lo cual muchas veces repetia, y descansando un poco decia: Ah, Señor, ¿á un hombre miserable enfermedad de caballeros? *Fiat voluntas tua.* Desabrirse con el servicio de su casa, ni tener la menor impaciencia del mundo si no se acudia tan presto con lo que pidia, ni por imaginacion. Esto es don de Dios y merced que á los suyos hace; cuando les da trabajos, los provee de fuerza y virtud para con alegría llevarlos.

Viéndose ya cercano á su partida, reconcilióse; confesarse hacíalo muchas veces; mandó se le trujese el Santísimo Sacramento; diré lo que le vi hacer, y todo el pueblo presente: trújolo el cura, llamado el padre Prieto, que despues fué religioso de San Francisco, y acabó loablemente en Tucumán; esforzose cuanto pudo, mejor diré, esforzóle Nuestro Señor; levantóse de la cama, vistióse su hábito de religioso, el cual nunca mudó, con su capa negra. Cerca del altar en que se habia de poner el Santísimo Sacramento se hincó de rodillas sobre una alfombra; quisiéronle poner un cojin; mandólo quitar; púsosele un escabelo corto sobre que se recostase, la enfermedad no le dejaba hacer otra cosa. Pues como llegase el cura y pusiese el Santísimo Sacramento sobre el altar, volvióse para este gran varon, comenzóle á hablar con la cortesía y reverencia que se debe á un obispo, y díjole: ¿no veis, hermano, que está presente el Señor de los señores, Rey de reyes, Señor del cielo y de la tierra? no me habeis de tractar sino como á uno de los del pueblo, delante del Rey no hay señoría; y así le dió el Santísimo Sacramento como si fuera el menor del pueblo, con tantas lágrimas de todos los presentes, cuantas era justo allí se derramasen. Poco antes que expirase recibió el Sacramento de la Extremauncion, y expirando, con ser un poco moreno de rostro, y la nariz aguileña, pequeño de cuerpo, quedó tan hermoso que parecia otro; era cierto maravilla verle y vestido de pontifical; parecia vivo. A cosa de su casa ninguno de sus criados llegó antes ni despues, más que si estuviera vivo, lo cual pocas veces suele suceder en las muertes de los obispos, como sucedió en la muerte de otro que luego diremos.

Diré tambien lo que vimos todos cuantos acompañábamos su cuerpo desde su casa á la iglesia: fué uno de los religiosos que volvió por el bien y conservacion de los naturales que ha habido en estas partes, y si dijere que ninguno le llegó, no mentiré. Era conocido de todos los curacas y no curacas del Reino, y como le habian tratado muchas veces teníanle amor. Sabida en Potosí (que dista de la ciudad de La Plata 18 leguas) su enfermedad, que le iba consumiendo, muchos curacas de los allí residentes le vinieron á ver, y á llorar con él, cuando estaba en la cama. El dia de su enterramiento, con toda el Audiencia y la ciudad, los indios se hallaron en su acompañamiento, y dábanse mucha priesa á llegar al ataud, donde le llevábamos vestido de pontifical, particularmente en las posas, á las cuales más de golpe se llegaban; los españoles deteníanlos, y ellos decian: dejanos ver á nuestro padre, pues ya no le veremos más, y no queda quien mire por nosotros; hiciéronsele las obsequias debidas, con gran sentimiento de todo el pueblo, y los canónigos, que no le eran muy aficionados, derramaban abundancia de lágrimas. Creemos piadosamente que desde su pobre cama, no era rica, sino casi como de pobre fraile, Nuestro Señor se lo llevó al cielo. Todo el tiempo que vivió, así en la Orden como fuera della, dió muestras de mucha virtud; jamás se le conoció vicio notable; de los descuidos cuotidianos ¿quién se libra de ellos? libérrimo de toda cobdicia y avaricia, y muy observante en los tres votos esenciales, y en las ceremonias de la Orden; era de mucha prudencia y cordura, y que delante de los príncipes del mundo podia razonar; humilde en gran manera, amigo de pobres y limosnero, su renta nunca llegó á 8.000 pesos, los cuales, dejando para su casa gasto moderado, lo demás repartia entre pobres; fundó en la ciudad de La Plata un recogimiento que se llama Santa Isabel, donde se criaban hijas de hombres buenos, pobres; sustentábalo con su hacienda; despues que murió creo no se tiene tanto cuidado. Con ser religioso nuestro, en su testamento no dejó más limosna á nuestro convento que á los demás. Entre los tres mendicantes mandó repartir igualmente su libreria, que era mucha y muy buena.

Sus casas, á una cuadra de la plaza, buenas, que rentan más de dos barras, dejó á su iglesia con obligacion de que cada uno el dia de su enterramiento le digan los prebendados vigilia y misa; no hizo ni fundó mayorazgo alguno, sino, á lo que creemos, en el cielo.

A quien sucedió el reverendísimo don Fernando de Santillan, que fué Oidor de Lima y Presidente de Quito, donde tuvo muy grandes trabajos y testimonios falsos que le levantaron; sacóle Nuestro Señor dellos y sublimóle á la catedral de La Plata; no llegó á sentarse en su silla, porque murió en Los Reyes. Su muerte fué bien llorada; no habia un mes que se habia tomado la posesion del obispado por él, cuando luego llegó la nueva de su muerte. Varon de grandes prendas y de mucha virtud, aunque fué primero casado.

A este famoso varon sucedió el reverendísimo Granero de Avalos, clérigo; no sé que dejase memoria de sí más de haber entablado la cuarta funeral en su obispado, como ya lo está en los demás destos reinos, con lo cual en breve, y con lo mucho que crecieron las

rentas de los diezmos, se enriqueció mucho. Oí decir en la ciudad de Guamanga, que tractó casar un sobrino suyo con una hija de un vecino de aquella ciudad, con el cual ofrecia dar al sobrino 300.000 reales de á ocho; pero, finalmente murió, y sus criados le desampararon, y viéndose morir via le descolgaban la tapiceria, y dejaban las paredes mondas; é ya que estaba para expirar, en la cámara le tenian puesto un candelero de plata con una vela, y llegó uno, no hallando ya otra cosa, le quitó y se lo llevó poniéndole la candela entre dos medios ladrillos, y desta suerte acabó sus dias. La hacienda no sé qué se hizo; más vale morir pobremente con bendicion del Señor, que rico y desamparado. Dicen estaba muy mal quisto con sus prebendados y con otros; por eso se hallaron tan pocos en su casa al tiempo de su muerte.

Sucedióle el reverendísimo fray Alonso de la Cerda, de nuestra sagrada religion, hijo del convento nuestro de Los Reyes; acabó loablemente; vivió poco en el obispado; varon religioso y ejemplar y limosnero.

Al reverendísimo fray Alonso de la Cerda subcedió el reverendísimo don Alonso Ramirez de Vergara, varon de grandes prendas y muy docto y muy galano predicador, limosnero, y que en su iglesia catedral de los Charcas labró, segun soy informado, dos capillas y las dotó con abundante renta, de quien yo recibí y me invió quinientos reales de á ocho de limosna para ayuda á venir á este reino de Chile al obispado de la Imperial, que si con ella no me favoreciera, con dificultad viniera á él. Fué Dios servido de llevarlo casi súpitamente con una sangría que sin discrecion de los médicos se le hizo. A la hora que esto se escribe tengo por nueva cierta es promovido á aquel obispado el reverendísimo de Quito, de quien arriba tenemos hecha mencion.

CAPITULO VI

De los reverendísimos de Tucumán y Paraguay ó Rio de la Plata.

La provincia de Tucumán, con distar muy lejos del obispado de los Charcas por más de 200 leguas, las más despobladas (como tractaremos adelante), era del obispado de los Charcas; dividióse habrá treinta años, poco más ó menos. El primer obispo fué don fray Francisco de Victoria, de nacion portugués, hijo de nuestro convento de la ciudad de Los Reyes, en el Pirú, donde fuimos novicios juntos; varon docto y agudo; fuese á España, donde murió en Corte, y hizo heredero á la majestad del Rey Filipo Segundo, de mucha hacienda que llevó, y loablemente lo hizo así.

Sucedióle el reverendísimo don fray Francisco Trejo, que agora reside en su silla y resida por muchos años.

De los reverendísimos del Paraguay, ó Rio de la Plata, despues que el reverendísimo fray Alonso Guerra salió de aquel obispado promovido á otro en el reino de México, como dijimos arriba, no sé cosa en particular que tractar, más que le sucedió el reverendísimo Liaño, varon apostólico y de grandes virtudes; fué Nuestro Señor servido llevarlo para sí dentro de pocos años despues que llegó á su obispado; á quien sucedió el reverendísimo don fray Ignacio de Loyola, fraile descalzo, que hasta agora lo gobierna loablemente.

CAPÍTULO VII

De el licenciado Vaca de Castro, Blasco Nuñez Vela y don Antonio de Mendoza.

Habiendo brevemente tractado, no conforme á las calidades de las personas, de los reverendísimos obispos é ilustrísimos arzobispos deste reino, por no quedar cortos, con la brevedad que más pudiéremos tractaré, y con toda verdad, sin género de adulacion ni malevolencia, de los Virreyes que he conocido en estos reinos de cincuenta [1] años á esta parte, y tomando un poco atrás la corrida.

El primero que los gobernó despues de la muerte del marqués de Pizarro, por Su Majestad, fué el licenciado Vaca de Castro, el cual, cuanto al gobierno de los indios y de los españoles, lo que dél se tracta fué buen gobernador, porque desembarcó en la Buena Ventura, y de allí atravesando la gobernacion de Belalcazar vino á la ciudad de Los Reyes; vió la tierra y la calidad della y de los indios, que es gran negocio y principio para acertar á gobernar; halló alterado á don Diego de Almagro, y tiranizado el reino; juntó campo contra él, habiéndole primero requerido se redujese al servicio de su rey; dióle batalla campal en Chupas, legua y media de Guamanga, donde le venció y cortó la cabeza como á traidor; allanó la tierra, hizo ordenanzas buenas, conforme al tiempo, para los indios y españoles, principalmente mandando que para el servicio de los tambos, y aderezarlos, sirviesen los mismos que el Inga

[1] Tachado: *cuarenta.*

tenia señalados; estas ordenanzas se guardaron algunos años; ya no hay memoria dellas.

Sucedióle el Visorrey Blasco Nuñez Vela, que luego le prendió é puso en un navio en el puerto del Callao; de allí fué á España, donde muchos dias y años estuvo preso; la causa no sé, mas despues salió de allí y fué presidente del Consejo de Indias.

Blasco Nuñez Vela, por no moderar su condicion y dejar las cosas para su tiempo, perdió en la batalla de Quito la vida, y puso el reino en riesgo de que perpêtuamente se apartase de la corona de Castilla. Es suma prudencia en un Rey y en un Virrey disimular cuando no se puede hacer otra cosa, so pena que se recrecerán gravísimos males, irremediables por fuerzas humanas; desto en las divinas Escripturas leemos una prudencia digna de ser imitada, y para esto se puso y escribió por órden del mismo Dios, en David, el cual, no se hallando poderoso para castigar á su sobrino y capitan general Joab la muerte de dos capitanes generales que habia cometido, Abner, fijo de Ner, y Amasa, disimuló con él, y el castigo cometió á su hijo Salomon, el cual hízolo por superior mandado, y aunque David dilató el castigo, no por eso le reprehende la Escriptura. No es inconveniente seguir el tiento que pide el tiempo.

Al Virrey Blasco Nuñez Vela sucedió el prudentísimo y bonísimo Visorrey don Antonio de Mendoza, primero Visorrey de Méjico; el cual, por venir muy enfermo, y acabar presto sus dias en este reino, no sé cosa notable que dél se pueda tractar, sino que así enfermo y tendido en la cama era temido y amado de los españoles y naturales.

CAPÍTULO VIII

Del Marqués de Cañete.

Al Visorrey don Antonio de Mendoza sucedió don Andres Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, cuya memoria permanece con alabanza perpétua; varon realmente de muchas y admirables virtudes, dignas de ser imitadas de todos sus subcesores, y alabadas de los historiadores, y puestas sobre las nubes, pues para tractar dellas se requeria otro talento qu'el mio, y facundia más aventajada; por lo cual confieso ser atrevimiento mio, criado (puedo decir) en estas remotas partes, á quien lenguaje y órden de escribir le falta, que ni he visto cortes de Reyes ni príncipes, ponerme á escribir lo que otros, haciéndome grandes ventajas, han reusado; mas viendo que no era decente que sus virtudes y hechos en el rio del olvido quedasen anegados, en breve escribiré lo que todo este reino de su gran cristiandad experimentó, ánimo generosísimo, entrañas más que de padre para los pobres, afabilidad para los humildes y pecho para rebatir los ánimos soberbios, y finalmente, mereció ser llamado padre de la patria.

Partió de España el año de 56, y llegando con buen tiempo á Tierra Firme, halló en ella muchas cartas de la Audiencia de Los Reyes, en que le avisaban que don Pedro Luis de Cabrera, vecino del Cuzco, se habia retirado medio casi rebelado á la ciudad de San Miguel de Piura, teniendo en su compañía algunos de los notablemente culpados en la rebelion y tiranía de Francisco Hernandez Giron, uno ó dos de los cuales habian sido sus capitanes, por lo cual viese lo que convenia ser hecho; y porque se entienda lo que vamos tractando, don Pedro Luis de Cabrera, caballero conocido, natural de Sevilla, era vecino (como dijimos) del Cuzco, y de muy buen repartimiento; concluida la guerra de Francisco Hernandez, y tirania, donde sirvió muy bien, bajando á Lima no sé con qué ocasion, con alguno ó con todos de los Oidores se desabrió, por ventura por la compañia que sustentaba, y desabrido se vino con los suyos á Trujillo, de Trujillo á Piura, donde muchas veces fué requerido por la Audiencia de Los Reyes despidiese aquellos traidores; si no, procederian contra él.

El Audiencia por entonces no era poderosa contra don Pedro de Cabrera, por no alborotar la tierra, porque los ánimos de los que en la guerra habian servido á su costa, hallándose pobres y sin remedio de que se les gratificasen sus servicios, no sabiendo quién era proveído por Virrey, y no lo esperando tan presto, descomedíanse, y aun hacian algunas befas, y hobo dia que muchos destos pretensores juntos se fueron al acuerdo donde los Oidores estaban, á pedirles les diesen de comer, con no poco descomedimiento; bastante fué ir junctos á esto; de suerte que por ver á la tierra en la condicion y estado referido, los señores de la Audiencia sufrian más de lo que en otro tiempo no sufrieran.

Don Pedro de Cabrera hacía poco caso destos requerimientos ó cartas, ni despedia la compañía de traidores; ya dije no eran todos. Despachó el Audiencia al factor Bernardino de Romani, hombre de pecho, y prudente; pero no se atreviendo á ejecutar lo mandado, ni llegar donde don Pedro de Cabrera estaba, se volvió á Los Reyes. Luego la Audiencia, temiendo alguna rebelion, despachó al licenciado Hernando de Santillan, Oidor,

que despues fué Presidente de Quito y obispo de la ciudad de La Plata, contra don Pedro de Cabrera, con copia de criados, porque ruido de armas no convenia, porque la tierra no se alborotase si con soldados y armas descubiertas le despachara, para que le redujese, y si fuese necesario prendiese, y preso lo trujese á Los Reyes; sabido esto por don Pedro de Cabrera, salióse de Piura con toda su gente y dió la vuelta sobre la isla de la Puna, donde se hizo como fuerte y estaba como medio encastillado; por lo cual el licenciado Santillan se quedó en Piura, no pasando más adelante, casi como en frontera, para que si don Pedro se desmandase le pudiese refrenar. Vistas, pues, estas cartas por el Marqués, ignorando que don Pedro estaba en la Puna, despachó luego de Tierra Firme á un caballero de su casa, don Francisco de Mendoza, nobilísimo caballero, deudo suyo, muy discreto y no menos gentil hombre, con cartas para don Pedro de Cabrera, regaladas y discretas (yo las vi y leí en Túmbez), en que le mandaba que, recibidas, se partiese luego para Los Reyes y allí le aguardase, porque no pensaba desembarcar en ningun puerto hasta llegar al del Callao, adonde le veria, porque traia órden de Su Majestad el emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, de tenerle muy cérca de sí, de quien se habia de informar del estado de todo el reino, y con su parecer hiciese merced á los beneméritos. Llegó don Francisco á Paita, y sabiendo don Pedro se habia retirado de Piura para la Puna, despachó luego las cartas del Marqués con un criado suyo, las cuales recibidas, con gran alegría se embarcó con aquellos capitanes y soldados en balsas, para la playa de Túmbez, adonde llegando en dos dias y aun antes, se desembarcó con todos ellos, confiadísimo que el Marqués habia de hacer muchas mercedes á los que traia consigo.

Llegado á Túmbez, luego se partió para Trujillo; perdióse en el camino antes de llegar á Piura, adonde Nuestro Señor le proveyó de un aguacero; si no, pereciera de sed, y los suyos, ó porque olieron el poste ó porque fueron mejor aconsejados, desde Piura cada uno tiró para su parte, que nunca más se vieron; llegó á Trujillo y luego cayó en la cama indispuesto.

CAPÍTULO IX

Del Marqués de Cañete.

El marqués de Cañete, embarcándose en Panamá con su casa mucha y muy buena, y con muchos caballeros pobres que salieron de España con el Adelantado Alderete para Chile, el cual muriendo en la isla de Perico ó Taboga, los dejó pobres y desamparados; mas el buen Marqués los recogió y á la mayor parte dellos recibió en su casa; á los demás dió pasaje. Con próspero viento, en el navio de Baltasar Rodrigues, en breves dias (era tiempo de brisas) llegó á Paita, y de allí, prosiguiendo su viaje, con la intencion dicha, de no desembarcar en puerto hasta el Callao, enfadado de la navegacion, saltó en tierra en un puerto no seguro, conforme á su nombre, llamado Mal Abrigo, diez leguas más abajo de la ciudad de Trujillo, adonde no halló ni habia recado, ni para el Marqués ni para sus criados, sino fué un asnillo, el cual le aderezaron lo mejor que pudieron sus criados, y en él vino hasta un poblezuelo tres leguas de allí, ó poco menos, llamado Llicapa, de la encomienda de un vecino de Trujillo, llamado Francisco de Fuentes, de donde ya con todo recado llegó al valle de Chicama, dos leguas de camino, donde le aposentaron en el ingenio del capitan Diego de Mora. En breve tiempo, desembarcado el Marqués en Mal Abrigo, se supo la nueva en Trujillo, donde á la sazon le estaban aguardando muchos caballeros y capitanes de Su Majestad que en la guerra contra Francisco Hernandez le habian servido, gastados della, é para comer tambien allí habian venido, entre ellos, el general Pablo de Meneses, aunque no habia venido sino á besar las manos al Virrey que viniese y á darle noticia del estado del Reino; de Huánuco, á lo menos de Chachapoyas, habian venido vecinos y capitanes á lo mismo; todos estos caballeros, capitanes y vecinos de Trujillo, sabida la nueva, luego vinieron á Chicama, donde le besaron las manos y fueron del Marqués muy alegre y benignamente recibidos.

Don Francisco de Mendoza, que dijimos haber venido despachado por el Marqués para don Pedro de Cabrera, llegado á Piura hizo no sé qué liviandad de caballero gentil hombre y cortesano, la cual en desembarcando el Marqués se la dijeron; sintiólo mucho, y luego propuso de lo embarcar para España, y lo tractó ó amenazó lo habia de hacer. Su hijo don Garcia de Mendoza, caballero de 22 años, de grandes esperanzas, allí en Chicama una noche, andándose paseando el Marqués por una sala, con no poca pesadumbre de lo sucedido [1], en pie, en cuerpo, la gorra quitada, suplicábale templase aquel rigor y no embarcase á don Francisco de Mendoza, ejecutando la primera justicia en

[1] Tachado: *Don Garcia.*

un deudo y caballero de su casa, representándole lo que le habia servido en mar y tierra; á lo cual el cristianísimo Marqués le respondió, oyéndolo todos aquellos caballeros que esperaban la resolucion y deseaban se quedase en la tierra don Francisco de Mendoza, el cual ya les tenia con su tracto cortesano y nobilísimo ganadas las voluntades; dijo: Por vida de la marquesa, que si como don Francisco hizo esta villanía la hicieras tú, del primer árbol te dejara ahorcado. No traigo yo hijos, deudos ni criados, para que agravien al menor indio del mundo, cuanto menos á ningun hombre honrado y vecino, sino para que los sirvan, agasajen y honren. A estas palabras no se atrevió su hijo á replicarle más, y todos aquellos caballeros quedaron muy tristes y entendieron el pecho cristiano que el Marqués traia, y que no se habian de burlar con él. Todo esto y lo que se sigue vi con mis ojos.

CAPÍTULO X

El Marqués llega á Trujillo.

Aquí en Chicama fué servido el Marqués con todo el regalo posible, porque así lo mandó doña Ana de Valverde, mujer que fué del capitan Diego de Mora, en cuyo ingenio fué hospedado (como habemos dicho) con gran abundancia y todos que iban y venian: de donde partió para la ciudad de Trujillo, cinco leguas de camino, en la cual fué recibido con mucha alegria y gasto de aquellos vejazos vecinos, en palio. Entró en un caballo blanco que le dió la ciudad y lo compró del comendador Melchior Verdugo, vecino de aquella ciudad. Trujo mucha casa: un mayordomo mayor, hombre muy principal, de mucho gobierno, de pocas palabras, pero muy discretas y graves, llamado Diego de Montoya; cuatro mestresalas; dos capellanes, y luego recibió en su servicio otro, un hermano mío, llamado el maestro Juan de Ovando; dos caballerizos, mayor y menor; muchos pajes y lacayos, y su guarda con su capitan; tanta y tan buena casa, que ningun Visorrey la ha traído tal, harta ni abastada. Fuese á posar á las casas del capitan Diego de Mora, donde fué servido como era justo se sirviera un varon y señor de tanto valor y ánimo. Prestóle allí doña Ana de Valverde 12.000 pesos ensayados para su gasto; volvióselos de la Audiencia de Los Reyes en oro. En llegando, la primera cosa que hizo fué mandar embarcar á don Francisco de Mendoza en un navio que acertó á estar en el puerto, para le llevar á Tierra Firme y se volviese á España, con lo cual los ánimos soberbios comenzaron á humillarse y á temer.

Entre otros capitanes y caballeros pobres gastados de la guerra que habian bajado á Trujillo á matar la hambre, bajó el capitan Rodrigo Niño, caballero pobre y adeudado de los gastos de la guerra, el cual á la sazon estaba en la cama enfermo, que no tenia sobre qué caer muerto, en casa de doña Isabel Justiniano, señora principal, que movida de caridad le regalaba en su casa y curaba. El cual así enfermo, diciéndole y pidiéndole albricias, que ya el Marqués habia desembarcado en la tierra y costa del Perú, preguntó que dónde; respondiéronle en Mal Abrigo; entonces dijo: Más quisiera desembarcara quinientas leguas más abajo, porque quien desembarca en Mal Abrigo no nos puede abrigar bien; mas engañóse diciéndolo, porque luego que el piadosísimo Marqués supo estaba enfermo, y sus servicios, le envió con un paje 1 500 pesos ensayados, para su enfermedad, animándole á que procurase [1] su salud, que dándosela Dios, en nombre de Su Majestad le haria merced, como se la hizo dándole 5 000 pesos de renta, y no los quiso: mandó el Visorrey al paje no recibiese un grano del capitan Rodrigo Niño; vuelto el paje y dada la respuesta, preguntole: ¿qué te pasó con el capitan? respondiole: señor, porfió mucho conmigo que tomase las barras para calzas, y como llevaba órden de Vuestra Excelencia que no recibiese un grano, no las quise recibir. Entonces dijo el Marqués: ¿es posible que un hombre que no tiene un grano de plata, tenga tanto ánimo? ¿quién ha de hartar los ánimos de los hombres deste Perú? y quien esto hacia con el capitan Rodrigo Niño, no le queria abrigar mal. Oí decir que el Marqués en España era tenido por escaso.

No se puede creer, por la liberalidad que mostró en estos reinos en todas sus cosas, siendo, como es así, verdadero refran que los que pasan la mar mudan los aires y no los ánimos; que es decir: múdanse de un reino á otro, de una region á otra, pero no mudan sus inclinaciones naturales. En esta ciudad se detuvo casi un mes, en el cual tiempo muchas veces enviaba á visitar á don Pedro de Cabrera, el cual, como dijimos, llegado á ella enfermó, y don Pedro deseaba mucho la salud, por besar las manos al Marqués, pensando habia de destruir á todos los Oidores, segun tenia contra ellos cosas ver-

[1] En el ms., *procurando*.

daderas ó fingidas, y fingidas debian ser, porque los Oidores de aquella sazon eran varones muy libres y enteros de lo que á algunos suelen infamar. Ya que estuvo con salud, envió pedir licencia al Marqués para le besar las manos.

Envíale á su capitan de la guardia con cuatro alabarderos y una mula para que lo lleve al puerto y lo embarque en el navío donde estaba embarcado don Francisco de Mendoza, y de allí lo lleven á Tierra Firme, y dende á España, como se hizo. Fué justísimo embarcarle, con que admiró á muchos y sosegó á otros.

Cuando llegó á esta ciudad, la justicia tenia preso á un vecino della, llamado Lizcano, por sospecha que habia hecho un libelo infamatorio, contra el cual hobo algunos indicios, los cuales si se le probaran corriera riesgo de la vida, como lo merecen semejantes malos hombres y peores cristianos; no se le probó. El Marqués muy buenos, sí los mostraba, de le mandar justiciar; mandólo desterrar á España, y embarcáronle en el mismo navío.

Hiciéronse muchas fiestas de toros y cañas, y el Marqués, como aficionado á caballos y ejercicio dellos, los domingos y fiestas salia á caballo y hallábase en la carrera; hízosele allí un picon gracioso.

En la ciudad vivía Salvador Vazquez, muy buen hombre de á caballo de ambas sillas, pero de la jineta mejor; tenia bonísimos caballos hechos de su mano: un dia en la carrera tractó con el general Pablo de Meneses, y comendador mayor Verdugo, de hacer el picon, y puesto en ella parte con su caballo, y ya se le caía la capa, ya la gorra, ya estaba en las ancas del caballo, ya en el pescuezo; finalmente, paró, y fínjese muy enojado, y vuelve á pasar delante del Marqués. Cuando emparejó díjole el Marqués: bueno está, señor, no os pongais en más riesgo; la culpa fué del caballo; no paseis adelante, por mi vida. Salvador Vazquez, responde: suplico á Vuestra Excelencia sea servido darme licencia para pasar otra vez la carrera, porque estoy corrido y afrentado que este caballo delante de Vuestra Excelencia haya hecho tantos desdenes y á mí caer en una falta semejante.

Los que sabian el caso suplicaron al Marqués lo dejase volver á pasar la carrera; consintiólo, y puesto en ella, parte Salvador Vazquez con su caballo como un gamo, y antes de parar el caballo hecha mano á la capa y espada, y desnuda, jugó della muy bien, y tornó á ponerla en la vaina y su capa en su lugar. El buen Marqués recibió mucho gusto y dijo riéndose: Bueno ha estado el picon; yo me he holgado de ver la segunda carrera, porque delante del príncipe nuestro señor se pudiera hacer.

CAPÍTULO XI

Parte el Marqués de Trujillo.

Partió desta ciudad de Trujillo para la de Los Reyes en un machuelo bayo que trujo desde Tierra Firme, en el cual, llegando al rio de Sancta, en todo tiempo grande y pedregoso, lo pasó á vado por más que le suplicaron tomase un caballo, y en el mismo vadeó el de la Barranca, que es el más raudo, mayor y de más piedras de todos los Llanos.

Al valle de Guarmey, que es la mitad del camino, le salió á besar las manos don Pedro Portocarrero, vecino del Cuzco, maese de campo en la guerra contra Francisco Hernandez, el cual fué haciendo la costa al Marqués con mucha abundancia, trayendo lo necesario en sus camellos y mulas, hasta la ciudad de Los Reyes, y abajando á la sierra de la Arena, seis leguas de Los Reyes, en un arenal hizo banquete general á yentes y vinientes, y otro aparte para el Marqués, con bastante agua fria para todos, que es el mayor regalo, porque allí ni caliente la hay; ramadas hechas, debajo de las cuales se pusieron las mesas; llegando á tambo Blanco, que es en el valle de Chancay, nueve leguas de Los Reyes, le salieron á besar las manos los criados que habian sido del Visorrey don Antonio de Mendoza, su mayordomo mayor, Gil Ramirez Dávalos, y el secretario, Juan Muñoz Rico, y otros, y algunos vecinos de Los Reyes. Conociendo el Marqués la suficiencia de Juan Muñoz Rico, le mandó sirviese en el mismo oficio que habia servido al Visorrey don Antonio de Mendoza. Podia servir en aquel oficio al gran monarca Carlos Quinto, lo cual Juan Muñoz Rico hizo en el tiempo que vivió con toda la fidelidad que el oficio requiere; empero no vivió tres años y murió súbitamente. Llegando á media legua de la ciudad, ó poco menos, á una chácara ó viña de Hernando Montegro, vecino della, de los antiguos conquistadores, adonde le tenia aderezada la casa como se requeria, aquí se detuvo hasta el dia de San Pedro, que debieron ser dos dias, mientras la ciudad acababa lo necesario á su recebimiento. Antes de llegar á esta viña, los vecinos viejos le hicieron una escaramuza á la jineta en un bosquecillo que habia antes de llegar á la

viña; holgó mucho el Marqués de verla y dijo: Así, ¿esto hay por acá? ¿esto hay por acá? galanísimamente han escaramuzado; casi parecia de veras. Luego se hizo un combate de un castillo por infanteria, los infantes muy bien derezados, la cual acabada entró en la viña y estuvo el tiempo que habemos dicho.

CAPÍTULO XII

Entra el Marqués en Los Reyes.

Día de San Pedro partió desta viña despues de comer, y llegando á la ciudad fué recibido de la Audiencia y de toda ella debajo de palio, en un bonísimo caballo muy ricamente aderezado, los regidores llevando las varas, y dos de los más antiguos el càballo de diestro, con sus ropas rozagantes de terciopelo carmesí, gorras de lo mismo bien aderezadas y cadenas riquísimas de oro, con gran alegria de todo el pueblo, como aquel que se esperaba ser padre de la patria, como lo fué; delante del cual marchaba un escuadron de infanteria, el que hizo la escaramuza, con diferentes vestidos; desta suerte llegó á la iglesia mayor, donde el Dean y Cabildo della con toda la clerecia le recibió con la cruz alta, cantando: *Te, Deum, laudamus*, y hecha oracion y la ceremonia acostumbrada, dió la vuelta para las casas llamadas de Antonio de Ribera, á una esquina de la plaza, las más cómodas para le aposentar, porque no estan de las casas Reales más que una calle en medio, y á ellas se pasa por un pasadizo de madera, donde fué aposentado. Dende á pocos meses llegaron los procuradores de las ciudades, los más principales vecinos dellas, con mucho aparato de gasto de casa y criados, y luego tractó de reformar el reino. Envió por corregidor del Cuzco al licenciado Muñoz, que trujo consigo de España, hombre docto en su facultad, el cual cortó las cabezas á los capitanes Tomás Vazquez y á Piedrahita, y á otros vecinos, porque fueron los principales en la tirania de Francisco Hernandez Giron. Esto hizo por órden del Marqués, y el Marqués por órden del Emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, que le mandó que á los que hobiesen sido cabezas, despachase.

Estos vecinos y capitanes siempre anduvieron con Francisco Hernandez hasta que fué desbaratado en Pucara, como dijimos; pero viéndose perdidos y sin cabeza, se vinieron al campo de Su Majestad, y los Oidores les perdonaron, volvieron sus indios y haciendas, y los hijos las tienen hoy dia por los padres, mas ellos se quedaron justiciados; si justamente, otros lo juzguen

En este tiempo tambien mandó ahorcar á Pavia, por traidor, que habia sido criado del Visorrey don Antonio de Mendoza, el cual fiando en esto, ó en no sé qué, se andaba paseando por la ciudad, y con avisar el Marqués á los criados de don Antonio le dijesen se le quitase delante de los ojos, avisado no lo quiso hacer, antes un dia principal pasó la carrera delante del Marqués, el cual enfadado de tanto desacato le mandó prender y justiciar, y porque entendió habia de ser muy importunado le otorgase la vida, el dia que le ahorcaron se salió de la ciudad muy de mañana; debia la muerte bien debida, porque no se redujo al servicio de Su Majestad hasta ver desbaratado de todo punto en Pucara á Francisco Hernandez; he dicho esto porque algunos tuvieron por riguroso al Marqués por la muerte de Pavia.

CAPÌTULO XIII

El Marqués hizo perdon general.

Dia de Sant Andrés adelante se celebraron fiestas en la ciudad, con una sortija y muy costosas libreas; los más principales del reino corrieron; hallóse presente el Marqués, y dió perdon general á los culpables en la tirania de Francisco Hernandez, si no fueron aquellos cuyas causas estaban pendientes y presos, entre los cuales en la cárcel de Corte habia algunos, no llegaban á veinte; á éstos, porque el Marqués era humanísimo y nada amigo de derramar sangre, los condenó á que aherrojados con grillos trabajasen en la labor de la puente que mandó hacer en el rio desta ciudad, como arriba tractamos; mas trabajaron pocos meses, alguno de los cuales, teniendo amigos conocidos ó conterráneos mercaderes, se encomendaron que les pidiesen limosna y comprasen negros, y por ellos los diesen al Marqués; hiciéronlo así los mercaderes (era mucha lástima ver aquellos miserables cargar ladrillo y mescla, aherrojados); fuéronse al Marqués y dícenle: Señor, vuestra excelencia tiene condenado, y justísimamente, á fulano á que trabaje en la puente, como trabaja; vuestra excelencia sea servido recibir un esclavo negro que traemos [1] por él, y desterrarlo ó hacer lo que vuestra excelencia fuere servido; el negro ofrecemos á vuestra excelencia para que perpetuamente sirva como lo es, y despues de

[1] En el ms., *atraemos*

acabada la puente aplíquelo vuestra excelencia á quien fuere servido. El Marqués holgó extrañamente con la merced que se le pedia, y alabóles el hecho, porque ya sus entrañas no sufrian ver españoles en estos reinos trabajar aherrojados como esclavos en la puente con indios y negros; concedió lo pedido, y uno desta manera libre, los demás así se libertaron, á los cuales desterró del reino, y embarcó, unos para México, otros para el reino de Tierra Firme; fuéronse y no volvieron más. Los negros creo se aplicaron para la ciudad. Despues desto, porque el capitan Martin de Robles, suegro del general Pablo de Meneses, se descomidió (segun dicen) á decir que el Virrey venia mal criado y era necesario bajar á Los Reyes á ponerle crianza, mandó por una carta al licenciado Altamirano, Oidor de la Audiencia, á quien habia hecho corregidor de la ciudad de La Plata y Potosí (entonces este corregimiento, como agora, era uno) que hiciese justicia dél. Prendiólo y ahorcólo; que fuese justamente justiciado ó no, no es de mio juzgarlo; á lo menos, las palabras fueron demasiadamente descomedidas (no digamos desvergonzadas), porque sabian á rebelion, y por ellas y por otras que se escribian al Marqués, libérrimas, mandó lo referido. Era el capitan Martin de Robles (no le conocí) hombre que se picaba de gracioso y decidor y no perdonaba por un buen dicho (así lo llamaba el vulgo necio, siendo mal dicho y pernicioso) ni á su mujer ni á otro, y por eso, por donde pecó pagó. Era fama en Los Reyes que el Marqués, enfadado desto, decia al general Pablo de Meneses, yerno de Martin de Robles: escrebid á vuestro suegro venga á esta ciudad; pero que el general Pablo de Meneses le escribiese, ó no, no lo sé; á lo menos del ánimo generosísimo del Marqués se collige que si bajara, no muriera como murió. Fué su muerte en Potosí, donde á la sazon estaba.

CAPÍTULO XIV

Cómo proveyó por gobernador de Chile á su hijo don Garcia de Mendoza.

Hecho esto, luego determinó remediar el reino de Chile, porque demás de la guerra con los indios araucanos, que se habian rebelado y muerto al gobernador don Pedro de Valdivia, entre dos capitanes, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán, habia disensiones sobre el gobierno, cada uno pretendiéndolo para sí; por lo cual nombró por capitan general á su hijo don García de Mendoza que consigo trujo, de 23 á 24 años, de grandes esperanzas, como las ha cumplido, y diremos cuando de su gobierno en estos reinos tractaremos; con quien fueron muchos y muy buenos soldados, viejos y bisoños, y caballeros principales desta tierra, con los cuales y con el favor de Nuestro Señor en breve redujo al servicio de la corona Real los indios rebelados; repartiólos y dejó el reino tan llano como este del Perú, y porque esta historia en la *Araucana* de don Alonso de Ercilla se puede ver, desto no más.

Compuesto el reino y gozando de mucha paz, tractó de hacer mercedes á los beneméritos, así capitanes como soldados principales, que en la tiranía de Francisco Hernandez habian servido á Su Majestad gastando lo poco que tenian y de sus amigos, como fueron los capitanes Diego Lopez de Zúñiga, Rodrigo Niño (de quien dijimos), Juan Maldonado de Buendia, y otros bravos y famosos soldados, á los cuales llamándoles y haciéndoles su razonamiento, con esperanzas de les acrecentar las mercedes, les daba á uno 7.000 pesos ensayados por dos vidas, á otros cinco, á otros cuatro, á los soldados, á dos mil pesos, porque la tierra no sufria más por entonces, no habia repartimientos vacios; empero ellos, no usando de la cordura que se requeria, no quisieron recebir la merced que se les hacia, y dijeron les diese de comer conforme á sus méritos, y si en breve relacion se ha de tractar verdad, y en larga, otros méritos no tenian más de haber servido de capitanes, porque hacienda no tenian mucha; pues experiencia de guerra, no creo ninguno dellos habria servido en Italia, y por eso dijo Martin de Robles: Malograda de la madre que este año no tuviese hijo capitan; y en esta guerra contra Francisco Hernandez, ninguno derramó gota de sangre, porque con él nunca llegaron á las manos, y cuando Francisco Hernandez se desbarató y perdió, como referimos, no hobo quien contra los traidores echase mano á la espada; de suerte que muy bien pagados eran los unos y los otros, y yo sé que se arrepintieron más de seiscientas veces por no haber admitido las mercedes que en nombre de Su Majestad el buen Marqués les hacia.

El cual, oyendo la respuesta, no tan prudente ni humilde como era justo, les respondió: en hora buena, yo os daré muy bien de comer; los cuales despedidos, luego llamó á su mayordomo Diego de Montoya y dícelo: Mañana han de comer conmigo los capitanes; aderécese bien de comer; hízose así, convi-

dólos á comer; comieron espléndidamente; empero túvoles aparejadas mulas y su guardia, con el capitan de ella, y embarcólos á España, diciéndoles que Su Majestad les daria de comer allá, porque tenia mucha necesidad dellos para la guerra de San Quintín, donde el rey nuestro señor, entonces príncipe, estaba ocupado; dióles cartas de recomendacion, alabándoles de valientes, y suplicando les gratificase conforme á sus servicios; dióles alguna plata para el camino, á unos más, á otros menos; naipes y cintas para que jugasen en la mar, y encomendó los llevase á España el capitan Gomez Zeron, el cual, en la mar, antes de llegar á Tierra Firme, ahorcó á uno de los soldados embarcados, llamado fulano Chacon, bravato y de muy buena presumpcion, porque le quiso matar, y si le acertara de lleno, acabárale. Destos capitanes y soldados ninguno volvió á casa, si no fué el capitan Diego Lopez de Zúñiga, y el capitan Juan Maldonado de Buendia; el primero murió pobre y ningun Visorrey le hizo merced, ni pudo cumplir las cédulas de Su Majestad en que mandaba se les hiciese, por no haber vacos indios; el otro volvió casado y pobre, é yo le vi en Los Reyes, y toda la ciudad, padecer gran necesidad; agora vive en el Cuzco, creo con 3.000 pesos de situacion; los cuales si recibieran la merced que el Marqués les hacia agora cuarenta años, hobieran della gozado todo este tiempo y murieran ricos; empero la imprudencia no puede ser causa de sosiego.

CAPÍTULO XV

Nombró el Marqués gentiles hombres lanzas y arcabuces.

Embarcados estos no muy prudentes capitanes y soldados, no con poco asombro de la ciudad, para enfrenar y sosegar la soberbia de los soldados de la necia valentona, y para gratificar á otros más cuerdos, y visto lo que pasaba, se humillaban, instituyó cient gentiles hombres, que llamó lanzas, con 1.000 pesos ensayados cada año, con su capitan general y alferez. Por capitan nombró á don Pedro de Córdoba, caballero muy principal y discreto, del hábito de Santiago, deudo suyo, que con el Marqués vino de España, con 5.000 pesos ensayados; alferez fué nombrado Muñoz Dávila, vecino de Los Reyes, de poca renta, con 3.000 pesos, encomendero de Guarmei; estos pesos se pagaban por sus tercios de cuatro en cuatro meses infaliblemente; los lanzas eran obligados á tener caballo y armas y cuartago, coracinas ó cotas, y lanzas y adargas. Dos dias antes de la paga salian á la plaza en reseña con sus dobladuras, ellos en sus caballos, los criados en sus cuartagos. Poníase el Marqués en los corredores de las casas de la Audiencia y pasaban delante dél la carrera, y al tercero dia les pagaban el tercio de los 1.000 pesos, que son 333 pesos, 2 tomines y 8 granos. Con esta paga vivian de dos en dos; tenian sus casas muy concertadas, sus caballos muy gordos, ellos bien vestidos y contentos. Los arcabuces gentiles hombres fueron cincuenta con 500 pesos de acostamiento; éstos habian de tener sus cotas, arcabuces y mulas; nombró por sus capitanes á Domingo de Destra y á Juan de Ribera, vizcainos, bonísimos soldados; éstos salian el mismo dia que los lanzas á su reseña en sus mulas y arcabuces: pagábaseles su tercio de la plata el mismo dia que á los lanzas. Dicia el prudentísimo Marqués que los instituia para que anduviesen, fuesen y viniesen con el Visorrey, y cuando se tractase alguna cosa contra el servicio de Su Majestad, los lanzas y arcabuces se hallasen á pique para hacer lo que se les mandase.

Era mucho gusto ver las barras que atravesaban de las casas Reales por medio de la plaza para las casas de los mercaderes, que á este crédito daban á los unos y á los otros sus haciendas. Esta paga perseveró todo el tiempo que vivió el Marqués, y despues algunos años; mas agora no se pagan con tanta solemnidad, ni tan bien, y un Virrey les quita un pedazo, otro, otro. Para esta paga señaló ciertos repartimientos que halló vacos, y otros que vacaron, de donde bastantemente se pagaba dia á dia; á sus tres capellanes tambien señaló á 1.000 pesos ensayados, y se les pagaba en el mismo dia que á los lanzas, y es cierto que si los lanzas fueran pagados y arcabuces, y de hambre los unos no se hobieran comido las armas y lanzas y los otros los arcabuces, cuando el cosario capitan Francisco inglés, entró en el Callao, no se saliera riendo ni robara lo que robó. Pero ni los gentiles hombres lanzas las tenian, ni los arcabuces, escopetas, ni polvo de pólvora; no les pagaban, habíanselos comido, y por eso el enemigo se fué riendo con tanta riqueza, y no menor infamia de los leones del Perú. Nombró otro capitan de artilleria al capitan Ximeno de Berrio, hombre en quien cabia muy bien el cargo. Esta artilleria se guardaba en palacio con bastante copia de municiones, para cuando fuesen necesarias; desta suerte enfrenó los ánimos indómitos y necios deste reino, que les parecia para cada uno el Perú era poco.

CAPÍTULO XVI

El Marqués quiso prender al doctor Sarabia, Oidor.

Gobernando, pues, el valeroso Marqués con la prudencia suya el Reino, no sé qué cizaña se comenzó á sembrar entre él y el doctor Sarabia, Oidor más antiguo de la Audiencia; por lo cual el Marqués, enfadado, y con razon, determinó prenderle y ponerle en la fortaleza que hizo reparar de Cañete, donde tenia por castellano al capitan Hierónimo Zurbano, hombre principal. Esta fortaleza no es tan perfecta y acabada como las de nuestra España. El Inga á su modo la hizo; reparóse, hiciéronse en ella algunos aposentos donde el castellano viviese, y donde si algun hombre principal se hobiese de prender y no estuviese seguro en la ciudad, le llevasen á aquella fortaleza, pero ya ni hay castellano, aunque la fortaleza así persevera. Una noche envió á don Pedro de Córdoba, general de las lanzas, á llamarle; el doctor Sarabia entendió la balada; acababa de cenar; dijo: en hora buena, luego salgo; mientras, me visto; levantóse de la mesa, donde estaba con una ropa de levantar; entróse en su cámara, y por una ventana, no era alta, descolgóse á la huerta, y de allí, por la puerta falsa que sale al rio, dió consigo en nuestro convento, donde le pusieron en casa de novicios. Don Pedro, viendo se tardaba, entró en el aposento; no le hallando, y hallándose burlado, se volvió al Marqués, el cual viendo que no se lo trujo, luego de mañana despachó á Chancay á nuestro provincial, que á la sazon era fray Gaspar de Caravajal, que allí estaba en una hacienda del convento visitándola, dándole relacion de lo pasado; que luego se partiese y viniese á tractar de las amistades, sin que se entendiese que por su parte se comenzaba primero. Nuestro provincial vino luego y tractó de la confederacion; salió el doctor Sarabia de nuestro convento, fuese á su casa y de allí á la Audiencia, sin que más sobre este particular se tractase.

El vulgo decia que el Marqués, si le viera de sus ojos aquella noche, le diera garrote en palacio; es falso. Lo que pretendió no era sino enviarlo á la fortaleza de Cañete, y para esto tenia aparejadas acémilas con repuesto, hasta cocinero, uno de dos que tenia, y para el aposento tapiceria y servicio de plata. Sobre qué se armase este nublado, no sé; unos dicen que tractaba mal el doctor Sarabia del gobierno del Marqués, y sobre ello, con otros personajes graves, habian escripto á Su Majestad, y aun otros añaden le imputaban se queria alzar con el Reino; esto, porque seria temeridad afirmarlo, no haré tal; pero colígese por lo que el magnánimo Marqués dijo en los corredores de la Audiencia á los mismos Oidores y otros caballeros que allí estaban, que fueron estas palabras: Bueno seria, por cierto, que perdiese yo un estado que vale millon é medio por ser capitan de bellacos. Sea lo que fuere, yo me metería en un fuego por la inocencia del Marqués en este particular.

CAPÍTULO XVII

De las entradas que en su tiempo se hicieron.

Hay en este reino grandes noticias de entradas y nuevos descubrimientos; los más son sobre mano izquierda, al Oriente. El generosísimo Marqués, para descargar el reino de gente ociosa, pidiéndole el capitan Gomez Arias una entrada á las espaldas de Huánuco, donde era vecino, se la dió con las instructiones cristianas necesarias; esta entrada se llama de Rupa Rupa; salió de Huánuco en prosecucion de su jornada con doscientos hombres, pocos más ó menos, pero dando en unas montañas asperísimas, calurosísimas y despobladas, no se atreviendo á pasar más adelante, que fuera locura, se volvió sin hacer otro efecto más que gastar mucha hacienda; murieran todos de hambre si la prosiguiera.

Dió tambien descubrimiento adelante los Bracamoros al capitan Antonio de Hoznayo; fueron con él algunos lanzas, por mandado del Marqués, y casi 150 soldados; tambien se volvieron temprano, porque no hallaron sino lo mesmo que el capitan Gomez Arias; perdiéranse si pasaran adelante.

Vino despues desto el capitan Pedro de Orsúa de Tierra Firme, á quien habia encomendado la pacificacion de los negros cimarrones, que llaman la pacificacion de Ballano; despues de pacificados, aunque se tornaron á rebelar, llegó á la ciudad de Los Reyes; *era* de buen cuerpo y conforme á él gentil hombre; *de* nacion guipuzcuano [1], si no era navarro; muy bien criado, afable, y parecia en viéndole ser hombre noble; llevábase los ánimos de los hombres tras sí; realmente tenia muchas y muy buenas partes, á quien el Marqués, para acabar de limpiar la tierra, dió el descubrimiento y

[1] Tachado: *y que parecia en viéndole.*

entrada del rio Marañon, para lo cual le ayudó con plata y municiones bastantes, y en la ciudad de Los Reyes se le juntó mucha gente, y de otras ciudades bajaron soldados para irse con él, como se fueron. Esta entrada se habia de hacer por la ciudad de Chachapoyas, el Rio Grande abajo, y como por rio habian de ir, dióle el Marqués todo lo necesario para hacer bergantines. Túvose por cosa cierta que los que allá fuesen habian de hallar montes de oro, porque como no hay casamiento pobre ni mortuorio rico, así no hay descubrimiento pobre. A esta fama bajó del Cuzco, y aun de más arriba, un viscaino llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador, con una hija suya mestiza, no de mal parecer; vi á este Lope de Aguirre muchas veces siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaino, que en comenzando á hablar hundia toda la calle á voces. Llegóse tambien á Pedro de Ursúa un caballero, creo de Xerez, llamado don Fernando de tal, pequeño de cuerpo, de buen rostro, la barba un poco roja, y despues allá en Chachapoyas, ó cerca, otro soldado casado en Los Reyes, llamado Juan Alonso de la Valentona, bien dispuesto el rostro, nariz aguileña, de buen color, que por cierta pendencia no le convenia quedar en la tierra. Nombro á estos tres por lo que adelante sucedió; y aunque tracté al don Fernando, más á este Juan Alonso. En Los Reyes habia un clérigo llamado Henao, de edad al parecer de 50 años, y para su estado tenia con suficiencia lo que habia menester; dió su hacienda á Pedro de Ursúa, como otros se la daban, y fuese con el despacho Pedro de Ursúa de Los Reyes, *con* los que se le junctaron (no hobo atambor ni bandera) y todos, unos en pos de otros tomaban su camino para Chachapoyas, cuales por la Sierra, cuales por los Llanos. Pedro de Ursúa tomó el suyo por Trujillo, donde estaba viuda aquella señora con quien don Francisco de Mendoza, siendo casada, tuvo ciertos dares y tomares; concertáronse los dos fácilmente (dicen era muy hermosa mujer) y llevósela consigo, que no debiera, por ser la causa de su perdicion. Llegó Pedro de Ursúa á Chachapoyas, donde junctó 400 hombres, ó poco menos, bien aderezados de armas. Los que nombró por capitanes creo fueron á don Fernando y á Lope de Aguirre, y creo al Lope de Aguirre hizo maese de campo; con esta gente y lo necesario para hacer los bergantines caminó en demanda del Rio Grande, que se hace de todas las vertientes de las cordillera de Pariacaca y de Villcanota, de donde dijimos una laguna vertia á una y otra mar; componen este rio el de Jauja, Villcas, Amancay, Apurimac y el de Quiquixana, que es el que comienza de la laguna de Villcanota con los demás que con éstos se junctan. Llegado á él (hasta entonces ni poblazones de indios, ni tierra donde pudiesen parar hallaron) hacen sus barcas y bergantines, y échanse el rio abajo, mientras más abajo mayor, y la vuelta arriba imposible; finalmente, á lo que me refirieron soldados conocidos antes, que con él fueron, y despues volvieron acá, andadas á su cuenta más de 200 leguas el rio abajo, sobre mano derecha dieron en una barranca grande, encima de la cual habia gran cantidad de indios con sus arcos y flechas bien dispuestos, que les prohibian salir á tierra, y en canoas les daban en qué entender; pero, finalmente, los arcabuces y versetes los aojearon; saltaron en tierra, toda llana y rasa; la de la mano izquierda, montosa e cenagosa, inhabitable, y el rio ya de más de tres leguas de ancho, aunque llano. Saltando en tierra hallaron un camino anchísimo y más trillado, que venia á dar al rio; no vieron poblazones;. siguieron algunos soldados con su capitan el camino; empero como le iban siguiendo se iba ensangostando, y sendillas á una y otra parte. Estos indios deben vivir sin república ni señor, cada uno en su casa por sí, y de sus casas venian al rio á tomar agua, y á pescar por sus sendillas, hasta que cerca del rio hacian, juntándose las sendillas, aquel camino ancho. El capitan con los soldados volviéronse sin traer más relacion que la dicha.

Parten de allí, y por la barranca otro dia parecen tambien muchos indios, no tantos como el primer día, diciendo: ¡Omagua, Omagua! muchas veces. El capitan y los demás ¿qué pensaron? que el descubrimiento que buscaban se llamaba Omagua, donde los arroyos manaban oro, y no les querian decir sino: abajo, abajo, como si les dijeran: no pareis aquí, pasá adelante. El desdichado Pedro de Ursúa, habiendo de parar donde los indios le salieron á defender salir á tierra, y enviar á descubrirla, sus pecados que le cegaron, siguió el rio abajo, más de otras 200 leguas de aquí, donde no vian indio en la costa ni barranca, y la vuelta al Perú más imposible. Los soldados ya murmuraban del capitan, y principalmente por la mujer que llevaba, de suerte que los tres, don Fernando, Lope de Aguirre, Juan Alonso, se concertaron de matar á su capitan Pedro de Ursúa y á la pobre mujer, y como lo concertaron así lo hicieron; llegan todos tres, no cre-

yendo Pedro de Ursúa sino que le querian hablar como otras veces, dánle de puñaladas y mátanle, y luego matan á la desventurada señora, que ni lágrimas, ni lástimas, ni su hermosura le aprovechó para librarse destos malos hombres. Luego tocan arma y levantan por rey á don Fernando; júranle por tal todos, más de temor que de amor Luego se les reviste el demonio en el cuerpo á estos sacrílegos demonios (nómbrolos así por lo que luego diré) y principalmente á Lope de Aguirre, y conjurado, era esto de mañana, llaman al padre Henao, hácenle decir misa en una ramada en tierra, y mándanle consagre dos hostias, que consuma la una y deje la otra. El pobre y pusilánime sacerdote hízolo así; dice misa, consagró dos hostias, consumió la una, dejó la otra sobre los corporales en el ara; acabada, llégase Juan Alonso (si no me acuerdo mal, éste fué, á lo que me dijeron); toma la hostia con sus sacrílegas manos, consagrada; hácela tres partes ¡oh, Señor! y cuánta es vuestra misericordia y paciencia; es misericordia y paciencia de Dios, pues allí no se abrió la tierra y vivo tragó á este más que sacrílego demonio; da la una á don Fernando, otra á Lope de Aguirre y toma él la otra, y allí se conjuraron de no ir ni venir el uno contra el otro, ni el otro contra el otro, y en señal partian la hostia; invencion de más que demonios. Los demás soldados estaban atónitos y fuera de sí viendo una maldad, un sacrilegio jamás oído; empero Nuestro Señor, que no deja sin castigo semejantes impiedades, dentro de pocos dias ya el Lope de Aguirre tenia muertos á puñaladas á los dos, al negro rey y á Juan Alonso, que si no me engaño era nombrado maese de campo, y el Aguirre coronel, ó al revés; poco va en esto: Lope de Aguirre volvióse la bestia y tirano más cruel que ha habido en nuestros tiempos, ni en pasados, y lo que más admira, que con abominar los soldados aquellas impiedades, le temian tanto que no se atrevian ni á mirarle; mató á muchos: si se reian, los mataba; si estaban tristes, los mataba; si se juntaban, los mataba; si se paseaba uno solo, le mataba; no se ha visto ni leido semejante ánimo de demonio. Parte, pues, de donde cometieron esta más que impia maldad, su rio abajo (el temple todo desde que se echaron al agua hasta desembocar en la mar del Norte, calidísimo) y ya cerca de la mar dieron en muchas islas pobladas de indios desnudos, de las costumbres Chiriguanas; las casas como las tenemos dichas ser las de los Chiriguanas; duermen en hamacas, gente desnuda y bestial; adonde ocupaba á los soldados que deshiciesen las hamacas y destruyesen para aderezar los bergantines, y la cabuya sirviese de estopa, porque su intencion era en desembocando procurar volver al Perú. Allí se rehizo lo mejor que pudo; comida no les faltaba de la que tenian los indios, y mucho pescado y marisco, y entre los peces unos que llamaron roncadores, porque en pescándolos roncaban como un hombre cuando duerme, grandes y sabrosos. Vino á desembocar por el rio en la mar del Norte, llamada la Burburata, donde dicen tiene ochenta leguas de boca; es el mayor del mundo. De allí vino á la Gobernacion de Venezuela, y saltando en tierra, persuadia con oraciones, como un Ciceron, no le dejasen hasta que sus ojos viesen al Perú y sus pies hollasen aquella tierra, donde los pensaba hacer señores della; llamábalos mis marañones, porque se tenia por desgraciado morir en otra parte, y más en aquella miserable y pobre Gobernacion. El desventurado bien conocia que, vista la suya, todos los soldados se le habian de huir. Aquí mató uno, si no fueron dos religiosos nuestros, porque persuadian á los soldados les dejasen, pero de temor hasta que vieron el estandarte Real no lo hicieron; llegó la voz al gobernador; juntó gente; vino contra este peor que demonio; los que con él venian, visto el estandarte Real, luego todos le desampararon; pero era tanto el temor que le tenian, que ni los que con él vinieron, ni los de la tierra le osaron llegar á prender, si no de fuera le arcabuceaban á un hombre solo, cojo, con una partesana en las manos, el cual viendo su perdicion, llega á su hija y dala de puñaladas, diciendo: No te han de llamar hija de traidor. Luego diéronle un arcabuzazo y dijo: Este no; pero al segundo, diciendo: Este sí, cayó muerto el más que miserable, muriendo como un gentil y que no tuviera conocimiento de Dios. Decia: Yo bien sé que me tengo de condemnar, pero en el infierno no tengo yo de estar con la gente bahuna, sino con Alejandro Magno, con Julio Cesar, con Pompeyo y otros príncipes del mundo; puede ser que se halle con otros más infames pecadores que éstos, y sus tormentos sean mayores, por tener conocimiento de Dios más que aquellos gentiles, y ser cristiano, y sin puede ser lo podemos decir, porque un hombre sacrílego como éste, y que murió impenitente, habiendo hecho tantas crueldades y muerto dos sacerdotes ¿por qué lo habemos de poner en puede ser? Desta manera acabó este impiísimo tirano, que quien le conoció en este reino é oyó decir las maldades que hizo, se admirará. Todos los que con él fueron tambien perecieron, unos

en unas partes, otros en otras; en este reino tres vi, los cuales en diferentes tiempos informándome de lo que habia pasado, me refirieron en suma todo este suceso. No tracto de las cartas que dicen escrebia á Su Majestad del Rey nuestro señor; algunas vi en pedazos, llenas de mil disparates, aunque daba algun poco de gusto leerlas, por solo ver el frasis, que no sé quién se lo enseñó. Su Majestad mandó que á todos los que con él llegaron á la Venezuela y la Burburata, las justicias hiciesen castigo en ellos; mas los que lo olieron no se descubrian á todos. Tambien mandó aprestar dos navios, en que envió á descubrir el estrecho de Magallanes, en uno al capitan Ladrillero, vecino de La Paz, á quien subjectó el otro navio; capitan un maestresala suyo, llamado el capitan Cáceres. Salieron del Callao; el capitan Cáceres, no pudiendo sufrir los temporales de Chile, arribó á Valparaiso. El capitan Ladrillero pasó más adelante, pero no entró en el Estrecho, y si entró, por ser el tiempo de nieves, habiéndosele muerto marineros y soldados, volvió al puerto de la Concepcion, donde una negra, viendo la tierra y puerto, de alegria se quedó muerta, y sin hacer ningun efecto cesó este descubrimiento.

CAPÍTULO XVIII

El Marqués mandó traer á Los Reyes los cuerpos de los Ingas.

Cuando aquel más que impio tirano Lope de Aguirre tractaba de crueldades y de hacer grandes ofensas contra Nuestro Señor, el marqués de Cañete tractaba de componer la tierra, y quitar á los naturales cualquier ocasion del deservicio de Dios Nuestro Señor; por lo cual, sabiendo que en el Cuzco los indios tenian en mucha veneracion y como por dioses suyos, á quien adoraban y reverenciaban, los cuerpos de Guaina Capac y de otros Ingas que fueron señores destos reinos, mandó los sacasen de su lugar y los trujesen á Los Reyes para quitar esta ocasion á los indios y darles á entender no eran más que cuerpos muertos: hízose así y trujéronlos á Los Reyes, enteros, sin corrupcion. Tienen estos indios sus yerbas, que antiguamente en su infidelidad á los cuerpos de los señores aplicaban, con las cuales no se corrompian, como si los embalsamaran. Mandó, pues, los pusiesen en el hospital de los españoles, en un aposento donde ningun indio los viese. Despues desto, sabiendo tambien que en los Andes, que son unas montañas muy calurosas y lluviosas, á las espaldas de Guamanga, y no lejos della, se habia retirado un Inga, y allí vivia con otros Ingas en unos valles asaz cálidos, procuró reducirlo y sacarlo y hacerle merced, por lo cual envió á dos religiosos nuestros, el uno llamado fray Melchior de los Reyes, hombre docto, gran cristiano, y que todo el tiempo desde que llegó á este reino se ocupó en predicar el Evangelio á estos indios, gran lengua y de muchas y buenas partes, y con él fué otro religioso nuestro llamado fray Pedro de Arrona, hombre esencial y buen fraile; juntamente con un vecino del Cuzco llamado Betanzos entraron en los Andes, hablaron á el Inga, que lo reverenciaban los demás que allí vivian, y servian con las mismas ceremonias que en tiempos antiguos en estos reinos; descendia de los Ingas, señores desta tierra; persuadiéronle saliese con todos los demás, que el Marqués les enviaba á este efecto, con protestacion de le hacer muchas mercedes en nombre de Su Majestad; finalmente, tanto pudieron con él y con algunos de sus capitanes, que le persuadieron á que saliese. Otros Ingas le persuadian lo contrario, y éstos no quisieron salir, dando allá sus excusas, no muy fuera de razon; finalmente, el Inga salió, vino á la ciudad de Los Reyes: trujéronle los indios en unas andas guarnecidas con plata. El Marqués le recibió muy alegre y afablemente, prometióle mucha merced en nombre de Su Majestad si se volvia cristiano y se quedaba en la tierra; mirase lo que más le convenia, y si se queria volver, libremente se volviese; dióle de su hacienda algunas preseas buenas y el Inga determinó quedarse y baptizarse, aunque no se baptizó en Los Reyes. Esto asentado, con órden del Marqués volvió al Cuzco, donde se baptizó y casó con una deuda suya, en grado para los indios no prohibido, y dispensado por la Sede Apostolica, llamada la Coya, que quiere decir la Emperadora doña Maria, mujer de no mal parecer y de buen entendimiento; hízole el Marqués merced, en nombre de Su Majestad, de 12.000 pesos de renta perpétuos en indios.

Tuvo una hija, llamada doña Beatriz, heredera, porque no tuvo hijo varon, á la cual criaron, muerto el padre (no vivió muchos años despues desto), en casa de un vecino principal donde la enseñaron toda buena policia y costumbres con las demás cosas que se suelen enseñar á las mujeres generosas; la cual casó despues el Visorrey don Francisco de Toledo con el comendador Martin Garcia de Loyola, como despues diremos.

La madre, digamos la Coya, así la llaman

los Ingas que se quedaron en los Andes y en aquellos valles, luego levantaron por cabeza á otro Inga de la casa destos señores, pariente más propincuo; de los cuales, tractando de don Francisco de Toledo, y *lo* sucedido en su tiempo, habremos de volver á tractar dellos.

CAPÍTULO XIX

El Marqués se mostró gran republicano.

En todo el tiempo que el generosísimo Marqués gobernó, se mostró gran republicano, y quien lo es merece nombre de padre de la patria, y el que no mira por el bien de la república no merece el nombre de padre della, y en una de las cosas en que el buen príncipe se muestra ser padre de la patria, es en traer siempre delante de los ojos lo que los filósofos antiguos con lumbre natural alcanzaron, que el príncipe es por el reino, y no el reino por el príncipe; de donde luego el buen principe, con todas sus fuerzas procura la conservacion de su república y augmento della; que se guarde justicia y se haga que los vasallos sean ricos y prósperos, y otras cosas que ni deste lugar ni tiempo es agora tractarlas.

Todo esto pretendia el buen Marqués y en esto se desvelaba.

Sabiendo que en este reino habia rios, y muy grandes, donde perecian á los iviernos algunos indios y españoles, mandó hacer puentes y se hicieron: la de Lima; en el rio del valle de Jauja, dos; en el de Abancay, otra; en los dos rios que hay de la ciudad de La Plata á Potosí, en cada uno la suya, y si viviera, la del rio Grande de Chunguri, como habemos dicho, la acabara, y la de Apurima.

Los caminos bien aderezados, los tambos bien proveidos lo fueron, pagando á los indios comidas y trabajo. La justicia siempre estuvo en su punto, y los indios muy favorecidos y amparados. Pretendia que todos los que viviesen en estos reinos fuesen ricos; los nobles como nobles y los labradores como tales, y si alguno por su suerte buena alcanzaba á ser rico, dándosela Dios, San Pedro se la bendijese (como dicen), y por esto muchas veces entre semana iba á las huertas de los hombres pobres, que en contorno de la ciudad tenian, animábalos á que plantasen, trabajasen; preguntábales qué fructa buena tenian, y decíales le enviasen della, y el servicio, y si era necesario más, que les favoreceria; porque no siendo, como no era, hombre de letras, Nuestro Señor le dió un entendimiento acendrado, con el cual alcanzaba que la proporcion que hay de los miembros á la cabeza esa hay de los vasallos al Rey. Entonces el Rey es poderoso, rico y temido, cuando los vasallos son ricos; entonces se defiende y ofende; ofende digo á quien le quiere ofender, y fácilmente le conquista. Entonces el brazo defiende bien la cabeza y sufre el golpe que sobre ella viene, cuando es recio y sano; el manco no tiene fuerza, no se puede levantar, y siendo esto así, ¿cómo defenderá la cabeza? Los vasallos ricos muy bien defienden el reino; al reino pobre, como no tenga fuerzas para defenderse, cualquiera un poco más poderoso se le atreve, y fácilmente lo conquista. Por eso, el otro, para conquistar cierta fuerza, ó cibdad, pedia dinero y más dinero.

Un año, habiendo mucha falta de trigo, llamó á los vecinos que lo tenian sobrado; persuadíalos lo trajesen á la plaza, y moderasen el precio; hízoseles de mal; tomó cantidad de plata, envióla en barcos grandes por los valles; trujo bastante trigo; socorrió á su cibdad; hizo alhóndiga, y los vecinos quedáronse con su trigo comido de gorgojo, por no hacer lo que el justísimo Marqués les mandaba y aconsejaba, y perdieron, de lo que pensaron ganar, no poca plata.

Saliéndose á pasear un dia de trabajo, volviendo para palacio, en la plaza vió á un espadero, llamado Mendoza, que con un jubon de raso carmesí, y carzas de terciopelo carmesí aforradas en lo mismo, estaba acicalando una espada; paró el caballo, y díjole: Buen hombre, ese vestido más es para los domingos y fiestas que para entre semana; por mi vida que lo guardéis para entonces; en algo nos habemos de diferenciar en estos dias; y luego, volviendo la cabeza á un criado llamado Parrilla, díjole: De aquel paño pardo que me envió la marquesa, dad á este buen hombre para que haga un vestido con que entre semana trabaje, y pues la marquesa (dice al espadero) me lo envió para que yo hiciese un vestido, bien podéis vos vestiros dél. El espadero estaba en pie, su gorra quitada; besóle las manos diciendo haria lo mandado por Su Excelencia; luego preguntábale: ¿Cómo os llamáis?; respondió: Mendoza; dijo el Marqués: ¿Mendoza? parientes somos, y volviéndose á sus criados mandóles diciendo: Todas vuestras armas traérselas á Mendoza como las habéis de llevar á otro; es mi pariente; habémosle de ayudar todos.

Fué amicísimo de que todo el reino viviese en servicio de nuestro Señor, y así casó muchas mujeres principales, y no principa-

les, principalmente de las que venian con el Adelantado Alderete, que traía muchas. Mis padres vivian en Quito, y allí les casó dos hijas, y todos los casamientos subcedieron bien; solo uno salió avieso. Entre estas señoras venia una llamada doña Graciana, mujer principal, discreta, no muy hermosa, pero gallarda. Casóla con un vecino del Cuzco, rico, llamado Villalobos; allá en el Cuzco no sé qué desabrimiento tuvieron; el vecino era malacondicionado, ella mal sufrida; el desabrimiento no fué por cosa que doña Graciana no debiese hacer conforme á su calidad; no fué cosa que tocase á honra, y el demonio, que no duerme, el Villalobos dióla de puñaladas; la justicia prendióle y encubóle, y perdió la vida con este ejemplar castigo; desto no tuvo la culpa el buen Marqués, sino los pecados del Villalobos; esto me pareció no dejar en olvido, cosa rara y que en reinos más extendidos subcede pocas veces.

Los vecinos que tenian hijos diéronselos para que le sirviesen, á los cuales en su casa les enseñaban toda buena crianza y policía, y les daba estudio dentro de palacio; algunas veces comiendo tomaba un plato y llamaba al que le parecia y decíale: Ve á tu madre y dile que, por que me sabia bien esto, por amor de mí lo coma. Partia el paje; llamábalo y preguntábale: ¿qué te dije? Señor, respondia, esto y esto; decíale: Mas mira que cuando entres delante de tu madre le has de hacer la reverencia con el pie izquierdo; con el derecho á Dios y á sus imágines; y cuando volvia preguntábale cómo la halló, cómo hizo la reverencia.

Parecerá esto cosas muy menudas y no dignas de un Visorrey del Perú, que es lo mejor que Su Majestad tiene que proveer; no es sino muy esencial, porque la crianza de los muchachos conviene mucho les sea enseñada, y mejor la toman del señor que del maestresala, y más le temen. Dia de la Asumpcion de Nuestra Señora, habiéndose de hacer fiestas en la plaza, de toros y cañas, se dijo en el pueblo, sin saber de dónde, ni cómo habia salido: el Emperador es muerto. Viniendo de misa de la iglesia mayor, despues de comer, el mayordomo mayor le dijo: Señor, esto se tracta en el pueblo, que el Emperador es muerto: Vuestra Excelencia, aunque no sea sino por esta nueva, mande no haya hoy fiesta. Sintió la nueva el Marqués, porque el Emperador le tenia en mucho y dél hacia mucho caso; en diciéndoselo, dice: bien decís; avisá á los alcaldes deshagan las barreras, y si así es, yo no soy Virrey del Perú. Fué así, que aquel día ya era enterrado el Emperador, de gloriosa memoria, y Su Majestad del Rey nuestro señor habia proveido por Visorrey destos reinos á don Diego de Acevedo, aunque no llegó acá, por morir en Sevilla. Tardó la nueva cierta más de seis meses; llegada, mandó se hiciesen las honras del Emperador con mucha solemnidad; hiciéronse en la iglesia mayor; salió todo el pueblo del monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes, los más principales llevando las insignias. Otro domingo adelante se hicieron las fiestas del nuevo rey con mucho solemnidad, y el Marqués tomó la posesion por Su Majestad deste reino; juróse con la solemnidad acostumbrada, batióse moneda, y derramóse cantidad della, así en la iglesia mayor como en la plaza, con gran alegria de todo el pueblo.

CAPÍTULO XX

De la muerte del Marqués.

Cuatro años habia, poco más, que gobernaba el Marqués, padre de la patria, siendo amado y tenido de los buenos y de los malos, cuando Nuestro Señor fué servido llevarle para sí, recibidos devotísimamente todos los Sacramentos, que muchas veces frecuentaba, sabida ya la venida del conde de Nieva por Visorrey destos reinos, proveido luego que murió don Diego de Acevedo. El dia de su muerte fué muy triste para la cibdad de Los Reyes, y para todo el reino; fué llorado de todos y en particular de los pobres. Enterróse en el convento del seráfico San Francisco, de donde, sacados sus huesos, fueron llevados á España por el padre fray Juan de Aguilera, comisario de aquella Orden en estos reinos.

Era hombre de mediana estatura, más grande que pequeño, espaldudo, y de miembros fornido, de gran ánimo y generoso; nada amigo de derramar sangre, empero que se hiciese justicia; amigo de los hombres animosos. No se espantaba de que hobiese algunas pendencias, porque es imposible menos. Sucedió lo que diré: Acabando de comer (no dormia la siesta, sino por maravilla), salíase á pasear á una sala cuya ventana en la esquina salia á la plaza; cuando á ella llegaba, sacaba el cuerpo fuera y miraba si habia algo en ella; á una vuelta, mirando la plaza, vió que se encontraron dos caballeros de Jerez, enemistados, ó escogieron aquel lugar para reñir á tiempo que en ella no pareciese nadie; echaron mano á sus espadas don Yelmo de Gallegoso y el capitan Patiño, y comenzaron á reñir con

gentil donaire y ánimo. El Marqués recostóse sobre el pretil de la ventana mirando cómo reñian, en lo cual tardaron buen rato sin que la justicia ni hombre acudiese á meterles en paz; hiriéronse ambos y mal; acude la justicia, préndelos; entonces el Marqués mandó al paje de guardia que vaya al alcalde y le diga de su parte no los lleve á la cárcel, sino á cada uno les dé la posada por tal, que aquella causa tomaba para sí; y luego envíales á cada uno una barra de plata diciéndoles les ha visto reñir desde el principio, y se habia holgado, y lo habian hecho como muy buenos caballeros; se curasen y recibiesen cada uno su barra para pollos, y sanos, tractaria de las amistades. Los heridos besáronle las manos, y que Su Excelencia hiciese dellos lo que fuese servido. Sanaron, hízoles amigos; don Yelmo siguió su viaje á España; el otro se quedó acá en el reino. Hacia burla de cosas de alzamientos y rebeliones, de lo cual otros han hecho gran descargo de servicios á Su Majestad. Hobo en Los Reyes cierto rumor de alzamiento; salíase á pasear una y dos veces cada semana, y las fiestas y domingos íbase por las chácaras, y á los que le acompañaban mandaba se quedasen, y con un solo paje se iba buen trecho solo Su mayordomo mayor decíale: Señor, ¿cómo se va Vuestra Excelencia solo sabiendo lo que se ruje en la ciudad? Respondióle diciendo: Por eso me aparto solo, para ver el ánimo déstos. Pues esta gente, ¿se ha de atrever á eso? Sucedió así que de la cibdad del Cuzco le enviaron un soldado, con informacion no muy bastante, sino de indicios leves, que se queria alzar ó tractaba dello, para que el Visorrey le mandase castigar. En una visita de cárcel (no perdió ninguna), salió el pobre soldado aherrojado, y leida en breve la causa de su prision, llamóle y díjole: ¿Vos os queríades alzar con el Cuzco? el miserable, temblando, respondió: No, señor; ¿quién soy yo ni qué calidad tengo para eso? Enemigos que en el Cuzco tengo me han impuesto ese testimonio. El Marqués llama al alcaide (el pobre ya pensó estaba ahorcado), y dícele: Quitad las prisiones á ese hombre; y al hombre dícele: Andad, id luego derecho al Cuzco, y alzáosme con aquella ciudad; si no, por vida de la marquesa, que tras vos envio para que si no lo hiciéredes os hagan cuartos ¿Cada chirrichote se ha de alzar contra la Majestad del Emperador y rey nuestro señor? El otro, en saliendo de la cárcel, no pareció más ni fué al Cuzco; bien sabia el magnánimo Marqués que no habia de ir aquel miserable al Cuzco.

En manos de otro cayera, que por lo menos fuera á remar á las galeras.

CAPÍTULO XXI

De las virtudes del Marqués.

En tiempo que vivió en estos reinos fué castísimo y muy amigo que todos los de su casa, como es justo, lo fuesen, y mirando por esto y por el buen ejemplo que están obligados á dar los que gobiernan. Diré lo que dijo el padre Molina. Este padre Molina se consagró á servir á los españoles en el hospital llamado San Andrés; en él era capellan, mayordomo, y toda la casa quien la gobernaba, y todas las haciendas. El piadosísimo Marqués acudia á hacerle muy crecidas limosnas, porque le dió más de 30.000 pesos de su hacienda; el padre Molina venia de noche á tractar con el Marqués las necesidades del hospital, y como de clérigo, los vestidos erán largos; díjole el Marqués: Padre Molina, ya sabeis que para vos no hay puerta cerrada, ni hora ocupada; no vengais más de noche; traeis esas faldas largas; algun malicioso pensará sois mujer; mirad que en público y en secreto somos obligados á dar buen ejemplo.

Como se preciaba tanto de ser padre de pobres, fuera de las limosnas hechas al hospital de los españoles, y aun al de los indios y al convento de San Francisco, hizo otras en particular, no pocas, pero destas referiré dos ó tres. Un buen hombre vino de México, casado y pobre; entró á pedirle limosna (para los pobres no habia puerta cerrada); mandóle dar una barra; las limosnas luego se daban sin réplica ni libramiento, porque luego mandaba á su mayordomo y mandábale diciendo: Dad tanto á este buen hombre; luego era cumplido. El buen hombre, muy contento con su barra, antes que saliese de la sala, tornóle á llamar el piadoso Marqués, y dícele: Buen hombre, ¿sois casado? respóndele: Sí, señor, y traigo mi mujer é hijos; dice al mayordomo: Montoya, dadle otra barra; no tiene para zapatos; y luego pregúntale: ¿Tenéis oficio? y respondióle: Sí, señor; sé mucho de labranza y crianza; el buen Marqués dícele: Mucho me alegro de eso, porque agora mando poblar un pueblo 22 leguas desta ciudad, de muy fértil suelo; ídos allá con vuestra mujer é hijos; yo os daré una carta para el capitan Zurbano; allí os dará solar para casa, tierras para pan y para viñas; hacedme allí una heredad muy buena para vos y para vuestros hijos, y cuan-

do tuviéredes necesidad, no vengais acá, sino escribídmela, yo os la remediaré. Con esto se fué el hombre muy contento, y de aquí á Cañete.

Levantábase muy de mañana, y sólo con un paje de guardia se iba al rio arriba, rezando en unas Horas; prosiguiendo su camino oyó lloros como de mujer que se estaba acuitando, porque una sola negra que tenia, con que amasaba un poco de pan, y lo sacaba á la plaza, y desto se sustentaba trabajosamente, se le habia muerto aquella mañana. El pientísimo Marqués ¿qué pensó, cuando oyó los gemidos y voces? que la hacian alguna fuerza; alargó el paso y púsose á la puerta para oir lo que pasaba, y como entendió á la mujer que se lamentaba y la causa, diciendo: ¡Ay! cuitada de mí, que sola una negra que tenia, que me ayudaba á pasar mi trabajo, me ha llevado Dios; ¿qué tengo de hacer, miserable? y otras cuitas que las mujeres pobres en semejantes trances suelen hacer. Luego el padre de pobres y buen Marqués da la vuelta y con el paje que le acompañaba le envió una barra de plata de 250 pesos ensayados (entonces aun no valian tanto los negros bozales), diciéndola no se afligiese más, y que con aquella barra comprase otra negra y supliese su necesidad, y con las demás acudiese, que se las remediaria. Desta manera favorecia á los pobres y les hacia bien y mercedes y limosnas.

Otras muchas limosnas hizo á caballeros pobres y á personas necesitadas, que seria largo de contar, y nuestro intento no lo permite; pero decillas en breve, pídelo: finalmente de su hacienda dió de limosnas pasados de 80.000 pesos, por lo cual su hijo, don García de Mendoza, bajando de Chile, bien pobre, hallando muerto á su padre y en el gobierno al conde de Nieva, que consigo trujo á don Juan de Velasco su hijo, estando juntos los dos, don Juan de Velasco dijo á don García de Mendoza, como por baldon y mofando: ¿Qué hizo su padre de vuestra merced en este reino? al cual con mucha prudencia respondió don García de Mendoza: Un monasterio de San Francisco, donde se enterró, y un hospital de españoles, donde como á pobre me den de comer; y guárdele Dios á vuestra merced no muera su padre en el Perú, y vuestra merced entonces se halle en él, porque se verá uno de los más desventurados caballeros del mundo. Parece le fué profeta, porque se vió paupérrimo y con suma pobreza, y esto allí le vimos y tractamos.

En su tiempo los mercaderes de la ciudad de Los Reyes, juntándose, tractaron de pedir limosna para los pobres de la cárcel, que se iban multiplicando, no con título de cofradia, sino por via de caridad; despues se constituyó cofradia y creció como habemos dicho.

Concertáronse que dos cada semana pidiesen por amor de Dios para los pobres della, y les diesen de comer, y cuando las limosnas no alcanzasen, de su casa les proveyesen; la segunda semana cupo á dos, Juan Vazquez y Juan Vaz, hombres de caridad, casados y ricos; conocílos y tractélos mucho; convinieron en ir á pedir limosna al Marqués; entraron y dícenle lo que habian ordenado, y que suplicaban á Su Excelencia les mandase dar limosna: alabóles mucho la buena obra, y mandóles dar, para aquella semana (como tractando de la fundacion desta cofradia dejamos dicho), cien pesos, y para cada mes cincuenta, y que no se los viniesen á pedir, sino á su mayordomo, lo cual infaliblemente el tiempo que vivió se cumplió así.

Diré otra, que fué graciosa. Pocos meses despues de llegado á la ciudad de Los Reyes, cantó misa un clérigo llamado el padre Roberto; hallóse presente el Marqués y el Audiencia y todo el pueblo; entonces de tarde en tarde se cantaban: salió el misacantano á ofrecer. El Marqués habia pedido al mayordomo un pedacillo de oro de 25 pesos: ofreciólo; luego los Oidores, los cuales no ofrecieron, mandaron, y las mandas se escribieron; en las fuentes llevaban papel y tinta; hobo quien dijo dellos (si no me acuerdo mal fué el licenciado Santillán, de quien arriba tractamos): Escriban 50 pesos; el Marqués casi corrióse, y dijo: Pues dijéranme que se usaba mandar por escripto; yo tambien mandara; escriban 100 pesos, y así ofreció 125 pesos, los 25 en oro; y á quien era tan limosnero y liberal, no es necesario alabarle que jamás recibió dádiva, ni nadie se atreviera á ello, ni á cohechar al menor de su casa; y que esto se entienda ser así, es verdad lo que diré: habia en la ciudad un mercader rico y de mucho crédito, llamado Gonzalo Fernández, de cuya casa se proveia todo lo necesario para la del Marqués, y era como el cambio del mayordomo mayor, y el salario del Marqués todo entraba en casa deste mercader. Tractábase como criado del Marqués, y no perdia en ello nada. Quiso hacer un servicio á la marquesa, y tuvo para servirla un cofrecito de plata como el segundo del terno, y en él no sé qué sortijas con esmeraldas y otras piedras; no faltó quien se lo dijo al Marqués, ignorándolo Gonzalo Hernández, y un dia

llamóle y díjole: Dícenme que enviais á la marquesa no sé qué regalo; por mi vida ¿qué es? El mercader respondióle: Es verdad, señor, que á mi señora la marquesa tenia determinado servir con un cofrecito de plata, y otras cosas no de mucho valor, conforme á mi posible y no conforme á quien es mi señora la marquesa. Mandóle lo trujese; holgóse de verlo, y díjole: ¿Qué vale esto? El mercader respondió: Señor, no tracte, suplico á Vuestra Excelencia, deso; es muy poco; finalmente, dijo á su mayordomo que supiese de los oficiales lo que valia y lo pagase al mercader, y que él lo queria enviar en nombre del mismo Gonzalo Hernandez. Quien esto hizo no puede ser notado de avariento, ni cobdicioso, ni que jamás recibió cohecho.

Las vísperas de Pascua, en las visitas de cárcel, jamás ningun Virrey (sin les hacer agravio) dió tantas limosnas, pagando por los pobres que no tenian dónde pagar, lo cual con suma liberalidad hacia. Ninguna destas visitas le costaba menos de 1.000 pesos, pues para cobrarlo no era necesario más que pedirlo al mayordomo. ¿Quién ha hecho tal? Pero no lo echaba en saco roto; Nuestro Señor se lo ha pagado cient doblado, y porque para todas las limosnas y mercedes que hacia de su hacienda no habia libramientos, mandó en su testamento que no pidiesen á su mayordomo, sus herederos, más cuenta de la que él quisiese dar, ni libramiento para lo que hobiese dado de limosnas, y bien seguramente lo mandó, porque el mayordomo no le hiciera menos un grano.

CAPÍTULO XXII

Cuán enemigo era de acrecentar tributos.

Siempre miró mucho por la conservacion de los naturales, para que con todo el descanso posible pagasen sus tributos. Sucedió así: proveyó por corregidor de la provincia de Chucuito á Garcia Díez de San Miguel, hombre muy cuerdo, y benemérito y noble, al cual mandó que visitase toda aquella provincia; hasta entonces no se habian hallado más que 17.000 indios tributarios; éstos pagaban del tributo 24.000 pesos en plata ensayada y 12.000 pesos en ropa de la tierra; visitados, parecieron mil indios más. Garcia Diez de San Miguel, pareciéndole ganaria gracia con el Marqués, avisóle del augmento de los indios, y que se les podia acrescentar el tributo, pues para tantos indios era poco, mayormente que para pagar los 24.000 pesos de plata, en Potosí residian 500 indios que fácilmente los pagaban; á quien respondió: Escribiéradesme vos que abajara los tributos, de muy buena gana lo hiciera; pero augmentarlos, no haré tal; ¿qué cosa hay más grave que el tributo? Otro lo subió á 102.000 pesos ensayados en plata y ropa, como diremos.

Decia que si su parecer se hobiera de seguir, que de toda la renta que Su Majestad tiene en este Perú se habria de hacer tres partes: una, que se llevase á Su Majestad; otra, para pagar los ministros de la justicia, así acá como de España; otra, que se quedase en este reino para lo que puede suceder y para casar hijas de conquistadores y pobladores pobres á quien Su Majestad no ha hecho merced ni gratificado sus servicios. Por lo cual comenzó á edificar en el lugar donde agora es la Universidad una casa de recogimiento, á quien llamó San Juan de la Penitencia, á donde se recogieron algunas hijas destos conquistadores y pobladores, con renta para su sustento; mas como murió temprano cesó el edificio y agora no hay memoria dello; y para hacer puentes, hospitales, iglesias y otras obras pias y públicas, como los reyes han hecho en España, y para socorrer á caballeros pobres que vienen de Castilla encomendados de Su Majestad, que le han servido y no les ha gratificado, mientras vaca en qué ocupallos. A los negros horros que habia en Los Reyes, qu'es la ladronera de los cimarrones, sacó de la ciudad y envió al asiento de minas de Caravaya, que es tierra calurosa y lluviosa, y era tan humano con ellos, que no se desdeñaba de responder á las cartas que le escrebian.

Esto así en breve se ha dicho del magnánimo marqués de Cañete, de buena memoria, padre de la patria y de pobres, como epílogo de sus virtudes, dejando de tractar más difusamente á otros que sean dotados de más facundia y mejor estilo que el nuestro; concluyamos que fué gran vengador de los juramentos falsos en daño de tercero; mandó quitar los dientes á un Fulano de Quintana porque juró falso delante de la justicia. Tambien mandó que ningun negro cargase con botija de agua ni otra cosa á ningun indio, al negro so pena de caparle y á la negra de docientos azotes, y en quien primero se ejecutó la sentencia fué en un esclavo suyo; vió que traia á un indio con una botija de agua cargado del rio; llamó al caballerizo; preguntóle cuántos caballos tenia, y cuánto servicio de esclavos; respondióle que para los caballos tenia bastante servicio; ¿pues cómo esclavo mio ninguno ha de cargar á indio libre? luego mandó se ejecutara la or-

denanza, y de allí adelante no se atrevió negro á cargar indio. Era lástima, y hoy lo es, que el negro y negra esclavos se vienen las manos en el seno, y el indio libre las trae en la botija de agua, la canasta de la ropa y la carne de la carneceria, ó del rastro, como si ellos fueran señores y los indios los esclavos. Duró poco esta ley, no más de cuanto vivió el Marqués.

CAPÍTULO XXIII

Del conde de Nieva.

Al liberalísimo y cristianísimo marqués de Cañete sucedió el conde de Nieva don ... de Velasco, bonísimo caballero y buen gobernador, de quien no podemos decir cosas notables que en su tiempo subcedieron: no las hobo; el reino gozó de mucha paz y abundancia. Entre otras cosas buenas que tenía era ésta. gran paciencia para oir á los pretensores que les parecia estar agraviados del liberalísimo marqués de Cañete por no les haber dado todo el Perú, y para los demás negociantes.

Diré una cosa de admirable paciencia para quien tenia la suprema del reino: acabando de comer se levantaba y oia á los negociantes y pretensores, arrimado á una ventana; llegó un pretensor, y por ventura fatigado de la hambre, y por otra parte demasiadamente atrevido, por sus servicios, y pidiendo remuneracion dellos, levantó la voz más de lo justo; á quien el Conde con gran paciencia y con voz baja le dijo: Hablá más paso; el nescio pretensor, no curando del buen consejo, levantó más la voz, representando sus servicios; díjole otra vez el Conde: Ya os he dicho que hableis paso; respondió el pretensor: ¡Oh, señor, soy colérico! á esto respondió el Conde con la paciencia de que habia usado: Tambien soy yo colérico y me modero en mis palabras; andad con Dios, y otro dia venid más moderado. Los circunstantes admiráronse de tanta paciencia y salieron alabándola. Despues desto, dijéronle que un soldado escrebia á Su Majestad cosas del gobierno del Perú, y algunas no muy en favor del Conde; mandóle llamar, y díjole: Dícenme que escrebís al Rey Nuestro Señor. El soldado respondió: Sí, señor, han dicho verdad á Vuestra Excelencia. A quien no dijo más palabra: En hora buena, escrebidle; pero advertid que le escribais verdad, porque si no, la carta que le escribiéredes ha de volver á mis manos, y lo que no fuere verdad pagareis.

Trujo buena casa y música, la cual ni hasta entonces ni despues ningun Visorrey la ha traido. Con el Conde vinieron el licenciado Muñatones, Diego de Vargas Caravajal, el contador Melgosa, á tractar la perpetuidad de los vecinos y encomiendas, pero no se concluyó cosa alguna.

En el tiempo que gobernó fué amado de todo el reino por su mucha nobleza y afabilidad, si no fué de algunos pretensores por que no les daba de comer, no habiendo cosa vaca. Murió al fin de los cuatro años de su gobierno, teniendo ya nueva que el gobernador Castro venia y estaba en el reino por subcesor suyo. Su muerte fué de mucha lástima en toda la ciudad; murió de una apoplejia. No bebia vino, sino agua, y muy fria con nieve. Es así que el licenciado Alvaro de Torres, médico muy experto, estando comiendo, le dijo: Vuestra Excelencia no beba tanto y tan frio, porque si frecuenta esa bebida, dentro de pocos dias morirá de apoplejia y dejará á todo el reino muy lloroso; hizo burla dello, y murió en breve. Su hijo don Juan de Velasco se halló presente, y muerto su padre se vió en la ciudad de Los Reyes uno de los caballeros más pobres que se ha visto en él; salióle el prognóstico de don Garcia verdadero.

CAPÍTULO XXIV

Del Gobernador Castro.

Dende á pocos meses de la muerte del nobilísimo conde de Nieva, entró en la ciudad de Los Reyes, con título de gobernador, el licenciado Lope Garcia de Castro, del Consejo de Indias, y aunque con título de gobernador, con todo el poder que traen los Visorreyes; hízoselo el recibimiento que á los Visorreyes se suele hacer. Gobernó poco más de cinco años, con mucha paz y tranquilidad, y aunque en su tiempo hobo algunos rumores de motines, y no eran rumores, sino más, con todo eso los apaciguó sin derramar gota de sangre. Fué gran cristiano y afabilísimo, y muy amigo de hacer merced á los hijos, nietos y demás descendientes de los conquistadores, porque como vacase repartimiento destos tales, no lo había de quitar á los hijos segundos, nietos ó tataranietos de los conquistadores, y así lo decia, como lo hizo con don Juan de Ribera, el viejo (hijo de Nicolás de Ribera), el cual muriendo, y por su muerte heredando el hijo mayor, Alonso de Ribera, que murió sin heredero, los indios de la encomienda dió á don Juan de Ribera,

hijo segundo, mandándole se llamase don Juan de Ribera, y no de Avalos, como se llamaba, porque la memoria de su padre no pereciese, pues los indios no se los encomendaba por ser Avalos, sino por ser Ribera; y lo mismo tenia determinado hacer, y la cédula firmada, si muriera el capitan Diego de Agüero, el mozo, de una enfermedad de que estaba desafuciado, para dárselos al mayor de sus hijos, porque las dos vidas en él se concluian, en lo cual mostraba bien el ánimo suyo para con los conquistadores y sus descendientes. Tuvo algunos émulos en los pretensores, y no pudo satisfacerlos, porque en el tiempo que gobernó vacaron muy pocos repartimientos, y no vacando no tenia que encomendar, por lo cual para entretener, con acuerdo de la Audiencia y del ilustrísimo Arzobispo y prelados mayores de las Ordenes, instituyó corregidores en partidos de los indios, que por entonces pareció convenia; mas dende á poco tiempo se vieron grandes inconvenientes, y no tantos como agora; señalábales salario repartido por cabezas de los indios, para los que eran corregidores; no los sacaban de las tasas como agora se sacan. Por lo cual en nuestro convento de Los Reyes nos mandaron los prelados, á los que podíamos confesar, no confesásemos á corregidor, ni que lo hobiese sido, ni lo pretendiese; buscasen otros confesores; destos corregidores por ventura volveremos á tractar adelante, y no será muy tarde, cuando tractáremos del gobierno de don Francisco de Toledo.

En su tiempo despachó á un sobrino suyo, llamado Alvaro de Mendaña, caballero de 25 años, pocos más, de grandes esperanzas, nobilísimo y de muy buenas partes, con dos navios y muchos y muy buenos soldados antiguos y modernos, al descubrimiento de las islas de Salomon, con título de gobernador y capitan general, y por su maese de campo á Pedro de Ortega Valencia, hombre de mucho gobierno, á quien, si Alvaro de Mendaña faltase, le instituia en el mismo cargo; con próspero viaje, en breve tiempo caminando, ó por mejor decir navegando al Poniente, sin se apartar de la linea equinoctial más que á doce grados de la una y otra parte della, descubrió cantidad de islas, todas pobladas, y algunas muy grandes, y en particular una que, por descubrirla el maese de campo, natural de Guadalcanal, le puso el nombre de su patria. Esta es muy grande y pobladísima; la gente es morena, y alguna que come carne humana; bien dispuesta y valiente; usan arco y flecha, qu'es el arma más antigua del mundo, y dardos de palma arrojadizos, con los cuales fácilmente pasan una rodela; los que fueron eran pocos para poblar, y se habian de dividir, porque el un navio necesariamente habia de volver con la nueva y relacion de lo descubierto, y en él algunos de los soldados, y los que quedaban eran pocos para sustentarse; determinaron dar la vuelta al Perú, donde aportaron. Despues fué Alvaro de Mendaña á España, hizo relacion de lo que habia visto y descubierto; hízole merced Su Majestad del Adelantamiento dellas, y dióle cédulas y recados para que el Visorrey le diese lo necesario.

Vino con ellos á tiempo que gobernaba don Francisco de Toledo, el cual dilató el cumplimiento de las cédulas. Lo mismo hicieron sus sucesores, hasta que don Garcia de Mendoza las cumplió, el cual, partiendo del puerto del Callao con dos navios y una fusta para correr la costa y reconocer los puertos, con su mujer y la gente que pudo juntar y le pareció bastante para su intento; el piloto que llevaban no era tan experto como el primero, erraron la derrota, aunque dieron en otras islas pobladas, creo mucho más adelante de las que descubrió primero, por lo cual, ó por no sé qué ocasion, su maese de campo, Fulano Merino, se le quiso amotinar con parte de los soldados, de quien hizo justicia, y de los más culpados. Pero dende á poco murió el pobre caballero, y su mujer, con parte de la gente, aportó á las islas de Manila, adonde se casó segunda vez con un hermano del gobernador de aquella isla, y dió la vuelta para este reino, y desta suerte se desbarató y perdió aquella jornada. Vi una carta en que decia les habia Nuestro Señor ofrecido muy buena y gran ocasion para que tuviera buen fin este viaje, pero no la supieron conocer, porque no llevaba capitanes expertos, y por eso la perdieron; algunos de los soldados que fueron, han vuelto pocos; no los he visto para informarme de lo sucedido; otros lo escribirán.

Un año antes ó poco más, en la ciudad del Cuzco se tractó una rebelion contra la Majestad Real, por un soldado llamado Fulano de Tordoya, emparentado en el Cuzco, el cual, no se atreviendo ponerla en ejecucion, se salió de la cibdad y con sus valedores, unos por una parte y otros por otra, en número más de 130 se fueron á una provincia llamada de los Chunchos, indios de guerra, adonde en alguna manera se hicieron fuertes, teniendo tractado con un Fulano Galvan, que residia en la provincia de Chucuito, valenton, que habia de ser maese de campo, que juntase los más soldados que pudiese en aquella provincia y otras comarcanas al Cuzco y avisase al Tordoya, con quien se comu-

nicaba, de la gente que tenia persuadida á la rebelion, y entonces Tordoya con los suyos habia de salir, y juntándose con Galvan tiranizar la tierra.

Descubrióse este tracto y llegó la nueva [1] á la ciudad del Cuzco, de donde por la posta salió el capitan Sotelo, vecino de aquella ciudad, á dar favor á Diego de Galdo, corregidor que á la sazon era de la provincia de Chucuito, donde Galvan solicitaba traidores; el cual capitan Sotelo cuando llegó, ya el corregidor Diego de Galdo habia hecho cuartos á Galvan y puesto la cabeza en el rollo de Chucuito, y hecho justicia de algunos traidorcillos que halló culpados, á cuyo castigo salieron tambien el corregidor con los vecinos de la ciudad de Arequipa, que dista del pueblo de Chucuito cuarenta leguas, poco más. El capitan Sotelo tenia comision, desde el Cuzco para adelante, del gobernador Castro, hasta la provincia de Chucuito, para cognocer de semejantes delitos y castigar los culpados; mas como halló hecho el castigo, componiendo algunas cosas se volvió á su casa.

Sabido por el Presidente de la ciudad de La Plata, licenciado Juan Ramirez de Quiñones, y Oidores, despacharon al licenciado Recalde, Oidor de aquella Real Audiencia, con poderes bastantes para cognocer y hacer justicia y lo demás necesario; el cual, llegando á la provincia de Chucuito, y poniéndose lo más cerca que pudo de la provincia de los Chunchos, donde estaba Tordoya con sus secuaces, los curacas de los indios Chunchos le enviaron sus mensajeros á decir qué queria que hiciesen de aquellos españoles que allí se habian recogido: les respondió que los matasen todos; lo cual los indios hicieron de muy buena gana, porque ninguno dellos jamás salió de aquella provincia.

Proveyó Su Majestad por Visorrey destos reinos á don Francisco de Toledo, el cual, llegando á la ciudad de Los Reyes, tomó residencia al gobernador Castro, contra quien no halló en qué condenarle, y porque Su Majestad le mandaba que, dada la residencia, subiese á visitar el Audiencia de la ciudad de La Plata, subió á visitarla, lo cual hizo con toda la rectitud y cristiandad posible; yo me hallé entonces en aquella ciudad; á unos privó, á otros condemnó, á otros de los Oidores suspendió. Contra quien no halló querella ni otra cosa fué el fiscal, el licenciado Rabanal, que hacia su oficio muy cristianamente. Hecha esta visita volvió á la ciudad de Los Reyes, y dende á España con próspero viaje, donde dentro de pocos meses murió (dicen) Presidente del Consejo de Indias, loablemente.

[1] Tachado: *á la Audiencia de los Charcas y á la ciudad del Cuzco.*

CAPÍTULO XXV

Del Visorrey don Francisco de Toledo.

Sucedió (como acabamos de decir) al humanísimo gobernador Castro don Francisco de Toledo, caballero del hábito de Alcántara, de bonísimo y delicado entendimiento; fué recebido en Los Reyes con la solemnidad acostumbrada. Luego dentro de pocos meses procuró reformar algunas cosas en la ciudad dignas de reformacion, de servicio de Dios Nuestro Señor, que fueron ciertos públicos amancebamientos, los cuales reformados, y aun castigados, y acabada la residencia del gobernador Castro, en la cual tuvo poco que entretenerse, salió á visitar todo el reino, como traia órden de Su Majestad para ello, cosa necesarísima para todo el reino, de Lima hasta Potosí, que es lo principal, y siendo informado, y viéndolo en muchas partes por vista de ojos, cuán derramados vivian los indios en poblezuelos poqueños, si no eran los del Collao, que éstos tenian sus pueblos grandes y formados, y aun aquí se redujeron no pocos que habia en la Puna, ó Xalca (Puna ó Xalca llamamos á la tierra fria donde se cria el ganado), mandó hacer esta reduccion, de muchos años por los sacerdotes deseada: obra de mucho trabajo, por la dificultad que en los indios se halló para dejar sus casillas donde sus antepasados habian vivido, pero de gran bien para la instruccion de los naturales en la doctrina cristiana, porque antes pueblos que hora son de trescientos vecinos y cuatrocientos, y más, estaban divididos en más de diez y doce poblezuelos, en circuito de más de tres leguas; por lo cual el sacerdote vivia en perpétuo movimiento, fuera de que, como en esta miserable gente ha entrado tan mal la fe y ley evangélica, volvíanse fácilmente á sus idolatrias y ritos antiguos. Agora, viviendo el sacerdote con ellos y ellos con el sacerdote, evítanse grandes inconvenientes, y acúdese á las confesiones y admistracion de sacramentos con mucha facilidad. Tasó de nuevo la tierra, y en muchas partes, por hallar multiplicados los indios, ó por ser la tierra más rica, subió los tributos. Pocos, creo, rebajó; á la provincia de Chucuito (como habemos dicho) lo que va á decir: de 36.000 pesos ensayados á 102.000, en lo cual si acer-

tó ó erró, Nuestro Señor lo ha ya juzgado. En las tasas señaló el salario á los sacerdotes, á los corregidores de los partidos, porque antes pagábanlo los indios fuera de la tasa, y al curaca principal; luego al encomendero. Las más de las tasas redujo casi á plata, quitando no pagasen los indios tributos en cosas que en sus tierras tenian, conforme á las cédulas de Su Majestad hasta entonces usadas y guardadas; por lo cual la tierra ha venido á carecer de las menudencias que antes andaban rodando.

La tierra *estaba* más harta, y las casas de los vecinos más abundantes y llenas, y los indios con menos trabajo pagaban sus tributos, porque como parte fuese en plata, parte en ropa, parte en trigo, maíz, sogas, alpargates, gallinas, huevos, cebones, etc., si no era la plata, lo demás tenian en su tierra sin salir della; agora en las partes donde las redujo á plata, han de salir los miserables á buscarla á otras partes, á donde no pueden ayudarse de sus mujeres, y así las dejan, y hijos, y unos se mueren, otros se quedan, otros se meten en valles apartados de su natural, donde ojalá y no se casen otra vez; y con estos y otros inconvenientes, los más de los pueblos padecen detrimento, lo cual experimentamos con evidencia, porque en pueblos de 1.000 vecinos tributarios no se juntan á la doctrina, los domingos y dias para ellos forzosos, 250, y al respecto en lo demás. Allégase á esto para que acudan menos los tractos y contractos de los corregidores, que ocupan los indios enviándolos lejos de sus tierras, particularmente los del Collao, por trigo é maíz, más de treinta y cuarenta leguas, y por vino á la ciudad de Arequipa y á otras tierras de los Llanos, adonde corren riesgo de salud; por lo cual lo que se pensó que poner los corregidores habia de ser para bien de los naturales y para librarlos de las tiranias de los curacas, y malos tractamientos de algunos españoles, y para el augmento de sus haciendas, es la total destruicion de las haciendas de los indios, y mayor cuando se les ponen administradores, como los más los tienen, y para diminucion de los naturales.

Libráronlos, y no quedaron muy libres de las manos de los curacas, pero los malos corregidores apodéranse dellos, y si no digo la provincia de Chucuito, que es fama pública en el reino haberse ido della, dejando sus mujeres, hijos y haciendas, más de 8.000 indios á la provincia de los Chunchos, indios de guerra, de donde han enviado á decir no volverán á sus tierras mientras así los tractaren; no es posible sino que sean apóstatas, y se vuelvan á sus idolatrías; yo he visto muchas veces esta tierra desde Los Reyes á Potosí, donde la obediencia me ha enviado á servir con lo que mi pobre talento alcanza, y he tenido muchos dares y tomares con los corregidores de los partidos, y administradores, sobre las haciendas de los indios y sus menoscabos, y no hay hacerles creer á los administradores que son como tutores de los indios, y que así como el tutor no puede sacar para sí, ni por sí, ni por tercera persona, la hacienda de la menor, ellos tampoco la pueden sacar, por más razones que se les traigan delante, porque están persuadidos que, dando lo que otro diera por ella, ellos la pueden sacar, y no hay sacarlos de aquí, y corregidores, preguntándoles si juran guardar las ordenanzas de corregidores, me han dicho que no, y por esto los tractos y contratos son no pocos, en sus distritos, con gran detrimento de los indios, de los cuales pusiera aquí algunos si fuera deste intento tractarlo, los cuales he visto con mis propios ojos; tambien para los caminantes es inconveniente, porque como los corregidores malos vendan en ellos todo lo necesario, pan, maíz, vino, tocino y otras cosas, ¿cómo han de poner los precios en el arancel? lo más subidos que pudieren, de suerte qu'el arancel y lo en él contenido es del [1] corregidor. Los bienes de las comunidades que se sacan á vender en pregones, cuales son carneros de los nuestros, carneros de la tierra, coca, maíz y otras cosas, los que los han de rematar lo sacan para sí, echando terceros, y luego se sabe es para el corregidor, protector ó administrador, y por ventura para todos tres; porque el lobo y la vulpeja, si alguno lo quiere poner en precio, luego le dicen á la oreja: no hable en ello, porque es para el corregidor, so pena que si lo hace se malquista con los tres, y lo echan del repartimiento, donde el pobre anda afanando un tomin, y desta suerte ¿cómo no se han de menoscabar las haciendas de los indios? Diré lo que me dijo un indio, agora catorce años, yendo á Potosí, y llegando á la venta llamada de En Medio; pedíle una frezada para una noche, que es como bernia de marinero, y es uso darla á los pasajeros; respondióme no la tener; díjele: ¿Tú no eras del general Lorenzo de Aldana? respondióme: Sí; díjele: Pues ¿qué es de tanta hacienda como os dejó, vacas, ovejas y otras más, para que me digas no tienes un chusi? Así se llaman estas frezadas; respondióme: Estos administradores lo han destruido todo. Pues

[1] Tachado: *arancel.*

es así verdad, que tenian tanto ganado de todo género, y principalmente vacas y ovejas nuestras, cuando los padres de San Agustin que doctrinan á estos indios eran los administradores de sus haciendas, por institucion del general Lorenzo de Aldana, que viviendo yo en la ciudad de La Plata, donde cae este repartimiento, que es el de Paria y Capinota, se vendieron en la plaza, en pública almoneda, 3.000 cabezas de vientre, de vacas, á 30 reales, puestas donde el comprador las quiso. Pues de donde se sacan 3.000 cabezas para vender, ¿cuántas han de quedar? más habian de quedar de 6.000; si agora tienen ganado, sea testigo la experiencia. En esto que vamos tractando no culpamos al Visorrey don Francisco de Toledo, porque esto es cierto que no puso los corregidores para la destruicion de los indios, ni para que se aprovechasen de la plata de la comunidad, como parece por las ordenanzas que hizo, muy justas y buenas, y por las penas puestas á los corregidores, tractantes y administradores, sino para el bien de los naturales; pero la avaricia ha crecido tanto que por ventura convernia quitarlos; porque yo sé de un corregidor, proveido por el mismo don Francisco de Toledo, hijo de un Oidor de Lima, y corregidor del repartimiento que vamos tractando, que diciéndole tractaba con la plata de la comunidad, envió á hacer informacion secreta contra él, y le castigara, por más hijo de Oidor que fuera, por las penas puestas, sino que fué avisado, y cuando el que habia de hacer la informacion llegó, halló las cajas llenas y enteradas. Poner administradores para las haciendas de los indios no sé si fuera tan acertado, porque más haciendas tenian cuando ellos las gobernaban, puesto un indio de razon por administrador, y tambien sé que gobernando don Francisco de Toledo, no se atrevian los corregidores á tractar ni contractar tan públicamente como agora. Oí decir á uno y delante de muchos: El Visorrey no me envia para que me esté mano sobre mano, sino para que me aproveche; y así, juro á tal, que en viendo la ganancia al ojo no se me ha de ir de las manos, y en dos años sacó con que vive honradamente.

CAPITULO XXVI

De la guerra que hizo al Inga.

Prosiguiendo su viaje don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, desde Guamanga al Cuzco, y llegando á esta ciudad, fué recebido solemnísimamente por el cabildo della y demás ciudadanos, y en la puerta de la ciudad, jurando de guardar los fueros y derechos della; al tiempo de firmar, el escribano de cabildo le dió una pluma de oro con que firmase. El primero dia de fiesta se hicieron muchas con toros y juegos de cañas guarnecidas con plata. Descansando allí unos pocos de dias del trabajo del camino, que lo es y muy áspero, aunque para Virreyes, obispos, prelados y otros personajes desta calidad no lo es tanto, llevando desde Guamanga noticia de los daños que los Ingas que se quedaron en los Andes y no quisieron salir cuando el marqués de Cañete el Viejo, de felice memoria, sacó al Inga (como dijimos), determinó por bien ó por mal sacarlos, allanarlos y reducirlos al servicio de Su Majestad, porque salian con mano armada y hacian particularmente daño, robando y matando en los términos de Guamanga y el camino Real que hay desde allí al Cuzco; por lo cual nombró sus capitanes á Martin de Arbieto de Mendoza, capitan general, á Martin de Meneses capitan, vecino del Cuzco, y á otros, é publicó la guerra con toda solemnidad acostumbrada; envió algunos criados de su casa, lanzas y arcabuces, que salieron desde Lima acompañándole, como tenian obligacion, mal pagados; entraron en las montañas de los Andes; los Ingas habian alzado y jurado á su modo por rey á un Inga, muchacho de 18 á 20 años, de la casa de los Ingas señores, porque viejo ni otro no habia más cercano; los cuales, viendo la pujanza de los españoles, ni los esperaron á batalla ni acometieron; antes se fueron huyendo un rio grande abajo, en pos de los cuales en balsas los nuestros se echaron; alcanzáronlo y prendieron al pobre muchacho y los principales de sus capitanes, con los cuales se volvieron al Cuzco muy victoriosos, porque ni de la parte de los nuestros ni de los Ingas hobo derramamiento de sangre.

Llegados al Cuzco, mandó el Visorrey que en la fortaleza que llaman del Cuzco, casa de don Carlos Inga, hijo de Paulo Inga, el cual ayudó á los españoles á conquistar el Collao con 40.000 indios que traia consigo, é fué con don Diego de Almagro el viejo á Chile, que no es muy fuerte, le mandó poner preso, creo sin prisiones; empero á sus capitanes todos en ellas y á buen recado con guarda de españoles lanzas y arcabuces, y de indios Cañares. Procedió contra el Inga y sus capitanes, y mandó á religiosos de nuestro convento del Cuzco los industriasen y enseñasen las cosas de la fe, para que si quisiesen ser cristianos los baptizasen, y lo mis-

mo al Inga, los cuales, particularmente el Inga, como era de poca edad, en breve deprendió las oraciones, y persuadiéndole fuese cristiano y pidiese el sacramento del Baptismo, lo hizo é fué baptizado. El Visorrey procedia y hacia sus informaciones contra el Inga é los demás, que cometió al capitan general, y por lengua á un mestizo que consigo traia para este objeto, muy gran lengua y en la nuestra muy ladino, llamado Fulano Jimenez, empero en comun llamado Jimenillo; hechas, pareció, conforme á lo que el Jimenillo interpretaba, tener mucha culpa el Inga de los robos é muertes que los suyos hacian, saliendo á hacerlos al distrito de Guamanga y camino Real de allí al Cuzco, y condenóle el Visorrey á cortar la cabeza; hicieron en la plaza su cadahalso para el dia señalado, y aunque fué importunado el Visorrey por el reverendísimo de Popayán, augustino, que se halló en el Cuzco, varon religiosísimo, tenido en su obispado y acá por un hombre perfecto, no quiero decir sancto, amado de todo el reino, que, de rodillas, no es encarecimiento, le suplicó no le justiciase, sino lo enviase á Su Majestad, porque era muchacho y habia poco tiempo le habian jurado por rey, y no era posible que entendiese ni mandase hacer aquellos robos ni muertes que se habian hecho, y cargando los prelados de las Ordenes, no fueron poderosos para que no ejecutase la sentencia dada; sacáronle, y subiéndole al cadahalso para cortarle la cabeza, y viendo el pobre muchacho que no habia remedio, sino que habia de morir, dijo: Pues ¿para matarme me persuadieron me baptizase y fuese cristiano? Lo cual en los que se hallaron presentes causó muchas lágrimas y sentimiento, pero no aprovechó cosa alguna para que se le otorgase la vida. Cortáronle la cabeza y á los capitanes ahorcaron, y en una frontera llamada Villcabamba mandó el Visorrey poblar un pueblo, donde puso por capitan general de aquella frontera y provincia al mismo Martin de Arbieto, y el dia de hoy está poblada, y la tierra pacífica; empero Martin de Arbieto es ya muerto y el Visorrey tambien, los cuales de la justificacion han dado cuenta, y si fue justa, lo habrá Nuestro Señor pagado, y lo mismo si injusta.

De las informaciones hechas por la interpretacion de Jimenillo, resultó alguna culpa contra los Ingas que vivian en el Cuzco, y en particular contra don Carlos, casado con una española, de la cual tenia entonces un hijo niño, llamado don Melchior; decian que los Ingas de los Andes y los demás del Cuzco le habian jurado por rey destos reinos, por lo cual se procedió contra don Carlos. Quitóle el Visorrey la casa y puso en ella guarnicion de soldados lanzas y alguna artilleria, é indios Cañares, en la cual se guardaban las costumbres que en las fortalezas, y por castellano á don Luis de Toledo, caballero muy principal y deudo suyo.

Privó á don Carlos de los indios que tiene perpétuos; empero apelando por via de agravio, el Audiencia de Los Reyes se los ha vuelto, y casas y demás haciendas, y por su muerte las posee su hijo, ya hombre, casado con una española; á los demás Ingas desterró para Lima, y no sé si aun para Tierra Firme, los cuales apelando como don Carlos, los más murieron en Los Reyes, como mueren muchos de los serranos, y de los que volvieron de sus casas al Cuzco libres por el Audiencia, venian tales de la tierra callente, que en llegando acabaron sus dias; de suerte que de los Ingas descendientes de Guaina Capac, ninguno, ó pocos, ha quedado.

CAPITULO XXVII

El Visorrey en su viaje se encontró con el gobernador Castro.

Todas estas cosas concluidas y dado asiento en otras, salió el Visorrey don Francisco de Toledo del Cuzco, prosiguiendo su visita para el Collao, en el cual, en el pueblo llamado Pucara, famoso porque allí se desbarató el tirano Francisco Hernandez, se encontró ó halló al gobernador Castro, que bajaba de la visita de la Audiencia de la ciudad de La Plata, á quien preguntando el Visorrey y diciendo: ¿Qué le ha parecido á vuestra señoria de la tierra que ha visto, é yo tengo de ver? respondió: Paréceme, señor, que Su Majestad debe hacer merced á los hijos é descendientes de los conquistadores, muy crecidas, porque si nosotros, que caminamos en hombros de caballeros (y es así, en lo llano caminaban en literas de acémilas, y en los malos pasos, ó cuestas, en literillas de hombros), comiendo á cada paso gallinas, capones, manjar blanco, con todo el regalo posible, y no nos podemos valer del frio por la destemplanza del aire y altura de la tierra, los desventurados que andaban por aquí á pie, descalzos, las armas acuestas, con un poco de maíz tostado y papas cocidas, conquistando el reino á Su Majestad ¿qué no merecen, y por ellos sus hijos? Palabras verdaderas que procedieron de un ánimo cristiano, benignísimo, muy prudente y gran servidor de Su Majestad, pues cono-

cia las mercedes que Su Majestad, para descargo de su conciencia, debia hacer á los descendientes de los conquistadores; pero es la desventura de los conquistadores, pobladores, y de los que de muchos años en estas partes vivimos, ó por mejor decir, son nuestros pecados, y de nuestros padres, que no hay quien venga de España, en la cual no se saben tener en una burrica, ni limpiar las narices, ni en su vida echado mano á la espada (helos visto, en todo género de estado), que no les paresca, los que vivimos en estos reinos de antiguo, que somos poco menos que indios, y merecen ellos más en venir, que los miserables conquistadores, pobladores, ni sus hijos é nietos, ni los que ayudan á sustentar este reino y lo han ayudado á sustentar de cincuenta años á esta parte; pero hase de cumplir como se ha cumplido y se va cumpliendo, que por ser un discurso notable lo quiero escrebir.

En el reino de Chile hay una ciudad llamada Valdivia, de la cual tractaremos cuando de aquel reino tractáremos; poblóla don Pedro de Valdivia, el primero gobernador de aquella tierra; fué muy rica de oro y de indios; estaba el don Pedro de Valdivia en la plaza sentado en un poyo arrimado á la pared de la iglesia, en buena conversacion, alegre, con otros vecinos conquistadores con él allí asentados; levantóse á deshora y comenzóse á pasear delante dellos, la cabeza baja y mustio; admirados los vecinos, uno dellos le preguntó: Señor, ¿no estaba vuestra merced agora (no habia señoria para los gobernadores) aquí con nosotros en buena conversacion y alegre? ¿qué tristeza es esa? Respondió: Rueguen vuestras mercedes á Nuestro Señor por mi salud; paréceme tengo de vivir poco (y no vivió seis meses), y la causa de parecer estoy triste es que se me ha representado aquí agora que estan en Valladolid (la corte residia allí entonces) los niños en las cunas y otros que se andan paseando ó pasearán por ella muy pintados con medias de aguja y zapatos acuchillados, que han de venir á gozar de nuestros trabajos, y nuestros hijos é nietos han de morir de hambre; si así pasa, testigo es todo el reino, éste y el otro, y el otro.

CAPITULO XXVIII

El Visorrey don Francisco de Toledo llega á Potosí y de allí á la ciudad de La Plata.

Despidiéndose de Pucará el Visorrey del gobernador Castro, el uno para España y el otro para Potosí, el Visorrey llegó á Potosí, donde se le hizo un costoso recibimiento y muy bueno, como en las demás partes, y deteniéndose allí poco tiempo, no creo fueron tres meses ó cuatro, por la destemplanza del asiento (entraba ya el verano, que es el tiempo más frio) para dar asiento á las cosas de aquel pueblo, muchas y muy graves, vínose á la ciudad de La Plata, temple más moderado mucho, y donde á todo tiempo y todas horas se puede negociar, y donde reside el Audiencia, y los vecinos de aquella provincia; presidia en el Audiencia el licenciado Quiñones; los Oidores, licenciado Haro, licenciado Matienzo, licenciado Recalde, doctor Barros; fiscal, licenciado Rabanal, todos en sus facultades eminentes y buenos jueces; hízosele al Virrey muy bueno y costoso recibimiento: sirvióle la ciudad con un caballo en que entrase, del más galano pellejo que se ha visto; no parecia sino un brocado de tres altos, crin y cola blanca, y muy bueno, en quien entró debajo de su palio. El Audiencia (esto vímoslo todos los religiosos y otras personas eclesiásticas, prebendados y los demás que allí estábamos aguardando para recebir en la iglesia con la Sede vacante al Visorrey); el Audiencia, digo, habia mandado llevar sus sillas con asientos y respaldares de terciopelo carmesí, fluecos grandes de oro y seda; no faltó quien dello dió aviso al Visorrey, y viniendo ya cerca de la ciudad envió un criado ó portero que las quitase y pusiese una de las más comunes con guarniciones de cuero, y no muy nuevo. Es el Audiencia avisado desto; envian un portero y quitan las mandadas poner por el Visorrey, é pone las de la Audiencia, las cuales se quedaron. Los que allí estábamos, viendo quitar unas sillas é poner otras, admirábamonos; en la rueda estaba el licenciado don fray Pedro Gutierrez, su capellan, que fué del Consejo de Indias, y dijo: como su excelencia fué criado del Emperador Rey nuestro señor, es muy ceremoniático (propias palabras) y así quiere que todo se guarde muy puntualmente; pero el Audiencia se asentó en sus sillas, y dende adelante sin innovarse otra cosa.

CAPÍTULO XXIX

El Visorrey dió asiento á las tasas y cosas de Potosí.

En esta ciudad de La Plata concluyó la tasa de los indios á ella subjetos, y los de la provincia de Chucuito, y dió asiento á muchas cosas acerca del cerro de Potosí y azogue; tasó los jornales que se habian de dar á los

indios señalados para el cerro; hizo muchas ordenanzas acerca del buen gobierno de los naturales y españoles, justas, aprobadas despues por el Consejo Real de las Indias; empero pocas se guardan y no nos admiramos, porque la ley de Dios es más justa y á cada paso la[1] traspasamos. En estas ordenanzas manda se castiguen con rigor las borracheras, que si los corregidores de los partidos las ejecutasen, no habria tan poca cristiandad en los indios.

En este tiempo se descubrió el beneficio de los desmontes, que es el metal desechado de los señores de las minas, y sacado fuera dellas sin hacer caso dello más que de escoria, y por el tiempo que duró, que fué poco, se sacó mucha cantidad de plata, lo cual viendo, hizo una ó dos ordenanzas acerca desto, muy buenas y justificadas: la una, que los declaraba por bienes comunes, pero que ninguno pudiese recoger más metales de aquellos que en quince dias pudiese beneficiar, so pena de tanto; ley bonísima para que los que tenian muchos indios, beneficiasen como muchos; los que no tantos, como no tantos; y porque los que tenian muchos indios no se ocupasen en amontonar, y á los pobres no dejasen desmontes, mandó tambien que los señores de minas no se pudiesen aprovechar de desmontes ni los beneficiasen, aunque estuviesen dentro de sus pertenencias y les hobiese costado su plata sacarlos fuera de sus minas.

Esta entre teólogos no se tuvo por tan justa, pues de los bienes comunes nadie debe ser privado sino por delito; si otro se puede aprovechar de la escoria del herrero, aunque la haya echado al muladar, ¿por qué no el herrero? Esta hizo diciendo que los señores de minas labrasen sus minas, y los que no las tienen, los desmontes, y así se sacaria más plata.

Estos desmontes fueron de mucha riqueza, porque algunos dellos, y todos generalmente, acudian á cinco pesos por quintal, que es mucho, y hobo algunos de á siete y á más; y porque no volvamos á ellos, cuando el Visorrey salió de los Chiriguanas halló que muchos (aunque les predicábamos no lo podian hacer sin injusticia) habian recogido, á 20.000 y á 30.000 y dende arriba quintales de metal, traspasando su ordenanza; penólos á tres tomines por quintal, de donde sacó más de 40.000 pesos, con que enteró la caja Real de lo que habia gastado della, y satisfizo á algunos que fueron con él, que gastaron mucho en la jornada, sin hacerse cosa de provecho, por nuestros pecados. Asimismo en esta ciudad, como en las demás, habia algunos amancebados con indias; quísolos castigar públicamente, y cierto dia á deshora vemos entrar en el gato[1] al presidente Quiñones, licenciado Matienzo y licenciado Recalde, y ellos propios sacar las indias de los tales españoles, y entregándolas á los alguaciles las llevaron á la cárcel; á unos pareció poca autoridad de Presidente y Oidores; á otros no pareció tan mal; otros Oidores reian grandemente dello.

Así las desterró y condenó á plata á los españoles, y algunos revueltos con mujeres casadas, no de calidad alguna, los desterró del pueblo. Tambien en esta cibdad concluyó las cuentas que habia comenzado á tomar en el asiento de Potosí á los oficiales reales, á dos particularmento, el tesorero Robles y al factor Juan de Anguciana, que eran propietarios; el contador habia poco era proveido por el mismo Visorrey por muerte del contador Ibarra, contra quien no hobo las cosas que contra los dos, á los cuales privó de los oficios, quitóles las minas é ingenios que tenian en Potosí; túvolos presos y aun á canto el uno dellos que se le volara el juicio, é los desterró á España, ó envió, ó ellos apelando de la sentencia fueron, donde les mandaron volver sus oficios y haciendas, y condenados en costas, á lo menos al factor Juan de Anguciana (vi la ejecutoria) como no pasasen de 400 ducados de Castilla. Pero el pobre caballero viniendo murió en Panamá; el tesorero Robles llegó á Potosí; volviéronle sus haciendas y le vimos servir en su oficio.

CAPITULO XXX

Salieron los Chiriguanas á besar las manos á don Francisco de Toledo.

En esta misma ciudad salieron ocho indios chiriguanas, no llegaron á diez, á besar las manos al Visorrey don Francisco de Toledo; alegróse dello, recibióles muy bien y agasajóles, y fingidamente (como es su costumbre) le dijeron no querian ya más guerra ni enemistad con los cristianos, ni les hacer mal en las chácaras, como dos años antes lo habian hecho, sino toda paz y concordia, á lo cual salian para que si Su Excelencia la queria admitir, volverian á sus tierras y traerian curacas y indios principales con quien se asentase. El Visorrey admitió su demanda y envió con algunos de-

[1] En el ms., *las.*

[1] *Gato es como mercado* (nota marginal).

llos, quedando otros como en rehenes de que no harian mal, á un soldado, por nombre Mosquera, mestizo del Rio de La Plata, hombre de bien, y en la lengua chiriguana, y en la nuestra, bien experto; entre los Chiriguanas que quedaron fué un muchachon de 18 á 20 años, que se comenzó á hacer medio chocarrero, á quien, aunque no le baptizaron, llamaron en palacio don Francisquillo; vistiéronle como á español, y entraba é salia en palacio, y comenzaba á gorjear en nuestra lengua, agudo y vivo como un fuego; fué Mosquera y volvió, y con él más de treinta naturales, Chiriguanas como veinte, y los demás de servicio indios Chaneses, y entrellos dos Chiriguanas más principales, el uno llamado Marucare y el otro por excelencia Inga Condorillo, y otro indio de nacion Chicha, que confinan con estos Chiriguanas, de los cuales habemos tractado y habemos de tornar á tractar cuando prosiguiéremos el camino de Talina á Tucumán; este indio se llamaba Baltasarillo, baptizado, á quien desde niño le crió en este reino el capitan Baltasar Velazquez, hombre principal y rico, teniendo á su cargo las haciendas de Hernando Pizarro, de cuyo repartimiento era este indio, porque los Chichas eran de Hernando Pizarro, digo de su encomienda; bien dispuesto y en la lengua general y en la nuestra bien ladino. No le pareciendo bien vivir como cristiano, ni en su natural, se pasó á los Chiriguanas, y habia ya tomado sus costumbres, y los capitaneaba contra nosotros y contra su propia nacion y sangre. A estos Chiriguanas se les señaló casa por sí, y proveyóseles de mucha comida y bebida, entre los cuales no Chiriguanas salieron dos de servicio, varon é mujer, que si fueran bien proporcionados eran de género de gigantes; eran de nación Chaneses. El Visorrey fué deteniendo á estos indios más de lo que ellos quisieran, y los parientes que allá en sus tierras los esperaban, aunque es así que á cabo de muchos meses casi á la mitad dellos dió licencia para que se volviesen, y entrellos á Marucare, detuvo al Inga Condorillo y al Baltasarillo. Como los de acá se tardaban, los Chiriguanas que allá en sus tierras vivian, deseando saber si los suyos eran muertos ó vivos, hacen y componen una fiction, y con ella envian cuatro indios mozos, bien dispuestos, á la ciudad de La Plata, para que con ella engañando al Visorrey los dejase volver á todos, y la fiction fué: los cuatro indios Chiriguanas que vinieron, cada uno traia una cruz hecha de madera, colorada, de una pieza, tan grande y gruesa como un bordon, y lisas que no parecian sino bruñidas; realmente bien hechas. Con éstas partieron de sus tierras, y entrando en los términos de la cibdad de La Plata, por los valles que habemos dicho ser poblados de chácaras de españoles. aunque pasaban por las chácaras pedian comida y eran conocidos ser Chiriguanas, ninguno les hacia mal, antes les daban matalotaje, principalmente viéndolos con cruces en las manos, y preguntando por el Apo, que es decir el Virrey, y encaminaban de valle en valle, hasta que entraron en la cibdad, en la cual cuando los indios de la plaza los vieron se alborotaron como quien via á enemigos capitales y comunes, y de algunos nuestros españoles se alborotaban, no para tomar armas, sino por verlos con cruces, y preguntando por el Visorrey, con esta palabra: Apo, Apo, no decian más, y esta no es de su lengua, de la deste reino la han tomado, con la cual bien se entendia, buscaban ó preguntaban por el Visorrey. Digo, pues, que los nuestros españoles se admiraban verlos con cruces en las manos, como cosa nueva. Preguntando, pues, por el Apo, encamináronlos á la casa del Virrey, donde llegados, aunque el Virrey estaba enfermo mandó se les diese entrada; en la cuadra donde yacia enfermo tenia un adoratorio bueno como de Visorrey, en un encaje de una pared, guarnecidas las paredes con paños de seda; en entrando y viendo el adoratorio, ningun caso hicieron del Visorrey, sino del adoratorio, hincándose de rodillas; no rezaron mucho, no son muy amigos de saber las oraciones; levantándose á su modo hicieron su reverencia al Visorrey; esto le admiró mucho, y á sus criados y á otros que á la sazon con el Visorrey estaban, y entre ellos al padre fray Garcia de Toledo, deudo muy cercano del Visorrey, y religioso nuestro, de quien dijimos haber sido provincial, pero fuelo despues desto. La cibdad aguardaba saber esta novedad, y en la sala y patio habia mucha gente de toda suerte.

CAPÍTULO XXXI

Refiérese la fiction Chiriguana.

Vistos por el Visorrey los Chiriguanas, mandó llamar un lengua, y fué uno de dos, ó Mosquera, de quien dijimos haber sacado los treinta Chiriguanas, ó aquel mestizo Capillas, que habemos referido vive agora con los Chiriguanas, que junto á las casas de la morada del Visorrey vivia, y creo fué éste, por estar más cerca; venido, sea ó el uno ó el otro, proponen su embajada y dicen que

los curacas de los Chiriguanas y demás indios los envian al Apo para hacerle saber cómo ellos no quieren guerra con cristianos, ni quieren ya comer carne humana, ni tener acceso á sus hermanas, ni casarse con ellas, ni los demás vicios que dejamos referidos, de que son contaminados, sino servir á Dios y al rey de Castilla, y ser baptizados y cristianos, porque Dios les habia enviado un ángel, á quien despues llamaron Sanctiago, que de parte de Dios les dijo se apartasen destos vicios y enviasen al Apo del Perú á pedirle hombres de la casa de Dios, que son sacerdotes, para baptizarlos é industriarlos en cosas de la fe; y en señal desto ser verdadero traian aquellas cruces, y pues no dijeron se las habia dado aquel ángel fueron inadvertidos, porque tambien fueran creidos. Visto é oido por el Visorrey y de los de su casa allí presentes, y el padre fray Garcia, lloraban de gozo dando gracias á Nuestro Señor por tantas mercedes como á estos bárbaros habia hecho. Luego el Visorrey mandó tomar por relacion lo dicho por estos come hombres, lo cual hizo el secretario Alvaro Ruiz Navamuel, y mandó se diese aviso á la Sede vacante, para que salgan á la puerta del Perdon, de la iglesia mayor, cercana á la puerta de palacio, con cruz alta, un prebendado con capa reciba las cruces y las ponga en el altar mayor al un lado y otro del altar, porque estos Chiriguanas vean la reverencia que los cristianos hacemos á la cruz, lo cual así se hizo, y el arcediano, que á la sazon era el doctor Palacio Alvarado, se vistió, recibió las cruces y las puso en el altar mayor, y allí estuvieron muchos dias á vista de todo el pueblo.

CAPITULO XXXII

El Visorrey don Francisco de Toledo convoca Audiencia Sede vacante y prelados de las Ordenes, y pide parecer.

Hecho esto, otro día, el Visorrey, para las dos despues de medio dia, convocó el Audiencia, Sede vacante, prelados de las Ordenes, cabildo de la ciudad y letrados del Audiencia, y los más principales del pueblo, para leerles la relacion que se habia tomado de los Chiriguanas que trujeron las cruces; en nuestra casa á la sazon, porque el superior estaba ausente, el vicario del convento mandóme fuese á ver lo quel Visorrey queria; no sabiamos qué. Llegada la hora y entrando en la cuadra donde el Visorrey yacia en su cama, á la cabecera se asentó el Presidente Quiñones, y luego los Oidores por su antigüedad; de la media cama para abajo corrian las sillas para los prelados de las Ordenes; yo tomé el lugar de mi Orden; luego el guardian de San Francisco, prior de San Augustin, y comendador de Nuestra Señora de las Mercedes. Leyóse la relacion, de tres pliegos de papel; los que viven á *placebo*, admirándose, muchos visajes con el rostro y cuerpo; otros, los menos, reianse que se diese crédito á [1] indios Chiriguanas; finalmente, el Virrey habló en general, refiriendo algunas cosas de las en la relacion puestas, y luego volvió á hablar con las Ordenes, pidiendo parecer sobre lo que los indios pedian, haciendo grande hincapie en la veneracion y reverencia que hicieron al adoratorio, y la que tenian ó mostraban tener á la cruz, y repitiendo cómo, visto el adoratorio, se humillaron sin hacer caso del mismo Visorrey ni de los demás que allí estaban, y pidió parecer si seria bien enviar á la tierra Chiriguana algunos sacerdotes, creyendo ser milagro la fiction destos come gente; porque pedir parecer si era fiction, no le pasó por el pensamiento; siempre el Visorrey, y los de su casa, creyeron ser verdad. Es así cierto, que como se iba leyendo la relacion, y viendo el crédito que se daba á estos más que brutos hombres, come gente, me carcomia dentro de mí mismo, y quisiera tener autoridad para con alguna cólera decir lo que sentia, sabia y habia oído decir de las costumbres destos Chiriguanas y sus tractos. Empero, guardando el decoro que es justo, luego que el Visorrey pidió parecer á las Ordenes, yo, aunque no era prelado, sino representaba el lugar de nuestra religion, levantándome y haciendo el acatamiento debido, sin saber hasta aquel puncto para qué éramos llamados, y tornándome á sentar, dije: No se admire Vuestra Excelencia qu'estos indios Chiriguanas hagan tanta reverencia á la cruz, porque yo me acuerdo haber leido los años pasados dos cartas que el reverendisimo desta ciudad, fray Domingo de Santo Tomás, que está en el cielo, de nuestra sagrada religion, llevó consigo á Los Reyes, yendo al Sínodo episcopal, de un religioso Carmelita, scriptas al señor obispo, el cual entre estos indios andaba rescatando indios Chaneses. En diciendo estas palabras, no habiendo concluido una sentencia, sin dejarme pasar más adelante, el Presidente de la Audiencia, el licenciado Quiñones, dice: No hobo tal Carmelita. Empero, estando yo cierto de la verdad que queria tractar, respondí:

[1] Tachado: *los*.

Sí hobo. El Presidente, por tres veces y más contradiciendo, é yo por otras tantas, no con más palabras de las dichas, afirmando mi verdad; en fin, el licenciado Recalde, Oidor de la Audiencia, volvió por ella, y dijo: Señor Presidente, razon tiene el padre fray Reginaldo; un religioso Carmelita anduvo cierto tiempo entre ellos. Callando el Presidente, y esta verdad declarada, prosigo mi razonamiento y dije: Estas dos cartas, el Reverendísimo, cierto dia, despues de comer y de una conclusion que cuotidianamente se tiene de Teologia en el general della, las sacó al padre prior, que á la sazon era el padre fray Alonso de la Cerda, despues obispo desta ciudad, y dijo: Mande vuestra paternidad se lean estas cartas, que dará gusto oirlas á los padres. El padre prior me mandó las leyese, y en ellas el padre Carmelita, despues de dado al Reverendísimo alguna cuenta del sitio de la tierra, le decia haber no sé cuántos años, de tres ó cuatro, que entraba y salia en aquella tierra, tractaba con estos Chiriguanas y les predicaba, y no le hacian mal alguno, antes le oian de buena gana, á lo que mostraban, y tenia hechas iglesias en pueblos, á las cuales llamaba Santa Maria, en cuyas paredes hacia pintar muchas cruces, mas que no se atrevia á baptizar á ninguno, ni decir misa, ni para esto llevaba recado: dejábalo en la tierra de paz. A los niños junctaba cada dia á la doctrina, y se la [1] enseñaba en nuestra lengua, y la letania. Delante las iglesias habia hecho su placeta, en medio de la cual tenia puesta una cruz de madera, muy alta, al pie de la cual en cada pueblo enseñaba la doctrina, y otras veces en la iglesia. Persuadia á todos los indios, grandes y menores, que pasando delante de la cruz hiciesen la reverencia; y más decia, que faltando un año las aguas, y las comidas secándose (no es tierra muy lluviosa), vinieron á él los Chiriguanas del pueblo donde residia, y le dijeron: Las comidas se nos secan; ruega á tu Dios nos dé aguas: si no, te mataremos. El cual oyendo el amenaza, dice que se recogió en su corazon lo mejor que pudo. encomendóse á Dios, junctó los niños de la doctrina, púsose con ellos de rodillas en la plaza delante de la cruz, comenzando la letania con la mayor devocion que pudo. Al medio de la letania revuélvese el cielo y llovió de suerte que no pudiendo acabarla donde la habia comenzado, se entró con los niños en la iglesia para acabarla, y dende entonces les proveyó Nuestro Señor de aguas; el año fué abundante de sus comidas: hecho esto y pasada aquel agua, luego hizo su razonamiento á todos los indios que á la letania se hallaron presentes, persuadiéndoles diesen gracias á Nuestro Señor, se enmendasen y reverenciasen mucho á la cruz; decia más, que entre otras cosas que les procuraba persuadir, y algunas veces salia con su intento, era no comiesen carne humana, por lo cual, viendo que ya tenian á pique de matar al chanés para se lo comer, se lo quitaba, y aun casi por fuerza, y no se enojaban contra él; otras veces no podia tanto; reprehendiales gravemente el ser deshonestos con sus hermanas, y referia que un Chiriguana, enamorado de su propia hermana, y ella no arrostrando á esta maldad, hallándola un dia aparte donde le pareció poner podia su maldad en ejecucion, ella se le escapó de las manos y corriendo se le entró en la iglesia, donde el perro Chiriguana y bestial no se atrevió á entrar, y visto por la hermana le dijo: Bellaco, yo diré al padre te castigue; ¿no se te acuerda que nos dice que manda Dios no hagamos esta maldad? La muchacha diciéndoselo reprehendió al hermano ásperamente. Reprehendiales gravemente el vicio bestial de comer carne humana, á lo cual algunas veces le respondian que si la comian era asada ó cocida, pero que no treinta leguas de allí habia otros indios muy dispuestos, llamados Tobas, que la comen cruda; estos eran malos hombres, y no ellos, porque cuando van en el alcance, al indio que cogen, echándoselo al hombro y corriendo tras los enemigos, se lo van comiendo vivo á bocados; y que si queria, le llevarian á la tierra destos gigantes, á los cuales por verlos hizo le llevasen allá, y decia que los habian visto desde un cerro, mas que no se atrevieron á bajar al llano, y á su parecer serian de estatura de tres varas y media, ó cuatro de alto, fornidazos, y visto, dió priesa á los Chiriguanas se volviesen antes de ser sentidos, y este valle dista, á su parecer, no cien leguas de la ciudad de La Plata. Todo esto, dije, yo leí en el lugar referido; por lo cual, no es milagro reverencien tanto á la cruz, enseñados por aquel padre carmelita. En lo tocante al milagro que dicen Dios les ha enviado un ángel que les predica y ha mandado vengan á Vuestra Excelencia á pedir sacerdotes, y lo demás, téngolo por fiction, y aun por imposible, porque esta es una gente que no guarda un punto de ley natural, tanta es la ceguera de su entendimiento; y á éstos enviarles Dios ángel no es creible, porque es doctrina de varones doctos, que si hobiese algun hombre que en la edad presente, gentil, que guardase la ley natural, volviéndose

[1] En el ms., *le*.

á Nuestro Señor con favor suyo, Su Majestad le proveeria de quien le diese noticia de Cristo, porque dice San Pedro que en otro no hay ni se halla salud para el ánima, como envió á San Pedro á Cornelio, y á Filipo diácono al eunuco, y á los Reyes Magos trujo con una estrella; aunque no niego que Nuestro Señor, usando de su infinita misericordia, no pueda hacer con éstos lo que dicen, pues los hombres igualmente le costamos su vida y sangre; mas los que agora éstos dicen téngolo por falsedad y fiction. En lo que toca á irles á predicar, si la obediencia no me lo manda (no me atreveré á ofrecerme á ello) iré trompicando. Lo que éstos pretenden es: saben que Vuestra Excelencia hizo guerra al Inga, le sacó de las montañas donde estaba, trújolo al Cuzco é hizo dél justicia, y temen Vuestra Excelencia ha de hacer otro tanto con éstos, por los daños que en los vasallos de Su Majestad y en los pobres inocentes han hecho y hacen, y quieren entretener á Vuestra Excelencia hasta que tengan todas sus comidas recogidas y puestas en cobro, y los Chiriguanas que estan agora en esta ciudad, á la primera noche tempestuosa se han de huir y dejaran á Vuestra Excelencia engañado. Dicho esto y otras cosas, hecho mi acatamiento, concluí mi razonamiento. El padre guardian de San Francisco, llamado fray Diego de Illanes, pidiéndole su parecer, dijo: No parece, Excelentísimo señor, si no queremos negar los principios de Filosofía, sino que Nuestro Señor ha guardado la conversion destos Chiriguanas para los felicísimos tiempos en que Vuestra Excelencia gobierna estos reinos; y poco más dicho, cesó. El padre prior de San Augustin, fray Hierónimo, no era hombre de letras, buen religioso, remitióse al parecer de los que mejor sintiesen; lo mismo hizo el padre Comendador de las Mercedes. El padre fray Juan de Vivero, que acompañaba al padre prior de San Augustin, dijo que iria de muy buena gana á predicarles, como en público y en secreto lo habia dicho muchas veces.

El Visorrey, oído esto, pidió parecer al padre fray García de Toledo, de quien habemos dicho ser hombre de muy bueno y claro entendimiento, que un poco apartado de nosotros tenia su silla, diciéndole: y á vuestra merced, señor padre fray García, ¿qué le parece? No respondió palabra al Visorrey, sino vuelto contra mí, dice: con el de mi Orden lo quiero haber; yo púseme un poco sobre los estribos, viendo ser una hormiguilla, y mi contendedor un gigante, y dijo: ¿cómo dice vuestra reverencia lo afirmado? ¿no sabe que Dios envió un ángel á Cornelio? Respondí: Sí sé, y sé tambien que antes que se lo enviase, ya Cornelio (dice la Sagrada Escriptura) era varon religioso y temeroso de Dios, y cuando llegó San Pedro hacia oracion al mismo Dios Luego nos barajaron la plática, é yo quedé por gran necio y hombre que habia dicho mil disparates, sin haber quien por la verdad ni por mí se atreviese á hablar una sola palabra. Es gran peso para inclinarse los hombres, aun contra lo que sienten, ver inclinados á los príncipes á lo que pretenden, por ser necesario pecho del cielo para declararles la verdad. No digo lo tuve ni lo tengo, mas dióme Nuestro Señor entonces aquella libertad cristiana.

CAPÍTULO XXXIII

Hace el Virrey informacion del milagro.

Persuadido el Visorrey don Francisco de Toledo que los indios Chiriguanas le tractaban verdad, para más en ella confirmarse y confirmar á otros determinó hacer una informacion de todo lo dicho por los indios que trujeron las cruces, y los testigos que tomaba y examinaba eran los mismos que dijeron la fiction, y algunos de los que estaban acá; hízose la informacion con esta solemnidad: hallóse presente á ella el mismo Visorrey, el Presidente de la Audiencia, Quiñones; el dean de La Plata, el doctor Urquizu; el licenciado Villalobos, vicario general por la Sede vacante, un hombre gran cristiano; tres secretarios: el de gobernacion, Navamuel; el del Audiencia, Pedro Juares de Valer; el de la Sede vacante, Juan de Losa; tres lenguas: un religioso nuestro nacido y lego en el Rio de la Plata, llamado fray Agustin de la Trinidad; Mosquera, de quien habemos tractado, y el mestizo Capillas. La hora señalada era de las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche; yo me hallé á toda ella, porque iba por compañero del religioso lego, y así lo pedí para ver en qué paraba esta fiction. Los indios que vinieron con las cruces fueron los primeros examinados, y declararon como habian referido en su embajada. Luego llamaron á otros de los que estaban acá que decian saber lo propio, y nunca tal dijeron hasta venidos los de las cruces; declararon tambien el don Francisquillo, y sucedió lo que diré: declaraban dos juntamente, y disparaban de lo que los otros habian declarado; á este tiempo el don Francisquillo, haciendo fuerza al portero del Virrey, como lo tenian por medio truhan, y el Visorrey gustaba de ver-

le tartamudear en nuestra lengua, entró dentro de la sala donde el Visorrey y los demás estábamos, y arrimóse á la pared frontera de donde era el examen; el cual, oyendo cómo disparaban de lo quél y los demás examinados habian declarado, díjoles: Hermanos, ¿no os dije ayer todo lo que habiades de decir? ¿cómo decís al contrario? y todos tres lenguas fueron tan cortos, que no advirtieron al Visorrey de lo que aquel don Francisquillo les dijo, para que se entendiera la fiction déstos. Dijéronlo ya que nos veníamos á nuestras casas acompañando al dean, porque era todo camino entonces, y aun más de una cuadra; lo dijeron porque veniamos tractando que era fiction y mentira, y ellos para confirmarlo dicen lo que el Francisquillo dijo á los que disparaban de los demás encaminados, y fué promision de Dios, porque aunque lo dijeran, no fueran creidos. Con mi poco talento yo me deshacia viendo lo que pasaba, y que el Visorrey nos detuviese allí tanto tiempo, y otra noche siguiente díjele: Suplico á Vuestra Excelencia sea servido oirme; respondióme: Decid; Señor, dije, si es verdad lo que éstos dicen que aquel ángel les predica, y afirman que unas veces le ven, otras no, y cuando le ven entra en la iglesia muy resplandeciente y hermoso, no hay duda sino que, para confirmacion de que es ángel, ó Sandiago, como ellos dicen, enviado de Dios, que para que le crean habrá hecho algun milagro. Porque esta es orden de Dios, como consta de Moisés, con los hijos de Israel, que para que le creyesen hizo milagros delante dellos, y lo mismo hicieron los apóstoles y otros muchos sanctos para confirmacion de la fe y predicacion evangélica; mande Vuestra Excelencia se les pregunte si ha hecho algun milagro. El Visorrey dijo: Bien decís; pregúntenselo. Pregúntanles las lenguas si aquel ángel ó Sandiago ha hecho algun milagro; responden haber hecho tres: el primero fué que le llevaron una yegua picada de una víbora, que era de un curaca, para que la sanase, y la sanó; este buen milagro es, porque convenia no se perdiese la casta de los caballos en los Chiriguanas. El otro, que á un muchacho picado de otra víbora, llevándoselo, lo sanó. El tercero fué, que no queriendo unos Chiriguanas salir de las casas donde estaban, á oirle su predicacion, les dijo: ¿así, no quereis oir la palabra de Dios? pues yo haré venga del cielo fuego y os abrase, y descindió fuego del cielo y los abrasó; y aun añadieron otro, que son cuatro: que en un pueblo llamado Cuevo, no le queriendo oir, les dijo: Pues yo me iré, y os dejaré; é se fué, y la cruz que estaba en la plaza de la iglesia se levantó y se fué en pos de Sandiago y se plantó en la plaza del otro pueblo. Examinando á otros dos indios, y preguntándoles destos milagros, en los dos primeros confirmáronse; en lo del fuego de la casa, dijeron haberse quemado acaso, pero que dentro della nadie pareció; y lo de la cruz de Cuevo no hobo tal, sino que allí está, y en el otro pueblo los indios dél pusieron una cruz delante de la iglesia; y con todo esto se pasó adelante con la fiction, y se creyó, y en la informacion se escribieron ochenta hojas, ó pocas menos; empero, cuando se huyeron los Chiriguanas (como en el capítulo siguiente diremos), ya entonces se creia la fiction ser mentira, é yo me atreví á hablar cerca desta materia y que habia salido verdad lo por mí dicho, que no querian sino engañar al Visorrey, y á la primera noche que sucediese tempestuosa, huirse á sus tierras, como lo hicieron.

CAPÍTULO XXXIV

Los Chiriguanas se huyen.

El Visorrey don Francisco de Toledo, hecha la informacion, fué deteniendo á los indios Chiriguanas, sin dejarles volver á sus tierras, lo cual ellos sintiendo determinaron de huirse; esto fué descubierto, y el Visorrey mandó que de una casa que les habia dado, un poco apartada del pueblo, en la perroquia de San Sebastian, se mudasen á otra dentro del pueblo, donde se tuviese un poco de más recaudo con ellos, y si se huyesen luego fuese sabido; subcedió, pues, así, que venida una noche muy tempestuosa, como las suele hacer en aquella cibdad y en toda la provincia, se huyeron todos los que habian quedado, y entre ellos Baltasarillo y el Chiriguana llamado Inga Condorillo. Sabido en casa del Visorrey por sus criados, antes que amaneciese dispiertan al Visorrey, á quien ni en aquella hora ni en otra, como durmiese, se atrevian á despertar, y dícenle: ¡Oh! señor, los Chiriguanas se han huido; entonces díceles: No me quede ninguno de vosotros en casa que no los vaya siguiendo y me los traya; sale la voz por el pueblo, de donde algunos de los criados del Visorrey y otros de la ciudad, con sus vestidos negros, sin esperar á más, toman sus caballos, y aun los ajenos, que hallaban á las puertas de sus amos, y sin más detenerse, unos por una parte y camino, otros por otra é por otro camino, se parten en busca de los Chiriguanas, sin saber el camino que llevaban; dióse

aviso luego á los chacareros de los valles por donde necesario habian de pasar, y á los que á las riberas de los rios tenian sus haciendas, que velasen é procurasen haberlos á las manos. Prendieron al Baltasarillo y á otros tres, que trujeron al Visorrey. El Inga Condorillo con los demás aportó al valle de Oroneota, donde hay un poblezuelo pequeño de los indios llamado Churumatas; en el paso estaban un mulato con dos indios, á donde llegando el Inga Condorillo con sus compañeros, con un cuchillo carnicero hirió al mulato, que luego huyó, y luego acometen á los indios, hiérenlos á ambos, al uno de muerte, de que dentro de breves dias murió; al otro más livianamente, con lo cual se escaparon hasta hoy, de suerte que lo que yo dije salió verdad; pero primero que saliese andaba como corrido, sin atreverme á hablar, ni haber quien se atreviese de los pocos que conmigo concordaban y sentian, aunque despues que los recogieron á la cibdad, algunos libremente decian su parecer.

CAPÍTULO XXXV

El Visorrey don Francisco de Toledo determina ir á los Chiriguanas en persona.

Sintió gravemente el Visorrey la huida de los Chiriguanas, como á quien unos indios bárbaros así burlaron, por lo cual, y porque convenia hacerles guerra, subjectarlos, ó echarlos á lo menos de aquellas montañas y carnecerias donde vivian, dende á pocos dias determinó él en persona ir á castigarlos, y de allí entrar en Santa Cruz de la Sierra y sacar á don Diego de Mendoza y justiciarle, como lo hizo despues, y de un tiro matar dos pájaros; sacó tiendas, las cuales armaron delante de su casa, en la cuadra de la iglesia mayor; nombró por capitan general á don Gabriel Paniagua, vecino de la ciudad de La Plata, hombre muy rico, comendador de Calatrava; por maestre de campo, á don Luis de Toledo, su tio. Antes de se determinar tuvo muchos acuerdos y consejos, en los cuales por el Audiencia siempre fué contradicho su parecer de ir en persona, y se lo requirieron, porque para aquella guerra era suficiente un capitan general con ciento y cincuenta soldados y tres capitanes, á quien mandase ir al puesto del rio de los Sauces, dond'el capitan Andrés Manso tuvo poblado, y de allí hiciese la guerra como convenia hacerse á estos come hombres, lo cual mejor que otro lo haria Pedro de Segura, de nacion vizcaino, cursado en guerra contra los Chiriguanas, á quien ya tenia perdido el miedo; envióle á llamar, que vivia pobremente con su mujer y hijos en un valle llamado Sopachui, más de veinte leguas de la ciudad de La Plata, el cual venido y ofreciéndose á servir á Su Majestad y al Visorrey en lo que le mandase, conforme á su obligacion de hijodalgo; empero pidiéndole algun socorro para dejar á su mujer y hijos, no se le dió, y le despidió diciéndole se volviese á su casa.

Determinóse, pues, el Visorrey, contra el parecer del Audiencia y de los demás vecinos y hombres que tenian experiencia cómo se habia de hacer aquella guerra, de ir en persona, y así aderezó y mandó aderezar las cosas necesarias.

CAPÍTULO XXXVI

El Visorrey don Francisco de Toledo pide parecer si dará por esclavos á los Chiriguanas.

Determinado el Visorrey de entrar en persona contra estos come hombres, enemigos comunes del género humano, llamó á consulta al Audiencia, Sede vacante, Cabildo de la ciudad de La Plata y á las Ordenes, y en particular á estas, y letrados, si podía lícitamente dar por esclavos á los Chiriguanas que se prendiesen en aquella guerra; juntos á la hora señalada, y pidiendo parecer, y dando las causas que le movian á poderlo hacer, hablando primero el doctor Urquizu, dean, le dijo que en la guerra justa, como era la presente, era lícito al rendido captivarle, por ser ya Derecho y comun consentimiento de las gentes, porque si á un enemigo, en la tal guerra, teniéndole rendido, le puedo quitar la vida, gran beneficio le hago, dándosela, hacerle mi esclavo; empero porque él habia visto una cédula del Emperador y rey nuestro señor Carlos V, en que mandaba que á ningunos indios, por delictos gravísimos que tuviesen, ni porque se hobiesen rebelado contra su corona Real, ni por comer carne humana, ni por otros ningunos de sus Virreyes, gobernadores, ni capitanes generales, les pudiesen dar por esclavos, ni á los ya reducidos á su servicio, ni á los que de nuevo se reduciesen, y así ponia en su libertad á todos los indios que como esclavos servian, vendidos y comprados; por lo cual, conforme á esta cédula, usada é guardada, no era lícito darlos por esclavos, por ser ley de nuestro Rey y príncipe, en la cual para con estos indios moderaba la ley

y Derecho de las gentes de que arriba hicimos mencion que en la guerra justa al rendido justamente se hace esclavo; á esto respondió el Virrey, aquella cédula haberla Su Majestad despachado y establecido aquella ley para los reinos de México, donde el Visorrey don Antonio de Mendoza tuvo muchos esclavos indios con sus ingenios, y que no se entendió en estos reinos. Oido esto por el doctor Urquizu, dijo: Si Vuestra Excelencia esa ley puede así interpretar, con justo título los puede dar Vuestra Excelencia por esclavos. Con este parecer fueron todos los demás prelados de las Ordenes, y casi concluida la consulta, y en este parecer resuelta, viéndome el Visorrey, mandóme decir lo que sentia, y es cierto que no siendo yo sino un muy simple y sencillo religioso de mi Orden, era compañero de mi prior, me habia asentado muy abajo, y aun casi me escondia, porque ni me viesen ni me preguntasen, pareciéndome ya en este particular de los Chiriguanas me tenian por sospechoso. Pero no me pude esconder qu'el Visorrey no me mandase decir mi parecer, al cual dije (no parezca á nadie alabo mis agujas; tracto verdad *coram Deo et Christo Jesu*): Señor, si la ley del Emperador y rey nuestro señor, de gloriosa memoria, no se entiende en estos reinos, lo que á Vuestra Excelencia se ha respondido se puede justísimamente hacer; pero aunque sea así, Vuestra Excelencia debe mandar se modere este rigor desta suerte, pareciendo conviene que los niños y mujeres inocentes, excepto las viejas, porque éstas son malditas, por cuyo consejo estos Chiriguanas van á la guerra, no se den totalmente por esclavos, sino que el que los captivare se sirva dellos toda su vida como de tales, no los pudiendo vender ni enajenar, y que si algun otro se los hurtare ó sosacare, sea castigado como si cosa propia se le hobiera hurtado; los demás inocentes queden libres como vasallos de Su Majestad, para que Vuestra Excelencia los encomiende á quien fuese servido. Muévome á esto, porque todos estos reinos se han de reducir á la corona de Castilla, y en contorno de los Chiriguanas hay indios, y lejos dellos, que no están reducidos. Pues si estos tales oyeren decir que los cristianos han hecho esclavos, compran y venden y han destruido á estos come hombres, no sabiendo la razon e justicia de parte de Vuestra Excelencia para mandarlo, tenernos han más aborrecimiento del que nos tienen, y el nombre de cristiano se hace más odioso. El Visorrey dijo era piadoso parecer; empero, no lo queriendo admitir, mandó al general don Gabriel saliese á la plaza y con la solemnidad acostumbrada publicase á fuego y á sangre la guerra contra estos Chiriguanas, declarándolos y dando por esclavos á todos cuantos en ella se rindiesen y prendiesen; lo cual hizo luego, y en la plaza públicamente se publicó y pregonó como el Visorrey lo mandaba.

CAPÍTULO XXXVII

El Visorrey manda al general don Gabriel entre contra los Chiriguanas por el camino de Santa Cruz.

Publicada la guerra á fuego y sangre, y dados por esclavos los Chiriguanas, mandó el Visorrey al general don Gabriel que con 120 soldados, sin la gente de su casa, entre contra estos enemigos comunes por el camino que va á Santa Cruz de la Sierra, y procure allanar al cacique Vitapue, que está en medio del camino, ó á lo menos impedirle que no pueda ir á socorrer á los demás contra quien el Visorrey entraba. Apercibióse el General de lo necesario, y con los soldados dichos, muy buenos y bien aderezados, tomó su camino. Lo que le subcedió diremos cuando hobiéremos concluido con lo que *acontecció* al Visorrey.

CAPÍTULO XXXVIII

El Visorrey nombra capitanes y entra en la tierra Chiriguana.

Nombró tambien otros capitanes: por la ciudad de La Plata, á don Fernando de Zárate, vecino della; por la villa de Potosí, á Juan Ortiz de Zárate, su criado. Mandó que todos los vecinos del Pueblo Nuevo viniesen á servir á Su Majestad en esta jornada, ó enviasen personas en su lugar con sus armas y caballos; los más vinieron; los otros enviaron soldados á su costa; otros muchos hijosdalgo, conforme á su obligacion, se ofrecieron á servir y fueron sirviendo sin interés ni socorro alguno. Partió, pues, el Visorrey llevando en su compañia los lanzas y arcabuces para la guarda de su persona, y para hacer lo que se les mandase. Por justicia mayor del campo, al licenciado Ricalde, con buena casa de soldados vizcainos y mucho gasto. Salieron con él de la ciudad de La Plata pocos más de 400 soldados, todos deseosos de concluir con esta maldita canalla y de vengar la injuria hecha al Visorrey, engañándole como le engañaron; fueron tam-

bien con él otros soldados que tenian sus haciendas en los valles fronteras desta gente, y que aquella tierra la habian visto muchas veces.

La primera jornada fué legua y media de la ciudad, á un valle llamado Sotala, á donde se acabaron de juntar las cosas necesarias de mantenimientos, y carneros para llevarlos; vinieron tambien allí indios de servicio y de los Chichas, que es gente buena y bellicosa, con sus arcos y flechas. En este valle quisieron algunos criados del Virrey saber qué tan fuerte era el arco Chiriguana, y tomando una cota la pusieron en un costal de paja y á los indios Chiriguanas que llevaban para guias hiciéronlos tirasen á la cota, y á los Chichas; los Chichas desembrazaron primero, pero sus flechas resurtieron. Los Chiriguanas desembrazando pasaron la cota y costal de banda á banda, de lo cual fueron no poco admirados; es el Chiriguana bravo hombre de arco y flecha, como dejamos dicho; y aunque es así que se llevó gran cantidad de comida, porque siempre se temió hambre, y temiéndola, los cursados en aquella tierra y el camino que llevaban, dijeron al Virrey que para tal tiempo proveyese, á lo menos dejase proveido, que de la ciudad de La Plata y sus términos, en el rio de los Sauces, ó asiento de Condorillo, le tuviesen comida, porque seria necesaria; no los quiso oir, y subcedió así como diremos, que si lo dejara proveido, no se viera el campo en la necesidad que se vió. Llegando, pues, á las puertas de las montañas Chiriguanas, luego despachó al capitan Juan Ortiz de Zárate con su compañia de cincuenta soldados, sin otros diez que le dió viejos y cursados, á un pueblo, creo llamado Tucurube, el primero por aquel camino; el cual llegó á tan buen tiempo, que no halló indio en él que le pudiese hacer resistencia, sino las mujeres y niños, por haber tres ó cuatro dias se habian partido á cazar indios chaneses para su carnicería, y entre las mujeres vivia una mestiza que dijimos haberse quedado en los Chiriguanas cuando mataron al capitan Andrés Manso y á todos los que con él estaban, la cual con las demás indias se huyó al monte, y conocida por algunos, llamándola, no quiso volver, tiró su camino con las demás y hasta hoy se quedó hecha chiriguana. Hallóse aquí mucha comida de maíz, frísoles, zapallos, yucas y otras suertes de mantenimientos de que se sustentan y hacen sus brevajes en mucha cantidad; oí certificar á algunos que con él fueron serian de todas comidas más de 3.000 fanegas. Apoderóse del pueblo, que no era más de tres casas como las usan, muy anchas y más largas. Los del pueblo *van* al monte *y* avisan á los Chiriguanas den luego la vuelta, porque los cristianos se han apoderado de las casas y comidas; los cuales dentro de pocos dias volvieron y entraron como de paz, no todos, sino los más principales, que á escondidas preguntaban quién era el capitan; si era conocido dellos, viejo ó chapeton, ó si por ventura era el capitan Hernando Diez de Recalde, que allí como soldado iba. El capitan Hernando Diez era dellos muy conocido por muchas y muy buenas suertes que habia hecho en ellos; temianle y deseaban haberle á las manos; mas como supieron era chapeton, y dellos no conocido, luego le tuvieron en poco y engañaron, comenzándole á servir y traer agua y leña y lo que les pedian. El capitan Juan de Zárate despachó luego al Visorrey un soldado con la nueva de la presa de la comida que tenia; el capitan alojó sus soldados á lo largo de los buhios, de suerte que por las espaldas estaban seguros; empero los Chiriguanas le persuadieron se metiese en uno dellos, porque las indias que traian leña y agua y demás cosas para guisar de comer tenian miedo de los soldados, y no venian de buena gana, ni se atrevian á entrar dentro del buhio; persuadióse á ello, aunque por algunos soldados le fué rogado no lo hiciese ni desamparase su alojamiento; con todo eso se metió dentro de la casa, á donde por algunos dias le aseguraron los Chiriguanas sirviéndole con mucho cuidado. Empero no eran tan recatados que los que tenian alguna experiencia de sus malas costumbres, por los ademanes y otras cosas, entendianles los pensamientos, por lo cual avisaron al capitan se velase y no hiciese tanta confianza de aquella gente sin Dios, sin ley y sin rey; no quiso admitir este buen consejo, diciendo no era él hombre á quien los Chiriguanas habian de engañar, no se acordando habian engañado al Visorrey, con todo su buen entendimiento. Los que se recelaban, que fué el capitan Hernando Diez de Recalde, con un hijo suyo y un negro, y otros tres ó cuatro que se le llegaron, no dormian en el buhio, sino fuera, las espaldas seguras con unas piruas de maíz juncto al buhio (pirua es un cercado como de dos varas de hueco, redondo, de cañas, donde se encierra el maíz), y la noche de cierto dia que conocieron lo que habia de hacer la gente enemiga, se repararon lo mejor que pudieron y estuvieron apercebidos velándose; esta noche, el capitan descuidado, dan los Chiriguanas en él y en los demás que dormian á sueño suelto y sin centinelas; mataron á un espa-

ñol y á uno ó dos mulatos, y no sé cuántos indios, y hirieron á otros, y á soldado hobo, y lanza, que le pasaron un muslo con una flecha, revuelto con su frezada. Los que estaban fuera, éstos detuvieron á los indios que no entrasen tan de golpe, y mataron algunos con sus arcabuces, porque los que hicieron el daño en el buhio fueron los que allí se habian quedado, como ellos decian, á dormir, y á la hora señalada tomaron las armas que entre la leña metieron, y con ellas hicieron el daño dicho, y al capitan hirieron livianamente en una mano. Los Chiriguanas, como los de fuera les daban priesa, huyeron al monte; llegó el dia; curaron los enfermos y enterraron los muertos, y el capitan fué á buscar los enemigos, pero no hallándolos, se volvió; los cuales se entiende haber recebido no poco daño, por la sangre que á la mañana se vió juncto á la casa. Dende á pocos dias determinó el capitan dejar el pueblo y comidas, y dar la vuelta en busca del Visorrey, á donde llegando, y sabido el subceso, no le quiso ver ni hablar por muchos dias, y no sin mucha razon, porque si el capitan Juan de Zárate siguiera el parecer de los expertos en la guerra Chiriguana, casi la habia acabado; pero, como dijimos arriba, los que vienen de España tiénennos por más que bárbaros; dijéronle no desamparase la comida sin órden del Visorrey, ni el pueblo, la cual, si no dejara, era fácil llevarla al real y no se padeciera la hambre que despues se padeció, á lo menos no tanta.

CAPÍTULO XXXIX

El Visorrey nombra capitan á Barrasa, su camarero, y lo envia al pueblo de Marucare.

Prosiguiendo la tierra adentro el Visorrey con su campo, lo asentó en cierta parte cómoda, de donde nombrando por capitan á Francisco Barrasa, su camarero, le mandó escogiese cincuenta hombres en todo el ejército, y con ellos fuese á un pueblo del curaca Marucare, que dijimos haber salido á la cibdad de La Plata con Mosquera, pero el Visorrey le dió licencia para volverse á su tierra.

Antes que pasase más adelante, se me podria preguntar por qué el Visorrey no quiso recebir el consejo de los vaquianos. A esto respondo lo que oí á un personaje con quien el Virrey tractaba lo íntimo de su corazon, que era el padre fray Garcia de Toledo: el Virrey se persuadió á que viendo los Chiriguanas la pujanza con que entraba él propio en persona, y que por ninguna via se podian huir de sus manos, se le habian de venir á entregar sin tomar armas; que no se pudiesen huir, era como demostracion; porque *los de* [1] Vitupue habian de caer en las manos de don Gabriel, general del campo; si *huían* á Santa Cruz, en las de don Diego de Mendoza, á quien mandó saliese hasta tal puesto con sesenta soldados y algunos amigos indios, cual lo hizo; si la tierra adentro, habian de dar en los Tobas, que dijimos ser gigantes y enemigos capitales de los Chiriguanas; persuadido con estas conjeturas no hizo caso de los buenos consejos; digo tambien que la gloria de la conquista de los Chiriguanas se la quiso atribuir á sí y á los suyos, y no á los capitanes y soldados viejos, como la del Inga, porque al mismo padre fray Garcia oí decir que si los chapetones no fueran á ella, no se hiciera el efecto que se hizo, porque éstos se echaron el rio abajo, pidieron y sacaron al Inga y á sus capitanes.

Volviendo á nuestra historia, el capitan Barrasa escogió los más principales del ejército en linaje y no en trabajo, ni en ejercicio de guerra, que fueron á los vecinos de la cibdad de La Paz y otros. Desta suerte salieron en sus caballos hasta el pie de una cuesta por donde no se podian aprovechar dellos, y el pueblo estaba fundado en lo alto della; la cuesta agria y larga, el calor mucho, los cuerpos cargados de armas y no acostumbrados á traerlas, hobo algunos que dieron señal, y muy baja; finalmente, llegaron á lo alto; los indios, que antes que subieran la cuesta los habian visto, no se atreviendo á resistirlos se metieron en la montaña con sus hijos y mujeres, dejando las casas desamparadas; los nuestros, cuando llegaron ya llevaban alguna hambre, y entrando en las casas buscaban qué comer; dieron en una olla grande llena de maíz cocido; metian las manos y á puñados sacaban el mote (mote es maíz cocido), lo cual con mucho gusto comian; empero uno, metiendo la mano un poco más adentro, encontró con un brazuelo de un niño; sacólo á fuera sin saber lo que sacaba; en viendo los nuestros la carne humana, fué tanto el asco que recibieron, que lo comido y lo que más tenian en el cuerpo, con grande asco lo lanzaron fuera, y sin hacer otro efeto se volvieron al real. No hallaron alguna comida porque los indios la tenian en la montaña puesta en cobro, y si fueran hombres de guerra y dieran sobre los nuestros cuando andaban sin órden buscando la comida, no sé cómo volvieran.

[1] En el ms., *porque á*.

CAPÍTULO XL

De la hambre que comenzaba en el real y enfermedad del Visorrey.

De aquí partió el Visorrey, donde tenia alojado el campo, la tierra adentro, y prosiguiendo su camino dió en el rio llamado de Pilaya, á quien algunos llamaron el rio Incógnito, no lo siendo; muchos iban en el real que le habian visto antes. Ya en este tiempo se comenzaba á sentir falta de comida en el real, porque la tierra no la lleva sino en los lugares donde los Chiriguanas siembran sus comidas, y siendo la tierra montosa, los árboles son infructíferos, si no son unos llamados cañares [1] que son los azofeifos nuestros; otros no sé que lleven fructa, sino muchas garrapatas, á los cuales arrimándose, á un hombre caen tantas que le cubren de arriba abajo. Los Chiriguanas sus comidas habíanlas metido en la montaña, y aunque las buscaban los nuestros, no las hallaban. El Visorrey, ó por la destemplanza de la tierra del mucho calor ó por otras causas que descomponen los cuerpos humanos, comenzó á enfermar de unas bravas y recias calenturas que le iban creciendo y enflaqueciendo mucho, por las cuales é no poder caminar el Virrey en su literilla de hombros (la tierra no sufria litera de acémilas que llevaba) se detenian en los alojamientos más de lo necesario para pasar adelante: su médico todo lo posible hacia para su salud, y dia de Nuestra Señora de Agosto, cuando se pensó tener acabada la guerra, le desafució, y con todo esto el Visorrey no queria sino proseguir su jornada. Lo cual visto por el licenciado Recalde, entrando á visitarle en la tienda le dijo el estado de su enfermedad, y que si Nuestro Señor disponia dél en aquella tierra, allí le habian de sepultar, aunque esto no hacia al caso, porque la comun sepoltura de todos los hombres es la tierra. Lo que más se habia de advertir, y por lo que más se habia de mirar, era que todos se perderian cuantos con él entraron, y el reino del Perú corria mucho riesgo (como era verdad) de perderse con alguna tirania, y subcediera así si Nuestro Señor otra cosa no ordenara. Tambien le puso delante de los ojos la hambre que se augmentaba en el real, y quien más la padecian eran los pobres indios; por tanto, le suplicaba mirase los grandes inconvenientes que se siguieran, irremediables, por los cuales perderia el crédito que con Su Majestad habia ganado hasta allí, y no permitiese que los miserables indios, á quien sacó de sus tierras, tan miserablemente murieran, porque acosados de la hambre se huian del real, sin saber camino, los cuales cayendo en las manos de los Chiriguanas, luego eran comidos, y cuando no, daban en manos de tigres, de que es aquella tierra poblada, y los despedazaban; lo cual siendo como era así, Su Excelencia mandase dar la vuelta al Perú, pues ya se habia hecho todo lo posible, y los Chiriguanas no parecian en el mundo.

[1] Tachado: *camotes*.

CAPÍTULO XLI

El Visorrey manda volver el campo al Perú.

Viendo, pues, el Visorrey su poca salud, y lo que el licenciado Recalde le aconsejaba era lo justo, bueno y sancto, y el riesgo qu' el reino corria, determinó mandar se diese la vuelta al Perú, ya todo el campo muerto de hambre, y los que más la padecian eran los pobres indios, los cuales si encontraban con algunas sillas se comian los cordobanes y guarniciones; los más se aventuraban á salir á este reino, y salieron algunos; vi un indio en la cibdad de La Plata, del repartimiento del capitan Hernando de Zárate, que á su ventura se atrevió á salir y llegó á la cibdad, y fuese derecho á casa de su amo, donde á la sazon estábamos dos religiosos; doña Luisa, mujer del capitan don Fernando, cuando le vió compadecióse grandemente y todos nos compadecimos; regalóle, acariciòle, mandó que le diesen de comer; no parecia sino la estatua de la muerte, en los puros cueros y en los huesos; al cual preguntándole el estado de los nuestros, dijo lo que habemos referido. Preguntámosle más: ¿cuántos Chiriguanas traian en colleras? lleváronlas Chichas de acá. Respondió estas palabras: Ni solo una uña de chiriguana traen los cristianos.

Todo el real casi venia á pie, porque los caballos, pasaron de más de 1.600, se quedaban estacados de cierta yerba que comian, haciendo espumarajos; salieron cual ó cual, y como no habia en qué traer la ropa, quedábanse los toldos armados y las petacas llenas.

El licenciado Recalde se mostró gran cristiano para con los indios, y Nuestro Señor se lo pagó, porque encontrando al indio arrimado ó á la peña, transido de hambre, le hacia dar de comer, lo traia en su compañia, y si no podía caminar, en sus caballos ó mulas lo mandaba subir; dejando su caballo, y

quitándolos á sus criados y á los de su casa, los daba á los indios; albergábalos, curábalos en sus toldos, con lo cual libró no pocos de la muerte y sacó á esta tierra; finalmente, sus toldos eran las enfermerias de los pobres indios. Con mucho trabajo salió el Visorrey y el campo á la tierra del Perú, á un valle llamado Tomina, sin que en el camino recibiese algun daño de los Chiriguanas, que fué no poca merced que Nuestro Señor hizo á todo el reino, y si bien se considera, confesaremos que el mismo Dios puso [1] en las manos de los nuestros á los Chiriguanas, y los cegó para que no conociesen la oportunidad, creo por la gran soberbia con que entraron.

Si el capitan Juan de Zárate siguiera el consejo que le daban, habria preso y captivado muchos de los principales Chiriguanas, enseñándoselos con el dedo en el pueblo donde dijimos llegó y no halló resistencia alguna. Fué señor de la comida, y si no la desamparara no se padeciera en el real la penuria que della hobo, ni hobiera hambre, y la guerra casi era acabada, y si no acabada, se habria puesto en término de acabarla presto. Puso tambien Nuestro Señor á los españoles en las manos Chiriguanas; empero, usando de su acostumbrada misericordia con ellos, cegó á los Chiriguanas para que no conosciesen el tiempo, ni se aprovechasen dél ni de sus propias costumbres de pelear, porque con ser gente que no pelea sino á traicion y de noche, con nosotros pocas veces de dia, sí de noche; si fueran dando arma en el campo, de suerte que los desvelaran y hicieran estar en arma toda la noche, hambrientos, sin fuerzas para tomar armas, y desvelados, ¿cómo volvieran á este reino? ¿por qué camino?

Abriéndolo venian; cególos Dios, y olvidáronse de su órden de pelear. Del campo dióse aviso al Audiencia y á la cibdad cómo salian y cuán destrozados y hambrientos. Salió con la brevedad posible el Presidente Quiñones á les llevar refresco, el cual llegando al valle de Tomina y sabiendo cuánta más necesidad traian de la que en las primeras cartas se habia significado, y que los gastadores estaban cerca, ya casi arrimados á los árboles, tomando su mula y en ella unas alforjas, y los demás que con él iban haciendo lo mismo, con la priesa posible llegaron donde los gastadores estaban, entre los cuales hallaron dos ó tres ya arrimados á unas peñas, los ojos vueltos en blanco, de hambre; animóles y dióles el refresco que llevaba, con lo cual los volvió en sí y avisó al campo cómo habia llegado con bastimentos y otro dia sería con ellos; con esto los unos y los otros se animaron y llegaron al valle nombrado Tomina, sin que se perdiesen tres soldados, á donde fueron muy caritativamente recebidos de los que en él habitaban, españoles chacareros, que con gran liberalidad daban de comer á todo el campo, vaca, ternera, cabritos, ellos y sus mujeres amasando de dia y de noche el pan para los que á sus casas llegaban con no poca pérdida del crédito español.

CAPÍTULO XLII

Lo que subcedió al general don Gabriel Paniagua.

El general don Gabriel Paniagua, prosiguiendo su viaje por donde le fué mandado, con 120 soldados (como dijimos), entró en la tierra Chiriguana sin que los indios se le atreviesen á salir al camino, ni estorbar el paso; solo un dia, en un pajonal crecido, le tenian armada una celada, que si no se descubriera acaso, le hicieran algun daño; llegó á este pajonal ya tarde, donde, alojando la gente, ya comenzaban á armar sus toldos, atar los caballos y el bagax ponerlo en medio del alojamiento; un soldado iba en busca de su caballo, que se le habia apartado un poco de trecho del alojamiento, el pajonal adelante, y era hacia aquella parte donde los enemigos estaban acachados y escondidos, para en comenzando á cenar, ó al primer sueño, dar en los nuestros.

Los indios como vieron que el soldado iba para ellos con su escopeta al hombro, pensaron ser sentidos, levántanse y descúbrense de la emboscada. El soldado, vistos, disparó su arcabuz contra ellos y volvióse al campo tocando arma.

A esto los demás tomaron sus escopetas, y puestos en órden, como mejor pudieron se defendieron y ofendieron al enemigo, sin que ellos recibiesen en la persona daño alguno; al ruido de los arcabuces, los caballos, que no estaban atados, se metieron en la montaña y se desaparecieron, pocos de los cuales volvieron á la compañía; esta fué la mayor pérdida que subcedió al general don Gabriel, ni tuvo otro encuentro. Puesto, pues, en medio de las montañas Chiriguanas, no sabía cosa alguna del Visorrey; no le avisó, ni pudo, como estaba concertado; indios no le molestaban ni los hallaban; el tiempo del verano era acabado; las aguas

[1] Tachado: á los nuestros.

comenzaban, hasta que desde un cerro le dijeron los enemigos todo lo que pasaba en el campo del Visorrey: la enfermedad, la hambre, y que ya el Visorrey habia dado la vuelta al Perú; que se saliese, por ser ya tiempo de sembrar, y no les impidiese las sementeras, porque si aguardaba á las aguas ni él podria salir, y le faltarian las comidas, ni ellos sembrar, y así perecerian todos; el consejo no fué errado.

El general, pues, viendo, y sus capitanes, ser posible lo que los Chiriguanas decian, considerando el tiempo y lo demás, determinó de dar la vuelta al Perú, y saliendo sacó toda su gente sana y salva, sin más pérdida de aquellos pocos caballos que se huyeron en la refriega dicha; en llegando á tierra de paz, luego fué cierto de lo que los Chiriguanas le habian dicho ser verdad, y viniéndose para la cibdad de La Plata halló en ella dias habia al Virrey muy enfermo.

CAPÍTULO XLIII

Despide los soldados el Visorrey y llega á la cibdad de La Plata.

En este valle de Tomina despidió los soldados, dándoles licencia, en donde descansó el Visorrey hasta adquirir unas pocas de fuerzas, las cuales, en dándole los aires del Perú comenzó á recobrar, y la enfermedad á disminuírsele, pero no de manera que se pudiese tener en pie ni andar un paso; mas sintiéndose ya con algunas fuerzas se puso en camino para la ciudad de La Plata, adonde llegó en una literilla de hombros en que le traian dos lacayos, tan flaco y desfigurado, que se tuvo muy poca esperanza de su salud; mas Nuestro Señor se la dió enteramente, y todo el pueblo dió muchas gracias á la majestad de Dios porque le sacó vivo. Alcanzada esta salud y compuestas algunas cosas tocantes al buen gobierno de aquella provincia, dende á cinco ó seis meses tomó el camino para Potosí, á donde, hallando que muchos de los que tenian indios para sus ingenios se habian ocupado más en recoger metales de los desmontes, y en traspasar la ordenanza por él hecha (como dejamos dicho), que en beneficiar y labrar sus minas, los condenó á tres tomines ensayados por quintal, con los cuales enteró la caja Real de lo que della habia sacado para la guerra chiriguana, y lo demás repartió en los que más habian gastado, como fué al licenciado Recalde aplicó cierta cantidad y á otros.

Pudiera escrebir otras cosas particulares que en esta provincia sucedieron, mas déjolas porque no paresca se tratan con alguna manera de pasion, de la cual estamos muy lejos; empero la verdad de la historia no se ha podido dejar. Partió de Potosí, asentado todo lo necesario para su buen gobierno, para la ciudad de La Paz; de allí á Arequipa, de donde se fué á embarcar, creo son 22 leguas, á la playa de Quilca; embarcado, en breves dias llegó al puerto del Callao, de la ciudad de Los Reyes, adonde fué muy bien recebido.

CAPÍTULO XLIV

Del capitan Francisco Draque, inglés, que entró por el estrecho de Magallanes.

El año de 77, así como en España y toda Europa, pareció en la media region del aire el más famoso cometa que se ha visto; tambien se vió en estos reinos á los 7 de Otubre con una cola muy larga que señalaba al estrecho de Magallanes, que duró casi dos meses, el cual pareció ser anuncio que por el Estrecho habia de entrar algun castigo enviado de la mano de Dios por nuestros pecados, como sucedió; que dende á dos años, poco más ó menos, que se acabó, y el Visorrey don Francisco de Toledo residiendo en la ciudad de Los Reyes, entró en el puerto della un navio inglés, enemigo, con un capitan llamado Francisco Draque, de noche, sin que hobiese imaginacion que tal pudiese subceder, en el cual tiempo en la ciudad de Los Reyes no habia un grano de pólvora, ni gentilhombre lanza que tuviese lanza, ni gentilhombre arcabuz que tuviese arcabuz, por se los haber comido y no les haber pagado lo situado por el marqués de Cañete, de buena memoria. El ejercicio de las armas se habia olvidado, no sólo en aquella ciudad, sino en todo el reino, por haber mandado el Visorrey ningun hombre caminase con arcabuz, so pena de perdido, y á los corregidores de los partidos tenia mandado lo ejecutasen. En esta sazon, pues, llegó este pirata, que robase y afrentase y le diese un bofeton de los grandes que han recebido, ni creo recibiran tan presto los leones del Perú.

El capitan inglés, luterano, con órden de la reina Maria, inglesa, tambien luterana, una de las malas hembras y crueles que ha habido en el mundo, se aventuró con tres navios *á* salir de Ingalaterra y venir á estos reinos á robarlos y á hacerse señor de la mar, caso jamás imaginado, y de ánimo más que inglés, porque salir de su tierra y venir por mares y temples tan contrarios al temple

inglés, y seguir derrota que tantos años no se seguia, ni otra que la nao *Victoria* no habia hecho, porque de las que con ella salieron sola ésta volvió, las demás se perdieron, y de las del obispo de Plasencia don Gutierre de Caravajal, ni una sola se salvó; atreverse este capitan inglés á renovar esta navegacion, ya casi olvidada, y á meterse en las manos de sus enemigos, como se metió, tan apartado de donde le pudiese venir socorro, fué más que temeridad, sino que como venia para castigo destos reinos por nuestros pecados, todo le subcedia bien. Partió, pues, de Inglaterra con tres navios, segun algunos referian habérselo oido; piérdense los dos á la entrada del Estrecho, ó á la salida; sólo él desembocando de la vuelta sobre mano izquierda, costeando la tierra y costa primero de Chile, donde en el puerto Valparaiso, viniendo falto de comida, halla dos ó tres navios con oro, aunque poco; no fueron 30.000 pesos; halla comida, y vino, y proveyéndose de lo necesario, costeando, sondando los puertos y las caletas, sin que hallase resistencia alguna, viene hasta el puerto de Coquimbo, adonde, no hallando qué pillar, treinta leguas de allí, ó poco más, llegó á la bahia Salada, donde estuvo dos meses y más dando carena á su navio y haciendo una lancha, sin que le diesen la menor pesadumbre del mundo, pudiéndosela dar y facilísimamente. No parece sino que todo le subcedia al sabor de su deseo, y á los nuestros les faltaba el consejo, como es así realmente. Era azote enviado de Dios; habia de azotar. En Chile, á la sazon, Rodrigo de Quiroga, de quien tractaremos adelante, bonísimo caballero, estaba en Arauco con la gente de guerra; despacha al capitan Gaspar de la Barrera, y deshace el campo, pero no fué de ningun efecto, porque se tardó mucho (y no pudo ser menos) en aprestar el navio, y cuando llegó á Coquimbo ya el capitan Francisco habia salido de la bahia Salada con su navio y lancha, y no fué seguido porque el capitan Gaspar de la Barrera no llevaba más comision de hasta los términos de Chile. Sale de la bahia Salada y llega en breve al puerto de Arica, donde halla tres navios, y como tal no habia caido en entendimientos de los nuestros, viéndole venir de arriba, que es decir de Chile, alegráronse todos los del puerto diciendo: ¡navio de Chile, navio de Chile! de donde habia dias ninguno bajaba; solo un piloto, nombrado maese Benito, en viéndole dijo: No, aquel no es sino navio enemigo. Hacian todos burla dél, y él más se afirmaba en decir era navio enemigo. Conocióle, como dijo despues, en las velas; las nuestras son blancas mucho; las de los ingleses son pardas, no son tan blancas como las nuestras. Pues como el navio enemigo se viniese llegando al puerto, antes de surgir dispara una pieza de artilleria; luego se entendió ser verdad lo que decia maese Benito. La poca gente del pueblo, con el corregidor y tesorero del Rey, Pedro de Valencia, pusiéronse en arma para se defender; á las mujeres enviáronlas la tierra adentro, pero el enemigo no curó saltar en tierra (ni supiera, porque, como habemos dicho, no tiene sino una caletilla muy angosta para desembarcar; lo demás es costa brava, llena de peñascos); en surgiendo con la lancha y batel llenos de gente armada vase á los navios, que sin gente estaban, y en el del pobre maese Benito, que habia tardado del puerto del Callao hasta Arica más de seis meses y no habia aun descargado el vino de Castilla que llevaba; entra en él y halla 150 botijas de vino de Castilla; en los otros dos solamente halló: en el uno, 12.000 pesos en barras que habia embarcado un buen hombre, llamado Céspedes, que con su mujer se embarcaba para se ir á España; tenia embarcada la plata, y él con solos 500 pesos estaba en tierra, y su mujer, aguardando á que el maestre con el navio se partiesen; llevóse el capitan Francisco esta plata y vino; los navios quemólos, no curando de saltar en tierra; no le convenia.

Luego el corregidor despachó un hombre al puerto de Arequipa, que por la posta fuese á dar aviso de lo que pasaba, y si algun navio habia en el puerto, avisase luego alzase velas y se fuese, y si tenia algunas barras, las echase en tierra; fué Nuestro Señor servido que, con no ser de viaje por la mar más de un dia natural de Arica al puerto de Chile, así se llama el de Arequipa, por falta de tiempo tardase el capitan Francisco Draque tres dias; llegó el aviso por tierra; en el navio, que era de un Fulano del Rio, donde yo estaba fletado para bajar á Los Reyes, estaban embarcadas 1.200 barras del Rey y de particulares. Luego á gran priesa las desembarcaron, y á la última batelada el Francisco con el navio, y la lancha con el batel, el cual con la mayor priesa que pudo se metió en la caleta, en la cual echó todas las barras, que eran las últimas, por miedo de la lancha, que le venia ya en los alcances, la cual no se atrevió á entrar dentro de la caleta. La caleta es angosta, fondable, y el agua tan clara que parece *se* pueden contar las arenas, y muy segura [1].

[1] En el ms., *seguras*.

El capitan Francisco entró en el navio, y no hallando sino el casco, lo tomó y llevó consigo, y en alta mar lo dejó con sus velas altas y prosiguió su camino y viaje para el puerto del Callao. Del puerto de Chile luego dieron mandado á la ciudad, que son 18 leguas, y no de buen camino, y sin agua, la cual se alborotó grandemente, y el corregidor despachó tres ó cuatro vecinos en muy buenas mulas al puerto, para que viesen lo que habia y avisasen; creyeron que el otro habia de ser tan necio que habia de saltar en tierra y venir á robar la ciudad.

Los que tenian registradas sus barras, que eran no pocos, luego con sus armas caminaron al puerto, mas cuando á él llegaron hallaron sus barras en tierra y el enemigo partido. Sola una barra de más de 1.200 faltó, de un soldado que en mi compañia habia venido desde Potosí á aquella ciudad, para se ir á España con 3.500 pesos que en breve habia ganado. La barra valia más de 380 pesos ensayados; el cual para cobrar su barra fué discreto: hizo un anzuelo de cincuenta pesos de plata; echólo á la mar y halló su barra, que es decir dijo públicamente: mi barra no se puede esconder, el que la tomó dela á tal persona; yo no quiero saber quién es, y he aquí cincuenta pesos, que él *dará* luego los cincuenta pesos; diólos á la persona señalada, y otro dia pareció su barra. De aqui del puerto se despachó otro español por tierra por la posta que diese aviso al Visorrey en la ciudad de Los Reyes, que son 160 leguas tiradas; fué con toda la brevedad posible, y en todos los valles luego le daban recado de cabalgaduras para pasar adelante, hasta dos leguas de Los Reyes, en un pueblo llamado Surco, donde halló al corregidor, que no debiera, llamado Puga, portugués, ó gallego, el cual diciéndole á lo que venia, y que le diese un caballo para *ir* de allí á Los Reyes para avisar al Visorrey, le tuvo por loco y que venia borracho, y aun dicen le echó en la cárcel; finalmente, no le dando recado, un dia que le detuvo y más, en este tiempo llegó el capitan Francisco con su navio; no pudo antes, porque en este tiempo que navegó por nuestra mar á Los Reyes era verano y hay muchas calmas en la mar, y por esto llegó el mensajero por tierra primero que él por la mar; si el corregidor le diera crédito, el puerto estuviera apercebido, y no se fuera el enemigo riendo, ni robara lo que robó; pero era azote de Dios, y habia de azotar. El Puga tenia en casa del Virrey amigos que ataparon la boca al mensajero para que no dijese nada al Visorrey. Llega, pues, el capitan Francisco al Callao, y aunque le vieron sobre tarde, entendióse era navio que bajaba principalmente de Arequipa, á quien aguardaban por momentos; fué cuerdo, entró de noche por no ser conocido y se atrevió á mucho á entrar aquella hora por el estrecho, que será de una legua, que hace la isla con la tierra firme, porque aunque es limpio y fondable, han de entrar por cuatro brazas de agua casi al medio dél. Pero es fama traia desde el paraje de España un portugués por piloto, que lo habia sido en esta mar; de otra suerte no se atreviera á entrar; porque yo he venido de Arica al Callao, y con ser el piloto muy bueno y muy cursado, llegando á boca de noche no se atrevió á entrar, y nos quedamos mar en través á la boca de la isla; finalmente, él entró, y anduvo picando cables, y aun preguntando si el navio de San Juan de Anton estaba en el puerto, que no sabemos quién le dijo se habia fletado en él la cantidad de plata que le tomó. Pero de un maestro ó piloto fué conocido, el cual de su navio echándose á nado salió á tierra diciendo: ¡arma, arma! Alborótase toda la gente, que seria poco menos que á media noche; luego despáchase al Visorrey, no diciendo ni sabiendo si eran luteranos, ó si era navio de tiranos, alzados en el reino ó en Chile. El Visorrey, oida la nueva, y la ciudad, tocan cajas, y en las calles ¡arma, arma! sin saber contra quién, y como no habia armas en la ciudad, hallóse grandemente confuso. Con todo eso, al amanecer entró en el puerto, y toda la ciudad con él, sin arcabuces ni artilleria, que ni en la ciudad, sino una poca y sin municiones *habia* Pero ¿qué habia de hacer? y es así que en toda esta costa en todo tiempo, en anocheciendo, casi cesa el viento, y no torna á ventar hasta las ocho de otro dia. El Francisco no se atrevió, ni le convenia, saltar en tierra, porque en las ventanas de las casas, rompiendo sábanas, y por las puertas, hicieron mechas y las encendieron para que el luterano creyese eran arcabuces; habiendo picado muchos cables, y los navios sin amarras andando de aquí para allí, él se apartó y pretendió salir del puerto, y seguir su viaje, sino que le faltó el viento, y cuando el Visorrey llegó al Callao le vió y todos los demás, en calma, las velas pegadas á los mástiles. Empero, como no tenia armas ofensivas más que espadas, cotas pocas, no se atrevió á enviar contra él algunos bateles grandes y barcos de pescadores; que si hobiera con qué esquifarlos y arcabuces para ofender al enemigo luterano, armando cinco ó seis contra él, antes que viniese la marea, pudiera ser le rindieran y le hicieran pedazos el timon; pero no habiendo un grano de

pólvora en la ciudad, no se podia hacer esto. El enemigo, á vista de todo lo mejor del reino, en comenzando la marea sigue la mar abajo su derrota. Los mercaderes que en el navío de San Juan Anton, que habia pocos dias se habia partido del puerto para Tierra Firme, que enviaban en él sus barras, así para aquel reino como para España, dijéronle al Virrey; Señor, en el navio de San Juan Anton enviamos nuestras haciendas; dadnos licencia para que despachemos de aquí un barco grande destos de pescadores á avisarle; ya nos habemos concertado con el señor del barco, y dice él irá y avisará por dos ó tres barras que le demos; con vuestra licencia lo enviaremos á nuestra costa, porque el Rey no pierda 300.000 pesos que allí iban ni nosotros nuestras haciendas. El Visorrey no quiso dar la licencia; por ventura entendió era imposible que el enemigo alcanzara al navio de San Juan de Anton; esto á uno ó dos de los mercaderes que allí enviaban su plata, y al mismo pescador que se ofrecia á ir, lo oí como lo tengo referido, y es así No siendo, pues, avisado el navio de San Juan de Anton, como se fuese deteniendo por los puertos, y el enemigo en busca suya, finalmente le alcanzó en la punta llamada de San Francisco, ya que queria atravesar para Tierra Firme, y aunque nuestro navio le vió, no imaginó tal, antes, creyendo era navio de los que quedaban en el puerto del Callao, que bajaba tambien á Tierra Firme, le aguardó.

El capitan Francisco, llegándose cerca dél, dispárale una pieza de artilleria y dícele: Amaina, por la tierra de Ingalaterra; los nuestros pensaron ser burla, y dijéronles una palabra afrentosa, sin saber eran luteranos; entonces el enemigo afierra con el navio nuestro; entró, ni llevaban armas los nuestros para ofender ni defenderse; ríndense, roba el luterano cuanta plata en él habia, más de 400.000 pesos ensayados; á los nuestros no les hizo otro daño que quitarles las haciendas; no venia por más. El Visorrey, como mejor pudo despachó uno ó dos navios contra el enemigo, y metió en ellos los vecinos criollos sin armas, sin artilleria, sin municion, con sus capas negras y medias de punto y vestidos de ciudad; siguieron al enemigo sin verle dos ó tres dias, al cabo de los cuales volvieron al puerto; el Visorrey mandólos poner en carretas, y así los trujo á la ciudad afrentosamente, y no sé si con prisiones, y los tuvo algunos dias en la cárcel.

Despues de lo cual armó dos navios como mejor pudo; nombró por capitan a un criado suyo llamado Frias, y por almirante al capitan Pedro de Arana, con órden que siguiese al enemigo hasta la costa de la Nueva España; salieron del puerto, y muy buenos soldados y hombres de vergüenza en ellos; pero como el enemigo habia pasado adelante, sin hacer otro efecto se volvieron al Callao.

El capitan Francisco Draque prosiguió su viaje á la costa de México, donde tomó otro navio que del puerto de Guatulco habia salido para estos reinos cargado de mercaderias, y como no venia por ropa, sino por plata, dejóle seguir su derrota, tomando algunas cosas de que tenia necesidad, cuales eran velas y jarcias, y sus soldados tomaron algunos fardos de ropa, no en mucha cantidad, y pasando adelante siguió la derrota á la China; de allí, la que hacen los portogueses, y la volvió á entrar en el mar Occéano, y de allí á Inglaterra, cargado de barras de plata.

CAPÍTULO XLV

La Inquisicion vino á este reino.

Al mismo tiempo que Su Majestad proveyó por Visorrey destos reinos á don Francisco de Toledo, proveyó tambien Inquisidores que residiesen en la cibdad de Los Reyes; un proveimiento acertadísimo y necesarísimo, en lo cual se manifestó cuánta verdad sea que el corazon del Rey está en las manos de Dios. El mismo Dios, para bien de todos sus reinos, muchas veces le pone en el corazon cosas necesarísimas, que se hagan, las cuales estaban como olvidadas, y si no olvidadas, no parecia haber necesidad de hacerse; fué, pues, mocion del muy Alto que la majestad del rey nuestro señor en aquel tiempo se acordase de inviar Inquisidores á estos reinos y al de México, en la misma flota que vino el Visorrey don Francisco de Toledo; vinieron proveidos por Su Majestad dos varones tales cuales convenian para asentarla y para las cosas que subcedieron: Licenciado Bustamante, que murió en Tierra Firme, y el licenciado Cerezuela; al licenciado Bustamante subcedió el Inquisidor Antonio Gutierres de Ulloa, todos en sus facultades muy doctos, grandes cristianos, celosísimos de las cosas de la fe, de mucho pecho y no menos prudencia, dotados del mismo Dios de las partes requisitas para el oficio; vino fiscal el licenciado Alcedo; secretario, Ambrosio de Arrieta; todos cuales se requerian. Entraron en la cibdad de Los Reyes, hizóseles el recebimiento cual convenia conforme á lo ordenado por Su Majestad; asentaron la Inquisicion prudentísimamente, y comenzaron á hacer su oficio con

tanta rectitud y cristiandad cuanta se requiere, y todo el reino conoció y conoce. Luego se vió la necesidad que della habia, y cómo fué inspiracion de Dios que Su Majestad la enviase, porque si no, corria gran riesgo la cristiandad en estas partes, como pareció por las personas luteranas, y no sé si me diga peores, que luego prendieron, y por el primer aucto de la fe que hicieron, donde se vió claramente el riesgo de todo el reino, de lo cual no es de nuestro intento tractar agora, más de lo que habemos dicho, que fué providencia admirable de Dios que en este tiempo la enviase, la cual es imposible falte para el buen gobierno de toda la cristiandad.

Hecho el primer aucto, que fué famoso, el licenciado Cerezuela, proveyéndole Su Majestad á una silla episcopal de Las Charcas, por su mucha humildad y cristiandad no la aceptó, antes pidió licencia para se volver á España, la cual alcanzada, llegando á Cartagena, dentro de pocos meses loabilísimamente acabó sus dias. Quedó por algunos años el Inquisidor Ulloa justísima y prudentísimamente haciendo su oficio, hasta que vino el doctor Prado, varon realmente humanísimo, benignísimo, afabilísimo y humildísimo, y dotado de una gravedad, que se hace amar de todo el reino y reverenciar, por Visitador de la Inquisicion, y Presidente en ella mientras hacia su oficio, la cual visitó con admirable rectitud, como ha parecido y parecerá en todos siglos, con la cual volvió á España, y allá, aprobándola, volvió con su presidencia, donde murió; antes que el doctor Prado volviese de España llegó á la cibdad de Los Reyes el licenciado don Pedro Ordoñez Flores, por Inquisidor, varon no menos loable que los referidos, integérrimo en toda virtud; trajo recados para que el Inquisidor Ulloa fuese á visitar el Audiencia de la cibdad de La Plata; quedó solo en el oficio hasta que vino el doctor Prado, gobernándolo con la prudencia, discrecion y justicia que todo el reino ha conocido y conoce. El Inquisidor Ulloa partió de Los Reyes; fué á visitar el Audiencia, de donde bajando á la cibdad de Los Reyes, dentro de pocos dias, no fueron seis, con gran sentimiento de la cibdad, y aun del reino, pero con gran conocimiento de Dios, recebidos todos los sanctos sacramentos, murió; hízosele solemnísimo enterramiento, donde se hallaron presentes Virrey, Audiencia, Inquisicion y todas las Ordenes; así honra la Majestad de Dios á sus siervos que en las cosas de la fe le sirven. Tambien murió antes el secretario Arrieta, y el licenciado Alcedo, fiscal; ambos acabaron loablemente; en lugar del secretario Arrieta los Inquisidores nombraron por secretario, mientras de España venia otro, á Melchor Perez de Maridueña, suficiente para el oficio por su mucha virtud y cristiandad, y en lugar del licenciado Alcedo á don Pedro de Arpide, el cual murió en Cartagena de camino para España; en lugar del secretario Arrieta vino de España proveido Jerónimo de Eugui, por secretario, varon de muchas y muy buenas prendas y loables costumbres, con las demás partes que para el oficio se requieren, como la experiencia lo ha mostrado y lo muestra.

CAPÍTULO XLVI

De las virtudes del Visorrey don Francisco de Toledo.

Al Visorrey don Francisco de Toledo dotó Dios Nuestro Señor de muchas y muy buenas calidades y partes, como quien lo habia criado para gobernar; dióle bonísimo entendimiento, presto y subtilisimo, sino que á los de no tan bueno parecia confuso. Los de tales entendimientos en breves palabras incluyen mucho, y á los que no lo alcanzan parece confusion, por lo cual el principio de proponérsele habia de cogerle intento, porque despues parecia confundirse é implicar muchas cosas. Amigo, como los demás señores, que en una palabra le propusiesen, ó respondiesen, y aunque lo que proponia fuese árduo, no le daba gusto le pidiesen espacio para responder; decia que, pidiéndole término, era querer consultar al vulgo y á la plaza. En su tiempo, como habemos dicho, se descubrió el beneficio del azogue; envió mucha plata al Rey nuestro señor, así de los quintos como de otras cosas, y de un año para otro prometia más y lo cumplia. Era hombre casto y amigo de la castidad; comia como señor, su mesa abundante. Trujo buena casa de criados y pajes, y el primero de los Virreyes que llevaba, yendo á caballo, los pajes delante de sí destocados. Fué libérrimo en no admitir dádiva, ni cohecho, ni nadie se le atrevió á tal; fué muy amigo de que se administrase justicia, y encargaba grandemente la ejecucion della. Labró en este reino abundancia de plata, y mandó esculpir particularmente en una mesa la guerrilla del Inga. Sacó la Universidad que en nuestro convento [1] por [2] cédula del invictísimo Carlos Quinto, de gloriosa memo-

[1] Tachado: se fundó.—[2] En el ms , *que por.*

ria, en él había fundado, y púsola, como dijimos, en el lugar donde el Visorrey, de buena memoria, don Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, fundó el regimiento de San Juan de la Penitencia. Dábale mucho gusto se dijese dél deshacia motines y alzamientos, y sobre esto mandó dar tormento á dos españoles que de la cibdad de La Paz le trujeron presos á la de La Plata; no sé si tenian ánimo para ello; conocílos. Fué el primero Visorrey que mandó le predicasen en Palacio. Salia pocas veces á pasearse á caballo por la cibdad, lo cual era frecuente en sus predecesores, el buen marqués de Cañete y el conde de Nieva. Reformó muchas cosas dignas de reformacion, y cuando no hobiera hecho otra cosa sino reducir los indios á pueblos, habia alcanzado bonísimo nombre de gobernador, y celoso de la policia y cristiandad destos indios. El cual, habiendo gobernado once años, si no fueron trece, se fué á España, donde en Lisbona besó las manos á Su Majestad: mandóle ir á descansar á su casa, que se cree lo sintió demasiado, en la cual dentro de poco tiempo dió el alma á Dios de una apoplejía que no le dejó testar.

CAPÍTULO XLVII

Don Martin Enriquez, Visorrey destos reinos.

Importunado Su Majestad del rey Filipo nuestro señor por don Francisco de Toledo, Visorrey, proveyó en su lugar á don Martin Enriquez, Visorrey de México, el cual vivió en este reino poco más de dos años: gran gobernador, gran cristiano, gran limosnero; su salario, que son 40.000 ducados, repartia en tres partes: la una tercia parte para pobres; la otra, para su plato; la otra, para sus hijos. Era pequeño de cuerpo, delgado, el rostro un poco blanco. No consintió que ningun religioso que fuese á negociar con él, ni sacerdote, l'esperase mucho tiempo, porque tenia mandado á sus criados y pajes que en viendo en la sala alguno deste género luego le avisasen, como no estuviese durmiendo ó rezando. Luego que llegó á la cibdad hobo cierto rumor de ingleses, ó nueva venida de Chile, y luego, por que no le hallasen desapercibido, nombró cuatro capitanes de infanteria, todos nacidos en Los Reyes, hijos de conquistadores de los más principales: al capitan Diego de Agüero, capitan Juan de Barrios, capitan don Josephe de Ribera y capitan Pedro de Zárate, con 150 soldados cada compañia, y por capitan de los hombres de á caballo al licenciado Recalde; mandó en un domingo se hiciese la reseña; salieron los capitanes muy aderezados. El Visorrey fuese á las ventanas de Palacio, por debajo de las cuales pasaron los capitanes y soldados disparando sus arcabuces y haciendo su salva. Repartió la cibdad entre estas cuatro capitanias, mandando cada uno tuviese sus armas prestas y acudiese con ellas al tiempo de la necesidad á su bandera. La tierra, en el poco tiempo que gobernó gozó de mucha paz, y la cibdad de hartura: mas como Nuestro Señor fué servido llevarle para sí, á todo el reino dejó en gran tristeza; fué muy llorada y sentida su muerte de toda la tierra en general, y en particular de los pobres; murió recebidos todos los sacramentos; hízosele solemnísimo enterramiento en el convento de San Francisco.

CAPITULO XLVIII

El conde del Villar, Visorrey destos reinos.

Por la muerte del excelentísimo y gran limosnero don Martin Enriquez, Su Majestad proveyó á don Francisco de Torres y Portugal, conde del Villar, bonísimo caballero y de acendrado ingenio para gobernar: amicísimo de hacer justicia y que ninguno de sus criados se oliese recibia la menor cosa del mundo: el cual, al que traía de España, por un no sé qué que dél se dijo le despidió en Tierra Firme y mandó volver á España: servíale despues otro criado suyo mozo, llamado Cabello, al cual por ser comprehendido en ciertas dádivas que recebia le descompuso con gran infamia, y á un soldado, que se decia era el trujamán, llamado Gatica, le mandó, ó por mejor decir condenó, al remo de las galeras que estaban en el Callao, donde fué castigado valientemente; las cuales dos galeras, teniendo á cargo dellas el general Pedro de Arana, estuvieron muy bien tripuladas, particularmente la mayor, y otros dos navios gruesos con su general llamado... [1]. Sucedió, pues, por el estrecho de Magallanes entró el capitan Candelin, luterano inglés, y desembocó en esta mar con tres navios, el uno de alto bordo, los dos pequeños, y descubriéndose en la tierra de Chile, luego el gobernador don Alonso de Sotomayor en un navio [2] despachó, avisado de lo que habia, á un muy buen soldado llamado Verdugo, el cual llegando á la cibdad de Los Reyes dió aviso al Visorrey, el cual se lo agradeció mucho, y aun pro-

[1] En blanco en el ms.— [2] Tachado: aviso.

metió hacer mercedes; la cibdad se puso en armas, y el Callao; los capitanes nombrados por don Martin Enriquez, de buena memoria, quedáronse con solo el título, porque el Conde nombró otros; envió á Huánuco y aun á todas las cibdades los vecinos viniesen con sus armas y caballos, de las cuales vinieron de muy buena gana; pero como se tardó más de ochenta dias que no pareció en la costa el enemigo, burlaban en Palacio y fuera dél del pobre Verdugo; ya no habia quien le quisiese dar de comer, si no era el licenciado Ulloa, á quien siempre le pareció ser verdadero el aviso. Los demás decian que alcatraces eran los que habian visto, y no navios.

El enemigo, del largo viaje traía sus navios destrozados; dióles lado en la bahía Salada, entre Caquimbo y Copiapó, en la costa de Chile, donde el capitan Francisco Draque dió al suyo y hizo su lancha; detenerse en esto fué causa no se mostrase en la costa, donde en las partes convenientes habia sus atalayas.

No sabiendo nueva del enemigo en este tiempo (éralo de enviar la plata á Tierra Firme, así la de Su Majestad como de particulares), en[1] dos navios que habia gruesos en el puerto, de Su Majestad y de armada, cargan toda la plata con la artilleria en los navios; despáchalos á Tierra Firme; despachados, y cerca ya de aquel reino, segunda la nueva que el enemigo habia parecido sobre Arica, donde no se atreviendo ni á surgir, siguió su camino la costa en la mano, buscando leña, agua y mantenimientos, que ya le faltaban, pero en ningun puerto se atrevia á saltar en tierra para buscarlo; llegó al puerto de Pisco, á donde la villa de Ica y el corregimiento, con la gente que en él habia, y en los valles comarcanos, habia venido; tampoco aquí se atrevió á saltar en tierra. El conde del Villar ya habia proveido lo necesario en el puerto, donde habia más de 600 infantes y más de 200 hombres de a caballo, con muy buenas ganas de venir á las manos con el enemigo; empero no teníamos navios gruesos para le buscar ó seguir, ni artilleria gruesa.

Nombró el Visorrey por General á su hijo don Jerónimo de Torres, de 22 años ó 24, caballero de grandes esperanzas. A la sazon yo vivia en el convento de Los Reyes, y pidiendo licencia al Provincial me fuí con un compañero al nuestro del Callao, donde vi todo lo que pasaba, y con ánimo, si se siguiera al enemigo, *de* embarcarme con los nuestros.

[1] En el ms., *y en*.

Una tarde, pues, tócase un arma á mucha priesa, que el enemigo se habia descubierto con sus navios y parecia traia su derrota de entrar en el puerto entre la isla y la tierra firme, lo cual no le pasó por el pensamiento; toda la gente de guerra salió á la plaza y estuvo en escuadron; empero el luterano siguió su viaje la mar abajo, por detrás de la isla, de donde las atalayas le vieron muy claro, y pasando con su viaje, luego las atalayas vinieron diciendo el enemigo habia pasado. Con esto se deshizo el escuadron; ya no era necesario. Sabido por el general de las dos galeras, Pedro de Arana, el enemigo haber pasado, hizo un chasqui que en menos de media hora llegaba al Visorrey á la cibdad, como el mismo general Pedro de Arana, acabado de despachar, me lo vino á decir, avisando al Conde cómo el enemigo era pasado, y que agua arriba irle á buscar, teniendo el barlovento, no convenia, como se habia hecho; pero ya habiendo pasado, iba perdido; que Su Excelencia le diese licencia para salir en pos dél, con sus dos galeras, que él se lo traeria ajorro al puerto, y si no, le cortase la cabeza, porque el enemigo buscaba dónde tomar agua y leña, y ésta no la podia tomar sino en el puerto de Guarmey, donde necesariamente le habia de hallar, cuarenta leguas del puerto del Callao, y allí con sus dos galeras le maniataria; yo le pregunté si las galeras estaban con el aderezo necesario, y respondióme: La grande puede ir de aquí á México y volver; la pequeña (era vieja) hasta Paita. El Conde, recebido este despacho, mandóle no se moviese hasta ver mandato suyo, el cual nunca llegó, y es cierto si sale el general Pedro de Arana con las galeras, le halla en Guarmey como lo habia imaginado; allí surgió el enemigo y tomó agua y leña sin que nadie se lo estorbase. Luego otro dia que pasó el enemigo tractan de enviar dos navios, los mayores que habia en el puerto, tras él; mas como no habia artilleria ni municiones, cesó todo. El luterano siguió desde Guarmey su viaje, y prosiguiendo la costa, más abajo de Trujillo encuentra con uno ó dos navios que de los valles venian para Lima cargados de azúcar, sebo, corambre y otras cosas; desbalijólos y dejó á sus dueños perdidos. En este mismo paraje, sobre el puerto de Zaña, llegó un navio llamado la *Anunciada*, cargado con más de 200.000 pesos de mercadurias, que venia de Tierra Firme para el puerto de la cibdad de Los Reyes, y el piloto é pasajeros, deseosos de saber nuevas del Perú, no conociendo al navio enemigo, arribaron sobre él, el cual les disparó muy cerca una pieza de ar-

tilleria, diciendo: Amaina por la reina de Ingalaterra; y como se iban llegando y oyeron las voces que amainasen, viéndose en un peligro tan grande, amainando las velas ya al medio de los mástiles se encomendaron muy de veras á Nuestra Señora del Rosario, la cual les hizo merced que sucedió una refriega de viento, embarazó las del navio luterano y las del navio católico pareció que las habia aizado arriba, y en dos palabras se vieron libres de aquel peligro, el navio enemigo á sotavento y el nuestro poniéndose á la bolina prosiguió su viaje y en breve tiempo llegó al puerto de la cibdad de Los Reyes, en la cual á uno de los pasajeros oí lo referido, y los demás decian lo mismo, dando gracias á Nuestro Señor que por intercesion de su Sanctísima Madre les habia librado.

Con el despojo de los dos navios dichos, que le fué no de poco momento, pasó adelante y llegó á la isla de la Puna, donde descargó sus navios y dió lado. Aquí tuvo una refriega con los vecinos de Guayaquil, donde le mataron 15 ó 16 hombres y quemaron parte de la jarcia, y si fueran hombres de guerra, ó tuvieran capitan experto, le quemaran los navios; pero como éste venia por azote para los mexicanos, contentáronse los nuestros con este pequeño efecto, como los vecinos de Santiago de Chile, que sabiendo habia llegado un poco más arriba del puerto, salieron contra él, y con la gente que habia echado en tierra pelearon; matáronle otros 16 ú 18 hombres, sin salir ni herido uno de los nuestros; prendieron tres ó cuatro, los cuales si, como se trató aquella noche, se quedaran emboscados, les mataran muchos más, porque hobo quien dijo al corregidor, que era el capitan: Señor, quedémonos emboscados esta noche, que los enemigos han de salir á enterrar sus muertos y á tomar aguas y darémosles otra bativa arma, mayormente que ni de dia ni de noche el artilleria no nos puede hacer daño: no se recibió este consejo, y subcedió así, que los enemigos salieron en tierra y enterraron los muertos, y en el arena, por no se atrever á ir al rio, temiendo daño, hicieron hoyos para sacar algun agua medio salobre. El capitan contentóse con lo hecho y no quiso pasar una mala noche.

Salió este pirata de la Puna; siguió su camino hasta el puerto de la Navidad, en la costa de México, adelante de Guatulco, donde vienen á reconocer los navios de la China; allí vino uno muy grande; dicen traía oro de mercaderia; como venia descuidado sin armas, facilísimamente le rindió, y dejando azotado al reino de México, volvióse á su tierra con mucha más hacienda que llevó Francisco Draque.

Despues desto, pasado casi año y medio, no sé qué se les antojó á los del Callao, ó alguno dellos, que á las diez de la noche habia visto un farol cerca de la isla por sotavento della; tocan arma en el Callao; despachan al Conde á poco menos de media noche; tocan arma en la cibdad; alborótase toda. El General de los navios de la armada que estaba en él puerto, sin órden del Visorrey levanta anclas y parte con sus dos navios en busca del farol, y así se lo escribió al Visorrey. El Visorrey, á las tres de la madrugada parte de la cibdad para el puerto con lo mejor della, dejando echado bando que todo el pueblo le siguiese. A la sazon yo era prior de nuestro convento de Los Reyes; fuime al puerto; llegué ya que era amanecido, y al Conde ofrecíle ochenta religiosos, si fuesen necesarios, para seguir al enemigo ó defender el puerto, que ni pasasen de cincuenta años ni bajasen de 25; agradeciómelo mucho, y dijo: Con tan buen socorro no hay que temer aunque toda la Ingalaterra venga, y cumpliera mi palabra, porque vivíamos en el convento 120 religiosos; de otras religiones no sé que saliese nadie.

Quiso Dios, y no fué nada, ni tal farol hobo, sino que al que hacia la guardia aquella hora, un planeta se ponia al Poniente un poco más encendido que otras veces, y parecióle farol, ó los ojos los debia tener encendidos, y alborotó el puerto y la cibdad, y al buen viejo conde del Villar hízole llevar una mala noche en peso, que no durmió en ella ni media hora.

Antes desto, estando el Conde en el Callao, habiendo despachado el armada con la plata para Tierra Firme, subcedió un temblor de tierra muy grande, que arruinó muchas casas en el Callao, y en la cibdad hizo lo mismo; fué uno de los mayores que se han visto en este Perú, y tras él en el Callao se siguió retirarse la mar y luego volver con tanta vehemencia é ímpetu, que saliendo de madre anegó muchas casas y derribó, y el Conde, que estaba á la sazon, como habemos dicho, en el puerto, corrió mucho riesgo de la vida, porque las casas donde posaba, que eran de Fulano Trujillo, dieron consigo en el suelo, y la mar llegó y entró por ellas, y si no fuera por buena diligencia, y principalmente porque Nuestro Señor le quiso guardar, allí pereciera, porque en acabando de salir huyendo de lo uno y de lo otro, la escalera y lo alto dió consigo en el suelo.

Gobernó muy bien, poco más de cuatro

años, aunque sus continuas enfermedades no le daban tanto lugar; tenia muy entero el entendimiento, con ser muy viejo; á sus importunaciones, el Rey nuestro señor le dió licencia para dejar el cargo; fuese á España, y como era viejo en breve tiempo acabó sus dias en buena vejez.

CAPÍTULO XLIX

Su Majestad provee á don Garcia de Mendoza por Visorrey destos reinos.

El conde del Villar, viéndose enfermo, cargado de años y cuidados del gobierno deste Perú, con cartas suplicaba á Su Majestad le librase de tan pesada carga; libróle della y dióla á don Garcia de Mendoza, hijo del gran limosnero y amigo de pobres marqués de Cañete, de felice memoria, Visorrey que fué destos reinos, el cual vino con su padre, ya conocido en toda esta tierra, y dende su tierna edad dió muestras de lo mucho que habia de ser y valer, y aunque cuando llegó á estas partes no habia heredado el marquesado, y gobernando acá lo heredó, siempre le llamaremos marqués de Cañete. La nueva de su proveimiento causó mucha alegría en los ánimos de cuantos vivíamos en estas regiones, porque se entendió habia de ser para gran bien dellas (como lo fué), siguiendo las pisadas de su padre. Con próspero viaje llegó á Tierra Firme, y de allí al puerto del Callao; no quiso desembarcarse en tierra ni venir por ella, por ahorrar de gastos á los indios y á los españoles. Trujo consigo á la ilustrísima señora doña Teresa de Castro y de la Cueva, su mujer, señora de grandes virtudes, gran cristiana, de quien en breve no se puede tractar, dejándolo para otra coyuntura, y á don Beltran de la Cueva, su cuñado, caballero de admirables y grandes virtudes, que les son como naturales á la sangre de donde descienden. Fué recibido el Marqués solemnísimamente con mucho aplauso y gasto de los vecinos, estantes y habitantes; halló en la cibdad al conde del Villar, á quien tractó con la cortesanía y respecto que se le debia, y el Conde hizo lo mismo como nobilísimo y generosísimo caballero. Quitó luego algunos gastos excesivos que se hacian en el puerto del Callao, de la hacienda de Su Majestad. Certificáronme eran más de 300.000 pesos cada año; tractó de hacer las casas reales; hízolas muy buenas y estrados para el Audiencia, sin llegar á quinto ni á otra hacienda de Su Majestad, sino mandando aplicar condenaciones. Halló la ciudad un poco hambrienta; en el tiempo que gobernó, casi seis años, siempre la tuvo muy abastada de pan y de lo necesario. Tuvo ánimo y valor para hacer lo que ninguno de sus antecesores, desde don Francisco de Toledo acá, se atrevió á hacer, ni el mismo don Francisco de Toledo con ser tan temido, que fué asentar las alcabalas; mandábaselo así Su Majestad expresamente. Oí decir á un criado suyo, y fidedigno, que muchas noches se le pasaban en blanco, no pudiendo dormir, antes que las pregonase, buscando unos y otros medios cómo sin riesgo del reino se asentasen, y viendo las dificultades que se le ofrecian, todo era sospirar. Por una parte temia alguna rebelion; por otra, si no lo hacia, perdia mucho de su crédito con Su Majestad, que le mandaba con los mejores medios que pudiese las asentase, y no las dejase de asentar; finalmente, dióse tan buena maña, que las publicó, asentó é hizo recebir, y aunque se temió algun escándalo, no en la ciudad de Los Reyes, sino en las demás del reino, fué Nuestro Señor servido se aceptasen como justísimo derecho debido á Su Majestad, y no se paga sino á dos y medio por ciento.

CAPÍTULO L

Quito no quiere recibir las alcabalas, y medio se rebela.

Entre todas las cibdades destos reinos, sola la de Quito no quiso acudir á lo que al servicio de su Rey debia, en la cual no sé cuántos criollos (así llamamos á los acá nacidos) de poco juicio, particularmente al que tomaban por cabeza, un muchacho de treinta años, de poca cordura y menos experiencia, que no sabia limpiarse las narices, encomendero y de buena renta y bastantes haciendas, casado, hijo del contador Francisco Ruiz, á quien conocí, conquistador y gran servidor de Su Majestad en la tirania de Gonzalo Pizarro. Estos, con otros nacidos en España, no quisieron recebirlas, y casi se pusieron en arma, á los cuales el Audiencia Real no fué poderosa para refrenarlos, no sé si por faltar el ánimo al Presidente, doctor Barros, y á los demás Oidores, ó por otros respectos de atraerlos por bien.

Tuvieron éstos más que necios hombres por muchos dias nombrados sus oficiales de guerra, y cada dia su escuadron en la plaza de 1.800 hombres, los más arcabuceros.

El que los bandeaba y por cuyo consejo particularmente se regian *era* un Fulano

Vellido, hombre bajo y atrevido, muy adeudado, lo cual le sacó de juicio á ser el autor deste disparate; empero, viendo el Audiencia que el todo déste dependia, dió órden cómo en secreto, en una reseña que ellos hacian, le matasen, en la cual le dieron dos arcabuzazos, de que murió en su cama, sin saber los demás quién se los dió. Era cosa de muchachos y como muchachos se perdieron.

El Marqués, con cartas y mensajeros y con todos los buenos medios posibles, prudentes y amigables, les rogaba se quitasen y no quisiesen ir contra el servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y no se señalasen ellos solos, habiendo el Cuzco, la cibdad de La Plata y Potosí, con las demás del reino, admitido las alcabalas, enviándoles testimonio de todo; y no aprovechando cosa alguna, antes cada dia se iban desvergozando más, determinó el Marqués enviar allá con título de capitan general y justicia mayor al General de las galeras, Pedro de Arana, con cincuenta lanzas y arcabuces, el cual partiendo del puerto y llegando á Guayaquil, de donde sacó alguna más, convocó tambien de la ciudad de Cuenca otra poca, y con toda ella se puso á 25 leguas de Quito en el pueblo de Riobamba, amonestándoles se redujesen al servicio del Rey, deshiciesen la gente, no saliesen cada dia en alarde á la plaza y despidiesen los oficiales de guerra que tenian nombrados, y á la Audiencia dejasen libremente hacer justicia, no la teniendo opresa; pero todo era cantar á sordos, porque á un regidor de Quito, llamado Francisco ó Pedro de Arcos, enviaron á un pueblo llamado Llactacunga, doce leguas de la cibdad, hombre de más de 80 años, á hacer pólvora, que es la mejor del mundo (son los materiales bonísimos), el cual, llegando, luego quitó la vara al corregidor del Rey, puso otro en su lugar, hizo su pólvora, y desde allí enviaba cartas de desafio al general Pedro de Arana, diciéndole se volviese, y si no queria, que ya ambos eran viejos y podian vivir poco, que los dos en campo averiguasen la justicia deste negocio; mas el General disimulaba y reiase de la locura del regidor; este buen hombre escribió tambien á los de Quito le enviasen ducientos arcabuceros, que él echaria de la tierra al General Arana, aunque con otras palabras, llamándole vejezuelo; los de Quito no se átrevieron, ó por no acabarse de declarar ó por otros respectos. Si lo hacen, se declaran totalmente, y declarados teniamos la guerra civil en casa.

Mas el General Pedro de Arana fué madurando y esperando, y cansándolos, con mucha prudencia, hasta que vinieron á deshacer la gente y á no salir, ni estar en escuadron en la plaza, en el cual, si no eran algunos vecinos viejos, los oficiales de la Audiencia y los del Sancto Oficio, todos los demás entraban en el escuadron cada dia, y el comisario de la Inquisicion con sus ministros, uno de los cuales es hermano mio, que sirve el oficio de notario, salió de la cibdad y fué hasta Riobamba, donde estaba el General Arana, á ofrecerse á todo lo que les mandase, como servidores de Su Majestad; recibiólos muy bien y mandólos se volviesen á la cibdad para que le avisasen de lo que pasaba. Así, deteniéndose y madurando las cosas con mucha prudencia, el mismo que habia de ser cabeza, Juan de la Vega, se le vino á rendir y á excusar; mandóle tambien con otros no sé cuántos mozos que con él vinieron, se volviesen y quitasen; volviéronse y quitáronse; ya no habia estruendo de armas en la cibdad, en la cual fácilmente entró; puso en libertad al Audiencia, su gente apercebida en la plaza; haciansele las ceremonias de guerra que se suelen hacer á los Generales cada dia; prendió, procedió contra los culpados; á los que pudo haber á las manos ahorcó, y entre ellos al vejezuelo Arcos, dándole por traidor, derribándole *su* casa y arándosela de sal; fueron 24 ó 25 los que justició, y justiciara á más si el Marqués no le fuera á la mano, teniendo y usando de misericordia con los presos; á Juan de la Vega no le pudo haber; vínose á escondidas á la cibdad de Los Reyes; confiscóle los bienes y dióles por perdidos; quitóle la encomienda de los indios; perdió su casa, hacienda y el nombre que su padre habia ganado. El Marqués [1] no supo estaba en Lima escondido; los que le tenian escondido [2] dieron órden cómo se fuese á España y presentase delante de la Majestad del Rey nuestro señor, ó de su Consejo Real de Indias, que teniendo atencion á los servicios de su padre, que por ser conquistador y servidor del Rey en la tirania de Gonzalo Pizarro le quitó los indios y sus haciendas, y le hizo ir huyendo á México, le perdonaria; mas el miserable de su hijo, por querer ser traidorcillo, perdió cuanto le dejó su padre: argumento eficaz que confirmó aquella verdad: No gozarán los terceros herederos los bienes mal ganados. No sabemos si Su Majestad ha usado con él de su acostumbrada clemencia. Los religiosos de las Ordenes mostraron lo que debian en servicio de Dios Nuestro Señor y de su

[1] Tachado: *sabiendo*.—[2] Tachado: *dió*

Rey, si no fué uno á quien sus prelados castigaron rigurosamente con justicia.

Los nuestros, entre los demás, cuando tenia esta desbaratada canalla á los Oidores como presos y opresos, sin consentir se les diese de comer, rompiendo por el escuadron entraban en las casas reales, y les llevaban la comida en las mangas de los vestidos. Si estos traidorcillos se declararan de todo puncto, mucho era el riesgo que se corria de perderse el reino, porque ni por mar ni por tierra les podian hacer daño; tiene pasos fortísimos aquella provincia para entrar en ella, los cuales ocupados, no dejaran entrar un pájaro, y *de* asentadero pueden derribar á los que contra ellos fuesen, y mientras más fueran, más perdidos; por lo cual ni el Marqués ni el General Pedro de Arana tienen que atribuirse mucho en esta pacificacion, sino atribuirla toda á Nuestro Señor, como lo hicieron, y á las oraciones y diciplinas de todos los conventos de la cibdad de Los Reyes; soy testigo que en el nuestro todas la noches despues de maitines habia oracion comun, y en la casa de novicios tres dias en la semana tambien disciplina y oracion comun, sin la que habia en la iglesia de los padres sacerdotes, que en ella se quedaban en oracion particular, y despues andaba la disciplina, todos suplicando á Nuestro Señor no nos castigase con guerra civil. Nuestro Señor dió la paz, que no se esperaba por manos solas de hombres poderse alcanzar.

Lo mismo se hacia en los demás monasterios; yo escribo lo que en el nuestro vi, y fué la Majestad de Dios servida se apagase aquesta centella, por hacernos á todos merced. Ganada esta paz, llana la cibdad, castigadas las cabezas y otros que se habian desvergonzadamente señalado, el Visorrey proveyó por corregidor y con título de capitan general á don Diego de Portugal, caballero muy conocido y de partes muy necesarias para aquella cibdad, mandando se viniese el General Pedro de Arana á la cibdad de Los Reyes para hacerle merced, en nombre de Su Majestad, por sus servicios. El cual llegando al Callao por la mar, donde el Marqués estaba despachando contra un inglés, como luego diremos, que ojala llegara un mes antes, le recibió muy bien y dióle 6.000 pesos de renta por dos vidas; empero, como era muy viejo, gozólos poco: dentro de breves meses murió. Otras sombras de rebelion hobo en el Cuzco, de gente muy baja, que es asco tractar sus oficios, ni ponerlos en historia: un botijero y un no sé qué más, pagaron su desvergüenza en la horca, porque otro lugar mejor no merecian.

CAPÍTULO LI

El Marqués tiene aviso de Chile que un pirata inglés ha llegado aquella costa.

Acabado con tan buen subceso lo que de Quito se temia, dende á pocos meses tuvo el Marqués aviso por un navio, despachado del puerto de Valparaiso de Chile, que un pirata luterano inglés habia, sin se haber descubierto en otra parte de toda aquella costa, entrado en él con un solo navio [1] de 300 toneladas, muy fuerte y bien artillado, y una lancha, y como entró de repente habiase hecho señor de los navios, donde halló matalotaje bastante de vino, tocino, biscocho y otras cosas, y luego puso bandera de paz y de rescate; rescatáronse los navios, aunque dicen Su Majestad tiene mandado no se haga, mas entonces fué necesario, porque si no se rescataran los quemara, y no se avisara de Chile su entrada, como se avisó; porque en anocheciendo, el un navio alzó anclas y velas, y cogió la delantera al enemigo y vino á dar el aviso con tiempo.

Cuando el pirata llegó al puerto del Valparaiso, en uno de los navios estaba su piloto y maestre, llamado Alonso Bueno, casado en la ciudad de Los Reyes, el cual al general de navio dijo (era hombre noble y confiado): Bien sé que me has de matar; en la ciudad de Los Reyes tengo mujer y hijos y hacienda, y debo y me deben; dame licencia para hacer una memoria que sirva como de testamento, para se la enviar á mi mujer y descargar mi ánima, y sepa lo que le queda á ella y á sus hijos. El pirata se lo concedió, porque no le quiso rescatar, tomándole por piloto para toda esta costa y la de México. Alonso Bueno, con esta licencia, tomó tinta y papel, y escribe al Marqués dándole aviso del navio del enemigo, cuán grande, cuán fornido, qué gente y qué piezas de artilleria traia, y cómo le llevaba por fuerza por piloto de toda esta costa; pero que él le llevaria poco á poco, y le meteria en el Callao; que tuviese dos navios gruesos á la punta de la isla, para que no se pudiese huir, y á dos bergantines fuera de la isla al barlovento della, que en viendo el navio enemigo huyesen para que el enemigo los siguiese y se metiese en el puerto, y se lo pornia en las manos como lo venía haciendo. Este aviso diólo secretamente en el puerto de Valparaiso al capitan Ramir Yañez de Saravia, vecino de la ciudad de Santiago, que allí habia ve-

[1] Tachado: y una lancha.

nido con gente, entraba y salia en el navio enemigo, para que con la brevedad posible en uno de los navios rescatados, en siendo de noche, lo despachase al Visorrey del Perú, lo cual así se hizo, y el general del navio inglés no le pidió el testamento, creyéndole; si se lo pidiera antes de darlo, luego ahorcara á Alonso Bueno. Recíbese el aviso, y despáchase el navio, y fué Nuestro Señor servido que no le faltase viento y llegase muchos dias primero qu'el enemigo. Todo lo cual sabido por el Visorrey, no le temió, antes se alegró, por esperar en Nuestro Señor le habia de haber á las manos. Luego nombró por general de dos galeones que habia en el puerto, muy buenos, á su cuñado don Beltran de la Cueva; por almirante, á don Alonso de Carvajal, caballero de hábito de Calatrava. Añadió otro navio grande y muy bueno, de quien señaló por capitan á ... [1] Manrique, y como aquel á cuyo cargo tenia el reino, estaba apercebido de mucha municion, pólvora, balas rasas y de cadena, bombas de fuego, mucha y muy buena artilleria, que se labra en la ciudad tan buena como en Alemaña, piezas de cuarenta quintales y más; fuese al puerto, en siendo avisado el luterano habia llegado á Arica, donde no se atrevió ni á surgir; dió priesa al buen aderezo de los navios, y en la Almiranta nombró otro capitan á ... [2] de Pulgar, hombre experto en la guerra, como el capitan Manrique. Proveyó otras tres fragatas, que fuesen como busca ruido, y en ellas nombró sus capitanes: en la una, á ... [3] Garcia Gorvalan, cursado mucho en la mar, y para que si fuese necesario vinieran á dar aviso de lo que pasaba, hizo gente y pagóla; hobo muchos hidalgos y caballeros que se ofrecieron, á su costa, ir sirviendo, y aun pagaron soldados, como fué Luis de la Serna, regidor de Los Reyes, que por ser viejo y enfermo no fué á servir en persona: envió cuatro soldados á su costa; y otro vizcaino ... [4] Vergara, con otros dos y su persona hizo lo mismo, á quien el Marqués lo agradeció mucho y alabó. Pidió religiosos en los monasterios; la obediencia me mandó fuese con un compañero, llamado fray Bernardino de Lárraga, y fuimos en la Almiranta; en la Capitana iban dos padres de la Compañia, por respecto del padre Hernando de Mendoza, hermano del Marqués y cuñado del General. En el otro navio, llamado *San Joanillo*, y por otro nombre *Nuestra Señora del Rosario*, dos religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes; iban en nuestro navio, pagados, casi ochenta soldados y más de treinta hijosdalgo y caballeros á su costa; en la capitana, otros tantos y más, y con el capitan Manrique, fuera de los soldados, otros amigos suyos, hombres de vergüenza, y entre ellos el capitan Baptista Gallinato. Aprestáronse los navios muy bastantemente, y seis ó siete dias antes que partiésemos llegó de Quito el general Pedro de Arana en la galizabra, capitan della Joan Martinez de Leiva de Lizárraga, que despues fué en demanda del enemigo, y llegado persuadia al Marqués le diese licencia para ir en esta armada con su galizabra, navio menor que cualquiera de los tres, y hacia mucha agua. Al cual, diciéndole el Marqués: ¿Cómo quereis ir, si la galizabra hace tanta agua que de tres á tres horas da á la bomba? Al cual respondió graciosamente: Tambien, señor, un hombre orina de tres á tres horas, y no se muere.

Pasó esto por donaire, y no le dejaron ir.

CAPITULO LII

Parte la armada del puerto en busca del enemigo, agua arriba.

Con tanto y buen recado los navios, con tanta y buena gente, y mejores ganas de se ver con el enemigo, nos hicimos á la vela una tarde, y antes el Marqués visitó los navios y prometió hacer mercedes á todos, animándolos á que cada uno hiciese lo que debia, así al servicio de Nuestro Señor como de nuestro Rey.

Otro dia salimos fuera de la isla y fuimos en busca del enemigo, que no sé si fué muy acertado, por tenernos cogido el luterano y ganado el barlovento, el cual en esta mar y en todas es la mayor parte de la victoria, y principalmente en esta nuestra costa; porque como los navios no sean igualmente veleros, unos suben más, otros menos, que es unos son mejores de la bolina que otros, por lo cual no pueden ir en conserva como cuando navegan á popa, ni se pueden socorrer los unos á los otros tan presto, y á veces es imposible socorrerse. Empero al Marqués parecióle no era posible el enemigo írsenos de las manos, y pretendió tenerle rendido antes que al paraje de Lima llegase. Nuestra Almiranta y el pataje donde iba el capitan Garcia Gorválan eran los mejores veleros, y por esta razon éramos los más delanteros. La órden que llevaba era ésta: que no nos desabrazásemos de la tierra de diez á doce leguas, y que á las noches fuésemos la vuelta de la mar, y de dia viniésemos la vuelta de la tie-

[1] En blanco en el ms.—[2] En blanco en el ms.—[3] En blanco en el ms.—[4] En blanco en el ms.

rra, que era lo cierto é conveniente. El Marqués tenia por momentos chasquis por tierra, con aviso dónde llegaba el enemigo. El armada seguia su derrota en busca dél. Sucede, pues, que llega el enemigo á la playa de Chincha, y luego fué dello avisado el Marqués, el cual despachó un barco de pescadores, con órden que no parase hasta hallar el armada, avisando al General dónde habia llegado el cosario, y que dos ó tres dias se habia detenido en aquella playa. Alonso Bueno venia cumpliendo todo lo que habia escripto. Sábado, pues, víspera de la Trinidad del año de 94, á la tarde, hallándonos un poco en alta mar, siete leguas más abajo de donde el enemigo estaba, llega el aviso del Marqués á la Capitana. El General disparó luego una pieza de artilleria; llegáronse los dos navios gruesos y patajes. No sé quién le aconsejó que mandase aquella noche le siguiesen, porque haria farol, y dió cuenta del aviso que tenia del Marqués; hízose su mandado, y en lugar de ir la vuelta de la mar, venimos la vuelta de tierra, con pocas velas y viento, y con unas olas muy hinchadas que daban muestra del mucho temporal que otro dia habiamos de tener. Cuando amaneció y volviamos la vuelta de la mar, porque nos hallábamos no cinco leguas de tierra, descubrimos al enemigo al barlovento de nuestra armada, á lo que decian los pilotos cuatro leguas más arriba, el cual, como nos descubrió, preguntó á Alonso Bueno ¿qué navios eran aquellos? Respondióle: los grandes llevan mercaderias á Arica para Potosí; los pequeños son barcos que van por vino y trigo á los valles que dejamos atrás; pero viendo que íbamos la vuelta de la mar, y como en su seguimiento, él tambien dejó de venir á popa via, y viró la vuelta de la mar á la bolina; el pataje donde iba el capitan Gorvalán hallóse más á barlovento que ninguna otra de nuestras velas, y tiró tras él, y le ganó el barlovento; pero como era pataje, y sin gente ni artilleria, no se atrevia á aferrar con el enemigo, y aunque aferrara era imposible nosotros favorecerle, digo la Almiranta, que se halló más á barlovento que las demás velas; tras nosotros, y á sotavento, se seguia la nao del capitan Maurique; la Capitana se halló más metida en tierra y más á sotavento; visto al enemigo, y su lancha delante dél, luego le comenzaron á seguir, atesando las velas todo lo posible para alcanzarle y pelear con él conforme al órden que del Marqués se llevaba; mas fué Nuestro Señor servido que cargó tanto el viento, y con tanta furia, que la Capitana quebró el mástil mayor de gavia, y no pudiendo sufrir la fuerza del esgarron arribó á popa al puerto; lo mismo hicieron los patajes. Es cierto que en mi vida ceñí espada, y que viendo al enemigo y cuán lejos estaba de nosotros, y el viento que tomaba más fuerza, que ni me alboroté, ni pareció habiamos de venir á las manos. Nuestra nao seguia al enemigo, y en pos de nosotros la del capitan Manrique, y atesando todo lo posible las bolinas, con la furia del viento rómpesenos el boliche de la vela mayor de gavia, que para tomarle y coserle se pasaron más de dos horas, y como sin vela mayor de gavia, ni á bolina ni á popa salga ni navegue mucho el navio, en este tiempo el navio del capitan Manrique nos cogió el barlovento, y delante de nosotros iba navegando, cuando con una ola muy grande da una cabezada el navio y hace pedazos la entena mayor, y no pudiendo navegar, ya nuestra vela de gavia estaba cosida, fácilmente le dejamos atrás, y nunca más le vimos hasta lunes otro dia á las diez horas. La Almiranta, pues, sola iba siguiendo al luterano, y ganándole tierra, el cual bien creyó habiamos de pelear; echó la barca fuera, y alijó su navio limpiándole la cubierta; todo esto vimos, é ya que anocheció no estábamos media legua dél, pero en anocheciendo, cerrándose la noche, aunque seguimos un poco de tiempo nuestra derrota, viéndonos solos amaináronse las velas y con pocas y bajas íbamos la vuelta de la mar; ya que amaneció, ni navio de amigo, ni de enemigo, viamos. La culpa que tan mal nos sucediese, y que un solo navio con una lancha se nos fuese no se ha de atribuir sino á la soberbia nuestra; por ventura nos parecia éramos poderosos contra toda Inglaterra. Tambien la echamos al que dió el consejo que la víspera de la Trinidad, sábado, en la noche viniésemos la vuelta de tierra; porque es así cierto que, si se hace y guarda la órden del Marqués, y aunque no la diera se habia de guardar, que de noche fuéramos la vuelta de la mar, de dia á la de tierra, cuando volviéramos, el domingo de la Trinidad, sobre tierra, hallábamos al enemigo sobre ella y el armada á barlovento dél, y era imposible írsenos; á la mar no se podia ir, porque se la teniamos ganada; pues habia de abordar en tierra; eso queriamos, sino que debió imaginar quien dió el consejo que, como estábamos enmarados y no mucho, cuando llegó el aviso del Marqués donde estaba el enemigo, si el bordo de la mar lleváramos aquella noche, el enemigo pasara entre la tierra y nosotros, y por ventura, ó no le viéramos á la mañana, ó no le alcanzáramos, y otra excusa no hay; tambien es cierto que si el ca-

pitan inglés fuera hombre de conocimiento de mar, muy á su salvo pudiera cazar á popa contra la Almiranta, viéndola sola y sin quien la pudiera favorecer, y si esto hace, necesariamente habiamos de huir, porque no le habiamos de esperar con el lado descubierto á la bolina, para que en él asentara su artilleria y nos echara á fondo. Nuestro navio era imposible poder disparar contra él, porque las escotillas del artilleria estaban calafeteadas, y cuando no lo estuvieran, no nos podiamos aprovechar dellas, por el barlovento, por no estar muy altas, y no se poder hacer punteria; por el sotavento menos, por ir debajo del agua, sino qu'el enemigo, conociendo no le podiamos esperar, no quiso acometernos, y la mar andaba tan alta, que ni los de barlovento ni los de sotavento se podian aprovechar de pieza ni de arcabuz, y llegados á aferrar, mejores éramos que ellos.

CAPÍTULO LIII

Vuélvese la armada al puerto.

El Almirante, viéndose solo en alta mar, púsose mar al través para ver si algun navio de los nuestros parecia, y en particular el del capitan Manrique, el cual á hora de medio dia llegó donde estábamos, á quien el Almirante mandó no se desabrazase de nuestro navio, y habido consejo pareció se debia ir al puerto en busca del General para seguir su órden, y no le hallando en la mar, cuatro leguas antes de entrar en el puerto despachó el Almirante á un criado suyo con el maestre del navio, llamado Andrés Gomez, dándole relacion de lo que pasaba, y no entraria en el puerto hasta ver su mandamiento, porque no sabia del General; recebido este despacho, el Marqués le mandó se volviese al puerto, y dentro de tres dias se aderezase y proveyese de todo lo necesario, y con título de General, con el navio del capitan Manrique, se partiese luego y siguiese al enemigo hasta Inglaterra, y la conducta de capitan general se la enviaria al puerto. Con este recado nos volvimos al puerto, á donde aun no habia entrado la Capitana, no poco tristes, porque á seis velas se nos habia el enemigo ido; la culpa ya dije fueron nuestros pecados y soberbia, y el que aconsejó aquella noche viniésemos el bordo de tierra; no la tiene el General, porque no sabe de bordos de mar ni de tierra, ni marear velas; sabe gobernar un ejército entero, sabe pelear y mandar pelear, y sabe acudir á la sangre ilustrísima de donde desciende. Porque pasó así: recebida por el Almirante la respuesta del Marqués, me enseñó la carta y le dije: Señor, esto no habrá efecto, porque el General no desembarcará en tierra hasta verse con el enemigo y traerlo rendido, ó morir en la demanda, y cuando el Marqués le quitare el cargo, irá por soldado, porque á su ser y honra no le conviene otra cosa; y así fué, porque surto en el puerto y sabido lo que el Marqués proveia, no quiso salir del navio, sino fué un domingo á oir misa, y luego se volvió á embarcar, y finalmente, viendo el Marqués que el General no queria dejar de ir en busca del enemigo con el oficio, ó como soldado, le mandó seguir al luterano tomando la nao Almiranta por capitana, y á la galizabra por Almiranta, en que se embarcase el Almirante. El cual pareciéndole se le hacia agravio, porque la galizabra es navio pequeño, y apenas cabian en él sus hijos, que llevaba dos mancebos de buenas esperanzas y pensamientos, como lo mostraron visto el enemigo, ni sus criados, pidió le diesen la Capitana en que meterse, la cual á su costa aderezaria, pues el daño no era tanto ni de tantos dias, donde serviria como lo habia hecho, y habría lugar para su casa y criados y los demás hijosdalgo y caballeros que se le habian allegado; en esto se pasaron algunos dias, pocos, y no concediéndosele lo que pedia, pareció no satisfacia á su honra, y se le agraviaba (y si era agravio ó no, no es de mio juzgarlo), se quedó y con él los caballeros y hijosdalgo que á su mesa sustentaba muy cumplidamente, y los religiosos que con él íbamos tambien nos quedamos.

CAPÍTULO LIV

El Marqués despacha segunda vez en seguimiento del enemigo.

Excusándose don Alonso de Carvajal porque no le daban, ó su navío, ó la Capitana, como habemos dicho, el Marqués nombró por almirante á Lorenzo de Heredia, hijodalgo, nacido en la cibdad de Huánuco, hombre de brio y buenas partes, dándole la galizabra, y en ella por capitan al mismo que la ha traido y nombramos arriba, gran enemigo de ingleses, sin temor alguno dellos, por haberse visto muchas veces en la mar del Norte y peleado con ellos, y haber hecho muchas y muy buenas suertes, que á esta sazon ya tenia dado lado á la galizabra y tomádole el agua, donde se metieron los soldados necesarios; el General, con la bre-

vedad posible, con solos dos navios muy bien aderezados y con soldados pagados; de los demás caballeros hijosdalgo que la primera vez á su costa fueron, pocos ó ningunos admitió; partió del puerto del Callao, y llegando á la playa de Trujillo halla allí al piloto Alonso Bueno, que unos dicen el enemigo le echó en tierra, otros que de noche se lanzó á la mar, y nadando se escapó; recibiólo el General en la Capitana, y fuese con él; llegó al cabo de San Francisco, ó un poco más abajo, antes que el enemigo atravesase para Tierra Firme; descubriéndolo la galizabra aferró con él, y la Capitana, queriendo darla favor, aferró tambien con la galizabra y la nao enemiga; peleó valientemente con los enemigos, de los cuales murieron más que los nuestros, y desaferrándose pelearon hasta que la noche los despartió, á cañonazos; los ingleses se espantaban viendo cuán buen artilleria era la nuestra, porque les pasaban de claro en claro el navio.

Otro dia de mañana tornan los nuestros á ver al enemigo (que fué necio, conociendo la ventaja de nuestra parte, aquella noche no mudar derrota y escaparse); torna la galizabra aferrar con él y á pelear, pero desaferrándose la nao enemiga dispara una pieza de artilleria y da con el mástil mayor de nuestra galizabra en el agua; luego tocóle un clarin como cantando victoria; mas nuestro capitan Leiva de Lizárraga no por eso desmayó, y llegándosele el General le dijo se recogiese á un puerto allí cercano, para se reparar; respondió no tenia necesidad, porque con medio mástil seguiria al enemigo, y le rendiria, y replicándole el General que con qué velas, dijo: de las orejas mías haré velas para seguirle; llegó la noche y despartiéronse; otro dia de mañana tornan á ver al enemigo, al cual ya faltaba la gente, porque viendo los nuestros que las velas aquella noche no las habian renovado ni cosido, que estaban hechas arneros de las balas de nuestra artilleria, conocieron que ya no tenia gente y le habian muerto mucha; con esto vanse nuestros navios para el enemigo, y quiso Dios que disparando la galizabra una pieza da en la triza de la vela mayor y échala en el suelo; de la Capitana se dispara otra, que se llevó tres ó cuatro soldados, apercebidos para en aferrando ponerse fuego y quemarse á ellos y á los nuestros. Entonces el cosario inglés levantó una banderilla en que confesó rendirse; entraron los nuestros dentro, saquearon lo que pudieron y alegres con la victoria, preso y rendido el enemigo, fuese á Tierra Firme al puerto de Panamá, á donde rehizo las quiebras de los navios. Subcedió esta victoria dia de Nuestra Señora de la Visitacion, 2 de Julio del año de 94, como dijimos; luego despachó el General un caballero de los criados del Marqués con la nueva de la victoria; llegó á Los Reyes en breve, porque saltando en tierra, y caminando de dia y de noche, mudando caballos, *fué* en menos de 25 dias, á las 10 de la noche. El Marqués á aquella hora avisó á la iglesia mayor y monasterios repicasen las campanas, y saliendo de su casa, acompañado de toda la cibdad, á caballo, anduvo las estaciones por los monasterios dando gracias á Nuestro Señor por la victoria, y tan á poca costa de los nuestros.

Todo lo referido vi en una carta quel padre presentado fray Tomás de Heredia me escribió, sacada de otra que su hermano el almirante Lorenzo de Heredia le escribió de Tierra Firme.

Gobernó el Marqués seis años estos reinos, sin que le subcediese cosa mal en que pusiese las manos, enviando cada año mucha plata á Su Majestad más que ningun Virrey antecesor suyo, porque sacó mucha de la composicion de las tierras y heredades que los españoles poseian, para que se les quedasen fijas y perpétuas, sin que dende en adelante hobiese pleito sobre ellas; vendió otras muchas que estaban yermas por no haber herederos algunos, particularmente en los Llanos. La cibdad de Los Reyes estuvo abundantísima de pan y demás mantenimientos, y las cosas todas puestas en mucho órden y concierto, sin que en todos estos seis años sucediese en el reino disparate digno de memoria, si no fué el de Quito, que largamente habemos referido. A su importunacion Su Majestad le hizo merced mandarle ir á su marquesado, porque estando acá le heredó, dejando en el gobierno deste reino al Visorrey don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, que gobernaba los reinos de México, el cual agora con mucha rectitud y cristiandad nos gobierna.

CAPÍTULO LV

De la jornada y descubrimiento que hizo el adelantado Alvaro de Amendaña.

Aunque arriba brevemente tractamos del descubrimiento primero que hizo Alvaro de Mendaña, gobernando los reinos del Perú el licenciado Castro, y el segundo de que agora tractaremos, gobernando don Garcia de Mendoza, marqués de Cañete; despues hube á mis manos una relacion larga de lo subcedido en este segundo viaje, la cual

abreviaré todo lo posible. Dos años, poco más ó menos, antes que don Garcia de Mendoza, marqués de Cañete, acabase de gobernar, despachó por órden de Su Majestad del Rey Filipo Segundo, que goza del cielo (aunque contra su voluntad) á Alvaro de Mendaña con dos navios grandes y una galeota y fragata, á que volviese á descubrir é poblar las islas que antes habia descubierto, que llamaron de Salomon, y á una muy grande que pusieron por nombre Guadalcanal. Llevaba el Adelantado por almirante á Lope de la Vega, y por capitan de la gente que se hizo en Lima á don Lorenzo, su cuñado, y por maestre de campo á Merino. Llevaba consigo casi 600 personas, soldados marineros, hombres casados y gente de servicio; muchos bastimentos, piezas de artilleria y municiones bastantes; todos se embarcaron en el puerto de Zaña, y porque allí no hubo cómodo para hacer aguada, bajaron á Paita, donde la hicieron, y hecha, siguieron su derrota procurando ponerse en el altura del Callao en doce grados desta parte acá de la línea y polo Antártico, y dentro de 38 dias que partieron de Paita, antes que anocheciese descubrieron una isla, al parecer quince leguas de donde se hallaron. Fué grande el alegria que todos recibieron, y al amanecer se hallaron como cinco leguas della, y la mar cubierta de canoas pequeñas y mayores de que se aprovechan los indios; [1] llegáronse cerca dellos, que hacian mucha algazara y muestras de espanto, los cuales, llegándose á los navios, y particularmente á la galeota, entraron muchos tan crecidos y dispuestos, aunque desnudos, que les parecian gigantes; pretendieron tomar la galeota, mas los soldados que iban dentro fácilmente los rebatieron y echaron fuera; tambien quisieron entrar en los navios grandes, y se les consintió en la Capitana; entraron admirados de ver gente vestida y en navios tan grandes; subcedió allí que uno destos naturales tomó un perrillo de falda en las manos, y luego como que jugaba con él se lanzó á la mar, zabulléndose debajo del agua, y salió más de dos tiros de arcabuz adelante con el perrillo en la mano, y se embarcó en una canoa de las suyas; desde allí este indio, con otros muchos en sus canoas, hacian señas á los nuestros que fuesen á ellos, enseñándoles como con la mano otras islas, por donde se entendió que no eran todos de la que solamente hasta entonces se habia descubierto; empero, como la intencion del Adelantado fuese ver aquella isla y tomar puerto en ella,

[1] Tachado: y llegándose.

declinó el piloto sobre ella y descubrió una playa, al parecer deleitosa, poblada de muchas casas, y cerca dellas gran cantidad de platanales, palmas y otros árboles fructales. En esta playa se descubrió una ensenada con rios y muchas casas y mayor concurso de gente que se ponian á defender el puerto, el cual no se tomó por ser el viento contrario, y visto no se podia tomar, el Adelantado mandó disparar una pieza de artilleria y arcabuceria, que oido el trueno no paró natural en la mar ni en la costa, y como no se pudo surgir en este puerto prosiguieron adelante en demanda de otras tres islas que á diez ó doce leguas se descubrian, una dellas mayor que las otras. Otro dia al amanecer se hallaron como dos leguas cerca della, de donde salieron muchas canoas con muchos indios tambien desnudos, y entre ellas una muy grande, encima de la cual estaba armada una barbacoa en la cual cabian setenta hombres, sin los que iban remando por banda, y así como los pasados se admiraban de ver gente nueva, lo mismo hacian éstos; usan arco y flecha de palma, y macanas y piedras, que tiran con tanta fuerza que doquiera que alcanzan no es necesario otro golpe; los navios se fueron llegando para ver si se hallaba puerto; en unas ensenadas que se descubrian en esta isla habia tres cordilleras muy alegres á la vista, muy verdes, y tambien se descubrian sabanas apacibles; no se pudo tomar puerto, y los navios desembocaron por un estrecho que se hacia entre esta isla y otra, en lo más angosto de media legua, la una y otra playa muy poblada de caserias y gente desnuda, los cabellos, en hombres y mujeres, tan largos que les llegaban á los pies.

Pasado este estrecho, que no tenia de largo legua y media, se determinó tomar puerto en la isla de mano izquierda, que parecia la mayor; los soldados bien apercebidos para lo que se ofreciese, echóse á la mar un batel y en él 25 soldados, y la galeota y fragata los fuesen haciendo espaldas para descubrir algun puerto conveniente; salió el maestre de campo [1]... Merino con ellos, á los cuales cercaron muchas de aquellas canoas, llegándose tan cerca que parecia les querian coger á manos, mas con los arcabuces los hicieron desviar, que no paró canoa ni indio delante; desta suerte prosiguieron hasta llegar á tierra, y saltaron los soldados en ella sin haber quien les estorbase el paso, y llegaron á ponerse debajo de un árbol muy grande que parecia á los que en el Perú llaman ceibas;

[1] En blanco en el ms.

los naturales que se habian acogido al monte, como en número de diez en diez salian dando unas carrerillas, y luego se sentaban, no se atreviendo á llegar á los nuestros; uno destos gigantes se mostró más atrevido y llegó más cerca, lo cual visto por el maestre de campo se fué solo para él con su espada y daga en la cinta, y llegando el indio tomó de la mano al maestre de campo y lo abrazó en señal de mucha amistad, y trayéndolo consigo el maestre de campo donde estaban dos soldados le hicieron muchas caricias y regalos, lo cual visto por los demás se llegaron á los nuestros, aunque con algun temor; mandó el maestre de campo se hiciese ningun agravio. Algunos traían plátanos, cocos, palmitos y otras raíces no conocidas, con que se sustentan; muestra de oro ni plata no se halló. La dispusicion de los miembros es proporcionada, más colorados que blancos; las mujeres tambien son desnudas, y algunas traen cubiertas sus vergüenzas con hojas de plátanos ó cortezas de árboles, no tan dispuestas como los varones.

Porque aquí en esta playa no habia puerto seguro para los navios, se determinó que en la fragata se volviesen 16 soldados, y en el batel en que se salió á tierra se quedó el maese de campo con seis soldados y cuatro marineros, los cuales fueron costeando esta isla, y pasado como espacio de una hora descubrieron una ensenada y puerto muy seguro, con dos rios y pueblo formado con cantidad de gente, y muchos árboles fructales, limpio y de mucho fondo; saltaron en tierra el maese de campo y los soldados, y los marineros volvieron á dar aviso al Adelantado, del puerto y seguridad dél, con lo cual todos recibieron mucho contento; partido el batel, los naturales de la isla se llegaron á los pocos soldados que habian quedado, tocándoles las manos (por ventura para ver si eran de otro metal que las suyas), con no poco temor los nuestros por ser tan pocos. Empero, para atemorizarlos, el maese de campo mandó á un soldado, bonísimo arcabucero, llamado Andrés Dias, tirase á un pajarito que revoleaba en un árbol, el cual lo hizo y derribó, y los naturales, con gran admiracion, lo tomaron en sus manos espantados del caso. Aquí los naturales determinaron matarlos, desenlazando los cabellos de la cabeza, que es señal entre ellos de acometer. Los nuestros, viéndolos de mal talante, se fueron recogiendo á una ramada juncto á la playa á manera de tarazana, donde labraban los naturales una canoa muy grande, donde tuviesen las espaldas seguras, primero disparándoles los arcabuces, que hizo los naturales huir, y los nuestros sin peligro ninguno se recogieron y hicieron fuertes; era ya tarde, y los nuestros, temerosos no les cogiese la noche en aquel puesto, por tener muy pocas municiones, fué Dios servido vieran entrar en el puerto la nao Capitana disparando el artilleria, lo cual visto por los naturales se fueron todos al monte; luego llegaron los demás navíos, dando gracias á Nuestro Señor que les aparejó tan buen puerto. Amanecido, el Adelantado mandó hacer aguada y que saliesen los que quisiesen á tierra, los cuales todos casi salieron, y los sacerdotes, y se dijo misa, la cual todos oyeron con mucha devocion, y viendo los naturales no se les hacia mal ninguno se llegaban á los nuestros. Entre otras fructas se halló una en árboles grandes, tan grande como una naranja, muy verde en la corteza; cómese lo que está dentro della asada, qu'es blanca como manteca, y aunque habia muchos árboles déstos y con mucha fructa, en pocos dias no se hallaba una. Demás desto se hallaron en esta isla muchos plátanos, cocos, palmitos, cañas dulces y otras [1] fructas no conocidas de los nuestros; puercos de monte, el ombligo en el estómago, tortugas y gallinas; al fin de tres á cuatro dias, los naturales les dieron un arma para echarlos de su tierra, y el mismo dia, sosegado este alboroto, se vieron venir por una puncta diez ó doce canoas cargadas de gente caminando hacia la Capitana, y el Adelantado, temiéndose de alguna desgracia ó tracto doble de los naturales, mandó á los soldados estuviesen á puncto con sus arcabuces, y al artillero cargase dos ó tres pedreros, y llegando á tiro, el Adelantado mandó disparar uno dellos, que, dando en las canoas, hizo mucho daño, y los que quedaron heridos y vivos se volvieron huyendo por donde habian venido. A esta sazon el batel que venia con agua los siguió y trujo las canoas á la Capitana, con plátanos, cocos y otras fructas. Visto esto por los naturales, huian de los nuestros [2].

CAPITULO LVI

[*De cómo los nuestros llegaron á una isla poblada de negros y de las refriegas que con estos hubo*] ([3]).

Hecho esto, con toda la seguridad del mundo se hizo la aguada y leña, y pasados quince dias despues de llegados, los nuestros des-

[1] Tachado: cosas.—[2] Tachado: nosotros.—[3] Este y los tres capítulos siguientes no llevan epígrafe en el manuscrito.

ampararon la isla y puerto. Salieron en demanda de las islas que en el primer viaje descubrió el Adelantado. Otro dia siguiente se descubrieron unas islas bajas de muchos arrecifes, y detrás dellas tierras altas, con lo cual se alegró el Adelantado, diciendo ser aquéllas las que buscaban; mandó al piloto arribase sobre ellas; por el mucho viento contrario, con mucho descontento de todos, prosiguieron adelante, consolándoles el Adelantado y certificándoles que poco más adelante descubririan muchas más islas, porque de cinco grados á quince eran sin número. No fué cuerdo el Adelantado en desamparar lo que Nuestro Señor le habia dado, porque de allí se pudiera descubrir lo demás. En breves horas perdieron de vista estas islas y navegó muchos dias sin ver tierra, mas vian gran cantidad de pájaros de la mar; desafuciado de verla, navegando de diez á once y á doce grados se descubrió un farelloncillo redondo, no de media legua, con algunos arbolillos, despoblado, blanco con el estiércol de los pájaros; pensóse se hallaria alguna isla cerca, mas salióles al revés su pensamiento, porque desde que desampararon las islas, en dos meses, poco menos, no encontraron con tierra, por lo cual toda la gente iba muy desgustada, perdidas las esperanzas de hallar otra ocasion como la pasada, faltos de mantenimientos y de agua, aunque Nuestro Señor proveyó de algunos aguaceros con que recogieron alguna. Pasados estos aguaceros hubo unas nieblas muy grandes y oscuras, por ocho ó diez dias; al fin dellos se descubrió tierra; salieron todos á verla como si vieran su salvacion: era una isla muy larga, y á la una parte della se descubrió un volcan que de rato en rato lanzaba mucho fuego: cuando llegaron á este paraje faltó la nao Almiranta, y preguntando á la galeota y fragata por ella, respondieron no la haber visto despues que la noche antes la vieron á sotavento de la Capitana, de la cual respuesta se entendió haber arribado á otras islas que en aquel rumbo se descubrian. La Capitana y fragata y galeota se arrimaron á tierra y descubrieron una ensenada grande de más de diez leguas, en cuyo medio estaba el volcan arriba dicho, y con buen viento entraron en ella, en la cual se descubrian grandes poblazones. El Adelantado mandó se arrimasen los navios á tierra para tomar puerto antes que anocheciese; finalmente, entraron muy adentro de la ensenada y surgieron en 40 brazas, con gran admiracion de los naturales y contento del Adelantado y demás soldados, aunque no parecer el Almiranta les ponia no poco temor no se hobiese perdido.

Luego otro dia de mañana el Adelantado mandó al capitan y piloto de la fragata fuese en busca della, y si dentro de cuatro dias no la hallase se volviese; esperábase hobiese arribado á alguna de aquellas islas que de allí se parecian. Este mismo dia acudieron á la Capitana muchos de los naturales, que todos son negros atezados, y otros como membrillos cochos, de cabellos largos, con sus armas, arcos y flechas; muchos destos eran potrosos y con encordios y llenos de sarna; entre ellos venia un negro que parecia ser rey, por el respecto que le tenian; el cual así como entró en el navio, lo primero que dijo fué: capitan, capitan; que admiró mucho, por oir nombre español en tierra tan remota. El Adelantado mandó que todos delante dél estuviesen destocados, para que aquellos bárbaros entendiesen era el General de todos. Este negro se llegó al Adelantado, diciendo: capitan, capitan, muchas veces; Malope capitan, y dándose en los pechos; por donde se entendió pedia al Adelantado su nombre para trocar el suyo; porque como le respondió Mendaña, el negro hizo señas qu'él se llamaba Mendaña y el Adelantado Malope. Hiciéronles buen tratamiento, dándoles algunos juguetes y cosas de comer, las cuales por ninguna via gustaron *por* más que fueron importunados. Pidieron por señas fuese alguno de los soldados con ellos á tierra, y ofreciéndose á ello uno de más de 50 años, á quien el Adelantado dió licencia, quedando dos negros en rehenes, aquella misma tarde le volvieron al navio, porque no se atrevió á hacer noche con aquellos naturales; preguntósele qué le habia parecido de la tierra: no supo dar razon de cosa alguna, porque apenas hubo saltado en ella cuando pidió le volviesen al navio. Dentro de dos dias volvió la fragata no trayendo nueva alguna de la Almiranta, diciendo habia descubierto unas islas bajas y con ellas un bajio muy grande, por el mismo rumbo que habia llevado la Almiranta; por *lo* que luego se entendió era perdida, porque nunca más pareció. Fué mucho el sentimiento que en todos se hizo, por ir en ella casi la mitad de la gente. El Adelantado determinó saltar en tierra y aguardar por ventura arribaria si no fuese perdida. Luego se echó el batel á la mar á traer agua y leña; entraron por un rio arriba poco trecho, de donde desde el mismo batel se tomaba el agua dulce, la cual tomando salieron del monte muchos de aquellos negros disparando sus flechas con mucha algazara; los nuestros se retiraron, dos soldados mal heridos: el uno de muerte; el otro quedó tuerto de un flechazo, por lo cual juró el maestre de campo que se lo ha-

bian de pagar con las septenas, y luego se determinó que aquella noche saltasen en tierra algunos soldados bien apercebidos y diesen al amanecer sobre un pueblo que desde allí se via cerca, entre árboles, de que toda la tierra es muy poblada; hízose así, y siguiendo el maestre de campo por una senda lodosa, una cuesta arriba y como media legua de camino, se descubrió una centinela; un soldado pidió licencia al maestre de campo para derribarle, y alcanzada dió con él en el suelo, lo cual hecho entraron todos de tropel, que serian treinta soldados, por las casas, que parecian estar vacias de gente, porque la habitacion destos negros es entre suelos, cubierto el suelo con hojas de palma, y allí duermen y hacen su habitacion; las casas son redondas, y por todas partes descubiertas; un soldado mirando para arriba metió una espada por el entresuelo, y los que en él estaban se alborotaron y hicieron mucho ruido, y el soldado dió voces diciendo se advirtiese habia mucha gente; visto esto, el maestre de campo repartió por las casas cercanas los soldados para que se pudiesen socorrer los unos á los otros; de aquel buhio, donde se descubrió la gente de los entresuelos, por el agujero que hizo la espada del soldado se disparó una flecha y hirió á un soldado en un ojo, que no parecia sino un rasguño pequeño; empero murió dentro de 24 horas; por donde se entiende la puncta de la flecha traia yerba. El maese de campo, enojado, mandó poner fuego á los buhios, porque no se quisieron dar á paz, y los que salian huyendo del fuego peleaban defendiendo sus vidas valientemente. A las voces acudieron otros naturales con sus armas y piedras arrojadizas; más de dos horas pelearon con los nuestros, y viendo el maese de campo que se defendian mandó á los soldados que de tropel los acometiesen, lo cual apenas hecho los naturales se desgalgaron por aquellas cuestas abajo, dejando sus casas, en las cuales habia poco más que nada; sacáronse cantidad de plátanos verdes, cocos, palmitos y doce puercos de monte que los perros que llevaban los soldados cogieron. Con esta rica presa se volvieron á la playa, donde hallaron algunos soldados y otra gente menuda que habia desembarcado, así para socorrer si fuese necesario como para espaciarse. El maese de campo mandó hiciesen señas á la Capitana para que les enviase el batel y fuesen á dar cuenta de lo subcedido; la comida que se trujo se repartió entre soldados, marineros y demás gente. Aqui se determinó se fuese á buscar puerto más apacible, porque dentro de la ensenada se descubrian playas y tierras y muchas poblazones, y la costa llena de naturales, lo cual se hizo yendo el Adelantado en la galeota, y *el* maese de campo; iban tan cerca de tierra que los naturales se querian entrar en la fragata, metiéndose en la mar hasta la cintura. Sondóse el puerto, hallóse limpio; dejóse una boya en lugar conveniente para que allí surgiese la Capitana, á quien se avisó y surgió donde habia quedado la boya, teniendo muy cerca de allí un rio caudaloso. Surta la nao Capitana y volviendo á ella el Adelantado y maese de campo se entró en acuerdo lo que se debia hacer, y salió acordado se saltase en tierra para ver lo que prometia de sí, y si fuese tal, poblar en ella. Los negros se metian en la mar casi hasta perder pie, de donde arrojaban las flechas hasta los navios. El Adelantado, viendo este atrevimiento, mandó saliesen algunos soldados con sus arcabuces para que los espantasen, y por capitan don Lorenzo su cuñado, el cual saltando en tierra y los negros huyendo, fué siguiendo el alcance, excediendo de lo que se le habia mandado; lo cual visto, el maese de campo llegándose á bordo la fragata y galeota saltó en ella con gente para ir á socorrer al capitan don Lorenzo, temiendo los naturales no le tuviesen armada alguna emboscada; saltó en tierra y fué á alcanzar al capitan don Lorenzo una legua de camino, junto á un rio, adonde le reprehendió ásperamente, el cual no respondió palabra, y todos tuvieron temor que de aquella reprehension subcediese alguna cosa en daño de todos, como despues subcedió, y pareciendo al maese de campo ser muy bueno el puerto para fundar pueblo, avisó dello al Adelantado, á quien le pareció bien, porque de allí se podría tornar á buscar la Almiranta; desembarcóse la gente y el Adelantado señaló los solares para hacer las casas, entretanto haciendo cada uno su ranchillo donde albergarse.

CAPITULO LVII

[*De la muerte que el Adelantado Mendaña hizo dar al Maese de campo*].

Viendo los naturales que los españoles poblaban, al momento dejaban sus casas y lo poco que en ellas habia. Visto por los nuestros, con mucha priesa fueron á ellas, pensando hallar algo de cobdicia, y no hallaron sino unos pocos de cocos con que beben, y algunas esportillas de palma con unas raíces á forma de biscocho, que es su principal sustento; empero para los españo-

les es como ponzoña, porque en metiéndolas en la boca se cubria de ampollas, con una aspereza grande y desabrimiento, aunque la falta de comida general las hacia sabrosas; en todas las casas no se halló memoria de oro ni plata; sólo se aprovecharon para la nueva poblazon de la madera; entre las casas destos naturales habia algunas grandes que parecian ser sus adoratorios; habia pintadas algunas figuras de demonios, y lo que les ofrecian colgaban juncto á ellas: cocos, palmitos, plátanos y otras cosas de comida. Al fin hízose el pueblo y cerróse de palizada para defenderse de los naturales, que por momentos los apretaban, hasta que se trujeron tres ó cuatro piezas de artilleria, con las cuales fácilmente los desperdigaban; en todo este tiempo el Adelantado se estaba en la Capitana sin salir á tierra, sino de cuando en cuando á dar órden en lo que más convenia.

Los naturales, con todo eso, algunas veces inquietaban; otras traian cañas dulces y frutas de la tierra.

En este pueblo, por ser la tierra muy cálida y húmida, comenzaron á enfermar los españoles, que apenas enfermaba alguno que sanase; pero la mayor enfermedad fué la discordia que se encendió entre el Adelantado y maese de campo, queriendo defender con palabras á un soldado quel Adelantado tractaba mal. Las palabras fueron decir que les bastaba á los pobres soldados sus trabajos, sin malos tractamientos, y que el maese de campo en todas ocasiones habia vuelto por el Adelantado.

Dende á cuatro ó cinco dias el Adelantado salió á tierra con algunos marineros y pilotos, habiendo tractado con ellos de matar al maese de campo, y llegando á tierra se fué derecho á la casa del maese de campo con Juan Antonio y el capitan Juan Felipe, ambos corsos, y hallando al maese de campo que acababa de almorzar le dijo le queria hablar dos palabras; salió el maese de campo con el Adelantado, y llegaron á la playa, á donde razonando los dos, á cierta seña Juan Antonio llegó y con una daga le dió una puñalada en los pechos, y queriendo meter mano á su espada llegó el capitan Juan Felipe y con un alfange le cortó á cercen el brazo de la espada, y allí murió hecho pedazos. A las voces que dió una mujer que mataban al maese de campo, salió Tomás de Ampuero, diciendo: ¡Traidores! ¿á mi camarada? Un cuñado del Adelantado, con cinco ó seis marineros dieron sobre él y á estocadas le mataron, lo cual hecho se alzó el estandarte Real, diciendo ¡viva el Rey y mueran traidores! Tomóse motivo fuera de lo dicho, para estas muertes y otras, quel maese de campo preguntó á un piloto, llamado Jordán, que para volver al Perú ¿qué derrota se podria tomar? llegó esto á oidos del Adelantado y que Tomás de Ampuero habia incitado á 40 ó 50 soldados hiciesen una peticion para el Adelantado, pidiendo les cumpliese la palabra que les dió en el Perú de los llevar á la tierra que habia primero descubierto. Aquel mismo dia, á las cinco de la tarde, llegó el alferez Buitrago, del maese de campo, que habia ido con veinte soldados á buscar de comer; llegados, el Adelantado, que los esperaba, como llegaban los desarmaba y mandaba poner en el cepo, y al pobre alferez Buitrago mandó echar unos grillos y llevar á la puncta del rio donde estaba el padre Serpa, y mandó le confesase; el cual hincado de rodillas, porque dijo: ¿Qué he hecho yo que me quieren quitar la vida? llegó el sargento mayor, portugués,, con un negro, un alfange en la mano, y dijo: Dale; el cual negro le dió tal golpe en la cabeza que le derribó muerto á los pies del confesor, dejándole ensangrentada la sotana. La mujer del alferez, que oyó una gran voz de su marido, saliendo y viendo lo que pasaba, pedia justicia á Dios; mandáronle callar, so pena que se haria otro tanto en ella.

CAPITULO LVIII

[*Donde se dice el fin que tuvieron Malope y el Adelantado Mendaña.*]

Los soldados que fueron con el alferez Buitrago á buscar la comida susodicha, porque no la hallaron á donde pensaban, que era en las casas de Malope, el que trocó el nombre con el Adelantado, diciéndoles que en otro pueblo, á vista de donde estaban, la hallarian, partieron para allá, y llegando á un paso estrecho salieron á ellos muchos negros, flechándolos, y ellos se retiraron con buen órden, sacando los enemigos á lo llano, donde con los arcabuces hirieron y mataron muchos; los demás huyeron y los nuestros entraron en el pueblo, donde hallaron muy poca comida, y volviendo al pueblo donde dejaron á Malope, creyendo habia sido lo subcedido traza suya, le mataron y los demás cuatro ó cinco que con él estaban, lo cual sabido por el Adelantado le pesó mucho de la muerte de Malope. Al cabo de cinco ó seis dias dió al Adelantado una calentura acompañada de gravísima tristeza, de la cual murió dentro de siete ó ocho dias; murió

tambien el padre Serpa, espantado de la muerte del alferez Buitrago, dentro de tres dias que subcedió, recebidos los sanctos Sacramentos, con muchas muestras de gran cristiano. Sintióse mucho su muerte, porque ya no quedaba más que otro sacerdote, que era vicario.

CAPITULO LIX

[*De cómo los nuestros llegaron á las islas Filipinas y luego volvieron al Perú.*]

Muerto el Adelantado, quedó en su lugar por capitan don Lorenzo y doña Isabel Barreto, mujer del Adelantado, á quien se obedecia en todo. En el pueblo crecian las enfermedades y muertes, falta de comidas y abundancia de armas que los negros daban, hiriendo á los nuestros; lo cual visto por don Lorenzo salió á castigarlos con poca gente, doce ó catorce soldados, que los demás estaban enfermos. Salió á los pueblos comarcanos, y los negros salieron á ellos y á don Lorenzo dieron un flechazo y á otros tres ó cuatro, y así se volvió al pueblo.

La herida fué en una pierna, tan subtil y pequeña como si le picaran con un alfiler; empero el dolor le fatigaba mucho, porque la flecha era de yerba. Al fin, visto que se iban consumiendo, con parecer de todos fué acordado dejar aquella mala tierra y buscar otra más cercana de cristianos. Tomado parecer de los pilotos, dijeron la más cercana ser la China; empero, que no tenian los navios aparejos para ir allá. En este mismo tiempo se determinó enviar la galeota á buscar el Almiranta, y que si no la hallase dentro de cuatro dias, se volviese. Partió la galeota y al parecer á quince leguas de la bahía hallaron cuatro ó cinco islas bajas, todas llenas de platanales y palmas muy grandes, y algunos buhios en que los negros tenian sus mujeres y hijos recogidos; llegóse la fragata á tierra y saltó la gente toda en ella; los negros, mostrando amistad, salieron con alguna comida y un tiburon asado en barbacoa; un soldado, entrando en un buhio, halló que en él habia mucha gente escondida, mujeres y niños; avisó al capitan, el cual pretendió hacer presa en ellos; empero los negros defendian sus hijos é mujeres, pero no pudieron tanto que no les tomasen diez ó doce muchachos y muchachas, con los cuales volvieron al puerto, no poco tristes por no hallar rastro de la Almiranta dentro del tiempo señalado; llegados á tierra, preguntando por la salud de los enfermos, *supieron* que muchos eran ya muertos y don Lorenzo estaba expirando del flechazo, del cual murió; antes que muriese pidió confesion; trújosele al vicario, que se habia recogido á la Capitana por miedo de la muerte, más allí le salteó y así enfermo en una silla le trujeron para que confesase á don Lorenzo, á quien confesándose le dió un parasismo y otro al vicario, al cual sin habla llevaron á una casa donde se le hicieron algunos regalos con que volvió en sí; empero el capitan dió aquella tarde el ánima á Dios, el cual sepultado se dió órden que los pocos que quedaron vivos se embarcasen y fuesen en busca de las Filipinas, porque en tierra no se podian defender de los naturales; estuvieron siete dias embarcados, tomando agua y leña y los más plátanos y cocos que pudieron coger, y con este matalotaje y desgraciado subceso, por no haber poblado en las primeras islas que descubrieron, se hicieron á la vela en la Capitana, fragata y galeota, y dentro de pocos dias llegaron á las Filipinas, *de* donde algunos volvieron al Perú, de quien supe lo referido. Lo más que les subcedió no es de mi intento tractarlo.

CAPÍTULO LX

Sola una desgracia le subcedió al Marqués.

Habia sido el Marqués uno de los caballeros dichosos de nuestras edades, si todos estos buenos subcesos no se le aguaran con la muerte de la ilustrísima y cristianísima marquesa, que dejó enterrada en Cartagena, lo cual en estos reinos dolió mucho; empero, llevóla Nuestro Señor á gozar del cielo, donde tiene otro mejor y más perpétuo marquesado, y al Marqués con próspero viaje á España, sin borrasca, ni tormenta, ni cosa que les diese pena, la flota llena de plata, así de Su Majestad como suya y de particulares, donde Su Majestad le recibió muy alegremente haciéndole mucha merced, y le hará más, por sus méritos y partes y virtudes tan excelentes, cuantas en nuestros tiempos junctas no se hallan en un supuesto, ni en los pasados en muchos. Tiene bonísimo y galano entendimiento, como quien nació para mandar y gobernar. Con señores, es señor; con caballeros, es caballero; con capitanes, es capitan; con soldados, es soldado, y, finalmente, con todos estados se sabe acomodar muy bien; amigo de hacer bien á todos, y en particular de casar huérfanas; dió renta é hizo merced en nombre de Su Majestad al hospital de San Andrés, de los españoles, á quien dejamos dicho, su padre, de buena memoria, dió mucha limosna de su hacienda.

Esto en breve, que es más recopilacion [1] de historia que historia, habemos dicho, dejando á los que son dotados de más facundia y mejor estilo que el nuestro para que sus libros se enriquezcan con las obras heroicas del Marqués, y esperamos que Su Majestad le hace mercedes muy copiosas [2].

CAPÍTULO LXI

Del ilustrísimo Arzobispo de México.

Dentro de breve tiempo qu'el Marqués de Cañete entró en la cibdad de Los Reyes, vino á ella por órden de Su Majestad el ilustrísimo Arzobispo de México, á la sazon en la misma cibdad Inquisidor, el licenciado don ... [3] de Bonilla, varon integérrimo en todo género de virtud, y no de pequeña penitencia y oracion, como su vida y ejemplo son bastantísimos testigos; de bonísimo y claro entendimiento, y de prudencia admirable; amado grandemente de todo el reino por su mucha virtud, y temido por la mucha rectitud que en su vida se conoce: amigo y favorecedor de los que administran justicia, y de los que son en contrario, que conciernan á su tribunal, con gran cordura castigador. Proveyóle Su Majestad, siendo fiscal de la Inquisicion en México, conociendo todas estas partes y calidades suyas, para que visitase la Real Audiencia desta ciudad de Los Reyes y para que tomase cuenta á los oficiales reales, á quien habia muchos años ni se visitaban ni tomaban cuentas, y asimismo á otros muchos, como al cabildo de la ciudad y escribanos; á quien Su Maj stad, muy servido de lo que ha hecho y hace, le hizo merced de la Silla metropolitana de México, con esperanzas que á mayor dignidad le ha de sublimar. Ha hecho y hace su oficio con tanta rectitud y cristiandad cuanta se esperaba; ha condenado y privado á algunas personas, y ha sacado á luz muchas cosas tocantes á la Hacienda Real que estaban solapadas, y aunque á algunos les parece va muy despacio y desean verle fuera destos reinos, son hombres interesados y culpados en cosas que le estan encomendadas; los demás no le querrian ver fuera del reino. Luego que Su Majestad le hizo merced del arzobispado, no quiso gozar más del salario de Visitador, contentándose con la renta del arzobispado, porque no es persona que tracta de riquezas temporales, sino de las eternas y del cielo. Este capítulo en breve me pareció engerir aquí como cosa importante y que pertenecia tractar della, por haber venido el ilustrísimo de México en estos tiempos á este reino con oficio en el cual ha servido mucho, mucho, á Dios Nuestro Señor y á su Rey, y esperamos les hará más servicios.

Como los hombres seamos mortales y nuestras vidas dependan de quien es la vida por esencia, fué Nuestro Señor servido llevársele para sí de una enfermedad que casi no fué conocida de los médicos; procedióle de que siendo quebrado y no viviendo con tanto recato de la quebradura, se rompió más de lo acostumbrado, y salieron las tripas, de suerte que no fué posible, con los remedios que se hicieron, volverlas á su lugar. Hizo su testamento, y está enterrado en nuestro convento de Los Reyes, adonde dejó cuatro mil pesos de limosna; hiciéronsele sus obsequias con la pompa requisita, con no poco dolor de todo el pueblo, y más del Virrey don Luis de Velasco, que en todas cosas le consultaba para el bien del reino; diósele sepultura en la capilla [1] principal, junto al altar mayor, en medio de otros dos Obispos que allí estan enterrados.

Con lo hasta aquí tractado nos parece haber concluido con la brevedad posible dejando escriptos los caminos desde Quito á Talina, y lo demás digno de memoria subcedido en tiempo de los Virreyes que han gobernado los reinos del Perú, desde el marqués de Cañete, don Hurtado de Mendoza, de buena memoria, hasta don Garcia de Mendoza. su hijo, subcesor en el marquesado; todo lo cual, á lo menos la mayor parte, habemos visto ó sabido por relaciones verdaderas, que es lo menos que en estos renglones dejamos á esta escritura encomendado, porque no quedase anegado en el profundo del rio del olvido.

A don Garcia de Mendoza subcedió don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, mudado del Virreinato de México al del Perú, cuyos hechos, virtudes y buen gobierno dejamos que lo traten otros, donde tendran bien que extender las alas de sus ingenios; y porque tambien habemos visto la gobernacion de Tucumán y de Chile, tractaremos con brevedad lo visto y sabido.

CAPITULO LXII

Del camino de Talina á Tucumán.

Llegamos en lo que atrás dejamos escripto al último pueblo y términos del Perú, conforme á la division de los obispados, que es

[1] Tachado: que.—[2] Siguen ocho líneas tachadas é ilegibles.—[3] En blanco en el ms.

[1] Tachado: *mayor*.

á Talina, pueblo de los indios Chichas, desde el cual, siete leguas más adelante, está un arroyo y paredoncillos llamados Calahoyo, desde donde comienza la jurisdicion, conforme á la jurisdicion eclesiástica, de Tucumán. El primer obispo desta provincia, el reverendísimo fray Francisco de Victoria, de quien habemos tractado, entrando á su iglesia, aquí [1] tomó la posesion, y por esto decimos que es de la jurisdicion de Tucumán cuanto á lo eclesiástico.

Desde aquí al primer pueblo de españoles de la provincia de Tucumán, llamado Salta, fundado en un valle muy ancho y espacioso, del propio nombre, de buen temple, con su invierno y verano al reves de España, se ponen más de cien leguas, todas despobladas, á lo menos por el camino que yo fuí siendo provincial de aquella provincia y de la de Chile, que por dar órden en ciertos frailes nuestros que allí estaban me fué forzoso desde la ciudad de Lima tomar este camino por tierra. Empero al presente, despues que la provincia de Omaguaca, que confina con los Chichas, y en el traje no se diferencian dellos, se ha reducido y admitido sacerdotes, vase por un camino más poblado, donde hay tambos á sus jornadas y en algunos servicio.

Esta provincia de Omaguaca es fértil de todo género de mantenimiento, y de oro, ovejas de la tierra. Sirvió á la ciudad de La Plata y estuvo repartida. Yo conocí algunos encomenderos que tenian sus repartimientos en ella, mas como se rebelaron no habian dellos algun provecho, ni alguno tienen ya reducidos. La causa por que estos indios se rebelasen, no la sé; por ventura, por se ver lejos de la ciudad de La Plata, que dista della más de noventa leguas; contra los cuales salió un vecino della con soldados, llamado Pedro de Castro, hombre de muy buenas partes, pero matándole en una guazabara, los soldados, sin cabeza, saliéronse, y así se quedaron junctamente con otros sus confines, llamados los Casavindos y Cochiñocas. Pero habrá siete años qu'el principal curaca desta provincia, cuando iba á Tucumán, llamado Viltopoco, envió algunos indios principales á la Audiencia de La Plata, pidiendo queria servir y pagar moderado tributo, poblar los tambos que hay de su tierra á Talina, dar en ellos al precio que en Talina gallinas, carneros de Castilla y de la tierra, para cargas, maíz, y lo demás, como en los tambos del Perú, y darian indios para las minas de Potosí, *y* admitirian sacerdotes, con tal condicion que no habian de tener otro encomendero que á Su Majestad. La Real Audiencia admitió el partido, é yo, llegando á Talina, me detuve allí algunos dias esperando el sacerdote señalado, que si viniera me fuera con él por ahorrar de tanto despoblado y riesgo de algunos indios de guerra, mas Nuestro Señor fué servido llegase en salvo á Salta; ya el dia de hoy se entra y sale por aquel camino, y los indios han cumplido lo que prometieron; yo llegué á Salta, y en todo el camino no vi cosa digna de ser escrita, si no es, á tres ó cuatro jornadas de Talina, unas salinas en despoblado, las más famosas que creo hay en el mundo; es un valle que debe tener más de tres leguas de ancho, y de largo, segun me informé, más de quince; la sal más blanca que la nieve, de la cual se aprovechan los indios Casavindos y Cochiñocas y los de la provincia de Omaguaca; de lejos, con la reberveracion del Sol, no parece sino rio, y á los que no la han visto espanta, pensando han de pasar un rio tan ancho; llegados, admira ver tanta sal; los que iban por aquel camino á Salta llevaban alguna, por ser aquella provincia falta della. Llegado á Salta hallé allí al Gobernador Juan Ramirez de Velasco, y sabiendo que Viltopoco se habia reducido al servicio de Su Majestad, envió un capitan con diez soldados bien apercebidos á tomar la posesion de aquella provincia por su gobernacion, los cuales llegando y por Viltopoco sabida su venida, les dijo se volviesen á Tucumán, donde habian salido, porque no habia de ser subjecto á aquella gobernacion, sino á la Audiencia de los Charcas; donde no, los haria matar á todos. El capitan y soldados tuvieron por bien volverse á Salta, estando yo presente en el pueblo cuando fueron y volvieron; no creo dista Omaguaca de Salta treinta leguas.

Llegando á Omaguaca, poco menos de doce leguas está un valle muy fértil de suelo, pero no poblado de pueblos, llamado Jujui, donde habrá siete años quel mismo gobernador Juan Ramirez de Velasco pobló un pueblo de españoles que para la paz de Omaguaca, si se quisiere tornar á rebelar, y para la quietud de Salta por respecto de los indios de Calchacuy, fué muy necesario, el cual en breve tiempo ha crecido mucho, y los padres Teatinos tienen allí ya una casa, y para el poco tiempo que ha se pobló, rica de ganados y estancias. Es el mismo temple quel de Salta; á siete leguas dél envió allí á poblar con título de teniente de gobernador y capitan, á don Francisco de Argaranaiz, de nacion vizcaino, vecino de la cibdad de San-

[2] En el ms., *á que.*

tiago. El un[1] valle y el otro son abundantísimos de comida, trigo, maíz, aves, carneros, vacas, y todas fructas nuestras, viñas, de donde el dia de hoy hacen vino; tienen las plagas que hay en toda la provincia de Tucumán, que por no tornarlas á referir son las siguientes: frio á su tiempo, que es desde Mayo hasta Octubre, insoportable y sequísimo más que el de Potosí, y principalmente los tres meses Junio, Julio y Agosto; calor al verano de dia y de noche, y más en Diciembre, Enero, Febrero y Marzo. Las hitas que dijimos haber en la provincia de Los Charcas, grandes y asimismo pequeñas en gran cantidad; en el verano mucho mosquito de los zancudos y rodadores; moscas en este tiempo son innumerables, y de tal calidad, que si se acierta á tragar una en la comida, revuelve de tal manera el estómago que hace lanzar hasta la viva sangre, por lo cual, en las cocinas, sobre el fuego, están dos indios con sus aventadores ahuyentando las moscas. Es así que en la cibdad de Esteco una mujer de un vecino tenia en su casa un soldado enfermo (en esta provincia no hay yerbas medicinales ni médicos, sino abundancia de lechetrezna, que es poco menos que tóxico), y no mejorando tomó dos moscas, desleyólas en una escudilla de caldo de ave y sin decirle alguna cosa dióselа á beber. Purgó tan bien con ella, que dentro de pocos dias sanó; esto yo lo pregunté á la misma que dió la purga. Es abundante de tres géneros de víboras de las de cascabel, y de otras más pequeñas, como las de España, y de otras llamadas volantines, porque abalanza más de diez pasos á picar. Proveyó Dios en esta provincia de unas culebras pequeñas que no hacen daño alguno, antes son provechosas, las cuales tienen dominio sobre las víboras, de tal manera que en viendo la víbora de cascabel á esta culebra, luego se vuelve boca arriba, y llegando esta culebra la degüella y mata; así lo afirman los nuestros que viven en aquella region.

Críanse culebras grandes de las que llaman bobas, y otras, *y* moscas que en asentándose sobre la carne la dejan llena de gusanos. Vientos al ivierno recísimos, sea Sur ó sea Norte, que son los que dominan en esta provincia y que parece andan en competencia uno un dia, otro otro; al verano cualquiera destos vientos es fuego. Pedriscos frecuentes, y de tal manera, tan recios y de piedras grandes, que no se atreven á hacer atechadas[2] las casas, si no es cual ó cual; cúbrenlas con unos terrados de más de una tercia de grueso, muy bien pisados con pisones, un poco corrientes porque no haga canal el agua; es tierra en partes montañosa y muy llana, los árboles infructíferos, llenos de espinas; los más son algarrobos; empero, no se come la fructa sino de unos que se aparran por el suelo; los otros son crecidos como encinas. Los campos son abundantes de estos animales ponzoñosos, por lo cual en apeándose el pasajero ha de mirar dónde pone los pies; hay lagartos de sequera tan grandes como los que dijimos producia la tierra Chiriguana; matamos uno en una dormida; Dios nos libró dellos; admirónos cuando le vimos; era tan grande como un caimanillo, y es cierto que se alborotó el alojamiento como si vinieran sobre nosotros indios de guerra. Es muy falta de agua, como lo son las tierras llanas, y las aguas de los rios malas, gruesas y salobres, á las riberas de los cuales son los pueblos de los indios y de los españoles; en la tierra que es montañosa se crian leoncillos y tigres en cantidad, que no dejan de noche dormir á los caminantes con sus bramidos. Los tigres son dañosos si no ven candelada. Los indios para guarecerse dellos en los caminos que hay montaña, sus dormidas tienen en los árboles, á los cuales suben por unos escalones hechos á mano en los mismos árboles, con hachas cortando, donde ponen los pies para subir y descendir.

El suelo de toda esta provincia es salitre, y mientras más cavan, más salitroso, por lo cual todas las fructas nuestras (que de la tierra ninguna vi) son de bonísimo sabor, y las hortalizas; mas los árboles duran poco. En toda esta provincia se dan viñas, membrillos, granadas, manzanas, etc.; el vino que se hace dura muy poco, porque se vuelve vinagre.

Los rios desta provincia, particularmente el de Esteco y el de Santiago del Estero, al ivierno son como el Nilo, salen de madre y extiéndense por aquellas llanadas regando la tierra, que allá llaman bañados, y aquel año es más abundante que hay más bañados; aran y en ellos siembran; los campos y llanos son espaciosísimos, porque así como estando en alta mar no vemos sino cielo y agua, así en aquella provincia de Esteco para adelante no vemos sino cielo y llanuras, y éstas corren más de 400 leguas sin que se halle ni se vea un cerrillo, ni casi una piedra. Camínanse todos estos llanos y caminos en carretas, las cuales no llevan una puncta de hierro, ni los caballos gastan mucho herraje, por ser tierra fofa.

[1] En el ms., *una*.—[2] Tachado: cúbrenlas.

CAPITULO LXIII

Del valle de Salta, Comarca y Calchaquí.

Volviendo á proseguir nuestro camino y description de la provincia de Tucumán, de Jujui se llega en una jornada al valle de Salta y pueblo del mismo nombre, de españoles, muy moderno, aunque más antiguo que el de Jujui; valle espacioso, alegre, de buenas aguas; por estar más á la cordillera participa de algunas sierras llenas de arboleda.

El asiento es bueno y llano; es abundante de las plagas que acabamos de decir. Poblólo el licenciado Lerma, gobernador de aquella provincia, para freno, como lo es, de los indios de Calchaquí; danse en él todos los árboles fructales nuestros y viñas, mucho maíz y trigo. A un lado al Poniente le demora la provincia de Calchaquí, indios belicosos; el vestido es como el de los Omaguacas y Chichas; los indios, con manta y camiseta; las indias, unas camisetas largas hasta los tobillos; no hay más vestido. Estos indios por dos veces se han llevado dos pueblos de españoles, y esta última, habrá doce ó catorce años, por órden de don Francisco de Toledo, el capitan Pedro de Zárate fué con sesenta hombres, pocos más, á reducirlos; tenia alli cerca indios de encomienda, pero alzados; fueron con él algunos vecinos de la cibdad de La Plata, que tambien tenian allí sus repartimientos y habian servido; llegó allá, pobló; parecióle tener poca gente para sustentarse; dividióse, saliendo con la mitad á Tucumán á pedir favor; visto por los indios, dieron en los otros treinta que habian quedado en el pueblo, y aunque se defendieron bravamente, como eran pocos los mataron á todos; no se escaparon tres á uña de caballo. Esta provincia de Calchaquí es tierra alta; es sierra faldas de la cordillera grande deste reino del Perú, que Norte Sur le atraviesa hasta el estrecho de Magallanes. Es rica de oro y plata; cuando se les antoja sirven un poco de tiempo al pueblo; cuando no, vuélvense á las armas.

Eran muchos; agora son pocos, porque las guerras civiles entre ellos los han consumido. Llegando yo á Salta los vi allí, y un mestizo criado entre ellos, entre otros indios con quien traian guerra. El mestizo acaudillaba aquellos con quien se habia criado y tenia tan avasallados á los Calchaquis, que les forzó á venir á pedir favor á Juan Ramirez de Velasco contra el mestizo, y si se lo daban le sirvirian en Salta. Salió Juan Ramirez con la gente que le pareció bastante, y en breve á los unos y á los otros redujo, prendió al mestizo, trújolo á Salta, donde le vi; no sabia nuestra lengua, porque no la habia oído; agora no sé cómo están.

CAPITULO LXIV

De la cibdad de Esteco.

Del valle de Salta dista la cibdad de Esteco, así llamada la tercera en órden, de Tucumán, cincuenta leguas de buen camino carretero; es abundante de mantenimientos y de fructas de las nuestras; en especial las grandes son de las buenas del mundo; edificada á la ribera de un rio grande que en verano sólo se vadea. Los vecinos estaban descontentos del asiento, porque la madre del rio es arenisca y no pueden hacer molinos en él, y tractaban mudarse, como dicen se han mudado, casi 25 leguas más hacia Salta, á un asiento mucho mejor, del mismo temple y más fresco, llamado Palca Tucumán, donde del rio Grande, como de un arroyo que tienen á la falda de un cerro, se pueden sacar acequias y hacer molinos, y para acabar de pacificar unos indios de aquella provincia, belicosos, llamados Lules, es asiento mucho más cómodo; si á este asiento se han mudado, será pueblo muy regalado, fresco y muy sano, donde para el edificio de las casas tienen mucha madera, y el suelo no salitroso, piedra para hacer cal y buena tierra para teja.

El un suelo y el otro es abundante de pastos, y este segundo mucho más, y para ganados mejor qu'el de Esteco, y está veinticinco leguas más cerca del Perú.

CAPÍTULO LXV

De la cibdad de Santiago del Estero.

De la cibdad de Esteco á Santiago del Estero ponen cincuenta leguas, todas despobladas, á lo menos las cuarenta, porque á diez leguas della llegamos á dos poblezuelos de indios. Esta cibdad es la cabeza de la gobernacion y del obispado; es pueblo grande y de muchos indios; al tiempo de su conquista poblados á la ribera del rio, como los demás de la cibdad del Estero; ya se van consumiendo por sus borracheras. Son los indios desta provincia muy holgazanes de su natural; en los rios hallan mucho pescado, de que se sustentan: sábalos, armados y otros; sa-

ben muy bien nadar, y péscanlos desta manera, como lo [1] he visto: échanse al agua (los rios, como no tienen ni una piedra, corren llanísimos) ceñidos una soga á la cintura; están gran rato debajo del agua y salen arriba con seis, ocho y más pescados colgando de la cintura; débenlos tomar en algunas cuevas, y teniendo tanto pescado, no se les da mucho por otros mantenimientos; son borrachos como los demás, y peores; hacen chicha de algarroba, que es fortísima y hedionda; borrachos, son fáciles á tomar las armas unos contra otros, y cuando no, sacan su pie y fléchanselo. Son grandes ladrones; todos caminan con sus arcos y flechas, así por miedo de los tigres como porque salen indios á saltear, y por quitar una manta ó camiseta á un caminante no temen flecharle; los arcos no son grandes; la flechas, á proporcion; pelean casi desnudos. En toda esta tierra y llanuras hay cantidad de avestruces; son pardos y grandes, á cuya causa no vuelan, pero á vuelapie, con una ala, corren ligerísimamente; con todo eso los cazan con galgos, porque con un espolon que tienen en el encuentro del ala, cuando van huyendo se hieren en el pecho y desangran. Cuando el galgo viene cerca, levanta el ala que llevaba caida, y dejan caer la levantada; viran como carabela á la bolina á otro bordo, dejando el galgo burlado. Hay tambien liebres, mayores que las nuestras; son pardas, no corren mucho. Es providencia de Dios ver los nidos de los pájaros en los árboles; cuélganlos de una rama más ó menos gruesa, como es el pájaro mayor ó menor, y en contorno del nido engieren muchas espinas; no parecen sino erizos, y un agujero á una parte por donde el pájaro entra ó á dormir ó á sus huevos, y esto con el instinto natural que les dió naturaleza para librarse á sí y á sus hijuelos de las culebras. Es toda esta provincia abundantísima de miel y buena, la cual sacan á Potosí en cueros; es abundante de trigo, maíz y algodon, cuando no se les yela; siémbranlo como cosa importante, es la riqueza de la tierra; con ello se hace mucho lienzo de algodon, tan ancho como holanda, uno más delgado que otro, y cantidad de pávilo, medias de puncto, alpargates, sobrecamas y sobremesas, y otras cosas por las cuales de Potosí les traen reales. Críase en esta provincia la grana de cochinilla muy fina, con que tiñen [2] el hilo para labrar el algodon. Es abundante de todo género de ganado de lo nuestro, en particular vacuno, de donde los años pasados, porque en Potosí é provincia de los Charcas iba faltando, lo vi sacar, y se vendia muy bien, y bueyes de arada, y se vendia la yunta á sesenta pesos. Caballos solíanse sacar muy buenos; ya se ha perdido la casta y cria, por descuido de los dueños, de tal manera que es refran recibido en toda la provincia de Los Charcas: de hombres y caballos de Tucumán, no hay que fiar; tanto puede la mala fama.

El edificio de las casas es de adobes, como en las demás ciudades, sino que en estas dos, como la tierra es salitrosa, vase desmoronando el adobe, y cada año es necesario reparar las paredes. El rio es grande, y de verano se vadea, mas conviene mucho saber el vado, porque los rios desta provincia son de tal calidad que, si no es por donde se vadean cuotidianamente, y con la frecuencia del pasaje el suelo está fijo, por las demás partes, aunque el agua no llegue á la rodilla, se sume el caballo y caballero en el cieno. Es cosa de admiracion pisamos aquí, y tiembla más de diez pasos adelante la tierra cenosa, detrás y á los lados: padécese en esta ciudad mucho, por no haber molino ni poderse hacer, porque ya dijimos estos reinos ser de esa calidad; pasan por tierra arenisca, donde no se halla una piedra, ni se puede hacer ni sacar acequia dellos; á la primera avenida, allá va todo. Vino á Santiago un extranjero, estando yo en aquella provincia, y proferíase á hacer un molino, como en los rios grandes de Alemaña, en medio dél: escogió el lugar, conciértanse, y volviendo de ver el rio y lugar, en llegando á la ciudad, danle unas calenturas que dentro de ocho dias se lo llevaron á la otra vida. Hay algunas atahonas, no son tres, mas los dueños muelen sólo para sus casas; si otro ha de moler, ha de llevar caballo propio; si no, quédese; hacen unos molinillos que traen á una mano, de madera, con una piedra pequeña traida de lejos; muelen á los pobres indios que las traen, porque para una hanega son necesarios tres indios de remuda; empero, el pan es el mejor del mundo.

A la mano derecha desta ciudad, á las faldas de la sierra, hay otra ciudad llamada San Miguel de Tucumán, pueblo más fresco y de mejores edificios y aguas.

CAPÍTULO LXVI

De la cibdad de Córdoba.

Desta cibdad de Santiago á la de Córdoba, qu'es la última en esta provincia, hay pocas menos de noventa leguas, todas llanas, sin encontrar una piedra, y casi todas despobla-

[1] El ms., *le*.—[2] En el ms., *tienen*.

das, porque en saliendo de un pueblo de indios, á quince leguas andadas de Santiago, hasta Córdoba, no se pida más poblado, si no es un poblezuelo de obra de doce casas, diez leguas ó poco más de Córdoba. Pobló esta cibdad y conquistó los indios que la sirven don Jerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de avestruces, venados y vicuñas y demás sabandijas. En todas estas leguas no vi cosa digna de notar. El camino, carretero, y así caminé yo desde Esteco á esta cibdad, que son poco menos de 200 leguas, si no son más, y desde aquí se toma el camino á Buenos Aires, tambien en carretas, que son otras 200, pocas menos; toda la tierra llana, y en partes tan rasa que no se halla un arbolillo. El hato y comida se lleva en las carretas; las personas, en caballos; pero no se ha de caminar más de lo que los bueyes pueden sufrir, que es á cuatro leguas cada dia, y para cada carreta son necesarios por lo menos cuatro bueyes; pastos, muchos y muy buenos; agua, poca.

La cibdad de Córdoba es fértil de todas fructas nuestras, fundada á la ribera de un rio de mejor agua que los pasados, y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada á la cordillera; danse viñas, junto al pueblo, á la ribera del rio, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados Comichingones se acabasen de quietar, se poblaria más. Tres leguas de la cibdad, el rio abajo, en la barranca dél, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija. Los campos crian muchas víboras y hitas, que dél vienen volando á la cibdad en anocheciendo, como si no bastasen las que se crian en las casas; es abundante de todo género de ganado nuestro, y de mucha caza, venados, vicuñas y perdices. Hállanse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas de piedra llenos de unas punctas de cristal, ó que lo parece, labradas, transparentes, unas en cuadro, otras sexavadas; yo las he visto y tenido en mis manos; estas punctas están muy apeñuscadas unas con otras, y tan junctas como granos de granada; son tan largas como el primer artejo del dedo de en medio, comenzando desde la lumbre del dedo, y gruesas como una pluma de ansar con lo que escribimos; he dicho todas estas particularidades por lo que luego diré; estas bolas son tan grandes y tan redondas como bolas grandes de bolos; críanse debajo de tierra, y poco á poco naturaleza las va echando fuera; cuando ya (digamos así) están maduras, y un palmo antes de llegar á la superficie de la tierra, se abren en tres ó cuatro partes, con un estallido tan recio como un arcabuz disparado, y un pedazo va por un cabo y otro por otro, rompiendo la tierra; los que ya tienen experiencia dello acuden adonde oyen el trueno y buscan estos pedazos, que hallan encima de la superficie de la tierra; yo creo que, fuera destas punctas, hay en medio de la bola alguna cosa preciosa que naturaleza allí cria y no la quiere tener guardada. Aquellas puntas, si las labrasen lapidarios, deben ser de algun precio; allí no las estiman en cosa alguna.

CAPITULO LXVII

De los gobernadores que ha habido en Tucumán desde el marqués de Cañete acá.

Los gobernadores que en esta provincia de Tucumán he conocido, el primero fué el general Francisco de Aguirre, que por Su Majestad la gobernó y acabó de allanar; varon para guerra de indios, bravo; vecino de Coquimbo, contra el cual ciertos soldados, y creo uno ó dos pueblos, se le amotinaron, tomando por cabeza á un Fulano Berzocana, soldado valiente, los cuales le prendieron; pero viniendo al Audiencia de La Plata envió el Audiencia un juez y hizo justicia del Berzocana y otros, y concluidos sus negocios en el tribunal del Audiencia y del reverendísimo de aquella cibdad, volvió á su gobernacion; despues por órden de la Santa Inquisicion salió á Los Reyes, de donde volvió á su casa á Coquimbo [1] y en Copiapó, pueblo de su encomienda, acabó la vida, dicen trabajosamente.

Subcedióle Fulano Pacheco, que salió bien de su gobernacion; digo en paz, porque los tres que se siguen acabaron como diremos. A Pacheco le subcedió don Jerónimo de Cabrera, hermano de don Pedro Luis de Cabrera, á quien el marqués de Cañete, de buena memoria, embarcó para España, como arriba declaramos. Don Hierónimo era muy diferente en trato y condicion de su hermano, muy noble, afable, con otras muy buenas calidades de caballero. Amplió aquella gobernacion, porque pobló la cibdad de Córdoba y conquistó los indios de su comarca. En su tiempo comenzaron á comunicar los del Paraguay con los del Tucumán y los de Chile.

Subcedióle un caballero de Sevilla, Pedro de Abreu, dicen deudo suyo, empero enemigo capital, que desde España andaban

[1] En el ms., *Quoquimbo*.

encontrados los deudos de don Hierónimo con los de Pedro de Abreu, porque con don Hierónimo nunca había tenido Pedro de Abreu que dar ni que tomar, ni le conocia; hóbose rigurosamente con don Hierónimo en la residencia, ó con testigos falsos, ó sin ellos, le cortó la cabeza por traidor, diciendo tractaba de alzarse con la provincia y tiranizarla, lo cual confesó don Hierónimo, dándole tormento sobre ello; oi decir á un Oidor de La Plata habérsele hecho mucha injusticia, pero quedóse degollado; sus hijos siguieron la causa y no fué dado en el Audiencia por traidor, por lo cual les volvieron los indios de encomienda y demás haciendas.

A cabo de pocos años á Pedro de Abreu subcedió el licenciado Lerma, el cual, procediendo en la residencia contra Abreu, le degolló. El licenciado Lerma, de los de Tucumán, unos le alaban, otros le vituperan; en cosa de justicia le tenían por buen juez; en otras, como desmandarse con palabras muy afrentosas contra los vecinos en presencia dellos, era demasiado. Este licenciado Lerma pobló á Salta, cosa muy importante para la quietud de Calchaquí; ya desto tractamos, y por quejas que habían ido contra él al Audiencia, yendo con socorro y de su hacienda á Salta para los que allí estaban, le encontró al alguacil mayor de los Charcas, que por órden del Audiencia le iba á prender y traer preso y que el gobierno quedase en los alcaldes, lo prendió y trujo á la cibdad de La Plata; el cual en seguimiento de su causa fué á España y miserabilísimamente y paupérrímamente murió en la cárcel de Madrid, sin tener con qué se le dijese una misa, y por amor de Dios pidieron á la puerta de la cárcel, allí puesto su cuerpo, para enterrarlo. á lo cual acertando á pasar por allí un religioso nuestro que de estos reinos habia ido á los negocios desta provincia, llamado el Presentado fray Francisco de Vega, que le conocia, preguntando quién era el difunto y diciéndole qu'el licenciado Lerma, ayudó bastantemente para que le enterrasen. Todas estas particularidades, parecerán menudas, he dicho para que se vean los fines desdichados destos tres gobernadores, y que es verdad: matarás, y matarte han, etc.

Al licenciado Lerma le subcedió Juan Ramirez de Velasco, caballero bien intencionado, el cual pobló dos pueblos de españoles en las faldas de la cordillera vertientes á Tucumán, el uno donde fué poblado los años pasados la cibdad de Londres, y se despobló por no se poder sustentar, á causa de ser los indios muchos y muy bellicosos; el otro más adelante, á la misma falda de la cordillera; es tierra fértil y que produce abundancia de oro y plata; los indios agora no son tantos, por lo cual han sido fáciles de reducir; hanse consumido en guerras civiles unos con otros; el Inga los tuvo subjetos, y por la falda desta cordillera llevaba su camino Real hasta Chile; servíanle y tributábanle oro en cantidad, y de allí se lo traia aca al Perú; su capitan, con la gente de guerra, estaba en un fuerte recogida, y no salia dél sino era cuando algunos indios se le rebelaran; reducidos y castigados, volvíase á su fuerte; este caballero es bien [1] intencionado, dócil y que fácilmente recibe la razon y se convence; creo no le subcederá lo que á los sobredichos. Tomóle la residencia don Fernando de Zárate, caballero de hábito, vecino de La Plata y muy rico y de bonísimo entendimiento; no sé hasta agora más dél.

En esta provincia hay algunos religiosos del Seráfico San Francisco, y en todos los pueblos tienen, desde Salta á Córdoba, conventos pequeños de uno ó dos religiosos; sólo en Santiago del Estero se sustenta*n* cinco ó seis muy escasamente.

Pasando yo por esta provincia (y esto me compelió ir por ella á Chile) hallé seis ó siete religiosos nuestros, divididos en doctrinas; uno en una desventurada casa en Santiago; más era cocina que convento; es vergüenza tratar dello, y tenianle puesto por nombre Santo Domingo el Real; viendo, pues, que no se podía guardar ni aun sombra de religion en él, los saqué de aquella provincia; es cosa de lástima haya ningunos religiosos en ella, porque un solo fraile en un convento, y en un pueblo, ¿qué ha de hacer? un ánima sola, decimos, ni canta ni llora, y más en tiempos tan miserables donde las cosas van tan de caida. De Nuestra Señora de las Mercedes hay cual ó cuales religiosos, y esto de la provincia de Tucumán.

CAPÍTULO LXVIII

Del reino del Paraguay.

A la parte del Oriente de toda la provincia de Tucumán demora (hablando como marineros) el Rio de la Plata; no sé la causa por qué le pusieron este nombre; en él no se ha hallado una puncta, ni de oro; acá llamámosle el Paraguay; no le he visto, mas quien ha atravesado á todo Tucumán puede decir lo que della ha oído á españoles que cada

[1] Tachado: entendido.

dia salen á ella. Tiene algunas cibdades y grandes; la mayor y más principal se llama la Asumption, cabeza de aquel reino, con mucha gente, los más allí nacidos, mestizos y mestizas; los españoles meros son pocos. Abundante de mucho mantenimiento, caña dulce, cosas de azúcar muchas y muy buenas; vino bonísimo; fundada á la barranca del rio, que en muchos géneros y muy buenos de pescados es fértil, donde todos los allí nacidos, así varones como mujeres, desde niños se enseñan á nadar y nadan galanamente, y no es falta que las mujeres lo sepan, porque Platon en su *República* quería que las mujeres supiesen pelear. La segunda cibdad el rio abajo, segun dicen 150 leguas, se fundó en nuestros dias por el capitan Juan de Garay, de nacion vizcaino, hombre nobilísimo y muy tenido de los indios, llamada Sancta Fe; conocílo y tractélo en la cibdad de La Plata. El capitan Juan de Garay, viviendo en la Asumption, donde era vecino, en cabildo pidió le diesen algunos mestizos, allá llamados montañeses, y pocos españoles, que él quería aventurarse é irse el rio abajo con ellos, llenos de Chiriguanas caribes (y todos lo son, unos comen carne humana, otros no) á descubrir la tierra y ver si podia dar con la comarca de Tucumán, para comenzar á tener comercio con ella y con el Perú, y no estuviesen allí acorralados viviendo como bárbaros; porque si Nuestro Señor le diese ventura de comunicarse con Tucumán, y de allí con el Perú, entrarian unos y saldrian otros y les vernía quien les predicase, porque habia muchos años no oian sermon; diéronle la gente que pidió, y en barcos ó bergantines echóse el rio abajo; tuvo en el camino, por ir siempre á la ribera, muchos recuentros con los indios, que algunos dellos tienen esta calidad: cuando quieren que nadie entre en su tierra, so pena de la vida, toman un calabazo grande, y pasado con dos flechas ó tres y muy embijado, cuélganlo de un árbol; cuando no quieren hacer mal á los que entran en su tierra cuelgan una garza blanca, muerta, de un árbol. No es mal aviso para los comarcanos.

El capitan Juan de Garay, prosiguiendo su viaje, hallando buen sitio y comarca desembarcó en tierra y pobló esta cibdad de Santa Fe; con los indios no tuvo mucha dificultad en conquistarlos, y llanos, determinó caminar al Occidente la tierra adentro, por donde los indios le guiaban, diciendo haber españoles; siguiólos. A la sazon tambien de la cibdad de Córdoba habia salido otro capitan con gente hácia el Oriente, en busca del Rio de la Plata, que tambien los indios decian habia un rio caudalosísimo por aquella parte, poblado de indios, el cual los nuestros entendían no podía ser otro que el de la Plata, como lo era; fué Dios servido que los unos y los otros se encontraron, recibieron y hablaron amigablemente, y desde entonces se comunica el Rio de la Plata con Tucumán y Tucumán con el Rio de la Plata. De Santa Fe á Córdoba no hay más distancia de sesenta leguas, llanísimas, las treinta sin agua, si no es en medio del camino un pozo muy hondo; empero de allí sacan agua para las personas y los caballos y bueyes; el dia de hoy se frecuenta mucho este camino, y traen de Santa Fe bonísimo vino, y de la Asumption, porque como vienen el rio abajo llegan en breve á Santa Fe, y muchas cosas de azúcar y conserva bonísimas, como se hacen en Valencia.

Estando yo en Córdoba llegó allí un mercader con tres ó cuatro carretas cargadas de vino bonísimo y conservas, y le compré dos arrobas para mi viaje de allí á Chile, á quince reales de á ocho el arroba, y pasó con ello á Santiago del Estero, y estuvo determinado ir á Chile, donde las conservas y azúcar vendiera muy bien. Salieron de la Asumption pocos años ha, no son ocho, á poblar el rio llamado Bermejo, donde sin dificultad los indios, que son muchos, se redujeron; son los más ingeniosos que se han hallado en estas partes; tienen buenas casas, á dos aguas; hacen arcos de madera de medio puncto, como si á compás los sacasen; vi en Santiago del Estero una muchacha que, sin haber tomado aguja en su vida en la mano, labraba como si desde que nació se hubiera criado labrando.

El Rio de la Plata, antes de llegar á este rio Bermejo, en el camino hace un salto que por debajo dél es el camino real, por donde pasan á caballo y las carretas sin riesgo alguno; más arriba están poblados, y de antiguo, dos pueblos de españoles que ha muchos años no tienen sacerdote, fundados en tierra calidísima; los hombres allí andan y traen las caras amarillas como los de Santa Marta en el reino de Tierra Firme.

Solíase caminar desde el Brasil al Rio de la Plata en el paraje de la Asumption (digo venia el camino á salir frontero ó poco más arriba de donde está poblada la Asumption), distancia de docientas leguas, por tierra poblada y no mal camino; yo he visto hombre en la provincia de la Plata que desde el Brasil, con otros, vino hasta Asumption; agora no se camina; los indios han cerrado el camino por los malos tractamientos de los nuestros.

Es la provincia del Rio de la Plata abundantísima de todo género de mantenimiento, así de la tierra como nuestros, y para cañas de azúcar fertilísima; antes que entrara allá un Andrés Martín, que conocí en la cibdad de La Plata, no se aprovechaban ni hacían miel de las cañas, sino del azúcar que reventaba como resina dellas; agora de todo se aprovechan; si como es abundante y fértil de mantenimientos lo fuera de oro ó plata, era la mejor provincia del mundo, pero Nuesro Señor no puso el oro ni la plata sino en tierras inhabitables; el oro por la mayor parte por el calor y la plata por el mucho frio, porque los hombres se contentasen con poco; mas la soberbia humana y cobdicia, lo inhabitable, como haya oro ó plata, lo hace habitable.

Es la tierra abundante del mal francés, y proveyóles Nuestro Señor del palo que llaman sancto, en mucha cantidad; hay pocos médicos; púrganse de las demás enfermedades con el agua de un pescado que en ella cuecen, y el pescado sirve como gallina el dia de la purga, aunque tienen abundancia dellas. Los indios son todos Chiriguanas, más tractables que los de la provincia de los Charcas; no comen carne humana, pero hablan la misma lengua; son así bien dispuestos y valientes; son grandes holgazanes, como los demás, y la fertilidad de la tierra les [1] hace no acudan á las cosas de la fe como les era necesario. Admirado désto, diciéndomelo un padre de San Francisco que salió de aquella provincia á Esteco, estando yo allí y visitándolo, me dijo no me admirase porque en apretando á los indios un poco á la doctrina, con sus mujeres y hijos se van veinte leguas y más de la cibdad, y tan buena tierra hallan allí y tan fértil como en la cibdad ó en sus pueblos, y como uno déstos tenga una víbora de cascabel que comer, tiene muy buena comida y cena, y no ha menester más, las cuales fácilmente las cazan, y no las temen, que no temerlas parece barbaridad. Castigaron los viejos conquistadores y criaron en mucha policia á los montañeses y á los meros españoles, como á ellos los criaron sus padres. Ningun muchacho había de hablar, ni cubrir cabeza, ni sentarse delante de los viejos, aunque tuviesen barbas, ni los viejos al más estirado llamaban sino tú, cuando mucho un vos muy largo. A los montañeses enseñaban primero á leer, escribir y contar; luego les daban oficio, y á lo que más se inclinan es á herreros, y son primísimos oficiales; son grandes arcabuceros, flecheros y nadores, recios hombres á caballo; andando en la guerra, luego quitan las calzas y zapatos y desnudan los brazos; ya han perdido esta policía, muertos los viejos, y son la gente más mentirosa del mundo, y como un hombre no tracte verdad, no le pidan honra.

[1] En el ms., *los*.

Esta provincia tiene muchos árboles de la tierra, fructales, más que Tucumán, y mejor madera para las casas, y el temple, como el rio va declinando más á la mar, se va subiendo á este nuestro polo, y así es más fresco. Sancta Fe está en treinta grados y Buenos Aires en treinta y siete, donde yela y nieva como la altura lo pide.

CAPÌTULO LXIX

Del puerto y pueblo de Buenos Aires.

El puerto de Buenos Aires, de pocos años á esta parte se ha tornado á poblar, respecto de la contratacion que hay del Brasil con el Rio de la Plata y Tucumán; dicen distar de la boca del rio treinta leguas, ó pocas menos. No tiene servicio de indios, que si lo tuviera hobiera crecido mucho, y por esta razon se despobló este pueblo de Buenos Aires lo mismo que la fortaleza llamada de Gaboto. Tiene el rio por aquí más de tres leguas de ancho, y la boca más de diez; cuando se despobló no pudieron los españoles traer consigo particularmente los caballos y yeguas sin que dejasen algunos.

Este ganado se ha multiplicado tanto en aquellos llanos que á los chapetones les parece montañas de árboles, y así cuando caminan y no hay un arbolillo tamaño como el dedo paraleno, viendo las manadas dicen: ¿Pues aquella no es montaña? vamos allá á cortar leña, y son las manadas de los caballos y yeguas. Salen á caza dellos como á venados; están gordos, que al primer apreton quedan estancados; á los que son potros atan, doman y hácenlos caballos; he visto en Córdoba muy buenos caballos destos. Pero con ser este paraje á su tiempo muy frio se crian muchas víboras. Los venados en todo el Rio de la Plata son muy grandes y no de menores aspas; las pieles curan y hacen dellas cueras que parecen de ante, y algunos por de ante las venden. En el camino de Córdoba á Buenos Aires, y desde Santa Fee por tierra, es necesario ir muy apercebidos de armas y arcabuces, y en las dormidas velarse, porque salen algunas veces indios cazadores de venados, y fácilmente se atreven contra los nuestros; sus armas son arco y flecha, como los Chiriguanas, y demás desto usan de unos

cordeles, en el Perú llamados aillos, de tres ramales, en el fin del ramal una bola de piedra horadada por medio, por donde entra el cordel; estas arrojan al caballo que va corriendo, y le atan de pies y manos con la vuelta que dan las bolas, y dan con el caballo y caballero en tierra, sin poderse menear; destos aillos usan para los venados; pónense en paradas, y como va el venado corriendo lo ailla fácilmente.

De la otra parte del rio hay una provincia de indios llamados Charrucas, no muy bárbara en algunas cosas; son hombres que guardan palabra y quieren se le guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos Chiriguanas, aunque no caribes, y la guerra es sobre las comidas. Los Chiriguanas no labran la tierra, sino cuando están maduras las sementeras júntanse en cantidad, y con mujeres y hijos cogen lo que no sembraron. Los Charrucas, de un navío que dió á la costa en la cual habitan, cativaron á dos españoles, uno ya hombre y otro muchacho, que con su padre venía, de edad de ocho años. Los demas todos perecieron en la costa y se perdieron con los demás navíos en que venia por marqués Juan Ortíz de Zárate, de una tierra que prometió descubrir muy poblada al rey Felipe Segundo, de inmortal memoria, el cual antes que cumpliese lo prometido murió cerca de Buenos Aires en una isla llamada Santa Caterina, por lo cual no cumplió lo prometido, ni cumpliera, por no haber las poblaciones que imaginaba. El marqués Juan Ortíz de Zárate fué vecino de la cibdad de La Plata, á quien conocí en el Perú cuando se iba á España muy rico, á donde llegó en salvamento, y llegado á corte trató hacer este descubrimiento, con que Su Majestad le hiciese gobernador del Rio de la Plata y marqués de más de 30.000 indios que había de conquistar, y poblar tres ó cuatro cibdades á su costa. Empero, como fué edificio sobre arena, ó por mejor decir, imaginacion, así paró todo. El muchacho arriba dicho, ya hombre de 22 años, poco más, me dijo lo que referiré, al cual hallé quince leguas de Santiago del Estero, cuando yo iba á Córdoba, y le llevé comigo dándole de comer y caballo hasta aquella cibdad. El pobre muchacho cautivo servia á su amo de traerle leña, agua, trabajar en la chácara y en lo que le mandaba.

Desta suerte sirvió más de catorce años, ó pocos menos; certificóme que hasta entonces sus amos convidándole con mujeres, y aun con sus hijas, Nuestro Señor le había hecho merced que con infiel no se había ensuciado ni con otra. Este, viendo el daño que los Chiriguanas (nombraba la nacion, que no me acuerdo, por eso los nombro Chiriguanas) hacian, un dia que todos los más de los Charrucas estaban muy tristes porque los otros indios les habían llevado las comidas, *dijo* que si le daban licencia él vendria á Buenos Aires y pediria favor á los españoles, los cuales lo darian luego, y con ellos se podían vengar y destruir á sus enemigos; sobre esto hubo entre los Charrucas muchos dares y tomares, y los más eran de parecer no le diesen licencia; finalmente se la dieron y él les dió su palabra de volver á su amo pasado el invierno, porque estaba desnudo y había de buscar con qué vestirse. Salió á Buenos Aires; trató con el capitan y cabildo á lo que venia; prometiéronle al tiempo favor, y con esto despachó á dos indios que con él vinieron, tornando á dar su palabra que con los españoles ó sin ellos, teniendo salud, no dejaría de volver. En Buenos Aires no halló cómo vestirse; venía á Santiago del Estero á buscar limosna para su vestido, y encontrándole yo le persuadí se volviese conmigo, pues sabía el camino, que yo le ayudaría de mi pobreza y le haria la costa; hízolo así, y vino conmigo hasta Córdoba, y es cierto que le persuadia yo, si no habia jurado (decia que no) que se quedase por acá, y siempre me dijo no dejaría de volver, ó con los españoles, ó sin ellos, porque entre aquellos indios es gran falta faltar la palabra, y más porque á los de Buenos Aires les convenia tener amistad con los Charrucas, y desde Córdoba en la primera ocasion se volvió; lo que ha subcedido no lo sé, y preguntándole de cosas particulares de aquellos indios, me decia que los viejos de cuando en cuando junctaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal á nadie, no fuesen holgazanes *y* viviesen de su trabajo. Es entre estos indios gran maldad el adulterio; empero conciértanse con el marido, y fácilmente da licencia á su mujer que vaya á servir por tantos dias al que se la pide; esta es mucha ceguera, y no nos habemos de espantar que hombres sin lumbre de fe no tengan el adulterio, con esta condicion, por [1] pecado, ni infamia.

CAPÍTULO LXX

De la provincia de Cuyo, en términos de Chile.

De la cibdad de Córdoba al primer pueblo de españoles del reino de Chile, desta parte acá de la cordillera, llamado Mendoza, hay

[1] Tachado: *que*.

cien leguas tiradas, todas despobladas y llanas, camino carretero, en el cual hay algunos rios, al tiempo de las aguas, grandes. Al rio de Córdoba llaman el Primero; al que sigue, Segundo; al otro, Tercero; al otro, Cuarto, y al último, Quinto; Tercero, Cuarto y Quinto son de bonísimas aguas. El Tercero y Cuarto, poblados de indios apartados del camino real, llamados Comechingones, bien dispuestos y valientes, subjetos á la cibdad de Córdoba; sirven cuando quieren; cuando no, izquierdean. En los términos desta cibdad, á lo menos. Cuando yo pasé por ella, no habia más sacerdotes que un cura clérigo, y un fraile de San Francisco en su conventillo, gran conjurador de nublados; los indios subjectos no sabian qué cosa era Ave Maria, ni Pater noster.

En el rio Quinto hay indios de guerra que no se han reducido; aquí hallé tomillo salsero, y solo este de todos estos rios entra en el Rio de la Plata; los demas se empantanan y hacen unas lagunas grandes donde se cria mucho pescado y aves de diferentes géneros en gran abundancia; los llanos abundantísimos de pastos, que si como desto son fértiles lo fueran de aguas y rios, creo fuera la más fértil tierra del mundo. Críanse en ellos todas las sabandijas que habemos dicho arriba, con muchos venados, vicuñas y guanacos, perdices y otros pájaros y avestruces. Vimos una cosa que nos admiró: llegamos á un arroyo á sestear, donde pensamos no hallar agua: acaso habia llovido y hallámosla; llevaron los bueyes á beber, que eran mas de sesenta, porque lleuamos doce carretas; entre los bueyes, saliéndose de beber, metióse una cierva que habia llegado á beber, pero bebio tanto, que á manos la tomaron los indios; cuando la vimos con tanta barriga, pensamos estaba preñada y por eso no habia escapádose corriendo; ábrenla, y toda era agua; admirados, preguntamos á los indios de qué procedia aquello; respondiéronnos que al tiempo del verano los venados beben de una vez para ocho y diez dias, por la falta de las aguas, y así aquella cierva habia bebido tanto. Hay en este camino algunos indios de guerra, pocos, en la Rinconada, términos de Córdoba, y en la puncta de los Venados, términos de Chile; empero pocas veces salen á hacer daño, porque luego son castigados por los nuestros, como se hizo poco antes que por esta Rinconada pasásemos. Nosotros uno ningun indio vimos, y si como dicen se ha poblado la puncta de los Venados, no hay que temer, ni antes lo habia, como no les hiciesen daño. En este camino hay despoblados sin agua de á quince leguas y más, de la puncta de los Venados adelante, y casi uno tras otro, y si ha llovido no hay falta de agua; por el camino hay unas hoyas hechas á mano por los indios que allí habitaban, donde se recoge el agua; hallámoslas llenas, y el agua muy sabrosa y fria, con ser más de mediado diciembre, donde los calores son crecidos. Salimos de Córdoba á primeros de diciembre, y llegamos con nuestras carretas á Mendoza, dos días antes de Navidad, antes de la cual corre el rio de aquella cibdad, que en este tiempo es muy grande y extendido; augméntase de las aguas que corren derretidas de la sierra Nevada, y ensánchase tanto, que debe tener más de tres cuartos de legua de ancho, en brazos; pasámosle por 37, unos con más agua que otros, y de piedra menuda; si en un brazo se juntara, era imposible vadearle; yo hobiera de correr un poco de riesgo en un brazo, que acertó á ser el mayor; iba delante; echéme al agua; el caballo era bueno, que desde la cibdad de Los Reyes casi caminé en él; tenia buen camino; sacóme en paz, pero no era tanta el agua que nadase; los que venian en pos de mí bajaron más abajo y pasaron más fácilmente, y las carretas sin mojarse cosa de las que en ellas venian. Pasado el rio, á medio cuarto de legua está la cibdad de Mendoza.

CAPÍTULO LXXI

De la cibdad de Mendoza.

Fundó esta cibdad el general Juan Jofre, vecino de la cibdad de Santiago de Chile, por órden de don Garcia de Mendoza, que es agora Marqués de Cañete y fué Visorrey destos reinos, de quien habemos tractado, en una provincia llamada Cuyo; no se pasó mucho trabajo, ni hobo batallas con los indios para reducirlos, porque ellos mismos vinieron á Santiago de Chile á pedir á don Garcia de Mendoza les enviase españoles y sacerdotes porque querían ser cristianos; fué el general Juan Jofre con soldados que habian quedado sin suerte despues de llano Arauco, y pobló esta cibdad, á quien llamó Mendoza por respecto del gobernador; otro pobló veinte leguas más adelante, al Norte, llamado San Joan de la Frontera, en el mismo paraje que Mendoza, á las vertientes destas sierras nevadas; la cibdad es fresquísima, donde se dan todas las fructas nuestras, árboles y viñas, y sacan muy buen vino que llevan á Tucumán ó de allá se lo vienen á comprar; es abundante de todo género de mantenimiento y carnes de las nuestras; sola una falta tiene, que es leña para la ma-

deracion de las casas; los indios comunmente se llaman Guarpes, mal proporcionados, desvaidos; las indias tienen mejor proporcion; es la gente que más en breve deprende nuestra lengua y la habla de cuantas hay en el mundo; las indias que se crian entre nosotros hilan el lino tan delgado como el muy delgado de Vizcaya; los indios grandes ladrones y no menos borrachos; á nuestra costa nunca se ven hartos; á la suya comen poco, como los demás del Perú; de sus juegos, grandes tahures; en sus tierras andan medio desnudos, y cuando les dan de vestir por su trabajo, luego lo juegan unos con otros; cuando estan junctos se alaban de lo que han hurtado á los españoles; así son los deste Perú, que se alaban de que nos han mentido y engañado y hurtado lo que pueden, y lo cuentan como por gran hazaña. Es abundante toda la provincia de víboras y demás animales ponzoñosos, y de las hitas, importunísimas, grandes y pequeñas; las mismas calidades tiene San Joan de la Frontera. De ambos estos dos pueblos, de cada uno por su camino, salen indios todos los años para ir á trabajar á Chile; los de San Joan á Coquimbo y los de Mendoza á Santiago, del cual trabajo pagan á sus amos parte del tributo, y á ellos se les da el cuarto; en su tierra no tienen de qué tributar. Es gente poca, subjecta á sus curacas, y bárbara; túvolos el Inga subjectos, y algunos hablan la lengua del Perú, general, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del Inga.

CAPÍTULO LXXII

Del camino de Mendoza á Santiago de Chile.

Desde estos dos pueblos (como habemos dicho) se camina para el reino de Chile, de cada cibdad por su camino, por donde se pasa la cordillera Nevada, que es la misma que llamamos en el Perú Pariacaca, y si no se aguarda á tiempo que las nieves sean derretidas, es imposible, so pena de quedarse helados. Comiénzase á pasar casi á mediado Noviembre, y dende en adelante hasta fin de Marzo, y pocos días de Abril, porque luego se cierra con las nieves; yo la pasé á fin de Diciembre sin alguna nieve; tómase el camino desde Mendoza á Santiago, que son cincuenta leguas, y ándase en ocho dias por sus jornadas, todas despobladas, si no es la última; pasadas dos jornadas, que estamos ya á las vertientes de las faldas de la cordillera, encontramos á mano derecha el camino Real del Inga; dejelo á mano derecha antes de llegar á Salta siete ó ocho jornadas, y á la misma mano le hallé, el cual vamos siguiendo casi hasta Santiago de Chile; el camino no es malo, ni tiene despeñadero, ni es de mucha piedra; en las dormidas no faltan pastos para los caballos, ni leña; en hallando el camino del Inga vamos subiendo un valle arriba hasta nos poner al pie de la cordillera que habemos de doblar, antes de la cual, pocas leguas, no creo son cuatro, hay una fuente famosa que terná[1] de largo más de treinta pasos, toda de yeso, por debajo de la cual pasa el nacimiento del rio de Mendoza.

Esta fuente Nuestro Señor allí la puso; será de ancho más de tres varas; fuí á verla de propósito, porque está del camino Real un tiro de arcabuz apartada, y como el rio no llevaba agua, no pasamos por ella. Puestos al pie de la cordillera, donde se hace noche al reparo de unos peñascos grandes, saliendo dellos, luégo casi se comienza á subir la cordillera, que no tiene una legua de subida, no agria, antes arenosa y fofa, por las nieves que tienen quemada la tierra, las cuales derretidas y seca la tierra queda casi como arena muerta. Lo alto de la cordillera que encumbramos no tiene medio cuarto de legua de llano, por lo cual en llegando arriba y comenzando á abajar, todo es uno. Por muchas partes en este reino he atravesado esta cordillera, pero por ninguna es tan buena en tiempo de verano; en ivierno ya he dicho, por las nieves, no se camina. El bajar no es dificultoso ni malo, más de que es más larga la bajada que la subida; por este camino que voy siguiendo, de cuando en cuando, á trechos, damos en unas mesas llanas, como descansaderos, y como bajamos se va moderando el tiempo hasta llegar á la dormida, siete leguas buenas, que llaman El Camarico, pero no hallaréis de comer si no lo lleváis.

De unos ojos de agua que estan á dos leguas ó tres encumbrada la cordillera, nace el rio del valle de Quillota, por la ribera del cual vamos prosiguiendo nuestro camino, pasándolo por poca agua, despues destos ojos de agua, el cual desde su nacimiento corre por muchos peñascos, y como va bajando se va haciendo mayor y augmentando con otros arroyos que se le llegan, de suerte que al Camarico no se puede vadear, no tanto por el agua que en este tiempo lleva, cuanto por las piedras grandes; vadéanle los caballos descargados, y con riesgo de se quebrar las

[1] En el ms., *toma*.

piernas; este rio ya grande á cuatro leguas más abajo, ó poco menos, del Camarico, s'ensangosta mucho entre dos cerros, que no debe ser la angostura de cuatro varas en ancho, por donde todo él pasa acanalado. En esta angostura hizo el Inga una puente que hoy vive con este nombre, la Puente del Inga, pero para pasar por ella es necesario ir el hombre confesado; para bajar ha de ser por una peña tajada, y para subir lo mismo, tan tajada que se pasa desta manera: á pie con alpargates, porque no se deslice el pasajero, atadas á la cintura unas sogas, una adelante, otra atrás; la trasera tienen los que quedan atrás, y vánla largando poco á poco, porque el que pasa no resbale y dé consigo en el cárcabo del rio, y en pasando arrojan la soga delantera á los que estan de la otra parte; estos indios pasan más liberalmente que nosotros, sin estas sogas, porque parecen tienen diamantes en las plantas de los pies: y así le aizan arriba, de suerte que el pasajero lleva dos sogas atadas á la cintura: una delante para subir, otra detrás para descendir, y por aquí pasan y han pasado mujeres y ninguna se ha despeñado; yo no pasé por esta puente, sino por otra de madera que se había hecho poco más arriba, mas dende á breve tiempo la mandó el Gobernador quemar, porque no se le huyesen los soldados á la provincia de Cuyo, permaneciendo aquella puente. Ya pasada esta cordillera, no hay animal ponzoñoso en todo lo descubierto de Chile, y es tan limpia tierra cuanto de las vertientes á Tucumán es sucia. Desde esta puente á Santiago se camina en tres dias, ya por tierra apacible y fértil.

CAPÍTULO LXXIII

Prosigue el camino de Copiapó á Coquimbo.

Esto en breve he dicho, cuanto ha sido posible. Habemos de volver al otro camino de Chile que corre por la costa, hasta llegar á la misma cibdad de Santiago. Dijimos que Morro Moreno era como término del Perú y Chile, dividiendo los linderos, desde donde vientan Nortes, y mientras más arriba más recios. El primer pueblo de la juridicion de Chile es uno de indios, en el valle llamado Copiapó, y el pueblo así se llama, donde los que vienen cansados del largo despoblado de Atacama descansan y se rehacen: es valle angosto y pequeño; el rio, fértil de mantenimientos, y se dan en él cañas dulces de donde el amo saca buena miel. Nunca tuvo muchos indios; agora tiene menos; fueron bellicosos y lo son, por ser casi parientes de los de Calchaquí, mas como se han apocado, tambien sus fuerzas; los pocos, poco pueden. De aquí á Coquimbo ponen sesenta leguas á arbitrio de buen varon, todas despobladas, si no es un valle llamado el Guasco, diez leguas de Coquimbo, de pocos indios. El valle, fértil y para viñas bueno, cuyo vino es muy bueno; todo el camino hasta este valle es falto de agua; hay en las dormidas jagüeyes de agua salobre, pero á falta, bebedera. Del Guasco en dia y medio se ponen en Coquimbo los que van de espacio.

CAPÍTULO LXXIV

De la cibdad de Coquimbo.

La cibdad de Coquimbo es la primera del reino de Chile, puerto de mar capacísimo; el surgidero á dos leguas del pueblo, y seguro; carece de água y de leña, todo se lleva en carretas. Fundóse sobre una barranca, no media legua de la playa, donde la mar es de tumbo: es el mejor temple que creo hay en el mundo, porque ni hace frio ni calor, en ningun tiempo, que sea penoso; cuando el ivierno llueve tres veces, es milagro. El rio, de bonísima agua, que riega la campiña, donde se dan todas las fructas nuestras, viñas y aceitunas, en unas partes mejores que en otras: no son tan gruesas como las de los llanos del Perú, pero muy buenas, mayores que la manzanilla grande de España: si en esta tierra lloviera, abundara en ser riquísima de oro, porque diré lo que allí me afirmaron, y no es fábula: en los vientres de las lagartijas se halla oro, y descubrióse desta manera: un indio de aquel pueblo pagaba muy descansadamente su tributo, seis pesos en oro cada año, sin ir á las minas, ni trabajar sino en su chacarilla y casa; apretáronle de dónde sacaba su tributo: dijo que de las lagartijas del campo, y es así que llegando el tiempo de pagarlo, se iba á caza de lagartijas al campo, no lejos de la cibdad, y abriéndolas sacaba cuatro ó cinco tomines de oro (y si no me engaño) estando en aquella cibdad me enseñaron el indio, y no es milagro, porque el oro no se criaba en las barrigas de las lagartijas, sino, como de tierra se mantengan, á vuelta della comen algunos granillos de oro. Las minas que á poco más de quince leguas desta cibdad se labran, de oro, desde el tiempo del Inga, por una perdiz se descubrieron; y esta es tradicion: llegando el capitan general del Inga que iba conquistando, cerca destas mi-

nas, que se llaman Andacollo, y asentando su real, trujéronle unas perdices, que son muy buenas, en cuyos papos hallaron unos granillos de oro (los indios de Chile no conocian oro ni plata); trujéronselo al capitan general; preguntó donde habian muerto aquellas perdices; respondiéronle: en aquel asiento; mandó lavar y lavar; sacó mucha cantidad, y perseveró en esta riqueza muchos años, aun en tiempo de los españoles, y hoy persevera no en tanta cantidad; es muy fino, porque sube de la ley; este asiento sólo se labra en los términos desta cibdad un poco adentro de la cordillera, donde hace muy buen frio, y labran en él todos los años nueve meses pasados de ducientos y cincuenta indios, y cada año se sacan 75.000 y 80.000 pesos, sin lo que los indios aplican para sí; y en tres meses que dejan holgar aquella tierra, se torna á criar y producir otro tanto oro, lo cual á los que no lo han visto les parecerá fábula, y es verdad lo que habemos dicho.

Esta cibdad es abundante de pescado muy bueno; péscanse algunos atunes; no andan en cuadrillas como en España, sino de en uno en uno; sale el indio pescador en busca dél, dos y más leguas á la mar con su balsilla de cuero de lobos; lleva su arpon, físgale, dale soga hasta que se desangra; desangrado le saca á la costa; vienen desde Arica á este puerto, que son más de 250 leguas costa á costa, barcos á hacer sus pesquerías de tollos, que son muy buenos y en cantidad; lizas y corvinas. He visto en este puerto cuatro barcos de pescadores venidos de Arica, poco menores que bergantines. Por cima del pueblo pasa una acequia grande de agua para todas las casas de la cibdad, y para regar las haciendas que están cerca dellas; las casas tienen sus huertas dentro, con naranjos, limos, membrillos, etc. Los vecinos viejos ya se han acabado y los hijos son como los del Perú; los vecinos desta cibdad son afables y bien partidos; no tienen las condiciones que los de puerto. Es pueblo de mucha recreacion, por la caza de perdices, y de pesca en unas lagunas juncto á la mar, do se crian lizas y otros peces, y patos de agua; los indios pescan graciosamente: unos con volantines arrojadizos, en los [1] cuales empalman los anzuelos grandes, y en ellos el cebo, que sacan de las conchas, atado con un hilo; arrójanlo cuanto pueden en la mar, ellos en el rebalaje de las olas á la rodilla, el volantin atado á la muñeca, y no parece si no que ven el pece que pica, y con la mano derecha dan un golpe en el volantin, y luego halan; pescan desta suerte lizas grandes, corvinas, y tollos, y lenguados. Ví una vez á un indio así pescar, y el pece que picó debia ser grande, porque se llevaba al indio al tumbo de la ola; quiso Dios se rompiese el volantin; si no, corria riesgo de ahogarse; no tenia con qué cortar el volantin. Otros entran casi hasta la ola donde quiebra, con sus fisgas de tres harpones, y en el tumbo de las olas vemos las lizas y demás peces; arrojan la fisga, y es cosa de ver qué ciertos son á dar en el pece; luego halan á fuera y sacan su pescado. Aquí se descubrieron minas de cobre de lo bueno del mundo, lo cual se trae á Los Reyes, y dello se ha labrado el artilleria para la defensa del puerto, para armar las galeras y demás navios de armada.

De esta cibdad para Sanctiago hay dos caminos: uno por la sierra, que se sigue en tiempo de aguas; otro casi por la costa de la mar; ponen 65 leguas de camino; en esta distancia hay tres valles muy buenos y fértiles; el primero se llama Limari, el río no pequeño, buen agua, buenas viñas y mejor vino. El segundo se llama Choapa, más ancho el rio, mayor y más fértil, en el cual hasta agora no han plantado viñas; aquí hay un poblezuelo de indios, de los que allá quedaron del ejército del Inga; es abundante de pescado. El nacimiento deste rio es de oro, y en tiempo que se derriten las nieves es muy grande; más adelante es el valle de Quillota con otro rio no de tan buenas aguas; es el que dijimos pasarse por la puente del Inga, mayor, y que no todas veces se deja vadear; aquí se da mucho maíz, trigo y demás mantenimientos, y el cáñamo muy crecido, donde hay otro poblezuelo de indios; debe distar de Santiago 22 leguas, las más llanas, que al ivierno son trabajosas de caminar, porque se empantanan y parece el campo una mar; empero, como la tierra es recia, no hay mucha ciénaga; si no son en estos tres valles, no hay casas donde hacer noche; hácese debajo de arrayanes más crecidos que los de España, porque dellos se sacan vigas para enmaderar.

A su tiempo hay muy buenos pastos para los caballos, y en estos campos se criaba abundancia de ganado vacuno, y era tanto la primera vez que por allí pasé, agora veinticuatro años, que se nos venían los toros á las dormidas, todo hecho cimarron; no se conocia cuyo era en los términos de Coquimbo, que corren hasta el valle de Choapa; agora no hay ninguno, porque los vecinos de Coquimbo lo han consumido matando con dejarreta-

[1] En el ms., *las*.

deras; cual más podia, más mataba, sacaban el sebo y hacian cecinas, todo lo cual embarcaban para Los Reyes; en lugar deste ganado se crian al presente abundancia de perros cimarrones. Cerca del valle de Choapa, gobernando don Garcia de Mendoza á Chile, se descubrieron en este camino real las minas de oro que llamaron del Spíritu Sancto, riquisimas, de donde los vecinos de Santiago y Coquimbo sacaron millares de pesos; acabáronse temprano y los vecinos no sé qué hicieron de tanto oro; si sé: gastaron sin discreción y vinieron á quedar pobres, y sus hijos mucho más.

CAPÍTULO LXXV

De la cibdad de Sanctiago.

La cibdad de Sanctiago, cabeza de obispado, y al presente del reino de Chile, se fundó por el gobernador don Pedro de Valdivia en demasiado llano, en un sitio nombrado de los indios Mapocho, á la ribera de un rio, al ivierno grande y peligroso para la cibdad; al verano, que es al revés de España, se pasa de piedra en piedra; ni tiene barranca, ni madre, por lo cual se ensancha, y siempre para la cibdad, la cual si no repara se la ha de llevar, como ya estuvo á pique dello. Es abundantísima de todo género de mantenimientos, de vino y fructas de las nuestras, bonísimas, almendras y aceitunas, si estos dos árboles, y ninguno otro de los nuestros no tuvieran contrario, porque el almendro comienza á florecer en medio del ivierno por Julio, al principio cae un yelecillo, arrebátale la flor; y el aceituno, al tiempo que está en flor suele venir una niebla que se la abrasa; todos los otros árboles nuestros no padecen [1] detrimentos, ni los naranjos ni limos, que se dan dentro y fuera de la cibdad. También suelen venir algunos yelos sobre las viñas, á las cuales cuando están en cierne no le son buenos amigos.

Dista esta cibdad de la cordillera tres leguas, y con todo eso el calor á su tiempo de día y de noche es crecido, y el frio en el suyo; á este tiempo suelen venir algunas borrascas de nieve tan buenas como en Salamanca, con tanto Norte, que arrancan los árboles de cuajo, y á los que no, con la mucha nieve que cae sobre ellos los desgaja; es pueblo lluvioso desde mediado abril, que comienzan las aguas cuotidianamente, hasta agosto; unos años son más, otros menos, como en todos los reinos, que es cuando comienzan los nortes, los cuales en este reino son recísimos, y mientras más arriba, más vehementes, y al principio son poco menos que pestilencia; traen mucho catarro y dolor de costado consigo, y asimismo en todo el Perú, como actualmente lo expirimentamos en este valle de Jauja, donde escribimos esto; tres meses no ha dejado de correr y nos ha traido el sarampion á los niños, y viejos, é mozos, y á las viejas bastante catarro, con el cual se ha llevado no pocas. Los vecinos y moradores todos tienen sus viñas, cual mayor, cual menor, y tierras de pan, donde cogen trigo, maíz, garbanzos, lentejas, melones y las demás legumbres, de suerte que no hay plaza donde se venda cosa alguna, ni pulperia; las camuesas y manzanas que se dan, parece no creible; con ellas se engordan los cebones [1]. El que no las tiene, con enviar una carreta á casa de su vecino se la daran de valde, y así se hace. Un buen hombre portugués, un poco fuera de la cibdad, aunque agora ya estan dentro, plantó cuatro cuadras, unas frontero de otras, todas de camuesos y manzanas, que al tiempo de la fructa entrar en ellas es entrar en una casa de olores, y no le sirven más que de perderse, y darlas á carretadas. La comarca desde las tejas de la cibdad es abundantísima de todo género de ganado: en los campos, hatos de yeguas cimarronas, de donde cada año sacan no pocos *caballos* para la guerra; algunos salen bonísimos; fuera desto hay crias de caballos; los mejores son de Alonso de Córdoba, que tambien la tiene de mulas que envia á Potosí, y aprueban muy escogidamente; allá no se usan, porque la tierra es cenegosa, particularmente de la cibdad de Chillan adelante.

Todo este reino es faltísimo de sal, desde Coquimbo á Osorno y Chilué; llévase en navios de acá del Perú y es una de las mejores mercaderias; vale en Santiago de Chile una hanega de sal, doce pesos de oro de veinte quilates, que es el de contracto. Aunque proveyó Dios en el distrito desta cibdad, doce leguas della, una laguna que es comun, donde debajo del agua (no es fábula) se cria la sal, y en el verano á tal tiempo se desacota, á donde van los indios, y vecinos envían sus carretas y traen la que pueden; andan los indios que la sacan, en el agua hasta la rodilla y con las manos sacan la sal, que en unas seras de paja echan; es negra, empero para guisar de comer y salar cecinas es bastante. Si el año ha sido lluvioso [2] hay

[1] En el ms., *parecen*.

[1] En el ms., *cevonones*.—[2] En el ms., *llovioso*.

poca sal; si un poco seco, hay mucha; empero la sal del Perú siempre tiene su precio. Cae tambien al verano á la redonda de Santiago el rocio sobre ciertas yerbas, el cual cuajándose en ellas se vuelve sal, como el rocio sobre los sauces se vuelve maná; esta es muy poca; los indios cogen estas yerbas en unas mantas, sacúdenlas y la sal despídese dellas; es como cosa de fructa. Truena poco y llueve muy suavemente, tres y cuatro dias sin cesar; miramos á la parte del Sur si comienza á aclarar un poco, y si aclara, la serenidad es cierta; es muy lodosa, por ser fundada en tanto llano, y porque el servicio es de carretas, y por el consiguiente, en el verano es de mucho polvo. Sustenta cinco conventos: el nuestro con casi treinta frailes y estudio; el de San Francisco, con otros tantos; la Merced, seis ó siete; los que tienen San Augustin y los padres de la Compañia no lo sé, porque se fundaron despues que yo salí de aquel reino. Sustenta tambien otro monasterio de monjas subjetas al Ordinario; la Orden que profesan *son de* las de la Encarnacion de Los Reyes; debe tener veinticinco monjas de velo. La gente de la cibdad es muy afable y bien partida, y la que sustenta y ha sustentado de cuarenta años á esta parte la guerra contra Arauco, que si no, ya se hobieran despoblado algunas cibdades de las de arriba, en particular la Conception. Los campos son abundantes de madera y muy buena, roble y otra que llaman Canela, porque huele un poco á ella, y los polvos hacen estornudar bastantemente; acipreses en la cordillera muy gruesos, muy altos, y olorosísimos; yo fuí á cortar unos pocos para nuestro convento, doce leguas del pueblo, y corté aciprés y acipreses, que cuatro indios hacheros cortando uno solo, no se vian el uno al otro; traense ajorro; de aquí se proveen los mantenimientos y pertrechos para la guerra. Sobre esta pobre cibdad cargan las derramas á nunca pagar, sin perdonar á viuda ni huérfana. Es de cuando en cuando molestada de temblores vehementes, y es cosa no creible; las casas cuyos cimientos son sobre la tierra no padecen detrimento con ellos; las que los tienen fondos, éstas corren riesgo y se abren; los temblores no son de vaiven como los deste reino, sino como saltando para arriba, y son más peligrosos. Conócese fácilmente cuando ha de venir el temblor: si á la puesta del sol á dos horas antes, á la parte de la mar hay una barda (así la llaman los marineros) de nubes, que corre Norte Sur, es cierto aquella noche ó otro dia el temblor. Uno vi en esta cibdad; más miedo me puso que los que he visto en este reino.

CAPÍTULO LXXVI

De las demás cibdades de Chile.

De la cibdad de Santiago, de quien acabamos de decir, á la cibdad de la Concepcion, ponen setenta leguas de las buenas; todo el camino es fertil para ganados de toda suerte, para trigo y maiz y demás legumbres, y viñas, en el cual camino encontramos con algunos rios malos de vadear, y vienen crecidos al verano con mucha agua que se derrite de las nieves de la cordillera, como son Maipo, Cachapoal, Maule, Ñuble, el rio de Itata; los cuales al ivierno llevan poca agua y los arroyos cuyos nacimientos no es de las sierras nevadas, traen mucha agua. Esta cibdad de la Concepcion es puerto de mar, con abundancia de pescado, y seguro, si no es cuando reina Norte en el ivierno, y muchas veces en el verano, porque ningun mes hay en todo este tiempo que no viente poco ó mucho, y siempre trae agua, la cual azota las paredes [1] de las casas, y es necesario, por ser de adobes ó tapias, aforrarlas con alguna cosa que del agua las defienda. Su asiento es sobre una ciénega junto á un arroyo pequeño. Poblóse aquí, porque la guerra no ha dado lugar á otra cosa, y los vecinos tuviesen agua seguramente; en tiempo de paz, antes de la muerte del gobernador don Pedro de Valdivia, fué muy abundante de naturales, los cuales se han consumido con la guerra de más de 54 años á esta parte, y con matarse los unos á los otros como fácilmente lo hacen, así en las borracheras como con ponzoña, sin que se les castigue nada. Repartimientos de seiscientos indios tributarios y más no tienen hoy veinte indios, y así al respecto. Es abundante de todas comidas el suelo, y de oro, si hay quien labre la tierra y lo saque; junto al pueblo están las viñas, y se hace vino, aunque no tan bueno como el de Sanctiago, porque la uva no madura á ponerse dulce. Los edificios son pobres respecto de la guerra continua, y bajos respecto de la vehemencia de los vientos. El ivierno es asperísimo, con Nortes y lluvias; el verano es templado. Agora cuarenta años se retiró la mar, y despues salió con tanta furia y bramidos que casi anegó todo el pueblo, y luego sucedieron terremotos muy frecuentes, que echaron la mayor parte del pueblo por el suelo, y el año pasado de 604 subcedió á las cinco de la tarde otra inundacion de la mar, con tanta vehemencia y brami-

[1] En el ms., *paderes*.

dos, que anegó la mayor parte del pueblo, y en el convento de señor Sanct Francisco, donde yo residía y vivo, derribó la cerca, que es de piedra, por tres ó cuatro partes, y se llevaba las piedras grandes, como si fueran paja; anegó todo el convento, y cuando se retiró dejó algunas lizas y otros peces en el claustro, y me compelió á mí y á otros salir por las paredes; y el fuerte, qu'es de tapias, arruinó, llevándoselas y dando con ellas más de veinte pasos adelante. Si esta inundacion fuera de noche pereciera mucha gente, y si algun temblor viniera se arruinara todo el pueblo; fué Nuestro Señor servido que la inundacion fuese de dia y no subcediese temblor alguno.

CAPÍTULO LXXVII

De algunos otros pueblos deste reino.

De la Concepcion, llegándonos á la cordillera Nevada, dista la cibdad de San Bartolomé de Gamboa doce leguas, cuatro de la cordillera; poblóla el gobernador Martin Ruiz de Gamboa en buen sitio, llano; la comarca de muy buen suelo, fértil de todo género de comidas y viñas, junto á un rio que cria muy buenas truchas y otros peces de buen gusto. Aquí no alcanzan tanto los temblores. Casi toda la madera de las casas es de aciprés muy oloroso, que se cria en mucha cantidad en la cordillera, en la cual, en valles que hay en ella, estaban poblados indios que llamamos Puelches, bien dispuestos, belicosos, los cuales, así por nuestra parte, defendiéndonos dellos, como por las guerras civiles que entre sí han traído, se han acabado casi todos.

Ongol.—Dista deste pueblo la cibdad de Ongol, por otro nombre llamada de los Infantes, poblada por don García de Mendoza, marqués de Cañete, siendo gobernador deste reino, de muy buena gente, en un llano cuyo suelo tiene las propiedades de San Bartolomé y de la Concepcion; hace ventaja en las viñas, porque el vino de aquí es muy bueno; tenía abundancia de indios comarcanos y belicosos, los cuales despues de la muerte del gobernador Martin García de Loyola se rebelaron y compelieron á despoblar el pueblo, el cual despobló el gobernador don Francisco de Quiñones; si fue acertado ó no, otros lo dirán.

Agora Alonso García Ramon lo pretende poblar y envía gente para ello, porque conviene así para que los pocos indios rebelados se reduzgan al servicio de Su Majestad. No se puebla donde estaba antes, aunque cerca de allí, sino más llegado al rio llamado Biobio, por impedir el pasaje á los indios de Puren y á otros.

De aquí á la cibdad Imperial ponen diez y ocho leguas, en medio de las cuales está la quebrada Honda que llaman, donde cotidianamente se hallaban indios de guerra emboscados para hacer suerte en los nuestros que caminaban por allí. Esta ciudad, antiguamente, cuando la pobló Valdivia, era abundantísima de indios más que otra alguna. Vecinos hubo que tuvieron encomendados 25.000 indios y más, como fueron el Adelantado Jerónimo de Alderete y el gobernador Villagrán, y otros 18.000, y á quince mil indios, y dende abajo; todos estos indios eran dóciles y pacíficos, y pretendiendo echar de la tierra á los españoles se concertaron de no sembrar un año; las justicias no advirtieron en ello; llegó el año de la hambre, perescieron casi todos, y se comían los unos á los otros sin perdonar padre á hijo ni hijo á padre, y se halló indio cortarse un pedazo del muslo y asarlo para lo comer.

Desta suerte los repartimientos muy grandes no quedaron en mil indios, y los menores casi en ninguno, los cuales despues de la muerte del gobernador Loyola se rebelaron, cercaron la ciudad y la tuvieron en mucho aprieto de hambre; los que persuadieron esta rebelion fueron los indios más regalados de los españoles, y criados desde niños en sus casas, más ladinos que nosotros. Salió de la Concepcion el gobernador don Francisco de Quiñones, y la despobló, y así se está hoy, y los indios con sus guerras civiles se han menoscabado y se van menoscabando, de suerte que cuando se tornen á reedificar habrá muy pocos naturales. El suelo es abundante para todo género de comidas y ganados, y es rico de oro, principalmente el rio que llaman de las Damas; aquí no llegan las uvas á madurar de suerte que se pueda hacer vino dellas. Dista de la mar aun no seis leguas, de donde se proveía de pescado; tiene cerca la provincia de Puren, que siempre la ha fatigado con guerra. De aquí á la Villa Rica, un poco más metida á la cordillera, ponen 17 leguas, con dos rios en medio, que no se dejan vadear; pásanse en balsas ó canoas; el suelo es rico de oro; por eso la llamaron la Villa Rica. Muerto Loyola, tambien se rebelaron los naturales y la pusieron en tanto aprieto de hambre, que murieron casi todos los nuestros della, y no quedaron sino doce ó quince soldados, tan sin fuerzas y flacos para defenderse, que fácilmente los

indios entraron en la cibdad y mataron los pocos que habían quedado. Robáronla y quemáronla, y así se está hoy destruída; esta cibdad tuvo continuamente guerra con los indios de la cordillera, que usan de yerba casi irremediable.

CAPÍTULO LXXVIII

De la cibdad de Valdivia.

Desde esta Villa Rica á Valdivia ponen otras quince ó veinte leguas; fué muy rica de oro que subia de la ley; parte dello se sacaba en sus términos, y parte ó lo más venía de la Villa Rica á fundirse allí y marcar. Pobló el gobernador Valdivia esta cibdad á la ribera de un rio navegable y seguro, á donde los navíos llegaban á surgir tan cerca de la barranca del rio á donde se fundó el pueblo, que las gavias llegaban á las ventanas, y para embarcar y desembarcar no era necesario batel, sino echar una tabla ancha y entrar y salir por ella. Hubo hombre que á caballo entró y salió de un navío. Es abundante de mucho monte de buena madera para edificios, que era el trato desta ciudad, donde había muchos ingenios para sacar y aserrar la madera.

El suelo, para maíz abundante; el trigo se sembraba diez y doce leguas de la ciudad en unos llanos que llaman de Valdivia, donde acudia con abundancia; traíase al pueblo parte por tierra hasta el rio, de donde en canoas se proveia la cibdad. Agora 35 años, poco más ó menos, subcedió un temblor tan vehemente que asoló cinco cibdades deste reino: La Concepcion, Imperial, Villa Rica, Osorno, y esta Valdivia; y á un navio qu' estaba surto en este rio lo sacó y echó en tierra buen trecho de donde estaba, que nunca más se aprovecharon del y allí quedó como el arca de Noé en los montes de Armenia. Este rio procede de una laguna grande de la cordillera Nevada; desemboca por entre dos cerros; con el terremoto se juntaron los cerros y el rio quedó en seco por algunos años, hasta que creciendo la laguna emparejó y rompió por medio de los dos cerros, que se juntaron con tanta vehemencia y tanta agua, que robó mucha parte de los llanos arriba dichos, y se llevó mucha cantidad de naturales y la cibdad corrió algun riesgo, y desde entonces corre el rio por su madre como antes. Permaneció esta cibdad en mucha abundancia, así de oro como de comidas, hasta que agora cinco años, víspera de Sancta Catalina, por los pecados de los que en ella vivian, Nuestro Señor la castigó, enviando sobre ella muchos indios, así de los subjetos como de los de La Imperial, despues de la muerte del gobernador Loyola, y de noche los indios dieron en la cibdad y la entraron, saquearon y mataron todos los que en ella habia varones, y se llevaron más de trescientas mujeres mayores y menores, niños y niñas; robaron las tiendas y las iglesias y en las imágenes hicieron grandes crueldades, siendo todos baptizados y casados y ladinos, y los más ladinos mayores crueldades hacian en los nuestros, y más oprobios en las imágines, y hasta hoy no se han rescatado ni podido rescatar las mujeres, niños ni niñas, porque á los varones todos los han muerto; mas como Nuestro Señor castigó aquella cibdad, tambien castiga á los naturales porque se volvieron á las antiguas bestialidades de sus padres, matándose los unos á los otros, como lo hacen, así en borracheras como con ponzoña. Será muy dificultosa reedificarse aquesta cibdad por la falta de los naturales y aspereza de la tierra, y para nosotros ser infrutífera.

CAPÍTULO LXXIX

De la cibdad de Osorno.

De Valdivia á Osorno, que la pobló don Garcia de Mendoza, marqués de Cañete, de mucha y muy buena gente, ha veintidós leguas de camino; cuando se pobló era abundante la comarca de naturales que fácilmente, al parecer, recibieron la fe y comenzaron á rescebir la pulicía humana, vistiéndose como nosotros y acudiendo á las iglesias en sus pueblos con algun cuidado. El suelo era muy abundante para comidas y ganados. Muerto Loyola, tambien estos indios, aunque se habían disminuido mucho, que no llegaban á 8.000, se rebelaron, cercaron la ciudad y la entraron y quemaron las iglesias, y en las imágines hacian lo mismo que los de Valdivia; pusieron á la cibdad en mucho aprieto de hambre, y cuando la entraron y saquearon se llevaron una monja profesa de Sanct Francisco, y se la tuvieron allá algunos años, hasta que el capitan... [1] la sacó y la restituyó á su Orden. Estos indios, en un recuentro mataron al coronel Francisco del Campo, yendo por comidas para la cibdad de Osorno con otros españoles, como diremos; finalmente, en tanto estrecho pusieron á Osorno, que compelieron á todos los cerca-

[1] En blanco en el manuscrito.

dos, con el mejor orden que les fué posible, dejar el pueblo y despoblarlo y irse á la cibdad de Castro, que por otro nombre llaman Chilué, de quien luego diremos, treinta y cinco leguas, poco más ó menos, de Osorno; donde en el camino padecieron mucho trabajo de hambre, ciénegas, rios, y las pobres mujeres padescian más, porque algunas caminaban á pie. Los naturales de Osorno luego consumieron todo cuanto ganado ellos tenian, y lo que guardaban de sus amos, porque habia más de 400.000 ovejas de Castilla, más de 50.000 vacas, más de 40.000 yeguas y mucha cantidad de ganado porcuno, y en tan breve tiempo lo consumieron todo, que el día de hoy, que no ha cinco años que se despobló Osorno, no se halla en el distrito una cabeza de ningun ganado. Consumiéronlo, porque si los españoles volviesen á reedificar á Osorno no hallasen que comer. Hicieron otra cosa en gran daño suyo: que no sembraron, y faltándoles las carnes faltóles las comidas, y sobre la hambre dieron en comerse unos á otros, y así se han consumido y acabado, que no hay hoy 2.000 indios; tomaban un cuarto de indio, echábanlo en el camino y emboscábanse; pasaban otros indios de ellos mismos, arrebataban la carne, salian los emboscados y matábanlos y comíanselos. En estas bestialidades y otras han caído por sus pecados, ya políticos ladinos, vestidos como nosotros, los más dellos ricos de todo género de ganados; ninguno sabía cultivar la tierra sino con bueyes que proprios tenian.

CAPÍTULO LXXX

De la cibdad de Castro.

En cuarenta y dos grados de altura hay cantidad de islas, unas mayores, otras menores; unas más pobladas que otras, de á legua, de á dos leguas, entre las cuales hay una, la mayor, llamada Chilué, de tres leguas de largo y de siete ó ocho de circuito; fué muy poblada de naturales, donde los españoles poblaron una cibdad llamada Castro, á donde se recogieron los que vivian en Osorno. Esta isla, con las demás, no tienen suelo para trigo; dase poco y mal, por ser la costelacion muy lluviosa; para cebada es mejor y para papas, que son como turmas de tierra de Castilla, sino que se siembran á mano y crecen mucho, de á dos y tres libras, de razonable mantenimiento. Los ganados nuestros multiplican, no con tanta abundancia como en la tierra firme; es abundante de mucha madera, y dende esta isla al estrecho de Magallanes, que son doce grados, la tierra es muy áspera, la costa muy brava y sin puertos, poco poblada, aunque los que en ella viven son como gigantes. La isla es pobre de oro; plata, ni por imaginacion en ella se halla. Los años pasados, un pirata inglés, el tercero que desembocó por el Estrecho, llegó allí, saqueó el pueblo y mató al cura, un clérigo muy honrado y buen cristiano; predicando lo mandó arcabucear; sabido por el coronel Francisco del Campo, antes que le matasen como habemos dicho, salió de Osorno con cuarenta soldados, poco más, y entró en Castro; vino á las manos con el pirata, matóle diez y ocho ó veinte luteranos; el pirata se escapó por la codicia de los soldados nuestros, que se ocuparon en robar lo que los luteranos enemigos habian robado. Algunos naturales de la tierra firme inquietan á los nuestros, por lo cual se ha puesto un presidio de soldados en un puerto veinte leguas de Castro, llamado Calermapo, con que se refrenan estos indios.

Y esto cuanto á los pueblos españoles deste reino de Chile.

CAPÍTULO LXXXI

De los Obispos deste Reino.

El primero, aunque no se consagró, fué don Rodrigo Gonzalez, clérigo que se halló en la conquista deste reino con don Pedro de Valdivia, y fué su confesor; varon afable y predicador; murió de gota rescebidos los Sanctísimos Sacramentos; á quien subcedió el obispo Barrionuevo, de la Orden de San Francisco, varon religioso, de muchas y buenas partes; tambien murió en buena vejez; á quien subcedieron dos obispos, porque se dividio este reino en dos obispados; en el de Sanctiago, que llega hasta los Cauquenes, seis ó siete leguas adelante del rio de Maule.

En el de Sanctiago subcedió Fr. Diego de Medellin, deudo nuestro, varon gran religioso de la Orden de Sanct Francisco, que fué provincial en el Perú de su sagrada religion, de gran ejemplo y cristiandad, así en España como acá; acabó de hacer la iglesia mayor de Santiago y el coro, y feneció en buena vejez, casi sin calentura, hombre ya de noventa años.

El otro obispado se llamó de La Imperial, desde los términos de los Cauquenes hasta Chilué; fue proveido en él por primer obispo Fr. Antonio de Sant Miguel, de la misma Orden, varon de muchas y loables virtudes;

gobernó con mucho ejemplo y cristiandad y fué casi como profeta del castigo que Nuestro Señor, por nuestros pecados, lleva adelante en estos reinos, predicando los españoles que en ellos viven y vivian se volviesen á Dios y hiciesen penitencia y enmendasen sus vidas, porque le adivinaba su corazon habia de caer la mano pesada de Dios sobre las cibdades que agora estan despobladas, como ha caido; fué promovido al obispado de Quito, en cuyos términos, veinte y cinco leguas antes de allegar á su silla, murió loabilísimamente en un pueblo llamado Riopampa.

Subcedióle en el obispado de La Imperial don Agustin de Cisneros, arcidiano, varon docto en cánones y muy principal, de buenas y loables costumbres; gobernó cinco ó seis años con muy buen ejemplo de vida y acabóle una enfermedad de gota; á quien sucedí yo, sin merecerlo [1], en este tiempo tan trabajoso, donde era necesario un varon de grandes partes y virtudes para ayudar á llevar los trabajos de los pobres y socorrerlos en sus necesidades; empero falta lo principal, que es la virtud, y el pusible, por ser el obispado paupérrimo, que apenas me puedo sustentar, y no tengo casa donde vivir, que si en Sanct Francisco no me diesen dos celdas donde vivir, en todo el pueblo no habia cómodo para ello; con todo esto, tengo más de lo que merezco, porque si lo merecido se me hubiera de dar, eran muchos azotes.

CAPÍTULO LXXXII

De los perlados y religiosos de las Ordenes.

La primera religion que pasó á este reino creo fué de Nuestra Señora de las Mercedes; no sé qué calidades tuviesen los religiosos, porque dellos hay poca memoria. Despues vinieron religiosos de la Orden de Sanct Francisco, y entre ella el padre Fr. Cristóbal de Rabaneda, predicador, que fué provincial, con otros de buen ejemplo que comenzaron á poblar en los pueblos de los españoles y á doctrinar á los naturales desde Coquimbo hasta Chilué. El padre Fray Francisco de Montalvo fué varon muy religioso, buen predicador y provincial, á quien subcedió el padre Fr. Domingo de Villegas, religioso de buen gobierno y esencial; despues del cual subcedió el padre Fray Joan de Tobar, á quien los indios mataron con dos compañeros cuando al gobernador Loyola; agora esta provincia está subjeta á la de Lima; gobiérnala con título de Vicario provincial el padre Fr. Joan de Lizarraga, loablemente, muy buen pedricador y deudo nuestro. Nuestra religion vino la postrera, y el primero que de nuestros religiosos entró en este reino con don Garcia de Mendoza fué el padre Fr. Gil Gonzalez Dávila, varon docto, gran pedricador, muy esencial, de muy buen ejemplo, con un compañero llamado Fr. Luis de Chaves, el cual, aunque no era docto, sus buenas costumbres suplian la falta en esto; despues le sucedió el padre Fr. Lope de la Fuente, muy buen religioso y gran lengua en la del Perú, y llegado acá en breve tiempo deprendió la de los naturales y les predicó con mucho ejemplo de vida, así en el distrito de Sanctiago como en esta Concepcion, en Arauco y Tucapel y en las demás ciudades; vino este religioso padre por Vicario provincial, á quien en el mismo cargo sucedió el padre Fr. Jerónimo de Valenzuela, buen predicador, y cumplido su término se volvió al Perú; á quien sucedió y vino por Visitador el padre Presentado Fr. Diego de Niebla, religioso muy docto; despues de lo cual el Rmo. General de nuestra Orden, desde Lisbona, sin yo imaginarlo ni pedirlo, dividió esta provincia de la del Perú, y me nombró Provincial della, sin merecerlo; hice lo que se me mandó y vine por tierra desde la ciudad de Los Reyes, donde era prior de nuestro convento, por tierra, que como dicho tengo arriba, son más de ochocientas leguas, las más de las trescientas despobladas y de diversos temples; llegado á Santiago, hice lo que pude, y no lo que debia, porque soy hombre y no puedo prometer sino faltas; acabado mi provincialato me subcedió el padre Fr. Francisco de Ribero, buen predicador, á quien sucedió [1] el que agora gobierna, Fray Acacio de Naveda, hijo deste reino, que hace bien su oficio y ha poblado en la provincia de Tucumán y del Rio de la Plata cuatro ó cinco conventos, de pocos frailes porque la pobreza de la tierra no sufre más.

CAPÍTULO LXXXIII

De los gobernadores de Chile.

El primero de los gobernadores de Chile y el que lo conquistó fué don Pedro de Valdivia, hombre hidalgo de guerra y ánimo, de gran conocimiento, y en particular para elegir y poblar cibdades; su fin y muerte no lo trato, porque otros ya lo han hecho. El se-

[1] Al margen: Fr. Reginaldo.

[1] En el ms., *susedió*.

gundo fué don Garcia de Mendoza, agora marqués de Cañete, hijo del valeroso y gran limosnero don Andrés Hurtado de Mendoza, que domó la soberbia araucana cuando la tierra hervia con indios, soberbios por la muerte de Valdivia y victoria que contra él y otros capitanes nuestros alcanzaron por justo castigo de Dios, con los cuales entrando más de veinticinco veces en batalla, siempre los venció, subjetó y dejó la tierra tan llana como la del Perú, gastando en menos de cuatro años que fué gobernador de aquella tierra mucha hacienda que su padre desde el Perú le enviaba, no de Su Majestad, sino suya propia, con los soldados que traía en su ejército. Pobló la cibdad de Osorno, y pobló la provincia de Cuyo, como habemos dicho, y hechas otras cosas como de su sangre se esperaba; salió de Chile pobre y necesitado, dando en aquel reino bonísimo ejemplo y olor de su persona, porque ni en cohecho ni deshonestidad, ni en otro vicio que los cargos traen consigo, se le conoció falta notable.

En los trabajos, el primero; en los recuentros y batallas, no el postrero; en proveer contra los pensamientos de los enemigos de Arauco, providentísimo, como si los tuviera delante de los ojos; porque si enviaba algun capitan á correr la tierra, luego [1] proveia otro con gente bastante para que ocupase los malos pasos por donde el primero capitan habia de volver, para que los enemigos allí no le hiciesen daño, con lo cual felicísimamente acabó aquella guerra y allanó, que en cuarenta y cuatro años que salió della y los indios se tornaron á rebelar, no se ha podido reducir al estado en que la dejó.

Sucedióle, proveido por Su Majestad, Francisco de Villagrán, desgraciadísimo capitan, y para gobernar no sé si de tanto talento, en cuyo tiempo la tierra se tornó á rebellar, desbaratándole no pocas veces, y principalmente en la cuesta que llaman de Villagrán, y tambien en diferentes ocasiones á sus capitanes, y así se ha quedado; á quien sucedió el doctor Sarabia, Presidente de una Audiencia Real que se fundó en La Concepcion, con título de capitan general, la cual no permaneció veinte años; halló la tierra tal que con su mucha prudencia no la pudo remediar, antes succedieron algunas desgracias y victorias de los indios, no por culpa suya, sino de confiados capitanes y mal proveidos.

A quien succedió, deshecha la Audiencia, Rodrigo de Quiroga, caballero de hábito y de bonísimas partes y que tuvo á los araucanos muy apretados y casi para ponerlos en la subjection antigua, sino sucediera la entrada por el estrecho de Magallanes del capitan Francisco, azote deste reino, á quien por seguir deshizo el ejército, y despues acá no se ha puesto la tierra y fin de la guerra en aquel estado.

Dende á poco succedió su muerte, y en su lugar Martin Ruiz de Gamboa, á la sazon mariscal, casado con hija del gobernador Rodrigo de Quiroga; gran soldado, gran capitan, gran trabajador en la guerra, amigo de los soldados, liberalísimo con ellos, de mucho brio y de gran consejo para las cosas de la guerra de Chile, y muy caballero de la buena ó mejor casa de Vizcaya; mas hallándose pobre y no con tanta gente como era necesaria, y la tierra muy necesitada, no pudo hacer mucho en dos años ó poco más que tuvo el gobierno de aquel reino; pobló, como dijimos, á San Bartolomé de Chillán, con que refrenó la soberbia de los indios comarcanos, y aseguró el paso para La Concepcion y Ongol; en cuyo tiempo del gobernador Rodrigo de Quiroga, ó poco antes, fué proveido por teniente general por Su Majestad para las cosas de justicia el licenciado Lopez de Azoca, hombre hidalgo, cuya ejecutoria he visto, bonísimo juez, porque en once años que fué teniente general, ni cohecho, ni barateria, ni cosa deshonesta se le conoció; amigo de hacer justicia, y la hacia con toda rectitud. El cual, residiendo en esta ó aquella cibdad podian los vecinos dormir á sueño suelto, las puertas de sus casas abiertas, sin que nadie les inquietase; tasó los indios de Osorno, lo cual ningun gobernador habia hecho; fué con su residencia á España, donde en breve tiempo fué vista por el Consejo Real de Indias, y dado por buen juez.

CAPÍTULO LXXXIV

Del gobernador don Alonso de Sotomayor.

Al mariscal Martin Ruiz de Gamboa succedió don Alonso de Sotomayor, caballero de hábito, el cual desembarcando en Buenos Aires con su gente, algunos se le quedaron en aquel pueblo, pero con pocos menos de cuatrocientos hombres, habiendo padescido grandes trabajos en los despoblados hasta llegar á la cibdad de Córdoba, de la provincia de Tucumán, llegó á ella; de allí á la de Mendoza, en su gobernacion, de donde pasando la cordillera en buen tiempo llegó á la ciudad de Sanctiago (donde yo me hallé á la sazon), con cuatrocientos soldados (como

[1] En el ms., *luego, luego.*

habemos dicho), pocos menos, destrozados del camino, todos desnudos y descalzos, á los cuales los vecinos con mucha liberalidad hospedaron en sus casas, vistieron y regalaron con su pobreza y ayudaron con caballos: el cual, con venir con buenas intenciones de proseguir luego la guerra, á persuasion del general Lorenzo Bernal de Mercado, valentísimo capitan, que á la sazon se halló en Santiago, de gran conocimiento en la guerra de los indios, muy temido dellos, de los cuales ha alcanzado famosas victorias con muy pocos soldados, los indios muchos y aun algunas veces solo, y ha hecho cosas dignas de memoria; le dió 120 hombres para que fuese á descubrir unas minas de plata en la cordillera, á las espaldas de Ongol, no faltando quien al gobernador se lo contradijese, é yo fuí uno dellos, que entonces era á mi cargo aquella provincia; con todo eso la despachó. Partió con ellos de la ciudad de Sanctiago á la ribera del rio Biobio arriba; llegó á la cordillera, halló famosas minas de guijarros, pedernales, peñascos y breñas; llevaba picos, almadanas, fuelles y lo demás necesario para la fundicion, y un hombre de Potosí gran fundidor y conocedor de metales, por nombre Pedro Sandi; pero como aquellas minas no llevaban plata, ninguna halló. Pasó la cordillera, que por ser por Enero y Febrero no tenia nieve, ni por allí es muy áspera de pasar; de la otra parte halló algunos indios Poelches ó de aquellos llanos algarroberos; tomó cuatro ó cinco á las manos, uno de los cuales, ó todos, por verse libres dél, le dijeron que ciertas jornadas de allí, no pocas, hacia la mar del Norte, habia otros españoles como nosotros, vestidos á nuestro modo, pero con pieles de venados y con barbas; que si le daba gusto, uno dellos iria y volveria y daria noticia á los otros españoles, de nosotros; como en Chile se tiene aquesta noticia, segun habemos referido, dióle una mano de papel y escribióles la noticia que aquel indio dellos habia dado, y que sin duda entendia ser españoles como nosotros, y por parecerle no tenian comercio con gente cristiana, lo que en España habia les hacia saber: que en la Sede Apostólica residia Gregorio XIII, y que teniamos tantos de Aureo número; la letra dominical era tal; en España reinaba Filipo II, hijo de Carlos Quinto; en el Perú era Visorrey don Martin Enriquez; en Chile gobernaba don Alonso de Sotomayor, y para que le respondiese*n* les enviaba aquella mano de papel, diciendo quiénes eran, donde vivian y prometiéndoles todo favor, saliendo al reino de Chile para dárselo, y la respuesta diesen aquel indio, el cual se habia preferido traerla á Ongol para el mes de Marzo; dióse todo este recaudo al indio, mas hizo la ida del cuervo; no queria más que verse libre de las manos de los nuestros. Lo que yo tengo por más cierto es que los indios son enemigos nuestros capitales, y por una via ó por otra querian dividirnos para echarnos de sus tierras y matarnos, como dijimos haber hecho los Chiriguanas con el capitan Andrés Manso, y por eso inventan semejantes fictiones y mentiras; y que no haya memoria de españoles en el Estrecho, ni los que allí se perdieron, aunque saliesen á tierra, no sean vivos, es argumento eficaz lo que en Córdoba de Tucumán me dijo un vecino de aquella cibdad, por nombre Montemayor, el cual en la armada en que vino por general Alvaro Flores de Valdés, y por poblador del Estrecho, Pedro Sarmiento, con gente, y labrada madera para las casas é iglesias, y en ella tambien vino don Alonso de Sotomayor, gobernador de Chile, venia por escribano del armada, el cual [1] despues que el general Alvaro de Valdés, destrozado de la mar, sin poder embocar por el Estrecho, volvió á Buenos Aires y allí echó en tierra á don Alonso de Sotomayor con casi 400 hombres, para Chile. El capitan Pedro Sarmiento quedó con dos navios para proseguir su viaje en ellos, y este Montemayor; prosiguiendo, pues, su viaje, para hacer lo que habia prometido á Su Majestad, de poblar en el Estrecho y hacer [2] fuerzas donde pusiese artilleria para que los enemigos ingleses no pasasen sin echarlos á fondo, qu' es imposible, porque lo más angosto del Estrecho es de tres leguas, embarcaron con viento muy próspero, pero á la mitad del Estrecho les dió un Sur tan desatinado que les compelió cazar á popa y volver á arribar, pero no arribó más que la nao donde iba el capitan Sarmiento; la otra era mejor velera, iba delante, y en una ensenada se metió y guareció del Sur; la capitana, digamos, arribó hasta tornar á desembocar en la mar del Norte por donde habia entrado, y llegó al puerto donde habia salido á la boca del Estrecho. Aquí aguardó algunos dias á la otra nao, y no viniendo, determinóse con 25 ó 30 soldados arcabuceros ir en busca della, entre los cuales iba Montemayor; tomaron la costa en la mano, y á un*a* ó dos jornadas salieron á ellos trece indios vestidos de blanco, manta y camiseta, con sus arcos y flechas; el cabello largo, criznejado, y en las criznejas flechas largas, y los arcos grandes; ellos poco menos que gigan-

[1] En el ms., *lo cuales*.—[2] En el ms., *hacer y hacer*.

tes, tanto y medio de más cuerpo que nosotros, uno de los cuales tomó una flecha y metiósela por la boca casi la mitad; sacóla y á vueltas unos cuajarones de sangre, que entre ellos debe ser valentía; el capitan Sarmiento, enfadado y asqueroso de aquello, hizo un ademan que los indios entendieron era de menosprecio; dejólos; pasó adelante en busca de su navio la costa adelante, unas veces por la playa, otras metiéndose la tierra adentro media legua y una, y por camino de la gente que allí vive, donde hallaban huella de pies grandes como de aquellos indios, y de otros como los deste reino. Los indios quedáronse un poco atrás como bufando; alguno de los soldados dijéronle: señor capitan, aquellos indios parece se quedan para hacer alguna traicion; mande vuestra merced que se enciendan las mechas de todos los arcabuces, *y* si dieren en nosotros no nos hallen desapercebidos; solo un soldado en la vanguardia llevaba una encendida, y el cabo de escuadra, en la retaguardia el último. El capitan, con palabras ásperas los reprehendió, llamándolos de gallinas, y que ¿de qué temian? mas no pasaron mucho adelante cuando los medios gigantes con gran alarido dan en los nuestros disparando sus flechas á montones; el cabo d'escuadra de la retaguardia volvió el arcabuz, puso fuego, no prendió, y dánle un flechazo de que murió dentro de pocas horas. El que iba en la avanguardia vuelve al ruido, y quiso Dios que disparara y al medio gigante que venia delantero dale un pelotazo y tiéndelo; los demás, como le vieron en el suelo, con grandes alaridos métense en la montaña y nunca más los vieron. Preguntéle: en ese viaje qué hiciste hasta hallar el navio, ¿vistes ó hallastes algun rastro de cristianos? díjome: Padre, lo que pasa es que pasando adelante de la playa, hallamos una media ancla y una sonda y pedazos de tablas y un medio mastil, y más arriba, poco apartadas de la playa, como media legua, en el camino encontramos una peña grande, en la cual estaba cavada una cruz y tres renglones y medio de letras cavadas en la misma peña; escarbamos con las puntas de las dagas para ver si podiamos leerlas; solamente podimos conocer una M y una O y una D, por más que trabajamos. Preguntéle: ¿Vistes más? respondióme: Sí; más adelante, antes de llegar al navio, seria como al tercio de lo estrecho, el navio estaba á la mitad, un poco apartado del camino, descubrimos un cerro redondo, no muy alto, y en medio de la plaza de la coronilla vimos como un árbol de navio, hincado, y el cerro cercado de una pared; fuimos allá, y llegando, la cerca era de la estatura de un hombre, poco más, de piedras de mampuesto sin barro, y el árbol era de navio, como de mezana, hincado en medio de la placeta del cerro que la figuraba, tan grande como una cuadra, y á la redonda de todo el cerro estaban unos colgadizos de la pared que dijimos le cercaba, y dentro dellos y de aquellas casillas muchos huesos mondos y calaveras que parecian de españoles, de donde colegimos que algunos cristianos se recogieron allí y los indios los tuvieron cercados, y murieron todos, ó de hambre, ó de sed, ó de lo uno y lo otro; y otra cosa no hallaron, ni más rastro de cristianos, hasta que volvieron al navio, en el cual entrando se volvieron al puerto donde estaba la Capitana, y de allí, no dándoles el tiempo lugar, al Brasil, donde algunos soldados se quedaron, no pudiendo sufrir la condicion del capitan Pedro Sarmiento, y entre ellos este soldado Montemayor, y de allí se vino á Buenos Aires, y dende á Córdoba, donde vive casado y honrado. Lo más cierto es que la noticia que dan los indios son de los españoles que viven en el Rio de la Plata; de donde se colige claramente que desde Buenos Aires á la boca del Estrecho no hay tierra poblada, sino muy poca, y esa barbarísima, aunque de la otra parte del Estrecho, antes de embocar, se han visto muchos humos, qu'es señal haber poblacion; y el mismo Montemayor, que me refirió y certificó lo arriba dicho, tambien me referia que un indio qu'el capitan Pedro Sarmiento habia tomado cuando desembocó por este Estrecho y lo llevó á España con otros dos ó tres, y volvió consigo, decia al mismo Sotomayor que en aquella tierra donde vian los humos nació, y era muy poblada, y habia allí un señor muy rico y de mucha gente que no comia carne humana como aquellos indios grandazos del Estrecho.

Volvió despues el General Lorenzo Bernal antes que las nieves le cerraran el paso, porque si se detuviera quince dias más no volviera tan presto, y el camino, que cuando entró estaba bueno, á la vuelta le halló peinado, sin ser posible pasar sino era despeñándose en el rio Biobio, y arriba en el cerro estaban los indios con unas galgas las más peregrinas y extrañas que se han inventado; eran unas vigas largas, en cuyas cabezas y medio tenían atadas livianamente muchas piedras grandes; dábanlas con los pies, venia la viga rodando y despidiendo piedras á montones; fué Dios servido quel capitan Joan Ruiz de Leon, valiente capitan, que llevaba la vanguardia, llegando aquel paraje unos

peñascos donde con su gente *estaba* haciendo alto, se tendió por el suelo y las galgas pasaban por cima dando en el rio, de lo cual avisó al General Lorenzo Bernal, por quien visto, despachó algunos soldados arcabuceros que por una cuchilla arriba subiendo echasen de allí á los enemigos; hiciéronlo, y aderezando el camino los nuestros con las picas y azadones que llevaban para las minas, y para esto fueron provechosos, pasaron todos; algunos caballos volaron al rio; la gente y el capitan general Lorenzo Bernal aportó á Ongol, el cual desde entonces comenzó á perder su crédito con el Gobernador, y no hizo caso alguno dél ni él le encomendó la menor cosa del mundo, y viéndose así se recogió á Ongol, donde era vecino, y allí acabó sus días pobremente; hasta este no buen subceso se puede comparar con los buenos y venturosos capitanes de todas las Indias, y esto no es de admirar, porque todas las cosas debajo de la luna tienen su crecimiento y mengua, si no son los amigos de Dios que de virtud en virtud crecen.

Despues de salida la gente que fué con Lorenzo Bernal, don Alonso de Sotomayor se ocupó en la guerra todo el tiempo que se puede hacer, qu'es el verano, permaneciendo en su gobernacion; lo que en particular le succedió no es de mi intento escrebirlo; los que á su cargo lo han tomado lo escribiran. Sólo diré que tuvo muchas y muy buenas ocasiones, pero no por eso habemos de culpar á los que dellas no se saben aprovechar, porque les parece lo hecho en aquella coyuntura es bastante para lo que se pretende, y tienen sus razones que les convencen para no pasar adelante.

Gobernando el mismo don Alonso de Sotomayor se descubrieron en el paraje del puerto de Sanctiago de Chile, en 32 ó 33 grados, dos ó tres islas grandes despobladas, los puertos llenos de pescado, de mucha arboleda y gran cantidad de aves que se dejaban tomar con las manos: tórtolas, palomas torcazas y otros, de donde se ha traido mucho pescado y bueno; los puertos no son muy seguros de las travesias; distan de tierra poco más de cient leguas.

CAPÍTULO LXXXV

Del gobernador Martin Garcia de Loyola.

Al cabo de siete años del gobierno de don Alfonso de Sotomayor le succedió Martin Garcia de Loyola, caballero de hábito, el cual llegando á este reino y tomando el pulso á las cosas, comenzó á gobernar con mucha cristiandad; entró en la tierra de guerra, y llevando las cosas con mucha mansedumbre tuvo este reino en punto que la guerra se acabase, porque si castigara á 170 indios, capitanes belicosos á quien tuvo convencidos, habiéndole venido de paz y ayudándole como amigos y vasallos del rey Felipo, que le querian matar sobre siguro con todos sus españoles que con él estaban, más de 400, la tierra quedara castigada y, menos estos valentones y capitanes, los demás naturales subjetos, escarmentados y pacíficos. Usó de más clemencia que convenia á gente traidora, y despues le mataron viniendo de La Imperial á Ongol, que son diez y ocho leguas, casi en medio del camino, con otros cuarenta hombres, los mejores de todo este reino, capitanes espertos y de muchas partes, y con él mataron tambien los indios dos religiosos de Sant Francisco, el uno provincial, como habemos dicho. Ofreciósele tambien otra vez ocasion para castigarlos, porque tratando con estos mismos capitanes valentones indios que nos quietásemos todos y dejasen las armas y viviesen en paz, recibiesen sacerdotes que les enseñasen la ley de Dios, y no le fuesen traidores ni mentirosos, ni ayudasen con gente á los que no se habian querido reducir al servicio del Rey Filipo, cuyos vasallos eran, como ellos parecia estar reducidos. Uno de aquellos capitanes, más principal, le dijo: Señor, desengáñate que todos cuantos capitanes aquí estan conmigo ayudamos á los rebelados con la gente que podemos de nuestra parte, y yo he sido parte de los que á mí me acuden para darles más de sesenta indios de guerra. Y si entonces tambien como á enemigos y traidores los castigara ejemplarmente, no le succediera su desgraciada muerte, con la cual dentro de pocos meses toda la tierra se rebeló y mataron los indios, en diferentes ocasiones, más de trescientos soldados de los bravatos y viejos; luego se rebelaron los indios subjetos á La Imperial y la tuvieron en gran estrecho de hambre, y traían alguna harina de maíz y trigo á los nuestros, á rescatar por capas de paño, sayos y camisas, y entre ella revueltos polvos ponzoñosos; fué Nuestro Señor servido que de los nuestros, por esta ocasion, ninguno muriese, hasta que don Francisco de Quiñones, gobernador, fué á socorrerlos y despobló, como dijimos, aquella cibdad. Rebelada la gente de La Imperial, y muertos algunos indios principales por decirles cuan mal lo habían hecho con rebelarse, cómo fué don Felipe, cacique principal de un pueblo llamado Tolten, y á otros, determinaron de ir sobre la cibdad de Valdivia, lo cual hicie-

ron, y hallando descuido en la cibdad, una noche, víspera de Sancta Catalina, el año de 599, entraron y mataron muchos españoles, quemaron los templos, hicieron pedazos las imágines y robaron las sacristias y toda la cibdad, matando algunos clérigos y religiosos y llevándose captivas más de trescientas y tantas mujeres con niños y niñas; mataron á algunas, porque no querian conçeder con su voluntad; fué lo que se perdió de hacienda más de 350.000 pesos, y si de aquí los indios fueran á la cibdad de Osorno, la hallaran descuidada y se la llevaran como la de Valdivia; empero no pasó mucho tiempo que los naturales de Osorno, todos baptizados y ricos de muchos ganados de los nuestros, y vestidos casi como nosotros y casados, tambien se rebelaron y vinieron sobre la cibdad y la quemaron y saquearon y se llevaron, entre otras personas, una monja profesa de Sancta Clara, que despues se rescató; y si con tiempo los españoles no se recogieran y hicieran fuertes en una cuadra, le succediera lo que á los de Valdivia. Sabido en el Perú por don Luis de Velasco, Visorrey que á la sazon era, la muerte del Gobernador Martin Garcia de Loyola, despachó con doscientos hombres al coronel Francisco del Campo, que lo habia sido de don Alonso de Sotomayor, el cual, llegando desde el pueblo del Callao en veintinueve dias al de Valdivia, halló la cibdad arruinada y despoblada; pasó á Osorno y reprimió algun tanto la soberbia de los rebelados, de donde salió á socorrer á la cibdad de Castro, en la isla de Chilué, donde mató algunos luteranos y al pirata hizo retirar de su navio; empero volviendo á Osorno, en el camino le mataron los indios rebelados, trayendo por capitan á un mestizo que se habia ido á ellos, aunque el mestizo murió en aquella refriega; despues, viéndose los españoles en grande estrecho de hambre y pocas fuerzas para resistir á los enemigos, despoblaron y dejaron el fuerte donde estaban, dellos á pie y dellos á caballo, y muchas mujeres á talon, se recogieron á la isla de Chilué, cuarenta leguas de camino, la mitad por tierra y la otra mitad por unas bahías de mar, y llegaron bien trabajados á la cibdad de Castro, en la isla fundada, como dijimos.

CAPITULO LXXXVI

Del gobernador don Francisco de Quiñones.

Visto por el Visorrey don Luis de Velasco los subcesos deste reino de Chile tan lastimosos, proveyó, mientras Su Majestad proveia, á don Francisco de Quiñones por gobernador destos reinos, el cual, saliendo de Lima con casi 150 hombres, llegó al puerto de La Concepcion, que la halló bien trabajada; comenzó á usar de rigor, ques lo que quieren estos naturales, y á castigarlos ejemplarmente, con lo cual se hizo temer y temblaban dél todos los indios rebelados á donde llegaba la fama de sus castigos; salió desta cibdad con cuatrocientos hombres para la de La Imperial á socorrerla, y en el camino tuvo dos recuentros con los rebelados, en los cuales les mató más de cuatrocientos indios, y con los castigos que en los presos hizo era muy temido; despobló La Imperial contra el parecer de muchos; sacó toda la gente y lo más que pudo della, y volvióse á La Concepcion. Por su órden tambien se despobló la cibdad de Ongol que dijimos llamarse de Los Infantes, con lo cual los naturales de aquel distrito, que tambien se habian rebelado, quedaron más soberbios y más señores; vinieron sobre Chillán, saquearon el pueblo y lleváronse la mayor parte de las mujeres, y aun mataron algunas. A la sazon residia en La Concepcion don Francisco de Quiñones, lo cual parece le atemorizó y comenzó á perder el brio y vigor y tratar de volverse á su casa á Los Reyes, donde tenia mujer y hijos y mucha hacienda que le tiraban por los cabellos. Importunó al Visorrey don Luis de Velasco con cartas le quitase el gobierno; hízolo así y proveyó á Alonso Garcia Ramon, que fué maese de campo de don Alonso de Sotomayor, el cual, llegando á este reino y estando en la cibdad de Santiago, supo que otra vez los indios habian entrado en San Bartolomé de Gamboa, llamado Chillán por otro nombre y se habian llevado algunas mujeres y niños; tomó la ligera y en breve tiempo *anduvo* sesenta leguas de camino y más, dió en los enemigos y quitó lo que más pudo, aunque no todo, porque los más de los enemigos se dieron más prisa á huir. Gobernó año y medio, en el cual tiempo no pudo hacer más de lo hecho.

CAPÍTULO LXXXVII

Del gobernador Alonso de Ribera.

Sabido por Su Majestad la muerte de Martin Garcia de Loyola, proveyó por gobernador á Alonso de Ribera, buen caballero, muy experto en la guerra de Francia y Flandes, donde habia tenido muchos y muy principales cargos; el cual, llegando á este reino, luego Alonso Garcia Ramon le entregó la gente que tenia y se le ofreció á quedarse en

la tierra como soldado suyo; no lo admitió, por lo cual se volvió á su casa á Los Reyes.

Alonso de Ribera halló la tierra muy trabajosa y falta de mantenimientos, y la cibdad de la Concepcion, á donde desembarcó, toda cercada de guerra; dióse tan buena maña que pacificó y redujo los alterados, de suerte que la cibdad gozaba de una poca de paz. Viniéronle de paz unos indios, que eran los que más daño hacian en este pueblo y su comarca, y el de Sanct Bartolomé, llamados Coyuncheses, y su capitan Longo Tegua, que quiere dezir cabeza de perro, indio valiente, belicoso, que ha perseverado en el amistad y sirve y ha servido fielmente, y agora dos años corriera mucho riesgo Alonso de Ribera si Longo Tegua no se opusiera á los enemigos con su compañia que no llegaba á cuarenta indios.

Comenzó Alonso de Ribera á hacer muchos fuertes con presidio de soldados, lo cual unos aprueban y otros reprueban; la guerra hacia diferente de lo que hasta aqui se usaba, con infanteria de á pie y poca caballeria, lo cual si los indios esperaran en campo raso y la guerra que nos hacen tuviera cuerpo, era muy buena manera de proceder; pero como se la habremos de hacer á saltos y los habremos de ir á buscar como quien va á caza de conejos, no se ha tenido por acertada esta manera de proceder; en lo demás es muy buen capitan, gran trabajador, que provee bien y puede ser capitan general de un ejército de 20.000 y más soldados, como capitan experimentado por muchos años en guerras más trabajosas y peligrosas que las de Chile, porque como los rebelados conozcan y experimenten vigor y castigo, conforme á sus delictos, no hay guerra en Chile, por ser gente del ánimo más servil y esclavo que hay en el mundo; como no se les castigan las traiciones y crueldades que han hecho, dicen que por eso no los castigamos, porque los tememos. Los naturales rebelados, viendo el poco vigor que con ellos se ha usado, la provincia de Arauco, Tucapel, Lebo y otras le dieron la paz y pobló un fuerte en Lebo con ochenta hombres; otro en Tucapel con otros tantos; dejó otro á la ribera de Biobio, llamado Nuestra Señora de Alí; otro Sancta Fee, otro Sancta Lucia, porque las paces que estos indios le dieron no se tienen por fijas, sino por fingidas, pues ni se les tomaron rehenes ni los tienen para darlos, ni hay hijos de reyes que pedirles, porque no tienen ley ni rey, ni entregaron cibdades, ni fortalezas para la siguridad de la paz, que no las tienen, y así, en viendo al soldado español desmandado, le quitan la vida echando la culpa á otros indios que no han venido de paz, y fácilmente se les creen; empero en lo que más daño nos hacen los que han dado esta paz fingida, es en hurtar cuantos caballos pueden, que son las fuerzas y nervios de la guerra de nuestra parte para contra ellos. En este estado dejó la tierra Alonso de Ribera á Alonso Garcia Ramon, que vino á este reino poco menos ha de un año, el cual con el socorro que Su Majestad le ha enviado de mil hombres que ya casi están en los fuertes, esperamos en Nuestro Señor nos ha de dar paz cumplida y la que estos naturales dieron fingida, mal que les pese, la han de hacer verdadera; tratan agora con gobernador que les entiende los pensamientos y conoce sus traiciones, y no se han de burlar con él, el cual si los saca de sus cuevas y reduce á pueblos compeliéndoles á que les den las armas y caballos, que tienen muchos más que nosotros, con el favor divino gozaremos de paz; donde no, la guerra es infinita.

CAPITULO LXXXVIII

De las calidades de los indios de Chile.

Tiempo es ya tractemos de las calidades de los indios de Chile; las mismas son que las de los indios del Perú; enemigos nuestros capitales como los demás, exceden á los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de mayores cuerpos y más bellicosos, y son mucho más bárbaros y temerarios, porque no creo se [1] ha hallado alguna nacion que no adorase alguna cosa y tuviese por dios; estos ni á Sol, ni á Luna, ni estrellas, ni otra alguna cosa.

El capitan del Inga llegó hasta Sanctiago de Chile y doce leguas más adelante, y viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua Purun auca, que quiere decir indios barbarísimos; no tenian vestidos; de pieles de gatillos hacian unas mantas con que se cubrian; el ivierno se estaban en sus casas metidos, que son redondas, mayores ó menores como es la familia; al verano, grandes holgazanes, las mujeres trabajaban en todo lo necesario; fuera desto, sin ley ni rey; el más valiente entre ellos es el más temido; castigo no hay para ningun género de vicio; tienen muchos absurdísimos.

A padre ni á madre ninguna reverencia, ni subjection. Deshonestísimos, sino es á madre, á otra mujer *no* perdona*n*; el hijo hereda las mujeres de su padre, y al contrario; el her-

[1] En el ms, *si*.

mano del yerno, y si un hermano se aficiona á alguna mujer de su hermano, por quedarse con ella y las demás, le mata; entre estos hay grandes hechiceros que dan bocados para matarse los unos á los otros, y se matan fácilmente, y dicen está en su mano llover ó no. No adoran cosa alguna; hablan con el demonio, á quien llaman Pilan. Dicen que le obedecen porque no les haga mal.

Creen que despues de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres, y se emborrachan; es el paraiso de Mahoma.

Muchos déstos, aunque son baptizados, niegan serlo; lo mismo hacen las mujeres; amancébarse con dos hermanas es muy usado, no solo los infieles, sino los baptizados, por lo cual á los españoles que tienen captivos, si el español es casado y tiene alguna cuñada, le compelen á que tenga acceso á ella delante dellos mismos, si no le matarán; conozco á quien le succedió, y el pobre por huir de la muerte cometió tan grave incesto.

Han hecho grandes crueldades en las mujeres españolas, por haber acceso á ellas.

El padre que más hijas tiene es más rico, porque desde niñas las venden á otros para mujeres, y el que compra es perpétuo tributario.

No saben perdonar enojo, por lo cual son vindicativos en gran manera; no creen hay muerte natural, sino violenta, y acaso porque si alguno muere es porque otro le dió riñendo un bofeton ó puñada, ó con un palo, ó le tiró de los cabellos.

Muchas veces nos dan ponzoña en nuestras comidas, y como no nos hacen daño, dicen es la causa porque las comemos calientes. Sus consultas son en las borracheras muy frecuentes en ellas, donde tractan las cosas de guerra: llevan sus armas, y borrachos se matan fácilmente.

No guardan un puncto de ley natural, á lo menos con nosotros.

No tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulas, angostos de frente lo son. Cada uno vive por sí, una casa de otra apartada más de un tiro de honda, á los cuales si no se reducen á pueblos y les quitan armas y caballos y les hacemos hombres políticos no los haremos cristianos

En la guerra obedecen á los capitanes por ellos nombrados; acabada, ó [en] el verano, no hay obidencia.

Finalmente, es gente sin ley, sin rey, sin honra, sin vergüenza, etc., y de aquí se inferirá lo que inferir se puede.

Es entre ellos lenguaje de dar la paz por estos tres años en los cuales nos descuidarán y nos dividiremos, y descuidados y divididos nos matarán y se quedarán en su infidelidad y bestiales costumbres.

Si el que gobierna no los puebla, como habemos dicho, y quita armas y caballos, y castiga á los culpados, despues que se les ha notificado la beninidad que con ellos Su Majestad usa, no habrá paz en Chile.

Si á los indios adultos persuadimos, é indias, se baptizen, responden que tienen vergüenza de ser cristianos, y que harán burla dellos los indios rebellados; empero, que al fin de sus dias se baptizarán. Tienen por gran pecado castigar ó corregir á sus hijos.

No miran los padres por sus hijas; ellas busquen lo que les conviene, si acaso no las han vendido á otros indios para mujeres, como habemos dicho.

Son invidiosísimos; si un encomendero tiene en su casa tres ó cuatro indias, pagándoles su trabajo como mozas de soldada, si acaso se regala más á ésta que aquella, fácilmente la matan con un bocado.

INDICE GENERAL

Tetuán de Chamartín.—Imp. de Bailly-Baillière é Hijos.

